

EUGENIO SARRABLO AGUARELES

**EL CONDE DE FUENCLARA  
EMBAJADOR Y VIRREY  
DE NUEVA ESPAÑA**

**(1687-1752)**

**II**

SEVILLA

1 9 6 6

ESCUELA DE ESTUDIOS  
HISPANOLÓGICOS

BIBLIOTECA

---

EUGENIO  
SARRABLO  
AGUARELES

EL CONDE DE  
FUENCLARA EM-  
BAJADOR Y VI-  
RREY DE NUEVA  
ESPAÑA  
(1687-1752)

II

R-R  
1133

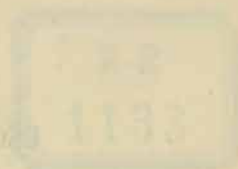
LLA, 1966

---





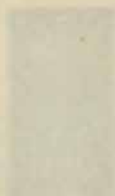
3033-3035-3036 - 10/2/1933  
BIBLIOTECA DE ESTUDIOS HISPANO-AMERICANOS  
DE SEVILLA



EL CONDE DE FUENCLARA  
EMBAJADOR Y VIREY  
DE NUEVA ESPAÑA

1667-1732

EL CONDE DE FUENCLARA



que se publican en forma de libros, folios, etc.  
y en los folios, como se ve en el folio 1.  
y en los folios, como se ve en el folio 1.  
y en los folios, como se ve en el folio 1.

ESCUELA DE ESTUDIOS  
HISPANO - AMERICANOS  
C.S.I.C.  
BIBLIOTECA

25682002002

PUBLICACIONES DE LA  
ESCUELA DE ESTUDIOS HISPANO-AMERICANOS  
DE SEVILLA

CLXXIII  
(N.º general)



Las noticias, asertos y opiniones contenidos en este trabajo son de la exclusiva responsabilidad de su autor. La Escuela de Estudios Hispano-Americanos sólo responde del interés científico de sus publicaciones.

R-R/1133

EUGENIO SARRABLO AGUARELES

R-R  
1133

# EL CÓNDE DE FUENCLARA EMBAJADOR Y VIRREY DE NUEVA ESPAÑA

(1687-1752)

II



SEVILLA

1 9 6 6

1<sup>a</sup>

ESCUELA DE ESTUDIOS  
HISPANO - AMERICANOS

C.S.I.C.

BIBLIOTECA

Primera edición de mil ejemplares

RESERVADOS  
LOS DERECHOS

Depósito legal SE - 265 - 1966

G.E.H.A.—Alfonso XII, 12.—Sevilla

R. 53232

*La edición del presente libro fue interrumpida por la enfermedad y muerte de su autor, el Excelentísimo Sr. D. Eugenio Sarrablo Agualeles (1894-1961).*

*La ESCUELA DE ESTUDIOS HISPANO-AMERICANOS de Sevilla se complace ahora en presentarlo a la luz pública, como homenaje póstumo al que, además de infatigable investigador e historiador destacado, fue insigne Maestro Nacional, Catedrático de Instituto de Segunda Enseñanza, Profesor de la Universidad de Madrid e ilustre miembro del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, dentro del cual alcanzó el alto cargo de Vice-director del Archivo Histórico Nacional. Fue, asimismo, miembro de honor de numerosas instituciones científicas nacionales y extranjeras y de la Orden de Alfonso X, el Sabio Pero sobre todo, y ante todo, caballero cristiano ejemplar.*

THE HISTORY OF THE  
REIGN OF  
HIS MAJESTY  
GEORGE THE SECOND  
BY  
SAMUEL JOHNSON  
ESQ.  
IN TWO VOLUMES.  
LONDON:  
Printed by A. MILLAR, in Pall-mall.  
1743.

## **SEGUNDA PARTE**

**EL CONDE DE FUENCLARA, VIRREY DE NUEVA ESPAÑA  
(1742-1746)**



## I

### DE MADRID A VERACRUZ

En el último capítulo de la primera parte de la biografía del Conde de Fuenclara, he aludido a la delicada situación internacional que dificultaba las comunicaciones entre las colonias españolas y la metrópoli, pero conviene aquí decir algo de los sucesos que habían provocado la ruptura entre España e Inglaterra. En el momento del nombramiento de Fuenclara para Virrey de Nueva España, la guerra existente en Europa era la de la Sucesión de Austria, comenzada a raíz de la muerte del Emperador de Alemania Carlos VI (20 de octubre de 1740) contra su hija la inteligente y virtuosa María Teresa, a la que apoyaba el Rey de Inglaterra, a la vez, Elector de Hannover. Pero el conflicto anglo-español era muy anterior a esto.

Inglaterra estaba resentida por la intervención española en Italia desde 1734 y la elevación del Infante Don Carlos al Trono de las Dos Sicilias y, desde entonces se mostraba dispuesta, lo mismo que Holanda, a prestar su ayuda al Emperador contra España. Jorge II se quejaba de que se quebrantaban los tratados por los guarda-costas de América, haciendo presas y apoderándose de los buques que comerciaban en aquellos mares. Felipe V replicaba que las medidas que se habían tomado sólo eran para impedir el contrabando y que estaba siempre dispuesto a mantener una buena correspondencia con Su Majestad Británica, que procuraría que no se inquietara a sus súbditos en el goce de los derechos estipulados por el Tratado de Asiento y mandaría castigar a los guarda-costas que se excediesen. En realidad,

los ingleses, con el pretexto de introducir negros en las colonias españolas, fundándose en el derecho que, por el Tratado de Asiento, había concedido Felipe V a la Compañía inglesa del Mar del Sur en 1713, se entregaban, en América, a un lucrativo tráfico de contrabando y esto es lo que excitaba a los guardacostas españoles a ejercer con más rigor el derecho de visita.<sup>1</sup>

Las repetidas quejas, que se oían, en el Parlamento, casi a diario, contra las que los diputados llamaban injustas violencias de los españoles, irritaban el ánimo de los ingleses y ya se empezaba a hablar de guerra contra nuestra patria. Don Tomás Geraldino, que era entonces Agente del Gobierno español en Londres, no tuvo bastante habilidad para calmar los ánimos, sino que declaró públicamente que S. M. Católica no podía jamás renunciar al derecho de visitar los navíos ingleses en los mares de América. El Ministro inglés en Madrid, Mr. Keene, se quejó de este proceder, pero, lejos de condenarlo, el Gobierno español lo aprobó, como debía. Por esta causa, y en vista de muchos hechos falsos y calumniosos que se presentaron en el Parlamento, la Cámara de los Comunes dió un *bill* que anunciaba una próxima ruptura entre ambos países y que se aprobó a pesar de haberse opuesto a él Roberto Walpole, a la sazón primer Ministro. En virtud de dicho *bill*, se aseguraba la propiedad de las presas a los aprehensores una vez declarada la guerra, se ofrecía a cada marinero un premio de cinco libras esterlinas por cada español capturado en el mar, y se concedía la propiedad de las plazas conquistadas a los que se apoderaran de ellas. El Cardenal Fleury, primer Ministro francés, ofreció su mediación para arreglar estas diferencias, pero los informes remitidos por Keene desde Madrid habían exaltado demasiado los ánimos y el Gobierno inglés declinó la oferta. Francia siguió trabajando por la paz durante el año 1738, aunque en vano. Al año siguiente se firmó, para arreglar las diferencias hispano-inglesas, la Convención del Pardo (14 de enero de 1739), entre Geraldino y el Duque de Newcastle en Londres, y por el Marqués de Villarias y Keene, en España: sus términos eran, sin embargo, oscuros y ambiguos, lo que hizo que, en vez de acabar con las diferencias existentes, la Convención originó nuevas quejas y reclamaciones, acusándose ambas partes de mutuas infracciones del Tratado:

---

<sup>1</sup> Bermúdez Plata, C.: *Cartagena de Indias en el ataque de los ingleses. Año 1741*, pág. 28.

fué aprobada por escasa mayoría en el Parlamento inglés y, en vista de esto, "El Gobierno español declaró que no la pondría en ejecución hasta que la Compañía del Mar del Sur le pagara sesenta y ocho mil libras esterlinas que correspondían a España por razón de sus ganancias".<sup>2</sup>

Inglaterra envió a América una escuadra para proteger a sus buques mercantes y España ordenó que no se cometiese ninguna violencia contra ellos. A pesar de esto, como las quejas inglesas no cesaban, la Corte de Londres resolvió declarar la guerra a España. Geraldino protestó que, si en realidad se habían cometido violencias contra los buques mercantes ingleses, S. M. Católica castigaría a los agresores e indemnizaría los daños y perjuicios, pero no se le atendió, y Keene declaró, en Madrid, que no podían entablarse nuevas negociaciones sin que antes renunciase el Gobierno español al derecho de visita de los buques ingleses en los mares de América. Esto fué la señal de ruptura. El 12 de julio de 1739 publicaron los ingleses represalias contra los españoles, con órdenes a todos los tribunales del Almirantazgo de declarar confiscadas todas las naves apresadas, y el 20 del mismo mes salió para América el Almirante Vernon con orden de tomar el mando de todas las fuerzas que había en aquellos mares. La guerra no fué declarada, sin embargo, formalmente, por Inglaterra hasta el 23 de octubre del dicho año.<sup>3</sup>

Felipe V publicó un manifiesto acusando a la Corte británica de mala fe y de haber violado manifiestamente los tratados. Vernon quiso interceptar la rica flota que venía de las Indias, pero ésta logró zafarse de él, refugiándose en el puerto de Santander, y entonces él, con el Caballero Challoner-Ogle, se hizo a la vela para América. Vigilando la costa meridional quedóse el Almirante Haddock, que, entre Cádiz y Gibraltar, hizo muy ricas presas. Pero, en América, los ingleses no consiguieron ningún éxito duradero, y los corsarios españoles les apresarón numerosísimas embarcaciones, de muy valioso cargamento, con lo que la lucha, sin causar grave quebranto a España, produjo enormes perjuicios al comercio británico. La toma y saqueo de Portobelo por el Almirante Vernon fué una pequeña compensación a sus fracasos ante Cartagena de Indias y en Florida (1740). En Nápoles, la escuadra

<sup>2</sup> Id id. id. ob. cit., págs. 28-29.

<sup>3</sup> Id. id. id., ob. cit., pág. 29.

inglesa obligó a Don Carlos a separarse de su alianza con España contra María Teresa y a declarar la neutralidad más perfecta (1742). La guerra continuaba así en el tiempo en que el Conde de Fuenclara iba a pasar a México.<sup>4</sup>

<sup>4</sup> Dominando los mares la escuadra inglesa, convenía que el viaje del representante de S. M. Católica en Nueva España se hiciera dentro del más absoluto incógnito y a ello tendieron todos los preparativos del viaje.

El 1.º de abril de 1742, el Conde de Fuenclara escribió a Campillo la siguiente carta:

"Ecmo. Sor.

"Muy Sor. mío: No puedo dejar de cansar a V. E. pidiéndole me ponga a los pies del Rey, haciéndole presente cómo, por la guerra actual, me piden los Hombre de Negocios, por el dinero para mi abío a Méjico, triplicados intereses a lo que, en otros tiempos, han llevado a los Virreyes, que han pasado a Nueva España. Y en el supuesto de que al Marqués de Casafuerte, en atención al poco sueldo de aquel Virreynato, se sirvió S. M. de indultarle la media annata que le correspondía, para que S. M., hecho cargo de los gastos extraordinarios que oy ocasiona la guerra, se sirva indemnizarme de dicha paga, o derecho de media annata. Espero que el influjo de V. E. mueba su piedad, en vista de tan justificados motivos, los que deseo se repitan para servir a V. E. en quanto gustare.

"Ntro. Sor. gue. a V. E. ms. as. Madrid y abril 1.º de 1742.

Exmo. Sor.

B. L. M. de V. E.

Su mr. servr.

El Conde de Fuenclara.<sup>5</sup>

Accedió el Rey gustoso a lo solicitado por su *alter ego* electo, mandando, a los Oficiales Reales de México, que no se le hiciese pagar ni se le cobrara cantidad ninguna por la media anata, sin embargo de las reglas prescritas y de las reales órdenes, expresando que, en su

<sup>4</sup> Sabau y Blanco, J.: *Tablas cronológicas de la historia universal de España*, tomo XXII, págs. 316 a 351.

<sup>5</sup> A. gen. de Indias, México. Leg. 1.505. Fuenclara a Campillo. Madrid 1 abril 1742.



decisión, habían influido, no sólo los motivos expuestos por el Conde, sino los particulares méritos y servicios de éste.<sup>6</sup>

Otra orden comunicó, al Secretario del Consejo de Indias en la negociación de Nueva España, Don Fernando Triviño,<sup>7</sup> el nombramiento de Fuenclara, atendiendo a sus prendas "representación y agradables servicios", para servir los empleos de Virrey, Gobernador y Capitán General de las Provincias de Nueva España, y Presidente de la Audiencia de México, para que lo tuviera entendido el Consejo de Indias.<sup>8</sup>

Al mismo tiempo se expidió la Instrucción reservada que se había escrito para que el Conde la tuviera presente en el gobierno de su Virreinato: va dividida en diez y nueve capítulos. Dícese allí que por el Consejo de Indias, se han expedido los despachos e instrucciones que debe observar para servir el cargo de Virrey, pero, siendo conveniente al servicio de S. M. advertirle reservadamente sobre varios puntos referentes a las constitución actual de Nueva España y a la guerra con los ingleses, se ha formado dicha Instrucción secreta, previniéndole de cómo se debe conducir "como lo espero de vuestras grandes obligaciones, y celo a mi servicio". Notorio era el deseo inglés de apoderarse de alguna parte de los dominios españoles en América: el Virrey procuraría socorrer cualquiera parte que fuere atacada, con la diligencia necesaria. El capítulo 4.º es muy interesante, porque manifiesta, a la vez, la omnipotencia de que gozaba el Virrey y el interés del Gobierno español en que se enviara a la metrópoli cuanto dinero fuera posible. Dice así:

"Creyendo que los quantiosos gastos que ocasione la guerra excederán a los productos de aquel Reyno, vsaréis de las facultades concedidas al oficio de Virrey en Despacho de 10 de diciembre de 1739, que ahora revalido en vos, y quiero que no haya ramo de los de mi R. Hacienda remisible ni por privilegiado que sea de que no os

6 Id. de id. id. id. El Rey y Campillo a los Oficiales Reales de México. Aranjuez 18 de abril de 1742.

7 Nacido en 1684, don Fernando Triviño y Figueroa, del Consejo de S. M., llevaba sirviendo al Estado desde 1696, siendo nombrado Secretario del Consejo de Hacienda en 1737, del Consejo y Cámara de Indias de la Negociación de Nueva España, con 40.000 reales de vellón de sueldo anual (Aranjuez 30 de abril de 1740), y Secretario de la Cámara de Castilla, en lo tocante a la Corona de Aragón; murió en Madrid el 3 de abril de 1748. A. gen. de Indias. Indiferente general, leg. 447, tomo 45, fols. 112 y 113. "Gaceta de Madrid", 9 abril 1748.

8 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.505. El Rey a Triviño. Aranjuez 23 abril 1743.

podáis valer, como también de los Caudales de Cruzada, con tal que los destinéis a las urgencias de la guerra, o embiarlos a estos Reynos para que sirvan de alivio a los gravámenes y estrecheces que experimenta mi Rl. Erario; cuya obligación e importancia os encargo que tengáis muy presente para desempeñarle en quanto fuere posible”.

Como el origen de muchos de los males que se padecían en México eran el descuido y la rapacidad de los funcionarios de Justicia y Hacienda, algunos de los cuales no correspondían a la confianza depositada en ellos, y como, desde España, no se podían aplicar, con entero conocimiento y seguridad, las medidas más eficaces para extirpar los abusos, lo cual él conseguiría “con más acierto, y con providencias, y reglas particulares que penden de la práctica y luces que adquiriréis en el gobierno”, quería el Rey que se dedicara a remediar esos daños “con prudencia y actividad”, procurando que las rentas reales fueran bien administradas, sin contemplación a ningún interés particular y que los Ministros y Oficiales Reales procedieran con integridad.

Para que la Justicia se administrara rectamente, se regiría en la forma dispuesta, pero, si comprendía que los medios regulares no bastaban para vencer los abusos y las operaciones delictivas de los Ministros, podía él, con su experiencia y deliberación”, emplear otros más activos. Y aunque el juicio de visitas era “tan irregular, odioso y sensible, que nunca, o muy rara vez se ha logrado con él castigo, reforma ni el fruto que se ha pretendido quando se han despachado Visitadores a los Reynos de las Yndias, sino experimentándose parcialidades, inquietudes y venganzas con aflicción de los beneméritos”, por lo que se consideraba siempre perjudicial y se evitaba, usándose de correctivos menos ásperos, si los excesos de funcionarios, tribunales u oficinas fueran tan nocivos que no se pudieran desarraigar de otro modo, informaría al Rey de ello y procedería a dicho juicio de visita con toda brevedad.

Debía vigilar estrechamente el contrabando.

En 1730, siendo Virrey de México el Marqués de Casafuerte, dispuso que el Brigadier Don Pedro de Rivera visitara los Presidios internos del Virreinato y, como consecuencia de esta visita, se dió fin a ciertos abusos, que se cometían en el modo de proveerlos, haciendo pagar a los soldados, a precios muy subidos, los géneros de su manutención, y, al tiempo de librarles los pagos, con el nombre de *Quites*,

se les cobraba —entrando en esta injusta explotación desde el superior, que mandaba despachar los pagos, hasta los que los abonaban en las cajas— más del 18% de lo que les correspondía, llegando la suma que se les defraudaba a todos los Presidios, anualmente, a más de 65.000 pesos. Pero, aunque Casafuerte cortó tal lucro, se había vuelto a introducir; por ello, se ordenaba a Fuenclara que, si eso era cierto, castigara ejemplarmente a los que hubieran cometido ese delito y no permitiera la continuación de él.

Se le mandaba que no llevara más familia (es decir, servidumbre, porque el Rey, la nobleza y la gente adinerada llamaban *la familia* a su servidumbre antigua y fija, y, como a tal la consideraban) que la suficiente para mantener la dignidad y representación de su alto cargo, porque se había experimentado en las Indias que los numerosos parientes y allegados de los Virreyes habían dado lugar a quejas y hecho menos acertados y apacibles sus gobiernos, ya que la ambición de los criados y la condescendencia de los señores en colocarlos o atender sus sugerencias causaron turbaciones del pueblo.

Como esta mala influencia se había dejado sentir más durante el gobierno del Duque de la Conquista, especialmente por su Secretario “que carecía de las prendas que requiere este Ministerio”, había resuelto S. M. “a más de haberos destinado para servir aquel Virreynato apoyar en vuestras experiencias, y amor a mi servicio, la grande importancia de fomentarlo” poner en práctica el pensamiento, concebido hacía muchos años, de que, desde ahora, y en lo sucesivo, serían de elección real los nombramientos de Secretario del Virreinato de Nueva España. Como el principal deseo del Rey era que, en el Gobierno de México, se restaurara la feliz situación que tenía en el momento de morir el gran Virrey Casafuerte, obrando, para ello, “con la actividad, prudencia y desinterés que dejaron tan acreditadas las operaciones de aquél”, y habiendo sido Secretario, durante todo su Gobierno, Don Francisco Fernández Molinillo,<sup>9</sup> dando pruebas de su buena conducta y adquiriendo inteligente práctica de los negocios

---

<sup>9</sup> Don Francisco Fernández Molinillo, nacido en 1687 y muerto en Madrid el 14 de mayo de 1765, fué Caballero de Santiago, del Consejo y Cámara de Indias y Secretario de la Comandancia General del Reino de Mallorca. “Gaceta de Madrid” 21 de mayo de 1765. El Virrey-Arzbispo le nombró (1734) Gobernador de Yucatán, pero él se excusó de aceptar este nombramiento por su falta de salud. “Gaceta de México”, mayo de 1734, en León *Bibliografía mexicana del siglo XVIII*, II, pág. 463.



de aquel Reino, como las seguía dando, con “acierto y reputación”, en el empleo de Oficial Mayor de la Secretaría del Despacho de Indias, S.<sup>o</sup> M. le nombraba Secretario de Cámara y del Virreinato de Nueva España para todo el tiempo que durara el gobierno de Fuenclara, confiriéndole, a la vez, plaza de capa y espada en el Real Consejo de Indias, en consideración a sus méritos y a haberse resignado puntualmente a partir con dicho empleo. Siendo éste nuevo, no se podían determinar, desde España, sus precisas obligaciones, pero el Rey declaraba que su voluntad era que lo desempeñara bajo las órdenes del Virrey, en igual forma que se había hecho hasta entonces, sin más diferencia que la de ser nombrado por el Monarca. Mandaba éste al Virrey que tratara y consultara con él todos los asuntos que se ofrecieran, oyendo lo que Molinillo le representara sobre ellos. Daba el Rey una facultad especialísima al Secretario, diciendo: “Y quiero que pueda firmar con firma rasa, las cartas que le mandareis escribir y responder en vuestro nombre, pertenecientes al Virreynato, por lo que toca a lo interior del Reyno, a imitación de como se practicaba por los Secretarios de Sicilia, Nápoles y Milán, y que éstas se cumplan y executen con la puntualidad que las que vos mismo firmareis, y que se estimen y tengan por las Audiencias y Ministros de cualquier clase que sean como órdenes vuestras que corran en juicio y fuera de él, a excepción de libranzas, que éstas siempre han de ser firmadas de vuestra mano”.

Las leyes 5.<sup>a</sup>, libro 2.<sup>o</sup> Título 16, y las 46 y 47, libro 3.<sup>o</sup> de la Recopilación de Indias daban reglas sobre cómo y con quién debían los Virreyes despachar los negocios, cuando no requirieran secreto; para que eso no sirviera de embarazo, el Rey las revocaba y dispensaba, a fin de que Fuenclara pudiera despachar lo que se le ofreciera con el dicho Secretario, con tal de que no se perjudicara a los oficios ni a los escribanos de Gobernación y Guerra en los derechos que les correspondieran por arancel.

El nombramiento del referido Secretario y de los que, en lo sucesivo se nombrare, no había de estorbar el ejercicio del poder ni a las facultades superiores del Virrey, porque aquél debía estar bajo sus órdenes. El nombramiento de Secretario a favor de sujeto más calificado que los que, precedentemente, habían ocupado ese puesto, los cuales solían ser de la casa del Virrey, tenía por fin el que se le





ESCUELA DE ... OS  
HISPANO - ... OS  
C.S.I.C.  
BIBLIOTECA

Felipe V.

(De Rigaud. Museo del Prado, Madrid).

considerara y tratara por Fuenclara y los demás funcionarios de la Nueva España con los respetos que le correspondían: el ser de nombramiento del Rey tendía a que redundara en mayor lustre de la autoridad del Virrey y a que, con este carácter, pudiera ayudarle mejor en la dirección de los negocios públicos sin contemplaciones dañosas al servicio real. Encargaba S. M. muy especialmente al Conde que tratara a Molinillo con la confianza más íntima y con el mayor aprecio de su persona y prendas, porque se creía fundadamente “que no sólo se dedicará muy de veras —dice el capítulo 15 de la Instrucción— a quanto sea de mi servicio, sino que practicará con vos toda la atención y respeto devido, y solicitará ayudaros, con sus experiencias y luces, al acierto y crédito de vuestras operaciones, pues se le ha impuesto en estos mismos ditámenes para que lo execute, y merezca vuestra aceptación, como lo espero con deseos de que ningún accidente ni ocurrencia sea capaz de desgraciar ni sofocar, en su propio nacimiento, una providencia que he juzgado ha de promover el buen gobierno y beneficio de aquel Reyno, y me causaría desagrado experimentar los efectos contrarios al fin que he tenido en ella”.

Se facultaba al nuevo Virrey para que, si convenía, nombrara Asesor para las materias de Justicia, a cualquier Oidor de la Audiencia, que tuviera las cualidades de “integridad, juicio y literatura”, a pesar de la ley 35, libro 3.º Título 3.º de la Recopilación.

Considerando que, en la larga Instrucción que llevaba el Virrey, aprobada por S. M. y con fecha de 31 de enero de 1742, expedida por el Consejo, se contenían muchos capítulos en que se le encargaba la observancia de las leyes de Indias en diferentes asuntos, y, por otra parte, la aplicación de ellas ocuparía mucha parte del tiempo que necesitaría el Virrey para atender a las materias de guerra y demás que se ofrecieran, y, como no había motivo para innovar ni alterar los usos corrientes, se le ordenaba que, a pesar de lo que se le advertía en dicha Instrucción, hiciera lo que tuviere por conveniente al Real servicio, al resguardo de la Real Hacienda y al bien común de los vasallos de Nueva España.

Se le daba todo el poder necesario para establecer la alternativa en las elecciones para el Tribunal del Consulado y acabar con la rivalidad de Montañeses y Vizcaínos.

En fin, el Rey daba a Fuenclara facultad y jurisdicción absolutas

para la ejecución de todo lo contenido en la Instrucción, con inhibición de las Audiencias y Tribunales de Nueva España, sin que por recurso ni en otra forma se pudiera estorbar la gestión del nuevo Virrey: para ello, derogaba cuantas leyes y Reales Ordenes se opusieran a esto y se prometía de la rectitud, desinterés, prudencia y celo del Conde que éste se esforzaría en que la Instrucción tuviera cumplido efecto.<sup>10</sup>

Tres días más tarde, acusó el prócer aragonés recibo de la Instrucción reservada y de los despachos reales que le relevaban del pago de la media anata y le autorizaban para tomar posesión del Virreinato por medio de Apoderado, y daba gracias a Campillo en una carta que, como todas las suyas y la generalidad de las de esta época, lleva, a su cabeza, una cruz.<sup>11</sup>

Además de esos documentos, llevaba el Virrey un nombramiento para mandar, como jefe, la escuadra de navíos que le condujera a su destino; una Real Cédula para que, a pesar del nombramiento anterior, dejara que tuviera el mando de la escuadra el que fuera jefe efectivo; otra dirigida al Presidente de la Casa de Contratación de Cádiz, para que permitiera que el Virrey se embarcara con sus criados y alhajas, y otra, dirigida al mismo, para que no estorbara el viaje.<sup>12</sup>

En realidad no tuvo Fuenclara necesidad de estos últimos documentos, ya que no hizo el viaje en barcos españoles. Había Campillo encargado de buscar una fragata francesa, que transportara a las Indias al Virrey electo, al Intendente de Marina Don Manuel de las Casas y la Quadra, el cual se entendió, a su vez, con M. León Brethous, comerciante y vecino de Bayona. Precisamente tenía éste, en construcción, una fragata: remitióle Casas una contrata, que contenía las condiciones que se le exigían por su parte, con la conformidad del Ministro, y, en la carta de remisión, le decía textualmente: "...en ella (en la contrata) verá V. m. lo que digo, y a lo que me obligo: ahora sólo falta que Vm. (como lo espero) cumpla, haciendo uno de aquellos grandes milagros, que otras veces ha sabido hacer con su poder y buena maña. El tiempo es mui apretado (ya lo veo) pues para el día 31 de mayo próximo ha de estar la nueva fragata en esa ría de

<sup>10</sup> A. gen. de Indias. México, Leg. 1.505. Instrucción secreta. Aranjuez 23 de abril de 1742.

<sup>11</sup> Id. de íd. íd. íd. Fuenclara a Campillo, Aranjuez 26 abril 1742.

<sup>12</sup> Id. de íd. íd. íd. Ordenes expedidas en Buen Retiro a 31 de enero de 1742.



Bayona, alta la berga: así lo quiere S. E. y se debe hacer; con que, pudiendo acaso importar a Vm. el complacerle, es indispensable que así se egecute, aun quando no interviniera el servicio del Rey ni la propia obligación, por lo que S. E. se merece, y porque no es desagradecido, de que quedo yo responsable...".<sup>13</sup>

El 29 de abril contestó Brethous devolviendo dos contratas firmadas y manifestando que esperaba cumplir con su compromiso, porque hacía que se trabajara día y noche en la construcción de la fragata.<sup>14</sup>

Casas admitió la carta de fletamento y la remitió a Campillo, que contestó recomendando no se retrasara lo ofrecido.<sup>15</sup>

Pero, el 6 de mayo, comunicó Brethous que, a consecuencia de las lluvias de la semana, no podía adelantarse la obra en el cuerpo de la fragata, y que, si continuaban, pasaría lo mismo, por lo que dudaba poder cumplir su promesa de que el 31 de mayo estuviera el buque en la ría, dispuesto, cargado y habilitado en todo para hacerse a la vela.<sup>16</sup>

Casas notificó esto a Campillo, el cual contestó que S. M. se había servido resolver que el Conde de Fuenclara y las personas que hubieran de acompañarle se pusieran en camino para Pasajes, donde llegarían a principios de junio "por evitar el grave perjuicio que ocasiona la detención, y que su permanencia en Madrid produzca la publicidad o persuasión de la idea"; instábale a que no omitiera diligencia para inducir a Brethous a que se apresurara a terminar el buque, pues, en cuanto llegara el Conde, podría contribuir, con su influjo, a que se concluyera sin más dilación, si no lo estuviera ya.<sup>17</sup>

Había escrito Campillo a Fuenclara que, para facilitar su viaje a Veracruz, con el disfraz y disposición convenientes, con el fin de evitar se llegara a sospechar y fuera apresado por los ingleses, se había mandado fletar un navío francés, con tripulación de la misma nacionalidad, pasaportes y despachos de su Almirantazgo, y, con el pretexto de dirigirse cargado a La Mobila;<sup>18</sup> pasaría por El Ferrol, en cuyo

13 Id. de id. id. id. Casas a Brethous. San Sebastián 27 de abril de 1742.

14 Id. de id. id. id. Brethous a Casas. Bayona 24 de abril de 1742.

15 Id. de id. id. id. Casas a Campillo. San Sebastián 30 de abril; Campillo a Casas. Aranjuez 7 de mayo de 1742.

16 Id. de id. id. id. Brethous a Casas. Bayona 6 de mayo de 1742.

17 Id. de id. id. id. Campillo a Casas. Aranjuez 14 de mayo de 1742.

18 La Mobila, puerto del actual Estado de Alabama, pertenecía a la sazón a la Luisiana, colonia francesa, y era muy importante por su comercio.

puerto recogería al Conde. Pero, luego, se pensó que era medio mucho más seguro de tener oculto el viaje a América del nuevo Virrey y lograr que, aunque el barco fuese registrado por los ingleses, éstos no descubrieran el principal motivo de su navegación, que Fuenclara saliera directamente del puerto de Bayona (Francia), donde se aprestaba el barco, sin que éste tocara en ningún punto de España. El Ministro escribió; pues, al Conde, de nuevo, diciéndole, de parte del Rey, que se encaminase lo más rápidamente posible a dicho puerto, porque se esperaba que el 31 de mayo estuviera ya la fragata lista para hacerse a la vela: advertíase que le convenía que su estancia en Bayona fuese breve, para evitar se divulgase la noticia de su viaje, publicidad que frustraría el fin que se deseaba.<sup>19</sup>

Fuenclara contestó que, en cumplimiento de la orden de S. M., había decidido que su familia o servidumbre y su equipaje salieran de Madrid para Bayona el lunes 14 de mayo, haciendo el viaje directamente y por el camino regular, y el jueves inmediato marcharía él de Madrid, con los que habían de acompañarle, para poder llegar al lugar del embarque antes del 31. Rogábale, al mismo tiempo, que, para evitar se le estorbara y se diera publicidad a su viaje, porque era muy posible que se registrara su equipaje en las aduanas españolas o en la de Bayona, recomendará —si le parecía conveniente— al Embajador de Francia que, reservadamente, previniera al Gobernador de Bayona que no se hiciera dicho registro y diera orden a las aduanas de España que no se registrara ni el equipaje que llevara el Virrey consigo ni el que había de enviar con la familia.<sup>20</sup> Campillo accedió gustoso a enviar la orden duplicada a las aduanas españolas para que no registraran ni detuvieran los equipajes del Conde, mandándole, al mismo tiempo, que fuera a San Sebastián.<sup>21</sup>

Concedióse a Molinillo, que, a la sazón, era Oficial Mayor de la Secretaría del Despacho de Indias, facultad para jurar su cargo de Secretario de Cámara del Virreinato en manos del Conde de Fuenclara, en México; a la vez fué nombrado Ministro de capa y espada

---

19 A. gen. de Indias. México. Leg 1.505. Campillo a Fuenclara, Aranjuez 5 de mayo de 1742.

20 Id. de id. id. id. Fuenclara a Campillo, Madrid 8 de mayo de 1742.

21 Id. de id. id. id. Campillo a Fuenclara. Aranjuez 10 de mayo de 1742.

del Consejo de Indias, con antigüedad desde la fecha del nombramiento, para que entrara a ejercer su cargo al regresar a España.<sup>22</sup>

Puesto Fuenclara en relación con Molinillo, supo que Campillo deseaba que se embarcara en la fragata que Brethous construía en Bayona y le manifestó su temor de que, por lo que tardaba en acabarla, llegara a saberse en toda Europa su viaje, con el consiguiente peligro, ya que *había ingleses en la costa*. Su razonamiento es curioso, como lo expresan los siguientes fragmentos de su carta:

"Siendo Bayona de otro Dominio carezemos de autoridad y de medios eficazes para obligarle al cumplimiento de lo que ha prometido; que, por más delijenzia que se vse ha de ser ynevitable el que sobrecargue la Fragata, de suerte que no sólo no pueda huir, si se ofreze, de la bista y caza que le den los enemigos, sino ynpedirse para resistir a un temporal, y que saliendo de aquel Paraje saue V. E. es ynescusable navegar sobre una larga costa, que oy es la más peligrosa, por el crezido número de Embarcaciones Ynglesas que están o ban a ella, si hemos de dar crédito a los abisos públicos.

"Me beo en la nezesidad de hazer presente a V. E. que tendría maior satisfación y consuelo de embarcarme en Cádiz, pues se me ha asegurado que en aquella Baía está abilitado el Nabío de Guerra del Rey nombrado el León, y que, si fuese posible y no de gran reparo pudiera S. M. destinarlo a que me condujese a la Veracruz, pues siendo este Bajel de más de 60 cañones, no fázilmente se azercaría toda Embarcación Inglesa a él, como sucederá con el Francés, y pareze que zesava el riesgo, a menos que le encontrasen fuerzas superiores capaces de atacarle, que, en lo regular, se ha de suponer como caso raro.

"Suplico a V. E. ponga en notizia del Rey esta ynstancia mía, a que me ynduce no sólo el probable y casi conozido riesgo que amenaza la salida de Baiona, sino el persuadirme que, dignándose S. M. concurrir a esta proposición, creo que, dándose la orden a Don Alexo de Ruvalcavar, en los términos que juzgare V. E. a propósito, fázilitará, con su actividad y eficazia este Ministro quanto fuere relativo a la maiorpromptitud y a que no se difiera el viaje...".<sup>23</sup>

Campillo contestó que al Rey no le parecía bien que Fuenclara

<sup>22</sup> Id. Indiferente General. Leg. 447, tomo 45, fols. 241 v.º y 242. Aranjuez

<sup>24</sup> de mayo de 1742. Se le nombró por Real Decreto de 23 de abril de 1742.

<sup>23</sup> Id. México. Leg. 1.505. Fuenclara a Campillo. Madrid 15 de mayo de 1742.



saliera de Cádiz en el "León", por no exponer la persona de su Virrey "al inminente riesgo que hace recelar la diligencia con que los enemigos cruzan por los parages precisos de la navegación, saliendo de Cádiz", y porque el viaje se dilataría más que con las disposiciones dadas a Brethous, ya que, aun en el caso de que éste faltase a lo ofrecido, se haría el encargo a persona que, con prontitud y acierto, lo desempeñara; en consecuencia, el Conde podía emprender su marcha a Pasajes cuando le pareciere.<sup>24</sup>

Había escrito Fuenclara al Intendente Casas pidiéndole— como ya lo había hecho a Campillo— que sus equipajes no fueran registrados en la aduana de San Sebastián. No había, a la sazón, en esta ciudad, aduana de ninguna clase, pero esta solicitud hizo dudar a Casas de lo que, en su calidad de Juez de Arribadas de Indias, debería él practicar con dichos equipajes, cuando, después de haber llegado allí, se pasaran a Francia por mar o por tierra. Escribió, en la duda, a Campillo, suplicándole le hiciera el favor de "iluminarle y ordenarle al mismo tiempo" lo que fuera del agrado de S. M. Pero, a la vez, expresaba, muy juiciosamente, su opinión, de este modo: "...Yo soy de sentir, que ni se examinen, ni rexiſtren: Lo primero, porque de hacerse sería arriesgar el secreto del embarco, y transporte de el mismo Conde y su familia. Lo segundo, por que parece conveniente, y aun conforme con la mente de S. M. el que con personajes de tan alto carácter se tenga esta atención, mayormente en la peligrosa situación de la presente guerra. Y lo tercero, y vltimo, por que estamos en el caso de no poder remediar ningún inconveniente, aun quando lo hubiera, pues, a querer olvidarse de quien es el mismo Conde, y de la confianza que deue a la piedad del Rey, podrá facilitar en Bayona, le embarquen, en la misma fragata, en que ha de nauegar quanto quiera o disponga su familia. Así, pues, a menos que V. E. otra cosa me ordene, sólo practicaré la diligencia de encargar y suplicar mui de veras al mismo Conde, haga que sus criados, dependientes y demás de su comitiva obseruen en esto toda la integridad que corresponde y deuen profesar los buenos seruidores del Rey...".<sup>25</sup>

La respuesta de Campillo a tan discreta consulta no se hizo esperar; en ella se prevenía al Intendente que el Ministro había dado las

<sup>24</sup> Id. id. id. Campillo a Fuenclara. Aranjuez 16 de mayo de 1742.

<sup>25</sup> Id. id. id. Casas a Campillo. San Sebastián 14 de mayo de 1742.



órdenes pertinentes para que, en las aduanas por donde transitara, no se registrara el equipaje del Conde de Fuenclara, tanto el que debía salir de Madrid con su Caballerizo, Don Bernardo del Arenal, como el que llevara con su persona, y también gozarían de igual inmunidad los equipajes de Don Francisco Fernández Molinillo, y los de las demás personas de distinción que debían acompañar al Conde “porque —decía Campillo— no es presumible pudiese haber motivo para considerar precisa aquella diligencia...”.<sup>26</sup>

Entretanto, Brethous escribía a Casas que la fragata no estaría dispuesta para hacerse a la vela el 31 de mayo —como contaban el Rey de España y Campillo, haciendo todos los cálculos a base de esta fecha— sino sólo el 15 de junio. Casas le contestó quejándose de su informalidad y diciéndole: “...me dice Vm. que para el 15 de junio lo estará, y esto no con posible seguridad, sino sólo con la palabra. Discurro que es lo mismo que dudar del cumplimiento de este segundo plazo, cosa que se hace intolerable por tan agena de razón...”. Exponíale los grandes perjuicios que se seguirían de este retraso, especialmente el de que los ingleses tendrían, entre el cabo de Machichaco y la costa de Cabo Bretón, algunas fragatas ligeras, de modo que, sin gran riesgo, el buque en construcción no podría escaparse de ellas; eso sin contar con que, en vista de que el armador francés había faltado a lo que contrató y firmó, tanto S. M. Cristianísima como S. M. Católica le harían las reconvenciones que les pareciera y tomarían satisfacción a su falta de correspondencia. Apremiábale a que terminara, “sin reparar en gastos, por extraordinarios que fueran”, la construcción de la fragata, “pues sé —terminaba diciendo— que Su Excelencia sabrá hallar expediente de resarcírselos a Vm. superabundantemente, si se le da gusto”. Brethous contestó que haría lo imposible para que la fragata estuviera lista para el 15 de junio.<sup>27</sup>

Había escrito Campillo a Casas que el Conde de Fuenclara se pondría en camino en breve, por “euitar el grave perjuicio que ocasiona la detención, y el que su permanencia en Madrid produzca la publicidad o persuasión de la idea...”.<sup>28</sup> A lo que respondió Casas:

“Si el Conde de Fuenclara llega al Pasage el día 1.º de junio,

---

<sup>26</sup> Id. id. id. Campillo a Casas. Aranjuez 21 de mayo de 1742.

<sup>27</sup> Id. id. id. Casas a Brethous. San Sebastián 15 de mayo de 1742. Brethous a Casas. Bayona 19 de mayo de 1742.

<sup>28</sup> Id. id. id. Campillo a Casas. Aranjuez 14 de mayo de 1742.

será preciso que se detenga en aquel puerto a lo menos hasta el 15, pues, según lo que Bretus escribe, y los reservados informes que yo tengo por otra parte del estado actual de la nueva fragata, no puede ésta hallarse prompta para nauegar hasta el citado día 15, poco más o menos, y siendo, como V. E. bien saue, el Lugar del Pasage de corta vecindad, y mui frecuentado de la gente, y tropa de todas estas cercanías, será imposible que la llegada y subsistencia de un personaje de las circunstancias que el Conde de Fuenclara deje de causar mucha novedad en toda esta comarca, y la de Bayona, de que infaliblemente resultará el inconveniente de ser conocido, y de aquí el que se discurra el fin de su venida, pues no parece que su promoción al Virreinato de México esté tan secreta que se ignore absolutamente, ni en Madrid, ni en otras partes, lo que infiero por hauer, casualmente... y con arta admiración, oído hablar de ella (presentes los Directores de esta Compañía y otras personas) a algunos de los oficiales del reximientó de Milán, que guarnece esta plaza. Sobre estos supuestos, me parece conveniente, Exmo. Sor., que el nuevo Virrey no saliese de esa Corte hasta el día 2 ó 3 de junio, y que lo execute entonces con su familia, tomando el camino de Cádiz, como que va o se endereza a embarcarse a aquel puerto: Que, a segunda jornada, disfrazándose, hurtasen el rumbo y siguiesen el de Pamplona o sus cercanías, de las quales, deteniéndose y haciendo alto, me despachasen un propio, para que yo auisase el día que, desde ellas, podían salir para embarcarse, ya fuese caminando en derechura a Bayona, San Juan de Luz o esta Ciudad, con solos tres o cuatro de su familia, y que los demás, diuididos también en destacamentos de quatro o seis, hiciesen lo mismo, de manera que no se juntasen hasta estar ya a bordo de la fragata. Este es mi dictamen, porque creo que el disimulo importa mucho en este caso, y porque me parece es menor inconveniente el que la fragata, después de estar prompta, espere quatro o seis días al nuevo Virrey, que el que éste espere aquí a la fragata...".<sup>29</sup>

He copiado aquí la mayor parte de la juiciosa carta de Casas para que se vea la serie de combinaciones y casi equilibrios que se hacían para evitar que se repitiera con el Conde de Fuenclara el pasaje trágico-cómico de la huída del Duque de la Conquista, con el consiguiente peligro.

Sobre la manutención de los veinte pasajeros, que componían, en

---

<sup>29</sup> Id. id. id. Casas a Campillo. San Sebastián 21 de mayo de 1742.

conjunto el presunto Virrey y su séquito, escribía también Casas que la había ajustado con Brethous en el precio de 3.200 pesos, desde el día que salieran de la barra de Bayona hasta el en que entraran en el lugar de su destino, bajo la condición de tener dispuestas, diariamente, tres mesas “primera, segunda y tercera, abundantemente servidas, y cada una en su clase delicada y bien servida...”.<sup>30</sup>

El 22 de mayo salió de Madrid para Pasajes el Caballero Don Bernardo del Arenal y Carrión, con la familia y equipaje del Conde de Fuenc Lara y éste emprendió el viaje el 25 del mismo mes, con las personas de distinción que le acompañaban y el resto de su familia o servidumbre. Como ambas partidas sucedieron antes de recibirse en la Corte la misiva tan previsora del Intendente Casas y como lo que éste aconsejaba pareció muy bien al Ministro, al recibirla, despachó Campillo inmediatamente un correo extraordinario para que, en dondequiera que encontrara al Conde, le entregara nota de lo expuesto por Casas, a fin de que, en su vista, tomara las medidas que le parecieran proporcionadas y avisara de ellas al Intendente; díjosele también que la manutención de él y su séquito estaba ya ajustada con Brethous y que al Ministro no le parecía mal ni lo ajustado ni el precio de la manutención “si el Conde lo tenía por conveniente”; por último, se le aconsejaba que, si seguía el parecer de Casas de hacer el viaje con disimulo, podía detenerse en Burgos o en sus inmediaciones.<sup>31</sup>

El 27 de mayo escribía Brethous que su fragata estaría lista para emprender el viaje el 15 de junio; al día siguiente Casas lo notificaba a Campillo.<sup>32</sup> Pero éste, desde que había recibido los informes enviados por el Intendente de San Sebastián, se hallaba intranquilo y desconfiaba de que Brethous llegara a cumplir lo prometido. Júzguese cuál no sería su alegría cuando recibió, a primeros de junio, una carta de Mr. François Casaubon, que le escribía por indicación de Mr. Etienne Drouilhet, amigo y corresponsal de Campillo, y le decía que, noticioso de lo preocupado que estaba por el retraso en la construcción de la fragata de Brethous —que él calculaba tardaría en terminarse un mes bien cumplido— y de las dificultades que el armador tendría para

<sup>30</sup> Id. id. id. Del mismo al mismo. La misma fecha.

<sup>31</sup> Id. id. id. Campillo a Casas. Aranjuez 28 de mayo de 1742.

<sup>32</sup> Id. id. id. Brethous a Casas. Bayona 27 de mayo de 1742. Casas a Campillo. San Sebastián 28 de mayo de 1742.



reunir buena gente de tripulación, estaba dispuesto a hacerle una proposición para el transporte del Virrey de Nueva España y de su comitiva. Enumeraba las tres circunstancias que se precisaban siempre para salir de la barra de Bayona al mar: mar apacible, buena marea y viento favorable y suponía fundadamente que "no sería milagrosa la detención de muchos días en la embocadura de nro. río, como suele subceder muy a menudo". Pero el inconveniente mayor, a su juicio, era que, a diario, se avistaban, desde San Sebastián, corsarios ingleses, que habían bloqueado este puerto durante todo el verano y que visitaban cuantos buques salían de él, por lo cual era muy probable que detuvieran al Virrey y a sus acompañantes. Para evitar estos inconvenientes, ofrecía Casaubon un navío ya dispuesto y con buena defensa, el cual saldría de Port-Louis o de La Rochela, como uno de tantos que iban en expedición al Mississipí, los cuales no eran sospechosos a los ingleses. Además, esos puertos tenían la ventaja de estar abiertos para que los buques saliesen al mar en cualquier momento, siendo el viento favorable, y no encontrándose ingleses en sus alrededores, lo cual era una cosa esencial e importantísima.<sup>33</sup> Adjuntaba a su carta un memorial de la oferta que hacía.

Ofrecía, para el transporte del Virrey, de su Secretario Molinillo y de la demás comitiva de Su Excelencia, con todos sus bagajes, equipajes, muebles, etc., un navío de 300 toneladas, armado de treinta cañones y con 120 hombres de tripulación, comprendidos en ese número el Capitán y los demás oficiales "toda gente de la mayor satisfacción", con toda la documentación en regla para la Luisiana, pero que saldría directamente para Veracruz de La Rochela, Port-Louis o de cualquier otro puerto del Poniente de Francia, con nueve condiciones, la primera de las cuales estaba redactada así:

"Para el transporte del Exmo. Sor. Virrey, su familia, etc., no se pide ni se pretende cosa alguna. Se atenderá en todo lo que sea del gusto y conveniencia de S. Ex.<sup>a</sup> con el respeto, la veneración y la atención tan justamente devidas a la persona y carácter de su Ex.<sup>a</sup>".

En cambio de este transporte gracioso, pedía que los 3.000 quintales de hierro, que llevaría para su lastre, se le permitieran vender en Veracruz sin pagar mayores derechos que los que se suelen contribuir

---

33 Id. id. id. Casaubon a Campillo. Bayona 28 de mayo de 1742

por la entrada en aquella ciudad, sobre cuyo producto no se cargará indulto en qualquiera puerto de España donde cumplirá su rexistro el dho. nauio a la buelta". Suplicaba también que se le permitiera registro de plata en Veracruz hasta millón y medio de pesos en oro o plata, para conducirlos directamente al primer puerto de los dominios de S. M. Católica, y cuyo flete y conducción quedarían a favor del navío como indemnización por los gastos de armamento. Pedía que se le despachara rápidamente en Veracruz para poder retornar en el rigor del invierno, en cuyo tiempo las costas de España estaban libres de corsarios ingleses; que, si se cargaban, en el mismo puerto mejicano, fondos de S. M. Católica, se hiciese la operación con el conveniente disimulo para evitar las sospechas de los enemigos, y sin pretender nada por el flete y conducción a España; que la tripulación del navío fuera elegida por su dueño, sin la menor intervención de la Casa de la Contratación, del Consulado de Cádiz ni de cualquier otro tribunal de Indias y que se le permitiría al navío carenar, en caso necesario, en Veracruz o en cualquier otro puerto de las Indias, pese a las leyes vigentes y contrarias a dicho permiso. Daba un plazo de ocho días para aceptar o rechazar su propuesta, a partir de su recepción por el Ministro, y para cumplir y guardar lo propuesto "llanamente, sin ninguna reserva ni disimulo, como corresponde a obligaciones de cristiano y antiguo servidor de V. S. Ilma. somete el proponente su persona, bienes y quanto depende de sí...".<sup>34</sup>

La propuesta fué inmediatamente aceptada por Campillo, al que pareció bien y se lo comunicó en seguida y a la vez a Casaubon y a Drouilhet, rogando a éste que el proponente pasara a Pasajes "con el secreto y disimulo conveniente" a tratar con el mismo Conde las condiciones del viaje, que se dejaban al arbitrio del Virrey, si le convenían y tenía este transporte por más seguro y fácil.<sup>35</sup>

A Fuenclara escribió Campillo diciéndole haber recibido carta de Casas, que le reseñaba, y otra de Casaubon, con la propuesta antedicha, y continuaba así: "...habiéndome parecido justos los recelos de dn. Manuel de las Casas, no difícil que succeda el riesgo que se teme, muy regular que los embarazos que considera Casaubon impidan la salida, en

34 Id. id. id. Memorial que presenta a V. S. Ilma. su muy obsequioso rendido servidor Francisco Casaubon, residente en Bayona de Francia. Bayona 28 de mayo de 1742.

35 Id. id. id. Campillo a Drouilhet. Aranjuez 3 de junio de 1742.

tiempo oportuno, de la fragata, del puerto de Bayona, dudoso que cumpla Bretus lo que ofrece, atendida la variedad y alteración que ha experimentado, y considerando que Casaubon no es hombre de quien pueda esperarse falte a lo que promete, que su proposición es menos gravosa que la de Bretus a la Rl. Hacienda, cómoda para asegurar el transporte de V. E. más pronto que la admitida a aquél, y que, en el retorno del Navío, puede experimentar beneficio el comercio; la he hecho presente al Rey, y, en su inteligencia, se ha servido aprobarla para el caso de convenir V. E. a usar de este medio, y, para que trate con Casaubon de su puntual cumplimiento, se le ha prevenido pase luego, con el posible disimulo, a ese puerto; y me manda S. M. remitir a V. E. la copia de la proposición, para que, atendidas las consideraciones que quedan expuestas, que miran a la mayor conveniencia y seguridad en el viaje de V. E. se concluya el convenio, conformándose precisamente dn. Francisco Casaubon a que su hermano, residente en Cádiz, se obligue, con la fianza correspondiente, a que el bagel aya de volver a aquel puerto u otro de los de Castilla, con el caudal que solicita se le conceda cargar en el de Veracruz, por cuenta del comercio, y, firmada por Casaubon esta obligación, puede V. E., sin detenerse, poner en práctica esta disposición.

"Para despedir la fragata de Bretus, podrá V. E. valerse del pretexto de la falta del cumplimiento de su contrato, y del perjuicio que la dilación ha ocasionado con la publicidad de la idea; y convendrá que manifieste V. E. que, a fin de precaver el riesgo a que ya se expondría saliendo de esas costas, ha resuelto, de acuerdo con el Ministerio, pasar a Cádiz u otro parage a embarcarse, pues, por este medio, se podrá asegurar más el disimulo del verdadero destino...".<sup>36</sup>

El Caballerizo de Fuenclara, Don Bernardo del Arenal, estaba en Vitoria el 31 de mayo y llegó a San Sebastián el 4 de junio, con el equipaje de su señor y algunos de sus servidores. Tenía Casas preparada, para alojamiento del Virrey y de su séquito, una casa en Pasajes, hacia la parte de Fuenterrabía, bastante decente, cómoda y bien provista de todo lo necesario", que el Intendente creía sería de su gusto, pues así estaría "con más libertad, desembarazo y quietud", que si se hubiera alojado en San Sebastián, evitando, además, con ello, el peligro de una epidemia, que hacía más de dos meses diezmaba la

---

<sup>36</sup> Id. id. id. Campillo a Fuenclara. Aranjuez 4 de junio de 1742.



ciudad "con tan increíble mortandad, que todos viven consternados y en una suma inquietud..."<sup>37</sup>

El Conde llegó felizmente a Pasajes el 6 de junio, con las demás personalidades de su séquito, entre las que, además del Secretario Molinillo, figuraba Don José Huergo, sobrino del Ministro Campillo; alojóse en la residencia prevenida y comenzó inmediatamente a tratar con Casas del modo de pasar "con disimulo" a Bayona y que luego le siguieran su familia y equipaje, con intención de embarcarse el día 15 para México. Pero, sabedor de la proposición hecha a Campillo por Casaubon, envió a éste un expreso para que pasara a conferenciar con él sobre el viaje. En seguida, la tarde del 7, llegó Casaubon a Pasajes y representó a Fuenclara los inconvenientes que se ofrecían en su viaje a México para que lo realizara con la debida seguridad, los cuales nacían "no sólo del ruido que a ocasionado su llegada a esta tierra" sino de la numerosa comitiva que intentaba llevar consigo, por la que se haría sospechoso y se exponía a un riesgo evidente de ser hecho prisionero por cualquiera de los muchos buques ingleses que merodeaban por las costas del golfo de Vizcaya, en tanto número que era imposible no tropezar con alguno de ellos. Aunque los viajeros usaran de las mayores precauciones y de los mejores disfraces, los enemigos reconocerían la fragata por española y, sólo con esto, les sobraría motivo para hacer legítima su presa. Para evitar este contratiempo, resolvió Fuenclara embarcar, con Molinillo, Huergo y tres de sus servidores en la fragata que Brethous estaba construyendo: para mayor seguridad, se les pondría, en los despachos del Almirantazgo de Francia, como oficiales o pasajeros de esta nacionalidad, disfrazándose, además, en la forma conveniente, para hacer mayor el disimulo. Decidió también que el resto de su comitiva le siguiera después, haciendo rumbo a la Veracruz, lo antes posible, encargándose de su conducción Mr. Casaubon, "verdaderamente —escribía el Conde— "hombre ingenuo y de amables prendas", que se prestó a preparar tal viaje a bordo de un navío de 130 toneladas, que iría a La Habana, desde Bayona, con su lastre de hierro y carga comestible y cargaría, en las Indias, tabaco y azúcar, siendo a su favor los fletes.<sup>38</sup>

37 Id. id. id. Casas a Campillo. San Sebastián 4 de junio de 1742.

38 Id. id. id. Fuenclara a Campillo. Pasajes 8 de junio de 1742. Casaubon a Campillo. Pasajes 8 de junio de 1742.

Por orden del Rey, Campillo aprobó lo que proponían Fuenclara y Casaubon, a pesar de lo que había aconsejado al Conde en su precedente carta.<sup>39</sup>

Entretanto, el día 9, recibió Fuenclara, de mano de Casas, la carta en que Campillo le decía que podía despedir la fragata de Brethous. Hallábase el Virrey a punto de salir, como lo realizó, de Pasajes, a las cinco de la mañana, con un día "vastante crudo y lluvioso", llegando a Bayona en la noche del día 10,<sup>40</sup> con "el recato posible" y, en seguida que estuvo allí, trató con Casaubon de lo que el Ministro le proponía para el viaje, preguntándole si, de este cambio de pensamiento, podían resultar algunas ventajas. Casaubon le manifestó, inmediata y resueltamente, que, viendo el estado en que se hallaba ya la fragata de Brethous, que, con toda seguridad, podría hacerse a la vela el prefijado día 15, creía que lo mejor que podía hacerse era lo ya resuelto y comunicado a Campillo, de embarcarse el Virrey con las dichas cinco personas en la nueva fragata, y que renunciaba a lo propuesto por él mismo a Campillo, a pesar de la utilidad que podía producirle: añadió que su dictamen era no variar en lo resuelto, tanto porque, con otras marchas y nuevos pasos, se hacía más pública la cosa, como porque la mayor seguridad estaba en hacer el viaje en dos grupos separados. Estas razones confirmaron al Conde en su resolución.<sup>41</sup>

Al recibir la noticia de que el Rey había conferido a su hermano Miguel el Obispado de Córdoba, escribió, enteramente de su puño y letra, la siguiente y agradecida carta al Ministro:

"Exmo. Sor.

"Mui Sor. mío y Amº. Quedo con la mr. estimación a la fineza que devo a V. E., avisándome en la suia de 4 del corriente como los Reyes le avían dicho han hecho a mi Hermo. la honrra de conferirle el obispado de Córdoba viendo que así él, como yo, lo devemos todo al favor de V. E., pues, aunque no me lo diga V. E., creo ha sido quien ha despachado este expediente, sacándolo del pozo de la Secretª. de Estado, en fin, repito a V. E. las gracias, no dudando continuará V. E. en ser Protector de mi casa y de la Condesa, en lo que se ofre-

39 Id. id. id. Campillo a Casaubon y a Fuenclara. Aranjuez 11 de junio de 1742.

40 Id. id. id. Casas a Campillo. San Sebastián 11 de junio de 1742.

41 Id. id. id. Fuenclara y Casaubon a Campillo. Bayona 11 de junio de 1742.



ziere en mi ausencia, y quedando siempre a la disposición de V. E. ruego a Dios guarde los muchos años que deseo y he menester. Bayona y 11 de junio de 1742.

"Exmo. Sor.

"B. L. M. de V. E.

"Su Am<sup>o</sup>. y reconocido Servidor.

"El Conde de Fuenclara.

"Exmo. Sor. Dn. José del Campillo".<sup>42</sup>

A su llegada a Bayona, había encontrado el Conde terminada la fragata construída por Brethous, y bautizada con el nombre de "Le Dauphin" y, habiendo recibido la aprobación de Campillo a su proposición del día 8, se dispuso a embarcarse con sus cinco compañeros en cuanto cesaron las continuas lluvias y los vientos contrarios, que, desde hacía varios días, soplaban del Suroeste, impidiendo la salida de los barcos de la barra. Casaubon opinaba, además, que debía esperarse a que se afirmaran los vientos propicios: entonces podrían hacerse a la vela sin la menor dilación. Esperaba Fuenclara este momento "con ansia de no dilatar una ora el aprouecharme de la oportunidad que se ofrezca, para ganar los instantes y hacerme a la vela". Y notificaba al Ministro, su protector, que emprendía el viaje dejando encargado de transportar el resto de su séquito a Casaubon con toda "confianza y consuelo, que no dudo me ha de continuar el favor de V. E.; a cuió fin espero se expidan las orns. correspondientes, y que quanto antes quede habilitado Casaubon, para hacer su despacho, en que creo procederá con pureza, y reglará las cosas de forma, que se consiga el intento, sin mucha retardación ni ruido...".<sup>43</sup>

Casas se manifestó encantado de que el Rey hubiera accedido a los deseos del Conde y así se lo manifestó a éste, al remitirle la carta de Campillo, dándole, con un cordial "me alegro" y "mill enorabuenas", la seguridad de que, si hacía falta su concurso, lo aportaría gustoso, tanto por complacerle como por cumplir lo que el Ministro ordenaba.<sup>44</sup>

A causa del traslado de la Corte, desde Aranjuez, donde se hallaba de jornada, a Madrid, no tuvo tiempo el Ministro de resolver

<sup>42</sup> Id. id. id. Particular de Fuenclara a Campillo. Bayona 11 de junio de 1742.

<sup>43</sup> Id. id. id. Fuenclara y Casaubon a Campillo. Bayona 18 de junio de 1742.

<sup>44</sup> Id. id. id. Casas a Fuenclara. San Sebastián 16 de junio de 1742.

la proposición de Casaubon respecto al transporte del séquito del Virrey; notificó, en breve carta, al interesado, que le avisaría, por medio de Drouillet, al correo siguiente.<sup>45</sup> Ya dije que era Drouillet quien había enviado a Campillo la dicha proposición,<sup>46</sup> luego modificada por las conversaciones entre Casaubon y Fuenclara. La respuesta admitiendo esa oferta llegó, efectivamente, en el correo siguiente, junto con una carta a los Oficiales Reales y al Gobernador de la Habana, para que admitieran al navío de Casaubon y le permitieran la venta del hierro y de los frutos que transportara, pero mandando le fueran decomisadas las mercancías que llevara de otra clase: se pedía también al dicho Gobernador que avisara al Virrey de Nueva España de la llegada de su familia a La Habana, para que pudiera disponer el transporte de ella al puerto de Veracruz.<sup>47</sup>

El equipaje y la servidumbre del Conde habían sido conducidos por mar desde Pasajes a Bayona.<sup>48</sup>

Su estancia allí duró casi un mes. En opinión de Casas, su detención provenía "del recelo, bastante fundado, en que se halla, de que embarazan actualmente su salida dos o más embarcaciones inglesas, la una, fragata de porte de 40 ó 50 cañones, que cruzan desde el caño de Machachaco hasta la costa de Francia...".<sup>49</sup> Efectivamente ese era el motivo de tan larga permanencia, como lo prueba una carta del Conde a Casas, dándole las gracias por el interés que mostraba en que su viaje se llevara a efecto en las mejores condiciones; en ella le decía:

"...Estimado el cuidado de V. S. puedo decirle que, habiendo estado prompto para embarcarme, y la fragata el Delfín de Francia, se ha mantenido el viento contrario tan constante, que no ha sido posible hacer la salida de este parage, y se ha añadido, desde el viernes pasado, a este impedimento, el de estar, quasi a la vista de la varra del río, una fragata Inglesa de 40 a 50 cañones, con otra de 14, y un pequeño bergantín, que cruzan, al parecer con el intento de apresar los corsarios de Sn. Sebastián, cojiendo los rumbos por donde pueden

45 Id. id. id. Campillo a Casaubon. Madrid 18 de junio de 1742.

46 Id. id. id. Drouillet a Campillo. Madrid 1 de junio de 1742.

47 Id. id. id. Campillo a Casaubon, y al Gobernador y Oficiales Reales de La Habana. Madrid 25 de junio de 1742.

48 Id. id. id. Fuenclara a Campillo. Bayona 11 de junio de 1742.

49 Id. id. id. Casas a Campillo. San Sebastián 25 de junio de 1742.

entrar en estos Puertos inmediatos, o quizá con otros fines también. Este embarazo me tiene impaciente y en el dictamen de, que, si perseveran las tres Embarcaciones enemigas dos o tres días en las propias aguas, tomar medidas que aseguren enteramente la salida de esta costa, pasando a embarcarme a otro Puerto a donde irá la fragata a recuirmen sin que nadie lo penetre; pues, sin embargo del corto número de personas, y disfraz con que deuo naugar, no es conveniente arriesgarme a vn conocido encuentro de Ingleses en los principios del viage...".<sup>50</sup>

Campillo contestó a Casas que S. M. quedaba enterado.<sup>51</sup>

Casaubon dió las gracias al Ministro por la aceptación de su propuesta. Preparó, para llevar a La Habana la comitiva del Virrey, un barco mayor de 130 toneladas, por no encontrar otro más a propósito y lo cargó, como se le había permitido, con hierro "para el enjunque", aguardiente, harina, vino, bacalao y aceite, lo cual se consideraba incluído entre los comestibles que le autorizaban a llevar. Avisó que no podría partir antes de fin de julio y que había tenido complacencia suma en ver otra vez por Bayona al sobrino de Campillo, Don José de Huergo, y de obsequiar al Secretario Don Francisco Fernández Molinillo "cuyos raros talentos y prendas amabilísimas —escribía— no se pueden ponderar". Agregaba que los servía a todos hasta que se embarcaran, procurando manifestarles la sinceridad de su "apasionado y inimitable zelo" por su servicio y el del Ministro.<sup>52</sup>

El Conde decidió embarcarse en Rochefort. Era ésta una ciudad nueva, fundada por Luis XIV en 1666, según los planos del ingeniero del Rey, Blondel, en el país de Aunis, sobre el Charente, a cinco leguas de su desembocadura. "Il n'y a peut-être —dice Piganiol de la Force— point de ville en France qui ait de plus belles rues que Rochefort; l'arsenal est le plus grand, le plus beau et le plus achevé du royaume; les casernes y sont superbes; la place vaste et régulière, et l'hôpital magnifique". Allí estaban el Arsenal y los almacenes de la Marina y un Seminario para capellanes de la Armada.<sup>53</sup>

El 1.º de julio, aprovechando el buen tiempo, salió la fragata

50 Id. id. id. Fuenclara a Casas. Bayona 24 de junio de 1742.

51 Id. id. id. Campillo a Casas. Madrid 2 de julio de 1742.

52 Id. id. id. Casaubon a Campillo. Bayona 2 de julio de 1742.

53 Piganiol de la Force: *Nouvelle description de la France*, citado por Moréri "Dict. hist", IX, pág. 261.



"Le Dauphin", bajo el mando del Capitán Domingo Lauga, del puerto de Bayona para el de Rochefort: llegó la nave a su destino, con toda felicidad, veinticuatro horas más tarde, sin haber encontrado a ninguno de los barcos enemigos. El Virrey esperó el regreso de un barco, que se despachó sólo con el objeto de saber el resultado de la visita que hicieran a la fragata los ingleses, si, por acaso, los encontraban. "...El Capitán —notificó Brethous— me escriue marauillas de la marcha y de las buenas prendas del Nauío, y todo será menester para contentar a Su Exa. y quitarle en parte los miedos que tiene de la mar, de suerte que ha sido grande fortuna de que no aia tenido efecto la compra del Navío de Sn. Juan de Luz porque nunca se viera embarcado en él, y no tenía tampoco capacidad para cargar todo lo que han comprado aquí...".<sup>54</sup>

En cuanto el Conde supo la feliz travesía de la fragata, a pesar de que los tres buques ingleses continuaban cruzando ante las costas de San Sebastián, decidió salir para Rochefort, pero hubo de esperar el curso favorable de las mareas para pasar los ríos Garona y Dordoña, que debía atravesar en su camino. Por fin, a las cinco de la mañana del 7 de julio, emprendió su marcha por tierra hacia el dicho puerto y llegó a él en la jornada del 13, encontrando a la fragata anclada en la rada. Acompañábanle Molinillo, Huergo y tres de sus servidores y, una vez disfrazados convenientemente, se embarcaron en "Le Dauphin", esperando a bordo a que soplara un viento propicio para hacerse a la vela con rumbo a su destino.<sup>55</sup>

Ignoro qué clase de disfraz usaron el Conde y sus acompañantes; tampoco sé cuáles de sus servidores le acompañaron en la fragata ni qué incidentes le ocurrieron en su larga travesía: con su acostumbrada concisión, la correspondencia de Fuenclara no nos suministra detalles. Además de los títulos de Virrey, Gobernador, Capitán General y Presidente de la Audiencia de Nueva España, llevaba Fuenclara diversos despachos: para los Oficiales Reales de Hacienda de México, ordenando que pagaran al Virrey su salario anual de 20.000 ducados, desde el día que tomara posesión del Virreinato, pagadero por "los tercios de cada uno año", como se acostumbraba pagar a los demás

<sup>54</sup> A. gen. de Indias. México, Leg. 1.505. Brethous a Casas. Bayona 7 de julio, y Casaubon a Campillo. Bayona 2 de julio de 1742. Fuenclara al Rey. México 22 abril 143.

<sup>55</sup> Id. de id. id. id. Brethous a Casas. Bayona 7 julio 1742. Casas a Campillo. San Sebastián 9 julio 1742. Fuenclara a Campillo. A bordo del "Delfin" 14 julio 1742.

Ministros de la Audiencia<sup>56</sup> y los 23.839 pesos y 6 reales vellón que se le debían de su sueldo de Embajador en Viena y Nápoles;<sup>57</sup> Guía para el viaje; otras Reales Cédulas autorizándole a llevar las armas que tuviere de todo género y para que los negros esclavos que tuviera pudieran llevar armas cuando le acompañaran; permitiéndole llevar hasta 30.000 pesos en joyas de oro y plata labradas, y para que pudiera proveer doce oficios de México en criados de su casa, etc.<sup>58</sup>

El 21 de julio partió de Rochefort; cincuenta y tres días de navegación se pasaron hasta su llegada a Guarico, ciudad de la costa septentrional de la isla de Santo Domingo, en la parte francesa, muy comercial, y que producía —dice Alcedo— al Reino de Francia “más de un millón de pesos sin los frutos...”.<sup>59</sup>

Hubo que hacer escala allí porque los víveres de la fragata se habían estropeado y hasta el agua potable se hallaba corrompida: hacíase, por tanto, preciso cambiar unos y otra por los que estuvieran en buenas condiciones. Del 12 al 15 de septiembre permaneció “El Delfín” en Guarico, partiendo seguidamente para La Veracruz y empleando, en esta última parte de su travesía, veinte días, sin que se ofreciera en ella “particular ocurrencia de susto ni tropiezo”. Arribó al gran puerto mejicano el 5 de octubre “con el gusto —escribía— de gozar salud, que no es poca felicidad, porque la molestia de estar embarcado ochenta y cinco días, suele ocasionar quebranto, aun a los que tienen esta profesión”.<sup>60</sup>

Había terminado la parte más arriesgada del viaje y se encontraba ya de hecho con toda la pompa y todo el poder de un soberano.

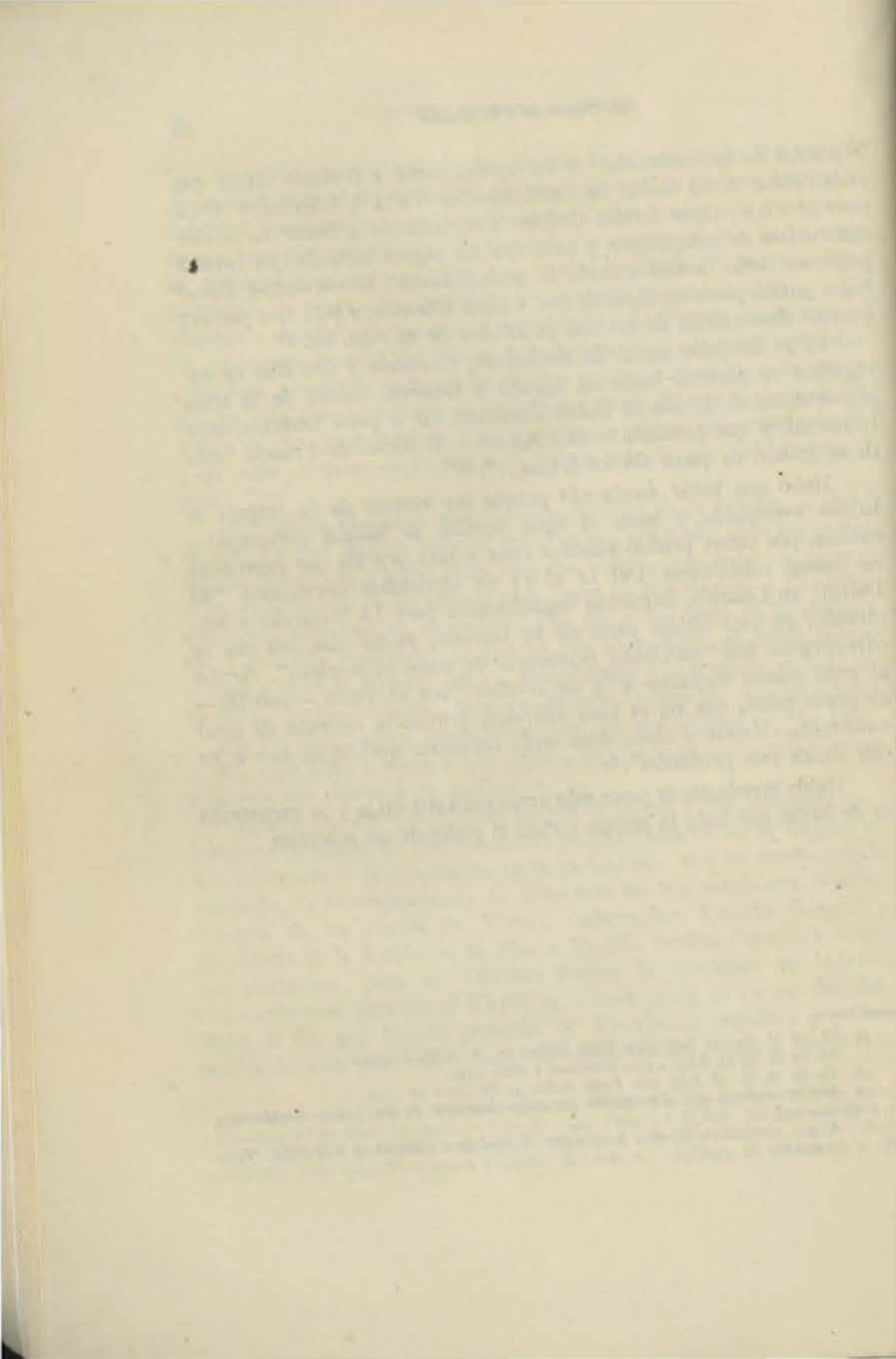
<sup>56</sup> Id. de id. id. id. Leg. 515. Buen Retiro 21 de enero de 1742.

<sup>57</sup> Id. de id. id. id. Leg. 1.505. Aranjuez 5 abril 1742.

<sup>58</sup> Id. de id. id. id. Leg. 515. Buen Retiro 31 de enero de 1742.

<sup>59</sup> Alcedo, Antonio de: *Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales*, II, págs. 294-295.

<sup>60</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 1.505. Fuenclara a Campillo y a Triviño. Veracruz 9 de octubre de 1742.





## II

### MEXICO A LA LLEGADA DEL CONDE DE FUENCLARA

A mediados del siglo XVIII, los inmensos territorios que formaban el Virreinato de Nueva España, se hallaban constituidos por la Nueva España propiamente dicha y por los países dependientes de la autoridad del Virrey. La primera comprendía los Reinos de México y de Nueva Galicia, el Nuevo Reino de León y las provincias de Texas o Nuevas Filipinas, Coahuila o Nueva Extremadura, Nueva Vizcaya, Sonora, Nuevo México y California, Vieja y Nueva. Los países que dependían de la autoridad virreinal, pero que se hallaban fuera del territorio mejicano propiamente dicho, eran la Florida, la provincia de Yucatán y los territorios de la América Central, que formaban la Capitanía General del Reino de Guatemala. También se hallaba bajo la subordinación del Virrey el lejano archipiélago de las Filipinas. Estos países constituían gobiernos distintos, desempeñados por capitanes generales, los cuales cubrían sus gastos anuales mediante un *situado* o subvención suministrada por el Tesoro de México, pero estos capitanes generales sólo estaban sujetos a la intervención virreinal en caso de disturbios o de vacante inesperada.

Lo mismo que Florida, las Antillas recibían sus situados del Tesoro de México, considerándose a La Habana como la fortaleza naval de Nueva España.

Existían tres audiencias, que eran, a la vez, Consejos administrativos y Tribunales de Apelación, en México, Guatemala y Guadalajara: los funcionarios de ellas, oidores, jueces y consejeros de esos tribunales

eran abogados oriundos de España y nombrados en ella. Todo el Reino de Nueva España se dividía en distritos, al frente de cada uno de los cuales había un Corregidor o un Alcalde Mayor, que residía en la cabeza del distrito, poblada ordinariamente por españoles; las aldeas indias tenían sus consejeros y funcionarios y hasta su cacique natural del país, que era, unas veces, hereditario, y, otras, nombrado por el Virrey con carácter vitalicio.

Más allá de los límites septentrionales se extendían grandes territorios inexplorados y habitados por indios salvajes, en lucha continua con los puestos fronterizos, aunque, a veces —hemos de verlo repetidamente— se acercaban a las Misiones o a los Presidios militares en demanda de ayuda o pretextando su deseo de ingresar en el seno de la Iglesia Católica: los apaches, los comanches, los pimas, los navajos, etcétera. Desde los tiempos del buen Duque de Linares se habían realizado diversas *entradas* o intentos de colonización de esos territorios, pero esos ensayos no habían tenido resultados duraderos.

La persona que, en nombre y representación del Rey de España verdadero y magnífico Emperador de las Américas o, como entonces se decía, de las Indias —aunque no llevara ese título ostentoso y deslumbrador— si bien no tenía las ilimitadas facultades de los dos siglos anteriores, en que Carlos V había establecido a los Virreyes “para representar a la persona del Rey, administrar una justicia igual a todos sus súbditos y vasallos, y entender en todo lo que conviene al reposo, a la quietud, al ennoblecimiento y a la pacificación de las provincias de las Indias”,<sup>1</sup> pudiendo obrar como si fuera el mismo Monarca en persona, conservaba todo el brillo y la pompa de la autoridad suprema. En los asuntos importantes de la administración pública, debía consultar con el Real Acuerdo, que era la junta de los oidores de la Audiencia, es decir, el consejo del Virrey, aunque éste no tenía obligación de seguir sus opiniones. Algunos asuntos dependían directamente de su resolución, pero, si alguien se consideraba agraviado por auto del Virrey, podía apelar ante la Audiencia. En las cuestiones de Hacienda, debían proceder de acuerdo con la Junta Superior de ella, compuesta de los principales jefes de oficina y del Fiscal del ramo. No podía hacer nombramientos militares, sino sólo proponerlos a la Corte de Madrid; en lo eclesiástico, en su calidad de vicepatrono, ejercía la

---

<sup>1</sup> Antequera: *Historia de la legislación*, pág. 478.

exclusiva en la provisión de curatos, y, en la administración judicial, presidía la Audiencia con voto. Estaba sujeto a residencia, esto es, a un juicio que se abría contra él al terminar su mandato, lo mismo que los demás funcionarios subordinados a sus órdenes.

Pero, a pesar de todas esas limitaciones, muy laudables, la autoridad suprema del Virrey no era —como parecería en vista de ellas— semejante a la de un Monarca constitucional de nuestros tiempos, sino que era más bien la de un soberano absoluto ya que “la distancia y la extensión misma de esta autoridad —escribe Alamán— hacían frecuentemente ilusorias estas precauciones”.<sup>2</sup> Según decía, en su “Instrucción” a su sucesor el Marqués de Valero, el Virrey Duque de Linares “si el que viene a gobernar (este Reino) no se acuerda repetidas veces que la residencia más rigurosa es la que se ha de tomar al Virrey en su juicio particular por la Magestad Divina, puede ser más soberano que el Gran Turco, pues no discurrirá maldad que no haya quien se la facilite, ni practicará tiranía que no se le consienta”.<sup>3</sup>

Daba el Virrey muchas órdenes que tenían fuerza de ley y nombraba muchos empleados públicos subalternos. Como Gobernador entendía en la promulgación y ejecución de muchas leyes, en la policía de seguridad y en los demás ramos de la gobernación; como Capitán General, dirigía los asuntos militares y marítimos; como Superintendente de la Real Hacienda, tenía la dirección de los negocios de Hacienda. Su insignia era un bastón de mando, de madera fina, guarnecido de oro y piedras preciosas. La forma del peinado, de la barba, del vestido y del ajuar virreinales fueron diversos, según la moda y las costumbres de cada época. En el siglo XVIII, el traje del Virrey era de calzón corto encarnado, chupa del mismo color y casaca azul con vueltas encarnadas y bordadas de oro.<sup>4</sup> Ordinariamente, el tiempo de su mandato era de tres años.<sup>5</sup> Su salario era de 20.000 ducados anuales, que valían “siete cuentos, y quinientos mil maravedís”.<sup>6</sup>

Realzaba la majestad del representante del Monarca la existencia de una pomposa Corte, en la que era elemento principal la Guardia de:

<sup>2</sup> Alamán, L.: *Historia de Méjico*, tomo I, págs. 42 y 43.

<sup>3</sup> *Instrucción del Duque de Linares al Marqués de Valero*, citada por Alamán, obra citada, I, pág. 43.

<sup>4</sup> Rivera: *Principios críticos sobre el Virreinato de la Nueva España*, I, págs. 79-80.

<sup>5</sup> Solórzano: *Política Indiana*, parte 2.<sup>a</sup>, libro 5, capítulo 14.

<sup>6</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 515. El Rey a los Oficiales Reales de México.. Buen Retiro 31 de enero de 1742.



Alabarderos que “teniendo consideración a la autoridad de los cargos de Virreyes de las Indias y calidad de sus personas” había creado Felipe II, por Reales Cédulas de 27 de mayo y 28 de diciembre de 1568, para el “ornato y acompañamiento” de los del Perú y de Nueva España. Vestía uniforme de colores claros, con galones y botones de plata.<sup>7</sup>

La Audiencia, de la que el Virrey era Presidente nato, se componía de Oidores o Ministros togados para las causas civiles; Alcaldes, para las criminales; Fiscales, Alguacil Mayor, Canciller, Relatores, Agentes Fiscales, Escribanos de Cámara, Porteros, Receptores, Procuradores y Agentes de Negocios. Anejos a ella estaban un Colegio de más de doscientos abogados y otro de Escribanos.<sup>8</sup>

El Clero se dividía en secular y regular, siendo más numeroso el segundo a causa del incremento de las Misiones: al frente de él se hallaban prelados ejemplares, de los que Rivera ha hecho el panegírico, al decir: “En los tres siglos del gobierno español, casi todos los Obispos de la Nueva España, así los clérigos seglares como los monjes, fueron hombres probos, y muchos de ellos no solamente hombres probos, sino hombres ilustres, unos, por su saber, otros por sus virtudes y otros, por una y otra cosa...”.<sup>9</sup>

Este mundo de funcionarios, entre muchos de los cuales era la máxima proverbial “vivir y dejar vivir”, se movía principalmente en la capital del Virreinato, México, cuyo aspecto no había variado mucho desde fines del siglo XVI, como lo prueban los testimonios de los viajeros. Las mismas tres acequias principales cruzaban la ciudad: una, que venía por la parte del Oriente y corría por un lado del Palacio Real y Audiencia, y por delante de las casas del Ayuntamiento, atravesando la ciudad por la calle que tomaba el mismo nombre que la acequia y desembocaba en otra que pasaba por delante del Monasterio de San Francisco hacia Santa María, desaguardo en la parte más occidental de la laguna; y otra que corría por el barrio de Monserrate y por detrás del Convento de Regina Coeli hasta las carnicerías. Los indios continuaban usando, para su comercio, de pequeños barcos de un solo

7 Romero de Terreros y Vinent, Manuel: *Ex antiquis. Bocetos de la vida social en la Nueva España*, págs. 90 y 93.

8 Beristain de Souza: *Biblioteca hispano-americana septentrional*, II. artículo Méjico (Audiencia de).

9 Rivera, A.: *Principios críticos sobre el Virreinato de la Nueva España*, III, pág. 6.



tronco, en los que atravesaban ligeros las lagunas. Varias calles estaban ya empedradas, lo que era necesario, pues, como el terreno era salitroso, se formaban, en época de aguas, charcas tan profundas, que los coches se atascaban hasta los ejes y los caballos hasta el vientre. "En varias plazas y calles y en todos los monasterios, colegios y hospitales, así como en muchas casas, veíanse fuentes de las aguas de Chapultepec y Santa Fé; en los arrabales continuaban habitando los indios, que tenían chozas de adobes con acequias cercadas de cañas...".<sup>10</sup>

Las casas no eran ya "aquellas fornidas, toscas y apenumbadas mansiones... que labraron los conquistadores" y que parecían mejor fortalezas que regaladas residencias, sino más holgadas y señoriales, con fachadas decoradas de adornos de tracería, con altivos escudos de armas, y hornacinas en las que se ostentaban devotas imágenes de la Virgen María o de los santos.<sup>11</sup> La principal de estas casas suntuosas era el Palacio del Virrey, del que el viajero inglés Lionel Wasser había dicho que era "mayor y más magnífico que el Palacio Real de Madrid. El patio —dice—, que es muy espacioso, está rodeado de ricos balcones de hierro; y en el centro se vé un caballo muy hermoso de bronce, encima de un ancho pedestal...".<sup>12</sup>

En aquel ambiente, escribe la pluma amable de Valle-Arizpe, "el vivir era todo paz dulce y toda quietud benigna, entre la sombra perfumada de tantas iglesias y entre tantos conventos y entre tantas casas nobiliarias e insignes. Un encanto sosegado sahumaba toda la ciudad. La vida se deslizaba apacible y buena, con espaciosa dulzura, entre una gran quietud espiritual y se anegaba en gran placidez. Pero de modo grato rompían la calma de aquella vida pacífica las fiestas de la ciudad, que se llenaba del vuelo de sus innúmeras campanas: el muy suntuoso Paseo del Pendón; las brillantes procesiones del Corpus y de las juras reales; las celebraciones de bodas de los monarcas y de sus natalicios; los nacimientos de príncipes y los solemnes funerales de los soberanos; las loas, las comedias y autos sacramentales, en el cementerio de la Catedral y ante el Santísimo Sacramento; las funciones religiosas a los titulares de iglesias y conventos; las canonizaciones de santos; las corridas de toros; los festejos en que elegantes

10 Rivera Cambas, M.: *Los gobernantes de México*, I, pág. 354.

11 Valle-Arizpe, A. de: *La muy noble y leal ciudad de México*, pág. IX.

12 *Historia general de los viajes*, tomo XXI, pág. 333.

caballeros, bien lucidos y entrajados, quebraban lanzas, corrían sortijas, jugaban estafermos o quebraban bohordos; la entrada siempre suntuosa de los virreyes a la ciudad; los besamanos y saraos en el Real Palacio y en las casas de señores de calidad; la toma de grado en la Universidad y la de hábito y velo en los conventos. Todo esto, que sacaba de su lenta y feliz monotonía a aquellas buenas gentes, dábales larga materia para tejer sus pláticas como a diario se la daban muy amena, los sermones, los desembarcos de piratas, el ansiado arribo de la nao de la China, la sublevación de indios, las parcialidades entre el virrey y el señor arzobispo o entre ambos cabildos, los picantes chismorreos de los oidores y gentileshombres y graves gentes de la Inquisición y del Protomedicato, los ampulosos trajes de la virreina, y todo se decía con gracia fina, con pulida donosura, en la fragante intimidad de los estrados, entre sopa y sopa del oloroso chocolate de Tabasco o de Soconusco o bien en las tertulias de los locutorios en los que se remansaba un sosiego dulce...".<sup>13</sup>

He citado este maravilloso fragmento de uno de los más grandes enamorados de la época virreinal mejicana, porque la evoca de manera magistral e inimitable, condensando en pocas líneas todo su seductor conjunto. Pero ya se verá, por los sucesos del tiempo del gobierno del Conde de Fuenclara, que no era todo —como vulgarmente se dice— orégano en el monte, y no faltaban motivos de disgusto a los gobernantes, como no dejaba de haber —aunque excepcionalmente, hay que decirlo muy alto en honor de la colonización española— funcionarios a quienes convenía dirigir severas advertencias para que cumplieran su obligación con honradez y exactitud.

Mas permóneseme si, para hacer una acabada pintura del México virreinal, recurro a otro escritor mejicano, que ha trazado un cuadro brillante y animado de la capital en los comienzos del siglo XIX, igual, con poca diferencia, al de los tiempos en que llegó allí el Virrey aragonés. Lamentando la desaparición de lo pintoresco en los días de fiesta, nos habla de que calles y plazas "eran una fiesta de color. El traje nacional era el charro de sombrero de anchas alas, chaqueta corta y pantalón ajustado... El vestido charro era un primor de arabescos de oro, a veces con un águila bordada con las alas abiertas en la espalda, alamares a ambos lados del pecho y en el exterior del

---

<sup>13</sup> Valle-Arizpe: Ob. cit. págs. XIV y XV.

antebrazo, en el cuello y a ambos lados de la pantalonera, a la que abrochaba de arriba abajo una doble fila de botones de plata o de oro, engarzados por una cadenilla transversal de botón a botón, cincelados por hábiles plateros en forma de conchuelas o caracolillos o broches bruñidos y relucientes. La pistolera y la cartuchera eran un lujo de recamado de oro o de plata y veíanse totalmente por la cortedad de la chaqueta. El sombrero de alas planas y pequeña copa, en aquella época, estaba rodeado de un galón ancho encima y debajo todo galo-neado; y en torno de la copa un grueso entrenzado de tisú de oro o de plata. Sobre el chaleco cerrado al corte de la solapa, la nota de seda roja de la corbata y blancura de la camisa bordada...".<sup>14</sup>

Criollos y españoles se asaetaban con sátiras que, muchas veces, se salían de los límites de la decencia; los segundos eran llamados *gachupines*, palabra mejicana derivada de *cactzopin*, "el que punza o pica con el zapato", por alusión a las espuelas que usaban.<sup>15</sup>

Desde la muerte del Virrey Duque de la Conquista (22 de agosto de 1741), gobernaba el Virreinato la Real Audiencia,<sup>16</sup> presidida por el Oidor Decano Don Pedro Malo de Villavicencio.<sup>17</sup> Era éste natural de Sevilla, en España, e hijo de Don Pedro Malo Manrique, vecino de Sevilla, Regidor por el Estado noble y alcaide de la Santa Hermandad de la villa de Rinconada, y de D.<sup>a</sup> Micaela de Villavicencio, natural de Rinconada. Era Caballero de la Orden de Calatrava y estaba casado con D.<sup>a</sup> María Gertrudis García de Castro y Cueto. De este matrimonio había tenido diez hijos, entre los que se contaban: Don Félix Venancio, que fué Oidor de la Audiencia de México después de la muerte de su padre; Don Pedro Gaspar, que siguió la carrera eclesiástica; D.<sup>a</sup> María Bibiana, casada, el 4 de mayo de 1735, con Don José Pedro de Luna y Arellano, Mariscal de Castilla, Señor de

14 Campos, Rubén M.: *El folklore y la música mexicana*, págs. 54 a 56.

15 Alamán, L.: *Historia de Méjico*, I, pág. 7, nota 4.

16 Se encargó del Gobierno por no existir, en el secreto del Real Acuerdo, el llamado "pliego de mortaja", nombrando suplente, en caso de fallecimiento del Virrey. A. gen. de Indias. México. Leg. 1.505. La Audiencia a Campillo. México 9 de septiembre de 1741.

17 Don Pedro Malo de Villavicencio ejerció su cargo de Oidor durante más de treinta y ocho años en las Audiencias de Guadalajara y México. Murió en México el 2 de abril de 1744. A. gen. de Indias. Secretaría de Nueva España, Audiencia de México. Leg. 1.338. Fuenclara al Rey. México 22 de abril de 1744.



Ciria y Borobia,<sup>18</sup> y D.<sup>a</sup> Josefa, mujer de Don José Diego Suárez Peredo Vivero, 6.<sup>o</sup> Conde del Valle de Orizaba, 6.<sup>o</sup> Vizconde de San Miguel y Señor de Tecamachalco.<sup>19</sup> Desde 1705 había sido Don Pedro, Oidor de la Audiencia de Guadalajara, de la que pasó a México; fué luego, Fiscal de lo Civil de la Audiencia de México (1722), y Auditor General de Guerra de Nueva España hasta 1742.<sup>20</sup>

El gobierno de la Audiencia parece haber transcurrido pacíficamente. Por lo menos el Diario que se llevaba de los asuntos tratados por la Real Audiencia no nos habla casi más que de la asistencia del Presidente a las acostumbradas fiestas;<sup>21</sup> en cuanto a la prensa, representada por "El Mercurio de México", se limita a contar tomas de posesión de altos funcionarios, elecciones de cónsules del Real Tribunal, llegada de personajes eminentes o fallecimientos o enlaces de los miembros de la buena sociedad mejicana.<sup>22</sup>

El periódico últimamente citado publicaba, en su número 155, la siguiente noticia: "El día diez se repicó generalmente, e inmediatamente (asistiendo la Real Audiencia Gobernadora, y Tribunales) se dixo en la Metropolitana Missa, y cantó el Te Deum, en acción de gracias, assí por las buenas noticias de las saludes de Su Mag., y Real Familia, como por la llegada del Excmo. Señor Don Pedro Cebrián y Agustín, Conde de Fuente Clara, Grande de España... electo Virey... de estos Reynos, quien aviéndose embarcado el 21 de Julio en Rocafuerte en una Embarcación Francesa, nauegó con felicidad; y con la misma aportó el cinco de éste, al de Veracruz con parte de su familia, esperando el resto de ella en otra que debía salir del Puerto de Bayona...".<sup>23</sup>

Del puerto de Veracruz, donde había arribado nuestro buen Conde, decía la musa popular española:

<sup>18</sup> Gazeta de México, de mayo de 1735, publicada en la *Bibliografía mexicana del siglo XVIII*, de Nicolás León, tomo II, pág. 537.

<sup>19</sup> Ortega y Pérez Gallardo, Ricardo: *Historia genealógica de las familias más antiguas de México*, tomo II, págs. 5 y 8.

<sup>20</sup> *Mercurio de México*, año 1742, en León, *Bibliografía mexicana del siglo XVIII*, II, pág. 936; *Gaceta de México y noticias de Nueva España*, en id., III, pág. 962; A. gen. de Indias. México. Leg. 1.338 cit.; Leg. 541. La Audiencia al Rey. México 23 de abril de 1744.

<sup>21</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 540. *Diario de los asuntos que se tratan en la Real Audiencia desde 27 de agosto de 1741 al 30 de septiembre de 1742*.

<sup>22</sup> *Mercurio de México de mayo a octubre de 1742*, en *Bibliografía mexicana del siglo XVIII*, de N. León, II, págs. 899-935.

<sup>23</sup> Id. de octubre de 1742, en id. de id., II, pág. 929.



Ni la Veracruz es cruz,  
ni Santo Domingo, Santo;  
ni Puerto Rico tan rico  
para ponderarle tanto.<sup>24</sup>

Y es que, en esta ciudad, uno de los primeros puertos de la América española, según el testimonio del viajero Careri, el aire era tan maléfico, dentro del recinto de sus murallas, que las mujeres se salían de ella cuando iban a dar a luz, porque ni ellas ni sus hijitos podían resistir entonces la infección y, para purificar el aire, se tomaba únicamente la curiosa medida de hacer pasar, por la mañana "por todas las calles, rebaños de ganados muy numerosos, para hacerles recoger los perniciosos vapores, que se cree haber salido de la tierra".

La configuración de Veracruz era oval. Las calles eran rectas y las casas regulares, aunque la mayor parte de los edificios, hasta las iglesias, muy adornadas interiormente con obras de plata, eran de madera. La nobleza era poco numerosa en la ciudad, pero sus negociantes eran tan ricos que el mismo viajero opina que "se encontrarán pocas ciudades tan opulentas en el Mundo". La colonia española no era muy importante y se componía, en su mayor parte, de mulatos. Nadie era tenido por hombre de consideración entre ellos, si su fortuna no llegaba a los 500 ó 600.000 pesos; para llegar a poseer esas grandes cantidades, llevaban una vida extremadamente sobria, alimentándose casi sólo con chocolate y dulces. Los hombres eran arrogantes. Las mujeres vivían retiradas en sus aposentos interiores, entre porcelanas y preciosos muebles de China, para evitar que las vieses los extraños: salían de sus casas o en sillas de mano o envueltas, de la cabeza a los pies, en grandes mantos de seda. Las grandes lagunas que existían al Sur de la Veracruz contribuían a enrarecer el ambiente, tan cálido como dañoso, especialmente entre los meses de abril y de noviembre, época del año en que las lluvias eran continuas.<sup>25</sup>

Al desembarcar en Veracruz, esperaban al nuevo Virrey el Gobernador y el Ayuntamiento de la ciudad, que hicieron la acostumbrada ceremonia de entregarle las llaves de la población. La guarnición se hallaba formada desde el muelle hasta la puerta de la iglesia principal,

<sup>24</sup> Cita de Gabriel María Vergara Martín en *Algunos refranes, modismos y cantares geográficos que se emplean en América española o que se refieren a ella*, pág. 253.

<sup>25</sup> *Historia general de los viajes*, tomo XXI, págs. 349, 352 y 353.

en la que aguardaba el párroco, revestido con capa pluvial, con el clero y el palio: cantóse allí un Te Deum y, a continuación, el Conde fué acompañado a la casa en que se le había dispuesto alojamiento, con la misma comitiva.<sup>26</sup>

Allí permaneció cuatro días, obsequiado por el Gobernador Don Antonio de Benavides.<sup>27</sup>

Reinaba en la ciudad, como de costumbre, tal epidemia de fiebres, que ninguna casa estaba libre de ellas, por lo cual apenas se encontraba quien pudiera hacer el servicio doméstico. Esto molestó mucho a Fuenclara, que hubiera querido encontrar allí quien supliera la falta de algunos criados que le eran precisos para su viaje por tierra, ya que la servidumbre de tres que le habían acompañado en su viaje marítimo, era demasiado sumaria para las contingencias que podrían presentarse. No consiguiendo su propósito y atendiendo a los que le aconsejaban era peligrosa su estancia allí por las calenturas persistentes, abrevió cuanto le fué posible su detención en Veracruz, en donde todas las cosas estaban admirablemente, gracias a la vigilancia y actividad de Benavides, que tenía bien prevenido todo lo referente a la defensa de la ciudad y de la costa vecina a ella. Antes de su partida, no obstante, y siguiendo la costumbre establecida a la llegada de los Virreyes, reconoció, acompañado por el Gobernador, las obras que se habían aumentado o ampliado en el castillo de San Juan de Ulúa, sacando la consecuencia de que, una vez terminadas, quedaría ese edificio militar convertido en "una de las más fuertes y seguras fortalezas de la América", si se le proveía de buena artillería, porque la que tenía se encontraba muy maltratada. Parecía haber pasado ya el peligro de un ataque por parte del Almirante Vernon y las milicias que habían sido enviadas de la capital se retiraron, para evitar el excesivo gasto que ocasionaba su manutención en pie de guerra. Pasó el Virrey revista a las tropas de la guarnición, compuesta del Batallón de Infantería de la Corona, de seiscientos hombres, repartidos en seis Compañías; del de Marina, con cuatrocientos ochenta; y los Dragones, distribuidos en diez Compañías, cinco antiguas de a cien hombres cada una, y cinco de una nueva recluta, de a cincuenta. Hallólos bien equipados,

---

<sup>26</sup> Alamán, L.: *Disertaciones sobre la historia de la República megicana desde la conquista que los españoles hicieron a fines del siglo XV y principios del XVI de las islas...*, III, pág. 94.

<sup>27</sup> Benavides, Mariscal de Campo de los Reales Ejércitos.

pero pareció la gente de mediana calidad, con bastantes de sus individuos endebles, por las enfermedades que habían sufrido y porque había sido indispensable, para completar y aumentar las tropas, admitir reclutas naturales del país “que ya conoce V. E. —escribía Fuenclara a Campillo— que, por su color quebrado, floxedad y desaliño, hazen menos lucida apariencia...”. A pesar de todo, creía el Virrey que, en caso de que los ingleses se resolviesen a atacar la Nueva España “no conseguirían otra cosa que la de experimentar su ruina, considerando la dificultad del desembarco por la naturaleza de la costa, y porque a los dos o tres parages por donde pueden hazerle se sigue un terreno arenoso, de tal figura y disposición, que, practicándose las medidas tomadas con acierto y resolución, me parece que podrán ser luego rechazados y deshechos...”. Supo allí también que, en lo relativo a la Hacienda, se padecía “suma penuria de caudales”, porque, en las cajas de Veracruz, no había un real, y en las de México creía que debía suceder lo mismo, pues, para el envío de los 600.000 pesos, que se habían embarcado últimamente en “El Fuerte” y de los 200.000 remitidos para compras de tabaco en La Habana, se había valido la Audiencia de préstamos extraordinarios. Debíanse varias pagas a la Marina y a la guarnición de Veracruz, lo que preocupaba sumamente a Fuenclara, viendo que el mantenimiento de los presidios exteriores, especialmente el de La Habana, y la escuadra anclada en su puerto, agotaba enteramente el erario del Virreinato. Agregábase a esto que no llegaba ninguna embarcación de aquella isla sin llamadas angustiosas de que se hallaban “poco menos que reducidos a perecer”, y que se había aumentado en mil hombre la guarnición de Cuba, subiendo más el gasto. Aunque se le había concedido permiso para posesionarse del Virreinato desde Veracruz, por poder, no quiso hacer uso de ello, ya que su corta permanencia en dicho puerto, le facilitaba el tomar la posesión personalmente y en la forma acostumbrada.<sup>28</sup>

Al notificar la Corte de Madrid a la Audiencia de México que Su Majestad se había dignado nombrar Virrey al Conde de Fuenclara como “persona de acreditados servicios, zelo, experiencias y demás circunstancias precisas a desempeñar su confianza”, pues el Rey tenía la satisfacción de que en él concurrían dichas cualidades, se participó

---

<sup>28</sup> A. gen. de Indias, México. Legs. 1.505 y 508. Fuenclara a Campillo y a Triviño. Veracruz 9 de octubre de 1742.



también que haría el viaje en navío y rumbo menos expuesto que los ordinarios a encontrarse con los enemigos: en caso de que el Virrey llegara a La Veracruz o al puerto donde le fuere posible de la costa mejicana, sin los títulos correspondientes a sus empleos, que se le habían expedido en Madrid, ordenaba S. M. que se le diera la debida posesión, a pesar de ello, sin más requisito que acreditar la identidad de su persona.<sup>29</sup>

En cuanto la Audiencia supo la llegada del "deseado nuevo" Virrey a la Veracruz, le envió, para hacerle el debido acatamiento, en su nombre, al Chanciller, por encontrarse indispuerto el Alguacil Mayor, con el acostumbrado carruaje y a uno de los Escribanos de Gobierno, para que le fueran sirviendo hasta la capital.<sup>30</sup> Expidió también un Despacho (16 de octubre de 1742) mandando que los pueblos obligados a ello previnieran las aves y cosas necesarias para el recibimiento del nuevo Virrey en Otumba, Ecatepec, Guadalupe y México.<sup>31</sup>

El 16 de octubre, las campanas de la Catedral mejicana repicaron, anunciando la salida de los Comisarios del Cabildo Metropolitano, Doctores Don Manuel Urtusaustegui Echegoyán y Don Bernardo Valdivieso Eguiarreta, que iban a la ciudad de Puebla a dar la bienvenida al Virrey; el 17, partieron de México, con el mismo objeto, los Comisarios Don Antonio Dávalos Espinosa y Don Francisco Antonio Sánchez de Tagle, ambos Caballeros del hábito de Santiago, Regidores y Alcaldes Ordinarios que habían sido, y que representaban, en su misión, a la Nobilísima Ciudad. También el mismo día, la Real Universidad envió, con igual encargo, a sus Doctores Don Juan Carvallido y Don Manuel Gorostiaga.<sup>32</sup>

Entretanto, el Conde de Fuenclara había salido de Veracruz el 9 de octubre. Al reducido séquito que le acompañó en su viaje por el Océano Atlántico y compuesto, como ya se ha dicho varias veces, del Secretario, Don Francisco Fernández Molinillo; del sobrino del Ministro, Don José de Huergo y Campillo, y tres servidores, se había

29 Id. de id. id. Leg. 1.505. Campillo a la Audiencia de México. Madrid 8 julio 1742.

30 *Mercurio de México*, núm. 155, de octubre de 1742. en León, *Bibliografía mexicana del siglo XVIII*, II, pág. 929. A. gen. de Indias, México. Leg. 1.256. La Audiencia al Rey. México 13 de febrero de 1743.

31 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.354. Informe de la Audiencia al Virrey. Año 1750.

32 *Mercurio de México*, octubre de 1742, en *Bibliografía mexicana*, II, pág. 929.



unido, en Veracruz, una Compañía de Dragones, que servía de escolta. Precedían a todo este cortejo cuatro batidores<sup>33</sup> y un correo.<sup>34</sup>

No siguió el pequeño grupo el peligroso camino de Orizaba, llamado con sobrada razón, "camino de los pájaros", pues —como dice Villergas— en efecto, sólo teniendo el privilegio de volar puede atravesarse sin inconveniente...", y al que los naturales del país habían dado, en dos trozos de él, nombres altamente significativos de lo dificultoso de su travesía: *Rompe calzones* y *Sal si puedes*.<sup>35</sup> En lugar de eso, torció hacia Jalapa, donde saludaron al Virrey un Secretario del Gobierno y dos Canónigos de Puebla, que habían sido comisionados por su Obispo y Cabildo para acompañar al nuevo gobernante y obsequiarle durante su viaje hasta dicha ciudad. En el trayecto salieron a recibirle las autoridades y gobernadores de indios de los pueblos del recorrido y de los inmediatos, teniendo el camino barrido y adornado, y presentándole sartas de flores, al mismo tiempo que le dirigían arengas, en las que le cumplimentaban en su idioma, de modo ingenuo y encantador.<sup>36</sup>

En Jalapa le cumplimentó también el famoso Capitán de la Acordada Don José Velázquez Lorea,<sup>37</sup> que, con clarines y estandartes, así como con varios comisarios, se unió a la comitiva virreinal.

De Jalapa pasó a Perote y luego a Tlaxcala, ciudad a la que se visitaba con detención en memoria de la ayuda que había prestado al conquistador Hernán Cortés.<sup>38</sup> Según la costumbre, hizo su entrada pública allí con gran solemnidad, montado a caballo y el cortejo se ordenó del modo siguiente, media hora antes de llegar a la ciudad. Iban delante los batidores y un paje del Virrey, con un estandarte, en el que estaban bordadas, de un lado, las armas reales y, en el reverso, las del Conde de Fuenclara. Seguía luego una multitud de indios, con

33 Oficiales o soldados de Caballería, que preceden al Rey u otra persona real, o a los Capitanes Generales cuando salen en público. Barcia: *Diccionario General Etimológico de la Lengua Española*, II.

34 Alamán, L.: *Disertaciones...*, III, págs. 94 y 95; Leduc y Lara: *Diccionario de Geografía, Historia y Biografía Mexicanas*, art. Entrada de los Virreyes.

35 García de Arboleya, J.: *España y Méjico*, II, págs. 28 y 30.

36 Alamán, L.: *Disertaciones...*, III, pág. 94.

37 Nacido en Querétaro en 1705 y muerto en 1756, es el más célebre de todos los jefes que tuvo el Tribunal de la Acordada, siendo terrible en su persecución contra los malhechores, de los que sentenció a la última pena 367 y 3.425 a presidio. Fué Teniente Coronel de los Reales Ejércitos, Alguacil Mayor de la Inquisición y de la Santa Hermandad.

38 Leduc y Lara: *Diccionario...*, art. Tlaxcala.

sus tambores, chirimías y otros instrumentos de música, llevando levantadas en alto las banderas o divisas de los pueblos a que pertenecían; el cuerpo de ciudad, compuesto todo de indios nobles, precedía al Virrey, llevando largas cintas que pendían del freno del caballo que éste montaba, y los regidores llevaban, sobre sus vestidos, mantas de de fino algodón, en las que estaban bordados los timbres de sus familias y pueblos. Detrás del Virrey venía su Caballerizo, comitiva y escolta, en medio de un inmenso gentío. Al llegar a la calle Real, en su extremo, admiró el Conde una fachada de perspectiva con adornos y jeroglíficos relativos a su persona, y oyó una loa de circunstancia. A continuación, asistió, en la parroquia, a un Te Deum, cantado para dar gracias por su feliz llegada, y se fué a descansar en las casas reales, donde se le había preparado hospedaje.<sup>39</sup>

Después de una estancia de tres días, en que se celebraron corridas de toros y otros festejos en su honor, el Virrey salió de Tlaxcala para Puebla de los Angeles, la populosa ciudad, en la que hizo su entrada a caballo, con la mayor solemnidad, saludándole especialmente, en la Catedral, el Canónigo Magistral Don Lorenzo Sempertegui<sup>40</sup> con una "Oración laudatoria sagradamente anunciada y pronosticada".<sup>41</sup> Permaneció allí ocho días, entre fiestas, toros y otros agasajos, y visitando los numerosos conventos de monjas, en los que, en su calidad de vicepatrono, podía entrar libremente, y donde se le atiborró de exquisitos dulces y se le obsequió a manos llenas con toda aquella serie de deliciosas chucherías y curiosidades en que las religiosas eran verdaderas e insuperables maestras. La ciudad de Puebla tenía asignados 3.000 pesos del caudal de Propios para el recibimiento y hospedaje del Virrey. Los Comisarios nombrados para recibir a Fuenclara, Don Guillermo Sáenz de Enciso y Don Juan Joaquín Mizieses Altamirano, se excedieron en el gasto en 2.021 pesos, y reales y 6 granos, que suplió de su bolsillo Don Guillermo. Formalizado el oportuno expediente,

39 Alamán, L.: *Disertaciones...*, III, pág. 95.

40 Natural de Puebla de los Angeles, fué Catedrático de Latinidad, Filosofía, Escolástica y Moral en el Seminario Palafoxiano de su ciudad natal, 'Párroco de Zautlán y del Sagrario de la Catedral de Puebla. Murió antes del 16 de noviembre de 1746, siendo digno de toda "atención por su virtud, exémpar vida y costumbres...". Beristain: *Biblioteca hispano-americana*, III, pág. 152; A. gen. de Indias. México. Leg. 1.921. El Cabildo de Puebla al Rey.; *Biblioteca mexicana del siglo XVIII*, III, págs. 1.276-77.

41 Impresa en México en 1743. León: *Bibliografía mexicana del siglo XVIII*, III, páginas 1.276-77.

el Virrey ordenó (México 23 de diciembre de 1743) que el Cabildo y Ayuntamiento de Puebla pagasen a Sáenz de Enciso, pronta y efectivamente, los 2.021 pesos y pico de los efectos de *exidos* y del producto de "los arrendamientos y ramo de tierras y cabezadas de los exidos de la ciudad", y el Ayuntamiento, en Cabildo de 15 de enero de 1744, obedeció el despacho virreinal.<sup>42</sup>

Desde Puebla continuó el viaje a Cholula y a Huejotzingo, poblaciones en las que también el protocolo de entrada prescribía recibimiento público, en consideración a que ambas habían sido amigas de Hernán Cortés en el tiempo de la conquista. Pero la parada fué allí breve, solamente de un día.<sup>43</sup>

Una antigua costumbre establecía que el principal recibimiento al nuevo Virrey tuviera por escenario la ciudad de Otumba u Otompán, memorable por la victoria alcanzada allí por Hernán Cortés sobre los mejicanos. Por una prerrogativa especialísima, el Guardián del Convento de Franciscanos tenía el privilegio de entrar allí al saludo con el Real Tribunal del Consulado, pues ya la Provincia, con los Padres Comisario General, Provincial y Definidores, le habían dado la bienvenida en Tlaxcala, adonde concurrían, para el mismo acto, las demás religiones.<sup>44</sup>

A la sazón era Otumba una ciudad triste y casi deshabitada, que se vió animada y concurrida por la llegada del Conde de Fuenclara, el 1.º de noviembre de 1742. Una grande y lucida concurrencia estuvo presente en el solemne recibimiento, que tuvo lugar cosa de legua y media antes de llegar a la vista de la población. Allí, el Oidor Decano de la Audiencia de México, Don Pedro Malo de Villavicencio, Caballero de Calatrava y del Consejo de S. M., que había ejercido, durante el interregno, las funciones de Capitán General, entregó el bastón de mando, que simbolizaba el supremo poder, después de "un político razonamiento propio de su discreción", al Conde de Fuenclara. Este contestó con otro discurso "no menos atento que afable y cortesano" y, a continuación fué acompañado por el mismo Oidor Decano y por otros caballeros de la "primera distinción" al Convento de San Francisco, en donde, después de cantarse un Te Deum, quedó aposentado

---

42 A. gen. de Indias. México. Leg. 821, doc. 12.

43 Alamán, L.: *Disertaciones...*, III, págs. 95-961

44 Rivera Cambas, M.: *México Pintoresco*, III, págs. 106 y 107.



“con la mayor decencia que aquel país permitió”. Al mediodía, por la tarde y por la noche, a expensas de Don Pedro Malo, el Virrey fué agasajado, así como la numerosa concurrencia “con un magnífico espléndido banquete, copiosos y exquisitos y abundantes refrescos, con tal orden y profusión distribuidos, que no sólo quedaron satisfechos los que componían la ilustre comitiva y demás convidados, sino otros muchos, a quienes la curiosidad induxo a hallarse a ésta, por muchos títulos célebre y ostentosa función”. En Otumba dieron la bienvenida y parabién al Conde los Priors, Guardianes, Comenderos y Rectores de los Conventos y Colegios de México, el Prepósito de la Congregación del Oratorio y los Reales Colegios de San Ildefonso y de Cristo Nuestro Señor.<sup>45</sup> Los indios de los partidos de Mexicaltzingo, Cuernavaca, Tetela del Volcán, Xonacatepec, Cuautla Amilpas, Tlalmanalco Tlayacapa y Cuatepec concurrían al abasto de aves que se gastaban en el recibimiento del Virrey en Otumba, así como en San Cristóbal Ecatepec y en el Santuario de Guadalupe, pagándoseles las aves al mismo precio que tenían en la época de la conquista.<sup>46</sup>

El 2 de noviembre, continuando su viaje, salió el Virrey, después de oír misa rezada, en que ofició el Cronista General de la Nueva España, hacia el pueblo de San Cristóbal Ecatepec, situado a poco más de seis leguas al Norte de la capital y que había tomado su sobrenombre del cerro en cuya falda estaba asentado.<sup>47</sup> En la calle principal se alzaba el palacio virreinal, en el cual se acostumbraba, cuando un Virrey cesaba en el mando para ceder su lugar a otro, a hacer la ceremonia simbólica de transmisión de funciones.<sup>48</sup> Allí festejó el Real Tribunal del Consulado a Su Excelencia “con gran magnificencia”, y le cumplimentaron el Real Tribunal y Audiencia de Cuentas y los Oficiales Reales de México.<sup>49</sup>

45 *Mercurio de México*, año 1742, mes de noviembre, reimpresso en *Bibliografía mexicana del siglo XVIII*, II, pág. 936. A. gen. de Indias. México. Leg. 1.256. La Audiencia de México al Rey. México 13 de febrero de 1743.

46 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.354. Petición de don Patricio Antonio López al Virrey. Esos precios, según la ordenanza del Superior Gobierno de 3 de junio de 1579, eran: gallina ponedora, 2 reales; polla ronca grande, real y  $\frac{1}{2}$ ; polla chica, un real; pollo chico,  $\frac{1}{2}$ ; docena de huevos, 1 real; pava grande, 3 reales; mediana, 2 y  $\frac{1}{2}$ ; chica, 2; gallo o pavo, 4. Era éste un servicio personal y vasallaje que debían al Virrey. A. gen. de Indias. México. Leg. 1.354. Informe de la Ciudad de México al Virrey, año 1750.

47 Rivera Cambas, M.: *México Pintoresco*, II, pág. 526.

48 Leduc, Lara y Roumagnac: *Diccionario...*, artículo Ecatepec.

49 *Mercurio de México*, noviembre de 1742, reimpresso en *Bibliografía mexicana*, II, página 936.



Al siguiente día, salió de Ecatepec el Conde de Fuenc Lara y llegó el célebre Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe. En la puerta principal de éste, le recibió la Audiencia en pleno, acompañándole hasta el altar mayor, en donde oyó misa. Luego, con el mismo acompañamiento, visitó la Casa del Santuario, en la cual le cumplimentó el Oidor Decano, en nombre de la Real Audiencia: respondió Su Excelencia al cumplido "grata y atentamente" y, mostrando deseos de conocer a cada uno de los Ministros, el mismo Malo fué presentándoselos individualmente. En seguida se volvieron todos a la ciudad y el Virrey se quedó en el Santuario, recibiendo los cumplimientos que le presentaron allí muchas personas de distinción y todos los conventos de la capital representados por sus capellanes. A mediodía se presentó al Conde el espléndido cortejo que la Nobilísima Ciudad de México le enviaba para hacer su entrada en la que iba a ser, por varios años, la sede de su gobierno.<sup>50</sup>

---

<sup>50</sup> *Mercurio de México*, noviembre de 1742, reimpreso en *Bibliografía mexicana del siglo XVIII*, II, pág. 936. A. gen. de Indias. México, Leg. 1.256. La Audiencia de México al Rey de España. México 13 de febrero de 1743.

of the subject of the life of Samuel Johnson, the first of the great English writers of the eighteenth century, who lived from 1709 to 1794. His life was a long and eventful one, and his works are still read and admired by millions of people. He was a man of great energy and determination, and he was always ready to take on a new challenge. He was a man of great learning and of great taste, and he was always ready to share his knowledge with others. He was a man of great character and of great integrity, and he was always ready to stand up for what he believed in. His life was a life of great achievement and of great honor, and his works are still a source of inspiration and of guidance to many people.

His life was a life of great achievement and of great honor, and his works are still a source of inspiration and of guidance to many people. He was a man of great energy and determination, and he was always ready to take on a new challenge. He was a man of great learning and of great taste, and he was always ready to share his knowledge with others. He was a man of great character and of great integrity, and he was always ready to stand up for what he believed in. His life was a life of great achievement and of great honor, and his works are still a source of inspiration and of guidance to many people.

His life was a life of great achievement and of great honor, and his works are still a source of inspiration and of guidance to many people. He was a man of great energy and determination, and he was always ready to take on a new challenge. He was a man of great learning and of great taste, and he was always ready to share his knowledge with others. He was a man of great character and of great integrity, and he was always ready to stand up for what he believed in. His life was a life of great achievement and of great honor, and his works are still a source of inspiration and of guidance to many people.

His life was a life of great achievement and of great honor, and his works are still a source of inspiration and of guidance to many people. He was a man of great energy and determination, and he was always ready to take on a new challenge. He was a man of great learning and of great taste, and he was always ready to share his knowledge with others. He was a man of great character and of great integrity, and he was always ready to stand up for what he believed in. His life was a life of great achievement and of great honor, and his works are still a source of inspiration and of guidance to many people.

### III

#### EL RECIBIMIENTO DEL VIRREY EN LA CAPITAL Y LOS COMIENZOS DE SU GOBIERNO

De ordinario, antes de entrar en la antigua Tenochtitlán, el Virrey era llevado desde Guadalupe al palacio de Chapultepec; allí recibía a las autoridades, incluso al Tribunal de la Inquisición, que acudían a rendirle honores, y se le obsequiaba con corridas de toros y otros festejos.<sup>1</sup>

En el diario de la llegada de Fuenclara nada se dice de esta visita, que había sido una de las más ostentosas con ocasión de la llegada de anteriores virreyes y es que, en la primera Instrucción que se le dió, al nombrarle Virrey de Nueva España, se le dijo que, en virtud de un Real despacho de 24 de abril de 1739, debían él y los Virreyes que le sucedieran excusar la detención en el palacio de Chapultepec y trasladarse directamente desde el Santuario de Guadalupe a México, porque se seguían muy graves daños al común y a la causa cristiana "por los pecados que se cometen, con ocasión del concurso de personas de ambos sexos, que asisten, a aquel parage".<sup>2</sup>

En la tarde del mismo día 3 de noviembre pasó el Conde a la Corte, siendo recibido con grande y general regocijo de la muchedumbre, en tanto que todas las campanas de la ciudad repicaban alegremente y la artillería lanzaba al aire las repetidas salvas que prescribían las ordenanzas.

---

<sup>1</sup> Alamán, L.: *Disertaciones...*, III, pág. 96.

<sup>2</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 515. Instrucción al Conde de Fuenclara, fol. 142. Buen Retiro 31 de enero de 1742.

La nobleza mejicana tomó también parte principal en este recibimiento. Se componía, a la sazón, de los Marqueses del Villar del Aguila,<sup>3</sup> de Santa Fe de Guardiola,<sup>4</sup> de San Miguel de Aguayo,<sup>5</sup> de Monserrate,<sup>6</sup> de Altamira,<sup>7</sup> de Salvatierra,<sup>8</sup> de Uluapa,<sup>9</sup> de Villahermosa,<sup>10</sup> de Alfaro,<sup>11</sup> de San Clemente,<sup>12</sup> Torre-Campo,<sup>13</sup> del Valle de la Colina,<sup>14</sup> del Castillo de Aisa,<sup>15</sup> de Villa Puente de la Peña,<sup>16</sup> Torre de Rada,<sup>17</sup> Valle Ameno<sup>18</sup> y de San Juan;<sup>19</sup> de los Condes de Santiago de Calimaya,<sup>20</sup> Valle de Orizaba,<sup>21</sup> San Pedro del Alamo,<sup>21</sup>

3 Don Juan de Urrutia y Arana, segundo Marqués, nacido en el Valle de Llanteno, Arciniega, el 30 de noviembre de 1670 y muerto en México el 29 de agosto de 1743, gran constructor. Ortega, R.: *Historia genealógica*, I.

4 Don José de Padilla y Cervantes, cuarto Marqués, estaba viudo, desde 9 de mayo de 1742, de doña María Manuela de la Cotería y Rivas-Cacho. Ortega: Ob. cit., I, y *Mercurio de México* de mayo de 1742, en *Bibliografía mexicana*, II, pág. 899.

5 Doña María Josefa Azlor y Echeverz, tercera Marquesa, nacida en Pamplona el 8 de mayo de 1707, casada con el Conde de San Pedro del Alamo. Ortega: Ob. cit., I.

6 Don Juan Jerónimo de Vasconcelos, tercer Marqués, nacido en Puebla el 23 de marzo de 1680, casado con doña Felicianita de Vallarta. Ortega: Ob. cit., I.

7 Doña Luisa Pérez de Tagle y Sánchez de Tagle, cuarta Marquesa. Ortega: Obra citada, I.

8 Doña Francisca Catalina Jerónima López de Peralta Sámano, primera Marquesa, casada con don Pedro de Eguarás y Fernández de Híjar. Ortega Ob. cit., I.

9 Marqués consorte de Uluapa era don José Patiño Lamas, esposo de la segunda Marquesa doña María Luisa de Acevedo Estrada, n. en Puebla el 7 de mayo de 1686 y m. en México el 23 de septiembre de 1747. Iguiniz: *Los Marqueses de Uluapa*, en *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, tomo 41, pág. 57.

10 Don Luis Soria Verduzco, segundo Marqués. Ortega: Ob. cit., I.

11 Era primer marqués el Capitán don Francisco Matías de Bustos, que compró el título, por 22.000 ducados, al Abad de San Victorlán, el 9 de febrero de 1731. Boletín del Archivo General de la Nación, XIV, págs. 446-47.

12 Don José Felipe de Cossío y Campo, segundo Marqués. Ortega: Ob. cit., II.

13 Don Pablo Antonio de Madrazo Escalera, tercer Marqués, sucesor de su padre en 1729. Ortega: Ob. cit., II.

14 Don Francisco de Aisa, creado Marqués el 18 de septiembre de 1727, murió el 8 de diciembre de 1768. Casado con doña Manuela Lucio y Carrera, tuvo a don Ildefonso de Aisa. Bol. del Arch. Gen. de la Nación, XIV, pág. 314.

15 Don Francisco Antonio de Velarde de la Fuente y Peña, segundo Marqués. Bol. del Arch. Gen. de la Nación, XIV, II, pág. 304.

16 Doña Gertrudis de la Peña, segunda Marquesa, viuda del primero don Francisco Lorens de Rada y madre del tercero don José Lorens. Bol. del Arch. Gen. de la Nación, XIV, II, pág. 305.

17 Don Agustín Moreno Ruiz de Castro, fué creado Marqués el 20 de mayo de 1740. Bol. del Arch. Gen. de la Nación, XIV, III, pág. 467.

18 Marqués único del Valle de San Juan fué don Onofre Enríquez de Baños y Soto Mayor, creado el 9 de abril de 1713. Bol. del Arch. Gen. de la Nación, XIV, pág. 313.

19 Don Nicolás Altamirano de Velasco, sexto Conde, casado con doña María de Gorraez, hermana del Mariscal de Castilla. Ortega: Ob. cit., II.

20 Don José-Diego Suárez Peredo Vivero, sexto Conde. Ortega: Ob. cit., II.

21 Don Francisco de Valdivieso, creado Conde en 21 de septiembre de 1733. Bol. del Arch. Gen. de la Nación, XIV, III, pág. 443.



Santiago de la Laguna,<sup>22</sup> Moraleda,<sup>23</sup> San Mateo de Valparaíso,<sup>24</sup> de Castelo,<sup>25</sup> de la Mejorada<sup>26</sup> y del Valle de Oploca<sup>27</sup> y del Mariscal de Castilla.<sup>28</sup>

Toda esta nobleza o los principales representantes de ella, residentes en la capital, recibieron al Conde de Fuenclara y le acompañaron al Palacio Real, en cuya Sala de Acuerdo debía posesionarse del Virreinato. Porque, a pesar de que ya estaba en el ejercicio de su autoridad desde la entrega simbólica que, en Otumba, le hizo el Oidor Decano, la posesión efectiva la tomaba en la Sala del Real Acuerdo de su residencia virreinal.

Formaban la Audiencia, a la llegada del Conde de Fuenclara a México, el Decano, de quien ya he hablado, y los Oidores Echávarri, Valcárcel, López de Adán, Marqués de Altamira, Dávila, Fernández Veitia, Campo, Padilla, Fernández de Madrid y Trespalacios y el Fiscal Bedoya.

Don Francisco Antonio de Echávarri había hecho sus estudios a expensas del Cardenal Astorga, en la Universidad de Valladolid, donde recibió el grado de Bachiller; pasó a graduarse de Licenciado en la Facultad de Cánones (Derecho) de Avila y se incorporó al Colegio Mayor de San Ildefonso, de Alcalá de Henares, por Real Provisión de 1.º de julio de 1734.<sup>29</sup> Desempeñaba su plaza de Oidor desde 1736. De él escribía el Virrey Güemes, sucesor de Fuenclara: "...Le considero con una regular literatura y suficiente práctica para desempeñar el insti-

<sup>22</sup> Doña Efigenia Carvajal, segunda Condesa, casada con don José de Rivera. Bol. del Arch. Gen. de la Nación, XIV, 2, pág. 308.

<sup>23</sup> Don Luis Verdugo de Santa Cruz, tercer Conde, hijo del segundo. Bol. del Arch. Gen. de la Nación, XIV, 2, págs. 310-311.

<sup>24</sup> Doña Ana María de la Campa y Ceballos, hija de don Fernando de la Campa Cos, creado Conde el 14 de julio de 1727 y muerto el 23 de agosto de 1742 en su hacienda de San Mateo de Valparaíso, casada luego con don Miguel de Berrio Zaldivar. Bol. del Arch. Gen. de la Nación, XIV, 3, pág. 453; *Mercurio* de septiembre de 1742, en León II, pág. 924.

<sup>25</sup> Don Ildefonso Pardiñas Villar de Francos, segundo Conde, sucesor 8 marzo 1726, de su pariente don Nicolás Pardiñas Bañuelos. Bol. del Arch. Gen. Nac., XIV, 3, 454.

<sup>26</sup> Don Simón Joaquín Venegas Espinosa, segundo Conde. Bol. Arch. Gen. Nac., XIV, 3, 456.

<sup>27</sup> Don Diego de Arce y Chacón había sido creado Conde del Valle de Oploca el 28 de mayo de 1722; le sucedió en 1747 don Vicente de Arce. Bol. Arch. Gen. de la Nación, XIV, págs. 313-314.

<sup>28</sup> Era 11.º Mariscal de Castilla don José Pedro de Luna y Gorráez, nacido en 1717, Alcalde de México, Regidor perpetuo y Secretario del Virreinato, y yerno del Oidor Decano. Ortega: Ob. cit., II.

<sup>29</sup> A. H. N. Universidades. Leg. 454, núm. 5. Certificación de Estudios, año 1734.

tuto de su obligación, pero con más viveza de genio y facilidad de la que pedía la prudencia, de que resulta abrazar ligeramente y con poca reflexión protecciones y especies que causan confusión y desigualdad, y no los efectos más ajustados. Es ambicioso de comisiones y facultades y de proceder absoluto, y siempre que halla ocasión de poder conspirar a defraudar las del Virrey, lo practica. Tiene prohibitivas e inhibitorias, las de el Estado de el Marqués del Valle, y la de tierras y aguas, en que obra despóticamente, y, según observo, más la propia voluntad que la justa distribución, de que en una y otra se tocan no pocos perjuicios y, en mi opinión, necesitaba de otro reposo y madurez para el perfecto desempeño de estas confianzas, y aun de su peculiar dirección. No es el más aplicado al trabajo, pues he notado que, en muchas ocasiones, se desvía de la asistencia a la Audiencia con pretexto de sus comisiones, y no me consta se mezcle en impurezas de intereses, aunque se hace reparable que, además de la casa en que aquí habita, muy bien moblada, y que sus gastos no son escasos, tenga otras dos propias de recreo, una en San Angel, distante dos leguas de esta ciudad, alhajada y con su huerta, y otra en San Agustín de las Cuevas, que está a tres...".<sup>30</sup> Ni Fuenclara ni Güemes estaban contentos del proceder de este Oidor, que, pese a sus informes, continuó en México y, a la muerte del Virrey Marqués de las Amarillas, en su calidad de Decano de la Audiencia, se encargó del gobierno del Virreinato, que ejerció desde el 5 de enero al 28 de abril de 1760.<sup>31</sup>

Don Domingo Valcárcel Formento y Vaquerizo, era natural de Granada (España) e hijo de Don Antonio Valcárcel (hijo, a su vez, de Don Francisco, Señor de Villanueva de los Infantes del Esgueva), del Consejo Supremo de Castilla, Colegial en la Mayor de Cuenca y Caballero de Calatrava, y de D.<sup>a</sup> María Ignacia Baquerizo, Camarista de la Reina Mariana de Baviera-Neuburgo. Estaba casado con D.<sup>a</sup> Ana Altamirano y Velasco, hija de Don Nicolás, Conde de Santiago de Calimaya.<sup>32</sup> Bachiller por la Universidad de Granada, se licenció en

30 30 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.506. Informe de Güemes. México 30 de enero de 1748.

31 *Diccionario... especialmente de la Rep. mexicana*, I, pág. 90.

32 Hermanos suyos eran don Vicente, Marqués de Pejas; don José, Caballero de San Juan, paje del Gran Maestre de Malta y primer Teniente de Guardias de Infantería al servicio de Felipe V; don Fernando, Caballero de San Juan, Capitán de Granaderos, y don Agustín, paje de Felipe V, Caballero de Santiago y Caballerizo de campo de Fernando VI. A. gen. de Indias. México. Leg. 1.355. El Virrey a Fernando VI. 12 de junio.

Cánones por la de Avila en 9 de agosto de 1718 y fué luego Colegial en el Mayor de San Ildefonso, de Alcalá de Henares, presentándose a la oposición a la cátedra de Instituta de la misma Universidad en 1719 y en 1722; a la de Sexto y Decreto, en 1723, y en 1724, a la de Decretales.<sup>33</sup> Había estudiado en los jesuitas en su ciudad natal y se doctoró en ambos Derechos en la Universidad de Alcalá; luego pasó a Madrid; donde se incorporó al Real Colegio de Abogados. Fué hecho Caballero de Santiago, Consejero honorario y luego en propiedad del de Indias, renunciando este cargo durante el breve reinado de Luis I. Vuelto Felipe V al Trono, le nombró Alcalde del Crimen de la Audiencia de México, con interesantísimas comisiones, especialmente para el arreglo de algunos ramos muy productivos para el Real Tesoro, como el de azogues, papel sellado, obras del Real Palacio, etc. Llegado a México (1728) tomó posesión de su empleo y ascendió a Oidor en 1736. Se mostró aplicado y juicioso y uno de los más “doctos, íntegros y condecorados” que tuvo Nueva España, “Concibo —escribía Güemes— que las conexiones le arrastran a su protección y a tomar partido en los negocios con demasiado ahinco, y que éstas pasiones tienen mucha fuerza en su voluntad y excesivo amor propio a su dictamen y con igual propensión que el antecedente a disminuir y limitar las facultades de el Virrey...”.<sup>34</sup>

Don Francisco López de Adán había servido primero en la Audiencia de Manila como Oidor, desde 1721, y ascendió, en 1737, a la de México, era, según el Virrey Güemes, “limitado en literatura, de mediana razón, y con poca constancia a resistir las influencias de aquellos que le tratan y son de su aceptación, por la flexibilidad de su genio”, poseía buena fortuna y era hombre probo en materia de intereses.<sup>35</sup>

Don Juan Antonio Rodríguez de Albuérne, Marqués consorte de Altamira, por su matrimonio con la 4.<sup>a</sup> Marquesa, D.<sup>a</sup> Luisa Pérez de Tagle y Sánchez de Tagle,<sup>36</sup> había nacido en Asturias en 1693 y

---

de 1755. Valcárcel murió en México en 1780. J. M. D. en *Diccionario... de la República mexicana*, art. Valcárcel.

33 A. H. N. Universidades. Alcalá. Leg. 28, núm. 219, y Leg. 32, núms. 224 a 230.

34 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.506. Güemes a Ensenada. Informe reservado sobre los Ministros de las Audiencias y Tribunales del Reino. México 30 de enero de 1748. *Diccionario geográfico, estadístico... de la República Mexicana*, art. Valcárcel.

35 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.506. Informe citado de Güemes.

36 Ortega: Ob. cit., I.



era Caballero de Calatrava y del Consejo de S. M., había sido en España teniente de Corregidor de la ciudad de Guadalajara; pasó luego a México, donde se hizo estimar por sus amables prendas, comenzando por ser Oidor de la Audiencia de Guadalajara, en 1728; ascendió a serlo de la de México en 1738: tuvo la comisión de la Superintendencia de Azogues, que manejó "con aplicación, pureza y celo", lo mismo que la Auditoría General de Guerra, y mantuvo estrecha amistad con Valcárcel.<sup>37</sup>

Don Fernando Dávila llegó a México como Fiscal de la Real Audiencia de Guadalajara (1737), siendo ascendido a Oidor de la de México en 1738. Había sido colegial en el Mayor del Arzobispo de la Universidad de Salamanca y era, dice Güemes, "íntegro sumamente, con bastante literatura y práctica, pero inexorable en el juicio que forma, y tan nimiamente perplejo y ascrupuloso en los ápices y átomos de cualquier determinación o negocio, que de esto se originan mayores dificultades y embarazos para su conclusión, pero él es un sujeto de sana y recta intención".<sup>38</sup>

Don Luis Manuel Fernández de Madrid había sido colegial de los Manriques de Alcalá de Henares, Bachiller por esta Universidad el 29 de abril de 1705, y aprobado de Licenciado en Cánones por la misma, con la calificación de *nemine discrepante* (19 mayo 1710); explicó la cátedra de Instituta (1706-1708) y opositó a la Cátedra de Instituta en 1719 y 1720, y a la de Prima de Cánones, ambas de Alcalá, en 1722. Empezó su carrera judicial como Oidor de la Audiencia de Guatemala en 1725, pasando a la de México luego, y prestando juramento, para su toma de posesión del cargo de Oidor en México el 27 de junio de 1740. "Aunque es literato —escribió de él Güemes— y tiene bastantes años de ministro, en mi juicio padece menos digestión de la que debía en sus dictámenes, como en admitir impresiones de aquellos que le tratan con frecuencia, pues, sin más examen de lo que le dicen, queda lo que oye canonizado de verdad para su concepto; es de genio satírico y nada ay que no censure. Está postrado de achaques

---

37 Murió el 13 de junio de 1753. Dejó su fortuna entre su hijo el quinto Marqués y su hija esposa del Oidor Trespalacios. Informe citado y *Diario* de Castro Santa Ana, en *Documentos para la Historia de México*, IV, pág. 127.

38 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.506. Informe citado de Güemes a Eusebiana. Su esposa, doña Ana de Ocio y Ocampo, había muerto el 5 de octubre de 1740. *Mercurio de México*, octubre de 1740, en *Bigliogr. mex.*, II, pág. 928.



bastantemente". Era Caballero de Calatrava y del Consejo de S. M. Tenía diez hijos, el mayor de los cuales, don Diego Antonio, seguía la carrera eclesiástica.<sup>39</sup>

Don José Fernández-Veitia y Linaje habíase posesionado de su plaza de Oidor en México el 7 de agosto de 1742 y era Caballero de Santiago y Chantre de la Catedral de Puebla. No podía desempeñar este cargo por sufrir un accidente *perlático*, pero eso no le impedía servir el oficio de Oidor.<sup>40</sup>

Don Clemente del Campo y Zárate había sido Alcalde del Crimen y, cuando era el más antiguo de los que ejercían este cargo, fué promovido a Oidor de la Audiencia de México por Despacho de S. M. del 18 de agosto de 1741, posesionándose el 12 de marzo de 1742.<sup>41</sup>

Don Pedro Padilla había sido Juez Provisor del Obispado de Guadalajara y, en 1740, fué nombrado Oidor de la Audiencia de México; era, según Güemes, "muy ajustado, literato y recto en sus dictámenes, aunque muy amante de aquellos que concibe, que es el único defecto, que se le puede notar, y, en los negocios que se le cometen, procede con exactitud a su ejecución...". Era eclesiástico y vivía "con la moderación y el ejemplo" que correspondían a su estado.<sup>42</sup>

Don Domingo de Trespalacios y Escandón había sido Oidor de la Audiencia de Santa Fe desde 1737 y de la de Guatemala (1738), pero, a causa de la guerra, estuvo sin poder salir de Cádiz durante tres años. El 2 de agosto de 1741, S. M. le concedió plaza de Oidor de la Audiencia de México, llegando con toda felicidad a Veracruz el 13 de julio y a México el 3 de agosto de 1742, y tomando posesión de su cargo el 7 de este último mes y año, tres meses antes que Fuenclara, del que fué un gran colaborador. Pagó, por derecho de media anata, 2,360 pesos. Según costumbre, prestó juramento ante el escribano Juan de Valbuena, el Presidente y los demás Oidores de la Audiencia, después de traído el Real Sello, en la forma general-

39 A. H. N. Universidades. Alcalá. Leg. 28, núm. 219, y Leg. 32, núms. 222 y 223. A. gen. de Indias. México. Leg. 1.506. Informe citado. Leg. 509. Fuenclara al Rey. México 31 de mayo de 1744; *Mercurio de México* de junio de 1740, en *Bibl. mex.*, II pág. 904.

40 A. gen. de Indias. México. Leg. 539. Malo a Triviño. México 3 de octubre de 1742, Veitia a Triviño, México 7 de febrero de 1743.

41 Id. de id. id. Leg. 539. Malo a Triviño. México 5 de octubre de 1742.

42 Id. de id. Leg. 1.506. Informe citado de Güemes a Ensenada. México 30 de enero de 1748.

mente practicada, por la señal de la santa cruz y por los cuatro santos Evangelios: juró guardar “las solemnidades, circunstancias, requisitos, modo y forma prevenidos en la ley sexta, título cuarto, partida tercera, y en la sexta, título cuarto, libro segundo de la Recopilación de Castilla y defender el misterio de la Purísima y limpia Concepción de Nra. Sra...”. Era hombre conocido por “su estudio y aplicación, desinteresado, íntegro, imparcial, sin otro objeto que el exacto cumplimiento en el desempeño de su obligación”, acreditando sus buenas cualidades en cuanto se ponía a su cuidado “con incansable celo”, y de “recto ánimo e intención”, de cuyos límites no había “respeto ni motivo”, que le apartaran.<sup>43</sup>

El oficio de Fiscal de lo Civil de la Audiencia lo servía don Pedro de Bedoya y Osorio, que había empezado a ejercer la carrera fiscal siéndolo en la Audiencia de Manila en 1721, de la que fué ascendido a México en 1737, era “razonablemente literato y bastante práctico en los negocios generales de el Reyno, desinteresado, de muy buena intención y deseoso de acertar”, pero “algo indulgente y; en lo berbal, de corta explicación y genio encogido”.<sup>44</sup>

Hecha una breve visita a la Catedral, el Conde entró en el Palacio, en cuya puerta fué recibido con hachas de viento y, después de bajar del coche, le acompañaron los Ministros y Tribunales a la escalera, por donde subió a la sala de Audiencia. Recibiónle allí los señores de la Audiencia y lo llevaron a la Sala de lo Civil, en la cual, al pie de las gradas de los estrados, estaba puesto un dosel de terciopelo y damasco rojo y baldaquino de igual color, de seda, una mesa larga y, junto a ella, seis sillas por cada lado: el sitio destinado al Virrey era de terciopelo rojo y con su cojín a los pies; la mesa se hallaba cubierta con sobrecamas de China bordadas de encarnado y encima de ella estaban un misal abierto a la mano derecha de Su Excelencia, y señalado el Evangelio, y ocho candelabros con otras tantas velas.

---

43 Nació en 1706 y murió en Madrid el 5 de febrero de 1777. Casó con doña María Cecilia Rodríguez de Albuerne, hija del Marqués de Altamira. A. gen. de Indias. México. Leg. 1.506. Informe citado. Leg. 539. Malo a Triviño. México 1 de octubre 1742; Leg. 540. Trespacios a Triviño. México 7 febrero 1743. *Mercurio de México* de agosto de 1742, en *Bibliogr. mex.*, II, pág. 919; *Gac. de Madrid* 11 de febrero de 1777.

44 Recibió el hábito de Santiago el 24 de julio de 1739. A. gen de Indias. México. Leg. 1.506. Informe citado. *Gac. de México* de julio 1739, en *Bibliogr mex.*, II, pág. 848.

Sentáronse el Virrey y los Oidores, cerráronse todas las puertas; tocó el Conde de Fuenclara una campanilla de plata y, a su son, entró un portero, que recibió de Su Excelencia la orden de traer el Real Sello, de la Chancillería Real, del cual fué portador, en un azafate, con gran pompa, el Canciller, armado y cubierto, y escoltado por doce Ministros de la Audiencia, que empuñaban sendas hachas de viento para alumbrarse, y cuatro alabarderos. Pusiéronse a esto todos en pie, descubriéndose el Sello Real, que estaba debajo de un paño en el dicho azafate o canastillo y se colocó sobre la mesa, del Real Acuerdo, delante del Virrey y cerca del crucifijo y del misal colocados allí. Fuenclara tomó el sello en señal de posesión y exhibió las tres Reales Cédulas, que leyó el Escribano de Cámara, don Juan Francisco de Castro, por las cuales, con fecha de 31 de enero de 1742, Su Majestad Católica el Rey de España, Felipe V, le había nombrado su Capitán General, su Virrey y su Presidente de la Audiencia de Nueva España. Acabada la lectura, los Oidores tomaron las dichas Reales Cédulas y, en señal de obediencia, se las pusieron sobre las cabezas, con grande respeto y acatamiento, y, poniéndose a los dos lados del Virrey, puso éste su diestra mano sobre el misal y la izquierda en el Real Sello y, en esta forma, en presencia del mismo Escribano Castro, que era el de Cámara de oficio más antiguo de la Real Audiencia y del Real Acuerdo, juró "por Dios Nuestro Señor y por los Santos quatro Evangelios, a la Cathólica Real Persona de nuestro Rey y señor don Phelipe quinto (que Dios guarde) exercer los referidos cargos de Virrey, Gobernador, Capitán General, y Presidente de esta Real Audiencia, bien y fielmente, obedecer y guardar las Rs. cédulas, órdenes de S. M., sus Leyes Reales y ordenanzas, secreto en todas las matherias que lo pidan, conseruar y entregar el Reyno en la misma paz y tranquilidad que lo resiuie, selará sobre las ostelidades que intenten qualesquiera enemigos de que lo defenderá, y el misterio de la pura y limpia Concepción de Nuestra Señora, y cumplirá con todas las obligaciones de su cargo...". Esta era, poco más o menos, la fórmula del juramento. A continuación, devolvióse el Real Sello a la Cancillería en la misma pomposa forma que se había traído, y quedó terminado el acto y el Conde en posesión de sus altos destinos.<sup>45</sup>

---

45. A. gen. de de Indias. Escribanía de Cámara del Consejo, Leg. 245, Cuaderno 1.º de la Residencia de Fuenclara, fol. 25; Alamán: *Disertaciones...*, III, págs. 97 y 98;



Esta fué la entrada ordinaria; la solemne se verificó el 16 de enero de 1743.

Inmediatamente, aquella noche, le visitó y cumplimentó el Arzobispo de México, don Juan Antonio Vizarrón y Eguiarreta;<sup>46</sup> el Conde le devolvió la visita al día siguiente.

En la mañana del 4 de noviembre recibió la visita de los Tribunales y del Cabildo Eclesiástico.<sup>47</sup>

La Nobilísima Ciudad dió, durante tres días, según la costumbre, grandes banquetes, a cuya provisión contribuían los indios de los mismos partidos que acudían con sus aves a Otumba,<sup>48</sup> disponiendo la Instrucción redactada para Fuenclara que el Cabildo Secular de México no pudiera gastar, en las fiestas del recibimiento, más de 8.000 pesos.<sup>49</sup>

Durante los catorce meses de su gobierno, la Audiencia había realizado, como principal labor, además de continuar el despacho de los asuntos iniciados bajo el mando de los anteriores virreyes, una buena recaudación de fondos. Existían, en las Cajas Reales de México—al posesionarse del mando el Conde de Fuenclara, 568.138 pesos, 5 tomines y dos granos y medio en oro pasta, plata mezclada con oro, plata sola y monedas en reales, de cuya cantidad correspondían 270.964 pesos y nueve granos a la limosna de la Bula de la Santa Cruzada—los cuales se guardaban en su arca de cuatro llaves, en plata, pasta y reales— y los 297.174 pesos, cuatro tomines y cinco granos y medio restantes a todos los demás ramos de que se componía la masa principal de la Real Hacienda.<sup>50</sup>

En general, puede decirse que la Audiencia había administrado, durante el interregno, sin despachar muchos de los asuntos pendientes, pero no dejando de celebrar las festividades con mayor pompa aún que las celebradas bajo el gobierno del Virrey; al menos lo hace sospechar así el que el redactor del diario de los asuntos que se trataban

Romero de Terreros: *Ex antiquis...*, pág. 129; *Mercurio de México* de noviembre de 1742, en *Bibliografía mex. del siglo XVIII*, II, pág. 936.

46 Era natural del Puerto de Santa María y ocupaba la sede desde 1730; había sido Virrey de Nueva España de 1734 a 1740 y murió el 25 de enero de 1747. Gams: *Series Episcoporum*, pág. 156; Beristain: *Ob. cit.*, III, pág. 332.

47 *Mercurio de México* de noviembre de 1742, en *Bibliogr. mex.*, II, pág. 936.

48 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.354. Petición de don Patricio Antonio López al Virrey.

49 Id. de id. id. Leg. 515. Instrucción a Fuenclara de 31 de enero de 1742, fol. 142.

50 Id. de id. id. Leg. 540. La Audiencia de México al Rey Felipe V. México 13 de febrero de 1743.



en la Real Audiencia se complace en describirlas con mayor detalle. Por ejemplo, al hablar de la fiesta de Corte que se celebraba el día de San Agustín (28 de agosto) y el de San Francisco de Asís (4 de octubre) dice que el Presidente fué a la función de su iglesia con la Nobilísima Ciudad, yendo en la estufa (especie de carroza): en la cabecera iba el Presidente, y, en la testera, el Corregidor y el Alcalde ordinario de primer voto: la estufa iba tirada por seis mulas y escoltada por un piquete de Caballería y la Guardia de Alabarderos con su Alférez. Al llegar a la iglesia, le recibieron los religiosos con la misma pompa que si fuera el Virrey; se dió el agua bendita y se sentó el Presidente en una silla de terciopelo, con almohada, que estaba en la parte izquierda. Al comenzar la misa, fueron los religiosos a rezar el *Introito* con el Presidente y lo mismo hicieron al *Credo*, dándole a besar la paz, que le presentó un religioso, tocado con almaizar. Acabada la función salió la Comunidad de Agustinos, con sus prelados, a despedir hasta la puerta del cementerio al Presidente, que fué acompañado hasta su casa, a donde había ido a recogerlo, por la Nobilísima Ciudad.<sup>51</sup>

El nuevo Virrey comunicó a la Corte de Madrid su toma de posesión manifestando que veía “en las demostraciones y otras señales de sinceridad y alborozo” del pueblo, el ansia y la satisfacción pública con que se deseaba y se había recibido su llegada, ya que esas “señales ingenuas” de alegría excedían a las que, de ordinario, producía la novedad. Que no había querido hacer uso del despacho que se le dió para posesionarse por procurador, tanto porque se detuvo poco tiempo en Veracruz como porque no quiso introducir ninguna innovación en el uso establecido, pues supo que nunca se había dado ese caso, y quizá su práctica hubiera producido algún trastorno. “En el curso del viaje —continuaba diciendo— han sido muchas las instancias, pretensiones y quejas, que he tenido en cada tránsito; pero me he contentado con oírlas, y examinarlas, sin proveer, ni determinar asta aquí, sobre cosa alguna, observando este propósito y regla, desde que desembarqué en la Veracruz por mi propia reflexión, y por imitar a algunos de mis antecesores, que se saue se ciñeron a esta máxima, como más apartada del error y de quienes se conserva el crédito y la agradable memoria de hauer sido aprobada y plausible su conducta”. En el corto espacio

51 Id. de id. id. id. Diario de... la Audiencia 1741-1742, fol. 1.

de ocho días, a causa del mucho tiempo que le quitaban "las formalidades, cumplimientos y otros actos", de los que no podía dispensarse "sin nota y desprecio de la costumbre", no había podido tomar fundamental conocimiento de los negocios" para tratar de ellos en su carta, como pensaba hacer en cuanto saliera de las ocupaciones de recién llegado. No obstante, se aplicaba todo lo que podía "despachando cuanto ocurre, y examinando con desvelo y advertencia muchas instancias y pretensiones, con que cada uno, al abrigo de la circunstancia de nuevo Gobierno, quiere poner de mejor condición su fortuna e intereses, en que observo que, por atender a éstos, no se ha tratado el servicio del Rey, la justicia ni la causa pública, con aquella atención y preferencia que merecen...". Avisaba de que las materias de gobierno se veía que habían sido allí tratadas con "tibieza y arbitrio" desde hacía algún tiempo y, especialmente, durante el último interregno de la Audiencia, que había dejado sin resolver y detenidos los asuntos más graves. Los gastos extraordinarios, que ocasionaba la guerra tenían empeñada y abatida la Hacienda: esto le preocupaba hondamente, porque temía que no podrían satisfacerse puntualmente las exigencias internas y externas del Reino. Acababa asegurando que pondría todo su celo y cuanto le alcanzaran sus fuerzas en procurar y lograr el acierto y la ventaja en lo tocante al Real Servicio.<sup>52</sup>

Agradecido a su bienhechor el Ministro Campillo, uno de los primeros actos del nuevo Virrey fué el nombrar Capitán de la Guardia de Infantería del Real Palacio de México al sobrino del mismo, Don José de Huergo y Campillo, el 5 de noviembre, por hallarse vacante el cargo a causa de la renuncia de don Pedro de Larrondo.<sup>53</sup>

El 15 del mismo mes, también por renuncia de Don Pedro Malo, nombró Fuenclara Auditor General de Guerra de Nueva España al Marqués de Altamira.<sup>54</sup>

Los festejos por la llegada del Virrey se prolongaron hasta principios de diciembre. Los días 26, 27, 28 y 29 de noviembre se corrieron toros, organizados por el Ayuntamiento y se hicieron otras demostra-

52 Id. de id. id. Leg. 1,337. Fuenclara al Rey; Leg. 1,505. Fuenclara a Campillo; Leg. 508. Fuenclara a Triviño. Cartas todas fechadas en México el 12 de noviembre de 1742.

53 Id. de id. id. Leg. 2,446. Huergo a Ensenada. Veracruz 26 de febrero de 1744.

54 *Mercurio de México*, noviembre de 1742, en *Bibliogr. mex. del siglo XVIII*, II, págs. 936-937.

ciones de regocijo en la plaza del Volador.<sup>55</sup> Y, en diciembre, prosiguieron, el 1.º “poniéndose a la vista un primoroso, ágil y diestro Maromero,<sup>56</sup> cuyas prestas, ingeniosas suertes” divirtieron al Conde de Fuenclara lo más de la mañana, como en los días 3, 4, 5 y 6 las carreras “y lances a los feroces Toros, que se lidiaron en la espaciosa Plaza del Volador...”.<sup>57</sup>

Había concluído con esto la que podríamos llamar luna de miel del Virreinato y Fuenclara se encontraba frente a frente con las graves preocupaciones del gobierno.

El 19 de diciembre, cumpleaños de S. M. Católica, se dijo, en la Catedral, una misa de gracias y se cantó un Te Deum, asistiendo la Audiencia, los demás Tribunales y el Secretario del Virrey; acabada la función, pasaron todos a complimentar a Su Excelencia, lo mismo que los Prelados y la Nobleza. Todos éstos asistieron, las tres noches inmediatas, por su invitación, a la comedia que se representó en el suntuoso teatro de Palacio.<sup>58</sup>

El 27 de diciembre ancló, en la bahía de Veracruz, la fragata del Rey “San Pedro”, que había salido de La Habana el 12 del mismo mes, mandada por el Teniente de Navío don Vicente de Quintana, que conducía a México la servidumbre de Fuenclara, transportada a Cuba por una embarcación francesa.<sup>59</sup>

Además de la Instrucción Reservada que he reseñado en otro capítulo, el Consejo de Indias había redactado otra Instrucción para el nuevo Virrey, la cual era muy larga, sin la clara división en capítulos de la primera, que se redactó más tarde.<sup>60</sup>

Como buen sucesor de la gran Reina Isabel, la Majestad Católica de Felipe V recomendaba, en primer lugar y muy especialmente, a su representante en la Nueva España, que tuviera particular cuidado en mantener la religión en aquellos sus Reinos de Indias, impidiendo que la sencillez de sus naturales se viera inducida al error por cualquier extranjero, a cuyo fin debía también procurar que se les diera la co-

55 *Mercurio de México* de noviembre de 1742, citado; Rangel: *Hist. del toreo en México*, pág. 135.

56 Lo mismo que volatín en América.

57 *Mercurio de México* de diciembre de 1742, en *Bibliogr. mex.*, II, pág. 941.

58 *Mercurio de México*, diciembre de 1742, reimpreso en *Bibliografía mexicana del siglo XVIII*, de N. León, II, pág. 941.

59 Id. de id. id., en la misma obra, II, pág. 945.

60 La Instrucción reservada es de 23 de abril, la otra de 31 de enero de 1742.



rrespondiente enseñanza de la Doctrina Cristiana, que los Encomenderos no les hicieran trabajar en los días festivos y no carecieran de sacerdote en sus pueblos. No obstante, debía mantener las prerrogativas del Real Patronato ante los intentos que se observaban, en algunos Prelados, de extender sus facultades y jurisdicción en perjuicio de los derechos de S. M. Advertíale que impidiera las vejaciones que se infligían a los indios por ciertos doctrineros, a los cuales se debía remover de su beneficio, sin que pudieran ser nombrados para otro, castigándolos "con toda severidad": si el Virrey no celaba incesantemente esto, se le haría cargo, en la residencia que se le tomara "de cualquiera culpa, omisión o tolerancia", si no las remediaba, y se le impondría la pena correspondiente.

Se le prevenía también que amparara y favoreciera "en todo y por todo" a los indios, remediando sus daños y castigando a quienes se los causaran, pues era muy sensible que los ministros puestos para su protección, olvidándose de sus obligaciones, agraviaran a sus encomendados; también en esto se le decía que, si no remediaba semejantes atropellos, S. M. se daría "por mui mal servido" y le haría cargo de la "más leve omisión" que tuviera, por ser "contra Dios y contra mi servicio". Como, para atender a los indios, se había instituído el Juzgado general de los indios de México y era muy necesario que se mantuviera, se le encargaba que así lo hiciera y que, para ello, eligiera por asesor a un Oidor, cuyo salario anual de 400 pesos de oro común se debía pagar del total del impuesto de medio real que pagaba cada indio mejicano, pero ni ese ni ningún otro funcionario debía sacar de los indios la menor cantidad, presente ni regalo, no obstante lo cual debía despacharles sus asuntos con la debida brevedad; en fin, debía impedir las extorsiones y estafas que se cometían contra "tan miserables personas".

Haría que se cumpliera lo dispuesto por el Concilio de Trento sobre fundación de Colegios y de Seminarios, procurando su conservación y que en ellos se atendiera a la educación intelectual y moral de los alumnos, visitando y vigilando especialmente el funcionamiento del Colegio de Niñas Recogidas de México.

Lo mismo se le ordenaba acerca de los hospitales para enfermos pobres, que debía ver personalmente o, cuando a él no le fuera posible,



un Oidor, en su nombre, "con todo celo y caridad, por lo mucho que se interesa en ello el servicio de Dios".

Decíasele que mantuviera buena correspondencia con los Prelados, evitando las discordias que acostumbraban a sembrarse entre ellos y el Virrey, porque la concordia entre las autoridades civil y eclesiástica producía los mejores efectos y convenía evitar el escándalo que tal desacuerdo causaba. Y también con la Inquisición.

No debía dar licencia a religiosos ni a clérigos de ir a España, sin que tuvieran previo permiso de sus superiores y hubiesen residido diez años, por lo menos, en los Reinos de Indias. Igualmente debía celar escrupulosamente de que los religiosos que hubieran ido a México para el ejercicio misional, fueran, en efecto, a su destino.

Muy particularmente se le encargaba el mantenimiento de la justicia, escogiendo para los empleos a las personas más capaces, y respetando en sus puestos a los Gobernadores, Corregidores y Alcaldes Mayores que hubiesen sido nombrados por el Rey. Remitiría anualmente relación de los salarios percibidos por los funcionarios del Virreinato. Recomendábasele que no se inclinara fácilmente a la indulgencia "pues, con tenerla, se incita más a los malhechores a no enmendarse...".

Si se encontraban en la Nueva España gentes que hubieran ido desde la metrópoli sin licencia del Consejo de Indias, debía imponerles las penas establecidas por las leyes y enviarlos a su punto de procedencia, por ser la mayor parte de los que iban de ese modo sujetos "mal inclinados y mugeres de mala vida" y haberse experimentado las malas consecuencia que llevaban consigo. No se exceptuaba de esta disposición ni a los clérigos, ni a los religiosos ni a los extranjeros. Tampoco debía permitir estar allí a los que fueran casados por más tiempo que el que se les diere de licencia, porque sus mujeres, por la libertad en que las dejaba la ausencia de sus maridos o porque no podían soportar su miseria, vivían disolutamente y lo propio hacían ellos en América.

Se le advertía que, en la Audiencia, no tendría voto, por no ser él togado, y que procurara que las causas se sustanciaren sin dilación y sin atropello del pobre o del indefenso; manteniendo buenas relaciones con los Oidores y celebrando las sesiones en los días y horas señalados. Había de ver detenidamente todas las Leyes de Indias y disponer que se guardaran inviolablemente, en especial las relativas

a la administración de bienes de difuntos. Recordábasele la prohibición existente de que los funcionarios contrajeran matrimonio, ni ellos ni sus hijos, en sus respectivos distritos, ni fueran padrinos de matrimonios ni de bautizos de las personas habitantes en los mismos, ni asistieran a ninguna de esas ceremonias, ni a los entierros ni a las fiestas de iglesia como particulares. No debía el Virrey mezclarse en las materias de justicia, sino que había de dejar en libertad a los Oidores de conocerlas y votarlas, sin mostrar sus intenciones y sin sacar las causas de los Tribunales a que correspondiesen. En las apelaciones ante él, no debía innovar nada, sino mantener la práctica hasta entonces establecida. Tampoco convenía que enviase Pesquisidores ni Jueces de Residencia, porque de haberlo hecho sus antecesores se habían seguido grandes daños.

Se le requería pusiera especial atención en el reparo de los caminos y en el fomento de todas las obras públicas, sobre todo de la conclusión del Desagüe de la laguna de México.

En el guión de Virrey pondría únicamente las armas reales.

Como Capitán General de las provincias de Nueva España sólo él conocería de las causas referentes a la gente de guerra, sin que dejara intervenir en ellas a los Tribunales de Justicia, ni aun por vía de apelación.

Cuidaría de la conservación y aumento de la Sala y Aposento de Armas del Real Palacio de México.

Procuraría, en la administración de la Hacienda, todo su celo, vigilando su aumento y el breve despacho de los asuntos y que los Oficiales Reales asistiesen puntualmente a su despacho, llevasen los libros exigidos de modo corriente y presentasen las cuentas a su tiempo. Pero sólo en caso muy necesario enviaría contra ellos un Visitador, por ejemplo, cuando se ofreciera indicio vehemente de haberse cometido algún grave delito. Sobre esta materia financiera se extendía largamente una buena parte de la Instrucción, sin perder detalle de ningún servicio a ella referente, incluso hasta mandar al Virrey que procurara enterarse de la procedencia del dinero que se gastaba en obsequiarle con comida y fiesta de toros a su llegada a las ciudades de Veracruz Tlascala y Puebla, y limitando a 8.000 pesos el gasto que el Cabildo secular de la capital podía hacer para recibir al Virrey.

Y, finalmente, se le encargaba que velara por la limpieza del acue-

ducto de Chapultepec a México y por la buena conservación de las calzadas que conducían a la capital.<sup>61</sup>

Con esto y las noticias reservadas que se agregaron especialmente para él, y que formaban, en conjunto con la Instrucción Reservada de que he hablado en otro lugar, un verdadero y completo tratado del arte de gobernar, se hallaba el Conde con una guía de su conducta en el Virreinato. Ya veremos cómo procuró ajustarse fielmente a sus preceptos.

---

<sup>61</sup> A. gen. de Indias. México, Leg. 515. Instrucción al Conde de Fuenc Lara. Buen Retiro 31 de enero de 1742.

the first of these is the fact that the  
 second of these is the fact that the  
 third of these is the fact that the  
 fourth of these is the fact that the  
 fifth of these is the fact that the  
 sixth of these is the fact that the  
 seventh of these is the fact that the  
 eighth of these is the fact that the  
 ninth of these is the fact that the  
 tenth of these is the fact that the

the first of these is the fact that the  
 second of these is the fact that the  
 third of these is the fact that the  
 fourth of these is the fact that the  
 fifth of these is the fact that the  
 sixth of these is the fact that the  
 seventh of these is the fact that the  
 eighth of these is the fact that the  
 ninth of these is the fact that the  
 tenth of these is the fact that the

the first of these is the fact that the  
 second of these is the fact that the  
 third of these is the fact that the  
 fourth of these is the fact that the  
 fifth of these is the fact that the  
 sixth of these is the fact that the  
 seventh of these is the fact that the  
 eighth of these is the fact that the  
 ninth of these is the fact that the  
 tenth of these is the fact that the

the first of these is the fact that the  
 second of these is the fact that the  
 third of these is the fact that the  
 fourth of these is the fact that the  
 fifth of these is the fact that the  
 sixth of these is the fact that the  
 seventh of these is the fact that the  
 eighth of these is the fact that the  
 ninth of these is the fact that the  
 tenth of these is the fact that the



#### IV

### EL ASUNTO BOTURINI O LA DEVOCION INDISCRETA

Como en las diversas embajadas que había servido, el Conde de Fuenclara fué, en su alto cargo de Virrey, aunque la autoridad de que estaba revestido y la lejanía de la Corte de Madrid podían haberle impulsado a obrar con mayor independencia, un fiel cumplidor de las instrucciones que se le habían dado. Y esa exactitud en el cumplimiento de los reales mandatos fué el motivo principal de su conducta con Boturini, la cual es el único reproche que algún historiador, seguido de otros que se han limitado a copiar y repetir la censura sin meditar sobre los justos motivos que le obligaron a actuar como lo hizo, ha hecho a la gestión del Conde en México.

En esta ocasión, además, no fué su actuación inspirada sólo por su inflexibilidad en cumplir la voluntad soberana, sino por la existencia, ya hacía tiempo, de leyes que prohibían la ida a los dominios españoles en América de nadie que careciera de la necesaria licencia, lo cual se repetía en la instrucción que se había dado al Conde por el Consejo de Indias.<sup>1</sup>

Fué este el primer asunto con que hubo de comenzar su obra de gobernante, ya que la ocasión se ofreció durante su viaje de Veracruz a la capital del Virreinato. Al pasar por Jalapa, el Alcalde Mayor de esta población, Don Adrián del Aya, puso, en sus manos, una carta circular que había recibido y que estaba firmada por un Don Lorenzo

---

<sup>1</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 515. Instrucción, fol. 87 v.º El Pardo 31 de enero de 1742.

Boturini, en la que éste participaba haber recibido un Breve del Cabildo de la Santa Iglesia Vaticana de Roma "para poder coronar con corona de oro" a la imagen de la Virgen de Guadalupe, y que para la fabricación de "la Imperial Corona y gastos de tan solemne y ruidosa función —comunicaba Fuenclara al Rey— le era preciso valerse de la piedad y deuoción de los fieles, por lo que le encargaua influiese con los vecinos del distrito a que concurriesen con sus dones de oro, plata y piedras preciosas". Esta noticia causó al Virrey "notable reparo". Pero, como se había propuesto, lo mismo en esto que en todas las demás instancias que se le presentaron en el curso del viaje, no hizo más que oír y examinar lo que le dijo y mostró el Alcalde, sin resolver hasta que se hallara en definitiva posesión del gobierno.<sup>2</sup>

Pocos días después de llegar a la capital, enterado de quién era Boturini, expidió un Decreto, mandando se pasase al Fiscal la carta del dicho al Alcalde de Jalapa, advirtiéndole que el interesado había obtenido pase al Breve alcanzado en Roma en el Real Acuerdo de México sin tener el pase previo del Consejo de Indias y que, usando de "una especie de autoridad viciosa", escribió al citado Alcalde para que influyese con los habitantes en el sentido ya expresado, lo cual era grave tratándose de un extranjero; en consecuencia mandaba al Fiscal que resolviera lo conveniente (19 de noviembre de 1742). Cumplimentando el Decreto, el Fiscal ordenó, el 22 del mismo, la comparecencia de Boturini y la entrega de cuanto hubiese colectado para la fabricación de la corona; el 23, el Virrey encargó de tramitar las correspondientes diligencias al Alcalde de Corte, de la Real Audiencia, Don Antonio de Roxas y Abreu, del Consejo de S. M., y éste, el 27, hizo notificar lo acordado a Boturini.<sup>3</sup>

De la investigación resultó que Don Lorenzo Boturini Benaduci, nacido en Sondrio<sup>4</sup> hacia 1702 y Señor de la Torre y Hono, pertenecía a una ilustre familia, que pretendía deber su origen al Conde Wifredo de Bourg hacia el año 828, y estar emparentada con los Condes de Poitou, de Auvernia, de Bourg, de Mâcon y de Tolosa, los Marqueses de Nevers y los Duques de Aquitania, según una certificación expedida,

<sup>2</sup> Id. de id. id. Leg. 1.337. Duplicados de cartas y documentos del Virrey. Fuenclara al Rey, México 28 de febrero de 1743.

<sup>3</sup> Id. de id. id. id. Testimonio de los autos formados sobre Boturini, fols. 13 a 16.

<sup>4</sup> Leduc y Lara: *Diccionario...*, art. Boturini: Rivera: *Los gobernantes de México*, I, pág. 356.

en Viena, por el Notario Imperial Enrique Reynke, en 28 de junio de 1734. Las armas de su familia, ornadas con dos coronas laterales de Conde y Duque, refiriéndose a sus alianzas, se hallaban pintadas, desde 1327 en una de las torres más inmediatas al solar de Hono. Crióse en Milán, donde estudió, y luego pasó a Viena, en cuya capital permaneció alrededor de ocho años, mereciendo la confianza del Ministerio, que le encargó del despacho de varios asuntos políticos; el Emperador le había propuesto para una cátedra togada del Senado de Milán, pero esto se frustró al estallar la guerra entre España y Carlos VI.<sup>5</sup> De Viena pasó a Portugal hacia 1734, llevando cartas de recomendación del Gran Canciller, Conde de Sinzendorf, al Conde de Tarouca, Embajador portugués en Viena, y de la Archiduquesa Magdalena de Austria para su hermana la Reina de Portugal; su salida de la Corte Imperial obedeció a su deseo de cumplir "el alto mandamiento de S. M. Católica en que ordenó que los caballeros italianos saliesen de la Corte de su enemigo y se restituyesen a sus tierras". En Lisboa, la Reina María Ana le quiso hacer Ayo de los Infantes, sus hijos, pero él prefirió pasar a España, llevando una carta del Infante Don Manuel para el Ministro Patiño. En Madrid, D.<sup>a</sup> Manuela de Oco Silva y Moctezuma, Condesa de Santibáñez, le animó a pasar a las Indias y le dió sus poderes (15 de marzo de 1735) para cobrar, en México, la renta de la merced que le hizo el Rey de mil pesos anuales, como hija mayor de la Condesa de Moctezuma. Durante su estancia en España fué, desde Madrid, a pie, en peregrinación a visitar a la Virgen del Pilar, de Zaragoza, llegando a esta capital "con los pies tan lastimados, que apenas podía andar". Después de entregar, en El Pardo, acompañado por Don Joaquín de Codallos<sup>6</sup> la carta que llevaba para Patiño, se fué a México, perdiendo la minuta que conservaba de esta misiva en el naufragio del bajel "Santa Rosa", al llegar a Veracruz. La Condesa de Santibáñez le escribió, desde Madrid (15 de octubre de 1736) que no fuera de México sin cobrar la cantidad para la que le había dado poderes.<sup>7</sup>

Había aceptado Boturini el encargo y embarcádose para Nueva

5 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.337. Testimonio de... Boturini, fols. 18 y 19.

6 Don Joaquín Codallos y Rabal fué Gobernador de Nuevo México de 1743 a 1749. Bolton: *Guide to the Materials for the United States...*, pág. 473.

7 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.337. Testimonio de autos sobre Boturini, folios 20 a 25.

España sin pensar en proveerse del permiso indispensable a todo extranjero para pasar a las Indias, porque ignoraba que fuese necesario tal documento, ignorancia que no deja de ser extraña, y mucho más lo es que, a pesar de faltarle requisito tan indispensable, nadie puso impedimento a su embarque ni a su entrada en México, a donde llegó en febrero de 1736. Ya en la capital del Virreinato, fué, como era natural en un extranjero devoto y curioso, a visitar el Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe. Preguntó las circunstancias de la aparición y le informaron de ellas, añadiendo que, o por no haberse cuidado entonces de extender instrumentos auténticos del suceso, o por haberse perdido con el transcurso de los años, de momento no contaba casi con otro apoyo que el de la tradición. Sintióse Boturini movido de "un superior tierno impulso", como él mismo dice, para dedicarse a suplir esta falta, y quiso entregarse a la busca de documentos antiguos que le ayudasen a confirmar la veracidad de la milagrosa aparición.

Púsose luego a la obra con todo celo y empleó casi seis años en recoger sus materiales, viajando, para ello, por diversas partes del país y familiarizándose con los indios para obtener de ellos que le mostrasen los mapas y manuscritos antiguos que habían dejado ocultos sus antepasados, empresa cuya dificultad sólo podrá comprender quien conozca el suspicaz carácter de los indios. Pero, a la vez que buscaba Boturini documentación probatoria del milagro de Guadalupe, hallaba, con más frecuencia, otra que era importantísima para la historia antigua de México, formada por los indios, en las que se expresaba los orígenes y peregrinaciones de sus antepasados, sus imperios y leyes civiles y militares, en escritura jeroglífica sobre papel de maguey, palma o gusano y en pieles; así reunió, a costa de grandes desembolsos, muchos documentos, que reunió en veinte tomos grandes y otros tantos pequeños; también adquirió copias de muchos preciosos documentos que se guardaban en las bibliotecas conventuales y formó un copioso y selecto museo de pinturas y manuscritos antiguos, quizá el mejor que había existido en el país desde los tiempos de Sigüenza.<sup>8</sup> Animado con el aliciente de estos hallazgos, pensó en ampliar su plan y escribir la historia del país, aunque sin dejar de lado su primera idea de probar, en una obra especial, la aparición de Nuestra Señora. Fruto de sus viajes y fatigas fué una copiosa y magnífica colección de manuscritos y pin-

---

<sup>8</sup> Clavijero: *Historia antigua de México*, I, pág. XXV.



turas, de que nos da alguna idea el "Catálogo" de ella que imprimió en Madrid algunos años después.

En 1740 se hallaba en Tlascala, donde, por ausencia del Gobernador, Don Joaquín Antonio Cortillas, ejercía el cargo de Teniente Principal de Tlascala, lo que prueba que gozaba allí de buena reputación e influencia.<sup>9</sup>

Reunidos ya, en su mayor parte, los dichos materiales, se retiró al Santuario de Guadalupe, a una pequeña ermita que se levantaba en el lugar que ocupa actualmente la capilla del cerro de Tepeyac y allí se entregó con pasión al estudio de sus documentos. Pero el exceso de su devoción a la Virgen de Guadalupe le movió a dar un paso que fué la causa de su ruina.<sup>10</sup>

Boturini, "personaje ciertamente de muy buena voluntad —dice el P. Cuevas— y de algún mérito, aunque tal vez de poco tacto en el desarrollo de sus grandiosos planes", movido por su innegable cariño a la imagen, tuvo la buena intención de querer coronarla, lo que es muy "de agradecerse", pero procedió de tal manera "que disgustó a las autoridades, aun a las eclesiásticas, y es muy posible que haya sido la causa de ese desagrado, el que produce, por regla general, ver inmiscuirse a un extranjero en asuntos muy íntimos y transcendentales de otra tierra que no es su patria".<sup>11</sup>

Acostumbraba el Cabildo de la Basílica Vaticana, de Roma, conceder la gracia de ser coronadas públicamente, con una corona de oro, las imágenes *taumaturgas*, según un legado que había instituído al efecto el Conde Alejandro Sforza Palavicino. Boturini se empeñó en conseguir esta gracia para su amada Virgen de Guadalupe, solicitándola, sin aprobación del Arzobispo de México, de dicho Cabildo, en carta de 18 de julio de 1738. Logró su deseo y, en respuesta, fechada en Roma el 11 de julio de 1740, el Secretario del Cabildo de la Vaticana, Canónigo Simón Manciforte, le notificó la concesión de la gracia al Arzobispo de México, conforme a la súplica de Boturini. En la concesión se decía que la corona de la imagen debería llevar las armas del Cabildo de la Patriarcal Vaticana y las del piadoso Conde Sforza,

9 El 9 de diciembre de 1740 libró un auto al Alguacil Mayor para que se rondara con eficacia. Tomo I de la Colección Boturini, de la R. A. de la Hist., fol. 151.

10 Rivera: Ob. cit., I, págs. 355-57; Leduc y Lara: *Diccionario...*, art. Boturini; Alamán y otros: *Diccionario Universal...*, I, art. Boturini.

11 Cuevas: *Historia de la Iglesia en México*, tomo IV, pág. 39.

fundador de la obra: dábanse, además, curiosas y detalladísimas instrucciones sobre la ceremonia de la coronación, sin olvidar ni los festejos ni los adornos de la iglesia.<sup>12</sup>

Por descuido de sus agentes, el despacho o breve del Cabildo Vaticano, en que se hacía la concesión, llegó sin el *pase* indispensable del Consejo de Indias. Por temor de que se extraviase e imposibilidad de lograr llegase a España y volviese rápidamente, una vez solucionado ese trámite, a causa de la inseguridad de los mares por la guerra, ya iniciada, con Inglaterra, Boturini acudió al Real Acuerdo de la Audiencia de México, para que supliese el pase y lo alcanzó, sin gran dificultad, con fecha de 1 de marzo de 1742. El 19 de julio del mismo año, solicitó Boturini se le diera testimonio del despacho del Cabildo Vaticano, tal como se había asentado en el Real Acuerdo, lo que se le dió el 31 de agosto.<sup>13</sup>

A este Breve “inusitado —escribía el Virrey a Felipe V— en estos países (que no conocen otros que los comunes de los summos Pontífices) se le había dado llanamente pase en el Real Acuerdo”; pero el Arzobispo de la Diócesis, a quien iba dirigido, se negó a admitirlo.<sup>14</sup>

A pesar de esta negativa, Boturini prosiguió incansable en sus gestiones, movido, como siempre, de su buena fe, pero sin ver que faltaba a lo legislado. Como en el permiso concedido para la coronación, se expresaba que los gastos de ella serían de cuenta de Boturini y él no poseía capital con qué atender a semejante dispendio, resolvió apelar a la piedad de los fieles. Sin saber que esto no podía hacerse entonces (como ocurre también ahora en todas partes) escribió numerosas cartas circulares, sin el correspondiente permiso de las autoridades civil y eclesiástica, a los Obispos; Deanes y Cabildos, a las Audiencias de Guadalajara y de Guatemala, a todas las autoridades y a muchísimas personas particulares, solicitando que le ayudaran en los gastos de la solemnidad. Naturalmente, hecha la petición en semejantes condiciones, la colecta no respondió a las esperanzas concebidas y al celo desplegado, porque los donativos que le enviaron fueron

<sup>12</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 1.337. Duplicados del Virrey. Testimonio de los autos formados por solicitud de Boturini para la coronación de la Virgen de Guadalupe, fols. 1 a 8.

<sup>13</sup> Id. de id. id. id. El mismo testimonio, fols. 10 y 11.

<sup>14</sup> Id. de id. id. id. Fuenclara al Rey. México 28 de febrero de 1743.

pocos y en cantidades pequeñas. ¿Quién podía fiarse de un extranjero desconocido?<sup>15</sup>

La carta circular de Boturini, fechada en México el 1.º de noviembre de 1742, estaba, pues, en camino de llegar a sus diversos destinos, en el momento del arribo a México del conde de Fuenclara. En dicha carta circular expresaba Boturini que esperaba las respuestas en la casa que habitaba en la capital, frente a la Contaduría del Monasterio de la Limpia Concepción; añadía la súplica a las autoridades de que repartiesen las cartas anejas entre los conventos, los sacerdotes y los caballeros vecinos y que excusasen aquellos a quienes no enviaba cartas por no saber su nombre y apellidos.<sup>16</sup>

En vista de todo esto, el 28 de noviembre se procedió a tomar declaración a Boturini. Este, para identificar su personalidad, exhibió el testimonio y las letras patentes del Obispo de Antigua, sufragáneo del Arzobispo de Viena; el pasaporte que le dió el Emperador para pasar a Portugal, su fe de bautismo y de soltería y el árbol genealógico de su familia. Refirió luego su vida hasta su llegada a Nueva España, donde, luego de arribar, meditó dedicar su pluma y su trabajo en gloria y culto de la Virgen de Guadalupe. Para ello, recorrió las provincias de indios, con objeto de indagar las pruebas contemporáneas de la aparición, durmiendo por el suelo de sus chozas y hasta en los caminos "con tan pesados trabajos, que humanamente no los puede numerar", por ser tan difícil el tratar con los indios, que se mostraban tan desconfiados de todo español "y nasconden sus antiguas pinturas hasta con enterrarlas". Y, a medida que iba adquiriendo noticias de la imagen, obtenía también otras referentes a la historia general de México: entonces pensó en hacer las dos cosas a la vez, aumentando mucho su trabajo, gastando mucho su bolsa y consiguiendo así reunir hasta veinte tomos manuscritos, la mayor parte de ellos de autores indios, con mapas historiados y jeroglíficos, hechos "en papel indiano, pieles de animales y lienzos de algodón". Si los despachos, que le enviaron directamente de Roma, para la coronación de Nuestra Señora de Guadalupe, no pasaron por el Consejo de Indias, fué porque no

15 Alamán y otros: *Diccionario Universal*..., I, art. Boturini. Rivera, M.: *Los Gobernantes de México*, I, pág. 356.

16 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.337. Cuadernos 1.º y 2.º del Testimonio del despacho de Boturini sobre la Coronación de Nuestra Señora de Guadalupe, fol. 22.



los reexpidió a España por temor de que cayeran en poder de los piratas que infestaban el mar; por ello, se decidió a presentarlos en el Real Acuerdo, que les dió el pase. Terminó diciendo que, para solicitar donativos con destino a su piadoso deseo, había escrito tanto a los obispos, ciudades y villas de México que apenas podía ya mover "oy en día la muñeca de la mano...".<sup>17</sup>

El 7 de diciembre se dispuso que la causa volviese al Fiscal, el cual informó, el 7 de enero de 1743, que Boturini había ido a México sin licencia de S. M., que el despacho del Cabildo Vaticano no llevaba el pase del Consejo de Indias (por lo que el Arzobispo se negó a admitirlo), que Boturini decía querer fabricar la corona de la sagrada imagen de Guadalupe a sus expensas y no era así, puesto que pedía dinero y joyas, lo cual podía interpretarse como hecho para su propia utilidad. Además, sacar dinero a la gente estaba prohibido y él no tenía fondos para tan grande empresa. Que tampoco se debían poner en la corona de la Virgen otras armas que las del Rey de España. En consecuencia de todo esto, el Fiscal ordenó que se procediera a la captura y secuestro de Boturini y al embargo de sus bienes. El 8 de enero mandó proceder a las diligencias correspondientes, poniendo preso, en las casas del Cabildo, la persona de Don Lorenzo Boturini, recogiendo todos los papeles y alhajas que se le encontraran, poniéndose las últimas en un cajón y entregándose a los Oficiales Reales de las Cajas de México, para que las tuvieran en cuenta aparte.<sup>18</sup>

Pasó casi un mes hasta que se cumplimentó ese mandamiento. El 4 de febrero, el Alcalde de Corte y Juez de Provincia, Don Antonio de Roxas y Abreu, pasó personalmente a la morada de Boturini, en la calle de la Estampa de la Iglesia de Nuestra Señora de la Limpia Concepción y le notificó la orden de prisión. No protestó de ella, sino que se conformó y fué llevado preso a las casas del Ayuntamiento. Al día siguiente se procedió al embargo de los papeles y de los efectos que se hallaban en la habitación de Boturini. Primeramente figura, en el inventario, un "Archivo, con diferentes volúmenes de pinturas, caracteres, volúmenes, jeroglíficos y algunos papeles", todo concerniente a la historia general de México. Luego están diferentes mapas

---

17 Id. de id. id. id. Superior Gobierno. Documento 15. Testimonio de los autos formados con motivo de la solicitud de Boturini, fols. 16 v.º a 25.

18 Id. de id. id. id. Duplicados del Virrey. Testimonio citado sobre Boturini, folios 29 a 34 v.º



y manuscritos del tiempo de la conquista; papeles "en forma de ruedas que dicho cauallero dixo ser sixtemas Mathemáticos de los Indios antiguos"; unas tablas cronológicas; y diferentes papeles antiguos y libros impresos, referentes a la historia de las apariciones de la Virgen de Guadalupe. Además de este archivo, resultado de sus años de investigaciones, se incautaron, en la habitación del buen Don Lorenzo, los agentes de la autoridad judicial de los donativos que había recogido para la coronación que tan cara le costaba. No era la colecta muy nutrida: 25 doblones en oro; 100 pesos en plata; un cofrecito de concha, con una cerradura de plata y su llave, que contenía dieciséis bolitas de oro, un anillo con tres o más piedras, y otras alhajitas. El 9 de febrero se hizo nuevo inventario de otros papeles, historias manuscritas de las apariciones de la Virgen de Guadalupe y cartas particulares de Boturini. El 29 de marzo se pusieron los papeles, mapas y manuscritos del pobre investigador en un armario de la habitación de la casa en que había vivido Boturini; cerróse el armario y la puerta del cuarto con llave y ésta la guardó el Alcalde de Corte Roxas.<sup>19</sup>

El Virrey comunicó todo lo actuado al Rey y también que, por su orden, se habían escrito cartas al Arzobispo de México, a los Obispos sufragáneos, a los Presidentes de las Audiencias de Guadalajara y Guatemala, y a los Corregidores y Alcaldes Mayores del Virreinato de Nueva España, exponiéndoles lo sucedido y encargando a los primeros que procurasen recoger los despachos o cartas que el detenido hubiera enviado a los Jueces Eclesiásticos, y que dicha correspondencia, junto con los objetos de oro y plata que se hubiesen ofrecido por la fabricación de la corona, se remitiesen a su gobierno, con relación detallada de las que fuesen y de los donantes; lo mismo previno, en lo referente a la jurisdicción secular, a los Presidentes de Audiencia y sus subordinados. Advertía que, a causa de las grandes distancias, tardarían a recibirse las respuestas y, con ello, se demoraría la resolución del asunto. Y acababa diciendo que Don Lorenzo quedaba en la prisión, interín se sustanciaba su causa: en cuanto estuviera terminada, se enviaría al procesado a España, en la primera coyuntura, y, a la vez, se remitiría el proceso concluso para que S. M. resolviera lo que fuere más de su real agrado.<sup>20</sup>

19 Id. de id. id. id. Testimonio citado, fols. 35 a 42 v.º

20 Id. de id. id. id. Fuenclara al Rey. México, 28 de febrero de 1743.

Boturini se disculpó con las siguientes razones: 1.<sup>a</sup> Que la coronación de Nuestra Señora de Guadalupe sólo se concedió en Roma por consideración a él; 2.<sup>a</sup> En lo que se le culpaba de mandar labrar la corona de la sagrada imagen, alegaba que lo hizo para evitar que se enviase a Roma la medida de la cabeza de ella, con lo que se perderían muchos años de tiempo y se defraudaría el culto de la Santísima Señora, además de excusarse los crecidos gastos que se le habrían de hacer en Roma, corriendo el asunto sus trámites regulares: por ello, para ejecutar la piadosa empresa, le fué preciso tomarse el gran trabajo de escribir a las diferentes poblaciones “pero siempre tubo dulce esperanza que la debota Nación española, tan apasionada de María Santísima, no le dejaría quedar mal: quantimás que estaba aorrando de todos los crecidos gastos de roma”; 3.<sup>a</sup> Que, como el Tribunal del Real Acuerdo le dió su pase, devolviéndole los despachos originales para que ejecutase la coronación y como la bendita imagen aparecida se hallaba ya jurada por Patrona general del Nuevo Mundo, juzgó conveniente participar a todo el Reino su coronación para que sus devotos se esforzasen en contribuir con sus voluntarios dones a tan augusta función: por ello escribió a las partes más lejanas, con objeto de abreviar los preliminares de la misma; 4.<sup>a</sup> Que, aunque hubiese errado, en poco o en mucho, no cabía, en su corazón, “malicia alguna, sino vna deboción antigua y radicada por María Santísima”, como podía atestiguar Don Joaquín Codallos, que le vió llegar a Zaragoza, con los pies tan lastimados que no podía andar, para visitar el primer santuario de la Cristiandad, aunque, a su regreso, alquilase el coche del Cardenal Acquaviva y se volvió “con descanso y regalo”, en compañía del dicho Don Joaquín. Ampliando su declaración, dijo haber escrito a todos los Obispos sufragáneos de México, a los Cabildos, a la mayor parte de las ciudades y villas de los Reales de Minas, a todas las provincias remotas, de Hostimuri, Tepehuana la antigua, Nueva Vizcaya, Sinaloa, Sonora, a la península de California, a Nuevo México, al Nuevo Reino de Castilla y a las islas Filipinas. Presentó los borradores de las cartas, que escribió, en nueve cuadernillos, y veinticuatro cartas de respuesta y nueve despachos que había recibido. Entregó con su correspondiente lista, los donativos que le habían llegado, consistentes en oro y piedras preciosas (amatistas, diamantes, esmeraldas, perlas y zafiros) sueltas o engastadas en diversas alhajas.

Dijo que debía a Don Nicolás Picazo, Mayordomo del Convento de monjas de la Concepción, cien pesos, y al maestro pintor Martínez, cincuenta: en correos no se había gastado más que dos pesos y cuatro reales en uno que envió a Tlascala, pues las demás cartas las envió con amigos. En la capital del Virreinato no había pedido nada, dejándola para lo último. Declaró que el Deán Don Alonso Francisco Moreno y Castro, Gobernador que fué del Arzobispado de México, le asignó, como ayuda de gastos que tuviera en escribir su "Historia de la Virgen de Guadalupe", en el año 1739, la cantidad de trescientos pesos anuales, de las rentas del santuario, pero sólo cobró esa pensión un año y el resto del tiempo hubo de vivir en el cerro de Guadalupe o en un rincón de la ciudad. Así vivió algún tiempo en casa del Canónigo Don José Codallos, varios meses, en "caballeroso hospedaje, con todo regalo": el mismo señor le entregó la llave de su dinero, para que gastase lo que se le ofreciera, pero, agradeciendo tan "fina amistad", no quiso valerse ni siquiera de un real, pues no era extraña en su alma la honestidad "de unas regladas costumbres" y bastaba considerar quién era él para obrar como correspondía a su sangre y a su nacimiento; confiaba en que, aunque la envidia maquinara maldades, era la verdad más poderosa "fortior est veritas —decía— Benedictus Deus veritatis". Acabó pidiendo se le considerara como benemérito de la augusta Corona de las Españas, porque en el tiempo que estuvo en Viena, había defendido —por consulta de Bisi, Ministro de S. M. Cristianísima cerca del Emperador— los derechos del Infante Don Carlos de España, a la sazón ya Rey de las Dos Sicilias, con ocasión de que el Supremo y Aulico Consejo Imperial le quería disputar la entrada en el Gran Ducado de Toscana, bajo pretexto de que no había llegado a la mayor edad que necesitaba para tomar posesión de él.<sup>21</sup>

Pasáronse días, semanas, meses: Boturini continuaba preso en espera de una respuesta del Consejo de Indias. El 7 de abril de 1743, se sacó testimonio de los autos en virtud de una orden verbal de Su Excelencia y se puso en la Secretaría del Virreinato.<sup>22</sup>

Habiendo pasado a ejercer su cargo en Puebla Don Antonio de Rojas, que había sido encargado de tramitar la causa, nombró el

21 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.337. Testimonio de autos sobre Boturini, cuadernos 1.º y 2.º, fols. 103 a 107 v.º

22 Id. de id. id. id. El mismo testimonio, fol. 116 v.º



Virrey, en su lugar, Comisario al Oidor de la Audiencia de México Don Domingo Valcárcel y Formento, en 7 de agosto de 1743. Tenía éste comisión para la extracción de extranjeros y, "con bastante eficacia y actividad", se dedicó a cumplir las diligencias del proceso.<sup>23</sup>

Efectivamente, ya al día siguiente, vió los papeles referentes a Boturini, así como los efectos que se le habían incautado, y mandó que se reconocieran y coordinaran los papeles, como se hizo. El 17 de agosto releyó lo actuado por Rojas y ordenó que se tomase nueva declaración al preso y se le preguntara si había recibido los cien pesos que, en carta de 16 de diciembre de 1742, había prometido enviar, para la fabricación de la corona de Nuestra Señora de Guadalupe, el Bachiller Don Juan José Ochoa de Heribe, Cura de San José del Parral.<sup>24</sup>

Habían ido llegando, en efecto, respuestas a las cartas del malaventurado Don Lorenzo, muchas de ellas negativas y alguna muy curiosa por su redacción y expresión de buena voluntad, como la siguiente:

"Señor Don Lorenzo Boturini Venaduci.

"Muy Señor mío.

"Con singular gusto reseui la de V. S. junto con la ynstrucción y forma de la coronación de mi Señora de Guadalupe, en que doy gracias a Dios Nuestro Señor, y a V. Señoría, por el buen celo, y espero de la Diuina Señora, le dee salud para veer logrado su yntento.

"Hállome en esta frontera, donde no se comercia en plata ni hay minas, y aunque los soldados de mi cargo tienen quatrocientos pesos de sueldo que les tiene asignados el Rey mi amo, y Señor (que Dios guarde) son tantos los gastos para su manutención, armas y cauallos, que a no suplirles parte de mis créditos, no pudieran tolerar, pero, por lograr parte en tan santa obra, y que participen mis soldados, los vezinos y Indios de este Pueblo del Paso, remito la Libranza ynclusa de cien pesos, que pagará el Señor Don Joseph Calderón, Theniente Capitán del Comercio de esa Ciudad. Quisiera tener caudal para contribuir con mayor cantidad. La Virgen Santísima me supla la cortedad, admitiendo mis buenos deseos, y V. Señoría me mande, que quedo a su obediencia y rogando a Dios Nuestro Señor le guarde muchos años.

<sup>23</sup> Id. de id. id. id. El mismo testimonio, fol. 116 v.º y 117. Fuenclara al Rey, México, 15 octubre 1743.

<sup>24</sup> Id. de id. id. id. El mismo testimonio, fols. 117 y 118.



"Real Precidio de Nuestra Señora del Pilar y San Joseph del Paso del Río del Norte y Junio diez y seis de mil setezientos quarenta y tres años.

"Beso la mano de V. Señoría su más afecto y seguro seruidor.

"Don Manuel Vittores Rubin de Celis".<sup>24</sup>

El 19 de agosto, el Escribano de Guerra, Juan de Valbuena, en cumplimiento del auto de Valcárcel, estando en la Sala Capitular de la Ciudad, en la que se hallaba preso Boturini, tomó juramento a éste, que lo prestó, "por Dios Nuestro Señor y la señal de la Santa Cruz". A continuación declaró Boturini que, el 3 de enero de 1743, recibió una carta del Obispo de Chiapas, con cien pesos en doblones para la corona de la Virgen, y se los entregó a su juez, Don Antonio de Rojas; el 29 del mismo mes, recibió otra carta del Cura de San José del Parral, con otros cien pesos, entregando una y otros al mismo Rojas, que no había recibido nada más.<sup>26</sup>

El 7 de septiembre decretó el Virrey que Valcárcel, "sin admitir dilación, excusa ni recurso alguno", dispusiera se hiciera el inventario de los efectos incautados a Boturini, asistiendo al acto el procesado, Valcárcel y un Oficial Real: añadía que, una vez hecho, se remitiera a Boturini a la Veracruz, donde se le tendría preso en el castillo de San Juan de Ulúa, para que estuviera allí dispuesto a ser embarcado y conducido a España en partida de registro. Valcárcel cumplimentó el decreto el mismo día, mandando al Escribano Valbuena que pasara a la Cárcel Pública a buscar a Boturini. Hallábase éste preso, como ya se ha dicho, en la Sala Capitular de las Casas del Cabildo y, al requerimiento que le hizo el Escribano de Guerra de pasar en seguida, en su compañía, a la Real Caja de la Corte para asistir a la diligencia del inventario que mandaban hacer el Virrey y el Juez de la causa, contestó que se hallaba sin vestido ni espadín. No obstante, a persuasión del Escribano, subió al forlón que estaba esperándole y, entre dos soldados de Infantería, con sus chuzos, que le custodiaban, fué a la dicha Caja. Allí esperaban Valcárcel y el Oficial Real Don Ignacio José de Miranda. Fué requerido Boturini de que se iba a comenzar la diligencia y contestó que tenía una respuesta que dar, expresando

<sup>25</sup> Id. de id. id. id. El mismo testimonio, copia de la carta de Vitores a Boturini, fols. 64 y 65.

<sup>26</sup> Id. de id. id. id. Dicho testimonio, fol. 119.

las razones que en ella había de exponer. El juez le dijo que la respuesta no se la admitía y que se procediese a la diligencia. Instó Don Lorenzo repetidas veces que se le admitiese y que, si no fuese conforme a su justicia y derecho no se pusiese, a lo que Valcárcel repuso mandando se le notificase el decreto y se asentase la diligencia.<sup>27</sup>

El 9 de septiembre se volvió a llevar a Boturini, entre dos soldados de Infantería de la Guardia del Real Palacio, a la Real Caja, ante Valcárcel, y se le leyó el decreto del Virrey sobre la formación del inventario. Boturini contestó con un largo razonamiento. "Dixo lo oye y por quanto se halla preso desde el día quatro de febrero pasado a esta parte, sin hauer meresido a Su Excelencia la honra de que se le comunicasen los motivos de dicha su prisión, como lo prescribe la Lei, y además embargado y despojado de su Archibo y Museo Histórico Indiano sin proceder deuda alguna cibil y menos criminal, y contra los Priuilexios de la persona, y cosas embargadas, las que quedan encomendadas a dicho factor Don Ignacio José de Miranda no hauiéndosele citado para ello ni hecho Ymbentario jurídico según lo pide la Naturaleza e índole de el Depósito y la Justicia de la causa, y demás a más pesquisado en todo el Reyno, con una pesquisa particular *quo ad personam* y general *quo ad delictum*, aborrecida, así del Derecho común, como del Real de Castilla, con el desconsuelo de que, hasta la presente, no se le haigan dado los cargos, que pueden hauer resultado de ella, ni oydo en Justicia, ni entregado los autos para poderse defender; responde que, por lo tocante a dicho Inventario, no tiene Su Excelencia que cansarse, pues haviendo el mismo Don Lorenzo mejor que ninguno de quanta importancia sea el seruicio del Monarcha Cathólico, por indeficiente prueba de su rendida y apasionada fidelidad, tiempo a que lo tiene dedicado a Su Magestad (que Dios guarde) a cuias suberanas manos no dejará de llegar quanto antes con su duplicado, y la misma Diligencia practicó con el Real Supremo Consejo de Indias para ovedecer siempre, y fecho por tierra los soberanos reales mandamientos de Su Magestad, que humildemente está aguardando. Y así lo declara vajo del Juramento que hizo a Dios, y por la señal de la Santa Cruz en forma de Derecho; aunque por lo que toca al presente proceso, insiste en las excepciones de su antecedente respuesta, pues no se ha sauido hasta el día de oy que alguno pueda obligarse a

---

27 Id. de id. id. id. Dicho testimonio, fols. 125 y 126.

exercer actos científicos, intelectuales y voluntarios, sin tener onorario público, o privado, y sin constar de contrato donde pueda dimanar una tal obligación, y además no haviendo recibido de la grandeza y benignidad de Su Excelencia los precisos alimentos, según la dignidad de la persona en su actual prisión, aunque sauido del Señor Don Antonio de Roxas, a quien fué esta causa, por la primera vez delegada, el ningún caudal que poseya, y mandase socorrerle con cien pesos el mismo día que fué preso, que apenas le bastaron por un mes; y para vivir en los demás y suplir a sus menesteres a deuido contraher deudas y empeñar sus propios muebles y bestidos; de suerte que, viéndose preso, embargado, despojado, pesquisado, ni oydo en Justicia, abandonado, sin alimentos, lastimado en su honrra y fama (con el más profundo acatamiento, la más humilde sumición) apela una, dos y tres veces, y quantas fueren menester de Derecho al vibo oráculo de Su Magestad Cathólica el Señor Don Phelipe Quinto Clementísimo Señor, y a su Real y Supremo Consejo de las Yndias, protextando deducir los dichos y demás agrauios, que se han hecho, no sólo a las conveniencias de la Coronación y Historia de la Sagraða Aparecida Ymagen de Nuestra Patrona de Guadalupe, sino también al carácter de su Persona y a la justicia de la causa, y, en el interín, que se informe a Su Magestad de esa humilde apelación y reciua sus soberanas órdenes, así mismo protexta que no le corra tiempo alguno, ni se entienda de cierta esta apelación, interponiendo para seguro de su persona, entre el pecho de Su Excelencia y el suyo, la Corona y cetro de Su Magestad...". A todas estas razones, Miranda contestó que ni él ni sus compañeros los Oficiales Reales se daban por entregados de los papeles de Boturini, sino que era preciso hacer el inventario de ellos.<sup>28</sup>

El Virrey insistió en lo mismo con el siguiente Decreto:

"México nueve de Septiembre de mill setesientos quarenta y tres.

"No ha lugar lo que pide, el Señor Don Domingo Valcárcel proceda con todo rigor de derecho en este negocio, pues a este fin le he dado la comisión, y sabe que a reos de esta naturaleza no se deben oír y por consulta me dirá lo que ocurre y se le ofreciere".<sup>29</sup>

El 13 de septiembre, estando el juez de las diligencias en la Real Caja de la Corte, se trajo, de la Cárcel de Abajo, a Boturini, entre

<sup>28</sup> Id. de id. id. id. Dicho testimonio, fols. 126 v.º a 128.

<sup>29</sup> Id. de id. id. id. Dicho testimonio, fols. 128 y 128 v.º



tres soldados, en un forlón; se le comunicó el decreto último de Su Excelencia y replicó que insistía en su apelación ante S. M. Se le requirió, por segunda y tercera vez que pasase a reconocer sus papeles para hacer el inventario y se obstinó en su negativa. En vista de ello, el juez mandó que se le pusiera en una *bartolina*<sup>30</sup> y que se le llevara a la Cárcel de Corte, para evitar así que tuviera comunicación y estrecharle a cumplir lo decretado. Así se hizo, encerrándole en la quinta bartolina y entregando la llave de ésta al cabo de guardia en el principal del Real Palacio, en presencia de su capitán. Se continuó apretando a Boturini para hacerle cambiar de actitud y, al fin, consintió en lo que se le pedía: entonces fué sacado de la bartolina y se mandó que se le asistiese con todo lo necesario a su mantenimiento y bienestar. El 16 de septiembre se hizo el inventario, en presencia de Boturini, que se hallaba algo indispuesto y, entre la pareja de soldados, armados con chuzos, y que hizo constar que, aunque consentía en la formación del inventario, persistía en la apelación ante el Rey de España. Hallábanse los papeles desordenados, por lo que hubo que suspender el inventario el 1 y dar dos días al procesado para que los ordenase. El 20 se reanudó la formación del inventario y se continuó hasta el 28 en que se interrumpió nuevamente. El 1.º de octubre se inventariaron las cartas escritas por Boturini. El día 3 mandó Valcárcel que el original del despacho de la Basílica Vaticana sobre la coronación de la Virgen de Guadalupe se separase de los demás papeles y se juntase con los autos del proceso, lo que se cumplimentó el 7.<sup>31</sup>

A consecuencia de todo esto, Valcárcel elevó, el 5 de octubre, al Virrey una consulta, expresando su actuación y diligencias desde que se hizo cargo del proceso. Dice en ella que, efectivamente, Boturini era extranjero e intentó, de modo "extrajudicial", la coronación de la Virgen de Guadalupe; que pasó a México sin expresa licencia del Rey, lo cual está prohibido por muchas leyes; que el breve de la Basílica Vaticana no tuvo el pase reglamentario del Consejo de Indias; que pidió limosnas y que envió copias del despacho sin tener licencia de los superiores. "Pero igualmente he reflexionado y atendido, Señor Excelentísimo —dice, a continuación— que, en todas las referidas opera-

30 Nombre que se da, en México, a un calabozo estrecho, oscuro e incómodo.

31 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.337. Testimonio de autos sobre Boturini, folio 128 v.º a 158.



ciones y solicitudes del dicho Don Lorenzo Boturini (según la serie de los Autos) no se descubre ni justifica concluyentemente el dolo malo que, para constituir a algún sujeto en delicto punible, requieren y previenen los derechos..., solamente me han parecido, y lo atribuyo a una indiscreta deboción, e imprudente celo del susodicho, que, sin premeditación... se arrojó así en la Ympetración y solicitud del Despacho de la Patriarchal Baticana de Roma, como en el Pase conseguido en el Real Acuerdo, y en la execución pribada, y por sí solo, que intentaba... y la averiguación de noticias de este Reino, que ha inquirido a una transgresión, y quebrantamiento puramente matherial de las Leyes..., como lo manifiestan lo llano y sincero de la citada Declaración suya en que (a lo que me parece) sin malicia o tergiversación alguna lo confiesa todo...". Añadía el informe que el procesado había pasado muchos trabajos en su empeño y no había medrado en él, pues se hallaba en la prisión en la mayor miseria, comiendo de limosna, como cualquier mendigo. Terminaba diciendo que sólo se hacía reparable que era extranjero y no convenía su permanencia en México ni que averiguara sus noticias particulares, por lo que aconsejaba se le embarcara para España.<sup>32</sup>

El razonado informe de Valcárcel echa por tierra toda la serie de invectivas y de críticas que algunos historiadores han lanzado contra el Conde de Fuenclara por su actuación en el asunto Boturini. Aunque no consideremos —dejando a un lado sus infracciones legislativas— más que la busca que Don Lorenzo hacía de noticias particulares del país en tiempo de guerra, había sobrado motivo para que se hiciera sospechoso, por lo menos, de espionaje. ¿Qué se habría hecho en nuestros días —y más en unos países que en otros— con un extranjero que se hubiera atrevido a una ocupación tan peligrosa? ¿No se está viendo expulsar del territorio de alguno de esos países a que aludimos a súbditos de países neutrales? Para aquella época nos parece que el buen Don Lorenzo —yo creo que, realmente, como expresa la consulta de Valcárcel, no tenía ninguna mala intención— salió asaz bien librado del callejón sin salida en que se había metido. Y finalmente ¿quién es el guapo que, en nuestro tiempo, se introduce en un país extranjero, sin el necesario pasaporte, como él lo hizo?

El Virrey tardó varios meses en volver a escribir (febrero a octu-

---

32 Id. de id. id. id. El mismo testimonio, fols. 159 a 161.

bre de 1743) a la Corte sobre el asunto Boturini: esperaba recibir noticia de las cartas que el italiano había enviado por todas partes. Algunas de ellas ya se ha visto que obtuvieron respuesta epistolar y monetaria; en otros sitios, como en Tlalnepantla, la averiguación, hecha en cumplimiento de la carta orden del Virrey (fecha en México el 31 de enero de 1743) no tuvo más resultado que el negar todo el mundo que Boturini hubiera estado allí ni se le conociera;<sup>33</sup> en Tanto-yuca se negó, además, que hubieran llegado sus cartas.<sup>34</sup> En otros lugares, al saberse, quizá, la prisión del extranjero, los destinatarios de sus cartas las rompieron, en su mayoría, como sucedió en la ciudad de Zelaya, una de las que mayor entusiasmo habían mostrado por la coronación, habiéndose formado en ella una junta de notables, acordándose concurrir con donativos a la fabricación de la corona y encargándose de recogerlos el Alguacil Mayor Don Diego de la Gándara: incluso se había llegado a dibujar allí, en una estampa, "una Corona Imperial, pintada de negro, en un pliego de marca mayor". Cuando llegó la averiguación, no había cartas, ni estampa o diseño de la corona, y todos negaron que se hubiera recogido dinero ni joyas para labrar la sagrada alhaja.<sup>35</sup> En Quautitlán, es curiosa la declaración del mercader Don Francisco Trasgallo, que dijo haber estado allí, hacía unos ocho años, un hombre "al parecer extranjero", que buscaba papeles o mapas que se refirieran a la ascendencia u origen de Juan Diego, el indio, a quien, según la tradición, se apareció la Virgen de Guadalupe, pero no sabía, ni oyó decir que hubiese solicitado alhajas ni limosnas, ni tampoco que hubiera escrito cartas sobre lo mismo.<sup>36</sup>

Al fin, Fuenclara volvió a escribir al Rey. Refería que las cartas enviadas por Boturini no sirvieron de otra cosa que "de guardarse por los sujetos a quienes se encaminaron, sin que huviesen producido el efecto de las ofertas a que excitauan, porque, aunque hubo algunas, según lo declarado por Don Lorenzo, éstas las hizo aseguibles la intermediación y viva voz con que las solicitó, y haviendo faltado ésta en aquellos parages, faltó también la consecuencia a que se encaminaron las cartas". Elogiaba la actividad que Valcárcel había puesto en el

33 Id. de id. id. id. Testimonio duplicado del despacho que Boturini presentó para la coronación de la Virgen de Guadalupe, fols. 15 a 18.

34 Id. de id. id. id. El mismo testimonio, fols. 19 a 21.

35 Id. de id. id. id. Dicho testimonio, fols. 22 v.º a 27.

36 Id. de id. id. id. Dicho testimonio, fols. 41 a 45.

asunto; repetía las graves notas que tenía, a su parecer, el sujeto: ser extranjero, haber ido a México y residir allí sin las necesarias licencias de S. M., y tomar el empeño de coronar a la Virgen de Guadalupe, hacía estas faltas "reparables y graues la circunstancia de que, con el título de la coronación, siguió el intento de historiar la milagrosa aparición de la Imagen, mezclando en las cartas circulares, la solicitud de noticias, y pedir las más antiguas, como así mismo las que pudiesen hallarse impresas y, con el conjunto de ellas, entresacar las que fuesen conducentes a la historia...". Avisaba que los papeles y libros que se le habían encontrado quedaban depositados en las Cajas Reales y que, conforme con lo propuesto por Valcárcel, dió orden para que Boturini fuera llevado al puerto de Veracruz y que, desde allí, en partida de registro, en la primera embarcación que se volviese a Cádiz, el Gobernador de dicha plaza lo remitiese al Presidente y Jueces de la Casa de Contratación del puerto español. Finalmente decía que enviaba los autos al Rey, para que se sirviera hacerlo reconocer "para calificar si este extranjero es digno de pena y castigo" por lo que había hecho, lo cual quedaba para que S. M. determinara lo que fuere más de su Real agrado.<sup>37</sup>

El 10 de octubre fué Boturini de México a Veracruz, bajo la guardia de Don Sebastián de Torres, Conductor de Cargas Reales.<sup>38</sup> Se le embarcó para España, bajo partida de registro,<sup>39</sup> a principios de 1744, en el navío "Concordia". Nuevos trabajos le esperaban, pues el buque en que iba cayó en poder de corsarios ingleses, los cuales, después de despojarle hasta de su ropa, le echaron a tierra en Gibraltar. Tuvieron la consideración de darle un traje de marinero y, con este disfraz y dos pesos en el bolsillo, emprendió a pie el camino a Cádiz, donde se presentó en la Casa de Contratación y luego fué a Madrid. Aquí encontró al historiador mejicano Don Mariano Veytia, para quien llevaba una carta de recomendación: hospedóse en su casa y se trabó entre ambos una amistad que duró hasta la muerte de Boturini. Luego que llegó éste a Madrid, se presentó al Consejo de Indias, pidiendo se le castigase si era culpable, pero que, en caso contrario, se le devolvie-

37 Id. de id. id. id. Fuenclara a Felipe V. México 15 de octubre de 1743.

38 Id. de id. id. id. Testimonio duplicado del despacho que Boturini presentó para la coronación de la Virgen de Guadalupe, fol. 163, v.º

39 Lerdo de Tejada, Miguel M.: *Apuntes históricos de la heroica ciudad de Veracruz*, pág. 299.



sen sus papeles y se le indemnizase de los perjuicios que había sufrido. El Consejo reconoció su inocencia y elevó al Rey una consulta, proponiendo se le concediera una recompensa por el trabajo que había empleado en recoger tantos documentos. El Rey, en su vista, le nombró historiógrafo de las Indias, con el sueldo de mil pesos anuales, disponiendo que podría volver a México y allí se le devolverían todos sus papeles para que pudiese escribir la historia que meditaba.<sup>40</sup>

Cuando el Consejo de Indias recibió la segunda carta del Virrey, explicando lo sucedido con Boturini, acordó (20 de abril de 1745) aprobar todo lo que se había practicado en el asunto, por haberse cumplido en él según las leyes vigentes en los Reinos de España, así como el envío del procesado a la metrópoli. En la misma fecha hizo prevenir a Fuenclara que, después de reunir a la Audiencia, en acuerdo cerrado y secreto, diese en él una severa reprensión a los oidores por haber suplido el pase, con "ligereza, devoción indiscreta y piedad mal entendida" del despacho o carta facultativa de la Basílica Vaticana, y del ceremonial o formulario que le acompañaba, sin estar pasado por el Consejo, ni visto por el Fiscal, "omitiendo el examinar los gravísimos inconvenientes que a primera vista, se descubren en su práctica, y en el arbitrio absoluto que, por los enunciados papeles, se toleraba al expresado Don Lorenzo, para despachar cartas circulares, y recoger oro, plata y joyas, sin embargo de ser un extranjero advenedizo...". Debía también el Virrey decir a los Oidores que habían faltado enteramente a su obligación de Ministros, por no haber dado cuenta al Consejo del paso de Boturini a las Indias sin la correspondiente licencia, así como en su actuación, por lo que se hacían dignos de un severo castigo, que, por entonces, se omitía, en atención a sus circunstancias personales y a "considerarse que concebirían era "causa piadosa", pero que, en adelante, se abstuvieran en absoluto de dar paso a breve, despacho o letra ninguna de la Corte de Roma, sin que precediera el indispensable requisito de llevar el pase del Consejo. En cuanto a los mapas, papeles y demás objetos que se habían encontrado en poder de Boturini, dispuso el Consejo que se depositaran y archivaran en lugar conveniente, con toda formalidad y bajo conveniente custodia, valiéndose, para ello, el Virrey de algún inteligente, que formara un catálogo de ellos, para darse cuenta de su calidad e importancia.<sup>41</sup>

<sup>40</sup> Alamán y otros: *Diccionario universal de Historia...* I.

<sup>41</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 1.338. Triviño a Fuenclara. Madrid, 20 abril 1744.



Para cumplimentar esta carta acordada, Fuenclara la llevó (17 de agosto de 1744) al Real Acuerdo, manifestando a los Oidores todo lo que se le mandaba prevenirles; después la hizo pasar al Oidor Don Domingo Valcárcel, para que dispusiera se sacasen los papeles de Boturini de poder de los Oficiales Reales y los reconociera con toda prolijidad, haciendo su resumen. Valcárcel nombró, para reconocer dichos papeles (5 de abril de 1745) a Don Patricio Antonio López, Intérprete de la Audiencia y muy docto en los idiomas hablados en México, al que se le hizo entrega de lo guardado en las Cajas Reales de la ciudad, en "la pieza que llaman el libro común".<sup>42</sup>

Hallábase en este estado la cuestión, cuando se recibió nueva carta acordada del Consejo, de fecha 10 de noviembre de 1744, en que se participaba al Virrey lo representado ante él por Boturini sobre su prisión y viaje a España y solicitando que su documentación se guardase en lugar donde no pudiera estropearse. Fuenclara pasó la solicitud a Valcárcel y éste le presentó el catálogo de los documentos de Boturini, que se pusieron en un armario seguro y libre de humedad, en la oficina de Don José Gorráez (14 de julio de 1745). Sobre esta documentación escribía el Virrey a Triviño, creyendo en su poca utilidad, porque "los más son fragmentos imposibilitados a coordinación, ni a que de ellos se saque consecuencia alguna, pues, como su recolección se hizo de distintas y distantes partes, todos están truncos, sin poderlos combinar entre sí, infiriéndose desto, que el haverlos encontrado en poder de las personas que los exhibieron fué pura casualidad, y no codicia, o curiosidad de haverlos guardado con algún fin particular...".<sup>43</sup>

El 19 de julio de 1745 entregó Don Patricio Antonio López los documentos ya examinados: estaban como los dejó Boturini, pero faltaba un librito en octavo, titulado "Historia de la milagrosa Aparición", obra del P. Anastasio de Santa Teresa, Carmelita, impresa en Madrid en 1731; se supuso que tal vez lo quitaron algunos de los indios que transportaron los papeles. Todo fué entregado al Oficial Mayor de la Oficina de Gorráez, Don Félix de Sandoval, con un relicario, cuatro sortijas, diez y seis bolitas de oro, 176 pesos mejicanos, cuatro doblones y numerosas piedras preciosas, que se metieron en una talega

<sup>42</sup> Id. de id. id. id. Fuenclara a Triviño. México, 20 agosto de 1745 y testimonio adjunto.

<sup>43</sup> Id. de id. id. id. Del mismo al mismo. México, 20 agosto 1745 y testimonio anejo.

y ésta dentro del armario, con un “diente de gigante, dos huesos también al parecer de gigante, de una canilla y brazo...”. ¿Hallazgo prehistórico? <sup>44</sup>

La carta y el testimonio que acabo de reseñar fueron la última intervención que, en el asunto Boturini, tuvo el Conde de Fuenclara. El historiador Riva Palacio, al que han copiado algunos otros, arremete contra él, tachándole de arbitrario por la detención y proceso del italiano, diciendo que ese acto “es el que probó la poca ilustración de aquel gobernante y que le ha traído la más severa crítica de la posteridad”. <sup>45</sup> Agrega que su proceder fué grave no sólo porque era injustificable la persecución a un “extranjero honrado”, sino porque éste era un historiador, un arqueólogo, un sabio, y porque, al perseguirle, la documentación reunida por él, con grandes trabajos, se perdió, lo cual fué irreparable para los estudios históricos de México; dice, en fin, que el Virrey merece los “más acerbos reproches” y “duros calificativos”. <sup>46</sup>

Ya he dicho, más arriba, que, aun no mirándola más que desde el actual punto de vista, la conducta de Fuenclara estaba enteramente justificada ¿cómo, pues, no justificarla, teniendo en cuenta el modo de sentir de la época?

En la Instrucción que se le dió (Madrid 31 de enero de 1742) se ordenaba al Conde: “...Y porque la mayor parte de esta gente pasa de estos Reynos sin licencia, ni ir rexistrados, que es contra lo ordenado por las Leyes, componiéndose para ello por un corto interés con los Maestres, Contramaestres, Marineros, y otros Oficiales de las Embarcaciones, haréis particular averiguación de las personas que así hayan pasado, observando las expresadas Leyes, y los Despachos que nuevamente se libraren por el referido mi Consejo, así a vos, como también a los Governadores y Oficiales Reales de la Veracruz, y demás Puertos de aquel Reyno, sobre que no permitan el desembarco de persona alguna que no lleve lizencia del Consejo; y no consentiréis saltar alguno en tierra sin ella; y procederéis contra ellos, y contra los que los huvieren conducido, imponiéndoles las penas establecidas por las Leyes y Despachos a este fin librados, y los remitiréis a estos Reynos, sin exceptuar a los Clérigos o Religiosos que fuesen sin ella: y encargaréis,

44 Id. de id. id. id. Testimonio adjunto a la carta del 20 agosto 1745.

45 Riva Palacio: *México a través de los siglos*, tomo II, pág. 788.

46 Id. id. id., pág. 789.

para que mejor se practique esto, el mismo cuidado a dichos Gobernadores, y Oficiales Reales de la Veracruz, y de los demás Puertos de aquel Reyno, advirtiéndoles zelen sobre la observancia, y cumplimiento de dichas Reales Leyes, y Cédulas, sin disimulación, o negligencia, con apercivimiento de que, de lo contrario, se les hará cargo en las Visitas, o Residencias que se les toman, y se les impondrá la pena correspondiente; *y estaréis en la inteligencia de que lo mismo se practicará con vos, si no zeláis, y procuráis observar lo dispuesto y ordenado por las citadas Cédulas y Leyes sobre este punto*, por ser los más que van sin licencia a aquellos Reynos, fugitivos de la Justicia, y, por la mayor parte gente de la que llaman polizones, o llovidos, por lo común mal inclinados...".<sup>47</sup> Y todavía se le recalcó en la misma Instrucción: "Y porque sin embargo de no darse licencia a extranjero alguno para que pase a aquellos Reynos, estoy informado de que son muchos los que se embarcan en los navíos, con título de Marineros, Artilleros y otros Oficios, cuyos Maestres los llevan, y después les es fácil pasar adelante por la poca cuenta que se tiene en impedírselo, por lo que hay muchos en la Nueva España; siendo esto de grave inconveniente, os mando pongáis particular estudio en inquirir y entender qué extranjeros pasan en las Flotas y demás Embarcaciones a la Veracruz y demás Puertos de la Costa de uno y otro mar; y encargaréis a las Justicias que, con cuidado procuren saver los que van, y los busquen, y prendan, y no consentiréis que ninguno de dhos. extranjeros quede en aquella tierra".<sup>48</sup>

¿No hizo, pues, el Virrey lo que debía?

Pues bien, para acabar de justificarle plenamente, voy a copiar algunos párrafos de la respuesta dada por el periódico mejicano "La Colonia Española" al "Diario Oficial", de México, durante una polémica sostenida con motivo de la ley de colonización dada por el Gobierno mejicano en 31 de mayo de 1875. El "Diario Oficial" había hablado contra la *suspiciacia* del Gobierno virreinal y contra el crimen de lesa humanidad y ciencia del Conde de Fuenc Lara, así como contra el desorden en que se encontraba, en 1846, el Archivo de Boturini; a lo que replicó "La Colonia Española", en primer lugar: "En 1846 no gobernaban aquí los españoles y, por consiguiente, no tenían ellos la

47 Id. de id. id. Leg. 515. Instrucción para el Virrey de Nueva España, fols. 86 y 87.

48 Id. de id. id. id. Instrucción de 31 de enero de 1742, fol. 88 y v.º



culpa de que el Archivo estuviera desordenado".<sup>49</sup> Y, luego añade: "La persecución, encarcelamiento y desdichas de Boturini no se debieron a sus trabajos de recolector de manuscritos. Boturini cometió tres graves infracciones de las leyes españolas: primera, entrar en México sin la licencia correspondiente; segunda, ejecutar una Bula sin el necesario pase del Consejo de Indias; tercera, coleccionar limonas sin pedir permiso para ello".<sup>50</sup>

Por Real Despacho de 10 de julio de 1747 se concedió a Boturini, residente en Madrid, Real Título de Cronista en los Reinos de Indias, con el fin de que escribiera la Historia General de la América Septentrional, y, por otro Real Despacho de la misma fecha, se dispuso que se volviera a México y que se le entregaran, sin dilación alguna, todos los libros, papeles, mapas, pinturas y documentos, que, con la idea de escribir dicha historia, había reunido, y se le habían embargado. Ambos despachos se comunicaron al Virrey de Nueva España, que, a la sazón, era el que fué primer Conde de Revillagigedo: recomendósele que, como convenía, hasta tanto que Boturini finalizara de escribir su historia, que el contenido de ésta se mantuviera secreto, como se decía al interesado en su citado Real Título, recogiera el ejemplar original, sin que se divulgara ni publicara, hiciera sacar tres copias de él y las enviara a S. M., para que el Secretario de Cámara examinara su contenido para proponer su aprobación o las correcciones que fueran necesarias, quedando el original archivado en el resguardo, en lugar a propósito, de modo que no sufriera deterioro alguno.<sup>51</sup>

Esta devolución de papeles no llegó a tener efecto, porque Boturini, escarmentado de lo que le había sucedido en su viaje, no quiso volver a México y permaneció en España, dedicado a la composición de varias obras, resultado de sus investigaciones.<sup>52</sup>

Por la solicitud impresa que presentó al Rey en 1745, sabemos que, aunque había apelado de los autos formados contra su persona por el Conde de Fuenclara ante "el vivo Oráculo de V. Mag. y a su Consejo de Indias", renunció a seguir la apelación interpuesta. Refiere,

49 *La Dominación española en México*, tomo II, págs. 217-218.

50 Id. id., pág. 219.

51 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.344. Güemes a Fernando VI. México, 22 de julio de 1748.

52 *La Dominación española en México*, II, pág. 220; Rivera Càmbar, M.: *Los gobernantes de México*, I, pág. 357; Alamán y otros: *Diccionario universal de Historia y Geografía...*, I, artículo Boturini.





F. Maffei de Irala del esculp.

Matriti Anno 1796



Lorenzo Boturini,  
viajero e historiador.

con tal motivo cómo, después de nueve años de continua tarea y de grandes gastos, juntó muchos monumentos de la antigua historia de México; que muchos de sus papeles se los quitaron los ingleses; que en Nueva España se engolfó en la historia general del país, y embelesado en la de Nuestra Señora de Guadalupe, olvidó enteramente sus propias conveniencias y los intereses de su casa “ocupado en descifrar aquel laberinto de figuras, caracteres, símbolos y jeroglíficos, que trae consigo la primitiva historia indiana”; y, por fin, que vivía entonces en la Corte “falto de todos los medios y de la decencia correspondiente a su estado”.<sup>53</sup>

En 1746 publicó, en Madrid, un ensayo de la gran obra que meditaba, en un tomo en cuarto”. En él se hallan —dice Clavijero— noticias importantes, no publicadas hasta entonces; pero también hay errores. El sistema de historia que había formado, era demasiado magnífico y fantástico”.<sup>54</sup> Esta obra se titula, conforme al barroco estilo literario que privaba entonces “Idea de una nueva Historia General de la América Septentrional, fundada sobre material copioso de figuras, symbolos, caracteres, y geroglíficos, cantares y manuscritos de autores indios, últimamente descubiertos. Dedícala al Rey Ntro. Señor en su Real, y Supremo Consejo de las Indias el Cavallero Lorenzo Boturini Benaduci, Señor de la Torre y de Hono”. El retrato que figura al frente de la obra, lleva esta divisa, que habla muy alto de la piedad de Boturini: “Dieu estant conducteur, rien n'est à craindre”.<sup>55</sup> Es un curioso libro, pero que sólo habla de la mitología y de los orígenes de México; adjunto lleva un inventario de los documentos que Boturini recogió en la Nueva España.

En abril de 1749 presentó Don Lorenzo al Consejo el primer volumen de su Historia bajo el título de “Cronología de las principales naciones de la América Septentrional”, más, aunque obtuvo licencia para imprimirla, no llegó el caso de darla a la prensa, porque antes le sorprendió la muerte.<sup>56</sup> En 1754 dirigió al Marqués de la Ensenada un interesante memorial en que relata minuciosamente su vida.<sup>57</sup>

53 Reseñado por J. T. Medina: *Biblioteca Hispano-Americana* (1493-1810), VI, págs. 258-259.

54 Clavijero, F.: *Historia antigua de Méjico*, I, pág. XXV.

55 Ejemplar impreso en Madrid, 1746. La dedicatoria al Rey lleva la fecha de Madrid, 3 de febrero de 1745.

56 García Icazbalceta, J.: Artículo sobre Boturini en *Diccionario universal*, I.

57 Torre Revello: *Biografía de Boturini*, citada en “Boletín del Archivo General de la Nación”, 1936, tomo VII, número 1.

Toribio Medina dice que Boturini murió en la miseria, en el Hospital de los Italianos, en Madrid, en 1781,<sup>58</sup> aunque, en otro lugar, escribe que falleció "por los años de 1790".<sup>59</sup> Torre Revello parece más exacto, diciendo que falleció en casa de Doña Rosa de la Parra, en Madrid, dejándola su heredera, después del 12 de enero de 1791.<sup>60</sup>

Los papeles del difunto pasaron a poder del Consejo, que, más tarde, los remitió a la Secretaría del Virreinato y, aunque fueron reclamados por los herederos de Boturini, así como los sueldos que había devengado, el valor del museo y el producto de la impresión de la obra precitada, nada pudieron conseguir aun después de muchos años de reclamaciones infructuosas. "...todavía en 1790 escribe García Icazbalceta— proponía el relator del Consejo que se nombrase un defensor a la testamentaria para que se continuase el pleito, cuya terminación, si la tuvo, la ignoramos".<sup>61</sup>

El mismo autor dice que el escogido Museo de Boturini quedó depositado en la Secretaría del Virreinato, allí el descuido, la humedad, los ratones y los curiosos lo menoscabaron notablemente: sus restos pasaron a la Biblioteca de la Universidad, donde padeció nuevos extravíos hasta reducirse casi a nada; los últimos residuos fueron depositados en el Museo Nacional.<sup>62</sup>

El inventario de lo pacientemente recogido por el italiano se conserva manuscrito en la Real Academia de la Historia, de Madrid; fué hecho, en 1792, por orden del Rey; otro, de setenta y una hojas manuscritas, se guarda inédito en la Biblioteca del Museo Nacional de México.<sup>63</sup>

De la "Idea de una nueva Historia de la América septentrional" dicen Leduc y Lara: "...Es como un aparato o introducción a la historia general, y trata de sus grandes divisiones sin descender a pormenores; está escrita en un estilo fantástico y pomposo; y sobre ser

58 *Biblioteca Hispano-Americana*, IV, pág. 385.

59 *Id. id.*, VI, pág. 259.

60 Torre Revello: *Biografía...*, en "Boletín" citado, 1936, VII, núm. 1.

61 García Icazbalceta, J.: Artículo sobre Boturini en *Diccionario Universal de Historia...*, I.

62 *Id. id.* El mismo artículo.

63 *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, III, 4.ª época, 1925, pág. 1.



de poco provecho da mala idea del partido que podía sacar Boturini de sus documentos...".<sup>64</sup>

También dejó una obra titulada "Laurentiis Boturini de Benuccis, sacri romani imperii equitis, domini de Turre et Hono cum pertinentis, Margarita Mexicana, id est, apparitionis Virginis Guadalupensis Joanni Didacco ejusque avunculo Joanni Bernardino nec non alteri Joanni Bernardino, regionum tributarum exactori, acuratus expensae, tutius propugnate, sub auspitis...".<sup>65</sup>

El P. Cuevas dice que, a la vista del catálogo de las obras de Boturini, se nota que "las piezas de verdadero valor son bien pocas, y si se trata de la Virgen de Guadalupe, no hay más que cuatro de gran interés...".<sup>66</sup>

---

<sup>64</sup> Leduc y Lara: *Diccionario de Geografía, Historia y Biografía Mexicanas*, artículo Boturini.

<sup>65</sup> Id. id. id.

<sup>66</sup> Cuevas, M.: *Historia de la Iglesia en México*, IV, pág. 40.

the first of these is the fact that the  
the second is the fact that the  
the third is the fact that the  
the fourth is the fact that the  
the fifth is the fact that the  
the sixth is the fact that the  
the seventh is the fact that the  
the eighth is the fact that the  
the ninth is the fact that the  
the tenth is the fact that the  
the eleventh is the fact that the  
the twelfth is the fact that the  
the thirteenth is the fact that the  
the fourteenth is the fact that the  
the fifteenth is the fact that the  
the sixteenth is the fact that the  
the seventeenth is the fact that the  
the eighteenth is the fact that the  
the nineteenth is the fact that the  
the twentieth is the fact that the  
the twenty-first is the fact that the  
the twenty-second is the fact that the  
the twenty-third is the fact that the  
the twenty-fourth is the fact that the  
the twenty-fifth is the fact that the  
the twenty-sixth is the fact that the  
the twenty-seventh is the fact that the  
the twenty-eighth is the fact that the  
the twenty-ninth is the fact that the  
the thirtieth is the fact that the  
the thirty-first is the fact that the  
the thirty-second is the fact that the  
the thirty-third is the fact that the  
the thirty-fourth is the fact that the  
the thirty-fifth is the fact that the  
the thirty-sixth is the fact that the  
the thirty-seventh is the fact that the  
the thirty-eighth is the fact that the  
the thirty-ninth is the fact that the  
the fortieth is the fact that the  
the forty-first is the fact that the  
the forty-second is the fact that the  
the forty-third is the fact that the  
the forty-fourth is the fact that the  
the forty-fifth is the fact that the  
the forty-sixth is the fact that the  
the forty-seventh is the fact that the  
the forty-eighth is the fact that the  
the forty-ninth is the fact that the  
the fiftieth is the fact that the  
the fifty-first is the fact that the  
the fifty-second is the fact that the  
the fifty-third is the fact that the  
the fifty-fourth is the fact that the  
the fifty-fifth is the fact that the  
the fifty-sixth is the fact that the  
the fifty-seventh is the fact that the  
the fifty-eighth is the fact that the  
the fifty-ninth is the fact that the  
the sixtieth is the fact that the  
the sixty-first is the fact that the  
the sixty-second is the fact that the  
the sixty-third is the fact that the  
the sixty-fourth is the fact that the  
the sixty-fifth is the fact that the  
the sixty-sixth is the fact that the  
the sixty-seventh is the fact that the  
the sixty-eighth is the fact that the  
the sixty-ninth is the fact that the  
the seventieth is the fact that the  
the seventy-first is the fact that the  
the seventy-second is the fact that the  
the seventy-third is the fact that the  
the seventy-fourth is the fact that the  
the seventy-fifth is the fact that the  
the seventy-sixth is the fact that the  
the seventy-seventh is the fact that the  
the seventy-eighth is the fact that the  
the seventy-ninth is the fact that the  
the eightieth is the fact that the  
the eighty-first is the fact that the  
the eighty-second is the fact that the  
the eighty-third is the fact that the  
the eighty-fourth is the fact that the  
the eighty-fifth is the fact that the  
the eighty-sixth is the fact that the  
the eighty-seventh is the fact that the  
the eighty-eighth is the fact that the  
the eighty-ninth is the fact that the  
the ninetieth is the fact that the  
the ninety-first is the fact that the  
the ninety-second is the fact that the  
the ninety-third is the fact that the  
the ninety-fourth is the fact that the  
the ninety-fifth is the fact that the  
the ninety-sixth is the fact that the  
the ninety-seventh is the fact that the  
the ninety-eighth is the fact that the  
the ninety-ninth is the fact that the  
the hundredth is the fact that the

ESCUELA DE ESTUDIOS  
HISPANICO-AMERICANOS  
C.R.I.C.  
1910

## EL EJERCITO Y LA DEFENSA DEL VIRREINATO

El estado de guerra con la Gran Bretaña exigía atenta vigilancia y defensa de las costas de Nueva España y de sus dependencias, pero ¿cómo hacerlo, si su inmensa extensión hubiera exigido el mantenimiento de una poderosa escuadra y la de España, sólo gracias al impulso de Patiño y de Ensenada, se hallaba en período de restauración y organización? No hay que olvidar el desastroso estado de la Marina de guerra española a fines del siglo XVII, cuando se había hecho corriente la locución vulgar: "la flota de España, dos navíos y una tartana", Debían pasar aun varios años para que la armada española pudiera competir con la inglesa.

Y, en cuanto al Ejército terrestre era casi insignificante, pues, antes del virreinato del Marqués de Croix<sup>1</sup> se hallaba constituido sólo por unos 3.000 hombres de tropas regulares y por un conglomerado de Compañías de Milicias urbanas y provinciales.

El Real Palacio de México disponía de la tropa más selecta del Virreinato, que comprendía: Una Compañía de Alabarderos; otra de Infantería y otra de Caballería del Real Palacio. Para el régimen de estas últimas se formaron, bajo el gobierno del Conde de Fuenclara, una especie de reglamentos: "Ordenes Particulares para los Oficiales de la Compañía de Infantería de Guardia de este Real Palacio" y "Ordenanzas que la Compañía de Caballería de este Real Palacio debe

---

<sup>1</sup> Don Carlos Francisco de Croix, Marqués de Croix, Virrey de Nueva España de 1766 a 1771.

observar inviolablemente", ambas expedidas en 19 de Mayo de 1744.<sup>2</sup>

La Compañía de Alabarderos, guardia semejante a la que custodiaba la Real persona en la Corte, se componía de un capitán, un subteniente, tres cabos y veinte plazas, gozando cada alabardero de un sueldo de 300 pesos de a ocho reales; el capitán cobraba 600, y se pagaban de lo que debía percibirse de "lanzas y arcabuces y de los repartimientos de indios que vacaren". Estaba prohibido que las plazas fueran servidas por criados del Virrey. Sus obligaciones se reducían a cuidar y acompañar al Virrey en casi todos sus actos públicos y privados, desde que llegaba al Santuario de Guadalupe para encargarse del gobierno hasta que dejaba el mando. "En las entradas públicas —dice Romero de Terreros—; en las visitas que hacía a esta capital la Virgen de los Remedios, a la que acompañaba casi siempre el gobernante; en las procesiones del Corpus y otras; en las corridas de toros y funciones de teatros figuraban cuatro, seis o más alabarderos, según la categoría de la fiesta...". La primera noticia de su uniforme la da el "Diario de Sucesos Notables" de Don Antonio de Robles, correspondiente a 6 de enero de 1703; en donde se lee que "los alabarderos se visten de amarillo con golillas"; a fines del siglo XVIII y principios del XIX su uniforme consistía en "casaca y calzón azul; chupa y vuelta encarnada; botón y alamares de plata; y los oficiales con galón en las costuras".<sup>3</sup> En el tiempo que gobernó Fuenclara, el Capitán de la Guardia de Alabarderos era Don José Velasco.<sup>4</sup>

La Compañía de Infantería del Real Palacio se componía, a la llegada del Conde de Fuenclara, de un Sargento Mayor, que cobraba 120 pesos al mes; un Capitán, 82 pesos, 5 tomines y 6 granos; un Teniente, 50 pesos; un Subteniente, 40; un Alférez y un Ayudante de Sargento Mayor, cada uno de los cuales cobraba mensualmente 34 pesos, 3 tomines y 9 granos; 9 Sargentos, con 20 pesos de sueldo mensual cada uno; 2 Tambores, con 14 pesos y 2 tomines cada uno; 16 Ca-

<sup>2</sup> Ramo de Bandos y Ordenanzas, tomos 3, 41 y 42. Citados en *Apuntes históricos sobre la organización y los uniformes del Ejército colonial*, en "Bol. del Arch. Gen. de la Nación", tomo XI, 4.

<sup>3</sup> *Guía de Forasteros para el año 1821*, citada por Romero de Terreros, M. en *La Guardia de Alabarderos de los Virreyes de Nueva España*, en "Boletín de la Soc. Mex. de Geografía y Estadística", tomo VI, año 1913, págs. 536 a 538; y *Ex antiquis...*, páginas 90 a 93.

<sup>4</sup> A. Gen. de Indias. Escribanía de Cámara del Consejo de Indias. Leg. 245, cuaderno 1.º de la Residencia del Conde de Fuenclara, fol. 62 v.º



bos de Escuadra, con 18 pesos mensuales cada uno; 283 soldados, con 15; y 10 artilleros, a razón de 20 cada uno. Toda esta nómina importaba al año 63.637 pesos y 4 tomines, y se pagó con arreglo a ella hasta fin de marzo de 1744. En ese día 31 de marzo se licenciaron (entonces se decía se reformaron), en virtud de un Decreto del Virrey, de 21 de marzo, noventa y nueve soldados, quedando la Compañía de Infantería reducida a 184 soldados, que eran los que existían en el momento en que cesó en el mando Don Pedro: los sueldos importaron así 45.817 pesos y 4 tomines, ahorrando al año 17.820 pesos.<sup>5</sup> Cuando el Conde llegó a México, presentóle la renuncia de su cargo el Capitán de la Compañía de Infantería de la Guardia Virreinal, Don Pedro Larrondo. Fuenclara admitió la renuncia y nombró, en su lugar, a Don José de Huergo y Campillo (5 de Noviembre de 1742), el cual escribió algún tiempo después al Marqués de la Ensenada pidiendo que el Rey le confirmara en el cargo, en atención a su parentesco con el Ministro Don José del Campillo y a los servicios prestados en la campaña de servicio en Jalapa, con 250 infantes, por orden del Virrey, del 25 de abril al 27 de agosto de 1743. Tenientes de la Compañía de Infantería eran entonces Don Cristóbal Muñoz y Don Luis Navarro, y Alférez Don Casimiro Norzagaray.<sup>6</sup>

La Compañía de Caballería de la Guardia Virreinal se componía de un Capitán, con 137 pesos y 4 tomines de sueldo al mes; un Teniente, con 50 pesos; un Subteniente, con 45; un Alférez, con 40; un Sargento, con 30; un Clarinero, con un peso diario; 4 Cabos, con seis reales diarios cada uno; 96 soldados, a 4 reales diarios cada uno; y 104 caballos, que tenían asignados dos reales diarios de forraje cada uno; todo lo cual importaba anualmente 32.100 pesos.<sup>7</sup> Esta Compañía no fué modificada por Fuenclara. De ella había sido Capitán (nombrado el 8 de abril de 1726) Don Gabriel Fernández Molinillo; cuando éste cesó, por haber pasado a ser Juez y Superintendente de la Real Casa de la Moneda, fué nombrado, en su lugar, Don José González Díaz de Córdoba y Lavandero, que se posesionó el 9 de agosto de 1739.<sup>8</sup> Había

5 Id. de id. id. id. Cuaderno 2.º de la Residencia del Conde de Fuenclara, folios 99 v.º y 100.

6 Id. de id. México. Leg. 2.446. Huergo a Ensenada. Veracruz, 26 febrero 1744.

7 Id. de id. Escribanía de Cámara del Consejo de Indias. Leg. 245, Cuaderno 2.º de la Residencia de Fuenclara, fols. 99 y 100.

8 "Gaceta de México" de agosto de 1739, en "Bibliogr. mex.", II, pág. 853.

éste servido ocho años de soldado, cabo y sargento de la Compañía de Dragones del Presidio del Carmen; luego de Cadete en una Compañía del Cuerpo de Dragones de la plaza de Veracruz, allí mismo fué Alférez del Batallón de Marina y, por fin, Teniente de Fragata, cargo que ocupaba al ser nombrado Capitán de la Caballería del Palacio Virreinal.<sup>9</sup> Subteniente de ella fué nombrado Don Baltasar Berzabal;<sup>10</sup> otro era Don José de Arria.<sup>11</sup>

Siempre que hacía falta reforzar la guarnición de una plaza se recurría a las Compañías del Real Palacio de México, si bien el destacamento era, generalmente, temporal.

La plaza de Veracruz comprendía el Batallón de Marina de Barlovento; el Cuerpo de Dragones, el Batallón de Infantería de la Corona, y el de Artillería. El Batallón de Marina de Barlovento, de gran importancia en estos años, formado por Real Orden de 3 de agosto de 1731, se hallaba establecido en Veracruz y en San Juan de Ulúa y compuesto de 600 hombres, entre los que se incluían los oficiales y un Ayudante Mayor, repartidos en seis Compañías de a cien hombres cada una, entrando en ella un Capitán, un Teniente, un Alférez, tres Sargentos, seis cabos, un pífano y 86 soldados. El uniforme se renovaba cada veintiocho meses y se componía de casaca de paño azul, chupa y botones de cobre dorado, calzones forrados de lienzo, medias coloradas, sombrero bordado al canto de un galón de seda color de oro, camisa, corbata y zapatos. El armamento constaba de fusil con su portafusil y bayoneta, cinturón y sable algo corvo, bolsa granadera de vaqueta, con sus arreos y una hachuela; tenían tres banderas: una, para el Capitán Comandante, morada con las armas del Rey y cuatro anclas en las cuatro esquinas. El Cuerpo de Dragones de Veracruz, formado antes de 1727, con diez Compañías (5 de ellas de 50 y 5 de 100 plazas), con 17 oficiales y 750 individuos: vestían casaca azul con vuelta encarnada; sombrero con galón y cocarda de seda; corbatín negro y capa azul con cuello encarnado, zapatos y calcetas; su armamento consistía en fusil y bayoneta, un par de pistolas y un sable. El Batallón de Infantería

---

9 A. gen. de Indias. México. Leg. 2.424. Título de Capitán de la Compañía de Caballos de la Guardia del Real Palacio a Lavandero. Buen Retiro, 7 julio 1738.

10 Id. de id. id. id. Nombramiento de Subteniente a Berzabal. El Pardo, 14 de febrero de 1745.

11 Id. de id. Escribanía de Cámara del Consejo. Leg. 245, Cuaderno 1.º de la Residencia de Fuenclara, fol. 63 v.º

de la Corona comprendía 23 oficiales y 552 individuos, distribuidos en cinco Compañías; organizado en 1740, llevaba uniforme azul con divisa encarnada. El Batallón de Artillería tenía tres oficiales (Capitán, Teniente y Alférez) y 120 individuos, entre los que se contaban 3 sargentos, 8 cabos y 2 tambores: su uniforme era casaca azul con vueltas blancas y chupa del mismo color.<sup>12</sup>

El puerto de Acapulco tenía una pequeña guarnición: 1 oficial y 51 individuos de Infantería, con uniforme compuesto de casaca blanca, con vuelta y cuello encarnado, chupa, calzón, camisa y medias blancos, botines de gamuza, zapatos y corbatín negros, sombrero con galón de hilo blanco y cocarda encarnada. Además, había un sargento y 12 artilleros. ¡He aquí toda la fuerza defensiva de la costa del Mar del Sur!<sup>13</sup> El jefe de esta guarnición, que llevaba el título de Castellano del Puerto de Acapulco, gobernador y capitán a guerra de la ciudad, fué, desde 1744, Don Juan Antonio Gutiérrez de la Vega,<sup>14</sup> pero debió serlo por poco tiempo, ya que, a principios de 1746, ocupaba ese puesto Don Juan Eusebio Gallo de Pardiñas,<sup>15</sup> que se titulaba Coronel, Caballero de Santiago, Castellano de la Real Fuerza y Alcalde Mayor de la ciudad de Acapulco, y Teniente de Capitán General de las Costas del Mar del Sur.<sup>16</sup>

El cargo de ingeniero ordinario de ejércitos y plazas de la plaza de Veracruz lo ocupaba Don Felipe Feringan Cortés, nombrado con el grado de Teniente de Infantería y con el sueldo anual de 1.000 pesos.<sup>17</sup>

Además de estas guarniciones, existía, en San Miguel de Panzacola, otra, compuesta de dos Compañías de Infantería, con 4 oficiales y 160 individuos y un Destacamento de Artillería, con un sargento y 19 artilleros.<sup>18</sup>

<sup>12</sup> *Apuntes históricos sobre la organización y los uniformes del Ejército colonial*, en Bol. del Arch. Gen. de la Nación, XI, 4, págs. 622 a 663.

<sup>13</sup> Id. en id.

<sup>14</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 2.424. Título de Castellano de Acapulco a Gutiérrez de la Vega, que había sido Alférez del Regimiento de Caballería de Alcántara en España y, en Nueva España, Juez de tierras, aguas y penas de cámaras en la Puebla y Valladolid de Mechoacán. San Ildefonso, 21 de septiembre de 1744.

<sup>15</sup> Id. de id. id. Leg. 2.446. Fuenclara a Ensenada. México, 2 marzo 1746.

<sup>16</sup> Id. de id. Escribanía de Cámara del Consejo. Leg. 245, Cuaderno 2.º de la Residencia de Fuenclara, fol. 9. v.º

<sup>17</sup> Id. de id. id. Leg. 2.424. Buen Retiro, 2 noviembre 1741.

<sup>18</sup> *Apuntes históricos sobre la organización y los uniformes del Ejército colonial*, en "Bol. del Arch. gen. de la Nación", tomo XI, 4.



Luego estaban las Milicias, que se reunían en caso necesario, siendo sus jefes confirmados también por el Rey, después de haberles nombrado el Virrey o la Audiencia gobernadora: así una Real Cédula aprobó, en 1744, el título de Coronel del Regimiento de los Pardos y Morenos Libres de Nueva España a favor de Nicolás Bertel, que había sido nombrado por el Capitán General y llevaba veinte años de servicio como capitán y sargento mayor,<sup>19</sup> y, en 1742, otra orden aprobó el nombramiento de Comandante de Negros y Pardos de Veracruz de Pedro Matías de Costa.<sup>20</sup>

En tierra adentro, en lucha sorda y continua, existían las guarniciones de los presidios internos del Nuevo Reino de León, Texas, Coahuila, Nuevo México, Nueva Vizcaya, Sonora y California. El Nuevo Reino de León contaba con una escuadra en Rinconada, que tenía un sargento y 19 individuos. La provincia de Texas tenía los presidios de Adais, San Agustín, Bahía y San Antonio de Béjar, en total cuatro Compañías, con siete oficiales y 158 individuos. Coahuila, los presidios de San Francisco Coahuila, San Juan Bautista y Santa Rosa, que tenían tres Compañías, con siete oficiales y 113 individuos. Nuevo México comprendía los presidios de Santa Fe y Paso del Río, que tenían dos Compañías con seis oficiales y 125 individuos de tropa. Nueva Vizcaya contaba con cinco Compañías, con 15 oficiales y 231 individuos. Sonora tenía cinco Compañías con 14 oficiales y 222 individuos. En fin, California tenía 2 Compañías con 2 oficiales y 58 hombres.<sup>21</sup>

Pese a todo este número de compañías y de hombres, a causa de su situación geográfica y de su extremada diseminación, la mayor parte de estas tropas no podían utilizarse, en caso de necesidad, fuera de sus propios lugares de residencia, y el Virrey sólo podía disponer, en realidad, como únicas tropas movilizables, de las dos Compañías de Infantería y Caballería de su guardia. El número de sus hombres era pequeño, pero, aun así, la mitad de ellos andaba casi de continuo de un lado para otro, y es probable, casi seguro, que lo mismo que sucedió bajo el gobierno de Fuenclara debió suceder en los virreynatos anteriores y posteriores. Particularmente los infantes parece que debían tener

---

19 A. gen. de Indias. México. Leg. 2.424. San Lorenzo, 28 noviembre 1744.

20 Id. de id. id. Leg. 1.505. Fuenclara a Triviño. México, 22 abril 1743.

21 *Apuntes históricos sobre la organización y los uniformes del Ejército colonial*, en Bol. del Arch. gen. de la Nación, XI, 4.



calzadas las famosas botas del General Bonaparte en sus campañas de Italia y de 1814 para ir de un lugar en que se les necesitaba a otro en que se les echaba de menos.

Como Capitán General de la Nueva España, el Virrey tenía poder y facultad para ejercer este cargo "así por mar como por tierra, en todas las ocasiones que se ofrecieren" por sí mismo o por su Lugarteniente, que, según voluntad del Rey, podía nombrar y destituir, poner o quitar cuando le pareciere. Podía dar patentes y títulos de Maestre de Campo, Sargento Mayor, Capitán y Alférez de Artillería, Caballería e Infantería, de Artillero Mayor y Menor, de Almirante de la Armada, Capitán de Navío y otros oficios de guerra, así como de Alcaldes y Castellanos de las Casas Fuertes<sup>22</sup> pero todos esos nombramientos requerían, como los títulos civiles, confirmación real.

Para los asuntos militares, el Virrey tenía un Secretario de S. M. *ad honorem*, Escribano Mayor de la Gobernación y Guerra de Nueva España; desde 4 de septiembre de 1739 ocupaba este puesto Don Juan Martínez de Soria, en virtud de título de S. M. de fecha de 7 de diciembre de 1738.<sup>23</sup>

En la Instrucción reservada se le advertía a Fuenc Lara que los ingleses abrigaban siempre deseos de apoderarse de alguno de los dominios españoles y que era muy posible que intentaran, con alguna nueva operación, restaurar el crédito que habían perdido con sus anteriores fracasos, aunque se ignoraba a donde podrían dirigirse. "...Y en esta duda —se le ordenaba— a cualquiera que sea atacada procuraréis socorrer y auxiliar, no sólo enviando lo que se os pidiere, sino lo que juzgareis que conduzca a su defensa, con la puntualidad que importa, y de forma que se asegure frustrar el logro de sus empresas. Siendo la Veracruz la única puerta por donde los enemigos pueden resolverse a invadir el Reino de Nueva España, haciendo desembarco en sus playas, reconoceréis, cuando estéis en ella, su estado, y confiriendo con el Gobernador, Mariscal de Campo Don Antonio de Benavides, o con el Brigadier Don Antonio de Salas, a quien he nombrado posteriormente para que le suceda en aquel Gobierno, y los Ingenieros, cuanto puede conducir a defenderla con el mayor vigor, y el castillo de San Juan

---

<sup>22</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 515. Título de Capitán General de Nueva España al Conde de Fuenc Lara, Buen Retiro, 31 de enero de 1742.

<sup>23</sup> "Gaceta de México", de septiembre de 1739, en "Bibliogr. mex.", II, pág. 859.

de Ulúa. En caso de insulto dispondréis se execute lo que determinare, en inteligencia de que, según las últimas noticias, que se hallaban dadas diferentes providencias, y puesto en ejecución algunas obras a este fin, que, estimándolas vos acertadas, las haréis perfeccionar, o las variaréis como tuviereis por conveniente".<sup>24</sup>

Fiel cumplidor de la voluntad regia, el Conde, apenas desembarcó en Veracruz, ya hemos visto como reconoció el estado de defensa de la ciudad y del castillo de San Juan de Ulúa, revistó las tropas y se enteró detalladamente de la marcha de todo, comunicando sencilla y exactamente a la Corte cómo había encontrado todo.<sup>25</sup> Bueno es saber que, para conservar los muros de la plaza de Verarruz se pagaba un real por cada mula cargada que entraba o salía de la ciudad, que se exigía en virtud de acuerdo adoptado en Junta general celebrada en México a 5 de noviembre de 1726.<sup>26</sup>

Pero la vigilancia y los cuidados de la defensa del Virreinato no podían limitarse a sólo el territorio directamente gobernado por el Virrey, sino que debían extenderse a los países dependientes del mismo. Uno de éstos era la provincia de Yucatán, gobernada por un capitán general, y en cuyo territorio habían fundado, en 1638, los bucaneros, cortadores de palo de Campeche, un establecimiento al que se llamó oficialmente Establecimiento de Su Majestad en la Bahía de Honduras (*His Majesty's settlement in the Bay of Honduras*). Pero el nombre vulgarmente usado para designar a la naciente colonia fué el de Belize, derivado probablemente de la palabra francesa *balise*, boya o faro, de la luz o fanal que, indudablemente, se estableció allí para guía de los que navegaban por aquella costa. Calderón Quijano cree más probable, como fecha del establecimiento, la de 1663.<sup>27</sup> Es un lugar admirablemente escogido: aún hoy es únicamente accesible por mar o desde Guatemala a lomos de mula, en un viaje que dura una veintena de días. Belice tapa la salida del Petén, que es la zona más rica de Guatemala y recibe todo su comercio de Jamaica y nada del continente, con el que no la unen carreteras ni ferrocarriles que habrían de atravesar la selva

<sup>24</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 1.505. Instrucción reservada que se dió al Conde de Fuenclara, capítulos 2.º y 3.º

<sup>25</sup> Id. de id. id. id. Fuenclara a Campillo. Veracruz, 9 octubre 1742; Leg. 508. Fuenclara a Triviño. Veracruz, 9 octubre 1742.

<sup>26</sup> Maniau: *Compendio de la Historia de la Real Hacienda de Nueva España*, pág. 67.

<sup>27</sup> Calderón Quijano, J. A.: *Belice*, págs. 48-49.

virgen. Es una tierra insalubre, pero rica en maderas tintóreas, palo campeche, caoba y otras maderas finas. La costa, salpicada de cayos o islotes, es ideal para la piratería y el contrabando.<sup>28</sup> Una tradición local relaciona, sin embargo, el nombre con el de Wallis o Wallace, un bucanero escocés, que, al frente de una partida de cortadores de palo campeche, se estableció en la pequeña isla o cayo de San Jorge, dando origen a la ciudad de Belize. En el siglo XVIII los nombre de Wallis y Belize eran indistintamente usados para designar a la ciudad, al río y al país vecino.<sup>29</sup> Muy pronto se unieron a los cortadores de palo agentes de la Chartered Company, que explotaba las pesquerías de perlas de la Costa de los Mosquitos,<sup>30</sup> y se mantuvieron allí por la fuerza de las armas, a pesar de las frecuentes expediciones que los españoles hicieron para aniquilarlos. Y es que, naturalmente, de lugar de tráfico se convirtió en madriguera de piratas, a donde los aventureros de Jamaica, de la Martinica, de Curazao y de las demás islas acudían a buscar reclutas, porque eran atrevidos, acostumbrados a la fatiga y buenos marineros, además de estar bien armados. En 1722, una flota española, de cinco fragatas, atacó este nido pirático, quemó sus establecimientos y la madera cortada y pasó a cuchillo a cuantos extranjeros pudo haber. Pero, a poco, incansables volvieron a establecerse en el mismo lugar, que era una gran llanura, en su mayor parte pantanosa y llena de lagunas.<sup>31</sup>

En 1733, una nueva expedición, mandada por el Mariscal de Campo Don Antonio Figueroa, a la sazón Gobernador y Capitán General de Yucatán, destruyó, al parecer definitiva y rotundamente, la colonia británica de la bahía de Honduras. A la muerte de Figueroa, el Rey nombró, para sucederle, al Brigadier y caballero de Santiago Don Manuel de Salcedo y Sierra Alta, que se posesionó de la Capitanía General el 27 de febrero de 1736. En este mismo año, sea que, como se pretende, hubiera habido alguna reclamación del Gobierno británico por la destrucción de Belize, o sea que la muerte del Mariscal Figueroa hubiese hecho creer a los ingleses en la facilidad de una nueva invasión, varios

---

<sup>28</sup> Penella de Silva: *Belice*, en "ABC", 4 de septiembre de 1942.

<sup>29</sup> *Encyclopaedia Britannica*, III, artículo Belize.

<sup>30</sup> Kingsley Garland Jayne, artículo British Honduras, en *Encyclopaedia Britannica*, tomo IV.

<sup>31</sup> Alcedo, A. de: *Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales*, tomo II, artículo Honduras, págs. 369-370.



aventureros de Jamaica se presentaron súbitamente en las inmediaciones del río Wallix y ocuparon, si no el mismo sitio en que había existido el establecimiento de este nombre, al menos algunos bancos y cayos inmediatos, donde fijaron su residencia. Pero, como siempre sucedía en esta clase de incursiones, no se conformaron con eso, sino que, poco a poco, empezaron a avanzar hacia el interior del país, hasta que lograron ocupar todo el terreno en que antes se levantaban los establecimientos de sus predecesores. Una Real Cédula ordenó a Salcedo que informase sobre el establecimiento inglés, y el Gobernador contestó relatando la historia de lo hecho con él y añadiendo que ni él ni ninguno de sus sucesores lograrían ahuyentar de allí para siempre a los cortadores de palo; a menos que se construyese, a la entrada del río Wallix, una fortaleza capaz de contener cierto número de soldados, que estuviesen allí constantemente de guarnición.<sup>32</sup> El 22 de marzo de 1743, Salcedo fué reemplazado en el gobierno de la provincia por el Mariscal de Campo Don Antonio de Benavides, hasta entonces Castellano y Gobernador de Veracruz: era un hombre tan bueno y de carácter tan apacible, que el Yucatán llegó a quererle mucho y a pedir al Rey, por conducto de los ayuntamientos, que le prorrogase el tiempo de su gobierno.<sup>33</sup>

En tiempo de Salcedo se acabó de doblar la muralla de Campeche. Mandó hacer, en ella, obras en un parapeto, por la parte exterior, para la defensa de la gente en cualquier combate que se ofreciera y, por la interior, otro contrapapeto, para mejor seguridad de los que anduviesen por ella; en la puerta de tierra acabó de abrir un foso e hizo construir un puente levadizo; también hizo fabricar una fragata guardacostas. Cuando, en 1742, llegaron noticias de que venía una escuadra inglesa, hizo bajar al puerto de San Francisco de Campeche de 1.000 a 2.000 hombres de la sierra, camino real y otras partes, reforzando así los puestos hasta que pasó el peligro de invasión. En los caminos mandó hacer trincheras y montar 12 ó 15 cañones de campaña, para que sirviesen en las salidas fuera de la plaza y en los destacamentos. Hizo también otras obras de fortificación y alojamientos en las entradas y cami-

---

32 Lanz: *Compendio de historia de Campeche*, pág. 113; Calderón Quijano: *Belice*, págs. 119, 121 y 122.

33 Benavides comenzó su gobierno el 22 de marzo de 1743 y lo terminó el 24 de septiembre de 1750. Ancona, E.: *Historia de Yucatán*, II, págs. 421 a 426; Castillo: *Diccionario ... de Yucatán*, I, pág. 100.



nos de marina y aprontó una especie de escuadrilla en corso para la defensa costera, la cual apresó varias embarcaciones enemigas.<sup>34</sup>

Habíase denunciado, por don Juan Bolio y Solís que, en el presidio de Campeche, no estaban completas las 300 plazas que debían guarnecerlo: encargado de averiguarlo el Auditor de Guerra del Yucatán, Don Vicente Díez de Rivera, por Real Cédula de 16 de julio de 1742, comprobó la falsedad de la denuncia y comunicó a S. M. que había 300 plazas en Campeche y 60 en el presidio de San Felipe de Bacalar, pagándose, fuera de servicio del mismo presidio de Campeche dos plazas de Ayudantes y cuatro de sargentos, que gozaban sueldo de soldado y turnaban en la guardia de la casa del Gobernador. El Consejo de Indias mandó a Bolio (12 de noviembre de 1743), para castigarle por su falsedad, a servir, a su costa, seis meses de soldado en Bacalar, sin admitirle disculpa ni excusa.<sup>35</sup>

Entretanto, los ingleses habían ocupado las islas, hasta entonces deshabitadas, de Roatán, Guanaja o Bonaca, Masaguera y Utila (1742), situadas a corta distancia del puerto de Trujillo.<sup>36</sup> Mandados por el Mayor Crawford, se establecieron allí para proteger el corte del palo campeche y asegurar el comercio de añil y de cochinilla con los españoles de Guatemala. De esas islas, la más importante era la de Roatán, por hallarse naturalmente fortificada por los escollos y peñascos que la rodean y defienden el puerto "cuya entrada es tan estrecha que sólo puede pasar una embarcación; pero es uno de los mejores que se conocen, capaz de contener 150 bajeles, que están en él con toda seguridad": hallábase cubierta de bosques, gozaba de un clima sano y abundaba en cocoteros, higueras silvestres, excelentes uvas, puras aguas, caza de cerdos salvajes, ánades, palomas y exquisita pesca.<sup>37</sup>

Para afianzar su situación en estas islas, construyeron en ellas, por orden del Rey de Inglaterra, dos castillos, el uno defendido por treinta cañones de los calibres 12, 18 y 24, y el otro por nueve cañones del 6. El Gobernador de Comayagua supo todo esto en julio de 1742 por

---

34 A. H. N. Consejos. Consejo de Indias, Leg. 20.743, núm. 1, año 1744, Residencia de Don Manuel-Jacinto de Salcedo, cuaderno 3.º, fols. 28 y v.º 33, 34, 36 y v.º, 37 y 39: A. gen. de Indias. México. Leg. 1.505. Fuenclara a Triviño. México, 26 septiembre 1744.

35 A. gen. de Indias. México. Leg. 568. Díez de Rivera al Rey. Mérida, 16 de abril de 1743, y minuta de respuesta.

36 Id. de id. id. Duplicados del Virrey. Leg. 1.337. Fuenclara a Triviño. México, 31 de julio de 1743.

37 Alcedo, A.: *Diccionario geográfico-histórico de las Indias*, IV, págs. 431-432.

cuatro ingleses que fueron apresados y por un español que pudo huir de dichas islas: declararon también que se esperaba, en Roatán, la llegada de veinte embarcaciones cargadas de pertrechos de guerra y llevando 2.000 soldados regulares y algunas familias; finalmente dijeron que poseían los colonos dos navíos de guerra de cuarenta y cincuenta cañones y un paquebot de 16 a 20 pedreros,<sup>38</sup> con 130 hombres de tripulación, y que el Comandante de Belice tenía orden de su Rey de recorrer las costas vecinas. El Gobernador de Comayagua notificó al Presidente y Capitán General de Guatemala, Don Tomás de Rivera y Santa Cruz<sup>39</sup> lo que ocurría y él, a su vez, lo comunicó al Virrey de Nueva España, en cartas de 7 y 15 de enero de 1743, después de pasados seis meses de recibir las noticias: solicitó que, desde México, se tomasen las oportunas providencias para estorbar la naciente colonización británica, ya que el Reino de Guatemala no se hallaba en disposición de intentar ninguna empresa de bastante envergadura contra ella, por la falta de armas, dinero, embarcaciones y otras cosas que eran precisas.<sup>40</sup>

En vista de esto y “considerando —escribía Fuenclara— la grave dificultad de que, desde aquí, se pudiese tomar ninguna determinación por la gran distancia que media, flaqueza del erario, y ninguna certeza del suceso que tendría cualesquiera resolución que se discurriese”, el Virrey escribió a los gobernadores de Campeche y de la Habana, Don Manuel de Salcedo y Don Juan Francisco de Güemes. Encargó al primero que, como más próximo a Roatán y demás parajes en que se habían establecido los ingleses, unidos con los indios Zambos Mosquitos,<sup>41</sup> formase una pequeña escuadra con los guardacostas del puerto de Campeche, piraguas y otras embarcaciones corsarias, la cual hostigara a los enemigos y, a la vez, se informara de la manera, tiempo y fuerzas con que sería posible expulsarlos.<sup>42</sup> A Güemes le encargó que

38 Pieza pequeña de artillería para disparar piedras y metralla.

39 Rivera, natural de Lima, gobernaba Guatemala desde 16 de octubre de 1742; depuesto por graves cargos, murió en México en 1765. Aguirre: *Hist. de Guatemala*, pág. 81; Fuentes: *Historia de Guatemala*, II, pág. 183.

40 A. gen. de Indias. Leg. 1.337. Fuenclara a Triviño. México, 31 julio 1743.

41 Eran éstos una raza mixta de indios y negros, de ahí su denominación de zambos; la de Mosquitos proviene de la abundancia de estos insectos. La English Chartered Company ocupó (1630) dos cayos de su costa, entablando amistosas relaciones con los indios, a los que, en tiempo de Cromwell, Inglaterra tomó bajo su protección, sin el asentimiento de España. *Encycl. Brit.* XII.

42 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.337. Fuenclara a Salcedo. México, 8 febrero de 1743.

reuniese una Junta de Guerra para que le aconsejase sobre el mismo asunto y, en vista de su opinión, obrase según la determinación que saliese de ella.<sup>43</sup>

Como ya dije, en el gobierno de Yucatán o Campeche había sucedido a Salcedo Don Antonio de Benavides, que, en cuanto se posesionó del mando, trató de dar cumplimiento a las Reales Cédulas de 30 de agosto de 1739 y de 28 de febrero de 1742, que ponían a su cuidado la expedición contra ingleses y Mosquitos de Roatán y de la Costa de Honduras. El 26 de marzo de 1743 salió de Mérida para Campeche “a fin de reconocer los medios más conformes al cumplimiento de la orden del Rey” y, cuando se hallaba a cuatro leguas de distancia de Campeche, le llegó un correo de Don Tomás de Rivera, participándole el auge tomado por la colonización británica en Honduras y las declaraciones de unos españoles que, habiendo salido en corso del puerto de Campeche, fueron aprisionados en Belice. En vista de estas noticias y de los informes que adquirió de hombres conocedores de aquellas costas, Benavides contestó al Virrey que, a su parecer, la armada que debía realizar la expedición contra los invasores, convenía estuviese formada de dos navíos de cincuenta cañones, de la fragata galera guarda-costas de Campeche, de algunas piraguas y de las galeotas que hubiera en La Habana, de las que se construyeron “para la expedición de la Carolina”. En esa armada irían 1.500 hombres de desembarco. Expresaba lo que hacía falta para la defensa de la plaza de Campeche, que había encontrado “en un total abandono, falta de armas, municiones y pertrechos” y proponía que la expedición contra Belice se realizara en octubre de 1743, desde el puerto de Campeche. La tropa se compondría de 350 hombres “corsarios buenos” y 25 de “tropa reglada de los más inteligentes en las costas de Balis y Honduras”, los cuales deberían ser mantenidos y armados por el Virreinato, ya que, en Yucatán, no había fondos, ni en los almacenes “un fusil para reemplazar a la tropa, que los que tienen están ya con el servicio de más de quince años totalmente inútiles”; de 150 pardos de la provincia de Tabasco, con las piraguas “que tuviere allí el Rey”; de 200 hombres de tropa regular, de la plaza de Veracruz “si fuere del agrado de V. E.”; de 400, de La Habana, y de los que se sacaran de Guatemala hasta completar el total de 1.500. Deberían llevar víveres para seis meses y ha-

---

43 Id. de id. id. id. El mismo a Güemes. México, 3 de febrero de 1743.



cerse todo con la competente fuerza “para asegurar la función sin ponerla a las contingencias de que por débil se mal-logre”, ya que era voluntad de S. M. que fuera con “la prudente seguridad de conseguirlo, porque el amago sin el logro sólo sirve de que se fortalezcan y se haga la consecución más difícil”. Si Su Excelencia accedía a que acudieran a la expedición los 200 hombres de la guarnición de Veracruz, estimaría mucho —decía Benavides, que, por haber mandado en dicha plaza, conocía bien a sus hombres— que los oficiales que los mandasen fuesen los Capitanes Don Miguel de Montero y Don Francisco Moreno, que de Marina fuesen los que su Comandante dispusiese y, entre ellos, el Capitán Don Juan Benito de Erazun. Acababa diciendo que, para informarse de las últimas noticias de las fortificaciones inglesas, enviaría, en el término de cuatro días, una piragua “a la sordina”, con 15 ó 16 hombres, al fuerte de Bacalar, que distaba de Campeche ciento veinte leguas, para que, desde allí, aprovechando la oscuridad y silencio de alguna noche, se introdujeran en el *río de Balis*, para ver si podían lograr capturar algunos ingleses, y, de lo que resultare “daré cuenta a V. Ex.<sup>a</sup>...”. 44

Por su parte, el Capitán General de Cuba, cumpliendo lo que el Virrey le ordenó en sus cartas de 3 de febrero y 7 de abril, celebró, en La Habana, la junta, a la que asistieron el Teniente General Don Rodrigo de Torres, los jefes de Escuadra Don Andrés Reggio y Don Benito Antonio de Spínola, y el Teniente de Rey Don Diego Peñalosa. Hiciéronse presentes las citadas cartas y la de Guatemala sobre la colonización británica en Honduras, así como los informes remitidos por algunos prácticos, que habían navegado en aquellos parajes. Todos fueron de opinión que, sin poseer noticia cierta de las fortificaciones hechas por los ingleses, no se podía emprender con éxito su expulsión, siendo la principal circunstancia que debía hacerse un crecido armamento para conseguirlo, y eso no podía hacerse porque la poca guarnición que tenía La Habana no permitía más que destacar 400 hombres a la Florida, para defenderla de posibles ataques, necesidad ineludible y que había movido incluso a enviar allí la galera, única embarcación de alguna fuerza existente a la sazón en dicho puerto; sólo creían que se podría emprender un golpe de sorpresa si se tuviera conocimiento perfecto de las fortalezas, porque, de entretenerse algo allí la expedición,

---

44 Id. de id. id. id. Benavides a Fuenclara. Campeche, 13 abril 1743.



al saberse ésta en Jamaica, podrían, en cuatro o seis días de navegación, acudir a la defensa de la naciente colonia, lo que malograría enteramente la expedición y la expondría a los inconvenientes que de ahí resultaran, no habiendo ningún puerto inmediato al que poderse retirar. Además, los vientos y las corrientes no eran tampoco favorables. Después de celebrada la junta (10 de mayo de 1743), Güemes, que la había presidido, en su calidad de Gobernador de la Isla de Cuba y de la Ciudad de San Cristóbal de la Habana, al notificarlo a Fuenclara propuso, siguiendo parecer de dicha junta, que fuera alguien a espiar por la costa de Belice, bajo pretexto de comerciar con los ingleses y con pasaporte francés.<sup>45</sup>

En vista de todos estos pareceres y de los informes que fué recibiendo, el Virrey contestó a Benavides que, aunque encontraba bien el armamento que le proponía y los oficiales que debían dirigirlo y nombraba cabo principal a Don Lucas de Llosa y Heredia "sugeto de conducta y experiencias", no tenía por acertado empeñarse en la expedición propuesta contra Belice "por los medios y con las fuerzas que discurre, porque no sólo no dejan esperanza de conseguir favorables efectos, sino que inducen probable recelo de que sería exponer la acción a una desgracia...". Enumerábale luego las dificultades que se le ofrecían para el buen resultado de la empresa, a saber: 1.<sup>a</sup> La falta de navíos y hombres, a causa de haber enviado el Gobernador de Cuba 400 soldados y goletas a la Florida, por existir temor fundado de que la atacarán los enemigos; 2.<sup>a</sup> Que los 1.500 hombres que la formarían, serían de tan mala calidad, especialmente los de Tabasco y Guatemala, que no servirían sino "de gasto y embarazo", eso, sin contar con que, mientras durase la guerra, no se podían sacar hombres de Veracruz ni de la Habana; 3.<sup>a</sup> Que hacía falta un año para preparar convenientemente la expedición, y los ingleses se enterarían y la harían fracasar antes; 4.<sup>a</sup> Que se necesitaba para ella mucho dinero, y 5.<sup>a</sup> Que la junta reunida en la Habana había opuesto a la misma diversos y fundados reparos. No obstante todo esto, nada se oponía a que Benavides hiciera cuanto le fuera posible para el exterminio de los ingleses confederados con los Zambos Mosquitos, en cumplimiento de las Reales Cédulas de 30 de agosto de 1739 y 8 de febrero de 1742 "persiguiéndolos frecuen-

---

45 Id. de íd. íd. íd. Doc. 5. Testimonio de la Junta que se celebró en la Habana; y Fuenclara a Triviño. México. 31 julio 1743.

temente con la galeota guardacostas, bergantines y otras embarcaciones menores, que son las más aptas para las obstilidades y guerra que conviene hacer a los indios gentiles y apóstatas, ayudados de los enemigos, destruyendo sus poblaciones y practicando el uso de otros insultos semejantes y continuos, que los fatiguen y no les permitan quietud ni permanencia, pues, como no es cuerpo ni tienen castillo ni fortalezas que atacar, sino unas rancherías de gente vaga, que se desaparece y esconde en lo más intrincado de los ríos y áspero de las montañas, cuando no pueden hacer frente y cometer con libertad sus acostumbradas atrocidades y robos, no es regular con formal expedición pretender extinguirlos, sino con repetidos armamentos menores...". Para éstos le prometía el envío de pólvora, bizcocho y otras municiones, pero advertía que le era imposible de todo punto remitirle armas de ninguna clase, pues no las había.<sup>46</sup>

Comunicó Fuenclara a la Corte lo actuado y resuelto sobre las incursiones británicas y la expedición quedó diferida;<sup>47</sup> no debía realizarse hasta 1754; año en que se verificó el ataque más poderoso de los españoles contra Belice.<sup>48</sup>

El Príncipe de Campoflorido, Embajador de España en París, había dado cuenta a Madrid de que un sujeto interesado en los negocios de Inglaterra le notificó que se aprontaban dos poderosos navíos para unirse, en la Antigua, con la escuadra del Almirante Vernon y atacar conjuntamente el puerto de La Guaira, con el designio de apoderarse de él y de los almacenes que allí tenía la Compañía de Caracas. Aunque no se creía muy segura la noticia, porque la Gran Bretaña tenía "fuer-tes empeños" en Europa, la Corte recomendó a Fuenclara que estuviera con la prevención y vigilancia necesaria a la defensa" de todos los puertos y costas del Virreinato, "por si la idea fuera invadirlos...". El Conde contestó que, desde su llegada a México, no había perdido de vista la importancia que tenía el que la plaza y castillo de Veracruz estuvieran en el mejor estado de defensa, y que, para ello, se empezó, luego que la estación lo permitió "a reedificar la ruina que había causado, en la muralla de la Veracruz, un recio Norte, en cuya obra se trabajaba por tres partes con actividad, de forma que, si no están con-

46 Id. de id. id. id. Fuenclara a Benavides. México, 6 junio 1743.

47 Id. de id. id. id. Fuenclara a Triviño. México, 31 julio 1743.

48 Calderón: *Belice*, págs. 143-145; Kingsley Garland Jayne, art. citado.

cluidas, les faltará muy poco para quedar enteramente reparadas". Además, las Milicias de la costa y, desde la Puebla abajo, estaban avisadas y prevenidas para acudir a la primera orden del Gobernador de la Veracruz, con el que el Virrey acordó las llamara, en caso de urgencia, porque, de hacerlo sin necesidad y antes de tiempo, además de ser inexcusable el pagarlas, resultaba que enfermaban y morían muchos de los que pasaban de la tierra fría a la costa. Envío todo lo necesario para que estuviera bien servida la artillería del castillo y de los baluartes y cuanto se pudo comprar y facilitar de lo que solicitaba Don Antonio de Salas, lo mismo que pólvora, que pensaba seguir remitiendo hasta que hubiera suficiente y cumplido repuesto, pero faltaba más artillería, fusiles y armas blancas, que ni se encontraban en el país ni era fácil el fabricarlas en México. La guarnición de Veracruz y del castillo de San Juan de Ulúa se componía de 1.500 hombres de Infantería y Dragones, el batallón de Marina y Lanceros, sin contar la Artillería, pero, siendo, en su mayoría, gente reclutada en el Reino y natural del país, no acostumbrada a la guerra ni a sus fatigas, no se consideraba de buena calidad. Por ello, Fuenclara previno al Gobernador de Veracruz que le parecía conveniente enviar de la capital las dos compañías de Infantería y Caballería de la Guardia, o algunos destacamentos de ellos, los cuales eran tropa "de más disposición y aire" para que estuviesen en la plaza o para que, deteniéndose en Jalapa o en Orizaba, juntas o separadas, estuviesen más cerca y a su orden, a fin de emplearlas en caso de ataque enemigo; con ellos podrían ir algunos de los oficiales que se hallaban en diversas partes del Reino y que habían visto la guerra. El Gobernador contestó que le parecía muy acertada la indicación del Virrey, pero que ya le avisaría cuando podría ponerse en ejecución, ya que, de momento, era mejor suspenderla. Al comunicar a la Corte sus disposiciones, Fuenclara escribía: "No quedará cosa que practicar de las posibles para que se logre desbaratar, en este Reino, cualquiera operación que intenten contra el Inglés, estando en la resolución de bajar a la Veracruz o a sus inmediaciones, si se pusieren a la vista, o se tuviere noticia de su venida, porque antes no lo dicta la prudencia, ni la necesidad que hay de que se mantenga en esta capital el Virrey para dar todas las providencias que de ella han de proceder, y animarlas de suerte que se hagan efectivas...". Se le contestó (San Ildefonso, 30 septiembre 1743) ordenándole minorar



los gastos, mediante haberse sabido posteriormente que los ingleses no "se hallan en estado de pensar en ningún ataque...".<sup>49</sup>

Pero, mientras en Madrid se estaba, por decirlo así, en la luna, la realidad era muy otra, y la amenaza británica es la espada de Damocles suspendida sobre los dominios españoles durante los años que duró la guerra de Sucesión de Austria (1740-1748), y la preocupación por ello se advierte a lo largo de la correspondencia de Fuenclara con la metrópoli.

Recuérdese su carta del 20 de marzo de 1743, ya citada, así como la de 3 de abril del mismo año igualmente citada: esta última decía que el Gobernador de Cuba y el Almirante Torres le habían escrito con fecha 1 de enero, que el inglés Vernon se decía que se había retirado a Inglaterra, dejando en Jamaica al Contraalmirante Ogle<sup>50</sup> con ocho buques de guerra; en cambio, el Gobernador de Puerto Rico escribía a Don Antonio de Salas que Vernon estaba en la Antigua, noticia más de acuerdo con los informes remitidos por Campoflorido a Madrid y con la realidad.<sup>51</sup>

Efectivamente, el Almirante Vernon atacó al fin a La Guaira, siendo rechazado y luego se retiró de Puerto Cabello a causa de una fuerte epidemia,<sup>52</sup> con su escuadra, compuesta de siete navíos de guerra y otros menores, muy destrozada, y con pérdidas elevadas en hombres. El Virrey hizo pública inmediatamente esta noticia, que se recibió con regocijo general, disponiendo que se cantara un solemne Te Deum y que hubiera tres días de luminarias.<sup>53</sup> El 18 de julio de 1743 se celebró, con asistencia de Fuenclara, de la Audiencia, de los Tribunales y de la Nobilísima Ciudad, la misa de acción de gracias, en la que se cantó un Te Deum, con motivo de tan feliz suceso.<sup>54</sup>

En vista de ello, aunque se continuó en Veracruz con la prevención y vigilancia, que requería el estado de guerra, siguiendo la opi-

---

49 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.505. Fuenclara a Campillo. México, 3 abril 1743 y minuta de respuesta.

50 Sir Chaloner Ogle (1681?-1750), Almirante de flota se unió a Vernon a mediados de enero de 1742, atacando a Cartagena (marzo-abril) y siendo rechazado desastrosamente. El 18 octubre 1742 Vernon se fué a Inglaterra, dejando el mando a Ogle. *Dictionary of National Biography*, vol. XLII.

51 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.505. Fuenclara a Campillo. México, 3 abril 1743.

52 Rivera, ob. cit., I, págs. 359 y 361.

53 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.505. Fuenclara a Campillo. México, 20 julio de 1743.

54 Id. de id. id. Leg. 541. Diario de la Sala de 1743, fol. 42 v.º Jueves 18 julio.



nión de su Gobernador de que no podía temerse, dado lo adelantado de la estación, un ataque inglés contra la plaza, el Virrey dispuso que las milicias, que estaban en Veracruz, así como las dos compañías de Guardias de Infantería y de Caballería, destacadas en Jalapa y en Perote, se restituyeran a sus respectivas jurisdicciones y a la capital, tanto para evitar gastos a la Real Hacienda, como para impedir que las enfermedades siguieran causando estragos en sus componentes, en aquel ambiente malsano; en el puerto quedó la tropa fija, formando el cuerpo de Dragones y el de Infantería, y, en las poblaciones cercanas, las milicias listas para actuar tan pronto como fuera necesario; también ordenó Fuenclara que se tuviera la precaución de hacer pasar a Orizaba las arcas reales y las de los particulares tan pronto como las circunstancias lo exigieran, y que se enviaran los ganados hacia el interior, pues cada día eran más temidos los ingleses.<sup>55</sup>

Alentado el Virrey con la retirada inglesa y considerando que la armada de este país no pensaría en nuevos ataques en vista de los descalabros sufridos en sus dos últimas operaciones y de la época del año en que se hallaban, pensó en organizar la expedición para desalojarlos de Honduras<sup>56</sup> a lo que le animó aún más la captura, hecha el 30 de julio, de una fragata inglesa, "El Breugale, alias la Fortuna", por la embarcación española, de la misma clase "La Vizarra",<sup>57</sup> cuando regresaba de llevar los situados a los Presidios de Barlovento. La fragata apresada se vendió, el 18 de septiembre de 1743, a Don Bernardo Olavide, residente en México, en 16.000 reales, equivalentes a 2.000 pesos, con su aparejo, arboladura y demás pertrechos.<sup>58</sup> El cargamento inglés era, además de diversas mercancías, de 418 negros de ambos sexos, y todo se vendió en Veracruz, importando esa venta 100.000 pesos, que se repartieron con arreglo a la ordenanza que reglamentaba esa división.<sup>59</sup> Para celebrar esto, se cantó, el 4 de agosto,

55 Id. de id. id. Leg. 1.505. Fuenclara a Campillo. México, 20 julio 1743; Rivera: *Los gobernantes de México*, II, pág. 359.

56 Rivera, ob. cit., I, pág. 361.

57 Era una urca, que, en la Marina Real, tenía el nombre de "Nuestra Señora de Guadalupe"; había sido donada al Rey por el Arzobispo Virrey Don Juan Antonio Vizarrón, de ahí le vino quizá su nombre vulgar de Vizarra. Beristain: *Biblioteca hispano-americana septentrional*, III, pág. 332.

58 Dos días antes se vendió a Olavide el paquebot "La Gran Bretaña", represaliado a los ingleses, en 24.000 reales ó 3.000 pesos. A. gen. de Indias. Escribanía de Cámara del del Consejo, Leg. 245. Cuaderno 2.º de la Residencia del Conde de Fuenclara, fol. 111.

59 Id. de id. México. Leg. 1.505. Fuenclara a Ensenada. México, 31 octubre 1743.

una misa de acción de gracias, en la Catedral de México, con asistencia del Virrey y demás autoridades.<sup>60</sup>

Declarada la guerra por S. M. Cristianísima a S. M. Británica y Elector de Hannover (15 de marzo de 1744) volvieron las desconfianzas en el comercio. Ya desde el comienzo de esta guerra de Sucesión de Austria, había pretendido Francia ejercer preponderancia en los asuntos de Europa, pero se le opuso Inglaterra, que influía mucho en la Corte de Viena. Al separarse Jorge II de la Convención de Hannover de octubre de 1741, que parecía haber asegurado la tranquilidad, se declaró enemigo de Francia y le suscitó otros en Europa; entonces los piratas ingleses se multiplicaron y ya no se pensó en la proyectada expedición.<sup>61</sup>

El 22 de febrero de 1744 se dió una batalla en los mares de Provenza, cerca de cabo Sicie, que tuvo influjo en el porvenir de Nueva España. Mandaba la escuadra franco-española Mr. Decourt, que dispuso se diera a la vela el 19, pero, al hacerse a la mar, chocaron los bajeles franceses "Leopardo" y "Volage", por lo que ambas escuadras dieron fondo en la ensenada de Santa Margarita; al siguiente día, volvieron a ponerse en movimiento y se mantuvieron bordeando las islas Hyères, donde permanecía fondeada la escuadra inglesa, bajo el mando del Almirante Mathews. Este, con veintinueve navíos, salió al encuentro de los veintiocho franco-españoles. Ambas partes sufrieron en el encuentro, no habiendo "bajel alguno inglés de los que entraron en la función, que no recibieran bastante daño en su buque, jarcia y arboladura" y teniendo los ingleses 700 bajas entre muertos y heridos; Mathews tuvo que dejar, en Mahón, tres navíos que no podían seguirle, cuando salió de allí a principios de abril para pasar a Villefranche. De los buques españoles, los más perjudicados fueron el "Real Hércules", el "Neptuno" y el "Constante" y las bajas fueron 500 muertos y heridos. Las dos escuadras se retiraron sin consecuencias, atribuyéndose la victoria una y otra: una carta de Fuenclara nos hace saber su imponderable "satisfacción de haber leído un suceso de tanta gloria y esplendor para las armas de Su Majestad y honor de la Nación Española, haciéndose más memorable por la desigualdad de fuerzas de nuestra escuadra respecto de la Inglesa...". El suceso se

60 Id. de id. id. Leg. 541. Diario de la Sala, sábado, 3 agosto 1743.

61 Rivera: Los gobernantes de México, I, pág. 361.

celebró, en la capital del Virreinato, con solemne Te Deum y gran regocijo de los habitantes.<sup>62</sup>

El Virrey envió quinientos quintales de pólvora para que se empleara contra los establecimientos ingleses de las islas de Roatán, Guanaja y Masagüera, aunque esa munición escaseaba en México a causa de haber volado el molino de pólvora, el 5 de abril de 1743, por efecto de una centella que cayó en él, abrasando y arruinando todo el ingenio, sin que se pudiera reedificar hasta 1.º de noviembre del mismo año.<sup>63</sup>

El 20 de septiembre de 1744 llegó a Veracruz una balandra inglesa con bandera de paz, llevando en ella a Don Pedro de Estrada, que había sido enviado por el Gobernador de la Habana a Jamaica, para —con el título de canje— rescatar el azogue que allí se encontrase, en virtud de contrata celebrada por él y Don Lucas Grangent con dicho Gobernador: Estrada se extralimitó en sus atribuciones, propasándose a contratar sobre otros géneros no comprendidos en su asiento, y se desaprobaron las capitulaciones que había negociado por inadmisibles, haciéndosele salir de Nueva España.<sup>64</sup>

Estrada trajo la noticia, que recogió en Jamaica, de que los ingleses proyectaban pasar, con embarcaciones chatas, pertrechadas y esqui-fadas, a la América Central y entrar por el río San Juan de Nicaragua (llamado también Desaguadero de la Laguna de Nicaragua), con el fin de atacar y rendir el castillo de la Pura y Limpia Concepción, contando con la ayuda de los indios, a quienes hacía tiempo consideraban como sus aliados; proponíanse, además, apoderarse de las ciudades de Granada y de León. La noticia fué confirmada por el Gobernador de la Habana en carta a Fuenclara, en la que le incluyó carta a Ensenada del Teniente de Fragata Don Miguel de Vicuña, que se hallaba prisionero en Jamaica: escribía éste que un español había insinuado a los ingleses que les sería fácil apoderarse de la provincia de Nicaragua.<sup>65</sup> El Virrey despachó un expreso al Presidente de Guatemala, comunicándole la denuncia de Estrada y las disposiciones que consideraba necesarias para la defensa de dicho castillo; hizo, también, que el Gobernador de la Habana enviase cien soldados a Nicaragua, de cuya

---

62 Rivera, ob. cit., I, pág. 359; A. gen. de Indias. México. Leg. 1.505. Fuenclara a Ensenada. México, 24 agosto 1744.

63 A. gen. de Indias. México. Leg. 2.446. De id. a id. México, 15 febrero 1744.

64 Id. de id. id. Leg. 1.505. De id. a id. México, 4 marzo 1745.

65 Id. de id. id. id. Fuenclara a Triviño. México, 6 mayo 1745.



provincia fué nombrado Gobernador Don Alonso Fernández de Heredia, al mismo tiempo que se ponía, al frente de la de Honduras, al Coronel Don Juan de Vera, con absoluta jurisdicción y autoridad en lo tocante a guerra. <sup>66</sup>

Bajo el gobierno de Heredia se hicieron reparaciones en las defensas de la ciudad de León de Nicaragua y en la costa del Mar del Sur, habiendo sido preciso que el ingeniero Don Luis Díez Navarro se mantuviese en el castillo del Río de San Juan para ponerlo en el mejor estado defensivo; se reparó el castillo de la Inmaculada Concepción, pertrechándolo de todo lo necesario, por el mismo ingeniero, y se construyeron dos fuertes de estacada en el Mar del Sur, el uno en el puerto del Realejo, con ocho cañones, y el otro en la Ensenada del Viejo, con cinco; además, las milicias se arreglaron bajo disciplina militar y fueron bien armadas. <sup>67</sup>

La balandra inglesa, llegada con bandera de paz a Veracruz, donde se mantuvo durante cinco meses, por diversas circunstancias que dificultaron su salida, trajo varios prisioneros españoles, con objeto de canjearlos. Marchóse, por fin, previa autorización del Virrey, y, con orden de éste a su Capitán y a Estrada, que se volvía en ella, de que entrasen en el puerto de la Habana, a cuyo Gobernador escribió Fuenclara que detuviera allí la balandra o le permitiera continuar su viaje a Jamaica, según la situación en que se encontrasen los navíos españoles. <sup>68</sup>

En 1744, los ingleses capturaron también el navío español "San Francisco" (alias "La Peregrina"), en su viaje de Cádiz a Veracruz, y lo condujeron a Jamaica. <sup>69</sup>

En el mismo año, los ingleses, bajo el mando del General Oglethorpe, <sup>70</sup> sitiaron a San Agustín, capital de la Florida, pero no lograron tomarla, porque la defendió valerosamente su Gobernador Don Manuel

66 Id. de id. id. id. Fuenclara a Ensenada. México, 25 noviembre 1744, y Rivera, ob. cit., II, pág. 362.

67 A. H. N. Estado. Leg. 2.320. Fernández de Heredia a Don José de Carvajal. León de Nicaragua, 15, 17 y 18 de abril de 1747.

68 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.505. Fuenclara a Ensenada. México, 25 febrero 1745.

69 A. H. de P. Sevilla. Of. 16 de 1745 de Mateo Díaz Menéndez Valdés, fol. 43.

70 James Edward Oglethorpe, n. en Londres 22 diciembre 1696 y m. en 1 julio 1785, general y colonizador de Georgia. "Dictionary of National Biography", vol. XLII.



de Montiano, sufriendo el bombardeo de los enemigos, que, viendo inútiles sus esfuerzos, se retiraron.<sup>71</sup>

A fines de 1744 o comienzos de 1745, salió de España el buque sueco "Carlos Enrique". Como la guerra continuaba, se embarcaron en él, por parecer más seguro que los españoles, cincuenta y tres personas de esta nacionalidad, veinte de ellas religiosos misioneros de San Diego.<sup>72</sup> También se embarcó allí un cajoncito con varios despachos del Real servicio, que se remitían al Virrey de Nueva España. Todo ello cayó en poder de los ingleses, que llevaron el buque a Jamaica. El Gobernador de ésta, Edward Trelawney, dispuso que saliese de allí la balandra "Spee Well", con bandera blanca, con una carta suya, y con los prisioneros españoles para que fueran canjeados por otros ingleses en Campeche. Uno de los españoles, Don Esteban Cortés, recogió el cajoncito de despachos, que andaba rodando y despreciado. La balandra, bajo el mando del Capitán Carlos Price, llegó a Campeche el 24 de junio de 1745. Pero, al registrarse su carga, se encontraron géneros de ilícito comercio. Al saber el Gobernador de Campeche, Benavides, que la balandra transportaba mercancías prohibidas, hizo poner tropa en el navío y que éste pasara a Veracruz, a donde arribó el 22 de julio. Las mercancías de que se trataba eran cajones con tabaco y cacao; la resolución sobre ellas fué larga.<sup>73</sup>

Pese a todos estos hechos, que prueban que el peligro de una invasión estaba siempre latente, la Corte de Madrid, al mismo tiempo que ordenaba al Virrey que mantuviese la debida vigilancia para evitar o rechazar cualquier ataque enemigo, no dejaba de exhortarle de continuo a que moderase y disminuyese el gasto de la tropa: Fuenc Lara se veía así en un constante conflicto entre dos deberes.

El estado de guerra había hecho, es cierto, que los gastos de ese ramo hubieran subido de un modo desmesurado, tanto que, por ejemplo, el presidio de Veracruz, que, pocos años antes, costaba 152.000 pesos, se calculaba, ya en la época del Duque de la Conquista, en más de 400.000.<sup>74</sup>

71 Alcedo, A. de: *Diccionario geográfico-histórico...*, I, pág. 32.

72 A. gen. de Indias. México. Leg. 510. Testimonio adjunto a la carta de Fuenc Lara de 30 nov. 1745, fol. 1.

73 Id. de id. id. id. Fuenc Lara a Ensenada. México, 30 noviembre 1745, testimonio adjunto, fols. 16 a 20.

74 Riva Palacia, V.: *México a través de los siglos*, II, pág. 792.

Fuenclara, siempre fiel cumplidor de la voluntad real, procuró disminuir el gasto, comenzando, como ya he dicho, por la Guardia del Real Palacio de México. Hízose también la reforma de la guarnición de Acapulco a la vez que la de Veracruz. Conforme a las órdenes del Virrey, el Gobernador de esta ciudad, Don Antonio Salas, tuvo una junta para reducir gastos y, el 16 de febrero de 1744, participó a Fuenclara que se había resuelto dejar la guarnición en 1.300 hombres, que se hallaban formando seis compañías de Dragones montados, cada una de 50 hombres, y 1.000 infantes, con lo que se ahorran 60.000 pesos anuales. Al dar cuenta de este arreglo a la Corte, el Virrey refería también la disminución hecha en la Infantería de la Guardia del Real Palacio, que había sido aumentada por el Arzobispo Virrey. Y no era —añadía— que considerase a esos hombres dados de baja como superfluos, puesto que (advertencia saludable al Gobierno español) “no sólo sirve este Cuerpo para freno de las insolencias que puede obrar en México su numeroso pueblo, sino para reforzar la guarnición de la Veracruz, cuando lo pide la necesidad o la prevención, sino porque no pudiéndoles pagar en adelante puntualmente, es mejor deshacerse de esta gente que no tenerla disgustada, por no ser fácil pagarla con la prontitud que desea, y suele solicitarle con reparable diligencia, porque, en la América, espera con menos sufrimiento la tropa el ser socorrida, que en España, y este desorden tiene dificultoso remedio, porque como ella propia es la que se ha de castigar, respecto de no haber otros cuerpos con que punir sus delitos, es inexcusable muchas veces disimular, y acomodarse a su mismo atrevimiento...”.<sup>75</sup> En otra carta de la misma fecha, insistiendo en que no gastaba superfluamente —pese a la opinión de Ensenada (que, en cambio, no consideraba superfluo ningún gasto hecho, loablemente, en la restauración de la Marina)— y creyendo que, en la Corte, se suponía que, en caso necesario, podía utilizarse a la tropa de Milicias, apuntaba las siguientes juiciosas observaciones:

“Y porq. parece q. se forma algún concepto de ellos, y que se tiene por accesible reducirlos a disciplina con oficiales q. de tpo. en tiempo los instruyan, y exerciten: éstas, en lo general, están desarmadas, se componen de gente despreciable y vaga, q. apenas tiene domicilio (menos pocas compañías q. hay de españoles) y nunca se han considerado de otro provecho q. el de que, en caso de aparecerse los enemigos, para

75 A. gen. de Indias. México. Leg. 2.446. Fuenclara a Ensenada. México, 17 abril 1744.

alguna operación, les ponga maior recelo la muchedumbre que puedan tener a la vista...".<sup>76</sup> Podríamos decir, pues, que, en caso de un ataque enemigo, las milicias no servirían más que de espantajos.

Al año siguiente, por orden de 23 de junio de 1745, se redujo aún más la guarnición de Veracruz, bajando cada una de las diez compañías del Regimiento de la Corona de 100 a 80 hombres, con lo que economizó el gasto de 200 hombres, a 15 pesos al mes cada uno, es decir, 3.000 pesos, y se suprimieron otras plazas innecesarias, ahorrándose en total 40.863 pesos.<sup>77</sup>

Aunque cumplía las órdenes de la metrópoli, no dejaba de poner los reparos que debía a ellas y es característica sobre esto la carta que escribió el 20 de febrero de 1744. Contestando a otra del Marqués de la Ensenada de 7 de septiembre de 1743, en que se le prevenía que no permitiera "con fantásticos y fingidos miedos", se llamara a las milicias a ninguna parte, por el gran aumento que se había hecho de tropa regular, sin saberse el motivo, el Conde recordaba que, desde su llegada, había procurado rebajar los gastos de toda clase y especialmente los ocasionados por las disposiciones que dio la Audiencia, por indicación del Gobernador de Veracruz, Benavides, haciendo que acudieran a este puerto todas las milicias *de asistencia y viático*, y aseguraba que no las movería con motivos leves y sin consultarlo con el nuevo Gobernador, Salas, "a quien no parece —puntualizaba— ser sobrada la tropa, ni ha propuesto que se minore", y terminaba diciendo que el aumento de la tropa regular comenzó bajo el gobierno del Arzobispo Virrey, que lo hizo en cumplimiento de una Real Orden.<sup>78</sup> Ya acabamos de ver que, no obstante esos reparos, Fuenclara redujo la guarnición de Veracruz.

Las economías llegaron también a la Armada de Barlovento, reformándose, en su Batallón de Marina, 23 hombres por compañía y parte de la gente de mar de las mismas.<sup>79</sup>

No he aumentado un real de sueldo ni gastádolo superfluamente. —escribía el Virrey— sino antes bien he procurado todo el ahorro que me ha sido posible". Si se gastó en preparativos de defensa fué por si iba Vernon.<sup>80</sup>

76 Id. de id. id. Leg. 2.446. Del mismo al mismo. México, 20 febrero 1744.

77 Id. de id. id. Leg. 2.446. Del mismo al mismo. México, 20 septiembre 1745.

78 Id. de id. Leg. 1.505. Del mismo al mismo. México, 20 febrero 1744.

79 Id. de id. id. id. Del mismo al mismo. México, 25 noviembre 1745.

80 Id. de id. id. Leg. 2.446. Del mismo al mismo. México, 20 febrero 1744.



La defensa del Virreinato requería también la buena manutención de la escuadra y el pago exacto de los situados de los Presidios. Estos eran: la plaza de la Habana y los de Cuba, Santo Domingo, Cumaná, Puerto Rico y San Agustín de la Florida.<sup>81</sup> Dos meses después de su llegada a México, recibió el nuevo Virrey cartas de los gobernadores de Habana, Cuba y Florida, del Teniente General Don Rodrigo de Torres y del Intendente Don Andrés Ximénez de Carrega, en las que se refería los atrasos en que se hallaban los presidios de su cargo y la escuadra y la necesidad de ser socorridos "abundantemente, porque de otra manera no podrían subsistir y se seguirían dañosas consecuencias". Fuenclara remedió esa necesidad enviándoles, de momento, algunas pagas, y discurrió el modo de remitirles el situado de un año, por lo menos, ya que se les debían tres. Para ello, pidió al Consulado y al Comercio un préstamo de millón y medio de pesos y, aunque, con trabajo, obtuvo el de 1.200.000, señalándole, para su indemnización, el cobro de la renta de Alcabalas. Para completar los que faltaban hasta 2.189.139 pesos, tomó dinero de las cajas de fuera y 100.000 pesos que adelantó el Conde de San Pedro del Alamo: todo ello se embarcó en la fragata "La Vizarra", a la que protegió, en su viaje de Veracruz a la Habana, la escuadra de Torres, que salió a encontrarla a la sonda de la Tortuguilla, para que no la atacaran los ingleses. Desde la Habana se envió el situado a los demás presidios.<sup>82</sup>

Una Real Cédula de 30 de junio de 1743 mandó al Virrey que socorriese, con el mayor esmero y diligencia, al Presidio de San Agustín, cuyo Gobernador y Oficiales Reales, en carta de 2 de octubre de 1742, se quejaban de la grande estrechez y deplorable estado en que se hallaban, por la deuda de más de 194.000 pesos atrasados y, de los situados de 1740, 1741 y 1742: para cumplirla, mandó Fuenclara que, desde la Habana, les asistiese la Compañía de este nombre con víveres, ya que podía hacerlo más pronto, por su proximidad, que llevándoselos desde México, como se había hecho hasta entonces; en cuanto a los sueldos, comunicó a Madrid que no era posible pagarlos por el momento, a causa de la "suma estrechez" de la Real Hacienda.<sup>83</sup>

El 4 de octubre de 1743 se comunicó a Fuenclara la orden dada

---

81 Id. de id. id. Leg. 509. Del mismo al mismo. México, 17 abril 1744. Nota adjunta.

82 Id. de id. id. Leg. 1.336. Fuenclara a Triviño. México, 1 marzo 1743.

83 Id. de id. id. Leg. 1.338. El mismo al Rey. México, 19 febrero 1744.



a los Tenientes Generales Güemes y Torres sobre las expediciones que se les encargaba ejecutara la escuadra anclada en Veracruz. Sin perder instante, el Virrey dio todas las providencias necesarias y dispuso se remitieran a dicho puerto harina, menestras y carnes sin limitación hasta la mayor cantidad que pudiera reunirse y, además, 100.000 pesos, para que fueran embarcados en los navíos "Europa" y "Castilla", a fin de que, hallándose depositados en las Cajas de la Habana a disposición de los referidos Tenientes Generales, se empleasen en los preparativos de la operación u operaciones que se resolviera hacer.<sup>84</sup>

El 17 de abril de 1744 notificaba a la Corte el envío del situado de los presidios de Barlovento y de la escuadra real que estaba en la Habana para el plazo de ocho meses sólo, porque no había caudales suficientes para remitir un año entero: como no fué posible juntar, de los caudales pertenecientes a S. M. ni siquiera el importe de los ocho meses, solicitó, de los vecinos de México, un préstamo, y tomó, del Arca de Bienes de Difuntos, 140.000 pesos; con mucho trabajo se logró así reunir 1.404.165 pesos, 3 tomines y 11 granos, que se embarcaron en "La Vizarra", con los 100.000 pesos para el pago de los salarios de la gente de la Armada de Barlovento. Advertía que, si no había caudales suficientes para subvenir al situado de los presidios y de la escuadra era porque se enviaban a España 500.000 pesos.

Habíase ingeniado el buen aragonés para reunir el dinero.

"Comprendiendo —dice— que el Consulado no estaba en condiciones de anticipar cantidad alguna y que convenía no estrecharle para que recibiese con menos indisposición el aumento del 2 % de la Alcabala, que se impone, como refiero en otra carta, tomé el expediente de llamar a mi cuarto a cada uno de los ciento y treinta sujetos de este comercio que contiene la nota del Testimonio adjunto, a quienes verbalmente hice presente la urgencia y precisión en que me hallaba de enviar socorro a los Presidios de Barlovento en que se interesaba tanto el Real servicio, y que sería aceptable a S. M. que, según las facultades de cada individuo hiciesen el préstamo que les fuese posible con la seguridad de que se les devolvería luego que entrasen caudales en las cajas...".

Todos los llamados se esforzaron en contribuir al préstamo en la medida de sus posibilidades, pero, para conseguirlo, tuvo el Conde

---

84 Id. de id. id. Leg. 1.505. Fuenclara a Ensenada. México, 15 febrero 1744.

que usar "de todas las expresiones y persuasiones eficaces" porque los comerciantes de México, contra lo que se suponía en Madrid, no eran poderosos. Entre ellos contribuyeron: el Conde de San Pedro del Alamo, con 100.000 pesos; Don Manuel de Aldaco, con 60.000; Don Francisco de Tagle, con 50.000; Don Manuel de Rivas Cacho, con 30.000, y Don Juan Rubín de Celis, con 8.000.<sup>85</sup>

Adjuntaba a esta carta nota de los caudales enviados con "La Vizarra":

Plaza y guarnición de la Habana ...	272.854 pesos	5 tomines	4 granos
Para obras de fortificación .....	5.000	"	
Para el pontón del puerto .....	5.000	"	
Para compra de tabacos .....	200.000	"	
Para construcción de navíos .....	150.000	"	
Para subsistencia de la escuadra ....	333.333	"	2 tomines 8 granos
Para el presidio de Santo Domingo	107.786	"	7 y 1/3
Para compras de su Cabildo eclesiástico .....	3.076	"	5 " 7 "
Para el presidio de Puerto Rico ...	85.106	"	2 " 6 "
Para el presidio de Cuba .....	133.281	"	2 " 8 "
Para el presidio de Cumaná .....	30.743	"	4 " "
Para el presidio de Florida .....	127.983	"	4 " 8 y 2/3
Para la Armada de Barlovento .....	100.000	"	
Total .....	1.554.165 pesos	4 tomines	1 grano

El 19 de febrero del mismo año había comunicado que, aunque la Habana necesitaba anualmente, sin contar el Presidio de Cuba, 929.000 pesos, procuraría hacer los mayores esfuerzos para asistirla, si bien advertía que, cuando llegara la paz, convendría reformar, es decir, rebajar gastos en aquel y en los demás presidios, porque, de otra manera, no podría "convalecer en muchos años el Erario".<sup>87</sup>

El 15 del mismo mes y año acusó recibo de la carta de 4 de octubre de 1743 diciendo que la había cumplimentado, enviando harinas y me-

85 Id. de id. id. Leg. 505. Fuenclara a Ensenada. México, 17 abril 1744.

86 Id. de id. id. id. Testimonio adjunto a la carta anterior.

87 Id. de id. id. Leg. 1.505. Fuenclara a Ensenada. México, 19 febrero 1744.

nestras a la Habana, el primer género en cantidad de mil tercios y el segundo de 1.500 quintales; también envió carnes y pólvora.<sup>88</sup>

El Teniente General Torres había escrito a Madrid que el Virrey le escribió que tenía poca esperanza de poder seguirle enviando socorros para la escuadra de su mando por el sumo atraso que padecían las Cajas Reales de México. Ensenada escribió entonces a Fuenc Lara (28 enero 1744) que el Rey había oído con admiración esta noticia, porque, estando persuadido de que, experimentándose ahí un continuo atraso, desde el principio de la guerra, en remitirse a España caudales de este Reino, se acudiría en el todo a las obligaciones de él, a la de los Presidios e Islas de Barlovento “ y demás afectas a las Cajas de México y, preferentemente, a la asistencia de la escuadra; reprochaba el Ministro al Virrey que las obligaciones del Virreinato sufrían gran descubierto, que la escuadra no cubría sus gastos y que éstos eran muchos, en México, superfluos e inútiles. Que el Rey, al nombrarle, lo hizo con la confianza de que se atendiese a todos los gastos sin aflicción de los vasallos y que, para facilitar su gobierno, nombró Secretario a Fernández Molinillo, que, por su experiencia, le propondría los seguros medios de facilitar caudales con qué atender a las obligaciones precisas, “no considerando la segunda la de remitir a S. M. algún dinero, que pudiese servir de alivio en las urgencias actuales, y estrecheces del Erario”. Acababa la misiva diciendo que, por el silencio de Molinillo, se creía en Madrid que no era ya el que había sido o que sus consejos eran inútiles con el Conde de Fuenc Lara.

Este contestó a la injusta e impertinente carta de Ensenada, con estas discretas y convincentes razones:

“He leído, con toda atención, el contenido de esta carta y confieso a V. E. que me ha sorprendido el concepto que supone se tiene allá de que este Erario está tan robusto, que no sólo alcance a cubrir todas las obligaciones y dispendios que están apoyados a él, sino que puedan hacerse remisiones a España; porque o han faltado los que me han precedido en estos cargos, desde que empezó la guerra, a informar a S. M., como debían, de su débil estado: o se contentaron con omitirlo, dejando a los Presidios de Barlovento, la escuadra y otros empeños en el atraso de alcances en que encontré a mi arribo estas importancias, que, por lo menos, es el de cerca de tres años, a excepción de la escuadra,

---

88 Id. de id. id. Leg. 2.446. Del mismo al mismo. México, 15 febrero 1744.



que no sé ni me consta el descubierto en que se halla. Yo creía que se estuviese en otro dictamen y persuasión, por lo mucho que conviene tener a la vista una verdad tan necesaria, bien que, cuando salí de la Corte (como ya he dicho a V. E. anteriormente) el Sr. Dn. Joseph del Campillo parece que tenía segura inteligencia de esta situación, pues me previno, preguntado por mí, que no enviase dinero alguno, y observo que no había echado de menos, ni otro Ministro; que no se hubiesen ejecutado remesas de caudales de aquí a España, pues el Arzobispo, siendo Virrey, el Duque de la Conquista, ni la Audiencia Gobernadora tuvieron orden para ello, ni pensaron en este cuidado, sino que, barriendo las cajas y valiéndose de cuanto ramo privilegiado había, se aplicaron a proveer las extraordinarias urgencias que causaba la presente guerra, en que, si hubo o no exceso, no lo he cometido yo”.

Decía luego que era cierto que escribió el 4 de abril de 1743 a Torres avisándole lo difícil de enviarle otro socorro igual al que le remitía entonces y advirtiéndole que “esperaba de su discreción que el medio millón que iba destinado para la escuadra se manejaría y trataría con aquella regla y tiento en la distribución que importaba para conseguir su subsistencia”. Esta casi imposibilidad se la notificó ya, en carta de 1 de marzo del mismo año, a Campillo. Había atendido cumplidamente a la escuadra y no había otro Virrey que, en tan corto tiempo, le hubiera enviado tanto dinero (más de 1.456.833 pesos, sin incluir otros gastos). Y, si se hubiera de enviar todo lo que Torres decía necesitar, no habría fondos bastantes. De ello parece que Ensenada estaba persuadido, pues que, en carta de 18 de junio de 1743, encargó a Fuenclara que aplicara “las disposiciones *que le sean posibles* a conservarlas, concurriendo con los socorros *que pudiere* remitir a aquella Ciudad y *le permitieren* las actuales urgencias”.

“De que se infiere —recalcaba el Conde— hallarse V. E. en el conocimiento que éstas son grandes y excesivas, que no dan los medios de aquí ensanche ni posibilidad para sostenerlas enteramente”.

Refutando la acusación que se le hacía de gastos superfluos, fundándose en la certificación que remitió de los Oficiales Reales, decía que no se referían a su tiempo, porque el quinquenio de que se formó llegaba hasta 1741 inclusive, y siendo muchos de esos gastos accidentales no se hacían ya; él iba disminuyéndolos todos, como hizo con la tropa de Veracruz y la Guardia del Real Palacio. Pero no podía



pasar a ejecutar algunas reformas que deseaba “sin tener fundamentos suficientes que aseguren prudentemente este paso, porque sería poner a contingencias el acierto, y en veinte meses de Gobierno tan extendido no es fácil conseguir la probabilidad que requiere el deshacer lo que se ha establecido por disposiciones antecedentes que he de presumir las haya ocasionado la razón y motivos del Real Servicio, pudiendo solamente usarse esta regla en lo que son gastos fortuitos...”. Afirmaba que, desde su llegada, no había hecho ningún gasto superfluo y las cosas a que debía atender no dejaban más que “corto o ningún resto para gastos inútiles”.

Defendíase también de la poco meditada frase de Ensenada “aflicción de los vasallos” diciendo que no llevó al Virreinato órdenes para imponer tributos extraordinarios y, sin ellas, “fuera delito muy grave en cualquier Virrey haber pasado a la ejecución de lo que le está expresa y rigurosamente prohibido...”.

Sobre sus relaciones con Molinillo escribía: “Aunque pudiera dar muchas pruebas, no sólo del aprecio, sino del concepto que me debe y ha debido Don Francisco Fernández Molinillo, y de la íntima comunicación y confianza con que le he tratado y trato todas las dependencias que se ofrecen en este Gobierno; veo que se ha de poner en duda si V. E. no me hace la honra de creerlo. Me he valido de sus noticias prácticas e inteligencia particular en los negocios de este Reino: pues es el fin con que le destinó S. M. al empleo de Secretario de este Virreinato, de que tuve grande complacencia, manifestada verbalmente en la Corte al Sr. Dn. Joseph del Campillo, y, desde aquí, por escrito, dándole gracias por la elección, respecto a que la experiencia me había hecho conocer, con el trato inmediato de este Ministro, sus buenas prendas. No se ha ofrecido hasta ahora entre los dos discordia ni aun disputa... en todo lo que toca al Real servicio oigo su dictamen...”. Aunque Molinillo había pedido licencia para volver a España, lo hacía por quebrantamiento de su salud y no porque el Virrey dejara de tratarlo “con la distinción e intimidad que se merece y manda S. M.”.

Acababa diciendo: “También me insinúa V. E. que de hechos que se reconocen en las providencias de este Reino, parece que no son acertadas, y, aunque por desgracia, o ignorancia mía, puede ser así, aunque no de malicia, debiera esperar del favor que merezco a V. E. que me las individuase, para que pudiera enmendarlas o satisfacerlas: y

me prometo que V. E. se sirva advertírmelas, a fin de que las corrija si lo pidieren, porque nada suspiro tan de veras como desempeñar la obligación y confianza que debo al Rey...".

A todas estas atinadas razones se le contestó, simplemente, el 29 de abril de 1745, que S. M. fiaba de su celo para el envío de socorros a la escuadra y a la Real Hacienda.<sup>89</sup>

El 5 de agosto de 1744, el Teniente General Torres escribió al Virrey que los navíos de su escuadra se encontraban en mal estado, a consecuencia de la falta de asistencia para su conservación. Fuenclara le contestó el 22 de octubre haciéndole patente el importe total de las cantidades que había remitido a la Habana, a la vez que gruesas porciones de víveres para la subsistencia de la gente; al comunicarlo a Madrid, acompañó un estado de la distribución de los caudales remitidos, fundado en la certificación dada por el Tesorero de la misma escuadra, tratando así de convencer al Ministro de que no sólo había suministrado el dinero correspondiente al tiempo que llevaba gobernando, sino que aún quedaba residuo para la conservación.<sup>90</sup>

Los cuidados del Virrey debían extenderse también al fomento de la Marina, para lo cual era preciso remitir al Astillero de la Habana caudales para la construcción de bajeles: en 24 de agosto de 1744 comunicó el envío de 200.000 pesos para la construcción, en dicho Astillero, de cinco buques, dos de ochenta, y tres de setenta cañones.<sup>91</sup> Una Real Orden de 31 de mayo de 1745 le ordenó incrementar esa tarea: contestó Fuenclara que proseguiría en ella con la misma eficacia que lo había practicado hasta entonces "tan activamente como S. M. quiere y conoce que es de la mayor importancia de la Corona".<sup>92</sup> Las cantidades que, de orden de Fuenclara, se remitieron a la Caja de Veracruz para la manutención de la escuadra llegada de España, construcción de navíos, pertrechos y carenas, fueron, en total, 2.600.000 pesos.<sup>93</sup>

Quizá con la misma mira del fomento de la Marina, de cuya restauración española fué el Marqués de la Ensenada el más glorioso

89 Id. de id. id. id. Fuenclara a Ensenada. México, 14 junio 1744.

90 Id. de id. id. Leg. 1.505. Del mismo al mismo. México, 25 noviembre 1744.

91 Id. de id. id. id. Del mismo al mismo. México, 24 agosto 1744.

92 Id. de id. id. id. Del mismo al mismo. México, 20 septiembre 1745.

93 Id. de id. Escribanía de Cámara del Consejo, Leg. 245. Cuaderno 6 de la Residencia de Fuenclara, fol. 36.

propulsor, se envió al Conde un Real Despacho en que el Rey le mandaba remitir a la Habana, del producto de los Azogues, 400.000 pesos en lugar de los 200.000 que se habían remitido hasta entonces; conformóse el Virrey con lo dispuesto, asegurando que siempre que el Administrador General de dicho ramo aprontara los 400.000 pesos anuales, se enviarían éstos en las ocasiones más seguras que se ofrecieran.<sup>94</sup>

Desde la pérdida del galeón de Filipinas, toda la prudencia era poca para los envíos de los situados a los Presidios de Barlovento: para evitar un tropiezo al navío que los llevaba, no zarpaba de Veracruz hasta que salían a encontrarlo otros navíos de la Habana.<sup>95</sup>

El desnivel existente entre los ingresos y los gastos impedía al Virrey enviar a España tanto dinero como hubiera deseado el Gobierno de Madrid y mejorar el estado del erario; sólo la Armada de Barlovento gastaba sobre cien mil pesos más de lo presupuestado.<sup>96</sup> En cuanto al gasto anual de los seis presidios marítimos de Barlovento (Habana, Cuba, San Juan de Puerto Rico, Santo Domingo, Cumaná y San Agustín de la Florida) era, en 1739, antes de declararse la guerra, de 632.479 pesos, dos tomines y un grano; en 1741, fué de 1.208.451 pesos, un tomín y un grano.<sup>97</sup> A pesar de este aumento excesivo, el Conde fué tan generoso y pronto en su remesa, que jamás se experimentó defecto ni peligro, por falta de socorros, víveres y caudales<sup>98</sup> y socorrió, con oportunidad, no sólo a los presidios citados, sino a los de Panzacola y Laguna.<sup>99</sup>

El juicio de Residencia acreditó que los individuos que sirvieron en las compañías de soldados y gente de mar, durante el mando del Conde de Fuenc Lara, fueron gente lucida y que se asistió y pagó oportunamente a toda la marinería.<sup>100</sup>

La consulta era un requisito indispensable en todos los nombramientos de cargos, sin excluir los de carácter militar y, hasta tanto que

94 Id. de id. México. Fuenc Lara a Ensenada (Leg. 1.505). México, 20 abril 1745.

95 Id. de id. id. Leg. 1.505. Fuenc Lara a Ensenada. México, 25 mayo 1745.

96 Rivera, M.: *Los gobernantes de México*, I, pág. 359.

97 A. gen. de Indias. Escribanía de Cámara del Consejo. Leg. 245. Cuaderno 6 de la Residencia del Conde de Fuenc Lara, fols. 29 a 35.

98 Id. de id. id. id. Cuaderno 2 de la misma, fol. 73 v.

99 Id. de id. id. id. fols. 36 v. y 37.

100 Id. de id. id. id. Cuaderno 2 de la misma Residencia, fol. 19.



el Rey aprobaba al propuesto por el Virrey ó la Audiencia Gobernadora, el interesado ejercía su cargo interinamente. Habiendo el Oidor Don Pedro Malo, en calidad de Capitán General interino, hecho la provisión de una Compañía de Dragones de la plaza de Veracruz, dio cuenta de ello al Rey, pidiendo se sirviese aprobarla por las razones que hizo presentes y S. M. la aprobó, previniendo al Virrey, por Real Orden de 26 de marzo de 1743, que se hiciese la provisión de empleos con justicia y en proporción a los méritos de los acreedores a ellos.<sup>101</sup>

Fuenclara tuvo siempre presente esta Real Orden. El Comandante de la Armada de Barlovento le representó la falta que había, en los navíos de ella, de oficiales sueltos, siendo preciso muchas veces echar mano de los de las compañías del Batallón de Marina, con el inconveniente de quedar éstas sin ninguno; con la guerra se hacía más urgente la necesidad. Atendiendo a dicha representación, el Virrey ordenó al citado Comandante que le propusiese sujetos para el grado de Tenientes de Fragata, como ya se había hecho otras veces: él le propuso, en consecuencia, siete, para Tenientes; uno, para Alférez de Navío, y otro, para Alférez de Fragata. El Virrey nombró a los propuestos interinamente y lo comunicó a S. M. para que se dignara aprobarlos "si fuere de su Real agrado".<sup>102</sup>

Los nombrados debían percibir su sueldo desde el día en que se les nombraba interinamente. Siempre justo en todo, Fuenclara defiende el derecho de los nombrados cuando en la Metrópoli se olvida. El 18 de octubre de 1743, por Real Orden, se aprobaron catorce nombramientos para empleos militares del Cuerpo de Dragones de la plaza de Veracruz, del Presidio de la Isla del Carmen y de la Compañía de Infantería de la Guardia del Real Palacio de México, omitiéndose, en todos ellos, la cláusula de que se les pagara desde la fecha de su nombramiento interino. El Virrey hizo que se registraran los nombramientos y se remitieran a los interesados, pero, cuidadoso de que no se lesionara el citado derecho, escribió a Madrid, expresando lo hecho y acompañando testimonios de otros Reales nombramientos expedidos por S. M., en que no faltaba la cláusula omitida en los catorce últimos: encarecía la conveniencia de que se agregara dicha salvedad "así por ser conforme

---

<sup>101</sup> Id. de id. México. Leg. 1.505. Fuenclara a Ensenada. México, 19 de febrero de 1744.

<sup>102</sup> Id. de id. id. id. Del mismo al mismo. México, 17 abril 1744.



a lo resuelto por S. M. por punto general, como para quitar las dudas que, por falta de ella, se mueven sobre el tiempo desde cuando se ha de abonar el sueldo".<sup>103</sup>

No olvidaba hacer presentes los servicios de los que se retiraban de la vida activa después de largos años. Con ocasión, por ejemplo, de ser jubilado "por su edad avanzada y otros accidentes que padece" (Real Orden de 17 de febrero de 1744) Don Gaspar Guillén de Aguilar, Ministro principal de la Armada de Barlovento en Veracruz, dejándole la mitad del sueldo, escribió el Virrey ponderando los "largos servicios y méritos" de Guillén y la necesidad en que se hallaba "enfermo, ciego y con dilatada familia": en consecuencia, suplicaba se le concediera el consuelo de la jubilación con todo el sueldo.<sup>104</sup>

Ya hemos visto que el Virrey contaba, para su tarea ejemplar, con buenos colaboradores en las provincias remotas; también los tuvo en la Nueva Galicia con el Marqués de Aisa y Don Fermín de Echeverz. El primero, el aragonés Don Francisco de Aisa, Coronel de Infantería, y sobrino del Obispo Mimbela, había sido Alcalde ordinario de Guadalajara en 1736<sup>105</sup> y sucedió, en el cargo de Capitán General, en 1739, a Don José Barragán de Burgos (que lo fué desde 1732 y renunció);<sup>106</sup> había sido nombrado en 18 de mayo de 1738 y ejerció el cargo hasta 22 de enero de 1743.<sup>107</sup> En 1740 se le concedió la futura de la Presidencia de Guadalajara, con el grado de Coronel, como a sus antecesores, por el servicio de 18,750 pesos fuertes que ofreció, para las urgencias del Real servicio, bajo condición de que, si él no podía entrar a servirla, lo harían, en su lugar, el Teniente de Caballería Don Gabriel de Aisa o Don Gabriel Sánchez Leñero.<sup>108</sup> Tomó diversas providencias para la defensa de las costas del Mar del Sur, por si ocurría una invasión inglesa, las cuales se aprobaron en Madrid, pero se le previno que no repitiera los considerables gastos hechos, sino en caso de inminente riesgo.<sup>109</sup>

Sucedióle en el gobierno Don Fermín de Echeverz González y

<sup>103</sup> Id. de id. id. id. Del mismo al mismo. México, 17 abril 1744.

<sup>104</sup> Id. de id. id. id. Del mismo al mismo. México, 25 noviembre 1744.

<sup>105</sup> Gaceta de México, núm. 99 de febrero de 1736.

<sup>106</sup> Pérez Verdía, L.: *Historia particular del Estado de Jalisco*, I, pág. 350.

<sup>107</sup> A. H. N. Consejos. Consejo de Indias. Leg. 21.003, núm. 1. Residencia del Marqués del Castillo de Aisa, libro 1, fol. 70.

<sup>108</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 1.970. Buen Retiro, 30 junio 1740.

<sup>109</sup> Chapman: *Catalogue of Materials...*, págs. 98-99.

Subiza, que llegó a México en agosto de 1742<sup>110</sup> y se ocupó también de la defensa de las costas del Mar del Sur, de la conservación de sus fortalezas y de la seguridad de sus puestos.<sup>111</sup>

A pesar del estado de guerra, la vida se desenvolvía normalmente en toda la extensión del Virreinato, que gozaba de una paz comparada por los historiadores a la paz romana, cuya majestad imponente —dicen— heredó y conservó España, tanto que esa paz es la nota dominante del Imperio español, una paz desconocida en aquella parte del mundo antes y después de la época colonizadora, y nunca ningún enemigo logró penetrar a gran distancia de la costa.

---

<sup>110</sup> "Mercurio de México" de agosto de 1742, en "Bibliografía Mexic.", II, pág. 922; Pérez Verdia: ob. cit., I, pág. 352; Mota Padilla, M. de la: *Historia de la conquista de Nueva Galicia*, pág. 497.

<sup>111</sup> A. H. N. Consejos. Consejo de Indias. Leg. 21.003, núm. 3. Residencia de Echeverz, Cuad. 1.º, fol. 60; Chapman: ob. cit., pág. 100.

## VI

### EL VIAJE DE ANSON Y LAS RELACIONES CON FILIPINAS

En la "Instrucción" reservada decía el Rey de España a Fuenclara:

"Es notorio el empeño con que los Ingleses, después que me declararon la guerra, han solicitado y solicitan poner en execución vastos designios, que miran a apoderarse de algunos de mis Dominios de América, no sólo para poseerlos, sino para conseguir ventajosos partidos en el caso de algún ajuste, con daño de la Monarquía de toda la Nación. Y aunque últimamente han abandonado la Ensenada de Guanátamo en la Isla de la Habana, que habían ocupado con el intento de establecerse en aquel parage, quedando muy debilitados por la mucha gente que han consumido las enfermedades, no obstante, habiendo pasado a incorporarse con el Almirante Vernon a Jamaica un refuerzo de cuatro mil hombres de Tropa reglada que salió de Inglaterra por Noviembre del año pasado, es muy posible que, con estas fuerzas, intenten los enemigos alguna nueva operación, para restaurar el crédito e intereses que hasta ahora han perdido en las que han puesto la mano, ignorándose la parte donde pueden dirigirse...".<sup>1</sup>

Al frente de la flota inglesa enviada contra los dominios españoles en América iba el intrépido marino Jorge Anson, uno de esos admirables artífices del Imperio británico, que merece un estudio atento. Nacido en Shugborough (Staffordshire) el 23 de abril de 1697, hijo de Guillermo Anson y de Isabel Carrier, cuñada del Lord Canciller

---

1 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.505. Instrucción. . . , capítulos 2 y 3.

Macclesfield, debió mucho a su parentesco con este personaje. Ingresó en la Marina Real en febrero de 1712 y, muy rápidamente, alcanzó los grados de teniente (1716), teniente de navío (1722) y *Post-captain* (1724). En esta calidad sirvió dos veces en Norteamérica como capitán del "Scarborough" y del "Squirrel" de 1724 a 1730, y de 1733 a 1735. En 1737 fué designado para el mando del "Centurión" y, después de la ruptura de relaciones con España, al comenzar las hostilidades contra nuestro país, fué escogido para mandar, con el cargo de comodoro, la escuadra que se enviaba a atacar las posesiones españolas de América del Sur.<sup>2</sup>

Esta escuadra zarpó de Inglaterra el 18 de septiembre de 1740 y se componía de cinco navíos de guerra y de una chalupa, además de dos embarcaciones de transporte para llevar los víveres. Los navíos eran: el citado "Centurión", con sesenta cañones y cuatrocientos hombres de tripulación, que iba mandado por el mismo Anson; el "Glocester", con cincuenta cañones y trescientos hombres, mandado por Ricardo Norris; el "Severo", con igual armamento que el anterior, bajo las órdenes de Ricardo Legg; "La Perla", con cuarenta cañones y doscientos hombres, al mando de Mateo Mitchell; y el "Wager", con veintiocho cañones y ciento sesenta hombres, mandados por Dandy Kidd. La chalupa el "Tyral" tenía ocho cañones y cien hombres, y la mandaba John Murray. Los navíos de transporte eran de 400 y 200 toneladas. Norris dejó el mando al llegar a Madera por falta de salud y fué reemplazado por Mitchell, al que sustituyó Kidd, a éste Murray y a éste el teniente Chaap.<sup>3</sup> El viaje fué muy accidentado, perdiéndose dos navíos cerca del cabo de Hornos y otro, el "Wager" en el golfo de Peñas, en la costa de Chile, y, más adelante, la escuadra quedó reducida a sólo el buque almirante. En junio de 1741, alcanzó las islas de Juan Fernández.<sup>4</sup> En septiembre del mismo año capturó el buque mercante español "Nuestra Señora del Carmen", mandado por Don Manuel Zamora y que se dirigía del Callao a Valparaíso, llevando un rico cargamento de azúcar, telas, cofres de plata labrada y veintitrés espuelas de pesos, cada una de doscientas libras, además de mucha correspondencia. Las noticias que adquirieron con ésta les animaron

2 David Hannay, art. Anson de la "Encyclopaedia Britannica", tomo II.

3 *Historia general de los viajes...*, tomo 18, págs. 329 y 330.

4 Hannay, art. cit. de la "Encyclopaedia Britannica", tomo II.



a continuar en su fructuosa piratería,<sup>5</sup> gracias a la ausencia de una fuerza efectiva de defensa española en aquella interminable costa del Pacífico.<sup>6</sup> En la costa de Chile capturaron otro navío español, el "Aranzanu", destruyeron el primero que habían apresado y pasaron su tripulación y municiones a éste, al que impusieron el nombre "Presa del Tyral", poniéndolo bajo el mando de un tal Saunders.<sup>7</sup>

El 5 de noviembre se apoderaron de la embarcación "Santa Teresa de Jesús", de Guayaquil, con cargamento de maderas y otras mercancías y el 10 del mismo mes saquearon e incendiaron la ciudad de Paita.<sup>8</sup>

El 20 de mayo de 1743 interesaba la Corte de Madrid del Virrey que notificara el número y valor de las presas que Anson hizo en el tiempo que se mantuvo en el Mar del Sur: Fuenclara ordenó al Castellano y Oficiales Reales de Acapulco, como único medio para lograrlo, que examinaran a las personas que allí vivían a quienes el Comandante inglés había dado libertad en 1742, cuando se detuvo en sus inmediaciones con intención de apresar la nao de Filipinas a su regreso; declararon los que se hallaban en esas condiciones, que fueron el marinero francés Luis Lexier, el español Juan Pabón y "Julián de la Peña, natural de Lila en los payses vaxos", que se calculaba el valor de todo lo apresado, incluyendo el saqueo de Paita, de 900.000 a un millón de pesos.<sup>9</sup>

La constante disminución de su tripulación por las enfermedades y el estado agotado de los que quedaban, obligó a Anson a reunir a todos los supervivientes a bordo del "Centurión" y a refugiarse en la isla de Tinián,<sup>10</sup> una de las Marianas, llamada también Buenavista, de la que hizo una brillante descripción en la relación de sus viajes.<sup>11</sup> Allí supo que no había salido de Nueva España el galeón que mantenía el comercio del Virreinato con Filipinas y, desde entonces, formó el designio de retirarse a China a carenar el "Centurión" y volver al año siguiente a esperar en el mar en que se encontraba a la sazón, y, en

5 *Historia general de los viajes...*, tomo 18, pág. 363.

6 Hannay, ob. cit.

7 *Hist. gen. de los viajes...*, tomo 18, pág. 365.

8 Hannay, ob. y art. cit., e *Hist. gen. de los viajes...*, tomo 18, págs. 366 y 367.

9 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.505. Fuenclara a Ensenada. México, 31 de mayo de 1744.

10 Hannay, art. cit. en "Encyclopaedia Britannica", II.

11 Malte Brun: *Geografía Universal*, II, pág. 378.

lugar de un galeón, apresar dos. Con esta ilusión consolábase de las vicisitudes que había experimentado en aquel largo viaje, pues, perdidos los demás navíos de su escuadra, se había visto precisado a incendiar el "Glocester", único navío de guerra que le quedaba.<sup>12</sup>

En noviembre de 1742 se encaminó a Macao, haciendo que el "Typa" diese la banda al "Centurión", poniendo en ello suma vigilancia, pues supo que los comerciantes de Manila, por medio de los amigos que tenían en Cantón, trataban de pegarle fuego. Evitado este peligro y carenado el "Centurión" a su satisfacción, entró en el puerto de Cantón, en donde, para ocultar sus designios, hizo correr la voz de que pensaba encaminarse a Batavia y de allí a Inglaterra. Pero, luego que se hizo a la vela, que fué a principios de mayo de 1743,<sup>13</sup> después de haber experimentado grandes dificultades con los chinos,<sup>14</sup> hizo saber a su tripulación que iban en busca de los dos galeones que debían arribar a Filipinas. Esta noticia fué tan bien recibida que, por tres veces, la chusma gritó: "¡Viva nuestro general!", tan segura estaba del éxito del futuro encuentro.<sup>15</sup>

Se ha visto, en el capítulo anterior, cómo Fuenclara atendió, en la medida de sus fuerzas, a la defensa del Virreinato, pero sus cuidados no debían limitarse a esto ni a los presidios inmediatos del Mar de las Antillas y golfo de México, sino que también necesitaba preocuparse del lejano archipiélago de Filipinas, con el que la principal comunicación y puede decirse que casi la única, era la llamada Nao de la China, que hacía un viaje anual de Manila a Acapulco y viceversa. Al tomar posesión del Virreinato el Conde de Fuenclara, hallábase anclado en el puerto de Acapulco el patache<sup>16</sup> de Filipinas "Nuestra Señora del Pilar", que, bajo el mando de su General Don Manuel Gómez de Bustamante, salió de Cavite el 13 de junio de 1741 y entró en el puerto mejicano el 19 de enero de 1742, demorando su partida hasta que Anson, que se hallaba en aquellas costas, con dos navíos de guerra y tres marchantes, se separó de ellas. El marino inglés había entrado en

<sup>12</sup> Cavo: *Los tres siglos de Méjico*, Libro Undécimo, pág. 135.

<sup>13</sup> Id. id., pág. 135; *Viaje de Jorge Anson*, libro 3, cap. 8, citado por Cavo, y Hannay, art. cit.

<sup>14</sup> Hannay, art. cit.

<sup>15</sup> Cavo, ob. cit., pág. 135; y *Viaje de Jorge Anson*, libro 3, capítulo 8.

<sup>16</sup> Embarcación que, antiguamente, era de guerra, y se destinaba al servicio de los buques mayores en escuadras para llevar avisos, reconocer las cosas y guardar la entrada de los puertos. Barcia: *Diccionario*..., tomo IV.

el puerto de Cihuatanejo, jurisdicción de Zacatula, para vigilar la llegada del patache, pero, cuando supo que ya había entrado en Acapulco, resolvió retirarse quemando tres de sus navíos y echando en tierra a los prisioneros (18 de mayo de 1742). La Audiencia de México, que gobernaba interinamente el Virreinato, dispuso se celebrara, en Acapulco, una junta del Gobernador y oficiales de la plaza para tratar de la marcha del patache, al cual tuvo efecto el 28 de febrero y acordó aconsejar a la Audiencia que demorara la partida del dicho buque. Una junta General de Hacienda y de Guerra, celebrada por la Audiencia el 6 de marzo y 28 de abril, resolvió, por mayoría de votos, lo mismo.<sup>17</sup> Habiendo desaparecido los motivos de esa larga permanencia, Fuenc Lara procuró que el "Nuestra Señora del Pilar" zarpase para Filipinas lo antes posible.<sup>18</sup> No salió de Acapulco hasta el 7 de diciembre de 1742, llevando a bordo un caudal de 1.374.715 pesos, 6 reales y 4 granos, de los cuales eran 530.500 de particulares a quienes la Audiencia había dado permisos para su remisión y el resto de los situados de Filipinas y Marianas, limosnas de misioneros y producto de las mercaderías.<sup>19</sup>

El 18 de febrero arribó al puerto de Acapulco el patache filipino "Nuestra Señora de Covadonga", a cargo del General Don Luis Manso y Velasco: había salido de Cavite el 22 de julio de 1742, llevando a bordo un caudal de 2.500 piezas, equivalentes, según la valuación hecha en Manila, a 312.000 pesos.<sup>20</sup>

Traía la carga permitida de mercancías (tejidos, listonería, canela, pimienta y otra multitud de mercaderías, por valor de 312.000 pesos, formando las dichas 2.500 piezas). Correspondíale embarcar, para su regreso, por valor de 624.000 pesos, es decir, el doble de lo que había traído, según un reglamento del 8 de abril de 1734, dado por el Consejo de Indias, y había hecho su viaje sin haber encontrado ni visto, en su largo viaje, embarcación alguna. A su vuelta llevaría, además, los situados de las islas Filipinas, Marianas y Misiones. No podía el Virrey

17 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.336. Doc. 5. Fuenc Lara al Rey. México, 30 de enero de 1743, y doc. 4.

18 Id. de id. Escribanía de Cámara del Consejo. Leg. 245. Residencia de Fuenc Lara. Cuaderno 2. fol. 17 v.; Leg. 1.505. Fuenc Lara a Campillo. México, 20 marzo 1743.

19 Id. de id. México. Duplicados del Virrey. Leg. 1.336, doc. 4. Fuenc Lara al Rey. México, 30 enero 1743.

20 Id. de id. id. id. Leg. 1.337, doc. 26. Fuenc Lara al Rey. México, 14 marzo 1743.



calcular lo que, en total, llevaría en su viaje de regreso y decía a Campillo:

"...Al paso que recelo que se embarca más caudal que el que se registra, y procuro con el mayor rigor evitarlo, temo que el ingenio de los de Filipinas, y la codicia de los Ministros que deben impedir este desorden superen a la eficacia de las diligencias que se aplican por mi parte para estorbarle; pero, como no tengo indicio ni otro fundamento que la leve presunción, no he podido hasta ahora pasar a procedimiento alguno, y cuido de informarme por los medios de confianza y secreto para castigar con escarmiento a los que me parezca que delinquen...". Avisaba en esta carta que una fragata inglesa había capturado un barco, con toda su carga, en la costa de Java, aviso que era, a la vez, recuerdo de la constancia del peligro.<sup>21</sup>

Desde julio de 1739 gobernaba Filipinas el Brigadier Don Gaspar de la Torre, nacido en Flandes, pero de padres españoles.<sup>22</sup> Con el patache "Nuestra Señora de Covadonga" llegó una carta suya (16 de julio de 1742) para el Virrey de Nueva España, diciendo que se le había prevenido por la Corte que estuviera vigilante por si la escuadra de Anson trataba de invadir las islas y podía asegurar que tanto la plaza de Manila como el puerto de Cavite estaban bien prevenidos para frustrar cualquier intento enemigo; decía también que había muerto Don Juan Angel Rodríguez, Arzobispo de Manila.<sup>23</sup>

Hecha la feria acostumbrada en Acapulco, el Conde de Fuenclara y el Consulado dieron orden de que se embarcaran en el galeón los caudales y que estuviera pronto para hacerse a la vela luego que la primavera asomara:<sup>24</sup> salió el 15 de abril.<sup>25</sup>

Interesábase Fuenclara por el lejano archipiélago. En 17 de abril de 1744 pidió que se concediera al comercio de Filipinas que pudiera embarcar 1.500.000 pesos para aquellas islas, además de lo que le estaba concedido de ordinario, pagando por esta gracia el 10 % a Su Majestad.<sup>26</sup>

Mientras que el Gobierno de Madrid escribía al Virrey que mi-

<sup>21</sup> Id. de id. id. Leg. 1.505. Fuenclara a Campillo. México, 20 marzo 1743.

<sup>22</sup> Buzeta, Manuel: *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de las islas Filipinas*, tomo II, pág. 263.

<sup>23</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 1.505. Fuenclara a Campillo. México, 3 abril 1743.

<sup>24</sup> Cavo, ob. cit., Libro Undécimo, pág. 135.

<sup>25</sup> A. gen. de Indias. México, Leg. 1.505. Fuenclara al Rey. México, 22 abril 1743.

<sup>26</sup> Id. de id. id. id. Fuenclara a Ensenada. México, 17 abril 1744.



norara los gastos porque se sabía que los ingleses no se hallaban en estado de atacar, preparaban ellos una operación con poco riesgo y gran provecho. No se atrevían a hacer un desembarco, es cierto, en vista de los reveses experimentados, pero se apoderaron del patache de Filipinas, según lo tenía previsto el audaz Anson.

El 20 de mayo de 1743 descubrió éste el cabo del Espíritu Santo, en la isla de Samal, última del archipiélago filipino, y la primera que buscaban los galeones que volvían de Nueva España, pues allí se ponían atalayas desde la primavera para advertir a los galeones si había o no corsarios que cruzaran por aquel mar. Desde aquel día se mantuvo en aquella altura sin acercarse a tierra y un mes más tarde ocurrió el encuentro.<sup>27</sup>

A principios de mayo supo el Gobernador de Filipinas que Anson, después de su expedición por las costas americanas, había reparado, en Cantón, las averías de su buque y se encaminaba hacia el cabo del Espíritu Santo con intención de apresar al "Covadonga". Para proteger a esta nave, Don Gaspar de la Torre dispuso que saliera el recién llegado patache "Pilar" con dos goletas (3 de junio), a las órdenes de Don Juan Domingo Nebra. Navegando por el embocadero, le enteró la goleta "Rosario", destacada como centinela, de que, el día 22 del mes anterior, se aproximó a la costa de Borongán una embarcación de tres palos, disparando seis cañonazos. Nebra, en vez de apresurar el viaje, entró en el puerto de San Jacinto de Ticao. Al cabo de cinco días de injustificada demora, hubo de ver que su barco hacía agua, y lo participó a Manila, recibiendo orden de regresar a Cavite. A pesar de esto, cuando, en 1745, se abrió juicio de residencia sobre su proceder, salieron Nebra y sus subordinados absueltos, no obstante el convencimiento moral de que su tardanza influyó en que se malograra el objeto de su salida.<sup>28</sup>

Entretanto, como se dijo, el "Nuestra Señora de Covadonga" había salido de Acapulco el 15 de abril, mandado por el General Don Jerónimo Montero, portugués de nacimiento y el oficial más hábil y valeroso que tenían los españoles en Filipinas. No sólo era el patache mayor que el "Centurión", sino que tenía a bordo treinta y seis cañones

---

<sup>27</sup> Cavo, ob. cit. Libro Undécimo, pág. 136.

<sup>28</sup> Montero y Vidal, J.: *Historia general de Filipinas*, tomo I, pág. 476; A. gen. de Indias. México. Leg. 1.339. La Torre a Fuenclara. Manila, 23 julio 1745.

y veintiocho pedreros. La tripulación estaba surtida de armas pequeñas y el navío bien defendido contra el abordaje, tanto por la altura de sus bordes como por una fuerte red de cuerdas, de dos pulgadas, que lo ceñía, y que defendía con medias picas.<sup>29</sup>

Quiso Montero, cerca de la altura de las Marianas, montar toda la artillería de entrepuente, ante la eventualidad de un ataque por los ingleses; pero el dictamen de los oficiales fué contrario, creyendo que bastaba con poner en las miras a proa los cañones de mayor calibre. En las Marianas supieron que Anson había abandonado el puerto por efecto de un temporal, dejando en tierra ciento cincuenta hombres, a los que pudo recoger después sin que se les hubiera ofendido en lo más mínimo. Pensaron que el navío inglés no estaba en condiciones de combatir y, con estas esperanzas, prosiguió el viaje hasta el 30 de junio en que, en el cabo del Espíritu Santo, vieron una vela a larga distancia: no variaron su derrota, y, a las pocas horas, se hallaban frente al "Centurión", que montaba sesenta y cuatro piezas de artillería. Ya el combate era inevitable y, a pesar de sus desventajas, lo aceptaron.<sup>30</sup> El "Covadonga" no esquivó el encuentro, sino que, por el contrario, enderezó la proa sobre el inglés y comenzó a hacer fuego inmediatamente.<sup>31</sup>

Luego que ambas naves estuvieron a tiro de cañón, se entabló la batalla, que fué muy reñida por dos horas, siendo las armas iguales por las dos partes. El viaje de Anson dice que la tripulación española se componía de 550 hombres; Montero afirma que sólo eran 300 "mandados en parte por pacíficos mercaderes", mientras que el navío inglés era tripulado por 400 hombres aguerridos.<sup>32</sup> Cavo escribe: "...aunque los españoles eran superiores en gente, su navío, como a propósito para gran carga, no jugaba el artillería ni hacía las evoluciones navales con aquella destreza que el "Centurión", que estaba sin carga".<sup>33</sup> La batalla continuaba, sin que la victoria se declarara por una ni otra parte. Montero hizo poderosos esfuerzos para vencer, pero, al cabo de dos horas, pese a ser hombre de coraje, fué gravemente herido de una bala y obligado a dejar su puesto, sustituyéndole en el mando el Sar-

29 *Historia general de los viajes...*, tomo XIX, pág. 18.

30 Montero y Vidal, ob. cit., I, págs. 476 y 477.

31 Riva Palacio: *México a través de los siglos*, II, pág. 789.

32 *Hist. gen. de los viajes...*, XIX, pág. 18; Montero Vidal, ob. cit., I, pág. 477.

33 Cavo, ob. cit., Libro Undécimo, pág. 136.

gento Mayor Don Antonio Bermúdez. Viendo Anson que la victoria era muy dudosa, mandó aportar, en las gabias y gabietta, los treinta mejores fusileros que tenía, que no dejaban parar a ningún español en el alcázar y combés del galeón. Esto hizo que la acción se decidiese a favor de los ingleses, después de haber muerto sesenta y siete hombres y sido gravemente heridos ochenta y cuatro, que eran la flor de los españoles. Al ver el Sargento Mayor que la cubierta estaba llena de muertos y heridos y estarlo él mismo de un balazo en un muslo, juzgó que era temeridad el seguir la pelea y arrió bandera, rindiéndose, con gran enojo del General Montero, que pedía volaran la Santa Bárbara. Antes de entregar el navío, arrojaron al agua los pliegos reales, no atreviéndose a hacer otro tanto con el numerario, dando un barreno al buque, con lo cual habría impedido que los ingleses se apoderaran de tan rica presa.<sup>34</sup> El "Centurión" no perdió más que dos hombres y sólo tuvo diez y siete heridos, entre ellos un teniente.<sup>35</sup>

Al tiempo que Anson se disponía a posesionarse de su presa, le avisaron que se había pegado fuego a la pólvora que tenían los artilleros y que el incendio se comunicaba a las obras exteriores del "Centurión". Disimuló cuanto pudo su temor y, exhortando a la tripulación a hacer su deber, tuvo la felicidad de que el incendio se apagara. Inmediatamente pasó a la ocupación del patache, de donde, después de dejar en él unos cuantos marinos para las maniobras, más de trescientas personas de todos estados y calidades fueron transbordadas al "Centurión" y encerradas en su bodega. Habiendo asegurado así el buque capturado, los ingleses, que ansiaban saber el importe de su presa, después de registrar cuantos escondrijos tenía el navío, hallaron, en plata acuñada, 1.313.843 pesos, y, en barras, 4.463 marcos, menos dos onzas; de las preciosas mercaderías de Nueva España hicieron tan poco caso que, en la Relación del Viaje de Anson, apenas se habla de la cochinilla. Probablemente Anson supo del capitán español que el otro patache se había hecho a la vela para Filipinas mucho tiempo antes y que lo creía a salvo, noticia inesperada que aguló al inglés la alegría que sentía por su victoria "¡tan cierto es —dice Cavo— que

34 *Hist. gen. de los viajes...*, XIX, pág. 18; Alsedo Herrera, D.: *Piraterías y agresiones de los ingleses en la América española*, pág. 331.

35 Cavo, ob. cit., pág. 136; Montero Vidal, ob. cit., I, pág. 477.



jamás los hombres se satisfacen con lo que adquieren!". Disgustado porque sus proyectos no le habían salido tan bien como esperaba, llevó su presa a Cantón,<sup>36</sup> remolcando tras sí al "Covadonga". En Macao dio libertad a sesenta prisioneros, entrándose él por el río de Cantón. A los veinte días de su llegada, mandó a Macao al General Montero, ya curado de sus heridas por el cirujano de a bordo, así como a otros oficiales y prisioneros, pero retuvo a ochenta hombres para completar su tripulación. Reunidos a los liberados anteriormente, tomaron Montero y sus compañeros algún dinero a préstamo y embarcaron para Manila, aprovechando que, a la sazón, se hallaba allí el patache "Santo Domingo", que conducía al Obispo de Nueva Cáceres, Don Isidro de Arévalo, y que los llevó a Manila, donde desembarcaron el 30 de noviembre.<sup>37</sup>

La ira por el agravio y el sentimiento por tan importante pérdida fué general en Manila. En todas las clases, incluso en la eclesiástica, era unánime el deseo de vengar semejante ultraje: tantas instancias hicieron para ello al Gobernador, que éste no pudo negarse a la formación de una escuadra. Después de varias juntas de Guerra y votos consultivos, se resolvió a despacharla, aunque de mala gana y en vista de las acaloradas deliberaciones, en busca de Anson, que se decía estaba en Macao. Componíase del galeón "Rosario", de una fragata ligera proporcionada por los Marqueses de Monte Castro y de Salinas (que dieron, además, 8.000 pesos para ayuda de gastos), y de una chalupa vivandera, perteneciente a un capitán armenio de los que comerciaban en las islas, las cuales tres naves se hicieron a la vela el 16 de marzo de 1744, a las órdenes del General Don Antonio González Quijano. Encamináronse a Cantón, donde ya no estaba el intrépido inglés,<sup>38</sup> lograron, sin embargo, capturar un barco enemigo, pero, no encontrando en los chinos y portugueses de Macao la ayuda necesaria, ni siquiera el suministro de bastimentos, determinaron regresar a Filipinas en noviembre, sin detrimento alguno, pero habiendo costado la inútil expedición más de 100.000 pesos, que suministró totalmente el comercio filipino "con la fidelidad que acostumbra". Residenciados el general y oficiales del "Covadonga", pidió el Fiscal contra ellos graves penas,

<sup>36</sup> *Hist. gen. de los Viajes...*, XIX, págs. 16-21; Cavo, ob. cit., pág. 136.

<sup>37</sup> Montero Vidal, ob. cit., I, págs. 477-78. A. gen. de Indias. México. Leg. 1.339. La Torre a Fuenclara. Manila, 23 julio 1745.

<sup>38</sup> Estaba de regreso en Inglaterra desde el 15 de junio de 1744. Hannay, art. cit.



a causa de no haber eludido el encuentro o hecho más por vencer y por evitar que el enemigo se apoderara de la plata; pero el Gobernador estimó justos sus descargos y los absolvió: en 1755 se recibió un Real Despacho confirmando la absolución.<sup>39</sup>

Entretanto Fuenclara, preocupado por la tardanza del galeón, escribía: "Es quasi infalible que dege de venir el citado galeón, cargado cada año, o algún patache de Manila; y aunque ha sucedido el faltar, siempre ha puesto cuidado quando se ha experimentado algún año esta nouedad, porque sin la negociación de los intereses q. trae, padecen mucho atraso y menoscauo los habitantes de Filipinas.

"Este año no ha venido el galeón anual, ni otra embarcación, ni ya la espera nadie, porque no hay exemplar q. haya llegado después de pasado el mes de Marzo, que es el tpo. en que los más que se han retardado han entrado en Acapulco.

"Quando se ha padecido esta falta ha sido las más veces ocasionada (menos de algunos que se han sumergido) de que demorándose la salida del Navío del Puerto de Cavite, suelen encontrar vientos contrarios fuera de las Islas, e imposibilidad de montar las Marianas, por cuió invencible embarazo se ven obligados a desistir del viage y voluer de arriuada al Puerto de donde se hicieron a la vela: porq. dicen los prácticos de aquella nauegación que si el galeón se huviese perdido en el embocadero, o por hauerle apresado los enemigos, poniéndose en distancia y proporcionado parage para lograrlo en las inmediaciones del Puerto, tienen por cierto que no se huvieran descuidado en avisarlo a este Rey.<sup>o</sup>...".<sup>40</sup>

En septiembre de 1744 se vieron tres navíos extranjeros en la jurisdicción de Tomatlán: de ello avisó el Gobernador de Sinaloa al Comandante de California Don Esteban Rodríguez, y el Presidente de Guadalajara al Virrey; despachóse inmediatamente una canoa de aviso al galeón que pudiera llegar de Filipinas para que procurara rehuir el encuentro.<sup>41</sup>

La noticia de la pérdida del "Nuestra Señora de Covadonga", que se supo en México por un aviso que llegó a Veracruz el 19 de

---

39 Montero Vidal, ob. cit., I, pág. 478. A. gen. de Indias. México. Leg. 1.339. La Torre a Fuenclara. Manila, 23 julio 1745.

40 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.505. Fuenclara a Ensenada. México, 17 abril 1744.

41 I. de id. id. id. Del mismo al mismo. México, 4 marzo 1745.

octubre de 1744, enviado por la Corte en agosto del mismo año, <sup>42</sup> consternó a los interesados, que acusaron de tal pérdida al Virrey y al Consulado. "Los hombres —escribe Cavo— somos de tal condición, que medimos las cosas por los sucesos. Si acaece una desgracia, la atribuimos a falta de prudencia en los que mandan, como si todo lo hubieran de prevenir; al contrario, si de alguna providencia temeraria resulta alguna felicidad, se reputa por consumada prudencia. Los mejicanos discurrían de esta manera: Si sólo un galeón hizo tanta resistencia, ¿qué hubieran hecho dos? Sin duda que o los ingleses no se hubieran expuesto al combate, o hubieran quedado vencidos". <sup>43</sup>

En el aviso llegado de España se ordenaba al Virrey que, para evitar semejantes pérdidas, no saliera de Acapulco ni el galeón que allí estuviera ni los que llegaran después y que se le avisara así al Gobernador de Filipinas, en pliego que llevara una embarcación pequeña, sin conducir caudal alguno. En vista de esta orden, Fuenclara pensó en utilizar la fragata que se hallaba al servicio de las misiones de California y escribió al P. Jaime Bravo, Superior de ellas, que se la enviara. <sup>44</sup>

Hasta el 21 de marzo de 1745 no salió de Acapulco la fragata de las misiones "San Francisco", con los pliegos para Don Gaspar de la Torre, bajo el mando del capitán piloto Don Ignacio Pérez de Arce, y una tripulación de treinta hombres: había llegado al mismo puerto el 9 de enero, muy estropeada, y hubo que emplear mucho tiempo en repararla. Como faltaban a las Filipinas los situados de tres años, que debían haber recibido de Nueva España, comprendido en ellos el capturado a bordo del "Nuestra Señora de Covadonga", y, además, se carecía en aquellas islas de muchos géneros que se remitían de México, el Virrey hizo embarcar en la fragata ochenta barriles de vino para la celebración de misas, así como los santos óleos, por no haber allí, a la sazón, ningún obispo consagrado; también se embarcaron en la fragata siete jesuitas. <sup>45</sup>

Era el capitán Pérez de Arce sujeto muy práctico, por lo que Fuenclara le dejó completa libertad en el modo y rumbo de su viaje, con tal de que procurase guardarse de los navíos enemigos: encargóle que se

42 Id. de id. id. Leg. 1.339. La Torre a Fuenclara. Manila, 23 julio 1745.

43 Cavo, ob. cit., Libro Undécimo, pág. 136.

44 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.338. Duplicados del Virrey. Fuenclara a Triviño. México, 25 noviembre 1744.

45 Id. de id. id. id. Fuenclara a Ensenada. México, 25 febrero y 30 abril 1745.

enterarse del contenido de los pliegos, para dar cuenta verbal de ellos en Manila, por si la contingencia de un naufragio o de un apresamiento por los ingleses le pusiese en la extrema necesidad de perder o de arrojar al agua los pliegos, y, por último, le prohibió llevar dinero ni traer mercancías de Filipinas.<sup>46</sup>

Habiendo vuelto a presentarse, en este tiempo, en el mar de Acapulco o del Sur, buques corsarios, el Conde de Fuenc Lara despachó a toda prisa un barco al cabo Corrientes, en California, para que avisara al galeón que llegara de Filipinas que entrara en el puerto de Matanchel, más seguro que el de Acapulco, y descargara allí. Afortunadamente así se ejecutó, y en Matanchel se celebró la acostumbrada feria, con gran concurso de mercaderes de la Nueva Galicia. Pero como dicho lugar es más insano que Acapulco, muchos de los feriantes fallecieron.<sup>47</sup>

El viaje de Arce se realizó sin novedad alguna. Llegó el 2 de julio de 1745 a San Miguel de Naga, puerto de la provincia de Camarines y, desde allí, remitió los pliegos al Gobernador del archipiélago, que lo era aún Don Gaspar de la Torre.<sup>48</sup> La miseria de aquella administración era grande, pues faltaba ya el situado de cuatro años y los caudales necesarios para el comercio: urgía también el envío de fusiles y de bronce, metal imposible de adquirir en aquellas partes, por haber cesado la facilidad de conseguirlo, como hasta entonces, en China, por las graves penas con que el Emperador prohibió su extracción; asimismo se necesitaba alguna gente de Infantería y Marinería, para reemplazar la falta de españoles que se dejaba sentir.<sup>49</sup>

Encontrábase aquella colonia con el temor de ser atacada por una escuadra inglesa, compuesta de ocho navíos, con 322 cañones y 1.700 hombres, que bajo el mando del jefe de Escuadra Barnet, había llegado a la posesión holandesa de Batavia: esto motivó la suspensión de la carga del patache "Nuestra Señora del Rosario", que se disponía a regresar a Nueva España; el Gobernador había tomado, además, todas

46 Id. de id. id. id. Del mismo al mismo. México, 30 abril 1745.

47 Rivera: ob. cit., I, pág. 361; Villaseñor "Teatro Americano", parte 1, libro 1, capítulo 7.

48 Falleció el 29 de septiembre de 1745, víctima de la disentería, peligrosa enfermedad del país, que le sobrevino a causa de la tristeza que le producía su situación y el verse mal quisto de sus gobernados. Buzeta: ob. cit., II, pág. 263.

49 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.505. Fuenc Lara a Ensenada. México, 14 de marzo 1746.



las providencias convenientes para que las plazas de Manila y Cavite se pusieran en estado de rigurosa defensa, y tenía toda la gente sobre las armas, sin atreverse a retirarla “no obstante —comunicaba a Fuenclara— los crecidos gastos que se ocasionan, y la falta de caudales, así en la Caja Real como en todo el vecindario para soportarlo”; esperaba de él que tomara la providencia más rápida posible para aliviar su miseria. No se quiso arriesgar el Gobernador a que fuera el “San Francisco” el barco que regresara a México, por asegurarle los técnicos que no se hallaba en disposición de hacer de nuevo tan larga travesía y, en su lugar, despachó al “Santo Domingo”, que había sido armado en corso por algunos particulares, con la presa de una balandra inglesa, que cogieron en el estrecho de Malaca con telas de seda y algodón. Era un barco a propósito para defenderse, en caso necesario, de otro cualquiera de su porte, y se le puso bajo el mando del General Don Pablo Francisco Rodríguez de Berdosido.<sup>50</sup>

La gabarra de aviso, mandada por Don Juan de Madariaga, que fondeó en Veracruz el 11 de agosto de 1745, llevó una carta de Ensenada de 28 de enero del mismo año, participando la noticia que se tenía de la marcha de la escuadra inglesa de Barnet hacia el mar del Sur para hacer el corso, y mandando que las costas estuvieran prevenidas para defenderse de cualquier ataque. Fuenclara, aunque no tenía noticias de haberse visto barcos, comunicó la orden al Presidente de la Audiencia de Guadalajara y al Castellano de Acapulco para que tomaran, en sus respectivos distritos, las medidas conducentes a la defensa y vigilancia requeridas, incluyendo en ello las costas de las provincias de Sinaloa y Sonora.<sup>51</sup>

El 19 de diciembre de 1745 se amarró en el puerto de Acapulco la fragata perulera “Nuestra Señora del Rosario”, despachada por el Virrey del Perú, Don José Manso de Velasco, de aviso; trajo noticias de haberse avistado escuadras enemigas en aquellas costas.<sup>52</sup>

Inquieto el Virrey por la tardanza en su regreso de la fragatilla, en los comienzos de 1746, en vista de que se había pasado enero y se estaba pasando febrero sin noticias de ella y sin que hubiese llegado ninguna embarcación de Filipinas, dispuso que, puesto que convenía

50 Id. de id. id. id. Don Gaspar de la Torre a Fuenclara. Manila, 26 julio 1745

51 Id. de id. id. id. Fuenclara a Ensenada. México, 20 septiembre 1745.

52 Id. de id. Escribanía de Cámara del Consejo de Indias. Leg. 245. Cuaderno 2.º de la Residencia del Conde de Fuenclara, fols. 17 v.º y 18.



saber lo que sucedía en aquel lejano archipiélago, se habilitase un barco; creyó que sería a propósito la dicha fragata perulera, que le parecía capaz de hacer el viaje a Manila con los pliegos que debían llevarse a Don Gaspar de la Torre. No había terminado aún el aparejo del navío, cuando el Virrey tuvo carta del Presidente de Guadalajara, Don Fermín de Echeverz,<sup>53</sup> participándole que, el 20 de febrero, había entrado, en el deshabitado puerto de Matanchel, de su jurisdicción, el patache "Santo Domingo" y que su capitán había pedido víveres y mulas al teniente del pueblecillo de Guainamota para remitir al Virrey los pliegos y cajones que había conducido del Real servicio, desde Filipinas. Por ello no hizo ya el viaje la fragata perulera, que había llegado pilotada por Don Juan Sánchez Manchego.<sup>54</sup> Echeverz pasó en persona al puerto de Matanchel, para hacerlo fortificar contra los posibles asaltos del enemigo y habitó allí, por dos o tres meses, en una barraca, con grandes molestias, enfermando a consecuencia de ello, de tercianas.<sup>55</sup> En Matanchel hubo que reparar el patache, mantener a la tripulación y proveerlo de lo necesario para su transporte a Acapulco.<sup>56</sup> Los gastos de esto y de lo que se invirtió en correos y en otras cosas de tierra subieron a 4.427 pesos y tres reales.<sup>57</sup>

El 8 de marzo llegó la remesa a México, con carta del General Rodríguez de Berdosido, diciendo que, habiendo salido de Cavite el 25 de agosto de 1745 y padecido diez y seis temporales, había llegado tan maltrecho a Matanchel, que el buque necesitaba serio reparo y la tripulación se encontraba, en gran parte, enferma: esperaba las órdenes de Su Excelencia sobre lo que debía hacer con el patache. El Virrey le contestó inmediatamente que, si el buque se hallaba en estado de poder pasar, sin peligro de naufragio, al puerto de Acapulco, lo hiciera

---

53 Echeverz tomó posesión de la Presidencia de Guadalajara el 22 de enero de 1743 y cesó en 3 de marzo de 1751. Murió en el Convento de San Juan de Dios, de México, el 5 de junio de 1753. Había nacido en la ciudad de Guatemala en 1703 y fué muy querido de los habitantes de Nueva Galicia por "su afabilidad y desinterés". A. H. N. Consejos. Consejo de Indias. Leg. 21.003, núm. 3. Residencia de Echeverz, cuaderno 1.º, fols. 23 y 40. Castro Santa Anna, J. M. de: *Diario de sucesos notables*, en "Documentos para la historia de Méjico", IV, pág. 124.

54 A. gen. de Indias. Escribanía de Cámara del Consejo. Leg. 245, Cuaderno 2.º de la Residencia de Fuenclara, fols. 10 v.º y 11.

55 A. H. N. Consejos. Leg. 21.003, núm. 3, Cuad. 1.º de la Residencia de Echeverz, fols. 45 v.º, 51 a 60.

56 A. gen. de Indias. Escribanía de Cámara del Consejo, Leg. 245, cuad. 2.º de la cit. res., fol. 46 v.º

57 Id. de id. id. id. El mismo cuaderno y folio.

para repararse allí y salir, en cuanto fuera conveniente, de nuevo para Filipinas, ya que en Matanchel era muy difícil el hacerlo y llevar lo necesario, "por lo fragoso de los caminos, y por incomodidad y dilación de transportarse a aquel puerto la gente, misiones y lo demás", que hubiera de embarcarse para Manila. Había traído el "Santo Domingo", además de los pliegos oficiales del Gobernador, cartas de los Cabildos Secular y Eclesiástico, de la Ciudad y del Comercio de Manila, así como de particulares y todos insistían en la miseria a que les había reducido la carencia del tráfico con Nueva España y "el abatimiento y desaliento" en que se hallaban, por no tener otro recurso para su remedio que lo que se les enviara de México. "Esta verdad —escribía Fuenclara a la Corte—, la urgencia de mantener aquellos dominios, y no exponerlos a algún contratiempo, y las órdenes del Rey, que prohíben que no salgan galeones del puerto de Cavite, ni vuelvan del de Acapulco hasta nueva Real disposición, y que no pudiese la embarcación pequeña, que despaché, conducir caudal alguno, me ponen en la precisión de combinar su cumplimiento con la obligación de no dejar de atender y socorrer a aquellas islas, para lo cual, y resolver con reflexión y acuerdo lo que sea más conforme a uno y otro fin, tendré una Junta de Ministros y sujetos prácticos, en que se confiera y trate el tiempo, modo y carga con que convendrá despachar el patache, para que ejecute su retorno a Filipinas, con atención a su fuerza, buque y propiedades, y a los peligros y contingencias del viaje, porque ahora es imposible formar dictamen seguro, ni aun probable, de lo que será más acertado en este asunto...".<sup>58</sup> El Gobernador de Filipinas, por su parte, había escrito: "...aseguro ingenuamente a V. E. que me será imposible mantener estas Tropas, porque a más de hallarse estas Rs. caxas sin fondos suficientes, tienen sobre sí el empeño de más de doscientos mil pesos y frustrada la esperanza de los suplementos de estos vecinos, por considerarlos totalmente destruidos y faltarles aun lo necesario a la manutención de sus familias...".<sup>59</sup>

La reparación del buque filipino y su preparación para el regreso debieron ser lentas y, seguramente, no se terminaron hasta los tiempos del gobierno del Conde de Revillagigedo.

En el año 1746 continuaba el recelo de los corsarios ingleses.

<sup>58</sup> Id. de id. México. Leg. 1.505. Fuenclara a Ensenada. México, 14 marzo 1746.

<sup>59</sup> Id. de id. id. id. La Torre a Fuenclara. Manila, 22 agosto 1745.



GEORGE ANSON (1697-1761).\*

8

ESCUELA DE ESTUDIOS  
HISPANO - AMERICANOS  
C.S.I.C.  
BIBLIOTECA



El 15 de enero participó al Virrey el Presidente de Guatemala, Don Tomás de Rivera y Santa Cruz, que andaban por el Mar del Sur, ocho navíos de guerra ingleses. En vista de ello, Fuenclara hizo reforzar el castillo de Acapulco con cien hombres de la Infantería del Real Palacio de México y diez y ocho artilleros, sin más gasto "que el que ocasiona su transporte, porque acá marcha la Infantería en mulas, así por la naturaleza y costumbre del país, como porque alguna vez que se ha procurado que lo ejecuten a pie los soldados, no se ha podido conseguir sin peligro de que, con la desertión, no lleguen a su destino...". A la vez previno al Castellano de Acapulco, Don Juan Gallo, que preparara víveres (carne y maíz) en las cercanías, para que, si se veía la escuadra inglesa denunciada, se pusieran en el castillo, "donde no pueden introducirse —explicaba— antes, porque todo se corrompe en aquel clima, de manera que me han representado el Castellano y Oficiales Reales que allí residen, no pueden conservarse sin corrupción quince días". Las Milicias de Acapulco, compuestas de 580 hombres de Infantería y Caballería, se hallaban también prontas.<sup>60</sup>

La guarnición de Acapulco había sido reducida por el Marqués de Casafuerte a 50 soldados y 12 artilleros, pero, la Audiencia Gobernadora, durante la interinidad que sucedió a la muerte del Duque de la Conquista, por hallarse Anson en aquellos mares, aumentó 25 soldados y 19 artilleros, con apobación de S. M. Pero, siempre con la mira de economizar, el Gobierno de la metrópoli mandó, con fecha 26 de marzo de 1743, que se "reformara" dicho efectivo militar hasta dejarlo en "el pie prefinido" por el Virrey Casafuerte. Fuenclara obedeció, como siempre, advirtiendo al Castellano de Acapulco que "cuando sucediere que el Galeón de Filipinas se halle anclado en aquel puerto y hubiese recelos de enemigos, se valga de la gente de su tripulación y artilleros para defenderle...".<sup>61</sup>

Hízose la reforma de la guarnición del castillo de San Diego de Acapulco, pero, varias veces, hubo que reforzarla, según nos lo hacen saber las partidas de pagos hechos en 1746: el 2 de mayo se pagaron 1.552 pesos, 5 tomines y 6 granos "en tabla y mano propia" a los 100 infantes que, con su alférez, fueron destacados de la Compañía de Guardia del Real Palacio de México para hacer su servicio en

60 Id. de id. id. Leg. 2.446. Fuenclara a Ensenada. México, 2 de marzo de 1746.

61 Id. de id. id. id. Del mismo al mismo. México, 19 febrero 1744.

Acapulco, por el cuidado que causaron las noticias llegadas de Guatemala de haberse avistado una escuadra inglesa en el Mar del Sur y se volvieron a su residencia cuando se comprobó que las noticias eran falsas; el 2 de julio se repite casi lo mismo: Se pagaron "en tabla y mano propia" 905 pesos, 6 tomines y 2 granos a los doce artilleros que, destacados de la Armada de Barlovento por orden del Virrey, por el recelo, habían estado sirviendo en el castillo de Acapulco.<sup>62</sup>

Fuenclara no reformó "movió, ni quitó", sin embargo, ninguno de los oficiales del Gobierno de Filipinas, que llegaban a México sirviendo en las naos procedentes de Manila, no creando ni mandando crear nuevas plazas, y limitándose sólo a proveer las que vacaron por muerte o impedimento.<sup>63</sup>

El Real Despacho que disponía no saliese de Manila ningún galeón para Acapulco, fué mal recibido en Filipinas, ya que esta medida era altamente perjudicial para el comercio, que debía tener almacenados géneros cuya pérdida se temía: se suplicó al nuevo Gobernador, Don Fray Juan de Arcehederra, Obispo de Nueva Segovia y sucesor del fallecido la Torre, que suspendiese la ejecución del regio mandato, a lo que accedió, de acuerdo con la Junta de Guerra; en consecuencia, se alistaron los navíos "Nuestra Señora del Rosario" y "Nuestra Señora del Pilar", que salieron para México en Junio de 1746.<sup>64</sup>

Con el tiempo, la Corte de Madrid aprobó esta decisión, estimándola razonable.

62 Id. de id. Escribanía de Cámara del Consejo. Leg. 245. Cuaderno 2.º de la Residencia de Fuenclara, fols. 12 v.º y 13.

63 Id. de id. id. id. El mismo cuaderno, fol. 18 v.º

64 Montero y Vidal: ob. cit., I, págs. 480-481.

## VII

### LA DEFENSA DE LA FRONTERA SEPTENTRIONAL

En las provincias septentrionales del Virreinato, en las que la población española estaba en alerta continua por causa de las tribus salvajes y en las que los habitantes vivían en presidios o colonias militares, estando todos obligados a tomar las armas cuando el caso lo requiriera, se necesitaba una autoridad inmediata, absoluta y enteramente militar y así había, en ellas, una Comandancia general, independiente del Virrey en todo lo relativo al ramo de Guerra, aunque sujeta a él en lo relativo al de Hacienda. Llamábase Comandancia General de las Provincias Internas, y comprendía las provincias de Durango (a la que estaba unida Chihuahua), Sonora y Sinaloa, Nuevo México, Coahuila y Texas. Estas dos últimas unidas a Nuevo León y, más tarde, al ser colonizada por Escandón bajo los gobiernos de Fuenc Lara y Güemes, Nuevo Santander —que ahora se llama Tamaulipas— dependían del Virrey y formaron, algo más adelante, la Comandancia General de las provincias de Oriente, cuando éstas se separaron de las de Occidente.<sup>1</sup>

Al N. de Santa Fe, capital de Nuevo México, se hallaba un pueblo llamado San Jerónimo de Thaos, que, al parecer, era la parte más avanzada de la civilización. En realidad, la frontera cultural, por decirlo así, subía por la costa del golfo de México hacia el N. hasta la Luisiana francesa y su presidio interno de los Natchez (o Nachitoos como dicen los documentos españoles), quedando siete leguas antes la capital de la provincia de Texas, que era entonces el presidio de Nuestra Señora

---

<sup>1</sup> Alamán, L.: *Historia de Méjico*, I, págs. 45 y 46.

del Pilar de los Adais, situado a los 32° 20' de latitud Norte y 284° 15' de longitud, hallándose este presidio a 600 leguas de la capital del Virreinato. A pesar de ser esta costa más inmediata, más ventajosa y más expuesta a la intrusión colonizadora extranjera, sólo tenía poblados, en 1743, desde el Oriente de México para el N., poco más de tres grados de latitud, que había desde el pueblo de Jalapa a la villa interior de Los Valles, y a los puertos marítimos de Tampico y Panuco: en su distancia se comprendía la provincia de este nombre, llamada entonces la Guasteca, y aun desde la misma villa de Los Valles, a poco más de treinta leguas de la capital, se encontraban tribus indias chichimecas, bárbaras, gentiles y apóstatas.<sup>2</sup> La frontera con la colonia francesa de Luisiana o "raia divisoria" era "el parage nombrado la Gran Montaña, intermedio de las siete leguas que hai del Prez.<sup>o</sup> Nachitos a el nro. de los Adais..." aunque, ya en consultas de 15 de septiembre de 1715 y 8 de julio de 1717, se había hecho presente a S. M. cuán importante sería, para la seguridad de los dominios españoles, que se estableciese por límite "entre las dos Coronas el famoso Río Mississipí y que se poblasen por nra. parte sus márgenes de la vanda de acá, serrando, con su caudalosa corriente, toda ocasión de diferencias y disturbios...".<sup>3</sup> Desde la costa del golfo de México, la dicha verdadera frontera de la civilización corría al N. E., siguiendo las asperezas de la llamada Sierra Gorda o Sierra Madre, habiendo ya pueblos definitivamente constituídos a uno y otro lado de ella, defendidos por una serie de presidios militares, puestos de alerta continua que, a mayor o menor distancia, se encontraban hasta las proximidades del golfo de California.<sup>4</sup>

Mientras que el México interior gozaba de una profunda paz, estas tierras septentrionales estaban sin cesar amenazadas por los ataques de los indios bravos. Todo pueblo debía estar rodeado de muros, de tierra y estos muros atravesados de aspilleras, provistos de un foso y de una empalizada, para resistir a los asaltos de los salvajes, que eran muy hábiles en el ataque.<sup>5</sup>

<sup>2</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 1.342. Testimonio de los autos fechos sobre la fundación de la misión de San Miguel de Conca por Escandón, fols. 370 v.º y 371.

<sup>3</sup> Id. de id. id. Leg. 1.349. Revillagigedo a Ensenada. México, 8 febrero 1752.

<sup>4</sup> Id. de id. id. Leg. 1.342. Testimonio citado de los autos... sobre la fundación... por Escandón, fols. 371 y 372.

<sup>5</sup> Desdèvises du Dèzert: *L'Espagne de l'ancien Régime. Richesse et civilisation*, en "Revue Hispanique", tomo LXXIII (1928), págs. 58 y 59.



En esas tierras lejanas, las haciendas de los intrépidos colonos ocupaban, generalmente, de siete a ocho leguas cuadradas y sus dueños no podían auxiliarse unos a otros en las rápidas incursiones de los indios, que asaltaban, repentinamente y de noche, los pueblos, ranchos, haciendas y labores, volviéndose a las cercanas montañas, sólo accesibles para ellos, aun antes de que pudieran convocarse y aprestarse los vecinos a seguirlos. Carecían éstos de armas convenientes y pedían incesantemente al Gobierno que se estableciesen los necesarios presidios y que se les proveyese de municiones.

En 1713, el Gobernador Don Francisco de Mier y Torre formó una Compañía Volante de treinta y seis hombres para la defensa de las sesenta leguas de la sierra de Tamaulipas, desde la punta de la Gloria al S. a la de Papagayos, al N., pero esta Compañía se extinguió pronto porque los hacenderos no la ayudaron con sus escolteros ni con la cantidad de cincuenta pesos anuales cada uno, como se habían comprometido. El Alcalde de Corte Don Francisco Barbadillo Victoria formó de nuevo la Compañía (1714), con 70 hombres, cuyo sostenimiento importaba 22.000 pesos anuales, pero su consciente labor tuvo también escaso fruto y la Compañía había vuelto a extinguirse en 1717.<sup>6</sup>

Pocos años después se verificó la notable expedición a Texas de Don José Ramón de Azlor Virto de Vera, hijo del General de Artillería Don Artal de Azlor, primer Conde de Guara, y de Doña María Josefa Virto de Vera, y Marqués consorte de San Miguel de Aguayo. Según una carta suya (Parras, 5 de diciembre de 1716), que se conserva en el Archivo del Estado de Saltillo, había estado cuatro años en Coahuila y la expedición se preparó en virtud de orden suya de 7 de diciembre de 1710, que también se guarda en el mismo Archivo.<sup>7</sup> Este gentilhombre, perteneciente a la más rancia nobleza del Reino de Aragón, fué Gobernador de Texas y de Coahuila de 1719 a 1722.<sup>8</sup> Llegado a Nueva España con su esposa<sup>9</sup> en 1710, ya en 1714 aparece una pro-

6 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.342. Testimonio de los autos fechos sobre la fundación... por Escandón, fols. 375 v.º a 384.

7 Bolton: *Guide to the Materials for the History of the United States in the Principal Archives of México*, pág. 424.

8 Bolton: ob. cit., pág. 478.

9 Doña Ignacia Javiera de Echeverz y Valdés, 2.ª Marquesa de San Miguel de Aguayo, hija de Don Agustín de Echeverz y Subiza, Caballero de Santiago (al que Carlos II concedió, en Madrid a 23 de noviembre de 1682 el título de Marqués de la villa

puesta suya concerniente al descubrimiento de ese país mítico, segundo Eldorado, que se llamaba la Gran Quivira en las maravillosas relaciones de aventureros y descubridores;<sup>10</sup> en 1715 se formaron los correspondientes autos referentes a los planes dispuestos para la busca de la misma tierra o ciudad fabulosa.<sup>11</sup> La expedición a Texas se realizó entre 1720 y 1722, con muy buenos resultados. Se aumentó con ella la fuerza militar de la provincia, se construyeron fortificaciones en los distintos presidios y, especialmente en San Antonio, en donde la pequeña colonia y la misión estaban casi indefensas. Por el cuidado del Marqués se levantaron planos. En el E. de Texas se restablecieron las seis misiones que habían sido enteramente demolidas; se estableció una nueva misión en la Bahía y otras dos cerca de San Antonio. Unas sesenta tribus indias quedaron sometidas a la Corona de España; nuevas familias españolas se establecieron en la provincia, y, en fin, el principal resultado de la expedición fué el asegurar a España su dominación sobre Texas. La última recomendación del Marqués a la Corte de Madrid fué la de que “una familia valía más que cien soldados”, es decir que era preferible la colonización pacífica al establecimiento, en las fronteras de los indios bravos, de guarniciones importantes.<sup>12</sup> Quizá se diga que hablar de esto en época posterior en veinte años a la obra de Azlor está fuera de lugar, pero he querido rendir aquí merecido tributo a esta insigne y olvidada —como tantas otras—, figura aragonesa. El *Diario o derrotero* de la expedición (1721-1722), escrito por Juan de la Peña, se guarda en el Archivo General de México.<sup>13</sup>

Difícil es hacer una enumeración completa de las tribus indias que, en pleno salvajismo, vivían en lucha sorda o abierta con la civilización.

---

de San Miguel de Aguayo) y de Doña Francisca de Valdés Alcega, murió el 25 de noviembre de 1733. Casó 1.º con Don Francisco de Sada y Garro, Vizconde de Zolina y Conde de Javier, del que tuvo a Doña Maria Isabel Aznares de Sada, Vizcondesa de Zolina y de Muruzával de Andión, Marquesa de Cortes, Mariscala de Navarra, mujer de Don Antonio Francisco de Idiáquez, 2.º Duque de Granada de Ega; 2.º con Don Pedro Gaspar Enríquez de Lacarra, Conde de Ablitas, Vizconde de Valderro, Barón de Ezpeleta; 3.º con Don José de Azlor. Ortega: *Historia genealógica de las familias más antiguas de México*, I.

<sup>10</sup> Bolton: ob. cit., pág. 123.

<sup>11</sup> Bolton: ob. cit., pág. 55.

<sup>12</sup> Chabot, Frederick C.: *With the Makers of San Antonio (Los poderosos Aguayos)*, en “*Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología*”, VII, pág. 217-141.

<sup>13</sup> Bolton: ob. cit., pág. 29. Los Archivos Eclesiásticos de Querétaro y Municipal y Eclesiástico de la Monclova guardan también papeles relativos al Marqués. Id. id. id., págs. 389, 444 y 445.

En las estribaciones de la Sierra Gorda, los *jenambres*, *pames* y *pisones*, que eran los más atrevidos y valientes y que, en golpes de mano, se habían hecho temibles, no sólo a sus congéneres, sino a los mismos españoles. “De las fragosidades de los montes de ambas Tamaulipas —dice López— las flechas de los *maratines*, *bocas-prietas*, *mezquites*, *cueros-quemaños*, *mariguanes*, *negros-lobos*, *pajaritos*, detenían la aparición de la agricultura en las tierras substraídas a su dominio. Los *carrizos*, *malincheros* y *pasitas*, propagados a lo largo de la costa, estorbaban la explotación de las salinas y el uso de los abundantes pastos. En las extensas llanadas que se prolongan hasta la provincia de Texas, los *pintos*, *come-camotes* y *venados* —mote que bautizaba su agilidad— hostilizaban los convoyes y se apoderaban de los ganados en abigeatos sangrientos. Los *garzas* en los esteros, los *tejones* en los barrancos, los *narices* al husmo de cualquier sorpresa, eran otros tantos obstáculos opuestos al paso de la civilización cristiana...

”Esta enumeración de tribus de pintorescos nombres, que suenan a biografías sintéticas, dista mucho de ser exacta; baste expresar que, cuando se efectuó la expedición de Escandón, sus noticias registran más de sesenta, representadas, en mayor o menor número, por indios de arco y flecha, los menos huraños que, con un confuso instinto de comerciantes, bajaban en son de paz a los pueblos, sin permanencia fija en ellos; los “reducidos”, que... se iniciaban en las ventajas de la civilización..., y finalmente, por los sujetos a campana y doctrina...”.<sup>14</sup>

Fray Vicente de Santa María refiere que, en sus viajes por Tamaulipas, se encontró con un indio mariguán, que hablaba el español y que le explicó la variedad de sus lenguas en estos términos: “...nuestra desgracia consiste en que no todos hablamos el mismo idioma y, por eso sólo, sin otra razón, nos peleamos tantas veces. Los que hablamos una sola lengua, rara vez nos peleamos y, si todos los que hay en la sierra, fueran así, seguro está que estuviéramos en misiones... Suele haber algunos que se van por una temporada a las naciones amigas, para aprender la lengua que se parece a la suya, porque ya sabemos que siempre que alguna nación tiene lengua semejante a otros, se hacen amigas las dos y, cuando se ofrece, se juntan...”.<sup>15</sup>

<sup>14</sup> López, R.: *Introducción a la Relación histórica del Nuevo Santander*, de Fray Vicente de Santa María, págs. XI y XII.

<sup>15</sup> Cita de A. Prieto: *Historia, geografía y estadística del Estado de Tamaulipas*, pág. 117.



Aunque se llamaban entre sí con el amistoso nombre de *muchachos* (*tzicuini*), por cualquier mala inteligencia de las cosas, a causa de la deferencia de idiomas, ocurrían guerras entre ellos, por cosas generalmente simples y sencillas.<sup>16</sup>

Sobre las márgenes del río Bravo habitaban, entre otras tribus, las de los *catanamepagües*, *auyapemes*, *uscapemes*, *comesacapemes*, *saulapagüemes*, *tariocapemes*, y *gummesacapemes*, que todos hablaban el mismo idioma y, quizá por esto, vivían generalmente en paz entre sí. Teníanla costumbre de pintarse el rostro y el resto del cuerpo con rayas azules; vivían principalmente de la pesca y hacían sus correrías por las costas. En el mismo río Bravo, en la parte en que luego se fundaron las villas de Mier, Camargo, Revilla y Reinosá, habitaban los indios *cotomanes*, *carrizos*, *çacolotes*, *nazas*, *comecrudos*, *tejones* y *narices*, que vivían de alguna pesca y más aún de cacerías continuas. Desde el río Conchos al de Santander vagaban, entre otras muchas tribus, las de los *aretines*, *panguayes*, *caribayes*, *tagualitos* y *zapateros*, que cultivaban el maíz y el frijol, recogiendo sus cosechas en barracas bastante abrigadas y usando vajilla de loza ordinaria que ellos mismos fabricaban.<sup>17</sup>

Con el nombre genérico de *coahuiltecas* se comprendía a antiguos habitantes del N. de México, que habitaban en los actuales Estados de Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas. Sus tribus eran conocidas con los nombres de *pajalates*, *orejones*, *pacoas*, *pausanés*, *pacuaches*, *mezcales*, *pampopas*, *pihuiques*, *borrados*, *sanipaos*, *manos de perro* y otros: eran, por naturaleza, de carácter belicoso y apelaban siempre a las armas para dirimir sus contiendas, que surgían por la menor diferencia. Entre esas tribus había algunas de costumbres morigeradas y monógamas, y otras donde se practicaba la poligamia; andaban constantemente desnudos y apenas si las mujeres se cubrían con pieles de venado y los hombres con las de cíbolo, quizá para distinguir los sexos; carecían de creencias religiosas, pues nunca se encontraron, entre ellos, ídolos, ni en excavaciones, cuevas ni barrancos; no prescindieron de sus instintos ni aun después de ser dominados por Urdíñola el Viejo, contra quien se sublevaron, hiriéndole y obligándole a refugiarse en

<sup>16</sup> Prieto, A.: *Historia, geografía y estadística del Estado de Tamaulipas*, pág. 120.

<sup>17</sup> Prieto, A.: ob. cit., pág. 127.



las minas de Mazapil, donde falleció. Hablaban el idioma llamado *coahuilteco* o *tejano*.<sup>18</sup>

En las fronteras del Norte se encontraban, además de los ya citados, los *olives*, *apaches*, *cumanches*, *guasas*, *moquis*, *pápagos*, *cocomaricopas*, *pimas*, *yaquis*, *guayeures*, *mayeyes*, *yojuanes*, *deadoses*, *vidais* y *californios*.

La nación de los *olives*, una de las más antiguas que habitaban en Tamaulipas, no era tan bárbara como las demás, pues fué la primera que se puso al servicio de Escandón en su marcha hacia la costa, al decir de Fray Vicente de Santa María, el cual define nación al modo indio, en los siguientes términos: "...Lo que, entre ellos y por nosotros, se denomina nación, no es otra cosa sino un agregado de familias... sin leyes ni orden alguno y en número no tan abultado como aparenta el nombre, sino de tres a cuatrocientos individuos, cuando más, entre hombres, mugeres y niños... Su gobierno se reduce a que el más fuerte, el más robusto o el más sagaz de entre ellos es, de común acuerdo, proclamado y tenido por jefe de todos, cuya función sólo le dura mientras otro de los suyos, por algún motivo de desagrado, que tal vez finge, lo desafía, lo lleva al campo y, siendo expectadores todos los demás, a su vista, y, como por vía de diversión, le quita el mando con la vida, quedando el triunfador con la investidura de jefe...".<sup>19</sup>

Los *apaches*, famosísimos en la historia y en la leyenda y popularizados gracias a la literatura novelesca de aventuras desde Fenimore Cooper y Mayne Reid hasta Buffalo Bill, formaban la más importante de las naciones fronterizas a las provincias internas de Nueva España; se dividían en nueve tribus principales, denominadas *tontos coyoteros*, *chiricaguis*, *gileños*, *mimbrenos*, *faraones*, *mescaleros*, *llaneros*, *lipanes* y *navajos*, en lengua castellana, palabras que corresponden en la *apache*, a las de *vinnietinen-ne*, *segatajen-ne*, *tejuiccujen-ne*, *iccujen-ne*, *intajen-ne*, *sejen-ne*, *cualcajen-ne*, *lipajen-ne* y *yugatjen-ne*. Ocupaban, o mejor dicho, vagaban en el espacio comprendido entre los pueblos de Nuevo México, río Colorado y río Gila, desde donde se extendían hasta el golfo de México; en tiempo de guerra vivían en las áridas cimas de Sierra Nevada y en sus ramales. Por la filología se sabe que su origen

<sup>18</sup> Leduc y Lara: *Diccionario de Geografía, Historia y Biografía Mexicanas*, artículo Coahuilteca.

<sup>19</sup> Santa María, V. de: *Relación histórica de la colonia del Nuevo Santander y Costa del Seno Mexicano*, en León, N. "Bibliografía mexicana...", tomo V, pág. 425.

deriva de la nación athapasca; creían en la existencia de un Ser Supremo, al que llamaban, en su lengua, *Capitán del Cielo* (*Yastasisitan-ne*) y en la de un espíritu maligno, del que suponían dependía lo próspero y lo adverso; para aplacar a esta especie de diablo, tenían profetas o adivinos, que gozaban de gran estima y que ejercían la medicina por medio de yerbas y de ceremonias o cantos mágicos: eran indios taciturnos, adustos y misteriosos que, imitando a las antiguas sibilas de Delfos, sin saberlo, daban respuestas oscuras y ambiguas a las consultas de los crédulos, usaban de símbolos cabalísticos y eran generosamente pagados por sus curaciones y consultas. En sus campañas llevaban un plan trazado de antemano y causaban grandes daños con sus robos y devastaciones, usando, al principio, como armas favoritas, la flecha y la lanza, que manejaban con gran destreza y, más tarde, las armas de fuego, que adquirían de los españoles de los presidios de Texas a cambio de pieles de cibolo u otros animales curtidas. Habitaban en las sierras más escarpadas, viviendo en jacaes o chozas circulares, construídas con ramas de árbol y pieles, aunque mudaban constantemente de domicilio. Se alimentaban del producto de la caza y de algunos vegetales (maíz, frijol, calabaza), que cultivaban, lo mismo que el tabaco, que fumaban; su bebida era el licor que sacaban del maguey mezcal. Practicaban la poligamia y se vestían con pieles, adornándose con plumas y collares hechos de espinas de pescado, conchas y piedrecillas.<sup>20</sup>

Desde mediados del siglo XVIII se establecieron, abandonando el Nuevo México, en el territorio que se extiende desde el río Bravo hasta la raya de Texas, al mismo tiempo que sus eternos rivales los comanches, tan numerosos y guerreros como ellos y de costumbres semejantes. No se tiene una noción exacta de sus orígenes y ellos sólo conservaban una tradición nebulosa de que procedían del Norte. Enteramente salvajes, muy ágiles y habilísimos en el manejo del caballo, se transmitían sus ideas por medio de jeroglíficos y, cuando juraban, lo hacían por el Gran Espíritu, como padre, y, por la tierra, como madre; carecían de verdadero gobierno, pues los jefes de cada tribu eran más bien capitanes que les conducían a la guerra; y eran el terror de todas

---

<sup>20</sup> Relación escrita por el Teniente Coronel Don Antonio Cordero (1796) y citada por Orozco y Berra en el art. Apaches del "Diccionario univ. de Hist. y Geogr. de la Rep. Mex.", I, págs. 250 a 252; y por Leduc y Lara: *Diccionario...*, art. Apaches.

las demás tribus en todo tiempo por su número, ferocidad, astucia y figura. De elevada estatura y color blanco entre rojo, vestían sólo una piel de cibolo que, en forma de capa, les cubría desde el pescuezo hasta los pies y, a la vez, les servía, en sus correrías, de sombrero, de cama y de todo traje, pues, en lo interior, iban enteramente desnudos. Dejaban que su pelo creciera hasta el suelo, trenzándolo y matizándolo con polvo blanco, añadiéndole, cuando el propio no alcanzaba esa longitud, el de sus mujeres o las crines de sus caballos. Sus mujeres llevaban unas enaguas de piel de cibolo bien curtida y labrada, que les llegaban hasta la rodilla y, desde ésta, se hallaban adornadas con flecos de conchas y huesecillos y, con esto mismo, se adornaban, en forma de pendientes, narices y orejas. Tenían los comanches tantas tiendas y bagages de campaña como mujeres, y cada una de éstas se encargaba de servir al marido el día que le correspondía: ellas eran las que hacían de comer, armaban y desarmaban la tienda y llevaban del cabestro el caballo en que el varón montaba, mientras que ellas iban a pie durante decenas y centenas de leguas. Los hombres sólo se ocupaban de la caza y del cambio de las pieles por caballos domesticados en los presidios españoles.<sup>21</sup>

La guerra de los comanches con los apaches era tan antigua como su existencia: su odio mutuo dimanaba de que así unos como otros querían tener derecho exclusivo sobre el ganado cibolo, que abundaba en los linderos de ambas naciones. Hacíanla con vigor las tribus apaches de faraones, mescaleros, llaneros y lipanes.<sup>22</sup>

Aunque estas tribus apaches eran las más groseras y feroces de la familia, los comanches eran el azote de todas ellas; a su vez, del comanche lo era el guasa, perteneciente a otra nación mucho más septentrional, en los confines de Texas y fronteriza al Canadá y al Boston.<sup>23</sup>

El arrojo de los comanches sólo había sido vencido hasta entonces por el de los guasas, que hacían vida errante, construyendo extensos caseríos, con torrecillas de adobes a modo de baluartes para la defensa. Reunían a sus hombres al toque de tambor en momento de necesidad

<sup>21</sup> Santa María, V. de: ob. cit., en León "Bibliografía...", V, págs. 429, 456; Leduc y Lara: *Diccionario...*, art. Comanches.

<sup>22</sup> Pérez Hernández, J. M.: *Diccionario geográfico, estadístico... de la República Mexicana*, tomo II, pág. 517.

<sup>23</sup> Santa María, V. de: ob. cit., en León "Bibliografía...", tomo V, pág. 459.



o de peligro. Sus capitanes decidían como jueces, en sus diferencias domésticas y estas sentencias se cumplían, cualquiera que fuesen; vestían de gamuzas y pieles curtidas y traficaban con los nuevos pueblos de Texas y Luisiana. Cuando los comanches se aventuraban a atacar a los guasas, se veían precisados a cortar la cola a sus caballos, porque creían que un solo indio guasa, cuando perseguía al comanche después de la derrota, alcanzaba a sus caballos en la carrera, los derribaba al suelo, sujetándolos por la cola y, en la caída, daba muerte al jinete con sus propias armas. Ayudaban a los guasas en esta empresa su estatura gigantesca, su fuerza extraordinaria y su mucha agilidad en la carrera.<sup>24</sup>

La provincia del Moqui, sin términos fijos por el Norte, lindaba, al Este, con el Nuevo México; al Sur, terminaba en el río Gila, y, al Oeste, en el río Colorado. Los misioneros franciscanos habían penetrado allí en los primeros años del siglo XVII, permaneciendo hasta la insurrección de la provincia vecina, en 1680, en que fueron muertos o puestos en fuga, arruinándose las misiones. Parte de los insurrectos del Nuevo México, a cuyo frente se puso un joven criado por los religiosos, penetraron en el Moqui, poniendo bajo su dominio a las tribus de la comarca; formóse un Estado semicivilizado, semisalvaje, que permaneció siempre independiente, y cuyos habitantes respondían a los misioneros que querían entrar allí: "Aun no es tiempo de que volvamos a ser cristianos". Así pasaron los años hasta que, en 1723, se pensó, en la Corte, en reconquistar esta provincia, pero poco se había hecho hasta la época de Fuenclara.<sup>25</sup>

De los demás indios que he citado como habitantes de las fronteras septentrionales de Nueva España, poco puede decirse: los pápagos y cocomaricopas, así como los pimas, vivían en las márgenes de los ríos Colorado y Gila y sus afluentes, en un territorio bastante extenso.<sup>26</sup>

Los mayeyes, deadoses y vidaís habitaban en la provincia de Texas (Asinais de los indios) ocultándose entre sus breñas, siendo uno de los lugares de sus reuniones el espacio comprendido entre los ríos de las Animas y de San Xavier, en cuyos montes se resguardaban, con sus familias y caballadas, durante las invasiones de los apaches; apro-

<sup>24</sup> Prieto, A.: ob. cit., pág. 137.

<sup>25</sup> Orozco y Berra, M.: *Apuntes para la historia de la Geografía en México*, págs. 231 y 232.

<sup>26</sup> Id. id. id. id., págs. 232 y 233.



vechaban también allí la abundante caza de cíbolos, venados, osos, pavos y conejos, y sus frutos de nueces, nísperos, ciruelas y uvas; pero el principal motivo de la preferencia que mostraban por aquel lugar era que constituía como un centro "de todos los rumbos en donde moraban sus parientes y parciales, pues, siendo muchas y muy numerosas sus naciones, les era preciso dividirse para poder mantenerse, pero, en tal proporción, que, si, por guerra de los apaches u otra causa quisieran juntarse, con humos se avisaran para hacerlo...".<sup>27</sup> Los mayeyes habitaban desde el Brazo de Dios al arroyo de Nabosoto; desde éste al de la Trinidad habitaban los deadoses, poco numerosos unos y otros: padecían, con frecuencia, de sarampión y viruela, que hacían entre ellos, grandes estragos. Los yujuanes vivían al N. O., río arriba de la Trinidad. Los vidaís habitaban la costa desde la desembocadura del río de la Trinidad a la del río Sabinas, que corría cerca del presidio español de los Adais. Todos estos pueblos eran de carácter pacífico.<sup>28</sup>

En California y orillas del Colorado vivían los guayeures y los californios, de los que existían pocas noticias.<sup>29</sup> El viaje del P. Consag informó de algunas curiosas costumbres de éstos: eran muy "brancos" y mostraban deseos de pelear "lamiendo las flechas, señal entre ellos de venir a las manos...".<sup>30</sup> Las mujeres llevaban a sus hijuelos del siguiente modo: "...Cojen aquéllas una vara flexible, suficientemente gruesa, y la doblan hasta vnir las puntas, dexando una más larga que otra; esta vara, así doblada, hace vn círculo no caval, no perfecto, si no ovado, cuyo hueco llenan o cubren con una redecilla, que texen en la misma vara en forma de cuna. En ésta ponen el niño y, sobre su cuerpecillo, para que no caiga, quando lo cargan, texen otra red asida de la vara, que llega hasta los hombros de la criatura, entre vna y otra red acomodan ojas y gramas blandas, sobre que reclina, sin que le lastimen los hilos de las redes, de este modo lo cargan y, quando le han de dar alimento, fixan, de la bara torcida, la punta más larga que

27 Arricivita, Juan Domingo: *Crónica seráfica y apostólica del Colegio de Propaganda Fide de la Santa Cruz de Querétaro*, pág. 322.

28 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.353. Testimonio de los autos fechos a consulta del Colegio Apostólico de la Santísima Cruz de Querétaro sobre que se erijan y funden nuevas misiones en Texas, fols. 3 v.º a 56.

29 Pérez Hernández, J. M.: *Diccionario...*, IV, pág. 353.

30 A. gen. de Indias. Guadalajara. Leg. 135. Expediente sobre misiones de California. Derrotero del viaje... que hizo el P. Consag. Día 30 de junio de 1746.

he dicho, en el suelo y, quedando, con esta diligencia, pasada entre las redes, se la aplican al pecho...".<sup>31</sup>

A la llegada del Conde de Fuenclara a México se contaban sólo tres poblaciones poco numerosas en toda la gran extensión del territorio de Texas: San Antonio de Béjar, donde se acantonaba una pequeña tropa para su resguardo; el presidio del Espíritu Santo, situado a veinte leguas de la bahía; y el de Nacodoches, que existía en la frontera de la Luisiana.<sup>32</sup>

La mayor parte de los indios iban aún, en esa época, enteramente desnudos "sin dar el más leve indicio de rubor", dice fray Vicente de Santa María, el cual añade: "...Si sobre este principio se puede discurrir, es necesario creer, lo primero, que el rubor, que llamamos natural, no es tan hijo de la naturaleza humana, que no haya en ella muchos individuos que no lo conocen, y lo segundo que esta total desnudez hace evidentemente que el cuerpo humano se forme en toda su perfección, y desenvuelva todos sus órganos hasta los límites que la naturaleza le ha prescrito. En estos bárbaros se vieron y aun se ven en el día cuerpos tan bien formados, tan robustos, ágiles y espeditos, que es muy reducido, entre ellos, el número de los lacrados, les son extraordinarias las enfermedades crónicas..., cincuenta o cien leguas son, para su robustez y agilidad en andarlas lo mismo que diez o veinte para cualesquiera otros: poca es la diferencia que encuentran entre un piso llano y los desfiladeros más fragosos, y a esto agregan, la mayor parte de ellos, una estatura que les es común y, entre nosotros, no sería la regular...".<sup>33</sup>

Ocupábanse en la caza de cíbolos, venados, jabalíes o coyotes, hiriéndolos primero con sus flechas; seguían, entonces, el rastro sangriento que dejaban y los remataban en lo más espeso de los montes. Otras veces les ponían trampas y lazos. En la caza de aves usaban de la siguiente treta: dejaban algunos guajes o vasijas en los lagos y charcas donde bebían; los indios ocultaban su cabeza dentro de estos grandes guajes y sumergían enteramente su cuerpo en el agua; por los agujeros del guaje veía el indio los movimientos del ave, la agarraba

31 Id. de id. id. id. El mismo expediente y derrotero, día 5 de julio de 1746.

32 Prieto, A.: ob. cit., pág. 100.

33 Santa María, V. de: ob. cit., en León "Bibliografía...", V, págs. 423-424.

por las patas y la ahogaba sumergiéndola en el agua y sujetándola a su cintura con una cuerda preparada de antemano.<sup>34</sup>

Sus causas de guerra eran: la disputa sobre posesión de un terreno abundante en caza o en frutos silvestres, o cuando se reunían dos naciones para hacer la recolección de esos frutos y quedaban descontentas una de otra de la partición; o cuando, en el juego de pelota, quedaban resentidos; o cuando se había realizado un matrimonio entre individuos de nación distinta y el hombre repudiaba pronto a la mujer, o en la tribu de ésta había alguno interesado en ir a robar para ligarse con ella. En todos estos casos, las mujeres ancianas y aun las jóvenes eran siempre las que excitaban a los hombres a declararse la guerra y, para esto, encendían, durante la noche, una gran hoguera en la ranchería, y se ponía una de ellas a dar voces lastimeras, con la relación de los agravios que había que vengar, turnándose con otras durante el transcurso de la noche. Los hombres preparaban, entre tanto, sus armas y hacían gimnasia para tener agilidad en la lucha. A veces enviaban un embajador al enemigo, pero gustaban de sorprenderles sin previo aviso, sobre todo a los españoles. No usaban montura, sino que subían sobre los caballos en pelo o, a lo más, sobre un pedazo de cuero curtido y fajado con un cabestro: para cabalgaduras cazaban, en trampas, a los caballos y yeguas de las numerosas manadas que se habían propagado por aquellos desiertos, dándoles potros salvajes, fuertes y ágiles.<sup>35</sup>

Ya se ha dicho, en el capítulo V, las fuerzas que se hallaban prevenidas y distribuidas en las provincias del Norte, para la defensa de cuya frontera había un sistema de presidios escalonados, aunque, a veces, a grandes distancias unos de otros. Estos presidios o puestos militares tenían sus guarniciones, más o menos numerosas según la importancia estratégica del lugar, a cuyo frente se hallaba, con frecuencia, el mismo gobernador de la provincia —caso, por ejemplo, de Santa Fe, presidio y, al mismo tiempo, capital de Nuevo México— o bien un capitán o un teniente. Los soldados y los vecinos españoles, mulatos y mestizos de los presidios y lugares circunvecinos gozaban de inhibición de la jurisdicción de los Alcaldes Mayores de las villas cercanas; su juez nato era el jefe militar del presidio. En caso de urgente necesidad y peligro, todos los vecinos estaban obligados a tomar las

34 Prieto, A.: *Historia... de Tamaulipas*, pág. 129.

35 Prieto: ob. cit., págs. 130, 131 y 134-135.



armas, en ayuda de la guarnición, disponiéndolo así la ley 1.<sup>a</sup> Título 11, de las Leyes Recopiladas de Nueva España.<sup>36</sup>

Los presidios más próximos a esa frontera india indefinida, que pudiéramos llamar el lejano Norte, parodiando al *far-west* norteamericano del ~~siglo~~ siglo XIX, eran: el más oriental, Nuestra Señora del Pilar de los Adais, citado ya, con 60 soldados;<sup>37</sup> al S. E. de él, San Bernardo o Presidio de la Bahía del Espíritu Santo; luego venían, a enorme distancia, de oriente a occidente, hasta cerca del golfo de California: Serralbo o Cerralbo, sobre el río Grande; El Paso; Janos y Fronteras o Coro de Guachi.

El presidio de la Bahía del Espíritu Santo se hallaba situado sobre el río Guadalupe y próximo a la costa del golfo de México, a 28° 10' de latitud y 277° 15' de longitud.<sup>38</sup>

Más al N. del presidio del Paso, que era el comienzo y la entrada, por el S., de ella, estaba la gobernación de Nuevo México, que era la más avanzada de todas las provincias conquistadas, tanto que la villa de Santa Fe, su capital, distaba de la Corte mexicana 600 leguas y 130 del Paso. Esta gobernación de Nuevo México estaba "por todos los demás vientos circulada de indios gentiles y tierras no conocidas."<sup>39</sup> Su Gobernador era Don Joaquín Codallos y Rabal, sucesor de Don Gaspar Domingo de Mendoza, que ocupó ese puesto de 1739 a 1743.<sup>40</sup> El presidio de Santa Fe tenía 80 plazas de soldados y subalternos, mandados por el Gobernador de la provincia, para la defensa de todas sus Misiones "en cuya manutención gasta S. M. al año más de setenta y quatro mil pesos".<sup>41</sup>

Del Paso a Santa Fe, unas diez y ocho o veinte leguas antes de llegar a esta villa, se encontraba, a 110 leguas del Paso, la villa de

36 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.342. Testimonio de los autos sobre la fundación de la misión de San Miguel de Concá por Escandón, fols. 345 y 346.

37 Id. de id. id. Leg. 1.352. Carta de Fray Mariano Francisco de los Dolores af P. Comisario Visitador Fray Francisco Xavier Ortiz. Misión de San Antonio, 12 de junio de 1745.

38 Id. de id. id. Leg. 1.342. Testimonio de los autos sobre la fundación de la misión de San Miguel de Concá por Escandón, fols. 287, 288 y 372. Informe del Auditor Marqués de Altamira. México, 27 de agosto de 1746.

39 Id. de id. id. Leg. 1.341. Testimonio de los autos... sobre la nueva fundación de misiones en... Navajoes, fols. 20 a 22. Informe de Altamira, 29 octubre 1745.

40 Gobernó Codallos de 1743 a 1749. Bolton: ob. cit., pág. 473.

41 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.341. Testimonio de los autos formados sobre la nueva fundación de misiones en la provincia de Navajoes, fol. 46. Informe del Auditor Marqués de Altamira. México, 11 diciembre 1745.



Albuquerque, no habiendo, en todo ese espacio, ninguna población. A la izquierda desde ese trayecto, caminando hacia el N., y al O. del río del Norte, se hallaban las serranías en que habitaban, en un espacio de más de 60 leguas, los bárbaros indios Gilas (Pimas y Apaches Gileños) “feroces y numerosos”, que hostilizaban, no sólo las Misiones avanzadas del Nuevo México, sino también las situadas al abrigo del presidio del Paso y las que estaban, en Nueva Vizcaya, al resguardo del presidio de Janos y por los de Coro de Guachi o Fronteras y de Guevavi o Terranate, en Sonora.<sup>42</sup>

A la derecha del mismo trayecto del Paso a Albuquerque, es decir, al E. del río del Norte, estrechaba y ceñía el camino la sierra de los Manzos, poblada por los indios Natagees, Faraones, Salineros, Sumas y otros, que hostilizaban a las poblaciones del presidio del Paso y las misiones de la Junta de los Ríos, de Nueva Vizcaya, y de Nuevo México, sin que se pudiera ir a éste desde El Paso, ni volver, sin escolta de soldados. Desde Albuquerque, el terreno era “despoblado, ameno, fecundo y al propósito para sembrar el trigo, maíz, legumbres, y para criar ganados mayores y menores, abundante en pesca, caza, maderas y todo lo demás necesario para la vida humana”, pero enteramente rodeadas, todas aquellas tierras, de indios no reducidos “gentiles y bárbaros, por todos los quatro vientos, pues, por el del Sur, sólo ay traficable dha. ceñida, despoblada y hostilizada entrada de ciento y diez leguas...”. Por el Oriente eran tierras no conocidas de indios enemigos, Apaches, Comanches y otros, hasta las fronteras francesas de la Luisiana. “Por el Norte de dhas. avanzadas Misiones del Nuevo México es tierra enteramente desconocida y cuyos términos se ignoran...”. Del Norte al Poniente se encontraban los Chaguacanas y los Yutas y el río Colorado (que desagua en el golfo de California, al cual llamaba el Marqués de Altamira canal, considerando isla a la Baja California, en vez de península) separaba a esas tribus de la de los Navajos, situada al Oriente del Colorado, como también los Zuñis y los Moquis: los primeros enteramente reducidos, pacificados y administrados por los misioneros; los segundos, sublevados en 1681, habían vuelto a empezar a reducirse en 1742.<sup>43</sup>

Uno de los puestos militares más importantes era el Real Presidio

42 Id. de id. id. id. El mismo testimonio, fol. 46 y v.º El mismo informe.

43 Id. de id. id. id. El mismo testimonio, fols. 46 v.º a 48 v.º

de Nuestra Señora del Pilar y de San José del Paso, por su magnífica situación estratégica sobre el río Grande o del Norte. Este río “vajando desde más adelante de los términos conosidos de la Nueva México, pasa junto a su capital Villa de Santa Fee y caminando al Sur, viene a dho. Rl. Precidio del Paso, desde donde tuerce su curso, ciñendo la Nueva Vizcaya, atravesando la Provincia de Coaguila, y desangrando por los términos del Nuevo Reyno de León en el Seno Mexicano, con el nombre allí de Río Bravo, en Coaguila de Río Grande, y en el Precidio del Passo de Río Norte...”.<sup>44</sup> El Paso se encontraba a 30 leguas al Norte de la pequeña población de Ojo Caliente, situada a 60 al N. del Real de Minas y Villa de San Felipe el Real de Chihuahua, que, a su vez, distaba 360 leguas, en igual rumbo, de la capital del Virreinato y era la última población considerable del Reino de Nueva Vizcaya.<sup>45</sup>

Presidio del Paso tenía un capitán y cincuenta soldados: a su abrigo estaban cinco poblaciones de indios reducidos y una de españoles “por lo mui fértil y abundante de todo aquel terreno, regado y fecundado con el Río llamado del Norte...”.<sup>46</sup> Por entonces era Capitán y Alcalde Mayor vitalicio del Real Presidio del Paso del Río Norte Don Alonso Victores Rubín de Celis.<sup>47</sup> Su sostenimiento importaba 20.000 pesos y se decía era preferible ser Capitán del Paso mejor que no Gobernador de Nueva Vizcaya, pues “gasta tanto fausto como el pomposo que se vio al tiempo de su casamiento a que vino con veinte y sinco soldados, dos clarines y mucho boato mui luzido...”.<sup>48</sup>

A unas 50 leguas al N. O. de la bahía del Espíritu Santo se encontraba el presidio de San Antonio de Valero o de Béjar, que, poco después habría de ser capital de Texas en lugar del excéntrico presidio de los Adais: guarnecía las cinco misiones administradas por los religiosos del Colegio Apostólico de Santa Cruz de Querétaro.<sup>49</sup>

En el confín de la Nueva Vizcaya con las tierras dominadas por los indios bravos y muy hostilizado por ellos, se encontraba el presidio de San Buenaventura, llamado también de Janos o Hijanos. Distante

44 Id. de id. id. id. El mismo testimonio, fols. 43 y v.º

45 Id. de id. id. id. El mismo testimonio, fol. 42 v.º

46 Id. de id. id. id. El mismo testimonio, fols. 43 y v.º

47 Id. de id. id. id. El mismo testimonio, fol. 100.

48 Id. de id. id. Leg. 1.347. Testimonio de los autos y pesquisa secreta de D. Francisco Benítez, Cuaderno 1.º, fol. 37.

49 Id. de id. id. Leg. 1.342. Testimonio de los autos sobre la fundación de la misión de Concá por Escandón, fol. 266.

de 70 a 80 leguas de Chihuahua, no tenía vecindario en treinta leguas de contorno y en él no se hallaban casi nunca ociosos los soldados, porque, cuando los enemigos fronterizos no les atacaban, hacían ellos correrías, en grupos de 15 ó 20, explorando el país hostil y siguiendo las huellas de los Apaches.<sup>50</sup>

Por último, el presidio de Fronteros o Santa Rosa de Corodeguachi estaba situado en la Gobernación o Capitanía General de Sonora, próximo a las fuentes de río Yaqui y hostilizado frecuentemente por los indios Gilas.<sup>51</sup>

También en término de la Capitanía General de Sonora se hallaba el presidio de San Felipe de Jesús de Guevari o Terrenate, que caía al S. de la dicha nación de los Gilas "sin que a éstos embarazen la intermedia cordillera de la Sierra Madre".<sup>52</sup>

Además de estos presidios internos que resguardaban las fronteras de los indios, junto con el curso del río del Norte, desde el "canal de California" hasta el golfo de México,<sup>53</sup> se hallaban, vecinos a la Sierra Madre, entre otros, los llamados Presidios Escolteros, situados en la cordillera del camino real de Chihuahua y que eran, además del ya citado de Janos, los de El Pasaje, Gallo, Cerro Gordo, Valle de San Bartolomé, Conchos y Mapami, fronterizos a la tierra llamada de los Tobosos, por la que siempre se recelaba peligro de ataque de los indios. La fundación de varios de ellos databa de más de medio siglo. En 1684, el Gobernador del Nuevo Reino de Vizcaya, Don José de Neira y Quiroga, informó al Virrey, Marqués de la Laguna, del miserable estado en que se hallaba el territorio de su mando a consecuencia de la sublevación de los indios y, en vista de autos y de informes que habían llegado al Consejo de Indias, se libró un Real escrito (22 de diciembre de 1685) al Virrey para que, además de los presidios de Cerro Gordo y San Hipólito, por no ser suficientes para la contención de tanto enemigo, se fundasen los de El Pasaje, Gallo y Conchos, con la guarnición de 50 soldados cada uno. Con la fundación de estos presidios se consiguió la reducción de varias haciendas, formando con ellas dis-

---

50 Id. de id. id. Leg. 1.347. Testimonio de los autos de la pesquisa... por Don Francisco Benítez, fols. 6 y 8; Leg. 1.341. Testimonio sobre... Navajoes, fols. 64 y 65.

51 Id. de id. id. Leg. 1.341. Testimonio sobre... Navajoes, fol. 46 v.º

52 Id. de id. id. id. El mismo testimonio, fol. 46 v.º

53 Id. de id. id. Leg. 1.347. Testimonio de autos fecho a instancia del P. Juan Miguel Menchero sobre el restablecimiento de las misiones del Río de la Junta, en el Gobierno de Nuevo México. Cuaderno 2.º, fol. 14 v.º



tintos pueblos, haciéndose más transitables y de menor riesgo los caminos a los Reales de Minas de San José, del Parral y Cosiguriachi, y que quedara desocupada de enemigos toda aquella tierra, excepto la fronteriza a los presidios, donde se hallaba rancheada la nación de los Acoclames, que siguió hostilizándolos hasta que se extinguió juntándose con la de los Cocoyames, procedente del Norte, y a la que se unió la Coahuileña. Dieron estos indios mucho trabajo, hasta que se les redujo, durante el gobierno del Marqués de Casafuerte, en 1723, por el Gobernador del Reino Don Martín de Alday, quedando el país enteramente pacificado por dos años. En 1725, los Sisimbres, que vivían junto al río del Norte, perseguidos por los Apaches, se retiraron hacia la frontera de los españoles y trataron de vivir en paz con éstos, presentándose algunos de ellos al Gobernador Don José Carvajal. Pero ofendidos de que éste los envió presos a México, los demás de esa nación se unieron con los Cocoyames y Coahuileños y comenzaron una serie de robos, muertes y tales hostilidades que se puso de nuevo en conmoción aquel territorio, sin que hubiera ninguna parte de él donde se vieran seguros y libres los moradores y caminantes de sus atrocidades y continuas asechanzas. Los presidios se veían obligados a continuo movimiento de sus armas, tanto para perseguir a los ladrones de caballos como para enviar socorros a donde se les pedían. El Virrey dispuso que, para acabar con tan continua inquietud, se efectuaran diversas campañas generales y tuvieron éstas tan feliz éxito que, en 1743, quedaban ya muy pocos indios hostiles. Estas campañas se llevaron a efecto con grandes trabajos, fatigas y penalidades, tenida en cuenta la gran astucia de los indios y la dilatada extensión de tierra que se había de recorrer, la cual era tan pobre en aguas, que, en muchas ocasiones, era preciso andar 70 u 80 leguas para encontrar una fuente y ésta era tan escasa que apenas bastaba para mitigar la sed. Además, la tierra era muy fragosa, siendo sus numerosas sierras tan ásperas que sólo podían penetrar en ellas a pie los indios con su natural agilidad, y de ningún modo accesibles a los caballos; si los indios lograban guarecerse en sus alturas, era preciso volverse sin poderles hacer el menor daño; tampoco podía seguirseles en terreno practicable a no ser que se anduviera sólo de noche y sin hacer la más pequeña hoguera para tomar algún alimento caliente hasta casi las ocho o las nueve de la mañana, para que no vieran los indios el campamento, ni conocieran, por el polvo que hacía la caballería que había quien les perseguía.



Desde dicho año 1743 se gozaba de una paz completa en los términos de los presidios y los soldados de ellos se dedicaban a conducir mensualmente de uno a otro presidio los convoyes de recuas y pasajeros y los despachos de Chihuahua a México; a escoltar a los Oficiales Reales que, anualmente, pasaban de la Caja de Durango a la de Chihuahua, y a los Padres Provinciales Visitadores y Misioneros en sus entradas y salidas; acompañaban a los Obispos en sus visitas pastorales; llevaban cartas y pliegos del Real servicio y, en fin, guardaban la caballada y hacían sus guardias en el presidio. Todos estos servicios los hacían los 34 soldados de los presidios del Pasaje, Gallo y Conchos; los 23 del de Mapimi; los 29 del Valle y los 30 de Cerro Gordo, en cuyo número entraban tenientes, sargentos y cabos, y de él había que descontar doce soldados que hacían guardia en la residencia del Gobernador del Reino. En 1745, persiguiendo a los Sisimbres, los Apaches, que habitaban al otro lado del río del Norte y que, a su vez, huían de los Comanches, fueron, poco a poco, ocupando la misma tierra que dejaban los primeros y estableciéndose en el paraje llamado de la Cruz, a unas treinta leguas del presidio de Conchos, que les socorría "con bastimentos y vestuarios", para evitar el daño que pudieran hacer. Así permanecían en paz con los españoles, pero había poca esperanza de que se estableciera una perpetua seguridad y sin riesgo, siendo causa de esta inseguridad la misma situación de la citada tierra de los Tobosos, que, por su condición, no podía ser habitada más que por los indios y no por los españoles, tanto por su esterilidad de aguas y pastos, que hacían imposible mantener allí ganado ni caballada, como por la falta de maderas para la construcción de las casas.<sup>54</sup>

En 1742 ofreció el Conde de San Pedro del Alamo encargarse del presidio del Pasaje y mantenerlo a su costa, ahorrando a S. M. los 13.400 pesos de su gasto anual, y Felipe V le concedió (28 de agosto de 1743) lo que pedía, en atención a sus servicios y a la guerra que sostuvo con los indios sublevados en Santa María de Parras, y además el título de Mariscal de Campo.<sup>55</sup> Entregósele el presidio, pero, desde entonces, quedó éste sin guarnición alguna de soldados, pues a los 35 que allí había los despidió a los cuatro meses de su entrega, sin

<sup>54</sup> Id. de id. id. Leg. 1.347. Testimonio de los autos de visita de Berroterán a veintidós pueblos, cuaderno 6.º, fols. 12 a 19.

<sup>55</sup> A. H. N. Estado. Leg. 2.320. Papel representación del Conde.

poner más que gente de su servicio y un personero con el título de Teniente de Capitán. <sup>56</sup>

Todos estos presidios estaban situados de S. a N. unos en pos de otros, en el mismo camino real que iba de la capital del Virreinato a la gobernación del Nuevo México. Primero se encontraba el presidio del Pasaje; veinte leguas más al N., el de San Pedro del Gallo; 15 a Oriente de éste, el de Mapimi, extraviado del camino; siguiendo el camino desde el del Gallo, 20 leguas más adelante, el del Valle de San Bartolomé; 25 ó 30 más, el de San Francisco de Conchos; 40 más arriba, estaba Chihuahua, y 100 más el Real Presidio del Paso del Río del Norte. <sup>57</sup>

En 24 de junio de 1745, el Conde de Fuenclara encomendó al Alcalde Mayor y Capitán a guerra de la villa de León y su jurisdicción de la provincia de Sacatula, don Francisco Benítez Murillo, que visitara los Presidios Escolteros para darle cuenta, en pesquisa secreta, de su estado y de cuáles de ellos eran útiles y, por tanto, forzosa su conservación, así como de los que fuera ocioso su mantenimiento, por no cubrir parajes peligrosos, a causa de estar ya la tierra pacificada. Le ordenó, además, que se informara, no sólo de los presidios en que tocara, sino de los demás de la Nueva Vizcaya que fueran precisos para asegurar los caminos, recibiendo declaraciones de personas desinteresadas y verídicas, practicando esas diligencias con el posible disimulo. <sup>58</sup>

Benítez aceptó el encargo y llevó a efecto la información en la villa de Chihuahua, después de visitar los presidios. Visita e información son muy interesantes y nos dan a conocer la situación de los presidios y las ocupaciones a que se dedicaban los soldados de sus guar-niciones.

El presidio del Pasaje se hallaba despoblado y habitado sólo por algunos peones sirvientes de las haciendas del Conde de San Pedro del Alamo, bajo las órdenes de un tal Borrego, con nombre de Capitán. <sup>59</sup>

<sup>56</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 1.347. Testimonio sobre la dicha visita de Berroterán, fols. 19 v.º a 21.

<sup>57</sup> Id. de id. id. id. Testimonio de autos fecho a instancia del P. Juan Miguel Menchero sobre el restablecimiento de las Misiones del Río de la Junta, Cuaderno 2.º, folio 4 v.º

<sup>58</sup> Id. de id. id. Leg. 1.347. Testimonio de autos y pesquisa de Benitez, fol. 1 y v.º

<sup>59</sup> Id. de id. id. id. El mismo testimonio, fol. 3. Declaración de Don Domingo González de Novoa, Asentista de las Reales Alcabalas del Reino de Nueva Vizcaya.

Del presidio de San Pedro del Gallo era Capitán don Juan Bautista de Leizola. La tierra estaba tranquila y pacificada, pero a los soldados no se les pagaba el sueldo desde hacía mucho tiempo; además de los presidiales, había allí varios vecinos, con sus "chinchorros de ganado vacuno, sembraditos y granjerías de hacer pan, quesos y otras cosas".<sup>60</sup>

El del Valle de San Bartolomé se hallaba muy poblado y próximo al Parral; su Capitán era don José de Idoyaga, que lo guarnecía con veintinueve soldados<sup>61</sup> y estaba todo muy tranquilo. Era un lugar ameno, con bastante vecindario, con su capilla lucida o parroquia y un pequeño convento de religiosos de San Francisco: parecía un pueblo grande, con mucha agua, huertas, "calles formales, Tiendas y Tendedjones"; tenía, además del Cura Párroco, cinco clérigos presbíteros y vecinos españoles, personas de razón de distinta calidad; había allí también una carnicería y una hacienda grande de labor de trigo.<sup>62</sup>

Del de San Francisco de Conchos era Capitán don José de Berroterán: estaba situado a orillas del río Conchos, tenía suficiente población de vecinos españoles y de razón y una misión o pueblo de indios a poco más de media legua.<sup>63</sup>

Cerro Gordo estaba en medio de un país despoblado: tenía a su frente al Capitán don Juan de Ortega, que se dedicaba a la minería en el Realejo Indee, a dos leguas del presidio, al que no acudía más que cada mes o mes y medio, por la quietud de la tierra "sin recelo de Indios enemigos": se hallaba bien poblado y rodeado de cuatro o cinco hermosas haciendas.<sup>64</sup>

Todo el país desde Chihuahua hasta salir de los presidios, en una extensión de 140 leguas, se hallaba bien poblado de haciendas y de ranchos por el camino. Primero se encontraba el que fué presidio del Pasaje, habitado por seis o siete familias; doce leguas después estaba el caudaloso río de Nazas, grande, ameno y tan poblado, que casi parecía pueblo, con huertas, viñas y labores de maíz y tierra de regadío; diez u once leguas más allá estaba el presidio del Gallo; doce o trece adelante, había dos grandes haciendas, llamadas de la Sarca "con sus caserías y quadrillas de sirbientes, pobladas de mucha caballada,

<sup>60</sup> Id. de id. id. id. El mismo testimonio, fols. 18, 33, 42, y 43 v.º

<sup>61</sup> Id. de id. id. id. Testimonio de autos fecho a instancia del P. Menchero sobre el restablecimiento de las Misiones de la Junta, Cuaderno 2.º, fol. 6.

<sup>62</sup> Id. de id. id. id. Testimonio de autos y pesquisa de Benítez, fols. 3, 35, 40 v.º y 43.

<sup>63</sup> Id. de id. id. id. El mismo testimonio, fols. 31, 35 v.º y 42 v.º

<sup>64</sup> Id. de id. id. id. Dicho testimonio, fols. 18, 34, 41 v.º y 43 v.º



mulada, Ganado Bacuno y menor"; diez o doce más arriba, el presidio de Cerro Gordo y, catorce después, corría el río Florido, muy caudaloso, ameno y muy poblado de ranchos y laborcillas, a uno y otro lado. Venía, a continuación, ocupando una extensión de seis leguas, desde el Florido, la gran hacienda de labor de Nuestra Señora de la Concepción, propiedad de don Pedro Jugo. Pasadas nueve leguas, en que había varias haciendas a los lados del camino, estaba el presidio del Valle de San Bartolomé; otras tres más allá, aparecía el río del Parral, con un rancho en el vado; catorce después, pasando junto a varias haciendas, se llevaba al presidio de Conchos. Otras diez y seis leguas más adelante venía el río de San Pedro, con muchas haciendas, labores, misiones y varios ranchos en cordillera de dicho río, caudaloso y muy ameno, y aun había luego varias haciendas más.<sup>65</sup>

La visita de Benítez terminó el 31 de agosto y la información se dio por conclusa el lunes 6 de septiembre de 1745. Resultó de una y otra que el Alcalde Mayor elevó su consulta al Virrey (León 1 de octubre de 1745), aconsejando se mantuviera el presidio de Janos, utilísimo para contener los ataques de los indios bravos; eran inútiles los del Gallo, Cerro Gordo, Valle de San Bartolomé, Conchos y Mapimi, que podían refundirse en uno solo "que se erigiese en otro paraje del intermedio del camino", tal como el río de San Pedro, el del Parral, Florido o de Nazas, el cual sería suficiente para contener a los indios de las modernas reducciones, para seguridad de los caminos y de las conducciones de plata. También creía ser conveniente fundar otro presidio en el lugar llamado las Juntas del Río del Norte, confluencia del río Conchos con el del Norte, para amparo de las misiones contra los indios. Esa información hizo saber que, en tiempo de paz, los soldados se ocupaban en jugar, estar ociosos y hacer lo que les mandaban sus jefes, como guardar la caballada, montar la guardia en casa del capitán o en la del Gobernador de Nueva Vizcaya, servir de correos de los pliegos que se enviaban, por dicho Gobernador, de un presidio a otro, o de vaqueros y arrieros a sus capitanes. Que, en 1743, mientras era Gobernador don Juan Bautista de Belaunzarán, se realizó una campaña contra los indios por el Capitán Berroterán, la cual se pagó con los 2.000 pesos que se le daban para paz y guerra. Los presidios de Conchos, del Valle y del Gallo sólo servían para que sus capitanes se enri-

---

65 Id. de íd. íd. íd. Dicho testimonio, fols. 42 v.º a 43 v.º



quecieran, porque tenían, en los soldados, criados que les servían “a costa del Rey Nuestro Señor” y era una lástima que se mantuvieran “tirando de balde el sueldo de Su Magestad”. En el de Cerro Gordo, el situado era de 11.000 pesos, de los cuales 6.000 correspondían al capitán, que los empleaba en géneros para revender a los soldados en la tienda que tenía puesta y a muy caro precio: no permitía que hubiera allí ninguna otra tienda ni aun siquiera que “se bendiese vn Pilonsillo de dulce en otra parte”.<sup>66</sup>

Gobernaba, a la sazón, la Nueva Vizcaya, con título de Capitán General, don José de Cosío y Campa, Marqués de Torre Campo, el cual, por una súbita invasión de los indios Zumas, se vió obligado a ordenar (San Felipe el Real 25 de junio de 1745) al Capitán del presidio de Conchos, don José de Berroterán, que efectuara una campaña por las tierras invadidas, cuyos habitantes indios, y, en su nombre, su Justicia Mayor, don Diego González de la Herrán, habían acudido a él en busca de protección y auxilio. Los atacantes Zumas se habían aliado con los Apaches Faraones y estaban instalados en los parajes llamados El Cajón y Palo Clavado; la expedición no se efectuó hasta fines de 1746.<sup>67</sup>

En Nuevo México, el Gobernador Codallos hubo de emprender una campaña contra los feroces Cumanches para castigarlos por su alevosidad. Era esta tal que teniendo ellos “de costumbre benir a la capital Sta. Fee a hazer cada año una Feria de Gamuzas, y otros efectos que traen, como de los Indios párvulos que se captivan vnas a otras Naciones, y venden como esclavos, y se les han rescatado para catequizarlos, e imponerlos en los rudimentos de Nra. Sta. Fee, confiriéndoles el Sto. Baptismo, sin atención al bien que recevían, así que se despedían para volverse a sus terrenos, daban el asalto en el Pueblo que observaban desprevenido, y cometían los delitos alevosos de su invariable inclinación y aunque seguían sus huellas los soldados pocas veces eran alcanzados”.<sup>68</sup>

En la provincia de Texas y Nuevas Filipinas había que tener en cuenta no sólo la animosidad de los indios bravos, sino los ambiciosos proyectos de Francia, “Nación —como escribía, en consulta de 28 de

66 Id. de id. id. id. Dicho testimonio, fols. 45 a 49, 5 a 11 y 37 a 41.

67 Id. de id. id. id. Testimonio... de la visita ejecutada... por... Berroterán, Cuaderno 6.º, fols. 31 v.º y 32.

68 Id. de id. id. Leg. 1.350. Revillagigedo a Ensenada. México, 28 junio 1753.

mayo de 1746, don Juan Antonio del Castillo y Ceballos— que bocear ser árbitro de las distribuciones militares, y en paz y en guerra procura ser siempre dominante...”. Proponía el P. Mariano Francisco de los Dolores, para guardar a las misiones que deseaba se establecieran en San Javier, que se rebajaran treinta plazas en el presidio de los Adais, pero Castillo entendía era un desacierto hacerlo así, porque, cuantas menos fuerzas observaran los franceses en él, se alentaría más su ambición de aumentar su terreno a costa de España. Ese había sido un proyecto del Gobernador don Tomás Felipe de Wintuisen<sup>69</sup> fundándose en que el país era de clima extremado, frígido y cálido, muy montuoso y de remota comunicación, trasladándose la capitalidad a San Antonio de Béjar, pero no se adoptó esa idea. En realidad este último, por sus mejores comunicaciones, había adquirido mayor importancia que el de los Adais; su capitán era don Toribio de Urrutia y allí acudían más los indios. Estos eran abastecidos por los traficantes franceses de fusiles, pólvora, balas, bermellón, abalorios y otras mercancías, y esto era un motivo de preocupación por preverse algún disgusto entre las entonces Coronas aliadas.<sup>70</sup>

Pero Fuenclara, aunque poco amigo de Francia, como se recordará por su correspondencia diplomática, mantuvo relaciones de buena vecindad con su colonia.

Su antecesor en el Virreinato, Duque de la Conquista, había comunicado, el 8 de octubre de 1740, que Luis de Sandenis, Gobernador de Nueva Orleáns, había extendido el dominio de aquella colonia, ocupando territorios que eran propiedad del Rey de España, por el descuido del Gobernador de Texas, don Manuel de Sandoval. Demostraba su aserto acompañando un mapa en el que se hallaba que los franceses se habían extendido desde su presidio de Natchez hasta construir otro segundo, con el mismo nombre, con el fin de disfrazar, por este medio, que se había levantado dentro de los límites de la Gobernación de Texas y próximo al español de los Adais y en terreno muy importante, por su cercanía a las montañas que se suponía ricas en minas de plata. Al recibirse la comunicación en Madrid, Felipe V, por carta de 23 de marzo de 1741, previno al Duque que estorbase los

---

69 Gobernador de Texas de 1741 a 1743. Bolton: ob. cit., pág. 479.

70 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.353. Autos sobre fundación de nuevas misiones en Texas, fols. 5, 9 y 35 a 39.

avances de los franceses de Nueva Orleáns e hiciese que se retiraran de la parte que habían ocupado sin derecho, expresando que su "Real ánimo era no se dejasen, por ningún motivo ni pretexto, abandonados aquellos territorios, ni expuestos, con perniciosa tolerancia, a las ideas e intentos de la referida nación establecida en aquellas cercanías". Una Real Orden mandó (15 de julio de 1740), a la vez, a don Justo Boneo, Gobernador de Texas, que indagase y providenciase sobre lo que hubiere de cierto.

Una minuciosa indagación, llevada a efecto por orden del Conde de Fuenc Lara y recopilada en treinta voluminosos cuadernos, a los que servían de aclaración otros cuarenta cuadernos, que relataban las anteriores expediciones a Texas, su situación, confines, condiciones, descubrimiento, progresos y estado en el momento de la investigación, demostró que no era cierta la denuncia, según los informes del Auditor de Guerra (6 de marzo y 20 de junio de 1744), conforme a lo investigado por el Gobernador Don Carlos de Franquis, sucesor de Sandoval, y por Boneo, sucesor de Franquis. El informe recordaba las consultas de 1715 y 1717, en que se había hecho presente a S. M. cuán importante sería el señalar como límite entre los dominios españoles y franceses el río Mississippi. El Auditor deshizo el error del Duque de la Conquista, probando que el traslado del presidio o fuerte francés de Natchez se hizo a la distancia de un tiro de fusil del lugar que ocupaba antes, "en su mismo recinto y en sitio ocupado desde el principio de su establecimiento por los franceses y donde siempre habían tenido casas, huertas y solares". Sacóse testimonio de lo actuado y se pasó a la Secretaría del Virrey el 27 de julio de 1744.<sup>71</sup>

El 27 de marzo de 1745 y el 11 de abril siguiente llegaron, respectivamente, al puerto de Veracruz las balandras francesas "Le Superbe" y "Saint-Louis", bajo las órdenes del Caballero Grenier. Procedían del puerto de La Móbila, en Luisiana, con un destacamento de Infantería mandado por el Teniente Duhomel, y deseaban, de parte de Pedro Rigaud, Marqués de Vaudreuil y Caballero de San Luis, Gobernador de Luisiana, solicitar del Virrey de Nueva España permiso de comprar harinas para aquella colonia francesa. "El Virrey respondió prontísimamente —dicen el Gobernador y Cabildo de Veracruz en su comuni-

---

<sup>71</sup> Id. de id. id. Leg. 1.349. Duplicados del Virrey. Revillagigedo a Ensenada. México, 8 febrero 1752.



cación al Rey—, mandando se le permitiesen comprar y llevar las harinas y demás víveres que necesitase, tomando, para los navíos de V. M., la brea y alquitrán, si fuere menester, y aprobando el que nos gobernásemos con cordura en el punto de la visita y guardias” (que los franceses no querían admitir).

Fuenclara escribió al Gobernador y Oficiales Reales de Veracruz que había recibido el pliego que el Caballero Grenier había traído para él, de parte del Gobernador de Luisiana, y agregaba:

“Apruebo que no hayan permitido se introduzca y venga a esta capital el oficial que solicitaba subir a ella, así porque no es necesario, como porque las providencias que son precisas se pueden dar y darán sin que ejecute este viaje, como se lo expreso en la adjunta carta al Caballero Grenier, a quien se la entregarán V. S. y Vms.

“No pudiéndose negar el socorro que pide el Gobernador de la Luisiana por la estrechez en que probablemente tendrá aquella Provincia la falta del situado, que le han apresado los Ingleses, convengo en que, por el dinero, se le facilite y apronte la cantidad de harinas que necesitare llevar a su Colonia...”

Mandaba que se hiciera este suministro con la mayor rapidez y sin esperar sus órdenes, así como sin perjuicio de la provisión que debería llevar “La Vizarra”.<sup>72</sup>

En otras dos cartas aprobó el Conde que se permitiera a los franceses vender la brea que fuera suficiente para cubrir sus gastos y que no visitaran los funcionarios de Veracruz los barcos de Luisiana, pues los oficiales habían dicho que preferían echarlos a pique antes que consentir en esa visita. En su carta de 21 de abril permitió que los franceses salieran con los 300 tercios de harina que habían comprado para Pansacola, pero mandaba que se hiciera comprender a Grenier y a Duhomel “que la unión y amistad que conservan las dos Coronas de España y Francia no debe ser impedimento para que las órdenes del Rey queden sin el efecto y cumplimiento a que se dirigen, por consistir en él el Gobierno y manutención de sus Reales dominios, con que no se vulnera la armonía y buena correspondencia de ambas Coronas, y que teniéndola V. E. y Vms. expresa para visitar embarcaciones de guerra de cualquiera potencia y poner los Guardias necesarias, el no sujetarse

---

<sup>72</sup> Id. de id. id. Leg. 1.921. El Gobernador y Oficiales Reales de Veracruz a Fuenclara y éste a ellos. Veracruz, 13 abril y 27 junio, y México, 31 marzo 1745.



a ellas es faltar a la unión y conformidad que conviene..." Acababa diciendo: "Y, que, para no incurrir en inobediencia, será lo mejor que se evite la venida de embarcaciones de la Móvil, porque cualquiera que llegare ahí ha de ser visitada y ponerla a su bordo Guardia, y, en el caso de no consentirlo, se les obligará a que salgan luego de ese puerto; pues el haberse disimulado en esta ocasión ha sido más por evitar escándalo que por otra causa..." El Soberbio y un bergantín español, fletado por los franceses, se llevaron 1.200 tercios de harina de flor, que compraron, y 300 tercios que de cuenta "de V. M. llevó para socorro de Pansacola: salieron de Veracruz el 19 de abril. La balandra marchanta "Saint-Louis" quedó arreglando sus averías y salió por fin el 15 de mayo, con 55 tercios de harina de flor y seis piezas de bramante crudo para velas de su embarcación; abonaron esto con el producto de la brea y el alquitrán que habían llevado y que servía para las embarcaciones de la Armada de Barlovento.<sup>73</sup>

---

73 Id. de id. id. id. Fuenclara a los dichos. México, 21 y 28 de abril de 1745. El Gobernador y Oficiales Reales de Veracruz a Fuenclara. Veracruz, 27 de junio de 1745. Leg. 1.505. Fuenclara a Ensenada. México, 6 de mayo de 1745.

THE HISTORY OF THE  
 THE HISTORY OF THE  
 THE HISTORY OF THE

## VIII

### LA ENTRADA SOLEMNE DEL VIRREY Y LA VIDA DE LA CORTE VIRREINAL

Pasado ya el tiempo necesario para que la Ciudad de México pudiese disponer lo conveniente, se celebró la entrada solemne o "ingreso público" del nuevo Virrey, que fué el miércoles 16 de enero de 1743.<sup>1</sup>

Las calles por donde pasó la comitiva tenían arcos triunfales y sus casas se hallaban adornadas con colgaduras, paños de Corte, espejos, fuentes de plata y pantallas. Los arcos, muy vistosos, estaban llenos de emblemas, redondillas y sonetos alusivos al Conde de Fuenclara.<sup>2</sup>

Juntáronse en el Palacio Real, para el recibimiento, los miembros de la Audiencia: Malo, Veitia, Echávarri, Valcárcel, Adán, Marqués de Altamira, Campo y Trespalacios; los Alcaldes de Corte Mesía, Tineo, Chinchilla, Rojas y Melgarejo; los Fiscales Bedoya y Andreu, el Real Tribunal de Cuentas y la Real Caja. Luego que dieron las tres de la tarde, salió la comitiva a caballo, yendo a la cabeza el Tribunal del Protomedicato, al que siguió el del Consulado; a continuación iban la Universidad, con sus insignias; la Nobilísima Ciudad, la Real Caja, el Tribunal de Cuentas y, por último, la Real Audiencia. En este orden se fué por la calle de Santo Domingo hasta la parroquia de Santa,

---

<sup>1</sup> A. gen de Indias. México. Leg. 541. Diario de la primera sala de la Audiencia... en ... 1743. Miércoles 16 de enero; la Fuente, F.: *Diario Sagrado y Profano*.

<sup>2</sup> Romero de Terreros y Vinent, M.: *Ex antiquis. Bocetos de la vida social en la Nueva España*, pág. 132.

Catalina Mártir, donde se acostumbraba a celebrar la ceremonia. En la esquina de su plazuela, en un tablado que la Ciudad había levantado, ocupaba ya su sitio Su Excelencia el Virrey. Montó éste a caballo, acompañado de su servidumbre, a excepción de los pajes, que iban a pie,<sup>3</sup> y entonces se organizó la procesión, que constituía la verdadera *entrada*, en la que competían la riqueza de los trajes, la gallardía de los caballos y lo vistoso de los jaeces y arneses con el número de los criados y el lujo de las libreas de éstos.<sup>4</sup>

Abrían la marcha el Tribunal del Protomedicato y el del Consulado, siguiendo los demás en la misma forma en que habían llegado, siendo de notar los clarinetes y timbaleros de la ciudad, con libreas rojas y montados en caballos engualdrapados; los bedeles de la Universidad, que, cabalgando en mulas cubiertas de gualdrapas de terciopelo, precedían a su Rector el Doctor Don Manuel Urtusástegui,<sup>5</sup> al Claustro Mayor y a los individuos, con las insignias de sus respectivas Facultades; y los porteros de la Ciudad, con sus mazas, que iban delante del Corregidor, Don Pedro Manuel Enríquez,<sup>6</sup> del Mayordomo, Contador, Secretario, Regidores, Alguacil Mayor y Alcaldes ordinarios. Daban guardia al Virrey los alabarderos; detrás de él y de sus familiares marchaban los Secretarios de Cámara, los caballos de respeto y los guardias de Caballería e Infantería del Real Palacio.<sup>7</sup>

Con esta bella comitiva llegó el Virrey calle arriba de Santo Domingo, y en el arco triunfal de la Ciudad, que se puso en la esquina a la plazuela de su nombre, se apearon el Corregidor y la Nobilísima e Imperial Ciudad de México, echándosele a Su Excelencia la correspondiente loa, interpretación de lo representado en el arco y panegírico del Conde de Fuenclara, del cual era autor Don Cayetano Cabrera Quintero; comenzaba así:

3 A. gen. de Indias. México. Leg. 541. Diario de la primera sala... Miércoles 16 de enero de 1743.

4 Alamán, L.: *Disertaciones sobre la historia ... mejicana*, III, apéndice, pág. 97.

5 Era éste Racionero de la Metropolitana de México, y Examinador sinodal de su Arzobispado y había sido elegido Rector de la Universidad el 10 de noviembre de 1742. *Mercurio de México*, de noviembre de 1742, en *Bibliografía mexicana del siglo XVIII*, de León, II, pág. 936.

6 Desempeñaba el cargo desde 1739 y lo fué hasta 1744, en que le sucedió Don Gregorio Francisco Bermúdez Pimentel. *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología*, I, pág. 89. *Los Corregidores de México*, por Manuel Romero de Terreros.

7 Romero de Terreros: *Ex antiquis...*, págs. 133-134.



Quién, Señor, que ya no fuese  
O vos, o vuestro trasumpto...<sup>8</sup>

Terminada la loa, ante el Escribano del Cabildo, hizo el Virrey su pleito homenaje, según fuero de España, de defender el Reino y mantenerlo en tranquilidad, y mandó que se retirase el palio, que se hallaba allí prevenido, según costumbre; no hizo en esto, como en todo, más que cumplir estrictamente las instrucciones que llevaba de hacer su entrada con la menor pompa posible.<sup>9</sup>

Allí se le entregaron solemnemente, después de su juramento de fidelidad de guardar los privilegios de la ciudad, las llaves de la capital,<sup>10</sup> y la procesión continuó su marcha, yendo, desde el arco de Santo Domingo, la Ciudad a pie y teniendo el Regidor Decano una banda que pendía del freno del caballo montado por Su Excelencia, como si lo llevara de las riendas.<sup>11</sup> El lucido cortejo pasó por entre las filas formadas por las Compañías de los plateros y de los demás gremios, siendo el Virrey aclamando con entusiasmo por los espectadores, encantados de la majestad y del esplendor del desfile.

Caminando así se llegó al cementerio de la Santa Iglesia Catedral, ante el cual esperaba el Venerable Cabildo, con cruz alzada y capas de coro. Apeóse el Conde allí y lo mismo hizo toda la comitiva; besó él solo la cruz que el Deán sostenía en sus manos y, después de tomar el agua bendita, entró en la iglesia a la derecha del Preste, habiéndose retirado el palio, y, seguido procesionalmente de su comitiva, hasta el altar mayor, donde todos se mantuvieron hincados de rodillas en tanto duró el canto del Te Deum, en el mismo lugar en que asistía el Virrey a las funciones. Acabado el Te Deum, las preces y la oración, el Cabildo acompañó a Su Excelencia al sitial, donde se sentó, escuchando la breve loa, que le declamaron dos monaguillos.<sup>12</sup> En ella se le llamaba el Nuevo Ulises (quizá por haber tenido que recurrir a la astucia y al disfraz para poder llegar a puerto americano sin peligro) y la compo-

8 Esta arenga al "feliz ingreso" del Virrey fué impresa en México en 1743. Beristain: *Biblioteca...* I, pág. 231; Toribio Medina, J.: *La imprenta en México*, IV, págs. 525-526. León: *Bibliografía mex. del siglo XVIII*, VII, pág. 12.

9 A. gen. de Indias. México. Leg. 541. Diario de la primera sala, 16 enero 1743.

10 Alamán, L.: *Disertaciones...* III, apéndice, pág. 98.

11 A. gen. de Indias. México. Leg. 541. Diario de la primera sala de la Audiencia de Nueva España en 1743. Miércoles 16 de enero.

12 Id. de id. id. id. id. El mismo Diario en el mismo día. Id. de id. id. id. Diario de la segunda sala, fol. 2.

sición debió de ser un modelo de conceptismo en el gusto alambicado de la época, si hemos de juzgar por su principio:

No es mi voz, Príncipe excelso,  
la que en ráfagas sutiles...<sup>13</sup>

Comparábase en la loa, la prudencia y las virtudes del Virrey con las del héroe Ulises, que se hallaba representado entre los adornos del arco. Con esto se acabó la solemnidad y toda la comitiva volvió, en forlones, hasta el Palacio Real, dejando a Su Excelencia en su aposento,<sup>14</sup> donde se acostumbraba a servir un refresco a los acompañantes.<sup>15</sup>

Así acabó la entrada solemne y la vida de la Corte virreinal entró en su cauce ordinario.

Antes de describirla, tal como resulta de las relaciones contemporáneas, bueno será conocer un poco el fondo en que se desarrollaba esta vida y, especialmente, la residencia de los Virreyes.

El Palacio Virreinal, llamado Real, puesto que quien lo ocupaba representaba a Su Majestad Católica el Rey de España y de las Indias y la pompa que le rodeaba era semejante a la que se cumplía en la Corte de Madrid, era el mismo en que después ha residido el Presidente de la República de México. Había sido de la familia de Cortés hasta que el Rey lo compró en 1562.<sup>16</sup>

En tiempo del Conde de Fuenclara seguía casi lo mismo que doscientos años antes, pues quien lo compuso y renovó, por dentro y por fuera, el segundo Conde de Revillagigedo, a fines del siglo XVIII. Pero antes hubo necesidad de hacer en él serias reparaciones, a causa del incendio que lo destruyó, en gran parte, durante el tumulto de 1692; iniciáronse obras de ampliación de la vivienda del Virrey bajo el go-

<sup>13</sup> El texto de esta loa se imprimió en México en 1743. Toribio Medina, J.: *La imprenta en México*, IV, pág. 528. Además de los dos arcos dichos, se cita otro titulado Julio Maximino Vero, con el cual se simbolizó por el Estudio los *Heroycos hechos y altas prendas de Fuenclara*, que se imprimió también en México en 1743. Su autor era el mismo Cayetano Cabrera Quintero. Beristain: Ob. cit., I, pág. 231; Toribio Medina, J.; Ob. cit., IV, pág. 525; León: Ob. cit., VII, pág. 11.

<sup>14</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 541. Diario de la primera sala... 16 enero 1743.

<sup>15</sup> Alamán: *Disertaciones...*, III, págs. 97 y 98; Romero de Terreros: *Ex antiquis...*, pág. 135.

<sup>16</sup> Marroquí, J. M.: *La Ciudad de México*, III, pág. 589.

bierno de Fuenclara, pero una Real Cédula le ordenó que las suspendiese.<sup>17</sup>

Hasta entonces era, según Sedano, “una honrada casa de vecindad; había dentro de él cuartos de habitación y de puesteros de la plaza, bodegas de guardar frutos y otros comestibles, fonda y vinatería..., panadería con amasijos, almuercerías donde se vendía pulque públicamente y de secreto..., juego de naipes público en el cuerpo de guardia, y otro donde llamaban el Parque, juego de boliche... Las puertas de la plaza del Volador y la que salía al Parque, eran francas todo el día y la mayor parte de la noche. La puerta principal unas veces se cerraba de noche, y las más no, quedándose abierta...”<sup>18</sup>

La fachada del Palacio presenta, por su gran masa y su sencilla construcción, un aspecto imponente. Las tres puertas de ella correspondían a los tres departamentos en que se dividía el edificio durante la administración española: la del centro, que daba entrada al patio principal, donde estaban las salas de la Real Audiencia, del Tribunal de cuentas, Tesorería general, la Capilla Real y la sala de audiencia pública de los Virreyes, es decir, una especie de salón del Trono, cuyo uso se conservó por el Presidente de la República, tan exactamente imitado de aquel tiempo, que “aun se pone delante de S. E. el cojín destinado a arrodillarse en él los que eran admitidos a besar la mano al Monarca, a lo que hacía alusión el que se ponía delante de los Virreyes”. La puerta de la izquierda conducía a otro patio menor, destinado, con todas las piezas que por él tenían entrada, en el piso superior, a la habitación de los Virreyes; los entresuelos, al alojamiento de sus secretarios; y los bajos servían para los domésticos del Virrey y para almacenes de azogue. La tercera puerta daba entrada a otro patio, en cuyos pisos bajos y entresuelos estaban las cárceles y, en los altos, las salas del Crimen de la Audiencia y el Tribunal del Consulado.<sup>19</sup>

La vivienda de los Virreyes dividíase en todas las piezas y camarines que pedía la “suntuosidad de un palacio, y necesita la grandeza de príncipes; que sustituyendo la real persona del Católico Rey de Es-

<sup>17</sup> *Instrucciones del Conde de Revillagigedo al Marqués de las Amarillas, en Instrucciones que los Virreyes de Nueva España dejaron a sus sucesores*, pág. 13, núm. 42.

<sup>18</sup> Sedano, F.: *Noticias de México*, fragmento citado por Valle Arizpe en *La muy noble y leal ciudad de México...*, pág. 267.

<sup>19</sup> Marroquí: Ob. cit., III, pág. 592.

pañá, participan toda su potestad en otro mundo". Fuera de muchas otras habitaciones, tenía tres salas principales de estrado con balcones a la Plaza Mayor, y entre ellos uno de doce varas de largo, y casi dos de vuelo, ensamblado y dorado". A la sala situada en la parte Norte se entraba por dos antesalas, en las que esperaban los pretendientes y personas que tenían negocios de gobierno. De ella se pasaba a la galería de audiencias públicas, que daban todos los días los Virreyes, y de ella al Salón de Juntas Generales y Acuerdos de Hacienda. El salón galería y su antesala tenían cincuenta varas de largo por siete de ancho, con doce balcones de hierro al mediodía sobre el patio. A mano derecha de la galería estaba la gran puerta que daba entrada al Salón de Comedias o Teatro de la Corte, de cuarenta varas de largo por más de nueve de ancho, cuyos balcones daban a los jardines: sus muros "desde la solera hasta la cenefa" estaban primorosamente pintados, representándose en ellos" los árboles del monte, las flores del seto, las aguas del valle, los ruidos de la caza y quietudes del desierto." <sup>20</sup>

Las cuestiones administrativas o de gobierno de los vastos territorios que componían el Virreinato ocupaban una buena parte de la vida del Virrey, aspecto del que trataré en otro capítulo.

Pero, al lado de esta vida, muy intensa, dedicada a las cosas del Estado y del bien público, se desarrollaba otra, más pomposa: la de las fiestas y ceremonias religiosas y civiles, minuciosamente reglamentada y llena de curiosísimos detalles de etiqueta.

Se ha dicho que los grandes virreinos de las Indias eran verdaderas satrapías a la moda oriental, con la única diferencia que los virreyes sólo se mantenían en sus puestos seis años a lo más, <sup>21</sup> pero, en el siglo XVIII, si bien continuaban rodeados de todo el brillo y pompa de la autoridad soberana, su poder estaba bastante limitado y su actuación intervenida por diversos organismos, el principal de los cuales era el Real Acuerdo. Fuenclara había visto aún más limitado su poder por el nombramiento de un Secretario, Don Francisco Fernández Molinillo, con quien se le mandó consultar en todos los asuntos de gobier-

<sup>20</sup> Sarriñana, Isidro: *Llanto de Occidente en la Muerte del más Claro Sol de las España*, fragmento citado por Valle Arizpe en *La muy noble y leal ciudad de México*, págs. 225-227.

<sup>21</sup> Desdèvises du Désert: *Vice-rois et Capitaines-généraux des Indes espagnoles à la fin du XVIIIe siècle*, en "Rev. Hist.", tomos CXXV y CXXVI.



no. Además de sus secretarios particulares, tenía el Virrey otros dos, uno de Guerra y otro de Gracia y Justicia.<sup>22</sup>

El Conde de Fuenc Lara desempeñó su alto cargo con aprobación general.<sup>23</sup> Según Panes, era de un natural muy pacífico y afable, cuidadoso del aseo, limpieza y empedrado de la ciudad, estimulando con su agrado a los vecinos para que concurriesen a estas útiles obras.<sup>24</sup> El P. Calvo dice que México floreció “bajo el suave gobierno de Fuenc Lara “cada día más y las rentas reales se aumentaban”.<sup>25</sup> Debió ser así, en efecto, pues que la separación de este Virrey “fué sentida por los mexicanos”.<sup>26</sup> Por sus hechos —dice Manuel Rivera— fué el Conde “muy querido de los mexicanos”;<sup>27</sup> Alamán que “fué muy estimado en Méjico y regresó a España con general sentimiento de sus habitantes”.<sup>28</sup> En general, por su carácter justiciero, fué muy querido por los mexicanos, sintiéndose mucho su partida para la Corte de España.<sup>29</sup>

La vida diaria del Virrey era bastante monótona: gracias a los Diarios de las Salas de la Audiencia y a la escasa prensa entonces existente he podido reconstituirla bastante y hasta cronológicamente, aunque no llegando hasta los detalles de la vida íntima.

El Virrey se levantaba temprano, oía misa solo o en compañía de los componentes del Real Acuerdo, según los días, y pasaba a la primera Sala de la Real Audiencia, donde presidía las sesiones del Real Acuerdo, que acababan generalmente antes de las doce. A veces se celebraban sesiones por la tarde en lugar de la mañana, comenzando a las tres; otras había sesión mañana y tarde.

Comenzaban las sesiones de la sala, a las ocho de la mañana, con una misa, que oían los miembros del Real Acuerdo, muchas veces en unión del Virrey, pero lo corriente era que éste llegara después de comenzada la sesión.

22 Rivera, A.: *Principios críticos sobre el Virreinato de la Nueva España*, I, pág. 80; Alamán, L.: *Historia de México*, I, pág. 42; Rivera Cambas, M.: *México Pintoresco, Artístico y Monumental*, I, pág. XXV; A. gen. de Indias. México. Leg. 1.505. Instrucción reservada a Fuenc Lara, 23 de abril de 1742.

23 *Diccionario geográfico, estadístico, histórico, biográfico, de industria y comercio de la República Mexicana*, III, pág. 387, art. Cebrián.

24 Cita del mismo *Diccionario*, en el mismo artículo.

25 Cavo, A.: *Los tres siglos de Méjico*, Libro Undécimo, págs. 136-137.

26 *Diccionario geográfico...*, III, pág. 387.

27 Rivera, M.: *Los Gobernantes de México*, I, pág. 363.

28 Alamán, L.: *Disertaciones...*, III, pág. 59.

29 *Iconografía de Gobernantes de la Nueva España*.

Como ejemplo de una de éstas, véase lo que dice el acta de la celebrada el lunes 7 de enero de 1743:

"...Se dijo la misa a la hora... Pasado Su Excelencia subieron a el banco siniestro de los estrados el Correxidor Don Pedro Manuel Enríquez, Don Miguel Berrio y Don Juan Antonio Humarán, electos Alcaldes ordinarios para este año, y, con su asistencia, la de el Teniente de Chanchiller, Abogados, y demás Ministros subalternos, e inferiores de esta Real Audiencia, se leyeron las Reales Ordenanzas, Reales Cédulas, y autos acordados que es estilo, y, acabado, juraron por ante mí —anota el Escribano de Cámara propietario Don Juan Francisco de Castro— de que cada uno en su ejercicio observara su contenido por lo respectivo a su cargo, y, fenecido, conforme a la ley, se pasó a dejar a Su Excelencia, y se acabó antes de las once..."<sup>30</sup>

A principios de año se daban las comisiones de turno a cada uno de los oidores: en 10 de enero de 1743 se dio la comisión de Juez de las fábricas materiales de las Santas Iglesias Catedrales al oidor Malo, que era el Decano, conforme a la Ley; la de Juez del Juzgado de Bienes de Difuntos, al oidor Echávarri, que ya lo había sido en 1742, bajo condición de que, en el bienio siguiente, sería Veitia, Juez de Alzadas del Consulado, y el Marqués de Altamira, de Almonedas; la de Juez de Ministros, Dávila; la de Hospitales y Colegios, Fernández de Madrid, a excepción del Real de Indios, en que quedaba Adán; Procurador de Indios, Aniceto Fernández de Córdoba, y de Pobres, Juan Francisco Girón.<sup>31</sup>

El mismo día, en que hubo acuerdo por la tarde, no se hizo despacho "por haber estado en cosas secretas, y se acabó poco antes de la oración".<sup>32</sup>

Cuando se recibían noticias de haber llegado a Veracruz correo de la Corte, en celebración de la buena salud de Sus Majestades, se decía una misa en acción de gracias y se cantaba un Te Deum, con asistencia del Virrey, de la Audiencia, Real Sala del Crimen, Real Tribunal de Cuentas, Real Caja y la Nobilísima Ciudad y, al acabar la función, se celebraba Acuerdo extraordinario para abrir el cajón o cajones de pliegos enviados por Su Majestad.<sup>33</sup>

<sup>30</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 541. Diario... en 1743, fol. I. v.º

<sup>31</sup> Id. de id., id., id. Diario de la primera Sala de la Audiencia, 1743, fol. 1 y v.º

<sup>32</sup> Id. de id., id., id. El mismo Diario, fol. 2 v.º

<sup>33</sup> Id. de id., id., id. El mismo Diario, fol. 5, jueves 17 enero 1743; fols. 16 y 17, martes 12 de marzo de 1743; fol. 46, sábado 3 de agosto de 1743.

Si fallecía algún alto funcionario o su esposa, después de la acostumbrada misa, no se celebraba Acuerdo, sino que el Virrey y la Audiencia acudían al entierro o funeral correspondientes. Así, por ejemplo, el 1 de febrero de 1743, Su Excelencia, con los Oidores y otras representaciones oficiales, asistieron al entierro de Doña Andrea González de Arnáez, mujer de Don Gabriel Fernández Molinillo, Consejero de la Real Hacienda y Superintendente de la Casa de la Moneda, en el convento de San Francisco y, acabado el fúnebre acto, toda la comitiva acompañó al Virrey a su salón. El 8 del mismo mes y año se celebraron, en la misma iglesia, los funerales por dicha señora y tampoco hubo Acuerdo.<sup>34</sup>

A veces faltaba el Virrey al Acuerdo por estar "en la visita de los conventos de Religiosas",<sup>35</sup> visita que debía ser para él un reposo encantador de las fatigas del gobierno, no sólo porque recordaría la vida sosegada de sus hermanas monjas en Zaragoza, sino porque las religiosas mexicanas le obsequiarían con esas deliciosas chucherías o primorosas labores en que cada convento estaba especializado: el de la Concepción, con sus sabrosas empanadas y sus palabras de la Purísima; el de Jesús María, exquisitos dulces con la apariencia de apetitosos guisados; en San Jerónimo, excelentes calabazates; en la Encarnación, riquísima miel rosada; en San Lorenzo, alfeñiques y caramelos; en San Bernardo, tostadas sabrosísimas, propias para abrir el apetito al enfermo más desgano, y esponjosos bizcochos; en Santa Clara, dulcísimas conservas; en Balvanera, caprichosas flores de mano; en Santa Inés, velas benditas de San José; en la Enseñanza, muy curiosos bordados y monteras...<sup>36</sup>

Una habilidad de las monjas de México, quizá ignorada o considerada poco digna de mención por el eruditísimo Rivera Cambas, era la de amaestrar loritos. Dos curiosas cartas del Virrey Conde de Revillagigedo, dirigidas a Don Francisco Cumplido y al Marqués de la Enseñada nos la hacen saber. La primera comunica el envío a Sus Majestades (Fernando VI y Bárbara de Braganza) de dos loros singulares, en virtud de la orden que recibió del Rey (fechada en Aranjuez a 2 de junio de 1752), solicitando el envío de loros que hubieran sido criados

34 Id. de id., id., id. El mismo Diario, fols. 8 y 10.

35 Id. de id., id., id. El mismo Diario, fol. 10 v.º. Lunes 11 febrero 1743.

36 Rivera Cambas, M.: *México Pintoresco...*, I, pág. 241.

por monjas. "...Para resguardo del frío del Ymbierno, en que sin duda se hará la nauegación —dice Revillagigedo— llevará cada Jaula dos fundas, vna de bramante y otra de bayeta encarnada, que mandará V. S. se vsen de ellas según el tiempo lo pida..."<sup>37</sup>

La Segunda dice que los loros irán en el navío "El Dragón", mandado por Don Francisco Cumplido, y enumera las frases que dicen los loros, entre las cuales entrasaco las más graciosas y chocantes:

¿Hay chocolatito y pan para el loro  
que se muere de hambre todo?

¡Ay, ay, ay! ¿qué me dan?  
porque pido pan,  
no lo pida el perro borracho  
y no le darán.

¿Quién pasa?  
El Santísimo Sacramento  
que va a su casa.  
Aparta, aparta, caballero,  
que pasa el Rey de los Cielos.

¿Para quién pide el pobre?  
Para Nuestra Señora del Carmen.  
¿Para quién pide Vuestra merced?  
Para el Patriarca Señor San Joseph.

A Dios, lorito, a Dios, Señora,  
a Dios china negra encantadora,  
chupa tabaco, respingadora.  
¡Aguador, que te llama mi señora!  
¡Carbonero, que te llama el cocinero!

Lorito, mi vidita ¿sabes leer?  
Toda la cartilla sé, Christos, A. B. C.

---

<sup>37</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 1.506. Revillagigedo a Cumplido. México 19 de septiembre de 1753.



Ya Vuestra merced lo ve.  
Y qué lindo loro,  
y cómo lo parla todo,  
porque tiene el pico de plata  
y las alas de oro.

María Soledad  
¿hay chocolatito y pan para el loro?  
Lorito Real  
para España y no para Portugal.

Perero ¿a cómo vendes las peras?  
A tostón.  
¡Jesús, y qué caras peras son!  
A cuatro, a cuatro, cuero  
y ¡qué barato!

Bartolo, guárdate del toro,  
¡que te coge, que te coge  
el toro, Bartolo!<sup>38</sup>

Algunos días llegaba Su Excelencia “bastante después de comenzado el Acuerdo”; otros, excusaba su asistencia “por estar impedido”, es decir, por tener otras ocupaciones más urgentes, y otros, en fin, se marchaba y el Acuerdo continuaba el despacho de los asuntos en trámite sin la intervención del Virrey.<sup>39</sup>

La Cuaresma se guardaba religiosamente.

Suspendíase la sesión del Real Acuerdo a las diez de la mañana y el Virrey, acompañado de los Oidores y de los Alcaldes de las Salas, pasaba a la Capilla Real, muchos miércoles y viernes de cada semana, para oír la misa y el sermón, que predicaba un ilustre orador sagrado. Seguía en esto un turno riguroso. Primero correspondía el sermón a un sacerdote secular, generalmente una de las dignidades de la Catedral de México, y luego a las Ordenes religiosas, sucesivamente, sin repetirse los oradores ni las órdenes que ya habían actuado. Conforme a estas normas, el primer viernes de Cuaresma de 1743 predicó el

<sup>38</sup> Id. de id., id., id. Del mismo a Ensenada. México 19 de septiembre de 1753, y papeles con razón de lo que hablan los loros de las jaulas A y B.

<sup>39</sup> Id. de id., id., Leg. 541. Diario de la primera Sala... en 1743, fols. 11, 11 v.º y 13.

Doctor Don Ildefonso Moreno, Deán de la Catedral de México; el segundo miércoles (13 de marzo), el P. Fray José López "de la regular observancia de San Francisco"; el tercer viernes, el P. Fray Antonio Cano, Guardián del Convento de San Diego; el cuarto viernes, el P. Maestro Fray Juan Crisóstomo Martínez, de la "Venerable Orden de San Agustín"; el miércoles, 27 de marzo, el P. Fray Juan de la Santísima Trinidad, Procurador de la provincia de San Alberto, de Carmelitas Descalzos; el viernes 29, el P. Maestro Fray Miguel Picazo, de la Militar Orden de la Merced; el miércoles 3 de abril, el P. Juan Francisco López, de la Compañía de Jesús; el jueves, 4 del mismo mes, el Doctor Don Juan José de Eguiara, sobre la conversión de la Magdalena, y el viernes de Dolores, el Doctor Don Francisco Antonio Anselmo de la Peña.<sup>40</sup>

La función no era larga, acababa, generalmente, a las once. El Real Acuerdo se celebraba, en esos días de fiesta cuaresmal, por la tarde.

La víspera del domingo de Ramos, el Virrey recibía a los Oidores, que iban a cumplimentarle en sus habitaciones, después de oír misa en la Real Capilla, y hacían la visita general de cárceles: unos visitaban la Cárcel de Corte y otros la Cárcel pública.<sup>41</sup>

En julio de 1743 falleció el Alguacil Mayor de Corte, Don Nicolás de Fonseca Enríquez; por la pobreza en que estaba, contribuyó el Conde de Fuenclara al funeral con cien pesos y los demás funcionarios de la Audiencia con veinticinco, asistiendo al entierro la Real Audiencia y el Cabildo.<sup>42</sup>

El año 1743 fué desdichado para el Virrey por el fallecimiento del gran Ministro Don José del Campillo, repentinamente, el 11 de abril. Había sido para él como otro Don José Patiño: la noticia le fué muy sensible y le produjo una indisposición, a causa de la cual no asistió a la fiesta de Tabla el día de Santa Rosa (30 de agosto) y ciertamente que tenía motivos para lamentar su pérdida.<sup>43</sup>

El Marqués de la Ensenada se mostró con él duro e injusto, pese a las protestas de amistad que le hacía en sus cartas; exigió de él que enviase dinero a España, lo que, hasta entonces, no se había pedido a ningún otro Virrey, al mismo tiempo que le mandaba atender pun-

40 Id. de id., id. Leg. 541. Diario citado, fols. 14 v.º, 17, 17 v.º, 18, 19 v.º, 21 y 22.

41 Id. de id., id., id. El mismo Diario, fol. 22 v.º

42 Id. de id., id., id. El mismo Diario, fol. 44.

43 Id. de id., id., id. El mismo Diario, fol. 52.

tualmente a los gastos del Virreinato. Los historiadores que, sin conocimiento de causa, achacan a Fuenclara que se ocupó principalmente en enviar dinero a la metrópoli, ignoran seguramente quién era el verdadero responsable de su gestión a ese respecto, proceder que tal vez le habría ocasionado disgustos en México, si no hubiese obrado con exquisito tacto, pero él se manejó de tal modo que no se disminuyó, a pesar de todo, el afecto que su buen gobierno le había granjeado en el país. Ensenada fué aún más lejos, como se verá, en su antipatía hacia Fuenclara: intentó hacer con él una especie de residencia previa, fundándose —según decía— en denuncias que había recibido, pero no logró su objeto.

El miércoles 11 de septiembre de 1743 se celebraron, en la Catedral de México, las solemnes honras fúnebres por el alma del Excelentísimo Señor Don José del Campillo y Cossío, asistiendo el Virrey, los Oidores Malo, Echávarri, Valcárcel, Adán, Marqués de Altamira, Dávila, Madrid, Padilla, Toro, Campo y Trespalacios; los Alcaldes Mesía, Tineo, Chinchilla, Melgarejo y Andreu y la Nobilísima Ciudad. La presidencia o lugar principal del duelo lo ocupó el sobrino del difunto, Don José Huergo, Capitán de la Infantería del Real Palacio.<sup>44</sup> La oración fúnebre estuvo a cargo del Doctor y Maestro Don José Mariano Gregorio de Elizalde Hita y Parra, ex Rector de la Universidad de México, Teólogo Examinador de la Nunciatura de España, Prebendado de la Santa Iglesia de México y Examinador de su Arzobispado, que tituló su sermón "La sombra imagen de la grandeza del Excmo. Señor Don José del Campillo": fué ésta una de sus mejores piezas oratorias.<sup>45</sup>

Las fiestas eran entonces numerosas y de varias clases: de *tabla*, de *precepto* y de *Corte*.

El Rey de España era Patrono de la Iglesia y el Virrey, su representante en México, era Vicepatrono de ella; por consiguiente, eran inexcusables con él ciertas demostraciones de sumisión y respeto, las mismas que se hacían en España a la persona real. Así, pues, cuando el Virrey llegaba a México e iba a la Catedral por vez primera, acudía

<sup>44</sup> Id. de id., id., id. El mismo Diario, fol. 54 v.º

<sup>45</sup> Esta oración fúnebre se imprimió en México en 1744, dedicándola al Conde de Fuenclara el Dr. Don Luis Fernando de Hoyos y Mier, que había sido Colegial en el Viejo de San Bartolomé de Salamanca y era, a la sazón, Canónigo de la Santa Iglesia de México, y el Oidor Don Domingo de Tres-Palacios y Escandón, Juez del Real Derecho de Media Anata, por cuyos cuidados se imprimió el sermón. Toribio Medina, J.: *La imprenta en México*, IV, pág. 545.

todo el Cabildo con cruz alzada a recibirle; mas no salía fuera de la iglesia, sino que, dentro de ella, seis o siete pasos distante de la puerta principal, estaba el Arzobispo en pie, con capa y cruz en la mano; se ponía delante de él una alfombra y una almohada, donde el Virrey se arrodillaba para besar la cruz de mano del prelado; un prebendado le daba el agua bendita; de allí iba el Cabildo llevándole en procesión con cruz alzada hasta el altar, lo demás se hacía conforme al ceremonial de costumbre.

En las otras veces que asistía el Virrey a la Catedral con su carácter de tal, seis prebendados iban a recibirle hasta cerca de la puerta principal del templo, y otro prebendado le daba el agua bendita, o el capellán de la Audiencia, si concurría; con igual cortejo volvían a acompañarle hasta la misma puerta cuando se retiraba.

En la iglesia se ponía al Virrey sitial del lado del Evangelio, sin perjuicio del que usaba el Arzobispo, el cual se ponía con o sin dosel, en la forma dispuesta por el Ceremonial Romano. La Audiencia se colocaba en seguida, al mismo lado del Evangelio, y, al de la Epístola, la Ciudad y el Corregidor en sillas, pero sin almohada. Los vecinos honrados se sentaban en bancos. Faltando el Virrey no se ponía sitial.

La asistencia de los Oidores en cuerpo de Audiencia estaba limitada a las fiestas de tabla, pues, en otras, a que, por honrarlas, asistían el Virrey y Oidores, el Virrey señalaba los que habían de acompañarle y tomaban asiento en el estrado de los convidados. Fuera de él podían los demás Oidores concurrir como particulares, con la distinción de poder llevar silla, tapete y almohada; tenían también asiento en el coro, aunque no debían sentarse en las sillas inmediatas a la del Prelado.

En las ceremonias de la Iglesia se observaba el siguiente orden: en la aspersión que el sacerdote hace con el agua bendita, rociaba primero al Arzobispo y a los clérigos que estaban con él; después, al Virrey, y, en seguida, a la Audiencia; la confesión y el Credo de la misa se decían solamente al Virrey; se bajaba el misal, después del Evangelio, y se daba a besar al Virrey, ceremonia reservada a él sólo; se incensaba y se daba a besar la paz al Virrey o al Oidor Presidente, por un eclesiástico, revestido de sobrepelliz y estola, siendo una misma la paz; si el Prelado estaba en el coro, bajaban juntos del presbiterio dos eclesiásticos, cada uno con diferente portapaz, una para el Prelado y otra para el Virrey o Presidente, procurando no adelantarse el uno al otro, para cumplir al mismo tiempo ambos su ministerio. Las *paces*



eran dos, de plata blanca, con la imagen de la Asunción de la Virgen grabada, para el uso diario; de plata sobredorada para los días de fiesta mayor; para el Virrey había una especial, de plata dorada, algo mayor que las otras.<sup>46</sup>

Habíase llegado a mandar, por Real Cédula de 9 de febrero de 1670, que el Arzobispo, en la Catedral, si pasaba por la crujía del coro al presbiterio, debía hacer la cortesía al Virrey, soltando la cola de su vestido.<sup>47</sup>

Las fiestas de *tabla* eran las de primera clase en el rezo y a ellas concurría el Virrey, de oficio, como Vicepatrono de la Iglesia Mexicana, acompañado de los Tribunales y de la Ciudad, que debían asistir inexcusablemente a ellas.<sup>48</sup>

La primera de estas fiestas en el año era la de la Purificación de Nuestra Señora. La Corte de México asistía a esta fiesta en la Catedral, y el Cabildo, por decencia y aseo, ponía a cada candela una arandela donde se recogían las pavesas y gotas de cera que se desprendían de ellas. No era corto el número de arandelas que se necesitaban para la Corte y el Cabildo, sin contar otros concurrentes, y eran todas, al principio, de hoja de lata; pero, desde 1627, se mandaron hacer veintiocho de plata, veintiséis de ellas eran iguales y servían para los veintiséis capitulares, y dos mayores, iguales entre sí, la una sobredorada, para el Virrey, y la otra, blanca, para el Arzobispo. Al distribuirse las velas, se daban primero al Arzobispo y clérigos de su cortejo, y después al Virrey y a la Audiencia.<sup>49</sup> Fuenclara no asistió nunca a la Catedral con motivo de esta fiesta, excusando su presencia por hallarse indispuesto o accidentado; uno de los Oidores le representaba.<sup>50</sup> ¿Debióse su ausencia a evitarse esa especie de postergación, enojosa para la Majestad Real que representaba, o quizá ya venían dejando de asistir los Virreyes, sus predecesores, desde mucho tiempo antes?

La segunda fiesta de *tabla* era el 5 de febrero, día de San Felipe de Jesús: a ella asistió Fuenclara en 1743, acabando la función antes

---

46 Marroquí, J. M.: *La Ciudad de México*, II, págs. 348 a 350 y 369.

47 Alamán, L.: *Disertaciones sobre la historia...*, III, pág. 99.

48 Marroquí, J. M.: *Ob. cit.*, II, pág. 368.

49 El mismo: *Ob. cit.*, II, págs. 368 y 351.

50 A. gen. de Indias. México. Leg. 541. Diario de la primera Sala..., en 1743, folio 8 v.º; Leg. 1.655. Diario de la misma Sala..., en 1744, fol. 6 v.º

de las doce;<sup>51</sup> también estuvo presente en la función del mismo día de 1744.<sup>52</sup>

No era fiesta de tabla, es decir, que no era de asistencia forzosa, el Miércoles de Ceniza; sin embargo, por piedad, y por dar buen ejemplo a los vasallos, el Virrey, los principales miembros de los tribunales y oficinas, y la Ciudad, acostumbraban a acudir a la Catedral a recibir la ceniza cuando se daba a los capitulares y servidores de la iglesia;<sup>53</sup> si el Virrey no salía del Palacio, era costumbre, desde muy antiguo, que canónigos y prebendados fueran a ponerle la ceniza, en la frente, tanto a él como a todos los de su familia.<sup>54</sup> Esta era una de las llamadas fiestas de Corte.<sup>55</sup> El cenicero que servía para ministrar la ceniza era de plata y tenía cuatro platos, uno grande y tres pequeños.<sup>56</sup>

Si eran fiestas de tabla el domingo de Ramos y el Jueves y Viernes Santos.

El domingo de Ramos, después de la bendición de las palmas, el Virrey y la Corte subían a recibir la suya de mano del preste y asistían a la procesión.

La fiesta del Jueves Santo era una de las más espléndidas en la Catedral. El Santísimo Sacramento estaba, en ese día, reservado en una caja mediana, de plata sobredorada, adornada con doce angelitos en los ángulos, y dos serafines en los remates, sosteniendo una cruz; la caja-sagrario se cerraba con un candado de hierro, cuya llave se entregaba al Virrey.<sup>57</sup> A mediodía daba éste de comer a doce pobres, a los que se regalaba también un traje completo y una abundante limosna y asistía S. E. "al tierno acto del Lavatorio".<sup>58</sup>

El Viernes Santo concurría el Virrey a los solemnes oficios y entregaba la llave del sagrario, que había guardado.<sup>59</sup>

Después de estas fiestas, la primera de tabla que seguía era la del Corpus Christi, que se celebraba con solemnísimas procesión, que re-

51 Id. de id., id. Leg. 541. Diario citado de 1743, fol. 9.

52 Id. de id., id. Leg. 1.655. Diario citado de 1744, fol. 9.

53 Marroquí: Ob. cit., II, pág. 369.

54 Valle-Arizpe, A.: *Virreyes y virreinas de la Nueva España* (segunda serie), pág. 60.

55 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.655. Diario de..., 1744, fol. 12.

56 Marroquí: Ob. cit., II, pág. 369.

57 Id.: Ob. cit., II, págs. 369-370.

58 "Gazeta de México", abril de 1733, en *Bibliografía mexicana del siglo XVIII*, por León, II, pág. 385.

59 Marroquí: Ob. cit., II, pág. 370.

corría las principales calles de la ciudad y que dirigía el culto cacique Don Patricio Antonio López.<sup>60</sup>

También eran fiestas de tabla la Pascua de Pentecostés, la Octava del Corpus Christi, San Pedro y San Pablo y la Asunción.<sup>61</sup>

En la fiesta de San Pedro y San Pablo de 1743 predicó, en la Catedral, la oración panegírica del martirio del Príncipe de los Apóstoles el Dr. Don Fernando Ortiz Cortés, Vicerrector y Catedrático de Filosofía del Real Seminario.<sup>62</sup>

En la fiesta de la Asunción de Nuestra Señora (15 de agosto de 1743) asistió a la Catedral el Virrey, con la Audiencia, Sala del Crimen, Tribunal de Cuentas, Real Caja y Nobilísima Ciudad. Acabada la solemne función, todo el mundo oficial acompañó a S. E. a Palacio.<sup>63</sup>

El día 30 de agosto, fiesta de tabla por ser Santa Rosa de Lima patrona de las Américas, asistían los mismos que el 15 a la misa, sermón y procesión dentro de la iglesia, pero, en 1743, por estar enfermo, no asistió el Virrey, que en cambio, se halló en la fiesta del 1 de septiembre, también de tabla y dedicada a Nuestra Señora de los Remedios.<sup>64</sup>

El 17 de noviembre, día de San Gregorio Taumaturgo, era otra fiesta de tabla, que se celebraba, en la Catedral, con asistencia del Virrey, la Audiencia y tribunales por convite expreso que les hacían los regidores *Diputados de Fiestas*.<sup>65</sup>

La última fiesta de tabla era el 26 de diciembre, día de San Esteban.<sup>66</sup>

Las fiestas de precepto eran tan numerosas como en España.

Desde el año 1737, en que fué jurada la Virgen de Guadalupe patrona principal de la Ciudad de México, quedó por de tabla su fiesta del 12 de diciembre, pero la Corte iba a celebrarla a la Colegiata, y en la Catedral sólo se hacía una función muy solemne.<sup>67</sup> El Conde de Fuenclara asistió en 1743 a la fiesta que se celebró en el Santuario

60 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.354. Despachos del Conde de Fuenclara de 7 de mayo de 1743 y 28 de mayo de 1746.

61 Id. de id., id. Leg. 541. Diario citado de 1743, fols. 33, 37, 39 y 49.

62 Beristain: *Biblioteca...*, II, pág. 366.

63 A. gen. de Indias. México. Leg. 541. Diario citado de 1743, fol. 49.

64 Marroquí: Ob. cit., II, pág. 382; A. gen. de Indias. México. Leg. 541. Diario citado de 1743, fol. 52 y v.º

65 Marroquí: Ob. cit., II, pág. 382.

66 A. gen. de Indias México. Leg. 541. Diario cit. de 1743, fol. 78.

67 Marroquí: Ob. cit., II, pág. 382.

de Guadalupe, acompañado de la Audiencia y demás organismos oficiales, volviéndose de allí después de las once.<sup>68</sup>

Muy numerosas eran también las fiestas de Corte, siendo algunas de ellas peculiares del Virrey a la sazón gobernante: así la del 29 de abril, día de San Pedro Mártir, onomástico del Conde de Fuenclara, y la de Santa Teresa, días de su mujer la Condesa. El primero de esos días los Oidores Malo, Echávarri, Valcárcel, Adán, Marqués de Altamira, Madrid, Padilla, Campo, Trespalacios; los Alcaldes Messía, Tineo, Chinchilla, Rojas y Melgarejo y los Fiscales cumplieron "a su Excelencia en forma".<sup>69</sup>

El 14 de octubre de 1743, víspera de Santa Teresa "nombre de la S. Virreina, pasó esta Real Auda. a dar a su Exa. los días".<sup>70</sup>

Además de éstas, había otras fiestas, que pudieran llamarse de Tabla política: tales eran los días de los cumpleaños de los Reyes de España, del Príncipe y de la Princesa de Asturias. Celebrábase, en todos ellos, misa de gracias, Te Deum y Salve en la Catedral, con asistencia del Virrey, Audiencia, Salas y Ayuntamiento, y, terminadas estas ceremonias, se pasaba a cumplimentar a Su Excelencia; era como el besamanos en el Palacio Real de España. No asistió Fuenclara a la función del día de Santa Bárbara, cumpleaños de la Princesa de Asturias "por estar accidentado"; no obstante, fué cumplimentado, al terminarse la fiesta, a las once de la mañana.<sup>71</sup> La celebración de estas fiestas reales se hacía así: El Virrey y los Oidores recibían, en una sala de Palacio, el cumplimiento de los tribunales. A las nueve de la mañana, entraban a cumplimentar al Virrey los Prelados de las Ordenes religiosas y luego el Real Tribunal del Consulado; en cuanto salía éste, se pasaba a oír la misa de gracias en la Catedral, con la acostumbrada pompa y, acabados la misa, el Te Deum y la Salve, se volvía con el mismo aparato al Real Palacio y se continuaba el cumplimiento por el cumpleaños de la augusta persona (Rey, Reina o Príncipe) de que se trataba. Entraban a este cumplimiento o besamano por el orden siguiente: La Real Caja, la Nobilísima Ciudad con su Corregidor, la Real Universidad con su Rector, el Tribunal del Protomedicato, el Coronel, Capitanes y demás Oficiales del Comercio, los del Batallón y el Colegio

68 A. gen. de Indias. México. Diario cit., 1743, fol. 75.

69 Id. de id., id., id. Diario citado de 1743, fol. 24.

70 Id. de id., id., id. El mismo Diario, fol. 62.

71 Id. de id., id., id. El mismo Diario de 1743, fols. 58, 64, 72 y 77.



Mayor de Santos Títulos y Caballeros de la Ciudad. Cada una de estas entidades pronunciaba una breve arenga, en la que deseaba felicidades a S. M. o a S. A. y el Virrey agradecía el cumplido con breves y cortesanías frases a cada uno de los felicitantes. Por la tarde, el Virrey y los dos Oidores que le habían acompañado recibían al Apostólico y Real Tribunal de Cruzada.<sup>72</sup>

De Real Orden se celebraban anualmente dos fiestas al Santísimo Sacramento. Una el 29 de noviembre por haberse salvado (29 de noviembre de 1625) la flota del Marqués de Cadereyta de la persecución de corsarios; otra, el domingo siguiente a la fiesta de la Inmaculada Concepción, instituida en 1711, por Felipe V, en desagravio de los sacrilegios cometidos por los aliados durante la guerra de Sucesión de España, se llamaba por eso de *Desagravios*.<sup>73</sup> En la primera, que era llamada fiesta del Santísimo del Rey Nuestro Señor, se hacía una fiesta en la Catedral, a la que asistían, con el Virrey, los acostumbrados altos funcionarios; de igual modo se celebraba la segunda.<sup>74</sup> El aniversario de la toma de la capital (triunfo logrado por Hernán Cortés el 13 de agosto de 1521) se conmemoraba muy solemnemente. La ciudad de México había tomado por su patrono a San Hipólito, cuya fiesta reza en ese día la Iglesia, y le levantó la primitiva ermita sobre la calzada que conducía a Tacuba, que fué por la que salieron los españoles fugitivos la Noche Triste; además, estableció una fiesta anual dedicada al santo mártir en su propio día, sacando en él, a caballo, el mismo pendón con que Cortés entró en México y que se guardaba en las Casas del Cabildo.

Uno de los regidores sacaba el pendón, como cargo concejil, cambiándose en el encargo cada año, según el orden de antigüedad, entregándole la ciudad 3.000 pesos de sus Propios para ayuda de gastos. El regidor a quien correspondía, invitaba al Virrey y a los Oidores con quince o veinte días de anticipación, enviándoles una fuente de dulces y, además, un sombrero y un par de guantes al Virrey, y unos guantes y una gorra a los Oidores; en seguida, invitaba a los demás tribunales y a la nobleza.

<sup>72</sup> Id. de id., id. Leg. 540. Diario de 27 de agosto de 1741 a 30 de septiembre de 1742, de la primera Sala, fols. 4 v.º, 5 y 5 v.º.

<sup>73</sup> Marroqui: Ob. cit., II, pág. 383 y A. gen. de Indias. México. Leg. 541. Diario de 1743, fols. 72 y 76.

<sup>74</sup> Id. de id., id., id., fols. 72 y 76.

El 12 de agosto, víspera de San Hipólito, por la tarde, la nobleza mejicana y dos Oidores modernos se presentaban en la casa del regidor a quien correspondía sacar el pendón, pero los magistrados no subían la escalera. Los demás Oidores y Tribunales iban a esperar a Palacio. El Regidor y todos los que le acompañaban, montando a caballo, se dirigían a las Casas de Cabildo, colocándose el Regidor entre los Oidores; al llegar a esas Casas, bajaba el Corregidor el estandarte, que había permanecido todo el día expuesto a la expectación pública en uno de los balcones, entre almohadas y colgaduras; el Regidor, al recibirlo, prestaba homenaje y juramento de devolverlo, y continuaba su marcha el *acompañamiento* hasta el Real Palacio, donde le esperaban, en los balcones, el Virrey y los tribunales. Allí, el Regidor que llevaba el estandarte, y los dos Oidores que le acompañaban, entrando en el patio de Palacio, esperaban a que bajaran el Virrey y los tribunales y, en seguida, todos se colocaban en sus respectivos lugares, yendo el Regidor a la derecha del Virrey y del Oidor más antiguo.<sup>75</sup> La comitiva se dirigía, por la calle de San Francisco, a la iglesia de San Hipólito, según el reglamento para la ceremonia, aprobado por Real Cédula de Carlos I en 1530, yendo detrás del portestandarte los oidores, regidores, alguaciles, nobles y personajes distinguidos. Al principio, el Regidor montaba a caballo con el pendón; en la época de Fuenclara, y a causa de coincidir la fiesta con la estación lluviosa, se llevaba el pendón saliendo por la portezuela del coche en que iba el Regidor, lo que daba muy poca solemnidad a la ceremonia. En la iglesia de San Hipólito esperaba el Cabildo eclesiástico, a veces presidido por el Arzobispo, se cantaban las Vísperas y se volvía por la calle de Tacuba al Palacio, donde quedaba el Virrey; el pendón se dejaba en manos del Corregidor, en la Casa del Cabildo, y todos acompañaban al que había actuado de Alférez,<sup>76</sup> despidiéndose, en la puerta, los oidores, que se retiraban en sus coches. El resto de la comitiva era obsequiada en casa del Regidor, con un espléndido refresco.<sup>77</sup>

El pendón se guardaba, durante el año, en la capilla de la Universidad: ostentaba, por un lado, la imagen de la Virgen y, por el otro, las armas de Castilla y León.<sup>78</sup>

75 Rivera Cambas, M.: *México Pintoresco...*, II, págs. 399 y 400.

76 Leduc y Lara: *Diccionario...*, art. Paseo del Pendón.

77 Rivera Cambas, M.: *México Pintoresco...*, II, pág. 400.

78 Id., id., id.: Ob. cit., II, pág. 400.

En 1743 llevó el pendón el Regidor Don Gaspar Hurtado de Mendoza, pero no le acompañó el Virrey, sino sólo los señores Echávarri, Marqués de Altamira, Campo, Mesía y Chinchilla. Como siempre, dirigióse el cortejo a la iglesia de San Hipólito, donde se cantaron las Vísperas, y luego volvió al Palacio Real, acompañando al Regidor a su casa, situada en el puente que llamaban de la Mariscalá.<sup>79</sup>

Al día siguiente, 13 de agosto, era la función conmemorativa, celebrándose solemne misa, con sermón, en San Hipólito, y un gran almuerzo en casa del Regidor: a él no podían concurrir, por prohibirlo las leyes, el Virrey ni los Oidores; por ello se les regalaba anticipadamente la fuente de dulces.<sup>80</sup>

El 6 de noviembre se celebraba el aniversario o funeral por los militares en la Casa Profesa; al de 1743 asistió el Virrey, con su acostumbrado cortejo y se acabó a las once.<sup>81</sup>

El primer domingo (día 1) de diciembre de 1743, fiesta de la publicación de la décima quinta concesión de la Bula de la Cruzada, asistieron al paseo de la publicación, a caballo, el Decano de la Audiencia y Asesor del Tribunal, Don Pedro Malo, y el Fiscal, Bedoya; acompañáronlos los señores Toro y Trespalacios, y esperaron la procesión, en la forma acostumbrada, el Virrey, los señores Echávarri, Valcárcel, Adán, Marqués de Altamira, Dávila, Madrid, Padilla, Campo, Mesía, Tineo, Chinchilla, Rojas, Melgarejo y Andreu, el Tribunal de Cuentas, la Real Caja y la Nobilísima Ciudad. Asistió a la función el Comisario de la Santa Cruzada; "prefiriendo al Sor. Decano sin cojín, y se acabó a las doce".<sup>82</sup>

El 17 de julio de 1743, acabado el Real Acuerdo cerca de las once de la mañana, pasaron los asistentes a él a cumplimentar a Su Excelencia, por la "plausible noticia" de la derrota de la Armada inglesa en La Guaira, con cuyo fausto motivo repicaron las campanas de todas las iglesias de México. En la misma mañana se publicó un bando que ordenaba luminarias en las calles y, al día siguiente, hubo misa de gracias y se cantó el Te Deum, asistiendo a la función el Virrey, la Audiencia, los Tribunales y la Ciudad.<sup>83</sup>

79 A. gen. de Indias. México. Leg. 541. Diario citado de 1743, fols. 48 y v.º

80 Rivera Cambas, M.: Ob. cit., II, pág. 400.

81 A. gen. de Indias. México. Leg. 541. Diario citado de 1743, fol. 67.

82 Id. de id., id., id. El mismo Diario, fols. 71 v.º y 72.

83 Id. de id., id., id. Dicho Diario, fol. 42 v.º y 43.

El año 1744 comenzó con una fiesta de tabla el 12 de enero, domingo: fué la fiesta del Niño Perdido, que se celebró en el Real Convento de Jesús María, con la asistencia del Virrey, la Audiencia y demás tribunales y la Ciudad, con su Corregidor, Alcaldes ordinarios y Alguacil Mayor: terminó a las once de la mañana.<sup>84</sup> El capellán del convento ofreció, en nombre de la Abadesa, un cirio al Virrey, después del acostumbrado parangón.<sup>85</sup>

En la Cuaresma del mismo año los predicadores fueron el prebendado Don José Elizalde, el franciscano Fray Matías Rubín, el carmelita Fray Fernando de Santa María, el mercedario Fray Antonio Muñoz, el P. José Carrillo, S. J., y el Cura de Tesauica Don Ignacio de Castro.<sup>86</sup>

El lunes 2 de marzo se dio principio al solemne novenario a Nuestra Señora de los Remedios, en la Catedral, para alcanzar un buen viaje de los navíos "La Castilla" y "La Europa", que iban a hacerse a la vela, asistiendo a tal solemnidad Su Excelencia, con los Oidores y demás altos organismos. Con tal motivo no hubo Acuerdo ni el primero ni el último día del novenario.<sup>87</sup>

El Jueves Santo, 2 de abril, falleció el Decano de la Audiencia Don Pedro Malo de Villavicencia. Diósele sepultura, en secreto, a causa de la solemnidad de la Semana Santa, el Viernes Santo por la noche, en la iglesia de los Carmelitas Descalzos.<sup>88</sup> El 13 del mismo mes fueron sus honras fúnebres en la iglesia de San Sebastián, de Carmelitas Descalzos, asistiendo el Virrey, con su Secretario, Molinillo, la Audiencia, tribunales, la Ciudad y demás organismos oficiales. Diose el asiento principal, después del nuevo Decano, al yerno del difunto, Don José Pedro de Luna, Mariscal de Castilla,<sup>89</sup> y a los demás doctos en la ciudad "conforme al auto acordado cincuenta y siete". Acabada la función, fué el Virrey, en compañía de los demás señores de la asistencia, a dejar el duelo en la casa del fallecido, a la que subió,

84 Id. de id., id. Leg. 1.655. Diario..., en 1744, fol. 3.

85 Id. de id., id. Leg. 540. Diario de 1741-42, fol. 26 v.º

86 Id. de id., id. Leg. 1.655. Diario..., en 1744, fols. 13-26.

87 Id. de id., id., id. El mismo Diario, fols. 15 y v.º, 16 y 17.

88 Id. de id., id. Leg. 1.337, año 1744, doc. 16. Fuenclara al Rey. México, 22 abril de 1744.

89 Nacido en 1717, fué Alcalde de México, Regidor perpetuo y Secretario perpetuo del Virreinato. Ortega: *Hist. general*, II, pág. 8.



dando el pésame a la viuda, acabando todo a las doce. La tarde de ese día no hubo Acuerdo, "conforme a la ordenanza".<sup>90</sup>

El 28 de abril, víspera de San Pedro Mártir, onomástico del Virrey, después de las diez de la mañana, pasaron todos los señores del Real Acuerdo a darle los días y estuvieron acompañándole hasta las once. La tarde del mismo día, se enterró en la Catedral al fallecido Arzobispo de Valladolid de Mechoacán, Don Francisco Pablo Matos Coronado, dando el principal lugar al sobrino del difunto, después del Decano. Su Excelencia se incorporó al entierro en la Catedral, donde esperaba, con la Real Audiencia, en la puerta. Al otro día no hubo Audiencia "por ser día de San Pedro Mártir".<sup>91</sup>

La tarde del 12 de agosto, víspera de San Hipólito "conforme a lo mandado por Su Majestad, se sacó en paseo a caballo el pendón real". Fueron, para ello, a buscar al Alférez Real Don José Luque Galisteo, a su casa, los señores Campo y Trespalacios y, llevándolo en medio, fué la comitiva a las Casas del Cabildo, donde se cogió el pendón real. Luego se dirigieron al Real Palacio en busca de la Real Audiencia. No asistió ningún Ministro del Tribunal de Cuentas ni de la Real Caja, ni más regidores que Lugo, que fué padrino; los demás estaban en San Hipólito, a cuya iglesia habían ido en coche. Cantadas las vísperas, el paseo se reanudó en la forma acostumbrada y se acabó antes de anochecer. Al día siguiente, salió el pendón real en la misma forma y acompañado de los mismos señores, a los que se agregaron el Alguacil Mayor en nombre del Tribunal de Cuentas y el Factor, por la Real Caja.<sup>92</sup>

En diciembre se hizo una segunda novena, para impetrar, de la Virgen de los Remedios, en la Catedral, el feliz viaje de los navíos, asistiendo el Virrey los días 2, 3 y 10, primero, segundo y último de tal devoción.<sup>93</sup>

Fuenclara asistió también a la fiesta de la Aparición de Nuestra Señora de Guadalupe (12 de diciembre) en su Santuario.<sup>94</sup>

El 24 de diciembre, después de la misa acostumbrada, los señores Echávarri, Valcárcel, Adán, Marqués de Altamira, Madrid, Toro y

90 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.655. Diario..., de 1744, fol. 22 v.º

91 Id. de id., id., id. El mismo Diario, fols. 27 y v.º y 28.

92 Id. de id., id., id. El mismo Diario, fols. 55 y v.º

93 Id. de id., id., id. Dicho Diario, fols. 84 v.º y 86 v.º

94 Id. de id., id., id. Dicho Diario, fol. 87 y v.º

Trespalacios pasaron de la Capilla Real a la Real Sala del Crimen, a la que salió Su Excelencia y se hizo la visita general de la Real Cárcel de Corte. Acabada ésta, se fué a la Cárcel Pública, cumplimentándose luego al Virrey por las Pascuas.<sup>95</sup>

La vida de Corte continuó con el mismo ritmo en 1745.

Los sermones de Cuaresma los predicaron en ese año el Doctor y Maestro D. Bartolomé de Hita, Canónigo Magistral; Fray Antonio Casimiro Montenegro, Superior del Convento de Santo Domingo; Fray Miguel Curiel, franciscano; Fray Gabriel Leganés, de los Descalzos de San Diego; Fray Antonio Beltrán, agustino; Fray Juan de la Santísima Trinidad, carmelita; Fray José González, mercedario; el P. Antonio de Salas, jesuita; el Licenciado Don Francisco Villena; el P. Lorenzo Vélez, capuchino, y el Doctor Don José González del Pinal.<sup>96</sup>

El sábado 20 de marzo, por ser el primer día de la función de dedicación de la iglesia del nuevo convento de religiosas de Santa Brígida, asistieron a ella el Virrey, la Audiencia, el Tribunal de Cuentas, la Real Caja y la Nobilísima Ciudad: como dueño de la función, se le dio asiento a Don José de Aguirre después de los dos Fiscales de S. M. de lo Civil y Criminal. También asistieron los mismos señores a la fiesta del segundo día, con igual asiento al Sr. Aguirre.<sup>97</sup>

Durante la Semana Santa, por encontrarse indispuesto Fuenclara, la Audiencia asistió a la función de la Catedral y el Jueves Santo (15 de abril) fué el Oidor Echávarri, acompañado del Marqués de Altamira y de los señores Dávila, Rojas y Melgarejo a tomar la llave del sagrario del Convento Real de Jesús María.<sup>98</sup>

El sábado, 15 de mayo, día de San Isidro Labrador, que era fiesta de precepto, fué el Virrey, con la Audiencia y la Ciudad al entierro del Oidor Decano Don José Fernández Veitia y Linaje.<sup>99</sup> Acudieron en la forma acostumbrada, a buscar al duelo en casa del difunto, dán-

95 Id. de id., id., id. Dicho Diario, fol. 90; y Diario de la 2.<sup>a</sup> Sala.

96 Id. de id., id., id. Diario de los expedientes y pleitos que se ven en la primera Sala de la Audiencia de Nueva España..., en 1745, fols. 12 a 18.

97 Id. de id., id., id. El mismo Diario, fol. 14 y v.<sup>o</sup>

98 Id. de id., id., id. El mismo Diario, fol. 18 v.<sup>o</sup>

99 Se había posesionado de su cargo el 7 de agosto de 1742. Murió el 14 de mayo de 1745. A. gen. de Indias. México. Leg. 539. Malo a Triviño. México, 3 octubre 1742. Id. de id., id. Leg. 1.338. Fuenclara al Rey. México, 25 mayo 1745.

dose a su hijo el primer lugar después del Decano, y luego a la iglesia de San Francisco, donde estaba el cuerpo y fué enterrado.<sup>100</sup>

El 15 de junio murió la Marquesa de Villa-Rocha, mujer del Alcalde de la Real Sala del Crimen Don Felipe Tineo; el entierro se celebró al otro día por la tarde, en la iglesia de la Casa Profesa de la Compañía de Jesús, con asistencia del Cabildo Eclesiástico, del Virrey, Audiencia y miembros de sus salas.<sup>101</sup>

Llegó el 16 del mismo mes la "plausible" noticia del casamiento de la Infanta María Teresa, hija de Felipe V, con el Delfín de Francia, hijo de Luis XV: el Virrey y la Audiencia determinaron que se iluminase la ciudad por tres noches y que se diesen hachas. Dos días después, para celebrar las principescas bodas, hubo misa de gracias, Te Deum y Salve en la Catedral, asistiendo a todo el Virrey y la Corte; al terminarse la función, los asistentes pasaron a cumplimentar a Su Excelencia. Al siguiente día no hubo Audiencia por "la celebridad" de dicho casamiento.<sup>102</sup>

El 26 de julio, día de Santa Ana y fiesta de precepto, asistió el Virrey, con la Audiencia, al entierro de Doña Juana Rodríguez de Albuerne, hija del Marqués de Altamira, en la iglesia del Carmen, y, acabado, subió personalmente a dar el pésame a la familia.<sup>103</sup>

El 12 de agosto, por la tarde, víspera de San Hipólito, se sacó, como se acostumbraba, el pendón real. Los Oidores Toro y Trespalacios fueron a buscar al Alférez Real, Don Miguel Esteban Lugo, en su casa y, llevándolo en medio, según lo mandado por S. M., cogido el pendón en las Casas del Cabildo, fueron, con su comitiva a caballo, al Real Palacio, donde se incorporó la Audiencia y, con ella, el Contador honorario, Don José de Cárdenas, en representación del Tribunal de Cuentas, y los tres oficiales reales. Se dio el lugar preferente, tanto en el paseo como en la iglesia de San Hipólito, al Contador Cárdenas. En San Hipólito se cantaron las vísperas por un coro del Cabildo Eclesiástico y su capilla y, acabadas, volvió el mismo cortejo al Real Palacio, se restituyó el pendón a las Casas del Cabildo y se acompañó al Alférez a su casa, sin subir a ella. El paseo del pendón se repitió a la mañana siguiente, para la misa en San Hipólito, a que asistieron los

100 Id. de id., id. Leg. 1.655. Diario de..., 1745, fol. 22.

101 Id. de id., id., id. El mismo Diario, fol. 29.

102 Id. de id., id., id. Dicho Diario, fols. 29 y v.º

103 Id. de id., id., id. Dicho Diario, fol. 39 v.º

misimos señores. Un enojoso asunto de precedencia señaló la fiesta: el factor de la Real Caja, Don Manuel de Villegas, impidió la preferencia en el asiento al que hasta entonces había ocupado el lugar de honor en todas partes, Cárdenas; retiróse éste y "se mantuvo detrás de las sillas todo el tiempo de la función hincado y parado".<sup>104</sup>

Había decaído tanto la fiesta del Pendón, que el Virrey recibió orden de la Corte de imponer una multa de quinientos pesos al caballero que, siendo invitado y no estando impedido por enfermedad o causa justa, dejara de concurrir; pero esto no fué bastante para contener la decadencia del *paseo*; contribuyendo a ello la real disposición de que, aunque lloviera a torrentes, ni el regidor con el pendón ni los ministros de los tribunales podían guarecerse del agua en casa alguna, ya que antes de esa orden se resguardaban de la lluvia en los portales o donde mejor les parecía.<sup>105</sup>

El viernes, 20 de agosto, asistió "en forma" la Audiencia al entierro de Doña María Bibiana Malo, mujer del Mariscal de Castilla, en la iglesia de San Diego.<sup>106</sup>

Este año estuvo también el Conde de Fuenclara en la función religiosa celebrada el domingo 12 de diciembre, con ocasión de la fiesta de precepto de la Milagrosa Aparición de Nuestra Señora de Guadalupe, en su Santuario. Acompañáronle allí los Oidores y demás ministros de la Audiencia, el Tribunal de Cuentas, la Real Caja y la Nobilísima Ciudad. Por las buenas noticias de la salud de S. M. que había traído el registro "El Soberbio", que había salido de Cádiz el 21 de octubre y llegado a Veracruz el 8 de diciembre, se cantó el acostumbrado Te Deum en Guadalupe.<sup>107</sup>

Estas asistencias de los Virreyes a las funciones solemnes eran lo que se decía "salir en público", especialmente cuando acudía a la Catedral, al día siguiente de haber llegado el correo de España, a oír la misa que se celebraba en acción de gracias porque el Rey se mantenía en buena salud. Sacábase, en esa ocasión, frente al Real Palacio, quince cañones, que durante el santo sacrificio, hacían salvas; luego, al toque de llamada, salía, al mismo frente, sobre las armas, la tropa de guardia para hacer los honores militares. Consecutivamente, empezaban a mar-

104 Id. de id., id., id. Dicho Diario, fols. 43 y 44.

105 Rivera Cambas, M.: *México Pintoresco...* II, pág. 400.

106 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.655. Diario..., de 1745, fols. 45 v.º y 46.

107 Id. de id., id., id. El mismo Diario, fol. 75.



char multitud de coches, yendo, en el primero, los dos porteros de Ayuntamiento, vestidos de terciopelo carmesí, y con mazas "de plata de martillo"; seguíanle todos los Regidores, Alcaldes ordinarios y el Corregidor, vestidos con su uniforme negro, con chupa y vuelta blanca o de tisú de plata; luego iban los principales ministros de los tribunales: Oficiales Reales, Superintendentes de la Casa de la Moneda y de la Aduana, el Juez de la Acordada y Ministros del Tribunal de Cuentas, con los que iban los Ministros togados: Fiscales, Alcaldes del Crimen y Oidores, y, últimamente, en soberbia carroza, tirada por seis caballos enjaezados, el Virrey. Sentábase éste solo en la testera de la carroza "por ser razón de Estado que nadie puede sentarse a su lado"; al vidrio iban, generalmente, haciéndole la corte, el Oidor Decano y el Corregidor. Delante de la carroza y detrás de los tribunales, marchaban cuatro dragones a caballo, de guardia, espada en mano; a los dos estribos, montados en briosos caballos, el Capitán de Alabarderos y el Caballerizo del Virrey, aquél con su uniforme azul, con chupa y vuelta encarnada, galoneado de plata, y éste, con su mejor gala: a pie, cerrando toda la carroza, los alabarderos armados de guardia, y, en el mismo orden, los pajes y lacayos de la Casa, con ricas libreas, descubiertas las cabezas. A retaguardia de la carroza, seguía una Compañía de Dragones, marchando a tambor batiente y convoyada por sus correspondientes Oficiales, espada en mano. Cerraba el cortejo otra gran carroza, vacía, de respeto, guardada por otro piquete de dragones.<sup>108</sup>

Fuera de estas fiestas oficiales, la vida del Virrey, sin familia, debía reducirse al estrecho círculo de sus servidores llevados de España y a los pocos amigos que encontró en México. Su Casa estaba montada como la del Rey y era servido por pajes, pero vivía en un aislamiento majestuoso, ya que no podía tener otros invitados, en la capital, que su mujer y sus hijos, cosa de que carecía Fuenclara en México.<sup>109</sup>

Además del teatro de la Corte, del que he hablado al tratar del Palacio Real, había otro, el Coliseo, administrado por el Mayordomo del Hospital Real de Naturales de México, el cual llevaba de España

<sup>108</sup> San Vicente, M. de: *Exacta descripción de la magnífica Corte Mexicana*, en "Anales del Museo de Arqueología de México", tomo V, pág. 28.

<sup>109</sup> Desdevies du Désert: *Les Institutions de l'Espagne au XVIII<sup>e</sup> siècle*, en "Revue Hispanique", tomo LXX, págs. 155-156.

“los Farsantes”: entre ellos figuraban, en 1745, Ana María de Castro, su sobrina María Josefa, y un músico y compositor italiano, que enseñaba a cantar a las cómicas y dirigía las representaciones.<sup>110</sup>

Fuenclara no salió apenas de la capital, siendo sus ausencias muy cortas: sólo al Santuario de Guadalupe, y al pueblo de San Angel “a desahogarse” una sola vez.<sup>111</sup>

El origen de este pueblo se remontaba a 1613, en cuya fecha, un noble cacique del barrio de Chimalistac, perteneciente a la villa de Coyoacán, cumpliendo la última voluntad de su padre, cedió a los carmelitas una extensa huerta: allí se levantó un convento con su templo, dedicado, en 1617, a San Angelo Mártir. El pueblo que se formó alrededor de este convento fué llamado San Angel: es pintoresco y su situación en declive “hace que luzcan las accidentaciones del terreno ostentando los edificios, algunos de los cuales son notables por el buen gusto que presidió en su ejecución. Hacia cualquier lado que se dirija la vista se perciben pueblecillos y aldeas pintorescas que son verdaderos lugares de recreo; por todas partes se ven arboledas y jardines, las suntuosas quintas de los capitalistas o las casitas blancas de los campesinos...”.<sup>112</sup> La admirable entrada del pueblo, la salubridad del lugar y la devoción llevaron allí numerosa concurrencia, que acostumbraba a acudir durante el verano y las familias distinguidas tuvieron pronto en él sus residencias estivales, tales eran las que poseían el rico comerciante Don Jacinto Martínez de Aguirre, hombre que gozaba de la confianza de Fuenclara, y el Mariscal de Castilla. Es probable que el Virrey pasara en la finca del primero los catorce días que se sabe estuvo en San Angel en el año 1745.<sup>113</sup>

Es posible que también pasara alguna jornada el Conde en el palacio o castillo de Chapultepec, donde había albercas y fuentes lindísimas y, en su coto, mucha caza de venados, liebres, conejos y volatería.<sup>114</sup> La Alcaldía del Palacio y Bosque de Chapultepec pertenecía,

<sup>110</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 1.346. Güemes al Rey. México, 25 abril 1749, y Regla 5.<sup>a</sup> de la Real Cédula de 31 diciembre de 1741; Testimonio adjunto, fols. 71 a 81.

<sup>111</sup> Id. de id. Escribanía de Cámara del Consejo. Leg. 245. Cuaderno 7.<sup>o</sup> de la Residencia de Fuenclara, fols. 19 v.<sup>o</sup> y 55.

<sup>112</sup> Rivera Campas, M.: *México Pintoresco...*, II, págs. 401 a 403.

<sup>113</sup> A. gen. de Indias. Escribanía de Cámara del Consejo. Leg. 245. Cuad. 7.<sup>o</sup> de la Residencia de Fuenclara, fol. 62 v.<sup>o</sup>

<sup>114</sup> Valle-Arizpe: *La muy noble y leal ciudad de México*, págs. 107-108.

por juro de heredad, a la familia de los Vértiz, habiendo confirmado Felipe V esta merced en 1709.<sup>115</sup>

Una de las diversiones del Virrey Fuenclara en su Palacio fué el juego, de lo que se le hizo luego un motivo de acusación al cesar en su alta magistratura. "Es cierto —dice el primer testigo de la información— que Su Excelencia no tuvo motivo para dejar de permitir en su Palacio este género de juegos, pero se persuade fué con tal moderación que, habiendo el testigo, en el año en que fué Alcalde ordinario, ido a darle cuenta de diferentes negocios, a prima nóche, nunca vio que estuviesen jugando los concurrentes juego de albuces, sino es entretenimiento del que llaman plebesino". Jugábase las noches de los días en que se celebraba Real Acuerdo y con moderación y lo mismo se hizo cuando Fuenclara pasó una temporada en San Angel, donde, con motivo de ir a cumplimentarlo Don Simón de Vidaurre, Alcalde ordinario de la capital, para informarle de otros asuntos, presenció la orden expresa que dio, en la mesa en que estaban jugando albuces, de que nadie pudiese apostar a cada albur más que veinticinco pesos. Parece incluso que el Conde no jugaba o jugaba poco y sólo permitió el juego en Palacio a persuasión de algunos sujetos principales de la ciudad y no por voluntad propia. Y, a fines de 1744, Fuenclara mandó que cesara el juego en el Palacio, siendo opinión pública que la causa de esta orden fué que su mujer, la Condesa, le escribió que se había dicho, en Madrid, por algunos envidiosos, que en el juego que el Virrey permitía había ganancias y pérdidas crecidas. Cuando el río suena... Algo debía haber de cierto en esa murmuración, pues el mismo Vidaurre dice que, durante la estancia de Fuenclara en San Angel "al tiempo de correr el albur, aunque la apuesta en lo público sólo era de quince a veinticinco pesos, se decía uno al otro al oído "van cien pesos" o doscientos o más, según la inclinación de los sujetos que apostaban; lo cual observó distintas veces el testigo; y de estas apuestas privadas infiere que se originarían las pérdidas que se han publicado, sin tener de ellas noticia S. Exa...".<sup>116</sup> Los días de Real Acuerdo (es decir, lunes y jueves de cada semana) se jugaba, en el Real Palacio, por corto tiempo, y, al dar las diez de la noche, hora en que el Virrey se recogía, daba orden de que cesase. Si jugaba él personalmente, lo

115 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.340. Copia de la Real Cédula de Felipe V.

116 Id. de id. Escribanía de Cámara. Leg. 245. Cuad. 7.º, fols. 19 a 23.



hacía con moderación y sólo por “desahogar el gran trabajo con que manejó el Gobierno”.<sup>117</sup>

En el primer año de su gobierno, jugábase a un juego francés llamado *Resuisans* (quizá *Rejouissance*), siendo las apuestas de a peso, pero dijéronle a Fuenclara, con motivo de celebrar el día de Santa Teresa, en obsequio de la Virreina, algunos cortesanos que ese era un juego francés y no lo entendían y que, en México, lo que les gustaba y entendían, por estar acostumbrados, era el juego de albures, en vista de cuya observación lo permitió, con tal de que las apuestas fueran moderadas. Pero, sabedor luego de que se le censuraba en la capital de que ocurrían, en el juego de Palacio, excesivas ganancias y pérdidas, lo prohibió enteramente.<sup>118</sup>

Además del *rejouissance* y de los Albures, jugaba un rato Fuenclara a la *cascarela*, siendo uno de los que le entretenían “a prima noche” Don Gaspar Hurtado de Mendoza, Regidor perpetuo de la capital, que jugó con él, durante todo el tiempo de su gobierno, a dicha *cascarela*, no pasando de diez y seis personas las que concurrían a ese entretenimiento. Cuando la tarde era lluviosa, algunos instaban a Su Excelencia que permitiera jugar a los albures. Y cuando, a fines de 1744, el Virrey mandó cesar este juego, siguió él jugando todas las noches a la *cascarela* y algunas veces al *revesino*,<sup>119</sup> pero jamás sintió ya el de albures.<sup>120</sup>

En el cuerpo de Guardia del Real Palacio se jugaba también. Habiéndose encontrado de servicio el Capitán Don Juan Pérez Cano, vecino y del comercio de México, subía a prima noche a complimentar a Su Excelencia y a entretenerse un rato en el juego de *revesino*, en el que le acompañaba, así como en el *resuisans*, el Capitán Don Sebastián de Aziburu. Una noche que los concurrentes comenzaron a jugar albures, salió a la cortina el Virrey y les dijo que no gustaba de ello. A lo que respondió uno de los asistentes que si no jugaban a ese juego, no volverían al Palacio.<sup>121</sup>

117 Id. de id., id., id. El mismo cuaderno, fols. 25 y 26.

118 Id. de id., id., id. El mismo cuaderno, fols. 48 v.º y 49.

119 Juego de naipes derivado del italiano *rovescino*; jugábase comúnmente entre cuatro. Barcia: *Diccionario general etimológico...*, IV.

120 A. gen. de Indias. Escribanía de Cámara del Consejo. Leg. 245. Cuaderno 7.º de la Residencia de Fuenclara, fol. 50 v.º a 54 v.º

121 Id. de id., id., id. Dicho cuaderno, fol. 55 a 56 v.º



Servíanse a los concurrentes a esas veladas de los días de Real Acuerdo y de juego espléndidos refrescos.<sup>122</sup>

Entre los sujetos que frecuentaban de más cerca al Conde estaban, desde el comienzo de su gobierno, el Regente del Tribunal de Cuentas, Don Juan Crisóstomo de Barroeta, “de muy buenas prendas”, y su cuñado Don Manuel de Cosuela,<sup>123</sup> mercador de Veracruz, que, al poco tiempo de la llegada a México del Virrey, fué a la capital, acompañado de su mujer, a pasearse en las fiestas de entrada: ambos fueron “de la estimación y aprecio del Virrey”, acompañándole en las visitas a Comunidades que hizo. Aunque Cosuela se volvió, en febrero de 1744, a su residencia de Veracruz, Barroeta continuó en buenas relaciones con Fuenclara, asistiendo al juego del Real Palacio por las noches.

Con mayor confianza trataba el Conde a Don Jacinto Martínez de Aguirre, vecino y mercader de la capital, Asentista del Estanco de Naipes del Reino de Nueva España, y parcionero con otro en las Alcabalas de la Puebla, del que escribía el Oidor Dávila: “... de público y notorio es el, de los de fuera, de la mayor confianza y estrechez del Virrey, metido con él frecuentemente, y a horas extraordinarias, en lo interior de sus cuartos o gabinetes (lo que por mí tengo visto en alguna ocasión, que a tales horas se me ha ofrecido ir a ver al Virrey) y por quien se tratan algunos negocios...”; era también de los asiduos al juego nocturno. Muñmurábase de su gran liberalidad y de los obsequios que hacía al Virrey, entre los que se contaron unas perlas de gran valor.

Otros dos allegados tuvo Fuenclara desde su arribo; el Conde de San Pedro del Alamo y el Marqués de Salvatierra. El primero, con motivo de estar casado con la Marquesa de San Miguel de Aguayo, hija del ilustre aragonés Don José de Azlor, puso el cuarto al Virrey y le preparó todo lo referente a su menaje. Luego continuó concurrendo con frecuencia al Palacio, pero —aseguraba el mismo Dávila— “puramente de cortejante, y, a veces, yendo de familiar suyo sin haber oído decir se verse en los negocios de Gobierno, sino en tal cosa graciosa, porque, como sujeto de los más acaudalados, no tira a intereses...”.

<sup>122</sup> Id. de id., id., id. Dicho cuaderno, fol. 57 v.º

<sup>123</sup> Nacido en 1716, Caballero de Santiago, Alcalde ordinario de México y Cónsul del Real Tribunal del Consulado. A. H. N. Consejos. Leg. 21.461. Residencia de Trespalacios. Cuaderno 2.º, fol. 94 v.º

En cuanto al aragonés Marqués de Salvatierra era Don Pedro de Eguarás y Fernández de Híjar, familiar y paisano de Fuenclara "con la diferencia —escribía Dávila— de ser de muy medianas facultades y de natural corto, que mira con gran respeto al Virrey y éste a él con amor y estimación...". Notábase que el Conde le estimaba porque, mientras que no se empeñaba por otros en nada, en los negocios tocantes a él se dejaba "llevar de su pasión ... con bastante nota en público...". Tanto él como el Conde de San Pedro del Alamo no jugaban y eran de buenas costumbres. El Virrey habíase declarado, en cuanto llegó "pariente o relazonado y protector" de los Salvatierra y, a creer el agrio informe del Inquisidor Decano, se excedió en su favor.<sup>124</sup>

Tal era la vida de Corte en el México virreinal bajo el suave gobierno de Fuenclara en aquellos felices años en que todavía seguía sin ponerse el sol en los extensos dominios de S. M. Católica Felipe V.

Faltaba, sin embargo, en esa Corte, la figura de una Virreina y no podrían, seguramente, aplicarse a las fiestas dadas en aquel gobierno, los versos de Santos Chocano:

¿Qué perfume tan lánguido embalsama el ambiente?  
 ...Se diría una Corte de Virreyes que han sido...  
 ...El minué se desliza sobre espesas alfombras...  
 ...Esta fiesta es la fiesta de un Virrey elegante,  
 Que ilumina su alcázar para orlar tu belleza  
 ¡El prestigio pasado y el ensueño distante  
 Han nimbado un instante tu dorada cabeza!<sup>125</sup>

<sup>124</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 1.505. Cartas de Dávila y del Inquisidor Decano a Ensenada. México, 29 noviembre 1744.

<sup>125</sup> Santos Chocano, J.: *La Virreina del Sol*.

## IX

### LA ADMINISTRACION PUBLICA

El Virrey no era solamente el representante, el *alter ego*, de Su Majestad Católica, sino el más alto funcionario de la escala administrativa, especialmente como Presidente de la Audiencia y como Capitán General.

“Lo difícil —decía Napoleón I— no es dar una orden, sino asegurar su ejecución”. Esta frase, sencilla y profunda, que puede aplicarse a los Monarcas y gobernantes españoles, explica por qué España ponía, casi siempre, mayor cuidado en escoger sus Virreyes y sus funcionarios coloniales que en los ministros de la metrópoli. En efecto, mientras que, en España, a partir del reinado de Felipe III, salvo raras y honrosas excepciones, los ministros fueron personas mediocres, en América, el siglo XVII presenta, lo mismo en Nueva España que en el Perú, grandes Virreyes hasta el final de la misma centuria: el Marqués de Mancera, el Conde de Galve, etc. Con la restauración de la autoridad y del prestigio español, que se inicia con Felipe V, continúa y no cesa, en todo el siglo XVIII, la serie de excelentes Virreyes, si se exceptúan los años de Carlos IV y aun a pesar de eso. Y debajo de estos altos personajes, todo un equipo de magistrados y agentes españoles constituye el alma de sus gobiernos.

Concebíase sólo la autoridad de los Virreyes enviándolos rodeados del prestigio de la capacidad y fortificados por el espíritu de trabajo. Se les recomendaba obrar con firmeza, pero con tacto y, sobre todo, con buen sentido. Sus grandes cualidades debían ser y fueron prudencia y rectitud de juicio.

En cuanto el Virrey llegaba a su gobierno, entraba en rápido contacto con las cosas y las gentes, veía lo que había que hacer, reformar, fundar o construir y se ponía manos a la obra. Su actuación llegaba a todo: nombramiento de funcionarios, cuidado de las misiones, sostenimiento y reparación de caminos y hospitales, apertura de colegios y puertos, fundación de pueblos, trazado de jardines, persecución de bandidos...

Hasta hace muy pocos años (Pereyra lo ha recordado) podría decirse, en algún país americano, como aquel gobernador de Iliria decía, contestando cierta vez a las preguntas del Emperador Francisco II, atribuyendo a la dominación francesa las mejoras del país: ¡Imponente catedral! ¿Quién la levantó? —Los españoles. ¡Hermoso palacio! ¿quién lo edificó? —Los españoles. ¡Magnífico colegio! ¿quién lo fundó? —Los españoles. —¡Bello camino! ¿quién lo construyó? —Los españoles.

Ventilábanse todos los asuntos del Virreinato en el Real Acuerdo y en las Salas de la Audiencia, cuyas sesiones presidía el Virrey casi siempre.

El ceremonial de estas sesiones era el mismo que en las Audiencias de la Península. Al llegar la hora de comenzar la misa, el portero más antiguo daba cuenta al Presidente de los Oidores o Ministros que aquel día se habían excusado de asistir, para que repartiera las salas, y, al mismo tiempo, le advertía que era hora de misa. Celebrábase ésta en la capilla del Real Palacio, donde el Virrey-Presidente tenía un sitio, con tapete y almohada a los pies. Cuando salía a la misa, le acompañaban el Secretario del Acuerdo, el Portero más antiguo y dos pajes con hachas, que inclinaban, con la cortesía acostumbrada, al tiempo de alzar a Dios. Acabada la misa, salían los Oidores, por orden de antigüedad, y, detrás del Presidente, el Secretario y Portero más antiguo, que le acompañaban a la sala. El Oidor más antiguo o Decano llevaba a su derecha al Presidente y todos los Oidores se ponían en dos filas para que el Presidente pasara por en medio. En la sala esperaban, en pie, y sombrero en mano, la subida del Presidente al estrado y él les hacía reverencia.<sup>1</sup>

Los Virreyes ejercían, en algunos casos, una especie de poder legislativo. No tenían el derecho de legislación directa, pero interpretaban

---

<sup>1</sup> A. H. N. Consejos. Leg. 6.806 B, núm. 22.



las órdenes de la Corte y les daban, a veces, un sentido y un alcance que el Consejo de Indias no había pensado nunca en darles; ya se verá, en más de una ocasión, en tiempo de Fuenclara. Hasta existía la costumbre, permitida, de que el Virrey obedeciera las voluntades reales sin ejecutarlas, según la conocida fórmula: "obedezco, pero no cumplo", o, mejor "se acata, pero no se cumple". En tiempo de guerra, de acuerdo con las Audiencias, imponían impuestos, hacían reglamentos generales y se excusaban con el Rey luego por la urgente necesidad que justificaba sus procedimientos.<sup>2</sup>

Durante el interregno, la Audiencia había recibido muchas reales disposiciones, pero no había dado cumplimiento a casi ninguna: de consiguiente, el Conde de Fuenclara se encontró, a su llegada, con numerosos problemas que resolver y a todos atendió, como fiel cumplidor siempre de su deber.

Al comenzar el año 1743, el regimiento puso, por Alcaldes ordinarios, a don Miguel de Berrio y don Juan Antonio de Humarán; de Mesta, al Marqués de Uluapa y a don Agustín de Iglesias; por Alférez Real y Juez de Aguas, a don Gaspar Hurtado; por Procurador General, a don José Movellán; por Diputados de Propios, a don José Francisco de Aguirre; de Pósito, al Obrero Mayor don José Luque Galisteo; por Alcaide de Alameda, a don Juan de la Peña; por Secretario de Cartas, a don Baltasar García Mendieta; entró de Superintendente del Desagüe don Domingo Trespalacios y Escandón; y de Alguacil Mayor, don Francisco Alvarez de Ulate.<sup>3</sup>

El 7 de enero, en la primera Sala de la Real Audiencia, tomaron posesión los nombrados, en presencia del Virrey, y el 10, por la tarde, se dieron las comisiones de turnos a los Oidores.<sup>4</sup>

El 17 del mismo mes, a pesar de ser la fiesta de Corte de San Antonio Abad, hubo acuerdo extraordinario para abrir un cajón de pliegos de S. M., después de la función religiosa y se acabó a las doce. El 23, el Virrey, con los Oidores y los señores Mesía, Tineo, Chinchilla, y Andreu, procedió a la apertura de tres cajones que contenían pliegos reales, celebrándose acuerdo extraordinario, que duró hasta cerca de las once.<sup>5</sup>

2 Humboldt, A. de: *Essai politique sur la Nouvelle Espagne*, IV, pág. 245.

3 Cavo: *Los tres siglos de Méjico*, Libro Undécimo, 1743. 15, pág. 135.

4 A. gen. de Indias. México. Leg. 541. Diario de... 1743, fols. 1 y 2.

5 Id. de id. id. id. El mismo Diario, fols. 5 y 6 v.º

Uno de los trabajos administrativos de comienzo del año era la aprobación de las cuentas y de las visitas personales de las jurisdicciones de las villas.<sup>6</sup>

Leíanse en las sesiones del Real Acuerdo las peticiones que se presentaban y que, algunos días, eran en gran número: uno de los Oidores las proveía.<sup>7</sup>

Terminado el examen y la tramitación de un pleito, se votaba la resolución sobre él y los días en que se votaban varios pleitos no había despacho.<sup>8</sup>

En los días en que había "execución de Justicia" terminaba más pronto el Real Acuerdo.<sup>9</sup>

En el Acuerdo era donde juraban sus cargos, ante el Virrey, los Relatores de la Real Audiencia, el Defensor de Bienes de Difuntos, los Escribanos de Villa y Reales, los Alcaldes Mayores y los Oidores de la Audiencia, en una palabra, todos los altos funcionarios de Nueva España.<sup>10</sup> También allí eran examinados y admitidos los aspirantes a abogados.<sup>11</sup>

La larga Instrucción que el Consejo de Indias había redactado para uso y gobierno del Conde de Fuenclara le advertía especialmente que, en virtud de la Ley 4.<sup>a</sup>, Título 2.<sup>o</sup> del Libro 3.<sup>o</sup>, los Virreyes no podían remover a los gobernadores, corregidores y alcaldes mayores que el Rey hubiera proveído y debían dejar ejercer a los que tuvieran Real Título hasta que se hiciera merced a otros de los mismos cargos o empleos y tomaran posesión de ellos.<sup>12</sup> En cumplimiento de ello, el Conde dió el acostumbrado pase a catorce alcaldes mayores nombrados por S. M.; a otros cuatro, nombrados por los Duques de Atrisco (uno de ellos fué el Mayordomo de Fuenclara, don Bernardo del Arenal y Carrión, Alcalde de Tepeaca) y a veintitrés nombrados por él mismo. También lo dió a cuarenta y una residencias.<sup>13</sup>

6 Id. de id. id. id. Dicho Diario, fol. 7.

7 Id. de id. id. id. Dicho Diario, fol. 16 v.<sup>o</sup>

8 Id. de id. id. id. El mismo Diario, fol. 19.

9 Id. de id. id. id. Dicho Diario, fol. 27.

10 Id. de id. id. id. Dicho Diario, fols. 7, 28, 29 v.<sup>o</sup>

11 Id. de id. id. id. El mismo Diario, fol. 29 v.<sup>o</sup>

12 Id. de id. id. Leg. 515. Instrucción reservada, fol. 84 y v.<sup>o</sup>

13 Id. de id. Escribanía de Cámara. Leg. 245. Cuad. 1.<sup>o</sup> de la Res. de Fuenclara, fols. 138 a 147 v.<sup>o</sup>

No dió permiso para que los oficios concejiles o de Cabildo se sirviesen por tenientes.<sup>14</sup>

La ciudad de Puebla representó al Rey la cuestión movida entre los Regidores propietarios y los interinos de ella, porque éstos pretendían ser preferidos a los propietarios que eran menos antiguos que ellos. El Virrey, por Decreto de 10 de julio de 1744, conformándose con el dictamen que el Asesor General le dió, dispuso que, hallándose completo el número de Regidores con los llanos y los llamados de Privilegio, se sacasen, desde luego, los interinos sin réplica ni excusa alguna, declarando, al mismo tiempo, por lo que pudiese ocurrir en lo sucesivo, que los Regidores propietarios debían preferirse a los interinos, aunque éstos fueran más antiguos. El Fiscal del Consejo de Indias estimó (Madrid, 11 de marzo de 1745) que lo dispuesto por el Virrey era "tan justo como legal y conforme" y que el Consejo debía confirmar lo resuelto, mandando se cumpliera, guardara y observara, y el Consejo (20 de marzo de 1745) lo acordó así.<sup>15</sup>

No proveyó el Virrey, según lo mandado, oficio en ninguna persona deudora a la Real Hacienda ni en ningún pariente suyo ni de los Ministros, habiéndose librado y expedido a los Corregidores y Alcaldes Mayores los despachos respectivos y acostumbrados.<sup>16</sup>

Su diligencia dió pronta "y expedita providencia" a cuantos negocios contenciosos ocurrieron entre partes, conociendo sólo los que le tocaban y remitiendo los demás a sus respectivos juzgados y tribunales. A su gran vigilancia se debió la observancia de los Reales Aranceles.<sup>17</sup> Tan especial cuidado puso en la administración que, a cualquier hora, tanto de día como de noche, daba luego providencia sobre el asunto que se demandaba, si era de los que a él le correspondían, remitiendo, en caso contrario, los de mera justicia a la Audiencia y los demás a sus tribunales correspondientes. Para que en todas partes se observasen los Reales Aranceles, hizo que la Real Junta destinada a este fin formase a cada uno los que le correspondían y vivió muy vigilante en ese aspecto para evitar que los ministros subalternos se excediesen en los derechos que les estaban señalados. Para que los

<sup>14</sup> Id. de id. id. id. Cuad. 1.º de la misma, fol. 96 v.º

<sup>15</sup> Id. de id. México. Leg. 821, doc. 11.

<sup>16</sup> Id. de id. Escribanía de Cámara del Consejo. Leg. 245. Cuad. 1.º de la Residencia de Fuenclara, fol. 92.

<sup>17</sup> Id. de id. id. id. El mismo cuaderno, fol. 98 v.º



negocios tuviesen más rápida tramitación, dispuso que las oficinas de su Superior Gobierno estuviesen siempre abiertas, de modo que los que solicitasen justicia la encontrasen en seguida. Si se trataba de partes pobres, dispuso que no se les cobrasen derechos de ninguna clase y así lo acreditan los libros General, de Guerra, Libranzas, Carnicerías, Desagüe, Patronato y Decretos, todos de oficio. En las apelaciones que de sus decretos interponían las partes que se sentían agraviadas por la Real Audiencia o la Sala del Crimen, el Virrey consultaba con el Fiscal o el Asesor, según la naturaleza de los negocios y, si el Fiscal o el Asesor opinaban que eran susceptibles de apelación, hacía que se pasasen los autos al Tribunal correspondiente, para que se siguiese su curso; en los que el dictamen de dichos magistrados era que no admitían apelación "satisfacía a las consultas que sobre el asunto le hacían en la conformidad que previenen las leyes...".<sup>18</sup>

Cumplimentó todas las Reales órdenes que recibió y otras que se habían recibido antes de su llegada y no se habían ejecutado: tales, por ejemplo, la Real Cédula, expedida en Madrid a 8 de julio de 1739, en que S. M. mandaba al Virrey que no se obtuvieran goces duplicados, y la expedida en San Ildefonso el 9 de agosto del mismo año, en que el Rey relevó a los que dependieran del Arzobispado de México de la contribución del medio real para la fábrica de su Catedral. Tanto una como otra no se ejecutaron hasta que Fuenclara se encargó del mando.<sup>19</sup>

Mostróse tolerante con los funcionarios, concediendo prórroga de oficio a varios de ellos, y procuró que se les abonasen siempre los derechos correspondientes por sus empleos.<sup>20</sup>

No dió licencia a los soldados de la Guardia del Real Palacio para que tuviesen pulperías, ni tampoco a sus criados y dependientes.<sup>21</sup>

Tuvo especial cuidado del breve y puntual despacho de los asuntos, vigiló la diaria asistencia de los Oidores y de los subalternos, procurando que, semanalmente, se le pasase testimonio o memoria de los expedientes y autos vistos. Asistió a los Reales Acuerdos, tanto ordinarios como extraordinarios, que se celebraron durante su gobierno, excepto a veintidós de ellos, a causa de hallarse indispuesto o impedido

18 Id. de id. id. id. El mismo cuaderno, fol. 99 a 100 v.º

19 Id. de id. id. id. Dicho cuaderno, fols. 104 v.º a 106.

20 Id. de id. id. id. El mismo cuaderno, fols. 111 a 114.

21 Id. de id. id. id. Dicho cuaderno, fols. 112 a 114.



de acudir a ellos por tener otras ocupaciones. Pero, aunque no asistiera, no estorbó al curso del despacho de los asuntos, porque, cuando se veía imposibilitado de asistir, enviaba aviso a los componentes del Real Acuerdo y al Fiscal, para que, advertidos, no dejasen de acudir a la hora acostumbrada.<sup>22</sup> A pesar de su diligencia, había asuntos que se eternizaban en las oficinas públicas sin resolverse; Valle Arizpe refiere, en su acostumbrada y amenísima forma, el caso de la pobre doña Isabelita Galindo, fallecida antes de que se hubiera atendido su justa súplica, después de haber hecho llegar al Conde de Fuenclara su angustiosa queja dentro de uno de los maravillosos platos de dulce en que era famosa y consumada maestra y debajo de una preciosa y churrigueresca decoración de azúcar en colores que decía: "A Su Excelencia el Conde de Fuenclara. Córame Su Excelencia con cuidado".<sup>23</sup>

No impidió el Conde ni estorbó de ningún modo a la Audiencia el ejercicio de su jurisdicción, ni sustrajo a esta ninguna cosa, abocándola así, so pretexto de que tocaba a su superior gobierno "para impedir se diese por el señor más antiguo los puntos de lo que se hubiese determinado". Tampoco expidió decretos en perjuicio de la cosa juzgada, ni alteró ni suspendió la ejecución de lo resuelto, ni mandó que se volviesen a oír las partes. En cuanto a las apelaciones que se interpusieron en la Audiencia de decretos expedidos por él, algunos de ellos pasaron llanamente; otros se devolvieron para calificar el grado, conforme a la ley, y otros, por último, se retuvieron hasta ejecutoriar los puntos apelados. Así se hizo con los hechos en virtud de Real Cédula sobre dar posesión a don Juan Martínez de Lejazar y Anieto de las Salinas del Peñol blanco de Zacatecas, los cuales se prosiguieron con don José Reymundo de Puebla y don Tomás de Aristorena y Lanz, acerca de la valoración de las sales existentes, pues, habiéndose pasado a la Audiencia y expedidas dos consultas para ello por auto de 3 de junio de 1746, se confirmó el suplicado de 27 de abril del mismo año, mandando por otro de 17 del mismo junio, que la parte de Aristorena ocurriese del Superior Gobierno a deducir lo que le conviniese y que se le devolviesen los de la materia. También pasaron a la Audiencia, entre otros, los formados por el Asentista del Alumbre contra los due-

<sup>22</sup> Id. de id. id. id. Dicho cuaderno, fols. 116 y 117 v.º

<sup>23</sup> Valle Arizpe: *Del tiempo pasado*, págs. 292 a 294.

ños de obrajes, sobre que éstos dieran a los paños el color azul con dicho material, y los seguidos por don Jacinto Ximénez, Cacique del pueblo de San Francisco Chamacuezo, de la jurisdicción de Zelaya, con los Motas y Sedeños, sobre la alternativa de gobierno.<sup>24</sup>

Tampoco escribió Fuenclara a los Oidores de la Audiencia ni por vía de mandato ni por patente en nombre de S. M., sino que, en las ocasiones que se ofrecieron, lo hizo por cartas misivas, sin faltar en ellas al debido respeto y decoro, según lo dispuesto y determinado por S. M. Tampoco se excusó con ningún motivo ni pretexto en los autos de los pleitos y causas a que asistió, ni a firmar las Reales Provisiones expedidas por la Audiencia, sino que en todo dió plena facilidad, evitando daños, perjuicios y demoras a las partes. Guardó el debido secreto en las determinaciones, procurando que lo mismo hicieran los demás ministros; cuidó de que la Audiencia tuviese tabla de pleitos conclusos y que se vieses según el orden prevenido, y cuando determinó que se viese algún pleito con asistencia de ambas salas, lo hizo por mediar motivos de interés abundantes, puntos delicados, petición de las partes o dictamen de alguno de los ministros. Durante su gobierno se presentó un caso de competencia de jurisdicción y fué en los autos que se siguieron por los naturales de Puebla, Cholula y sus agregados con los Alcabaleros de sus jurisdicciones sobre lo que pretendían cobrarles de sus frutos, por lo que recurrieron ante la Audiencia. A su petición, se les libraron dos Reales Provisiones, que se notificaron a dichos Alcabaleros, por lo que éstos recurrieron al Superior Gobierno de Su Excelencia, expresando las condiciones en que se les había rematado ese Real Derecho y pidiendo se obligase a los de Puebla y demás al pago y satisfacción de él. Previo informe del Fiscal, el Virrey escribió a los Oidores de la Audiencia, los cuales con el mismo parecer, mandaron, por auto de 6 de abril de 1745, que, guardando testimonio de dichos autos, se devolviesen los originales al Superior Gobierno, como había solicitado el Fiscal en su respuesta de 24 de marzo del mismo año, para que determinase Su Excelencia. En las competencias de la Audiencia con los demás tribunales, Fuenclara guardó la forma prevenida por las leyes.<sup>25</sup>

<sup>24</sup> A. gen. de Indias. Cuaderno 1.º de la Res. de Fuenclara. Escribanía de Cámara del Consejo. Leg. 245, fols. 117 v.º a 118 v.º

<sup>25</sup> Id. de id. id. id. Dicho cuaderno, fols. 122 a 124.

No sólo se informaba el Conde del buen despacho de las causas, sino que, en los comienzos de su gobierno, pasaba a la Audiencia, asistiendo a las relaciones que se hacía de las causas y de su motivo y, sin interpelación de parte alguna, procuraba que tuviesen el debido trámite, especialmente las causas de fuera de la capital. Y, para cerciorarse mejor del estado y curso de ellas y si había algunos presos detenidos sin que de ello tuvieran noticia los Alcaldes —y quizá sin haber sido visitados—, hizo en el mes de octubre (tiempo irregular para hacer visita general de cárceles, por lo que no se acostumbraba a ello), sin que nadie se lo aconsejara, una visita general de todos los presos, acompañado del Marqués de Altamira y de don Fernando Dávila, sin avisar de su resolución a la Real Sala ni a los Ministros inferiores y “no halló tropiezo ni cosa que advertir”. Procuró la asistencia de todos a su despacho, así como que se les pagasen sus salarios; no se arrogó jurisdicción que no le correspondiera, ni suspendió la ejecución de penas, ni hizo soltar preso que estuviera por causa grave.<sup>26</sup>

No impidió la jurisdicción de los jueces generales, ni que tomasen cuenta sus antecesores del tiempo que la ejercieron.<sup>27</sup>

Tampoco estorbó a los capitulares y regidores de la ciudad de México la libre elección que celebraron, bajo su gobierno, los Alcaldes ordinarios el día 1 de enero de cada año, sino que la ejecutaron libremente, lo mismo que la del día siguiente de los oficios concejiles, que también se celebraba entre los regidores. No se mezcló en cosa alguna de ellas, ni mandó se hiciesen reelecciones de oficios, ni expidió mandamientos, autos o decretos para ello.<sup>28</sup>

Procuró que el abasto de carnes de la capital y de los lugares agregados a ella fuese el más ventajoso en beneficio del público y dió las providencias que le parecieron más convenientes a las mayores posturas, tanto en el carnero como en la vaca, en seguida que llegó a México, por lo avanzado del tiempo, animando y protegiendo, para que hiciese postura, a don Juan de Urizar y Silva, en cuyo tiempo se celebraron dos remates: el uno, en don José Sánchez Cornejo, por dos años, y el otro en don Manuel de Urizar, por cuatro, sin que hubiera, por parte del Virrey, fraude ni negociación alguna, sino que, por el

<sup>26</sup> Id. de id. id. id. Dicho cuaderno, fols. 127 v.º a 128 v.º

<sup>27</sup> Id. de id. id. id. Dicho cuaderno, fol. 130.

<sup>28</sup> Id. de id. id. id. Dicho cuaderno, fols. 132 y v.º



contrario, puso toda su atención en el beneficio público y nombró al Superintendente para la asistencia de estos dos remates. En cuanto a la provisión de maíz, dió, a diario, providencias al Corregidor y al Diputado del Pósito, para que no se experimentase escasez, sino abundancia, y que no se produjera alteración de ninguna clase, ni en la calidad ni en el precio. Y habiéndose producido escasez en 1746, comisionó a los Regidores don José de Aguirre, don Gaspar Hurtado de Mendoza y don José Antonio de Humarán para que saliesen a la recolección de maíces a la provincia de Chalco, a Toluca, Islahuaca, Metepec, Tesuco y los alrededores para la pronta provisión, y expidió decretos y cartas al Corregidor de Chalco, para que remitiera maíces; al mismo tiempo dispuso se colocaran guardas en distintos puntos para que no se extraviaran al enviarse a la alhóndiga. En lo demás de abastos dió distintas providencias para que todo estuviera abundante.<sup>29</sup>

Entre los Alcaldes Mayores a quienes dió el pase y admitió al juramento, figuraban su Mayordomo don Bernardo del Arenal, que juró el cargo de Alcalde de Tepeaca el 19 de julio de 1745, y don Afanasio Ortiga, al parecer aragonés, que juró, en el Real Acuerdo, el 5 de abril de 1745, el cargo de Alcalde de Ismiquilpán.<sup>30</sup>

No sólo conservó indemne la libertad de los naturales, sino la de los tribunales y el uso de sus jurisdicciones y providenció la más breve expedición de los asuntos de justicia, sin faltar, por eso, a la buena correspondencia con los ministros. Tampoco les restringió su libertad de votar; antes bien les recomendó que no atendiesen a sus familiares en casos de la administración de justicia. Informábase personalmente del estado de las cosas, para el castigo de los reos y la satisfacción de la vindicta pública, y comunicaba las materias graves en el Real Acuerdo, para el mayor acierto en sus determinaciones, procurando se vieran los pleitos con cierto orden, para su más fácil y corriente expedición en utilidad de los litigantes.<sup>31</sup>

Una de las personas en quienes Fuenclara depositó mayor confianza fué —y muy digno de ella— el Oidor don Domingo de Trespalacios. Nombróle, ya en diciembre de 1742, Superintendente del Real Desagüe, y, sucesivamente, Juez Superintendente Conservador de Pro-

29 Id. de id. id. id. Dicho cuaderno, fols. 133 v.º a 134 v.º

30 Id. de id. id. id. Dicho cuaderno, fols. 138 a 147 v.º

31 Id. de id. id. id. Cuaderno 6.º de la Residencia del Conde de Fuenclara, folios



pios y Rentas de la Nobilísima Ciudad (1 de enero de 1743, aprobado por el Cabildo de México en 9 del mismo mes y año); Juez Comisario del Real Derecho de la Media Anata (9 de diciembre de 1743, al morir don Isidro Nicolás Pardo); Encargado del Abasto de Carnes de la capital (27 de julio de 1744); Comisionado para la provisión de maíz a la Alhóndiga (1745) y Juez del Derecho de Lanzas, para recaudar este tributo de los títulos de Castilla, Marqueses y Condes radicados en México, por superior decreto de 20 de octubre de 1745.<sup>32</sup>

Entre las primeras Reales Cédulas que tuvo que obedecer y poner en ejecución el Conde estaba la del 8 de diciembre de 1741, por la que Felipe V concedió a la villa de Santa Fe y Real y Minas de Guajuato el título de Ciudad, con las armas, fueros y privilegios correspondientes. El Virrey la obedeció (22 de diciembre de 1742) y la pasó al Fiscal, quien informó (17 de enero de 1743) que correspondía aumentar seis regidores a los seis que la ciudad tenía como villa, más los cuatro (Alférez Real, Alguacil Mayor, Provincial de Hermandad y Depositario General) de Privilegio.<sup>33</sup>

Otra fué la del 26 de abril de 1742, en la que S. M. mandó que los Tribunales y Oficios de los Reinos de Indias se redujeran al número de Ministros fijados por las leyes, prefiriendo los de mérito a los de beneficio, asignando a los que quedaran sin ejercicio o —como diríamos ahora—, excedentes forzosos, el 5 por 100 anual del sueldo que les correspondía por sus empleos. Había tres supernumerarios: el Contador del Tribunal de Cuentas, don Tomás Rodríguez, que quiso continuar en ejercicio sin percibir su sueldo; y los Oficiales Reales don Juan Valiente, de la Caja de Veracruz, y don Felipe Fernández Pacheco, de la de Pachuca, a los que se aplicó lo resuelto por S. M., separándolos del servicio.<sup>34</sup>

También dió cumplimiento, el 13 de diciembre de 1742, a la Real Cédula de 25 de abril del mismo año, en que se mandaba no imprimir, en lo sucesivo, libro alguno de diferentes historias y materias pertenecientes a los Reinos de Indias, si no llevaban, además de la licencia del

69 v.º y 70.

32 A. H. N. Consejos. Leg. 21.461. Residencia de Trespalacios, cuaderno 1.º, folios 21 v.º, 22, 23, 45 v.º, 46 y 63.

33 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.336, doc. 12. Fuenclara al Rey. México 30 enero de 1743.

34 Id. de id. id. Leg. 1.337. Fuenclara al Rey. México 22 abril 1743.

Consejo de Castilla, la del Consejo de Indias, que era necesaria; se prohibía el uso de libros que no llevasen la licencia del segundo. Después de su obediencia, Fuenclara nombró (14 de febrero de 1743) para el cargo de registrar y reconocer los libros, al Licenciado don Gabriel de Ribera, presbítero y dueño de una imprenta y librería en la capital del Virreinato. El 22 de febrero se le notificó el nombramiento, que aceptó.<sup>35</sup>

La Real Cédula de 26 de abril de 1742 sobre reducción del número de Ministros de las Audiencias y de los Tribunales al del tiempo de su erección tuvo como consecuencia la separación del Oidor Supernumerario de la Audiencia de Guadalajara, don Sebastián Calvo. El Marqués del Castillo de Aisa, Presidente que había sido de dicha Audiencia, presentó al Virrey un escrito y varios instrumentos acerca de los procedimientos de los Oidores de ella, don Juan Carrillo Moreno, numerario y don Sebastián Calvo de la Puerta, supernumerario. También la Audiencia presentó un informe sobre lo mismo. Ambos informes expresaban los casos en que Carrillo demostraba no tener juicio cabal y la mala conducta de Calvo para el cargo de Oidores, para que S. M. tomara, en vista de ello, la resolución que fuere de su real agrado. Se acusaba a Calvo de sobornable y del modo desordenado con que adquirió la comisión de hacer el inventario de los bienes que quedaron por muerte del Conde de San Mateo de Valparaíso y la forma en que lo practicó, haciendo lo mismo en otra comisión a que fué en el Real del Mezquital, llevando en ambas el único fin de interesarse. Y en una y otra comisión, logradas con empeños, "se distraía, con mucho escándalo, en juegos y otros ejercicios repugnantes al carácter de Ministro y a la representación que tan encargada está por reales disposiciones...". En cuanto a Carrillo, después de haber prometido al Virrey que se portaría con templanza con sus compañeros y buen ejemplo del público, solicitó del Escribano de Cámara de aquella Audiencia que le diese testimonio de que el Marqués del Castillo de Aisa se interesó en parte de las utilidades que Calvo obtuvo en la comisión de inventario de bienes del Conde de San Mateo de Valparaíso para complicarlo en el desorden de Calvo; el Escribano se excusó de darlo "porque no le constaba". El Marqués y la Audiencia presentaron escritos de acusación de lo hecho allí por Calvo. Carrillo obraba con poco juicio en

35 Id. de id. id. Leg. 1.336. Del mismo al mismo. México 28 febrero 1743.

todo, pues, en vez de atender bien a los asuntos de la Audiencia, los perturbaba y dificultaba su resolución, mostrándose poco hábil para el ministerio que tenía. El Marqués y la Audiencia procuraban evitar que Calvo volviese a la Audiencia de Guadalajara, en caso de vacante, por su mal carácter y su venalidad, de la que era prueba principal el haber recibido 10.000 pesos para no votar en contra en un pleito de minas que se litigaba allí; en la competencia que se levantó entre los Alcaldes después de la muerte del Conde de San Mateo de Valparaíso (fin de agosto de 1742), la Audiencia envió a Calvo, que, atropelladamente, formó inventarios, se apoderó de gran número de alhajas, preseas y dinero del difunto (una libranza de 8.000 pesos y otra de 2.500 que le dieron los albaceas) y sacó tanto de la herencia que era más heredero de los bienes del Conde que las hijas de éste. También obtuvo Calvo beneficios del juego y se vanagloriaba de ser el mayor ladrón del mundo. En poco más de un año que llevaba sirviendo la plaza de supernumerario, no pasó ocho días sin dar muestras de su mala conducta y codicia insaciable: comisión en la villa de San Pedro de Chihuahua; Real y Minas del Mezquital sobre medidas, donde tuvo tablaje de juego, y el inventario de más de millón y medio del caudal del Conde de San Mateo de Valparaíso; en estas dos últimas comisiones era público que ganó, en pocos días, más de 16.000 pesos. El juego de albures, a que era aficionado, hacía que no tuviera bastante sueldo para sostenerlo. Era muy discutiador, hablando a gritos y sin esperar a que le dejaran "faltando a la ceremonia que se acostumbra de no hablar más que el que preside" cuando estaba reunido el Tribunal y lo hacía para que el público creyera que imponía su pensamiento a los demás. No sólo jugaba a los Gallos, sino que, en las minas de Sombrerete, él mismo soltó el gallo de la apuesta, cosa que sólo es "de gente baja", haciéndose más notable y escandaloso este hecho a la vista del recato del Alcalde Mayor, que estaba mirando el juego bajo la celosía"; el escrito que presentó contra el Presidente Aisa no tenía más fundamento que la enemistad contra él porque fué encargado de separarle del cargo por ser supernumerario, ya que "las operaciones, cristiandad, juicio, prudencia y buena conducta de dicho Marqués, ha sido tan bien recibida y aceptable en este Reino, cuanto en él se ha visto, y el Consejo habrá advertido, pues no se hallará en él la menor queja contra sus operaciones, así de su persona, por ser muy arreglada,

como de las de su empleo, celosísimo del servicio de V. M.". Carrillo se hizo intolerable en la Audiencia de Santo Domingo "por su genio, índole y otras circunstancias" y fué trasladado a la Sala del Crimen, de México, donde también se hizo insufrible "por sus cosas, nacidas, o de las especies que le turban el entendimiento, o de su natural inquieto, por lo que el Marqués de Casafuerte dispuso que pasara a la Audiencia de Guadalajara, donde continuó lo mismo, injuriando a sus compañeros y al Presidente. Fuenclara le hizo escribir una carta de represión y conminatoria, pero inútilmente "porque hace irrisión de la dicha carta, faltando al debido decoro de los respetos al Virrey", y proseguía sin la menor enmienda; en vista de ello, la Audiencia de Guadalajara y, en su informe reservado, los Oidores don Fernando de Urrutia y don Martín de Blancas, pedían que se le trasladara a otro punto o que se le jubilara, pues su voto "más daña que aprovecha en los negocios". Mientras se tramitaba este asunto, se cumplió el plazo de ocupación de la Presidencia del Marqués del Castillo de Aisa, al que sucedió don Fermín de Echeverz, y él pudo así ir personalmente a la capital del Virreinato para defenderse de las acusaciones de Calvo. Carrillo y otro Oidor de Guadalajara, don Juan Antonio Caballero, se habían injuriado públicamente, con motivo de haber metido el primero en la cárcel a un portero porque le dijo que se decía que era un loco, después de gran escándalo contra dicho portero y contra Urrutia porque lo defendía. El Virrey logró aquietar a la Audiencia, después de oír el parecer del Oidor de México don Pedro Padilla y el voto consultivo del Real Acuerdo, haciendo separar de su cargo a Calvo y escribiendo (29 de junio de 1743) una carta a Carrillo, que le contestó (9 de julio) que cumpliría con su obligación y se mantendría en buena correspondencia con los Oidores.<sup>36</sup> El 27 de enero de 1746 informó el Conde a Triviño de lo que había resuelto para remediar las diferencias ocurridas en la Audiencia de Guadalajara y que el Consejo de Indias aprobó la resolución que tomó de que Calvo se mantuviese en la capital hasta recibir órdenes de España.<sup>37</sup>

En el mismo año 1743 hubo de resolver el Virrey la controversia movida entre don Pedro Angel de Irigoyen y don Domingo de Azcárraga, como albacea de don Manuel Martín de Iriarte, a quien el Rey

36 Id. de id. id. Leg. 1.337. Fuenclara al Rey. México 31 agosto 1743.

37 Id. de id. id. Leg. 1.339. Fuenclara a Triviño. México 27 enero 1746.



hizo la gracia de Alcalde Mayor de la Villa-Alta (1 de octubre de 1737). El Virrey acordó se nombrase para ese cargo, vacante por la muerte de Iriarte, a don Francisco Javier de Barroeta, a propuesta de Azcárraga.<sup>38</sup>

Habiendo fallecido don Francisco de Zupide y Acuña, Contador de Resultas del Real Tribunal de Cuentas de México, proveyó Fuenclara, interinamente, el empleo de Contador Ordenador en don Manuel Ruiz Cano, que había ejercido, durante siete años, el cargo de oficial de la secretaría de las embajadas que el Conde había desempeñado en las Cortes de Venecia, Viena, Dresde y Nápoles y, después había completado esos meritorios servicios en la Contaduría de Marina del Departamento del Ferrol. Al comunicar este nombramiento a S. M., pidiéndole confirmara el nombramiento hecho el 18 de agosto de 1743, escribía el Virrey: "...Y siendo yo testigos del esmero, conducta y aplicación con que desempeñó su obligación los primeros siete años que estuvo bajo mis órdenes, puedo asegurar a V. M. que, a más del motivo que tengo para atenderle por ser uno de los que vinieron asistiendo mi persona, le he considerado muy a propósito para el ejercicio de estos empleos...". Ruiz Cano se posesionó de su cargo el 27 de agosto, y el Rey confirmó el nombramiento en propiedad.<sup>39</sup> Pero el 24 de marzo de 1745, la Cámara de Indias acordó se pusiesen edictos para proveer esta plaza en la forma acostumbrada y que se advirtiera al Virrey, por Cédula separada, que siendo de provisión de S. M. y a consulta de la Cámara, no pudo ni debió nombrar a dicho sujeto, por lo que se había excedido de sus facultades y se debería abstener de ejecutarlo en adelante, sin pedir confirmación de los nombramientos interinos.<sup>40</sup>

Habiendo pedido a la Audiencia de Guadalajara que le enviase cualquier despacho de jubilación que hubiese recibido, le enviaron de allí la Real Cédula de 30 de octubre de 1740, por la que el Rey concedió la jubilación al Oidor Decano de dicha Audiencia, don Fernando de Urrutia. Hallábase éste tuberculoso y con una *diarísima diarrea*, por lo que y por llevar veintiocho años de servicio, en 1738, el entonces Presidente, don José de Burgos, había solicitado su jubilación. Era Oidor de Guadalajara desde 27 de noviembre de 1710 y se le jubiló

38 Id. de id. id. Leg. 1.337. Fuenclara al Rey. México 30 abril 1743.

39 Id. de id. id. id. Del mismo al mismo. México 3 octubre 1743; Leg. 509. Del mismo al mismo. México 30 octubre 1744.

40 Id. de id. id. Leg. 509. Respuesta a la carta de Fuenclara de 30 octubre 1744.

en 21 de octubre de 1743. Como siempre —muy constitucionalmente— Fuenclara consultó con el Real Acuerdo y declaró jubilado a Urrutia, nombrando en su lugar al Oidor supernumerario don Sebastián Calvo de la Puerta. Pero ordenó a éste que se presentase en seguida en México en previsión de lo que el Presidente le representó que podía suceder: Calvo obedeció la orden.<sup>41</sup>

A la muerte del Oidor Decano de la Audiencia de México, don Pedro Malo (2 de abril de 1744) escribía Fuenclara al Rey:

“La frecuencia con que, desde mi llegada a esta Ciudad, he asistido a la Audiencia, me ha puesto en el conocimiento de no subsistir ya las causas porque V. M. se sirvió, en Real Cédula de 13 de julio de 1739, aumentar el núm. de la erección de Ministros de esta Aud. otras quatro Plazas, y dos a la Sala del Crimen, porque son ya tan regulares los pleitos que en ella se siguen que suficientemente y sin atraso de las partes se pueden oír, substanciar y determinar con los Oidores que se erigió, que fueron ocho, y las causas criminales con los quatro Alcaldes que se consideraron al principio, y juzgo que serían superabundantes respecto a las pocas causas criminales que ocurren a la sala, con que se ahorraría la Real Audiencia los salarios con que asiste a los Oidores y Alcaldes que exceden del número de la dotación, no sólo por razón de aligerar el Erario de V. M. la graiosa carga de sus sueldos en el presente tiempo de sus ahogos, sino en otro qualquiera que no los padezca...”. Y añadía: “... por cuya razón, combendrá que V. M. no prouea la vacante que ha resultado de la muerte del Oidor Dn. Pedro Malo de Villavicencio ni otra que pueda acontecer asta que la Audiencia y Sala del Crimen queden en el preciso número en que se establecieron, porque, para los negocios y pleitos que hay al presente, sobran Ministros, aun con la circunstancia de que un año ha que no asiste Dn. Joseph Fernández de Veitia, que se halla impedido, y lisiado de un brazo y pierna, a efecto de un insulto que le acometió, de que no ha podido recuperarse, ni se halla en disposición de que lo consiga...”.<sup>42</sup>

En 1.º de enero de 1744, reunido el Ayuntamiento de la capital, eligió por Alcaldes ordinarios a don Domingo Casal Bermúdez y a don Pedro Larrondo; de Mesta, por la cuarta vez, al Marqués de Uluapa.

<sup>41</sup> Id. de id. id. Leg. 1.337. Fuenclara al Rey. México 20 octubre 1743.

<sup>42</sup> Id. de id. id. Leg. 1.338, doc. 16. Fuenclara al Rey. México 22 abril 1744.

y a don Agustín Iglesias; Alférez Real, al Aicalde de Alameda don José Luque Galisteo; Diputado de Propios, a don Gaspar Hurtado; de Pósito, don Juan Humarán; Juez de Aguas, don Juan de Baeza; Obrero Mayor, don Juan de la Peña; Secretario de Cartas, don Baltasar García Mendieta; Teniente de Regidor, don Atanasio de Zúñiga, y Diputado de Arquería, don José Antonio Dávalos. Entró de Corregidor don Gregorio Francisco Bermúdez Pimentel.<sup>43</sup>

Al fallecimiento del Contador Decano del Tribunal de Cuentas del Reino de Nueva España, don Isidro Nicolás Pardo de Nájera, Caballero de Santiago, Fuenclara comunicó al Rey que su viuda, doña Mariana Rubín Ramírez de la Torre, quedaba desamparada, y lo hacía presente para que, en evitación de que se viera obligada a mendigar, se le señalara un pensión.<sup>44</sup>

Muerto (14 de mayo de 1745) el Oidor Fernández Veitia, el Conde escribió a S. M. repitiendo lo que expuso el año anterior, con ocasión de la muerte de don Pedro Malo, de suprimir las plazas aumentadas en la Audiencia y en la Sala del Crimen, por haber desaparecido el motivo de su aumento de 1739.<sup>45</sup>

En 1745 ejercieron cargos: de Alcaldes ordinarios, don José González Calderón y don José Vidaurre; de Mesta, por la quinta vez, el Marqués de Uluapa y don Agustín Iglesias; Alférez Real y Diputado de Pósito, don Miguel de Lugo; de Propios, don Juan de Baeza Bueno y don José Movellán; de Procurador General, don Gaspar Hurtado; Juez de Aguas, don José Antonio Dávalos; Obrero Mayor y Alcaide de Alameda, don Juan de la Peña; Secretario de Cartas, don Baltasar Mendieta; entró de Regidor don Francisco Canero.<sup>46</sup>

La penosa situación de sus funcionarios movió al Tribunal de Cuentas a hacer una representación al Virrey (11 de febrero de 1744), que la comunicó y recomendó al Rey: en ella se manifestaba que el sueldo que los contadores de dicho Tribunal tenían no era bastante para que pudieran subsistir congruamente y con la decencia correspondiente a su empleo. Acompañábase a la representación una certificación, en que constaba la miseria en que habían muerto los últimos con-

43 Cavo: *Los tres siglos de Méjico*, Libro Undécimo, 1744, 18, pág. 136.

44 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.338, doc. 17. Fuenclara al Rey. México 22 de abril de 1744.

45 Id. de id. id. id. Del mismo al mismo. México 25 mayo 1745.

46 Libro Capitular de México citado por Cavo: Ob. cit., Lib. Und., 19, pág. 137.

tadores, para que, en vista de ello, aumentara S. M. el sueldo en la cantidad que fuera de su agrado: citaba los nombres de los contadores don Juan Lovera Zaga de Bugueiro, muerto tan pobre, que un agustino facilitó su entierro; don Francisco Antonio de Zupide y Acuña, sucesor del precedente en 1723, falleció tan pobre (agosto de 1743), que se le embargaron los bienes y no hubo bastante para pagar a los acreedores; pocos días después de él, murió el Contador Ordenador, don Francisco Lanteri, y hubo que enterrarlo de limosna; y, en diciembre de 1743 había fallecido el ya citado Pardo de Nájera, notoriamente pobre.<sup>47</sup>

El Contador de Tributos pidió al Virrey que se le aumentasen oficiales para atender mejor a los servicios de la Contaduría, en especial para el cobro de los tributos atrasados y corrientes; Fuenclara consultó con el Fiscal y el Asesor y, en vista de lo que ambos le expusieron, así como por la notoriedad de las causas y razones que le había hecho presentes el Contador, aumentó dos oficiales con el salario de 500 pesos cada uno. Había el Virrey nombrado Contador interino a don José Díaz de Celis, pero como éste, a pesar de varias instancias que se le hicieron, no presentaba, en el Tribunal de Cuentas del Reino, las fianzas que se le exigían y se le estrechó a hacerlo, renunció al empleo, por lo que el Conde nombró nuevo Contador interino a don Pedro Núñez de Villavicencio, que abonó en seguida su fianza y quedó en ejercicio.<sup>48</sup>

En 1741, don Antonio López Matoso, Oficial Mayor de la Contaduría y Caja de la Ciudad y Puerto de Veracruz, había denunciado a la Audiencia Gobernadora varios excesos que suponía cometidos por don Francisco de Alarcón y Ocaña, Tesorero Oficial Real de la misma Caja. Declaróse entonces inadmisibile la denuncia por los fundamentos que expuso el Fiscal en su respuesta de 17 de octubre del mismo año, y Matoso recurrió al Real y Supremo Consejo de Indias, reproduciendo su denuncia y adjuntando copias de lo representado ante la Audiencia sobre haber falsificado Alarcón las firmas de algunos de sus antecesores. El Rey dispuso, por la Real Cédula de 8 de abril de 1743, que el Conde de Fuenclara, informado justificadamente de la verdad que hubiera en las representaciones de Matoso, procediera contra los

47 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.338. Fuenclara al Rey. México 10 noviembre 1745.

48 Idem de id. id. id., doc. 8. Fuenclara al Rey. México 20 agosto 1745.



que resultaran culpados, dando cuenta de las providencias que tomara y, si después de adquirir "noticias secretas de personas fidedignas y desinteresadas", averiguase que era pura calumnia —como parecía ser por los antecedentes que tenía S. M.— lo afirmado por Matoso, suspendiera a éste inmediatamente en su empleo, informando reservadamente de lo averiguado sobre el asunto. Y, teniendo en cuenta S. M. que, aunque fuesen ciertas las acusaciones de Matoso contra Alarcón y contra el Oidor Decano don Pedro Malo, siempre resultaba el denunciante muy gravemente culpado "por las cláusulas infamatorias y denigrativas con que se explicó", le impuso la multa de 500 pesos con apremio y ejecución efectiva. El Conde hizo practicar en México y en Veracruz las diligencias y averiguaciones pertinentes, escribiendo, entre otras, una carta al Gobernador de Veracruz, don Antonio de Salas, al que encomendó la averiguación, para evitar los rumores que se levantarían si enviaba un Juez especial. Decíale que el asunto tenía dos partes: una, referente a desórdenes y abusos con fraude de la Hacienda, y otra, sobre falsificación de firmas; para evitar la divulgación de la causa, hizo formar un interrogatorio, que le adjuntaba, para que se citase a él; encargábale el secreto, haciendo que jurasen guardarlo hasta los peritos que examinasen y cotejasen las firmas.<sup>49</sup>

Hechas las informaciones testificales ordenadas, resultó falsa la denuncia de Matoso y, como no había fundamento para hacer cargos al Tesorero, por decreto de 25 de junio de 1744, el Conde de Fuenclara, de conformidad con la respuesta del Fiscal y la consulta del Oidor Valcárcel, suspendió a Matoso en el ejercicio de su plaza de Oficial Mayor de la Contaduría de Veracruz y lo mandó reducir a prisión, declarándolo falso calumniador e incurso en las penas que el Derecho establecía para los que lo eran, reservándose el imponerlas efectivamente cuando S. M. lo decidiera.<sup>50</sup>

Hasta entonces y, desde 9 de abril de 1743, Matoso, suspendido en sus funciones y confinado en Guatemala, había estado presentándose ante el Presidente de esta Audiencia, Echeverz, dos veces por semana, cumpliendo las órdenes del Virrey. Ahora, escribió éste a Echeverz que, habiendo terminado la causa seguida y, en vista de la temeridad de la denuncia formulada, el ningún fundamento de ella y la falsedad

49 Id. de id. id. Leg. 1.347. Testimonio de diligencias. Cuaderno 6.º

50 Id. de id. id. Revillagigedo al Rey. México 5 agosto 1751.

de la calumnia, Matoso podía ser castigado con penas corporales, aflictivas y pecuniarias. Por tanto y como podía ocurrir que, al saberlo, el denunciante se refugiara o ausentara quedando ilusorias las penas cuando conviniera aplicárselas, le mandaba, para que no sucediera eso, que Matoso fuera encarcelado, aunque ofreciera fianza.<sup>51</sup> El 16 de julio de 1745, ingresó Matoso en el Convento Hospital de San Juan de Dios, de la Santa Veracruz de Guadalajara, por hallarse enfermo, y allí permaneció hasta 1748, en que salió para la capital del Virreinato, ante la orden del Virrey don Juan Francisco Güemes de presentarse allí y constituirse preso en la Cárcel de Corte.<sup>52</sup>

La conducta pública y privada del Oidor don Francisco Antonio de Echávarri obligó al Virrey a hacer una información, resultado de la cual fué probarse su escandalosa vida, así como que había incitado al Arzobispo a que tomase la defensa de la jurisdicción eclesiástica, queriéndole persuadir de que la había vulnerado el Virrey: éste escribió al Rey lo que pasaba, expresando que sería conveniente trasladar a Echávarri a alguna Audiencia del Perú. Fuenclara, a petición de la madre de la amiga del Oidor, había hecho que llevasen a ésta a la casa de su madre en Puebla, y Echávarri fué a pedirle "con ruegos y lágrimas" que revocase la salida de su amiga de la capital: ante la negativa que recibió, visitó al Arzobispo para persuadirle de que el Virrey había vulnerado, con su orden, la jurisdicción eclesiástica, pero no logró su objeto. Fuenclara insistía en su remoción porque su mal juicio y desordenada conducta no podían ser allí de provecho al servicio de S. M., sobre todo si llegaba a ser Decano, en caso de morir don Pedro Malo, pues era el Oidor más antiguo y carecía "de la circunspección y prendas que regularmente debe tener el Decano", además de estar en malas relaciones con sus compañeros de Audiencia.<sup>53</sup>

Los oficios de "policía" se dieron, en 1746, a los Alcaldes ordinarios don Miguel Francisco de Lugo y don Francisco Casuro; los de Mesta, a don José Gómez Calderón y don Simón Vidaurre; de Alférez Real, Diputado de Pósito y Juez de Plaza, a don Juan de Humarán; de Diputado de Propios, a don José Aguirre; de Pósito y Alcaide de

51 Id. de id. id. id. Testimonio de diligencias, Cuad. 9.º, fols. 6 y 7. Echeverz a Fuenclara, Guadalajara 28 mayo 1743. Fuenclara a Echeverz, México 27 junio 1744.

52 Id. de id. id. id. Testimonio de diligencias. Cuaderno 11.

53 Id. de id. id. Leg. 1.338, doc. 23. Fuenclara al Rey, México 21 febrero 1744 y información testifical adjunta.

Alameda, a don José Movellán; Juez de Aguas, a don José Antonio Dávalos; Secretario de Cartas, a don Baltasar García Mendieta; entró de Teniente del Corregidor el Licenciado don José Osorio.<sup>54</sup>

El 2 de abril de 1746 falleció el Oidor don Clemente del Campo.<sup>55</sup>

Los Oficiales Reales de las Cajas de Veracruz habían presentado, en el Consejo de Indias, un memorial suplicando al Rey que providenciara sobre los tres puntos que contenía, a saber: que los Oficiales Menores de dichas Cajas intentaban tener a su arbitrio las llaves y los papeles de la Oficina; que dichos Oficiales Menores firmaran lo que trabajaran y que diese fianzas el que corriese con el cuidado de llevar la cuenta y razón de lo que producían los nuevos arbitrios. Al recibirse el memorial en Madrid, el Consejo tuvo presentes las diversas controversias que habían ocurrido entre los Oficiales Reales y los Menores, desde la creación de los seis que había de esta última clase en 1736: en dicho memorial, presentado en 1740, solicitaban los Oficiales Reales, con motivo de las citadas controversias, que se les concediese la facultad de remover a su arbitrio a los Oficiales Menores y, si no se accedía a ello, que se extinguiesen sus plazas, pues tendrían por menos gravoso el tolerar la carga de buscar y pagar amanuenses o escribientes, de su propio bolsillo, que no estar expuestos a los inconvenientes que les pudiera causar el que los Oficiales Menores se considerasen independientes de ellos. El Consejo devolvió el memorial al Virrey para que diese su parecer y él lo hizo concienzudamente, consultando, como le ordenó S. M., con su Secretario Molinillo, muy enterado de este asunto, por propia experiencia, a causa de haber entendido algún tiempo, viviendo en Veracruz, en el despacho de los navíos que estaban a cargo del jefe de escuadra don Andrés Reggio: Molinillo le dijo que no hacían falta esos oficiales y no había el menor reparo en la supresión de esas plazas. Por lo tanto, aconsejó la reforma o supresión de dichos funcionarios, teniendo presente que, anteriormente, se manejaron las Cajas de Veracruz sin más gasto de la Real Hacienda que el de los tres Oficiales Reales con el sueldo anual de 510.000 maravedises de plata cada uno, mientras que, en 1744, lo tenían duplicado casi, sin que los negocios se hubiesen acrecentado, ya que entonces eran más frecuentes las expediciones de flotas, pues llegaban todos los años

---

54 Cavo: Ob. cit. 1746, 20, pág. 137.

55 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.339. Fuenclara a Triviño. México 28 mayo 1746.



y, en algunos, dos, y, además, la Armada de Barlovento tenía mayor número de navíos, y todo esto corría a cargo de los Oficiales Reales, mientras que, en esa última fecha, había un Ministro independiente de Marina, encargado especialmente de esa comisión; además de los sueldos más crecidos, tenían, a la sazón, los Oficiales Reales, copiosos emolumentos, más la parte de los decomisos que hacían, por lo que podían muy bien pagarse los amanuenses que necesitaran, como hacían sus predecesores. El 19 de mayo de 1744, los Oficiales Reales expresaron al Virrey, en consulta, el ahorro que tendría la Real Hacienda con la supresión de los Menores y que se comprometían a trabajar en el despacho de los negocios con mayor intensidad o a costear de su bolsillo los amanuenses que les hicieran falta; pedían, en fin, la supresión de las plazas de Menores. Parecióle al Virrey conveniente la solicitud y mantuvo al Oficial Menor que existía en esa fecha, el único que vivía, don Juan Facundo Suárez, con el sueldo de 500 pesos y con la condición de que, faltando por cualquier causa, se extinguiera su plaza, como las demás, y quedara la Caja de Veracruz con la plantilla que tuvo antes de la creación de las seis plazas de Menores. El Conde terminaba su parecer con estas discretísimas razones:

“...Me parece que así porque el trabajo material, que se hace preciso en varias ocasiones, es muy pesado, como porque no siempre los Oficiales Reales tendrán disposición, por su edad y achaques, para ejecutarle, convendrá se señale y asigne la cantidad de quatrocientos pesos en cada año por vía de ayuda de costa o con otro título, para que puedan emplearla, distribuirla y pagar con ella los escribientes que necesitaren en su oficina para las urgencias de los despachos cumulosos y prontos, entendiéndose que esta ayuda de costa ha de empezar a correr y tener efecto quando fallezca, se retire, o por otro motivo, falte el actual oficial menor, que oy permanece, pues hasta que esto suceda, no se ha de verificar la concesión de los quatrocientos pesos, que se pueden consignar al destino de amanuenses.

”Supuesta la ninguna necesidad que hay de los referidos seis oficiales menores, constantes por la experiencia y la propia confesión de los que pudieran interesarse en su permanencia, se evitará con la extinción (ya puesta en práctica) el inconveniente, que regularmente se padece, de que los Oficiales Reales, en confianza de que tienen inferiores que travajen y despachen los expedientes y negocios de las cajas,



no hacen otra cosa que firmar lo que les ponen delante, sin aplicarse con íntimo conocimiento y examen a penetrar las dependencias que corren por su ministerio y cargo, y aun ha habido algunos, que, pasando por quanto éstos hacían sin discernimiento, se han dejado gobernar de ellos, quedando ygnorantes de su oficio, y obligaciones, cuyo defecto no se padecerá si se ven precisados a trabajar personalmente..."<sup>56</sup>

Era a la sazón Corregidor interino de la ciudad de México Don Gregorio Francisco Bermúdez Pimentel (a quien el Rey aprobó el traspaso que le había hecho de este empleo Don Mariano Fernández de Veitia), el cual representó al Virrey (8 marzo 1746) que la corta asignación de 500.000 maravedises por su empleo, a la que se agregaban 2.000 pesos de ayuda de costa, era muy pequeña para mantener su cargo con el decoro y lustre que le correspondía. En consecuencia, pedía que se le concediera la ayuda de costa de 2.000 pesos que, sobre la bebida del pulque blanco, consumida en la capital y sus alrededores, habían gozado todos sus predecesores en el Corregimiento hasta el Marqués de Santa Fe de Guardiola. Fuenclara pasó la representación al Rey.<sup>57</sup>

Una Real Cédula de 14 de mayo de 1744 había ordenado al Virrey que averiguase las causas por que se suspendió a Don Felipe Narciso de Silva en su ejercicio de Abogado en la Audiencia de Nueva Galicia: era defensor de la ciudad de Guadalajara. Fuenclara comisionó al Presidente de aquella Audiencia, Echeverz, para que procediera en el asunto, tanto por su superior cargo allí, como porque el corto tiempo que hacía que lo servía, le ofrecía garantías sobradas de imparcialidad. Echeverz le contestó el 31 de octubre de 1744, desde Aguas Calientes, donde se encontraba para recuperar su salud, que, tan pronto como regresara a Guadalajara, practicaría la averiguación que se le encargaba; luego, el 27 de abril de 1745, le notificó las ocupaciones personales en que estaban entendiendo en Sierra de Pinos, las que le impedían ejecutar la comisión conferida, y pidió le relevase de ella. Accedió el Virrey, encargando de dicha diligencia a don Juan Aparicio del Manzano, Fiscal de la misma Audiencia, que, después de haber aceptado, le comunicó que diversas ocupaciones de su ministerio le quitaban

---

<sup>56</sup> Id. de id. id. id. Fuenclara al Rey. México 28 febrero 1746.

<sup>57</sup> Id. de id. id. id. Del mismo al mismo. México 14 marzo 1746.

tiempo para desempeñar su encargo. El Conde le relevó y, teniendo en cuenta que el Oidor don Pedro de Padilla había vivido en Guadalajara, le encargó de la asendereada comisión, que él aceptó y llevó a cabo con el mayor esmero. De la información resultó que Silva era un hombre audaz, sin respeto para sus superiores y para los tribunales, que se había descompuesto en ellos públicamente y tenido lances con varios ministros y que había llegado a escribir una carta al Rey (20 septiembre 1742) hablando contra el Oidor don José Antonio Caballero y contra el Presidente Marqués del Castillo de Aisa, hombres de una cortesanía estimada por todo el mundo. Reuníase el Oidor Caballero, otros funcionarios y algunos eclesiásticos, en casa del Marqués del Castillo de Aisa, empleando el rato en diversión decente y honesta, que se efectuaba "en oras discretas de la noche, que a las diez ya se había concluido": acusólos Silva falsamente, pero la información probó que los reunidos no jugaban con exceso, sino "a la cáscara de dos a quatro reales, que equibale a quartos en España". Silva estaba sujeto a sumaria en la Audiencia por estar complicado en una causa secreta grave y entonces tomó órdenes menores por ser viudo, sacó título de Abogado del Cabildo eclesiástico, con objeto de eludir el fuero real y la corrección de su intolerable y escandalosa conducta; una vez hecho esto, tramó, en los Capitulares del Cabildo secular de Guadalajara, que formasen, como lo hicieron, Compañías milicianas de sus vecinos con pretexto de una Real Cédula y sin intervención alguna del Presidente, por cuyo desafuero y escándalo, el Virrey Arzobispo —al serle comunicado por el Presidente y Capitán General de Guadalajara quién era el instigador y promovedor— depuso a Silva de su cargo de Defensor de la ciudad y le suspendió en el ejercicio de abogado; esta decisión del Arzobispo Vizarrón fué confirmada por su sucesor en el Virreinato, Duque de la Conquista. Y Fuenclara, vistos los informes de los Oidores Padilla y Dávila y el parecer del Marqués de Altamira, todos contrarios al inquieto abogado, se declaró también conforme, por Decreto de 18 de enero de 1746, con la resolución de sus dos predecesores en el gobierno.<sup>58</sup>

El Duque de la Conquista había separado del Gobierno de Sinaloa a don Manuel Bernal de Huidobro, por culpársele de omisión durante

---

<sup>58</sup> Id. de id. id. id. Fuenclara al Rey. México, 28 enero 1746.

la sublevación de los indios Yaquis; él culpaba, en cambio, a los jesuitas de fomentar la sublevación y, atendidos sus descargos, un Real Despacho de 24 de junio de 1742 mandó se le reintegrase a su Gobierno. Fuenclara obedeció este despacho el 23 de enero de 1743, a poco de llegar a México, determinando, en cumplimiento de él, reponer a Bernal en su cargo y encargar al Provincial de la Compañía de Jesús que retirase de Sinaloa a tres misioneros que estaban en discrepancia con dicho Gobernador. La Compañía se disculpó de las "injurias y calumnias" que le imputaba Bernal en sus descargos y recusó al Auditor. Fuenclara consultó a un nuevo Asesor y, en vista de su informe "pulsé—dice escribiendo al Rey— grauísima dificultad en repetir un Proceso, ya formidable, por su multitud de piezas, instrumentos e informaciones; y el tornar a continuar nuevos movimientos en lo remoto de aquellas provincias de Sinaloa (quietas y ya reducidas), sin esperanza siquiera de indagar medianamente el origen de los tumultos, que, por más de cien leguas se extendieron", a causa de las parcialidades que allí existían. En el proceso cada testigo depuso según su devoción. Estando asegurada la paz y convertidos los indios al cristianismo y a la vida civilizada, el prudente Virrey temió que la repetición del proceso sirviera para excitar a los indios a una nueva rebelión, a ejemplo de lo que verían practicado "entre sus superiores eclesiásticos y seculares". Reconoció el Conde que Bernal podía quedar excusado, por sus testigos (si se les examinaba en debida forma) de la gravedad de los cargos de haber favorecido los comienzos del alzamiento, no estorbando los manejos de los Yaquis, sino retirándose y dejándoles cebarse en vidas y haciendas de los individuos y lugares que abandonó, pero también reconoció los oportunos avisos que los misioneros dieron al Gobernador y a sus subalternos y su celo y caridad en lo más vivo de la guerra. Y comprendió que el acusar al Gobernador a los jesuitas y éstos a él del origen de la sublevación, venía de la discrepancia entre uno y otros, por lo que determinó mantener la separación de Bernal y que continuase en el Gobierno de Sinaloa don Agustín de Vildosola, que había sido nombrado interinamente por el Duque de la Conquista. Pero mandó declarar "fiel y digno Ministro" a Bernal, pidiendo al Rey que lo empleara en otro cargo, por convenir así a la paz y al sosiego de Sinaloa. El Consejo de Indias conformóse con lo actuado por el Conde de Fuenclara (28 de septiembre de 1745), atendiendo el parecer de



su Fiscal. Vildosola fué nombrado Gobernador de Sinaloa por el Rey el 27 de julio de 1744.<sup>59</sup>

En carta de 6 de mayo de 1745 escribió el Marqués de la Ensenada a Fuenclara que el Rey había mandado que los funcionarios que, por razón de sus empleos, debían usar el traje de golilla y hubieran dejado de usarle por permiso, tolerancia o disimulo de los Virreyes, Audiencias, y otros tribunales o ministros, lo vistieran y usaran en adelante, mientras no precediera especial licencia de S. M. a cada individuo para dejar de usarlo y vestir el de militar, y que previniera lo conveniente para que se pusiera en práctica esa resolución, a todos los ministros de la jurisdicción del Virreinato que debían cuidar de su observancia. El Conde, al recibir esta orden, aunque ya sabía que, en Nueva España, se hallaba menos introducido que en otras partes el traje militar en los Ministros de los Tribunales de Justicia, así superiores como inferiores, consultó con la Real Audiencia, pasándole testimonio de lo ordenado por S. M., por si tenía más detalladas noticias, para dar él luego las disposiciones más eficaces para su cumplimiento. No se encontró que vistieran de militar más que dos abogados, don José de Aguirre y don Isidro de Castañeda, ambos con permiso especial; uno de ellos era Regidor de la capital, y el otro, Asesor del Consulado. La Audiencia contestó al Virrey que convenía viera la orden el Fiscal, que, en un largo informe, expuso que ni por ley ni por ordenanza se hallaba mandado el traje preciso y distintivo que debían usar los ministros y oficiales de los tribunales; que era notorio en la Corte mejicana que, desde hacía treinta y cinco años, todos los ministros y subalternos de los tribunales, oficinas de la Real Hacienda, Contadurías, curias ordinarias y Cabildo secular, excepto la Real Audiencia —que, en varias ocasiones, había providenciado lo conveniente para mantener el traje antiguo de golilla—, abandonaron el traje antiguo de golilla negro y se vestían a lo militar, sin especial positiva licencia del Gobierno, sino sólo por tolerancia y conformándose al estilo de los Virreyes, cuyo ejemplo seguían sin contradicción ni reparo. Hasta 1710, y desde la erección de tribunales y creación de ministros públicos, jueces y demás oficiales de pluma y políticos, “todos usaban indistintamente golilla, y si bien era traje común a casi todos los vezinos españoles de esta Corte y demás Ciudades formales del Reyno, no dejaba de ser

---

59 Id. de id. Guadalajara. Leg. 88. Fuenclara al Rey. México, 25 junio 1744.



especial y distintivo de dichos Ministros, pues todos estos lo retenían quando, con ocasión de temerse imbacion de enemigos o algunos movimientos tumultuarios, se mandaba, por vando, que todos los vezinos se pusiesen en cuerpo para militar y estar promptos a qualquiera expedición...". El uso del uniforme militar se había convertido ya en costumbre, capaz de derogar la anterior, pero, como se había introducido por la tolerancia, creía el Fiscal que no debía prevalecer sobre la primera y que, por lo tanto, el Virrey debería ordenar que se cumpliera lo dispuesto por la orden de 6 de mayo y que todos los funcionarios que hasta entonces habían vestido de militar, deberían, en el plazo de un mes y conminándoseles con la multa de 200 pesos si no lo hacían, además de expulsárseles de sus cargos, vestirse de golilla como antiguamente y como lo seguían haciendo los de la Audiencia (28 de septiembre de 1745). En vista del informe de Bedoya, el Virrey lo pasó al Real Acuerdo para voto consultivo (2 de octubre). Reunida la Audiencia para ello el 5 de octubre, fueron de parecer ocho de los asistentes que como todos los funcionarios de la Audiencia vestían el traje de golilla y esto a pesar "de la intemperie que se experimenta en estos climas y calor en el verano, opuesto al traje de golilla", el Virrey podía participarlo así a S. M., recogiendo previamente las dispensas que tenían para vestir de militar Aguirre y Castañeda. Uno solo de los nueve asistentes al Acuerdo fué de opinión como el Fiscal. El Virrey, como tal gobernante constitucional de hecho, ante el voto de la mayoría, decretó (7 de octubre) como parecía a esos señores, mandando que se comunicara a Castañeda y Aguirre, y que éstos recurrieran, si les convenía, a S. M. para impetrar la Real licencia de usar el traje militar.<sup>60</sup>

Vigilaba atentamente el Conde la conducta que, en sus cargos, observaban las personas puestas al frente de la administración pública y recomendaba los que se distinguían por su celo al Rey. Al llegar a México ocupaba el puesto de Corregidor el Licenciado don Pedro Manuel Enríquez, Abogado de la Audiencia y Provincial de la Hermandad, el cual era un funcionario modelo, que cumplía "con la obligación que le incumbe —escribía Fuenclara— así por oficio, como lo que con particularidad he puesto a su cuidado, haciendo las rondas, y poniendo

---

60 Id. de id. id. id. Leg. 1.505. Fuenclara a Ensenada. México, 10 noviembre 1745, y testimonio adjunto; Rivera: *Los gobernantes...*, I, pág. 362.

su mayor solicitud y vigilancia en que entren libremente los bastimentos, y se vendan a precios moderados para la pública utilidad de este común, comunicándole no sólo este beneficio, sino también el haber ahorrado en todas las causas y litigios de que ha conocido, el importe de las Asesorías, pues, como letrado que es, las ha determinado y sentenciado sin costo de las partes en este particular, en que insensiblemente ha utilizado a este común; desempeñando, con toda atención, los encargos que le he hecho, sin apego a intereses, antes bien acreditando la pureza de sus operaciones; atento a lo cual, le di la comisión de Provincial de la Hermandad, sin perjuicio de la que V. M. tiene conferida a don Joseph Velasquez: cuyas buenas circunstancias y operaciones he tenido por conveniente poner en la soberana noticia de V. M., así por no defraudarle de esta satisfacción, como porque, en el caso de que, por su parte, se ocurra a los Rs. Pies de V. M. con alguna pretensión, se digne la clemencia de V. M. mandar atenderle...".<sup>61</sup>

De igual modo recomendó al Rey la persona de don José de Padilla y Estrada, Marqués de Santa Fe de Guardiola, caballero de Calatrava, que había servido, de 1718 a 1734, los empleos de Alcalde Mayor de Mitla, Tlacolula y Teutila, y el de Corregidor de México, desempeñándolos "con acierto, zelo y desinterés" cumplidos, señalándose por su "amor al público".<sup>62</sup>

Y tampoco olvidaba el ayudar a las familias numerosas con su apoyo cerca de la Corona, como cuando escribía los servicios de veintidós años del Oidor don Luis Fernández de Madrid y hacía presente que tenía diez hijos, para cuya manutención sufría "bastante estrechez", por lo que solicitaba de S. M. que concediera un destino al primogénito, don Diego Antonio Fernández, que no tenía esperanza de adelantar en su carrera eclesiástica por las "cortedades de su padre en el fomento de los demás hermanos".<sup>63</sup>

Concedió el Rey a Fuenclara, por Reales Orden y Cédula de 2 de agosto de 1744, la gracia de poder otorgar treinta y dos Reales títulos de mercedes y grados y, habiendo empezado a comunicar la noticia de la facultad que S. M. le había otorgado, observó tibieza y poca incli-

61 Id. de id. id. Leg. 509. Fuenclara al Rey. México, 25 noviembre 1744.

62 Id. de id. id. id. Del mismo al mismo. México, 22 agosto 1743.

63 Id. de id. id. Leg. 509. Fuenclara al Rey. México, 31 mayo 1744.

nación a recibir dichos honores, lo que le extrañaba, pues había advertido lo que se pagaban muchas personas de hábitos y pompas.<sup>64</sup>

Habíase encargado a la Audiencia Gobernadora, por orden de Campillo de 28 de octubre de 1742, que diese cuenta, de dos en dos meses, de las noticias del Reino de Nueva España, y esta orden fué ejecutada por Fuenclara, quien resolvió que, si no había embarcación de aviso, se concedería permiso, al que lo pidiera, para conducir frutos, pagando los derechos correspondientes, permitiéndose embarcar pasajeros en estos buques-correos eventuales, si bien con la condición de que ni pasajeros ni bajel trajeran a México plata ni oro acuñado ni en pasta, pues se decomisaría, castigando a los transgresores.<sup>65</sup>

Al llegar Fuenclara a México era Correo Mayor don Pedro Jiménez de los Cobos, que renunció el cargo en su hijo don Pedro Jiménez de los Cobos y Flores (1 de abril de 1745), y, según el uso, tasóse el oficio de Correo Mayor el 17 de Julio del mismo año, alcanzando la suma de 54.000 pesos.<sup>66</sup> El cargo de Correo Mayor de la ciudad de Puebla lo ejercía, en 1744, don Juan Ladrón de Guevara.<sup>67</sup>

Atribuíase al cargo de Correo Mayor de México extraordinaria actividad y tenía su residencia oficial en un departamento del palacio del Empedradillo.<sup>68</sup>

---

64 Id. de id. id. Leg. 1.505. Fuenclara a Ensenada. México, 25 noviembre 1744.

65 Id. de id. id. id. Fuenclara a Campillo. México, 20 marzo 1743.

66 Alcázar, Cayetano: *Historia del Correo en América*, págs. 115 y 116.

67 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.338. Testimonio de la averiguación hecha por Valcárcel sobre el tumulto de Puebla, fol. 67.

68 Rivera Cambas, M.: *México Pintoresco, Artístico y Monumental*, I, pág. VI.





## X

### LA HACIENDA

Con manifiesta injusticia, el mismo historiador que tan airadamente ataca al Conde de Fuenclara en el asunto Boturini, dice de él que se ocupó “de toda preferencia en procurar recursos para enviar a la Corte”;<sup>1</sup> afortunadamente en esto no le hace coro ningún otro.

En la Hacienda, como en todos los ramos de la Administración y en todo cuanto hizo durante su vida oficial, don Pedro Cebrián obró de acuerdo con lo que se le ordenó, actuando con la discreción y el talento de siempre.

La Instrucción de 31 de enero de 1742, dada a Fuenclara cuando se le notificó su nombramiento para el gobierno de Nueva España, recomendábale, “con particularidad”, la administración de la Real Hacienda, advirtiéndole que se guiara para ello, especialmente, de la Ley Quincuagésima, Título 3.º, del Libro 3.º, “procurando su aumento, y que se cobre y administre con especial diligencia y mucha claridad”. Debía, para ello, vigilar constantemente sobre los Oficiales Reales, a cuyo cargo estaba la administración de la Hacienda, obligándoles a que asistieran a la Caja, al despacho y a la cobranza de ella y no permitiendo que se ausentaran sin su licencia ni vinieran a España sin la del Rey, porque así se remediaría el descuido que hasta entonces había habido en el ramo. Igualmente debía obligarles a presentar las cuentas todos los años y a llevar los libros reglamentarios, anotando en ellos las partidas correspondientes, encargando a una persona de su confianza

---

<sup>1</sup> Riva Palacio: *México a través de los siglos*, II, pág. 790.

que reconociera, después de haber él reconocido las Cajas de la capital, las de las demás del Virreinato, y, si se encontraba la falta en ellas de los dichos libros o que no se llevaban en debida forma, debería precisarlos a ello, bajo las penas prevenidas por las leyes, agravándolas en caso necesario.

“Para su mejor inspección —añadía— convendrá baxéis con algún Contador del Tribunal y otro Ministro, dos o tres vezes al mes, y cuando menos se piense por los Oficiales Reales, a la Caxa, y reconocáis si tienen los libros expresados y demás que se especifican en las Leyes, y en la forma que en ellas se dispone; y hallando que, cotejados y confrontados, no corresponden y tienen algún defecto, pasaréis a providenciar lo queuviéreis por conveniente a su remedio...”<sup>2</sup>

Encargábale que pusiera “el mayor estudio y cuidado” en que se rindieran cuentas por los Oficiales Reales, ya que la demora que se les consentía en ello y en cobrar los alcances, redundaba en perjuicio de la Real Hacienda, que se hallaba “notablemente enflaquecida y con atrasos de gran consideración, pendientes en los Tribunales de Cuentas”; obligaría a rendir cuentas de todos los atrasos, dejándoles de pagar el último tercio de su salario anual y a los Contadores el que les correspondiera, mientras unos y otros probaran que habían presentado sus cuentas juradas dentro del tiempo prefijado. Si alegaban documentalmente que no habían podido cobrar todo lo correspondiente a aquel año, les daría un plazo breve para que pudieran hacer la recaudación, y, si pasado el plazo, no lo hubieren cumplido “ni presentaren recados lexítimos de aver hecho las diligencias correspondientes y necesarias para su cobranza”, les apremiaría con todo rigor hasta que abonaran lo adeudado, sin oírles en justicia.<sup>3</sup> Especialmente se recomendaba al Virrey que tuviera particular cuidado con los Oficiales Reales, por ser los que “por su negligencia o malicia” podían causar más daño a la Hacienda, como administradores “por menor”, que eran de ella, pero evitando enviar Visitador formal contra ellos, pues esto originaba gastos superfluos y perjudiciales”.<sup>4</sup>

Conviniendo a la mejor administración de la Hacienda que el Rey supiera puntualmente lo que habían valido los diezmos de las pla-

2 A. gen. de Indias. México. Leg. 515. Instrucción para el Virrey ... de la Nueva España. Buen Retiro, 31 enero 1742, fols. 105 a 109 v.º

3 Id. de id. id. id. La misma Instrucción, fols. 109 v.º a 114.

4 Id. de id. id. id. Dicha Instrucción, fols. 114 a 120.

tas, que habían producido las minas, tributos, almojarifazgos, alcabalas, novenos, oficios vendidos y renunciados, penas de Cámara y la demás hacienda, de la que el Virrey era administrador y superintendente, se debería remitir anualmente a S. M. cuenta de cómo se había distribuido y lo que se había enviado en cada flota. Debía el Virrey presidir el Tribunal de Cuentas de México por lo menos dos o tres veces cada mes, para enterarse de si se procedía en él conforme a las leyes, y mandaría al Portero del Tribunal que le llevara todos los meses el libro en que hubiera anotado los días en que los Contadores hubiesen faltado o llegado tarde, para poner el necesario remedio.<sup>5</sup>

Que las comisiones de obras, reparos y otros efectos de Hacienda deberían pasar por mano de los Oficiales Reales; las ventas de cosas de la misma se harían en almoneda, ajustándose en los mayores precios que se pudiera, lo mismo que los arrendamientos de Rentas Reales y Abastos del Reino. Vendería los oficios con las condiciones ordinarias, admitiendo las renunciaciones de ellos cuando se hicieran en personas hábiles y suficientes.<sup>6</sup>

En la Instrucción reservada se le advertía que, como seguramente los grandes gastos de la guerra excederían a los productos del Reino de Nueva España, se le autorizaba a usar de las facultades concedidas al Virrey en Despacho de 10 de diciembre de 1739 "que ahora revalido en vos, y quiero que no haya ramo de los de mi R. Hacienda remisible ni por privilegiado que sea de que no os podáis valer, como también de los caudales de Cruzada, con tal de que los destinéis a las urgencias de la Guerra, o embiarlos a estos Reynos para que sirvan de alivio a los gravámenes y estrecheces que experimenta mi Rl. Erario; cuya obligación e importancia os encargo que tengáis muy presente para desempeñarla en quanto fuere posible..." Agregábase que, en quanto el Conde estuviera bien instruido de los daños y opresión que sufrían los vasallos por causa del interés y descuido de los Ministros de Hacienda, se aplicara a remediarlos, lo mismo que el atraso en que se hallaba el cobro de rentas, procurando, con prudencia y actividad, que éstas fueran bien administradas.<sup>7</sup>

Apenas se había pasado un mes de la toma de posesión, cuando ya

5 Id. de id. id. id. Dicha Instrucción, fols. 120 a 123 v.º

6 Id. de id. id. id. Dicha Instrucción, fols. 124 a 132.

7 Id. de id. id. Leg. 1.505. Instrucción reservada que S. M. dió al Conde de Fuenclara. Aranjuez, 23 de abril de 1742. Capítulos 4.º y 5.º



el Virrey hizo una primera remisión de fondos a las islas Filipinas, Marianas y limosnas para sus misiones, que subió a más de 800.000 pesos: era el situado que les correspondía y que salió, en el patache "Nuestra Señora del Pilar", de Acapulco, el 7 de diciembre de 142.<sup>8</sup>

El 1.º de marzo de 1743 informó de los caudales que enviaba a La Habana con la fragata "La Vizarra". A la vez, informaba que, cuando tomó posesión del mando, sólo encontró en las Cajas Reales 326.703 pesos para invertir; dos meses después recibió cartas de los gobernadores de Cuba y Florida, del Teniente General don Rodrigo de Torres y del Intendente don Andrés Ximénez de Carrega, expresando los atrasos en que se hallaban los presidios de su cargo y la escuadra, así como la necesidad de ser socorridos abundantemente "porque, de otra manera, no podrían subsistir y se seguirían dañosas consecuencias". Remedió Fuenclara esa necesidad, enviándoles algunas pagas, y discutió la forma de enviar a los presidios de Barlovento un año de situado, del que se les debían tres. Para ello, pidió al Consulado y al Comercio un préstamo de millón y medio de pesos, pero le representaron que carecían de dinero a causa de no llegar flotas desde el principio de la guerra y "el quebranto notorio que sufría el Comercio, por sus efectos, le constituía en la quasi imposibilidad de poder concurrir al apronto de la summa que solicitaua, mayormente quando hauía contribuido, poco tiempo ha, con el donativo voluntario de cien mil pesos para las urgencias presentes", y no obstante estas y otras objeciones que le hicieron, el Conde superó todo, con maña y actividad, y logró lo que deseaba. El Consulado entregó, en nombre del Comercio, 1.200.000 pesos; el Virrey le señaló, para su reintegro, la renta anual de las Alcabalas que tenía arrendadas "haciéndose estimable este préstamo —escribía Fuenclara— no sólo por lo que se interesa el Rl. seruicio, sino porque me consta que ha tomado la maior parte al premio o relicto de cinco por ciento, que habrá de pagar asta que se desempeñe y merece esta demostraz<sup>on</sup>. de su fidelidad y celo, que se le agradezca y manifiesta la aceptación q. ha debido a S. M.". Con dicha cantidad, otras que pudo recoger el Virrey de las Cajas de fuera y 100.000 pesos más que adelantó el Conde de San Pedro del Alamo, hecho entonces mariscal de campo, se pudieron sufragar los gastos de atención más urgente

8 Id. de id. id. Leg. 1.336. Duplicados del Virrey. Fuenclara al Rey. México, 30 enero 1743.



a los presidios y a la escuadra, que subieron a 2.189.139 pesos y que se enviaron en varias veces a Veracruz.<sup>9</sup>

Pero aun había una considerable falta de dinero para cubrir todos los gastos de la administración, siendo las dificultades tanto mayores cuanto que la guerra que España sostenía contra María Teresa de Austria y sus aliados exigía grandes desembolsos, que no podía hacer sin la ayuda de las colonias, de donde, para sacar algún dinero, eran necesarias muchas precauciones.<sup>10</sup>

La Hacienda, en el Reino de Nueva España, producía anualmente, con sus tributos, antes de la guerra, en total, 3.383.978 pesos y 6 tomines (nombre que se daba a los reales sencillos en algunas partes de América) y los gastos ascendían a 5.812.029 pesos. Con este exceso de gastos no se podía continuar, pero no se vislumbraba el remedio, porque el ramo de tributos tenía muchos descubiertos y atrasos y el Virrey pensó en poner en ejecución los medios de cobro que le permitían las facultades dadas por el Rey. Pero no lo hizo porque los funcionarios encargados de ello le hicieron comprender que esos procedimientos sólo servirían para que se hiciera en peores condiciones la cobranza. El mal estado de la Hacienda provenía de antiguos descuidos en el cobro de los tributos y de la exención de ellos que se había otorgado por el Real Acuerdo con motivo de la última epidemia general, mandando a los Alcaldes Mayores que no cobrasen los tributos por tasas de sus jurisdicciones por faltar muchos de los tributarios. Al notificar el Virrey esto a S. M. decía que esperaba tener mejor coyuntura para cobrar.<sup>11</sup>

A fines de 1742 se remató, por siete años, el estanco de la nieve en 15.522 pesos. Este estanco rentaba, sólo en México, 15.000, o sea la mayor parte. La plaza de gallos, por nueve años, se pujó en 20.000.<sup>12</sup> Además de estos monopolios, el Rey poseía, en México, como en España, los de correos, tabaco, papel timbrado, naipes y pólvora.<sup>13</sup>

Hallábase el mar tan lleno de escuadras enemigas, a causa de la enconada lucha con Inglaterra, aliada de la Reina de Hungría, que los españoles no podían hacer la carrera de las Indias. Este fué el motivo

9 Id. de id. id. id., doc. 21. Fuenclara al Rey. México, 1 marzo 1743. Rivera, M.: *Los gobernantes de México*, I, pág. 358.

10 Rivera, M.: Ob. cit., I, pág. 358.

11 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.336. Fuenclara al Rey. México, 14 marzo 1743.

12 Cavo: Ob. cit., año 1742, pág. 135.

13 Desdevises: *Les Institutions...* en Rev. Hisp., LXX, pág. 306.

por el que subió tanto en Nueva España el precio de todos los géneros de Europa. Los obispos, para contener en parte la codicia de los mercaderes, que se valen de las calamidades públicas para hacer fortuna, dispusieron que, en los monumentos, en que había gran lujo, pues sólo en el de la Catedral de México se ponían cuarenta arrobas de cera del Norte, que se mudaban, únicamente se pudieron doce velas; lo mismo se debía hacer en la exposición del Santísimo Sacramento llamada de las cuarenta horas, disposición muy discreta que se ejecutó siempre que había guerra.<sup>14</sup>

El 4 de noviembre de 1739 había decretado el Arzobispo Virrey que el Tesoro de Penas de Cámara certificase y diese razón "con toda individualidad" de las cantidades de ese ramo que habían entrado en la Real Caja desde que entró a ejercer su oficio. El Tesorero Receptor de Penas de Cámara, Estrados y Gastos de Justicia de la Audiencia de México, don Nicolás Penagos, en vez de cumplir con lo que se le pedía, renunció su oficio en don Benito Gómez de Ibarburu, pero el expediente iniciado se continuó y el Fiscal respondió difusamente a la petición de informe del Virrey el 14 de diciembre del mismo año. El Duque de la Conquista solicitó nuevo informe, que se le dió en 30 de enero de 1741. El Rey confirmó la renuncia de Penagos en Gómez de Ibarburu, mandó que se remitiera informe de los sueldos y cargas a que estaban sujetas las penas de Cámara y dispuso que, entre tanto y hasta que él tomara la providencia conveniente, se suspendiera "todo género de propinas por qualquier motivo que sea por ser así mi voluntad" (San Ildefonso, 23 agosto 1741). La Audiencia gobernadora pidió nueva consulta fiscal, pero no resolvió nada, dejándolo para que lo hiciera el Virrey que iba a llegar. Como es natural, hubo también éste de informarse (15 de noviembre) y el Fiscal lo hizo el 4 de diciembre de 1742. Expuso que estaba pendiente el cumplimiento y efecto de lo determinado para que cesara la confusión de ramos que, con el pretexto de no haber caudal suficiente de penas de cámara para sus propias consignaciones se había ocasionado, supliéndose a este ramo de los otros lo necesario para dicho efecto y que lo que correspondía era que Su Excelencia mandara hacer las notificaciones a los Ministros del Tribunal de Cuentas don Juan Crisóstomo de Barroeta, don Isidro Nicolás Pardo, don José Manuel de Avendaño

---

<sup>14</sup> Cavo: Ob. cit., 1743, pág. 136.

y don Tomás Rodríguez y, evacuadas las diligencias, se devolvieran los autos a dicho Tribunal (4 de diciembre 1742). Acordáronse diversas providencias para acabar con la confusión de los ramos de Penas de Cámara, Gastos de Estrados y de Justicia, y que a cada uno se le diese su legítima aplicación. Esto motivó la suspensión de los libramientos de sus salarios a Relatores y Agentes Fiscales porque tenían su consignación en Penas de Cámara y hasta entonces se les había pagado en la Real Hacienda; dióseles motivo para recurrir ante la Audiencia para que se les pagara por la Hacienda, como se hacía desde muchos años. El Fiscal dió su parecer (5 marzo 1743) diciendo que, para el cumplimiento de la Real Cédula de 1741, debía el Virrey mandar pasar testimonio de ella a la Audiencia y a la Sala del Crimen y que el Tribunal de Cuentas pusiera razón "por lo que de sus libros constase con la distinzi3n y claridad que manda S. M. sobre sueldos". El Virrey dispuso que todo pasase a consulta del Asesor General, Dr. Andreu, el cual opinó que se procediera según aconsejaba el Fiscal y así lo decretó Su Excelencia (27 agosto 1743). Con ocasi3n de otro expediente, que se formó posteriormente a instancia del Tesorero Ibarburu en 1745 ante el Virrey, para que se le bonificasen las décimas de los ramos de Estrados y Justicia, de igual modo que las estaba percibiendo el de Penas de Cámara, se mandó, por decreto de Fuenclara (17 de agosto de 1745), conformándose con el parecer del Asesor General de fecha 14 del mismo mes y año, que se amuculase la dicha Real Cédula con el expediente de que se trataba y que se le hiciesen las diligencias correspondientes y no se dejara de notar la cantidad de pesos que la Real Hacienda hubiese suplido al ramo de Penas de Cámara, informándose de todo a S. M.<sup>15</sup>

El 19 de enero de 1743 pasó el Conde de Fuenclara a visitar la Casa de la Moneda de México. La visita se realizó por la tarde, entrando primero en la capilla. De aquí pasó a la sala de Libranza, en la que había dos *rendiciones*, la una de 457 marcos de oro, y la otra, de 20.000 marcos de plata, en toda especie de monedas, de las que cogió el Virrey varias de ambos metales, para reconocer su figura y estampa, lo que hizo atentamente, aprobándolas. En seguida mandó que se hiciesen diversas levadas, y se pesasen, de una en una, diferentes monedas de

---

<sup>15</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 1.346. Testimonio de los autos sobre las cuentas y relación jurada que presentó Gómez de Ibarburu. 1742-1746.



todas clases, lo que practicó el Juez de Balanza, comprobando que estaban arregladas al permiso y en la proporción prevenida por la Ordenanza y Real Cédula de 17 de agosto de 1736. Luego entró en la pieza del Tesoro, donde se le demostró el caudal amonedado y el oro y la plata en pasta, que era en total 797.000 pesos. A continuación visitó las demás dependencias, que se ejercitaban todas en sus propias operaciones, observando, en cada una, su particular maniobra, e informándose del Superintendente de la Casa,<sup>16</sup> don Gabriel Fernández Molinillo,<sup>17</sup> y de los altos funcionarios que le acompañaban, de lo que le pareció conveniente para su inteligencia y mostrándose satisfecho de la magnífica instalación de la Casa en su conjunto y en sus partes.<sup>18</sup> Habíanle hablado muy bien, antes de su visita, de la fábrica de la Moneda y del orden que reinaba en ella y escribía al Rey en los términos siguientes:

“... Reconocí que verdaderamente la fábrica material es sumptuosa y admirable, no sólo en lo exterior, sino en lo repartido de proporcionadas y capaces oficinas, donde corren con expedición todas las distintas operaciones que siguen la plata y el oro en pasta desde su primera fundición hasta que llega perfectamente a acuñarse y hacerse libranza a fin de que la disfrute y use el público...”.

Después de referir las operaciones de que se habla arriba, seguía elogiando la Casa de la Moneda de esta manera: “...No puede dejar de reputarse esta casa por excedente en el valor y estimación a todas las demás juntas de Europa y América, por lo que mira a lo que labra de plata, pues, desde su erección o moderno establecimiento de las nuevas labores se han amonedado en ella cada año, o uno con otros diez millones de pesos, porque en el de 36 excedió de 11 millones como se habrá dado cuenta a V. M. sin que para tan considerable suma se haya juzgado por necesario el aumento de más instrumentos, pues antes bien con los que existen se hubieran podido evacuar mayores can-

<sup>16</sup> Ocupó el cargo de 16 de julio de 1739 a 27 de julio de 1751. Alamán, L.: *Hist. de México*, I, Apéndice documental, pág. 15, doc. núm. 4.

<sup>17</sup> Era Caballero de Santiago y Coronel de Caballería; había sido Capitán de la Caballería de la Guardia y Consejero de Hacienda. Gaceta de México, en “Bibl. mex.”, de León, II, pág. 848. Nació en Brunete, como su hermano don Francisco, y murió en México el 6 de abril de 1760. Martínez Cossío: *Los caballeros de las Ordenes Militares en México*, págs. 102 y 103.

<sup>18</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 509. Don Gabriel Fernández Molinillo al Rey, México, 9 febrero 1743.



tidades, si el curso de la plata hubiese sido más excesivo para reducirse a moneda... Esta finca y renta es de los maiores que tiene V. M. en estos Dominios... Este tan estimable thesoro será permanente como se le conserven los fondos (que) necesita para la compra de los metales, requiriéndose, a lo menos, millón y medio efectivo en Moneda para que no experimenten acaso los vendedores, porque se hace la consideración de que no todo su importe puede existir en pesos, sino separado en quatro partes, vna en moneda para la compra y pronta paga de las varras; otra, que de continuo está en el Apartado para separarse, pr. ser mezcladas con oro y plata. Otra en las operaciones de fundición y afinación, y la vltima, que es regularmente la más quantiosa, en las ofizinas del fiel de moneda para su reducción a ella, y en estas quatro divisiones o repartimientos siempre se halla vna porción pequeña que se reputa por muerta o inútil, y es la de escobillas o trras. de la qual quando se opera resulta mucha parte perdida...". Acababa diciendo que la organización de la Casa de la Moneda no parecía poder mejorarse, que el Superintendente, el Contador Tesorero y sus subordinados se esmeraban en el trabajo "con especial integridad, aplicación y zelo"; que había salido de la visita "con singular satisfacción" y que procuraría "atender y vigilar sobre esta tan grande obra con el empeño que pide su importancia".<sup>19</sup>

Para el recibimiento y obsequio del Virrey y de su comitiva, según costumbre antigua, había solicitado el Superintendente un crédito de 2.000 pesos, que se convirtieron en monedas nuevas de oro y plata para ofrecerlas y repartirlas, como muestras, al Conde de Fuenc Lara y a sus familiares, en cantidad de 1.672 pesos; luego, el ilustre visitante, con su comitiva, en la que iban los Ministros de la Real Casa y muchos caballeros de la primera distinción de la capital, pasó a la Superintendencia, donde fué obsequiado con un refresco y un concierto musical, presentándosele una fuente de plata con dulces y dentro un azafate con toda clase de monedas de oro y plata, de las más nuevas y recientemente acuñadas, que componían en total cien doblones y que se distribuyeron, por el Superintendente, entre los familiares del Virrey, comitiva y guardias, según uso en semejantes primeras visitas de los Virreyes, como representantes de la Real Persona.<sup>20</sup>

19 Id. de id. id. id. Fuenc Lara al Rey. México, 22 abril 1743.

20 Id. de id. id. id. Don Gabriel Fernández Molinillo al Rey. México, 12 febrero 1743.

Por las alhajas de plata y oro se pagaba el 3 % en el oro, 1 % y diezmo en la plata y “un real de cada marco de señoreage por derecho de amonedación” desde 1578, y, bajo el gobierno de Fuenclara, se hicieron (1746) ordenanzas sobre ello.<sup>21</sup>

Al principio de la guerra a que varias veces he aludido, se había expedido un despacho (Buen Retiro, 6 de diciembre de 1739) dando facultad al Virrey para que, sin embargo de las leyes cédulas y órdenes prohibitivas, se valiese de toda clase de caudales, especificando que también podría disponer de los de la Casa de la Moneda para atender a la defensa de todo el Reino, incautándose del dinero que fuere menester “con advertencia de que siempre ha de quedar y permanecer en la Casa de la Moneda un millón efectibo para atender a las obligaciones que en sí tiene”.<sup>22</sup> Por la Instrucción secreta dada a Fuenclara el 23 de abril de 1742 se le amplió la facultad, no sólo a que aplicara los fondos que se citaban en el despacho dicho de 1739, sino también el producto de Cruzada. Teniendo en cuenta todo esto, y la imposibilidad en que se encontraba de atender a los gastos que causaba indispensablemente la guerra, dentro y fuera del Reino, Fuenclara escribió a Campillo que le era inexcusable echar mano de los caudales que “no ocasionaren falta en la Casa de la Moneda, como de todos los demás ramos privilegiados y remisibles, porque, aun no alcanzando su valor en mucho a cubrir y desempeñar los grauímenes que se han puesto sobre este Herario, si se exceptuase alguno, quedarían abandonadas e indefensas las partes más esenciales que deben conservarse para frustrar las operaciones de Yngleses...”. La Audiencia Gobernadora había procedido “con inconsideración y demasiada prontitud” al mandar pagar 216.000 pesos al Apoderado de la Compañía de Caracas, librándolos en los efectos de la Casa de la Moneda, porque lo que excedía de éstos al millón que había de emplearse en su propio manejo y administración, estaba asignado ahora a la defensa del Reino, asistencia de las escuadras, guarniciones, plazas y provincias del mismo, y no a otro objeto.<sup>23</sup>

A la carta en que Fuenclara comunicaba esto, con atinadísimas razones, el Marqués de la Ensenada contestó previniéndole que “las facultades concedidas en el Despacho e Instrucción, que cita, para

21 Maniau: *Compendio de la Historia de la Real Hacienda de Nueva España*, pág. 21.

22 A. gen. de Indias. Escribanía de Cámara. Leg. 245. Cuad. 6.º de la Residencia de Fuenclara, fol. 8 v.º

23 Id. de id. id. Leg. 1.505. Fuenclara a Campillo. México, 28 febrero 1743.

valerse de los caudales de Real Hazda., Casa de Moneda y Cruzada, sólo se entienden en casos de extrema necesidad, y de no haver en lo humano otro recurso; pero que, no teniéndose por tales los de crecidísimos gastos, hechos sin fundamento espera S. M. vna total enmienda".<sup>24</sup>

Las últimas frases son de una injusticia y una falta de verdad irritante y debieron producir en el Conde el efecto de una copiosa ducha helada, haciéndole comprender que había desaparecido el hombre bueno que le apoyaba y que su sucesor sería para él incomprensivo y enemigo. ¿Dónde estaba la clarividencia de Ensenada? ¡Si los ingleses hubieran conocido esta correspondencia, cuán fácil les habría sido apoderarse de dominios españoles!

Y esto se hacía después de recibida su carta del 14 de marzo de 1743, en que Fuenc Lara manifestaba el estado en que había encontrado la Hacienda y su bonísima voluntad de mejorarla y de remitir fondos a la metrópoli. Inmediatamente que llegó a México, para formarse juicio de la Real Hacienda y de lo que "podría cubrir su producto", ordenó a los Oficiales Reales de las Cajas de México que le diesen certificaciones de lo que importaban rentas y gastos, las cuales remitió con su carta. Los gravámenes de la Hacienda habían aumentado con la guerra y faltaban fondos para sostenerlos; era muy difícil el continuar con ellos y el ramo de tributos estaba muy mal, por lo cual y por lo que le ordenaba la Real Cédula de 23 de mayo de 1742, el Virrey habría tomado vigorosas providencias, pero no lo hizo por haberle asegurado personas experimentadas que sería peor el remedio que la enfermedad. No obstante se valió de los medios que le parecieron mejores y logró favorables efectos con ellos, por lo que seguía empleándolos hasta coyuntura más oportuna, para sacar a la Hacienda de "la obscuridad y quebranto" que hasta entonces había padecido. "Esta noticia o razón que, en cumplimiento de mi obligación, doy a V. M. —escribía, refiriéndose a las certificaciones que adjuntaba con su carta— es para manifestar quan alcanzado y débil he encontrado este Herario, y la poca o ninguna extensión que da, no sólo para cumplir las considerables cargas que se le han puesto, sino para poder hacer alguna remisión a España, pues así por satisfacer los impulsos de mi zelo, y amor al servicio de V. M., como por lograr la fortuna de ali-

24 Id. de id. id. id. Ensenada a Fuenc Lara. San Ildefonso, 6 septiembre 1743.



gerar el grande peso de los maiores y más arduos empeños que ha conocido la Monarquía muchos tiempos ha, quisiera contribuir de aquí a esta felicidad, como lo han executado algunos de mis antecesores que, libres de los embarazos de la constitución actual, pudieron, sin las dificultades invencibles de oy enuiar socorros oportunos...".<sup>25</sup>

En carta de 4 de noviembre de 1743 expresó nuevamente y repitió la falta de medios a que estaba reducido el erario del Reino de Nueva España y la dificultad de sostener, en adelante, los gastos que estaban apoyados en él, y que haría todos los esfuerzos y diligencia posibles para atender a los más urgentes, aunque convenía que se le dijera si sería del agrado de S. M. que ofreciera y pagara el interés regular a los que hicieren anticipos.<sup>26</sup>

Un despacho de 24 de mayo de 1740 había ordenado que los gastos de provisiones que se hicieran por Factoría se practicasen con arreglo a las leyes. La Audiencia formó los autos correspondientes y de ellos resultó que el Factor de las Cajas Reales hizo presente, con "algunas graves reflexiones", que eran impracticables las compras en la forma que estaba dispuesto. El informe fiscal expuso que las treinta y tres Ordenanzas formadas por el Oidor don González Suárez de San Martín (20 de octubre de 1675), aprobadas por Real Cédula de 8 de marzo de 1678, se observaban en las provisiones anuales de Filipinas, pero era sumamente difícil atenerse a ellas en las que debían facilitarse con la brevedad que pedían las urgencias, porque, si para hacerlas con arreglo a dichas Ordenanzas, se celebrasen las almonedas para convocar postores, se perdería el tiempo y la ocasión y serían inútiles las compras, porque, no pudiendo llegar en el momento que pidiese remedio la necesidad, todo quedaría frustrado, y que, para no sufrir los inconvenientes que de ahí podían provenir, era inexcusable que el Factor corriese con las compras y provisiones, dispensando de las solemnidades prescritas, para evitar la pérdida de los géneros. La Audiencia dió al Virrey su dictamen de que se suspendiera el efecto del citado despacho hasta que se diese cuenta a S. M., como lo hizo, para que el Rey determinara lo más conveniente.<sup>27</sup>

---

25 Id. de id. id. Leg. 508. Fuenclara al Rey. México, 14 octubre 1743.

26 Id. de id. id. Leg. 1.505. Fuen clara a Ensenada. México, 4 noviembre 1743.

27 Id. de id. id. id. Fuenclara al Rey. México, 5 de julio de 1743 y testimonio adjunto.



Otra Real Cédula, de fecha 8 de diciembre de 1741, hubo de complementar el Conde: se ordenaba en ella al Virrey que informara si, de continuarse las fianzas que tenía dadas el Fundidor de la Real Casa de la Moneda de México, se seguirían algunos perjuicios y cuáles serían éstos. El Conde remitió la Real Cédula al Superintendente de la Casa de la Moneda para que diera su informe; éste lo pidió al Contador, al Tesorero y al Fiel de Moneda, que se lo dieron. Fundado en ellos y en el conocimiento y práctica que tenía de la cuestión económica de la Casa de la Moneda y de los empleados mayores y menores de ella, don Gabriel Fernández Molinillo hizo el suyo, en el que trató de cuanto pasó al proveerse el empleo de Fundidor, exigiendo, para ello, la fianza de 30.000 pesos, indistintamente, por haberse considerado que era requisito necesario al seguro y a la indemnización de la Hacienda. El Fundidor se avino a la fianza y, después de haber ingresado ésta, pidió las declaraciones que le parecieron e hizo al Rey un recurso. Tanto el Superintendente como los demás funcionarios de la Casa de la Moneda eran de parecer que el Fundidor presentara siempre fianza, por las gruesas cantidades que entraban en su poder. Del mismo dictamen eran el Contador Tesorero y el Fiel de la Moneda, añadiendo éste que "un empleo en quien se confían considerables intereses de V. M. debe estar sugeto a este seguro, y que nunca fuera conveniente q. recaiese en persona por sola la circunstancia de la pericia e inteligencia necesaria, porque, a más de esta calidad, son inexcusables la de su fidelidad, y que haya manejado Hacienda Rl. y dado prueuas de su desempeño como succede en él...". El Virrey adjuntó a la carta en que notificaba todo esto la representación del Fundidor solicitando se le rebajara la fianza, con cuya petición no estaba conforme el Conde, pues le parecía que esa cantidad exigida de 30.000 pesos era muy útil a la Hacienda, puesto que, así, las grandes cantidades de plata y oro que recibía el Fundidor tenían con qué indemnizarse en parte por las contingentes fallas que podían padecer, no por culpa ni malicia de él sino por descuido u otras causas imprevistas; aconsejaba, no obstante, aumentarle 500 pesos al sueldo.<sup>28</sup>

También acusó recibo Fuenc Lara de otra Real Cédula en que el Rey le ordenaba las diligencias secretas y el examen que debía mandar se hiciera sobre las cuatro condiciones en que se remató el último cabe-

<sup>28</sup> Id. de id. id. Leg. 509. Fuenc Lara al Rey. México 31 agosto 1743.

zón de Alcabalas al Consulado de México y para saber el verdadero valor de esta renta. Esta Real Cédula fué una de esas famosas disposiciones de las que, al llegar a América, se decía "se acata, pero no se cumple". Su fecha era de 30 de noviembre de 1742. El Virrey escribió a S. M. su intención de hacer la averiguación prudente y aduertidamente", como se le prevenía, cuando se acabara la guerra, porque "en situación tan delicada, podría causar graues inconveniente, agitar éste y otros asuntos semejantes, turbando e inquietando el ánimo del Comercio...". Este era el cuerpo más pronto en acudir en socorro de las necesidades públicas y urgentes del servicio del Rey, como lo había demostrado en diversas ocasiones, probando su fidelidad.<sup>29</sup>

El Duque de la Conquista había concedido prórroga de diez años del Asiento de la Pólvora, pero una Real Cédula de 9 de agosto de 1742 declaró pregonar nula esa prórroga y dispuso que saliese a subasta. Fuenclara hizo pregonar el Asiento, salieron varios postores y se adjudicó (o finalizó el remate, como se decía entonces) a don Domingo de Vértiz, por 61.550 pesos, a que, agregándose las mejoras que hizo, subió la renta anual a 65.143 pesos, 5 tomines y 11 granos. Antes de esta subasta, adjudicada por diez años, el Asiento de la Pólvora sólo daba una renta anual de 38.250 pesos y Vértiz era el mismo Asentista que la había tenido hasta entonces.<sup>30</sup>

En carta de 9 de abril de 1743 comunicó Triviño a Fuenclara que, por acuerdo del Consejo y Reales Despachos de 2 y 8 del mismo mes, se aprobaban los gastos que ocasionó la reducción de los indios sublevados de las Californias, y se le ordenaba proceder contra los culpables de los abusos y fraudes ocurridos en las Cajas de Veracruz. El Conde contestó que, en cuanto se concluyera la ejecución, daría cuenta de su resultado.<sup>31</sup>

El licor que se extrae del maguey en una gran región del país, ha sido, con el nombre de pulque, la bebida principal de México y una fuente considerable de ingresos para el erario.<sup>32</sup> Habiendo fallecido don Juan Esteban de Iturbide, Asentista del pulque blanco de la capital

29 Id. de id. id. Leg. 1337, doc. 5. El mismo al mismo. México 31 agosto 1743.

30 Id. de id. id. Leg. 1337. Fuenclara al Rey. México 1 septiembre 1743. Las condiciones de este asiento se imprimieron. Medina, J. T.: *La imprenta...*, IV, pág. 527.

31 Id. de id. id. id., doc. 10. Fuenclara a Triviño. México 15 octubre 1743.

32 Maniau, J.: *Compendio de la Historia de la Real Hacienda de Nueva España*, pág. 119, nota 18.

y de cinco leguas de su distrito, se convinieron los fiadores para administrar esa renta, abonando la elevada cantidad en que quedó descubierta, con el fin de ver si producía el manejo del Asiento bastante con que reembolsarse lo que habían fiado. Sucedió esto en 1734 y, estando para cumplirse los nueve años en que se hizo el remate, se renovó éste (5 de septiembre de 1743) en don Sebastián de Aziburu Arechaga en la cantidad de 128.500 pesos, adelantando, además, un año de renta. Fué ésta la mayor postura que se hizo y por el tiempo de nueve años. La renta tuvo de baja 7.500 pesos con respecto al asiento anterior: por ello el Virrey pensó en diferir la subasta hasta encontrar un postor que cubriese los 136.000 pesos del antecedente, pero no había esperanza de que saliese, porque si daba el arrendatario más cantidad tendría pérdida a causa de haber disminuído el número de indios debido a la gran epidemia, iniciada en 1736, que diezmó la población en 1737.<sup>33</sup> Además de esta pérdida de población tributaria, se presentó una especie de infección de las plantas del maguey o pita, de que se extraía el pulque, y había que esperar que salieran otras nuevas, que, para que rindieran el fruto sazonado, necesitaban seis años, porque, de lo contrario, despedían menos licor y de poca o ninguna sustancia. Por ello se producía menos pulque, de tal manera que, mientras antes tres plantas de maguey producían mucho licor, ahora se necesitaban diez y no había bastante para cantidad igual.<sup>34</sup>

La Real Cédula de 4 de julio de 1739, dispuso que se adoptaran las disposiciones convenientes para que no se obtuvieran goces duplicados, suspendiéndose por dos años el pago de pensiones y de sobresueldos. Eran varios los personajes y entidades que percibían ayudas de costa de la Real Caja, en virtud de merced regia. Así: el Duque de Atrisco gozaba de 3.500 ducados de renta anual sobre la Real Hacienda, interín se le situaban "en Indios vacos"; el Duque de Abrantes y de Linares, de renta y mayorazgo perpetuo, como descendiente de Moctezuma, en el producto de tributos, de 2.000 pesos de minas; el Conde de Moctezuma, también por vínculo y mayorazgo perpetuo, como descendiente del mismo Emperador, 3.000 pesos de minas y una

---

33 La epidemia del Matlasahuatl causó, sólo en la capital, 30.328 muertos, la mayor parte de ellos indios. Encargóse al Oidor don Pedro Malo del arreglo del asunto de la rebaja natural de la renta. A. gen. de Indias. México. Leg. 1337. Testimonio adjunto a la carta de Fuenclara de 15 de octubre de 1743.

34 A. gen. de Indias. México. Leg. 1337. Fuenclara al Rey. México 15 octubre 1743.

renta sobre la Real Hacienda de 2.000 pesos anuales, en virtud de merced vitalicia; las dos hijas del mismo Conde, por merced vitalicia de S. M., 1.500 ducados; el Marqués de Cerralbo, también como descendiente de Moctezuma, 500 pesos de minas; el Estado y Marquesado del Valle, 1.527 pesos anuales, en compensación de la Villa y Puerto de Tehuantepec, propiedad que había sido de dicho Estado, al que se le habían quitado para reincorporarlos a la Corona, además de 238 pesos, 6 tomines y tres granos por el valor del maíz en especie; el Duque de Bourbonville, 1.500 doblones de renta pereptua en el valor principal de los Reales Azogues, en virtud de merced; la Marquesa de los Balbases, 60.000 reales de vellón sobre los mismos azogues; el Príncipe de Masserano, 4.000 pesos sobre lo mismo, etc., etc.<sup>35</sup> Antes de llegar a México el Conde de Fuenclara, no se hizo más que asentar dicha Real Cédula, poniéndose su obediencia el 24 de junio de 1740, sin pasar testimonio al Fiscal; él hizo que se le pasase para obtener su parecer. Este fué que, por los Oficiales Reales se certificase lo que constara, en los oficios de su cargo, sobre el asunto de que se trataba y así lo hicieron; obedeciendo el Decreto del Virrey de 29 de noviembre de 1742. Vista la certificación, se mandó pasar el expediente al Tribunal de Cuentas y al Superintendente de la Casa de la Moneda para que informasen a su vez, y estos informes se llevaron, con lo demás, al Fiscal, para que aconsejase las providencias más oportunas, como lo verificó en 9 de mayo de 1743. El Virrey, queriendo tener más motivos de información, lo remitió al Asesor General, que se conformó con el dictamen fiscal. Nuevamente quiso el Virrey que vieran los autos los Oficiales Reales para tomar una última determinación, y de ellos, en fin, al Oidor Administrador de los Reales Azogues, que emitió su parecer el 2 de septiembre de 1743. Sólo entonces, a la vista de todo lo sustanciado, el Conde Virrey resolvió suspender todos los goces duplicados por espacio de dos años, como disponía la citada Real Cédula, empezándose a contar ese bienio el 1.º de septiembre de 1744.<sup>36</sup>

Consta de los libros de la Casa de la Moneda, que, en este año, se acuñaron en plata 8.112.000 pesos, con tanta ganancia para el erario,

---

<sup>35</sup> Id. de id. id. id. Testimonio adjunto a la carta de Fuenclara de 20 octubre 1743, folios 4 a 10.

<sup>36</sup> Id. de id. id. Fuenclara al Rey. México 20 octubre 1743.



que, pagados los "exorbitantes sueldos de los empleados de aquella oficina", quedaban libres anualmente de 355 a 356.000 pesos.<sup>37</sup>

Desde 1657 se venía pidiendo la rendición de cuentas del Pósito de Maíz y no se podía conseguir en todo ni en parte que la ciudad de México cumpliera con ello. Fuenclara lo intentó, como lo habían intentado varios de sus predecesores en el Virreinato, con repetidas providencias: 14 de diciembre de 1742, 1.º de marzo de 1743 y 7 de octubre del mismo año, dando diversos plazos a los morosos. El Cabildo mejicano comisionó al Regidor don Felipe Cayetano de Medina y Sarabia y a don José Francisco de Aguirre y Espinosa para que rindieran esas cuentas. Medina y Aguirre pidieron al Virrey que se les entregaran las cuentas atrasadas para modelo de las que habían de presentar y, por consejo del Asesor, Fuenclara lo decretó así. Pero el Real Tribunal de Cuentas expuso respetuosamente al Virrey (30 de julio de 1743) que las cuentas no habían salido nunca de su recinto y únicamente, en caso necesario, se dejaba a los interesados que las consultasen sin sacarlas. Ante nueva consulta del Virrey, el Asesor aconsejó que pasaran a reconocer las cuentas los encargados de presentarlas. Así lo decretó el Conde de Fuenclara; pero, pese a su buena voluntad, las cuentas no se habían presentado aún cuando él cesó en su cargo en 1746.<sup>38</sup>

El año 1744 fué muy amargo para el Virrey por la mala situación de la Hacienda y porque la enemiga de Ensenada le causó grandes e inmerecidos disgustos, sin darse cuenta de que Fuenclara, más que ninguno de sus antecesores próximos y en peores condiciones que ellos, ya que nunca habían sido tan difíciles las comunicaciones con la metrópoli y las dependencias del Virreinato, atendía a los servicios todo lo posible y, además, remitía dinero a España, lo que nadie había hecho antes que él.

A la carta arbitraria e injusta del 6 de septiembre de 1743, citada más arriba, contestó Fuenclara, acusando, al mismo tiempo, recibo de las de 27 de septiembre y 3 de octubre del mismo año, en las que le decían era extraño que no hubiera enviado ningún caudal, sabiendo las

---

<sup>37</sup> Cavo: Ob. cit., Libro Undécimo, 1743, pág. 136; Villaseñor: *Teatro...*, parte I, libro I, cap. 6.

<sup>38</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 1344. Testimonio de los autos hechos sobre que el Cabildo de México dé testimonio de las personas a cuyo cargo da estado el Pósito de Maíz para pedirles cuenta que deben presentar, fols. 153 a 201.

urgencias que el Reino tenía, cuando él se fué de España, con motivo de la guerra. Decía así:

“...Y haciéndome cargo de quanto V. E. me expresa en las citadas tres cartas, no puedo ocultar el dolor que me causa se me hagan en ellas y otras las reconvenciones que no merezco, porque registrando lo que escribí en 28 de febrero y 1.º de marzo al Sr. Dn. Joseph del Campillo, no puedo aora con más verdad ni maiores documentos y eficacia prouar la summa flaqueza en que se halla este erario, y que por ella ha sido imposible hacer alguna remisión de Dinero a España de que se me culpa..., pues entonces manifesté el trauajo que hauía costado congregar caudales para socorrer la Esquadra de dn. Rodrigo de Torres, y enviar un año de situado entero a los Presidios de Barlovento... y lo mismo fuera hauer omitido esta diligencia que dejarlos en abandono y ponerlos a discreción de los Yngleses...”. Hablaba de las lamentables consecuencias que de ese abandono podrían ocasionarse, si faltaban los fondos enteramente por apartarlos de ese destino “no habiendo otros de que echar mano que los que asta aora han seruido a este fin...”, y continuaba diciendo: “Pero, dado caso que huviera hauido en las Cajas caudales sobrados para enviar a España, me es indispensable hacer presente a V. E. que no pueden los Virreyes practicarlo arbitrariamente, porque no sólo en tpo. de Guerra (en que es maior la contingencia) sino en el de paz no lo executan: de forma que en Flotas y Azogues, es quando hacen las remisiones de dinero perteneciente a Rl. Hacienda, para lo cual se les da expresa orn. y en las circunstancias actuales sería más culpable faltando ésta, porque prohibiéndose justamente maior extensión de Regos. de plata a las embarcaciones marchantes, siendo los ingresos sólo de particulares porque no se aprouechen los enemigos apresándolos: ¿quánto más sensible sería que en ellas, o en otras, tomasen caudales del Rey, y que los huviere auenturado el Virrey (aunque con buen zelo) contraviniendo a la prohibición o a la costumbre?

” A más de esta razón puedo decir a V. E. con la ingenuidad que devo, que, después de hauer reciuído los despachos e instrucciones que se me dieron para venir a este Rey.º y, reconociendo que no se me mandaua pralmente, enviar caudales a esos, ni en qué ocasiones, pasé a ver al Sr. dn. Joseph Del Campillo, y preguntándole lo que debía obseruar sobre este punto, ignorando la situación del Herario por acá, y con deseos de hacer remisión de caudales, me respondió que no lo permitiría

el estado en que se hallaua, y que no se haría poco en sostener y desempeñar las cargas y obligaciones que estauan apoyadas a él, cuio concepto parece mantuvo asta su muerte, porque no sé ha reciuido orn. que denote hauerle variado, teniendo este motivo más para que no se me atribuia a descuido el no hauer hecho remesas, sino a impedimtos. y dificultades insuperables, a que puede añadirse que, desde el principio de la Grra., creo que de ninga. parte de América se hayan hecho...”.

Decía luego 'que sus tres antecesores en el gobierno habían usado de los caudales de azogues y sobrantes de la Casa de la Moneda para la subsistencia de los presidios y de la escuadra, evitando el peligro de que cayeran en manos de los enemigos; que el mismo permiso se le había dado a él, en la Instrucción secreta de 23 de abril de 1742, para el caso de necesidad, lo que seguía subsistiendo, con la dificultad “de que no alcanzan las rentas a los socorros que se piden de cada uno y, al mismo tpo. se me manda no tocar los caudles. de Cruzada, Azogues y Casa de Moneda, sino que los remita a España. Y, no pudiendo cumplir entrambas obligaciones, espero q., en inteliga. de ello, se digne S. M. ordenarme lo que debo executar, pr. que si bien mi zelo quisiera satisfacerlas, y hará quanto caue en la maior actividad para atenderlo y procurarlo, puede ser que no alcancen las fuerzas a los deseos...”. Siempre que obligara la necesidad, echaría mano de esos caudales, ya fuera para situados o para remisiones a España, no olvidando pagar urgentemente a las guarniciones de San Juan de Ulúa y de Veracruz, así como a la Armada de Barlovento, a las que se debía dos años, no obstante haberles pagado él, desde su llegada, “aun más de lo que corresponde a lo que han deuengado”; en las guarniciones de tierra adentro usaba y usaría del arbitrio de que pudieran ir pasando “aunque todo tiene riesgo en estos Payses donde hay repetidos funestos exemplares de amotinarse la Tropa quando se dilata el satisfacerle sus sueldos con la desgracia de no hauer otra con que poderle castigar y contener”. Seguía diciendo que todo su cuidado era discurrir el modo de que los habitantes del país, por donativo o contribución, ayudaran a socorrer las grandes necesidades de España, si bien la cantidad de dos millones, de que le hablaba Ensenada en su carta, era “tan excesiva”, que sólo “al oírlo se espantarán, no obstante no quedará por diligencia, y daré quenta de lo que fuere ocurriendo”, buscando incluso la contribución del Estado Eclesiástico, aunque con poca esperanza

de que le ayudara el Arzobispo, porque sus achaques lo tenían postrado y porque se recordaba que, cuando se le mandó, siendo Virrey, que facilitase dos millones de pesos, como donativo, para la obra del Palacio Real de Madrid, no dió paso alguno.

“El Consulado y Comercio de este Reyo. —añadía— es el cuerpo en q. pudiera recaer la maior confianza para el apronto da alguna cantidad estimable; pero conozco, como inmediato a su vista, que está mui gastado de caudales, porque el año de 1742 hizo el seruo. de vn donativo gracioso de 100.000 ps. gobernando la Rl. Audiencia para las vrgencias de la Grra. y el de 1743, de que avisé en carta de 1.º de marzo del mismo año, adelantó 1.200.000 ps., señalándole para su pago la renta annual de Alcaualas de 280.000 ps. sin interés alguno, como parece de la certificación adjunta. Estos dos seruios han deteriorado al Comercio, porque, para la anticipación del 1.200.000 ps. buscaron dinero a rédito, y pagan, en cada un año, a las Obras Pías y personas que lo dieron 5 %, que llega, según tengo entendido, a 60.000 ps. anuales, en que ha acreditado su lealtad y, por esta razón, representé que conuenía se le manifestase la gratitud que devía al Rey la demostración, pues era apreciable, y comparada con la que ha hecho el Comercio de Cádiz, asta que yo salí de la Corte, es de maior importancia, porq. todo esto lo ha executado aquí éste sin premio alguno de intereses, y el de España hizo con ellos la anticipación de 1.400.000 ps., dándosele iguales fincas para su paga.

“Sin embargo de que todo lo que va expresado es para hacer patente, con realidad, las angustias y escaseces en que esto se halla (y de q. supco. a V. E. se sirua informar a S. M.) no dexaré de dedicarme, con el maior connato, a proponer el desempeño, en la parte que corresponda a la diligencia humana, de lo que se me encarga, teniendo mui a la vista lo mucho que importa, para alivio de los considerables gastos que ocasiona la Grra. de España, el remitir de aquí los socorros posibles, en que, a más de lo que se complacerá mi zelo y amor al Rl. seruiio, me induce también el Deseo de ayudar a V. E. en el graue peso y desuelos en que le contemplo pr. faltar medios para ocurrir a quanto tiene sobre su dirección y conducta...”. 39

¡Qué ejemplo de ecuanimidad y de magnífica defensa de sus dere-

39 A. gen. de Indias. México. Leg. 509. Fuenclara a Ensenada. México 30 febrero de 1744.



chos, sin faltar lo más mínimo a la cortesía y caballerosidad de la mejor escuela, da el Conde de Fuenclara, en esta carta, al advenedizo y poderoso Ministro!

En orden fechada en Aranjuez a 23 de junio de 1743, le decía Ensenada que el Rey esperaba que habría reducido, desde su llegada, los gastos para aliviar a sus vasallos, para que la Real Hacienda tuviera menos dispendios y para que pudiera enviar dinero a España, enviando, en cada embarcación de registro hasta 50.000 pesos y en la *sayca* "La Concepción" mayor cantidad, que mostrara la orden al Arzobispo, a la Ciudad, Cabildo y Consulado y a todas las jurisdicciones para que los súbditos concurrieran voluntariamente con la mayor cantidad que pudieran, y que, en caso de rehusar a contribuir voluntariamente, usaría S. M. de los medios a que le obligara la necesidad; confiaba el Rey en que el Clero mostraría su celo y amor al Real servicio, puesto que el Papa Benedicto XIV había concedido a S. M. Católica la exacción de dos millones de escudos sobre todos los prelados y eclesiásticos de América, además de la cantidad igual que concedió Clemente XI y confirmó Clemente XII y que no se había acabado "de exigir".<sup>40</sup>

Fuenclara contestó a esta carta que no había adelantado gran cosa en esa orden y que tenía el propósito de formar una Junta de Ministros y sujetos celosos con el fin de resolver los arbitrios que se habían de usar con la idea de que el público los recibiera con menos desagrado y mayor respeto "pidiendo estas reflexiones y recatos la naturaleza del Pays (menos rico en sus individuos que lo que por allá se cree) y des-acostumbrado a contribuciones semexantes a las que soportan los vasallos de España, por cuja circunstancia y otras nunca se ha conseguido en las Indias, desde que se conquistaron, pr. este camino beneficios para el Herario, el qual ha disfrutado vnicamente lo que producen los comercios...". No omitiría ninguna diligencia para ello, pero no creía que facilitaría el cobro, por lo que se refería a los eclesiásticos, el que se enviaran a México las cédulas y el breve para la exacción del segundo subsidio de dos millones, concedido por Su Santidad al Rey "porque no habiéndose cobrado el primero si no en la cantidad de poco más de 200.000 pesos, como consta allá, y en el Perú mui poco, o nada, sólo

---

<sup>40</sup> Id. de id. Escribanía de Cámara del Consejo de Indias. Leg. 245. Cuaderno 6.º de la Residencia del Conde de Fuenclara, fols. 23 a 28.

seruirá la noticia de esta segunda concesión de sofocar la primera que no está cobrada...".<sup>41</sup>

Para cumplimentar la Real Orden de 23 de junio de 1743, Fuenclara llamó a su presencia a los principales comerciantes de México y cada uno de ellos dió en préstamo lo que pudo, bajo la condición de que las cantidades prestadas se les devolverían, de fondos de la Real Hacienda con la mayor brevedad posible. El 1.º de marzo de 1744, un decreto virreinal hizo saber lo que se había prestado por el Comercio mejicano, con relación detallada de las cantidades prestadas; declaraba que se les habían de pagar y devolver, observándose la buena fe y puntualidad que les había prometido; asimismo se habría de restituir a la Caja de Bienes de Difuntos el suplemento que había hecho con la misma prontitud. Entre los que prestaron dinero figuraban: a la cabeza, el Conde de San Pedro del Alamo, con 100.000 pesos; don Manuel de Aldaco, con 60.000; don Francisco de Tagle, 50.000; don Manuel de Rivas Cacho, 30.000; y don Juan Rubín de Celis, 8.000.<sup>42</sup>

Pero no bastaban las palabras, sino que eran precisos hechos para no faltar a la palabra dada a los comerciantes. En virtud de este compromiso, el Virrey celebró tres juntas el 9 de marzo y en ellas se acordó aumentar, en un 2 % el derecho de Alcabalas por tiempo de cinco años y pedir al Estado eclesiástico y secular un donativo gracioso para las urgencias de la guerra.<sup>43</sup>

En consecuencia, el Virrey escribió cartas al Arzobispo de México y a la Iglesia Metropolitana, a los demás Obispos, Iglesias, Ciudades y Gobernadores del Virreinato, y él mismo, en persona, pasó a ver al Arzobispo y a entregarle la carta, "pareciéndome —escribía— que la diligencia de lleuársela personalmente y mi visita haría más recomendable el paso de moverle a que acredite, en esta ocasión, su fineza y amor al Rl. seruicio, y las especiales obligaciones que debe al Rey...". El Arzobispo le recibió con la acostumbrada cortesía y le dijo que le respondería con lo que determinase, pero se pasaron los días sin recibir respuesta, que no llegó, como tampoco la del Cabildo.<sup>44</sup>

41 Id. de id. México. Fuenclara a Ensenada. México 22 febrero 1744.

42 Id. de id. id. id. Testimonio de los autos hechos sobre el empréstito que varios sujetos de este Comercio hicieron a S. M. para las urgencias en que se halla.

43 Id. de id. id. id. Fuenclara a Triviño. México 25 junio 1744.

44 Id. de id. id. id. Fuenclara a Ensenada. México 17 abril 1744 y copia adjunta de carta al Arzobispo de México de 14 del mismo mes y año.

Entre las ciudades que respondieron a la demanda de dinero figura la de Guanajuato, que remitió la suma de 19.315 pesos, como donativo para la guerra contra la Gran Bretaña: el 20 de diciembre de 1744, el Virrey escribió a dicha ciudad una notable y honorífica carta dándole las gracias por ello.<sup>45</sup>

El aumento del 2 % de la Alcabala causó en México alguna “amargura”, por no estar el país acostumbrado a imposiciones de tributos. El haberse esparcido, al mismo tiempo, el rumor de que, en las juntas que se celebraban, se trataba de aumentar los derechos al cacao, tabaco y pulque y “otras especies que se movieron”, pero que, en realidad, fueron rechazadas por las consideraciones que sobre cada una se hicieron, dió motivo “en el Pueblo insolente y compuesto de gente de distintas razas”, a que hubiera reuniones “o corrillos que no se suelen ver en otras ocasiones”, en los cuales “discurriendo allá a su modo acerca de la novedad, dauan a entender, con el mismo silencio, como admiración y temor de que se les grauase los géneros de que más vsa la gente común...”.

La noticia de esta inquietud popular “no me hizo —escribía Fuenclara— especial impresión” pero procuró manifestar, en las conversaciones, que, si bien se había tratado de esos puntos en las reuniones celebradas, se había desestimado el imponer ningún gravamen a esos géneros, para que corriese la voz que no se pensaba en tales arbitrios. Pocos días después, fueron dos religiosos de la Compañía a decir al Virrey “con misterio de secreto” que sabían con certeza que se celebraban reuniones entre “la gente vulgar, donde se hablaua con desabrimiento, por los rezelos de nuevas imposiciones” y que, cómo el pueblo no “entiende siempre la razón y causa de lo que se consulta y determina”, se lo advertían, para su gobierno y para que se pudiera evitar con tiempo cualquier tumulto que pudiese mover la aprensión o malignidad de algunos. Esta advertencia no causó tampoco gran cuidado al Conde, pero, no obstante procuró indagar reservadamente el fundamento y los autores de la novedad que se le avisaba, y, a la vez tomó varias precauciones que, sin que la gente las penetrase, tendían a contener y castigar el principio de cualquier desorden o maquinación que se pudiese averiguar; pero, no habiendo hallado “indicio ni cuerpo alguno que merezca demonstración ni providencia particular, lo he

---

45 Marmolejo: *Efemérides guanajuatenses*, I, pág. 64.



despreciado, sin dexar al mismo tpo. de conocer lo sensible que es la práctica de nuevos arbitrios...".

Al participar esto a la Corte, advertía lo arriesgado que era imponer nuevos impuestos en América, a diferencia de España "donde tanto respecto infunde la presencia y cercanía de S. M.", lo cual, además, ofrecía el peligro de que, si los habitantes, exasperados, se lanzasen a algún extremo, no había allí fuerzas competentes para contener cualquier desacato "porque —decía— en tales acontecimientos, suele mostrarse tibia la Tropa que está en las Indias, experimentándose que, pasados dos o tres años de hauer venido a ellas, la hacen como Patria y, por estas reflexiones, y otras de no menor importancia, parece que siempre se ha mirado con mucho pulso el grauar a estos vasallos. Yo me gobernaré con la prudencia que pide este conocimto...".<sup>46</sup>

A pesar de que se le previno que no pagara, durante la guerra, las pensiones en el ramo de Azogues, una Real Orden de 6 de agosto de 1743 le mandó satisfacer a don José de Carvajal y de Lancáster la merced de 4.000 pesos anuales que se le otorgó en dicho ramo y Fuenclara obedeció.<sup>47</sup>

Además del 2 % de aumento sobre el 6, que ya se pagaba, en la Alcabala, resolvióse, en las juntas celebradas, que se permitiera al Asentista de Naipes subir el precio de las barajas a dos reales en unas partes y, en otras, bajarle otros dos reales, por cuya concesión ofreció el Asentista 35.000 pesos, pagando la mitad de esta suma en 1744 y la otra mitad en 1745. También se resolvió conceder al Comercio de Filipinas que pudiera embarcar 1.500.000 pesos para aquellas islas, además de lo ordinario que tenía concedido, pagando, por esta gracia o indulto, el 10 % a S. M. Esos tres arbitrios importarían, en cinco años, 1.360.000 pesos; el Virrey se proponía cobrarlos con la anticipación posible para enviar a España, en cada embarcación, 50.000 pesos o más.<sup>48</sup>

A consecuencia de la carta (14 marzo 1743) en que Fuenclara dió cuenta al Rey del estado de la Hacienda de Nueva España, adjuntando un informe sobre los caudales remitidos a España desde 1728 a 1737, S. M. dispuso (15 de mayo de 1744) que el Virrey nombrara a Moli-

46 Id. de id. id. id. Fuenclara a Ensenada. México 17 abril 1744.

47 Id. de id. id. id. Leg. 1505. Del mismo al mismo. México 19 febrero 1744.

48 Id. de id. id. id. Del mismo al mismo. México 17 abril 1744.



nillo, Dávila o Andreu para examinar los reparos que se hallaron en la certificación adjunta a la carta y que habían dado los Oficiales Reales de las Cajas de México, con fecha 20 de diciembre de 1742. En esa certificación se hacía constar que el valor de las rentas era de 3,383.978 pesos y 6 tomines, y lo que era necesario para los gastos subía a 5,812.029 pesos, 7 tomines y 3 granos; faltando, por tanto, 2,428.051 pesos, 6 tomines y 9 granos. El Virrey dió la comisión a don Francisco Fernández Molinillo, que se excusó de hacerla, por lo muy ocupado que estaba con la Secretaría del Virreinato y porque "sabe V. E. —escribía en su consulta al Virrey— que ha serca de un año, que me ha mortificado el mal de Piedra, y que he padecido sus agudos efectos, con otros achaques, que, aunque no son tan notorios, me dificultan hazer aquellos exfuerzos en el trabajo, que antes de contraerlos, y expecialmente cierta yndisposición en los ojos, que, por opinión de los Médicos, está amenazando la Triste y sensible enfermedad de cataratas". Cuatro días después (19 septiembre 1744) el Virrey decretó que la excusa pasara a informe de don Pedro Padilla, que la aceptó (30 septiembre), y el 1.º de octubre, un nuevo decreto virreinal mandó que la comisión pasara al Oidor Dávila, que la aceptó y, para cumplirla, dejó de asistir a la Audiencia "con el beneplácito de el Virrey, y aun con insinuación suia".<sup>49</sup>

Los Bienes de Difuntos se guardaban en un arca de tres llaves, una de ellas en poder del Oidor Juez General; otra, en el del Fiscal, y otra en el del Escribano.<sup>50</sup> La necesidad que tuvo Fuenc Lara de echar mano de estos bienes para atender las urgencias del Real Servicio motivó un largo expediente. El 24 de febrero de 1744 decretó el Virrey que entraran en la Real Hacienda los bienes del Juzgado de Difuntos, fundándose en que, como cada día eran mayores las necesidades y más urgentes, había que usar de todos los medios. El Oidor Valcárcel, Juez General de dichos Bienes, en consulta de 27 del mismo mes y año, advirtió a Su Excelencia que, por repetidas disposiciones reales, no podían los Virreyes disponer de dichos fondos sin orden expresa de S. M. El Virrey decretó que la consulta pasara al Fiscal (27 de febrero) y éste contestó, al día siguiente, que Su Excelencia podía disponer

<sup>49</sup> Id. de id. id. Leg. 1654. Duplicados del Presidente y Oidores de la Audiencia, 1744. Dávila al Rey. México 25 noviembre 1744, y testimonio adjunto.

<sup>50</sup> Maniau, J.: *Compendio de la Historia de la Real Hacienda de Nueva España*, pág. 58.

de los bienes que se hallaban en el Arca de Difuntos, siendo de los llamados *incierto's* o mostrencos. El Conde contestó, al otro día:

"No obstante lo consultado y pedido por los Señores Juez de Bienes de Difuntos y Fiscal, les ordeno que, luego, pasen a prouidenciar que todo el Caudal que existiere en la Arca de éstos, se introduzca en Reales Cajas para el fin, y por urgencia que preuine en mi Decreto de veinte y quatro del corriente, y con la repetida calidad de que, por Oficiales Rs., se reintegre, y debuelva a dha. Arca con la breuedad posible..."

El 29 de febrero, una nueva y segunda consulta de Valcárcel, que sirvió también de tercera, insistió en su advertencia, a pesar de la cual, el Virrey decretó:

"No obstante esta segunda y tercera representación del Sor. Juez de bienes de Difuntos, guárdese lo prouéido en mis Decretos de veinte y quatro y veinte y ocho del corriente, para lo qual se debuelva la Consulta al Sor. Dn. Domingo Valcárcel pa. q. tenga efecto luego, luego".

Valcárcel no protestó más y, el 2 de marzo, mandó proceder al cumplimiento de lo decretado por el Virrey. El 6 se hizo la entrada de los dichos bienes en las Arcas Reales: subían a 140.000 pesos. Sólo se reservó el caudal del Marqués de Santa Sabina "de orden verual de S. Exa.", por estar destinado a varias obras piadosas, que ya estaban cumplidas, en la capital del Virreinato. Para salvar su responsabilidad, Varcárcel notificó al Rey lo hecho por orden de Fuenclara, a pesar de sus representaciones y de advertir al Virrey que no había en las Cajas bienes mostrencos y que, si se hallaba junta tan crecida cantidad, era por la falta de ocasiones de navíos para hacer remisiones a España.<sup>51</sup> Las cantidades sacadas de las Cajas de Difuntos se reintegraron en diversas fechas (9 diciembre 1744, 28 febrero, 30 junio y 23 diciembre de 1745 y 6 de junio de 1746) hallándose totalmente reintegrado todo lo que se sacó al cesar Fuenclara en el Virreinato.<sup>52</sup>

Contestando a la orden que recibió de acortar gastos, Fuenclara escribió que, desde que llegó, no había aumentado "un real de sueldo, ni gastádole superfluamente, sino, antes bien, he procurado todo el

---

<sup>51</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 1654. Valcárcel al Rey. México 24 noviembre 1744. y testimonio adjunto.

<sup>52</sup> Id. de id. Escribanía de Cámara del Consejo. Leg. 245. Cuaderno 1.º de la Residencia de Fuenclara, fols. 130 y v.º

ahorro que me ha sido posible"; si, en 1743, hizo que se previnieran las milicias, no se gastó en ello ni "un solo peso".<sup>53</sup>

Cumplimentó la Real Cédula de 2 de agosto de 1743, que ordenó volviese al Consejo de Indias la facultad de cobrar y distribuir las multas y penas de Cámara.<sup>54</sup>

El Gobernador y Oficiales Reales de Florida habían escrito al Rey su deplorable estado por los situados que se les debían; el Rey mandó (13 de junio de 1743) que se les socorriese con el mayor esmero y Fuenclara obedeció, aunque hizo presente que los dichos no se conformaban con su diaria sustentación, sino que aspiraban a percibir todos sus atrasos, lo que no era posible, dada la suma estrechez de la Hacienda. Llevado el asunto al Consejo de Indias, el Fiscal de éste fué de opinión que el Gobernador y Oficiales de la Florida debían cesar en sus "clamores" y no vociferar "la indijencia que no tienen"; no obstante, el Consejo acordó que se respondiese al Virrey que estaba bien lo hecho, pero que no dejara de facilitar activamente socorros al presidio de Florida, "por lo mucho que importa la conservación, aumento y defensa de la provincia", lo que se esperaba practicaría el Virrey con su acostumbrado zelo...".<sup>55</sup>

El 25 de noviembre dió cuenta Fuenclara del recibo de la Real Cédula que mandaba no abocar las causas de comisos, ni quitar a los gobernadores y oficiales de los puertos del Virreinato el conocimiento de ellas; era de fecha 10 de mayo del mismo año 1744 y se dispuso su cumplimiento.<sup>56</sup>

Había encontrado el Conde, a su llegada a México, muy retrasado el ramo de reales tributos. Una Real Cédula de 15 de mayo de 1744 le ordenó que mejorara tan importante fuente de ingresos. Desde que tomó posesión del Virreinato, se dedicó a ello con el mismo ahinco que puso en todos los ramos de la administración pública. El 25 de noviembre del mismo año y el 26 de febrero de 1745 informó a S. M. de lo que había hecho en ese asunto y de los medios y providencias de que se había valido. Por la diligencia de don Manuel Angel de Ville-

---

53 Id. de id. México. Leg. 2446. Fuenclara a Ensenada. México 20 febrero 1744.

54 Id. de id. id. Leg. 509. Fuenclara al Rey. México 19 febrero 1744.

55 Id. de id. id. id. Fuenclara al Rey. México 19 febrero 1744, y testimonio adjunto.

56 Id. de id. id. Del mismo al mismo. México 25 noviembre 1744.

gas.<sup>57</sup> se consiguió que ingresaran, en las Cajas Reales, desde noviembre de 1742 hasta 6 de febrero de 1744, 607.425 pesos, 2 tomines y 6 granos, a los que había que agregar 69.828 pesos, 6 tomines y 7 granos, que se pagaron por diferentes Alcaldes Mayores, en virtud de orden de Su Excelencia, para atender a diversos fines del servicio de S. M. Como se había encargado a Villegas del reconocimiento de la mina de azogue de Temascaltepec, para que la recaudación de tributos no sufriera ningún retraso, nombró Fuenclara al Alcalde del Crimen don Manuel de Chinchilla "para que avivase y continuase la recaudación", y así se consiguió, desde 7 de febrero a fin de octubre de 1744, cobrar, de los atrasos, ascendiendo lo recaudado en total, con lo anterior, a 1.359.122 pesos, 2 tomines y 6 granos y medio. Este culpable descubierto emanaba "en la mayor parte —escribía el Virrey— de la culpable flogedad y desidia del Contador Dn. Joseph de los Ríos" y del abandono en que tenía la administración, especialmente en dos puntos prevenidos por leyes y ordenanzas, a saber: 1.º no admitir por fiadores de Alcaldes Mayores a quienes no fueran abonados en la cantidad de 2.000 pesos; 2.º no omitir, bajo pretexto alguno, la puntual cobranza de lo adeudado. Por ese abandono, Fuenclara separó de su empleo (21 agosto 1744) a don José Luis de los Ríos, acusado, además, de varios excesos en los expedientes de su oficio, y, en su lugar, nombró Contador de Tributos a don José Díaz de Celis, Oficial Real de las Cajas de Zacatecas, teniendo en cuenta, no sólo sus buenos servicios, sino que carecía de parientes en la capital, los cuales "tanto impiden el obrar libre y desprendidamente en sus manejos". Este nuevo Contador desempeñó su cargo a satisfacción del Virrey.<sup>58</sup>

Este interés del Conde por recaudar dinero es lo que ha motivado la censura que he apuntado al comienzo de este capítulo. El Rey autorizó a Fuenclara, para allegar más recursos, a que vendiera ocho títulos de Castilla, libres de lanzas y media anata; cuatro grados de brigadier, ocho de coronel de Infantería y Caballería e igual número de tenientes coroneles, con la expresa prevención de que se diera por ellos mayores cantidades de las que se habían pagado por estas gracias en otras oca-

---

<sup>57</sup> Prestó juramento de Teniente de Factor Oficial Real de las Cajas de México en sesión del Real Acuerdo de 11 de octubre de 1745. A. gen. de Indias. México. Leg. 1655. Diario de la Sala... en 1745, fol. 60.

<sup>58</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 1338, doc. 2. Fuenclara al Rey. México 26 febrero 1745.



siones.<sup>59</sup> Entrado el año 1745, comunicó el Virrey que, a pesar de las diligencias que había practicado para beneficiar esas mercedes, no había podido lograrlo, ni se había manifestado pretendiente alguno; añadía que le quedaba poca esperanza de conseguirlo.<sup>60</sup>

En el mismo año, informó que, a la cantidad ya cobrada del ramo de tributos atrasados y corrientes, había que aumentar la de 660.676 pesos y 3 granos, que posteriormente, se habían recaudado, importando la suma total, desde que empezó a gobernar, a 2.019.798 pesos, 2 tomines y 9 granos.<sup>61</sup>

El 17 de febrero de 1745 cesó Chinchilla en la comisión de recaudación de atraso de tributos que el Virrey le había conferido y al cesar, escribió al Rey, exponiéndole el estado en que quedaba ese ramo y solicitando que se aprobara lo ejecutado por él. El Virrey le había nombrado (6 de febrero de 1744) Superintendente Recaudador de Tributos, con facultades privativas, a que contribuyeron el Real Acuerdo, su Fiscal y el Asesor General del Virrey "por cuio medio se consiguió en brevísimo tiempo la recaudación de las gruesas cantidades", que especificó en cartas consultas de 19 de septiembre y 12 de noviembre de 1744. Su cese, en 17 de febrero de 1745, fué resuelto por voto consultivo y parecer fiscal, a que siguió decreto del Virrey, que, dándole las gracias por su labor, mandó que se redujera la Contaduría a su antiguo método. Durante el año de la Intendencia de Chinchilla se cobraron 934.102 pesos y 2 granos, tanto de lo muy atrasado del año 1738 como del sexenio que se contó desde este año hasta 1743, inclusive ambos años, y se aseguró, con nuevas fianzas, lo que restaba. Aunque, en tan corto plazo, se avanzó "tan gruesa suma, (que, en igual espacio no abrá exemplar de que se aia por otros exigido)", restaban por cobrar 1.606.364 pesos y pico.<sup>62</sup>

Pese a la orden prohibiendo se pagasen mercedes sobre fondos de México, el Gobierno de la metrópoli seguía concediendo gracias de esa clase; así, por Real Cédula que acompañó a una carta de 30 de abril de 1745, se otorgó a don Alonso Pérez Delgado los gajes y casa de aposento de su secretario, para que se le situaran en las Cajas de México, con orden de que se le pagara con puntualidad el importe, a pesar

59 Riva Palacio: *México a través de los siglos*, II, pág. 790.

60 A. gen. de Indias. México. Leg. 1505. Fuenclara a Ensenada. México 25 abril 1745.

61 Id. de id. id. id. Leg. 1338, doc. 9. Fuenclara al Rey. México 20 agosto 1745.

62 Id. de id. id. Leg. 541. Chinchilla al Rey. México 28 febrero 1745.

de cualesquiera órdenes que hubiere sobre suspensión de pagas de pensiones: Fuenclara hizo se cumplimentara.<sup>63</sup>

En otra carta de 28 de abril de 1745 ordenó S. M. que cesara la cobranza del 2 % que se pagaba sobre Alcabala, y el Virrey expidió las órdenes necesarias para que dejara de cobrarse dicho impuesto al terminar el tiempo previsto.<sup>64</sup>

Con carta de 21 de septiembre de 1745 se le remitieron al Virrey dos despachos de S. M., fechas 7 y 24 de mayo del mismo año, mandándole, respectivamente, remitir los autos formados en el asunto de las fianzas del Fundidor Mayor de la Casa de la Moneda, y previniéndole lo que debía hacer para impedir la introducción de moneda falsa en las Reales Cajas de las provincias del Virreinato.<sup>65</sup>

Una Real Cédula de 31 de julio de 1745 prohibió toda clase de juegos de suerte, apuesta y envite. En vista de ello, el asentista de naipes intentó varios recursos, pidiendo rescisión del contrato, que se le devolviese la renta anticipada y los 35.000 pesos de donativo, así como que se le recibiesen las barajas y pertrechos existentes, conforme lo estipuló. Por las razones expuestas por el Fiscal, resolvió el Virrey sobreseer, de momento, la ejecución de la Real Cédula en cuestión hasta tanto que, informado el Rey, y con pleno conocimiento de todo, ordenara lo que se hubiera de practicar con este asiento y el de Gallos. El primero rentaba 70.000 pesos anuales, a la Hacienda, y el segundo, 21.000. Al comunicar su resolución al Rey, hacía hincapié en que se seguiría grave perjuicio a la Real Hacienda de cumplirse la prohibición. Por ello suspendió el cumplimiento de ella, pues, de haberlo verificado, sin lograr entero efecto el deseo de S. M. de que cesasen los desórdenes y juegos, sobre todo entre los indios, que seguirían haciéndolo oculta-mente, se perdería un gran ingreso de la Hacienda. Opinaba Fuenclara que el primer juego que habría de quitarse sería el de Gallos "por ser de pura apuesta".<sup>66</sup>

Habíanse rematado los estancos de pólvora, salitre, agua fuerte, nieve y juego de Gallos, por diez años unos y por siete otros, con lo cual consiguió el Virrey algunos recursos para hacer frente a la angustiada situación en que se encontraba;<sup>67</sup> por lo tanto era muy natural

63 Id. de id. id. Leg. 1505. Fuenclara a Ensenada. México 20 septiembre 1745.

64 Id. de id. id. id. Del mismo al mismo. México 20 septiembre 1745.

65 Id. de id. id. Leg. 1339. Fuenclara a Triviño. México 25 enero 1746.

66 Id. de id. id. Fuenclara al Rey. México 28 febrero 1746.

67 Riva Palacio: Ob. cit., II, pág. 792.

que defendiera esa fuente de ingresos contra las disposiciones, poco meditadas, del Gobierno de Madrid, que, sobre exigir el envío de dinero, dificultaba o procuraba cortar los medios de adquirirlo.

Rivera dice que, bajo el gobierno del Conde de Fuenclara, rematóse, por siete años, el estanco de la nieve, en 15.522 pesos; el juego de gallos, que proporcionaba gran diversión y que, según el P. Cavo, trae su origen de China, quedó en 20.000, por nueve años: concurría a este espectáculo mucha gente de la más selecta de la sociedad.<sup>68</sup>

No se sabe exactamente cuándo se estableció la primera plaza de gallos en México, aunque había ya una establecida, en 1736, en la calle del Bautisterio, de la parroquia de Santa Catalina Mártir, siendo asentista y dueño de ella el célebre caricaturista y cirujano don Vicente Rebequi, que la convirtió en hospital para curar enfermos de *matlazahuatl*. Entre 1740 y 1745 se mudó al callejón llamado de los Gallos, que iba de la calle de Mesones a la de Corchero, en unas casas viejas. Una vez establecida esta primera plaza de Gallos ganaba 500 pesos de renta al año.<sup>69</sup>

El cobro de tributos ocasionó "cierta azonada y tumulto" en el pueblo y jurisdicción de Sultepec "con motivo de estrechárseles a la paga...".<sup>70</sup>

Ya hablé del considerable atraso que había en el pago de tributos. El Consejo de Indias, en vista de lo que resultaba de varios expedientes, conoció el daño imponderable en la cobranza de tributos de los indios de Nueva España, que, ya en 1733, tenía un descubierto de 1.485.000 pesos, y mandó al Virrey, con Real Cédula de 23 de mayo de 1742, que estrechase al Fiscal de la Audiencia y al Contador General de Tributos para que, en breve término, cobrasen esos atrasos y, si no lo hacían, los depusiera de sus empleos y nombrase otros en su lugar. Fuenclara, en cumplimiento de esto, nombró adjunto del Contador General de Tributos a don Manuel Angel de Villegas, Oficial Real de las Cajas de México, lo que estaba produciendo favorables efectos, cuando se mandó al Virrey —que había comunicado ya el buen resultado de sus providencias— por otra Real Cédula de 15 de mayo de 1744, que remitiese testimonio de los cobros hechos en ese ramo. Otra Real Cédula (San Ildefonso 31 de julio de 1744) mandó

68 Rivera Cambas, M.: *Los gobernantes de México*, I, pág. 357.

69 Leduc y Lara: *Diccionario...*, art. Gallos.

70 A. gen. de Indias. México. Leg. 541. Diario de la Sala... en 1743, fol. 72 v.º



al Virrey que ordenase al Contador de Tributos la formación de una certificación muy clara y distinta del producto anual del ramo de tributos, especificando partidos y pueblos; otras dos, de lo que se estaba debiendo desde el año 1700 hasta el de 1742, y otra de todas las cuentas del mismo ramo que no se hubieran presentado ni liquidado y que las remitiese al Consejo. En fin, respondiendo a la carta de Fuenclara de 26 de febrero de 1745, en que dió cuenta de haber suspendido de su empleo a don José Luis de los Ríos, de haber puesto en su lugar a don José Díaz de Celis, y de haber nombrado a don Manuel de Chinchilla para Superintendente o Comisario de estas cobranzas, se mandó, por Real Cédula de 16 de diciembre de 1745, que el Virrey remitiese los autos formados contra Ríos, que se quejaba, no sólo de que el Conde de Fuenclara le había separado de su empleo, sino encarcelado y embargado sus bienes; también se mandó al Virrey que enviase las tres certificaciones antedichas y que, al mismo tiempo, informase de los motivos que había tenido para no dar cuenta de las proposiciones que le hizo Chinchilla para la mejor recaudación de los tributos, las que no parecían al Consejo desestimables, y para revocar la comisión que le dió, a pesar de haber producido favorable efecto y utilidad conocida a la Real Hacienda y de que el mismo Virrey había considerado a propósito el que corriese por dos distintos sujetos la cobranza de los tributos corrientes y la de los atrasados. Por ello se le ordenaba que diese cuenta de lo que le obligó a unir una y otra en la persona del Contador interino, que después fué separado de este encargo por haberse resistido a dar las fianzas necesarias. Fuenclara comunicó luego que quedaba ejerciendo el cargo don Pedro Núñez de Villavicencio. En los primeros siete meses de 1745, según carta del Virrey de 20 de agosto del mismo año, a la que acompañaba testimonio, se cobraron 660.676 pesos de los tributos corrientes y atrasados, y, desde que empezó a ejercer el Virreinato, se recaudaron 2.019.778 pesos. El Consejo reparó que estas partidas, aunque tan considerables, llegaban confusas, indistintas, y sin la separación conveniente, y acordó que se escribiese al Virrey que, en lo sucesivo, no remitiese las certificaciones tan diminutas, sino más amplias y distinguiendo con claridad las cantidades que correspondían a cada año.<sup>71</sup>

71 Instrucción impresa al Marqués de las Amarillas. A. gen. de Indias. México. Leg. 515. Instrucción al Virrey Güemes. Id. de id. id. Leg. 1.655. Testimonio de Real Cédula al Virrey Fuenclara, San Ildefonso 31 de julio de 1745.



Para cumplimentar la Real Cédula de 16 de diciembre de 1745, Fuenclara pidió (12 de junio de 1746) al Contador Núñez de Villavicencio que hiciese el informe correspondiente y, al llegar a México el nuevo Virrey don Juan Francisco de Güemes, explicóle la cuestión de tributos "mui por menor —escribía Güemes— y con tanta claridad, que, fácilmente se me hizo comprehensible". Añadía el futuro primer Conde de Revillagigedo que aprovechaba el paso a España del Conde de Fuenclara y de don Francisco Fernández Molinillo "de quienes se servirá V. M. mandar tomar las más seguras noticias de este negocio, y no dudo las darán, y quizá con justificación".<sup>72</sup>

Pocos días antes de cesar en su cargo el prócer aragonés, los Oficiales Reales de Veracruz daban cuenta a S. M. que, por orden suya, remitían a la Habana 50.000 pesos procedentes de varios ramos, para que desde dicho puerto, se remitieran a S. M. Habíase reunido, según comunicaban, en la Caja, un millón de pesos para enviar a España, más de 100.000 de la limosna del Monte de Piedad, 100.000 traídos de Guatemala, y 24.861 de Caracas y Yucatán. De toda esa cantidad, sólo 50.000 pesos eran para el Real Erario.<sup>73</sup>

El 19 de agosto de 1743, por fallecimiento de don Francisco de Zupide, nombró Fuenclara, para servir las cargos de Contador Ordenador de Número del Tribunal y Real Audiencia de Cuentas de Nueva España, Teniente de Alguacil Mayor de él y Contador Regulador del Real Derecho de Media Anata de Gracias y Mercedes y del Real Servicio de Lanzas a don Manuel Ruiz Cano. Le señaló una pieza fija, en el Palacio Virreinal, para que le sirviese de oficina, lo que, hasta entonces no se había hecho, se reunieron allí todos los papeles, se enlegajaron y ordenaron y se mandó imprimir el Real Arancel para enviarlo a las Cajas foráneas. Esta especie de organización archivística fué aprobada por el Virrey en decreto de 26 de noviembre de 1744. Otro decreto de Fuenclara (20 de octubre de 1745) confirió al Juez Privativo del Derecho de Media Anata la comisión de cobrar, de los Títulos de Castilla residentes en Nueva España lo que debiesen al Real Servicio de Lanzas por sus respectivos títulos. Había propuesto Fuenclara, para Contador propietario a don José Rodríguez Franco,

<sup>72</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 1.339. Güemes al Rey. México 13 agosto 1746.

<sup>73</sup> Id. de id. id. Leg. 1.921. Los Oficiales Reales de Veracruz al Rey. Veracruz 2 julio 1746.

pero no se le dió pase a las Reales Cédulas de Merced que presentó el Virrey, por ser el propuesto deudor, a la Real Hacienda, de más de 30.000 pesos de tributos, del tiempo que había sido Alcalde Mayor de Yanguitlán y de Teposcolula; por ello continuó siendo Contador el que lo era interino, Ruiz Cano.<sup>74</sup>

Era Director Fiel de la Real Casa de la Moneda de México don Nicolás Peinado Valenzuela, cuando se presentó una proposición de labrar la moneda (bajando tres maravedises por marco en la acuñación de los pesos y medios pesos) por el Acuñador de la misma, don Juan Antonio de Beica. Habíase cumplido la Real Cédula de 7 de septiembre de 1745 sobre las fianzas que dió, antes de entrar en el ejercicio de su empleo, el Fundidor de la Casa de la Moneda, pero Beica, a fin de que se le adjudicase a él el cargo de Fiel, hizo la dicha oferta. La representación de Beica demuestra su malquerencia a Peinado, que, en cambio, aunque, a su vez, murmure de su rival, devolviéndole sus tiros, lo hace con ironía elegante y cortés. Tal es, por ejemplo, el párrafo siguiente: "...Don Juan de Beyca, dejando a parte muchas otras bellas prendas que le asisten, sólo ha sido Blanquecedor de la Moneda en un tiempo, y Acuñador en otro, lo primero egecutó como Sobre estante de los que hacían la operación de blanquecer, que es de ninguna havidad, en lo que lució muy poco su asistencia, pues sin ella, ni la de algún otro, lo egecuta por sí vn pobre negro, con muchas ventajas, como lo dice el día de oy la moneda. En el acuñar ha sido don Juan de los razonables, si bien de los menos asistentes, y aun se dice que muchas veces ha necesitado de que otro le asiente los trojeles en el Bolante, porque no siempre se le ha facilitado el hacerlo, pero ¿qué tiene que ver lo uno y lo otro, con la inteligencia general de todo el conjunto de tanto y tan armonioso instrumento como encierran estas oficinas...?".<sup>75</sup> En vista de las representaciones y de los autos que se formaron a su petición, el Virrey y la Audiencia consideraron por más acertado que continuase siendo Fiel de la Casa el que desempeñaba el cargo, Peinado.<sup>76</sup>

Peinado era Fiel de Moneda de la Casa de México en virtud de

<sup>74</sup> Id. de id. Títulos de Castilla, Letra T, fols. 16 v.º a 21 v.º Informe del Contador don Manuel Ruiz Cano.

<sup>75</sup> Id. de id. id. Leg. 1.339. Testimonio de autos fechos a petición de Beica, folios 4 v.º a 11.

<sup>76</sup> Id. de id. id. id. Fuenclara a Triviño. México 28 mayo 1746.

Real Despacho de 15 de julio de 1739. Considerando digna de admitirse la proposición de Beica, por representar un beneficio de 11.000 pesos, por año, para la Real Hacienda, se dió traslado de ella al Fiel, que se allanó a hacer la misma baja de tres maravedises, bajo ciertas condiciones. Entretanto, don José de Velasco propuso hacer la moneda por asiento y administración, de cuenta de S. M., y con beneficio de la Hacienda, pero luego desistió. Continuó la pugna entre Beica y Peinado, llegando el primero a ofrecer hasta 1.827 pesos, 6 reales y 30 maravedises más que el segundo: entonces hubo que pensar en fijar el juicio y considerar la mayor idoneidad de los contendientes. Peinado había dado bastantes pruebas de buen desempeño de su cargo, sin que se pudiera presumir en él "declinación ni falencia, en que corra con la propia fiedad, así porque es de mucho caudal y goza de facultades, como porque las fianzas que le indemnizan se hallan consistentes...". Por lo tanto, en vista de los dictámenes del Fiscal, del Superintendente de la Casa de la Moneda, del Contador y del Tesorero, el Virrey creyó que "...sería peligroso y expuesto a contingencia posponer esta manifiesta seguridad, excluyendo a Dn. Nicolás Peynado, por la corta ventaja..." que ofrecía Beica, y, "sin lastimar el buen concepto" de éste, se tuvo por más útil al interés de S. M. que continuase el primero, aunque diera menos beneficio a la Hacienda, mejor que aventurarlo todo por esa pequeña diferencia.<sup>77</sup>

. Con la intención de aumentar los ingresos, se pensó en crear el asiento de la bebida llamada Mescal. En 1745 dirigió al Virrey una instancia don Francisco Caballero, pidiendo licencia para establecer ese asiento y que se le nombrara primer Asentista de él. Refería sus servicios durante la guerra de Sucesión y que, con ocasión de ser, a la sazón, vecino del puerto de la Natividad, de la jurisdicción de Autlán, donde se compraba y vendía mescal, pedía ser su asentista, dando 200 pesos por año, con inhibición de las justicias y concediéndosele la misma comisión que se acostumbraba en las de pulques. El asiento comprendía seis pueblos de las provincias de Avalos y Autlán. El Virrey decretó (30 de octubre de 1745) que informara sobre esto el Fiscal; también lo hicieron los Oficiales Reales de México, diciendo que era corriente el asiento de mescal en Zacatecas y también lo sería en Autlán, por no haber pulques. Caballero, para mayor seguridad de la

---

77 Id. de id. id. Fuenclara al Rey. México 28 de mayo de 1746.



Real Hacienda, hipotecó una casa que poseía en Ameca, además de los 200 pesos de fianza, y se le concedió dicho asiento a él.<sup>78</sup> Además de éste, se pensó en establecer otro nuevo ingreso de la Hacienda. El 18 de junio de 1743, don Juan Rodezno presentó al Conde de Fuenclara un memorial solicitando reducir a Asiento el tabaco de humo, recogido en papel en forma de cigarros o puros, que se usaba en México: pedía se le concediese facultad de que él solo o las personas que tuviesen su permiso, pudieran fabricar los cigarros y puros en todo el Reino, por tiempo de diez años, ofreciendo pagar, por este privilegio, 4.000 pesos anuales. El Fiscal y el Asesor informaron en contra y el Virrey se conformó con este dictamen el 9 de mayo de 1746.<sup>79</sup>

No introdujo Fuenclara modificación alguna en las rentas municipales. Sólo se remató el ramo de Fiel Contraste de la Ciudad y del Campo de México y el de Correduría Mayor de Lonja. Ofreciéndose litigio sobre las fianzas que, para su seguridad, se le pidieron a don Juan Camacho, en quien se remató dicha Correduría, mandó el Virrey al Juez Superintendente de la Nobilísima Ciudad que corriese con este ramo el Real Tribunal del Consulado, dando mil pesos anuales a la Ciudad, renta que hacía muchos años que no se cobraba. Para mayor beneficio del Municipio mejicano, tomó el Conde las providencias convenientes para que las mesillas y los puestos de la Plaza Mayor produjeran mayores rentas, haciendo que la Mesa de Propios fuera administrada, por espacio de dos años, por un capitular.<sup>80</sup>

Durante el gobierno de Fuenclara se pagaron puntualmente sus sueldos a todos los funcionarios civiles y militares y, a veces, hasta por mensualidades anticipadas, como en el caso del piloto y de la tripulación del barco "Nuestra Señora del Carmen", empleado para el servicio de las misiones de California, así como al alférez y a los cien infantes destacados de la Guardia del Real Palacio a Acapulco.<sup>81</sup>

No introdujo innovaciones en las Cajas provinciales. En la de Durango (Nueva Vizcaya) prohibió que saliera del distrito el oro que producían sus minas y arrendó las Reales Alcabalas de la villa de San

<sup>78</sup> Id. de id. id. Leg. 1.344. Testimonio de los autos del arrendamiento del vino de mescal. Cuaderno 1.º

<sup>79</sup> A. H. N. Códices, 186. Ayala: *Cedulario Indico*, XIII, fols. 52 y 53. Madrid, 1.º abril 1749.

<sup>80</sup> Id. de id. Escribanía de Cámara del Consejo. Leg. 245. Cuaderno 1.º de la Residencia de Fuenclara, fols. 132 a 134.

<sup>81</sup> Id. de id. id. id. Cuaderno 2.º de la misma Residencia, fols. 4 v.º a 13.



Felipe el Real de Chihuahua y partidos inmediatos: dos medidas muy acertadas, porque, con la primera" se cerró la puerta y obraron todas la ocasiones que había de estrabios de oro en fraude, daño y deterioro de los reales dros...", y con la segunda se aumentó el beneficio de la Real Hacienda.<sup>82</sup>

En lo relativo a las rentas, el Conde procedió según lo prevenido en Leyes y Reales Cédulas "sin la más mínima tergiversación ni interpretación, antes bien celó y vigiló los aumentos de las rentas, que sus pujas y mejoras fuesen dentro del término, y, después de celebrados los remates, en el maior y mejor postor...".<sup>83</sup>

A causa de la guerra se habían suspendido, desde 1739, las remisiones de caudales de la Real Hacienda a España hasta 1744. Desde esta fecha hasta el cese de Fuenclara, en 1746, se enviaron a España, en virtud de órdenes de S. M., en varias escuadras de guerra, registros y avisos sueltos, 3.068.669 pesos, 8.554 quintales y 26 libras de cobre, y otros efectos de menos valor, envíos que, gracias a las acertadas providencias del Virrey, tuvieron despacho pronto y arribo feliz a tierras de España.<sup>84</sup>

Las rentas de Alcabalas producían, al comenzar su gobierno Fuenclara, 211.786 pesos, 6 tomines y 3 granos, y, a su cese, 280.423 pesos y cuatro tomines, aumento anual de casi 69.000 pesos, además del 2 % anual que se impuso sobre esta renta y que se estimó en un aumento de 610.829 pesos y 5 granos. Por el aumento de dos reales en baraja, la renta del estanco de Naipes aumentó en 35.000 pesos; por el indulto concedido en vajillas de oro y plata, se obtuvieron 88.830 pesos, un tomín y 8 granos de más, y por los remates (de Alcabalas, Pulques, Oficios vendiblesy renunciables, Alumbre, Cordobanes, Nieves, etc.), 882.505 pesos, 2 tomines y 7 granos. En la renta de Alcabalas de las cinco jurisdicciones de Puebla hubo un aumento anual de casi 5.000 pesos.<sup>85</sup>

No embarazó el Conde la recaudación de tributos y no concedió esperas para el pago de ellos, mandando que se ejerciese siempre pronta y recta administración. Procuró también el aumento de indios tributarios en las ciento trece jurisdicciones cuyas tasaciones se aproba-

82 Id. de id. id. id. El mismo Cuaderno, fols. 26 a 27.

83 Id. de id. id. id. El mismo Cuaderno, fol. 77 y v.º

84 Id. de id. id. id. Dicho Cuaderno, fols. 86 v.º y 87, y Cuaderno 6.º, fol. 87 v.º

85 Id. de id. id. id. Cuaderno 2.º, fol. 91, y Cuaderno 6.º, fol. 86 y v.º

ron durante su gobierno, haciendo que se formaran mapas para la indagación del número de tributarios: resultó éste de 43.690, de los que 657 eran vagos y 716 negros y mulatos libres.<sup>86</sup>

Al terminar el gobierno de Fuenclara, había (9 de julio de 1746), en la Real Caja de Veracruz, la cantidad de 1.081.994 pesos, 4 tomines y 8 granos, en moneda efectiva; en las arcas de México, 449.714 pesos; quince días antes de que entregara el mando, se remitieron, de las cajas foráneas a la capital, donde se recibieron en 18 de julio de 1746, 801.925 pesos en oro y plata. En la misma fecha de su cese, había, además, en la Casa de la Moneda de México, 1.321.996 pesos, un tomín y 9 granos en oro pasta y labrado, plata pasta y acuñada, cantidades equivalentes a 4.755.630 pesos, 7 tomines y 9 granos con cuyo numerario dejó el Conde "todo el alivio necesario para los socorros, gastos y remisiones que se auían de executar, aun después de aver cezado en el Govno., de modo que, no solamente se hacen recomendables sus hechos; por el tiempo que lo exerció, sino por el posterior, respecto de estarse experimentando en él los aumentos que dejó establecidos..."<sup>87</sup>

Había, además, satisfecho todos los descubiertos, por lo cual no es de extrañar se prodigaran elogios a la administración ejemplar, al "proclamado, ajustado, prudente, acertado, feliz Gobierno de S. Exa.", que no llevó a cabo vejación, agravio ni molestia a Comunidad ni persona alguna particular, sino que hizo muchas limosnas.<sup>88</sup> Hasta el informe reservado del Inquisidor Decano es una justa alabanza de la labor hacendística de Fuenclara, puesto que dice que, en la recaudación de la Real Hacienda "ha puesto sufiziente cuidado en su mexor administración, cobranza y aumento, como lo acredita la actual diligenzia que está haziendo de cobrar los muchos pesos de Tributos que los alcaldes maiores pasados y sus fiadores han dexado deuiendo muchos años atrás, en que... no a dexado de lograr el reintegro de vastantes pesos en Caxas Rs. y también el hauerse arrendado los ramos gruesos de Rl. hazienda, que se han rematado en su tiempo en mui proporcionado prezio, atendidas las circunstancias, como el de el Pulque, y subiendo los de Poluora y alcaualas de la Puebla, con exzesos mui considerable..."<sup>89</sup>

86 Id. de id. id. id. Cuaderno 2.º de dicha Residencia, fols. 104 a 105 v.º

87 Id. de id. id. id. Cuaderno 6.º de la misma, fols. 74 v.º y 75.

88 Id. de id. id. id. Dicho Cuaderno, fols. 87 v.º y 88.

89 Id. de id. id. Leg. 1.505. Navarro de Isla a Ensenada. México 8 noviembre 1744.

No hay que olvidar que, por haber encargado Fuenclara a don Blas Clavijero, que era Asentista Director de Alcabalas de la Puebla de los Angeles, al que estaba asociado el Capitán don Jacinto Martínez de Aguirre, de la compra de víveres con destino a los puertos de Veracruz y Acapulco, Armada y Presidios de Barlovento, de la que estuvo encargado desde 1744 a 1746, se hicieron grandes economías a la Real Hacienda, beneficiándose ésta en 53.728 pesos, un tomín y 6 granos. Esta función de compra de víveres para aprovisionar a la Marina de Guerra no fué una innovación de Fuenclara, pues los documentos mejicanos conservan una larga lista de individuos encargados de tal misión desde el año 1651 en adelante.<sup>90</sup>

Finalmente es curioso anotar que, durante el mando del Conde, se acuñaron, en México, 43.454.682 pesos, de los que correspondieron: a 1743, 8.636.013 en plata, y 804.846, en oro; a 1744, 10.303.735 en plata, y 819.380 en oro; a 1745, 10.428.354 en plata, y 509.818 en oro; y a 1746, 11.524.179 en plata, y 428.356 en oro.<sup>91</sup>

---

90 Id. de id. Escribanía de Cámara del Consejo de Indias. Leg. 245. Cuaderno 6.º de la Residencia del Conde de Fuenclara, fols. 13 a 22.

91 Alamán, L.: *Historia de Méjico*, tomo I, apéndice documental, pág. 15, documento núm. 4.





## XI

### LA MINERÍA

Desde el punto de vista minero, México era y sigue siendo uno de los países más ricos del mundo, especialmente en metales preciosos y, sobre todo, en plata. Explotábanse ya antes de la llegada de los españoles, habiendo los naturales del país practicado galerías en la roca, cuyas huellas sirvieron más tarde de excelentes indicaciones a los primeros de nuestros mineros llegados allí. Para su explotación ofrecían estas minas una ventaja muy notable sobre las del Perú: la poca elevación a que se hallaban depositadas las grandes riquezas metalúrgicas en esa extensa zona que se halla comprendida entre Sonora y Oaxaca, y cuyos centros eran Zacatecas, Guanajuato y Pasco, situados a alturas que oscilan entre los 1.700 y los 2.000 metros y rodeados de fértiles campiñas, hermosos bosques y encantadores pueblecillos.<sup>1</sup>

El único entorpecimiento que impedía hacer la explotación en mayor escala era la escasez del mercurio, más comúnmente llamado, entonces azogue. Esta penuria podía haberse compensado extrayendo y utilizando el mercurio de las diversas minas de este producto que existían en territorio mejicano, pero esto se hallaba prohibido terminantemente por varias Reales Cédulas, que habían limitado el suministro de tan necesario auxiliar a las minas de Almadén. Una de esas Reales Cédulas, firmada por la Princesa doña Juana (Valladolid, 4 de marzo de 1559) dispuso que "todo el Azogue que está labrado y de

---

<sup>1</sup> Malte-Brun: *Geografía Universal*, II, pág. 524; y Ule: *La Tierra y sus pobladores*, II, págs. 478 a 480.

aquí adelante se labrare en la Mina de el Almadén" se enviara a Nueva España, así como la cantidad que comprara el Factor General; los Oficiales de la Casa de Contratación de Sevilla quedaban encargados de enviarlo; prohibíase también que se llevara a México nada de azogue, si no era el que, por mandado del Rey y en su nombre se llevara, y se ordenaba que el azogue se vendiera con el mayor provecho posible. Con esta cédula, otra de 22 de enero de 1565 y algunas más, se formó la Ley recopilada de Indias (Ley 1, título 23, libro 8) que disponía que sólo por cuenta de la Real Hacienda se comerciara el azogue, so pena de perderlo, con el duplo, y se prohibió lo reventa de él a mercaderes y mineros.<sup>2</sup>

En 1745, siendo Presidente de la Audiencia de Guadalajara don Fermín de Echeverz, se descubrió en el cerro del Carro, una mina de mercurio y, habiendo dado cuenta de ello al Superintendente Marqués de Altamira, le previno éste que suspendiera la explotación. Era esta mina no sólo "riquísima, abundante y dócil de veta, capaz de proveer al Reyno de Nueva España, sino que sólo costó de 22 a 23 pesos cada quintal de Azogue en las fundiciones que mandó hacer el citado Presidente", por lo cual habría sido utilísima su explotación a la Real Hacienda y a la clase minera.<sup>3</sup> Echeverz pasó personalmente a hacer cerrar la mina.<sup>4</sup>

En 1743, por orden del Virrey, salió de la capital del Virreinato el Oidor Decano de la Audiencia de México, para ver las minas de azogue, que se habían descubierto cerca de Temascaltepec, de cuyo metal había hecho, en México, varias observaciones y tentativas. El Factor de las Cajas Reales, don Manuel de Villegas Puente, que acompañó al mismo Oidor Malo, pero ni las observaciones ni la visita tuvieron resultado práctico alguno.<sup>5</sup>

Don Pedro Manuel de Liaño, Oficial Real de las Cajas de Zacatecas, había presentado una proposición para que se le remitiesen 200.000 pesos, con objeto de rescatar platas en las minas en que se hallaba destinado. Esta propuesta motivó la Real Cédula de 23 de agosto de 1741, que ordenaba se hiciese el correspondiente informe.

<sup>2</sup> Gamboa: *Comentarios a las Ordenanzas de Minas*, págs. 43, 44 y 47.

<sup>3</sup> Id. id., págs. 27 y 33.

<sup>4</sup> A. H. N. Consejos. Lej. 21.003, núm. 3. Residencia de Echeverz, Cuaderno 1.º-fol. 40 v.º

<sup>5</sup> Gamboa: Ob. cit., págs. 33 y 34.

En cumplimiento de esta orden, el Tribunal de Cuentas de Nueva España informó (28 de enero de 1743) que la proposición era inadmisibile porque serviría de ejemplo, a cuya imitación todos los Reales de Minas procurarían tener repuesto de caudal con que hacer el mismo rescate de platas y, aunque esto no sucediese, no se seguía fruto ni utilidad para la Real Hacienda.<sup>6</sup>

La correspondencia de Fuenc Lara trata a menudo de la dificultad que hay para la explotación de las minas, a causa de la escasez de mercurio. Tales son, por ejemplo, sus cartas de 25 de noviembre de 1744 y 25 de mayo de 1745. En la primera participó que el Oidor Administrativo del Ramo de Azogues le había manifestado que no había ni un quintal siquiera de dicho producto en los almacenes en que se guardaba, por haber repartido a los Reales de Minas todo el que existía y que la cantidad distribuída sólo alcanzaría hasta febrero de 1745: en consecuencia, hacía presente que, siendo el citado producto tan indispensable para el laboreo de las minas como conveniente a la Real Hacienda, no sólo por el beneficio de los derechos de la plata, sino el de su valor principal, sino se tomaban las providencias convenientes a la grave necesidad del momento, despachando naves con bastante cantidad de él, por no alcanzar a 5.000 quintales el consumo anual, se tocarían consecuencias dañosas al Rey y al público en general. En otra carta de igual fecha recordaba una suya de 26 de septiembre anterior, en la que dió cuenta de no haber tenido efecto las contratas celebradas en la Habana con su Gobernador, por don Lucas Grangent y don Pablo de Estrada, para pasar a Jamaica y, con el título de cange, rescatar el azogue que se hallaba allí: Estrada no cumplió con las capitulaciones, propasándose a contratar sobre otros géneros no comprendidos en el asiento.<sup>7</sup>

Poco después llegaron las fragatas "El Portillón de Alicante" y "Santo Cristo de Veracruz", transportando 1.701 quintales de mercurio. El Oidor Administrador de Azogues informó al Virrey que, pese a este refuerzo, escasamente alcanzaría el mercurio repartido en los Reales de Minas para beneficiar los metales de ellas, a todo el siguiente mes de junio: Fuenc Lara lo hizo presente a la Corte para que se reme-

---

6 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.336. Fuenc Lara al Rey. México 28 febrero 1743. Guadalajara. Leg. 135. Del mismo al mismo. México 28 febrero 1743.

7 Id. de id. id. Leg. 1.505. Fuenc Lara a Ensenada. México 25 noviembre 1744.

diara tan urgente necesidad, por no haber recurso de que valerse, a fin de repararla.<sup>8</sup>

El Virrey del Perú había dado cuenta al Rey, en 26 de junio de 1739, de haberse impreso, en Lima, un folleto titulado "Arte o Cartilla del nuevo beneficio de la plata", escrito por don Lorenzo Felipe de la Torre, tratando de un método que había descubierto para beneficiar todo género de metales fríos y calientes: consistía en el uso de la materia mineral llamada allí *Colpa* y, en España, caparrosa; con ella se conseguía el aumento de la ley de la plata y la economía del azogue. Vióse esa carta, con el folleto adjunto, por el Consejo de Indias, y con la noticia que, en carta de 7 de enero de 1743, envió el Marqués del Castillo de Aisa, Presidente de la Audiencia de Guadalajara, de haber llegado allí dicho folleto y de haber producido en la práctica, los mismos buenos efectos que prometía su texto. En consecuencia, y atendiendo a que en las tierras podía tener, para el laboreo de los metales, la misma conveniencia, y que de ningún modo era perjudicial el que se comunicara e hiciera saber a todos este descubrimiento, el Rey, atendiendo al informe del Consejo, mandó que se reimprimieran copias de dicho folleto y que se remitiesen a los Virreyes y Presidentes de las Audiencias con sólo los capítulos relativos al modo de usar la colpa en los Reales de Minas, entre los cuales deberían distribuirse los ejemplares remitidos. Si no fuera bastantes los ejemplares, el Virrey cuidaría de hacer reimprimir más y enviarlos a donde hicieran falta. Al mismo tiempo escribió el Rey a Fuenclara (12 de febrero de 1744) una Real Cédula, previniéndole que, puesto ese método en práctica, se comunicaran entre sí los diversos lugares en que se realizaran las observaciones hechas, con la mayor minuciosidad, expresando prolijamente las ventajas o inconvenientes del descubrimiento. Fuenclara cumplió lo ordenado, enviando los despachos correspondientes, con un ejemplar cada uno de la obra de la Torre, a los Alcaldes Mayores de todos los Reales de Minas de Nueva España: unióse a ellos una carta del Virrey encargando que, con los Diputados de ellos y los sujetos peritos, se hiciesen los experimentos ordenados por S. M. y se diera cuenta de los resultados en forma judicial solemne y autorizada.<sup>9</sup>

Las instrucciones dadas a Fuenclara antes de su salida de España

8 Id. de id. id. id. Del mismo al mismo. México 25 de mayo de 1745.

9 Id. de id. id. Leg. 1.338, doc. 1. Fuenclara al Rey. México 25 noviembre 1744.



no olvidaban la cuestión minera. En la de 31 de enero de 1742 se le encargaba que pusiera la mayor atención en que los plateros del Reino de Nueva España no trabajaran en plata que no estuviera quintada y remachada en la Real Caja, para que constara a los Oficiales Reales que estaba pagado el diezmo de ella, porque había noticia en Madrid de que los plateros mejicanos labraban dicho metal sin haber sufrido esa maniobra y que de eso se originaba el "grave perjuicio de que no sea de Ley de once dineros" y de que no se satisficieran los diezmos correspondientes en las Reales Cajas.<sup>10</sup>

Y en las "Noticias reservadas que se comunican al Conde de Fuenc Lara se decía: "...Teniéndose entendido que de los Minerale y Asiento de Minas, que se hallan en las cercanías de México, y reconocen aquella Caxa pagar los Derechos de Diezmos no salen las Piñas, Planchas, o plata para la fundición más cercana o para la de aquella Ciudad, vía recta, con Registro por escrito de la Justicia del mismo asiento, del número y peso dirigido a los Oficiales Reales a donde se fuere a fundir y pagar los derechos; y que los de México reciben, sin Guía, Boleta o Registros de dha. Justicia las Piñas, Planchas o Plata que se lleva, y manifesta en aquella Real Caxa, contentándose con que paguen los Derechos del Diezmo que confiesan dever los dueños..., sin que, para la cuenta que deben dar en el Tribunal de lo que se ha manifestado y satisfecho de los expresados derechos de Diezmos por los Mineros de los Minerale en que no hay Real Caxa, presenten más comprobación que la que consta en sus Libros por sola su aserción" y que con ello se había conformado el Tribunal de Cuentas, faltando en esto a su obligación los unos y los otros, no cotejando las piezas presentadas con las que figuraran en la Guía para ver si faltaba alguna piña<sup>11</sup> o pieza de plata para abonar por ella el diezmo correspondiente, y siendo este ramo el más pingüe del Reino, en el que se necesitaba la más fiel y arreglada administración, se tenía por preciso que el nuevo Virrey se informara de la manera como se administraba, y no estando arreglada a las leyes y ordenanzas, pudiera mandar lo que juzgara conveniente para evitar fraudes y castigar a los que los cometieran, y que todos los funcionarios relacionados con la cuestión minera cum-

<sup>10</sup> Id. de id. id. Leg. 515. Instrucción del Rey al Conde de Fuenc Lara, fol. 138 y v.º Buen Retiro 31 de enero de 1742.

<sup>11</sup> Llámase piña o pella la plata mezclada con el azogue antes de desazogarla. Gamboa, ob. cit., pág. 498.

plieran estrictamente las órdenes dadas sobre ella "con apercibimiento de que, de lo contrario, se procederá contra ellos con el mayor rigor. Y para que el señor Virrey se entere mejor de aquello en que así los Oficiales Reales como los Ministros del Tribunal huvieren faltado, podrá hacer reconocer algunas Cuentas de las presentadas por los Oficiales Reales y aprovadas por el Tribunal... y hallará, según se tiene entendido, las más o todas de ellas, sin otra comprobación que la que resulta de la manifestación hecha en la Real Caxa, sin Guía, ni otro recado alguno" <sup>12</sup>

Explotábanse, por entonces, en el territorio de Nueva España, minas de oro, plata, plomo, cobre y estaño. El oro se encontraba en Tetela, Guanajuato, Potosí, San Pedro Guadalcázar, Tlalpujaua y Juchipila; la plata, en El Cardonal, Zultepec, Temascaltepec, Tetela, Tasco, Guanajuato, Tzichú, Potosí, San Pedro, Guadalcázar, Tlalpujaua, Jasso, Chichicapa, Teoxocmulco, Zacatecas, El Mezquital, El Fresnillo, San Felipe de Chihuahua y otros puntos menos importantes, el plomo, en El Cardonal y Zultepec; el cobre, en Zultepec; el estaño, en Tequaltichi. <sup>13</sup> Además, desde 1746, empezó a explotarse la célebre mina de Bolaños, que, desde esa fecha, hasta 1761, produjo de tres y medio a cuatro millones de pesos por año "en sólo platas manifestadas al diezmo". <sup>14</sup>

De todos estos metales, los más interesantes y trabajados eran el oro y la plata. Las minas de plomo del Cardonal se trabajaban con preferencia a las de plata por lograrse en ellas mayores utilidades; <sup>15</sup> las de Tequalticho, de estaño, eran muy abundantes. <sup>16</sup>

Además de estos metales se extraía, cerca de Tecali, de una cantera, mármol y piedra jaspe "versicolorida y blanca, de que hacen muchas curiosidades menudas, y se cortan lápidas para aras y clarabollas de Iglesias para resguardo del ayre, tan luminosas, que dan la misma claridad que si fueran vidrieras..." <sup>17</sup>

Las más famosas minas de oro eran las del Real del Mesquita'.

<sup>12</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 515. Noticias reservadas que se comunican al Conde de Fuencalra... fols. 156 v.º a 161.

<sup>13</sup> Villaseñor "Theatro Americano", I, págs. 150, 207-237, 315 y 317; II, págs. 28-87, 123, 174, 200-267 y 298 a 390.

<sup>14</sup> Gamboa, ob. cit., pág. 503.

<sup>15</sup> Villaseñor, ob. cit., I, pág. 150.

<sup>16</sup> Id. id., II, pág. 256.

<sup>17</sup> Id., ob. cit., I, pág. 323.

a ocho leguas de Juchipila; producíase allí en abundancia y tenía color especial, subidos quilates y era celebrado por la suavidad con que se trabajaba.<sup>18</sup>

Pero entonces, como ahora, la plata constituía el mineral más abundante y estimado del Virreinato de Nueva España. No todas las minas eran igualmente apreciadas: algunas habían sido abandonadas casi enteramente a causa de la dificultad de su explotación, cuyo coste era superior al beneficio.

En el Real de Minas, Villa y Jurisdicción de Guanajuato había varias minas de oro y plata: cada una de ellas formaba "una competente población con su Iglesia, y Capellán para la administración espiritual de aquellas familias, que, en ellas, se hallan congregadas de distintas calidades; y lo mismo sucede en quarenta y tres Haciendas del beneficio de sacar plata, que están en las Cañadas, manteniendo numerosas cuadrillas de operarios, para subvenir al mucho trabajo que se impende en las crecidas porciones de plata, que en ellas se benefician, teniendo de consumo anualmente así sus operarios, y sus dueños, como Mercaderes, y demás familias, que las avecinan, más de cien mil cargas de mayz, diez y ocho mil cargas de harina, cerca de diez y ocho mil carneros, y de cinco a seis mil toros, sin el demás gasto de otros víveres...".<sup>19</sup>

Eran muy productivas las minas de plata de San Felipe de Chihuahua, villa que gozaba fama de opulenta y populosa, por los muchos traficantes que acudían allí, bien por "el rescate de las platas" o por vender sus géneros, y, por el crecido número de hornos de fundición para beneficio de la plata.<sup>20</sup>

Poco tiempo hacía que se había comenzado la explotación de las minas de los Asientos de Ibarra, sobre cuyo descubrimiento refiere Villaseñor las siguientes curiosas noticias:

En el Real de los Asientos "descubrió un foragido, haciendo una lumbrada, para calentarse, cuyo fuego en la superficie de las piedras hizo asomar los granos de plata derretida... En Teitiqui, parage, no talado, se descubrió un peñasco "guarnecido de plata virgen por un accidente raro, y fue: el que andando recogiendo sus vacas un Ranchero llamado Aparicio (a quien conocí muy bien) faltándole dos de ellas, siguió el rastro de sus huellas hasta llegar al caudaloso Río de Teitiqui

<sup>18</sup> Id. id., II, pág. 258.

<sup>19</sup> Id., ob. cit., II, págs. 38 a 40.

<sup>20</sup> Id., ob. cit., II, pág. 354.



y conociendo que avían pasado a nado, formó una balsa con que pasó a la otra vanda y, a poco de andar, encontró un derrumbe de un cerro, cuyas piedras estaban guarnecidas de plata virgen, de que utilizó no pocos marcos...".<sup>21</sup>

En cada uno de los Reales de Minas más importantes había una Real Caja, donde se marcaban todas las platas que producían las minas y se repartía el azogue remitido por la Superintendencia de México: manejábase por dos Oficiales Reales, que llevaban los títulos de Contador y Tesorero, y, bajo sus órdenes, se hallaban otros Oficiales mayores y menores, llamados "de pluma y libros", que llevaban las cuentas de la plata "extraída de las minas".<sup>22</sup>

Entre las disposiciones de Fuenclara relativas a minas es de notar especialmente el Despacho del Superior Gobierno de 1745, que permitió que las barras o tejos beneficiados por fundición o azogue, que, hasta entonces, no podían pasar de 120 marcos,<sup>23</sup> para evitar fraudes, pudieran llegar a los 135 marcos.<sup>24</sup>

Los ricos productos de las minas atraían, como siempre a gentes de diversas procedencias y algunos mineros fundaron familias respetables. De entre ellos el más notable de este tiempo fue el francés Don José de la Borde, pero no hay que olvidar al que llegó a ser el primer Conde de Regla, Don Pedro Romero de Terreros, natural de Cortegana (Huelva); fue el fundador del Monte de Piedad de México, favoreció a los colegios franciscanos, hizo préstamos y donativos al Estado por valor de varios millones de pesos, y regaló al Rey Carlos III un buque de guerra de tres puentes y 115 cañones, provisto de víveres y de todo lo necesario para seis meses.<sup>25</sup>

En cuanto a Don José de la Borde era hijo de un oficial francés que, sirviendo en los ejércitos de Luis XIV, murió en campaña. Al verse huérfano, Don José, que había nacido en Bearne en 1710, pasó a Nueva España, a la edad de 16 años, con objeto de vivir bajo la protección de su tío Don Francisco de la Borda, marchando allá en la flota mandada

<sup>21</sup> Id., ob. cit., II, pág. 264.

<sup>22</sup> Id., ob. cit., II, págs. 220 y 341.

<sup>23</sup> El marco servía de unidad de peso para las monedas hispanoamericanas; era de ocho onzas o media libra. El marco para el oro se dividía en 50 castellanos, 400 tomines ó 4.800 granos; para la plata, en 8 onzas, 64 ochavos, 384 tomines ó 4.608 granos; pesando el marco oro o plata, 230'0465 gramos. Alvarez, Juan: *Valores aproximados de algunas monedas hispano-americanas*, pág. 4.

<sup>24</sup> Camboa: Ob. cit., pág. 417.

<sup>25</sup> Romero de Terreros y Vincent, M.: *Ex antiquis...*, pág. 198.



por el General de Marina Don Luis Fernández de Córdoba. La fortuna le favoreció en su explotación de las minas de Tlalpujahua, Zacatecas y Taxco y se dice que su buena suerte fue apoyada por la protección oficial, ya que el Virrey había dado órdenes expresas en su favor al Gobernador de Teloloapan, adonde correspondía entonces el partido de Taxco. Llegó al mineral de este partido entre 1742 y 1744, trabajando varias minas en Tehuilotepic y Taxco.<sup>26</sup>

“Las minas del Distrito de Taxco —dice el Barón de Humboldt— situadas en la pendiente occidental de la cordillera... fueron explotadas con más actividad y más éxito durante el año 1752 y los diez siguientes. Esta actividad se debió al espíritu emprendedor de un francés, José de Laborde, que había venido muy pobre a México y que, en 1743, había obtenido inmensas riquezas en la mina de la Cañada del Real de Tlalpujahua...”.<sup>27</sup>

En Tehuilotepic trabajó las minas de *San Ignacio*, la *Hijuela* y *San Antonio*, que se encuentran al O.S.O., *San Pedro* y *San Pablo* y *El Perdón*, situadas al E. y *Las Animas*, al S.E., además de las de San Lázaro y Derrumbada. En Taxco explotó las minas de *El Pedregal*, *El Coyote* y *San Ignacio*. Durante el año 1745 realizó trabajos en la mina *La Hijuela*, y, por las labores de esta mina, llegó a la de *San Ignacio*, que estuvo en bonanza nueve años, produciendo, libres de gastos, doce millones de pesos.<sup>28</sup>

Siguió trabajando otras minas, con tanta felicidad, que ganó en ellas más de cuarenta millones de pesos.<sup>29</sup>

Más que muchas páginas de alabanzas literarias y panegíricos, nos muestra la enérgica voluntad de este minero ejemplar la carta que escribió el Secretario del Virrey, Don Francisco Fernández Molinillo, y que dice así:

“Sr. D. Francisco de Molinillo.

“Muy Sr. mío: Ya save V. S. cómo aviendo perdido mi caudal, y ciento y veinte mil pesos agenos, en las Minas del Rl. de Tasco, en cinco años de continuas adbersidades que tube en ellas, las dexé al cargo de mi Hermo. (que en Pas Descanse) y me bine a buscar mi desempeño en

<sup>26</sup> Id., ob. cit., pág. 191; Leduc y Lara: *Diccionario de Geografía, Historia y Biografía Mex.*, art. Borda; Peñafiel, A.: *Ciudades coloniales*, págs. 23 y 51.

<sup>27</sup> Humboldt, A. de: *Essai politique sur... la Nouvelle Espagne III*, págs. 229-36.

<sup>28</sup> Peñafiel, A.: Ob. cit., págs. 23 y 51.

<sup>29</sup> Leduc y Lara: *Diccionario...*, art. Borde, José de la.

las quatro de la Cañada de Esparza, que estoy travasando en éste; pero V. S. ignora los peregrinos sucesos que he tenido en ellas, que siendo (gloria a Dios) fautorables, me ha parecido de mi obligación ponerlos en su notizia, satisfecho de que le serán agradables, por su zelo al interés de S. M., el bien público y también por la honrra que, sin mérito alguno, confieso deverle.

“Concluidas todas las obras exteriors. de dhas. Minas en sus costosos retajes, para la colocación de los Artes de Desagüe, su construcción, la de sus techos, Cavallerizas para 200 Cauillos que se ocupan en moverlos, y las demás Oficinas necesarias, en término de dos meses y veinte días, se soltaron los desagües el 20 de Henero de este presente año, y se consiguió reducir las aguas a las Caxas de los Tiros en 65 días, que se cumplieron el de la Encarnación del Divino Vervo.

“Venzida esta prinzipal dificultad tube que contrastar las de las obras interiores, como son los ademes, limpias, de Lavores aterradas, y ahondé de los tiros que estavan altos, en que me tardé algo más de quatro meses, haviendo conseguido en ellos cortar la veta por cruzero 15 varas más baxo que el plan más jondo y a las 164 de las bocas de dichos tiros, con cuiu sangría ocurrió el agua a ellos, y se desagüó la dicha veta, dejándola poco menos que seca, y fácil de desfructarse.

“En dicho tiempo me deddiqué a seguir las borrascas, que, en los altos de las Minas, se descubrían en la Beta, por ver si se encontraba algo en ellas, y por otros fines de buen laborío, de cuiu medio se valió la Divina Prouidencia para guiarme a un clavo de metal de fuego, que encontré en un parage, reputado por todo por el más estéril de la Cañada, el qual se hallaba rodeado de vascosidades y, como la preciosa Perla, entre la concha. Tengo sacados de él metales suficientes para devengar 62.000 pesos que, para esta empresa, me suplió la magnánima e infatigable fineza de Don Manuel de Aldaco, sobre poco menos de 100.000, que le estaba debiendo. Proseguí hasta ahora en razonable bonanza de plan y de Cielo, prometiéndome mi breve, total desempeño, si no falsea, como en Dios lo espero.

“Poco después de descubierta esta riqueza, se avilitaron perfectamente las antiguas Lavores que, por la fama de su gran riqueza, dieron motivo a estos crecidos gastos; pero, en estado tan contrario a sus buenos créditos, que nada e encontrado en ellas que sea digno de aprecio, porque se hallan quasi enteramente en borrasca; con lo que se evidenzia que,

donde todos dezían que hauía mucho, no ay nada, y donde creían que no había nada ay mucho. Ojalá, y el proyecto de la pretendida Compañía de Minas, que la dignación de V. S. se sirvió notiziarne, no se hallara expuesta a naufragar en este escollo, y en otros muchos que se perciven más peligrosos, para que tubiera el deseado efecto, y que asimismo pudiera establecerse el beneficio de la colpa, que yo no he podido azertar con haver hecho repetidos y diversos experimentos, por mí y mis Azogueros, para que se llenara el mundo de plata, pero temo mucho que vno y otro no produzcan cosa favorable.

“Suplico a V. S. me ayude a dar gracias a Dios, por la grandeza de sus misericordias que a exercitado conmigo, sacando vienes de los males; y asimismo que me perdone el atrevimiento de remitirle dos docenas de piedras de dicha bonanza, por si V. E. gusta embiarlas a los señores del Consejo, para que vean la materia en que el poder Divino cría la plata, pues siendo ellas en sí poco vistosas, dan más motivo para alabar al Señor, que las hizo tan ricas, que no vajarán de medias de plata, con razonable ley de oro.

“No me atreviera a hazer a V. S. esta despreciable remesa, sabiendo (como muy bien lo sé) su notorio, nimio desinterés, si no fuera porque no ay, en este Reyno, cosa menos estimada, por común, que las piedras de Minas; espero dever a V. S. la absolución de cualquiera cargo que pudiera hacerme, porque no lo mereze, mi sinzera, buena voluntad, con que procedo y me sacrifico a la obeda. de V. S., deseoso de complazerlo en todo. Anhele por la honra de sus prezeptos y ruego a Dios que, en cumplidas felicidades, le Gue. mucho años. Talpuxagua y Septieme. 15 de 1744 as. B. L. M. su más rendido servidor. Joseph de la Borda”.<sup>30</sup>

Al remitir a la Corte esta carta, Molinillo decía las buenas cualidades del antiguo minero “de mucha inteligencia y experiencias en esta especie de ciencia o manejo” y avisaba el envío de las dos docenas de piedras de mineral de plata, en un cajón adjunto a los pliegos de correspondencia oficial.<sup>31</sup>

La Borda se casó, en Taxco, con D.<sup>a</sup> Teresa Verdugo y, de su matrimonio, tuvo al Doctor Don Manuel, que fue sacerdote, y a la que fue, en el convento de Jesús María, de México, la Madre Ana María de San José.<sup>32</sup>

30 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.921. Borda a Molinillo.

31 Id. de id. id. Molinillo a Triviño. Veracruz, 26-II-1744.

32 Rivera: *México Pintoresco*, III, pág. 236.

A semejanza de lo que hacían los mineros afortunados de su época, empezó a ejercer la caridad a manos llenas, debiéndosele muchas obras piadosas y de beneficencia <sup>33</sup> y murió en Cuernavaca el sábado 30 de mayo de 1778. <sup>34</sup>

En Cuernavaca se visita, como lugar notable "el jardín de la casa de Borda, colocado en una ladera y con fajas graduales de vegetación formadas por plantíos de árboles frutales y camellones de flores ricamente matizadas. El plátano crece con feracidad y elegancia indescriptibles, y el mangle de hojas lustrosas se desarrolla bello y seductor, así como el café de frutos encendidos y dulcísimos. Cruzan este jardín corrientes perennes de agua cristalina, contribuyendo a embellecerlo todo y animarlo; la vegetación parece que palpita de placer, el aura calurosa, bañada de perfume, convida al reposo y a la tranquilidad entre tanta belleza, que embriaga y abruma con su lozanía. Invita a meditar la palma colosal, que se mece en tierna cadencia, excitando ideas de lo grande y de lo bello. Bosques de mameyes y zapotes de varias clases, estanques de agua transparente y hermosas isletas, portales con graderías, flores diversas y colorosísimas, forman aquel jardín...". <sup>35</sup>

Una tradición popular refiere que una vez fue el Arzobispo a Cuernavaca y que la Borda le invitó a visitar su jardín de noche. Al prelado le extrañó la hora de la invitación, pero, no obstante aceptó el convite. Cuando llegó al jardín, reinaba en él la más profunda oscuridad, lo que contrarió sumamente al Ilustrísimo señor Haro, <sup>36</sup> pero, de pronto aplicó Borda un puro encendido a una mecha e instantáneamente se iluminó el jardín, con arcos y portadas sorprendentemente bellos, que daban al lugar un aspecto tan fantástico como el de esos parajes escantadores descritos en los cuentos de las mil y una noches. <sup>37</sup>

Su gran piedad y la caridad inagotable que le inspiró en buena parte de su vida estaban condensadas en su frase favorita: "Dios a darle a Borda, y Borda a darle a Dios". <sup>38</sup>

Construyó la magnífica iglesia parroquial de Taxco, en cuya obra se gastó cerca de 500.000 pesos, y colaboró en otras obras piadosas y de

33 Romero de Terreros, M.: *Ex antiquis...*, pág. 191.

34 Rivera: *México Pintoresco*, III, pág. 235.

35 Id., ob. cit., III, pág. 235.

36 Este prelado era D. Ildefonso Núñez de Haro y Peralta, Arzobispo de México desde el 30 de marzo de 1772, muerto en 1800. Gams: *Series Episcoporum*, pág. 156.

37 Rivera: *México Pintoresco*, III, pág. 235.

38 Peñafiel, A.: *Ciudades coloniales*, pág. 52.



caridad.<sup>39</sup> Benedicto XIV le envió un breve alabando su piedad por la edificación de la iglesia de Taxco y concediendo a ésta privilegio perpetuo de *Altar de Animas* y ABUNDANTES INDULGENCIAS; a él le otorgó indulgencia plenaria en el artículo de la muerte, en Roma 4 de marzo de 1744.<sup>40</sup> En la parte material de la iglesia de Taxco empleó 470.000 pesos además de los adornos y vasos sagrados; gastó grandes sumas en las localidades de Taxco y Cuernavaca y regaló una riquísima custodia a la catedral de México.<sup>41</sup> Su hijo construyó la iglesia de Guadalupe en Cuernavaca, gracias a las grandes sumas que, para su construcción, le legó su padre.<sup>42</sup>

Desde 1742 a 1747 se suscitaron varias controversias, con motivo de las "Reflexiones" que escribió Don José Sánchez de Villaseñor, Contador de Azogues, contra las que había formado Don José de la Borda, el célebre minero. Según opinión unánime, el único remedio de la minería era la baja de la mitad del precio del azogue "con lo que podrían costearse las leyes de metales, que eran incosteables de otra forma". Sobre lo mismo escribió también Don José Fabri, y Villaseñor le replicó igualmente, "con moderación y eficacia, recordando que, "el año de 1721, informó... a S. M. Don Joseph Lamas, y que aviéndose mandado examinarlas al Superintendente Don Juan Joseph de Veitia, quedaron desvanecidas con los informes de Oficiales Reales de Guadalupe, Zacatecas, Guanajuato y Pachuca, que traslada a la letra en su Respuesta el mismo Contador...".<sup>43</sup>

Al dar cuenta al Rey de la publicación de su útil e interesantísima obra "Theatro Americano", escribía Villaseñor: "...La segunda, el Libro sobre las cuentas del Azogue, valor de las platas y correspondencias de los Res. de Minas, La Tercera, el Libro dedicado a V. M. defendiendo el ramo del Azogue de la chimérica fantacía con que pretendían el que vaxase su precio en perjuicio de la Real Hazienda, y así mismo dado resolución a las dudas que se ofrecieron en puntos de ensayo, a el Superintenden. de la Real Casa de Moneda Don Joseph Fernández Veitia, Oydor que fue de esta Real Audiencia sobre la Ligación y religación de las Platas, con cuyo dictamen resolvió lo combeniente a este impor-

39 Leduc y Lara: *Diccionario...*, art. Borda.

40 Peñafiel: Ob. cit., págs. 55 a 58.

41 Rivera: *México Pintoresco*, III, pág. 236.

42 Leduc y Lara: *Diccionario...*, art. Borda, y Rivera: *México Pintoresco*, III, pág. 235.

43 Gamboa: *Comentarios a las Ordenanzas de Minas*, pág. 55.

tante asunto, sin otro interez que el conocer dirigirse todo a el servicio de V. M.". 44

Con ocasión de haber pedido Don Jerónimo Flores, en agosto de 1742, en la Audiencia de Guadalajara, en el pleito que seguía sobre una mina, que los Oficiales Reales certificasen los quintos de oro que se habían entrado en aquellas cajas, del que había salido de las Minas del Real del Mezquital, resultó, de la certificación que dieron, haberse manifestado sólo, en tan grandes y repetidas extracciones, 400 marcos, y de ello, pagados los quintos. Esto suponía una grave defraudación a la Real Hacienda, puesto que, por confesión de Flores y de sus compañeros, con otras personas, solamente de la mina *La Descubridora*, había sacado su dueño, Cristóbal Gutiérrez, más de un millón doscientos mil pesos, que le hacían extraordinariamente rico. No era difícil averiguar la cantidad que había salido de ella y de otra que existía en el mismo Real de Minas, sin que tampoco se hubieran satisfecho los Reales Quintos, de S. M., con integridad, ni lo habían hecho muchos mercaderes de la ciudad, que habían comprado el oro, y de la misma manera los llamados viandantes, que beneficiaban y rescataban metales de esas minas, y compraban a los mineros. Públicamente se decía, en la ciudad de Guadalajara, que el Presidente de su Audiencia Marqués del Castillo de Aisa, había sido el Aviador<sup>45</sup> del citado Gutiérrez y de su mina, dándole cuanto necesitaba de una tienda de mercancías en grande, que públicamente mantenía en la misma ciudad por medio de otra persona "para con esto y, por medio de su autoridad y respeto, coger al mismo Gutiérrez todo o la parte maior del oro que sacaba, así por géneros de la misma tienda, como por dinero, a precio tan bajo como el de doce pesos onza, siendo su ley de 23 quintales y tres granos, y, por esto, tan superior, que no se ha visto en Europa, a que se añadía que muchos mercaderes de aquella ciudad, tienen su comercio en comprar oro de las enunciadas Minas, con mui crecidas ganancias por no satisfacer el quinto o Diezmo, y porque los Flotistas lo pagan, en esta ciudad, Jalapa o Veracruz, a mucho más precio, respecto a decirse tienen más facilidad en introducirlo, así en el puerto de Cádiz, como en otros de los de esos Reinos,

---

44 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.921. Villaseñor al Rey, México 16 de julio de 1746.

45 Se llamó aviador "En Nueva España, la persona con cuyo dinero o caudal se hace y fomenta la labor de las minas y el beneficio de la plata; y el que da dinero para el fomento de las haciendas de labor o de ganados". Barcia: *Diccionario...*, I.

por alto, y sin pagar los Reales derechos". Todo esto llegó a noticia del Rey y motivó la Real Cédula de 28 de Mayo de 1744, en que se mandaba averiguar el fraude de los derechos reales y extravío del oro, que se había sacado de las minas del Real del Mezquital, y si el Marqués del Castillo de Aisa, que había sido Presidente de la Audiencia de Guadalajara, había tenido tienda para suministrar avíos a las minas citadas. Fuenclara consultó al Fiscal de la Audiencia y éste le pidió nombrase un sujeto de las debidas condiciones, para que hiciese personalmente las averiguaciones. Conforme a esta propuesta, el Virrey nombró Comisionado, para esta pesquisa, a Don Francisco Benítez Murillo, Alcalde Mayor de la Villa de León, y persona de "bastante inteligencia, secreto y actividad". Al llegar a Guadalajara, Benítez formó un interrogatorio de ocho preguntas y procedió al examen de catorce testigos. Por las declaraciones de éstos se comprobó que se habían defraudado algunos derechos reales, que debían haberse pagado del oro extraído de las minas, pero eran tan varias las deposiciones de los declarantes, que de ellas no resultó cuerpo formal de delito, especialmente porque la mina principal, llamada *La Descubridora*, y otras vetas que, dentro y fuera de ella se trabajaban, no explicaban el tiempo ni la cantidad de oro que habían producido, sino que, de una manera general, decían que lo habían sacado los dueños, barreteros y trabajadores en pequeñas cantidades de onzas, vendiéndolas a diferentes rescatadores y mercaderes viandantes, dándose muchos casos de no haberlas trabajado siquiera, teniéndolas "tan sólo pobladas con los peones suficientes a no perder el derecho de su propiedad...". No se averiguó el extravío del oro, ni que el Marqués del Castillo de Aisa diese los avíos ni tuviese la tienda, que se supuso tenía en Guadalajara; únicamente se probó que el dueño de la mina era Cristóbal Gutiérrez y el Aviador Don Domingo Gil. El Comisario Benítez, en vista de que no resultaba nada de las declaraciones y de que otros testigos de los llamados a declarar no habían comparecido, ordenó se notificase a los testigos que exhibiesen sus libros de cuentas, asientos de comercio y cartas, para justificar, por ellos, la saca de oro y si habían pagado los derechos a S. M. y resultó que muchos de ellos no tenían libros y otros, que los llevaban, no tenían en ellos partidas que probaran fraudes. Habiendo luego llegado a noticia del Comisario que Don Gerardo Carrillo había tenido comisión, de los Oficiales Reales, para que ante él se manifestase el oro extraído de las Minas, le mandó que exhibiese



el libro de ellas y estableció, para lo sucesivo, las providencias necesarias con objeto de que no se extraviase el oro, sino que se manifestase y fueran pagados a S. M. los derechos que en él le correspondían. A su regreso del Mezquital a Guadalajara, el Comisario mandó a los Oficiales Reales de las Cajas de la ciudad que diesen certificación de las partidas de oro quintadas de las Minas y se la dieron desde el año 1735 hasta abril de 1745. Hizo también sacar certificación de los marcos de oro que se hallaban asentados en los libros de Don Domingo Gil, Aviador de la mina *La Descubridora*, haciendo lo mismo con los libros del sucesor de Gil, Don Juan Fernández de Ubiarco. Tomó, además, declaración a quince sujetos, sobre si tuvo el Marqués del Castillo de Aisa tienda de suministrar avíos y todos contestaron negativamente. Con esto concluyó su pesquisa, y, en carta de 30 de abril de 1745, dio cuenta de ello al Virrey, sin que hubiese resultado cargo directo contra persona alguna, pues, aunque el extravío del oro estaba manifiesto, era con tal dispersión entre obreros, mineros y viandantes, que resultaba difícil enjuiciar a tantos y hacerlos comparecer a todos, ignorándose la residencia de la mayoría de ellos. Acababa proponiendo los medios que creía mejores para cortar la anormalidad del extravío y que eran especialmente un reglamento para cobrar, en lo sucesivo, los derechos reales que se debiesen a S. M. El Fiscal encontró buena la investigación hecha por Benítez, reconociendo que la pérdida de reales derechos no debió ser de la importancia que se había supuesto y que, aunque hubiera habido extravío, en todos los Reales de Minas ocurría lo mismo, a causa de la multitud de operarios y gente extraña a ellos que acudía allí; no siendo remediable tal desorden y pareciéndole, en fin, que "por aora no se puede establecer, en el Real del Mezquital, el medio propuesto por el Comisario, para evitarlo, porque puede ser insubsistente aquel Mineral y, por esta razón, poco conducente a que se ponga en él Oficial Real de Turno, que permanezca allí...".<sup>46</sup>

En 1743 presentó Don Domingo Reborato y Solar una proposición, con diecinueve condiciones, para formar una Compañía de Aviadores de Minas de Nueva España, con un capital inicial de dos millones de pesos.<sup>47</sup>

<sup>46</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 1.338, doc. 4. Fuenclara al Rey. México 20 agosto de 1745.

<sup>47</sup> Id. de id. Indiferente. Leg. 28, doc. 8. Consulta del Consejo de Indias de 10 de marzo de 1747.



Reborato era natural de Génova, había sido capitán de una de las Compañías de voluntarios, que sirvieron contra los ingleses de Georgia; luego Comisario para el establecimiento de la Real Compañía de la Habana, en lo relativo al Presidio y Provincias de Florida, para su víveres, y por fin, minero en Nueva España: tenía práctica de veinte años en el arte de la minería y creía que las minas de plata no rendían más por falta de fondos para explotarlas. 48

El resumen de su proposición eran las siguientes condiciones:

1.<sup>a</sup>—Que, a distancia de 150 leguas de México, no parasen los desagües, ni cortasen sogas los mineros, sin dar cuenta a la Compañía, por si le convenía tomar las minas.

2.<sup>a</sup>—Que, recibéndolas, pagaría, por tasación, sus aperos y materiales.

3.<sup>a</sup>—Dos millones de pesos de fondo en acciones de 500 pesos cada una.

4.<sup>a</sup>—Un Administrador General, siéndolo el mismo Reborato durante su vida, concurriría con doce acciones.

5.<sup>a</sup>—Un Tesorero y Contador en México, para percibir los caudales y llevar las cuentas.

6.<sup>a</sup>—Seis Directores para el buen gobierno, que, con el Tesorero y Contador resolvieran por mayoría de votos.

7.<sup>a</sup>—Dos Diputados en cada Real de Minas de Taxco, Zacatecas, Guanajuato, Sombrerete, Pachuca y Real del Monte, para calificar y dar razón de las minas que conviniese trabajar, presidiendo el Corregidor o Alcalde Mayor.

8.<sup>a</sup>—Que se practicase lo mismo en otros Reales de Minas.

9.<sup>a</sup>—Que estos oficios durasen cuatro años y, en la nueva elección, sólo votasen los que tuviesen más de ocho acciones, tomando cuentas los sucesores a los antecesores, y que después sólo durasen los oficios dos años.

10.<sup>a</sup>—Que pudieran ser reelegidos, y que, para ser directores y contadores debía poseerse doce acciones, y, para tesorero, veinte.

11.<sup>a</sup>—Que los sueldos se asignarían en habiendo cuerpo de interesados.

12.<sup>a</sup>—Que la Compañía había de poder comerciar, como cualquiera

---

48 Id. de id. México. Leg. 1.339, doc. 6. Fuenclara al Rey. México 25 de enero de 1746.

otra entidad, sin hacer riesgos dentro ni fuera del Reino, ni prestar nada de sus fondos.

13.<sup>a</sup>—Que, cuando la negociación estuviese corriente, se habría de formar cuenta anual y prorratear los intereses.

14.<sup>a</sup>—Que las acciones se podrían traspasar, avisando al Tesorero y al Contador para que se anotase el traspaso.

15.<sup>a</sup>—Que, con los primeros 500.000 pesos, comenzase la Compañía a prevenir materiales y a trabajar en algunos Reales de Minas, para no perder tiempo.

16.<sup>a</sup>—Que los obreros no pudiesen ser encarcelados por deudas en el distrito de las minas, por el grave perjuicio que resultaría.

17.<sup>a</sup>—Que el Oidor fuese Conservador, para confirmar las elecciones, a que debería asistir, así como el ajuste de las cuentas, y tomar juramento a los electos.

18.<sup>a</sup>—Que, formado el Cuerpo, se extenderían las demás condiciones, de que se daría cuenta a S. M.

19.<sup>a</sup>—Que la Compañía estaría bajo el patrocinio de Nuestra Señora de Guadalupe, celebrando su fiesta anual.<sup>49</sup>

El Consejo de Indias, en consulta de 23 de noviembre de 1743, puso esta proposición en noticia de S. M., aconsejando que, en vista de las fidedignas noticias del gran número de minas que se perdían en Nueva España, por falta de avíos, fuese aprobada la Compañía propuesta, dignándose recibirla S. M. bajo su real protección, interesándose en doscientas acciones que montaban 100.000 pesos y que se podrían ir satisfaciendo sin detrimento en los mismos azogues, que se repartían para el beneficio de las platas; debía haber alguna limitación en las condiciones 4.<sup>a</sup> y 12.<sup>a</sup>; en la 4.<sup>a</sup> no admitiéndose el nombramiento de Reborato para administrador general por ignorarse sus condiciones, aunque, en caso de considerarle a propósito, bastaría que el Virrey expidiese una Cédula nombrándole para dicho cargo; en la 12.<sup>a</sup> sólo se permitiría a la Compañía comerciar en los géneros y materiales necesarios para el avío de las minas. Pero, antes, se mandaría al Virrey que convocase una Junta, compuesta por él, el Arzobispo de México, Don Francisco Fernández Molinillo —en su calidad de Ministro del Consejo—, del Oidor Don Fernando Dávila, del Fiscal, Don Antonio Andreu, de Don Isidro Nicolás Pardo —Decano del Tribunal de la Contaduría Mayor

49 Gamboa: Ob. cit., págs. 144 y 145

de Cuentas de Nueva España— o, en su defecto, del que le siguiese en antigüedad, y del Superintendente de la Casa de la Moneda. Esta Junta tomaría, ante todo, los informes necesarios de personas “inteligentes, prácticas y desinteresadas”, y luego examinaría la proposición con el mayor cuidado. Si encontraba que podía tener efecto sin muy graves inconvenientes, se procedería, sin dilación alguna, al establecimiento de la Compañía y a formar las convenientes ordenanzas, que el Virrey debería remitir al Consejo. Conforme el Rey con este dictamen, se expidieron las correspondientes Reales Cédulas, fechadas en El Pardo en 12 de marzo de 1744. Al recibirlas el Conde de Fuenclara, no creyó conveniente formar la Junta sin consultar previamente con sujetos prácticos en el avío, y fomento de minerales, los cuales fueron el caballero de Santiago Don Francisco Sánchez de Tagle y Don Manuel de Aldaco, vecinos de México, ambos acaudalados y de larga experiencia, de buena opinión, mucha cristiandad y hábiles en minería, por haber tenido “grandes riesgos, pérdidas y ganancias en este Comercio”, a este fin expidió Decreto de 12 de septiembre del mismo año 1744.<sup>50</sup>

El Virrey se informó de que Reborato era genovés de nación, casado en La Habana, “sin otro caudal ni apoyo que el de su ingenio. No tiene crédito particular en este Reyno, donde sólo ha estado en la ocupación y manejo de Minero en el Real de Minas de Sombrerete, en que perdió los pocos pesos con que se aplicó a esta negociación, y, aunque de su porte y costumbres, no he sabido cosa que le ofenda, la circunstancia de pobre y desválido, le desayudaría mucho para Administrador General de esta empresa, creiéndose que avn los seis mil pesos de las doce acciones con que ofrecía entrar en ella, si los aprontase serían agenos...”. El Virrey creía seguro que nadie querría contribuir con su dinero a una empresa de resultado incierto y administrada por un desconocido.<sup>51</sup>

El 15 de abril de 1745, Tagle y Aldaco emitieron su informe sobre el proyecto de Reborato. En él consideraban moralmente imposible la formación de la Compañía, juzgando que el agitarse esta materia puede ocasionar inconvenientes que conmuevan la consistencia y estado en que al presente se hallan los Aviadores y las Minas, tocándose con evidencia que de años a esta parte no han descaecido; siendo prueba irrefutable

50 Gamboa: Ob<sup>a</sup> cit., págs. 145 y 146. A. gen. de Indias. Indiferente. Leg. 28, doc. 3. Consulta del Consejo de Indias de 10-3-1747; id. México. Leg. 1.339, doc. 6. Fuenclara al Rey de México, 25-1-1746.

51 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.339, doc. 6. Id. de id. id., 1746.

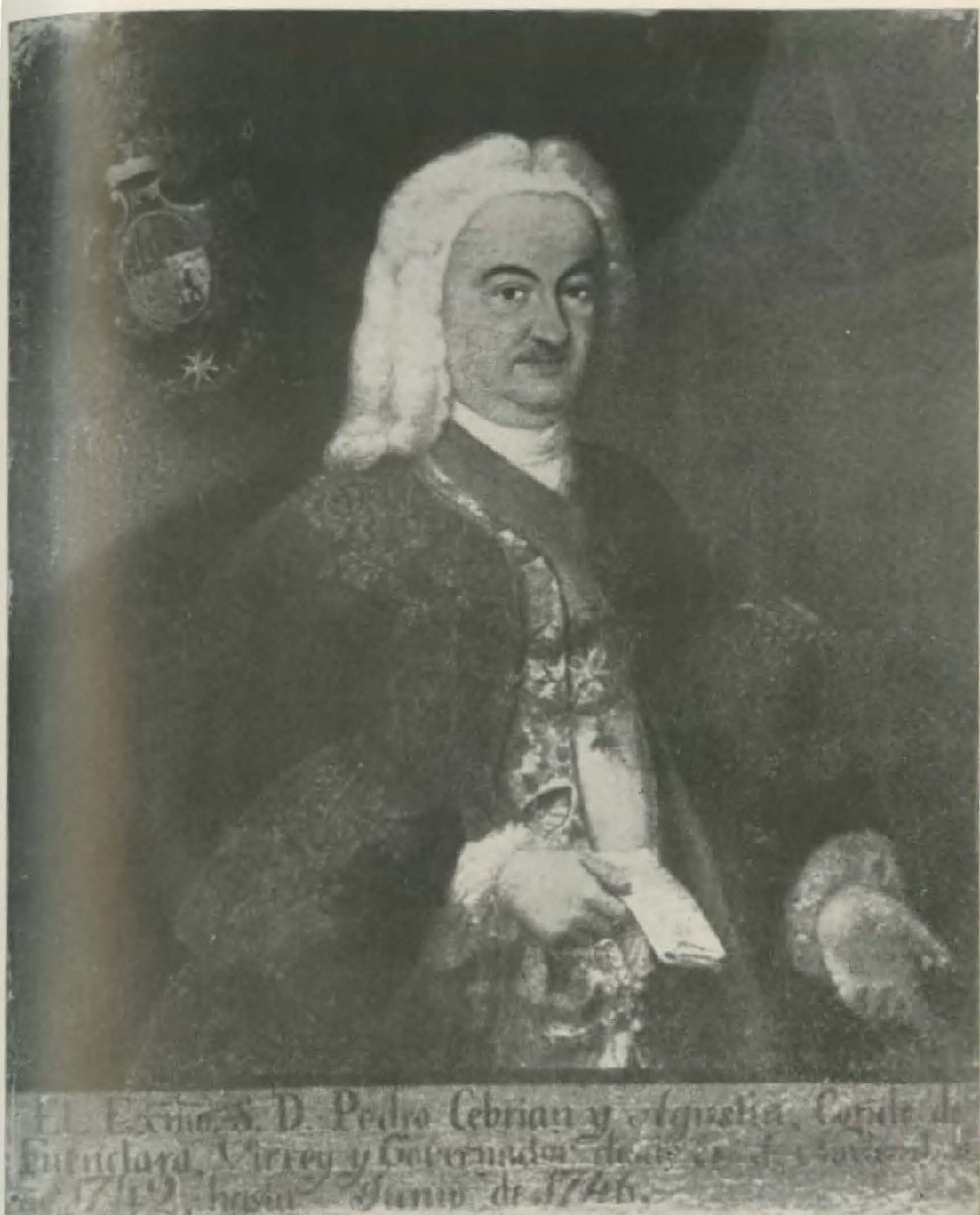
e irrefragable la mucha plata que acuña la Casa de la Moneda de México, pues nunca y muy rara vez ha baxado de diez millones cada año, si no más; y que viendo el Virrey comunicado este informe con algunos de los Ministros nombrados para la Junta convinieron en que no se lográ el establecimiento de esta Compañía, ni debe intentarse con este convencimiento práctico". El Arzobispo no había sido consultado por encontrarse peligrosamente enfermo y en estado imposible para tratar de negocios. <sup>52</sup>

El informe de Tagle y Aldaco es largo y razonado y requiere detenido estudio. Considera imposible la formación de la Compañía por la dificultad de encontrar los 4.000 contribuyentes que era preciso para componer los dos millones de pesos de capital inicial "*por la expuesta conducta de los Directores*, que no caucionarían los fondos", por no ser bastantes dos millones, porque sólo podrían ser accionistas (o contribuyentes, como entonces se decía) los que quisiesen aviar minas, que podrían hacerlo por sí, sin abandonarse en manos de Directores, y, en fin, "por el horror que se tiene a las Minas" y a "Mineros por los caudales que han consumido". Aun en el caso de ser posible, no era necesaria la Compañía, porque, sin ese ruidoso aparato y nombre, aviaban los particulares las minas: en los Bancos de Plata resultaba, en el efecto, una Compañía General, pues pagaban un 5 % del dinero que tomaban de particulares, sin riesgo de éstos, y en la Compañía no lograrían tanta seguridad; admirábase de que Reborato afirmase que, por falta de avíos, no se beneficiaban las minas y creían que no era compatible fundar la Compañía, continuando el avio de bancos y particulares, que se abstendrían de ser aviadores directos "por los nuevos riesgos a que se expondrían, y a ser pospuestos sus créditos por el auxilio de la Compañía y fraudes de los Mineros, por lo qual se sacarían menos Platas con dos millones de la Compañía, que con quatro de la actual constitución de el Reyno...". La Compañía, añadían, no sería útil a la Real Hacienda ni al bien común, porque, o haría lo mismo que los bancos u observaría otras reglas, con riesgo de la Compañía y hasta su total ruina. Negaban que la decadencia de la minería se debiera, como decía Reborato, a que se producía menos plata que antes, sino a que su extracción era muy costosa. La pérdida de caudales por el laboreo de las minas era una contingencia natural, por la desgracia o por el empeño en trabajar minas

---

52 Id. de id. Indiferente. Leg. 28, doc. 86. Consejo de Indias, a 10 de marzo de 1747.





El Excmo. S. D. Pedro Cebrian y Aguiar, Conde de  
Puntelara, Virrey y Gobernador de las Indias  
del 1742, hasta Junio de 1746.

ESCUELA DE ESTUDIOS  
HISPANO-AMERICANOS

—  
BIBLIOTECA

Don Pedro Cebrián y Agustín,  
Conde de Fuenclara.

inútiles a causa de la creencia en tradiciones falsas de ricos yacimientos, como había ocurrido muchas veces, con pérdida de centenares de miles de pesos. Acababa el informe diciendo que los Bancos de Plata, deducidos los costos, tenían un beneficio de un 5 % o menos y algunas veces padecían quebranto “por perderse las dependencias”, recordaban la quiebra de los Bancos de Don Nicolás López de Landa y Don Isidro Rodríguez, no por vicio de ambos, sino por inevitables accidentes de su ejercicio. “De todo lo qual concluyen, que sólo en la negociación de Minas o no se pueden formar Compañías o duran poco, como sucedió en Zacatecas y Pachuca, y entendían aver acaecido en el Perú y en España, en las Minas de Guadalcanal, por lo que sería temeridad necia aventurarse a las contingencias de ellas. Y, finalmente, que aun la Junta, prevenida por S. M., no era conveniente hacerla, porque los Mineros y Aviadores pensarían ser algún asiento o arbitrio perjudicial a sus intereses, y alzarían la Mano, se ausentarían los Operarios, según el genio y humor, que hacían rezelar estos inconvenientes, a menos que previamente no presentase Reborato listas de sugetos Accionistas, que completasen los dos millones de fondo, en que no es verosímil entrasen Comunidades Eclesiásticas, Pupilos y Viudas. Y que los Informantes no se interesarían en ningún tiempo ni poco ni en mucho en la Compañía”. El Virrey remitió este informe, mostrándose conforme con él, a España, pero el Consejo de Indias, aunque también lo adoptó, expuso al Rey su parecer de que, por ser Tagle y Aldaco los principales Aviadores de las minas corrientes, era, en cierto modo, sospechoso su dictamen “por tener estancaso este comercio”.<sup>53</sup>

Un asunto que toca en los linderos de la alquimia, de la que nos ofrece muchos ejemplos la historia anecdótica del siglo XVIII, aun sin acudir a la vida aventurera del Conde de Cagliostro, con caracteres de estafa más o menos clara, ocurrió en los últimos meses del gobierno del Conde de Fuenclara y no se resolvió más que bajo el mando de su sucesor Güemes.

A principios del año 1746, el presbítero y Licenciado Don Mateo García de los Cobos Pintado, Don Ignacio Pérez de Albornoz y Don Ignacio Solórzano, presentaron una instancia en que pedían se les concediera privilegio de explotar el secreto de un agua especial, inventada por Solórzano. Fabricábala él —según decía— con varios ingredientes

---

53 Gamboa: Ob. cit., págs. 146 a 150.

y era "de tal virtud y eficacia que qualquiera metal de oro o plata, que tocasse la fuerza de su actividad, se consumía y soltaba la plata que tenía en sí...". Era Solórzano de inteligencia sagaz y, con el manejo artificial de algunas operaciones con que demostraba su invento, pudo alucinar a muchos, llegando a adquirir tanto crédito su ficción que, creyéndola cierta, se escrituraron con él García de los Cobos y Pérez de Albornoz, haciendo grandes gastos para traer metales de las minas próximas a la capital, con objeto de lograr su provecho. Figuráronse haberlo conseguido y convirtieron su convenio en obligación, acudiendo entonces ante el Virrey.

Este, accediendo a la instancia, interpuso su autoridad, por las resultas favorables que se entendió podía alcanzar la Real Hacienda "reduciendo a tan fácil modo sacar el oro y plata, libertándose, en lo universal, de los crecidos costos que tiene el beneficio de Metales...".<sup>54</sup>

El 2 de marzo de 1746 decretó Fuenclara que informara el Fiscal sobre la instancia de los tres socios, que pedían se les concediera privilegio de explotar el secreto de la maravillosa agua, diciendo:

"Al Señor Fiscal, para qe., en vista de este pedimento, pida lo qe. le pareciere conveniente, teniendo presente el alboroto qe. causan estos Yndividuos en esta Ciudd., las consecuencias qe. se pueden seguir al Público de permitírseles estar sacando oro y plata en poca cantidad, hasta qe. puedan verificar qe. su secreto es suficiente para cantidades correspondientes al fin, y qe. sean de la vtilidad qe. se da a entender".<sup>55</sup>

El Fiscal Bedoya, aconsejó que se mandara a los suplicantes que se abstuvieran de toda tentativa hasta que hicieran el experimento que habían anunciado para el 15 ó 20 de abril de dicho año, debiéndolo realizar ante Oficiales de la Real Hacienda y Casa de la Moneda; advertía que no era nuevo que, en esas tentativas, se "oculte algún engaño, y lo qe. empezó con nombre Arte venga a terminar en impostura, en perjuicio irreparable de los crédulos". El mismo día (7 de marzo de 1746) en que se emitió este informe, el Virrey decretó que se hiciera como lo pedía el Fiscal y que se notificara a Solórzano que presentara, en el término de dos días, el título de Capitán y en virtud de qué usaba "la Ynsignia de Bastón". Solórzano contestó que no podía presentar el título de Capitán porque se lo dejó en Filipinas, en donde lo fue de las

<sup>54</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 1.345. Güemes al Rey. México 20 de septiembre de 1748.

<sup>55</sup> Id. de id. id. Testimonio adjunto a la carta de 20-9-1748. Cuaderno I, fols. 1 a 4.



Reales Galeras de la Guardacosta y que, en consecuencia, no usaría el bastón que, como Capitán llevaba. <sup>56</sup>

Solórzano había casado en México, en 1741, con D.<sup>a</sup> Juana Eligia de Fuentes y empezado a beneficiar los metales, con sus aguas, en septiembre de 1745, en el pueblo de San Jerónimo de Aculco, jurisdicción de Xilotepec: tenía unas aguas para disolver sólidos y allí le dijeron que probase a hacer lo mismo con el oro y la plata. Hízose la prueba en casa de D.<sup>a</sup> Manuela Bernal, operando con catorce onzas de metal, con las mismas aguas que se habían hecho para blanquear perlas, se echó en ellas dicho metal “y resultó, en el asiento del vaso, una quarta de plata”. Luego operó lo mismo con el minero Don Tomás Delgado, sacando, de una arroba de metal, dieciocho marcos de plata. Repitió el experimento otras veces. <sup>57</sup>

Tratábase de esto en la capital, cuando se presentó al Virrey un memorial de Don Antonio Magos Bárcena y Cornejo y Don Miguel Trujillo, dueños porcioneros de una mina de Acapulco: exponían que se ajustaron con Solórzano para beneficiarla, prometiéndole cuatro barras de oro, que él la reconoció, en diciembre de 1745 y se volvió con ellos a la capital para fabricar las aguas necesarias; fabricó nueve arrobas de ellas en quince días y, para ello, le dieron 216 pesos; se excusó él de pasar a hacer la experiencia, porque su mujer iba a dar a luz, y luego no fue a cumplirles lo prometido, por haber formado compañía con otros y esto les había perjudicado enormemente; solicitaban que cumpliera lo pactado con ellos antes que con los de la capital, ya que “por nuestro medio —decían— y a nuestra costa se descubrió por Don Ignacio esta nueva invención”. El Fiscal, a quien se remitió este memorial, por decreto virreinal del 16 de marzo, contestó el 23 que los reclamantes debían esperar la prueba y que, para ésta, se remitieran cantidades de todos los metales existentes en el Real de Minas de Pachuca. <sup>58</sup>

A su vez, Solórzano presentó otro memorial al Virrey diciendo que estaba pronto para hacer la prueba el 15 de abril, donde S. E. le señalara, practicándola en medias arrobas o en arrobas de metal de diversas condiciones “en repetidos vasos”, pero declarando que no tenía el agua necesaria para cumplir lo que había ofrecido y, aunque estaba confeccionándole para ese fin, no se encontraba en el estado y grado requerido,

<sup>56</sup> Id. de id. id. id. El mismo testimonio. Cuaderno 1.º, fols. 4 y v.º

<sup>57</sup> Id. de id. id. id. Dicho testimonio. Cuaderno 2.º, fols. 9 v.º a 13 v.º

<sup>58</sup> Id. de id. id. id. Dicho testimonio. Cuaderno 1.º, fols. 7 v.º a 9 v.º

por lo que creía que sería totalmente inútil. El 9 de marzo decretó el Virrey nuevo informe del Fiscal, que, rápidamente, elevó su consulta al siguiente día en el sentido de que Solórzano hiciera los experimentos que necesitara "privada y reservadamente", pero no para los particulares "sin causar escándalo, como le está prevenido". Conforme a esto decretó el Virrey el 11 de marzo.<sup>59</sup>

Se dispuso que el Fiscal asistiera a la prueba, se recibieron los minerales pedidos a Pachuca, se designó por Fuenclara los que debían presenciar el experimento, accedió también el Virrey al ruego de García de los Cobos de que la prueba se hiciera en la casa de la Compañía Metalífera que él había formado, en la calle de Santo Domingo, en la casa morada de Albornoz y en que se alojaba Solórzano, y a que se hiciera en 13 de abril de 1746, a las ocho y media de la mañana.<sup>60</sup>

Pero, en vísperas del experimento, los tres socios presentaron otro memorial a Su Excelencia, diciendo que no podían hacer la prueba, porque, el 28 de marzo, por la noche, les robaron las aguas preparadas para ella; que, después, Solórzano había intentado hacer otras y, debido al poco tiempo, se frustró el intento: solicitaban, en consecuencia, otro mes de plazo para tener al corriente dichas aguas. El Virrey accedió a la prórroga, señalando el 15 de mayo para la tan esperada prueba, aunque "con apercibimiento a estos interesados no hagan nuevos ensayos más que aquellos precisos pa. reconocer q. el agua está en su fuerza y vigor, y esto tan solamte. entre ellos sin qe. aya concurrencia, pena de qe., si a mi noticia llegare lo contrario, se les sacarán mill pesos de multa y otras penas arbitrarias...".<sup>61</sup>

Pero bien dice el refrán que "más pronto se alcanza a un embustero que a un cojo". A lo del robo del agua añadió Solórzano (dicho confirmado por la declaración de su suegra) que una noche, en la semana de Dolores, se oyó ruido en su casa y, a la mañana siguiente, se encontraron rotos doce o catorce frascos de los que contenían el agua famosa; además, los traviesos ladrones se llevaron cuatro frascos pequeños.<sup>62</sup>

Un nuevo memorial de los mineros de Acapulco, Magos y Trujillo, comenzó a descubrir el engaño. Reiteraban que les cumpliera Solórzano

59 Id. de id. id. id. Dicho testimonio. Cuaderno 1.º, fols. 4 v.º a 7 v.º

60 Id. de id. id. id. Dicho testimonio. Cuaderno 1.º, fols. 10 a 13.

61 Id. de id. id. id. Dicho testimonio. Cuaderno 1.º, fols. 16 a 17 v.º

62 Id. de id. id. id. Dicho testimonio. Cuaderno 2.º, fol. 9 v.º, y Cuaderno 1.º, folios 16 y 17.

lo prometido y agregaban que, cuando les devolvían las aguas para beneficiar su mina, salió gente armada al camino y, "con título supuesto de Justa., las quitaron a los mozos que las conducían y las pusieron en poder de Solórzano; que habían sabido que éste pedía nuevo plazo y creían que su objeto erar ganar tiempo y vivir gastando los caudales que ellos y otros mineros le habían adelantado; pedían que se le apremiara. Luego declaró Albornoze que, sabedor de que las aguas que venían de Aculco iban a ser entregadas a Don Francisco de Toca y no a ellos, para evitar que éste las disfrutase y las echase a perder o descubriese el secreto, determinó que saliesen al camino "dos personas de su satisfazón., con el nombre de Comisarios de Pólvora, a quitarlas a los Inds. q. las traían", como lo hicieron, poniéndolas en poder del declarante: estas aguas se comprobó luego que estaban adulteradas con agua común y no servían para hacer la experiencia. Los delitos se acumulaban: al engaño se unía ahora el asalto a mano armada y la usurpación de personalidad y autoridad.<sup>63</sup>

El memorial del comerciante Don Francisco de Toca agravó el asunto: expuso que era falso que las vasijas en que se estaban evaporando las aguas se hubieran roto; que estaban, desde el mes anterior, en casa de Albornoze, y que él había dejado esas aguas a Solórzano para que pudiese cumplir lo ofrecido al Virrey; opinaba que lo que querían Solórzano y sus socios era aprovechar las aguas, cuyo beneficio era cierto, sólo con el fin de disfrutarlo ocultamente; aconsejaba que se asegurara las personas de Solórzano y de Albornoze, tomándoles declaración por separado.<sup>64</sup>

En vista de todos estos memoriales, aumentó la ya natural desconfianza del Fiscal. A su parecer, los solicitantes se hacían sospechosos, al decir que les robaron las aguas el 28 de marzo, cuando, a primeros de abril, no dijeron nada al pedir que la prueba se realizara en casa de Albornoze; aconsejó al Virrey que mandase al Oidor Valcárcel hacer averiguación secreta de lo denunciado y, si resultaba cierto, prendiera a Solórzano y a Albornoze.<sup>65</sup>

Temeroso Solórzano de que fuese descubierto su engaño, huyó de la capital, pero seguíanle los pasos y fue cogido en Oaxaca y llevado a México. El Virrey decretó que pasara Valcárcel con todo secreto inme-

63 Id. de id. id. id. Dicho testimonio. Cuaderno 2.º, fols. 1 y 2, 16 a 18.

64 Id. de id. id. id. Dicho testimonio. Cuaderno 2.º, fols. 2 v.º a 3 v.º

65 Id. de id. id. id. Dicho testimonio. Cuaderno 1.º, fol. 17 v.º, y Cuaderno 2.º, fol. 4



diatamente a asegurar las personas de los dichos, poniendo a Albornoiz guardias en su casa y metiendo a Solórzano en la Cárcel de Abajo, registrando las casas de ambos y cogiendo cuanto oro y plata se encontrara allí. <sup>66</sup> Ocurría esto el 16 de abril, y, en el mismo día, los ministros de Justicia fueron a registrar la casa de Albornoiz y se mandó a éste que quedase preso en ella. Luego pasaron, para hacer lo mismo, a la casa en que Solórzano vivía con sus suegros, tomaron declaración a su suegra y cuñados y lo metieron a él en la Cárcel Real. <sup>67</sup> El 18 y 22 de abril de 1746, Albornoiz y Solórzano dirigieron sendos memoriales al Virrey, diciéndole que, por hallarse presos sin que se les hubiera notificado las causas de su encarcelamiento, no podían fabricar las aguas necesarias para la experiencia prometida a Su Excelencia. En vista de ello, Valcárcel aconsejó que, toda vez que no había resultado nada grave que pudiera impedir la soltura de Albornoiz, se le soltara bajo fianza, y si Solórzano, por no estar libre, no podía hacer las aguas, pasara, con soldados, a la casa de Albornoiz, donde se le señalaría habitación para ese trabajo, con un soldado de centinela, para que no se frustrara, con su ausencia, el experimento “mui conuente. para el sosiego y tranquilidad de todo el Reyno q. con los vozes déstos, y qe. Dn. Franco. de Toca difunde, está alborotado, concibiendo fantásticas e imaginatibas esperanzas, en materia más sujeta qe. otras a horror pr. las ayudas, extratagemas, y engañosas apariencias de q. suelen valerse los Ynventores de estas nobedades... con tan doblada simulazón. que engañarán al hombre más advertido...”. <sup>68</sup>

El Virrey decretó (30 de abril) la libertad de Albornoiz y que éste fuera responsable de la persona de Solórzano, que quedaría detenido en su casa. Solórzano se quejó del perjuicio irreparable que se le seguía por su falta de libertad, a pesar de ser el único inventor del “admirable y prodigioso secreto”, por el cual escribía, con toda frescura, que era “más digno de ser premiado qe. castigado y preso”. Insistía en que por falta de libertad de acción, no podía operar en su invento y pidió nuevo plazo para hacer el experimento. Presentó nuevo memorial por dos veces, pero no consiguió lo que solicitaba; el Virrey decretó (6 de mayo de

<sup>66</sup> Id. de id. id. id. Güemes al Rey. México, 20 de septiembre de 1748, y Testimonio adjunto, cuaderno 2.º, fol. 4 y v.º

<sup>67</sup> Id. de id. id. id. Testimonio adjunto a la carta de Güemes. Cuaderno 2.º, fols. 5 a 11 v.º

<sup>68</sup> Id. de id. id. id. Dicho testimonio, Cuaderno 2.º, fols. 34 y 35 y fol. 52.



1746) que quedaba firme su decreto del 30 de abril, aunque prorrogó el plazo para la prueba. <sup>69</sup>

Solórzano siguió afirmando que su invento era cierto, pero, a los requerimientos que se le hacían de una demostración palpable, íbala dilatando con diversos pretextos hasta que huyó de la casa de Albornoz, donde continuaba detenido y tenía los materiales y los metales. Refugióse en lugar sagrado; donde se mantuvo algún tiempo, pero saliendo después de allí a su capricho; cuando se supo esto, pusiéronle espías, que, al fin, lo cogieron, y de tanta tergiversación resultó evidente su engaño y su astucia para estafar. Probado su delito, fue condenado a servir ocho años en el presidio de Orán, y el Virrey Güemes resolvió enviarlo a España. <sup>70</sup>

Del tiempo de Fuenclara es la visita realizada, en cumplimiento de la Real Cédula de 14 de abril de 1742 que disponía se averiguara la que, por comisión del Arzobispo Virrey, hizo el Oidor Echávarri a las minas de Zacatecas y Sombrerete. El Conde dio comisión de ello a los Oidores Dávila y Fernández de Madrid, entregándoles los autos de la visita de Echávarri. Opinaron que no se podían poner en práctica las providencias dispuestas, por hallarse los dueños de las minas faltos de caudales, y que, en las ocurrencias que se presentasen allí, entendiera el Corregidor de Zacatecas, como Juez ordinario de Minas, y no Visitador ni Comisario alguno. Añadían que iguales providencias se podían adoptar en las minas de Sombrerete, dándose a su Alcalde Mayor las mismas atribuciones que al Corregidor de Zacatecas. El Virrey se conformó con este dictamen. <sup>71</sup>

En el último año del gobierno de Fuenclara se publicó una nueva edición de las "Ordenanzas de el nobilísimo Arte de la Platería, hechas y mandadas observar por el Excellentísimo Señor Marqués de Cade-reyta, Virrey de esta Nueva España, reformadas y añadidas por el Excmo. Señor Conde de Moctezuma, Virrey assimismo de dicha Nueva España, a pedimento del Capn. D. Nicolás Gonzales de la Cueva, Ensayador Mayor, Valanzario y Marcador de la Real Caxa de México, Abridor de Quintos, Sellos y Marcas Reales, Fundidor Mayor, Veedor de dicho Arte". En esta edición se les agregaron las reformas introdu-

<sup>69</sup> Id. de id. id. id. El mismo testimonio y Cuaderno 2.º, fols. 34 a 62.

<sup>70</sup> Id. de id. id. id. Güemes al Rey. México 20 de septiembre de 1748.

<sup>71</sup> Id. de id. Legajo 508. Fuenclara al Rey. México 28 de febrero de 1743. Id. Gualajara. Leg. 88. Fuenclara al Rey. México 28 de febrero de 1743.

cidas en ellas por el Conde de Fuenclara y se imprimieron a petición del Comandante de Granaderos Don Diego González de la Cueva, Ensayador Mayor del Reino, Balanzario de la Real Hacienda, etc.<sup>72</sup>

La plata extraída de las minas de México durante el gobierno del Conde de Fuenclara fue la siguiente:

En 1742	.....	962.000	marcos
" 1743	.....	1.014.000	"
" 1744	.....	1.210.000	"
" 1745	.....	1.215.000	"
" 1746	.....	1.353.000	"
		<hr/>	
		5.754.000	" 73

<sup>72</sup> Barrio: *Ordenanzas de gremios de la Nueva España*, págs. 284 y 285.

<sup>73</sup> Benítez: *Historia gráfica de la Nueva España*, pág. 183.

## XII

### EL COMERCIO

He hablado, en el capítulo anterior, de los emigrantes que se enriquecían en México con el producto de las minas, como el francés la Borde y el primer Conde de Regla, fundador del Monte de Piedad, para el que donó 300.000 pesos; favorecedor y protector de los Colegios franciscanos de México, Querétaro y Pachuca, y donador, en fin, a la Majestad Católica de Carlos III, de un buque de guerra, hecho todo de caoba, en el Astillero de la Habana: "El Conde de Regla".<sup>1</sup>

Pero no fueron sólo los mineros los millonarios de Nueva España. Enormes fueron también los caudales de los grandes terratenientes. Así el Conde del Valle de Orizaba poseía cincuenta y cinco haciendas en el actual Estado de Puebla; el Marqués de Jaral de Berrío y el Conde de San Mateo de Valparaíso disfrutaban de inmensas propiedades en Guanajuato, Durango y Zacatecas y el Marqués de San Miguel de Aguayo tenía fincas tan extensas en Coahuila que se podía correr a todo galope una semana entera sin salir de ellas. A su numerosa servidumbre de lacayos y mozos, debido al color de los chalecos de sus libreas, se la conocía, en toda la comarca, por el apodo de "barrigas coloradas".<sup>2</sup>

---

<sup>1</sup> Romero de Terreros: *Ex antiquis...*, págs. 198-199.

<sup>2</sup> La casa de San Miguel de Aguayo, que ha merecido los honores de un trabajo especial norteamericano, fue fundada por D. Agustín de Echeverz y Subiza, oriundo de Ansoáin (Navarra), creado Marqués de dicho título en 23 de noviembre de 1682, y que casó con una de las mujeres más ricas de la Nueva España, doña Francisca de Valdés Alcega y Urdiñolas, propietaria de todas las minas de los Lois y Urdiñolas y de uno de los más grandes latifundios del mundo, que alcanzaba más de la mitad de la provincia de Nueva Extremadura y parte considerable de Nueva Vizcaya y Zacatecas. Su hija única, la 2.ª Marquesa, Ignacia Javiera, fundó un mayorazgo que comprendía las ricas haciendas de Nueva Jalisco y Nueva Vizcaya, así como propiedades en Navarra. Romero de Terreros: Ob. cit., pág. 201; Chabot: *Los poderosos Aguayos*, en "Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía", tomo VII, 4.ª época, págs. 127 a 133.

La sabiduría popular condensó, sin embargo, en la breve fraseología de los refranes, la triste verdad de que no siempre todo el que iba a América se enriquecía, sino que había quien regresaba de allá más pobre y con las ilusiones perdidas.

Mi marido fue a las Indias  
en busca de un capital;  
trajo mucho que decir,  
pero poco que contar.

Aconsejaba un proverbio llevar dinero al partir para América, con objeto de comerciar con él, al decir: "Anda que andáis que a las Indias vais; toma que llevéis para que traigáis", porque los que fiaban en que tenían un tío en Indias, esperando su herencia, debían tener en cuenta, en el caso más favorable, que "hacienda de Indias y herencia de bonete e hisopo, luce mucho y dura poco". En fin, locución vulgar era el *unto de México*, es decir, el dinero, y otra copla popular daba un mazazo definitivo a las exageraciones de los que volvían de América y contaban y no acababan de contar maravillas, la que comenzaba:

Ni la Veracruz es cruz... <sup>3</sup>

Una de las principales ocupaciones de los colonos españoles era el comercio, en el cual también se formaron algunas colosales fortunas. Entre los presos mercaderes de la época del Conde de Fuenclara ocupaba un lugar preeminente Don Jacinto Martínez de Aguirre. Hombre que gozó de la amistad y de la confianza de varios virreyes, había nacido en Vizcaya en 1707 y fue Capitán Comandante del Batallón del Comercio, Caballero de la Orden Militar de Calatrava, Alcalde ordinario de México, Asentista de Naipes y Alcabalas de la Puebla y también de Pulques. <sup>4</sup>

Poseía una casa y huerta en el pueblo de San Angel y, en su magnífica hacienda de Tepetates, tuvo hospedados, durante mes y medio

<sup>3</sup> Vergara: *Algunos refranes, modismos y cantares geográficos que se emplean en América española o que se refieren a ella*, págs. 250 a 253.

<sup>4</sup> Murió el 27 de julio de 1757 y fue enterrado en el presbiterio de la iglesia principal de dieguinos descalzos, de cuya provincia era síndico general, siendo su entierro muy concurrido. "Era bien recibido en esta república, motivo porque fue generalmente sentido de todos". *Diario de sucesos notables*, publicado en el tomo VI de "Documentos para la Historia de Méjico", pág. 158.



(octubre a diciembre de 1755) al Virrey Conde de Revillagigedo y a su esposa.<sup>5</sup>

De él se decía que era “notoria su inclinación al juego”,<sup>6</sup> pero el Secretario del Virrey Fuenclara escribía de él a la Corte en estos términos altamente elogiosos: “...es un mercader o negociante de México de buenas prendas, asiste mucho en palacio, y juega con el Virrey, quien le manifiesta más aprecio y confianza que la que conviene, porque lo repara el público, y se opone a la circunspección que pide la superioridad del empleo. Tiene el Asiento de Naipes, que se le remató en tpo. del Duque de la Conquista y con otros socios el de Alcaualas de la Puebla en el presente Gobierno, pero no se le hizo ninguna equidad, ni interuino paso irregular ni indecente, porque subió asta cantidad crecida e inesperada; vna y otra gracia pide al Virrey, y suele concedérsela, creyendo que no le ha valido la privanza vn peso, y puede ser que le haya costado algunos la aplicación al Juego; no es sujeto perjudicial, ni tiene cooperación su Consejo en las materias de gobierno”.<sup>7</sup>

El Conde de Fuenclara, quizá gracias a la amistad con él mantuvo buenas relaciones con los comerciantes; ya vimos cómo supo llamar, cuando lo necesitó, a su corazón y a su bolsillo, para mantener y defender los dominios españoles, y cómo los comerciantes respondieron, con muy buena voluntad, a la petición del Virrey.<sup>8</sup>

Había, en la Audiencia, un Oidor Juez de Alzadas del Consulado y otro Juez de Almonedas.<sup>9</sup>

Formaba el Comercio una corporación especial, con su Universidad de Mercaderes y Real Tribunal del Consulado; dividiáse en dos grupos o parcialidades, que llevaban los nombres de Montañeses y Vizcaínos, a causa de ser estos dos elementos españoles los más numerosos,<sup>10</sup> y contaban también con su milicia propia, llamada el Regimiento de los Comerciantes. Era éste de “hasta mil hombres, que se presentan con uniforme encarnado del más rico paño de grana, chupa y vuelta azul de lo mismo, con botón amarillo, todos con espadín a lo menos de plata,

---

<sup>5</sup> Romero de Terreros: *Ex antiquis...*, págs. 38 y 108.

<sup>6</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 1.505. Dávila a Ensenada. México 29 de noviembre de 1744.

<sup>7</sup> Id. de id. id. id. Fernández Molinillo a Ensenada. Veracruz 26 de noviembre de 1744.

<sup>8</sup> Id. de id. id. Leg. 509. Fuenclara a Ensenada. México 17 de abril de 1744, y testimonio adjunto.

<sup>9</sup> Id. de id. id. Leg. 541. *Diarios...* en 1743, fol. 2.

<sup>10</sup> Id. de id. id. Leg. 1.336. Fuenclara al Rey. México, 30 de enero de 1743.

bericú, sombrero y chupa galoneada de oro fino, bota blanca con charretera de terciopelo negro, cartucheras azules bordadas generalmente de oro de realce, montera de pelo los granaderos, con las vueltas guarnecidas y bordadas de oro sobre campo azul, y su borla correspondiente, Fusil, Bayoneta, y hacha de munición, distinguiéndose sólo los Oficiales en tener casaca guarnecida a doble galón de oro...".<sup>11</sup>

Además del regimiento, llamado por antonomasia del Comercio, había tres Compañías: la primera, de Infantería, como el regimiento del Comercio, compuesta de cien soldados granaderos, del gremio de Plateros "que no se distinguen del Comercio... más que en tener tres charreteras de oro, sobre el lugar de la sangría en cada uno de los brazos..."; las otras dos eran de Caballería ligera, y compuestas de los dos Gremios de Panaderos y Tocineros, que, como los anteriores, iban vestidos, montados y pertrechados por su cuenta, sirviendo a S. M. "graciosamente, siempre que se les ordena": el uniforme de los primeros era de rico paño azul, con chupa, vuelta y dragona encarnada, bandolera, sombrero y chupa guarnecida de plata fina; el de los segundos era del mismo paño encarnado, con chupa, dragona y vuelta azul, con la guarnición de oro.<sup>12</sup>

A semejanza de los de Sevilla, Barcelona y Burgos y rigiéndose por las mismas leyes en lo fundamental, se había establecido, en México, un Tribunal Real del Consulado, que se componía de un prior, dos cónsules, dos conciliarios, cinco diputados, un asesor letrado y un procurador; llamábase Universidad de los Mercaderes de la Ciudad de México y extendía su jurisdicción a todos los territorios dependientes del Virrey. El prior de este Tribunal era, al llegar Fuenclara, el General Don Francisco de Echeveste, y el cónsul primero Don José Soroa (ambos elegidos en enero de 1741); cónsul segundo era Don Jacinto Martínez de Aguirre, elegido en 7 de enero de 1742.<sup>13</sup>

Una Real Cédula de 7 de mayo de 1741, confirmada por otra de 22 de agosto de 1742, mandaba que se llevase a debido efecto lo resuelto en la Sala de Justicia del Consejo de Indias, sobre la nulidad pretendida por los calificadores del partido de los Montañeses en las últimas elecciones que se habían celebrado para cubrir las vacantes del Prior, Cónsul

---

<sup>11</sup> San Vicente, J. M.: *Exacta descripción de lo... Corte mexicana*, en "Anales del Museo de Arqueología de México, V, pág. 31.

<sup>12</sup> Id. id. en id., V, pág. 32.

<sup>13</sup> *Mercurio* de enero de 1742, en *Bibl. Mex.*, II, pág. 877.

Menor y Diputados del Tribunal del Consulado de Nueva España: preveníase en ella que, para evitar iguales controversias, se informase al Rey si sería oportuno establecer una alternativa.<sup>14</sup>

En la "Instrucción Reservada", dada al Conde pocos días antes de salir de Madrid se le decía por el Rey:

"Haviendo llegado a mi noticia las inquietudes que se subscitan en México en el tiempo de celebrarse las elecciones de Prior y Cónsules del Tribunal del Consulado en Nueva España commoviéndose entre sí los Yndividuos que componen el Comercio, y haciéndose tema entre Montañeses y Vizcaynos de que prevalezca uno u otro partido, practican medios improprios para conseguir y juntar votos que faciliten en cada respectiva parcialidad recaiga en ella la elección, de que se han seguido perjudiciales consecuencias, discordias y repetidas quejas y litigios, que han venido a mi Consejo de las Indias poco fundados, qe. sólo sirven para embarazarle inútilmente. Y conviniendo arrancar la raíz de estos daños, ocasionados únicamente de la ambición con que ambas parcialidades solicitan superarse y vencerse, formando porfiados empeños en lo que no deven hacerse, pues en una y otra estoy informado se encuentran sugetos muy dignos de estos empleos, que atiendan con celo a mi servicio y al bien común, y que, mereciéndome igual amor y venebolencia los vizcaynos y Montañeses, a quienes miro como vasallos de la mayor fidelidad. He resuelto que, para asegurar el sosiego y tranquilidad en los comerciantes de México, y evitar la desunión e inconvenientes que hasta ahora se han padecido, y que se observe en adelante la alternativa para la elección de Prior y Cónsules de aquel Consulado entre los dos partidos de Montañeses y Vizcaynos y de los demás individuos que sigan a cada uno, daros (como os doy) todo el poder y facultad necesaria, a fin de que la establezcáis con firmeza y que subsista y se practique siempre...". Decíale que, para la forma de su establecimiento, se arreglara a lo que contenía un papel adjunto rubricado por el Secretario de Estado y del Despacho.<sup>15</sup>

El papel a que aludía la Instrucción decía:

"Modo en que podrán arreglarse las elecciones del Prior y Cón-

---

14 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.336, doc. 3. Fuenclara al Rey. México 30 de enero de 1743.

15 Id. de id. Leg. 1.505. Instrucción reservada al Conde de Fuenclara, capítulo 18. Aranjuez 23 de abril de 1742.

sules de México que se celebran cada dos años entre los dos partidos de Vizcaynos y Montañeses para establecer la alternativa.

"1.º Cada bienio se celebra Elección Gral. en que se votan treinta sugetos que deben ser Almaceneros por Electores para que voten y elijan Prior, Cónsules y Diputados, los quales han de ser por el término de dos años, esto es, reeligiéndose al Prior en el segundo, y eligiendo Cónsul en lugar del qe. quedó por más antiguo en el primero, respecto de ser los Ministerios de Cónsules por dos años.

"2.º Estos treinta electores deberán ser quince del partido de Montañeses, y los otros quince del de Vizcaynos, en que quedarán con igualdad y sin agravio ambos partidos.

"3.º Los treinta Electores han de votar y elegir en su primer año vn Prior que es por vn año y vn Cónsul moderno para acompañar el que queda por más antiguo, y éste se elige para dos años, de forma que se puede verificar la alternativa en la manera siguiente.

"4.º Si el Priorato toca a un partido su elección, y reelección al otro partido, y, con esta consecuencia, en el siguiente biennio vendrá a tocar la elección del Prior al partido que antes tocó la elección de los Cónsules, con cuia regla se irán alternando en ambos partidos cada biennio los Ministerios de Piores y Cónsules, sin que ninguno de los dos sea perjudicado.

"5.º Los mismos treinta electores deberán elegir y votar los cinco Diputados del Comercio en cada año; Y, respecto de que, en ésto, no puede haber proporción, podrán ser, en el primer año, tres de un partido y dos de otro, y, en el segundo año, se votarán tres del partido de que antes fueron los dos, y dos del que antes fueron los tres, y de esta suerte quedan con igualdad en lo sucesivo todos los empleos de la Elección.

"6.º Se advierte que los Piores, Cónsules, Electores y Diputados no han de ser sólo Vizcaynos y Montañeses, sino de éstos y de los otros sujetos de las Probincias de España e Yndias que siguen sus respectivos partidos, siendo a propósito para ello".<sup>16</sup>

Fue esta una de las primeras cuestiones que hubo de resolver el Conde de Fuenclara al encargarse del mando, y lo hizo con satisfacción de Montañeses y Vizcaínos, estableciendo la alternativa en los cargos del Consulado y del Comercio entre ambos partidos. Seis días después

---

<sup>16</sup> Id. de id. id. id. Copia del papel dado a Fuenclara, remitido a D. José de Carvajal y de Lancaster. Buen Retiro 17 de diciembre de 1742.



de su llegada, el 9 de noviembre de 1742, Fuenclara mandó que Don Francisco Sánchez de Tagle, Don Juan Rubín de Celis, Don Domingo Mateos y Don Sebastián de Aziburu, que habían sido priores y eran, en el Comercio, sujetos "de representación y séquito", los dos primeros del partido de los Montañeses y los otros dos del de Vizcaínos, se juntasen y, haciéndose cargo de la resolución de S. M. y del papel en seis artículos, discurrirían, en vista de una y otro, y propondrían a S. E. el modo de ponerla en práctica, con acierto y permanencia, apartando, para lo futuro, todo motivo de discordia y de duda.<sup>17</sup>

En cumplimiento del decreto virreinal, los cuatro representantes del Comercio estudiaron el proyecto de alternativa, y, el 15 de diciembre de 1742, representaron al Conde de Fuenclara, de común acuerdo, todo lo que se les ofrecía sobre la materia, proponiendo un reglamento en doce artículos, que él encontró conformes al deseo del Rey, y aprobó. Había duda sobre cuál de los dos partidos debía comenzar la alternativa, y el Virrey, aunque tenía poderes del Rey para obrar a su arbitrio, la decidió discretamente por sorteo entre ambos. Aprobados los doce puntos por decreto del Virrey de 17 de diciembre, mandando que, conforme a él, se celebrasen en adelante las elecciones de los oficios del Tribunal del Consulado, se ordenó que lo determinado tuviese fuerza de Ordenanzas.

El 18 de diciembre se efectuó el sorteo en presencia del Virrey: la suerte favoreció al partido vizcaíno. Luego se eligieron Prior, Cónsul y Diputados correspondientes. Los electores, que debían ser *Almazeneros*, eran 15 vizcaínos y 15 montañeses. Para el sorteo se procedió del modo siguiente: Se echaron, en dos sombreros, los papeles correspondientes; en el uno, dos papeles que decían *blanco* y *suertes*; en el otro, dos, que el uno decía Parcialidad de Montañeses, y el otro Parcialidad de Vizcaínos, para que la Parcialidad que sacase el papel de suerte fuera la que comenzase la alternativa. Y, habiendo metido, para es efecto, un niño de seis años la mano en el sombrero donde estaban los dos papeles de parcialidades, sacó uno que decía Parcialidad de Montañeses, y, metiendo la mano en el otro en que estaba la suerte, sacó el que estaba en blanco, quedando en los sombreros la suerte de la Parcialidad de los Vizcaínos.

La designación de electores para el bienio 1743-1744 se efectuó el

---

17 Id. de id. id. Leg. 1.336, doc. 3. Fuenclara al Rey. México 30 de enero de 1743.

7 de enero de 1743, después de las dos de la tarde, en la sala del Real Tribunal del Consulado y Universidad de Mercaderes, ante el Licenciado Don Juan Rodríguez de Albuerne, Marqués de Altamira, Oidor de la Audiencia de México; el General Echeveste, y los Cónsules Soroa y Martínez de Aguirre. Habíanse propuesto 102 personas y se eligieron 30 de ellas, quince por cada parcialidad. El 8 de enero, los treinta electores eligieron Prior del Tribunal del Consulado a Don Miguel Alonso de Ortigosa, del partido vizcaíno, y Cónsul Menor a Don Francisco Manuel Sánchez de Tagle, del montañés. También se eligieron, al mismo tiempo, cinco diputados: 2 montañeses y 3 vizcaínos.<sup>18</sup>

El Consulado y Comercio de Nueva España, como escribía Fuenclara, era el cuerpo de mayor confianza para suministro de dinero, pero estaba muy falto de caudales, porque en 1742, había hecho un donativo de 100.000 pesos, gobernando la Audiencia, para las urgencias de la guerra, y el 5 de marzo de 1743 adelantó 1.200.000 pesos, señalándosele para su pago la renta anual de Alcabalas de 280.000 pesos, sin interés alguno. Ambos servicios —como se decía entonces— habían perjudicado al Comercio, sobre todo el segundo, porque, para ese anticipo, buscó dinero a rédito y pagando anualmente, a obras pías y particulares que lo proporcionaron, un 5 %, que llegaba hasta 60.000 pesos anuales. Esta lealtad de los comerciantes a la Corona de España merecía, en opinión del Virrey, que se le manifestase gratitud, y así lo representó a S. M., diciendo que era muy apreciable y que, comparada con la que había hecho el de Cádiz, era más importante y meritoria.<sup>19</sup>

Además de esos quebrantos, sufría el Comercio, en sus efectos, desde el comienzo de la lucha con Inglaterra, porque no llegaban flotas;<sup>20</sup> la guerra continuaba con furor y el Atlántico se hallaba lleno de escuadras enemigas, que impedían a los españoles la carrera de las Indias, interrumpiendo casi absolutamente el comercio con la metrópoli. Por esto, subieron de valor, en Nueva España, todos los efectos, hasta tal punto que fue preciso que los obispos publicaran pastorales y que se acordase la reducción del adorno de las iglesias.<sup>21</sup> No obstante esta falta de comercio con Europa “el Reino de Méjico, bajo el suave gobierno del

<sup>18</sup> Id. de id. id. id. Del mismo al mismo. México 30 de enero de 1743.

<sup>19</sup> Id. de id. id. Leg. 509. Fuenclara a Ensenada. México 20 de febrero de 1744.

<sup>20</sup> Id. de id. id. Leg. 1.336, doc. 21. Fuenclara a Triviño. México 1 de marzo de 1743.

<sup>21</sup> Rivera: *Los Gobernantes de México*, I, pág. 360.

Conde de Fuenclara, florecía cada día más y las rentas reales se aumentaban".<sup>22</sup>

En 1736 había llegado a México la flota del Teniente General Don Manuel López Pintado, pero, desde 1737, se interrumpieron los viajes regulares de las flotas de Cádiz a Veracruz, a consecuencia de la guerra, y, en su lugar, llegaban unas embarcaciones a que se daba el nombre de *Registros*, en su mayor parte con banderas de potencias neutrales, a los que se agregaban, de tiempo en tiempo, algunos buques de guerra, que conducían el azogue necesario para las minas por cuenta del Real Erario. Hasta 1749 no se restableció el sistema de flotas.<sup>23</sup>

En 19 de febrero de 1744 remitió el Virrey a España la representación que le hizo el Consulado, solicitando que el Rey relevara a los comerciantes de Nueva España de que las consignaciones del dinero que enviaban y los efectos que con él compraban en Cádiz se hicieran a los matriculados del Comercio de España, sino que se les dejara la libertad de que gozaban antes de que se les impusiese esa obligación.<sup>24</sup>

El Real Tribunal del Consulado y el Comercio habían enviado al Rey una representación, quejándose de que muchos de los individuos del Comercio de los Reinos de España se habían quedado en las provincias de la Nueva España y dedicado a negociar, con absoluta separación de los géneros que llevaron de Europa o que recibieron después de su llegada, ya como suyos propios, ya por encargo de otros, lo cual debilitaba el Comercio mejicano, de tal modo que estaba amenazado de ruina; que, con el pretexto de comerciar los efectos que habían llevado de España a su nombre y consignación, habían introducido el arbitrio de comprarse unos a otros todas las mercancías en que creían hallar algún interés, lo que hacían, con especial empeño, los que, de unos navíos de Registro, se habían quedado en Nueva España, y alcanzaban la entrada de otros, dando más ocasión a ese desorden la dilatada permanencia que habían hecho en aquella tierra, ganando gruesas cantidades, que mantenían, en su mayor parte, estancadas en su poder, por no poder remitirlas a causa de la guerra; que de esto se seguía, que, establecidos en el país, y principalmente en la capital del Virreinato se enteraban

<sup>22</sup> Cavo: *Los tres siglos de México*, Libro XI, año 1743, pág. 136.

<sup>23</sup> Pérez Hernández, J. M.: *Diccionario... de la República Mexicana*, III, pág. 687, art. Comercio Exterior de México.

<sup>24</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 1.505. Fuenclara a Ensenada. México 19 de febrero de 1744.



de la abundancia o escasez de los géneros, del consumo de ellos y de la estimación en que se hallaban, y se aprovechaban de estas noticias para comprar telas y otros géneros, logrando los unos las primeras ventas a precios exorbitantes, y los otros las reventas "con crecidos aprovechamientos", de lo que resultaba la carestía, en perjuicio de los comerciantes y de los demás habitantes de Nueva España, porque los Almaceneros, que debían comprar de la primera mano, compraban de la segunda, y los que tenían tiendas, de tercera, y de unos a otros, siempre costaba más el género a los pobres y a los que necesitaban de él, quedando la ganancia del exceso al mercader español, que lo compró para revenderlo. De lo que resultaba otro daño, no menos digno de remedio: que los principales mercaderes de Nueva España, que compraban al por mayor, aun siendo adinerados y capaces de hacer gasto considerable, se contenían por el temor de que, al comprar los géneros a más precio que los españoles, por haber de tomarlos de segunda mano, tendrían poca venta, y los tenderos o comerciantes al por menor, hallando menos conveniencia en sus casas que las de los españoles, compraban a éstos, que vendían así bastante deprisa sus mercancías, mientras que los otros se quedaban con las suyas, sin esperanza de darles salida. Los Encomenderos que iban de España permanecían bastante en el Virreinato y, aunque algunos regresaban a Europa, les sucedían otros en gran número y siempre prevalecía "el comercio de los que llaman *Gachupines*<sup>25</sup> y se atrasa más y más el de los Mercaderes de la Nueva España". A ello contribuía especialmente el mal estado de las correspondencias de mar afuera y la manera irregular con que navegaban los buques de España, pues, no habiendo fundamento en que fijar el discurso para un proporcionado empleo, los comerciantes temían que, si cualquiera de ellos se empeñaba en una compra importante, y, por azar, llegaba uno o varios navíos de Registro con abundancia del género que él compró, forzosamente debía abaratarlo y exponerse a notable pérdida. Esto no sucedía a los mercaderes de Europa, porque tenían noticias particulares y frecuentes de los navíos que se despachaban y de la carga que llevaban. A todo eso se añadía que los comerciantes españoles, no contentos con recoger los géneros que se conducían de España al Nuevo Mundo, habían extendido

---

<sup>25</sup> A los españoles nacidos en Europa se les llamaba *gachupines*, que en lengua mejicana significa "hombres que tienen calzados con puntas o que pican" —*cactili*, calzado, y *tsopini*, picar—, alusión a las espuelas, compuesto *cactiopin*, modificado luego. Alamán: *Historia de Méjico*, I, pág. 7.



su negociación a todos los que se traficaban en los puertos americanos y aun a los del interior de Nueva España, “pues no perdonan las Ferias de Cacao en la Veracruz, ni las de efectos de Philipinas en Acapulco, ni las de grana en Oaxaca, ni las tintas y cacao en Goatemala, ni en otra parte alguna los frutos”, no reparando en los medios de aumentar su fortuna. Como los mejicanos no podían ya reparar sus atrasos, apelaban a la murmuración, afeando los excesos de los españoles al encarecer las telas y los frutos, y abominando de los caudales que malgastaban en pasatiempos y de todo resultaba la perceptible decadencia del Comercio. Por eso, el Consulado y Comercio de Nueva España se veía precisado a acudir a S. M., para que prohibiese en absoluto el que se despachasen navíos de Registro para el puerto de Veracruz, que habían de navegar uno a uno o dos a dos, y mandase que todas las licencias que hubiere concedidas o que, en adelante, se concedieren, fueran bajo la condición de salir y navegar cinco o seis embarcaciones juntas, para su seguridad y defensa. Si, en la práctica, había en esto algún inconveniente, lo que convenía era que S. M. señalara el pueblo de Jalapa u otro lugar de su Real agrado, para la precisa y continua residencia de los cargadores y comerciantes que llegaran de España, con la limitación de que no pudieran salir del lugar que se señalare, durante su estancia en las provincias de Nueva España, ni internarse o trasladarse a la ciudad de México ni a su distrito, y que se les prohibiera también todo trato en los productos del país, de Filipinas y de las demás partes de América, imponiendo graves penas a los transgresores, que debían ejecutar las justicias de Nueva España. Sobre todo ello pidieron los comerciantes al Virrey que informase a S. M. lo que la pareciese proporcionado al bienestar del Comercio, sin detrimento del de España, y en atención al importante fin de la buena armonía que debían guardar uno a otro y que tanto contribuiría al esplendor de la Monarquía.

El Conde de Fuenc Lara envió la representación antecedente con carta de 25 de noviembre de 1744, en la que apoyaba lo solicitado por los comerciantes mejicanos, diciendo era cierto que lo hacían obligados por los perjuicios que experimentaban de la permanencia en la capital del Virreinato de los comerciantes de España, con grandes existencias (*cargutos*) de ropas y efectos, no sólo de los que llevaban de España sino de las compras que, repetidamente, hacían de los sucesivos Registros que llegaban de la metrópoli. Consecuencia de ello era la lastimosa esteri-

lidad de las ventas y el atraso del Comercio mejicano, con daños irreparables que padecían todos los comerciantes. Además esos mercaderes españoles, faltando a las órdenes de los dueños cuyos intereses manejaban, se establecían en las provincias del Virreinato, y permanecían mucho tiempo en ellas, haciendo carecer a sus representados de sus caudales y de los beneficios que éstos podían reportarles. Recordaba el Virrey que, ya en otra ocasión, para remedio de tales daños, ocasionados por iguales motivos, se sirvió S. M. resolver se estableciese la Feria de mercaderías conducidas por las Flotas en Jalapa, pues, con la limitación del tiempo que debían residir allí los cargadores, despachaban todo lo que llevaban en encomienda a su cuidado y se volvían a marchar con sus respectivos caudales, cogiendo los interesados de España, con poca demora, los que les pertenecían, y los que no habían logrado despachar todos sus efectos permanecían en dicho pueblo hasta su total venta, sin permitirles internarse con ellos en otros lugares. Terminaba el Virrey diciendo que, con motivo de la guerra existente, los más de los factores se habían asentado en la ciudad de México y sólo pasaban a Veracruz cuando llegaban a este puerto navíos con permisos, adquirían su cargamento y se volvían a México, elevando el precio de los géneros, que escaseaban, a su capricho, trastornando la armonía del Comercio: por tanto convenía que S. M. tomara resolución conveniente, que cortara los perjuicios de que se quejaban los comerciantes mejicanos y alentara a éstos a conseguir el curso regular de su trato.

Con la representación del Comercio se envió un memorial del Aporoderado del Consulado y Comercio de México, pidiendo también que se prohibiera a los comerciantes españoles el traficar en Nueva España y que los Registros navegaran en grupos de cinco o seis.

El Marqués de la Ensenada remitió (17 de mayo de 1745) la carta del Conde de Fuenclara, la representación y el memorial predichos al Consejo de Indias y éste pasó los dos últimos documentos a Don Alejo Gutiérrez de Rubalcava, Presidente del Tribunal de la Casa de Contratación de Indias, pidiéndole su informe. Diolo el 22 de junio del mismo año, diciendo que lo que pedía el Comercio de Nueva España perjudicaba a los españoles, haciéndoles estar en un pueblo en espera de que fuesen allí a comprarles; nadie iría allí y los comerciantes de Nueva España mantendrían los precios altos, "como en los tiempos que mediaban entre la llegada de una Flota a otra". Que si el "Comercio de México

(que pinta con tanta viveza sus perjuicios) propusiese a V. M. al mismo tiempo que el remedio de ellos, el de evitar la detención y pérdidas, que se seguirían al de estos Reynos, si quedase el primero en libertad de que el segundo no pudiese vender sino en Xalapa, por vn medio semejante al que se acordó quando se estableció que las Ferias de vno y otro Comercio se celebrasen en aquel pueblo, y se creyese que el beneficio o el perjuicio que resultase de la providencia era partible en ambos Comercios, sería muy dentro de las reglas de buen gobierno y de la igualdad con que se deben tratar los vasallos...". Pero quejarse de que los españoles que pasaban allá compraban los géneros filipinos y americanos, y llamar ilícita a esta negociación, teniendo los comerciantes de allí la misma libertad de hacerla y acaso más disposición de conseguir las ventajas que decían lograban los españoles, no sólo creía Rubalcaba que era ponderación nacida del deseo de ser solos, para que no hubiera más tiendas que las suyas, sino que era una expresión que se les debía corregir, puesto que, en Cádiz y en todas las ciudades de la península se permitía a los vasallos de potencias amigas el vender, en almacenes y tiendas, los géneros de sus países de origen, y comprar los frutos y mercaderías de aquí. Añadía que los comerciantes mejicanos tenían igual libertad de comprar en España, por Real Cédula de 20 de noviembre de 1738, y los españoles no habían protestado por ello; que si navegaban juntos los Registros de España en grupos de cinco o seis era más fácil que los enemigos lo supieran y aumentaran las dificultades que, aun navegando solos, tenían los buques de llegar a su destino, y, últimamente, que la noticia del memorial del Comercio de México de que los españoles, por sus exorbitantes ganancias, podían vivir con esplendidez, mostraba lo voluntarioso de la queja y el desafecto hacia los comerciantes españoles.

El Consejo de Indias, en vista de todo y pese al informe de Rubalcaba, elevó su consulta al Rey (Madrid, 23 de septiembre de 1745), diciendo que el Consulado de Nueva España tenía justo motivo para quejarse y ponderar la ruina que le resultaba del abuso de los Factores, Maestros y Encomenderos del Comercio de España, los cuales, con el pretexto de la guerra presente y valiéndose de que se navegaba en Registro y no en Flotas, querían lograr las ventajas de su comercio, aboliendo y vulnerando todas las leyes de él, con detrimento universal de los comerciantes y vasallos de Nueva España, haciendo que los géneros se vendieran a subido precio y lo que, por ejemplo, debía venderse por



cuatro, llegaba a venderse hasta por doce o veinte, desorden que era preciso contener y remediar, como se hizo en 1728, en que S. M. resolvió que las ferias de las flotas que saliesen de España se celebrasen en Jalapa, por estar a mitad de camino entre Veracruz y México. El Consejo no dictaminó en lo referente a que hicieran el viaje cinco o seis navíos juntos "por considerar que esto depende de los accidentes de la guerra y de los particulares ajustes que hicieran los dueños de los Registros". Para evitar los daños que resultaban de la estancia en México de los Factores y Encomenderos españoles, opinó el Consejo que el Virrey, luego que supiera la llegada a Veracruz de algún navío de Registro, lo notificara al Consulado y Comercio mejicanos, para que acudieran a comprar, en Jalapa, los géneros que llevara, en el plazo de un mes, con la advertencia de que, pasado ese plazo, se miraría a esos géneros como sobrantes, de los que no se podría impedir a dichos Factores y Encomenderos que los internaran en el país, ni tampoco el que pasaran ellos en persona, como ya se les permitió por Real Cédula de 2 de abril de 1728. Pero el Virrey debería prohibir, con graves penas, que los mismos compraran los Registros que fueran llegando a Veracruz: éstos debían ser vendidos por los Encomenderos y Factores que llegaran con ellos, aunque permitiéndoles que los dejaran encomendados a quienes quisieran. En fin, no se debía permitir que dichos Factores y Encomenderos trataran en los productos de Nueva España ni los revendieran; tampoco podrían revender los de España, sino sólo venderlos al por mayor; pero podrían, con el producto de las mercancías que llevaran, comprar y permutar los géneros que iban de España a México y al contrario.<sup>26</sup>

De acuerdo con el parecer del Consejo, el Rey, queriendo conciliar los intereses españoles y mejicanos, mandó se diese un mes de plazo a los comerciantes de México para que pudiesen comprar en Jalapa la carga que transportasen los navíos de Registro, pasado cuyo plazo, ya no podrían impedir que las mercancías pasaran a México o a otras poblaciones de Nueva España, no permitiéndose nunca que las vendieran al por menor, pero sí que las cambiaran por frutos del país. Creyóse así que se corregirían los defectos del Comercio: destinóse el pueblo de Jalapa para residencia de los cargadores y comerciantes y se señaló la manera de vender las mercancías. Impidióse que los comerciantes espa-

---

<sup>26</sup> A. gen. de Indias. Indiferente. Leg. 8, doc. 34. Consulta del Consejo de Indias de 23 de septiembre de 1745.



ñoles negociaran por su cuenta y que transportaran los géneros de acuerdo con el estudio previo que hacían de las necesidades y gustos de los habitantes de aquel país; a la vez se estorbó que se aumentara el comercio con Filipinas para proteger el de España, no pudiendo exceder de un millón de pesos la cantidad que llevaran los galeones a su retorno.<sup>27</sup>

Ante las quejas del Consulado de México, que decía sufría el Comercio mejicano cuantiosos quebrantos a causa de que algunos comerciantes españoles negociaban independientemente de los géneros que llevaban de Europa, el Conde de Fuenclara llamó a los comerciantes más acreditados, les rogó que se reunieran en número de cuatro o seis y le expusieran, por escrito, los remedios que juzgasen contribuirían a acabar con los daños experimentados por el proceder de algunos cargadores o flotistas, sin hacerlo con el aparato de una junta general ni otras diligencias ruidosas, pues no convenía alterar la buena armonía existente entre ambos comercios. Reuniéronse los designados y presentaron luego al Virrey los artículos siguientes:

1.º Los comerciantes españoles, que se hallasen en México, atenderían sólo a la venta de sus consignaciones, sin que, ni por sí ni por otras personas, pasaran a hacer compras en la Veracruz, de los efectos que se condujesen en otros Registros, ni de los que tuviesen sus colegas en el mismo puerto; si no cumplían esto, serían borrados de la matrícula del comercio de España.

2.º Se vigilaría cuidadosamente que no diesen orden a la Veracruz para semejantes comisiones, no sólo de géneros de España, sino también de cacao, patíes, mantas y cera de Campeche, que se transportaban de las islas de Barlovento, encargando de dicha vigilancia a las autoridades del puerto de Veracruz.

3.º Se prohibiría a los españoles que despachasen propios a Oaxaca y Guatemala para comprar grana y añil, pues esto lo debían hacer en la Veracruz, durante el tiempo de los despachos y ferias que se celebraban.

4.º También se prohibiría a los españoles la remisión de caudales para emplearlos, en Acapulco, en la compra de géneros de Filipinas, por el perjuicio que, con esto, resultaba al Comercio de Nueva España, y, mucho más, a la generalidad de los pobres, que vivían de las maniobras hechas con esos géneros.

Comunicó Fuenclara particularmente a los Diputados de España

---

27 Rivera, M.: *Los Gobernantes de México*, II, pág. 362.

estos cuatro artículos y le dijeron que les parecían difíciles de observar; no obstante, convenía que proveyese decreto para notificarlos a los españoles residentes allí y ellos le expondrían los inconvenientes que se ofrecían para su práctica. Efectivamente, los comerciantes españoles representaron al Virrey (8 de octubre de 1745) los imponderables perjuicios que, forzosamente, se les ocasionarían, si se ponían en práctica las providencias tomadas, sugeridas por los comerciantes mejicanos; no existía prohibición legal de negociar los españoles en México, ni a residir allí con sus efectos, ni de poderlos vender o cambiar dentro o fuera de la capital, excepto cuando fuesen las flotas. Fuenclara, en vista de esta representación, que estudió atentamente, se convenció de que tenían razón y suspendió la ejecución de los cuatro artículos expresados "dexando las cosas en el estado en que antes se hallaban, hasta que S. M. se dignase resolver lo que fuese de su Real agrado".

Fue el Virrey Güemes quien dio cuenta (13 de abril de 1747) del recibo de la Real Cédula de 22 de noviembre de 1745 y de que aplicó la providencia conveniente para que la comprendiesen los individuos del comercio español y mejicano y, para que, con arreglo a ella, hiciesen las ventas y compras en el tiempo y sitio que se les señalaba.<sup>28</sup>

La ciudad más comercial del Virreinato era su capital, México, y el lugar más representativo de tal actividad humana su hermosa plaza Mayor, de la que nos queda una descripción contemporánea, brillante y llena de colorido:

"...Queriendo tratar sólo —dice— de la plaza Mayor, para hacer por ella la más clara manifestación de la grandeza de esta Corte... es una Babilonia tal, que sólo se significa diciendo, que en ella está todo el Orbe epilogado, donde el que entre con dinero correspondiente, puede hacer alarde del desseo y apetito, que a excepción de aquel mentido Pájaro de Arabia, y otras rediculezes de las Fabulosas Novelas de los Poetas Antiguos, en todo lo demás quedará plenamente satisfecho, porque aun separando las muchas y opulentas Tiendas, surtidas de quantos géneros se texen en Europa, América, Africa y Asia, se hallan bajillas de todos los precios, y inferiores metales. Alhajas usuales para todos fines. Pedrería costossísima, y ordinaria de todos Minerales. Instrumentos para el uso de todos los Artes Liberales, y mecánicos. Vestidos hechos

<sup>28</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 1.339. Fuenclara a Ensenada. México, 27 de enero de 1746; Indiferente, Leg. 8, docs. 34 y 49; Id. Leg. 28, doc. 8.º Consejo de Indias de 10 de marzo de 1747.

nuevos, viejos, exquisitos, y ordinarios para toda clase de personas de ambos sexos. Ajuares como se apetezcan. Jaezes para innumerables Caballos... Comidas todas horas con la mayor utilidad para personas de limitadas facultades. Diversos géneros de dulces y refrescos. Lozas, y Crystales para los varios fines que se fabrican. Pinturas, y Esculturas, así de Imágenes, como de las famosas históricas y Fábulas. Armas de todos géneros ofensivas, y defensivas. Libros de muchos idiomas, Artes, y Ciencias. Instrumentos de cuerda, y de viento... Figuras y juguetes infinitos para niños. Pájaros para la diversión de los más exquisitos... Pescados secos y frescos de América y Europa. Animalejos domésticos vivos, así útiles como de recreo. Aves y animales comestibles de quantas produce el Reyno. Yervas medicinales y odoríferas para la salud y gusto. Hortalizas de todas calidades. Flores de las innumerables que se crían en los circunvecinos Jardines y campos... Y, últimamente, tantas frutas y de tantas calidades que, para comprobar lo expresado, y conocer la amenidad de este segundo Parayso Terrenal, las nomino por menor...". Y, a continuación, cita las clases de aguacates, batatas, brevas, castañas, ciruelas, cocos, chirimoyas, dátiles, fresas, granadas, guindas, higos, limones, madroños, manzanas, melones, naranjas, peras, piñas, plátanos, sandías, uvas, etc.<sup>29</sup>

El lugar del centro de la plaza en que estaban los cajones de los vendedores se llamaba el Parián.

En la parte de esta amplia plaza construida en arcos se hallaban las tiendas de seda y, delante de ellas, puestos de legumbres y de frutas, atendidos por mujeres. Pero la mayor parte de los mercaderes de seda vivían en la calle de San Agustín "muy rica y divertida".<sup>30</sup>

En el lado de Poniente había grandes almacenes de telas de oro, trabajadas en Europa. Alrededor del bello pilar de mármol del centro de la plaza cuatro líneas de tiendas pequeñas de madera, presentaban "todo quanto curioso se puede desear de seda, oro, lienzo, encaxes, cintas, gafas y otras mercaderías de moda".<sup>31</sup>

Cerca de la plaza Mayor estaba la hermosa calle de la Platería, en la que se podía ver, en menos de una hora, "el valor de muchos millones en oro, plata, perlas y piedras preciosas"; era "en extremo larga y de

<sup>29</sup> San Vicente, J. M. de: *Exacta descripción de la magnífica corte mexicana en "Anales del Museo de Arqueología de México"*, tomo V, págs. 32 y 33.

<sup>30</sup> *Historia general de los viajes*, tomo XXI, pág. 330.

<sup>31</sup> Id. de id. id., págs. 334 y 335. Viaje de Lionel Wasser.



extraordinaria riqueza". Una de las calles más largas y anchas de la ciudad, la de Tacuba, tenía casi todas sus tiendas llenas de sobras de hierro, acero y cobre; las agujas que se vendían allí pasaban por ser las mejores de América.<sup>32</sup>

El comercio de la capital se hacía especialmente por los canales. "Cada día de la semana —escribía Wasser medio siglo antes y su impresión de México había cambiado poco desde entonces— tiene sus diferentes mercaderías, pero el sábado se distingue particularmente. Este es el día en que se ven llegar de todas partes a México flotas de frutas y de flores, que dan a toda la Ciudad la apariencia de un jardín...".<sup>33</sup>

El precio de las mercancías era bajo, tanto que medio peso bastaba cada día para el gasto de un hombre. "Pero como no hay monedas de cobre —escribía Careri— y la menor pieza de plata es de medio real, se hallan con una dificultad continua para el comercio de los comestibles, como frutas y legumbres. En el día, como antes de la conquista, son las almendras de cacao la moneda corriente del mercado de las hierbas, sobre el pie de sesenta, u ochenta por un real, según el precio del cacao, que jamás es fixo".<sup>34</sup>

De las tiendas de barbero y sangrador quedaban aún algunos ejemplares muy característicos a fines del siglo XIX: eran curiosas, con "sus formidables tenazas y su cortante bisturí", sus puertecillas cerradas con celosías y su interior, adornado con estampas y figuras de papel recortado y la imagen de algún santo; sobre la mesa o pendiente de la pared se ostentaba "el estuche de negro y grasiento cordobán, conteniendo las navajas de antigua forma, botes de hojadelata con pomada de rosa y toronjil, aceite de Macasar y bandolina", no faltando la guitarra.<sup>35</sup>

También eran muy curiosos los establecimientos dedicados a la venta del pulque o pulquerías, de los que, hacia 1750, quedaban, entre otros: la de Bello o Delgadillo; la de los Pelos; la de la Puente Quebrada, en la pazulela de lo Polilla; la de Tumba Burros; la de la Nana; la de las Papas, y la de Juanico Rodríguez.<sup>36</sup>

La de Tumba Burros, en la plazuela del Tecpam de San Juan, se mantuvo durante muchos años, con su vecino y célebre figón, dirigido

32 Id. de id. id., págs. 330 y 334. Viaje de Gage y de Wasser.

33 Id. de id. id., pág. 334. Viaje de Lionel Wasser.

34 Id. de id. id., pág. 339. Viaje de Careri.

35 Rivera Cambas, M.: *México Pintoresco...*, II, pág. 94.

36 Revillagigedo, Conde de: *Remate del Asiento de Pulque blanco*, en "Bibliografía mexicana...", de León III, págs. 1.213-1.215.



por la *china* Juana la *Tangos*, cuyo lujo se hizo proverbial en México: adornaba sus zapatos con escudos de oro y usaba enaguas de castor, cubiertas de lentejuelas y escudos y con pretina de seda verde; el rebozo era de clase superior y poseía un sentido del buen gusto tan exquisito, que llamaba siempre la atención en la calle. El mole de su casa era sabrosísimo, y el domingo acudía tanta gente a probarlo, que, ante el establecimiento se formaba una larga fila de coches. <sup>37</sup>

Pero las pulquerías daban ocasión a tantas “deshonestidades, blasfemias y desvergüenzas”, <sup>38</sup> que el Conde de Fuenc Lara, atendiendo a numerosas quejas y reclamaciones, hizo cerrar gran número de ellas y, especialmente, extinguió las que había en las plazas Mayor y del Volador “por los insultos y delitos que de ellas resultaban en ofensa de ambas Magestades y de la República”. <sup>39</sup>

No hay que olvidar las pulperías, tiendas en las que se encontraban, para su venta, diversos artículos para el abasto: vino, licores, objetos de droguería y mercería, etc. <sup>40</sup>

Para facilitar el comercio del interior del Virreinato, proveyendo a su seguridad, existían funcionarios especiales que dependían de las llamadas Guardias Mayores, estando éstas bajo el mando de un miembro de la familia Vértiz, que poseía esta dignidad con carácter hereditario desde 1709, por concesión de Felipe V al caballero santiaguista Don Juan Miguel de Vértiz. Habíase hecho esta merced vitaliciamente y por “otras quatro vidas más”, junto con la Alcaldía del Palacio y Bosque de Chapultepec, pudiendo el agraciado nombrar, para servir las tres Guardias Mayores de Río Frío, Cerro Gordo y Monte de las Cruces, a las personas que bien le parecieren. <sup>41</sup> Habíanse creado estas Guardias porque “como el comercio, en los dos primeros siglos de la dominación española, no era ni podía ser muy activo, tanto por el sistema administrativo como por la escasa población, los caminos eran ordinariamente poco transitados, siendo su misma soledad un elemento más que animaba

37 Rivera Cambas, M.: *México Pintoresco...*, II, pág. 250.

38 A. gen. de Indias. México, Leg. 1.341. Güemes al Rey. México, 24 febrero 1747.

39 Id. de id. Escribanía de Cámara del Consejo. Leg. 245. Cuaderno 6.º de la Residencia de Fuenc Lara, fol. 70.

40 Maniau: *Compendio de la... Hacienda...*, pág. 121, nota 20.

41 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.340. Copia de la concesión, Madrid, 19 de noviembre de 1709.

a los malhechores a emprender con mayores ventajas su criminal carrera".<sup>42</sup>

En tiempo de Fuenclara poseía la Alcaldía de Chapultepec y las tres Guardias Mayores Don José Marcos de Vértiz, contra el cual entablaron litigio los vecinos comerciantes, dueños de recua, así como los naturales de Jonacatepec, Yautepec, Cuautla Amilpas y otros lugares, solicitando que se quitaran las Guardias, estimándolas más perjudiciales que beneficiosas a sus intereses. El Virrey consultó con el Auditor de Guerra, el Fiscal y el Asesor General, que propusieron se nombrara cuatro sujetos idóneos, con el título de Provincial de la Hermandad; en vista de ello, Fuenclara decretó (México, 3 de septiembre de 1744) que el Tribunal del Consulado propusiera los que pudieran ser elegidos, y lo mismo solicitó de la Ciudad de México y de la Real Sala del Crimen. El Consulado se excusó del encargo; el Cabildo de México, después de ver el decreto virreinal en sesión de 17 del mismo mes, se excusó el 28 también; y la Sala del Crimen contestó el 8 de octubre, mostrándose favorable al mantenimiento de las Guardas. Fuenclara devolvió los autos al Fiscal.<sup>43</sup>

Las quejas contra las Guardas Mayores se habían presentado en agosto de 1742, gobernando la Audiencia; el Apoderado General de los pueblos de Xochitepec, Chimalhuacan, Chalco y otros, y, en su nombre, José Antonio Chavero, declaró que los Guardas de Aculco, Trespalos y Cerro Gordo, además de cobrar a todos los pasajeros, injustamente, pasaje, lo hacían con crueldad, aunque se tratara de eclesiásticos; cobraban de los españoles hasta del maíz ancho, lenteja y frijol, y hasta de la poca verdura que llevaban a su casa, y, si no les pagaban, les quitaban, en prenda, hasta las armas; en cuanto a los indios, exigían que les pagasen "hasta de un canastillo de tortilla que pasen o de flores"; si no pagaban, los maltrataban y encerraban en el cepo.<sup>44</sup>

Vértiz se defendió de estos cargos. Su procurador declaró que todo lo movía el teniente de Jonacatepec y un hacendado "engreído" Don Francisco Urtasa; había éste obtenido de Vértiz carta que le eximía de pagar pasaje y abusó de ella, introduciendo cuanto le parecía; había

<sup>42</sup> Pérez Hernández, J. M.: *Diccionario geográfico... de la República mexicana*, I, página 71.

<sup>43</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 1.340. Cuaderno 6.º anejo a la carta de Fuenclara de 28 de enero de 1746, fols. 1 a 40.

<sup>44</sup> Id. de id. id. Dicho Legajo. Cuaderno 4.º, fols. 45 a 47.

eclesiásticos que, bajo su privilegio de inmunidad, pasaban frutos ajenos en sus recuas; hubo pasajero que se jugó 500 pesos de su amo y luego se fingió robado, hiriéndose con un vaso, para que la Guardia pagase el importe del robo; en fin, se decía que el paso de Aculco no era peligroso y no hacían falta allí los guardas, por estar a la vista de poblados y eso no era cierto, pues los robos eran frecuentes.<sup>45</sup>

El Fiscal Bedoya aconsejó al Virrey (16 enero 1745) que convocase una Junta para resolver la cuestión: compúsose de los Oidores Echávarri, Marqués de Altamira y Trespalacios; del Regente y Contador del Tribunal de Cuentas, Barroeta y Avendaño; de los Oficiales Reales de Hacienda, Don Manuel Angel de Villegas Puente y Don Felipe Fernández Pacheco; y los Fiscales Bedoya Osorio y Andreu. Convocada el 3 de septiembre, se reunió el 15 del mismo mes, bajo la presidencia del Virrey, asistiendo todos sus componentes, menos Andreu y resolviendo informar a S. M. que diera encargo especial de la guarda de caminos al Capitán Don José Velázquez Lorea, Provincial de la Santa Hermandad, el cual, con menos gente, mantendría la seguridad del comercio. Aceptó el propuesto y el Virrey decretó (7 enero 1746) se librara a Velázquez título de Guarda Mayor interino de los caminos del Reino.<sup>46</sup>

El número de cuadrilleros no bajaba nunca de 90 hombres, que se aumentaban cuando llegaba la nao de la China o alguna flota; todos llevaban su uniforme e iban armados de escopeta, pistola, trabuco y otras armas.<sup>47</sup>

El Consulado y Comercio de México había logrado, de la Secretaría del Despacho de Indias, una Real Cédula (13 diciembre 1744), en la que se mandaba al Virrey que aplicase "las más vivas y eficaces providencias" para evitar la fabricación y el consumo del aguardiente de caña. Fuenclara encomendó esta vigilancia a Don José Velázquez Lorea "por la experiencia y zelo con que se empleaba en la persecución de los delinquentes", dándole, para ello, la Instrucción correspondiente y la autorización de cumplirla con independencia de cualquier tribunal o justicia, con objeto de lograr el rápido castigo de los fabricantes de dicho licor. Ya, a raíz de su llegada a México, Fuenclara hizo publicar, en todas las provincias, un bando (31 de diciembre de 1742) en que se daban providencias para acabar totalmente con esa fabricación, bajo

45 Id. de id. id. *Leg.* 1.340, Cuaderno 4.º, fols. 331 a 346.

46 Id. de id. id. id. Dicho cuaderno 4.º, fols. 350 a 420.

47 Id. de id. id. id. Dicho cuaderno, fol. 341.



graves penas, semejantes a los publicados anteriormente por el Marqués de Casafuerte y el Arzobispo Virrey, a los que habían coadyuvado los prelados del Virreinato, amenazando con censuras eclesiásticas a los transgresores de ellos. Velázquez comenzó su misión castigando a algunos fabricantes, pero luego renunció a ella, excusándose de proseguirla, a pesar de las reiteradas instancias que le hizo el Virrey, por serle moralmente imposible atender a la vez a la persecución de facinerosos y fabricantes de aguardiente. Conociendo Fuenclara que eran ciertas sus excusas, le devolvió su libertad y escribió a la Corte (30 de noviembre de 1745) cuán preciso era dar esa comisión a un sujeto "de celo, desinterés y aplicación", con la misma independencia de la justicia; para ello hacían falta, por lo menos, 10.000 pesos anuales, para el pago de subalternos y gente de a caballo, que recorrieran todas las provincias del Reino "pues ninguna hay en donde no se vse más o menos de las tales bebidas"; creía difícil el encontrar una persona de las circunstancias requeridas, porque la materia tenía gran campo "para lograr considerables aprovechamientos y dexar con más vigor el vicio, y más oculta la forma de remediarle". Con la carta de Fuenclara llegó un memorial de los Diputados del Consulado y Comercio de la Universidad de Cargadores de las Indias: repetía lo mismo que el Virrey, proponía se nombrara a Don José Velázquez, con las mismas atribuciones para perseguir delincuentes, y aconsejaba que, para subvenir a esos gastos, se cobraran cuatro reales de plata por cada barril de aguardiente que se cargara y entrara en el puerto de Veracruz. El Consejo, al que remitió todo (30 septiembre 1746) el Marqués de la Ensenada, no encontró justificado este subsidio y se limitó a recomendar que se mandara al Virrey el castigo de los fabricantes de aguardiente.<sup>48</sup>

Con la lejana provincia de Filipinas se mantenía el comercio por medio de la celeberrima nao de la China. Patiño hubiera querido comerciar directamente con las Filipinas desde España, pero los holandeses lograron, durante casi todo el siglo XVIII, impedir a los españoles el paso por el cabo de Buena Esperanza, no dejando libre más que la ruta del cabo de Hornos.<sup>49</sup>

Desde que, a raíz de la sumisión de Filipinas por Legazpi, se estableció el comercio entre Manila y Acapulco, la llegada de la nao de la

<sup>48</sup> Id. de id. Indiferente, Leg. 8, doc. 39. Acuerdo del Consejo. Madrid, 14 abril 1747.

<sup>49</sup> Rodríguez Villa: *Patiño y Campillo*, pág. 93.



China era, para los habitantes de Nueva España un acontecimiento de grandísima importancia. Construidas esas grandes embarcaciones en los astilleros de Bagatao, lugar cerca de Manila, conducía cada galeón anual unas 600 personas, incluyendo los pasajeros, bajo el mando de un general de la Armada. El cargamento se componía de productos filipinos, como algalias, paños burdos y drogas, pero, en mayor cantidad de artículos chinos: enormes cantidades de tela de seda y seda en rama, 50.000 pares de calzas, piezas de género (tafetanes, damascos, pequines, preciosos camocanes), especias y juguetes. También llevaban los fardos tejidos de la Indias, importados por armenios y persas, y frutos del archipiélago. Manila, en gran parte de esta carga, era, como Inglaterra, comerciante intermediario, pero muchos artículos quedaban en Filipinas. En cambio de esto, por las naos de Acapulco, recibía Manila alcaparras, aceite de Castilla, aceitunas, almendras, calzado, cochinilla, conservas, cordobanes, damascos, dulces, gorras de terciopelo, harina, jamón, jabón, medias de punto, medicinas, paños, papel de Castilla, plata, raso, sombreros, terciopelos, vino, vinagre y artículos de modista, procedentes de Europa.<sup>50</sup>

Embarcábanse en las naos más caudales y efectos de los que permitían las disposiciones legales, muchas veces porque se daban permisos indebidos, como sucedió durante el interregno anterior a Fuenclara. La Audiencia había permitido embarcar para Manila cantidades pertenecientes a individuos que iban a avecindarse en Filipinas: al regreso del patache "Nuestra Señora del Pilar", llevaba este buque a ellas (7 de diciembre de 1742) 1.374.715 pesos, 6 reales y 4 granos en cuya cantidad iban incluidos 530.500 pesos de las licencias dadas por la Audiencia a particulares; el Rey aprobó las licencias dadas por la Audiencia bajo condición de que los sujetos a quienes se había permitido embarcar para establecerse en el archipiélago deberían permanecer en él más de ocho años, como disponía la ley 28, título 15, libro 3 de la Recopilación. Pero ordenó al Virrey que, para evitar fraudes en lo sucesivo, publicara un bando prohibiendo que quien se embarcara para Filipinas llevara caudal que no fuera suyo, bajo pena de perderlo. Todo el caudal que hubiera embarcado quedaría por suyo, aunque luego se descubriera que pertenecía a otros sujetos, dando S. M. por nulas cualesquiera escrituras que se hubieran celebrado, sin que nadie pudiera presentar ninguna reclamación.

---

<sup>50</sup> Romero de Terreros: *Ex-antiquis...*, págs. 182 y 183; Espejo Hinojosa, Cristóbal: *Evolución histórico-política de Filipinas*, págs. 192 y 197-198.

Hizo el Virrey promulgar el bando en México, Puebla y Oaxaca y que se fijaran los edictos en los lugares públicos acostumbrados.<sup>51</sup>

Las naos de Acapulco salían de Manila en julio y, a los seis meses, en enero, llegaban a Acapulco. En su forma, los navíos eran cortos y anchos, de poco calado y la cubierta la formaban tablas mal unidas a lo largo del buque. Al Estado pertenecía la propiedad de ellas, y cuanto se cargaba estaba exceptuado de fletes. La cabida solía ser de 1.500 toneladas y la carga, desde Manila, la constituían 1.500 fardos, todos del mismo tamaño. El día de la salida de Manila, como el del retorno, se celebraban con extraordinario regocijo en la ciudad, se cantaba el Tedéum, había repique de campanas, músicas callejeras, colgaduras e iluminaciones.<sup>52</sup> Los compromisarios del comercio de Manila atendían a los gastos de la internada; así, en 1742, "hicieron el servicio", es decir, contribuyeron a esos gastos con 15.000 pesos.<sup>53</sup>

También "el millar de campanas de la capital del Virreinato, con su algarabía vocinglera, servían para anunciar el arribo a Acapulco" del galeón, expuesto, en su prolongada y penosa travesía, a los riesgos de la navegación y a las depredaciones de los piratas.<sup>54</sup> En el regreso de Manila era tan segura la lluvia entre los paralelos 30 y 70, que no se hacía gran provisión de agua potable.<sup>55</sup>

A la sazón era Acapulco o Los Reyes una ciudad pequeña, capital de su gobierno, habitada por chinos, mulatos y negros. Tenía una iglesia parroquial, dos conventos y una Contaduría para la cuenta de los derechos que producían los géneros que conducía la nao de la China. La ciudad no tenía nada de notable. Su clima era cálido y húmedo y poco sano: por eso sólo habitaban allí ocho familias de españoles. Su existencia se debía principalmente a la Feria que se celebraba cuando llegaba la nao de la China. Su puerto era seguro y espacioso, pudiendo anclar en él hasta 500 navíos, estaba rodeado de cerros y defendido por el castillo y Real Fuerza de San Diego, situado sobre un promontorio y bien provisto de artillería; el Gobernador de él llevaba el título de Teniente General de las Costas del Mar del Sur; además de la guarnición del castillo,

---

51 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.338, doc. 3. Fuenclara al Rey. México, 25 de noviembre de 1744.

52 Espejo, ob. cit., págs. 192 y 198.

53 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.336, doc. 5. Fuenclara al Rey. México, 30 de enero de 1743.

54 Alessio Robles, Vito: *Acapulco en la historia y la leyenda*, pág. 124.

55 Romero de Terreros: *Ex-antiquis...*, pág. 183.

la población contaba, para su defensa, con tres Compañías de Milicias, una de chinos, otra de mulatos y otra de negros.<sup>56</sup>

Los mercaderes y los arrieros se ponían en movimiento para dirigirse a Acapulco a esperar a la ansiada nao, repleta de chinerías, de mantones de Manila, de porcelanas exóticas y de especias perfumadas. El entusiasmo se desbordaba. Llenaban el camino de la capital a Acapulco "con las caponeras al frente, numerosas recuas de mulas, con arreos flamantes, que producían un deslumbramiento con sus frontaleras, anteojeras, quijeras y muserolas bordadas de rojo y adornadas con pequeños espejos. Sobre los aparejos de las bestias, las preciadas cargas de plata acuñada y en pasta, las pasamanerías de oro de Puebla, la artística loza de Guadalajara, los afamados sarapes de Saltillo, la cochinilla de Oaxaca y el cacao de Tabasco y de Chiapas".<sup>57</sup>

Los comercintes más ricos de México, del Perú y aun de Chile acudían a la Feria, jinetes en briosos caballos y con una numerosa escolta de familiares y sirvientes aguerridos, que cuidaban de su seguridad personal y de la de los valiosos caudales de que eran portadores: plantaban extenso campamento de tiendas, por no haber bastantes alojamientos en la ciudad y convertían a ésta en una concurrida y alegre población.<sup>58</sup>

Normalmente no contaba Acapulco más que con 4 ó 5.000 habitantes, pero, con la Feria, aumentaba hasta 9 ó 10.000, que se desbordaban sobre la playa cuando los vigías señalaban la aproximación del galeón. Presentábase éste majestuosamente por la extremidad oriental de la isla de la Roqueta, con sus puentes de altos bordos, con su espolón adornado con figuras simbólicas, con su alta envergadura y su velamen hinchado, y, al enfilarse la bocana grande, saludaba con once cañonazos, que eran contestados con otros tantos de los cañones que asomaban sus bronceas bocas repujadas por las barbetas del castillo de San Diego...".<sup>59</sup>

Una vez liquidadas las mercancías, zarpaba la nao de Acapulco, generalmente en marzo y llegaba a Manila en junio. Así fue el tráfico durante más de dos siglos y la Feria de Acapulco adquirió fama universal.<sup>60</sup>

La presa que Anson hizo de la nao "Covadonga" en 1743 inte-

56 Alcedo, A. de: *Diccionario geográfico-histórico...*, I, págs. 9 y 10.

57 Alessio, ob. cit., pág. 124.

58 Id. ob. cit., pág. 124; Romero de Terreros, ob. cit., pág. 183.

59 Alessio, ob. cit., pág. 125.

60 Romero de Terreros, ob. cit., pág. 183.



rrumpió este comercio, como he dicho en otro capítulo. Durante el gobierno de Fuenclara se repitieron estos ataques ingleses: así sucedió con el navío *San Francisco* alias *La Peregrina*, que zarpó de Cádiz para Veracruz, bajo el mando del Capitán Don Francisco Javier de Tovar y que fue apresado y conducido a Jamaica.<sup>61</sup>

Naturalmente esto dificultaba el contrabando, aunque éste no cesó del todo, pues, a pesar de las dificultades acumuladas por las leyes, los comerciantes que querían hacerlo, anclaban en un puerto español, so pretexto de averías; se compraba el derecho de descargar el navío en un recinto cerrado, cuya puerta se sellaba; pero, por una puerta trasera, había gentes combinadas con los traficantes extranjeros, que, durante la noche, retiraban mercancías extranjeras y las reemplazaban por productos del país.<sup>62</sup> Las leyes de Indias prohibían el acceso a todos los puertos de las colonias españolas a todo navío extranjero, pero, en caso de avería grave o de necesidad absoluta, el Capitán General, previa consulta con el jefe de la escuadra de defensa, podía autorizar a los navíos extranjeros a anclar en el puerto.<sup>63</sup>

En la "Instrucción reservada" se le decía a Fuenclara que los fraudes por ilícito comercio habían ocasionado, desde hacía muchos años, la decadencia de los intereses reales y del Comercio español y de las Indias y se le mandaba que vigilara y estuviera muy a la mira de que no se introdujera nada furtivamente; que lo que se capturara de ese origen se vendiera en provecho del Erario, y que desterrara todas las viciosas tolerancias que se habían permitido en el pasado.<sup>64</sup> A esta advertencia se unió la Real Cédula de 18 de junio de 1741, que había mandado vigilar las ilícitas introducciones que se hacían por navíos de flotas, azogues y avisos, que llevaban frutos y otros géneros para cambiarlos por oro, plata y grana, que se llevaban, a su vuelta a Europa, fuera de registro. Fuenclara cumplimentó esta orden, expidiendo los despachos convenientes a Veracruz, Campeche y Acapulco el 24 de diciembre de 1742.<sup>65</sup>

En el proyecto de contrata con Brethous (27 de abril de 1742) se

61 A. H. de P. Sevilla. Oficio 16 de 1745 de Mateo Díaz Menéndez Valdés, fol. 43.

62 Labbat: *Nouveau voyage aux îles de l'Amérique*, tomo V, pág. 217.

63 Desdevises du Désert: *Richesse et civilisation*, en "Revue Hispanique", tomo LXXIII, pág. 190.

64 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.505. Instrucción Reservada. Aranjuez, 23 de abril de 1742.

65 Id. de id. id. Leg. 1.336. Fuenclara al Rey. México, 14 de marzo de 1743.



le permitió, como especial favor, quedarse con cien toneladas del buque, para cargar de las mercancías que quisiera y venderlas libremente en América, obligándose a pagar al Rey, al volver de su viaje, 6.000 pesos de a 15 reales vellón; el producto de esa venta podría traérselo en moneda de cuño mejicano en la fragata, sin que se le pudiera exigir, a su regreso, más que un 5 %.<sup>66</sup> A la fragata "Le Dauphin", en que Fuenclara hizo su viaje, se le hizo, efectivamente, una contrata ventajosa, pero, cuando ya estaba cargada y pronta a emprender el regreso, arribó a Veracruz, el 8 de marzo de 1743, la saica "Conde de Chinchón", con la Real Orden de 8 de diciembre de 1742 en que se prohibía a todo buque con bandera neutral el transporte de oro, plata, frutos ni otros efectos a España: en su vista, el Gobernador y Oficiales Reales del puerto mandaron a la fragata que descargase sus efectos. El Maestre objetó a ello que se le había autorizado para cargar en virtud de su contrata y el Virrey le permitió, pese a dicha disposición, que llevase frutos y 8.000 pesos para el pago de la tripulación y para atender a los accidentes que pudieran sucederle en alta mar.<sup>67</sup>

Si el patache de Filipinas llevaba fardos fuera de registro, se le decomisaban, considerándolos contrabando, así se hizo, en 1739, con los que llevó, en esas condiciones, el "Nuestra Señora del Pilar".<sup>68</sup>

El 18 de noviembre de 1741 había llevado a Veracruz el bergantín francés *Julia*, con 27 prisioneros españoles, devueltos por el almirante inglés Vernon, los cuales pertenecían al séquito del Duque de la Conquista. La Audiencia permitió al bergantín vender su carga, pagando derechos dobles; el Gobierno de Madrid, al saberlo, escribió a Fuenclara que los Ministros de la Audiencia debían entregar a la Real Hacienda 40.112 pesos, importe de la carga del bergantín. El Virrey escribió a Campillo que dudaba que los miembros de la Audiencia pudieran pagarlos, porque la mayor parte de ellos carecían de caudal propio y habría que retenerles, como se le mandaba, el sueldo hasta que se hubiera entregado la cantidad total. La Audiencia envió una instancia al Rey (23 de abril de 1743) suplicando se le perdonara el dicho pago, y Ensenada escribió a Fuenclara que no la estrechara al reintegro de la suma hasta que se le avisara la resolución de S. M., pero el Virrey no debía decirle

---

66 Id. de id. id. Leg. 1.505. Minuta del contrato. Bayona, 27 de abril de 1742, artículos 7.º y 9.º

67 Id. de id. id. id. Fuenclara al Rey. México, 22 de abril de 1743.

68 Id. de id. id. Leg. 1.336. doc. 6. Fuenclara al Rey. México, 30 de enero de 1743.

nada. En cuanto a Fuenclara, ante las súplicas de los Oidores, que no podían vivir sin sus sueldos, suspendió lo que se le había ordenado acerca de la multa y recomendó la citada instancia; por fin, una Real Orden de 9 de mayo de 1744 comunicó al Conde que el Rey absolvía a los miembros de la Audiencia del pago de los 40.112 pesos, y los perdonados manifestaron al Virrey su rendido reconocimiento "por la piadosa liberación de esta pena", prometiendo que, en lo sucesivo, manejarían mejor el servicio del Rey.<sup>69</sup>

Parecido a éste fue el asunto de la balandra francesa "Le Griphon" en el año 1741 también; se dispuso que la Audiencia pagara a las Cajas Reales 4.185 pesos, importe de la venta de los géneros de la balandra.<sup>70</sup>

El Duque de la Conquista había dado orden verbal, en 1741, al Gobernador y Oficiales de Veracruz, para que ajustaran, como lo hicieron, con el francés Pablo Rasteau, que éste proveería de armas y jarcia a dicha plaza y a los navíos de la Armada de Barlovento, bajo condición de no traer otras mercancías. No obstante, al llegar a Veracruz (10 de junio de 1743) el hermano del contratista francés, Elías Nicolás Rasteau, llevaba, en la fragata "Lion d'Or", además de lo estipulado, otras mercancías, cuyo transporte explicó diciendo que las llevaba para excusar su navegación, en caso de haberse encontrado con los ingleses. El Gobernador y Oficiales de la plaza comunicaron el caso al Virrey, diciéndole que pensaban decomisar la carga, a lo que él respondió que "el caso era extraordinario y que necesitaba mirarse con más reflexión"; dejóles, sin embargo, en libertad de obrar como les pareciera conveniente. Después, atendiendo al favor que el contratista hizo llevando armas, dispuso que las mercancías se almacenaran, pero no se vendieran, hasta que S. M. resolviera; por fin, que se vendieran, ingreşando el producto en la Caja de la ciudad.<sup>71</sup>

Parecido a este asunto fue el de Don Pedro de Estrada, que intentó introducir géneros en México a su regreso de Jamaica, donde había ido con pretexto del rescate del azogue; no logró su propósito, y se le hizo salir de Nueva España.<sup>72</sup>

69 Id. de id. id. Leg. 509. Fuenclara a Campillo. México, 20 de marzo de 1743 y minuta de respuesta; Leg. 1.505. El mismo a Ensenada. México, 19 de febrero de 1744, 24 de agosto de 1744 y 4 de noviembre de 1743.

70 Id. de id. id. Leg. 1.338. Fuenclara al Rey. México, 25 de abril de 1745, y representación.

71 Id. de id. id. Leg. 509. Fuenclara a Triviño. México, 31 de julio de 1743; Leg. 1.505. Del mismo a Ensenada. México, 10 de junio de 1744.

72 Id. de id. id. Leg. 1.505. Fuenclara a Ensenada. México, 25 de noviembre de 1744.

Ya hablé también en otro capítulo de la cuestión de la balandra inglesa "Spee Well", que llegó a Veracruz el 24 de junio de 1745 con 53 prisioneros españoles que se devolvían. Pero llevaba también géneros ilícitos, consistentes en cajones con tabaco y cacao, de los que eran factores los españoles Don Esteban Cortés y Don Jerónimo Pomar, aunque iban consignados a Guillermo Dimpster, vecino de la isla de Roatán. El Virrey mandó que Cortés fuera encerrado en el castillo de San Juan de Ulúa, y Pomar en la cárcel pública y que los géneros fueran desembarcados y almacenados. Cortés se refugió en la iglesia del castillo, cuyo capellán intentó el recurso de inmunidad. De las declaraciones resultó que el ir a devolver los prisioneros fue sólo un pretexto para vender las mercancías y que se simuló el consignatario Dimpster, siendo probablemente Cortés; por ello se resolvió decomisar los géneros, sin que el hecho fuera considerado irregular ni aun por los ingleses. Pero como no se había presentado otro caso semejante en el tiempo que duraba la guerra, el Virrey, obrando siempre con la discreción y cautela que le caracterizaban, pidió el dictamen de un sujeto práctico, que lo dio el 9 de agosto, aconsejando dejar ir libre la balandra, por ser materia de "poca entidad" y en atención a que pudiera haber más prisioneros en Jamaica, que serían maltratados por la plebe. Después de nuevas consultas, el Virrey, conformándose con el parecer fiscal, dejó marchar la balandra, permitiéndole vender el tabaco y el cacao, pagando los correspondientes derechos reales; mandó poner en libertad a Cortés y a Pomar, arreglándose la cuestión de la inmunidad de la iglesia del castillo de acuerdo con el Obispo, sentándose, en adelante, que la inmunidad no fuera válida para los presos en él por delitos de esa naturaleza; en fin, se permitió al Capitán Price que vendiera los géneros precisos para aprovisionarse de los víveres necesarios para el retorno del buque. Fuenclara mandó, además, al Gobernador de Veracruz, que contestase al de Jamaica "con urbanidad", advirtiéndole que los canjes de prisioneros los hiciera en La Habana, por ser menor la distancia y acostumbrarse así.<sup>73</sup>

La comunicación comercial con España estaba casi reducido a los avisos y naves de registro que transportaban la correspondencia oficial; habíase recomendado a Fuenclara que procurase mantener esa comunicación con la posible frecuencia. Desde 1735 se había permitido a los par-

---

<sup>73</sup> Id. de id. id. Leg. 510. Fuenclara a Ensenada, México, 30 de noviembre de 1745, testimonio adjunto a ella, fols. 16 a 20, y acuerdo del Consejo de Indias, también adjunto a la carta.

ticulares comerciar con las Indias, con ayuda de navíos autorizados o *Registros*, nombre que se daba a todo buque que tenía permiso de exportar mercancías a las Indias y traer plata y cochinilla,<sup>74</sup> pero este progreso sólo fue aparente: la rutina y las consideraciones de seguridad hicieron mantener la costumbre de disponer los registros en convoyes; el derecho de armar un navío no se obtuvo más que a precio de oro, y como un favor; el inventario del cargamento fue sometido a interminables formalidades y el negociante seguía expuesto a la arbitrariedad de los agentes del fisco.<sup>75</sup>

España exportaba a las Indias vino, frutos secos, manteca, lana, galones de oro y plata, cadenas de oro, cobre labrado, hierro, quincalla, damasco, satén, blondas, cubiertas, chalecos, charreteras de oro y seda, camisas, calzoncillos, calcetines, medias de algodón, lino y seda, telas, hilo, pañuelos de algodón, lana y seda. Importaba zumaque, jalapa, pimienta, cacao, azúcar, tabaco, madera de campeche, índigo, cochinilla y metales preciosos.<sup>76</sup>

El 28 de octubre de 1742 escribió Don José del Campillo a Fuenclara que el Rey había resuelto que se despachase, cada dos meses, embarcación del puerto de Veracruz (en caso de no haberla de vuelta de España) "para poner en su Real noticia todas las que ocurriesen en este Reyno, concediendo a los que quisiesen hacer el viaje, registro de frutos y efectos de los que produce la tierra, para llevar a Puertos de Castilla, precedida obligación de ejecutarlo así, pagar los dros. establecidos, y con facultad de retornar igual registro de los de España". El 20 de marzo de 1743 avisó el Conde de Fuenclara que cumpliría puntualmente la orden de S. M., a cuyo fin advirtió a los tribunales y ministros de dentro y fuera de la capital que remitiesen a ésta o a la de Veracruz, de dos en dos meses, los pliegos que tuvieran del Real servicio, ordenando que, en aquella ciudad, se publicase por bando, para que todos supiesen lo dispuesto y aprovecharan las ocasiones sucesivas que diera esta providencia y, al mismo tiempo, que los que quisieran fletar embarcaciones, en las circunstancias referidas, se presentasen con ellas oportunamente, para conducir pliegos a los dominios de España. Hízose la publicación y, en Veracruz, no se presentó persona alguna ni había nadie que hiciera

---

74 Ulloa: *Relación histórica*, II, págs. 109 y 110.

75 Desdèvis du Désert: *Richesse et civilisation*, en "Rev. Hisp.", tomo LXXIII, página 187.

76 Argüelles: *Diccionario de Hacienda*.



el viaje a España, transportando sólo frutos, que no dejaban ganancia apreciable. El Conde, al comunicarlo a Madrid, dudaba que se presentara ninguna en esas condiciones. "Las embarcaciones que vienen con registro de España —agregaba— miden el tiempo para volverse, conforme la disposición que encuentran en el Rey<sup>o</sup>. para vender sus efectos; y aunque el retorno de éstas deberá escribirse, no se las puede obligar a que le hagan a los plazos preuénidos, porque esperan unas veces que vayan a la Veracruz, las granas, añil y otros efectos para llenar su carga, y otras se gobiernan por las órdenes que traen de sus principales, demorando o abreviando la salida, como más bien se compone con sus intereses, como lo he experimentado con la última que llegó a la Veracruz, nombrada la Concordia, porque habiéndole encargado a su Capitán que se aprontase a salir para España a los dos meses después que lo hizo la Frafata el Conde de Chinchón, me ha representado el grave perjuicio que se le seguía, por no poder llevar carga ni dar expedición, en tan breve término, a la que conducía.

"Por estas dificultades —acaba diciendo— he pensado que, cada dos meses, se escriba y remitan pliegos a la Hauana, en las embarcaciones del tráfico, y, en el caso de no hauerlas en la Veracruz, que se flete alguna de las que estuvieren en aquel Puerto, para que, lleuándolos a aquella Isla, se remitan a España en las frecuentes ocasiones que ally se ofrecen, porque esta diligencia es de poco costo, y me persuado que, con ella, quedará verificada quasi cumplidamente la resolución de S. M. Y sólo quando algún suceso o negocio de extraordinaria grauedad, que requiera ponerse prontamente en su réal noticia, haré que qualquiera embarcación de particulares o de la Armada salga de Aviso a España...".<sup>77</sup>

De este modo quedó establecido un servicio de correo y comercio bastante regular entre el Virreinato y España y de esa regularidad nos suministra pruebas superabundantes la nutrida correspondencia entre ambos, en la que se dan los nombres de los buques que realizan el servicio, los de los oficiales que los conducen y, muchas veces, los géneros que transportan.

Habiéndose ordenado al Virrey que la gabarra que salió de Cádiz el 21 de octubre de 1743 y llegó a Veracruz el 13 de enero de 1744, saliese llevando caudales de la Real Hacienda, mandó S. E. al Gober-

---

77 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.505. Fuenclara a Campillo. México, 5 julio 1743.

nador de dicho puerto que lo cerrase y no dejara salir de él ni aun a los barcos de pesca, para que los enemigos ignorasen lo que se disponía y mandó publicar un bando, haciendo saber que tenía orden de S. M. de que se embarcasen todos los caudales que hubiese del Comercio, así en los Registros que estaban anclados en Veracruz para tornar a España como en los dos navíos que allí aguardaban. Además del bando, Fuenclara llamó a flotistas y a varios comerciantes y les ponderó "entre severidad y alagos" la urgencia con que debían remitir a Veracruz el dinero que tuvieran, producto de los efectos vendidos, advirtiéndoles que serían responsables de los daños que de su tardanza en hacerlo se siguieran al Real servicio y a sus corresponsales en España; hacíalo así para que no procediesen tan perezosamente como acostumbraban.

"Con motivo de dar a los individuos del Comercio este impulso —escribía a Ensenada— les advertí que, si tenían caudales pertenecientes a Casas francesas, me hallaua con orn. de S. M. para preferir su embarque, y que conuendría que les enviasen todo el dinº. que acá tenían, así por la seguridad q. ofrecía la fuerza de los dos Navíos que debían conducirle, como porque me persuadía a que la orn. que se me daua para preferirlos, tendría el origen de alguna instancia u oficio de la Corte de Francia, que quiere recoger y tener en Europa los intereses de aquella Nación para librarlos de los riesgos que pueden sobrevenir. Y, habiéndome respondido que no sauían si, entre los efectos que negociauan hauía algunos pertenecientes a Franceses, me aseguraron, por fin, que remitirían, desde luego, los caudales que pudiesen, a imitación de lo que yo hauía ya empezado a hacer con los 500 ps. apuntados de .Rl. Hacienda.

"Ha sido menester gobernarme de esta forma para apartar todo el rezelo y temores con que el Comercio especula aun desde mucha distancia lo que puede suceder con sus intereses y, sin tropiezos ni dificultad, se resolvieron todos los que manejan caudales de España a disponer las remesas a la Veracruz para donde, antes de llegar los Navíos, se hallauan en camino porciones quantiosas, y se preuenían otras, que después van siguiendo porq. pide tpo. juntarse el dinero, hacer el ajuste de quantas, que acostumbran los Mercaderes cobrar de los deudores lo que les hera confiado, y encaxonar el dinº. y, sobre todo, el ser indispensable el término de 22 días para llegar una Requa desde esta Capital a la Veracruz, según el Asiento que se tiene hecho por lo tocante a caudales

de S. M., pues, por el que mira a particulares, está convenido en 24 a 25 días, en fuerza de antiguo contrato.

“Este estado tenían las cosas —continúa diciendo la interesante carta— quando, el día 30 de Henero, me llegó la noticia de que, el 27 del mismo mes, hauía dado fondo, en el Puerto de Sn. Juan de Ulúa, el Xefe de Esquadra dn. Benito Antonio Spínola, con los Navíos la Europa y la Castilla, para llevar el Thesoro de los seis millonges 500 ps. más o menos, y como, en los 14 días que hauían mediado del reciuo de vnas cartas a otras, se hauía adelantado lo que va referido, no tuve que hacer otra cosa que la de promulgar, por bando también, la llegada de los referidos Navíos y vigorizar las antecedentes providencias, que hauía dado, avivando de nuevo al Comercio sin cesar, con cuia repetida diligencia fueron las conductas a aquel Puerto, de donde todavía no puedo tener noticia de que hayan acauado de entrar, ni de los caudales que ally concurrirán... he publicado, asimismo por Bando, que la salida de los Navíos será, indefectiblemente, para el día 26 del presente mes de Febró...” Sin embargo, creía que sería difícil que llegaran todos los caudales a Veracruz antes del 1.º de marzo.<sup>78</sup>

Los sucesos dieron la razón al Virrey: la *Europa* y la *Castilla* no salieron de Veracruz hasta el 13 de marzo, llevando a bordo 6.530.861 pesos, de los que seis millones pertenecían al comercio e iban repartidos por igual entre ambos navíos; 500.000 pesos eran para la Real Hacienda; el todo o la mayor parte de los seis millones y pico pertenecían a Casas francesas. La salida había sido retardada no sólo por la lentitud de los viajes, sino porque los fuertes vientos del Norte habían impedido el salir al mar.<sup>79</sup>

En primeros de mayo del mismo 1744 salió de Veracruz el Aviso llegado el 13 de enero, de Cádiz, bajo el mando de Don Sebastián de Prados, con efectos comerciales y Reales despachos;<sup>80</sup> el 4 de junio zarpó la fragata del Rey “La Vizarra”;<sup>81</sup> en principio de julio, la gabarra mandada por Don Bernardo Zamorátegui;<sup>82</sup> en 1.º de octubre, la fragata “San José”, alias *El Rayo Vizcaíno*: a ésta no se la permitió salir antes, porque tuvo el Virrey informes de haber capturado los in-

78 Id. de id. id. id. Fuenclara a Ensenada. México, 19 de febrero de 1744.

79 Id. de id. id. Leg. 1.505. Fuenclara a Ensenada. México, 17 abril 1744.

80 Id. de id. id. id. Del mismo al mismo. México, 24 abril 1744.

81 Id. de id. id. id. Del mismo al mismo. México, 25 junio 1744.

82 Id. de id. id. id. Del mismo al mismo. México, 25 julio 1744.

gleses las fragatas *Asunción*, *Peregrina* y *Conde de Chinchón*, de las que se estuvo sin noticias largo tiempo.<sup>83</sup>

Vemos, por tanto, que las comunicaciones con España, a pesar de la guerra, eran frecuentes y bastante normales, aunque muy lentas; el mismo Virrey avisaba, en una de sus cartas, que las gabarras con pliegos llegaban, con diferencia de dos meses, la una tras la otra.<sup>84</sup>

Tanta importancia daba la Corte a la regularidad de esta comunicación que, en este mismo año 1744, en que pueden estudiarse esas relaciones más minuciosamente, llegó una Real Orden de 4 de octubre de 1743 disponiendo que el mismo Secretario del Virrey, Don Francisco Fernández Molinillo, pasara a la Veracruz para vigilar la salida de los navíos de guerra que enviaba Don Rodrigo de Torres y Morales para conducir a España los caudales que pudieren. Pero el Virrey creyó que la presencia de Molinillo era más necesaria en la capital. y le rogó que suspendiera su viaje a dicho puerto. Molinillo se excusó de no haber cumplido el mandato regio, que le investía, para esa comisión, de toda la autoridad del Virrey, como su Subdelegado, diciendo a Ensenada que Fuenclara había creído que atendía mejor a los preparativos de las expediciones desde la misma capital.<sup>85</sup> Y, al recibirse, algunos meses después, nueva orden de lo mismo (fecha 23 de abril de 1744) volvió a excusarse Molinillo, porque "era más conueniente no apartarme de esta Capital, de donde, en realidad, se da movimto. y dispone todo lo que ha de facilitar los despachos para España..." y el Conde de Fuenclara tenía razones fundadas para proceder de esta forma.<sup>86</sup>

Terco se mostraba el Virrey, a fuer de la fama de los aragoneses, pero había de verse quién lo era más, sin ella, como se advierte frecuentemente en la vida diaria. Una Real Orden de 14 de junio de 1744 previno a Molinillo de que el Rey deseaba saber los motivos que tuvo el Conde de Fuenclara para suspender el cumplimiento de lo que había mandado el 4 de octubre anterior, y a ella contestó el Secretario del Virrey con una larga y discreta epístola, en la que decía, entre otras cosas:

"...Lo que verdaderamente ocurrió fue que, habiendo leído el Conde la carta que, sobre este asunto se le dirigía, en mi presencia, y conferido entre los dos las operaciones de que se componía vn Despacho

83 Id. de id. id. id. Del mismo al mismo. México, 26 septiembre 1744.

84 Id. de id. id. id. Del mismo al mismo. México, 24 abril 1744.

85 Id. de id. id. id. Molinillo a Ensenada. México, 22 febrero 1744.

86 Id. de id. id. id. Del mismo al mismo. México, 28 agosto 1744.



de Navíos, acelerado como aquél (que no hauía ocurrido otro en su tpo.) se examinó quanto conuenía y las partes de donde hauía de proceder su maior movimiento y curso, que luego penetró que todo el impulso y prouidencias debían darse en esta Capital, como se ha practicado siempre, siendo lo de menos cuidado quanto pertenecía a la Veracruz. Este mismo conocimiento tenía yo, pero, ancioso, por lo que a mí tocaba, de dar cumplimº. a la Comisión q. S. M. se dignó conferirme, insté al Virrey, insinuándole que iría gustosamte. y quedamos en que se pensaría...

"El día siguiente, con concurrencia de vn Minro., práctico y mui secreto, se volvió a tratar de la misma comisión, leyendo otra vez las orns. y, después de varias reflexiones, y con la intención y deseo de conseguir el maior seruicio del Rey, determinó el Virrey que se podía excusar que vajase a la Veracruz, preuiniéndosele, con mucho fundamento (entre otros varios) que, si me veían salir de aquí, se daua ocasión a discursos y pensamientos extrauagantes y quizá a que se propalase el sigilo de la venida de aquellos dos Navíos, antes del tpo. oportuno; y, si bien volví a manifestar deseo de ejecutarlo, conocí que tenían toda la fuerza de conuencimiento y de vtilidad las razones que le movían a la resolución, con lo qual me conformé, y conuenimos en que me mantuviese aquí.

"Los Virreyes, como todos los que exercen superiores manejos, saue V. E. que, por más actiuos que sean, necesitan tener sugetos para ciertas disposiciones, de mucha aplicación y trauaño, que les asistan, porque es imposible que hagan las manos el oficio de la caueza; y ninguno suele llegar a suplir enteramente lo que aquellos, que, con immediación, se hallan impuestos en las dependencias que deben ponerse en práctica. Y este es el motiuo que tuvo el Virrey de que yo le ayudase, con solo el fin de que se asegurase el maior acierto, que fuese posible, en la breuedad de lo que mandaua S. M., explicándose su zelo desnudo de otro ningún intento, ni de que a ello le indugese facilidad de arbitrar sobre el literal sentido de la Real orn.

"El hauer dado el Virrey la comisión en la Veracruz al Comandante de la Armada de Barlovento dn. Joseph Antonio de Herrera y a dn. Franco. de Alarcón y Ocaña, Thesorero de aquellas Caxas, y no al Governor. y Ofizs. Reales, a quienes competía, no puedo menos de confesar que este defecto o error tuvo principio en hauérselo yo sugerido..."; hízolo así por creer que convenía designar sujeto oficial de Marina de autoridad y porque siendo el Gobernador y Oficiales Reales de

Veracruz cinco sujetos se temía que no podría mantenerse el secreto y que se estorbarían unos a otros por la diversidad de pareceres, en lo cual no hubo más gasto que de ordinario y todo se logró con felicidad y presteza.

Terminaba diciendo: "...Por todo lo expresado, me parece que el Virrey, en la resolución que tomó de que no vajase yo a la Veracruz, y en lo demás, procedió con toda la prudencia imaginable, teniendo presente y a la vista el modo con que se manejan aquí los negocios, y con zelo de executar lo mexor: que no puedo menos de insinuarlo a V. E. porque así lo comprehendo y porque contribuí a ello con la voluntad y ansia de no errar...".<sup>87</sup>

Vino una cuarta Real Orden (de fecha 2 de agosto de 1744) mandando lo mismo; esta vez no puso Fuenclara más inconveniente y el Secretario del Virreinato pasó a Veracruz a cumplir la misión que se le había confiado.<sup>88</sup>

En 12 de mayo de 1745 escribió Ensenada a Fuenclara que la garra de Aviso que le llevaba la carta no debía detenerse en Veracruz más que el tiempo preciso para recoger los pliegos que el Virrey tuviese ya en disposición de mandar y que, con ellos, se volviera a La Habana a recoger los del Gobernador de allí, sin detenerse tampoco en este puerto "lo aviso a V. E. —concluía la carta— de su Rl. orden para su observancia...".<sup>89</sup>

Por otras dos Reales órdenes (9 de enero y 21 de mayo de 1745) se mandó al Virrey que no limitara los registros de plata y grana, que se concedía a los buques *Nuestra Señora de los Remedios*, *San Miguel* y *Nuestra Señora del Carmen*, ni tampoco a los que entraran, en lo sucesivo, en Veracruz, a menos de que se ofreciera razón urgente que lo impidiera.<sup>90</sup>

Otra carta del 3 de mayo del mismo año ordenó a Fuenclara que, con la mayor reserva, tomara las necesarias providencias para que, si llegaban navíos de la Armada a cargar caudales y efectos, lo hicieran

87 A esta carta se acusó recibo desde Aranjuez a 8 de mayo de 1745. A. gen. de Indias. México. Leg. 1.505. Molinillo a Ensenada. México, 10 septiembre 1744.

88 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.505. Fuenclara a Ensenada. México, 25 de noviembre de 1744.

89 Id. de id. id. id. Ensenada a Fuenclara. Aranjuez, 12 mayo 1745.

90 Id. de id. id. id. Fuenclara a Ensenada. México, 20 septiembre 1745.

sin dilación; el Virrey adoptó las que le parecieron más convenientes sin que nadie se preocupara del motivo de tales medidas.<sup>91</sup>

Por carta de 15 de septiembre de 1744 había el Rey aprobado los arbitrios que se discurrieron en la Junta que se formó para aumentar los ingresos del Erario, excepto el de que se permitiese al Comercio de Filipinas el embarque de millón y medio de pesos; en consecuencia de esta disposición, el Virrey hizo devolver al Apoderado del Comercio de dichas islas las cantidad de 120.000 pesos, que importaba el servicio o donativo que había entregado esperando lograr dicha gracia.<sup>92</sup>

El servicio de buques correos y, al mismo tiempo, mercantes, continuó su ritmo regular durante los años 1745 y 1746, según se ve por los frecuentes y repetidos avisos del Virrey, detallando nombres de las embarcaciones y de sus capitanes.

Con la de Aviso a cargo del Capitán de fragata Don Juan de Lán-gara, que entró en El Ferrol el 23 de marzo de 1745, supo la Corte que el Jefe de Escuadra Don Andrés Reggio y su colega Don Benito Antonio Espínola debían conducir caudales, especialmente de casas francesas establecidas en España, y se dijo que se comunicó a éstas "con el mayor sigilo, precaución y reserva": extrañó esto a Ensenada, y pidió a Fuenclara informes sobre quién podía haber divulgado la noticia: el Virrey contestó que él creía que la noticia no habría sido dada más que por conjeturas adquiridas en La Habana "por presunciones fundadas solamente en discurso...", pero que, aunque era sumamente dificultoso, haría "las más vivas diligencias" para descubrir su origen, certidumbre y demás circunstancias, con la "individualidad" que el Ministro le encargaba, a cuyo efecto se informaría reservadamente, no sólo en la Capital, sino fuera de ella, de los sujetos que le pareciera podían dar "alguna razón de lo que sobre este importante punto hubiesen podido entender...". Pero esta averiguación no debió dar ningún resultado, ya que no vuelve a hablarse sobre el asunto, que parece fue el último de carácter comercial en que el Conde tuvo intervención.<sup>93</sup>

---

91 Id. de id. id. id. Del mismo al mismo. México, 20 septiembre 1745.

92 Id. de id. id. id. Del mismo al mismo. México, 20 septiembre 1745.

93 Id. de id. id. id. Del mismo al mismo. México, 20 septiembre 1745.





### XIII

#### EL ORDEN PUBLICO Y LA ADMINISTRACION DE JUSTICIA

El Virrey era la suprema autoridad en los asuntos de justicia en su calidad de Presidente nato de la Audiencia de México. Pero así como, en los primeros tiempos del Virreinato, tenía jurisdicción, especialmente en los pleitos de los indios, su cargo había quedado reducido a un mero título, en realidad.<sup>1</sup> Sin embargo, aunque el Rey no había tenido intención de hacer de sus virreyes magistrados del orden judicial, eran, por sus funciones mismas, los interventores de todos los tribunales reales y podían ser llamados a juzgar causas civiles anejas a procesos administrativos. Se podía apelar de sus decisiones ante las audiencias, pero la demanda de apelación debía pasar por sus manos.<sup>2</sup>

A la sala de Audiencia se entraba con la cabeza descubierta y con respeto, hablando sólo en caso necesario y en voz baja siempre: era espaciosa y sencillamente adornada; bajo un dosel de damasco galoneado había cinco asientos sobre ricas alfombras; el más elevado para el Virrey y los otros cuatro para los oidores, que se colocaban a los lados del que representaba a Su Majestad. Allí solamente hablaba, y poco, el ministro semanero, llevando por guía que el silencio realza la autoridad; por esta razón, únicamente en negocios difíciles o cuando era preciso informar, tomaban la palabra los demás. Sentábase el Virrey, que tenía un Secretario especial de Gracia y Justicia (con su Escribano Mayor, sus libros y los correspondientes empleados subalternos para el despacho) sobre un almohadón de terciopelo y colocaba los pies sobre un cojín de la misma tela. Al pie del estrado presidencial se colocaban el Fiscal, el

---

<sup>1</sup> Alamán, L.: *Historia de México*, I, págs. 41, nota 18 y 42.

<sup>2</sup> Desdèvis du Désert: *Les institutions de L'Espagne au XVIIIe siècle*, en "Rev. Hisp.", LXX, pág. 159.

Alguacil Mayor, el Abogado de Pobres, Protector y Defensor de Indios y los demás letrados que tenían pleitos; la nobleza y los concejales; al concluir las gradas estaban los Escribanos y Promotores. La sala estaba dividida en dos partes por una verja, para que el vulgo se colocara detrás y no fura a confundirse con la nobleza.<sup>3</sup>

Los frecuentes y largos interregnos debían naturalmente influir en la decadencia del poder judicial del Virrey y en la preponderancia de la Audiencia, que, automáticamente, se encargaba del mando, al fallecimiento del Virrey, como en el caso del Duque de la Conquista, en que comunicó se hacía cargo del poder, por muerte de S. E. y no existir "en el secreto de este Real Acuerdo pliego de providencia de S. M.". <sup>4</sup>

Viñas Mey ha escrito sobre esto con razón: "Moviéndose la administración colonial en el terreno del derecho, el jurídico, el principal de los resortes públicos y en manos de la magistratura en sus diversos grados, los más importantes factores del Gobierno de la cosa pública indiana, el predominio de las togas en la Gobernación se hizo cada vez más prepotente, llegando en la práctica... mucho más allá del marco que la legislación le señalara. Y lo que es más, se identificó con el espíritu de clase: el mantenimiento de la supremacía en el Gobierno se convirtió en tradición del personal judicial de Indias. Conservarla a todo evento estimábase inherente al prestigio de la clase togada.

"...El Gobierno de la metrópoli apoyó y favoreció este empeño de supremacía de los órganos del Poder judicial sobre los del Poder ejecutivo, de la magistratura sobre los Virreyes. En las pugnas y cuestiones de competencia entre éstos y las Audiencias, rara es la ocasión en que el Gobierno central no haga triunfar a la Audiencia, aun con detrimento del espíritu de la legislación..."<sup>5</sup>

Y es que el inmenso poder dejado al principio a los virreyes no podía menos de despertar los recelos del Rey y del Consejo de Indias, que habían tratado de contraponerle influencias rivales, ya que parecía imposible limitarlo. Por eso se les había dado, como consejo consultivo, el Real Acuerdo, pero hacían poco caso de sus opiniones. La Audiencia era el verdadero obstáculo a la soberanía de los virreyes. El Consejo

---

<sup>3</sup> Rivera Cambas, M.: *México Pintoresco, Artístico y Monumental*, I, págs. VI y XXV.

<sup>4</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 1.505. La Audiencia a Campillo. México, 9 de septiembre de 1741.

<sup>5</sup> Viñas Mey, C.: *El régimen jurídico y de responsabilidad en la América indiana*, en "Revista de las Españas", agosto de 1928, año III, núm. 24, pág. 367.

de Indias se negó siempre a precisar los poderes respectivos de virreyes y audiencias; el Virrey informaba al Consejo de la conducta de los magistrados, y el Regente de la Audiencia enviaba al Consejo notas confidenciales sobre el Virrey. Ambos poderes rivales vivían en una desconfianza recíproca y llegaban a menudo a una guerra abierta.<sup>6</sup>

El Virrey daba muchas disposiciones que tenían fuerza de ley,<sup>7</sup> pero, para evitar que tuviera discusiones con la Audiencia, tenía la facultad de calificar qué asuntos debían considerarse como de gobierno y cuáles pertenecían a la autoridad judicial.<sup>8</sup>

Los magistrados de las audiencias eran nombrados por el Rey y no eran inamovibles. Los oidores llevaban la toga, golilla, el birrete de seis caras y la peluca corriente y tenían derecho de llevar, en público, la espada y el bastón.<sup>9</sup>

La Instrucción del Consejo de Indias escrita para el Conde de Fuenclara dedicaba especial interés a las materias de justicia, diciendo, entre otras cosas:

"...Respecto de ser vos el Presidente de mi Audiencia Real de la Ciudad de México, tendréis entendido que no debéis tener voto en las cosas de Justicia, por no ser Togado, y dexar obrar y votar en ellas a los Oidores; pero, si éstos se dividieren en causas de intereses del Fisco y de litigios entre partes, dispondréis que aquéllos, como muy privilegiados, ocupen el primer lugar; cuidaréis que los Fiscales sean vigilantes y no se descuiden, y que los demás Ministros atiendan a las causas fiscales y que no dilaten sus resoluciones; que los litigios entre partes se gobiernen según la práctica y estilo, no permitiendo dilaciones maliciosas, ni que al pobre atropelle el rico, haciéndole consumir su caudal, con la dilación, para que quede indefenso y firmaréis, en el lugar que suelen los Presidentes de las Chancillerías y Audiencias de Castilla, los Autos o Sentencias que, en dichas causas, proveyeren, despacharen y sentenciaren los Oidores.

"También tendréis con los mismos Oidores mucha paz y conformidad, no mezclándoos en cosas de Justicia, la que celaréis administren

---

6 Desdevises du Désert: *Les Institutions de l'Espagne au XVIIIe siècle*, en "Rev. Hisp.", tomo LXX, pág. 174.

7 Rivera, A.: *Principios críticos sobre el Virreinato de la Nueva España*, I, pág. 80.

8 Alamán, L.: ob. cit., I, pág. 42, en que cita las leyes 35 y 38, lib. 2.º, tit. 15 de la Recopilación de Indias.

9 Benavides: *Hist. de las Ordenes de Caballería*, II, pág. 591; Desdevises, ob. cit., pág. 174.

recta y libremente, procurando que asistan a la Audiencia a las horas señaladas, y que no las diviertan en otra cosa sino en el expediente de los negocios, y haréis guardar inviolablemente el Despacho que tengo mandado librar para la división de las Salas de la referida Audiencia y asistencia de los Ministros a las horas que en él se prescriben, para que se empiezen las Relaciones y Audiencias públicas en los días señalados por Leyes y Ordenanzas sin perder tiempo, alterar ni cerrar la puerta de la Audiencia en las tales horas, si no es en un caso mui preciso, o con licencia y permiso vuestro; y pondréis particular estudio en informaros del modo de proceder de los Oidores, así de la de México, como del de las demás Audiencias de vuestro Virreynato, y de lo que cada uno hiciere y de cómo usan su oficio, para avisarme secretamente en todas las ocasiones, con la puntualidad y seguridad que se requiere, a fin de que, según el proceder de cada uno, se les dé el premio o castigo que parezca conveniente...".<sup>10</sup>

Encargábasele seguidamente que se llevaran en la Audiencia los libros recomendados por las leyes del Título 15 del Libro 1.º de la Recopilación de Indias y, si encontraba algún inconveniente en la práctica de ellas, debía avisarlo para providenciar lo conveniente.

Para obviar discordias y competencias de jurisdicción entre audiencias y virreyes se había mandado que éstos no se mezclaran en materias de justicia y dejaran conocer y votar libremente a los oidores, pero, como estas órdenes no habían bastado para que cesaran las diferencias, lo que era en perjuicio de la paz que debía mantener el Virrey con las audiencias, se le recomendaba que, si se presentaba duda sobre algún punto de justicia, lo declarara, sin impedir a las partes agraviadas el que pudieran apelar ante las audiencias, no entendiéndose inhibida la Audiencia sino cuando "se cometa particularmente algún negocio al Virrey, y se declare, por Real Cédula, no deber entender en él la Audiencia". Dejaría a los oidores el conocimiento de las causas de justicia y de residencias y no reservaría para sí las apelaciones que se interpusieren en las comisiones que despachara.<sup>11</sup>

También se le prevenía que guardara las leyes 35, 36 y 37 del título 3.º del libro 3.º que mandaban que, en caso de proveer autos o sentencias definitivas o interlocutorias, los virreyes no diesen muestra

<sup>10</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 515. Instrucción al Conde de Fuenclara, Buen Retiro, 31 enero 1742, fols. 89 v.º a 92.

<sup>11</sup> Id. de id. id. id. Dicha Instrucción, fols. 95 a 96 v.º



de su intención, ni sacasen las causas de los tribunales, ni se mezclasen en otras cosas más que en las de Gobierno, Hacienda, Guerra y Real Patronato, nombrando, para las materias de justicia y derecho de partes que se ofreciesen, un asesor sin salario, al cual y no a otro habían de remitir todas las causas, reservando los virreyes sólo para sí las que fueren de mero gobierno.<sup>12</sup>

Y acababa así: "Siendo práctica de la Audiencia que, quando alguna parte recurre en Apelación de auto de gobierno, el que provee es *Haga su diligencia*, y ésta es presentar memorial al Virrey, diciendo que tiene Apelado de su Auto, y que mande pasar el Proceso a la Audiencia, para que pueda seguir su instancia, porque la dilación que ocasiona esta práctica hace dudar si contiene algún perjuicio de las partes, os mando que, sin innovar por aora, si no es manteniendo la práctica, como hasta aquí, averigüéis cuándo y por qué causas se introdujo, y, si el proseguir en ella ocasiona perjuicio a los litigantes; y que me informéis en mi Consejo de las Indias, con pleno conocimiento y experiencia de este estilo, de lo que se os ofreciere acerca de si conviene o no continuarlo y os encargo no perdáis tiempo en ejecutarlo".<sup>13</sup>

Y, en la Instrucción Reservada, que se dio a Fuenclara pocos días antes de salir de Madrid, después de hablarse, en el apartado 5.º, de que "el origen de los muchos desórdenes que se padecen en aquel Reyno (de Nueva España) es el descuido y el interés de los Ministros de Justicia y Hacienda que tengo en él", y en el 6.º de que la administración de Justicia se practicara "con la rectitud que importa", se decía en el 16.º, en oposición a lo contenido en la primera Instrucción:

"Pudiendo asimismo convenir que el asesor que nombraréis para las materias de Justicia y derecho de partes sea Ministro de la Audiencia, os doy facultad de que lo executéis valiéndoos de qualquiera oidor que tenga las partes de integridad, juicio y literatura para esta Comisión, sin embargo de la Ley 35, Lib. 3.º Título 3.º de la recopilazon. de aquellos Reynos".

Y en el 19 y último, en virtud de lo enunciado en esta Instrucción, se le daba por el Rey "facultad y Jurisdicción absoluta con inhivición de las Audiencias y Tribunales del Reyno de Nueva España, para la execución de todo lo contenido en ella, sin que, por vía de agravio, re-

<sup>12</sup> Id. de id. id. id. Dicha Instrucción, fols. 97 a 98 v.º

<sup>13</sup> Id. de id. id. id. id. fols. 98 v.º y 99.

curso ni otra forma, se os pueda por ellos embarazar, derogando (como desde luego derogo, las Leyes y Ordenes Reales que hubiere en contrario, dejándolas en su fuerza y vigor para en lo demás, prometiéndome de vuestra rectitud, desinterés, prudencia, celo a mi servicio y bien común a aquellas Provincias, os esforzaréis a que tenga cumplido efecto cuanto os encargo en esta Instrucción...". <sup>13 bis</sup>

Siempre fiel ejecutor de la voluntad real, el Conde de Fuenclara dio "prompta expedición a todos qtos. negocios ocurrieron contenciosos entre partes con tan expecial cuidado que, a qualqa. ora, assí de día, como de noche, daua luego prouidencia sre. el assumpto que se demandaua, sin incluyrse en los que no le tocauan, pues, en este caso, los remitía a sus respectibos Juzgados y trivunales, y a la Rl. Aua. los de mera Justicia...". <sup>14</sup>

No le faltaron "mui vigorosas" fuerzas —dice su Residencia— "para el beneficio de la causa pública, pues fue continuo en la recta administración de Justicia...", providenciando "la más breve expedición de los negocios de Justicia, en que tanto se interesa la causa pública, sin aver por esto faltado a la buena correspondencia con los Sres. Ministros ni averles restringido la libertad de sus votos, pues antes les encargó qe. no atendiesen a sus familiares en casos y negocios de Administración de Justicia...". <sup>15</sup>

He hablado, en el capítulo anterior, de que, para la seguridad del comercio, existían las llamadas Guardas Mayores, que, como ocurre casi siempre en las instituciones, habían decaído de su primitiva disciplina. Fuenclara escribía al Rey que, según sus noticias, los guardas "no evitaban los robos y otras desgracias, sino que, antes bien, se recelava mucho de que tal vez cooperasen a ellos, y ya se había reducido su ocupación más a conveniencia propia que a preservar los daños que se experimentaban". <sup>16</sup>

Las Guardias Mayores de los Caminos habían sido concedidas, en el siglo XVII, a Don José Cumplido y a su sucesor Don Francisco Manrique: comprendían las jurisdicciones o parajes de Ríofrío, Cerro gordo y Monte de las Cruces, con sus distritos, así como los de Colcingo

<sup>13 bis</sup> Id. de id. id. Leg. 1.505. Instrucción reservada que S. M. dio al Conde de Fuenclara en 19 capítulos para el Gobierno del Virreinato de Nueva España, Aranjuez, 23 abril 1742.

<sup>14</sup> Id. de id. Escribanía de Cámara del Consejo, Leg. 245. Cuad. 1.º de la Residencia de Fuenclara, fols. 99 y v.º

<sup>15</sup> Id. de id. id. id. Cuad. 6.º de dicha Residencia, fols. 68 v.º y 69 v.º

<sup>16</sup> Id. de id. id. Leg. 1.339. Fuenclara al Rey. México, 28 enero 1746.

o Monte de Maltrata, Malpaís y Nueva Querétaro o San Juan del Río; algunos de cuyos nombres son altamente significativos de su aventurado y peligroso paso. Felipe V hizo merced de las tres primeras Guardias citadas, por Real Decreto de 24 de junio de 1709 (confirmado por Real Despacho dado en Madrid en 19 de noviembre de 1709) a Don Juan Miguel de Vértiz, atendiendo a sus servicios y al donativo que hizo de 6.000 pesos: donóselas por su vida y cuatro más "con calidad de que sirváis dichas tres Guardias mayores con sus distritos y Jurisdicciones en la forma que las habían tenido sus antecesores; posesionóse del cargo el 2 de noviembre de 1710. El Duque de la Conquista confirmó en el cargo al hijo y sucesor de Don Juan Miguel, que fue Don Juan Francisco, al cual sucedió su hermano Don José Marcos de Vértiz, que ocupaba el cargo bajo el gobierno del Conde de Fuenclara. Las Guardias de Colcingo o Monte de Maltrata, Malpaís y San Juan del Río las había dado Felipe V, por Real Cédula de 31 de octubre de 1711, a Don Felipe Antonio de la Peña, por cuatro vidas con la suya; a éste habían sucedido Don Simón de Carragal y Don Jaun Pérez Cano, que administraba en nombre del menor Don José Alberto Carragal.<sup>17</sup>

El Rey les concedió la facultad de cobrar un real por cada jinete y medio real de cada carga de los que trajinaban y pasaban por los distritos de sus guardias, para poder mantener y conservar los gastos "de esta incumbencia". Pagaban cinco pesos semanales a cada cabo, cuatro a cada cobrador; dos a los guardas inferiores, fuera de sus armas, y su manutención y la de la cabalgadura;<sup>18</sup> no faltando, en esa manutención, el chocolate para guardas o cuadrilleros, y la paja y cebada para sus bestias.<sup>19</sup>

Contábanse seis guardas y un cabo en Aculco; seis, en Acuahalzingo; 12, en Ríofrío; 11, en Atrisco; 5, en Pozuelos; 6, en Irolo; 4, en Cerro gordito; 10, en las Cruces; 9, en Lope Serrano; otros 9, en Malinalco; 6, en Los Morales y Canales; 10, en Cerro gordo el Grande, todos pertrechados con armas y caballos,<sup>20</sup> uniformes y "escopetas, pistolas, trabucos y demás armas", que colocaban en el frontispicio de la garita.<sup>21</sup>

Desde los primeros años de la concesión de Felipe V, los grandes

<sup>17</sup> Id. de id. id. id. De id. a id. La misma carta, y cuaderno 8.º, fol. 10 v.º, y testimonio de memorial núm. 10, fol. 1 y v.º; Leg. 1.340, Cuad. 6.º, fols. 1 a 18.

<sup>18</sup> Id. de id. id. Leg. 1.339. Cuad. 8.º, fols. 7 y v.º y 31, y núm. 10, fol. 13 v.º

<sup>19</sup> Id. de id. id. Leg. 1.340. Cuad. 4.º, fol. 341 y v.º

<sup>20</sup> Id. de id. id. Leg. 1.339. Cuaderno 10, fol. 13 y v.º

<sup>21</sup> Id. de id. id. Leg. 1.340. Cuaderno 4.º, fol. 341.

terratenientes, entre los que se contaban los Marqueses de Villapiente, Villar del Aguila y Buenavista, y el Conde de Miravalles, mostraron su enemiga hacia las Guardias, hasta que lograron que el Marqués de Valero, a la sazón Virrey de Nueva España, privara a Vértiz y a Carragal de la posesión de las Guardas por espacio de nueve años, en virtud de una información sugerida por un tal Don Antonio Alvarez, preso y condenado por la Sala del Crimen, basándose en una Real Cédula de 1705, que prohibía cobrar cantidad alguna a los pasajeros; reclamaron los perjudicados por la resolución virreinal y una Real Cédula de 2 de mayo de 1721 les restableció en sus cargos. Pero los terratenientes no se conformaron y, en 1724, pidieron se suprimieran las Guardas, logrando, previa información ordenada por el Rey, ganar, en contradictorio juicio, la Real Cédula ejecutoria de 17 de diciembre de 1728, que se cumplimentó en 1729, encargándose de la guarda de los caminos del Virreinato al Provincial de la Hermandad, Don Miguel Velázquez, por el Virrey Marqués de Casafuerte.<sup>22</sup>

Pero pronto volvieron Vértiz y Carragal a su puesto.

Contra ellos se presentaron diversas quejas y reclamaciones: en agosto de 1742, por Dámaso de Vargas, en nombre de algunos vecinos; en 1743, por Don Cristóbal de Llanos. Los arrieros y vecinos comerciantes, dueños de recua, se quejaban contra el modo de cobrar los guardas los pasajes; Don José de Irusta, que era Teniente de la Villa de Jonacatepec, refirió que, el 26 de abril de 1742, pasando por Aculco, con tres mozos, le salió el cabo al encuentro, pidiéndole el pasaje y, aunque le representó que era Ministro de S. M., hubo de pagarle los cuatro reales del pasaje; pidióle recibo del pago y, por éste, tuvo que abonar un peso: la Audiencia mandó a Vértiz que nombrase otro cabo. Los de Aculco pidieron que se les confiara las custodia del camino. Llanos pedía que las guardas no le cobrasen nada por el tránsito de sus trigos a los molinos. Los vecinos, en fin, de Jonacatepec, Yautepec, Chalco y otros se quejaban de que se hacía el cobro del pasaje con crueldad.<sup>23</sup>

Agregóse a estas quejas la mala conducta del Cabo de Cerro Gordo, Don José de Oca y Lemus, que, al mismo tiempo, era Comisario de la Real Sala del Crimen, y que cometió públicamente dos homicidios: uno,

<sup>22</sup> Id. de id. id. Leg. 1.339. Cuaderno 10, fols. 1 a 3; y representación de 28 septiembre de 1745.

<sup>23</sup> Id. de id. id. Leg. 1.339. Cuad. 8.º, fol. 1; Cuad. 10, fols. 10 y 12; Leg. 1.340, Cuad. 7.º, fol. 1, y Cuad. 4.º, fols. 45 a 47.



en la calle de Tacuba "que es la más pública de esta Ciudad, por el que estuvo preso en la Real Cárcel de esta Corte...", y otro hacia el barrio de San Pablo o Regina( por lo que hubo de buscar asilo y de allí logró sacarle su suegro "a fuerza de reales". Habiendo tomado en arrendamiento la Guarda de Cerro Gordo, a la sombra de la autoridad que le ofrecía ser Cabo de ella y de la respetabilidad que le daba su misión, fabricaba, contraviniendo repetidos bandos, el aguardiente contrahecho llamado vulgarmente *Chinguirito*. Vivía tan orgulloso y audaz, que llegó hasta el extremo de decir a voces, en plena Alameda, con ocasión de un altercado entre cierto hombre y su cochero, incitándole a que le diese muerte, que, con 4 ó 6.000 pesos se arraglabá un homicidio, desacreditando así a su tribunal, ya que, virtualmente, dijo que había compuesto con dinero los dos que había cometido. En otro paseo, igualmente concurrido y público, el de Jamaica, tuvo un lance muy sonado con cierto Alcalde ordinario. Y su altivez provenía de poseer algún caudal, a causa de haber comprado a poco precio cierta cantidad de metal fino que procedía de bienes adjudicados a la Real Hacienda por embargo. <sup>24</sup>

Ante tantas quejas y reclamaciones, la Audiencia gobernadora primero y el Virrey después intervinieron. La primera mandó sustituir el cabo de Aculco (1742), pero ambos Guardas Mayores pidieron que se diese cuenta al Rey y que, en tanto, no se hiciese novedad. El Fiscal fue de parecer que corriese la guarda a cargo de los vecinos, como ellos pedían, pero, con la condición de que no cobrasen nada a los pasajeros y se comprometieran a mantener la gente encargada de la custodia de los parajes. El Asesor General pidió que los vecinos especificasen: 1.º Qué individuos eran a propósito para ser elegidos cabezas; 2.º Qué guardas o cuadrilleros habían de tener; 3.º Qué salario o ayuda de costa se les había de dar; 4.º ¿De qué caudal y efectos? 5.º ¿Quiénes y cómo habían de pagar las aplicaciones? 6.º ¿Bajo qué seguros y a qué forma de obligación se había de extender? El Virrey se conformó con este parecer del Asesor por decreto de 13 de diciembre de 1743. Los vecinos tuvieron una junta y contestaron: 1.º que pagarían a su costa un cabo y dos cuadrilleros o más gente, si fuere menester y que los debían pagar todos los que traficasen sus caudales por el paraje de Aculco; 2.º Proponían se nombrara Provincial a Don José Rubio, Don Ildefonso Cobián o Don Miguel Hurtado, y el electo nombraría los cuadrilleros; 3.º La

24 Id. de id. id. Leg. 1.339. Informe de D. José Velázquez. México, 22 julio 1746.

paga de ellos la harían los traficantes, como hacían los vecinos de México con los guardas de Pito; 4.º Eclesiásticos e indios quedarían exentos y a proporción de lo que cada uno traficara se haría la regulación. Ante la inseguridad de estas réplicas, el Fiscal pidió de nuevo: 1.º que los vecinos señalasen cuota fija, repartida entre los que habían concurrido al Poder, asignando 400 pesos al Cabo y 300 a cada guarda, que se pagarían puntualmente por los vecinos y no por los pasajeros; 2.º que los vecinos afianzasen, a satisfacción del Superior Gobierno, la manutención de los robos y homicidios que, por falta de custodia, acaeciesen. El Asesor fue casi del mismo parecer, solicitando se señalasen 12 reales diarios al Cabo y un peso a cada cuadrillero: con este parecer se conformó el Virrey en decreto de 8 de junio de 1744.<sup>25</sup>

Entretanto, la petición de Llanos pasó a consulta del Fiscal y, ante su informe, el Virrey decretó (11 de diciembre de 1743) que se dejaran pasar las recuas de dicho labrador sin contribución alguna. Pero él, no contento con esta gracia, elevó nueva instancia, pidiendo que el Virrey le eximiera del pago de contribución por cualquier lugar que pasara. Pasó a informe del Asesor General y luego de Vértiz, que tardó bastante en darlo, presentando los despachos del Marqués de Valero (México, 28 septiembre 1717) y del Duque de la Conquista, que le confirmaron la regia concesión de percibir la contribución de un real por jinete y medio por caballería, establecida para el pago de los guardas contra los salteadores y acompañamiento de pasajeros; a la vez hizo constar Vértiz que, sin cobrar esa contribución y "si sólo pagasen las Mercaderías de España o de China, era imposible mantener las Guardas, ni apromptar como doce mil pesos que, para cien hombres armados y pertrechados, se espenden... Los Guardas —añadía— consta a V. Excelencia que, al paso que son vituperados, son el universal consuelo de los caminantes por el exterminio de los foragidos, delincuentes y ladrones, que, sin ellos, abundaban en el tiempo de la suspensión, con innumerables latrocinios y homicidios... Fuera de acompañar a los pasajeros, quando lo necesitan, los alvergan en el mismo Real de la casa. Y, siendo los que oy existen en las Guardas principales y sus ramos como noventa y ocho Yndibiduos, ni un peso de salario se podría pagar, si las semillas y cargas, que son los renglones gruesos que se trafican estuviesen exemptas...". El Asesor, Dr. Andreu, informó que no debía accederse a lo pedido por Llanos, por

---

25 Id. de id. id. Cuaderno n.º 10, fols. 10 a 12.

estar Vértiz en su derecho, y el Virrey decretó (14 de agosto de 1745) que se hiciera según este informe.<sup>26</sup>

Mejor fortuna tuvieron en su pretensión los de Aculco, quizá por ser en más número y más tenaces. Ante el decreto virreinal del 8 de junio de 1744, repñieron las proposiciones que habían hecho, insistiendo en los perjuicios de los guardas, en que no hacía falta vigilancia en Aculco, en que ellos mantendrían a su costa los dos guardas y el cabo que allí se pusieran y que, por la ejecutoria de 1728, estaba extinguido el derecho de los guardas. Pasóse esta nueva representación a Vértiz, que respondió culpando al Teniente Irusta de haber concitado contra él “a toda brosa de gente y hombres que jamás pasan por la Guarda ni trafican”; que nada se cobraba a los indios y muchos dueños de hacienda no pagaban o abonaban, por composición, una corta cantidad; que la guarda de Aculco estuvo siempre en la garganta del monte y se hallaba en lugar donde antes se experimentaban muertes y robos”; tanto que, en la restitución que se hizo, en 1721, a Don Juan Miguel, pidieron la guarda los mismos vecinos que ahora litigaban “por ser el Arcaduz de la Tierra Caliente, en que son peresosos e inclinados a robos y homicidios”, y haberse formado allí una cuadrilla de diez y ocho hombres y que, aunque cumplía con tener sólo doce hombres en cada guarda principal, siempre había tenido la gente doblada. Pasóse a informe de los Fiscales, del Consulado, de la Ciudad y de la Sala del Crimen el conjunto de los autos: el Consulado y la Ciudad se excusaron de proponer sujetos para el cargo de Provincial, y la Real Sala del Crimen opinó que no debían tocarse los guardas, pues los Provinciales llevaban mucho gasto y la custodia de los caminos no podía conseguirse ni con los cien montados ni con los Provinciales bien pagados. Auditor, Fiscal y Asesor propusieron se reuniese una junta para resolver el asunto.<sup>27</sup>

En nombre de Vértiz había presentado un memorial Don Francisco Sánchez de Sierra Tagle: decía en él que Don Juan Francisco Urtasa y el Teniente Irusta habían concitado “tumultuariamente a quantos pasan y no pasan por “la Guarda siegos, mudos, mancos, sapateros”, porque Urtasa, después de haber obtenido carta de Vértiz para no pagar pasaje, abusó de ella e introducía todo cuanto le parecía; que los cuadrilleros eran 95 y, cuando llegaba la nao de la China o flota, se aumentaban;

26 Id. de id. id. Cuaderno 8.º, fols. 1 a 6; y 6.º a 34 v.º

27 Id. de id. id. Cuaderno 10, fols. 12 y v.º a 15.



que hubo quien se jugó el dinero, hasta 500 pesos, de su amo, en una venta, y se hirió luego con un vaso, fingiéndose robado, para que la Guardia le pagase el robo, y que Aculco era lugar peligroso, madriguera de hombres perezosos "floxos, mal entretenidos, yncclinados a la Rapiña y al vto", que al correr la noticia de remoción de los guardas, habían formado una cuadrilla y robado más de sesenta fardos de Bretaña, para cuyo exterminio precisó la intervención de Vértiz.<sup>28</sup> El Fiscal Bedoya pidió en vista de este memorial, que se formase una junta para resolver la cuestión.<sup>29</sup>

El Virrey, vistos los diversos informes, decretó (3 septiembre de 1745) la convocatoria de una Junta, para el 15 del mismo mes: compúsose de los oidores Echávarri, Marqués de Altamira y Trespalacios; del Regente y Contador del Tribunal de Cuentas del Reino, Don Juan Crisóstomo de Barroeta y Don José Manuel de Avendaño; de los Oficiales Reales de la Caja de México, Don Manuel Angel de Villegas Puente y Don Felipe Fernández Pacheco, y de los Fiscales Bedoya y Andreu. La Junta se reunió el 15 de septiembre, bajo la presidencia del Virrey, asistiendo todos los nombrados, menos Andreu, y acordó proponer a S. M. que se diera el encargo especial de guardar los caminos al Capitán Don José Velázquez Lorea "así por su notorio, acreditado celo al Rl. servicio como por lo respetable que se ha hecho en todo el Reyno, quien, con la mitad de los comisarios que oy tienen Vertis y Carragal, podrá mantener la seguridad de los caminos, y, en su consecuencia, será menos costosa su manutención y, aunque el zelo de la Junta se fatigó en vuscar arbitrios, no los halló y propuso hazerse presiso consultar a su Magd. le suministre de su Rl. herario al enunciado Capitán Velásquez la cantidad de a tres a quatro mill pesos...". El 22 de septiembre decretó el Virrey que se hiciera como proponía la Junta.<sup>30</sup>

En la Junta no dejó de recordarse que, durante la suspensión de las Guardas Mayores que dispuso el Marqués de Valero, las garitas se habían convertido en albergue de bandidos, que, después de continuos robos, atropellos y asesinatos, que impedían el tráfico y el comercio, hasta llegar a encontrarse ocho cadáveres en el Monte de las Cruces, quemaron varios lugares cercanos a la capital y no pasaba carga que no fuera robada; que el Virrey, que gobernaba entonces, organizó un cuerpo de

<sup>28</sup> Id. de id. id. Leg. 1.340. Cuaderno 4.º, fol. 331 v.º y 338 a 346.

<sup>29</sup> Id. de id. id. Dicho cuaderno, fols. 350 v.º a 353.

<sup>30</sup> Id. de id. id. Dicho cuaderno, fols. 357 a 367.



80 a 100 montados, en los que, inútilmente se consumieron más de 45.000 pesos, y puso a su frente cuatro Alcaldes Provinciales, con la asignación de 800 pesos al mes; sólo duraron cuatro meses y se insolentaron más los bandoleros. Levantóse entonces un clamor general de pueblos y pasajeros, pidiendo se restableciesen los guardas, haciendo igual representación las jurisdicciones de Cuernavaca, Cuautla, Yautepec, Hayacapa y villa de Carrión, porque era el único modo de contener tanto daño, estableciéndose una suave contribución de real por persona y medio por carga.<sup>31</sup>

Ahora, en nombre de los vecinos, Don José Fernández de Córdoba comunicó al Virrey que se daría, anualmente, a Don José Velázquez, la cantidad de 2.000 pesos de ayuda de costa por los gastos que tuviera en el cuidado y custodia de los caminos.<sup>32</sup>

El Virrey decretó (26 de noviembre de 1745) que se comunicara a Velázquez si, en vista de lo que se proponía, se hacía cargo de la custodia de los caminos. Velázquez contestó, al día siguiente: "...mi ánimo a sido siempre el sacrificarme a el servicio de Ambas Magestades y veneficio del público, en cuios términos estoy pronto a dedicarme, como lo he practicado, a la custodia de los caminos en todo lo posible, lo que executaré vajo del aseguramiento que se propone en el ínterin y mientras que su Magestad resuelve en orden a lo prevenido por V. E...". El 1.º de diciembre decretó el Virrey que el expediente pasara al Fiscal, que fue de parecer que Velázquez expresara en qué forma se hacía cargo de las Guardias "con claridad y si a de tener, de pie fixo, quadrilleros en el paraje o puestos acostumbrados...". El Capitán de la Acordada respondió (15 de diciembre) que procuraría corresponder a la confianza que se le otorgaba y que el mismo ejercicio sería el que mejor le daría las reglas de su disposición y forma.<sup>33</sup>

Fuenclara mandó (17 de diciembre) que se reuniera la Junta nombrada el 22 del mismo mes, sin atender al memorial que, contra la entrega de las Guardas a Velázquez, le dirigieron los Capitanes Don Juan José Pérez Cano y Don José Marcos de Vértiz, Guardas Mayores de los Caminos Reales de S. M. La Junta se celebró el día señalado, asistiendo todos sus miembros, menos Andreu y Villegas, presididos por el Virrey; acordó, por unanimidad de votos, menos uno, que, haciendo

31 Id. de id. id. Leg. 1.339. Cuaderno 10, fols. 1 y 2.

32 Id. de id. id. Leg. 1.340. Cuaderno 4.º, fols. 368 a 370.

33 Id. de id. id. Dicho cuaderno, fols. 370 v.º a 371 v.º

los vecinos la obligación que ofrecían, en toda forma y a satisfacción de Velázquez, se entregaran a éste las Guardas; en nombre de los pueblos otorgó poder Urtasa a Don Joaquín Domínguez de Mendoza para el pago de los 2.000 pesos a Velázquez, que se pagaría por tercios; el 7 de enero de 1746 ordenó el Conde se expidiera a Velázquez el título de Guarda Mayor interino de los caminos del Reino y el 8 del mismo mes se notificó lo resuelto por la Junta a Vértiz y Pérez Cano.<sup>34</sup>

"Siempre estuvieron las provincias de la Nueva España —dice Alamán— comprendiendo en ésta las dependientes de la Audiencia de Guadalajara, sujetas a verse plagadas de bandoleros en los caminos, y continuamente molestadas las poblaciones por ladrones, que atacan las casas y despojan de noche a los transeúntes, aun en las calles más públicas de las ciudades principales. Contribuye mucho a este mal, la corta población diseminada en tan vasta extensión de terreno, lo que hace queden grandes espacios yermos y despoblados, ofreciendo las sierras y asperezas, que, en varias direcciones cortan el país, asilo seguro a los malhechores, que abundan también en las poblaciones por la mucha gente ociosa, vagamunda y perdida que en ellas vive...".<sup>35</sup> Pérez Hernández escribía aún en 1874: "La falta de población... ha sido y es el principal origen de los males de México... En efecto, derramada una sociedad escasa y heterogénea en un territorio inmenso, sin caminos en gran parte, sin pueblos pequeños entre las grandes ciudades, surcado a cada paso por barrancas y bosques, y lleno de quiebras y montañas, era preciso que se viese plagada de bandoleros que no encontrando o no buscando oficio en las ciudades, saliesen a procurarse los medios de vivir en las encrucijadas, en las cuestas y en las grandes y solitarias llanuras...".<sup>36</sup>

En la larga Instrucción expedida por el Consejo de Indias para gobierno del Conde de Fuenclara se le recomendaba el mayor cuidado en castigar con prontitud a los delincuentes "pues es el mejor modo de excusar los delitos satisfacer la vindicta pública y defender a los buenos de la violencia de los malos; y no seréis propenso, ni inclinado a la indulgencia o conmisericordia, pues, con tenerla, se incita más a los malhechores a no enmendarse... En limpiar la República de vagabundos y gente de mal vivir, que pueden causar malas consecuencias al público,

34 Id. de id. id. Dicho cuaderno, fols. 376 a 420. Leg. 1.339. Fuenclara al Rey. México, 28 enero de 1746.

35 Alamán, L.: *Historia de México*, I, págs. 51-52.

36 *Diccionario geográfico, estadístico histórico*, I, pág. 71.

pondrá el Sr. Virrey también el mismo estudio y cuidado; pues semejante gente sólo sirve de corromper las costumbres, introducir vicios y cometer delitos; por lo que conviene que, para atajar estos males haga guardar y practicar... lo dispuesto... por las Leyes del Título quarto del libro séptimo de la Recopilación, y, en su consecuencia, dará a semejante gente su destinación, y impondrá las penas que le pareciere, hasta hecharla de la tierra siendo incorregible; y no consentirá, en manera alguna, moren en ella, ni en las Islas adyacentes, Gitanos, ni sus mugeres y hijos, gente, por lo común, sin Religión, falaz y ladrona, y, antes bien, informándose de si hay algunos, los imbiará a estos Reynos...". 37

La Real Sala del Crimen, tribunal especialmente encargado de castigar a los delincuentes era, a juicio del Virrey Güemes, más que útil, embarazosa, porque daba lugar a dificultades y disputas con las jurisdicciones ordinarias impidiéndoles su progreso y el curso que devieran todas las causas, mayormente habiendo aquí el Juzgado de un Corregidor, Alcaldes hordinarios y lo más el de Provincial de la Santa Hermandad Dn. Joseph Velázquez, que es la escoba de todo delincente, y en el qual, con integérrima justicia, se castigan y escarmientan. Y, en común sentir de todos, los Ministros subalternos e inferiores de la Real Sala son los que mantienen el delicto y la iniquidad para su mayor beneficio, siendo lo peor que, sobstenidos y autōrizados, se haze imposible la comprobación de los hechos para el remedio...". 38

Su decano era Don José Mesía de la Cerda y Vargas, que había empezado sirviendo plaza de Oidor en la Audiencia de Guadalajara en 1725 y fue promovido a Alcalde del Crimen, de la de México, en 1733. Aunque literato "hávil y travieso", llevando la voz de toda la Sala, suscitaba dificultades sobre los Asientos de la Real Hacienda y, especialmente, contra el del Pulque, y la jurisdicción de Velázquez "no con los fines que pretexta, sino con el de abrogarse estas facultades y quitarlas de la Superintendencia de los Virreyes... Es bullicioso —escribía Güemes— presumido y satisfecho de mí mismo, y se le nota de que se ingiere en todos aquellos negocios o causas, que pueden producir utilidad, aunque se oponga a su propio instituto...". 39

37 Id. de id. id. Leg. 515. Instrucción al Conde de Fuenc Lara, Madrid, 31 de enero de 1742, fols. 85 v.º, 86 a 88 y 180 v.º a 181.

38 Id. de id. id. Leg. 1.506. Güemes, al Rey, México, 30 de enero de 1748.

39 Id. de id. id. Del mismo al mismo. México, 30 de enero de 1748.



Los demás miembros de la Real Sala del Crimen eran: Don Felipe Tineo, que había sido Fiscal de protector de Indios desde 1728 hasta que, al suprimirse ese empleo, en 1735, fue nombrado Alcalde del Crimen, era "limitado en su facultad..., bien intencionado, y sólo perjudicial a sí mismo por dejado y natural descuydo y no saverse manejar con la circunspección y economía debida"; Don Manuel de Chinchilla e Hinestrosa, Alcalde desde 1737, "suficientemente literato, con bastante capacidad y viveza, inclinado a sus diversiones y entretenimientos, no los más propios, y a más ostentación de aquella que permite su empleo y posibilidad, y a tomar con calor, bajo su protección, dependencias que debía separar"; Don Antonio de Roxas y Abreu, que había sido Fiscal de la Audiencia de Santo Domingo desde 1734, y ascendido (1742) a Alcalde del Crimen de México, "corto literato y no de la mayor capacidad, notado de solícito en dependencias y negocios que le utilizan, y no de la mejor dirección y acierto en los que corren de su cuenta"; Don Ambrosio Eugenio Melgarejo de Santaella, Alcalde desde 21 de mayo de 1742, "razonablemente literato, de muy buena capacidad e índole", y, en fin, el Fiscal Don Antonio Abreu, Oidor de la Audiencia de Guatemala desde 1735 y, desde 1737, Alcalde del Crimen de México, "literato, íntegro, juyzioso y muy ajustado en todas sus operaciones, pero, tan ligado... a las leyes, que es la única objeción que se le puede poner...".<sup>40</sup>

Fuenclara tuvo con la Sala del Crimen las relaciones corrientes, vigilándola en el cumplimiento de su obligación, en las continuas rondas de noche y en la expedición de los negocios de su cargo. En cierta ocasión, el 20 de septiembre de 1743, pasó, acompañado de los oidores, sin aviso previo, a hacer una visita general a la Sala, aunque éstas sólo se hacían en las vísperas de Pascuas: practicóse, detenidamente, "dándose tan individual razón de todas las causas, que no hallaron qué reparar los que parece iban con especial cuidado para hacerlo". La visita causó gran expectación en Palacio por su novedad, y en ella se vio la instancia del Abogado de Indios en defensa de uno que estaba preso desde hacía nueve años por orden del Superior Gobierno, sin que constase la causa de su prisión, por lo que el Virrey mandó que se le pusiera en libertad. De los miembros de la Sala, el Fiscal Andreu era el más afecto al Virrey,

---

40 Id. de id. id. id. De id. a id. La misma carta.



de quien era Asesor General, y, en los asuntos que allí se veían se inclinaba siempre a favor de S. E. <sup>41</sup>

A pesar de las diversas medidas que se tomaron para acabar con los facinerosos, el mal había ido creciendo, multiplicándose los robos por todas partes, a lo que contribuía mucho el asilo que los bandidos encontraban en las iglesias. Altamente significativo de esto es el episodio novelesco que Rivera Cambas refiere del famoso salteador que había vivido oculto siete años en el fondo de un espeso carrizal que existió en la inmensa huerta del convento-colegio de señoritas de Santa Rosa-María, de Mechoacán. <sup>42</sup>

Ante la insuficiencia de las medidas, adoptadas a principios del siglo XVIII, por el Duque de Alburquerque, el Duque de Linares nombró, a petición de los habitantes de Querétaro, en 1710, Alcalde Provincial de la Santa Hermandad, en dicho distrito, a Don Miguel Velázquez Lorea, cuyo padre había también ejercido ese cargo. Nacido en la misma Querétaro en 1670, Don Miguel ejerció sus funciones en una época en que el país estaba tan plagado de bandidos que no había la menor seguridad en los caminos. <sup>43</sup> Cuando salió por vez primera a cumplir su cometido, hubo rogativas en todas las iglesias de Querétaro, porque se temía peligrase su vida en los primeros encuentros con los salteadores, pero no fue así y el 10 de agosto de 1716 entró en México, nombrado por el Virrey, Marqués de Valero, para Capitán de la Santa Hermandad. Acreditado su valor y esfuerzo, S. E. le comisionó para la facción de Tareta, donde, con 80 hombres, venció a 400 bien armados (1717). En 1719 le amplió el mismo Virrey sus facultades, eximiéndole de dar cuenta de sus sentencias a la Sala del Crimen y declarándolas inapelables, por una providencia dictada con acuerdo de la Audiencia, y llamada por eso *Acordada*, que estableció el tribunal y la prisión que llevaron este mismo nombre, y que fue aprobada por S. M. en Real Cédula de 22 de Mayo de 1722. Velázquez puso en las poblaciones, haciendas y ranchos, así como en los demás lugares sospechosos, comisarios y cuadrilleros, prácticos, esforzados y activos, que se correspondiesen fácilmente; logró así numerosas prisiones y ejemplares castigos, con los que

<sup>41</sup> Id. de id. id. Leg. 541. Representación de la Sala del Crimen al Rey. México, 26-2-1744; *Mercurio de México*, de mayo de 1742 en "Bibliografía mexicana del siglo XVIII", II, pág. 900.

<sup>42</sup> Rivera Cambas, M.: *México Pintoresco...*, I págs. 416-419.

<sup>43</sup> Leduc y Lara: *Diccionario...* art. Velázquez, Alamán L.: *Historia de México*, I. págs. 53-54; Alamán y otros: *Diccionario Universal* art. Velázquez.

tranquilizó a las provincias y mereció que escribiesen al Rey alabando su obra. Por ello, S. M. se sirvió darle las gracias y por Real Cédula de 28 de noviembre de 1722 concedióle que, a su muerte, le sucediese su hijo Don José.<sup>44</sup>

Además de los muchos que él sentenció, el Virrey, en 1722, condenó a otros famosos salteadores, aprehendidos por Velázquez: Don Pedro Dávila (a) Don Pedrito, y Miguel Antonio Téllez (a) Zopilote. Desde 14 de octubre de 1722, pudo Velázquez rondar, proceder y actuar dentro de la capital contra toda clase de maleantes, bajo las órdenes y con el auxilio del Virrey, y podía ahorcar a los reos a quienes no correspondiese la pena de ser asaetados, en la plaza Mayor de México y la de aplicar la pena de azotes por las calles públicas de la capital.<sup>45</sup>

Al principio, el Tribunal de la Acordada era ambulante y su jurisdicción muy extensa. Salía el Capitán con sus comisarios, un escribano, un capellán y el verdugo y, donde quierà que se capturaba a un ladrón, se le formaba juicio sumarísimo y, fuera cual fuera el valor de lo robado, se procedía a colgar al reo en algún árbol a la orilla del camino.<sup>46</sup>

Cuando tenía algún ajusticiado de su tribunal, mostrábase Don Miguel al pueblo más placentero que de costumbre y solía decir, hablando de los reos: "Denme sus gargantas y llévense lo demás". Esta severidad, que su biógrafo dice no se debía a corazón duro ni ánimo cruel, sino a su prudencia de carácter para hacerse temible a los malhechores, parece que no se compagina con su amor al retiro y a la vida privada, que era tanto que fue difícil el conseguir de él que aceptara por segunda vez el cargo de Capitán de la Acordada. Aun la primera hubo de alentarle el P. Margil, diciéndole que no temiera, pues su muerte "sería como la de una religiosa capuchina". Murió en México el 7 de septiembre de 1732, dejando varios hijos, todos ellos notables por sus virtudes y ciencia.<sup>46 bis</sup>

El mismo P. Margil había dicho a Don Miguel, hablándole de su sucesor "que perdiese cuidado, que su hijo le había de suceder y desempeñar". Don José Antonio Velázquez de Lorea sucedió a su padre en el cargo de Alcalde de la Santa Hermandad y Juez por S. M. de la

44 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.339. Güemes al Rey. México, 12 de agosto de 1746.

45 Id. de id. id. Dicha carta y testimonio adjunto.

46 Leduc y Lara: *Diccionario...* art. Acordada.

46 bis Pérez Hernández, J. M.: *Diccionario de la República Mexicana* art. Velázquez, "Bibliografía mexicana del siglo XVIII", II, pág. 344.

Real Acordada de México y de Nueva Galicia y Alguacil Mayor del Santo Tribunal de la Inquisición, como su padre; fue, además, Teniente Coronel de los Reales Ejércitos, y Guarda Mayor de los Caminos del Reino. Heredó a su progenitor "en la justicia, integridad y rectitud con que supo desempeñar gloriosamente el mismo cargo, haciéndose, por estas singulares circunstancias, lo mismo que su padre, famoso y admirable, no sólo en la América, sino también en la Europa". La Merced que el Rey le hizo de concederle la sucesión futura de su padre cuando aún no había cumplido los diecisiete años, pues había nacido en Querétaro en 1705, le alentó de tal manera que, en 1728 y 1729, siendo teniente de su padre, destruyó "en tierra adentro", la famosa cuadrilla de Pedro Raso, compuesta de 60 bandoleros.<sup>47</sup>

Posteriormente se agregó a las funciones que ejercía Don José Velázquez la del juzgado de bebidas prohibidas. Tanto él como su padre procedieron con tanta severidad que lograron exterminar a los ladrones, ahorcando a muchos de ellos y asaeteando a otros, conforme a la pena usada por la Hermandad, establecida por Real Cédula de Felipe IV (27 de mayo de 1631) y restablecieron la seguridad en caminos y poblaciones. La Sala del Crimen se mostró constantemente opuesta al uso de tan extensas facultades, por lo que éstas sufrieron diversas alteraciones, mas el Virrey Marqués de Casafuerte sostuvo a Velázquez en el uso de la jurisdicción que ejercía.<sup>48</sup>

La Instrucción redactada por el Consejo de Indias y firmada por el Rey no se olvidaba de este aspecto del orden público, diciendo: "Por quanto se halla providenciado y resuelto que en México tenga la Acordada el Capitán Dn. Joseph Velázquez, Alcalde provincial de la Hermandad, para que, con sus quadrilleros, limpie la tierra de ladrones, salteadores de caminos, y gente de mal vivir, teniendo Cárcel separada de la de Corte para prender en ella con facultad de poder castigar a todo género de delinquentes, después de substanciadas, sentenciadas y determinadas sus causas, con parecer de Asesor Letrado, que elegirá y nombrará para ello, y conviniendo mucho el que se mantenga a este Ministro en su empleo y que se continúe su Juzgado, procurará el nuevo Sr. Virrey su conservación y que se le dé todo el favor y auxilio que necesitare, para que pueda cumplir con su encargo, y hará que se guarden y observen

47 Pérez Hernández: *Diccionario...* art. Velázquez Lorea, J.

48 Alamán, L.: *Historia de Méjico*, I, pág. 54.



las órdenes y Despachos que están librados a su favor, con inhivición de los demás Juezes y Tribunales y con sólo la subordinación al Superior Gobierno, en la forma y modo que en ellos se contiene...".<sup>49</sup>

El Capitán de la Acordada ejercía su autoridad por medio de cerca de 8.500 subordinados, llamados tenientes o comisarios, distribuidos en poblaciones y campos, que servían gratuitamente, por el honor y consideraciones que disfrutaban y formaban un activo y vigilante cuerpo de policía. Era el verdadero apoyo de la seguridad de propiedades e individuos, y había corregido de tal forma el mal de los ladrones, que se transitaba por todos los principales caminos sin recelo, y las conductas de plata llegaban mensualmente a México desde los Reales de Minas y regresaban a ellas con dinero, llevando también grandes sumas de éste a Veracruz, con muy pequeñas escoltas y casi sin más resguardo que las banderas que se fijaban en las extremidades de las líneas de barras de plata y talegas de pesos, en los campos en que hacían noche los conductores, y con las cuales se designaba que aquellos caudales estaban bajo la protección de la autoridad real o, como vulgarmente se decía, eran *la plata del Rey*, cuyo nombre era respetado y acatado.<sup>50</sup>

Pero la Acordada tenía "un gravísimo defecto: no procuraba prevenir ni impedir el delito, sino que se dirigía solamente a castigar al culpable".<sup>51</sup>

Invertíanse en todo lo referente a ella, por término medio, 70.000 pesos anuales, en su mayor parte para alimento de los reclusos, funcionarios, espías, conducción de reos, servicios sanitarios, etc. El Juez de la Acordada gozaba un sueldo anual de 5.000 pesos, tomados del ramo de Alcabalas.

La vida en la prisión de la Acordada era horrible: en ella se oían, casi de continuo, el silbido de los pitos, los golpes de la campana y el frecuente ¡Alerta! de los centinelas durante la noche. No se usaba con los reclusos ningún sistema; se utilizaban cadenas, grillos, esposas, azotes y, algunas veces, el tormento; se les daba de comer atole y pan bazo, por la mañana; a mediodía, y por la noche, frijoles mal sazonados y otro pan bazo; por la noche, para prevenir las fugas, se soltaban, desde

---

49 A. gen. de Indias. México. Leg. 515. Instrucción al Conde de Fuenclara, fols. 179 v.º a 180 v.º

50 Alamán, L.: *Historia de Méjico*, I, págs. 55 y 56.

51 Rivera Cambas, M.: *México Pintoresco...*, I, pág. 251.



las seis de la tarde, varios perros feroces que rondaban incesantemente los patios y galerías y vigilaban las puertas de los calabozos.<sup>52</sup>

Cuando Don José Velázquez sucedió a su padre, procuró seguir sus huellas, desplegando la misma honradez, la misma actividad e igual energía".<sup>53</sup> El 6 de octubre de 1732 tomó posesión de su cargo y su gestión le mereció la estimación pública.<sup>54</sup>

Por Real Cédula de 26 de agosto de 1736, S. M. aprobó de nuevo la ampliación de facultades concedida al Capitán de la Acordada por el Marqués de Casafuerte; no obstante, la Sala del Crimen siguió obstaculizando su obra y, cuando murió el Duque de la Conquista, la Audiencia impuso a Velázquez una multa de 500 pesos; él se retiró entonces a Querétaro hasta la llegada del nuevo Virrey Conde de Fuenclara "rezelando el mayor influxo de la Sala para con la Audiencia".<sup>55</sup>

Había desbaratado la cuadrilla de Garfías y Miguel del Valle en la Tierra Caliente; la de Juan Manuel González, terror de la provincia de Zacatecas, del Fresnillo y sus comarcas, compuesta de 50 bandidos; la de los celayeños, y la de Miguel de Ojeda, y aún había de desbaratar otras doce cuadrillas de numerosos forajidos, entre ellas la de Pedro Razo, ya citada y que el "Diario Sagrado y Profano" llama (a sus componentes) "capeadores, homicidas, ganzueros, guerristas, incendiarios y escaladores de sagrados conventos". Durante su largo mando, ajustició a 367 reos, envió a presidio a 3.425, y, a su muerte, dejó encarcelados a un gran número, logrando refrenar del todo la audacia de los malhechores, que, en Santa Ana de Chautepam, tiraron balazos al sacerdote que predicaba al pueblo, y, sin recato, pedían dinero a los ricos, amenazándoles de muerte, si no les daban lo que pedían, lo que ejecutaron con algunos. Murió en Querétaro el 16 de febrero de 1756, siendo enterrado en la iglesia del colegio de Santa Rosa, cuya fábrica, con la de la sacristía y claustros interiores, hizo a sus expensas.<sup>56</sup>

Ya se ha visto que Fuenclara amplió sus atribuciones, encargándole de la Guardia de los Caminos Reales, confirmándole en la vigilancia in-

52 Id. id. ob. cit., I, págs. 253 a 256.

53 Pérez Hernández: *Diccionario...*, I, pág. 73.

54 Alamán y otros: *Diccionario...*, I, pág. 41.

55 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.339. Testimonio adjunto a la carta citada de Gúemes al Rey. (México, 12-8-1746), fols. 18 a 20.

56 J. M. D.: *Diccionario...*, págs. 785-786, art. Velázquez Lorea, José, y *Diario Sagrado y Profano de todo el año*.

terior de la capital <sup>57</sup> y poniéndose siempre de su parte en las repetidas controversias con la Sala del Crimen.

El 5 de febrero de 1743, la Audiencia informó al Rey que no convenía aplicar allí la Pragmática de Madrid de 1734 contra los ladrones, porque ya no se experimentaban “sino algunos robos de corta entidad, por haber cesado del todo las guerrillas y pedreas productivas de tantos ladrones”. No debía ser, sin embargo, tanta la tranquilidad, cuando, en 16 de diciembre de 1742, el Fiscal del Crimen, por sumarios y autos que se despachaban por entonces, expresó los gravísimos desórdenes que habían ocurrido, si bien por avenencias con las autoridades eclesiásticas, prisión de malhechores y las zelosas y actiuas Prouidencias” de Fuenclara, se atajaron esos males, especialmente sacando de los templos —con permiso de la Iglesia— a innumerables facinerosos refugiados en ellos y que se remitieron a presidios ultramarinos. <sup>58</sup>

El Virrey pretendió que fuera reducido el número de las iglesias que podían servir de asilo a los criminales; pidiólo al Rey por intermedio de la Audiencia y no lo consiguió; únicamente pudo llegar a un arreglo con el Juez Eclesiástico para que todos los refugiados en iglesias y cementerios fueran sacados de allí y depositados en el castillo de San Juan de Ulúa. <sup>59</sup>

Pese a todo esto, en 15 de diciembre de 1742, fue ajusticiado, por orden del Teniente Coronel Velázquez, Juan Núñez Márquez Marmolexo, ladrón salteador, que había sido aprehendido en el pueblo de Acambaro y que se hallaba voceado por sus atrocidades en aquellos contornos y aun en lo más apartado de la tierra adentro. Entre los dieciocho maleantes ejecutados en 1743 se cuentan: el indio Miguel Hernández, que, con otros dos cómplices, mató a dos mercaderes viandantes que, accidentalmente, fueron a pedir alojamiento en casa de uno de los reos; su cómplice *El Tamborilero*; la mestiza Juana Micaela, por otro asesinato; el español José de Aguilar, *el Figuerillo*, célebre por sus robos y homicidios; su cómplice *El Huérfano*; y otro español Diego Gavidia (a) *El Pato*, cogido en Metepec por salteador famoso de campos y poblados

<sup>57</sup> A. gen. de Indias Escribanía de Cámara del Consejo. Leg. 245, Cuaderno 6.º de la Residencia del Conde de Fuenclara, folio 68 v.º, y Cuaderno 7.º, folio 167 v.º

<sup>58</sup> Id. de id. México. Leg. 1.339. Testimonio adjunto a la dicha carta de Güemes al Rey. México, 12 agosto de 1746, folios 42 y 43.

<sup>59</sup> Id. de id. id. El mismo testimonio, fols. 7 v.º y 8. Rivera: *Los Gobernantes de México*, I, pág. 360.

y “fuga de la Real Cárzel de esta Corte, oradando el Techo de ella y quebrantando una reja de las ventanas del Rl. Palacio”.<sup>60</sup>

A principios de 1744 habíanse levantado nuevamente cuadrillas de facinerosos, porque, por cada uno que se capturaba, se levantaban otros de iguales inclinaciones, que, “generalmente reynan y predominan —dice un informe de la Audiencia— en la imponderable multitud de Negros y Mulatos, lobos, Yndios, Coyotes, y otros Mixtos, que, aun en esta Capital, componen las tres Partes de quatro de su vezindad, y mucho más en las demás Poblaciones, Ciudades, Villas, Pueblos, Haziendas y ranchos, estancias y Minerales, entregados comúnmente a la ociosidad, ebriedad y demás vicios, sin miramiento alguno a honra, reputación ni crédito, sin que les contenga el delito por la Ynfamia, sino únicamente por el temor de la pena...”. La Audiencia consideraba también, como causa del bandolerismo, la falta, en los oficios y labores del Virreinato, de la “comodidad necesaria aun a los menos mal inclinados”, y de las conveniencias que creían encontrar allí los que, sin ellas ni destino, llegaban procedentes de España, los cuales comenzaban por la ociosidad y de ella pasaban descaradamente a todo género de vicios y delitos; que no había, en aquellas provincias, ejércitos a qué destinarlos, ni galeras, ni presidios seguros, pues “aun a los de color quebrado que, por sus delitos, se condenan a obraje, trapiche u otras oficinas, los reciuen los dueños con gran repugnancia y, después de pagar el precio en que son precisados a comprarlos, les suelen dar liuertad por no sufrirlos, y saliendo, desnudos y recelosos, de donde han sido condenados y pueden ser conocidos, se mudan a otros parajes a continuar más desenfrenada y rabiosamente sus insultos”. Añadía el informe que los sirvientes de las haciendas de campo, ranchos, estancias, trapiches y mucha parte de los que vivían en las poblaciones, eran parientes o se consideraban como tales, al menos en la casta de color quebrado, de la gente que vivían al margen de la ley, y entre ellos encontrábanse encubridores, noticias y avisos de los que necistaban armas, caballos y demás aprestos, que les daban por inclinación o ellos se tomaban por la fuerza, en los ranchos dispersos y sin defensa. Y acababa atribuyendo a las malas cosechas y escasez de crías de ganado, cuyos precios habían subido mucho, así como a la falta de flotas, la carestía de los géneros, que habían subido al doble,

---

<sup>60</sup> Id. de id. id. Leg. 1.656. Testimonio de algunas providencias contra facinerosos, fols. 153 a 161 v.º



triple y aun más de su valor y el aumento de gente desocupada, por no haber destijos en qué trabajar. <sup>61</sup>

Entre los quince malhechores que ajustició Velázquez, en 1744, en la horca "que siempre ha tenido extramuros de esta ciudad" <sup>62</sup> hubo uno al que se aprehendió después de una persecución por setenta leguas de camino; los españoles *El Rubio, el Zapito y el Pinta la lira*; el mestizo *el Pilguanejo* y, en fin, el principal, ahorcado el 23 de mayo: el mulato libre Simón de Astudillo famoso ladrón de dentro de esta Ciudad, perpetrador de diferentes insultos, como fueron, además de sus notorios arroxos, diferentes resistencias a las Justizias que solizitaban, con grande ahínco, su aprehensión y la de sus socios, por lo voseados y respectables que se hicieron, llegando su orgullo y osadía a tal grado, que estándolo azechando el Corregidor de esta Nobilísima Ciudad en una casa de Velería, frente del templo de Jesús María, con gente armada, así dentro de la dicha casa, como fuera della, luego que les impetró el nombre de la Real Justizia, hecharon mano a las armas y, con estrépito de ellas, lograron su fuga, andando después libremente de cementerio en cementerio, burlando a todas las Justizias hasta que por la gente de dicho Theniente Coronel se logró su aprehensión...". <sup>63</sup>

Atendiendo al informe de la Audiencia de 1743, una Real Cédula (San Ildefonso 15 de septiembre de 1744) dirigida a los Alcaldes de la Sala del Crimen de México, no contestó nada sobre la limitación del derecho de asilo en las iglesias, mandó que se ampliaran las facultades concedidas a Velázquez, pero exceptuó de su autoridad el recinto de la capital, en la que debían actuar dichos Alcaldes; parecía que no debía modificarse la inmunidad de las iglesias, lo que daba a los malhechores cierta impunidad. <sup>64</sup>

En 1745 los ajusticiados por Velázquez fueron trece: aunque lentamente, la criminalidad descendía. Pero, entre ellos, figuraban *el Fiscalito*, los mestizos Salvador de los Reyes (a) *el Panuquito* y *el Bonito*, el indio Juan Pedro Sandoval, un esclavo y los españoles Basilio Sáenz (a) *el Estudiante* y Manuel José Cosme Alarcón. Nicolás Ambrosio, *el Bonito*, había llegado a robar, en la Real Sala del Crimen (¡a la justicia prender!)

61. Id. de id. id. Leg. 1.339. Testimonio adjunto a la carta de Güemes al Rey (12 de agosto de 1746), fols. 43 y 44.

62. Id. de id. id. Dicho testimonio, fol. 45. .

63. Id. de id. Leg. 1.656 Testimonio de algunas providencias contra facinerosos, fols. 161 v.º a 167.

64. Id. de id. id. Leg. 1.339. Testimonio adjunto a la carta dicha, fols. 7 v.º a 8.



“parte de los fuecos de los dozeles y colgaduras del Real Tribunal, y del cajón de la mesa de los señores porción de pesos y pasta de moneda falza”; en el convento de San Jerónimo, horadando las paredes, había despojado a la imagen de Nuestra Señora de la Asunción, de sus valiosas perlas y de su vestido. El indio Sandoval robó las campanas del Colegio de las Mochas y las de la Capilla de San José. *El Estudiante*, capturado en la Venta del Ojo del Agua, estaba asociado con el esclavo. En cuanto a Alarcón, había asaltado, en campo abierto, a Don Diego Flores y a otros dos que le acompañaban: uno de éstos pudo huir y avisar al P. José Amador, de la Compañía de Jesús, administrador de una hacienda próxima; el religioso salió con sus vaqueros, al encuentro de los bandidos y resultó herido en la lucha que se originó.<sup>65</sup>

Durante ese mismo tiempo (1743 a 1745), la Real Sala del Crimen sólo ejecutó a once reos: tres, en 1743; cuatro, en 1744, y cuatro en 1745, algunos de ellos de curiosos apodos: *Carga el Diablo* y el *Armado*. Los Alcaldes del Crimen —dice el citado informe de la Audiencia de 1743— no pueden perseguir por sí a los facinerosos, por estar sujetos a la diaria tarea.<sup>66</sup>

En los últimos meses del gobierno de Fuenclara, fueron dos los ajusticiados por la Acordada: Lorenzo Cayetano Arias (a) *Navalenché*, mestizo, el más notable de ellos, había entrado en la parroquia de San Sebastián, de Puebla, cuando los padres estaban confesando, a media tarde, y se apoderó violentamente del “vaso sagrado de los santos óleos”, que vertió por el suelo. Y quedaban en espera de sufrir la última pena, al encargarse del mando el Virrey Don Juan Francisco Güemes, el morisco Diego Pegueros, *el Carrero*, *el Zurdo* y otros.<sup>67</sup>

La Real Cédula de 1744 había dado ocasión a la Sala del Crimen para nuevos rozamientos con Velázquez, encarcelando a sus cuadrilleros y pretendiendo que, al cesar en el gobierno Fuenclara, hiciese Don José renuncia de su comisión, como lo hizo él, por no verse continuamente perseguido, pero el nuevo Virrey Güemes no se la admitió, por ser muy útil al Reino mantenerle en el uso de sus facultades, mientras que la Sala del Crimen nombraba comisarios a sujetos tan poco recomendables como Don José de Lemus “resultando de estas inquietudes perjudiciales

65 Id. de íd. id. Leg. 1.656. Testimonio citado, fols. 167 a 172.

66 Id. de íd. id. Dicho testimonio, fols. 178 y 179. Leg. 1.339. Testimonio adjunto a la carta del 12-8-1746 de Güemes al Rey, fol. 45.

67 Id. de íd. id. Leg. 1.656. Testimonio citado, fols. 173 y 174.

consecuencias al servicio de V. M., porque, a no ser Velázquez de la constancia, integridad y pureza, que es notorio, se insolentaría la gente facinerosa e inundaría de delinquentes el Reyno, de que sólo él y su padre, con su actividad e integérrima conducta, han sido capaces de limpiarle, y, de otro modo, volverá a experimentar los miserables, lastimosos efectos, que antes se padecían, debiéndosele únicamente la quietud y seguridad de que actualmente está gozando...".<sup>68</sup>

El 16 de enero de 1744, reunidos el Virrey y la Audiencia en Acuerdo extraordinario, dijo el Conde de Fuenclara, que, nuevamente, se habían levantado "quadrillas de gente fazinerosa que, con robos, muertes y otros insultos" turbaban la seguridad de los caminos reales, comercios y quietud pública "experimentándose también, en esta Capital, más frecuente osadía en los arrojados de robos nocturnos en los Conventos de Religiosas, casas de los vezinos y capeos en las calles públicas, con muertes, heridas y otros graves exesos, de que sólo vive la innumerable gente de color quebrado; osiosa y bagabunda, con que se halla infestado todo este Reyno, logrando los agresores, en las ciudades y poblaciones, el prompto refugio de los Sagrados, de donde salen a continuar sus delitos, de noche, en los vesindarios, y de día, en los caminos, por la facilidad con que asimismo se socorren y aseguran fuera de las poblaciones, en las rancherías, haziendas y despoblados, sin que basten las muchas prisiones y castigos que el Provincial de la Hermandad...". Agregó que, por ello, convenía se deliberase un rápido y eficaz remedio, antes que mal tan público llegase a ser la consternación general. A continuación, propuso los remedios que creía más convenientes y el Real Acuerdo deliberó sobre todo con la debida detención. Había también que recordar que, a causa de las largas distancias y de no haber correos ordinarios, cuando llegaba la resolución de la Sala del Crimen, a la que habían de consultar las justicias ordinarias, o los reos habían muerto o habían huido, que era lo más general, por la poca seguridad de las cárceles, y el castigo dilatado no hacía la impresión del rápido. Considerando todo esto, el Real Acuerdo decidió que se cumpliera la ley 16, título 8.º, libro 7.º de Indias y que, en su conformidad, los gobernadores, alcaldes mayores, sus lugartenientes, alcaldes ordinarios y demás funcionarios de justicia del distrito de la Audiencia de México (con excepción de los

---

68 Id. de id. id. Leg. 1.339. Güemes al Rey. México 12 de agosto de 1746, y testimonio adjunto.

de la capital y cinco leguas en su contorno) pudieran ejecutar sus sentencias de muerte, azotes o cualquier otra condena corporal, sin dar previa cuenta a la Sala del Crimen "en solos aquellos casos en que, con parecer de Asesor Letrado, docto y timorato se pudieran imponer esas penas, con ejecución y sin embargo de suplicación, por no ser apelables tales sentencias"; luego darían cuenta a la Real Sala. Se acordó también ampliar a Velázquez sus facultades, para rondar de día y de noche, capturar los reos que encontrara y determinar sus causas, no por los estatutos de la Hermandad, sino por las leyes de Derecho común, ejecutando las sentencias en la Plaza Mayor de la ciudad, en la horca pública allí instalada, o en otra plazuela o paraje que se señalara, al arbitrio de S. E., pudiendo también ejecutar la pena de azotes por las calles públicas de la ciudad. <sup>69</sup>

Consecuencia de estas decisiones fue el siguiente Decreto de Fuenclara:

"México y Febrero ocho de Mill setezientos quarenta y quatro. Deseoso de extirpar los graues, notorios desórdenes que, por la ociosidad y demasiada inclinación a los visios que domina en este clima, se cometen en todo el Reyno y, con más experiencia se tocan en esta Capital, en todo género de delictos, particularmente latrocinios, se exitó mi zelo a meditar los más eficazes medios para conseguir el atajarlos, proponiéndolos, consultivamente, al Rl. Acuerdo, no sólo para que se considerasen, sino para que expusiese los que se le ofresiesen, conducentes al fin, y, en el extraordinario que se tubo a los diez y seis del próximo pasado henero, después de haverse hecho cargo de todo quanto en el asunto fue digno de considerarse, tanto por los incursos, universal daño que ocasionan, como también para aplicar el justo remedio, se acordaron las providencias que comprehende el testimonio del auto que, con éste, paso a la Real Sala del Crimen, pues, no siendo menos celosa e interesada en el bien público, conozco que, en su vista, y de los medios acordados, se arreglará a ellos y concurrirá a su execución y conveniente práctica, para que, de conformidad, se manifieste y ordene a las Justicias y demás a quienes se comete su cumplimiento...). <sup>70</sup>

El Virrey confiaba demasiado en el "celo e interés del bien público" de la Sala del Crimen: no contaba con la sistemática oposición de ella o, mejor dicho, de su Decano, a cuanto redundase en aumento de la

69 Id. de id. id. Leg. 541. Testimonio de los autos fños, sobre la Real Provisión Acordada confiriendo facultad a los Justicias para ejecutar sentencias, fols. 1 v.º a 5.

70 Id. de id. id. Dicho testimonio, fols. 1 y v.º



autoridad del Juez de la Acordada, a pesar de que, como escribía Güemes, era Velázquez "tan útil, como que a ella, a la fortaleza, actividad zelo y desinterés con que la exerze, se deve nada menos que la quietud y seguridad de este Reyno: y, en una palabra, si no fuese sobstenida y faltas el impulso de la Sala, no se podría transitar y sería árbitra, como antes lo era, la iniquidad, el robo y estrago de vidas y Hazdas...".<sup>71</sup>

Efectivamente, ya el 20 de febrero, antes de que se pasaran dos semanas del decreto virreinal, la Real Sala dirigió una consulta al Virrey, declarando que era costumbre que las Justicias ordinarias no ejecutaran sentencias de muerte sin antes consultar con ella, pues había muchas quejas contra los alcaldes mayores y "poner en manos de vn solo hombre la honrra y la vida de qualquiera miserable delinquente, o del que no lo sea y la pasión, que acaso contra él pueda tener así se lo persuada, es asumpto digno de la más seria reflexibilidad"; que la Real Clemencia podía recelar de un Alcalde Mayor de las Indias" que, por lo regular —apuntaba maliciosamente la consulta— y porque las urgencias y necesidades que han ocasionado los tiempos, la mayor calificación que tiene es hauer desembolzado su dinero para serlo"; que no era fácil hallar una persona docta y timorata en esos lugares lejanos, para que se la consultara, pues, las de esas condiciones, vivían generalmente en la capital, y que, en fin, si se llevaba a efecto la disposición, quedaría extinguida la jurisdicción de la Sala, porque la que tenía para el conocimiento de la primera instancia en las causas que, conforme a las leyes, formaban sus ministros, estaba tan disminuida que apenas le quedaba con quien practicarla; así que era en vano que S. M. tuviera el gravamen del salario que se pagaba a los ministros que la componían. Por todo lo cual, pedía se revocara lo acordado por el Virrey y la Audiencia. A la consulta iban adjuntas: una certificación del Escribano de Sala, de varios casos en que los Alcaldes Mayores procedieron arbitrariamente, lo mismo que los Asesores, por lo que la Sala les suspendió en el ejercicio de su cargo, absolviendo a los reos, o encontrando defectos en la formación de las causas; y declaraciones de Abogados Relatores de la misma Sala, diciendo que todas las causas que llegaban de fuera tenían defectos, careciendo de cuerpo del delito y de justificación.<sup>72</sup>

El 26 de febrero del mismo año, la Sala del Crimen envió una re-

71 Id. de id. id. Leg. 1.506. Güemes al Rey. México 30 de enero de 1748.

72 Id. de id. id. Leg. 541. Testimonio citado, fols. 3 y 17.



presentación al Rey, exponiendo los inconvenientes que se seguirían de ponerse en práctica lo acordado por el Virrey y la Audiencia de que las justicias inferiores pudieran ejecutar la pena corporal o la de muerte sin verse obligadas a consultarle a ella para su ejecución. Negaba que estuviera el Reino infestado de cuadrillas, pues jamás había estado tan tranquilo (¡y no por su celo, podía haber dicho!) y sosegado, pues el que en la capital se hicieran “robillos”, por los llamados Macuteros o Capeadores, no era de extrañar, pues, de las cuatro partes de la población, tres eran “de Plebe, de gente de color quebrado, por su sangre, naturalmente inclinada a delinquir, y más quando se ayuda esta inclinación con la inevitable embriaguez de que se hallan diariamente poseídos los de esta Naturaleza, por la innumerable copia de Vinaterías y Pulquerías que se encierran en el recinto de esta Ciudad”, y la embriaguez se consideraba como eximente de los reos. La representación hacía justicia al cumplimiento de sus obligaciones por el Virrey, pero quejábase de la visita que éste hizo a la Sala en 20 de septiembre de 1743, sin previo aviso; agregaba que el Fiscal de la Sala se mostraba contrario a ella y favorable al Virrey, y, en fin, pedía que S. M. se sirviera ampararla en su jurisdicción, prerrogativas y facultades, porque si se cumplía lo acordado por el Virrey y el Real Acuerdo estaban de más la Sala del Crimen y los sueldos de sus ministros serían una carga sin utilidad alguna.<sup>73</sup>

Habíanse ya imprimido, refrendado y sellado las Reales Provisiones comunicando el decreto del Virrey a las diversas jurisdicciones, cuando, a la vista de la consulta de la Sala del Crimen solicitando su sobreseimiento, la Audiencia mandó verbalmente suspender la expedición de dichas Provisiones, lo que se ejecutó antes de haber despachado ninguna. La orden verbal se formalizó jurídicamente por el auto de 13 de mayo de 1745, en el que se mandó sobreseer en la providencia acordada, fundándose en la consulta de la Sala del Crimen, las respuestas de los Fiscales de S. M. de lo Civil y del Crimen, y el hallarse la ciudad más sosegada.<sup>74</sup>

Así no era posible gobernar, ya que el más ínfimo picapleitos podía oponer su veto a las resoluciones del Virrey y apelar al Rey para que deshiciera lo dispuesto, aunque, desde tan larga distancia, era muy difícil

73 Id. de id. id. La Sala del Crimen al Rey. México 26 de febrero de 1744.

74 Id. de id. id. Testimonio citado, fols. 3 y 17.

ver quién tenía la razón. Aparentemente y leyendo las pomposas razones jurídicas que exponía la Sala, había que aprobar su espíritu altamente filantrópico, pero, en la práctica, la razón estaba de parte del Virrey y de la Audiencia. Resultaba de esto que, de un año a otro, o de un correo a otro, se sucedían las disposiciones contradictorias del Rey y del Consejo de Indias: era la labor de Penélope, enojosa e interminable.

El 19 de agosto de 1745 acordó el Consejo de Indias que se mantuviera a la Sala del Crimen en su jurisdicción y se guardasen todas las disposiciones anteriores; que se accedía a ampliar algo las facultades a Velázquez y como el Fiscal Dr. Andreu había procedido irregularmente, se mandaba desaprobár su conducta y reprenderle severamente, imponiéndole la multa de 500 pesos, y ordenándole que no abandonara la defensa de la Sala.<sup>75</sup>

Consecuencia de los acuerdos del Consejo fue la Real Cédula, expedida en San Ildefonso el 16 de septiembre de 1745, que desaprobó el Decreto del Virrey de 8 de febrero de 1744 y mandó que se respetasen las anteriores disposiciones: fue obedecida el 15 de diciembre del mismo año.<sup>76</sup>

Así triunfaba la Sala del Crimen y especialmente su Decano. Desde que se recibió esta Real Cédula, la envidia de la Sala y su pasión contra Velázquez tuvieron rienda suelta y se manifestaron especialmente en el asunto del cuadrillero Bobadilla, Comisario de Velázquez. A las ocho de la noche del 29 de marzo de 1746, yendo Bobadilla a su casa, con el cuchillo que usaba como cuadrillero, fue preso por el Comisario de la Real Sala del Crimen, Don José de Lemus (probablemente el mismo Don José de Oca y Lemus de que hablo más arriba), que iba de ronda y, sin más explicaciones, fue encerrado en la Real Cárcel de Corte. El 2 de abril, Bobadilla elevó un memorial, quejándose de lo injusto de su encarcelamiento, al Virrey, que el mismo día, ordenó a Don José Mesía que le informara por qué se había detenido a Bobadilla y quién era Lemus "que se supone cae de ronda, quando tengo mandado —dice— no salga ronda alguna sin los principales ministros". Mesía contestó que Bobadilla fue detenido por habersele encontrado un cuchillo de más de media vara de largo, arma expresamente prohibida en el último bando que "V. Exa. —dice— mandó publicar": se excusó de

<sup>75</sup> Id. de id. id. Consulta del Consejo de Indias al Rey. Madrid 19 de agosto de 1745.

<sup>76</sup> Id. de id. id. Testimonio, de los autos fhos. sobre la Real Provisión Acordada confiriendo facultad a las justicias para ejecutar sentencias, fols. 3 y 21 a 23.

cumplir el informe y de la captura de vagabundos por enfermedad. Al día siguiente (3 de abril) el Virrey nombró a Don Ambrosio Melgarejo para la captura de vagos, y pidió a Velázquez que informara sobre Bobadilla. Lo hizo diciendo (6 de abril) que el detenido se había portado siempre bien y que el cuchillo lo llevaba para el ejercicio de su ministerio, aunque no se le permitieran armas por haberse restringido las facultades concedidas por el Real Acuerdo en tiempo del Marqués de Casafuerte; que, en vista de esta limitación y de no poder defender, como antes, la seguridad de las personas, presentaba la renuncia de su cargo y, a la vez, hacía entrega de 160 reos que tenía en sus cárceles. El Virrey pasó el informe al Fiscal de la Audiencia, Licenciado Bedoya, que contestó que Lemus se excedió en sus atribuciones, pues Bobadilla podía llevar arma en su calidad de cuadrillero, y debía ser puesto en libertad; que no se admitiera la renuncia a Velázquez "vista la notoria pureza, desuelo y desinterez con que dho. Prouincial ha desempeñado su Real confianza, mereciendo la aceptación de V. E. y de los Exmos. señores Virreyes que precedieron", y que, a pesar de la Real Cédula dicha, debía seguirse como hasta entonces por convenir a la seguridad del Reino. Hasta el 17 de mayo no contestó la Sala, diciendo que no había hecho más que cumplir con lo dispuesto en Reales Ordenes y que no ponía en libertad a Bobadilla. El Virrey pasó esta respuesta a informe del Fiscal, que contestó que S. E., por decreto de 23 de julio de 1745, había autorizado a Comisarios y Cuadrilleros para llevar armas dentro del recinto de la capital y que, además, una Real Cédula de 1736 dispuso que, en casos semejantes, debía decidir definitivamente el Virrey; por ello, siendo Bobadilla Comisario, no estaba sujeto a la jurisdicción de la Sala, sino a la del Virrey y que así debía escribirsele a la Sala. Así lo resolvió Fuenclara y se escribió la carta a la Sala, después de que el Real Acuerdo, en fecha 6 de junio, redactó un largo y razonadísimo parecer, que era, a la vez, una solemne condenación de la insolente y anticivil conducta de la Sala del Crimen y un elogio merecidísimo de Velázquez, cuya renuncia no debía admitirse, porque, contra ella "clarificaría el común todo de estas Provincias", después de los felices resultados logrados por él y su padre en treinta y seis años de servicios, y cuando acababa de aprehender y ajusticiar al famoso salteador José Joaquín de Osornio (a) *el Bermejo*; opinaba el Real Acuerdo que, si prevalecía la Sala del Crimen, se volvería insensiblemente a la "general cons-



ternación de facinerosos" que se había padecido tanto tiempo. El asunto seguía sin resolver al tomar posesión el Virrey Güemes.<sup>77</sup>

Cuidó Fuenclara de disminuir la ociosidad y que los soldados de Caballería pasaran a los barrios de la capital, para evitar las guerrillas que se formaban, y esto y el que muchos delincuentes españoles fueran enviados a Veracruz y su castillo, a Florida y a Panzacola, así como los de color quebrado a los obrajes, mejoró el aspecto de la capital; también se preocupó de que todas las justicias hicieran rondas, y publicó —a lo que ya se ha aludido— un bando contra los que llevaran armas cortas o las fabricaran.<sup>78</sup>

Por su orden, los Alcaldes de la Mesta limpiaron la ciudad de malas mujeres, como recuerda una canción mejicana.<sup>79</sup>

La embriaguez era un vicio extendidísimo, que ya hemos visto se consideraba eximente o, por lo menos atenuante, de los delitos. La Sala del Crimen en la representación citada, decía que no había podido ni siquiera disminuir ese vicio, aun con el repetido castigo de veinticinco azotes, dados a los ebrios dentro de la prisión, ni tampoco teniéndolos tres días encerrados en ella, pues se encontraban "en tanta copia, en las calles, especialmente en las inmediatas a pulquerías, que no bastarían muchas cárceles para encerrar a los que se veen tirados o caíéndose..."; esa era, afirmaba, la "indeleble raíz de todos los delitos".<sup>80</sup>

Poco después de su arribo a México, el Conde de Fuenclara intentó atenuar esa detestable costumbre, dando un bando, el 31 de diciembre de 1742, por el que impuso la pena de cuatro años de presidio y una multa, al arbitrio del Virrey, a todos los españoles, nobles o plebeyos, sin distinción de dignidades, jerarquías, títulos u oficios, que fabricasen, introdujesen o protegiesen la venta de toda clase de bebidas prohibidas, aumentando dos años de presidio, en caso de no pagar la multa, con la pérdida de todos los enseres destinados a la fabricación, y a todas las demás clases otras penas, incluyendo la de que los taberneros que vendiesen estas bebidas, no volviesen a tener taberna abierta.<sup>81</sup> Pero no bastaba y las reclamaciones que se le presentaron contra los abusos

77 Id. de id. *Id. Leg.* 1.339. Güemes al Rey. México 12 de agosto de 1746, y testimonio adjunto, fols. 4 y sigs.

78 Rivera: *Ob. cit.*, I, pág. 360.

79 Cavo: *Los tres siglos de Méjico*, libro undécimo, pág. 137.

80 A. gen. de Indias. México. *Leg.* 541. La Sala del Crimen al Rey. México 26 de febrero de 1744.

81 Alamán, L.: *Historia de Méjico*, I. Apéndice documental, pág. 74.



que se cometían y los desórdenes de los que frecuentaban las pulquerías de la ciudad, le obligaron a tomar más serias medidas.

El Decano de la Sala del Srimen, Mesía, hizo, por orden del Virrey, una visita a las pulquerías de la capital, en la segunda quincena de febrero de 1746, y, por su relación, se ve que sucedía lo mismo en todos los establecimientos de la clase. Acabada la visita, Mesía elevó su informe al Virrey, diciendo que los abusos en las pulquerías habían llegado a tal extremo que clamaban por el más eficaz y pronto remedio. Exponía que, a pesar de estar prohibido, en las ordenanzas, que tuvieran paredes, las tenían; que bebían juntos hombres y mujeres en los jacaes, tocando la guitarra; que se vendían allí comidas para excitar a la embriaguez, en especial una tortilla enchilada, muy picante, llevando dentro un trozo de vaca, a lo que llamaban *embuelto*; que el pulque era tan del agrado de todos, que se tomaba diariamente en casi todas las casas, ya por vicio, ya por la errónea creencia de que era medicinal, y que gustaba tanto a españoles como a indios.<sup>82</sup>

Presentada esta exposición al Virrey, pasó a informe de la Sala, del Asesor del Asiento del Pulque, del Fiscal Bedoya y del Asentista de Pulque —a la sazón el Capitán Don Manuel Sáenz de Pedroso, caballero de Santiago—, requiriéndose al último para que hiciera cumplir con las ordenanzas a las pulquerías, impidiendo se reunieran allí hombres y mujeres, se expendieran bebidas prohibidas y se jugara, y el Real Acuerdo, en voto consultivo, resolvió en el mismo sentido, expidiéndose el 25 de junio de 1746 un decreto por el Virrey.<sup>83</sup>

Pero éste, sin esperar a tan largo expediente, hizo cerrar todas las pulquerías que había en la plaza Mayor y en la del Volador, aun las que pertenecían a militares, así como todos los jacaes, chozas y burdeles que habían existido siempre desde el puente de la Mariscala hasta el bosque de Chapultepec, porque servían de asilo a los delincuentes y de abrigo a las deshonestidades y robos, remediando innumerables daños con "tan esquisita y nueva providencia".<sup>84</sup>

Los muchos daños y perjuicios que venían de los juegos de naipes, dados y otros, movieron al Rey a publicar contra ellos la Real Cédula

82 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.341. Testimonio de visita de pulquerías, fols. 2 a 6 v.º y 69 a 85 v.º

83 Id. de id. id. Testimonio citado, fols 78 v.º a 114.

84 Id. de id. id. Escribanía de Cámara del Consejo. Leg. 245. Cuaderno 6.º de la Residencia, fols. 70 v.º y 7, fol. 166 v.º

de 31 de julio de 1745, en la que se mandaban observar las leyes que prohibían los juegos de suerte y envite, a los que se jugaba por gran parte de la sociedad, aunque con el pretexto de sacar limosnas para hospitales y otras obras de beneficencia. El Conde de Fuenclara pretendió remediar tanto mal, aplicando las leyes para extirpar y desarraigar el escándalo de los juegos de suerte, permitiendo sólo los juegos de pura diversión y lícitos en las casas de personas principales, en los términos señalados por las leyes.<sup>85</sup>

La citada Real Cédula se obedeció en México el 16 de diciembre de 1745. Pero, en vista de ella, el Capitán Martínez de Aguirre, Asentista General de la Real Fábrica y Estanco de Naipes de Nueva España, Nueva Galicia, Guatemala e islas Filipinas, presentó una instancia al Virrey, solicitando se le devolviera la cantidad que había adelantado para el arriendo, pues, con la publicación de dicha Real Cédula, no vendería más barajas, ya que nadie se atrevería a desobedecerla; presentaba, además, la renuncia de su cargo de Asentista.<sup>86</sup>

El Fiscal de la Audiencia, Bedoya, al que el Virrey pidió informe, contestó era razonable lo que pedía el Asentista y que el devolverle la cantidad adelantada por el arriendo causaría gran quebranto a la Real Hacienda. Había el Arzobispo-Obispo de Puebla escrito al Virrey que un Real Despacho le encargaba que guardara las leyes contra los juegos de suerte y envite; Fuenclara le contestó que suspendiera toda publicación de edictos contra el juego hasta tanto que recibiera aviso suyo; el Arzobispo acusó recibo de esta carta conformándose. Ante una cuarta instancia del Asentista de Naipes, solicitando se le devolvieran 105.000 pesos que tenía adelantaados del sexto año del Asiento, y que se recibiera la entrega de toda la existencia de barajas y demás "peltrechos", porque, desde que se había esparcido la noticia de la Real Cédula prohibitiva, se le habían producido enormes perjuicios, Fuenclara decretó, de acuerdo con el informe del Fiscal, que continuara el Asiento de Naipes como hasta entonces (16 febrero 1746) y así se le notificó a Martínez de Aguirre.<sup>87</sup>

Pero la Corte de Madrid no se conformó con esta resolución y

---

<sup>85</sup> Rivera: Ob. cit., I, pág. 362.

<sup>86</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 1.339. Cuaderno 6.º de los autos acerca de la Real Cédula de 31 de julio de 1745 sobre que se guardaran las leyes contra el juego, fols. 4 a 15.

<sup>87</sup> Id. de id. id. Cuaderno 6.º, fols. 15 v.º a 76.

escribió al Virrey la extrañeza causada allí porque no había él hecho publicar la Real Cédula: recibióse esta carta después de salir de México el Conde y no se le pudo entregar; su sucesor Güemes lo participó a Triviño, excusándole.<sup>88</sup>

El Conde de Fuenclara dio cuenta al Rey de su resolución, diciendo que, para el cumplimiento de la Real Cédula contra los juegos de suerte y envite se habían presentado muchos inconvenientes; que ya en tiempo del Duque de Linares, se habían prohibido los juegos de albures, pero, en vista del perjuicio que se causaba al Asentista de Naipes, se suspendió la disposición, y ahora había resuelto lo mismo, comunicándolo así a los Presidentes de Guadalajara y de Guatemala. Acababa diciendo que el primer juego que habría que quitar era el de Gallos, que era de pura apuesta, y que la suspensión de la Real Cédula la motivaba también en que si bien con su cumplimiento se lograría tal vez la moderación entre la clase culta, en el resto de la población sería incentivo para que jugasen ocultamente a los mismos juegos que se prohibían.<sup>89</sup>

Fuenclara acabó, sin embargo, con los juegos llamados comúnmente de los *parados* y del *Bolichi*, que se jugaban en los xacales o chozas de la Plaza Mayor de la capital, a causa de los gravísimos excesos que allí se cometían; el de Bolichi se jugaba también en el Cuartel de Infantería; para acabar con todo motivo de murmuración prohibió también que se jugase en su Palacio, aunque se hacía moderadamente.<sup>90</sup>

Fuenclara hubo de intervenir en otros muchos asuntos judiciales, lo mismo que en alguno de orden público: entre los primeros está el de las muertes misteriosas en la Casa Profesa o Residencia de la Compañía de Jesús de la capital del Virreinato; entre los segundos, el motín de Puebla, del que me ocupo en otro capítulo.

De los asesinatos en la Casa Profesa ha hecho Valle Arizpe un interesante capítulo, titulado "Delito sin castigo", de su "Libro de Estampas";<sup>91</sup> Fuenclara los comunicó al Rey el 31 de marzo de 1743, diciendo que el P. Nicolás de Segura, sujeto de concepto por su literatura y su piedad, fue ahorcado en su celda el 8 de marzo del mismo año; que el 12, cuatro días más tarde, apareció muerto el portero en la misma

88 Id. de id. id. Leg. 1341. Güemes a Trivino, México 28 de abril de 1747.

89 Id. de id. id. Escribanía de Cámara del Consejo de Indias. Leg. 245. Cuaderno 7.º de la Res. del Conde de Fuenclara, fols. 3 a 9 v.º

90 Id. de id. id. id. Cuaderno 7.º de la misma, fols. 65 y 167, y Cuad. 6.º, fol. 70.

91 Valle-Arizpe: *Libro de Estampas*, págs. 251-259.

forma, y que se culpaba de ambas muertes a un lego que tenía preso el Provincial de la Compañía.<sup>92</sup>

La averiguación fue larga y hasta el 27 de agosto de 1744 no se dio sentencia, condenando al que era más probable autor, José de Villaseñor, que no confesó el doble crimen, a diez años de trabajos forzados en las galeras de Su Santidad, por estar sujeto a la jurisdicción eclesiástica y a ser expulsado de la Compañía de Jesús.<sup>93</sup>

No hay que omitir, en este capítulo, la eficaz labor llevada a cabo, en el territorio de la Audiencia de Guadalajara, por su Presidente y Capitán General el Marqués del Castillo de Aisa, que persiguió a los ladrones y estableció las rondas nocturnas que cuidasen de la seguridad, ya que había tantos malhechores que la mayor parte de las noches se registraban robos en las tiendas y en las casas.<sup>94</sup>

---

<sup>92</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 1.336. Fuenclara al Rey. México 31 marzo 1743.

<sup>93</sup> Id. de id. *id.* Leg. 541. Testimonio aprobatorio de lo hecho por el Virrey sobre los homicidios, fols. 1 a 12; Sosa: *Biografías de mexicanos*, págs. 972-75.

<sup>94</sup> Pérez Verdía, L.: *Historia particular del Estado de Jalisco*, tomo I, pág. 350; Mota Padilla, M.: *Hist. de la N.ª Galicia*, pág. 497.



## XIV

### EL MOTIN DE PUEBLA

Pocas fueron las alteraciones del orden público bajo el paternal gobierno del Conde de Fuenclara: la principal de ellas el motín de Puebla de los Angeles, al que Rivera dedica el siguiente párrafo:

“El Conde de Fuenclara tuvo que entender en el asunto de un alboroto ocurrido en Puebla de los Angeles en agosto de 1744, viéndose obligado a enviar tropas de México para sofocarlo, a petición del Alcalde Mayor de esa ciudad, y comisionó a D. Domingo Valcárcel para que averiguase la causa de la sublevación y procediera contra los culpables; el asunto fue pueril y muy diverso de lo que se creyó al principio; determinado el obispo de la diócesis a publicar la visita de su obispado, explicando los fines de ella, hizo solemnizar el acto con repiques; creyendo la gente que se trataba de la canonización del Venerable D. Juan de Palafox, dio expansión a su júbilo, que interpretó mal el Alcalde e hizo reunir las milicias en la plaza y colocar los pedreros en frente de la puerta de palacio, lo que aumentó la muchedumbre, sobre la cual se arrojó la caballería y, al dispersarla, resultaron algunos heridos; después de las averiguaciones, el Alcalde fue destituido”.<sup>1</sup>

La ciudad de Puebla, fundada en 1531 en la mitad del camino de Veracruz a la capital, era la población más importante después de ésta y llevaba el sobrenombre de los Angeles por los dos que su primer obispo, el aragonés fray Julián Garcés, vio en sueños, entre volcanes, visión que relata minuciosamente el dominico fray Juan de Villa Sánchez,

---

<sup>1</sup> Rivera, M.: *Los Gobernantes de México*, I, pág. 361.

cuando, en informe dirigido al Ayuntamiento, en 1746, dice que "en este misterioso sueño veía una hermosísima vega, en cuyo largo y anchuroso espacio, la famosa sierra de Tlaxcala extendía su dilatada falda, cuya amena y apacible llanura cortaba y dividía de sí misma el paréntesis de dos ríos... Veía más en sueños el venerable obispo, porque veía dos ángeles que, con el cordel de alarifes, medían aquel campo, ya de Oriente a Poniente, ya de Norte a Sur, como quien monta una fábrica y traza los fundamentos de una ciudad...". Fundada, según fray Toribio de Benavente, a instancias de los frailes menores, para pueblo de españoles que se diesen a labrar los campos y cultivar la tierra al modo y manera de España", estaba acertadamente emplazada, próxima a una montaña rica en excelentes canteras, y había sido construida orientando sus calles de tal modo que sus habitantes no sufrieran los rigores del frío ni los del calor.<sup>2</sup>

Por el informe enviado al Rey, en 1746, por el Ayuntamiento de la ciudad, consta que se componía de 3.595 casas principales y de 400 a 500 accesorias, sin contar las chozas de los indios; contaba con 50.366 habitantes, y mantenía un comercio activo con todos los puntos del interior y costas, a muchas leguas a la redonda, en trigo, maíz, frijol, cebada, algodón, ropa, jabón, loza, etc., más ya no salían para el exterior aquellos inmensos convoyes cargados con sus frutos, que tanto la habían enriquecido.<sup>3</sup>

A pesar de todo, era, a mediados del siglo XVIII, la segunda ciudad del Reino de Nueva España, figurando en su vecindario varios títulos de Castilla: el Marqués de Altamira de la Puebla;<sup>4</sup> el Marqués del Valle de San Juan,<sup>5</sup> el Conde de Castelo<sup>6</sup> y el de la Mejorada.<sup>7</sup>

A la sazón ocupaba su sede episcopal un ilustre canario, Don Do-

<sup>2</sup> Angulo Iñiguez, Diego: *Hist. del Arte Hispanoamericano*, I, págs. 427-429.

<sup>3</sup> *Diccionario de la República Mexicana*, artículo Puebla.

<sup>4</sup> Don José Ortiz de Casqueta, sucesor de su padre, el primer Marqués, D. Bartolomé Ortiz de Casqueta, que había adquirido el título, en 26 de octubre de 1690, por 12.000 pesos. "Bol. del Arch. Gen. de la Nación", tomo XIV, *La nobleza colonial*, por E. O'G., págs. 311 y 312.

<sup>5</sup> Don Onofre Enríquez de Baños y Sotomayor, nacido en 1710 y muerto en 1768, primero y único del título, otorgado en Corella a 9 de abril de 1713. Dicho Boletín, tomo XIV, art. cit., pág. 313, y A. gen. de Indias. México. Leg. 1.338. Testimonio de la causa contra los culpados de la sublevación. Cuaderno 1.º, fol. 17 v.º

<sup>6</sup> Don Ildefonso Pardiñas Villar de Francos, segundo Conde del título, concedido en 19 de octubre de 1699. "Bol. del Arch. Gen. de la Nac.", XIV, 3, pág. 454.

<sup>7</sup> Don Simón Joaquín Venegas y Espinosa, 2.º Conde, título creado en 26 de mayo de 1710. Dicho Boletín, XIV, 3, pág. 456.

mingo Pantaleón Álvarez de Abreu, nacido en la isla de Palma<sup>8</sup> y hermano del primer Marqués de la Regalía, letrado español, autor de la "Víctima Real", que, con las vacantes eclesiásticas de Indias, aumentó las rentas de la Corona. Había estudiado en las Universidades de Valladolid y Alcalá y obtuvo el grado de Doctor en Cánones por la de Avila. Canónigo y Arcediano de la Catedral de Canarias y Visitador de esta Diócesis, fue (1738) presentado por el Rey para el Arzobispado de Santo Domingo, de donde se le trasladó (20 de mayo de 1743) al Obispado de Tlaxcala o Puebla de los Angeles, siendo nombrado Prelado Doméstico asistente al Sacro Solio por Benedicto XIV. Beristain, que nos da todas estas noticias suyas, dice que "fue de genio dulcísimo y de candor virginal; y, al mismo tiempo, zeloso del culto, protector de las letras y de ideas magníficas". Su obra en Puebla fue importantísima. Dotó a la Catedral del aniversario de su consagración, del día en que se le hizo gracia de este Obispado, del de San Pantaleón y los maitines de Santo Domingo; le donó un incensario y una naveta de oro, y las andas de plata para la procesión del Corpus. Reedificó la iglesia de San Sebastián, hizo muchas donaciones a los conventos de monjas, y erigió en tal el Beaterio de Santa Rosa de Lima. Secularizó los curatos de los regulares y erigió nuevas parroquias en su Obispado. Reconocido a la salud, que recobró prodigiosamente a la avanzada edad de setenta y ocho años, por intercesión de su antecesor el Venerable Palafox, dio 20.000 pesos para la continuación de la causa de su beatificación en Roma. Como literato y protector de las Ciencias, erigió el magnífico Colegio de San Pantaleón, agregado al Seminario Palafoxiano; <sup>8 bis</sup> dotó en éste una cátedra de Leyes, otra de Cánones y otra de Ritos y Ceremonias Sagradas, donándole, además, 8.000 pesos. Ayudó, con generosa liberalidad, a la fábrica del Colegio de Estudios de San Ignacio, y dotó, en el de San Andrés, de México, una tanda de ejercicios espirituales para los hijos de su Obispado, que se hallasen en la capital del Virreinato.<sup>9</sup>

Ocupaba el cargo de Alcalde Mayor Don Miguel Román de Cas-

<sup>8</sup> Era hijo del Sargento Mayor D. Domingo Álvarez de Abreu y de D.<sup>a</sup> María de Abreu Yáñez, naturales de Gibraltor. A. H. de P. Madrid. Prot. 16.125 de 1.743, de B. Bringas, fol. 434. Testamento del Marqués de la Regalía.

<sup>8 bis</sup> Angulo: Ob. cit., II, pág. 664, dice que amplió notablemente el antiguo Colegio, "revistiéndolo con su gran fachada actual, lujosa, barroca..."

<sup>9</sup> Beristain de Souza, J. M.: *Biblioteca hispano-americana septentrional*, págs. 5 y 6. Murió el 28 de noviembre de 1763. Gams: *Series Episcoporum*, pág. 163.

tilla y Lugo, Coronel de Infantería de los Reales Ejércitos. No hacía mucho que el Ayuntamiento de la ciudad había informado a S. M. de las escaseces que Román padecía, por no gozar salario alguno; en consecuencia pedía que el Rey remediara esa situación.<sup>10</sup>

Pertenecía Román a una noble familia, a la que Felipe II confirmó (Madrid, 28 diciembre 1571) el Privilegio que su padre el Emperador había otorgado a Santiago Román, que le sirvió en las guerras de Alemania, Flandes y Africa, como descendiente del Conde Don Román, caballero de sangre real, de Galicia; Alvaro Román, su hijo, murió en la batalla de Lepanto; el hijo de éste, Diego, fue quien obtuvo de Felipe II la confirmación del privilegio, con derecho de poner sobre las armas de la familia un Coronel en la forma acostumbrada.<sup>11</sup>

Sobre la conducta de Román como gobernante parece hablar muy en su favor la instancia que he dicho había elevado el Ayuntamiento de Puebla al Rey; también le son favorables algunos testimonios de personas distinguidas de la ciudad. Así Don Vicente Palacios declaró que no había motivo alguno para el tumulto, pues el Alcalde Mayor era muy querido "por lo mucho que atendía a los pobres y hauerlos libertado de tanto Ladrón como hauía de noche y de día"; Don Simón Joaquín Venegas, Conde de la Mejorada y Vizconde de Santa Bárbara, que no dio motivo para que le desamasen, antes se hizo acreedor a la mayor estimación, por ser naturalmente amigo de los hombres honrados y de atender a los pobres "y se logró, por su conducta, el sosiego de tanto latrocinio que antes se experimentaba en esta ciudad..."; Don Francisco Mier Casso y Estrada, Regidor Perpetuo de Puebla, que no se hizo temer ni aborrecer, ni obró injustamente, sino que procuró, en sus resoluciones, acreditar siempre "su buena y pacífica conducta" y con las rondas de sus Comisarios por la ciudad procuró impedir pleitos, muertes y otros delitos; Don Francisco Durán, Cacique y principal del barrio de Santiago, que, para los indios, era Román querido y bien visto; los Superiores de los dominicos, agustinos, carmelitas, franciscanos, mercedarios y jesuitas, que alaban su buen gobierno; el Arzobispo-Obispo, en fin, que consideraba su proceder "recomendable y digno de premio".<sup>12</sup>

<sup>10</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 1.921. El Ayuntamiento de Puebla al Rey. Puebla de los Angeles 28 de septiembre de 1743.

<sup>11</sup> Id. de id. Leg. 1.342. Testimonio de los descargos dados por Román en los autos fechos con motivo del tumulto, fols. 304 a 307.

<sup>12</sup> Id. de id. id. Dicho testimonio, fols. 88 y v.º, 91 a 93 v.º, 107 a 109 v.º, 136 v.º a 142 v.º y 164.



Otros informantes y, al frente de ellos el Oidor Valcárcel, persona que es ensalzada como sujeto respetable y digno de su cargo, y que fue encargado por el Virrey de hacer la averiguación de los sucesos hablan de muy distinto modo: Valcárcel, que Román trataba injuriosamente a sus subordinados, contra lo mandado por los Soberanos que no encargaban otra cosa, en sus leyes, "que la mansedumbre de los Gobernadores y que, desnudándose de sus pasiones y afectos, se reuistan sólo de la cordura, espera y sufrimiento para no exasperar a los litigantes", que se quejaba de su soledad y de que se le faltaba al respeto "resultas todas de su destemplanza y aspereza"; <sup>13</sup> el capellán Don José Flores Moreno que, por su altivez, se había granjeado el Alcalde Mayor mortal aborrecimiento del vecindario, que veía mal todos sus actos y disposiciones, llegando a tal extremo que no faltó "quien solicitara, con obstinada y ciega resolución, quitarle la vida". <sup>14</sup>

Encargóle la ciudad de Puebla la formación de un regimiento semejante a las Milicias de España, consultó él con el Virrey (4 de mayo de 1743) y Fuenclara contestó (México, 8 de mayo del mismo año) diciéndole que le enviara el proyecto de esa Milicia para resolver lo más conveniente. No fue esta la única correspondencia cruzada entre ambos: debió ser frecuente y sabemos de otra carta de Fuenclara de 29 de noviembre de dicho año, contestada por Román el 1.º de diciembre, refiriéndole lo dificultoso que le era, no obstante su actividad y celo, contener los excesos de la gente popular y viciosa; pedíale que le enviara un piquete de soldados, pues los ministros inferiores de quienes había de valerse para perseguirla, en vez de ejecutarlo, "antes bien les sirven de apadrinar sus insolencias", por lo que el Obispo lo hizo también presente al Virrey y el Alcalde mayor sinceraba su conducta. "Nunca he creído —contestó el Conde el 4 de diciembre— que, de parte de V. S. haya havido defecto en el cumplimiento de su obligación, y sólo fue mi ánimo esforsarle a que, por quantos arbitrios sugiriese la prudencia, se dedicase a el más efícas remedio de tan graves perjuicios, pero con el fin de conseguirle, y que V. S. descansase del grave cuidado que le costará atender a esta importancia, he dado orden a el Alcalde de la Santa Hermandad Dn. Joseph Belasques Lorea, para que, vsando de las facultades que se le conceden en la Real Cédula de su Comisión, embie

<sup>13</sup> Id. de id. id. Leg. 14338. Testimonio sobre el desacato de D. Cristóbal de Balbuena a la Real Justicia, fol. 28.

<sup>14</sup> Id. de id. id. Dicho testimonio, informe de Flores Moreno, 14 de noviembre de 1744.

a esa Ciudad Comisarios de su satisfacción y confianza para que, dedicándose con el maior cuidado a la aprehensión de estos delinquentes prosedan a la formación de sus causas, y V. S., luego que le hagan presente la comisión que llevarén, no solamente los dejará obrar con libertad en esta materia, auxiliándolos siempre que lo necesitaren, sino que también les ministrará todas las noticias que adquiriere conducentes al éxito que se decea, cuia diligencia concidero muy del caso, porque el destacamento que se pide, hará falta en la Veracruz, especialmente en la presente coiuntura, que permanece la guerra, y save V. S. lo que le dixé, quando, al pasar yo por ay, me tocó la especie, esperando que V. S. me dée frecuentes avisos de los favorables efectos que se lograsen, mediante la resolución tomada en beneficio del común, al que cooperará V. S. con su acostumbrada puntualidad y deceo de la quietud...".<sup>15</sup>

Cierto es que Román había perseguido a los ladrones, a los encargados de la vigilancia que ocultaban a éstos, a los que mantenían amistades ilícitas y a los carniceros que vendían carne en malas condiciones, genté toda ella, por lo tanto, enemiga suya acérrima, pero también es cierto que, pese a su buen natural, obró, en ocasiones, con harta ligereza e indiscreción, dando motivos para el descontento.<sup>16</sup>

Este se había manifestado ya varios meses antes.

En los primeros días de diciembre de 1743, estando para comenzar una temporada de comedias en Puebla, poco después de haberse terminado una tanda de misiones y ejercicios espirituales por los misioneros apostólicos, amaneció fijado, en una de las esquinas de la plaza Mayor, un pasquín que condenaba hubiera representaciones teatrales en aquel tiempo y que decía así:

Oh, vosotros, comediantes,  
si a Jesucristo teméis,  
¿cómo ahora os atrevéis  
a representar como antes?

Y, si sois de María amantes,  
¿cómo en aquesta ocasión  
despresciáis su intercesión,

<sup>15</sup> Id. de id. id. Leg. 1.921. Copia de cartas adjuntas a una representación del Cabildo de Puebla al Virrey. Puebla de los Angeles 16 de noviembre de 1746.

<sup>16</sup> Id. de id. id. Leg. 1.342. Testimonio de los descargos dados por Román con motivo del tumulto, fols. 281 a 300.

sin temor a un Dios Eterno,  
os queréis ir al Infierno  
en día de su aparición?

Atribuyéndose este pasquín a los estudiantes, el Alcalde Mayor hizo detener a uno de ellos, sobrino de un eclesiástico, que pidió a Román la libertad del joven, asegurando que no había faltado de su casa ni de día ni de noche.<sup>17</sup>

A las ocho de la mañana del día siguiente (13 de diciembre) al entrar el escribano Juan de Chaves en las Casas Reales, halló el corredor lleno de estudiantes que, con voces alteradas, pedían al Alcalde Mayor la libertad de su compañero. En la plaza Mayor había también multitud de gentes que, viendo salir a Román hablando con el eclesiástico, que había vuelto a solicitar dejara libre a su sobrino, se acercaron, en grupo de diez o doce estudiantes, con otras personas hasta el número de veinte en total, para reiterar la petición de libertad. El Alcalde reconvino al eclesiástico, creyendo que les apoyaba, hablándole con aspereza e irreverencia, diciendo que trataba de formar tumulto e inquietar a la gente; sacó su espada y dio de cintarazos a los estudiantes y, llamando a los ministros de justicia, les mandó les diesen doscientos azotes, haciendo, para ello, preparar los burros. Ocurría todo esto en el dicho corredor: en vista del desafuero de la multitud, Román mandó cerrar la puerta de la calle y abrir la de la Cárcel, que daba a las Casas Reales, haciendo entrar en ella, por la fuerza, a cuatro o cinco estudiantes, que no pudieron huir a tiempo. Divulgado esto entre los estudiantes, se conmovieron por la libertad de los presos, creciendo cada vez más el concurso de gente ante el temor de su castigo. El Alcalde Mayor había pasado a pie, escoltado por cuatro soldados, a avisar al Arzobispo-Obispo y, desde el Palacio Episcopal, mandó que los presos fueran entregados a sus maestros para que fueran éstos los que les impusieran el debido castigo. Esto les enfureció más, aumentó la gente y se oyeron voces que hablaban de prender fuego al nuevo Coliseo, pero la intervención del Arzobispo-Obispo y de otras personas respetables, eclesiásticos y seculares, sosegó los ánimos de tal modo que no hubo ni la menor demos-

---

17 Id. de id. id. Leg. 1.338. Testimonio citado, fol. 27.



tración del intento de incendio y, sin ocurrir la menor desgracia, fue la tarde sosegada y lo mismo la noche.<sup>18</sup>

Como se ve, los habitantes de Puebla eran gente que acostumbraban a conmovirse "con arrojo y osadía", como lo habían ya hecho en 1729, siendo Alcalde Mayor Don Francisco Antonio de Bustamante;<sup>19</sup> pero, a la vez, tan desdichada "que la misma miseria no les permite mantener aquellas armas de que, en otras partes, usan para ofender y pudieran dar cuidado";<sup>20</sup> Román escribía "que era la más aleuosa y peor que se puede encontrar" y que había causado la muerte de otros Alcaldes Mayores, antecesores suyos, entre ellos el citado Bustamante, de un golpe, y Don Juan de Veitia, de un trabucazo, y apedreado públicamente a otro.<sup>21</sup>

Algunos meses después, habiendo el Virrey puesto al cuidado del Cabildo de Puebla la colecta del donativo gracioso con que cada vecino quisiera voluntariamente servir a S. M. "en las graues y notorias vr-gencias" de la guerra, se procedió puntualmente al cumplimiento de la orden superior, consiguiéndose 9.000 pesos, lo que se participó al Conde de Fuenclara y él contestó dando las gracias por el celo mostrado por la Ciudad. Pero, pareciendo al Regidor y Depositario General Don Antonio Basilio de Artiaga que era pequeño el donativo que había hecho particularmente cada vecino, pues los más ricos hacendados y comerciantes no habían contribuido con arreglo a su fortuna, sino con donativos míseros, mientras que otras personas de menos capital habían dado mayor cantidad, propuso, en la sesión del Cabildo de 3 de julio de 1744, que fuesen llamados los vecinos y se les precisara a que contribuyesen, lo que no se aprobó, teniendo en cuenta el sentido literal de "donativo gracioso". El Regidor y Alguacil Mayor, Don Vicente Bueno de la Borbolla, propuso que saliesen los capitulares personalmente a hacer la colecta por las calles, casa por casa, invitando a cada uno a que diera lo que buenamente pudiese, con arreglo a sus medios y esto, aunque impugnado por algunos, se aprobó por mayoría de votos, reservándose al Alcalde Mayor, presidente del Cabildo, la asignación de calles a cada capitular. Apenas iniciada la colecta callejera, empezó a correr la voz

18 Id. de id. id. Dicho testimonio, fol. 27 v.º; Leg. 1.342. Testimonio de descargos de Román, fols. 217-219.

19 Id. de id. id. Leg. 1.342. Dicho testimonio, fols. 220 y sigs.

20 Id. de id. id. Leg. 1.338. Consultas de Valcárcel, fol. 2.

21 Id. de id. id. Consultas de id., fols. 24 v.º y 25.



de que se había mandado mostrar los tornos de hilar algodón, que fueran todos sellados y que se pagara un real semanal por cada torno; decíase maliciosamente que esta era una orden dada por el Alcalde Mayor y que era "dictamen suyo imponer para siempre esta gauela"; no se trataba, pues, por los capitulares, de solicitar un donativo voluntario, sino de abrumar al pueblo con una nueva contribución. Agregábase que los capitulares lograban ese impuesto, en muchas partes, con violencia, sin mirar que la gente fuera pobre, llegando a afirmar una mujer que el mismo Alguacil Mayor se lo había exigido a ella, aunque le dijo que no tenía "ni aun para desayunarse", si bien nunca fueron a cobrarlo. Tales chismes estuvieron a punto de provocar una sublevación general del pueblo, especialmente de los indios, que se encerraron en sus casas ante la proximidad del paso de los capitulares y ocultaron sus tornos para excusarse del pago del impuesto. Otros llevaron a las iglesias no sólo sus tornos, sino sus gallinas y cerdos; otros los escondieron en los corrales de las casas grandes. Reuníanse en corrillos para murmurar del Alcalde Mayor y de las murmuraciones pasaron a los hechos, apoderándose de las torres de las iglesias de los barrios, dispuestos a tocar las campanas a rebato, de suerte que, a no haberlos contenido los curas párrocos y los vicarios, se hubieran sublevado y causado grandes males en la ciudad. Donde estuvo más próxima la multitud a sublevarse fue en el barrio de Analco: después de meter sus tornos, guajalotes, gallinas y cerdos en la iglesia de los Remedios, se alborotaron todos los indios, precipitándose a tomar todas las bocacalles, esperando que subiese la Justicia y, entonces, arrojarle sobre ella en bandadas, especialmente en las dos esquinas de la iglesia del Santo Angel, saliendo a la plazuela; decían a voces que habían de rendir a la Justicia a pedradas. Algo menor fue el revuelo en el barrio de San Juan del Río: subieron a las torres muchos vecinos y se convocaron todos. Estas prevenciones y estos intentos llegaron, por fin, a oídos del Alcalde Mayor y, en la mañana del jueves 22 de julio de 1744, suspendió totalmente la salida de los capitulares y publicó un bando, haciendo saber al vecindario que era falsa la voz corrida del impuesto sobre los tornos; que quien quisiera dar voluntariamente alguna cantidad, grande o pequeña, lo hiciese personalmente y que, de igual modo acudiesen los que hubiesen dado algo en tiempo de la salida de los capitulares, si les hacía falta o si lo habían dado a la fuerza. Este bando se publicó, no sólo en los principales lugares

acostumbrados, sino también en los barrios y, con esta cuerda providencia, quedó sosegado el vecindario. Mandóse hacer una averiguación para saber si alguien, fingiéndose capitular, había querido sacar dinero. La información se efectuó (6 de agosto) sin que se lograra dar con el origen de la mentira y ésta no quedó desvanecida por completo, porque todos aseguraban haberla oído y que era cosa del Alcalde Mayor, cuya autoridad iba debilitándose.<sup>22</sup>

En la primera decena de agosto, los estudiantes, a los que Román había irritado y dado motivo para su insolencia desde la cuestión del teatro, se propasaron una vez más. Traían presos dos reos, a la ciudad, unos soldados del Regimiento de Vertel. Salieron a la plaza cuatro estudiantes, acompañados de "mucha gente ruin", con tanto alboroto y tales amenazas que, "sin bastar los prudentes medios con que se procuró contenerlos", se llevaron los presos. Esto era, por lo demás, según refería Román, cosa que ocurría la mayor parte de los días, atropellando los indios al Gobernador de los naturales y quitándole los indios que aprehendía por no pagar tributos, imposibilitando su cobranza. Todos estos sucesos habían ido minando la autoridad de Román y amontonado la leña para causar un alboroto, hallándose la multitud sin temor alguno a su primer magistrado. Quejábase él del desvío y soledad que padecían allí los jueces y que él experimentaba más, siéndole preciso "tolerar repetidos desaires del vecindario" en cualquier providencia de justicia que daba y no era de su gusto.<sup>23</sup>

Así las cosas, determinó el Arzobispo-Obispo hacer la acostumbrada visita pastoral, publicando el correspondiente edicto. Esta proyectada visita fue recibida con general desagrado por la plebe, atribuyéndose la causa de ella al Alcalde Mayor, sin más motivo que el de tener amistad con Su Ilustrísima.<sup>24</sup> Sobre el edicto de la visita apareció otro contrahecho, en que se decía que, bajo pena de excomunión mayor, no asistiese feligrés alguno a la publicación del edicto. Aparecieron también pasquines: en uno de ellos se veía al Alcalde Mayor pintado, revolcándose en su sangre; otro, tirándole un trabucazo y con estas palabras: "Si se publica el edicto, mataremos a Miguelito, y, si es con excomunión, a Pantaleón". Estos pasquines, injuriosos para el Alcalde Mayor y el

<sup>22</sup> Id. de id. id. Testimonio (5.º Cuaderno) de la sumaria hecha por el Alcalde Mayor de los Angeles sobre pensión y sello de los tornos, fols. 1 a 15.

<sup>23</sup> Id. de id. id. Testimonio de autos contra Blas Antonio Bravo, Cuaderno 2.º, fol. 24.

<sup>24</sup> Id. de id. id. Leg. 1.342. Testimonio de los descargos de Román, fol. 121 v.º

Arzobispo-Obispo, se encontraron puestos en las puertas del Palacio Episcopal y al pie de la torre de la Catedral. <sup>25</sup>

El 18 de agosto de 1744, por la mañana, el Prelado escribió la siguiente esquila al Alcalde Mayor:

“Señor Alcalde mayor Don Miguel Román.

“Mui Señor mío, con el motivo de la publicación de la visita eclesiástica que tengo determinado, en cumplimiento de mi obligación, se an puesto estos días algunos papelones o pasquines en la Yglesia, que el Sacristán me a traído, y oy a corrido la vos de que, a la noche, al tiempo del repique a la horación se juntará jente que lo embarase, y an tomado el nombre contra V. S. y, teniendo preuenido el que no se dé tal repique, y que se sierre la puerta de la Torre y algunos eclesiásticos que estén a la mira, lo participo a V. S. para que esté prebenido, por si quisiere este Pueblo mal correjido intentar algún desafuero, y también le tengo preuenido al Alcalde Ordinario, Don Nicolás de Recoba. Nuestro Señor Guarde a V. S. muchos años. Angeles y agosto dies y ocho de mill setecientos quarenta y quatro. Beso la mano de V. S.

Se afecto seruidor,

El Obispo”.

También recibió Román diversos avisos de otras personas de que, con motivo de la visita que el Arzobispo-Obispo había determinado hacer y de creerse que había llegado noticia de la beatificación del Venerable Palafox, se hallaba el pueblo conmovido y se creía que el repique de campanas que había de darse por la tarde para la publicación del edicto que se había de preceder a dicha visita, que se verificaría al día siguiente, sería por la celebración de la falsa noticia de la beatificación, y que la gente estaba esperando ese repique que sería como señal para intentar alguna asonada, como otras veces. Después de recibir la esquila del Obispo, pasó Román, a las once de la mañana, a visitar a S. I. y supo que los pasquines colocados, en aquellos días, en la Catedral, expresaban la repugnancia con que recibían la providencia de la visita, “con palabras escandalosas y mal sonadas contra dicho Señor Illmo.”; parecía que alguien quería aprovechar la falsa noticia como medio de reunir mucha gente y preparar así un tumulto. <sup>26</sup>

Los avisos recibidos por Román eran del prebendado Don José

---

<sup>25</sup> Id. de id. id. Dicho testimonio, fols. 45 v.º y 337.

<sup>26</sup> Id. de id. id. Dicho testimonio, fols. 14 v.º a 17.



Sánchez-Morcillo y Aramburu, y del presbítero y Abogado de la Real Audiencia Don Jerónimo Campuzano: el primero, yendo, a primera hora de la mañana, a prima a la Catedral, se encontró con el Licenciado Don Antonio de Arauz, capellán de coro y apuntador, que le llamó aparte y le comunicó haberle dicho un sujeto que, a deshora de la noche, había oído, por su balcón, un susurro de gente al pie del mismo y, habiendo escuchado, oyó que ciertas gentes maquinaban que, en aquel día, no quedaría el Alcalde Mayor o sería muerto; sabiendo su amistad con Román, se lo notificó para que se guardara; entonces él pasó a las Casas Reales y dio el aviso al Alcalde. Campuzano avisó también a éste que viviera con cuidado, en la mañana del 18, porque se decía entre el populocho que le habían de quitar la vida.<sup>27</sup>

El edicto de visita había aparecido roto en la mañana del mismo día y, sobre él, se había puesto otro contrahecho, que revocaba el primero; el Sacristán Mayor de la Catedral arrancó el edicto apócrifo y lo rompió.<sup>28</sup>

Para evitar el tumulto que se temía, Román mandó al Capitán de Caballos Corazas Don Manuel Eusebio de Toro, a los Capitanes del Batallón y al Coronel del Tercio de los Pardos, que aprontaran en seguida los soldados que pudieran, y "con el mayor sijilo y disimulo", de modo que no causara novedad la medida, pusieran, en las casas de sus oficiales, la gente que estuviere más pronta, para que, en caso de ocurrir algún movimiento o alteración al tiempo o antes de que se verificara el volteo de campanas, acudiera a la plaza Mayor, para contener cualquier atrevimiento que intentara ejecutar "la siega cauilosidad de este bulgo...".<sup>29</sup>

Las prevenciones que tomó el Alcalde Mayor, desde por la mañana, despertaron la curiosidad de la plebe, sobre todo la de que se reunieran trescientos cincuenta y tres hombres del Batallón, Compañía de Montados y Tercio de Pardos, sin contar los cabos y oficiales.<sup>30</sup>

El Obispo, temiendo que su celo por realizar la visita pastoral, con la precedente explicación y volteo general de campanas, principiando por

27 Id. de id. id. Dicho testimonio, fols. 28 a 31.

28 Id. de id. id. Dicho testimonio, fol. 344.

29 Id. de id. id. Dicho testimonio, fols. 17 y v.º

30 Id. de id. id. Leg. 1,338. Testimonio de autos seguidos sobre el desacato cometido por D. Cristóbal de Valbuena en menosprecio de la Real Justicia, fol. 17. Informe de Valcárcel al Virrey, Angeles 23 de octubre de 1744.



la Catedral, fuera, no sólo mal interpretado, como revelaban los pasquines, apareciendo inaceptable a sus diocesanos, sino que la resistirían, no sólo con la malevolencia y torcida interpretación, con que se hablaba de ella, sino que pasarían a vías de hecho contra su publicación, al repicarse las campanas, decidió suspender éste y mandó que se cerrase la puerta de la torre.<sup>31</sup>

Habíase difundido también entre el vulgo la noticia de que un perrito de madera, que había pertenecido al Venerable Palafox, había ladrado, lo que se tenía como anuncio de la beatificación de este prelado: asegurábalo una carta del Dr. Alarcón, que conservaba el perrito como recuerdo del Siervo de Dios,<sup>32</sup> noticia que corrió muy pronto por la ciudad y contribuyó a afirmar la creencia de que todo el aparato de fuerzas y el esperado repique anunciarían la ansiada buena nueva. Era tanta la devoción que en Puebla se tenía por el que había sido su obispo que cualquier noticia a él referente ponía a sus habitantes fuera de sí.

Los poblanos se mostraron, como siempre, prontos en acudir en apoyo de la autoridad, concurriendo el tercio miliciano del Comercio, el del Batallón, la Compañía de Montados y la de los Pardos, no faltando ninguno de los que el Alcalde Mayor había convocado con armas bastantes y en número suficiente para contener cualquier movimiento subversivo,<sup>33</sup> aunque Román se quejó luego de que no podía confiar ni aun en los mismos de que podía valerse, pues, en el día del motín, habiendo repartido varias armas de fuego, que tenía prevenidas, le faltaron más de doce escopetas.<sup>34</sup>

La plaza Mayor de Puebla, en donde se desarrolló el suceso, es mucho más pequeña que la de la capital del Virreinato: ocupa el espacio de una cuadra y tiene pórticos uniformes por tres de sus lados, y el cuarto, que es uno de los largos, está dedicado a la Catedral. A su lado está el Ayuntamiento y, junto a éste, la Carnicería.<sup>35</sup>

Poco después de las tres de la tarde del dicho día 18 de agosto de 1744, los mesilleros y tratantes de la plaza empezaron a levantar sus puestos y a retirarse de ella, despejándola "con aceleración" y "antes del tiempo regular", sin que bastara a contener esta retirada ni el salir

31 Id. de id. id., doc. 7. Fuenclara al Rey. México 25 de noviembre de 1744.

32 Id. de id. id. Leg. 1.505. Fuenclara a Ensenada, 26 de septiembre de 1744.

33 Id. de id. id. Leg. 1.338. Testimonio de autos contra Valbuena, fol. 28.

34 Id. de id. id. Testimonio de las consultas de Valcárcel al Virrey, fols. 24 y v.º

35 Angulo: Ob. cit., I, pág. 429.

personalmente el Alcalde ordinario de la Puebla por S. M., Don Nicolás Gómez de Rucoba: insistió cerca de los vendedores por medio de dos funcionarios, que les preguntaron, por su orden, el motivo de su precipitada marcha, y todos contestaron a una voz que "no querían perder sus caudales en el alboroto que quiere prepararse con la mucha jente que se iba juntando a la selebración de la noticia de la Veatificación...". La mayoría de estos comerciantes eran soldados de las milicias locales y como estaban citados para acudir aquella tarde a las Casas Reales, les era preciso recoger sus puestos antes de tiempo y a su imitación lo hicieron los demás.<sup>36</sup> Participó Rucoba lo que sucedía al Alcalde Mayor, que también había sido informado de ello por el Obispo, y viendo Román, que la plaza se había ido llenando de gentes, "todos distraídos de ropa, descalzos y gente común", según declaró el Sargento Damián Ramírez,<sup>37</sup> a cuyo vocerío habían ido acudiendo muchos más de toda especie, que vitoreaban al Venerable Palafox y lanzaban palabras injuriosas contra el Obispo y el Alcalde Mayor, para evitar que la cosa tomara peligroso incremento, mandó avisar a los oficiales de las milicias, para que, sin dilación alguna, pusieran en la plaza sus fuerzas y guarneciendo las bocacalles, no consintieran que entrara más gente en la plaza, conteniendo cualquiera atrevimiento que intentara ejecutar el vulgo. Sabedor de que, en casa de Don Fernando Meléndez, había dos pedreros,<sup>38</sup> que no se utilizaban desde el tiempo del anterior Alcalde Mayor, Don Juan José de Veitia, envió también Román recado a dicho señor para que los aprontara y, si llegaba el caso de necesitarlos, se pusieran delante de las Casas Reales, para contener los intentos de la multitud más con el temor que con propósito de causarle daño. Como la gente pedía a voces que se repicaran las campanas y podía ser eso ocasión de que acudiera más tropel de vulgo de los barrios extremos y se aumentara con ello el alboroto, envió el Alcalde recado a Su Ilustrísima para que lo suspendiera. En fin, dispuso que se pusieran guardias dentro del Palacio Episcopal y en la torre de la catedral.<sup>39</sup>

A eso de las cuatro de la tarde hallábase ya la plaza despejada de sus puestos y seguía reuniéndose en ella la gente, movida de la curiosidad

<sup>36</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 1.338. Testimonio de averiguación de Valcárcel, fols. 67 y v.º y 68.

<sup>37</sup> Id. de id. id. Dicho testimonio, fol. 27.

<sup>38</sup> Pieza pequeña de artillería, empleada para disparar piedras y metralla.

<sup>39</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 1.342. Testimonio de descargos de Román, folios 18 a 21.

y de la novedad de ver la plaza sin sus puestos antes de la hora acostumbrada; <sup>40</sup> la mayor parte de la concurrencia eran muchachos y gente rústica, que, torciendo los discursos y formándolos de que la solemnidad se encaminaba a publicar la Beatificación del Siervo de Dios Dn. Juan de Palafox se pusieron en expectación de repique, para hacer más plausible el motiuo con las regocijadas voces del congenial desorden con que la Jubentud se maneja...". <sup>41</sup>

El Regidor perpetuo de Puebla Don Manuel Nicolás Hidalgo Veuellina, Alcalde Mayor y Capitán a guerra de la Villa de Carrión en el valle de Atrisco, llegó aquella tarde a Puebla, procedente de su hacienda y, al momento, sus criados le pidieron dinero para proveerse temprano, porque esperaban que, aquel día, en cuanto se repicase, habría un alboroto para impedir la visita pastoral anunciada para el siguiente día. <sup>42</sup>

Poco después de las cuatro y media, salieron los niños y muchachos que aprendían rudimentos de la Doctrina Cristiana, lectura y escritura en la Escuela Real y uno de ellos empezó a tirar una naranja a lo alto, diciendo: ¡"viva, viva!", y, detrás de él, otros muchachos empezaron a tirar sus sombrerillos, con las mismas voces. A esta algazara se unió "el innumerable concurso de gente plebeya", que había en la plaza y en el atrio y cementerio de la catedral, diciendo a vos en grito: "¡Viva el señor Don Juan, y muera Miguelito, si se echa el edicto!"; otros, "¡Viva el señor Don Juan de Palafox y muera el Alcalde Mayor!, y si hay edicto, muera Miguelito, y, si descomunió, hasta Pantaleón!". Hallábase la gente organizada en bandos, llevando cada uno de éstos su divisa puesta en unos palos altos como bandera; los chicos llevaban, en otro, una estampa del Venerable, como insignia, <sup>43</sup> y disparaban, como en señal de triunfo, cohetes voladores, continuando con sus vivas y mueras, agregando a los anteriores los de "¡Muera el alcaballero!" o "¡Hasta el aduanero ha de morir!". Algunos, más osados, comenzaron a tirar piedras a las puertas, ventanas y balcones del Palacio Episcopal, de modo que fue preciso cerrarlas todas, mandando el Obispo al portero que cerrara también la puerta de la calle y él se retiró al interior de su

<sup>40</sup> Id. de id. id. Leg. 1.338. Testimonio de la averiguación de Valcárcel, Cuaderno 3.º, fol. 13.

<sup>41</sup> Id. de id. id., doc. 7. Fuenclara al Rey. México 25 de noviembre de 1744.

<sup>42</sup> Id. de id. id. Leg. 1.342. Testimonio de los descargos de Román, fols. 94 y v.º

<sup>43</sup> Id. de id. id. Leg. 1.338. Testimonio de los autos y causa criminal fechos de oficio de la Real Justicia en virtud de comisión del Virrey contra Blas Antonio Bravo, español, y Felipe y Diego de Santiago, indios, sobre la sublevación, Cuaderno 2.º, fol. 33 v.



residencia; la puerta se mantuvo cerrada hasta después de las nueve de la noche, en que Su Ilustrísima ordenó que se abriese de nuevo. El comienzo de la pedrea fue porque al llamar a una tiendecilla de cacahuetaría, la dueña no quiso abrir ni tampoco darles ocate, que le pedían para luminaria, por eso, al arrojar piedras a su puerta, cayeron algunas en la ventana del canónigo Bertolaza, que estaba encima de ella.<sup>44</sup> Al arrojar piedras contra el Palacio, la plebe gritaba: "¡Dominguito, si publicas el edicto, morirá Miguelito, y, si lleva excomunión, morirá Pantaleón!". También arrojaban piedras contra las Casas Reales, rompiendo las vidrieras de todos sus balcones.<sup>45</sup>

Todos los tenderos y mercaderes, ante este alboroto, así como todo el vecindario próximo, se pusieron en cuidado y cerraron las puertas de sus casas y tiendas, temerosos.<sup>46</sup>

Según otros, el origen de la pedrea parece que fue que un arriero atravesó la plaza, montado en un caballo de aspecto desastroso; y los muchachos, por burla, comenzaron a silbarle y tirarle piedras; a poco entró en la plaza un grupo de unos treinta soldados a caballo, y la multitud los atacó, antes de que llegaran, con furia, a pedradas, con grandes voces y estrépito. Los soldados se repartieron por las bocacalles que daban a la plaza; entonces los muchachos salieron hasta la mitad de la plaza, tirando piedras a los soldados que se arrimaban por allí; los indios y demás gente de mayor edad se quedaron en el cementerio. Trajéronse los pedreros de casa de la Real Aduana por Don Manuel de Valbuena, en un *chiquirite*, por estar desarmados y, con la brevedad posible, los armó un maestro carpintero, entregándoseles, ya cerca de las cinco de la tarde, al Alférez Don Cristóbal de Valbuena, con orden de que sólo los disparase al aire, para que se contuviese la plebe.<sup>47</sup> Al colocar los pedreros ante la puerta del Palacio, aumentó la algazara y gritería, arrojándose al aire los sombreros.<sup>48</sup>

Desde el balcón de su casa había visto el tumulto el Marqués del

44 Id. de id. id. Leg. 1.338, testimonio de la averiguación hecha por Valcárcel, fols 68 v.º y 69. Declaración del boticario D. José de los Reyes Pizarro.

45 Id. de id. id. Leg. 1.342. Testimonio de los descargos de Román, fols. 42-46, 115, 124 y 190 v.º. Declaraciones de los Valbuena, del familiar del Obispo D. José Antonio Pérez y del portero Francisco Saquero.

46 Id. de id. id. id. Dicho testimonio, fol. 190 v.º. Declaración del Notario de la Curia Eclesiástica D. Gonzalo de Carvajal.

47 Id. de id. id. Leg. 1.338. Testimonio de la averiguación de Valcárcel, cuaderno 3.º, folios 15, 18 y v.º; Leg. 1.342. Testimonio de los descargos de Román, fols. 42 v.º a 43 v.º.

48 Id. de id. id. Leg. 1.342. Testimonio de los descargos de Román, fol. 52.



Valle de San Juan y salió para tratar de calmarlo. Dirigiéndose al atrio, donde había congregadas más de mil personas (el Comisario de la Santa Hermandad Don Miguel de Vega y el testigo Don José Canabal calculaban su número en más de dos mil) entre negros, indios y mulatos, grandes y pequeños, y donde se le agregaron cuatro eclesiásticos de los que se hallaban en el Sagrario de la Catedral, por señas, poniéndose el dedo en la boca, porque, con el vocerío, no se oían las palabras, les hizo callar y les preguntó a qué venía aquella inquietud. Respondiéronle que gritaban porque no querían repicar las campanas en obsequio de la noticia de la beatificación del Venerable Don Juan de Palafox y Mendoza, a lo que él replicó que ninguno de ellos era más apasionado de dicho Venerable que él, pero que, por entonces, no había ninguna noticia de este asunto; por lo tanto, en su nombre, les pedía que soltasen las piedras de las manos y de las mantas, lo cual hicieron los más próximos a él, volviendo a sus vivas y a lanzar sus sombreros al aire, mientras le seguían. Llevaba el Marqués el ánimo de sacarlos del cementerio y llevarlos hacia el Carmen por la calle de la Concepción; continuaron su marcha hasta la esquina del Palacio Episcopal, pero allí se despertó su desconfianza, al decir algunos que el Marqués los llevaba a entregar. El les prometió, por la vida del Rey, que no era su ánimo hacerlo; entonces le rogaron que pasara a ver al Alcalde Mayor, en el Palacio, y le dijera, en nombre de ellos, que quitase de la plaza los guardias de a caballo, porque, si no, lo habían de matar; accedió a su ruego el Marqués, pasando, por medio de la plaza, a las Casas Reales, y, representando a Román lo pedido por los amotinados, se quedó allí hasta las once de la noche.<sup>49</sup>

El gentío llenaba casi el cementerio anejo a la Catedral, pero carecía de armas, lo que prueba que no era tumulto premeditado, sino alboroto nacido de la novedad de ver la plaza despejada, pues era muy corriente entre los habitantes de la ciudad el juntarse con cualquier noticia; sólo arrojaban piedras, o, mejor dicho, trozos de *calichi* o fragmentos de la vieja Catedral que estaban demoliendo;<sup>50</sup> tampoco mostraban muy malas intenciones, pues, poco después de quemar los chicos, en el atrio, tres bombas, pasó por allí el Deán de la Catedral y, rodeando su forlón,

49 Id. de id. id. Leg. 1.338. Testimonio de la causa contra los culpados de la sublevación, cuaderno 1.º fols. 15 y 16.

50 Id. de id. id. id. Testimonio de la averiguación de Valcárcel, fols. 14 y 27.

lo acompañaron, con los mismos vítores, hasta el Sagrario, y cuando un Teniente y algunos soldados, espada en mano, exhortaban a los muchachos y a la demás gente a marcharse a sus casas, a la vez que los apedreaban, viendo que se le cayó el sombrero al Teniente, los mismos muchachos lo recogieron y se lo entregaron en su propia mano.<sup>51</sup>

Entre cinco y cinco y media de la tarde, viendo que la asonada continuaba y crecía el alboroto de la gente, temiendo que, si cerraba la noche, en la oscuridad, los mal intencionados causarían mayores daños, mandó el Alcalde Mayor al Secretario de Guerra, Escribano Real y público, Don Antonio Agustín González de Santa Cruz, que saliese a mitad de la plaza, llevando tambor y acompañado de un piquete de doce soldados, para leer un bando en que se mandaba se retirase todo el mundo a su casa y que, si no lo hacían, se darían las más rigurosas órdenes para que lo ejecutasen. Salió en seguida el Escribano, acompañado del piquete y de muchas personas a pie, yendo delante el pregonero público Cristóbal Mariano, indio ladino, para promulgar por bando la orden que contenía el auto del Alcalde, pero no le fue posible pasar del corto espacio que hay de las Casas Reales a la pila de la plaza, por las muchas piedras que tiraba la gente, de modo que hubieron de retirarse sin poder dar un paso adelante ni promulgar la orden, a pesar de los esfuerzos de los soldados en hacer retirar a la gente; retiráronse a los pórticos. Al ver esto el Alcalde Mayor, quiso montar a caballo y salir en persona a contener a los revoltosos. No habiéndolo dejado salir los que con él estaban, se arrojó a la plaza, espada en mano, lo que enfureció a la gente de tal modo que, a no ser por los que le contuvieron, entre quienes se hallaba el Comisario de la Acordada Don Miguel Vega, habría sido muerto, pues estaban dispuestos a abalanzarse sobre él y embestirle. La temeridad del Alcalde Mayor reanimó, no obstante, a los soldados, que se habían retirado, temerosos, y que cargaron, entonces, sobre la multitud en las espadas desnudas y disparando sus armas de fuego,<sup>52</sup> dando lugar a que Román se entrase en Palacio, sin sufrir daño alguno. Mandó entonces el Alcalde que se dispararan los pedreros al aire "para que el temor y no el daño contubiese dicha Plebe", mas antes de eso, al llegar a la plaza la Compañía de Caballos, la multitud apedreó nuevamente el Palacio Episcopal y las Casas Reales, haciendo pedazos los

<sup>51</sup> Id. de id. id. id. id. fols. 24 v.º a 26 v.º

<sup>52</sup> Id. de id. id. id. id. Testimonio de la averiguación de Valcárcel sobre la sublevación, fol. 14. Declaración del librero D. Francisco J. Morales Salazar.

encerados de balcones y ventanas, las vidrieras de la casa del Provisor, del Doctoral, del Tesorero y del Secretario González de Santa Cruz; habían pasado ya las seis de la tarde. Román mandó que las fuerzas que se hallaban en la plaza dispararan contra la gente que en ella había y se hizo una descarga cerrada, lo que movió a los revoltosos a refugiarse en el atrio, no sin dejar de tirar piedras y cantando el *Alabado*; disparóse también uno de los pedreros, y, cosa de un cuarto de hora más tarde, el otro, ambos con bala menuda y al aire, a eso del toque de oración. Al sonar éste, los revoltosos empezaron a cantar el *Alabado*: los soldados les atacaron nuevamente con espadas y pistolas; entonces dejaron de cantar el religioso himno; las milicias se retiraron hasta cerca de las Casas Reales y, con esto, quedó sosegado el alboroto, y los amotinados fueron, poco a poco, retirándose a sus casas, a excepción de un grupo de veinte o treinta, que se mantuvieron junto a la puerta de la torre, a la que, a eso de las siete y media, prendieron fuego, gritando “¡Que no haya visita y nos sosegaremos!”,<sup>53</sup> para subir a repicar las campanas y renovar el tumulto, que entonces hubiera tenido más graves consecuencias: sólo se quemaron unos cuantos dedos del batiente de la puerta de la torre.<sup>54</sup> Pero, al cabo de poco rato, desistieron de ello y se marcharon, tanto a persuasión de algunos clérigos como por las piedras y el agua que arrojaban, desde la torre, los soldados de la Compañía de los Pardos, que, desde por la mañana, se mantenían allí por orden del Alcalde Mayor, y por haber acudido también a contenerles los guardas de la Aduana y otros soldados, bajo las órdenes del Capitán de Caballos Don Manuel del Toro. Con esto quedó extinguido del todo el movimiento y la ciudad, a las nueve de la noche, se encontró en general sosiego, sin quedar en la calle más que los que hacían guardia.<sup>55</sup>

Había el Alcalde Mayor enviado al Marqués del Valle de San Juan al Palacio Episcopal con un recado al Obispo, rogándole que sobreseyera en la ejecución de su visita, por cuanto la plebe cantaba que ésta se hacía por influjo de Román constándole a Su Ilustrísima lo contrario y que dijese también al Obispo que escribiese al Virrey sobre el suceso. La embajada del Marqués no fue muy feliz: la plebe le acometió, asestán-

53 Id. de id. id. Leg. 1.342. Testimonio de descargos de Román, fol. 337 v.º Instancia de Román al Virrey Güemes, de 1746.

54 Id. de id. id. Leg. 1.338. Testimonio de la averiguación de Valcárcel, fol. 14.

55 Id. de id. id. Leg. 1.338. Testimonio de la averiguación de Valcárcel, cuaderno 3.º, folios f3, 16, 26 y v.º; Leg. 1.342. Testimonio de descargos de Román, fols. 21 a 22 v.º, 67 a 71 y 190 a 191 v.º



dole una pedrada en las espaldas; en cuanto al Obispo, le respondió que la visita no se debía dejar de hacer por cuanto era uso y costumbre y obligación de los obispos el hacerlas y que de ella no resultaría sino mucha honra y gloria de Dios y bien de las almas. Al salir del Palacio Episcopal, vio el Marqués que había una treintena de hombres apedreando los balcones del Tesorero de la Catedral Don Francisco de Sayas; acercóse a ellos y les dijo por qué cometían tal acción con un señor eclesiástico que no les hacía ningún daño y que temiesen la ira de Dios. Contestáronle que lo hacían porque tenía mucho dinero, pero, sin embargo, dejaron de hacerlo y, marchándose por la calle de Don Juan de las Peñas, fueron aporreando las puertas con intención de echarlas abajo y derribando algunos tejados de madera, mientras iban gritando: “¡Viva el señor Palafox y muera Miguelito!”. <sup>56</sup>

Parece que, si se hubiera logrado por la multitud repicar las campanas, el suceso hubiera adquirido más graves caracteres: el tratante en cerdos Don Juan de Vargas, que vivía en el puente del Angel, declaró que había cerrado su casa por temor de saqueo y, estando en la ventana, cerca del toque de oración, vio concurrir “mucho número de gente pleueia a dicho Puente... y, estando todos parados, oyó a uno de ellos que dixo: “no repican, si repicaren vajaremos” y huiéndose estado allí buen rato, esperando a oyr si repicaran, se boluieron para su barrio...”. <sup>57</sup>

A las ocho y media de la noche, viendo Román, por la respuesta dada al Marqués del Valle de San Juan que, a pesar de la asonada de la tarde para impedir la visita pastoral, el Obispo había determinado publicar el edicto de ella al día siguiente, en la misma forma que tenía ordenado, dispuso que, para que Su Ilustrísima pudiera hacerla con sosiego, Don Diego Romo y Ocán, Sargento Mayor del Tercio Miliciano del Comercio de Puebla, pusiera dos Compañías de él de guardia en la plaza por la noche, alternando, al día siguiente, con otras dos, y distribuyéndose las patrullas que debían rondar de la Compañía de Caballos, Batallón y Regimiento de Pardos, manteniéndose así hasta que el Virrey dispusiera otra cosa. <sup>58</sup>

Díjose al principio y así lo comunicó Román al Virrey y éste a Madrid, que resultaron tres muertos y varios heridos en la asonada,

<sup>56</sup> Id. de id. id. Leg. 1.338. Testimonio de la causa contra los culpados de la sublevación, fols. 16 v.º a 17 v.º y Leg. 1.342. Testimonio de descargos de Román, fol. 53.

<sup>57</sup> Id. de id. id. Leg. 1.342. Testimonio de descargos de Román, fols. 129 a 130.

<sup>58</sup> Id. de id. id. id. Dicho testimonio, fols. 23 a 25 y 76 v.º



pero no hubo ninguno de los primeros. La mayor parte de los segundos resultaron lesionados por las piedras arrojadas por los revoltosos: un guardia, en la cabeza, y otro en una muñeca, y Don José de Salas en el brazo izquierdo; los heridos por los tiros de los soldados fueron dos, ambos ajenos al tumulto, el uno, un muchacho de diez y nueve años, que iba a vender unos zapatos y le alcanzó un balazo cerca de las ingles; el otro, un viejo mendigo indio, que se sentaba en la puerta del Sagrario a pedir limosna. "Con que los dos únicos heridos que se han aberiguado —escribía el defensor de los acusados, Don Pedro Salvador de Isasi— son dos pobres ignocentes, que casualmente se hallauan en el atrio, y así oy más que nunca tiene lugar el parto de los montes ponderado por Oracio". El mendigo resultó herido en el pescuezo y con la nariz hinchada, al verle echado por el suelo, creyeron algunos testigos que estaba muerto; en cuanto al muchacho, al ser herido de un balazo en una pierna y verse caído en el suelo, aún tenía el valor de decir: "¡Viva el señor Don Juan a trueque que yo muera!".<sup>59</sup>

Al día siguiente del alboroto, por la mañana, el Sargento Mayor, Don Ignacio de Echevarría, enfermo la víspera, pasó a pedir a Román que permitiera los puestos en la plaza Mayor, pues los había prohibido por ocho o diez días; aunque, al principio, se negó, insistió Echevarría y consiguió el permiso, siendo por ello vitoreado por los vencedores.<sup>60</sup>

También el mismo día 19, los indios acudieron, en crecido número, a casa de Don Francisco Durán, cacique y principal del barrio de Santiago, diciéndole que no habían sido ellos los promotores del motín, sino la plebe, pues estimaban y veían bien al Alcalde Mayor, que les tenía obligados con su buen trato: ofreciéronse a la defensa de Román y de la ciudad, diciendo que, para ello, aprontarían hasta 2.000 hombres, y así se conocería que no eran los alborotadores. Redactaron luego un escrito, que firmaron en adhesión al Alcalde Mayor y se lo llevaron a éste, que hizo lo presentaran al Oidor Valcárcel, que, por entonces, ya había llegado a Puebla con la comisión que le dio el Conde de Fuenclara.<sup>61</sup>

Participó Román los desagradables sucesos al Virrey en una larga carta, en que exageraba lo ocurrido, excusábase de ello por tener pocas

<sup>59</sup> Id. de id. id. Leg. 1.338. Testimonio de averiguación de Valcárcel, cuaderno 3.º, fol. 19; id. de consultas del mismo, fol. 3 v.º; cuaderno 4.º, fol. 1; 2.º, fols. 32 y 33.

<sup>60</sup> Id. de id. id. id. Dicho testimonio, cuaderno 3.º, fols. 21 a 23.

<sup>61</sup> Id. de id. id. Leg. 1.342. Testimonio de descargos de Román, fols. 130 v.º-133.

fuerzas y le anunciaba que el Alférez del Batallón de Marina de la plaza de Veracruz, Don Lorenzo de Arrinda, le daría cuenta verbal del suceso. Fuenclara acusó recibo de la carta, diciéndole, entre otras cosas: "...ordeno a V. S. que, en el ínterin que llegan ay las providencias que estoy dando para castigar tan escandaloso exceso, procure conservar la quietud y asegurar a los culpados, sin excitar, con el modo de las diligencias, nuevo alboroto...". Prometía contestar al Obispo cuanto antes.<sup>62</sup>

El Arzobispo-Obispo había escrito al Virrey diciendo que la conducta del Alcalde Mayor, con ocasión de la asonada, había sido "recomendable y digna de premio", por el cuidado "con que se aplicó a serenar la turbulencia".<sup>63</sup>

Fuenclara dispuso, en la noche del 20 de agosto, que marcharan a Puebla, al recibir la noticia, algunos destacamentos de Infantería y Caballería, para que contuvieran cualquier desorden y aseguraran la inquietud de la ciudad; y, al día siguiente, dispuso que se llevaran las cartas recibidas al Real Acuerdo, para que se vieran en él y, en vista de tan "escandaloso suceso", le aconsejaron las providencias que habrían de tomarse, para que "prompta y severamente", se castigara a los fautores del alboroto.<sup>64</sup>

El Real Acuerdo emitió un voto consultivo, aconsejando, en vista de la gravedad del asunto, que el Virrey nombrara uno de los Ministros de la Audiencia para que pasara a la averiguación de los excesos y su origen y formara la correspondiente causa contra los que resultaran culpados "sentenciando y ejecutando en los casos que le pareciese...".<sup>65</sup>

Y el mismo día 21 de agosto de 1744, el Virrey decretó, conforme al parecer de la mayoría del Real Acuerdo, que nombraba al Oidor Valcárcel Juez Comisario para que pasara a la Puebla a averiguar y castigar a los culpables del alboroto. Valcárcel aceptó el nombramiento, salió el día 23 para Puebla, acompañado de un destacamento, llegando allí el 25, a las seis de la tarde, y comenzando inmediatamente sus investigaciones.<sup>66</sup>

62 Id. de id. id. Leg. 1.338. Testimonio de averiguación de Valcárcel, cuaderno 3.º, fol. 1; Leg. 1.342. Testimonio de descargos de Román, fol. 162 y v.º

63 Id. de id. id. id. Dicho testimonio, fol. 164.

64 Id. de id. id. Leg. 1.338. Testimonio de la averiguación de Valcárcel, cuaderno 3.º, folios 2 v.º y 3.

65 Id. de id. id. id. Dicho testimonio, dicho cuaderno, fols. 3 y 4.

66 Id. de id. id. id. Testimonio de consultas hechas por Valcárcel, fol. 25 y v.º. Testimonio de averiguación, fols. 4 a 5 v.º

El 28 comunicó Fuenclara a la Corte el suceso, según las noticias recibidas del Alcalde Mayor; agregaba que, “aunque se halla reducida a su antigua quietud la ciud., hizo salir luego dos Destacamentos de Infantería y Cauallería para refrenar aquel vulgo...”.<sup>67</sup>

Valcárcel procedió con gran diligencia en sus averiguaciones, viendo, en primer lugar, la sumaria formada por Román y las primeras declaraciones fueron casi unánimemente contrarias a éste; escribió, lo que iba actuando, al Virrey, con fechas 26 y 28 de agosto, y el 5 de septiembre pudo ya enviarle un informe concienzudo. Dice en él que el suceso de Puebla no fue conspiración, asonada ni tumulto sino “un ligero mobimiento de alboroto, nacido de la indiscreción pueril y del desordenado afecto que la bulgaridad manifiesta a el Venerable señor Don Juan de Palafox...”, como se había experimentado en varias ocasiones, sin ningún estrago; que no se podía calificar de premeditada porque ninguno de los testigos presenciales del motín habían visto que llevaran los revoltosos armas, más que las que les ofreció la ocasión, es decir, los fragmentos de las paredes de la catedral vieja, y relataba en seguida los sucesos en igual forma que acabamos de hacer. “También asienta el Alcalde Maior —decía— en el Ymforme que hizo a Vuexa. que, de parte de la Gente motora de la azonada resultaron tres muertos, de que, en la aueriguación que tengo hecha, no consta alguno y, para esta justificación, me valí de que el mismo Alcalde mayor nominase las personas que se lo hauían azeuerado y, examinadas por mí, declararon hauer visto vnicamente dos heridos (cosa que deue atribuirse a Milagro respecto al mucho fuego que consta hauerse hecho con vala por los soldados...”. Sobre la demanda de fuerzas por Román decía el informe: “En quanto a la Ynstancia que, con tanto esfuerzo, promuebe el Alcalde maior sobre el establecimiento de la tropa arreglada en esta ciudad, nacido de los temores con que se halla por el mal concepto en que saue está rreziuido y generalmente odiado, estoi bastantemente informado de que, en lugar de seruir de alguna utilidad, pudieran resultar perniciosas consecuencias, pues, para contener qualquiera mobimiento que se discurra, son suficientes las milicias y compañías del Comercio, asegurándomelo así los coroneles y oficiales, a quienes prebine me ynformasen el número de que cada vna se compone, las armas y peltrechos con que se hallan, el orden que tienen en la disciplina...”. Acababa diciendo que

67 Id. de id. id. Leg. 1.505. Fuenclara a Ensenada. México, 28 agosto 1744.



Román pasaría en breve a la capital para exponer el medio de retirarse honrosamente de Puebla.<sup>68</sup>

Una semana más tarde, Valcárcel volvió a remitir al Virrey nuevo informe. Reiteraba en él que, del examen de los testigos, resultaba cada vez más claro el juicio que tenía formado de que "las inmaturas prouidencias tomadas por el Alcalde maior fueron la rraíz y origen del mobimiento que, a no hauer interbenido sólo muchachos, gente de tan corto ánimo, pudo poner la ciudad en gran consternación, porque, con la indiscreta anticipada combocación de las Milizias, prebención de los pedreros e intempestiuo despejo de la plaza, sin antecedente bastante causa, dispertó la curiosidad y se congregó en ella la maior parte del bulgo novelero, ancioso de aueriguar el fin de tal aparato, y, como no tiene otro objeto que el de la beatificación de el Venerable señor Palafox, conceptuado en que no podía dirigirse a otro fin, prorrumpió en victorearle, lo que no fue suficiente motiuo al mucho fuego que, de las casas rreales, se hizo de orden del Alcalde maior, que, si éste hubiese causado algún estrago en los muchachos, era concequente resulta el que, arrebatados los padres o deudos, de el dolor, arrojados a la venganza, acaso no bastarían las preuenciones del Alcalde maior a contener el desenfreno en que se hubiera puesto el bulgo...".<sup>69</sup>

Fuenclara acusó, el 31 de agosto, recibo de las cartas de Valcárcel de 26 y 28 de agosto y, el 26 de septiembre, comunicó a Ensenada las últimas noticias del suceso de Puebla, con las disposiciones adoptadas: calificábalo no de movimiento grave ni de rebelión preparada, puesto que la multitud no usó de armas; desmentía la primera afirmación del Alcalde Mayor de haber resultado tres muertos, pues nadie vio cadáver alguno ni los sacristanes de las iglesias dieron cuenta de haberse sepultado a nadie a consecuencia de los sucesos; y, en fin, decía que no habían resultado culpables más que dos indios y un español, de 18 años.<sup>70</sup>

Habíanse practicado varias detenciones: por la declaración del cargador español José Chacón (15 de septiembre), miliciano de una de las Compañías de la ciudad, que los acusó de haber estado arrojando piedras desde el comienzo del alboroto, mandó Valcárcel arrestar a un indio

68 Id. de id. id. Leg. 1.505. Carta de Valcárcel a Fuenclara, Angeles, 5 septiembre 1744, y Fuenclara a Ensenada. México, 26 septiembre 1744; Testimonio de consultas de Valcárcel (Leg. 1.338), fols. 1 v.º a 3 v.º

69 Id. de id. id. Leg. 1.338. Testimonio de consultas de Valcárcel al Virrey, fols 6 y 7. Copia de Carta de Valcárcel a Fuenclara. Angeles, 12 septiembre 1744.

70 Id. de id. id. Leg. 1.505. Fuenclara a Ensenada. México, 26 septiembre 1744.



cargador (¿rivalidades del oficio?) llamado Vicente *el Manco*; a otro cargador, el que llamaban Antonio *el Chino*; al mulatillo Ansúrez “que animava a los del aluoroto” y otro indio cargador, llamado Agustín *el Chitero*; de todos ellos sólo estaban detenidos los dos primeros el 25 de septiembre; los otros dos no pudieron ser habidos; también se detuvo al español Bravo y a los indios Diego y Felipe de Santiago. A los primeros se les absolvió y puso en libertad el 23 de octubre, por resultar inconfesos y ser Chacón testigo presentado por el Alcalde Mayor;<sup>71</sup> quedaron únicamente firmes las detenciones del español Blas Antonio Bravo, de edad de 18 años, y los indios Diego y Felipe de Santiago, acusados de ser los principales culpables de la asonada; además, encontró Valcárcel detenidos “por cierto motivo de sedición, que por ellos pudo moverse el día veinte y tres del corriente” a los indios Cristóbal de Santiago y María Estefanía, que parece debieron ser puestos en libertad sin formación de causa, puesto que ya no se habla más de ellos.<sup>72</sup>

En cuanto al español Bravo y a los dos indios Santiago se les formó causa criminal. Su defensor, Don Pedro Salvador de Isasi pidió su absolución, demostrando que tanto Bravo como Felipe de Santiago estaban trabajando en otro lugar durante el tumulto y que sólo se les capturó allí por pasar casualmente: Valcárcel admitió las conclusiones de la defensa y los absolvió. Condenó a Diego de Santiago a la pena de cincuenta azotes en la horca y a trabajar en un obraje por tiempo de un año, ganando para sí; se le apercibió a que no volviera a acudir a tales concursos ni a embriagarse, bajo las penas a que hubiere lugar; de haberse seguido el primer pensamiento del Alcalde Mayor, habría sido ahorcado, sin formación de causa en cuanto se le detuvo; la precipitación es siempre condenable y ya se ve en este caso la muerte habría sido injusta.<sup>73</sup> El 23 de octubre se puso en libertad a los absueltos; Diego fue sacado “desnudo de medio cuerpo arriba”, y, atado al palo de la horca, recibió los azotes y oyó el apercibimiento de la sentencia; después fue llevado a trabajar al obraje de Bruno.<sup>74</sup>

71 Id. de id. id. Leg. 1.338. Cuaderno 6.º. Testimonio de la causa criminal de oficio de la Real Justicia contra Vizente Mauricio y Joseph Antonio, Indios, culpados por el alboroto de Puebla, fols. 1 y 2.

72 Id. de id. id. id. Testimonio de la averiguación de Valcárcel, cuaderno 3.º, fol. 7 v.º

73 Id. de id. id. id. Dicho testimonio, fol. 1, copia de carta de Román a Fuenclara, Angeles, 19 agosto 1744.

74 Id. de id. id. id. Testimonio de causas contra Bravo y los Santiagos, cuaderno 2.º, folios 32 a 67.

El Alcalde Mayor había escrito de nuevo al Virrey: insistía en que se le enviasen tropas, enumeraba las quejas que tenía contra los habitantes de Puebla y anunciaba su propósito de hacer dejación de su cargo, diciendo:

"...En fin, señor excelentísimo, este acaesido suseso ha dado a mi consideración tal golpe, que discurro nombrar un theniente general que lo padesca, procurando eximirme y retirarme en todo lo que pueda, para no experimentar tantos sonrojos que llegan a lo más sensible del honor y la vida...".<sup>75</sup>

En fecha de 2 de octubre de 1744, los superiores de las órdenes religiosas de la ciudad enviaron al Virrey un informe favorable a Román, atribuyendo el tumulto a los descontentos de la buena administración de éste.<sup>76</sup>

Pero un tercer informe de Valcárcel acabó de hundir al Alcalde Mayor. En él atribuía las causas de la asonada a su gestión y desmentía casi todas sus noticias y las declaraciones favorables a ellas. No era digno de crédito lo que Román contaba de que, desde la cuestión de los tornos estuvieran los ánimos preparados para otra revuelta. Opinaba que Román ponderaba los peligros de la situación, para tener a sus órdenes tropa regular. Refería lo sucedido con los estudiantes en 1743; condenaba la altivez con que Román trataba a sus subordinados, faltando a lo ordenado por los monarcas españoles de no exasperar a los litigantes "ni ofenderlos de obra y de palabra, prohibiéndosele encarecidamente que no injurien a los súbditos, ni les bueluan respuestas ásperas y desabridas, porque éstas enjendran malos afectos y voluntades, de que ya se quexa el Alcalde maior, ponderando su soledad..."); aseguraba que, según sus informes, la gente de Puebla acudía, siempre que hacía falta, en auxilio de la autoridad, habiendo, en las milicias locales, gente suficiente para contener cualquier movimiento subversivo, sin que hiciera falta el establecimiento de tropa permanente "que sólo serviría para la pompa y esplendor y de ninguna utilidad...", y que, puesto que Román solicitaba su retiro, era lo mejor que podía hacerse, separándole del cargo, con los honores correspondientes a su persona y empleo, para tranquilidad de todos.<sup>77</sup>

<sup>75</sup> Id. de id. id. id. Testimonio de consultas de Valcárcel, fol. 25 y v.º

<sup>76</sup> Id. de id. id. Leg. 1.342. Testimonio de descargos de Román, fols. 136 v.º a 142.

<sup>77</sup> Id. de id. id. Leg. 1.338. Testimonio de los autos sobre desacato a la Real Justicia, folios 17 a 28. Angeles, 23 octubre 1744.

El 26 de octubre, Fuenclara aprobó lo propuesto por Valcárcel y le avisó de que iba a nombrar otro Alcalde Mayor.<sup>78</sup>

Entonces intervino de nuevo el Arzobispo-Obispo, sin preocuparse de que su amistad hacia el Alcalde, ahijado suyo, le atraía “graves, lastimosos vltages”, queriendo, con eficaz empeño, favorecerlo, solicitando cartas e informes de Prelados de Comunidades religiosas y del Cabildo en beneficio de Román. El Cabildo “tubo por combeniente abstenerse de darlo, como estraño de su estado y porque no podía informar, con aquella pureza y verdad que profesa, lo contrario de lo que sentía”. El Prelado, temeroso de sufrir aún mayores ultrajes por parte del vulgo desenfrenado, pensó en salir fugitivo de su diócesis, pero antes consultó con el Cabildo y éste le disuadió de ello “asegurándole que las inquietudes no nacían presisamente de publicar la visita, sino de la vnión que tenía con dicho Román, que era el origen de aquella rebelión, y que así pudiera publicarla, como con efecto se hizo, a que contribulló el Cabildo con su rendida aseptación...”.<sup>79</sup>

Al saber que Fuenclara nombraba Justicia Mayor de Puebla a Don José de Hita y Salazar, Alcalde Mayor de Huejotzingo, volvió a escribir al Virrey. Esta providencia “es tan gravosa y sensible —escribía— para el Coronel de Infantería Don Miguel Román, que estimula a mi genio representar a V. Exa. que, de tener efecto, será bastante para quitarle la vida, porque considera que, de este modo, queda su honor enteramente abandonado...”. Repetía su alabanza del gobierno de su ahijado, que había enemiga contra él y que “todos los que mandan no pueden menos que tener mal querentes, que procuran deslucir sus más arregladas operaciones...”. Añadía que Román había renunciado condicionalmente su cargo en Don Miguel de Urriola, Coronel del Comercio, propuesta que recomendaba fuera aprobada, para que el Alcalde Mayor quedara airoso y ni él siguiera en su destino ni sus enemigos lograran su gusto.<sup>80</sup>

Pero ya estaba todo decidido y resuelto. Un decreto virreinal de 31 de octubre nombró Justicia Mayor de Puebla al Sargento Mayor Don José de Hita,, no nombrando, de momento, otro Alcalde hasta que

78 Id. de id. id. id. Dicho testimonio, fol. 30 v.º

79 Id. de id. id. Leg. 1.921. El Cabildo de Puebla al Rey. Puebla, 16 noviembre 1746.

80 Id. de id. id. Leg. 1.342. Testimonio de descargos de Román, fols. 163 v.º a 166, copia de carta de Abreu a Fuenclara. Puebla, 29 de octubre de 1744.



Román pasara a la capital; <sup>81</sup> a éste escribió Fuenclara que pasara a México en cuanto recibiera su carta y sin esperar la llegada de Hita. <sup>82</sup>

La Ciudad de Puebla dio gracias al Virrey por la resolución del asunto y nombramiento de Justicia Mayor, firmando el Cabildo de la Nobilísima Ciudad, y, en primer lugar, Borbolla y Arteaga, como queriendo dar la puntilla definitiva al caído en desgracia; adjuntaban varios informes adversos a él y coincidentes en que el motín del 18 de agosto se debió a su poco meditada conducta. <sup>83</sup>

El 25 de noviembre de 1744, liquidada ya definitivamente la cuestión, Fuenclara escribió al Rey, remitiéndole, a la vez, los autos formados por el Oidor Valcárcel; <sup>84</sup> el Rey aprobó todo lo hecho, por carta fechada en San Lorenzo en 13 de noviembre de 1745, pero mandó que se permitiera a Román presentar sus descargos y que se le oyera en justicia. <sup>85</sup>

Román no se conformó con lo actuado y resuelto y, en cuanto llegó a la capital, presentó un memorial, diciendo que, de las averiguaciones de Valcárcel en Puebla, no había resultado contra él cargo alguno y, a pesar de eso, se le había mandado expresamente, con el pretexto de que atendiera a su sosiego, por el Virrey, que hiciera renuncia formal del empleo de Alcalde Mayor, ordenándole el Conde de Fuenclara que se presentara en la Corte, después de suspenderle de su cargo; quejándose de que Valcárcel había hecho sus averiguaciones sin comunicarle nada. El 11 de noviembre presentó su memorial, pidiendo se le entregasen los autos, pero el Virrey mandó que todo pasara a Valcárcel. El 6 de diciembre declaró Román que estaba resuelto a firmar la renuncia de su cargo con la fecha anticipada del 30 de agosto, como se le mandaba y que la haría ante escribano, protestando que lo hacía por fuerza. <sup>86</sup>

En vista de su renuncia, Fuenclara nombró a Román (7 de diciembre de 1744) Corregidor de la ciudad de Querétaro "para que entre a servirlo quando acabe su tiempo el actual Corregidor...". <sup>87</sup>

81 Id. de id. id. Leg. 1.921. Copia de decreto nombrando Justicia a Hita.

82 Id. de id. id. Leg. 1.342. Testimonio de descargos de Román, fols. 167 y 168. Copia de carta de México, 1 de noviembre de 1744.

83 Id. de id. id. Leg. 1.338. Testimonio de autos sobre desacato de Valbuena, fols 31 y 32. Copia del oficio de gracias, Puebla, 7 de noviembre de 1744.

84 Id. de id. id. id., doc. 7. Fuenclara al Rey. México, 25 de noviembre de 1744.

85 Id. de id. id. Leg. 1.342. Testimonio de descargos de Román, fols. 1 a 5.

86 Id. de id. id. id. Dicho testimonio, fols. 169 a 176.

87 Id. de id. id. id. Dicho testimonio, fol. 178; Leg. 1.921, copia de nombramiento de Román para Corregidor de Querétaro.



La revisión de la causa, cumpliendo las órdenes reales de 13 de noviembre de 1745, se hizo por decreto del Virrey Güemes, de 20 de julio de 1746, abriéndose nueva información, que se realizó en noviembre y diciembre del mismo año; uniéndose a ella la residencia tomada a Román, el privilegio de Hidalguía, dado a la familia Román por Felipe II, y una larga instancia del ex Alcalde, sincerándose, diciendo que los que depusieron ante Valcárcel, lo hicieron por enemiga contra él, y solicitando se le hiciera justicia.<sup>88</sup>

El Fiscal, Licenciado Bedoya, redactó un detenido informe, diciendo que, si bien, en 1744, se juzgó que Román había procedido con "poco acierto y ninguna prudencia, con violencia y ligereza en las prevenciones con que acudió al movimiento que esperaba", del examen que él había hecho ahora resultaba enteramente desvanecido el concepto que se hizo entonces de su conducta, ya que se veía que, gracias al terror, había contenido a la plebe; que el alboroto no había sido pueril, sino grave; que las medidas adoptadas fueron necesarias; que había gobernado con general aceptación del vecindario, y desempeñado su cargo con "pureza y desinterés". El Virrey remitió el informe fiscal al Rey, añadiendo que Román quedaba enteramente justificado, y con esto quedó terminada toda la parte legulesca del motín de Puebla.<sup>89</sup>

---

88 Id. de id. id. Leg. 1.342. Testimonio de descargos de Román, fols. 5, 32, 33, 161, 95 y v.º, 120 v.º a 123 v.º, 125 v.º a 128, 300 a 301, 304 a 307 v.º y 309 a 400.

89 Id. de id. id. id. Dicho testimonio, fols. 400 a 458. México, 23 de enero de 1747; Güemes al Rey. México, 24 de febrero de 1747.



## XV

### LA IGLESIA Y FUENCLARA

El Rey de España era patrono de la Iglesia, y el Virrey, su representante en América, el vicepatrono de ella: ejercían, por lo tanto, los Monarcas, en virtud de la bula pontificia de 18 de julio de 1508, el patronato universal de las Iglesias de las Indias, con amplia autoridad sobre la Iglesia en América. Por lo tanto, eran inexcusables ciertas demostraciones de sumisión y respeto, que, con los Virreyes de Nueva España y del Perú eran idénticas a las que se hacían, en España, a Su Majestad Católica. Esas demostraciones consistían, principalmente, en ceremonias que se cumplían con ellos cuando asistían a las funciones religiosas en su calidad de representante del Soberano. <sup>1</sup>

Las fiestas religiosas eran numerosísimas y ya he hablado de las de tabla; pero, además, había otras muchas, fijas y variables. La abundancia de fiestas religiosas patentiza el fervor de la época y el espíritu cristiano que dominaba en todo, comenzando toda clase de documentos y de cartas particulares con la señal de la cruz. Mostrábase también esta religiosidad profunda en la costumbre de iniciar la Audiencia su diario trabajo oyendo misa; en la rigurosa exactitud con que se guardaba la Cuaresma y en el uso establecido de celebrar las noticias llegadas de España y de la salud de S. M. con misa de gracias, *Te Deum* y *Salve o Alma Redemptoris*. <sup>2</sup>

---

<sup>1</sup> Marroquí, J. M.: *La Ciudad de México*, tomo II, pág. 348.

<sup>2</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 1.655. Diario de los expedientes y pleitos que se ven en la primera Sala de la Real Audiencia de Nueva España y demás negocios ocurridos en 1745, fols. 6, 11, 19, 20, 21, 26, 37, 39, 41, 44, 45, 53, 54, 57, 58, 61, 63, 64, 65, 68, 71, 73, y 79; Diario de 1744, fols. 3, 4, 5, 8, 19, 22, 35, 37, 43, 52 y 62.

Celebrábanse estas fiestas con un esplendor que competía con el de la misma época en España.

Una de las en que se desplegaba mayor magnificencia era la del Corpus Christi, para la cual se habían redactado ordenanzas especiales en 1682 y 1683: estaba a cargo de la ciudad de México, cuyos diputados debían cuidarse de que, con un mes de antelación, se reunieran el tribunal y las mesas para la subasta de danzas, juegos, gigantes, tarascas "y todas las otras cosas" y de que los pueblos de catorce leguas alrededor de la capital pusieran los arcos que siempre se habían levantado para la procesión, trayendo sus chirimías, trompetas y atabales, y pagándose a los naturales, según la costumbre, por el mayordomo. De organizar y dirigir todo estaba encargado Don Patricio Antonio López, nombrado por el Conde de Fuenclara, en 7 de mayo de 1743, Intérprete del Apostólico y Real Tribunal de la Santa Cruzada del Reino. La víspera del gran día, por la noche, debían ponerse luces en las ventanas y corredores del Cabildo. Los dichos diputados invitaban a los caballeros para que ayudaran a llevar las varas del palio en el distrito de la procesión. La Nobilísima Ciudad asistía, en corporación, la tarde anterior, cuando se llevaba, procesionalmente, el Santísimo Sacramento, desde "el Sagrario de los curas" al altar mayor, para cantar las vísperas; la ciudad y capitulares de ella llevaban luces en las manos. Del mismo modo asistían toda la octava de la fiesta del Corpus. El Corregidor proveía el auto correspondiente, que se pregonaba, ordenando que, en el distrito de la procesión, las casas estuvieran aderezadas y con colgaduras. La solemnísimas procesión recorría las principales calles de la ciudad, profusamente adornadas con enramadas y arcos, los cuales debían estar a una altura tal que no estorbaran el paso del palio, guiones, estandartes y cruces mayores de las parroquias y de las órdenes religiosas, y los huecos que quedaban entre el ramaje se tapaban con flores y cortinas de seda, de modo que no quedara "parte por donde pudiera dar el sol", formando una especie de toldo fresco y perfumado; el suelo estaba cubierto por una olorosa alfombra de rosas, y todo resguardado del calor por enramadas de juncia y otras yerbas aromáticas, traídas, como las flores y material de los arcos por los indios y demás vecinos de los partidos de Mexicaltzingo y sus sujetos; Tetela del Volcán, Xonacatepec, Cuautla, Amilpas, Tlalmanalco y Cuatepec. Dirigíalos en el arreglo del trayecto de la procesión el dicho cacique Don Patricio Antonio López, al que



dichos pueblos acudían con la madera, carrizo, flores y cuanto era necesario para el adorno de las calles.<sup>3</sup> La procesión terminaba alrededor del mediodía y, a continuación, en la morada del Cacique, en su sala principal, se servía a los que habían contribuido a la fiesta un banquete. Las mesas se cubrían de blancos manteles y se adornaban con flores, naranjas recortadas, limones y *chiles* o pimientos. Cuatro soldados, de los que habían asistido a la medida del reparto de lo que cada pueblo daba para la fiesta del Señor, servían la mesa. Allí se daba, generalmente, a cada comensal, tortas de pan blanco y ordinario, una taza de caldo, dos platos distintos de guisado de ave en *apatles* (lebrillos), olla en abundancia, *tlemole*, dulce de peras y chocolate. A los indios principales y a los soldados-camareros se les daba de comer aparte y lo mismo a los españoles invitados. El número de comensales era de unos ciento cincuenta, distribuidos en tres mesas, más unos cuatrocientos de ambos sexos, a los que se daba, en la parte baja de la casa, una comida compuesta de carnero, vaca, lechón en *mole*, y su pan bazo u ordinario. Generalmente duraba el servicio de la comida desde las doce hasta las tres o las tres y media de la tarde. Hacíase todo con tal abundancia que sobraba para dar de comer a cuantos pobres acudían. Los soldados, después de saborear una comida "tan amplia quanto decente", recibían una cantidad en dinero (12 pesos en 1740); los cocineros, 8 pesos; y las mujeres ayudantes, según el trabajo que habían tenido, cobraban dos pesos, uno, doce reales o seis. El festejo se acababa con danzas, juegos, gigantes y tarasca.<sup>4</sup>

La fiesta del Corpus de Santiago de Tlaltelolco fue una de las festividades más antiguas y de mayor nombradía. Llenábase la extensa plaza con multitud de coches y caballos que obstruían las avenidas y era enorme la afluencia de indígenas y la multitud de caballos, a cual más hermoso y mejor enjaezado; las mujeres pobres acudían con el traje de poblanas; veíanse charros costosamente vestidos, llegados de largas distancias para lucir la gallardía de sus cabalgaduras. Los cohetes poblaban el aire, las campanas repicaban con estruendo y sobresalía, en la procesión, el paso de Santiago sobre blanco caballo matando moros. La iglesia se adornaba con arcos y rosarios de flores, según el gusto

3 Id. de id. id. Leg. 1.354. Despachos de Fuenclara de 7 de mayo de 1743 y 28 de mayo de 1746.

4 Id. de id. id. id. Año 1755. Testimonio de autos fños. sobre las enramadas del día del Corpus, fols. 11 y 25 y certificaciones adjuntas de 1742, 43 y 46.

indígena en la festividad, a la que daba mayor realce la presencia del Virrey o de la Nobilísima Ciudad en la Casa del gobierno. En la plaza había numerosos puestos de tunas, granadas, naranjas, nueces, peras y duraznos; amenizaban la fiesta las danzas de indios cubiertos de plumas y con sonajas en una mano y, en la otra, una especie de mitra de plumas de colores, el *ayacastle*.<sup>5</sup>

En Cuernavaca se celebraba la misma fiesta con gran entusiasmo y solemnidad, resultando bellísima bajo las rústicas enramadas, con sencillos altares y flores; también allí los indios llevaban, la víspera, ramas para formar arcos y las colocaban adornadas con las preciosas flores del *yoloxochitl* y del *cacoloxochitl*, que perfumaban el ambiente, comunicándole un tinte encantador que extasiaba los ánimos.<sup>6</sup>

Otro lugar donde las fiestas tenían un encanto especial era la residencia veraniega de San Angel, que había ido constituyéndose por la reunión de las magníficas quintas de las familias de la buena sociedad mejicana y las blancas casitas campesinas. Allí las festividades se celebraban durante la temporada estival, sobre todo en el mes de agosto, "cuando San Angel aparece como un extenso jardín, que embriaga con su atmósfera saturada por el aroma del *huele de noche*, de la azucena y de otras exquisitas flores...". Su fiesta más famosa era la del Señor de Contreras, amenizada con cohetes y volteo de campanas, fuegos artificiales, castillos y numerosos puestos en los que se vendían cacahuetes, buñuelos, pulque y sabrosas meriendas. Las jóvenes más elegantes vestían allí el popular rebozo y llevaban lindas canastillas para llenarlas "de sabrosos chavacanos, rojas fresas y amarillas peras...".<sup>7</sup>

En esas fiestas, la música, el nombre, todo tenía un origen eminentemente religioso. El *Alabado*, del que hoy sólo queda el nombre, era un canto monótono, genuinamente labriego: cantábase por los rancheros al amanecer, cuando habían pasado la noche en un velorio, al oír el toque del *Angelus*, o en vísperas de una festividad.<sup>8</sup>

En la Nochebuena, las pastorelas, las posadas y la fiesta de Navidad daban motivo a una amplia y rica literatura musical. "La pastorela lo reunía todo, pues era una representación de la última jornada de José

5 Rivera Cambas, M.: *México Pintoresco...* II, pág. 80.

6 Id. de id. id. La misma obra, II, págs. 246 y 247.

7 Id. de id. id. Dicha obra, II, pág. 404.

8 Campos, R. M.: *El folklore y la música mexicana*, pág. 101; *La población del valle de Teotihuacán...*, II, pág. 401.

y María, peregrinos, y el nacimiento del Niño Jesús, al que iban a adorar en Belem los pastores... La representación era adornada con una serie de cantos pastoriles... sin duda traídos de España y compuestos para las escenas...".<sup>9</sup> Las posadas, que aún se celebran en México, eran, en la época colonial, "la representación de las nueve noches de jornadas de José y María, que iban de puerta en puerta pidiendo posada y recibiendo negativas, hasta que una alma caritativa se apiadaba y les abría su casa. Había coplas para pedir la posada, para negarla y para darla, abriendo las puertas con regocijo al saber que quienes pedían posadas eran conductores del Divino Verbo...".<sup>10</sup>

La profunda religiosidad de los habitantes hacía también que el clero tuviera enorme importancia e influencia. "...No hay ciudad en el mundo —dice el jacobita Tomás Gage, que visitó Nueva España en 1625, y sus palabras podían repetirse también en 1742— donde la Clerecía sea tratada con más favor. Todos aspiran a distinguirse por las donaciones que hacen a las Iglesias y Conventos. Unos mandan hacer ricos altares en las capillas de los santos a quienes tienen devoción; otros, regalan coronas de oro, cadenas y lámparas, a las Imágenes de la Virgen, fundan Conventos o los hacen reedificar a sus expensas, y les dan hasta dos, o tres mil ducados de renta...".<sup>11</sup>

Así Juan Navarro *Prestana* —según el italiano Careri cuenta, en su visita a México en 1697— había ganado tanto dinero "en la profesión de Maestro de coches, que hizo edificar el convento de San José de Gracia y el de la Concepción, ambos de monjas".<sup>12</sup> El segundo contenía ochenta y cinco religiosas, pero teniendo a su servicio más de cien criadas, a causa de recibir cada monja una cantidad de la mesa común para su manutención y la renta era tan considerable que podía permitirse el lujo de tener hasta cinco o seis criadas.<sup>13</sup>

El número de iglesias en la capital era bastante crecido.

Las Instrucciones a Fuenclara dedicaban un buen espacio a lo referente a sus relaciones con la Iglesia de México.

La fechada en el Buen Retiro en 31 de enero de 1742, le recomendaba, en primer lugar, teniendo en cuenta que la conversión de gran

<sup>9</sup> Id. id., ob. cit., pág. 102.

<sup>10</sup> Id. id., ob. cit., págs. 103 a 105.

<sup>11</sup> *Historia general de los viajes...*, tomo XXI, pág. 332.

<sup>12</sup> Id. id., pág. 338.

<sup>13</sup> Id. id., pág. 340.



parte de los naturales del país al catolicismo estaba lograda, y la sencillez de éstos, en cuyas mentes podía fácilmente imprimirse cualquier error, que no permitiera la estancia allí de cualquiera que pudiera *inficionar la fee*; que tuviera particular cuidado, por tanto, de enviar a Europa a los esclavos o esclavas berberiscos, aunque fueran libertos, y lo mismo si se trataba de gentes recién convertidas, hijas de judíos o extranjeros, gente "por lo común, nada segura en la fe", o cualquiera otra persona sospechosa "sin que, por ningún caso, queden en esas Provincias, por el daño que amenazan...". Debía evitar que los Prelados, en las vacantes de curatos y doctrinas, extendiesen su jurisdicción, en perjuicio del Patronato Real; las vacantes no debían estarlo más de cuatro meses y, si dentro de este plazo, no hubieren hecho los Ordinarios la propuesta de clérigos aprobados, no se debería abonar salario ni estipendio alguno a los curas interinos; era obligación de los Prelados el poner edictos en cuanto vacara un curato o doctrina, dando plazo más o menos largo, según la distancia a que estuviere de la capital y proponiendo tres sacerdotes, que verificarían la oposición correspondiente, eligiendo entre ellos el Virrey al que le pareciere más idóneo, y "en el caso de que ninguno de los tres lo sea y que, con su elección, no quede descargada mi Real conciencia, vsaréis del derecho del Patronato, no dando asenso a la proposición que se os hiciere, y rogaréis al Prelado proponga otros sugetos en quienes concurren las recomendables circunstancias que se requieren para vn tal Ministerio...". Convenía también que el Virrey cortara los abusos que se cometían por los ordinarios, que "para precisar al Vicepatrono a que presente al que proponen, le ordenan a título del Beneficio, en perjuicio de mi Real Patronato y en contravención de lo dispuesto por Leyes, por lo que, en tal caso, presentaréis, desde luego, para el Beneficio, a otro Clérigo y, si el Ordinario no le quisiera dar la posesión dentro del término de los diez días que da la Ley, recurrirá al Diocesano más inmediato, según previene la Bula del Real Patronato, para que, de este modo, no haya falta en las Doctrinas y puedan ir los presentados a cumplir con su obligación".<sup>14</sup>

Particular atención pondría en no permitir que los Prelados Regulares pusieran interinos en las vacantes de sus Curatos y Doctrinas, ni en que los religiosos obtuvieran beneficio alguno sin que él los pre-

<sup>14</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 515. Instrucción del Consejo al Conde de Fuenclara, fols. 52, 58 y v.º



sentara y nombrara, practicando, para conferirlo al más digno, lo dispuesto en las leyes y en las reglas del Real Patronato; no consentiría tampoco que los superiores removieran a los religiosos empleados en esos ministerios, sin que, previamente, le dieran cuenta de las causas de la remoción, evitando se hiciera injustamente. Las renunciaciones de curatos deberían hacerse siempre ante los prelados diocesanos y éstos darían noticia de ellas al Virrey.<sup>15</sup>

Se le recomendaba que tuviera buena correspondencia con los prelados a los que tocaba principalmente el gobierno espiritual de las provincias, de modo que fueran de acuerdo ambas jurisdicciones, y, para que esta concordia fuera más segura, en el caso de que algún clérigo diera escándalo o procediera de modo que, de su permanencia en América, resultaran graves inconvenientes, informaría de ello a su Prelado para que lo castigara y, con su parecer, lo echaría del país, "sin mirar a otro respecto más que al que se debe al bien común", observando lo legislado. Insistiendo en la buena armonía que debía reinar entre la potestad religiosa y la civil, como huyendo de la frase de Don Quijote: "Con la Iglesia hemos topado...", terminaba este apartado diciendo: "Y como lo que puede servir de más embarazo para la ejecución de lo que se os encarga es la discordia que suele sembrarse entre vos y los Prelados Eclesiásticos, la que Dios no quiera se subscite, por resultar de ella que los Prelados causen inquietud en la tierra, o la tengan con vos, o impidan lo por mí mandado, procuraréis, con toda cordura y prudencia, aplicar el remedio que os parezca conveniente, y, quando éste no aproveche, los entretendréis en la mejor forma que se pueda, por no dar lugar a que se causen escándalos, y me daréis cuenta, con toda puntualidad...".<sup>16</sup>

No podía dar licencia a clérigos para que vinieran a pretender a España, aunque la tuvieran de sus prelados, ni tampoco a los religiosos allí residentes, sin previo permiso de sus superiores, bajo condición de haber residido diez años en Indias, por lo menos, y de ser sujetos de buenas prendas y de virtud, advirtiéndoseles que no se les permitiría regresar a América, según las disposiciones vigentes, pues ocurría que, por no observarse éstas, había religiosos "vagando en estos Reynos, sin conocer Superior, y otros molestando al mencionado mi Consejo (de

<sup>15</sup> Id. de id. id. id. La misma Instrucción, fols. 59 a 60 v.º

<sup>16</sup> Id. de id. id. id. Dicha Instrucción, fols. 75 v.º a 77.

Indias) con representaciones y escritos, así propios como de otros, cuyos encargos trahen...".<sup>17</sup>

También se encargaba al Virrey que se informara de, si en los conventos de religiosos había rencillas entre los americanos y los españoles y, de acuerdo con los prelados, acabara con tal estado de cosas "pasiones domésticas, causadas sólo por el demonio"; además, debía tratar de saber "con todo recato y secreto", cómo se gobernaban en lo espiritual y en lo temporal, avisando al Rey de todo, así como de lo que conviniera reformar y por qué medios.<sup>18</sup>

De la importancia que en la Corte de Madrid se daba a las buenas relaciones del Virrey con la Iglesia son muestra las cartas que el Rey escribía, con ocasión de la llegada de un nuevo representante suyo, a los Provinciales de las Ordenes religiosas y a los Obispos en la Nueva España, encargando a cada uno de ellos que "en las cosas que al Virrey Conde de Fuenclara se le ofrecieren en que sea necesaria su autoridad y mano, procure conformarse con él, ayudándole en todo para el buen efecto".<sup>19</sup>

Pese a los buenos deseos del Gobierno de la metrópoli y de sus representantes en América, los motivos de fricción entre el poder religioso y el civil no podían faltar y no faltaban, efectivamente, solventándose, muchas veces, las diferencias, con la socorrida fórmula, tan corriente en las Indias, de se acata, pero no se cumple", aplicado a cuantas Reales Cédulas no podían cumplimentarse por dificultades de orden material o por chocar con intereses creados y muy respetables.

Tal sucedió con la Real Cédula de 27 de abril de 1740, en la que el Rey ordenaba al Alcalde Mayor de Puebla que requiriese a los franciscanos, establecidos en la ermita del Venerable Aparicio, que saliesen de ella, restituyéndose a sus respectivos Colegios. La Audiencia Gobernadora, que la recibió, determinó que se sobreseyese lo mandado hasta que el Rey, en su vista, tomase otra resolución y Fuenclara lo comunicó así a S. M.<sup>20</sup> El Obispo de Puebla, en unión del Cabildo Eclesiástico y Secular de la misma ciudad, hizo el expediente necesario para que se concediera licencia a los misioneros de Querétaro para habitar y cuidar

17 Id. de id. id. id. Dicha Instrucción, fols. 77 a 79.

18 Id. de id. id. id. Dicha Instrucción, fols. 81 v.º a 82 v.º

19 Id. de id. id. id. Cartas a los Obispos y Provinciales de las Ordenes. Buen Retiro, 31 de enero de 1742.

20 Id. de id. id. Leg. 1.336. Fuenclara al Rey. México, 23 de diciembre de 1742.

la capilla y las casas de esta fundación, cuyo nombre oficial era Nuestra Señora del Destierro, vulgarmente conocida por el Rancho del Venerable Sebastián de Aparicio y que estaba situada a una legua corta de Puebla. <sup>21</sup>

El 22 de diciembre de 1742, Fuenclara ordenó que se asentara en los libros de su superior Gobierno, después de vista y obedecida, la Real Cédula de 16 de diciembre de 1741, en la que se mandó al Duque de la Conquista que reprendiese a los oidores de la Audiencia de México, por haber determinado la retención de una patente del General de la Orden de San Agustín: al recibirla la Audiencia gobernadora se había limitado a acusar su recibo, remitiendo el testimonio correspondiente, para que S. M. resolviese lo que fuera de su Real agrado. <sup>22</sup> El mismo 22 de diciembre obedeció también el Virrey la Real Cédula de 21 de diciembre de 1741, a la que se acompañaba un breve de Benedicto XIV, prorrogando la gracia de las mesadas eclesiásticas por otros cinco años; <sup>23</sup> otra obedecida fue la de 4 de abril de 1744, en que se le notificaba la resolución tomada sobre que los tesoreros de las bulas del Reino nombraran personas que cuidaran de la distribución de ellas y recaudaran su limosna. <sup>24</sup>

Igualmente cumplimentó Fuenclara la de 18 de agosto de 1741, a la que acompañaba un despacho para que el Arzobispo de México informase sobre si sería conveniente erigir en Metropolitana la Sede Episcopal de Guatemala. El Arzobispo informó favorablemente a la erección. <sup>25</sup> Una carta acordada del Consejo (10 de noviembre de 1744) informó al Virrey la erección de la sede de Guatemala en Arzobispado, acompañándole un Real Despacho de 2 de junio del mismo año. <sup>26</sup>

Regía, a la sazón, esta diócesis el Ilmo. Don Fray Pedro Pardo de Figueroa, franciscano y natural de Lima, que había sido preconizado Obispo de Guatemala en 1735 y se posesionó de la mitra el 22 de septiembre de 1737. La bula de Benedicto XIV erigiendo la sede en Arzobispado es de fecha 16 de diciembre de 1743: asignóle, como sufragáneas, las de Chiapas, segregada del de México Comayagua y Nicaragua.

<sup>21</sup> Id. de id. id. id., doc. 2. Testimonio de autos. México, 2 de abril de 1743.

<sup>22</sup> Id. de id. id. id., doc. 13. Fuenclara al Rey. México, 30 de enero de 1743.

<sup>23</sup> Id. de id. id. id., doc. 16. El mismo al mismo. México, 28 de febrero de 1743.

<sup>24</sup> Id. de id. id. Leg. 1.338, doc. 2. Fuenclara al Rey. México, 25 de noviembre de 1744.

<sup>25</sup> Id. de id. id. Leg. 1.336, doc. 11. Id. a id. México, 30 de enero de 1743.

<sup>26</sup> Id. de id. id. Leg. 1.338. Índice de despachos del Real Servicio adjuntos a la carta de Fuenclara a Triviño. México, 20 de agosto de 1745.



Fray Pardo recibió la investidura arzobispal el 14 de noviembre de 1745, imponiéndole el palio Fray José Cubero, Obispo de Ciudad Real, y murió en Esquímulas el 2 de febrero de 1751.<sup>27</sup>

Hasta entonces, el Virreinato de México no comprendía más que una sola sede arzobispal, la de México, de la que dependían los obispos sufragáneos de Puebla, Jalisco, Mechoacán, Durango, Oaxaca, Guatemala, Chiapas, Honduras y Nicaragua; los preladados pertenecían, en gran parte, a las órdenes religiosas, debido a que éstas eran, casi exclusivamente, las que habían propagado la fe católica en América.

El Arzobispo de México tenía 60.000 pesos de renta anual; el Deán de su Iglesia, 11.000; las otras cuatro dignidades, 8.000 cada una; los canónigos, 6.000 cada uno; los racioneros, 5.000; los medios racioneros, 3.000; cada cura, 4.000; y los capellanes reales, 300.<sup>28</sup> El Obispo de Puebla cobraba 80.000 pesos.<sup>29</sup>

La sede de la capital del Virreinato estaba ocupada, desde 1730, por Don Juan Antonio de Vizarrón y Eguiarreta, que había sido Virrey y Capitán General de Nueva España antes que el Duque de la Conquista. En su tiempo, el Papa Benedicto XIV concedió (11 de enero de 1743) a los Reyes de España el derecho de presentación de los Arzobispos de México.<sup>30</sup>

En tiempo de Fuenclara disfrutaba el Arzobispo de poca salud y hacía una vida muy retirada; tal vez por esa poca relación con el Virrey se llegó a decir en la Corte española que Vizarrón no era tratado por el Conde con la debida consideración.<sup>31</sup>

El Oidor Don Fernando Dávila, en su informe reservado al Marqués de la Ensenada, a solicitud de éste, escribía: "...En quanto a el tratamiento con el Rdo. Arzobispo, de esta Metropolitana, lo que puedo dezir, por lo que he visto y notado, en ocasiones, es que el Virrey, con su genio claro, sin cautelarse, suele expresarse del Rdo. Arzobispo, en alguna materia, como lo siente, delante de los que allan presentes...".<sup>32</sup>

En cambio, el Fiscal Don Antonio Andreu, en el informe enviado a petición del mismo Ministro, se expresaba así: "...El Rdo. Arzobispo

<sup>27</sup> Fuentes Guzmán, F. A. de: *Historia de Guatemala*, II, pág. 206; Aguirre Cinta, Rafael: *Lecciones de Historia General de Guatemala*, pág. 81.

<sup>28</sup> *Historia general de los viajes*, XXI, pág. 339.

<sup>29</sup> Id. id., pág. 346.

<sup>30</sup> Marroquí, J. M.: *La Ciudad de México*, II, pág. 331.

<sup>31</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 1.505. Ensenada a Molinillo. El Pardo, 28 enero 1744.

<sup>32</sup> Id. de id. id. id. Dávila a Ensenada. México, 25 de noviembre de 1744.



de esta Metropolitana es tratado por el Virrey con la consideración, ceremonial y términos devidos a su representación, Dignidad y carácter, sin que haya reconocido sentimientos ni quejas en este particular, persuadiéndome a ello el informe con que me hallo y la pública correspondencia, que en sus visitas se advierte, y también los respectivos recados de vno con otro...".<sup>33</sup>

Hasta el maligno informe del Inquisidor Decano dice que "aunque al principio se asomaron entre los dos algunas señales de displizencia... la rreserbaron entre sí, sin romper afuera, tratando asta aora el Virrey a el Arzpo. con todo aquel rrespeto y vrbanidad deuida a su alta dignidad... y teniendo ambos buena correspondenzia...".<sup>34</sup>

Y, en fin, el discretísimo Molinillo se expresaba en los siguientes términos: "...Desde que entró el Virrey en México, no ha tenido lance ni controversia con el Arzobispo, y como, por su habitual enfermedad, regularmte. está retirado, no ha sido mucho ni íntimo el trato y comunicación entre los dos; pero, en lo que toca a ceremonial, ha tratado el Virrey a este Prelado con la consideración y términos devidos a su representación y Dignidad, de que creo no tiene queja, por no haberle faltado en nada, y sólo pueden haber ocasionado algunos ligeros sentimientos las expresiones con que el Virrey se haya explicado sobre la menos disciplina de los Eclesiásticos y en otras especies, que, proferidas con poco recato, y llevadas a la noticia del Arzobispo, por la inconsideración o malicia de los que pretenden merecer, introduciendo la discordia, le hayan producido interior disgusto, el qual he desuanecido yo alguna vez, persuadiéndole a que el origen no tenía vicio en la voluntad y afecto que le profesaua el Virrey...".<sup>35</sup>

*In medio est virtus.* Sin la manera, un poco chismosa, de Dávila, ni la adulación de Andreu, Molinillo nos expresa ciertamente cómo debieron ser las relaciones entre el Virrey y el Arzobispo: corteses, quizá muy corteses, pero también frías. La franqueza brusca y, quizá alguna vez, hasta brutal, del aragonés Fuenclara expresaba su sentir claramente sobre los inquietos clérigos que arribaban por aquellas tierras con poco espíritu evangélico, aunque fueran, felizmente raras excepciones; los cortesanos oían, complacidos y sonrientes, las frases del Virrey ¡es tan humano bañarse en agua de rosas al oír criticar al prójimo!, pero, en

33 Id. de id. id. id. Andreu a Ensenada. México, 24 de noviembre de 1744.

34 Id. de id. id. id. Navarro de Isla a Ensenada. México, 8 de noviembre de 1744.

35 Id. de id. id. id. Molinillo a Ensenada. Veracruz, 26 de noviembre de 1744.

cuanto les fuera posible, acudirían corriendo a poner en noticia del Prelado lo que decía de las cosas de la Iglesia Su Excelencia el señor Virrey. No obstante, el Arzobispo mostró no ser enemigo de éste cuando el Oidor Echávarri le incitó a que tomase la defensa de la jurisdicción eclesiástica, queriéndole persuadir de que Fuenclara la había vulnerado, con la providencia que dio de que se entregase a su madre una mujer casada con la que Echávarri mantenía relaciones; Vizarrón no sólo se negó a sus instancias, por la turbación que resultaría de una controversia entre ambas potestades y por tratarse de un asunto "de tan espinosas circunstancias, movido por un Minro. a quien la obligación de su empleo, aun quando por algún principio se pudiese inferir q. el Virrey se excediese de los límites de la potestad y prerrogativas q. le asisten, debiera manejarse a fauor de ellas, y no incitar ni acalorar al eclesiástico", sino que avisó verbalmente al Conde del paso dado por el impudente Oidor, mostrándole los autos formados por éste en el Juzgado Eclesiástico.<sup>36</sup>

En el asunto Boturini había ya negado el Arzobispo el pase al "Breve inusitado" de la Basílica Vaticana para la coronación de la Virgen de Guadalupe antes de que la Audiencia se lo concediera; las disposiciones de Fuenclara no hicieron más que corroborar la negativa del Prelado, recordando que él había obrado conforme a lo legislado y con más conocimiento de causa que la Audiencia.<sup>37</sup>

Una Real Cédula de 19 de marzo de 1743 comunicó al Virrey que se le adjuntaba copia del despacho enviado al Arzobispo de México, previniéndole que, sin pérdida de tiempo, remitiera las obras y manuscritos del Venerable Siervo de Dios Gregorio López o el testimonio auténtico de no haberse encontrado ninguno de ellos. La Sagrada Congregación de Ritos tenía pedido esto para la prosecución de la causa de beatificación del Venerable, suspensa desde 1727 por el retraso en el envío de sus obras; Fuenclara encargó al Oidor Don Domingo Valcárcel que visitase en su nombre al Arzobispo y éste, para lograr el efecto solicitado, hizo fijar diversos edictos. Más de un año tardó en conseguirse lo pedido y, en cuanto el Virrey tuvo en su poder el correspondiente pliego del Arzobispo, dirigido al Marqués de Belzunce, Decano del Consejo de Indias, lo remitió a Triviño.<sup>38</sup>

36 Id. de id. id. Leg. 1.338, doc. 23. Fuenclara al Rey, México, 21 de febrero de 1744.

37 Id. de id. id. Leg. 1.337, doc. 15. Fuenclara al Rey, México, 28 de febrero de 1743.

38 Id. de id. id. id. Fuenclara al Rey, México, 20 de octubre de 1743; Leg. 1.338. Fuenclara a Triviño, México, 25 de noviembre de 1744 y México, 20 de agosto de 1745.

En 21 de abril de 1744 un decreto de Fuenclara autorizó para que se pidieran limosnas para la beatificación de Fray Francisco del Niño Jesús y de Sor Ana de San Agustín.<sup>39</sup>

En otro capítulo he hablado de la visita que el Conde de Fuenclara hizo al Metropolitano, con motivo de lo que se le mandó de la Corte de que procurara que la Iglesia mejicana contribuyera al donativo voluntario a S. M. para atender a las necesidades de la guerra, no sólo le visitó personalmente, sino que le entregó una carta en la que se hacía la petición en forma. Es que, a consecuencia de las tres Juntas celebradas el 9 de marzo de 1744, se había resuelto pedir al Estado Eclesiástico y secular un donativo gracioso, en vista de la Real Orden (fechada en Aranjuez a 23 de junio de 1743) en uno de cuyos párrafos decía el Marqués de la Ensenada a Fuenclara: "...por lo que mira al Estado Eclesiástico, aún confía Su Majestad adelante las demostraciones de su zelo y amor a su Real serbicio, y desahogo de la Monarchía; se quedan disponiendo las Cédulas y Ordenes con que debe acompañarse y dirigirse el Breve en que la Santidad del actual Pontífice Benedicto Dézimo Quarto concede a Su Magestad la exacción de dos millones de escudos de moneda de esos Reinos de todos los Prelados y Eclesiásticos de los de América, de más de la de igual cantidad que no se ha acabado de exigir y se concedió en la misma conformidad por la Santidad de Clemente XI y confirmó Clemente XII...".<sup>40</sup>

"Yo mismo —escribía Fuenclara a Ensenada— pasé a ver al citado Arzbp. y a entregarle la carta que le escribía sobre este particular, pareciéndome que la diligencia de lleuársela personalmente y mi visita haría más recomendable el paso de moverle a que acredite, en esta ocasión, su fineza y amor al Rl. seruicio, y las especiales obligaciones que debe al Rey; me dijo que me respondería con lo que determinase y todavía no lo ha executado, como ni tampoco la Iglesia.<sup>41</sup> Estas respuestas de prelados e iglesias no llegaron nunca, ni tampoco los donativos.

La carta de Fuenclara al Arzobispo decía así: "Exmo. Sr.

"Mui Sr. mío: Paso a manos de V. E. copia de la Rl. orn. que he reciuído en q. aduertirá V. E. todas las razones y motivos que obligan al Rey a esperar se le socorra, para poder sostener los empeños en que

39 Medina, José Toribio: *La imprenta en México*, IV, pág. 544.

40 A. gen. de Indias. Escribanía de Cámara del Consejo. Leg. 245. Cuaderno 6.º de la Residencia de Fuenclara, fols. 27 v.º y 28.

41 Id. de id. México. Leg. 509. Fuenclara a Ensenada. México, 17 de abril de 1744.



se halla. No necesito yo ponderar ni dilatar me en vivas expresiones que prueben la summa estrechez que padece el Rl. Herario en Espa. y en este Rno. porq. V. E., con su penetración, lo conoce mejor que otro, y porq. habiendo tenido en sus manos las riendas de este Gobierno, y manejádolas con el acierto y felizd. que es notorio, comprehende y saue prácticamente la postración a que está oy reducida la Rl. Hacienda aquí, por los gastos ordinarios y extraordinarios q. ha ocasionado la Grra.: de forma que nada puedo adelantar para conuencer las estrecheces y ahogos que padece el Estado, ni dexar de decir que subsisten los propios empeños de defender los Dominios, pues contra todos estos obgetos continúan las insidias porfiadamente de Yngs. con el mismo vigor que empezaron. Sobre este supuesto quiere S. M. que se le ayude con el donativo que permiten las facultades a la fidelidad de sus Vasallos, y siendo V. E. el de maior representación que hay en este Reyo. por sus elevados caracteres, no puedo menos que hacer presente a V. E. las vrgencias que expone la citada Rl. orden, para que se sirua atender a ellas con la demostración que corresponde al amor y fineza que tiene V. E. tan acreditado en el seruo. del Rey. Y, cumpliendo con lo q. S. M. manda, tengo la fortuna de poner esta personalmte. en manos de V. E. y de reiterar mi afo. y obediencia a su dispon., esperando q. V. E. me haga el fauor de auisarme pr. escrito lo q. determinare, pr. que me ordena asimismo S. M. que pase a su Rl. noticia lo que resultare y debiere agradecer a los Sres. Prelados e Iglesias que concurran a este voluntario donativo, según el esfuerzo con q. manifestare cada vno su zelo.

"Dios Guare. a V. E. mus. as. como deso. México 14 de Abri. de 1744.

Exmo. Sr.

B. l. mo. de. V. E.

S. mr. seruor.

El Conde de Fuenclara.

"Exmo. Sr. dn. Juan Antonio de Vizarrón y Eguiarreta".<sup>42</sup>

Fuenclara había previsto ya el resultado negativo de la petición al clero, cuando, dos meses antes, escribía a Ensenada que creía no ayudaría nada, por lo que miraba a los eclesiásticos, el que llegaran las cédulas y breve para la exacción del segundo subsidio de dos millones

<sup>42</sup> Id. de id. id. id. Copia de esta carta, adjunta a la de Fuenclara a Ensenada. México, 17 de abril de 1744.



que, sobre los bienes del Estado eclesiástico, había concedido Su Santidad al Rey de España, porque, no habiéndose cobrado el primero más que en la cantidad de poco más de 200.000 pesos, y en el Perú muy poco o nada “sólo servirá la noticia de esta segunda concesión de sofocar la recaudación de la primera, q. no está cobrada, y de entiviar a los Eclesiásticos, pr. cuia considerazon. parece. que se retuvo allá cuidadosamente la expedición y notoriedad de Despos. y Cédulas para el segundo subsidio, asta que se huviese exigido el primero, que no puede ser más que annualmte. porque se funda en el 6 % que se ha de sacar cada año de las rentas eclesiásticas (de que son colectores los Arzobispos y obpos.) para lo qual es menester ocho en este Reyo., sin que pueda obligárseles a más, conforme a la mente de Su Santidad, y que no se cobren los dos a un tpo...”.<sup>43</sup>

Con el Arzobispo-Obispo de Puebla Don Domingo Pantaleón Alvarez de Abreu, que ocupaba la sede desde que hizo allí su entrada en 14 de agosto de 1743,<sup>44</sup> ya se ha visto las relaciones que mantuvo el Virrey. El Deán y el Cabildo de Puebla estaban descontentos de él, especialmente porque no llevaba acompañamiento, asistiendo solo a las funciones de iglesias particulares “con vilipendio de su sagrada Dignidad”, a pesar de ser costumbre allí que le acompañaran, en esas visitas, dos capitulares: habíase negado a ese acompañamiento por haber ellos rehusado acompañarle, como él quería, con “ábito canonical y con sobrepellices”, en vez de ir sólo con bonete, como se usaba en América. También se quejaban de que no asistía a los entierros de los eclesiásticos del Cabildo, según la costumbre.<sup>45</sup>

La sede de Valladolid de Mechoacán se hallaba regida, desde 1735, por Don Francisco Pablo Matos Coronado, que falleció, en la Casa Profesa de la Compañía de Jesús, de México, el 26 de abril de 1744. Se le enterró, con gran solemnidad, el 28, en la Catedral mejicana, saliendo la comitiva fúnebre de la Casa Profesa, asistiendo todas las órdenes religiosas con sus cruces alzadas, y la Audiencia, que dio el lugar principal del duelo al sobrino del difunto, después del Decano, y también iba Don Francisco Fernández Molinillo, Secretario del Virrey.

43 Id. de id. id. id. Fuenc Lara a Ensenada. México, 23 de febrero de 1744.

44 Murió en 28 de noviembre de 1763. Gams “Series Episcoporum”, pág. 163; Vera “Catecismo geográfico-histórico-estadístico de la Iglesia mexicana”, pág. 59.

45 A. gen. de Indias. México. Leg. 1921. El Deán y Cabildo de Puebla al Rey. Puebla, 16 de noviembre de 1746.

Este se incorporó al séquito en la Catedral, donde estaba esperándolo a la puerta.<sup>46</sup> Ocupó luego esta sede el hasta entonces Obispo de Durango, Don Martín de Elizacochea Dorre y Echevarría, que proyectó la construcción del Seminario y levantó el colegio de Santa Rosa María y las Cáceles Eclesiásticas.<sup>47</sup>

Elizacochea había ocupado la silla episcopal de Durango de 1736 a 1745, sucediéndole, ya en 1747, Don Pedro Anselmo Sánchez de Tagle.<sup>48</sup> De este Prelado Don Martín hay una carta al Rey (Durango, 19 junio 1745) haciéndole presente el estado de algunas provincias inmediatas a las ya reducidas, en Pimería Alta y proponiendo lo que se podía hacer para su conservación y aumento.<sup>49</sup>

El Obispado de Chiapas estaba gobernado, desde 1734, por Don Fray José Cubero y Ramírez de Arellano;<sup>50</sup> el de Guadalajara, desde 1735, por Don Juan Gómez de Parada.<sup>51</sup>

Para la sede de Antequera, Valle de Oaxaca, había nombrado el Rey al Licenciado Don Diego Felipe Gómez de Angulo, Deán de la Catedral de Puebla, y Triviño se lo comunicó al Conde de Fuenclara. Este participó (30 enero 1744) la gracia real al interesado, que contestó inmediatamente (1 febrero) aceptando. El 18 de febrero de 1744, Don Luis de Hoyos, Canónigo de la Catedral de México, prestó juramento, en nombre del Obispo electo, en el Palacio Real, en manos de Fuenclara, de guardar los derechos y regalías del Real Patronato.<sup>52</sup>

En su calidad de Vicepatrono, el Virrey intervenía también en los nombramientos para las dignidades eclesiásticas, así le vemos comunicar al Rey el fallecimiento del Canónigo más antiguo de Merced (ahora decimos gracia) de la Catedral de México Don Juan de Castro;<sup>53</sup> informar sobre la provisión de la Canonjía Doctoral de la Catedral de Manila,<sup>54</sup> y sobre la controversia suscitada entre los doctores Don Luis

46 Id. de id. id. Leg. 1.655. Diario de la primera Sala en 1744, fols. 27 v.º y 28; Leg. 1.338, doc. 18. Fuenclara a Triviño. México, 27 de abril de 1744; Vera, ob. cit., p. 163.

47 Vera, ob. cit., pág. 163; Ramírez, J. F.: *Noticias históricas y estadísticas de Durango*, en "Bol. de la Soc. Mex. de Geogr. y Estadística, tomo V, pág. 33.

48 *Diccionario de la República mexicana*, art. Obispo.

49 Chapman, Ch. E.: *Catalogue*, pág. 100.

50 Vera, ob. cit., pág. 91.

51 "Diccionario cit., art. Guadalajara; Bolton "Guide...", pág. 471.

52 Tomó posesión en agosto de 1745 y murió en julio de 1752. "Diccionario", de Leduc y Lara; A. gen. de Indias. México. Leg. 1.338, doc. 22. Fuenclara a Triviño. México, 25 de noviembre de 1744.

53 Id. de id. id. Leg. 1.338, Id. al Rey. México, 10 de noviembre de 1745.

54 Id. de id. id. Leg. 1.336, doc. 7. México, 30 de enero de 1743.

DIGNAREME LAUDARE TE VIRGO SACRATA  
DAMI VIRTUTEM CONTRA HOSTES TVOS.



*Abbas Troncoso* MATER AMABILIS.

ΑΝΤΙΣΤΟΙΧΟΝ ΕΝΔΕΙΞΕΙΣ ΑΝΤΙΣΤΟΙΧΟΝ  
 Ρ Ρ ΜΥΣΤΙΚΟΝ.  
 ΟΥΔΕΝΟΝ ΤΙΣΙΝ ΕΝΔΕΙΞΕΙΣ ΑΝΤΙΣΤΟΙΧΟΝ  
 ΡΟΛΟΝ ΑΝΤΙΣΤΟΙΧΟΝ ΕΝΔΕΙΞΕΙΣ ΑΝΤΙΣΤΟΙΧΟΝ.

ESCUELA DE ESTUDIOS  
HISPANO-AMERICANOS  
—  
BIBLIOTECA

Grabado inserto en el expediente  
sobre la coronación  
de la Virgen de Guadalupe  
promovida por Lorenzo Boturini  
(A. G. I., Indif., 398).



Fernando de Hoyos y Don Miguel Ventura Gallo, presentados al Rey para dos canonjías vacantes en la Metropolitana de México: el primero fue nombrado antes que el otro, pero éste tomó antes la posesión, por hallarse de Racionero en la misma iglesia. Fuenclara decidió la preferencia a favor del primero, siguiendo el parecer del Fiscal.<sup>55</sup> Daba informes también sobre la petición de aumento de congrua solicitado por el Obispo de Comayagua para la Mitra y prebendados de su iglesia, y limitábase, en lo referente a licencias de permanencia en el país, a darse por enterado de la concesión real, como la otorgada a Fray Francisco Chavarría, lego de San Francisco, al que se le permitió pasar un año en México dedicado a obras de piedad.<sup>56</sup>

Sus relaciones con la Inquisición no debieron ser muy cordiales.

La Instrucción del Consejo le recomendaba tener con los Inquisidores "toda buena correspondencia", por lo mucho que importaba que, en aquel remoto país, fuera reverenciado el Santo Oficio y, además, "temido y respetado".<sup>57</sup>

En realidad, la Inquisición había perdido toda su fuerza con el advenimiento de la Casa de Borbón al Trono de España. Pero, como todas las instituciones que han gozado de un poder casi omnímodo —y ella lo había tenido, pese al decantado regalismo de la Casa de Austria— era aún respetada y temida. Ocupaba uno de los principales edificios de la plaza Mayor, cerca del Palacio Real y vecino al Colegio de Santo Domingo;<sup>58</sup> se la invitaba a las fiestas y recepciones solemnes, y, en sus puertas, como uno de los lugares más importantes de la ciudad, se colocaban los edictos en que se anunciaba la residencia que se tomaba al Virrey saliente.<sup>59</sup>

Desempeñaba el cargo de Inquisidor Decano del Tribunal de México el Licenciado Don Pedro Navarro de Isla, y, con él, componían el Santo Oficio el Licenciado Don Pedro Anselmo Sánchez de Tagle y el Secretario Agustín González Ramírez de Zárate.<sup>60</sup>

Cuando el Marqués de la Ensenada solicitó reservadamente infor-

<sup>55</sup> Id. de id. id. id. Fuenclara a Triviño. México, 30 de enero de 1743.

<sup>56</sup> Id. de id. id. Leg. 1.337, doc. 30. Fuenclara al Rey. México, 4 de abril de 1743.

<sup>57</sup> Id. de id. id. Leg. 515. Instrucción secreta del Consejo de Indias al Conde de Fuenclara. Madrid, 31 de enero de 1742, fols. 77 y 78.

<sup>58</sup> *Historia general de los viajes*, tomo XXI, pág. 334.

<sup>59</sup> A. gen. de Indias. Escribanía de Cámara del Consejo. Leg. 245. Cuaderno 1.º de la Residencia de Fuenclara, fol. 76 v.º

<sup>60</sup> Id. de id. México. Leg. 1.505. La Inquisición de México a Ensenada. México, 22 de septiembre de 1744.

mes sobre la actuación gubernamental del Virrey Conde de Fuenclara, el más crudo de los que se le remitieron fue el de Navarro de Isla, para quien, indudablemente, Fuenclara no era persona grata. Dice allí que la conducta de éste, contrariamente al parecer general, "fue mala en los principios y su porte y prozedimientos tan desarreglados, que intimidó a los más de los moradores de esta Ciud., seculares y eclesiásticos, viendo su declarada ansia de juntar en breve muchos pesos y un natural violento, arrebatado y prompto, con que partía inconsideradamente, en muchos negocios y cosas a las primeras quejas o noticias que se le daban, o tenía del exzes o exzesos de alguno, sin pararse a informarse mexor, o averiguar la verdad, ni rezerbar un oído para la otra parte, dándolas luego, como las daba, por ciertas y euidentes, sin considerar si tenían viziado origen de dhos., de vengatibos, entremetidos, chismosos o aduladores, que, viendo al Conde afizionado a oirles gustoso y fázil a creerles, espezialmente si eran contra personas a quienes sabían miraba con aversión y desafecto... acudían a lisonjearle y referirle los quentos, chismes y especies, más vezes falsas que verdaderas, que podían juntar, con que, enzendido y indispueto su ánimo y espíritu vibazísimo, obraba y dezía temerariamente lo que no deuía, tomando el pretexto del ferbor o zelo de remediar los muchos abusos y vicios, que ponderaba avía arraigados, no siendo otra cosa que eficaz deseo de mandarlo todo a su arbitrio y que no se executase más que su gusto en lo secular y eclesiástico, procurando extender a vno y a otro la Jurisdicón. y authoridad Virreynal, entrometiéndose en los negocios de Justizia y grazia, y, quando no podía hazerlo con Jurisdicón., lo executaba extrajudizialmente, vsando de modos tan imperiosos y resueltos, que los dueños de la aczión no se atrebian a negarle lo que pedía, temiendo justamente el ímpetu de su ira, con que cargaba de sin rrazones y palabras duras, embueltas en amenazas sensibles y mui ajenas de la circunspección y seriedad de vn Virrey, a quien se le resistía o contradezía, sin querer oir ni admitir, en lo regular, los justos motibos con que intentaba el recombenido escusarse y satisfacerle...". ¿Qué le había hecho el Conde de Fuenclara al Inquisidor Decano, para que, en un momento, le hiciera perder toda la reputación de persona ecuaníme, convirtiéndole en una especie de iracundo Aquiles? <sup>61</sup>

Pero aún hay más. El informe de Navarro habla del favoritismo

---

61 Id. de id. id. id. Navarro de Isla a Ensenada. México, 8 de noviembre de 1744.

del Oidor de Guadalajara Don Sebastián Calvo de la Puerta cerca del Virrey, cosa enteramente falsa; de la influencia que gozaban cerca de éste sus servidores y, en especial, su Mayordomo Don Manuel Fernández, y los comerciantes Berrueta, Cosuela y Martínez de Aguirre; de su intervención en los pleitos civiles, cuando se trataba de apoyar a sus amigos, como el Marqués de Salvatierra; de su costumbre de jugar a los albuces en el Palacio Virreinal, invitando a acompañarle a Oidores y Alcaldes, mostrando mala cara a los que iban poco o nada a esa diversión.<sup>62</sup>

He aquí cómo se deshace la honorabilidad de una persona. Creo que todo se debe a la enemistad, sin motivo conocido, del Inquisidor Decano, que, no obstante sus malos informes, reconocía que Fuenc Lara tenía las buenas cualidades “de mui conpetente juizio y penetración para diszernir y entender los negocios y cosas de gouierno y executar las resoluciones con zelo y eficazia por medios proporcionados...”, de saber elegir acertadamente a sus colaboradores, el Marqués de Altamira y Don Antonio Andreu; de haber administrado bien y aumentado la Real Hacienda y de mantener buenas relaciones con el Arzobispo de México.<sup>63</sup>

Eran materia de consulta al Virrey las cuestiones de permisos que solicitaban los pueblos para gastar sus fondos en las solemnidades religiosas: así, el 12 de mayo de 1745, el Ayuntamiento de Guanajuato dirigió una solicitud a Su Excelencia, para que le permitiera erogar el gasto necesario a fin de comprar unos gigantes y una tarasca para la procesión del día del Corpus; ponderaba, en esa solicitud, la importancia del asunto, y agregaba que debía aprovecharse una oportunidad que se presentaba para conseguir estos objetos buenos y baratos, pues, los que se ofrecían, habían costado a su dueño más de 1.100 pesos y los vendía en 600. El Virrey pasó la solicitud a consulta del Asesor y, oída su opinión, por estar ya muy próxima la fiesta del Corpus, concedió la licencia que se pedía, a reserva de que el Ayuntamiento justificara luego que los fondos podían, sin mucho gravamen, sufragar ese gasto.<sup>64</sup>

La cuestión económico-eclesiástica también requería la atención del Virrey. A ello se encaminaba una Real Cédula, expedida en San Ildefonso en 2 de octubre de 1744, que disponía que, en las provincias del Perú, Nueva España y Nuevo Reino de Granada se continuara, como

62 I. de id. id. id. Primero y segundo pliegos del informe de Navarro de Isla.

63 Id. de id. id. id. Primero a quinto pliegos del mismo informe.

64 Marmolejo: *Efemérides guanajuatenses*, I, pág. 67.



hasta entonces, en la venta y remate de los oficios de Cruzada, con la condición de que su producto se destinara a ciertos fines piadosos que en la Real Cédula se expresaban. Benedicto XIV había expedido un breve (4 de diciembre de 1742) concediendo al Rey de España la facultad de poder vender todos los oficios de Cruzada, que no fueran eclesiásticos (Contadores, Depositarios, Receptores, Notarios y Alguaciles), de todos los tribunales dependientes de dicha santa institución, los cuales podían ser ejercidos por seglares. Esta Cédula fue obedecida el 19 de junio de 1745.<sup>65</sup>

El Arzobispo de Santiago, Inquisidor General, hacía reiteradas instancias al Rey para que se le remitiera el caudal que hubiera existente de la consignación que se destinaba anualmente, de 3.000 doblones, sobre las vacantes de Nueva España y lo que de ellas estuviere caído. Una Real Cédula de 29 de abril de 1742 lo notificó al Virrey, el cual la pasó a los Oficiales Reales para su obediencia, efectuado el 18 de noviembre de 1742.<sup>66</sup>

Conforme a lo legislado, el Oidor Decano de la Audiencia de México era "Juez de las Fábricas Materiales de las Santas Iglesias Catedrales": durante los años 1743 y 1744 lo fue Don Pedro Malo; después, Echávarri.<sup>67</sup>

En las Noticias Reservadas que se le dieron a Fuenclara, como apéndice a la Instrucción del Consejo, se recordaba que, de los diezmos de cada Catedral, estaba mandado se sacaran dos cuartas partes para el prelado y Cabildo; de las otras dos cuartas partes debían hacerse nueve partes, dos de las cuales eran para la Hacienda; tres, para la fábrica de la Catedral y hospital de su Parroquia; las otras cuatro partes se destinaban, con otros ingresos, al pago de dotaciones de los oficios y dignidades catedralicias. Lo mismo debía hacerse con los diezmos de las parroquias. Si las obras de construcción de las Catedrales de México y Puebla se suspendían, ni el Administrador, ni el Maestro Mayor, Sobrestante y demás oficiales devengarían salario alguno durante el tiempo que estuvieren interrumpidas las obras; se sabía en Madrid que

---

65 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.339. Fuenclara al Rey. México, 28 de febrero de 1746 y testimonio de Real Cédula citada.

66 Id. de id. id. Leg. 1.336, doc. 25. Fuenclara al Rey. México, 14 de marzo de 1743; Leg. 1.505. Id. a Ensenada. México, 19 de febrero de 1744.

67 Id. de id. id. Leg. 541. Diario... de 1743, fol. 2; Leg. 542. Diario... de 1746, fol. 2 v.º



se les pagaba a pesar de eso y se recomendaba al Virrey que procurara hacer que restituyeran lo cobrado indebidamente.<sup>68</sup>

Pero éstas eran recomendaciones que se repetían, rutinariamente, en cuantas instrucciones se redactaban para cada nuevo Virrey; éste poco podía hacer en cosa que tan de cerca tocaba a la Iglesia; el estado de la cuestión nos lo revela un párrafo de la Instrucción reservada escrita por el primer Conde de Revillagigedo (Güemes, sucesor de Fuenclara) a su sucesor el Marqués de las Amarillas:

“Las Iglesias Catedrales —dice— están concluidas en su fábrica, menos la de esta capital, que no está, por la parte exterior, perfecta ni fenecida su construcción, según la primitiva planta de idea sobre que se levantó; y aunque para ella se consignó el impuesto que se hizo a los indios tributarios del Arzobispado y lo que de él tuvo ingreso en las Realés Cajas, fueron relevados de esta pensión, por Real Cédula de S. M. desde el año de 1744, desde cuyo tiempo cesó la percepción que la Iglesia de la Puebla hacía de este impuesto; y así, en cualquiera reparo de ruina por temblor u otro caso, ocurre la Iglesia al Virrey para sus expensas, en consecuencia del Real Patronato y de haberse introducido en las Cajas Reales la referida pensión destinada a esta material fábrica...”.<sup>69</sup>

Mayor intervención tenía el Virrey en lo relativo a las órdenes religiosas, y, especialmente, en cuanto a nuevas fundaciones.

Había, en la Nueva España, las siguientes órdenes religiosas masculinas: franciscanos de la observancia (de hábito azul), franciscanos de *Propaganda Fide* (de hábito pardo), franciscanos dieguinos (de hábito color café), franciscanos cosmistas (de hábito gris), dominicos, agustinos calzados, jesuitas, carmelitas descalzos, mercedarios, felipenses, camilos, benedictinos, juaninos, belemitas e hipólitos.<sup>70</sup>

Los franciscanos de la observancia tenían cinco provincias: la del Santo Evangelio, cuya casa matriz estaba en México; la de San Pedro y San Pablo de Michoacán, con casa matriz en Valladolid; la de Santiago de Jalisco, con casa matriz en Guadalajara; la de San Francisco de Zacatecas, con su casa matriz en Zacatecas; y la de San José de

68 Id. de id. id. Leg. 515. Noticias reservadas... al Conde de Fuenclara, fols. 166 v.º a 168, y 172 v.º a 173 v.º

69 Instrucción del Conde de Revillagigedo al Marqués de las Amarillas, pág. 31, número 151.

70 Rivera, A.: *Principios críticos sobre el Virreinato de la Nueva España*, I, pág. 97.

Yucatán, cuya casa matriz estaba en Mérida. Los de *Propaganda Fide* tenían colegios en Santa Cruz de Querétaro, Guadalupe, México, Pachuca y Orizaba. Las cuatro ramas franciscanas tenían, en Nueva España un superior que se llamaba Comisario, al que estaban sujetos hasta los provinciales. Los dominicos tenían las provincias de Santiago (casa matriz el gran convento Imperial de México), San Miguel y Santos Angeles (casa matriz en Puebla), San Hipólito (en Oaxaca) y San Vicente de Chiapas y Guatemala, cuya casa matriz estaba en Ciudad Real, capital de Chiapas. Los agustinos tenían las provincias del Santísimo Nombre de Jesús (casa matriz en México) y San Nicolás de Tolentino (casa matriz en Salamanca). Los jesuitas sólo tenían la provincia de México, con la Casa Profesa como matriz. Los carmelitas también tenían su única provincia de San Alberto (casa matriz en México), e igualmente los mercedarios.<sup>71</sup>

Los monjes de *Propaganda Fide* y los felipenses o del Oratorio llegaron muy tarde a Nueva España; los primeros, que se establecieron en 1683, llegaron en pequeños grupos;<sup>72</sup> los del Oratorio encontraron un gran protector en el Oidor Valcárcel, que, siendo presidente y decano del Real Acuerdo, logró que se les diese, después, de la expulsión de la Compañía de Jesús, la Casa Profesa (25 de marzo de 1771); el retrato de Valcárcel se conservó, en dicha Casa, hasta sus últimos tiempos, como muestra de gratitud de la Orden,<sup>73</sup> del cual retrato habían los buenos religiosos mandado pintar dos copias a sus expensas.<sup>74</sup>

El Colegio de *Propaganda Fide*, llamado impropriamente de los *fernandinos*, se fundó en México a fines de 1730 ó en 1731.<sup>75</sup>

Los franciscanos de la observancia llevaban hábito azul en vez del gris que usaban en España; Rivera Cambas, en sus curiosísimas notas, explica la causa de esto diciendo que esta diferencia provino de que, habiéndoseles despedazado el hábito a los primeros misioneros en los trabajos y viajes que hacían y no disponiendo de sayal ni de lana con que reponerlo, acudieron al expediente de hacer desbaratar, por las indias, el tejido de los hábitos viejos, y que fuese cardada e hilada la

71 Id. id., ob. cit., I, págs. 97 a 101.

72 Id. id., ob. cit., III, págs. 10 y 227.

73 Alamán y otros: *Diccionario... de... la República mexicana*, VI, pág. 155.

74 Id. id., ob. cit., X, artículo Valcárcel.

75 Leduc y Lara: *Diccionario*, art. Fernandinos; Vera: *Catecismo geográfico de la Iglesia mexicana*, pág. 23.

lana de que estaban formados, para tejer otros nuevos, y, siendo necesario darle un color más duradero, los hicieron teñir de añil, que era el tinte más común en México.<sup>76</sup>

Comisario General de la Orden franciscana en México era interinamente, desde 1740, fray Pedro Navarrete, hasta que llegó, en 1743, el Comisario General en propiedad, fray Juan de Fogueras, natural de Barcelona, el cual, durante su viaje desde España, fue apresado por los ingleses, que lo llevaron a Jamaica.<sup>77</sup> El 10 de octubre de 1744, aunque no asistió al Real Acuerdo el Virrey, con su venia, se dio el pase necesario a la Real Cédula y títulos de Fogueras.<sup>78</sup>

Una Real Cédula de 25 de noviembre de 1744, reiterada por una Real Orden de 19 de diciembre del mismo año, mandó al Virrey que cooperara a cuanto condujera al establecimiento y observancia de las bulas, breves y despachos que sacaron fray José de Valbuena y fray Felipe Barberá, religiosos de la Orden de San Hipólito, que trataban, desde hacía algunos años, de reformar esta religión, que, por breve de Benedicto XIV, estaba confiada al Arzobispo de México. Al recibir esas órdenes, Fuenclara pasó al Arzobispo todas las que trataban del asunto y que había recibido por vía de Jamaica y notificó a la Corte que estaba pronto a dar el favor y auxilio convenientes, siempre que el Prelado lo necesitara.<sup>79</sup> Ese raro camino de Jamaica seguido por las Reales Cédulas se debió a que fueron enviadas con el registro "Carlos Enrique", que enarbolaba bandera sueca y que fue apresado por los ingleses. En la colonia británica se decidió libertar a los franciscanos que iban en él y llevarlos, para su canje, a Campeche. Uno de los franciscanos recogió todos los documentos que le fue posible de los que iban en el barco y los entregó, en Campeche, al Oficial Real allí residente, el cual los remitió al Virrey y éste envió al Arzobispo los que estaban dirigidos a él. Vizarrón acusó recibo de ellos, haciendo observar que las bulas de Su Santidad, por llegar abiertas y sin sellos, carecían de la fe necesaria en lo judicial, aunque servirían para la debida instrucción. Pero habiendo llegado a México el P. José Valbuena, que llevaba consigo los breves apostólicos y las cédulas de S. M. concernientes a la reforma de

76 Rivera Cambas, M.: *México Pintoresco...*, I, pág. 217.

77 Murió en México en 1746. Ocaranza "Capítulos de la historia franciscana" pág. 186

78 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.655. Diario de... 1744, fol. 71 v.º

79 Id. de id. id. Leg. 1.505. Fuenclara a Ensenada. México, 20 de septiembre de 1745; Leg. 1.338, doc. 3. Fuenclara al Rey. México, 10 de noviembre de 1745.



su Orden, el Arzobispo tuvo ya todos los elementos necesarios. Los documentos llevados por la balandra inglesa fueron: cuatro bulas de Su Santidad, referentes a la reforma de los hipólitos, fechadas en Roma el 27 de agosto de 1742, 1 de junio y 31 de agosto de 1743 y 8 de mayo de 1744; y tres Reales Cédulas: una (Aranjuez, 19 mayo 1744) en que S. M. encargaba al Arzobispo que pusiera en planta la reforma de la religión de la Caridad o de San Hipólito; otra de la misma fecha y asunto, agradeciéndole la noticia que envió de las discordias entre los religiosos de la Orden; y otra, de igual data, encargándole no molestara a fray Valbuena y fray Barberá, por haber solicitado la reforma de su orden y que dispusiera salieran de la ciudad los religiosos opuestos a ella.<sup>80</sup>

Los trámites de la reforma continuaban al cesar Fuenclara en el gobierno. El Conde, al presentarle los dos citados religiosos el instrumento que habían otorgado para la reforma (25 de agosto de 1745), lo envió al Fiscal, que, en su pedimento de 6 de septiembre, aconsejó que se guardara, que se auxiliara al Arzobispo y a los Padres en la reforma y que, para que los disconformes no causaran escándalos, se escribiese al General y a su Definitorio, rogándoles se ajustaran a la disposición real de no molestar a los reformistas y de hacer salir de la capital a los disconformes.<sup>81</sup>

Según Gage, los religiosos tenían mucha más libertad en México que en Europa y acostumbraban a visitar a las religiosas de su Orden, destinando una parte del día a la diversión de oír su música y saborear sus dulces.<sup>82</sup>

Ya he dicho en otro lugar que, en cada convento de monjas, se elaboraban algunas particularidades o curiosidades agradables al público—como escribe el inagotable Rivera Cambas—: en el de Corpus Christi solamente cultivaban flores; en el de Regina, polvos purgantes y un agua eficaz para curar los ojos; en la Concepción, toda clase de flores, escapularios y palabras de la Purísima, etc.<sup>83</sup>

El Virrey visitaba los conventos de religiosas,<sup>84</sup> las cuales dieron

80 Id. de id. id. Leg. 1.338. Fuenclara a Triviño. México, 20 de agosto de 1745 e índices adjuntos.

81 Id. de id. id. id. Fuenclara al Rey. México, 26 de enero de 1746.

82 *Historia de los viajes...*, tomo XXI, págs. 332 y 333.

83 Rivera Cambas, M.: *México Pintoresco...*, I, pág. 241.

84 A. gen. de Indias. México. Leg. 541. Diario de... 1743, fol. 10 v.º



más quebraderos de cabeza a Fuenclara que los conventos masculinos.

El 31 de marzo de 1743 dio cuenta al Rey de que la ciudad de Patzcuaro, en la provincia de Mechoacán, solicitaba licencia de S. M. para fundar un convento de monjas de Santa Catalina de Sena, para el cual serviría de iglesia la que, hacía tiempo, se hallaba levantada con el título de Nuestra Señora de la Salud. El vecindario hacía valiosas ofertas para tal fundación, obligándose a dar, con la correspondiente escritura formal, la cantidad de 20.000 pesos, a los que agregaba 30.000 la acaudalada señora D.<sup>a</sup> Manuela de Izaguirre, esposa del comerciante Don Pedro de Ibarra. Estas donaciones eran bastantes para la fábrica del convento, que sería de monjas dominicas. Con el dote de las que fueran ingresando habría de sobra para su sostenimiento. El cura párroco y los prelados de las otras órdenes religiosas que existían en la localidad consentían en que se efectuara la fundación, y, no habiendo allí ningún convento de monjas, parece que no resultaría de ello ningún perjuicio. El Virrey recomendó la solicitud, diciendo que había jóvenes en Patzcuaro que serían allí religiosas, pero que, por no ir a Valladolid de Mechoacán, que distaba diez leguas, no lo eran y su vocación se enfriaba.<sup>85</sup>

Fuente de largas cuestiones fue el Convento de religiosas franciscas descalzas del Corpus Christi, de la capital, que había sido fundado sólo para religiosas indias. El fervor de la nueva comunidad fue quizá causa de su relajación, por imprevisión de las fundadoras. Porque, habiendo acudido, por la fama de sus virtudes y recogimiento, algunas españolas a pretender el hábito, olvidando la voluntad del fundador y desconociendo su propio interés, las religiosas indias recibieron, en su convento, para sufrir las pruebas del noviciado, con notoria infracción de las cláusula fundacional, que excluía absolutamente a todas las que no fueran indias, a tres novicias españolas hacia 1741 ó 1742. Esta mezcla, teniendo en cuenta la natural cortedad de la raza india y el predominio que siempre ha ejercido sobre ella la española, dio lugar a algunos incidentes que influyeron bastante en la observancia regular. Pero las más resueltas entre las indígenas acudieron, por conducto de un religioso franciscano, a la Corte de Madrid, pidiendo se respetase la voluntad del fundador.<sup>86</sup>

<sup>85</sup> Id. de id. id. Leg. 1.337, doc. 28. Fuenclara al Rey. México, 31 de marzo de 1743.

<sup>86</sup> Pérez Hernández, José María: *Diccionario geográfico... de la República mexicana*, IV, págs. 206 y 207; Marroquí, J. M.: *La Ciudad de México*, II, págs. 199-200.

En la sesión del Real Acuerdo de 10 de junio de 1743 se trató ya de los autos hechos sobre "el ingreso de tres Niñas españolas en el Convento del Corpus Christi".<sup>87</sup>

Las monjas habían conferido, en 1742, poder especial, a instancia suya, para que entendiera en las diligencias relativas a la exclaustación de las niñas españolas, a Don Diego de Torres Vázquez Quaupoltoche, indio cacique, natural de la villa de Tlapa y avecindado en México desde algunos años antes. Este cacique tuvo parte en los autos formados por orden del Conde de Fuenclara sobre el asunto, que se resolvió por Real Orden de 12 de octubre de 1745, en la que se dispuso que no sólo no se admitiesen, en lo sucesivo, más religiosas que las llamadas por la fundación, sino que, las que hubieran ingresado y aun hecho profesión en el convento, infringiendo dicha cláusula, fuesen trasladadas a otros conventos. El Virrey hizo saber esta determinación al P. Comisario General de la Orden de San Francisco en Nueva España, que, enterado de ella, respondió que ya no se encontraban en ese convento las tres niñas españolas, por haber salido de él y entrado en los de San Juan y Santa Isabel y que estaría al cuidado para no consentirlo en lo venidero; el Virrey dio cuenta de ello a la Corte en carta de 25 de enero de 1746.<sup>88</sup>

No se había terminado aún con este asunto, cuando, en el mismo convento, se suscitó otro. Se informó al Rey que, además de las tres expresadas novicias españolas, había ingresado otra, Sor Francisca Tomasa Sandoval, hija del cacique Don Antonio de Sandoval, a quien la Comunidad negó primero el voto para la profesión y, luego, el Comisario le impidió también que profesara. Viéronse, en el Real Acuerdo, los autos hechos a petición del padre de la postulante, el 29 de agosto y el 16 de septiembre de 1743 y el 9 y 16 mayo de 1744. Hízose la información correspondiente ante el Arzobispo, la interesada y su padre usaron de toda su influencia y, tomándosele, por segunda vez, los votos para su admisión, se los dieron las monjas y profesó, al fin. En carta acordada de 15 de abril de 1745, se mandó al Virrey que, valiéndose del Fiscal, como ministro a quien tocaba la defensa y patrocinio de los indios, sacase reservadamente copia de la información hecha por el Arzobispo, para probar que la monja era descendiente de indios caciques,

87 A. gen. de Indias. México. Leg. 541. Diario de 1743, fol. 35.

88 Pérez Hernández: ob. cit., IV, pág. 207; Marroquí: ob. cit., II, págs. 199 y 200.

remitiéndola al Consejo con las fes de bautismo auténticas de la religiosa, de sus padres y abuelos, para averiguar si, en la admisión de ella, dieron las monjas sus votos *voluntarios o forzados y sugeridos de amenazas o promesas*.<sup>89</sup>

La procuración que las religiosas habían dado, en 1742, al cacique Quaupoltoche había finado con la resolución real sobre las tres novicias españolas y, por tanto, había caducado su poder, pero Quaupoltoche, escudándose en él, y, valiéndose de los pocos estudios que tenía hechos, se supuso apoderado de la raza indígena, y dirigió al Rey un memorial, en el que denunciaba abusos, que, según decía, se cometían en el convento del Corpus Christi y con las monjas del mismo, de las que aseguraba recibían mal trato de los prelados de la Orden Franciscana y de las superiores del convento, careciendo de libertad y estando dominadas por sor María Teresa de San José, española, que había sido Abadesa nueve años, cuya voluntad era la única que se hacía, como también la del franciscano fray José de Castro, que, habiendo confesado, como peregrino, a la Comunidad, más de veinte años, era, en la actualidad, su Vicario, y la del lego José Pimentel. Acusaba también a sor María Teresa de ineptitud para el gobierno del convento, ya que, cuando acababa de profesar en otro convento, había pasado a éste como fundadora, sin experiencia de la vida del claustro y que, a pesar de haberse formado con las indias y doctrinándose en su regla, no estaba conforme con ésta y aborrecía a las demás religiosas que no eran de su raza. Atribuía, en fin, a sugerencias de ella, el que, en más de diez años, no se hubiese dado el hábito a indias, de lo que resultaba la disminución del número de monjas, que, habiendo llegado a treinta, no pasaban entonces de veintitrés y esto, no por falta de aspirantes, pues las había en la capital y fuera de ella, sino por resistencia de sor María Teresa, que era realmente la Abadesa, a pesar de haberla india. El asunto no se resolvió hasta el reinado de Fernando VI.<sup>90</sup>

El Conde de Revillagigedo desvirtuó todas las denuncias de Quaupoltoche, diciendo que éste, que había tenido la habilidad de hacerse pasar por apoderado de la Nobleza india mejicana, sin tener tales poderes, era

---

<sup>89</sup> Marroquí: ob. cit., II, pág. 200; A. gen. de Indias. México. Leg. 541. Diario de 1743, fols. 35, 52 y 56; Leg. 1.655. Diario de 1744, fols. 30 y 31; Cedulaario General de la Nación, tomo 68, fol. 161.

<sup>90</sup> Marroquí: ob. cit., II, págs. 200 y 201; A. gen. de Indias. México. Leg. 1.351. Revillagigedo al Rey. México, 5 de diciembre de 1753.



un constante perturbador del convento del Corpus Christi, esparciendo, por la ciudad, voces contrarias a lo que pasaba en realidad, ayudado por "algunos de los muchos enredadores de que abunda esta tierra"; que sor María Teresa trataba a las monjas afectuosamente; que el convento se hallaba floreciente, amplificado y reedificado todo lo antiguo, así como la iglesia "hecha un relicario, por el bello y costoso adorno que tiene, habiéndose consumido en tales obras muchos miles de pesos"; y que el Vicario difunto, fray José de Castro, había ejercido ocho años esas funciones hasta su muerte, siendo muy llorado por las monjas, que veían aumentada su pena al considerar que quizá se debía su muerte a los disgustos causados por Quaupoltoche. "Soy ocular testigo —dice— de estos auges, pues he entrado y visto por mis ojos todo el Monasterio, zeldas, dormitorio, oficinas, claustros, huerta y quanto hay en su recinto, con gran gusto y complacencia mía, al ver la hermosura de sus piezas, fortaleza, buena distribución y capacidad, con quantas comodidades son excogitables, siendo, por esto, en mi concepto, el mejor convento de los que hay de religiosos en esta Ciudad".<sup>91</sup>

Bajo el gobierno de Fuenclara se estableció, en México, el convento de Santa Brígida, fundado a expensas de Don José Francisco de Aguirre y de su mujer D.<sup>a</sup> Gertrudis Roldán. Las religiosas fundadoras llegaron de España, después de haber esperado su embarque, en el convento de Descalzas de la Purísima Concepción, de Cádiz, desde 1739 a 1743, a causa de la guerra con Inglaterra. La mucha gente que viajaba en el navío "Nuestra Señora del Rosario", además de causar a las fundadoras muchas molestias, les dejó un lugar tan reducido que apenas podían moverse: casi todas se marearon durante la travesía; faltábanles los alimentos, se levantó una peste en la tripulación, experimentaron los peligros de los temporales y hasta estuvieron en inminente riesgo de caer en manos de los ingleses. Llegaron, por fin, a Veracruz, el 30 de julio de 1743 y a México el 3 de septiembre del mismo año, acompañadas de sus fundadores, que salieron a recibirlas a Jalapa, y de gentes principales de la capital, que las esperaban en Guadalupe. No estando aún terminado el convento, se alojaron en el de Regina Coeli, con bastante incomodidad, sirviéndose, para sus actos de comunidad, de la capilla llamada de los

---

<sup>91</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 1.351. Revillagigedo al Rey. México, 5 de diciembre de 1753. La Madre María Teresa —dice la misma carta— había sido reelegida Abadesa el 24 de noviembre de 1753.



Medinas. Allí recibieron a sus primeras novicias, hicieron la elección de Abadesa y permanecieron hasta el 27 de noviembre de 1744, en que, la Madre Teresa, cansada de las dilaciones que no les permitían cumplir con su regla, salió, con sus monjas, a las seis de la mañana “despidiéndose, sólo por escrito, de la Comunidad que las había hospedado tan caritativamente, y trasladándose, en unos coches, a la casa de los fundadores, resueltas firmemente a entrar en la morada que se les había destinado, o regresar a España, a su convento de Vitoria...”. Después de mil contestaciones entre monjas, fundadores y Vicario arzobispal, que insistía en que volviesen al convento de Regina Coeli, se quedaron en la casa hasta el 21 de diciembre de 1744. La iglesia no se terminó y dedicó hasta el 19 de marzo de 1745; las funciones religiosas duraron tres días, contribuyendo, para que se hicieran con toda pompa y con vasos sagrados y joyas de valor, el Virrey, el Arzobispo, los Cabildos eclesiástico y secular y muchas personas ricas.<sup>92</sup> El día de la solemne dedicación, que fue el sábado 20 de marzo, día de San Joaquín, fiesta de Corte, asistieron el Virrey, la Audiencia, la Sala del Crimen, el Tribunal de Cuentas, la Real Caja y la Nobilísima Ciudad, dándose asiento honorable al fundador Don José de Aguirre, después de los dos Fiscales de S. M. y antes del Tribunal de Cuentas.<sup>93</sup>

En fin, en la Residencia del Conde de Fuenclara, se dice que no dejó de defender las prerrogativas del Real Patronato, mantuvo buena correspondencia con los prelados y no permitió la ejecución de breves o bulas sin pase del Consejo.<sup>94</sup>

<sup>92</sup> Pérez Hernández: ob. cit., II, pág. 719.

<sup>93</sup> A. gen. de Indias. México, Leg. 1.655. Diario de 1745, fols. 14 y v.º

<sup>94</sup> Id. de id. Escribanía de Cámara del Consejo. Leg. 245. Cuaderno 6.º de la Residencia del Conde de Fuenclara, fol. 69.



## XVI

### LA SITUACION DE LOS INDIOS BAJO EL GOBIERNO DE FUENCLARA

Particular atención dedicaban siempre las instrucciones que se daban a los virreyes en cuanto al trato que se debía dar a la población indígena; en la de Fuenclara, son varios los folios en que se habla de la materia, y ya he aludido a algunas de las dichas recomendaciones.

“Siendo uno de los principales medios para conseguir la conversión de los Indios a nuestra Santa Fe —decía la Instrucción redactada por el Consejo— y instruirlos en sus principales Misterios (que es y ha sido siempre nuestro principal cuidado y el que con más recomendación se encarga a los Virreyes, Arzobispos, Obispos, Prelados Regulares y demás Juezes) el que los Ministros, que para ello se destinan, sepan el Idioma de los Indios a quienes han de enseñar, se hace preciso que se dediquen a aprenderlo, así para que puedan instruirlos, reprehenderlos y corregirlos, como para que les enseñen la Doctrina Christiana en la Lengua Española, pues, en ésta (entendiéndola) se harán más capaces en los Misterios de nuestra Santa Fe, aprovecharán para su salvación, y conseguirán, en su Gobierno y modo de vivir, las vtilidades que produce la vniformidad; y respecto de estar prevenido por diferentes Reales Leyes y, en particular, por la vigésima quarta y trigésima del Título sexto; por la quarta y quinta del Título décimotercio; por la quinta del Título décimoquinto, y, finalmente, por la quadragésima nona y quincuagésima primera, quinta y sexta del Título vigésimo segundo, todos del Libro primero, el remedio conveniente, cuya observancia se encarga siempre a los Virreyes, Ordinarios, Eclesiásticos y Prelados Regulares, las

tendréis presentes para su cumplimiento, y rogaréis y encargaráis a los Ordinarios y demás Prelados, las observen y guarden, por lo mucho que conviene al servicio de Dios y mío".<sup>1</sup>

Un caso típico de esta clase se presentó bajo el gobierno de Fuenclara. En enero de 1745, los Alcaldes común y naturales del pueblo de San Martín Zapotitlan (jurisdicción de Tehuacán de las Granadas) recurrieron al Superior Gobierno de México, representando que había sido inútil el recurso que habían entablado ante el Obispo de Puebla, haciéndole presente que el Bachiller Don Manuel de Montúfar, a quien creían se quería nombrar cura de su pueblo, no sabía el idioma chocho, que en él se hablaba, de lo cual tenían conocimiento, porque, durante año y medio que administró el curato, como Cura interino, no comprendió la lengua con que ellos se entendían. El Virrey decretó que la instancia pasara al Fiscal (México, 25 de enero de 1745) y éste aconsejó (8 de febrero) que se rogara al Obispo de Puebla que oyese a los de Zapotitlan, recibiéndoles información y, si de ella resultaba que dicho sacerdote ignoraba el chocho, les diese otro inteligente en él. El Sr. Alvarez de Abreu encargó de la ejecución de esa diligencia al Licenciado Don José Caballero Castillo, Cura de Tehuacán, el cual pasó a Zapotitlan. "Y siendo corriente estilo —dice el Procurador de los de Zapotitlan, Don José Fernández de Córdoba— no sólo en aquel Pueblo, sino en todos los del Reino, al resevir qualquier Persona eclesiástica, repicar las campanas de los Pueblos, lo ejecutaron así mis partes al entrar en el suio dicho Juez eclesiástico, con lo que se alteró tanto la familia que allí tenía dicho Bachiller Montúfar, que mandó asotar al sacristán de aquella Iglesia, y, el mismo día, dio de bofetadas al Gouernador y arrancó vna balçarrota, y su Vicario, Don Lorenzo Navarro, dio asimismo de palos a uno de los Alcaldes ordinarios, suponiendo que él y los demás Indios se querían atumultar contra él...". Pasó luego Navarro a Puebla a decir al Obispo que se habían sublevado los del pueblo contra él, tratando de estorbar con esta invención el que los de Zapotitlan diesen su prueba. No obstante eso, los naturales la dieron superabundante, con treinta testigos "que se examinaron de partes" y, concluida la información, se entregó a los querellantes, cerrada y sellada. Al presentarse en Puebla para entregarla, fueron sorprendidos, en su posada, por el Apoderado de Montúfar, José Tenorio de la Banda, acompañado de seis ministros

<sup>1</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 515. Instrucción a Fuenclara de 31 de enero de 1742, folios 60 v.º a 61 v.º



de vara y, como no pudo quitarles las diligencias efectuadas, hizo atar al Apoderado de los de Zapotitlan, Don Bartolomé de Guevara, a Don Miguel Muñoz de Ribera, al Alcalde ordinario Don Lorenzo Pacheco y a otros dos que iban a presentar la documentación, llevándolos a todos presos a la Cárcel pública de Puebla, donde, por orden del Obispo, se les hizo cargo a los cinco, no sólo del supuesto tumulto, sino de haber sido ellos los inductores y cabecillas de los demás indios del pueblo, para la interposición del recurso ante el Virrey. Fernández de Córdoba presentó entonces a éste un memorial en que explicaba lo sucedido y pedía se mandara soltar a los detenidos sin motivo y que se notificara al Alguacil Mayor de Tehuacán, Don Martín Monge, que, bajo ningún pretexto, prendiera a los de Zapotitlan, les atemorizara ni amenazara "como lo ha estado ejecutando, sin más facultad que la de estar casado con una sobrina de dicho Bachiller Montúfar...".<sup>2</sup>

Ocurría esto en abril de 1745. El 27 del mismo mes decretó el Virrey se repitiera la consulta por el Fiscal, que, nuevamente, aconsejó (6 de mayo) se enviara nuevo despacho al Obispo para que informara sobre lo representado por los indios. Fernández de Córdoba presentó entonces otro memorial a S. E. en el que hacía un resumen de lo que había demostrado la información testifical. Resultaba de ella que Montúfar no sabía siquiera pedir, en lengua chocha, ni fuego, ni agua, ni aun dar un recado. "Más sauía —dice— Exmo. Señor, aquel Doctrinero de el Obispado de S. Franco. de Quito, Reino de el Perú, de quien se hace mención por cierto Prelado de la misma Iglesia, administró, pues, más de veinte y cinco años, y ganó en ellos más de sesenta mill ps. Este siquiera sauía, en la lengua de sus feligreses (dize un author, Prelado de la misma Diócesis) aquellos vocablos y frases que son necesarios para pedir a los Indios huebos, gallinas, leña, lana, yerba y plata y, con esto y quatro pesos que dan a vn Coadjutor, quisá el más ignorante gosa, sin título que sea bálido y sin trabajo, los frutos del veneficio, pues, con gran serenidad de conciencia...", a pesar de tenerla cargada con tan grave culpa "atropellando Leyes de naturaleza diuinas y vmanas...". "¿Cómo podrá Montúfar —añade— confesar a los Indios? ¿y doctriñarlos y administrar todo jénero de Sacramentos?" y refiere que, para pedir un pájaro colorado, pidió a los indios una jícara colorada. Recibióse, en la información, la declaración de cinco testigos españoles, un

<sup>2</sup> Id. de id. id. Leg. 1.344. Güemes al Rey. México, 23 de marzo de 1748 y testimonio adjunto, fols. 15 a 18 v°

cacique y un mestizo, y todos estuvieron contextes con los treinta testigos antecedentes: uno de ellos dijo que Montúfar tenía escondido, en el púlpito, quien le apuntaba lo que debía decir y, a pesar de eso, decía disparates; el mestizo declaró que, en un casamiento, preguntó a la india, en castellano, si quería por esposo al indio y ella no le entendió. En 30 de septiembre de 1746, ya bajo el mando de Güemes, se dio sentencia en este asunto, disponiendo que el Cura se restituyese al ejercicio de su Curato, con la condición de tener consigo dos Vicarios peritos en el idioma indio.<sup>3</sup> Habíase dispuesto que los indios fueran catequizados en su propia lengua y si se ordenaba enseñar en castellano era porque "es necesario para que los nuestros se estrechen más con los indios y ellos con los nuestros, y puedan ser mejor instruidos en la santa fe católica".<sup>4</sup>

Existía el cargo de Juez de Indios, que era desempeñado por uno de los oidores de la Audiencia: en 1744 lo fue Don Fernando Dávila.<sup>5</sup>

Los Reyes consideraban a los indios como "vasallos nuestros libres de la Corona de Castilla",<sup>6</sup> y los virreyes habían sido constituidos protectores de los indios, siendo sus jueces naturales en primera instancia en lo civil y en lo criminal. Pero habían delegado estas funciones en un tribunal especial, llamado Juzgado de Naturales, compuesto de un asesor, un relator y un escribano. El Asesor, licenciado en Derecho, era el que, en realidad, hacía todo, y el Virrey se limitaba a firmar las sentencias. Sin embargo, los procesos juzgados por este Tribunal tenían, a veces, gran importancia: los indios demandantes podían citar ante él a criollos y a españoles, y los pueblos indios a sus corregidores y subdelegados.<sup>7</sup>

La nobleza india se asimiló a la española y el Consejo de Ordenes los admitía, lo que no hacía con los protestantes ingleses.<sup>8</sup>

La población india de México comprendía a los indios ya civilizados, que vivían en las ciudades con iguales derechos y obligaciones que los españoles y mestizos; los encomendados y los reunidos en *congrega*.

3 Id. de id. id. Güemes al Rey. México, 23 de marzo de 1748 y testimonio adjunto, folios 19 v.º a 30.

4 Acosta Garcilaso: Cita de Antonio de Luna en *El Derecho y la Hispanidad*.

5 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.505. Navarro de Isla a Ensenada. México, 8 de noviembre de 1744.

6 Ordenanzas de Indias, 1563.

7 Desdévise du Désert: *Les Institutions de l'Espagne au XVIIIe siècle*, en "Revue Hispanique", LXX, pág. 158.

8 Antonio de Luna: *El Derecho y la Hispanidad*.

Además de esto, dentro del territorio sujeto al gobierno directo del Virrey y, más aún, en los extensos territorios del Norte, vivían numerosas tribus no sujetas a ningún gobierno o que, después de haber estado sometidas, por lo menos nominalmente, habían recobrado su libertad.

Entre los primeros había personas ilustradas, como ese cacique Don Patricio Antonio López, que dominaba lo suficientemente el castellano para escribir varios artículos, bajo el seudónimo de *F. Antonius ab Asensione*, y que reunió una copiosa biblioteca.<sup>9</sup>

A ellos se refieren los viajeros, como el inglés Tomás Gage, al hacer la brillante descripción del traje de sus mujeres,<sup>10</sup> y Campos, cuando escribe, de inimitable y evocadora manera:

“Pero la nota viva y cálida estaba en el pueblo. Las chinas llameaban en el aire con las faldas rojas de castor y los rebozos de bolita, tan finos que se podían pasar por un anillo. La alegría del pueblo estaba en las trenzas de la china, en sus arracadas de oro, en sus gargantillas de coral, en su pañolón de seda cruzado al pecho y en su camisa bordada, que dejaba al descubierto los hombros y los brazos de carne de piñón o de canela. Hembra de fiesta y de alegría, cortejada por lechuguinos y piropeada plebeyamente por los léperos de musga, camisa suelta y calzón blanco, embarrado a la piel, era fiel a su payo igual a ella, de sombrero ancho y camisa fajada, de cuello vuelto y corbata pintoresca, pantalón abotonado en las aletillas, y tilma o poncho zamorano terciado sobre el hombro...”

“Las litografías de aquellos lejanos tiempos nos presentan imágenes de indios de varias familias étnicas mexicanas... En todas esas familias étnicas reinaba el bienestar, por lo menos en las razas arraigadas... Los vestidos de esas familias étnicas revelan costumbres de aseo personal, decoro femenino en las gargantillas de coral y en los bordados de la ropa blanca, limpia y aplanchada, así como en los pies, limpios, desnudos o cuidadosamente calzados con el catle tradicional, el huarache, que, en la raza tarasca, aún es hoy un primor...”<sup>11</sup>

Estos indios seguían usando aún, para su comercio, de pequeños barcos, de un solo tronco, en los que atravesaban ligeros las lagunas de la capital.<sup>12</sup>

9 Leduc y Lara: *Diccionario...*, art. López, Patricio.

10 *Historia de los viajes...*, tomo XXI, págs. 331 y 332.

11 Campos, Rubén M.: *El folklore y la música mexicana*, págs. 56 y 58.

12 Rivera, Manuel: *Los gobernantes de México*, I, pág. 354.

Las instrucciones que se daban a los virreyes relativas a los indios se referían principalmente a los encomendados. La comentada de Fuenclara decía que, siendo el mejor remedio para destruir la idolatría, en los pueblos o individuos que aún subsistiera, el que a los indios se les instruyera a menudo y bien en la Doctrina Cristiana y que asistieran a los divinos oficios, era preciso que, en los repartimientos, pueblos, estancias, obrajes e ingenios, donde habitaran, hubiera Cura e iglesia, lo que estaba encargado por las Leyes 5.<sup>a</sup> y 10.<sup>a</sup> del Título I, Libro I de la Nueva Recopilación, a los prelados de las iglesias de Indias, con la condición de que se proveyeran con el parecer del Virrey, ordenándose a éste que hiciera cumplir lo dispuesto. "...Y si reconociereis que los Indios de los Obrages de paños, y Ingenios de azúcar, no tienen Doctrina, y que no es bastante remedio acudir a otra, por cercana que esté, hallando que conviene ponérsela, daréis providencia para que, con parecer del Prelado del Distrito en que estuvieren los referidos Obrages y Ingenios, se haga y ponga por cuenta de sus dueños, precisando así a éstos, como a los vecinos de los Pueblos que tengan Indios, Negros o Mulatos, ya sean libres o esclavos, para las haciendas de sus casas, y sin salir al campo, a que los embíen todos los días ha oír la Doctrina Christiana, y, a los que andan trabajando en el campo, los Domingos y demás fiestas de guardar, sin impedirlos ni ocuparlos en otra cosa hasta que la sepan, y cuidaréis asimismo de que los Prelados señalen hora determinada cada día, a fin de que se junten, y que sólo se les ocupe en esto vna y no más, y que sea la que menos les impida en servir a sus dueños, a quienes impondréis las penas y multas establecidas por Leyes, si impidieren a los Indios, aunque sean sus criados, el ir a las Iglesias y Monasterios, a oír Misa, y aprender la Doctrina Christiana los Domingos y demás fiestas y a los que, siendo infieles, no los embíen todos los días a la hora señalada, pues el principal intento nuestro (como queda dicho) es y ha sido siempre el que aquellos naturales estén bien instruidos en los Misterios de nuestra Santa fe.

"Y porque se tiene noticia —continuaba— de que algunos Pueblos de Indios encomendados padecen y les falta muchas veces el pasto espiritual, porque los encomenderos, en lugar de solicitar su conversión y Doctrina (como están obligados) y proveer de ornamentos las Yglesias, rehusan y impiden a los Religiosos el que residan en sus pueblos, para que se la enseñen, procurando, por medio de sus criados y otras personas, vexarlos y maltratarlos para que se ausenten de los Pueblos de sus En-



comiendas, como esto cede en tan grave ofensa de Dios Nuestro Señor y impedimento de la conversión de los Indios, procuraréis, con el mayor cuidado, indagar lo que, en este particular ha auido y haya, castigando severamente los excesos que en esto hubiere y, dando providencia para que cesen y no se consientan en adelante, de manera que aquellos naturales no les falte la Doctrina, sobre que se os encarga la conciencia, y, por lo mismo, os informaréis también de si, en algún Pueblo de Indios, en donde no haya beneficio ni disposición para poner Sacerdote, hay falta de Doctrina, y aviéndola, lo comunicaréis con los Ordinarios o Prelados de las Religiones, para que os propongan tres sacerdotes virtuosos y suficientes, a fin de que elijáis el vno, y, si no hubiere más que vno en la proposición, le presentaréis para la Doctrina, pues, de este modo, se remedia la necesidad que haya, conservando el derecho de mi Real Patronato, que cuidaréis guardar, y que no lo quebranten los Prelados, así seculares como regulares...".<sup>13</sup>

¿Cómo se cumplían estas admirables disposiciones? Es de creer que, en los centros importantes de población y en los no lejanos a las capitales de provincia debían ser rigurosamente guardadas; pero, en los presidios o puestos militares y en las encomiendas apartadas, debían ser poco atendidas, aunque quizá sea una excepción, si hemos de creer al resultado de alguna de las visitas de Escandón y las denuncias del agustino P. José Francisco de Losada, diciendo que el Capitán Don Gaspar Fernández de la Rama, dueño de haciendas en el Real y Minas de Escanela, tenía horrorizados a los indios, llevándolos a la fuerza a trabajar en su hacienda de Concá, donde les daba tal trato que el que iba una vez no quería volver a ella; y así, "los miserables Indios, de temor, no quieren vajar a misa, porque discurren que los han de coger o lazar, como lo han hecho en otras ocasiones, para llevarlos a dha. Hacienda...". Añadía que el mismo Capitán, en nueve meses, sólo había pedido al Padre una misa. Corroborra esta afirmación el Cura interino de Escanela, Bachiller Don Juan José de Salinas, que representó al Virrey que los habitantes de su feligresía se habían ido a vivir a las misiones contiguas, porque allí no pagaban tributo; así el Cura no percibía nada y el Real Erario tampoco.<sup>14</sup>

La Instrucción decía también que, por varios informes, tenía el

<sup>13</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 515. Instrucción al Conde de Fuenc Lara. Buen Retiro, 31 de enero de 1742, fols. 53 a 56.

<sup>14</sup> Id. de id. id. Leg. 1.342. Testimonio de la visita de Escandón a diversos presidios y misiones en 1743.

Rey noticia de que los indios recibían graves molestias y vejaciones de los doctrineros, que los hacían trabajar sin darles estipendio alguno, los castigaban, aprehendían y llevaban derechos indebidos por los matrimonios y entierros, sin que se hubiera conseguido el remedio de ello con la prohibición impuesta por las leyes de cobrar tales derechos, ni con haberlo encargado S. M. y sus predecesores, por repetidas Reales Cédulas: que se informara y, si resultaba cierto, acordaría, con el Ordinario, que se atajaran tales daños a los indios; que prohibiera a los doctrineros tener cárceles, aprehender y condenar a los mismos, no debiendo tener éstos más fiscales que los que nombraran las Comunidades seglares al elegir a los Alcaldes ordinarios y demás oficios de sus pueblos; que llevaran sólo los derechos que les correspondieran por arancel; que los gobernadores y alcaldes mayores le avisaran de cualquier contravención que ocurriera, para que el Virrey la remediara; que se vigilara para que curas o doctrineros, cuando viajaran de una parte a otra, no llevaran consigo indios con cargas a costas, removiéndolos de su curato, si lo hacían; se amenazaba al Virrey con que, si no ponía remedio y castigaba severamente la más leve omisión; se le haría cargo en la Residencia que se le tomaría, imponiéndole la pena correspondiente; pues “es mi Real voluntad —dice— que a aquéllos naturales se les trate bien y que no recivan daño ni perjuicio alguno en sus personas ni haciendas: por lo que, conforme a esto, y, como es de la obligación de los Virreyes, no permitiréis servicios personales de Indios, y antes sí les quitaréis los que huviere, de suerte que no se cause desasosiego en la tierra, ni recivan los Indios los muchos daños y perjuicios que hasta aquí han padecido, practicando, para que cesen, todo lo dispuesto y prevenido en su favor...”. Consideraba que, obrando así el Virrey y practicando las leyes con toda moderación y prudencia, los indios, “por inclinación holgazanes”, no dejarían de servir en todo lo necesario, cultivando los labradores sus haciendas. No debía permitir que los indios se ocupasen en tratos y mercaderías, sino sólo en las labores del campo y algunas de la ciudad “alquilándose, para ello, con la persona que quisieren”, disponiendo todo de forma que no estuvieran ociosos, “por ser la ociosidad causa de muchos vicios”. Después del gobierno espiritual, debía procurar el Virrey que se guardaran las ordenanzas hechas para el buen gobierno de los indios, procurando reformar las que conviniera, avisando de ello al Consejo, para que siempre tuviera noticia del trato dado a los indios y el estado en que se hallaba su conservación y alivio. Se le pre-

venía también que amparara y favoreciera a los indios, remediando los daños que padecieran, castigando severamente a quien se los ocasionare y no consintiendo fueran agraviados en los repartimientos de tierras. También les atendería en los retractos que intentaren en las ventas que se hicieren de tierras contiguas a las suyas y en el despacho de sus asuntos, breve y sumariamente; procuraría que los Protectores de Indios y sus Subdelegados, en las ciudades y villas de su distrito, los defendieran en todas sus causas y negocios, sin cobrarles por ello derecho alguno y que no los despacharan por sustitutos, sino por sí, no ocupándose en otra cosa dichos jueces más que en los asuntos de los indios, sin detener su expedición maliciosamente. “Y zelaréis y remediaréis —recalcaba— en la forma posible, sus descuidos y omisiones y los daños y vexaciones que estos pobres padecen, sobre que os hago especial encargo, por lo sensible que es que los mismos Ministros señalados para amparo, protección y escudo de los Indios, olvidándose de la obligación en que están constituido, se hacen, en sus causas, en vez de Patronos, contrarios, y no cuidan de su breve curso y expediente...”.<sup>15</sup>

Se le encargaba asimismo que, supuesto que, para que fueran atendidos los indios, se había formado el Juzgado general de Indios en México y que se le había reconocido como muy necesario, convenía que se conservara y contiudara; para ello elegiría por Asesor al oidor o alcalde del Crimen que le pareciera mejor, con el salario anual de 400 pesos de oro común, los que se pagarían de lo que resultara del medio real que pagaba cada indio de Nueva España, y el conjunto de este ingreso se repartiría en salarios de Asesores, Relatores, Escribanos de Cámara y Gobernación, Letrados, Procuradores, Solicitadores y otros Ministros, por los pleitos y negocios que tenían en el Gobierno, en la Audiencia y en otros tribunales. Estos ministros deberían conformarse con el sueldo asignado, sin percibir de los indios otras cantidades, presentes ni regalos, so pena de ser castigados, como también si los trataban mal o no los despachaban con brevedad “y en esto pondréis vuestro mayor cuydado, a fin de que cesen todas las extorsiones y estafas que se cometen contra tan miserables personas”. Sabidos los excesos y desórdenes que se cometían en la administración de bienes comunes de los indios, se habían dictado diversas órdenes para remediarlos; recomendábase al Virrey que leyera dichas órdenes, las tuviera muy presentes para su observancia v

<sup>15</sup> Id. de id. id. Leg. 515. Instrucción a Fuenclara de 31 de enero de 1742, folios 61 v.º a 68 v.º



no permitiera que se faltara a ellas ni se dejaran de practicar, avisando al Gobierno de la metrópoli de los inconvenientes que se ofrecieran en su cumplimiento.<sup>16</sup>

Sobre la estadística de los indios decía:

"Teniendo dispuesto que los Indios tributarios a mi Real Corona, se cuenten de cinco en cinco años, matriculen y empadronen, para ver si hay disminución o aumento, y que, para ello, pida el Fiscal de lo Civil de mi Real Audiencia de México las Provisiones nezesarias dirigidas a los Corregidores y Alcaldes mayores, para que hagan dha. cuenta y Matrícula, con Intervención del Podatario Fiscal, que asista a la referida numeración, y me hallo con noticia de que, por falta y disminución de los Libros de Bautismos, Casados y Difuntos, que deben tener los Ministros de Doctrina, así seculares como regulares, cada uno en su partido, no se puede verificar el número de naturales que verdaderamente hay para ser matriculados y empadronados, y que se origina de esto gran fraude y encubrimiento, por lo difícil que es al Juez y Podatario Fiscal, a quienes se comete la formación de la Matrícula, saber los que faltan, si los referidos Libros no comprehenden todos los Indios de cada Feligresía, y que a este fin, se tenía dada orden para que los Ministros de Doctrina embiasen certificación auténtica a poder de los Oficiales Reales todas las vezes que ocurrieren a la cobranza de sus Sínodos, Salarios o Situados, "los que tienen para su administración en mi Real Caxa, a fin de que los Oficiales Reales diesen a los Juezes que van a contar los tributarios estas certificaciones, para que, con ellas, se acudiese a pedir y reconvenir a los Ministros y Doctrineros que las dieran, y éstos les entregasen los Libros para su cotejo y poder venir más en conocimiento de los Tributarios que hubiere y poderlos empadronar y, teniendo noticia de que, por aver cesado la paga de los mencionados salarios o Sínodos a los más Doctrineros y Curas, por tener éstos, con las obvenciones, sobrada Congrua, no remiten a poder de los Oficiales Reales las expresadas certificaciones, que hacen mucha falta para la íntegra numeración y descripción de los Indios tributarios, lo que se puede remediar con encargar al Arzobispo, Obispos y Prelados Regulares de vuestro Distrito que manden a todos sus clérigos y Religiosos Ministros de Doctrina que tengan Libro en que matriculen a todos los que nacieren y fueren bautizados, y otro en que escriban los nombres de los difuntos, y que, de lo que en ellos constare, os embíen, en cada vn

<sup>16</sup> Id. de id. id. id. La misma Instrucción, fols. 68 v.º a 72.



año, certificaciones con toda fidelidad y los Padrones que hizieren las Semanas Santas para las Confesiones, autos y verdaderos, imponiéndoseles, por sus Prelados, pena de excomunión, si no cumplen con lo referido, según se halla dispuesto por la Ley vigésima quinta, Título décimotercio del Libro primero, cuyas certificaciones remitidas a vuestro poder, las mandaréis pasar al Contador de Tributos, para que las entregue a los Juezes Podatarios Fiscales que fueren a hacer las Cuentas y Matrículas, de suerte que se logre que no haya fraude ni disminución al numerarlos; os encargo roguéis y encarguéis a los referidos Arzobispo, Obispos y Prelados que (en conformidad de lo dispuesto en dha. Ley) os remitan las referidas certificaciones, obligando a los Curas Doctrineros, por censuras, a que se las embíen completas y sin disminución, pues, no dañándose esta providencia, se tiene experimentado el que a los Jueces y Podatarios Fiscales no dan los Doctrineros los expresados Libros y Padrones íntegros, sino que (con una piadosa falsedad) dan fe de aver muerto algunos, por relevarlos, a lo que concurren, con mucha facilidad, los Gobernadores y principales Indios, por los intereses que suelen redundar en su veneficio, cobrando el tributo para sí y en perjuizio de mi Real Hacienda de los tributarios, aunque no estén matriculados...".<sup>17</sup>

Agregaba, sobre la misma estadística, que se había notado, en el censo de las parcialidades o barrios de San Juan y Santiago, de la capital, que las matrículas y padrones formados, desde hacía muchos años, habían venido muy disminuidos en cuanto a los indios; en consecuencia, se encargaba, especialmente, al Virrey, que dispusiera se hiciera el padrón y matrícula de dichas parcialidades "con el mayor esmero y cuidado", incluyéndose en él todos los indios tributarios "que no tubieren exempción legítima...".<sup>18</sup>

En cuanto a la tributación, convenía que el Virrey viera la Instrucción impresa, que el Contador de Tributos daba a los Alcaldes Mayores para la cobranza de tributos de la jurisdicción de cada uno, pues se suponía que la antigua, que se daba antes de la promulgación de las Leyes de la Recopilación, se oponía, en muchas cosas, a lo prevenido en dichas Leyes en favor de los indios tributarios y de los bienes de sus Comunidades, para que, en lo que fuere perjudicial y contrario a dichas

<sup>17</sup> Id. de id. id. id. Dicha Instrucción, fols. 134 a 136 v.

<sup>18</sup> Id. de id. id. id. Dicha Instrucción, fols. 152 y v.º

leyes, mandara se corrigiera y enmendara. Para ello, podría hacer que se buscaran los Pedimentos Fiscales, que hubiera sobre el asunto en los Oficios de Gobierno y especialmente el dado en 28 de julio de 1731 y, en su vista, con consulta del Acuerdo, se formara nueva Instrucción, arreglada a las leyes y ordenanzas modernas, a fin de que no tuvieran los alcaldes mayores motivo para vender los bienes de las Comunidades de Indios ni para despachar Comisario a la cobranza de tributos cuando los gobernadores indios demorasen algún tiempo el entregarlos. Conveniría, en fin, que se informara del estado del litigio pendiente sobre que las indias solteras siguieran pagando tributo en todos los Reinos de Nueva España, en virtud de la costumbre observada hasta 1722 ó 1723, en que se quitó al Fisco su posesión, ordenándose por el Acuerdo que sólo pagaran tributo las indias casadas y las viudas, no haciéndolo las solteras hasta que se determinara la pretensión del Fisco sobre la restitución del cobro; el Virrey debería encargar su prosecución al Fiscal de lo Civil y Protector de Indios y al Acuerdo, para que se setenciara brevemente tal pleito, porque si no, se eternizaría éste en perjuicio del Real Fisco, alegándose por las indias y sus Protectores la costumbre de no pagar "siendo así que está y ha estado, sin cosa en contrario, a favor del Fisco hasta que se le despojó...".<sup>19</sup>

Había, en la Audiencia de México, un Procurador de Indios.<sup>20</sup>

Sobre los bienes de comunidades de Indios, las Noticias reservadas que se dieron al Conde de Fuenclara, en la misma fecha que la primera Instrucción, decían que se tenía entendido que la mayor parte de las leyes referentes a ellas no se practicaban, con gravísimo perjuicio y desamparo de los indios, pues, por la falta de las Cajas y la mala administración de los bienes de la Comunidad, así como por gastarse los pocos que les habían quedado al arbitrio de los indios, gobernadores y curas doctrineros, sin permiso ni licencia del Superior Gobierno y en fines contrarios a los de su destino, estaba faltando, a la mayor parte de las Comunidades de Indios de dónde satisfacer "los rezagos de tributos y el socorro y caudal que antes tenían, en las Cajas de Censos y bienes de Comunidad, para los accidentes de epidemias y mortandad, con que se les asistía para su curación y en año estéril de maíces en sus partidos, para que tubiesen con qué poderlos comprar en otros y

<sup>19</sup> Id. de id. id. id. Dicha Instrucción, fols. 152 v.º a 154.

<sup>20</sup> Id. de id. id. Leg. 541. Diario... de 1743, fol. 2 v.

socorrer sus necesidades”, por tanto convenía que el nuevo Virrey velara para que dichas leyes olvidadas se practicaran inviolablemente y, en caso de que encontrara inconvenientes en la observancia de alguna de ellas, daría cuenta, añadiendo su parecer sobre los medios que se podrían poner para el restablecimiento de dichos bienes comunes de Indios y de sus Cajas de Censos, para su buena administración y empleo en los fines dispuestos.<sup>21</sup>

La población india había sido muy diezmada, en el decenio anterior al gobierno de Fuenclara, por la epidemia nacional conocida con el nombre de *Matlazahuatl*, cuyos efectos se hicieron sentir, no sólo en la disminución de los habitantes, sino naturalmente también en los ingresos de la Real Hacienda, como ya se ha dicho en otro capítulo; de sus consecuencias hubo de ocuparse aun el Real Acuerdo, en la sesión de la tarde del lunes 1.º de abril de 1743, a causa de una Real Cédula que había llegado sobre el asunto.<sup>22</sup>

La cobranza de tributos no era siempre fácil: quizá antes de que comenzara el gobierno de Fuenclara se produjo, entre los indios del pueblo y jurisdicción de Sultepec “cierta asonada y tumulto que, con el motivo de estrechárseles a la paga de Rs. tributos causaron”; de ella no hay más noticia que esta simple referencia del Diario de la primera Sala de la Audiencia;<sup>23</sup> en 1745, los mulatos de Tamiagual presentaron un memorial, solicitando se les eximiera del pago de tributos.<sup>24</sup>

En el mismo año se vio, en el Real Acuerdo, el expediente incoado por D. José Antonio de Herrera, Cura por S. M. y Juez Eclesiástico de la Jurisdicción de Tehuacán, sobre los manejos del indio Juan de la Cruz, que andaba perturbando a los demás para que se sublevaran.<sup>25</sup>

Sobre división de gobiernos se trató, en sesión del Real Acuerdo de 20 de julio de 1744, en vista de la que pretendían los indios de Tecalí con los de Tostepéc.<sup>26</sup>

Fuenclara, como se dice en su Residencia, visitó el Real de los Indios, informándose de sus rentas, edificios, dotaciones y limosnas, y procuró que se tomasen cuentas a sus administradores; se desveló por

<sup>21</sup> Id. de id. id. id. Noticias reservadas al Conde de Fuenclara, en dicha Instrucción, folios 165 v.º a 166 v.º

<sup>22</sup> Id. de id. id. Leg. 541. Diario... de 1743, fol. 20 v.º

<sup>23</sup> Id. de id. id. id. El mismo Diario, fol. 72 v.º Sesión de 28 de noviembre de 1743.

<sup>24</sup> Id. de id. id. Leg. 1.655. Diario de... 1745, fol. 30.

<sup>25</sup> Id. de id. id. id. El mismo Diario, fol. 48. Sesión de 2 de septiembre de 1745.

<sup>26</sup> Id. de id. id. id. Diario de... 1744, fol. 49 v.º



la libertad y buen tratamiento de los indios y de sus Reducciones y Poblaciones, promoviendo su incorporación a la vida civilizada y cristiana; los favoreció con socorros, caricias, halagos y demostraciones, siendo muy especiales con el convento del Corpus Christi, de la capital, socorriendo con limosnas a sus religiosas; en fin, habiendo, en una ocasión, atropellado uno de sus coches y lastimado al borrico de un pobre indio, mandó prender a los cocheros y pagó al perjudicado, de su bolsillo, el daño que le había causado.<sup>27</sup>

A su ejemplo, los altos funcionarios del Virreinato se distinguieron por el buen trato a los indios, especialmente el Oidor Trespalacios. En las obras que éste emprendió (Real Desagüe, limpia de acequias y ríos, prevención de maíces, compostura de caminos, etc.), se señaló con sus procedimientos humanos, tanto que, según declaró, en su juicio de Residencia, Don Francisco Sánchez de Sierra Tagle, "con sólo saber que el Señor Residenciado corría o tenía intervención en la Obra (los indios) concurrían mui contentos, porque experimentaban no sólo la puntualidad en su paga, sino el buen trato que les daua y hacía les diesen los sobrestantes y mandones, a quienes castigaua y reprendía seueramente quando faltaban al buen tratamiento de los Indios, y estos castigos y reprehensiones se extendían a los Gobernadores y Alcaldes de los Pueblos, quando sabía que maltrataban o vexaban a sus respectiuos súbditos...".<sup>28</sup>

En la zona fronteriza septentrional, avanzada de la civilización, estaba el lugar principal en que se había desarrollado la *congrega*.

"La congrega —dice Rafael López—, primer contacto de los indios con la vida civilizada, era informe boceto de la encomienda. En ésta, quienes la constituían contaban, a lo menos, con el sustento indispensable, mísera recompensa a la dura labor diaria. En aquélla los congregados estaban sujetos, después de cumplir con la faena impuesta por sus "protectores", grosero eufemismo que disfrazaba la explotación despiadada, a recorrer la sierra en busca de frutas y raíces para alimentarse y abastecer, además, la despensa de su reclusión".<sup>29</sup>

Fray Vicente de Santa María dice sobre esto: "Para sustentarlos, los enviaban al monte a que acopiaran y trajeran a las congregas los

<sup>27</sup> Id. de Id. Escribanía de Cámara del Consejo. Leg. 245. Cuaderno 6.º de la Residencia de Fuenclara, fols. 69 y v.º

<sup>28</sup> A. H. N. Consejos. Leg. 21.461. Residencia de Trespalacios, cuaderno 2.º, folios 169 y v.º

<sup>29</sup> López, R.: Introducción a la *Relación histórica del Nuevo Santander*, por Fray Vicente de Santa María, pág. VI.



frutos que ellos mismos sembraban y cosechaban. Durante la ausencia de los hombres en esta expedición, se quedaban los protectores con las mujeres y con los muchachos, así para asegurarse por este medio del regreso de los enviados, como para precaver la insurrección y fuga de todos".<sup>30</sup>

Las congregas habían empezado a establecerse en tiempos de Felipe IV, que en 1625, había encomendado la pacificación del Nuevo Reino de León al santiaguista Don Martín de Zabala, con facultad de repartir tierras, solares y ejidos, sin perjuicio de los indios ni de otros terreros, a los que le ayudasen en dicha tarea. El Auditor Marqués de Altamira, en su erudito y concienzudo parecer, habla de este "grauísimo pernicioso abuso" contra la libertad de los indios, "tan recomendada por las Leyes", diciendo que duraron hasta 1715. "Reducíanse —dice— a tener aquellos vecinos españoles (con el título de Protectores), repartidos entre sí los Indios, de quienes se servían en su casas, labores, hazdas. y demás grangerías por sólo la comida y vestuario, alquilándolos para el seruicio ageno y reputándolos ya enteramente como esclavos y caudal suio propio, captiuando los comarcanos, con licencias que, a este fin, comprauan de los Govres. de dho. nueuo reyno (de León) y propasándose hasta traspasar, permutar y vender por esclauos los Indios y sus hijos, por sí solos o con las labores y Haciendas a que estauan afectos, separando y alexando a partes distantes y remotas, por medio de dhas. ventas, los hijos de sus padres y madres y los demás parientes entre sí, que es dolorosísimo en los Indios.

"Condescendían los dueños de dhas. congregas —continúa el parecer— con la brutal nimia propención de los Indios a las frutas silbestres de los montes, en que se hauían criado y les permitían salir a comerlas, en sus temporadas, quedándose con los hijos y mugeres, a fin de que se retornasen sus respectibos maridos y padres. Aun así no boluían muchos exasperados del riguroso trauajo de dhas. congregas y peruertidos de otros Indios, Gentiles y Apóstatas, con quienes se juntauan en los montes; disminuíanse, con esto, las congregas y se augmentauan los comarcanos gentiles y apóstatas, irreconciliables enemigos y a éstos contra sus antiguos dueños, sauidores de la disposición en que estauan las poblaciones, las casas, las haciendas, rancherías, lauores y demás tráficos;

---

<sup>30</sup> Santa Maria: *Relación histórica del Nuevo Santander*, citado por R. López en Introducción a la misma, pág. VI.

capitaneaban dhos. Apóstatas a los demás Indios Gentiles en las imba-  
caciones de rrobos, muertes, incendios y todo género de atrocidades, lle-  
garon a rrezelarse los españoles y dueños de dichas congregas de los  
mismos Indios que tenían en ellas y procurauan asegurarlos con pri-  
siones y encierros, de que, más exasperados, descertauan cada día y, al  
mismo paso, crecían los insultos y hostilidades".<sup>31</sup>

Desde 1709 a 1714 robaron estos salvajes vecinos más de 40.000  
cabezas de ganado, mataron pastores y escolteros, entre los que había  
negros, lobos, coyotes, mulatos y otros mestizos, gentes todas de malas  
inclinaciones y rivales de los indios, a los exasperaban con sus insultos  
y vejaciones, tratando de ocultar sus propios robos y de echar siempre  
todas las faltas sobre los indios, a los cuales herían, mataban o cautiva-  
ban, acreditándose así de valientes y fieles a sus amos.<sup>32</sup>

Como las fugas y las insurrecciones eran constantes, se recurría,  
para volver a poblar las congregas, al medio menos a propósito para  
conseguirlo, ya que las justicias de los pueblos en formación autorizaban  
a los vecinos "para que, en convoyes, salieran a los montes en persecu-  
ción de los fugitivos y cogerlos a viva fuerza". En cuanto estos "cató-  
licos en agraz —como dice Rafael López— comprobaban que la nueva  
fe se les ofrecía huérfana de la diaria e imprescindible ración de maíz,  
se desertaban del religioso rebaño, reanudando su vida bárbara y con-  
virtiéndose, por el conocimiento que ya había adquirido de las costum-  
bres de los pobladores, en sus peores y más temibles enemigos... Los  
indios, con un destello de lógica materialista en su conciencia de neófitos,  
definían el problema así: "Es buena la religión y ser cristiano, mientras  
haya qué comer y mala cuando falta".<sup>33</sup>

Las haciendas de las congregas ocupaban de siete a ocho leguas de  
terreno y los escolteros no podían defenderse unos a otros en las súbitas  
y violentas incursiones de los salvajes. La Compañía Volante formada,  
en 1713, por el Gobernador Mier, se extinguió pronto por falta de apoyo  
de los hacenderos. El Duque de Linares envió al Nuevo Reino de León,  
con amplias facultades (1714) al Alcalde de Corte Don Francisco Bar-  
badillo Victoria, hombre inteligente y discreto, que formó la Compañía,  
de nuevo, con 70 hombres y un pagador, que costaban 22.000 pesos anua-

<sup>31</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 1.342. Testimonio de los autos fechos sobre la  
fundación de Escandón, fols. 373 v.º a 375.

<sup>32</sup> Id. de id. id. El mismo testimonio, fols. 375 y v.º

<sup>33</sup> López, R.: Introducción a la *Relación histórica*, citada, págs. VI, VII y VIII.

les, que se pagaban por todos los que iban a apacentar sus ganados en aquella frontera; redactó ordenanzas para su buen gobierno; fundó varios nuevos pueblos con indios de las congregas y otros fugitivos apóstatas, a los que supo atraerse con caricias y regalos; les nombró un Protector; dio a cada pueblo nuevo sus tierras de labor, aguas, pastos, maderas y leña, con cuatro leguas de término y venció la resistencia de los antiguos propietarios, quitándoles, no sólo sus haciendas sino los indios que tenían como esclavos, pasando dichos dueños, en un instante, "de ricos a pobres, y aun a mendigos". Pero esta magnífica labor duró lo que el virreinato del Duque de Linares y, al regresar a México Barbadillo, en 1716, su incalculable trabajo se derrumbó. La Compañía Volante se extinguió, por falta de medios de sostenimiento; los antiguos dueños volvieron a recuperar sus tierras y a tratar a los indios como esclavos; huyeron éstos, amedrentados y furiosos, a los montes; renováronse las incursiones y los clamores de los gobernadores y de los vecinos. Tras nuevos intentos de arreglo, en 1726, Don Pedro de Sarabia y Cortés, Gobernador del Nuevo Reino, aconsejó restablecer las congregas y lo mismo propuso, en 1738, Don Antonio Ladrón de Guevara, pero no lograron sus deseos, aunque el mismo Guevara pasó a Madrid para tratar de conseguirlo.<sup>34</sup>

En realidad, aunque Barbadillo había abolido las congregas en 1715 en el nombre, por considerarlas perniciosas y opuestas a las leyes, las palabras congregación y congregar se repiten muchas veces en las informaciones hechas por Escandón en sus visitas y de hecho subsistían aún en 1743. El mismo Escandón, en su consulta a Fuenclara de 6 de agosto de 1744, decía que los indios le habían dicho que el no congregarse no era por no ser cristianos, sino porque no los hicieran esclavos los españoles, como lo habían ejecutado con sus compañeros "haciéndoles trabaxar continuamente, sin pagarles cosa ninguna; sobre cuios puntos... *no quiso formar Autos por ser notorio...*".<sup>35</sup>

Por último, fuera de los indios congregados o reunidos en las Misiones, se encontraban numerosas tribus en pleno salvajismo, algunas dentro de límites civilizados y que debían ser reducidas al cristianismo y a la vida civilizada bajo el gobierno de Fuenclara y de su sucesor Don Juan Francisco Güemes, primer Conde de Revillagigedo, gracias

34 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.342. Testimonio de los autos fechos sobre la fundación de Escandón, fols. 375 v.º a 384.

35 Id. de id. id. id. Dicho testimonio, fols. 259 y v.º

a la admirable labor de Don José Escandón; otros, en las fronteras septentrionales: algunos de ellos habían de tardar en alcanzar la completa civilización hasta fines del siglo XIX.

Los Yaquis, habitantes de la provincia de Sinaloa, se habían sublevado durante el breve gobierno del Duque de la Conquista, que destituyó al Gobernador de la provincia, Don Manuel Bernal de Huidobro, por omisión de deberes, mientras que él acusaba a los jesuitas de haber fomentado todas las sublevaciones del territorio.<sup>36</sup> En realidad estaba en pugna con la Compañía de Jesús, que se disculpaba de las "injurias y calumnias" de Bernal. Un despacho de 24 de junio de 1742 mandó que se restituyera a Bernal en su cargo y se encargara al Provincial de la Compañía de Jesús que retirara de Sinaloa a los tres religiosos que estaban en discrepancia con el Gobernador. Fuenclara pensó, al llegar a México, en cumplimiento del mandato real, restituir a Bernal el gobierno de Sinaloa, pero, encontró "grauísima dificultad en repetir un Proceso, ya formidable, por su multitud de piezas, instrumtos. e informaciones, y el tornar a continuar nuevos movimientos en lo remoto de aquellas Provincias de Sinaloa (quietas y ya reducidas) sin esperanza siquiera de indagar medianamente el origen de los tumultos, que por más de cien leguas se extendieron, a causa de las parcialidades y clases que demuestran los autos y de que resultan contrarias las deposiciones de los testigos, según la deuozión de cada vno, y que, estando conseguida la paz, conversos los Yndios a la Christiandad y a la policía, era excitarlos a nueva rebelión, a exemplo de lo que (como materiales y rudos) veerían practicado entre sus superiores eclescos. y seculares...". Reconoció que Bernal podía quedar excusado por sus testigos, pero también reconoció los oportunos avisos que los jesuitas dieron al Gobernador y a sus subalternos, así como su celo y caridad en lo más vivo de la guerra. En consecuencia, determinó que continuase de Gobernador Don Agustín de Vildósola, puesto interinamente por el Duque de la Conquista, y que se declarase "fiel y digno Ministro" a Bernal, pidiendo al Rey le diera otro empleo, por convenir así a la paz y sosiego de Sinaloa. El Consejo de Indias y el Rey aprobaron todo lo hecho por Fuenclara.<sup>37</sup>

El 2 de abril de 1745, en el pueblo de Apastla, ocurrió un suceso desagradable, causado por la excitación de los Indios y la imprudente

36 Id. de id. Guadalajara. Leg. 88. Bernal de Huidobro al Rey. México, 16 de febrero de 1742 y 24 de junio de 1744.

37 Id. de id. id. id. Fuenclara al Rey. México, 25 de junio de 1744.



conducta de Don Pedro Barranco, Teniente de Mestitlán. Habíase mandado a éste que informara sobre la causa de haberse quedado en dicho pueblo dos o tres indios "con voz de común y naturales", por estar agraviados con motivo de haberles sacado de sus pueblos o barrios, sujetos a la jurisdicción de Mestitlán, quemándoles sus cabañas o jacales y llevándose las campanas de los pobres edificios que llamaban iglesias, para conducirlos a la misión de Cerro Prieto. Este informe podía haberlo dado el Alcalde Mayor del distrito o su teniente, sin salir de la cabecera en que residía, a no ser que tuviera alguna causa oculta o perniciosa, sin considerar que, hallándose recién convertidos dichos indios, podía ser muy perjudicial cualquier movimiento. Pero, no contento con disponer su entrada pública y festiva, Barranco no consultó con el Cabo ni con los misioneros y, además, hizo correr la voz de que iba a favorecer a los indios, que, mal dispuestos, por no hallarse con la libertad que tenían, y persuadidos por dos o tres cabecillas, tuvieron así ocasión de alborotarse, ya que no necesitaban más causa que cualquier novedad que les inquietara, como la experiencia había demostrado varias veces. Al ver los soldados que los indios estaban armados a su usanza, con arco y flechas, demostrando la interior inquietud que tenían, trataron, por orden del Cabo, de aprehender, con imprudencia, a los motores y cabecillas; los indios se defendieron, disparando multitud de flechas, que hubieran causado fatal estrago entre los misioneros y, en especial, en el P. Fray José López, al que dejaron sin lesión dos de ellas, a no haberse valido los soldados de sus armas "y asistídoles especial Diuina providencia". Del combate resultaron varios muertos y heridos y, a consecuencia de ello, de los 945 indios de que se componía la nueva misión de Nuestra Señora de Guadalupe de Cerro Prieto sólo quedaron cien; los demás huyeron a los montes, reanudando su anterior vida salvaje, según escribía el agustino Fray Antonio Cabeza de Vaca "como las golondrinas". El Fiscal aconsejó que se quitara a Barranco su título de Teniente y se le amonestara severamente.<sup>38</sup>

A principios de 1746, el asesinato, por los indios Zumas, del Teniente de Namiquipa, al que, cuando caminaba hacia San Felipe el Real de Chihuahua, mataron y arrojaron a un barranco, en término de San Andrés, distante veinte leguas de Chihuahua, motivó una reclamación

<sup>38</sup> Id. de id. México. Leg. 1.342. Testimonio de diligencias en la misión de Santiago de Jalpán de Sierragorda por D. José Escandón, fols. 337 a 352. Informe del Fiscal D. Pedro Bedoya. México, 6 de octubre de 1745.

del Teniente de Gobernador de Nueva Vizcaya, Don José Velarde Cossío, que gobernaba el país en ausencia del Gobernador Don José de Cossío y Campa, Marqués de Torre Campo. Había ordenado éste, en nombre del Virrey (25 de junio de 1745) que el Capitán del Real Presidio de San Francisco de Conchos, Don José Berroterán, visitara los pueblos de los indios Tarahumaras, que hacía once años no se visitaban, aunque dicho Capitán tenía la obligación de hacerlo anualmente. Pero pasaron los meses y la visita no se hacía: Velarde preguntó a Berroterán el motivo de su demora y él se excusó diciendo que esperaba salir a campaña, cuando lo que hacía era entretenerse en su opulenta hacienda de la Enramada. Esta pasividad fue la causa de una nueva invasión de Apaches e indios Zumas y de que los misioneros abandonaran las cinco misiones que tenían en la llamada Junta de los Ríos del Norte. Ante la orden del Gobernador de Nueva Vizcaya de que acudiera, con sus soldados, en auxilio y defensa de los indios "mansos, reducidos", que pedían socorro para rechazar el ataque de los Apaches, Berroterán contestó negándose y diciendo que el tiempo no era oportuno y que él no salía del presidio con pocos soldados; en realidad, tenía entonces ocupados a éstos en la recolección del trigo, y, además de los treinta y tres soldados del presidio, empleaba, para el laboreo de su hacienda, a numerosos indios de los pueblos Tarahumaras, dedicándolos también a "pastores, baqueros, obrajeros, arrieros y pescadores". Quejóse Velarde de la desobediencia del Capitán de Conchos, culpándole de la invasión Apache-Zuma y de sus desastrosas consecuencias (San Felipe el Real, 21 de abril de 1746), en carta al Virrey, y Berroterán comunicó, casi al mismo tiempo, a Fuenclara (Conchos, 26 del mismo mes y año) que, si no había realizado su visita a los Tarahumaras, fue por haberse accidentado cuando comenzaba a hacerla; notificaba, además, que la frontera se hallaba infestada por la invasión conjunta de Apaches y Zumas, desde el Gila hasta los presidios de Sonora. El Virrey mandó que ambas cartas pasaran al Auditor, Marqués de Altamira, que, en su informe (México, 21 de junio de 1746) abundó en las mismas acusaciones de Velarde contra Berroterán y pidió a Su Excelencia que, por el Alcalde ordinario de primer voto de Chihuahua se recibiera información de la conducta de dicho Capitán, bajo pena de 2.000 pesos por cualquier omisión o contravención; que, ejecutadas las diligencias, se remitieran a la Capitanía General y se notificaría a Berroterán que, en el término de cincuenta

días después de la notificación, se presentara, en calidad de preso, en la misma Capitanía General, bajo pena de 6.000 pesos, para que declarase personalmente en cuanto llegara y explicara su proceder. El Fiscal se conformó con la propuesta del Auditor (6 de julio de 1746). Pero la cuestión no se resolvió hasta el tiempo del Virrey que acababa de desembarcar en Veracruz, Güemes. <sup>39</sup>

---

<sup>39</sup> Id. de id. id. Leg. 1.347. Testimonio de los autos fechos a consulta de D. José Velarde Cossío, Teniente de Gobernador de Nueva Vizcaya, sobre la visita ejecutada en los veinte y dos pueblos por D. José Berroterán, Capitán del Real Presidio de Conchos, cuaderno 6.º, fols. 1 a 41.





## XVII

### LAS MISIONES

“Siendo el publicar el Evangelio, desterrar la Idolatría y sacar de las tinieblas y errores en que vivían los Indios a la luz de la gracia —decía la Instrucción redactada por el Consejo para el Conde de Fuenclara— el principal motivo que empeñó a nuestros Cathólicos predecesores a su conquista y pacificación y a hacer tan crecidos gastos en la conducción a aquellos Reynos de Operarios Evangélicos y otros Ministros para su conversión y enseñanza, y hallándose ésta (por la Divina misericordia) lograda... tendréis particular cuidado en proseguirlo, dando y haciendo dar a las Justicias, para que puedan desarraigar la Idolatría, todo el favor y ayuda que hubieren menester los Prelados, Estado Eclesiástico y Religiones, en conformidad de las Leyes sexta, séptima, octava y nona del Título décimo nono del Libro primero, y de la Ley trigésima quinta del Título primero del Libro sexto de la Recopilación de las Indias...”.<sup>1</sup>

Ya la orden 5.<sup>a</sup> de 1575 había expresado de ejemplar modo el humano y religioso pensar de los Monarcas españoles diciendo: “...según obligación y cargo con que somos señor de las Indias, ninguna cosa deseamos más que la publicación y ampliación de la ley evangélica y la conversión de los indios a nuestra santa fe católica...”.<sup>2</sup>

La labor de Fuenclara en este aspecto de su gobierno fue importantísima y se halla resumida así, en su juicio de Residencia: “...está

<sup>1</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 515. Instrucción redactada por el Consejo de Indias para el Conde de Fuenclara. Buen Retiro, 31 de enero de 1742, fols. 51 v.º a 53.

<sup>2</sup> Luna, Antonio de: *El Derecho y la Hispanidad*, en “Ya”, 12 de octubre de 1941.

exuberantemente justificado, con muchos individuales casos, el notorio desvelo con que S. Exa. procuró la Propagación de Ntra. Sta. Fe cathólica y del Sto. Evangelio, la dilatazn. de los Dominios de S. M. y la Paz, y tranquilidad con que los conservó, solicitando el aumento de Misiones y Prezidios, trasplantándolos a Parages más abanzados del Gentilismo: Que providenció nuebos descubrimtos. y Pazificaciones, procurando se estableciesen nuevas Misiones y Doctrinas en diversas y remotas Provincias, quales son, las del Norte, Nueva México, los Texas y Sierra Gorda. Que dio principio a las Misiones del Masapil y que fomentó las entradas de los Misioneros a las Pimerías altas..., de suerte que, en el servicio de ambas Magestades, dedicó todas sus fuerzas y aplicó todo su conato, como si no vbiere tenido otras muchas cosas que atender...".<sup>3</sup>

Para evitar los abusos que se cometían bajo la capa misional, como se verá en la expedición de Escandón, que hubo de pedir se suprimieran varias, cuyo situado o asignación se cobraba, desde hacía varios años, sin que la misión existiera realmente, la Instrucción arriba citada recomendaba al Virrey: "...Y porque muchos Religiosos, con pretexto de pedir y solicitar otros de estos Reynos para Misión, vienen sin licencia, parecer, ni informe de los Virreyes, Audiencias y Ordinarios Eclesiásticos, por donde conste la necesidad de dhos. Religiosos y lo demás que se previene por la Ley primera, Título décimo quarto del Libro primero de la Recopilación, y se nos ha informado varias veces que muchos que anteriormente se han embiado para tan Santo Ministerio, con grande dispendio de mi Real Hacienda, no van a los parages y destinaciones, para donde fueron concedidos, quedándose en los Conventos principales, que, en aquellas Provincias tienen, y que, además de ellos, hay, en aquellos Conventos, gran número de Religiosos y tal, que pueden, muchas vezes, sin desfalco de los necesarios para su servicio y ministerio, proveer, no sólo las Misiones que actualmente tienen, sino también otras muchas que intentasen, por lo que se reconoce que, el pretexto de pedir Religiosos para Misión lo es las más vezes sólo para venir a estos Reynos los Procuradores en seguimiento de causas y negocios suyos propios de parte y amigos, y para conservar la alternativa que está mandada guardar en algunas de sus Provincias, y ir a la Corte de Roma a solicitar exempciones de sus Superiores, con que turban el orden y regla de

---

<sup>3</sup> A. gen. de Indias. Escribanía de Cámara del Consejo, Leg. 245. Cuaderno 6.º de la Residencia de Fuenclara, fols. 68 v.º y 84.

su Religión, advertiréis a los Prelados de las órdenes que no embíen a estos Reynos Religioso alguno, con el pretexto de pedir otros para Misión, ni le den licencia sin preceder la vuestra, con vuestro parecer y informe y el de la Audiencia y Ordinario del Distrito donde fuere el Religioso, al que, no sólo no se le permitirá el que lleve alguno de estos Reynos, sino que ni a él se le permitirá bolver a éstos; por lo que estaréis en la inteligencia de no dar permiso, constándoos que, en sus Conventos y Misiones, hay los Religiosos necesarios para su culto y servicio, y precisaréis a los Prelados a que provean las Misiones de los Religiosos que han ido de estos reynos para tan santo fin, sin consentir que se subroguen, en su lugar, otros menos hábiles y, las más veces, inútiles, vsando, para obligarlos a que así lo executen, del medio que os parezca más conveniente, pues, con ello, se conseguirá que la Real Hacienda no gaste las crecidas cantidades que se consumen, sin provecho alguno, en las Remesas de Religiosos, que éstos no anden vagando por aquellas Provincias, y que los que están de sobra en los Conventos y han ido de estos Reynos, se ocupen en vn exercicio tan santo y loable, como el de la Misión y Corvensión, a que fueron destinados...".<sup>4</sup>

No era fácil tarea el conseguir la fundación de una Misión entre los indios y no precisamente por la falta de medios materjales, ya que el Real Tesoro estaba liberalmente abierto para concurrir "por todos los medios posibles" al aumento y extensión de nuevas reducciones y conversiones, dando a los Misioneros "todos los socorros y auxilios que necesitaren pa. su más cabal y cumplido logro y efecto", ni tampoco por la falta de aspirantes a la cristianización, siquiera fuera, en principio, interesada, sino, porque, aparte de ser necesaria una acertada elección de lugar donde asentarla y de precisarse numerosos requisitos, como en toda administración bien organizada, existía una profunda y bien fundada desconfianza a semejantes peticiones de los indios que, generalmente, eran miradas con "alguna incredulidad", basada en la experiencia "de que, la mayor parte de las veces, los indios pedían que se les bautisase y se les diesen tierras donde establecerse y, recibidos los agasajos que se les daban, se iban y no parecían más...".<sup>5</sup>

Es característico, a este respecto, el informe dado por el Coronel Don Gervasio Cruzat y Góngora, que había sido Gobernador del Nuevo

---

4 Id. de id. México. Leg. 515. Instrucción citada, fols. 79 a 81 v.º

5 Id. de id. id. Leg. 1.341. Güemes al Rey. México, 24 de febrero de 1747.



México,<sup>6</sup> cuando se trató de fundar una misión entre los Navajos. Dice que hay que proceder con prudencia en las peticiones de conversión, porque "por lo general, son falazes, inconstantes y simulados en sus intenciones: esto lo digo para que se proceda... con toda madurez y seried. y, en comprobación de esto, deuo expresar a la superior Grandeza de V. E. que, hallándome de Governador del Nuevo México, vinieron vnos Yndios, que dixeron ser prinripales, de la Nación de los Xicarillas y me representaron que ellos y la Gente que estaua a su dirección, que componía el número de ochenta y siete personas, entre grandes y chicos, querían ser xptianos. y someterse a la obediencia del Rey, bajo su Rl. protección y les diese tierras para sembrar y establecer en ellas en el Paraje del Río de las Trampas, que está en el intermedio de los dos pueblos de Sn. Gerónimo de los Thaos y Sn. Lorenzo de Pecuries, cituados en el mismo Reyno de la Nueva México, y distantes vno de otro como siete leguas, y haviéndoles asignado las mismas tierras y paraje que pidieron y dado maíz para sembrarlas y algunas cosas para facilitar su sementera y haverlos mantenido a mis expensas parte de un Ymbierno y todo el subsiguiente Verano, distribuyéndoles a todos, chiços y grandes, vna razió de maíz cada día, hasta q. hizieron su coseha, y, luego que la levantaron, se fueron de la Noche a la Mañana todos a la Sierra, y nunca más se vieron: este caso práctico me ha parecido referirlo, por si pudiere servir de algún Norte para el cuidado con que deve tratarse el presente negocio...".<sup>7</sup>

Iniciábase el expediente para fundar la misión con las comunicaciones de los misioneros, consecuentes a la petición de los indios, al gobernador de la provincia respectiva y de éste al Virrey; pasaba S. E. todo a informe del Fiscal, que solicitaba el envío de los necesarios justificantes, se mostraba favorable o adverso, con razones, a veces sencillas, mas generalmente prolijas, a lo pedido, y requería aclaraciones sobre la distancia del nuevo establecimiento a la misión más inmediata, comprobación de la buena voluntad de los indios y noticias de su situación geográfica y productos naturales. Hacíase entonces una información documentada, a la que acompañaba un mapa o croquis aclaratorio y, si

---

6 Desde 1731 a 1736, según Bolton, Herbert E.: *Guide to the Materials for the History of the United States in the Principal Archives of Mexico*, pág. 473.

7 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.341. Testimonio adjunto a la carta de Güemes al Rey de México, 24 de febrero de 1747, fols. 55 v.º a 59, copia de carta de Cruzat a Fuenclara. México, 5 de enero de 1746.



todo se encontraba aceptable, se procedía a hacer el correspondiente presupuesto de gastos de la fundación, decretando, por fin, el Virrey que podía procederse a efectuar ésta.<sup>8</sup>

De ordinario se destinaban, anualmente, por vía de limosna, a cada misionero, de las Arcas Reales, trescientos treinta pesos para hábito, "chocolate, especies, y aun abujas, hilo y tisseras",<sup>9</sup> pero, para el establecimiento de una nueva misión se necesitaban, no sólo más dinero, sino una lista de géneros que eran, poco más o menos, los siguientes, que van con los precios entonces corrientes:

25 hachas carboneras .....	62'50 pesos	
15 " carpinteras .....	48	"
50 coas de marca .....	50	"
25 azadones, a 2 pesos .....	50	"
4 borretas, a 6 pesos una .....	24	"
1 ornamento, a 50 pesos uno .....	50	"
2 capas pluviales (una negra y otra blanca). .....	48	"
1 cáliz .....	30	"
1 misal de cámara .....	20	"
1 manual .....	1	"
1 mantel .....	10	"
1 palio .....	4	"
1 par de candeleros .....	3	"
1 ara consagrada .....	5	"
Media arroba de cera .....	12'50	"
2 vinajeras y una cruz .....	2	"
1 aceite para agua bendita .....	2	"
1 sobrepelliz .....	8	"
1 incensario .....	4	"
1/4 de arroba de incienso .....	2	"
2 campanas, una grande y otra chica .....	51	"
4 rejas de cubo y 4 rejas marquesotas, las 1. <sup>as</sup> , 16 y las 2. <sup>as</sup> a 20 reales .....	30	"
50 ovejas, con 4 carneros padres .....	54	"

8 Id. de id. id. id. El mismo testimonio adjunto a la citada carta de Güemes al Rey, folios 1 a 112.

9 Id. de id. id. id. Testimonio citado, fol. 29.

20 vacas, con un toro padre .....	88	pesos
8 bueyes para cuatro yuntas .....	100	"
6'25 mazos de abalorios .....	25	"
6'25 íd. de cordellinas y granates .....	12'50	"
6'25 gruesas de rosarios .....	18'75	"
3 gruesas de cascabeles .....	4'50	"
2'50 millares de agujas .....	3	"
1/4 de gruesa de tijeras chicas costureras...	4'50	"
1/4 de barril de vino .....	15	"
75 pesos para el avío y transporte de cada obrero .....	300	"
<hr/>		
Total .....	1.142'25	"

A esta cantidad había que agregar el flete de las arrobas que pesaran los avíos y el precio de las cajas, petates, lías, guangoches, hilo, cueros y manufactura de arriegos y demás menudencias.<sup>10</sup>

Y pronto se alzaba una nueva misión, con su pueblo de indios alrededor y todo del conjunto de servicios de un núcleo civilizado en embrión, con su iglesia, su gran patio misional, que más bien era una plaza de pueblo, porticada, con sus huertas, sus talleres y su escuela.

Se ve, pues, por la relación antedicha, que las misiones eran el germen de una colonia, a la vez cristiana y agrícola y que el misionero debía ser, a un tiempo, el padre espiritual y el maestro en las artes de la civilización; como escribía Fray Pedro Ignacio Pino a Fray Juan Miguel Menchero, era imposible que los indios pudieran romper y labrar las tierras sin la ayuda de "coas, hazadones, rejas, hachas" y más imposible que levantaran iglesias, fabricaran conventos e hicieran sus casas, "pues, para todo esto se necesita la herramienta: ellos no tienen de hierro nada, pues, con lo que siembran es con unas coítas de encino y, por esta causa, sólo siembran los arenalillos para no tener que escardar, razón por qué no logran vnas tierras tan admirables, como poseen, pues son bogodales, pero no tienen con q. arrancar el mucho romerillo y ramonales que, como fértiles producen, y así no las tocan...".<sup>11</sup>

<sup>10</sup> Id. de id. id. id. Testimonio citado, fols. 34 v.º a 35 v.º

<sup>11</sup> Id. de id. id. id. Dicho testimonio, fól. 37, copia de carta de Pino a Menchero. Misión de San Estéban de Acoma, 13 de junio de 1745.

Había que recurrir, según decía el P. Menchero "a la acreditada magnificencia (en la presente materia inimitable) de nuestros Soberanos, derivada cathólicamente, con mayor especialidad, del inraciable, ardiente celo de la propagación del nombre de Christo, del Señor Phelipe Segundo, de gloriosa memoria, a quien le pareció escasísimo precio, como así lo expresó al Supremo Rl. Consejo de las Indias, quando le consultó sobre la dexación de las Islas Philipinas y Países de Flandes, por infructíferas a la Corona, que, por el logro de vna alma o concervación de una hermita, se agotasen los Rs. Herarios, expreción que ella sola bastaua, aun sin otros innumerables hechos de su exemplar sin exemplar vida, a conciliarle el renombre que tanto llenó de Cathólico: realizando tan tierno, amable renombre y deseo santo del adelantamto. de las Misiones, la Magd. reynante... quien, heredando, en el nombre, el catholicísimo celo... prorrumpió y dispuso, en el Rl. Rescripto de treze de Nobiembre de setecientos quarenta y quatro, dirigido a otros Misioneros... que, para conseguirlo..., en todas las reducciones de Indios, se hallen los doctrineros duplicados... y... puede vno de los Misioneros hazer entradas en la tierra de los Infieles, para irlos atrayendo y ganendo, sin que queden los ya poblados sin la doctrina y régimen que se exercitan y les dará el otro Religioso... conviniendo asimismo el que, en las propias reducciones fronterizas, asista escolta de soldados, que guarden las personas de los Misioneros y los haga respectados de los Indios y que acompañen a los que hizieren entradas a los mismos fines, estando siempre a la obediencia de los Religiosos, sin emprender acción que ellos no les manden, porque algún castigo imprudente o invasión, no atemorize o auyente a los Indios...".<sup>12</sup>

La ceremonia de la fundación de la Misión era muy curiosa.

Tomaré como modelo la de la fundación (25 de abril de 1744) de la Misión de San Miguel de Conca por el gran Escandón. Dicho día, éste "estando en el campo, en el valle o llano, que llaman de Conca, hazda. o Trapiche de hazer Pilonsillo, que pertenece a el Capitán de Cauillos Corazas dn. Gaspar Fernández de la Rama, a el Poniente de ella, para efecto de fundar la Misión que está mandada por el Exmo. Señor Virrey de esta Nueva España, en Despacho de veinte y dos de febrero de este corriente año, con los Indios Mecos Pames, que havitan

<sup>12</sup> Id. de id. id. id. Dicho testimonio, fols. 29 v.º a 31. Copia del informe del P. Menchero al Virrey. Hospicio de Santa Bárbara, 20 de noviembre de 1745.

en las rancherías de estos cortornos, las de Amatlan e Imbonaga, la que, con otros, se ha de entregar a los Religiosos del Apostólico Colegio de Propaganda fee de Sn. Fernando de México, habiendo hecho vista de ojos en las tierras que en aquellos contornos ay, más a propósito para la expresada fundación, acompañado del Mui Rdo. Padre fray Pedro Peres de Mezquía, Religioso de nuestro Seráfico Padre Sn. Franco. de dicho Apostólico Colegio”, del Capitán Fernández de la Rama, del Teniente Protector de las Misiones de Sierra Gorda, Don Vicente Xavier Perusquia, de los Indios Mecos y de muchos oficiales y soldados, procedió a la fundación de la dicha Misión en el lugar donde había un cerrito o loma larga, que iba casi de Oriente a Poniente, a poca distancia de un ojo de agua, que se calculaba produciría veinticinco surcos, el cual nacía al N. E. de dicha loma y acababa a corta distancia del caudaloso río de Concá. La Misión se compondría de ciento cuarenta y cuatro familias, formadas por 439 personas, a cuyo número podrían irse agregando otras varias, que aún quedaban desparramadas en las serranías. Les asignó para tierras de siembra y pasto de ganados una legua cuadrada, que se midió desde una estaca de palo clavada a menos de media legua de las casas de la hacienda de Concá, en cuyo paraje se abrió, en el monte, un callejón, que corría de N. a S. desde la orilla del río de Concá, que quedaba al S., hasta una barranca que llamaban del Mal País, por el N. “y fue hasta donde llegaron los cien cordeles de a cinquenta varas, que deve tener por este rumbo, cuya medida se empezó desde dha. orilla del Río hasta el mencionado Paraje que llegaron, habiendo pasado por sobre vnos cerros, hasta donde está una majada, que llaman el mal Paíz, en la expresada barranca... a la orilla del camino que va para la Misión de Lagunillas, donde se puso vn montón de piedras y una Cruz, por mojonera...”. Estuvo presente a esto el Capitán Fernández de la Rama. Desde esa estaca se había de medir el sitio destinado a ganado mayor para Poniente y se llegó a él, midiendo, con diez y siete cordeles y medio de tierra llana “la más metida en lauor y sembrada de caña, a la orilla del río”, que daba vuelta desde la estaca hacia el S. El Teniente Capitán General de la Sierra Gorda, Don José Escandón, suspendió la medición comenzada, por serle preciso entender en otros asuntos del servicio de S. M. y porque, por los tres vientos de Poniente, Sur y Norte “no ay ningún interesado a quien puedan perjudicar, por ser tierras realengas...”. El ojo de agua, que



estaba dentro de esa calle, fue dividido, por mitad, entre los indios y el Capitán Fernández de la Rama, para que éste y aquéllos pudieran regar, mediante dos acequias del mismo caudal.<sup>13</sup>

Al día siguiente, hallándose Escandón en el paraje de la nueva fundación, por medio del indio meco Don Baltasar Coronel, "ladino en lengua castellana", que había servido de intérprete en todas las diligencias que se había ofrecido, mandó se hiciese la elección de Gobernador, de dos Alcaldes, de un Alguacil Mayor y de un Topil, lo que ejecutaron unánimes los indios, dando todos sus votos, para Gobernador, a Mateo Alonso; para Alcaldes, a Lucas Martín y Gaspar Alonso; para Alguacil Mayor, a Nicolás Nilo, y, para Topil, a Matías Alexandro. Escandón aprobó la elección y, después de haberles instruido en lo que tocaba a los oficios que se les confería, en una breve alocución, les entregó las varas de su mano, "con lo que quedaron todos mui gustosos". Luego, el Muy Reverendo Padre Presidente, Fray Pedro Pérez de Mezquía, que se halló presente a todo, nombró su Fiscal Mayor a Lorenzo de la Cruz, con lo que quedó concluido el acto de las elecciones en dicha Misión, a la que se puso por nombre San Miguel de Concá, levantándose el acta correspondiente, que firmó Escandón y que certificó José Díaz Maldonado, Secretario nombrado de Guerra.<sup>14</sup>

Luego se dio la posesión de la Misión al Teniente Protector y se anotó el padrón de los habitantes hecho el día 25 por el mismo Escandón. El Ayudante Don Francisco Romero, estando en los llanos, llamados de Concá, junto a una estaca que se hallaba puesta en el camino que iba desde la hacienda de Rama hasta el río, en medio de una calle o camino que se abrió a mano, y que corría desde la citada estaca, de S. a N., hasta la majada del Mal País, y, para el S., desde dicha estaca, por medio de una suerte de caña, hasta llegar al río, entre cuyos dos términos midió dos cordeles, de a cincuenta varas, de S. a N., e hizo poner dos mojoneras de piedra suelta, y desde el dicho lindero para el Poniente, dio posesión de la Misión y de sus tierras a Perusquia. En la Misión se incluyeron varios pedazos de tierra, que tenía sembrados de caña el Capitán Fernández de la Rama y otros preparados para el mismo cultivo. También le dio posesión del ojo de agua, por la mitad correspondiente a la Misión, en nombre del Rey, en forma de derecho,

<sup>13</sup> Id. de id. id. Leg. 1.342. Testimonio de los Autos fechos sobre la fundación de la Misión de San Miguel de Concá..., fols. 1 a 3.

<sup>14</sup> Id. de id. id. id. Dicho testimonio, fols 4 y v.º

y, en señal de esa toma de posesión, Perusquia "tiró piedras, arrancó yerbas e hizo otras demostraciones de verdadera posesión, sin contradicción de persona ninguna", a lo que estuvieron presentes el P. Pérez de Mezquíá, el Capitán Fernández de la Rama, el Caudillo Matías de Zaldívar, el Gobernador, su República, los indios mecos y otras muchas personas. Comprendía la nueva Misión a Concá y las rancherías de Ayutla, Amatlán e Imbonaga, y sus pobladores empezaron en seguida a construir sus pobres chozas o xacales y a llevar a ellos los bienes que poseían. Y Escandón, a causa de lo avanzado del tiempo, les permitió que fueran a cuidar de sus milpas, previa licencia del Padre Misionero y de su Caudillo, y bajo condición de que no faltarían, el domingo por la mañana, a la Doctrina y al Santo Sacrificio de la Misa.<sup>15</sup>

El salario de 330 pesos al Misionero se pagaba cada tres años: con tan mezquina paga tenía que sufragar los gastos de su persona y de la iglesia. Al ser destinado a una misión, el religioso tenía que recorrer, muchas veces a pie, cincuenta, cien o trescientas millas, según los casos, hasta el nuevo y desconocido punto. Algunas veces le acompañaba una escolta de tres o cuatro soldados españoles, pero, a menudo, tenía que recorrer el peligroso camino enteramente solo. Sus nuevos feligreses le recibían, algunas vez, con una lluvia de flechas; otras, con un hosco silencio. Lo primero que tenía que aprender era su extraña lengua. Enteramente solo, tenía que depender de sí mismo y de los favores que, de mala gana, le hacía su rebaño para las necesidades de la vida. Si rehusaban darle alimento, tenía que morir de hambre. Si enfermaba o se imposibilitaba, no tenía más enfermeros ni doctores que los indios. Estos debían contribuir a los gastos del misionero, dándole el diezmo y las primicias de los frutos, como lo habían dado siempre anteriormente a sus caciques paganos. Esto no era una pesada carga para el indio, puesto que esas cantidades se abonaban por familia y no por individuo, y, en cambio, mantenía al misionero con un modesto pasar. El tributo en especie que llevaban al padre consistía en maíz, judías y calabazas, con sólo un poco de carne, cuando la conseguía cazando. El misionero dependía también de su voluble feligresía para que le ayudase a cultivar su pequeña huerta, le proveyese de leña con que guisar y calentarse, y, hasta para que le proveyese de agua, que, a veces había que ir a buscar a largas distancias. Dependiendo de gente tan

---

<sup>15</sup> Id. de id. id. id. Dicho testimonio, fols. 4 v.º a 7 v.º

poco segura, se exponía, con frecuencia, a sufrir de hambre y de frío. En cambio de su recelosa ayuda material, el misionero tenía que convertirlos a la fe católica, enseñarles a leer y escribir, a cultivar mejor sus tierras y a darles los primeros rudimentos en todas las artes de la civilización.

Hasta el año 1700 —dice Lummis, de quien he tomado la mayor parte del anterior párrafo— “cuarenta de esos pacíficos héroes grises habían sido inmolados por los indios en Nuevo Méjico; dos de ellos por los apaches y los demás por sus respectivas congregaciones... Todavía en el siglo pasado (XVIII) algunos misioneros fueron misteriosamente envenenados con tósigos secretos, arte diabólico en que los indios eran y son aún muy duchos y, cuando había muerto el misionero, los indios incendiaban la iglesia”.<sup>16</sup>

Y la piedad de los indios fieles a la memorias de aquellos héroes del Cristianismo rodeaba pronto a su glorioso martirio de prodigios, apariciones y toda una serie de maravillosos sucesos que nos transportan a las más encantadoras páginas de la Leyenda de Oro, de Jacobo de Voragine.

Cuando, en 1781, se hizo información sobre la matanza de cuatro misioneros por los indios Yumas, se encontró los cuerpos de los mártires “casi frescos y enteros y que, a orillas del sitio donde estaban sepultados, había nacido mucha manzanilla muy olorosa, con la circunstancia de que los que asistieron con dicho Capitán aseguraron que no habían visto en todas aquellas inmediaciones... Repararon —dice más adelante la misma información— los soldados de la expedición que iban recogiendo los difuntos, en un tramo de tierra que estaba verde (entre la demás quemada) toda vestida de sacate verde y matizada de flores de varios colores, las unas conocidas y las otras no; había, entre ellas, la maravilla... Entre las cosas particulares que constan de las declaraciones y en ellas se contienen y he leído, es una la siguiente, que no omito por ser más particular: dice que “en el Bicuñer, después de haber sucedido el incendio de las Misiones, luego que entraba la noche, se veía una Procesión de gente vestida toda de blanco, con velas en las manos, encendidas, y delante su Cruz con ciriales, y daban vueltas alrededor del recinto en donde había estado la Misión, y que cantaban no saben qué y que, después de haber dado muchas vueltas, desaparecían, y que

---

16 Lummis. Ch. F.: *Los exploradores españoles del siglo XVI*, págs. 135 a 138.



esto lo vieron muchas noches, no sólo los Christianos, sino también los Gentiles y que a éstos les causó tal horror e infundió tal temor, que desampararon sus tierras y se mudaron ocho leguas más abaxo, también a la orilla del río: allí llevaron los cautivos Christianos, aunque a éstos no causó dicha visión ni horror ni temor, sino alegría".<sup>17</sup>

Al cesar en sus funciones el Conde de Fuenclara, las Misiones eran, en el Virreinato de Nueva España, en número de doscientas cuarenta y tres, distribuidas en esta forma: 114, de jesuitas; 121, de franciscanos, y 8 de San Fernando y San Diego. Los franciscanos tenían 12, en Santa Catalina de Río Verde; 34, en San Pablo de Nuevo México; 11, en Jalisco; 29, en Texas y Coahuila; 33, en Zacatecas, y 2, en Sierra Gorda. La orden de Propaganda Fide o de San Fernando tenía 5 misiones en Sierra Gorda; la de San Diego, 3, en el oriente del Río del Desagüe.<sup>18</sup>

Por la sagrada Compañía de Jesús —dice Villaseñor— se mantienen ocho misioneros en la provincia de los Nayaritas; otro, en la Nueva Vizcaya, en los Conchos y Chinarras, que son Santa Ana y San Francisco Javier; dos, en las misiones de los indios Cabezas y Babosariguanes; cuatro, en la Sierra Madre, en términos de Tarahumara y Sinaloa; seis, en dicha Sierra Madre, en Chinipas, Ecoras y Horrallos; cuatro, en Santa María Conspora, Tecubatia, Coccochea y Teopati, en la provincia de Sonora; uno, en las cuevas de San Lorenzo, provincia de los Tarahumares; tres, sobre la costa cercana a California, en los Cucurpes y Emeres; otro, en la Tarahumara y Baisboda; cincuenta y nueve, repartidos en la provincia de Sinaloa; tres, en San Luis de la Paz y San Marcos; dos, en San Felipe de Tarahumara; cuatro, en los parajes de Guimas y Pimas; seis, en los Tarahumares cercanos a la California; siete, en las misiones de los indios Cabezas y Bobariques; y cinco, en la Sierra de Ostlan, de Tarahumares y Tepehuanes".<sup>19</sup>

Una de las provincias en que más se ejercitaba el celo evangélico de los misioneros era la de Nuevo México, de cuya descripción geográfica, destinada a suministrar datos para la obra estadística del Contador General de Reales Azogues, Don José Sánchez Villaseñor, fue encargado, en virtud de orden del Virrey Fuenclara, el P. Juan Miguel Men-

<sup>17</sup> Arricivita, Juan Domingo: *Crónica seráfica y apostólica del Colegio de Propaganda Fide de la Santa Cruz de Querétaro*, págs. 512 y 513.

<sup>18</sup> Villaseñor y Sánchez, J. A.: *Theatro Americano*, I, págs. 26 y 27.

<sup>19</sup> Id. íd. ob. cit., I, pág. 27.



chero. Se convino en que éste visitaría el Reino de Nuevo México, sus ciudades, villas, pueblos parroquiales, haciendas, ranchos y misiones. Ejercía, a la sazón, los cargos de Procurador General de la Orden de San Francisco, Predicador General Apostólico, Calificador del Santo Oficio de la Inquisición y Notario Apostólico y había sido Custodio de la Sagrada Provincia del Santo Evangelio y Visitador de la Custodia de la provincia de San Pablo del Nuevo México. La Relación que hizo, en su declaración, hace la descripción de todo el Nuevo México desde sus fundaciones y progresos hasta que él fue Procurador General: está fechada en Santa Bárbara en 10 de mayo de 1744.<sup>20</sup>

La capital de Nuevo México, Santa Fe, estaba situada en terreno alto, bajo el cual corría un cristalino río, lleno de truchas, que, aunque pequeñas, eran muy sabrosas y tan buenas como las de España. Había allí unas 127 familias españolas y pocos indios. El clima era como el de Castilla la Nueva y, entre sus productos, figuraban melones, sandías, cohombres y todos los árboles frutales de España. Los Sacramentos eran administrados por dos religiosos de la misión situada allí, en la que también había un presidio o guarnición, con gobernador y soldados. A ocho leguas al O. de la capital estaba Santa Cruz de la Cañada, ciudad habitada por cien familias españolas. El religioso que la gobernaba espiritualmente estaba, por entonces, construyendo una suntuosa iglesia que no costaba al Rey ni medio real por sus materiales ni por su construcción. Cercanos a la capital estaban los ranchos de Chama, Río del Oro, Santa Rosa, Abiquí, Ojo Caliente (abundante en piñones, que llamaban en México nueces de Cambray), Nuestra Señora de la Soledad del Embudo (rancho llamado así porque su entrada era a través de un estrecho paso), Taos de las Bocas y de la Alameda, situado en una llanura enteramente cubierta de álamos en una extensión de cuatro leguas. Cita luego la villa de Alburquerque y el pueblo de Atrisco; las misiones de indios de Tesuque, Nambé, San Ildefonso, San Juan de los Caballeros (cuyos indios eran llamados *Caballeros* porque ayudaron a los padres en la conquista espiritual en el año de la reconquista), Pecuaries, Taos, Pecos, Galisteo, Santo Domingo, Cochití, San Felipe, Santa Ana, Zía, Xemes, Laguna, Acoma "situada en una alta roca, en que ellos habían construido dos cisternas para agua...", Zuñi, San Agustín

---

<sup>20</sup> Bandelier, Adolpt F. A. y Bandelier, Fanny R.: *Historical documents relating to New Mexico, Nueva Vizcaya and Approaches Thereto, to 1773*, collected by, vol. III pág. 395.

de la Isleta (a treinta leguas al S. de la capital), Nuestra Señora de Guadalupe del Paso (donde había un presidio con cuarenta soldados, mandados por el Capitán Don Alonso Victores Rubín de Celis, muy celoso del real servicio), San Lorenzo, San Antonio Zenecú, San Antonio de la Isleta, Nuestra Señora del Socorro, Nuestra Señora de las Calvas, hacienda de la Ranchería (fundada por el dicho Capitán Victores), ranchos de Ojo Caliente y Carrisal de la Peña y misión de la Junta de los Ríos.<sup>21</sup>

En la evangelización de la provincia de Moqui se singularizaron el P. Fray José Antonio de Miranda, que gozó fama de santidad; Fray Carlos Delgado y Fray José de Irigoyen, el primero de los cuales, en las muchas entradas que hizo, no logró más que el mérito correspondiente a su apostólico celo. Los otros dos se atraieron algunas familias de Oraybi y a los Tiguas, que, desde el alzamiento general, vivían pagamente en dicha provincia "porque Dios, para salvar estas almas, permitió una grave discordia sobre la elección de cacique en Oraybi, por la que, dividido en dos partidos, tomaron uno contra otro las armas y quedando el menos poderoso (que se componía de dichas familias y de otras, que, o desistieron con tiempo o perecieron) odiado de su contrario y temeroso de otros encuentros, se refugió a la pequeña meza en que estaban los Tiguas, ya también antecedentemente indispuestos con lo más de la Provincia. De esta ocasión tan bella se valieron oportunamente los dos sobredichos Padres, y, quando governava Dn. Gaspar Domingo de Mendoza,<sup>22</sup> aseguraron en el gremio de la Iglesia a los Moquinos y Tiguas referidos, que hoy componen el Pueblo de Zandía. Mas viendo el común enemigo que las discordias, que él mismo suscitaba para maior ruina de aquellas miserables Almas, convertía el Altísimo, por medio de sus Ministros, en beneficio de ellos, inventó su malicia nuevos modos de impedir la fructificación del grano Evangélico... Por lo qual, desde el año de 41, en que se bajaron los Moquinos y Tiguas sobredichos, han trabajado, sin fruto de conversión alguna, los R.R. P.P. Fr. Miguel Manchero, Fr. Juan de Toledo y Fr. Mariano Rodríguez de la Torre... Y aunque los P.P. Fr. Tomás Murciano de la Cruz y Fr. Pedro de el Pino tuvieron una ocasión, muy semejante a la referida, para reducir a los Tanos, y procuraron no omitir diligencia para aprovecharla... sólo

<sup>21</sup> Bandelier: Ob. cit., III, págs. 398 a 407.

<sup>22</sup> Gobernador de Nuevo México de 1739 a 1743. Bolton: Ob. cit., pág. 473.

consiguieron bajar ocho familias de dichos Tanos. De que resultó dificultarse más la reducción de aquella rebelde Provincia...".<sup>23</sup>

Una Real Cédula de 20 de noviembre de 1741 ordenó al Virrey que el situado de Florida y de sus misioneros y doctrinas se remitiese en dinero efectivo. En obediencia de ella, Fuenclara dispuso que se asentase y pasase a los Oficiales Reales de México y Veracruz, enviándose el caudal efectivo de un año entero, desde este puerto al de la Habana, por la Armada de Barlovento.<sup>24</sup> La Real Cédula mandaba que se remitiese el situado de las misiones de franciscanos de Florida al mismo tiempo que el de la guarnición de San Agustín. Ambos estaban consignados sobre las alcabalas de Puebla, y los misioneros tenían en esta ciudad su síndico, que remitía a los Padres los géneros en que se refundía el caudal, correspondiendo 200 pesos a cada religioso. El procurador de los misioneros pidió que, en vez de darse a cada uno de ellos esa cantidad, conforme a la nueva regia disposición, se les diesen nominalmente los géneros prescritos por S. M. Esta pretensión se sustentó, con audiencia del Fiscal e informe de los oficiales reales y, procediendo a valorar los géneros, resultó ser el importe de ellos 332 pesos y 4 reales para cada religioso. Visto esto y lo pedido por el Fiscal, Fuenclara dispuso, por decreto de 10 de marzo de 1746, que se pagasen a cada misionero 300 pesos en vez de 200.<sup>25</sup>

Pocos días antes de la llegada a México del Conde de Fuenclara, el dicho Gobernador de Nuevo México, Don Gaspar Domingo de Mendoza, escribía al Comisario General franciscano, Fray Pedro de Navarrete (Santa Fe, 31 de octubre de 1742): le hablaba de los esfuerzos de Fray Carlos Delgado para convertir al cristianismo a los indios del Moqui y le comunicaba que había conseguido hacerlo, en unión de su compañero fray Pedro Pino, con doscientas veinticinco mujeres y doscientos sesenta hombres. Del 16 de noviembre del mismo año es otra carta, escrita, desde San Felipe de Albuquerque, por Fray Ignacio Pino (que es el mismo que Fray Pedro Pino, llamado en los documentos Fr. Pedro Ignacio Pino) al Comisario General franciscano, ya citado, hablándole de la misma entrada en el país de los Moquis de que trataba la misiva de Mendoza, hecha por él y por Fray Delgado.<sup>26</sup>

<sup>23</sup> Carta de Fray Silvestre Vélez de Escalante al Ministro Provincial Fr. Isidoro Murillo. Zúñi 6 de mayo de 1776. Maas, O: *Viajes de Misioneros...*, págs. 80-83.

<sup>24</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 508. Fuenclara al Rey. México 3 de enero de 1743.

<sup>25</sup> Id. de id. id. Leg. 1.344. Güemes al Rey, México 15 de marzo de 1748.

<sup>26</sup> Bandelier: Ob. cit., III, págs. 388 y 389.



La época del gobierno de Fuenclara fue muy fecunda para las misiones, y todos los años registran notables progresos en la magnífica obra civilizadora de España y de sus religiosos.

A principios de 1743 aparece la bella figura de Don José Escandón, el civilizador de los indios que habitaban los riscos de la Sierra Gorda, labor que se prolonga durante los gobiernos de Fuenclara y de Güemes, primer Conde de Revillagigedo.

Nacido en Soto la Marina, en las montañas de Burgos, en 1700, llegó a Mérida del Yucatán en 1715, empezando a servir a S. M. como cadete en la Compañía de Caballeros Montados Encomenderos, tomando parte en la guerra para desalojar a los ingleses de la Laguna de Términos. En 1729 pasó a establecerse en Querétaro, como Teniente de una de las Compañías de aquel Regimiento de Milicias, cuyo empleo sirvió, como el anterior, a su costa, para rechazar a los indios que hostilizaban aquella frontera desde la Sierra Gorda. Había aquietado, en 1727, la sublevación de los de la jurisdicción de Celaya y, en 1728, el Marqués de Casafuerte le nombró Sargento Mayor del dicho Regimiento. Hizo, desde entonces, varias entradas en la Sierra Gorda. En 1740, fue nombrado Coronel del mismo Regimiento de Querétaro y, en 1741, Teniente de Capitán General de la Sierra Gorda y sus fronteras.<sup>27</sup>

En 1735 y 1736 pacificó varias familias de indios mecos de la nación Jonás, que era "la más indómita y bárbara de aquel territorio", acabando con los robos, homicidios y ultrajes que cometían en los lugares circunvecinos. Además se hicieron tan dóciles en el lugar llamado San Cristóbal de Media Luna que, de él, pasaron a congregarse a las misiones de San José Vizarrón y de Zimapán sin violencia, porque tenían ya experimentado que Escandón les trataba con suavidad y cariño, atrayéndoselos con dádivas de maíz y otras cosas que, a su costa, les daba para atraérselos, ayudando también a ello el "gran miedo y respecto que le tienen, por la facilidad con que sauen puede castigar sus excesos...".<sup>28</sup>

Hízose la fundación de San José Vizarrón el 12 de julio de 1740, pero, dos años después, doce familias que formaban parte de ella, fueron inducidas por otros indios de la misión de San Pedro Tolimán, a pasarse a ésta, resultando de ello la enemistad entre ambas misiones y que

<sup>27</sup> Tienda de Cuervo, José: *Inspección del Nuevo Santander*, pág. 303. Relación de méritos de Escandón.

<sup>28</sup> A. gen. de Indias, México. Leg. 1.342. Testimonio de diligencias... en Xalpán. Querétaro 23 de febrero de 1743.



la Audiencia Gobernadora encargara a Escandón de visitar personalmente las misiones en cuanto amainara el temporal de aguas. Esta visita no se efectuó hasta enero de 1743: en ella mantuvo a todo su séquito a sus expensas todo el tiempo que duró la entrada y visita, en la que se anduvieron más de ciento cincuenta leguas, gastando gran cantidad de pesos de su caudal, como lo había practicado siempre.<sup>29</sup>

La estación rigurosa de las aguas no permitía transitar las malezas de aquel terreno y vadear los ríos, pero, decidido Escandón a verificarlo, sobre todo en vista de las divergencias existentes entre las dos misiones citadas, comenzó su visita el 7 de enero de 1743, llevando consigo a los religiosos P. Fray José Ortiz de Velasco, Comisario de las Misiones de Propaganda Fide del Colegio Apostólico de San Fernando, varón "verdaderamente apostólico y muy práctico en la reducción de los Indios", y Fray José García, compañero suyo, "de notoria virtud", y, para la seguridad necesaria y lo que se ofreciera operar, una Compañía de cincuenta montados de aquella frontera, con varios oficiales de su satisfacción, destacando algunos piquetes de soldados de las otras para los parajes que se tuvieran por necesarios, ordenando a las demás que estuviesen prontas para lo que fuese ocurriendo. Y, como era necesario actuar en dichas misiones y entrada, nombró Secretario de Guerra al Capitán más antiguo, Don José Díaz Maldonado, persona de toda su confianza.

El 8 de enero visitó la misión de Santo Domingo Soriano, a ocho leguas de Querétaro, la cual había estado a cargo de los dominicos y que se hallaba tan próxima al pueblo de San Francisco Tolimanejo, que sólo mediaba un arroyuelo entre unos y otros indios. Constaba de siete familias "de gente de razón" (blancos y mestizos), con treinta y dos personas; cincuenta y siete de indios otomites, con ciento sesenta personas, y cuarenta y ocho de mecos, con ciento setenta y una, todas muy unidas. Aconsejó Escandón, en su informe al Virrey, que quedara sólo el Cura, que era franciscano, cesando el sueldo asignado al misionero, para emplearlo en otras misiones.

El 10 visitó la misión de San José Vizarrón, a doce leguas de la precedente, situada en un hermoso llano, con buenas tierras de siembra y pastos: tenía, para su resguardo, un piquete de siete soldados y un cabo. Había allí treinta y seis familias de la nación de los Jonas, con ciento

---

29 Id. de id. id. Testimonio de... la fundación de Conzá, fol. 207 v.º

veintitrés personas: todas ellas sabían muy bien la doctrina y estaban instruidas en los misterios de la fe católica; iban limpias y aseadas en sus vestidos, a la moda de los naturales y tenían abundantes provisiones de maíz, frijol, chile y otros productos, todo debido al esmero de los misioneros, que proveían a los fieles de avíos del campo y se cuidaban de que las mujeres se ocuparan en los ejercicios domésticos de guisar, hilar y tejer. Había una capilla decente, vivienda y oficinas de la misión. Estaba bien abastecida, con catorce yuntas de bueyes, algún ganado mayor y menor y ocho mulas, aparejadas para conducir a ella los frutos del campo, a cuyo cultivo y siembras asistían personalmente dos Padres sacerdotes y un lego. Creía Escandón que, en breve plazo, podrían pagar el real tributo, quedando lo que era misión reducido a un lindo pueblo.

El 14 de enero fue la visita a la de San Pedro Tolimán, a diez y nueve leguas de la anterior. Contaba con veinticuatro familias de jonases, incluidas en ellas sesenta y siete personas, bien instruidas en los misterios de la fe. Había sido fundada por los Padres del Colegio Apostólico de San Francisco de Pachuca y por Escandón, en 1740. Estaba situada en una barranca, con buen clima, aguas, nopales, leñas, magueyes y otros mantenimientos silvestres apetecidos por los indios, pero sus tierras eran escabrosas y poco fructíferas, por lo que convenía se le asignaran más. Era presidente de la misión Fray Juan Antonio Velasco, religioso descalzo de la provincia de San Diego y los indios asistían a diario a la misa y doctrina. Escandón acabó allí con la discordia existente con los misioneros de la de Vizarrón, haciendo que la india Josefa fuera devuelta a esta última misión y, en lugar de Labra, dio comisión allí al Capitán Don Cayetano de la Barrera "persona de toda satisfacción y común aceptación, así de vecinos y soldados, como de las Naciones de Chichimecos, que vnos y otros quedaron muy gustosos con esta providencia". El auto correspondiente se redactó el 15 de enero de 1743, en el Real y Minas de Zimapán, declarándose, por él, que esta misión, como todas las de la Sierra Gorda, quedaban bajo el cuidado y la protección del Capitán Barrera. El mismo día 15, Escandón hizo que se juntaran los misioneros de Tolimán y Vizarrón y "quedaron amistados".

El 17 de enero visitó la misión de San Juan Bautista Pacula, con sus rancherías de Espropusco, Xiltapán, Santa María Mecatlán, Giliapa y Xacula. Dependía de la jurisdicción de Cadereita y se hallaba a quince leguas de Tolimán. Allí se detuvo tres días. Estaba a cargo de los agustinos y comprendía treinta y cuatro familias de españoles, mestizos y

mulatos, con 178 personas, y setenta y cuatro de mecos, con 304 personas (que habitaban las rancherías de Pacula, distantes una legua de la misión); ochenta y cuatro de mecos, con 372 personas, en las rancherías de Gilitipa, a tres leguas; setenta y tres, también de mecos, con 282 personas, en las rancherías de Santa María de Mecatlán de los Montes, a nueve leguas de la misión, y cincuenta y dos familias de españoles, con 306 personas, que vivían de sus labores, en el distrito de Jacala y Otupilla, a cinco leguas de la misión: en total, 86 familias de gente de razón, con 477 personas, y 303 familias de mecos pames, con 1.234 personas. Había sido fundada ya en 1583 y se habían invertido allí grandes cantidades de la Real Hacienda. Pero se hallaba en estado lastimoso: tenía por iglesia un feo jacalón; los indios, reunidos por Escandón para ver si estaban instruidos en los misterios de la fe, no sabían ni persignarse, excepto el gobernador, que sabía muy mal el Padre Nuestro y el Ave María, y trece chiquillos, a los que, cuando se anunció la visita de Escandón, reunió el misionero desde mayo de 1742, poniendo a un joven para que les enseñara la doctrina, que anteriormente no se enseñaba y así sabían mal el Padre Nuestro y el Ave María. El Capitán Protector Barrera refirió que los indios seguían con su costumbre de enterrar a sus muertos en barrancas o de quemarlos; que la gente de razón, que se había agregado a la misión, se había ido tomando, por autoridad propia, las tierras que había en el recinto de ella, para siembras y ganados, sin permitir que las sembraran los indios, por lo que éstos andaban dispersos, viviendo bárbaramente en cerros y bosques "huyendo de los agravios que les hacen"; que entre esos sujetos estaban los llamados Gaspar Baena, Andrés Hernández, Juan de Zúñiga y Lorenzo Andabulo, "de calidad coiotes y mulatos, vendedores de vingarrotos y tepache" y otro llamado Diego Guerrero, que también había vendido públicamente vino y tepache, los cuales, con sus embriagueces y escándalos, tenían horrorizada a la misión y daban mal ejemplo a los indios, a quienes habían contagiado del mismo vicio; pidió también que se desterrara de la misión, a la que pervertía, a Don José de Miranda. De la información hecha por Barrera resultó, además de lo dicho, que los domingos que había misa, asistían a ella, a lo más, diez indios; la misa se celebraba sólo cada quince días; la enseñanza de la doctrina se había dejado desde el tiempo del Presidente Fray José de Reyna, que se marchó en 1739; que de los escándalos causados por los cuatro vendedores de bebidas citados, habían resultado varias muertes; y que no se respetaba al mi-



sionero. El día 19, Escandón hizo notificar al Gobernador, sus Alcaldes y Ministros que, desde ese día, mudaran sus jacales al contorno de la iglesia, poniéndolos en tal orden que formaran calles y que eso se hiciera en el término de ocho días, amenazándoles, en caso contrario, con proceder contra ellos con toda severidad; que los indios asistieran a la misa todos los días de fiesta, en presencia del Caudillo que nombró y de seis soldados que quedaban con la obligación precisa de ir a buscar a los indios que faltaran y hacerlos asistir; también notificó al P. Fray Miguel de León, Presidente de la misión, que le rogaba dijera misa todos los días de fiesta, a hora competente, para que la oyeran todos los vecinos, y que, todos los días, enseñara la Doctrina Cristiana a grandes y chicos de ambos sexos; ordenó a los taberneros Baena, Zúñiga, Andabulo y Guerrero que salieran desterrados de la misión en el término de quince días, so pena de ser enviados a un presidio ultramarino, y perdonó a Hernández, esperando se enmendara y no volviera a vender en su casa bebidas prohibidas. Convencido Escandón de que, además de la aversión que tenían los indios a sujetarse a instrucción, habían contribuido al mal estado de la misión los misioneros, que no habían cuidado de cumplir con su deber y se habían excedido obligando a los indios a sembrar, sin darles estipendio alguno, milpas de los mismos religiosos, cuyos frutos les habían hecho conducir sobre sus hombros "para su venta al Real de Zimapán, distante quince leguas de mui mal camino", sin atender al bien espiritual de sus neófitos, por lo que éstos huían a los bosques, resolvió quitar la misión a los agustinos y entregarla a los religiosos del Colegio de Pachuca, agregándole las rancherías de Cerro Prieto, Pastla, Tampococho y otras inmediatas, que reconocían a la misión de Chapulhuacán, distante quince leguas de ellas: eran de la jurisdicción de Mestitlán y vivían "tan escasas del pasto espiritual" que el misionero sólo la visitaba una vez al año, celebrando, después de Difuntos, en una enramada, el Santo Sacrificio de la misa, cobraba los derechos que percibía de los indios y se volvía a Chapulhuacán hasta el año siguiente. "Y con esta peregrina diligencia —escribe Escandón— es moralmente imposible el que los Indios puedan sauer la Doctrina xptiana que totalmente ygnoran, ni vivir como cathólicos, sino entregados a los vicios y sumergidos en el Barbarismo". Proponía, por ello, fundar una nueva misión, en la falda de Cerro Prieto, donde había clima templado, agua suficiente y tierras fértiles; así podría cesar el sueldo —si lo percibía— del misionero de Chapulhuacán, que era el agustino Fray José de Reyna,



entregando el nuevo establecimiento a los religiosos del Colegio de Pachuca; confiaba en que allí podría surgir una gran población, porque el terreno era fértil y los indios eran dóciles e inclinados al trabajo.

El 20 salió de Pacula, caminó cuatro leguas, atravesó el río de Montezuma, que servía de lindero de las misiones de Pacula y Chapulhuacán con las de Xalpa y Gilitla y era allí tan caudaloso, que era indispensable pasarlo por una maroma de sesenta varas y llegó a las rancherías del valle de Tilaco. Juzgó que este río era el límite más propio para las misiones que se fueran fundando por los dos Colegios Apostólicos, quedando las de Oriente de Zimapán asignadas a los religiosos de Pachuca, y las de Poniente, a los del Colegio de San Fernando, manteniendo la división que el Arzobispo de México hizo (2 de mayo de 1741) para las de Vizarrón y Zimapán. La misión del valle de Tilaco estaba aún más destruida que la de Pacula, porque el misionero, Fray Lucas de Trejo, sólo iba una vez al año a celebrar la misa "de finados", por la que se le daban de limosna dos pesos y un real por cada familia, en un "descuadrado jacal", colocado sobre cuatro horcones, sin paredes, a los cuatro vientos, a lo que llamaban iglesia. Allí no había un solo indio que supiera hacer la señal de la cruz. Escandón reunió, el día 21, a los indios, hablando con el chichimeco Pancho Francisco, gobernador de cien familias, que le informó de todo, agregando que pagaban cuatro reales por cada entierro y que, para excusarse de pagar esta contribución, muchos indios enterraban a sus muertos en cerros y barrancas; por cada bautizo, se pagaba un real; cuatro, por cada casamiento, y cada año daban también al misionero veinticinco fanegas de maíz. Los indios declararon que ellos querían vivir como cristianos, pero que nunca había tenido ellos ni sus antepasados, doctrina ninguna, pues el misionero iba sólo una vez al año, decía misa, contaba las sepulturas de los enterrados, bautizaba a los que le llevaban y se volvía a Gilitla, a donde ellos no podían ir, por la mucha distancia y el mal camino. Pancho Francisco acabó pidiendo "por amor de Dios" que les pusiera Padre que les doctrinase. También aconsejó Escandón, en su informe, que se quitara esta misión a los agustinos y se entregara a los religiosos de San Fernando. Componíase del gobierno de Lobo, con 85 mecos, y del de Tilaco, con 105; había allí varios ojos de agua y una buena laguna.

El 22 de enero visitó la misión de Santiago de Xalpán, a cargo del agustino Fray Lucas Cabeza de Vaca. Se componía de 134 familias de gente de razón (españoles, mestizos y mulatos), con 408 personas; 25 de

indios, con 122, y a ella estaban agregadas las 35 familias de indios, con 159 personas, de la ranhería de San Juan Pisquintla; las 161, con 652 personas, de la ranhería de Tancama, a dos leguas; las 153, con 562 personas, de la de Santiago de Jongo, a siete leguas; las 100, con 386 personas, de Santo Tomás de Soyapilca; las 66, con 255 personas, del valle de San Agustín de Tancoyol, a 12 leguas; las 147, con 599, de la ranhería de Malila, a cuatro leguas y media de la cabecera; las 88, con 260, de San Antonio Amatlán, a cuatro leguas; las 57, con 234, de San Nicolás Concá, a diez leguas; y las 46, de gente de razón y algunos esclavos, con 250 personas, de la hacienda de Concá. Aunque la suma total de todas estas personas era de 3.852, Escandón creía que pasaban de 6.000. Se hallaba en más lamentable estado que las de Pacula y Giliapa. La iglesia era "un indecente jacal viejo"; los indios, excepto las treinta y cinco familias de Pisquintla, se hallaban dispersos por los montes "imitando más a las fieras que a los hombres". El misionero iba una vez al año "por finados", a decir una misa y a recibir la limosna y no volvía hasta el año siguiente; cobraba a los indios: 12 reales por cada casamiento; 1, por cada bautizo, si el padrino era meco, y 1 peso si era de razón; hacía que le cultivaran, sin darles ni aún ración para comer, dos milpas y que le llevaran la cosecha a su casa de Xalpán. No hubo entre ellos ninguno que supiera persignarse. Estaban tan mal de Doctrina, que el misionero hubo de pedir prestados veintidós muchachos, hijos de mecos, que vivían cerca de la hacienda de Concá, propiedad del Capitán Fernández de la Rama, para que estuvieran gritándola el tiempo que estuviera allí Escandón. Este propuso que se formara con estos indios cuatro misiones: una en Xalpán, otra en Landa, otra en Tancoyol y otra en Concá, entregándolas a los religiosos de San Fernando en vez de a los agustinos; informó que dichos indios eran de la nación Pame, dóciles, trabajadores; muchos de ellos tenían cabalgaduras para sus negociaciones; andaban vestidos y cogían maíz para su sustento. En esta misma misión, el día 24, el Capitán Barrera representó a Escandón que, en el paraje de Otomites, a dos leguas del Real y Minas de Escanela, había unas ranherías de indios mecos jonases, que, a pesar de estar, en su mayoría, bautizados, no se habían querido reducir a congregación y sólo acudían a los poblados para emborracharse con los demás indios, a robar o matar mulas y caballos y cometer otras maldades; como no se les castigaba, se insolentaban cada vez más: por temor a sus asaltos,

los arrieros y trajinantes no se atrevían a pasar por el camino real y lo hacían por otras veredas. Escandón, ante esta información, que comprobó era cierta, mandó que el indio de Xalpán Nicolás Martín, ladino en castellano y amigo de los vagabundos, pasara, en compañía de Diego de Landa, Capitán de la Cuadrilla de indios de Escanela, a llevar una carta al cabecilla de los bandidos, Antonio de Olvera, intimándole a comparecer, al día siguiente, en Aguacatlán, para tratar del mejor modo de congregarlos y hacer que vivieran como cristianos, pues, en caso contrario, se procedería contra ellos con todo rigor. Esta gestión, efectuada el 25, tuvo resultado negativo, contestando Olvera y sus compañeros, unánimes, que “no querían venir a Doctrina, ni que se la enseñasen a sus hijos”. El 26, Escandón tuvo junta de guerra con sus capitanes y cabos y se acordó proceder con rigor contra los vagabundos, pero se dejó la resolución hasta que terminara la visita.

El 25 fue la visita de la misión de Aguacatlán, a cinco leguas de Xalpán, a cargo de los dominicos, con 57 familias de la nación Jonás, formadas por 183 personas, y siete familias de gente de razón, con 30 personas. Estaba presente el Vicario Ministro de ella, P. Cristóbal Muñoz de Mora. Examinados los habitantes, se encontró que todos sabían bien la Doctrina Cristiana y los indios mayores de ambos sexos se confesaban como católicos bien instruidos; tenían una capilla decente y vivienda capaz para el misionero; vivían congregados, en forma de pueblo, en la misma misión, vestían bien, hablando la lengua castellana y estando bien asistidos por el misionero. Daban sus indios “de servicio al Padre”; le sembraban de dos a tres fanegas de maíz cada año, lo recogían y se lo ponían en el convento, a su costa; daban, los domingos, quince huevos y frijol para el gasto de la semana, y, en nueve festividades señaladas del año, con el título de *Guentles*, tenían la costumbre de hacer un regalo al Padre, de patatas, gallinas, frijol, huevos, redes y “otras cosillas que produce la tierra”. El clima era templado, el sitio asperísimo, pero producía bastante para mantenerse, sobre todo “competente maíz”.

El 28 visitó la misión de San Miguelito, a cargo del dominico Fray Ildefonso Domínguez y compuesta de cincuenta y dos familias, con 224 personas, que sabían muy bien la Doctrina Cristiana; pertenecían a la nación Jonás, vivían congregadas políticamente en forma de pueblo, hablaban la lengua castellana y se confesaban los que eran capaces de



ello, asistiendo a misa y a los oficios divinos en una buena iglesia que tenían, con vivienda decente para el misionero.

El 29 visitó las tres congregaciones de jonases, llamadas San José de Valero, Arroyo Zarco y Mesa Alta: la primera de 32 familias y 116 personas; la segunda, de 30 y 98, y, la tercera, de 6 y 116, respectivamente. Hallábanse a cargo de la administración del Cura Ministro de Doctrina del pueblo de San Juan Bautista Sichú, hasta que se les asignara misionero; vivían debajo de los árboles, sembrando muy poco, comiendo de lo que hurtaban y “mui cortos en Doctrina”. A propuesta de Barrera, Escandón recomendó se fundara una nueva misión con ellos, en el lugar llamado Ojo Zarco, cuyas tierras eran fértiles, bastantes y con el agua necesaria. Hizo también empadronar allí a los mecos procedentes de una misión que hubo en el Real y Minas de Sichú, llamada Santa Rosa, abandonada por los dominicos hacía unos quince años: eran 22 familias con 90 personas, que repartió entre las haciendas de minas de Don Diego Navarizo y Doña María Valdés, con la obligación de que éstos les enseñaran la Doctrina Cristiana, procuraran que oyeran misa y les pagaran su trabajo.

El 30 de enero se reconocieron y empadronaron, en el pueblo de San Luis de la Paz, los jonases que estaban congregados en un arrabal de dicho pueblo y encargados a un jesuita, estando presentes el Teniente Protector General Don Vicente Xavier de Perusquia y el P. Rector de la Compañía de Jesús, José María Amendula. Los habitantes eran indios chichimecos, que formaban la congregación de Nuestra Señora de Guadalupe, en número de 66 familias, con 245 personas. Examinados en la lengua otomí, por medio del intérprete y Caudillo Lorenzo Giménez, se vio que estaban bien instruidos en los misterios de la fe, que sabían las oraciones, confesaban y comulgaban. Vivían políticamente y todo se debía “al feruoroso celo” de los religiosos de la Compañía de Jesús.

Con esto quedó concluida la visita.<sup>30</sup>

La Junta celebrada en Aguacatlán el 26 de enero de 1743, a la que asistieron, bajo la presidencia de Escandón, el Capitán de Infantería Don José Díaz Maldonado; el Capitán Protector Barrera; el Capitán de Caballos Corazas Don Gaspar Fernández de la Rama; el Ayudante Real Don Francisco Romero; el Teniente de Capitán Protector Don

---

<sup>30</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 1.342. Testimonio de los autos de la fundación de Conca, fols. 208 a 230.



Vicente Xavier de Perusquia; el Teniente de Capitán reformado Don Juan Antonio de Grado, y el Caudillo y Cabo de Guerra Matías de Zaldivar, había acordado, unánimemente, proceder contra los rebeldes con todo rigor. Escandón mandó al Capitán Fernández de la Rama que, con su Compañía, procediera a la captura de Olvera y de todos sus compañeros, así como de cuantos habían huido de las misiones, pero ofreciéndoles previamente la paz; en el caso de que se entregaran buena-mente, los enviaría, con sus mujeres e hijos, a Querétaro; si se resistían, les perseguiría hasta cogerlos atados, remitiéndolos a la misma ciudad y procurando cumplir esta diligencia con arte y sagacidad, para que no hubiera desgracias e impidiendo que los soldados los maltrataran. La expedición se llevaría a cabo en forma de círculo que comprendiera todos los parajes donde pudieran estar los rebeldes, de modo que, cerrado por los soldados, se lograra la captura de ellos. Llevaría consigo su compañía, las de Pacula y Xalpán, ochenta indios flecheros amigos, que sacaría de las misiones, y veinte de la de Aguacatlán, con sus caudillos. Además iría con él el Capitán Díaz Maldonado, con la compañía de San Pedro Tolimán y cincuenta indios flecheros amigos.

Escandón expuso lo que había visto en su entrada en un largo informe, fechado en Querétaro el 23 de febrero de 1743, en que proponía los remedios que se podían aplicar y las misiones que convenía establecer: esperaba que todo sería del agrado de S. E. "a cuya grandeza" daría cuenta de todo lo que sucediere con el mayor esmero posible "así por cumplir con los empeños de su cargo, como porque, conolido de la perdición de tantas ynfielcs almas que perecen en este emisferio, anhela el remedio de ellas; éste, Señor Exmo. —decía, adulando a Fuenclara—; parece, desde luego, que la Diuina Prouidencia le tenía destinado para este feliz tiempo de el Gouierno de V. Exa., que, en todo, saue prouidenciar los órdenes que son a el mayor seruicio de ambas Magestades..."; añadía que las seis misiones que creía conveniente fundar en Cerro Prieto, Tilaco, Landa, Tancoyol, Concá y Arroyo Zarco, no eran tan gravosas como parecía, pues que, a la vez, se suprimían los situados de otras tres.<sup>31</sup>

El principal freno que sujetaba el orgullo de los indios, decía, era el Regimiento de Querétaro, del que era Coronel, pero, como éste sólo podía entrar en casos de extraordinaria urgencia, era preciso que se

31 Id. de id id. Dicho testimonio, fols. 230 y 231.

aumentaran las tropas de la Sierra Gorda y más, sirviendo, como lo hacía, sin sueldo, a su costa, contentándose con algunas gracias y privilegios, a que les hacía acreedores su lealtad y puntualidad en el real servicio. “Por la presente —escribía— quedarán gustosos los militares de d<sup>ha</sup>. sierra con dos Priuilegios, que, mirados a buena luz, se reducen a la concesión de vno. El primero es que la soberanía de V. E. se digno de confirmarles, de quedar inihuidos de todos los Alcaldes maiores, y sus Thenientes, no obstante el que tengan títulos de Capitanes a Guerra y de fronteras y el de Theniente de Capitán General, porque esta especie de Jueces hace grauísimos perjuicios, y causa notables daños, en estos páramos, a los soldados, que, como personas miserables, son incapaces de apadrinarse de su ynocencia, para defender los cortos bienes que tienen y los minoran o destruyen, quedando sugetos al Theniente de Capn. Gral., quien ha de dar quenta a esa Capitanía Gral., de los que, por su grauedad, lo necesiten. El segundo Priuilegio es que, de aquellas tierras realengas, que ay en la misma Sierra gorda, y sus fronteras, se les asignen y hagan merced, a los que, por sus méritos, fuesen dignos, de la que necesitasen para su mantenimiento, con aquella moderación que dicta la prudencia...”. Debía concederse esa gracia a los militares, ya que su servicio era “puntual y celoso del bien de las almas” y así se conseguiría la fundación de nuevas poblaciones en aquellos yermos, las cuales contendrían los excesos de los indios. El informe enumera las fuerzas que se hallaban destacadas en aquella frontera del mundo indio: en San Pedro de Tolimán, la compañía de Don José Díaz Maldonado, que servía de resguardo a las misiones de Santo Domingo Soriano y San Miguelito y, en la entrada de Escandón, “pasó muestra” con 50 soldados escogidos; en la jurisdicción del mismo pueblo, un piquete de soldados y un sargento, a las órdenes de Perusquia, para lo que se le ofrecía en diligencias de las misiones y acompañarle; en la villa de Cadereita, cuatro compañías, con 200 soldados, que servían al Rey a su costa, mantenían el Presidio de San José Vizarrón, con siete soldados y un cabo, sin gasto alguno de la Real Hacienda, defendían la frontera y la misión de San José y se ocupaban continuamente en la reducción de indios; en el Real de Zimapán, una compañía, mandada por el Capitán Protector Barrera, con 46 soldados y un sargento; en la misión de Pacula, cuarenta soldados, que se mantenían a su costa, bajo el mando del Caudillo y Cabo a Guerra, Juan José de Arroyos; en la de Xalpán,

treinta soldados, con el Caudillo y Cabo a Guerra Matías de Zaldívar; en la hacienda de Concá, una compañía de cuarenta y dos soldados, de la que era Capitán Fernández de la Rama, y que se mantenían a su costa; en Sichú, un piquete de diez soldados, a las órdenes de Don Manuel del Río Terán, Comisario nombrado de Guerra, y, en fin, en los parajes de Xacala y Otupilla, jurisdicción de Mestitlán, se presentaron a Escandón noventa hombres españoles diciendo que estaban dispuestos a servir a S. M. en caso de que el Virrey dispusiera la fundación de una misión en la falda de Cerro Prieto.<sup>32</sup>

Los informes de fiscales y auditores fueron favorables a cuanto solicitaba Escandón, siendo uno de los primeros resultados de su visita el exonerar a los agustinos de las misiones de Sierra Gorda. El Auditor Marqués de Altamira, en su consulta del 20 de junio de 1743, no escatimaba las alabanzas a esta orden, diciendo:

“Nadie puede ygnorar los notorios, acrisolados créditos de la sacratísima religión de Sn. Augn., en todas las quatro partes del orbe, en beneficio de la Christiandad, bien manifestos en ambas Américas, y en las Islas Philipinas, con los muchos frutos que su predicación, fervoroso celo y enseñanza, ha dado a la Iglesia de Dios, ni esto se podía nunca menoscauar, porque tal qual individuo huviese andado menos actiuo, pero, siendo preciso condescender con los genios de los Neophitos, para que esto ayude a recíuir bien la Doctrina y enseñanza, no se les puede faltar a este consuelo, como medio para su aprovechamiento, el que conduce ser los más de las Misiones de Sierragorda, de los R.R. P.P. Apostólicos de la Orden Seráphica, así de este collegio de Sn. Fernando, como del de Pachuca, y encargarse por las Leies de Indias esta vniformidad para obiar disensiones, que, de lo contrario, suelen ofrecerse, concurriendo también en los exmos. Sres. Virreyes la facultad que las Leies de las Indias les conceden, para mudar de vnas en otras religiones las Doctrinas, que, con superior razón, procede en las Misiones de Indios Neóphitos...” ; por tanto se esperaba que el Provincial de los Agustinos ordenara a sus misioneros que dejaran las misiones que tenían en Sierra Gorda.

El Virrey decretó que se procediera como pedía el Auditor de Guerra.

---

<sup>32</sup> Id. de id. id. Testimonio de diligencias executadas en la misión de Santiago de Xalpan por D. José de Escandón... sobre lo que en ellas se expresa.



Los agustinos se defendieron como pudieron y resistieron bastante a la disposición que les quitaba varias misiones. Los misioneros encargados de éstas negaron que las tuvieran abandonadas y que no enseñaran la Doctrina; el de Gilitla obtuvo una información probando que no sólo se aprendía allí religión, sino lectura y solfeo y que no cultivaban los indios las milpas con bueyes, sino a punta de estaca; por ello preferían cultivar las montañas y vivir en sus riscos. El P. José Francisco de Landa, en nombre de la Orden, pidió al Virrey que no se cumpliera el decreto que les exoneraba de sus establecimientos de Sierra Gorda: si no habían obrado bien, debía corregírseles severamente y poner otros religiosos de la misma Orden de San Agustín, porque esa remoción iba contra su buen nombre; acusaba de mala voluntad y de pasión contra los “miserables religiosos” al Capitán Barrera y hasta de lo mismo a Escandón. El Auditor modificó, el 19 de octubre de 1743, su parecer, aconsejando se conservaran los cuatro misioneros agustinos “para que, en lo posible, se guarde la deuida atención a la Sagrada Prouincia del Sor. Sn. Augn.”, pero los demás informantes consultados persistieron en que se les quitara; en especial, el dictamen del Asesor, Dr. Andreu (20 de noviembre) fue de que no veía motivo para conservar a los misioneros agustinos en Sierra Gorda, ya que se hallaba probado cumplidamente lo mal atendidas que tenían sus misiones y en tantísimos años. En consecuencia, el Virrey decretó (28 de noviembre) que se hiciera “como lo pide el Sor. fiscal y parece al Sor. Asesor Gral.”; y así se comunicó al Provincial de los Agustinos. Aunque se presentaron nuevas reclamaciones y hubo nuevas consultas, pareceres e informes, la voluntad decidida de Escandón de evitar disensiones en los nuevos establecimientos proyectados, obtuvo lo que había propuesto desde su visita y los agustinos fueron apartados de la Sierra Gorda.<sup>33</sup>

El 23 de abril de 1744, tras una resistencia de varios días, por parte de Fray Lucas Cabeza de Vaca, se hizo la entrega de la misión de Xalpán, hasta entonces de los agustinos, al P. Pedro Pérez de Mezquía, Presidente de los Religiosos de las Misiones del Colegio de San Fernando. El inventario de esta entrega nos muestra lo que era una misión: la iglesia se componía de “vnas paredes de Adoue mui viejas y su techo de sacate”, que necesitaba reconstruirse de nuevo; la sacristía era un cuarto pequeño, y otros siete “con sus paredes, parte de piedra y lodo,

---

33 Id de id. id. Dicho testimonio.



parte de Adoue y parte de carrizo embarrado con lodo, todo techado de sacate", formaban el convento, con su cocina y corral. La iglesia contenía, en el altar mayor, una imagen de Santiago, con ocho lienzos de distintos santos; varios grandes lienzos, de dos y media a tres y media varas de longitud, que representaban al Señor Crucificado y otras imágenes devotas, imágenes "de vulto", como la citada de Santiago, de Jesús, de la Virgen y de varios santos; frontales de pintura, maltratados; dos candeleros "chicos de bronce, y diez y seis de palo, plateados, viejos"; una cruz de madera dorada, con un Santo Cristo, de bronce; dos mangas viejas, "que parece fueron blanca y negra"; atriles, vestiduras sagradas, vasijas litúrgicas; tres vasos de plata, para los Santos Oleos; un misal; un estante, con cuatro cajones, en la sacristía; dos vinajeras "de vidrio ordinario"; un confesonario y un púlpito; un órgano; unas andas, para los difuntos; una silla, forrada de baqueta, para el presbiterio; dos escaleras medianas; una campana mediana, de bronce; una pila bautismal, de piedra, con su tapa de madera; seis libros de bautismos; cinco de casamientos y uno de entierros, etc.<sup>34</sup>

El mismo día 23, Escandón ordenó a Perusquia que se posesionara de la misión de Xalpán, asignando a ésta, para tierra de siembra y cría de ganado, una legua, medida desde la puerta de la iglesia hasta el pie de una loma que bajaba del Real de Escanela, en el lugar llamado Cuesta del Encinal, donde se puso una cruz de palo y un montón de piedras por mojenera. Hecha la elección de gobernador, alcaldes, alguacil mayor, regidor, secretario y alguacil, Escandón les entregó las varas, exhortándoles a cumplir con sus obligaciones (28 de abril) y, visto el crecido número de familias de la misión y la poca tierra asignada, mandó que se les asignara, por Oriente, legua y media de tierra "ocho cauallerías de tierra de pan lleuar", en el valle de Tancama, inmediato a la misma tierra".<sup>35</sup>

De igual modo que de la misión de Xalpán, fueron removidos los agustinos de las misiones de Pacula, Tilaco y Lobo. El P. José Luciano Melo, Presidente de la primera, se resistió por un día, pero, ante los requerimientos de Escandón de que se cumpliera el decreto del Virrey, sin dar motivo a escándalos, entregó la misión, haciendo constar las protestas que su Provincial tenía hechas en la Capitanía General.<sup>36</sup>

34 Id. de id. id. Testimonio de la fundación de... Concaá, fols. 20 v.º a 24 v.º

35 Id. de id. id. Testimonio citado, fols. 21, 22, 25 y 31 a 35.

36 Id. de id. id. El mismo testimonio, fols. 65 v.º a 74.

En el Nuevo México, el Marqués de Casafuerte había, en 1724, mandado se erigiese, en la Junta de los ríos, un nuevo presidio, con un capitán y cincuenta soldados, cuya determinación "se resfrió después y no se efectuó" y, desde esa fecha, estaban las seis misiones de la Junta sin religioso que las administrara, por haberse retirado a la villa de Chihuahua, de donde los misioneros iban alguna vez a la Junta, pero sin quedarse allí, por falta de presidio que les guardara de las invasiones de indios enemigos, establecidos a la banda del río del Norte. Hallábase así lastimosamente abandonada la reciente cristiandad de las dichas seis misiones y quedaba franqueada, para los indios irreductibles, una entrada de 170 leguas de ancho, entre las pobladas gobernaciones de Nueva Vizcaya y Coahuila, por otras 130 leguas de largo para el centro de Nueva Vizcaya, y aunque se habían extinguido enteramente varias de las más feroces naciones de indios, que ocuparon en tiempos dichas serranías "largas y anchas", habían sido reemplazadas por otras no menos bárbaras (apaches y zumas), que, con sus frecuentes depredaciones, perjudicaban a dichas gobernaciones, a su crecida, cristiandad, famosos y opulentos minerales y cuantiosas haciendas, en deservicio de "ambas Magestades y de toda la causa pública de estos Dominios". Las comunicaciones eran difíciles, habiendo de hacerse por un casi triplicado y desmedido rodeo, y había un despoblado intermedio, que comenzaba por el S., desde las poblaciones de la villa de Santiago del Saltillo, Santa María de Parras y presidios de Maipimi y del Gallo y terminaba en la Junta de los Ríos; por el Poniente, tenía la villa de Santiago de la Monclova, capital de la provincia de Coahuila, misiones franciscanas, un pueblo de tlascaltecos y las misiones de Santa Rosa y San Buenaventura de Nadadores; y, por Oriente, los presidios de Cerro Gordo, Valle de San Bartolomé y Conchos. Este despoblado era como "una grande bolsa, haurierta no más que por la parte del norte y cerrada por los otros tres vientos". Los indios tepehuanas y tarahumaras, situados al O. de los presidios citados, se hallaban reducidos y congregados en misiones desde hacía muchos años y habíanse extinguido enteramente los antiguos habitantes de las serranías al E. de ellos y que llevaban los nombres de Acoclames, Cholomes, Sisimbres, Gavilanes, Cíbolos, Tripas Blancas y otros.<sup>37</sup>

---

37 Id. de id. id. Leg. 1.347. Testimonio de autos fho. a instancia del P. Menchero sobre... restablecimiento de las misiones del Río de la Junta, fol. 12 v.º a 14.

En 1745, aprovechando esa amplia entrada o abertura, los apaches y zumas invadieron las tierras de indios reducidos de las misiones de la Junta de los Ríos, desde Gila hasta los presidios de Sonora. Habían permanecido en paz durante varios años "gratificándoles", pero, en dicha fecha, aprovechándose de la negligencia del Capitán del presidio de Conchos, Don José de Berroterán, penetraron en el país vecino, matando a treinta cristianos y obligando a la mayor parte a retirarse, con sus misioneros, a Chihuahua; los Zumas mataron al Teniente de Namiquipa y lo arrojaron a un barranco, avanzando hasta cerca de Chihuahua y asolando cuanto encontraron a su paso.<sup>38</sup>

Una Real Cédula de Felipe V al Virrey (13 de noviembre de 1744) da una buena idea del estado de las misiones de California en aquel tiempo. Por ella mandaba S. M. se hiciese población de españoles con fortaleza y presidio en los puertos capaces y seguros que se descubriesen en el terreno ya reconocido y reducido y otro pueblo en el interior; que las escoltas de soldados estuviesen a las órdenes de los misioneros, sin emprender acción que no fuese de su mandato, para que no se aterrorizasen y ahuyentasen los indios "a quienes —dice el Rey— es necesario tener en temor y respeto para que no intenten alevosías, y tratar con alhago para desvanecer su desconfianza y, al mismo tiempo, darles ejemplo de buenas costumbres"; que se mantuviesen dos balandras armadas en guerra, en California, para fomentar la pesquería de perlas, guardar las costas, facilitar el comercio y coadyuvar a la reducción de los indios.<sup>39</sup>

Las misiones de la Compañía de Jesús en California eran verdaderamente ejemplares. Eran, de S. a N. las siguientes: Santiago, la más meridional, a 8 leguas del golfo y 12 del pueblo de San José del Cabo, donde había un presidio; Todos Santos o Santa Rosa, en la misma latitud del cabo San Lucas, a media legua del Pacífico; Virgen de los Dolores, a 24° 30'; San Luis Gonzaga, a 8 leguas al O. de la anterior; Virgen de Loreto, junto al mar, a los 25° 30', capital de la Baja California, con más de 400 habitantes; San Francisco Javier, en la misma latitud que la anterior, a 9 leguas al O. de ella; San José de Comondú, a los 26°; Purísima Concepción, casi al Poniente de Comondú, a los 26° un poco más; Santa Rosalía de Mulegé, a 26° 50', en la costa del golfo;

38 Id. de id. id. Testimonio de los autos fmos. a consulta de D. José Velarde..., Cuaderno 6.º, fols. 1 a 10.

39 Pérez Hernández, J. M.: *Diccionario... de la República mexicana*, IV, pág. 309, art. Costas; y Venegas: *Noticias de la California*, tomo 2, págs. 501 y 546.



Nuestra Señora de Guadalupe, a los 27°, entre los montes; San Ignacio o Kadakaamang, casi a los 28°; Santa Gertrudis, a cosa de 29°; San Francisco de Borja, a los 30°; y Santa María, cerca de los 31°. 40 Venían a estar estas misiones a distancia de una jornada de una a otra, alrededor de 40 Kms., y, a mitad del camino, entre misión y misión, había un apeadero, llamado "el descanso". Más allá del territorio ocupado por las misiones se extendía una zona desértica, aún hoy enteramente deshabitada, de la península de Baja California, desierto que tiene casi un grado de meridiano, de N. a S. y sin camino rodado para atravesarlo. 41

La península había comenzado a ser evangelizada a fines del siglo XVII y, en el espacio de setenta años, hasta la expulsión de los jesuitas (1768) llegó a ser casi toda cristiana, de modo que, desde el cabo de San Lucas, a los 23° hasta Cabujacaamang a los 31° de latitud Norte, no había un solo hombre que no conociese y adorase al verdadero Dios y, lo que es mucho más apreciable, se formó allí un cristianismo parecido al de la primitiva Iglesia. A excepción de algunos pericúes que, por su mala índole y por las sugerencias de los mineros, causaban disgustos a los misioneros, todos los neófitos de California observaban una vida piadosa, inocente y laboriosa.

Dividíanse las misiones en tres distritos: Norte, Loreto (en el centro) y Mediodía. Los pueblos de la península eran unos veinte, edificados por los misioneros con gran trabajo. Las iglesias de ellos eran pobres, pero decentes, cada una tenía su capilla de músicos, procedentes de la escuela en que se enseñaba a los niños a cantar y tocar algún instrumento: arpa, violín, etc. Allí se celebraban las festividades con todo el esplendor posible, asistiendo los indios a ellas con silencio, modestia y devoción admirables.

Además del cuidado espiritual de sus iglesias, los misioneros tenían el material de la grey encomendada. Para vestirla, mantenían ovejas, cultivaban el algodón y habían provisto a las misiones de telares y enseñado el arte de tejer a sus neófitos. Pero, no bastando los lienzos que allí se fabricaban para vestir a tantos pobres, era necesario llevarlos de México. La alimentación era a base de maíz, con el que se hacía el *atole*, especie de gachas, y el *pozole*, maíz cocido en agua, a estos platos

---

40 Pérez Hernández, J. M.: *Diccionario...* citado, tomo IX, Misiones de California, según Clavijero.

41 Jijoán, José: *Otra gran renuncia*, en "La Vanguardia", 16 de febrero de 1934.



se añadía uno de carne (en las misiones abundantes de ganado) y otro de legumbre o fruta.

Todos los niños se aducaban, de seis a doce años, en la cabecera de la misión y en casas separadas: los niños al cuidado de un hombre de confianza, y las niñas al de una matrona honrada.

Para fundar una misión californiana se requerían 10.000 pesos, debiendo añadirse a los gastos generales los del transporte de las cosas necesarias desde la capital del Virreinato al puerto de Matanchel, por un camino de doscientas leguas y de allí, por mar, a Loreto. Los navíos que sirvieron a las misiones, en estos transportes, fueron veinte, entre grandes y pequeños, de los que seis fueron hechos o comprados por cuenta del Real Erario y los demás a cuenta de las misiones, asignándose 6.000 pesos del mismo Real Erario para el pago del capitán y de los marineros que prestaban servicio a las misiones. Esta cantidad, considerada luego pequeña, fue aumentada por Felipe V, en 1719, a 18.000 pesos anuales, añadiéndose otros 12.000 en 1736; con estos 30.000 pesos se pagaban, por el Real Erario, los sueldos del capitán, dos tenientes, 60 soldados, 10 marinos y algunos oficiales de Marina. Las misiones tenían un procurador en México para tratar con el Virrey y los Oidores los asuntos misionales. Al Superior de las Misiones correspondía nombrar al capitán y admitir y licenciar a los soldados, hallándose así dispuesto por S. M. Católica como más conveniente para el gobierno de la península; sin embargo, los jesuitas, para evitarse los graves disgustos que les ocasionaba el uso de esta facultad, renunciaron a ella en 1744, contentándose, desde entonces, con proponer al Virrey el sujeto que les parecía más idóneo para el empleo de capitán, a fin de que él lo nombrase, y dejando al capitán la facultad de admitir y licenciar a los soldados como le pareciese.<sup>42</sup>

Solamente en la primera mitad del año 1746 se pagaron, por orden de Fuenc Lara, con destino a las misiones de California, las siguientes partidas:

El 29 de abril, 360 pesos y un tomín, a Don Ignacio Guinea, Cabo Conductor del barco "Nuestra Señora del Carmen", que vino de Sonsonate, por cuenta de S. M., para el servicio de dichas misiones. El 7 de mayo, 56 pesos y 2 reales, a Manuel de Morales por una canoa que se le compró para el dicho barco "Nuestra Señora del Carmen", para que

<sup>42</sup> Pérez Hernández, J. M.: *Diccionario de... la República mexicana*, tomo IX, Misiones de California, según Clavijero, artículo firmado por Ducrue.

podiese servirle de lancha en su viaje a las misiones, y por 13 botijas peruleras que se compraron para completar la aguada necesaria para el viaje. El 15 de mayo, 397 pesos, 7 tomines y 10 granos a Don Manuel de la Carrera, Piloto y Cabo Conductor, nombrado por el Virrey para el "Nuestra Señora del Carmen", desde Acapulco a Matanchel, para el servicio de las misiones, a su contraamaestre y demás tripulación para su ración devengada hasta ese día y sueldos, con el adelantamiento de un mes. El 16 de mayo, 497 pesos, 4 tomines, a Juan Perfecto, Maestro de la Calafatería del Real Servicio para el susodicho, sus oficiales carpinteros y canoa, por los jornales que devengaron en componer dicho barco. El 13 de junio, 5.106 pesos y 4 tomines, a Don Pablo Muñoz de Torres, por la compra del "Nuestra Señora del Carmen" y sus pertrechos. El 28 de junio, 2.765 pesos, 2 tomines y 6 granos, al mismo Muñoz de Torres, por los gastos causados en la provisión, conducción y paga de la tripulación del mismo buque, desde Sonsonate hasta el día de su entrega en Acapulco.<sup>43</sup>

El Rey aprobó las providencias y gastos que ocasionó la reducción de los indios sublevados de California y ordenó al Virrey que le informara de todo;<sup>44</sup> Fuenclara, por su parte, representó a S. M. que sería propio de la Real piedad que se dignara conceder a la Compañía de Jesús todo el número posible de religiosos para que se emplearan "en la conversión de los Inds. Gentiles, que hauitan las de California, Sonora y Sinaloa", como ya lo había hecho presente en otra carta a S. M. de 12 de mayo del mismo año.<sup>45</sup>

Una carta del P. Escobar, Provincial de la Compañía de Jesús, al Rey, le informó de haber recibido, en julio de 1745, la Real Cédula (Buen Retiro, 3 de noviembre de 1744) para la conversión de California y de la Pimería Alta; le envió noticias sobre las misiones y le adjuntó un mapa de ellas. "Digo esto —escribía— con la libertad y seguridad que me da la certeza que tengo, contra los muchos informes contrarios que, en todos tiempos, han venido a este superior Gobierno de México de muchos seculares, que se internan en aquellas regiones, no para bien de las almas y servicio de Dios, a costa de sudores, necesidades, contradicciones y aun de la propia sangre y vida, sino en solicitud de las

43 A. gen. de Indias. Escribanía de Cámara del Consejo. Leg. 245. Cuaderno 2.º de la Residencia del Conde de Fuenclara, fols. 11 a 12 v.º

44 Id. Guadalajara. Leg. 135. El Rey a Fuenclara. El Pardo 2 de abril de 1743.

45 Id. de id. id. Fuenclara al Rey. México 25 de junio de 1743.

riquezas y comodidades, que no hallan ni pueden hallar en otras partes".<sup>46</sup>

Entre esos admirables varones evangélicos, floreció, bajo el gobierno de Fuenclara, el P. Antonio Tempis, de la Compañía de Jesús, natural de Bohemia, que había llegado a México en 1736, siendo enviado a California y destinado a restablecer la misión de Santiago, que había sido destruida en la rebelión de los pericúes. Tempis, con su gran caridad e incomparable dulzura, logró reducir a estos indios a la vida social, poniendo la destruida misión en mejor estado que antes de su destrucción. Hizo que llegara a hacerse familiar entre los soldados que le acompañaban y sus neófitos, la frase que prueba su paciencia en grado heroico: "Todos los trabajos por el amor de Dios" y murió, en opinión de santo, en 1746.<sup>47</sup>

Además de las misiones de América, el Virrey debía atender a las de Filipinas y las que, desde este archipiélago, partían a las lejanas y misteriosas tierras de Asia. En 1744, llegaron a México varios capuchinos misioneros que iban de paso para el Reino del Gran Tíbet, con intención de convertir a sus habitantes; llevaban un breve de Benedicto XIV (Roma, 20 de julio de 1743) pidiendo se les socorriera con los ingresos del ramo de Cruzada. Estos capuchinos eran Fray Jaime de Perelada, Fray Lorenzo Vélez y Fray Antonio Bertonico; como no habían llegado con el pase necesario, ni había recibido el Virrey orden de S. M. de ayudarles, respondió al breve por pura reverencia a Su Santidad, pero no se atrevió a auxiliarles, aunque estaba dispuesto a ello, por no tener libertad de hacerlo en tanto no recibiera órdenes del Rey.<sup>48</sup>

Las misiones de California florecieron hasta pocos años después del fin de la dominación española, en que el ministro mejicano Ramos Arizpe, sin reflexionar en la irremediable decadencia del país, sino sólo en su ojeriza contra los frailes españoles, los expulsó. "Sus neófitos —escribe Alamán— les acompañaron con lágrimas hasta la playa, y las misiones secularizadas cayeron en poder de la diputación provincial, cuyos individuos hicieron de sus bienes un amplio despojo".<sup>49</sup>

46 Id. de id. id. id. El P. Cristóbal Escobar al Rey. México 30 de noviembre de 1745.

47 García Icazbalceta y otros: *Diccionario de... la República mexicana*, tomo X, página 515.

48 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.338, doc. 10. Fuenclara al Rey. México 25 de noviembre de 1744.

49 Alamán, L.: *Historia de Méjico*, tomo V, cita de García Arboleya, José: *España y Méjico*, tomo I, pág. 26.





## XVIII

### LAS NUEVAS FUNDACIONES Y LOS VIAJES DE DESCUBRIMIENTO

“Los Virreyes —dice Alcázar— no sólo tuvieron la misión de gobernar, sino también la de ir organizando pueblos que, después de las crisis violentas por que pasaron durante la conquista, tenían que entrar en un nuevo género de vida política, cambiando lentamente sus costumbres”.<sup>1</sup>

Una de las glorias más legítimas del Conde de Fuenclara durante su gobierno fue el haber impulsado la obra de los descubrimientos y las nuevas fundaciones, habiendo tenido el acierto de encargar las principales de éstas, que arrancaron de las tinieblas del paganismo y de la barbarie a numerosos indios, al ilustre español Don José de Escandón.

La instrucciones redactadas para el gobierno de Fuenclara nada decían de este importante aspecto de la dominación española en América, pero varias Reales Cédulas le ordenaron continuar y mejorar la obra de expansión del Virreinato, promoviendo, principalmente, la colonización de la Sierra Gorda.

“A poco más de treinta leguas al Norte y Nordeste de esta capital —dice la “Instrucción del Conde de Revillagigedo al Marqués de las Amarillas sobre lo ocurrido en el Nuevo Santander y su pacificación por el Conde de Sierra Gorda”— ocupaban como fieras crecido número de indios gentiles y apóstatas, más de ciento cincuenta leguas de largo y cincuenta de ancho en las asperezas de Sierragorda y costa del Seno Mexicano, desde donde salían a insultar con muertes, robos, incendios

---

<sup>1</sup> Alcázar y Molina, Cayetano: *Los Virreinos en el siglo XVIII*, pág. IX.

y todas especies de inhumanas atrocidades, las vidas, honras, haciendas y caudales, no sólo de algunas personas particulares, sino de las gobernaciones, provincias, jurisdicciones, ciudades, villas y poblaciones cristianas circunvecinaas, dilatándose hasta el nuevo Reino de León y la Nueva Extremadura o Coagüila, con cuyo motivo ocasionaban a la Real Hacienda crecidos gastos de presidios y campañas, impedían el comercio y comunicación de las gentes, y el que aquellas misiones no se hayan erigido en curatos y se mantengan sobre el Real Erario los crecidos gastos de sínodos para la manutención de sus misioneros...".<sup>2</sup>

Muchas veces se había intentado y otras tantas se había frustrado la ardua empresa de pacificar a estos chichimecas, que, después de más de dos siglos de haber llegado a México el cristianismo y rodeados por el N., S. y O. por provincias enteramente cristianas (por el E. limitaban con el golfo de México) y, a poco más de treinta leguas al N. de la capital, ocupaban, "como errantes fieras salvajes", las asperezas de la Sierra Gorda, haciendo peligroso el desembarco en la costa, que quedaba así expuesta a enemigos exteriores; impidiendo la explotación de sus afamadas salinas, acreditados minerales y fértiles tierras; asolando las haciendas, el comercio y todo el tráfico; aniquilando pueblos enteros; pervirtiendo a los indios ya reducidos y cristianizados; dificultando el florecimiento de nuevos poblados y ocasionando grandes gastos al Real Erario.

La llamada Sierra Gorda arranca de la costa del golfo de México y corre hacia el N. E.; dejaba al E. las jurisdicciones de Esmiquilpán; Zimapán, Mestitlán, Huexutla y Villa de los Valles, y, al O., las de Querétaro, Cadereita, San Luis de la Paz, San Luis de Potosí y San Pedro de Guadalcázar; internase después, por este rumbo, en el Nuevo Reino de León, y separaba la provincia de Nueva Extramadura o Coahuila de la gobernación y Capitanía General de Nueva Vizcaya.

Ya en mayo de 1579, Felipe II encargó de la pacificación del Nuevo Reino de León al Capitán Don Luis de Carvajal, que murió antes de cumplir su cometido; en 1625, Felipe IV encomendó lo mismo a Don Martín de Zabala, que trabajó durante doce años, en unión de su hijo, pero su obra no perduró.<sup>3</sup>

<sup>2</sup> *Instrucciones que los Virreyes de Nueva España dejaron a sus sucesores*, pág. 36.

<sup>3</sup> A. gen. de Indias, México, Leg. 1.346. Parecer del Auditor Marqués de Altamira. México 27 de agosto de 1746, en Testimonio sobre la pacificación y población de las fronteras del Nuevo Reino de León, fols. 6 a 9 v.º

Los dominicos comenzaron a fundar misiones en la Sierra Gorda en 1686; a principios del siglo XVIII, los indios se insurreccionaron, quemando las casas e iglesias y causando grandes estragos, a pesar de los celosos y activos esfuerzos hechos, hacia 1702, por el Alcalde del Crimen de la Audiencia de México Don Francisco Zárate, que murió en la demanda, sin haber logrado su objeto, a consecuencia de una caída de caballo. Le sucedieron Don Francisco de Mier, Don Francisco Barbadillo Victoria y Don Gabriel Guerrero de Ardila. Este último consiguió que los indios pactasen la paz, estipulando en ella que se les había de dejar dueños de la sierra en entera libertad. Fue ésta una paz aparente, pues, cuando las tropas se retiraron, volvieron los indios a emprender sus correrías, atacando las propiedades de los españoles, robándoles sus ganados y exigiéndoles que, con sus pastores o sirvientes, les mandaran, todos los años, frazadas, sombreros y otros artículos indispensables a cubrir sus necesidades. Los propietarios españoles complacían en todas estas exigencias a los indios, con perjuicio de sus propios intereses, para evitar que éstos ahuyentaran a sus mayordomos y servidumbre, temiendo que se siguiera de ello el saqueo y la destrucción de sus fincas rústicas. Durante muchos años permanecieron en esta humillante situación algunos pueblos de la jurisdicción de Querétaro. <sup>4</sup>

El gasto hecho por la campaña de Ardila se pagó ya en tiempos de Fuenclara, como expresa la siguiente partida:

En veinte y seis de Octubre de mill setecientos quarenta y cinco se pagaron a Don Joseph Guerrero Ardila, Contador de Juntas que fue del Real Tribunal y Audiencia de ellos de este Reyno, onze mill doscientos treinta y un pesos y siete tomines, los mismos que, por despacho de Su Exa. de veinte y tres dél, se le satisficieron en virtud de Real Zédula de treynta y vno de Maio de mil setecientos veinte y ocho por otros tantos que a dho. Contador se le estauan deuiendo de sueldos deuengados en la pacificación y conquista de los Indios Chichimecas de Sierra Gorda". <sup>5</sup>

La gestión de Mier fue infructuosa y ya he hablado algo en otro lugar de la magnífica obra del Alcalde de Corte Don Francisco Barbadillo, que suprimió las dieciocho congregas por auto de 21 de enero

<sup>4</sup> Id. de id. id. id. Dicho parecer en el mismo testimonio, fol. 9; Orozco y Berra, M.: *Apuntes para la historia de la Geografía en México*, pág. 249; Prieto, A.: *Historia, geografía y estadística del Estado de Tamaulipas*, págs. 74 y 75.

<sup>5</sup> A. gen. de Indias. Escribanía de Cámara del Consejo. Leg. 245. Cuaderno 2.º de la Residencia del Conde Fuenclara, fol. 72 v.º

de 1715, fundó los pueblos de Nuestra Señora de Guadalupe, a poco más de una legua de Monterrey y de Purificación y Concepción, en el valle del Pilón; repobló los de San Cristóbal de Gualleguas y San Antonio de los Llanos, con 4.500 indios de las congregas y con apóstatas, a los que atrajo con las acostumbradas dádivas de tabaco, listones y "otras vsuales menudencias", asegurándoles un buen tratamiento; les nombró un Protector, con 1.050 pesos de salario anual, y no hizo caso de las reclamaciones de los propietarios antiguos de los terrenos que dio a cada pueblo indio. Redactó, además, sesenta ordenanzas para el gobierno de dichos pueblos, pero en cuanto él se marchó, se hundió toda su labor y los indios, amedrentados por los antiguos dueños, huyeron a los montes, reanudando su vida salvaje.

El 18 de agosto de 1718 pidió Don Juan Ignacio Flores Mogoyón armas para los vecinos y que los indios se repartiesen entre éstos y defenderían las fronteras, pero se le representó que los indios habían huído por los malos tratos de que habían sido objeto por parte de los españoles y que la tranquilidad no se restablecería más que con la Compañía Volante, que Mier y Barbadillo habían formado.<sup>6</sup>

Recordando la labor inteligente, discreta y sin alardes belicosos de Barbadillo, que, con sus prudentes medidas, había logrado atraerse la voluntad de los indios,<sup>7</sup> el Virrey Marqués de Valero enviólo nuevamente, en 1719, con título de Gobernador, pero no consiguió nada en el Nuevo Reino, porque no se le atendió en su propuesta de restablecer la Compañía Volante y siguieron las hostilidades de los indios. En 1723, el Marqués de Casa Fuerte le mandó volver a su destino de México.

Continuando las quejas de los colonos y las muertes, robos y atrocidades de los indios, Don Pedro de Sarabia y Cortés, Gobernador del Nuevo Reino, representó (1726) que los españoles, sin el servicio de los indios, habían abandonado el cultivo de sus tierras y la cría de los ganados y que los valles del Pilón y Mota, los más fértiles del Nuevo Reino, eran los más miserables y que convenía restablecer las congregas. Su sucesor, Don José Antonio de Jáuregui y Urrutia (1732) hizo diversas representaciones a la Capitanía General para que pusiese remedio a

---

6 Id. de id. México. Leg. 1.346. Parecer del Auditor Marqués de Altamira, México 27 de agosto de 1746, en Testimonio sobre la pacificación y población de las fronteras del Nuevo Reino de León, fols. 11 a 13.

7 López, R.: *Introducción a la Relación histórica del Nuevo Santander*, pág. XIII.



la deplorable situación y a los continuos ataques de los indios, proponiendo diferentes medios para ello.

Abundando en las mismas ideas el vecino del Nuevo Reino y Notario de Monterrey, Don Antonio Ladrón de Guevara, presentó (26 de junio de 1738) varios documentos de haber reconocido la frontera oriental y de haberse conciliado el amor de los indios y propuso, para su pacificación y reducción, que se restableciesen las congregas, ahorrando el gasto de las fundaciones de pueblos. No logrando en México su pretensión, pasó a Madrid y, atribuyendo a la violencia y poca práctica el fracaso de las anteriores expediciones, pidió, en el Supremo Consejo de Indias, que se le encargase de dicha pacificación, ofreciendo fundar las poblaciones necesarias,<sup>8</sup> insistiendo en que conocía prácticamente las fronteras de Sierra Gorda y las provincias inmediatas, por las varias entradas que había hecho allí, internándose hasta las tierras de los indios bárbaros, enterándose de las minas de plata, salinas y demás riquezas naturales de ellas, y se ofreció a poblarlas con gente de razón y sin gasto para la Real Hacienda, bajo condición de que se le asignaran tierras y aguas y se les concedieran los privilegios de que gozaban todos los nuevos pobladores. Presentaba juntamente, ante S. M. y el Consejo, mapas y otros papeles que justificaban su propuesta. Pero sus pretensiones eran grandes: la administración de las salinas que descubriese, con un tanto por ciento de la sal de ellas, alguna ayuda de costa, para fomentar los pobladores e indios que se redujesen y que se previniese a los gobernadores del Nuevo Reino que le diesen todos los auxilios que les pidiese y no se entrometiesen en la empresa.<sup>9</sup>

Que ésta era difícil lo probaba el largo lapso de dos siglos. La colonización de lo que se llamó el Nuevo Santander constituía un problema para las autoridades de Nueva España y de la metrópoli<sup>10</sup> y habiéndose presentado, a la vez que la propuesta de Guevara, la de Don Narciso Barquín de Montecuesta, Corregidor que fue de la villa de Santiago de los Valles, una de las jurisdicciones hostilizadas por los indios, que, a la sazón, se hallaba en Madrid, y del Gobernador de Nuevo León, Jáuregui, con carta de 16 de septiembre de 1736, enterado el

8 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.346. Parecer citado, en dicho testimonio, folios. 1 y 14 a 18.

9 Id. de id. id. Leg. 1.342. Respuesta fiscal de 2 noviembre de 1744, en Testimonio... sobre la fundación de Conca, fols. 288 v.º y 289, y parecer del Auditor, fols. 380 y 381.

10 López, R.: *Introducción a la Relación histórica del Nuevo Santander*, pág. XIII.

Rey, previa consulta del Consejo de Indias, mandó, por Real Cédula de 10 de julio de 1739, que se formase una Junta para estudiar dichas propuestas, que eran de medios diversos y costosos para la Real Hacienda. La Junta debía ser formada por el Virrey, por algunos oidores de la Real Audiencia y por las personas que se creyera más instruidas del terreno: procuraría enterarse de las utilidades que produciría el gasto de mantener lo que se pacificase y del mejor modo de que Dios fuera conocido y adorado de los indios; con ese conocimiento y con prudente acuerdo se elegiría por el mismo Virrey la persona más apta para la expedición, dándosele los auxilios necesarios. De regreso en México Guevara, viendo que no se había cumplido dicha Real Cédula, recurrió a S. M., representándosele y, a su instancia, se expidió otra, con fecha de 13 de junio de 1743, en la que S. M. mandaba que se llevara a debido efecto la antecedente y que se formara sin dilación la prevenida Junta.<sup>11</sup>

Esta Real Cédula decía que se había recibido una difusa carta de Guevara de 18 de julio de 1742, quejándose del poco caso que la Audiencia Gobernadora había hecho de la Real Cédula de 1739, a pesar de las vivas diligencias que él hizo en cuanto llegó a México, por habersele opuesto el Oidor Decano Don Pedro Malo, el cual llegó hasta a quitar el título de capitanes que llevaban seis indios que él había hecho ir desde Monterrey con el regalo de dos papagayos y una piedra bezar, diciéndoles que se apartasen de Guevara porque no lograrían sus intentos; proponía Guevara la supresión de plazas de soldados de los presidios del Nuevo Reino, para ahorrar gastos a la Hacienda y pedía se le confirmara el título de Sargento Mayor de las Fronteras del Nuevo Reino y Capitán a Guerra de los pueblos que nombraba. La Real Cédula condenaba la actuación de Guevara, al cual no se le había concedido más acción que la de esperar a que se le llamase, en la Junta que se formara para oírle, ni debía haber llevado a los indios a la capital; pero, reconociendo la demora en el cumplimiento de la Real Cédula y la poca prudencia del Decano quitando sus títulos a los indios, se mandaba al Virrey que se los restituyera y formara la Junta.<sup>12</sup>

<sup>11</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 1.342. Respuesta fiscal de 2 de noviembre de 1744, en Testimonio... sobre la fundación de Conca, fols. 289 y 290; *Instrucción del Conde de Revillagigedo...*, págs. 36 y 37.

<sup>12</sup> Id. de id. id. Leg. 1.346. Testimonio sobre pacificación y población... del Nuevo Reino, fols. 1 a 5.

Desde 1740 a 1746 gobernó el Nuevo Reino Don Pedro del Barrio Junco y Expriella. Gobernando interinamente Don Francisco Ignacio Larralde se conocieron en detalle "las famosas razones del dictamen sobre autos formado por la Junta de México en lo concerniente a la colonización de Tamaulipas y de la persona que debía darle forma a ese proyecto. El dictamen fue hecho por el Auditor de Guerra, Lic. don Juan Rodríguez de Albuerne; y grande fue la sensación que ocasionó, porque puso al desnudo la conducta seguida por varios de los Gobernadores de esta provincia y sus bárbaros procedimientos con los indios; exceptuando... los acuciosos para cumplir y hacer cumplir las leyes y decretos reales... De don Antonio Ladrón de Guevara se dijo que no era el indicado para la magna empresa de conquistar y colonizar Tamaulipas por varias razones, y la principal de todas por considerarlo inmoral, puesto que se jactaba de haber dejado un hijo en cada jacal de india en aquel territorio".<sup>13</sup>

Las reducciones propuestas por Jáurequi, Montecuesta y Guevara eran diversas entre sí y ni aun juntas comprendían el todo, dejando a sus espaldas, por Poniente y N. O. muchas leguas habitadas por bárbaros en la Sierra Gorda. Tanto en sus ofertas como en las de los vecinos del Nuevo Reino se traslucía la intención de restablecer las congregas, perniciosas y opuestas a las leyes, que declaraban a los indios "por tan libres como los mismos españoles y enixamente recomiendan su liuertad, vajo de graúsimas penas".<sup>14</sup>

Los vecinos del Nuevo Reino de que se trata eran los de la villa de San Gregorio de Serralvo o Cerralbo, situada en la frontera de los Chichimecas: ofrecíanse a contener, a su costa, cualquier invasión de indios, con tal de que se les concediese la facultad de erigir Cabildo en su villa y proceder a la elección anual de Alcaldes ordinarios y demás oficios de república, con los privilegios concedidos a las otras villas fronterizas.<sup>15</sup>

Otra propuesta era la del Marqués del Castillo de Aisa, Presidente de la Audiencia de Guadalajara y propietario de las jurisdicciones de San Pablo de Labradores, Río Blanco y San Antonio de los Llanos, así

<sup>13</sup> Cossío, David A.: *Historia de Nuevo León*, III, págs. 111 y 112.

<sup>14</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 1.342. Parecer del Auditor Marqués de Altamira, México 27 de agosto de 1746, en *Testimonio sobre pacificación...*, fols. 384 y v.º

<sup>15</sup> Id. de id. id. Leg. 1.342. Testimonio sobre la fundación de Concé, fols. 291 y 292.



como de las haciendas de la Soledad, Puesto de Sandía, San José de Raíces, la Ascensión y Santa Engracia, situadas dentro de la misma Sierra Gorda, confinantes con los parajes de Sandía el Grande y Chico, Las Pontezuelas y otros, que había quedado despoblados en 1728 y 1735, por las hostilidades de los indios. El Marqués había explotado dichos despoblados con sus ganados, teniendo, para ello, cien hombres armados y doce soldados "que llaman escolteros", habiendo levantado, para su resguardo, tres fuertes, y exterminado a los indios enemigos de aquellos contornos, obligando a 300 de ellos a que se entregaran pacíficamente en San Antonio de los Llanos; atemorizados los demás, acompañaban ya a las haciendas de ganado que entraban y salían por allí a apacentar en el Nuevo Reino, de modo que esa parte de la frontera estaba resguardada por su cuidado. En consideración a ello, pedía que se le diesen los citados despoblados, con facultad de fabricar fuertes en ellos y con el grado militar correspondiente a su carácter y servicios. <sup>16</sup> En su respuesta de 1.º de junio de 1744, el Fiscal aconsejó que se hiciera merced de dichas tierras al Marqués, con la necesaria facultad para sus expediciones y dándole el título de Teniente de Capitán General de las Fronteras que tenía reducidas y de las que fuese reduciendo en lo sucesivo; en la del 2 de noviembre del mismo año, opinó que el Virrey debía extender al Marqués el título de Capitán General del Nuevo Reino de León, Coahuila y Texas "así por hallarse ya con el dicho título de Teniente, como por su acertada conducta y acreditado celo". <sup>17</sup>

Pero de todos esos candidatos a la colonización de Sierra Gorda, el Marqués de Altamira prefirió a Don José de Escandón, por su honradez reconocida y su larga hoja de servicios al Rey, principalmente en la pacificación de dicha sierra, que efectuó en poco tiempo y sin gasto alguno. <sup>18</sup> Así lo propuso al Virrey, que, informado, desde los comienzos de su gobierno, de lo acertado de la gestión del Coronel de las Milicias de Querétaro y de los grandes progresos que se le debían en lo relativo a la pacificación, decía con sinceridad y en contestación a los que le informaban:

<sup>16</sup> Id. de id. id. Leg. 1.346. Parecer del Auditor Marqués de Altamira, en Testimonio sobre la pacificación..., fols. 19 v.º y 20.

<sup>17</sup> Id. de id. id. Leg. 1.342. Testimonio sobre la fundación de Coacá, fols. 292 a 294, y Leg. 1.346. Parecer citado en Testimonio sobre pacificación, fols. 19 y 20.

<sup>18</sup> Cossio, D.ª *Historia de Nuevo León*, III, págs. 112 y 113.



“O es mentira lo que se dice de estas expediciones o el hombre que las ha practicado es un héroe, que tiene pocos semejantes”.<sup>19</sup>

“El rayo más noble de la gloria de Escandón —dice Rafael López— se finca en el amplio sentimiento de humanidad que lleva a una empresa de cuya magnitud él mismo se asombra, por más que, como buen español, no excluya la intervención de lo maravilloso en el éxito: “Y también confieso que todo ha sido milagroso, porque la Soberana Señora de Guadalupe, que siempre he llevado en el Real Estandarte, y a quien, desde el principio, dediqué el general patronato de esta colonia, nos ha protegido visiblemente, con admiración de cuantos me acompañaron”.<sup>20</sup>

En 1743 se llevó a cabo la fundación definitiva de Jaumavé por unos vecinos de Guadalcázar, los cuales, facultados por el Alcalde Mayor de su villa se internaron hasta aquel lugar, construyendo en él jacales y realizando grandes labores.<sup>21</sup>

En su informe al Virrey (Querétaro 23 de febrero de 1743), Escandón proponía la reunión de los indios próximos a Xalpán en cuatro misiones y la fundación de otros establecimientos de esta clase: todo se llevó a efecto al año siguiente; la expedición de 1743 había sido de visita y todos los informes que se dieron al Virrey sobre ella fueron altamente elogiosos y alentadores para su autor. El Fiscal, Licenciado Bedoya, aconsejó (México, 28 de abril de 1743) que se obrara en todo conforme a lo que él proponía; decía que, en la misión de Vizarrón, no sólo cumplió con lo que mandaba el Decreto de la Audiencia Gobernadora de 24 de julio de 1742, sino que “con los medios suaves que le dictó su prudencia, hallanó qualquiera dificultad y escusó se tomase sobre esto nueva prouidencia...”; en la de Concá, al mandar cesar varias contribuciones, que se pagaban a los Alcaldes Mayores sin título que las motivase y haciendo aplicar los fondos a bienes de la comunidad, realizó una justa determinación, que no sólo debía aprobarse, sino dar las gracias a Escandón por ello; acababa diciendo: “...a la verdad que se le deuerán dar las gracias por las exactas diligencias que ha practicado en tan dilatado viage, conducentes todas al seruicio de ambas Magestades y dictadas de la gran prudencia con que se ha portado, y asimismo por

<sup>19</sup> Santa María, V. de: *Relación histórica del Nuevo Santander*, en León: *Bibliografía...*, V, pág. 511.

<sup>20</sup> López, R.: *Introducción a la Relación histórica del Nuevo Santander*, por Fray Vicente de Santa María, págs. XII y XIII.

<sup>21</sup> Prieto, A.: *Historia... de Tamoulipas*, pág. 143.

el arreglado Informe que remite, que puede servir de Instrucción bastante para qualquier arvitrio que se tome en lo de adelante...". El Auditor de Guerra, Don Juan Rodríguez de Albuérne, Marqués de Altamira, a quien el Virrey pidió (6 de mayo de 1743) parecer, lo dio (24 de mayo) también muy favorable. Alababa la "penosa, costosa visita", en que Escandón acreditó su "recomendable celo" y su "discreción, prudencia y actividad"; creía que debía obrarse como él pedía y dar "en nombre de S. M. y de parte de V. E., al referido Coronel... las más expresivas, correspondientes gracias... excitando su acreditado, notorio, christiano feruor y aplicación, para que perficione (como ofrece) la reducción de aquellos Chichimecos Ynfieles o Apóstatas..."; que se le encargara por el Virrey, en nombre de S. M. y del mismo Conde de Fuenclara, que diera las gracias a los misioneros y milicianos que le acompañaron en su visita, así como a los demás misioneros "que desempeñan su christiano instituto", y, en fin "por quanto los méritos del referido Coronel... son acreedores a la real clemencia de S. M... y para que otros, a su exemplo, se exciten en tan loables destinos, se servirá V. E. hacer presentes dhos. méritos a S. M., con el testimonio correspondiente, a lo que V. E. estimare mejor".<sup>22</sup>

El 29 de mayo decretó Fuenclara que se hiciera en todo como aconsejaban el Fiscal y el Auditor y que se librasen los necesarios despachos.

A estas fechas había ya tenido lugar la entrada en tierras de los indios jonases. Comenzada el 28 de febrero, como dispuso Escandón, se terminó con toda felicidad, ya que se logró, aunque con sumo trabajo, tener reducidos a dichos indios en las misiones inmediatas. Al comunicarla al Virrey, Escandón relataba los grandes trabajos que se habían hecho, desde hacía tiempo, para esta reducción y las grandes cantidades que en ello había invertido la Real Hacienda; decía que este "glorioso fin parece tenía la Diuina Providencia destinado para este tiempo del feliz Gobierno de V. E., cuias acertadas providencias en fauor de los soldados de la sierra, han ynfundido tal aliento y complacencia en ellos, que ha sido el todo de que se aia logrado tan lucida y vtil función..."; que ahora las fronteras quedarían tranquilas y él con la honra de haberlo conseguido bajo las acertadas órdenes de S. E. La expedición, añadía, se hizo con 500 soldados y 150 indios flecheros, tratando, "con este

<sup>22</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 1.342. Testimonio de las diligencias executadas en la misión de Xalpan, y Testimonio de autos de la fundación de Concá, fols. 239-240.

ruidoso aparato", no sólo de sujetar a los jonases, sino que sus vecinos se mantuvieran respetuosos con las fuerzas españolas; había nombrado casi todos los flecheros, con sus capitanes y cabos, entre los pames, no tanto por lo que pudieran servir en la campaña, sino para asegurarse de su amistad, dándoles a entender la gran confianza que tenía en ellos e indisponiéndoles, a la vez, con los jonases, para que nunca se unieran a éstos. Notificaba, finalmente, el gran fervor y desvelo de los religiosos de San Fernando, de la misión de Vizarrón, que se habían portado, durante la entrada, como verdaderos padres de soldados e indios, los cuales, conquistados con su caridad, afable trato y buen ejemplo, daban "ciertas esperanzas de su total reducción y conversión".<sup>23</sup>

La proyectada obra de colonización se retrasó varios meses, en parte por la resistencia de los agustinos a entregar sus misiones de Sierra Gorda, y, en parte, por las reclamaciones del Capitán Fernández de la Rama, heredero de las haciendas del Contador Guerrero de Ardila, que temía le perjudicasen las nuevas fundaciones; también el Cura de Escanela reclamó, con igual temor. Muchos escritos, consultas y pareceres se redactaron y acabaron, pese a la opinión del Asesor General, Dr. Andreu, que dijo no se admitiera ningún escrito más y se obrara, después de haber comenzado Escandón sus fundaciones.

En cumplimiento del Despacho del Virrey de 22 de febrero de 1744, que le mandaba remover misioneros y fundar nuevas misiones, Escandón, después de haber mandado publicar su entrada por bando, el 12 de marzo, en los lugares acostumbrados de Querétaro y demás villas y lugares de la frontera de Sierra Gorda, haciendo constar que, a los que se resolvieran a poblar, se les concedía por el Virrey el privilegio militar y que se les darían tierras y aguas para su mantenimiento, salió de Querétaro, el 5 de abril del mismo año, día de Pascua de Resurrección, en dirección a la Sierra Gorda, con una Compañía de montados; a su ruego, le acompañó también el P. Pedro Pérez de Mezquía, no sólo por lo que los indios estimaban a los religiosos del Colegio de San Fernando, sino para que celebrase la misa y administrase, si hacía falta, el Sacramento de la Penitencia. Y habiendo llegado el mismo día a la villa de Cadereita, hizo notificar al Alcalde Mayor de ella, Don Pedro Miguel Caballero, el despacho del Conde de Fuenclara, en que se le mandaba abstenerse del conocimiento de las causas, civiles o criminales, de los

---

23 Id. de id. id. Testimonio de las diligencias executadas en la misión de Xalpan.



soldados que componían las cuatro compañías, de a cincuenta hombres cada una, que hacían guardia perpetua en el presidio de San José de Vizarrón, y que no se metiera con los indios, convertidos o no, que se hallaren en misión. Contestó Caballero que obedecía a todo y participó que en la mañana de aquel día, se habían ausentado de la misión de Vizarrón varias de las familias que la componían y que 70 soldados habían sido enviados en su seguimiento, para impedir llegaran a unirse con los indios que vagaban por los parajes próximos; lo consiguieron, restituyendo parte de los desertores a dicha misión. En Cadereita completó Escandón hasta cincuenta el número de soldados de la Compañía que, bajo el mando del Capitán Don José Díaz Maldonado, le acompañaba, junto con el Teniente de Capitán Protector Perusquia, el Ayudante Don Francisco Romero y otros varios caudillos y cabos, designados para acompañarle. Visitó luego las misiones de San Pedro Tolimán y San Juan Bautista Pacula.<sup>24</sup>

El 12 de abril llegó a Cerro Prieto y descansó en el jacal que, en su falda, habían levantado las gentes del Capitán Don José Joaquín Rubio para que se alojaran Escandón y su séquito. Allí se juntaron muchos indios y otros fueron traídos "a fuerza de arte y algunas dádiuas" por los soldados que registraron la sierra y con ellos fundó la misión de Nuestra Señora de Guadalupe de Cerro Prieto en el lugar llamado antiguamente el Agua del Caracol, que, aunque montuoso y de poca tierra llana, por estar en una de las asperezas de la Sierra Gorda, era muy fértil, abundante en maíz y prometía pingües frutos por la feracidad de la tierra, abundancia de aguas y benigno clima, teniendo cerca del río del Desagüe y el de la Ermita, ambos de "delicados peces". Asignó a esta misión dos religiosos del Colegio de Pachuca, poniendo de presidente a Fray José de Heres. Mandó el día 13 que los indios levantaran sus jacales en el plazo de ocho días y que se llevaran a la misión tres pequeñas campanas que había en las rancherías de Zipatla, Apastla y Mecatlán. Quedaron empadronadas allí 220 familias, con un total de 766 personas. El Ayudante Romero dio posesión, el día 14, al Síndico Don Cristóbal Martínez de la nueva misión, y se hizo la elección de cargos, con las acostumbradas ceremonias. El 15 se presentó a Escandón Don José Joaquín Rubio, con 67 soldados que, como él,

---

<sup>24</sup> Id. de id. id. Testimonio de... la fundación de Concá, fols. 49, 50, 64 a 74, 93 a 95, 257 v.º y 258.



vivían en Xacala y Otupilla: Escandón les encargó que, alternativamente, hiciera guardia un piquete de cuatro soldados, para que, en unión del Caudillo de ella, Don Gaspar Rubio, custodiaran la misión, y el 20 se midieron las tierras asignadas a ésta.<sup>25</sup>

El 17 de abril había pasado al paraje de Giliapa y, junto a los paredones de la iglesia que hubo antiguamente en dicho lugar y había sido quemada por los indios jonases de la Media Luna, fundó otra misión, a la que, en honor del Virrey, dio el nombre de San José de Fuenclara: estaba situada en el paraje "más ameno y de mexor temperamento que tienen todos sus contornos". Entrególa también a los religiosos del Colegio de Pachuca, nombrando Caudillo y Cabo a Guerra de ella al Alférez Don Andrés Ramírez de Arellano, al que había llevado de Querétaro para este fin; las cuatro familias de españoles que llevó de Zimapán a establecerse en Fuenclara, quedaron con el encargo de asistir como soldados y ayudar al misionero en lo que se ofreciere. Los indios reunidos allí eran de la nación pame: se les congregó por Don José de Miranda, ordenándoles levantarán sus casas en torno de un jacal más grande que se destinó a iglesia, y su número fue de 101 familias, compuestas de 434 personas. Suponía el fundador que la misión podía ser, en término de diez años, un pueblo grande y rico.<sup>26</sup>

Detúvose en esta tarea hasta el 19 de abril y el 20 llegó a la misión de Xalpán, donde logró que el misionero agustino se la entregase y proveyó se solicitara el envío de ornamentos y de todo cuanto hiciera falta a los dos religiosos del Colegio de San Fernando a quienes la entregó. El 25 de abril fundó, en el paraje de Concá, la misión de San Miguel de Concá, poniendo en ella dos religiosos de San Fernando y un lego, quedando los indios gustosos: el lugar en que se asentó era una loma capaz, con agua bastante para el riego y mantenimiento de la nueva congregación, cerca de la cual corría, además, el caudaloso río de Concá, abundante en peces. Los mecos asignados a esta misión eran tan dóciles que, a los veinte días, tenían sus casas acabadas y comenzaban el cultivo de sus sementeras, asignóles para esto una legua cuadrada de tierra: eran 144 familias con 439 personas.<sup>27</sup>

Continuando su expedición, llegó el 29 de abril al Agua de Landa, donde estaban reunidos los indios de sus rancherías, hasta entonces dis-

25 Id. de id. id. Dicho testimonio, fols. 79 a 86 y 95 a 98.

26 Id. de id. id. Testimonio citado, fols. 89 v.º a 93 y 99 a 102.

27 Id. de id. id. Testimonio citado, fols. 1 a 8, 53 y 54.

persos en los barrancos y despeñaderos de aquellos montes y a los que se había prevenido anticipadamente por medio de los oficiales y soldados que tenía ocupados en este laborioso asunto: había ya construido un jacal propocionado para vivienda del misionero en un apacible puerto junto al llano o valle de Jongo y, a exhortación de Escandón, levantaron una decente iglesia pajiza, para celebrar la misa, con tal prisa y tales demostraciones de júbilo, que la concluyeron y se hallaban congregados del todo antes de que el Teniente de Capitán General saliese de su territorio. Con estos indios (193 familias, compuestas de 564 personas), fundó la misión de Santa María del Agua de Landa, que, como las dos anteriores, entregó al Presidente Fray Pedro Pérez de Mezquía, del Colegio Apostólico de Propaganda Fide de San Fernando de México, el cual puso allí dos religiosos: Fray José Castaño y Fray José de la Sierpe. El lugar era de clima templado y estaba situado en una meseta, entre dos cerros, de cuya cañada salía un arroyo; era de buenas tierras. Asignó las tierras correspondientes, prometió al Capitán Fernández de la Rama que se le indemnizaría con tierras realengas de la parte de su hacienda comprendida en la tierra demarcada para la misión, se dio la posesión a Perusquia y se hizo la elección de cargos públicos, exhortándoles Escandón al cumplimiento de su obligación al entregarles las varas después de haberse celebrado la misa bajo una enramada. Y habiéndole representado las nuevas autoridades que experimentaban grandes daños en sus milpas (o maizales) y sembrados, del ganado de Don José de Chaves, Escandón hizo comunicar al hermano del dicho que cuidara de que sus ganados no hiecieran daño en los terrenos cultivados de la misión y que pagaría los perjuicios que, en adelante, causarían.<sup>28</sup>

El 1.º de mayo llegó, con una compañía volante de caballos corazas, al valle de Tilaco, a cinco leguas de la misión anterior. Allí, Don Jerónimo de Chaves y otros soldados que había destinado para ello, tenían ya reunidos varios grupos de indios mecos de aquellas cercanías, con el capitán de ellos Pancho Francisco “a quien —dice Escandón— deseando quitar este extraordinario nombre, le puse el de Dn. Francisco de Escandón”. El día 2 se hizo fundación de la misión, que se llamó de San Francisco del Valle de Tilaco, en el lugar escogido por Escandón “por su buen temperamto. y tener vn ojo de gua... y una crecida laguna”, asignándole, para siembras y pastos, una legua por cada viento o

---

28 Id. de id. id. Testimonio citado, fols. 7 v.º a 14 v.º y 55.

punto cardinal. El mismo día se hizo la elección de cargos, quedando como gobernador el citado Don Francisco de Escandón. Quedaron empadronadas allí 204 familias de mecos pames, con 749 personas, y, para su guardia, Don Jerónimo de Chaves, nombrado Cabo a Guerra, con otros tres soldados españoles y sus familias.<sup>29</sup>

Del mismo modo fundó, el 3 de mayo de 1744, la misión de Nuestra Señora de la Luz de Tancoyol, en un grande y hermoso valle, de tierras fértiles y de buenos pastos, empadronándose en ella 218 familias de indios mecos, con 643 personas y poniéndolas bajo el cuidado de dos religiosos de San Fernando. El día 4, después de celebrarse misa en la enramada que se improvisó para capilla, se efectuó la elección de gobernador, dos alcaldes, alguacil mayor, regidor y dos topiles. Fray Pedro Pérez de Mezquía nombró también su Fiscal Mayor. Para seguridad de esta misión, dejó Escandón cinco soldados españoles con sus familias.<sup>30</sup>

Las cinco nuevas misiones progresaron rápidamente. El Caudillo de ellas y de la de Xalpán, Matías Zaldívar, que las visitó dos veces en un mes, escribía a Escandón el 15 de julio del mismo año que el número de familias empadronas en ellas había aumentado; que todo el mundo asistía a la Doctrina: los niños, mañana y tarde, y los mayores sólo por la mañana; que muchos de los adultos faltaban entresemana para atender a sus milpas, que estaban lejos, pero que el domingo acudían “todos mui gustosos y contentos, y lo están con los Padres por veer su cariño y gran desinterés, y así mismo los Padres muestran estarlo con ellos por conoser su docilidad, y q. para ausentarse de la misión piden primero licencia. Así grandes como chicos ban aprobechando mui bien en la doctrina: en esta misión de Xalpa da mucho gusto veer la doctrina de los niños, la que, acabada un día, conté docientos y veinte y quatro, sin entrar en este número muchos grandes que, anciosos de aprehenderla, asisten voluntariamte. sin ser precisados...”. Decía que en Concá, Landa y Tilaco se habían construido iglesias bastante capaces, con la ayuda voluntaria y gustosa de los indios y que la de Xalpán había que agrandarla “pues los días de fiesta se queda mucha gente fuera”. Después de acabar su carta con la fórmula cortés “Besa la mano de V. S. su Caudillo que le estima, Mathías Saldívar”, escribía la siguiente postdata, digno final de esta carta, verdaderamente edificante: “El consuelo que tengo

<sup>29</sup> Id. de id. id. Testimonio citado, fols. 42 v.º a 49 y 56 a 58.

<sup>30</sup> Id. de id. id. id. Dicho testimonio, fols. 31 a 41 y 59 a 60.



es q. qdo. V. S. benga, los ha de ver con sus casillas q. las han hecho y las ban haciendo mui aceadas y no dejan parar al pobre caudillo...".<sup>31</sup>

Al comunicar a Fuenclara su entrada y sus fundaciones, Escandón advertía que las nuevas misiones y la de Xalpán, que era muy antigua, habían sido entregadas, según la orden virreinal, a los religiosos de San Fernando; que, aunque quedaba gravado el Real Erario con el gasto de 3.000 pesos que necesitaba dar anualmente para la manutención de los diez religiosos, se suavizaba esto "con las bien fundadas esperanzas de que, dentro de diez años, mediando la aplicación y sto. zelo de dhos. Religiosos Apostólicos, no sólo sesará este sueldo, entregándolos al Ordinario, sino también convertidas en grandes Pueblos, producirán crecidas cantidades de tributos y alcaualas"; que el Caudillo de Xalpán, Landa, Tilaco y Tancoyol era el citado Matías de Zaldivar, que las guardaba, con treinta soldados y era Cabo y "vno de los soldados más afectos a el Rl. servicio, que tiene la Sierra Gorda y que ha trauajado a su costa, con el mayor desvelo, valor y actividad, en la congregación y reducción de los expresados Indios", al cual, para remunerarle en parte su trabajo y que los demás se animaran a imitarle, por no tener tierra alguna en que sembrar para mantener a su numerosa familia, le donó, conforme a la facultad que el Virrey le había conferido, una estancia para ganado mayor, en tierras realengas, con la condición de que la poblara luego y sirviera de freno a los indios de las nuevas misiones, entre las que estaba situada; que al indio Don Baltasar Coronel, Gobernador de Xalpán y "mui ladino en la lengua castellana y diestro en todos los ydionas de aquellas Naciones", en cuya reducción había trabajado con el mayor empeño, le había agraciado con el título de Cacique para sí y sus descendientes y le asignaría las tierras necesarias para su decente manutención; que, además de los soldados de Zaldivar, atendían a la defensa de las misiones el Capitán de Caballos Corazas Don Gaspar Fernández de la Rama, con cuarenta y dos soldados, y el Comisario a Guerra Don Juan de la Cuesta, con un piquete de seis soldados; ambos oficiales habían trabajado también en la reducción de los indios y pedía a S. E. que les concediera los privilegios y exenciones que concedió a los demás en su despacho de 28 de febrero de 1744.<sup>32</sup>

<sup>31</sup> Id. de id. id. Zaldivar a Escandón, Xalpa 15 de julio de 1744, en Testimonio citado, fols. 35 a 37.

<sup>32</sup> Id. de id. id. Escandón a Fuenclara, Querétaro 28 de julio de 1744, en Testimonio citado, fols. 60 a 63 v.º



En su decreto de 22 de febrero de 1744, el Virrey, en vista de que era constante el servicio de Escandón a Dios y al Rey y que los progresos en la colonización se debían en todo al “seguro de sus acertadas providencias, dictadas de su gran celo y que éstas prometen perfecto establecimiento de la paz en lo venidero”, había reconocido sus méritos, dándole, en nombre del Rey a quien daría cuenta “para que le remunere tan laudables servicios en los empleos que su Real Animo se dignare conferirle”, y en su nombre propio “las más expresivas” gracias por la exactitud, celo, esmero, desinterés y vigilancia con que se había portado “con tan laudable dirección, prudencia y actividad” y le había concedido amplias facultades para hacer fundaciones.<sup>33</sup> La información de Escandón obtuvo la misma favorable acogida en el Conde de Fuenclara “cuyo carácter —dice Fray Vicente de Santa María— como lo sabe toda la Nación, era la sencillez y la verdad...”.<sup>34</sup>

Pero la visita de Escandón no había terminado con las dichas fundaciones, en las que se detuvo hasta el 5 de mayo. Al siguiente día visitó la misión de Lagunillas, encontrándola en tan buen estado, que aconsejó podía cesar el situado de ella; el 7, la antigua misión de San Juan de Tetla, cuyo situado venía cobrándose indebidamente; el 8, la de Peniguan, en muy buen estado; y el 9 la de San Felipe de Jesús de los Gamotes, en desastrosa situación. En todas hubo que arreglar diversas cosas.<sup>35</sup>

El 10 llegó a la misión de San José de Ataquines, donde se le quejaron “con lastimosas expresiones” de no poder asistir a misa y del rigor de los dueños de haciendas vecinas, que los llevaban violentamente a trabajar en las tierras que habían quitado a la misión, haciéndoles servir sin estipendio “y con la ympiedad de no darles de comer como a hombres...” Escandón, compadecido, comprobó que eran ciertas las quejas, habiéndose introducido dichos hacendados hasta el mismo cerro en que se alzaba la iglesia, haciendo intransitables los caminos; llegaban incluso a derribar las miseras chozas de los indios para dedicar el terreno a su provecho, como lo probaba una carta del Teniente Don Juan Francisco del Cano, en que llamaba *perros* a los indios, porque, gracias a la

33 Id. de id. id. Decreto de Fuenclara, México 22 de febrero de 1744, en Testimonio citado, fols. 250 v.º a 253.

34 Santa María, V. de: Ob. cit., en León: *Bibliografía mexicana*, V, págs. 511 y 512.

35 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.342. Testimonio de los autos... de la fundación de... Conca, fols. 152 a 161 y 176 a 181 v.º

intervención del misionero, no habían derribado sus casas, como él quería. Usando Escandón de las facultades que el Virrey le había conferido, señaló a la misión una legua de tierra por cada uno de los cuatro vientos, con lo que tuvieron ya suficiente para mantenerse.<sup>36</sup>

Visitó después la misión de la Purísima Concepción del Valle del Maíz, donde también tuvo que hacer que el Caudillo, Don Felipe de Apresa Moctezuma, restituyera las tierras de que, indebidamente, la había despojado;<sup>37</sup> luego, la de San Antonio de Tula, donde tuvo bastante que arreglar, especialmente, para acabar con los desmanes de la poderosa familia de los Castillo. Escandón, teniendo en cuenta que el misionero le dijo que, aunque de costumbres pésimas, eran gente de mucho valor, buenos soldados, peritos en las lenguas de los indios fronterizos y prácticos en las sendas y parajes de aquellos territorios, disimuló lo posible, para evitar mayores males y principalmente el peligro de que huyeran a reunirse con los indios insumisos o de que se armaran y quedaran desconfiados; dejó el arreglo de tales inconvenientes para momento más oportuno y les aseguró de su amistad, quitándoles la idea de forjar proyectos perniciosos. No obstante, mandó que se informara de todo al Virrey y reuniendo a los Castillos con los soldados les hizo asentar un convenio de estar, en adelante, en paz y unión y no perturbarse en el dominio de sus tierras.<sup>38</sup>

De este modo iba Escandón demostrando, con los hechos, que era el hombre insustituible para la colonización, un hombre que poseía "aparte del conocimiento del carácter indígena —como escribe Rafael López— facultades más de estadista que de guerrero, que le permitieron penetrar las causas originales del irresoluble conflicto y las atajase en su fuente. Esa cualidad fue la mejor arma empleada por Escandón en sus propósitos".<sup>39</sup>

El 17 de mayo llegó al paraje donde estuvo la antigua misión de Palmillas: sólo se encontraban las ruinas y los vestigios de haber habido allí una capilla y mandó que las cinco familias, con 19 personas, de indios pames, únicos que quedaban, a consecuencia de la última epidemia y de

36 Id. de id. id. Testimonio citado, fols. 113 a 118, 152 a 160 y 168 a 176.

37 Id. de id. id. Dicho testimonio, fols. 103 a 113 y 183 v.º a 187.

38 Id. de id. id. id. El mismo testimonio, fols. 143 a 152 y 187 a 189.

39 López, R.: Introducción a la *Relación histórica del Nuevo Santander*, de Fray Vicente de Santa María, pág. XIII.

la continua guerra que sostuvieron con los indios inmediatos, se agregaron a la misión de Tula, de la que distaba 15 leguas al N. 40

El 18 de mayo llegó a la nueva fundación de San Lorenzo del Jaumabé, poblada el 23 de marzo de 1743; habíanla inaugurado ocho familias de Santa María de Río Blanco, acompañadas por el cabo de Tula, al que se ordenó fuera con ellas para elegir el lugar de su establecimiento, 41 y luego habían ido más, hallándose reunidas, a la sazón, 21 familias, con 120 españoles y gente de razón: tenían fabricadas casas pajizas para su vivienda y un jacal bastante decente en que se celebraba misa y a su lado otro en que vivía el misionero desde el 28 de febrero de 1744. Al siguiente día pasó Escandón a un lugar en que habitaban 21 familias de indios Pisonés, a las que agregó otras trece de la extinguida misión de Santa Rosa, y, sobre una loma algo alta, fundó la misión de San Juan Bautista del Jaumabé, que había ya existido, pero que no tenía misionero. Era debido esto al rigor de los indios y a los tributos que habían obligado a los soldados a desamparar el lugar, que entusiasma a Escandón. "Es el Jaumaué —escribe— vn hermoso, ameno y apacible valle, de muchas y fecundas tierras, que fertilisa un un moderado río, y cinco ojos de agua, que colocó la Prouidencia Diuina con tal proporción y abundancia que, sin especial fatiga, se puede regar y fertilisar; todo el balle, que gosa de fauorable temperamento, tiene, por espacio, de Norte a Sur, como de quatro hasta ocho leguas, de Oriente a Poniente, catorce; está circumbalado, por todas partes, de empinados zerros de la misma Sierra Gorda, que ofrecen abundancia de maderas y dho. río copia de peses de buena calidad...". 42

No visitó Escandón las antiguas misiones de Monte Alberne y Santa Clara por hallarse ya muy entrado el tiempo de las aguas y porque esas misiones no existían realmente, por lo que, en su informe, aconsejó que cesaran sus situados. Los indios de ellas eran tan afectos a los españoles, que, siempre que había campaña, se incorporaban a las tropas; llevaron ahora diez y ocho niños para que los bautizaran. Pensó en congregarlos a todos en el Jaumabé, pero luego prefirió que permanecieran

40 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.342. Testimonio de autos sobre la fundación de Concá, fol. 191 y v.º

41 Informe de D. José Tienda de Cuervo al Virrey. México, 13 de octubre de 1757, en "Estado general de las fundaciones hechas por... Escandón...", II, pág. 129.

42 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.342. Testimonio de autos sobre la fundación de Concá, fols. 163 a 168 y 191 a 194.



donde estaban para cortar el paso a los Janambres, con los que estaban en continua guerra.<sup>43</sup>

Luego visitó la misión de Santa Catalina Mártir de Río Verde, cuyos indios hacía tiempo que pagaban tributo; el vecindario era crecido y tenía un convento de franciscanos, que percibía crecidas obvenciones, por lo que aconsejó cesara el situado.<sup>44</sup>

La parte de la Sierra Gorda visitada por Escandón había estado, antes de la conquista, habitada y poseída por indios que tenían en ella muchas rancherías con crecida población de personas de todas edades y de ambos sexos; comunicábanse estos indios pacíficamente con las misiones vecinas y no cometían contra ellas hostilidades en grande escala, sino sólo algunos robos de ganado; hasta permitieron que varios españoles se estableciesen en los valles en que luego se fundaron las poblaciones del Jaumabé, Palmillas y Santa Bárbara, y también consentía que, por temporadas, que, generalmente, solían ser de año a año, entrase el misionero de Tula al Jaumabé y a Palmillas, y el de la villa de los Valles a Tanguanchin (luego Santa Bárbara), si bien uno y otro no fiándose mucho en la fe de los indios, iban acompañados de soldados; estos padres permanecían tres o cuatro días en esos parajes: los indios, prevenidos ya de su venida, acudían con sus hijitos para que se les administrara el bautismo y los adultos, que ya lo había recibido, concurrían a la Doctrina que, en este breve tiempo, se les explicaba. Escandón se dio cuenta de este buen principio que allí existía para fundar poblaciones y procedió a ello, como se ha visto.<sup>45</sup>

Todavía visitó la misión de Nuestra Señora de Guadalupe, situada en un arrabal de San Luis de la Paz: allí remedió la triste situación de los indios, que, despojados por los hacenderos vecinos, sólo se mantenían de aguamiel y frutos silvestres, según expuso el P. José María de Amendola, de la Compañía de Jesús, su misionero; Escandón les asignó otras tierras entre las que había por allí realengas.<sup>46</sup>

El gasto de instalación de las cinco nuevas misiones fue el siguiente: 3.000 pesos a los diez religiosos del Colegio de San Fernando, por sus

43 Id. de id. id. id. Dicho testimonio, fols. 194 v.º y 195.

44 Id. de id. id. id. Escandón a Fuenclara. Querétaro, 30 de julio de 1744, en Testimonio citado, fols. 195 v.º y 196.

45 Tienda de Cuervo, José: *Informe al Virrey*. México, 13 de octubre de 1757, en "Estado general de las fundaciones hechas por D. José de Escandón...", II, págs. 5 y 6.

46 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.342. Testimonio de autos... sobre la... fundación de Coqá, fols. 196 v.º a 204.



estipendios, de un año adelantado, a 300 pesos cada uno; 3.894 pesos, 6 tomines y 3 granos, por el valor de ornamentos, con sus frontales y lo demás correspondiente, en cinco colores, albas, sobrepellices, manteles, ámitos, etc., etc.; 1.500 pesos a los cinco religiosos del Colegio Apostólico de Pachuca, franciscanos como los de San Fernando, por sus estipendios de un año adelantado; 500 pesos a los mismos religiosos para la compra de algunas cosas precisas al principio de su misión; 3.764 pesos y 9 granos, por los ornamentos y demás objetos eclesiásticos correspondientes a las tres misiones (Nuestra Señora de Guadalupe, Señor San José de Fuenclara y Señor San Juan Bautista Pacula) que se ponían a su cargo, dándoseles vinajeras de vidrio doble en vez de plata labrada, así como las campanitas de metal por prohibírseles el uso de las de plata en su constitución; 1.000 pesos en abonar a los agustinos lo que se les debía, a razón de 250 anuales, por las misiones que habían tenido que abandonar.<sup>47</sup>

El 6 de agosto de 1744, Escandón remitió un largo informe al Virrey consultándole sobre lo observado en la visita, para que tomara las providencias necesarias. Creía que no debía pagarse a los misioneros si no cumplían con las obligaciones de su ministerio; hasta entonces, los alcaldes mayores, con notable ligereza, faltando a Dios y al Rey, les daban certificaciones de que las cumplían, faltando a la verdad, y así resultaba que las misiones estaban en tan mal estado que era preciso volverlas a fundar de nuevo. Había, en segundo lugar, en esos países, tan crecidas contribuciones, que le parecía eran el motivo principal de la ruina de las misiones, que, en 70 leguas, de S. a N., halló despobladas: debía formarse arancel de los derechos que el misionero hubiera de cobrar de los españoles, gente de razón e indios que pagaran ya el Real tributo, porque los indios que estuvieran congregados o se fueran congregando en lo sucesivo, debían quedar exentos de todo tributo, bastando con que dieran correos y semaneros y sembraran y beneficiaran dos fanegas de maíz por año para la manutención del misionero. En tercero había que acabar con la incautación indebida, por los propietarios vecinos, de las tierras de las misiones, esclavizando a los indios. Su cuarta observación era sobre los graves perjuicios que los alcaldes mayores y sus tenientes causaban, introduciéndose indebidamente en la

---

47 Id. de id. id. id. Certificación de los Oficiales de la Real Caja de México, 23 de julio de 1744, en Testimonio citado de las diligencias en Xalpan por Escandón.

jurisdicción de las misiones, usando, muchas veces, de medios ilícitos y perniciosos para la gente pobre e indefensa; proponía que el Cabo o Caudillo a Guerra, que él ponía en cada misión, se encargara de conocer, en primera instancia, las causas y asuntos civiles y criminales de todos los que estaban bajo su custodia. Pasaba luego a hablar de que, deseoso de adelantar la colonización, en las tierras que, por el N., mediaban entre el Nuevo Reino de León y la costa del golfo de México, cuando se hallaba en el Jaumabé, practicó las averiguaciones que le fueron posibles en aquel tiempo de aguas tan adelantado, informándose de los soldados conocedores del país. Dijéronle éstos que, a 25 leguas el N. E. del Jaumabé, terminaba la sierra en unos amenos y dilatadísimos valles, “de buenas tierras, con muchos ojos de agua, arroyos y ríos abundantes de rico pescado”, gran fertilidad y clima benigno. El paraje en que comenzaban dichos llanos se llamaba San Bernardino de las Rusias, donde, en 1641, los franciscanos de Zacatecas fundaron una misión, que fue muy pronto, por carecer de guarnición, destruida por los indios, y lo mismo sucedió con otra misión, llamada de San Buena-ventura de Tamaulipa, fundada a la vez; creía conveniente que, en San Bernardino, se fundara una villa de españoles, con una misión adjunta: allí había muchos indios “de buenos cuerpos, mui ágiles, balientes y diestros en el manejo de las flechas”, que se alimentaban de la pesca y del maíz que sembraban; convenía se establecieran, en la nueva población, cincuenta familias de españoles, dotando a cada una de seis caballerías de tierras, pues, siendo terratenientes, defenderían su hacienda con tesón y, para los comienzos, se les daría, por una sola vez, 200 pesos a cada uno y 500 al que desempeñara el cargo de capitán; alargábase en las ventajas de la nueva fundación y en los medios de defenderla y proponía, en fin, la mejor época para verifícala y los nombres de los que, con mayores probabilidades de éxito, podían designarse para ello, acabando con el deseo de que “la Divina Majestad dispusiera la total reducción de los infieles de Sierra Gorda” en el feliz gobierno del Conde de Fuenclara.<sup>48</sup>

El Virrey, en vista de este informe, hizo las consultas de costumbre. El Fiscal dio su respuesta (México, 2 de noviembre de 1744) favorable a las cuatro observaciones hechas por Escandón en su informe. Respecto

---

<sup>48</sup> Id. de id. id. id. Testimonio de los autos hechos sobre la fundación de... Concé,  
folios 258 v.º a 272 v.º

a las nuevas fundaciones que proponía “por los rumbos” de la bahía del Espíritu Santo y San Antonio de Valero, provincia de Texas, las aprobaba diciendo que los medios de hacerlas no eran gravosos para la Real Hacienda, que, con ellas, quedaría del todo libre y asegurada la costa del golfo de México de los enemigos que la infestaban, sujetos los Janambres y susceptibles de ser explotadas las abundantísimas salinas de la Barra. De igual modo encontraba bien las restantes propuestas de Escandón y creía conveniente la creación del cargo de Teniente General y Sargento Mayor para el gobierno militar de las fronteras del Nuevo Reino de León, Coahuila y Texas, para conseguir la población de los territorios que mediaban entre la Huasteca y los presidios de la Bahía del Espíritu Santo y San Antonio de Valero, para lograr su seguridad y evitar que los enemigos de España se fortificaran allí; debía, además, recompensarse a Escandón.<sup>49</sup>

Todo parecía marchar viento en popa, cuando la reclamación presentada por Nicolás de Gálvez, procurador de Don Gaspar Fernández de la Rama, lo entorpeció y dilató el logro de una empresa iniciada con tan felices auspicios. Gálvez presentó un difuso escrito, ponderando el perjuicio que se causaba a su representado con el reparto de tierras a los indios de las nuevas misiones, cuando había comprado los terrenos que poseía, en 1736, a Don Pedro de Larburu, invirtiendo mucho dinero en trabajos agrícolas y en civilizar a los indios, instruyéndoles en la “cultura política, civil y en lo christiano” y sirviéndose de un trapiche, que había instalado para hacer azúcar, para darles dulzura, imitando al fabuloso Rey Gargoris “de la Europa, llamado el Monícula, que, siendo particular y, no obstante, hauer cojido los ánimos de los españoles tan alterados, ásperos y señoreados sobre sí para no tener Príncipe ni Capn. sino sólo regirse y acomodarse al reino propio de su voluntad, por la fortuna de hauer sido el primero qe. descubrió el Panal e ymbentó lo melífero, no le grangeó menos qe. una Corona y el aplauso unibersal, pues conbirtió en blandura los agrios ánimos que tenían antes, por qe. siempre le consigüe qn. da con dulce mano”. Recalcaba la obra de dogmatización de Don Gaspar y su entrada en la sierra.<sup>50</sup>

Consultado por el Virrey, el Auditor de Guerra, Marqués de Altamira, aprobó todo lo hecho por Escandón, aconsejó que se indemnizara

---

49 Id. de id. id. id. Testimonio citado, fols. 273 v.º a 296.

50 Id. de id. id. id. Dicho testimonio, fols. 296 a 308 v.º



al Capitán Fernández de la Rama, procurando que todo quedara arreglado a satisfacción de todos; que Fuenclara diera cuenta al Rey de lo trabajado por Escandón, para "el condigno ascenso" de éste y que se le dieran las gracias.<sup>51</sup>

El 28 de junio de 1745, el Virrey dio un decreto en que, si bien reconocía el celo de Escandón, lamentaba que las nuevas fundaciones hubieran perjudicado a tercero, que hubiera obrado con tanta libertad "en quitar y poner, sin hauerme consultado antes sus pareceres", así como en lo de repartir tierras y sacar indios de un lugar para llevarlos a otros, de lo que habían resultado escándalos y muertes, el 2 de abril de 1745, en Apastla; que lo mismo había hecho con los soldados y nombrando capitanes y oficiales de compañías, sin dar cuenta en forma; que en lo de quitar los sínodos a las misiones, por tener suficiente congrua para mantenerse, debió enviar los debidos justificantes de lo que afirmaba; que tampoco podía concederse a los caudillos la jurisdicción civil y criminal en las misiones, porque eso era dejar a los alcaldes mayores "en menos concepto qe. vn particular, sin tener en qn. exercitar Juron. y grauado sólo a recaudar tributos, qe. es idea en qe. no ha pensado nadie hta. ahora, pues quando vn Alcalde maior diese motiuos pa. desagradar los vecindarios, no es posible qe. todos incidieran en el proprio", además de que esto requería prolija meditación, ya que suspendía lo dispuesto por leyes; que, en la fundación propuesta de San Bernardino de las Rusias, hablaba sin haber visto el paraje; y acababa mandando pasara a nuevo informe del Fiscal.<sup>52</sup>

Indudablemente los perjudicados por la obra de Escandón, misioneros y propietarios, habían influido en el ánimo del Virrey, que, por lo demás, aunque espíritu activo (o dinámico como dicen hoy) no gustaba de precipitaciones y, viéndose él mismo coartado en su autoridad desde la muerte de Campillo, procuraba obrar con toda la seguridad del éxito y todos los asesoramientos posibles.

El Fiscal tardó bastante en dar el informe pedido por el Virrey: hasta el 6 de octubre de 1745. Pero fue un informe luminoso, ecuánime y concienzudo, para disipar todas las dudas del Conde de Fuenclara y que éste creyera nuevamente en la obra de Escandón. Insistía en defender y aprobar todo lo hecho por éste "con calificado zelo, actiuidad, des-

51 Id. de id. id. id. El mismo testimonio (Parecer del Auditor, México, 25 de abril de 1745), fols. 311 a 315.

52 Id. de id. id. id. Dicho testimonio, fols. 315 a 319.



interés y modestia", cualidades que había revalidado en su visita de 1744, haciendo grandes gastos de su bolsillo; que todo lo hecho por él no carecía de autoridad, y fe, pues, aunque sólo estaba autorizado por el Escribano de Guerra que él mismo nombró, en virtud de la facultad que tenía, se debía considerar subsanado ese defecto y más "quando, en negocio y causa de militares, son tan poco escrupulosos los dros., que no requieren, para la autoridad y comprobación de los autos, aquellas solemnidades a que están sugetos los que no lo son..."; que no podía apartarse ahora, en su juicio, de lo dicho otras veces sobre la magnífica labor de Escandón, pues, aunque suponía que el Virrey tendría motivos para variarlo, por las noticias extrajudiciales que habría adquirido, él no las tenía y no podía apartarse de su primitivo concepto, sin causa justa; que los religiosos del Colegio de Pachuca tenían derecho a evangelizar en la Sierra Gorda en virtud de breve pontificio y de una Real Cédula de 18 de noviembre de 1738; que las mercedes de tierras se entendían siempre sin perjuicio de nuevas poblaciones y que la reclamación de Fernández de la Rama era incomprensible, puesto que se dispuso que se arreglara con Escandón y no sólo lo hizo, sino que colaboró con él, y ahora se quejaba, sin que pudiera creerse que firmó las diligencias sin saber lo que firmaba; que los propietarios del Valle del Maíz y los de Peniguan no contradijeron el reparto de tierras, sino que se hallaron en él; que sólo se podía notar exceso en la asignación de tierras, aunque con ellas se facilitaba la reducción de indios, haciéndola menos costosa; que, en cuanto Escandón hiciera el deslinde de todas las tierras y lo comunicara, bastaba con la aprobación virreinal para que quedara firme no porque Escandón lo hiciera, sino porque el Virrey lo aprobaba; no reconocía el menor exceso en el nombramiento de caudillos hecho por Escandón, ni en la revocación del título de capitán conferido por Fuenclara a Don Antonio de los Ríos Calvillo, ya que el Teniente de Capitán General procedía con la confianza de que todo se aprobaría por S. E. como cuando quitó a Labra de la misión de Tolimán, y el decreto mismo de S. E. disculpaba lo hecho en esta parte, por la necesidad de proceder con urgencia; ignoraba el Fiscal exactamente lo sucedido en Apastla, pero sabía que el Teniente de Mestitlán, Barranco, desfiguró la verdad de los hechos y que su imprudente conducta fue causa de muerte de tres indios; creía conveniente que los caudillos tuvieran jurisdicción en las misiones, con inhibición de los alcaldes mayores; que las certificaciones

de asistencia de los religiosos a las misiones fueran firmadas por Escandón y no por los alcaldes; que cesara el subsidio a las misiones en que así lo había propuesto Escandón; debía concederse la inhibición de las justicias a los soldados; no veía inconveniente en la fundación de San Bernardino de las Rusias por iniciativa particular y no era grande el gasto de 10.500 pesos por ella, lo que, por lo demás, podría subsanar la Junta de Hacienda que debía formarse; y, en fin, si Escandón, según los informes de S. E., había procedido mal, sería necesario corregirle severamente.<sup>53</sup>

No satisfecho aún el Virrey, mandó (México, 26 de octubre de 1745) que se pasaran los autos al Auditor, que no halló inconveniente en la ejecución de lo propuesto, en su mayor parte, pero aconsejó a S. E. que suspendiera, hasta que se instruyera y formalizara más lo propuesto sobre las mercedes hechas de tierras a personas que no las habían poblado, la fundación de San Bernardino de las Rusias, teniendo en cuenta las Reales Cédulas de 10 de julio de 1739 y 13 de junio de 1743, de las que se deducía era el ánimo de S. M. que se efectuara la pacificación de aquellas fronteras.<sup>54</sup>

El 13 de enero de 1746 decretó el Virrey que se hiciera como parecía al Auditor, excepto en lo de que el pago de mil pesos para ornamentos de las misiones se determinara por la Junta de la Real Hacienda, y sobre cese del pago de subsidio a ciertas misiones, y mandó que se remitieran los autos a Escandón para que informara nuevamente. Al recibirlos en Querétaro, el 8 de febrero, Escandón procedió a nombrar Secretario de Guerra, por hallarse impedido Díaz Maldonado, al Ayudante Don Francisco Romero, que aceptó y juró el cargo.<sup>55</sup>

La entrada para la reducción de los indios rebeldes y apóstatas, que vivían en las fronteras de Querétaro, Cadereita, misiones de Vizarrón, Tolimán, Pacula, Xalpa y San Miguelito y Reales de Minas de Zimapán, Escanela y Sichú, comenzó el 28 de febrero de 1745. Empleó Escandón diez y siete días en penetrar en la aspereza de aquellas sierras hasta estrechar el cerco, en el que cayó la cuadrilla principal de los Otomites. Habíaseles ofrecido la paz varias veces y siempre la rechazaban. Nuevamente se les envió, con igual proposición, a Juan Muñoz y otros

53 Id. de id. id. id. Testimonio citado, fols. 322 a 352.

54 Id. de id. id. id. Parecer del Marqués de Altamira, México, 17 de diciembre de 1745, en el mismo testimonio, fol. 353.

55 Id. de id. id. id. Testimonio citado, fol. 353.

soldados inteligentes en su idioma, previniéndoles que no se les haría daño alguno, pues sólo se quería que vivieran como racionales en las poblaciones donde residían sus compañeros "gozando de Pasto espiritual que en el todo les faltaba". Pero a todo respondieron que no querían ir a ninguna población ni vivir sujetos a religiosos ni a otra persona, sino mantenerse como hasta entonces. En vista de ello, se procedió a tomar las más prudentes medidas para aprehender sus personas, procurando estrecharlos de la mejor manera que permitían las barrancas y quiebras del país; entonces los indios emprendieron precipitada fuga "por una intrancitable cuchilla", después de haber disparado multitud de flechas. Sólo se pudo coger 72 personas de todas edades, habiendo logrado escapar 30 indios flecheros: conducidas a Querétaro, Escandón entregó diez de ellas a los principales vecinos de la ciudad, para que las instruyeran en la religión cristiana y buenas costumbres; entregó 21 a la misión de Vizarrón, por ser de las que habían huido de ella, y dejó las otras 41 en Tolimán, al cuidado de Díaz Maldonado, con el fin de ver si, observando los fugitivos el buen trato que se les daba, se iban reduciendo. Pronto se notó el buen efecto de esto, ya que, a poco, vinieron varias familias a entregarse espontáneamente: agregó las Escandón a la misión de Vizarrón, que le parecía la más a propósito por el buen ejemplo de los religiosos que la regían, el amor con que trataban a los indios y el presidio que la abrigaba. Dispuso que varios piquetes de soldados siguieran a los fugitivos, corriendo continuamente la sierra y, un mes más tarde, podía ya traficarse sin el riesgo que anteriormente.<sup>56</sup>

Escandón no descansaba en sus trabajos. El 24 de junio de 1746 informó al Virrey en su nueva expedición a la custodia de Tampico, administrada por los franciscanos de la provincia del Santo Evangelio de México: había allí 18 religiosos. La mayor parte de sus misiones había pasado ya a ser curatos, después de muchos años, y, desde hacía poco tiempo, habían vuelto a ser misiones; los indios de ellas pagaban ya enteramente el tributo a S. M. y en seis, por lo menos, podía ya cesar el sínodo, que podría aplicarse a otros lugares de aquella desierta costa y hacer así que avanzara el cristianismo. Expresaba luego que, gracias a sus entradas, había acabado con la dificultad de comunicaciones y los grandes rodeos que los viajeros tenían que dar, reduciendo a los indios

---

<sup>56</sup> Id. de id. id. id. Escandón a Fuenclara. Querétaro, 6 de abril de 1745, en Testimonio citado, fols. 353 v.º a 355.



a nuevas misiones que, de orden de S. E. había fundado, después de expediciones que había hecho de su propio caudal, con fatigas, riesgos e incomodidades y desatendiendo sus negocios y su casa "hauiendo establecido, a fuerza de arte e industria, la seguridad de aquellas fronteras, garneciéndolas de pobladores, que siruiendo de soldados, sin sueldo alguno, aseguran su permanencia, con sólo hauérseles concedido por V. Eo. el goso del fuero militar y algunas tierras rrealengas para su rradicación, en lo que rresulta gran beneficio a el común del Reyno y apreciable seruicio de ambas Magestades...". Repetía que debía cesar el pago de 3.200 pesos a la custodia de Santa Catalina de Río Verde, que los religiosos percibían indebidamente, porque no había misiones y otras debían erigirse en curatos. Reiterando su deseo de colonizar los países de la bahía del Espíritu Santo, hacía presente que no se había apropiado "ni avn vn palmo de tierra" y que nunca se había excedido en las facultades que el Virrey le había concedido, aunque sus émulos hubieran dicho lo contrario. El título que tenía era de Teniente de Capitán General en las fronteras de Sierra Gorda y una de ellas, la principal por el N., era la custodia de Tampico, cuya mitad estaba en esa sierra, así como las tierras despobladas de San Bernardino de las Rusias y las demás que, hasta el río del Norte (donde empezaba la jurisdicción del Nuevo Reino de León) corrían costa adelante y "en esta inteligencia y la de que era de mi obligon. procurar la reducción de aquellos Gentiles, he trauajado tanto, a fin de conseguir medios que lo faciliten, que, con efecto, se iban proporcionando ya, mui a mi satisfacción, pero tan fuera estoi de aspirar a extender mi Jurisdicción, que, si la grandeza de V. E. se siruiese de declarar no quedaua a mi cuidado la expresada frontera del Norte, lo celebraría gustoso, así por los crecidos gastos y penosas tareas que se me excusauan, como, porque, en ese caso, quedaría más desaogado para atender a lo interno de la expresada sierra: este fue el vnico motiuo que me mobió a dar el expresado plan...". Este plan lo explicaría con ayuda de mapa, si era del agrado del Virrey, al que exponía todo lo antecedente, reiterando sus justificaciones, porque el decreto del Conde de Fuenclara de 28 de junio de 1745 le "intimidó y resfrió tanto—decía— que no he hecho la mitad de lo que pudiera, por el justo rezelo de si sería o no de la aprobación de V. E., soberana comprehensión creo se hallará a el presente bien satisfecha de que no dieron motiuo a él mis obras, sino los apasionados informes, que, mouidos de fines particulares



o del demonio, que siente la reducción de aquellas almas, tiran a desluzirlas...". 57

Esta franca claridad montañesa había de encontrar, como la encontró, la correspondiente franqueza aragonesa en el gran zaragozano que era el Conde de Fuenclara. Puesto ya el pie en el estribo para volver a España, expedía el siguiente decreto, que colmó de satisfacción al ilustre colonizador, que, a la sazón, se hallaba en la Corte virreinal por asuntos de su incumbencia :

"México, 27 de junio de 1746.

"Hallándome, como me hallo, cerciorado del zelo, honrra y desinterés, con que el Coronel Dn. Joseph de Escandón, Thente. de Capn. Gral. de la Sierra Gorda... ha desempeñado el cumplimiento de su obligación, en la erección de las nuevas misiones y reducción de los Indios Bárbaros de aquel partido, erogando de su caudal crecidas cantidades de ps. para la manutención de su persona y la de más de doscientos soldados, que le acompañaron en las tres entradas generales, que, fuera de otras muchas, a fho. en dha. Sierragorda, sufriendo las incomodidades del tiempo y la aspereza de aquellos Países ofrezco, como lo manifiestan los autos de la materia, lleuado sólo de el deseo de reducir al seruicio de ambas Magestades los Yndios apóstatas rebeldes... y que la acertada conducta, valor, prudencia y arreglamento con que ha practicado la reducción y diliga. de la fundación de las nuevas misiones, con que me ha dado quenta, han producido el feliz éxito, no sólo el de hallarse fundadas ocho de ellas a su costa, sin grauamen alguno de la Rl. Hazda., ezepto el preciso para los religiosos que las acisten, sino que, en la actualidad, se hallan bautizados muchos Yndios gentiles y agregados, reducidos y bien congregados, los apóstatas que, apoderados de dha. Cierra, impedían totalmente el tráfico... y que, con esta pacificación, se han cortado, atajado e impedido a estos Bárbaros las fuerzas y medios que su natural astucia y mala inclinación... hauía logrado..., hallándose ya seguras, por su medio, aquellas fronteras y concludida vna obra, que tanto se hauía dificultado por ser muchos los Yndios y estar apoderados de lo más áspero de la Sierra... He venido, en nombre de S. M., a rrepetirle, como lo hago, las devidas gracias, e hize en Despacho de veinte y dos de Febrero, de setezs. quarenta y quatro, inteligenciado de que, en la

---

57 Id. de id. id. id. Escandón a Fuenclara. México, 24 de junio de 1746, en Testimonio citado, fols. 356 v.º a 361 v.º

primera ocasión que se ofrezca y se me proporcione, pondré, en su Real noticia, el imponderable servicio que, en este asunto, se ha fho., porque su munificencia la premie, con los empleos que tubiere por combeniente mercenarle y, dándole a dho. Coronel testimonio de este Decreto, si lo pidere, pasarán los autos al Señor Fiscal...".<sup>58</sup>

Esta fue la última intervención del Conde de Fuenclara en la gestión de Escandón, que había de tener feliz coronamiento durante el virreinato de su sucesor, el primer Conde de Revillagigedo. Pero, en realidad, habían ya pasado sus tiempos heroicos y, en adelante, sólo había de encontrar facilidades.

Después de haber visitado y recorrido la Sierra Gorda en las cuatro entradas generales que practicó, dejó fundadas allí, antes de que Fuenclara cesara en el mando, ocho misiones, tres (Fuenclara, Pacula y Cerro Prieto) al cuidado de los religiosos apostólicos de Propaganda Fide, y las otras cinco (Xalpa, Landa, Tancoyol, Concá y Tilaco) al de los religiosos apostólicos de San Fernando, de México. Visitó muy detenidamente otras diez y ocho misiones que, en el mismo terreno, tenían establecidas los religiosos de Santo Domingo, los de la Seráfica Provincia de Mechoacán y Sagrada Compañía de Jesús, y a todas facilitó las precisas tierras, aguas y pastos, y puso, en cada una, un cabo caudillo, para que, a su obediencia y cuidado, respetasen los indios a sus misioneros. Con todo ello y las demás providencias que practicó, dejó enteramente pacificada la Sierra Gorda.<sup>59</sup>

Gracias a él, los dominicos restablecieron las misiones que habían tenido y las aumentaron con una, quedando con las siguientes: La Nopalera, San José del Llano, Nuestra Señora de los Dolores, Santa Rosa, Santo Domingo Soriano, Santa María de Ahuatlán, San Miguel de las Palmas y San José de Vizarrón.<sup>60</sup>

Ladrón de Guevara, que había sido el promotor de esta colonización no pudo aprovechar el fruto de su trabajo; prefiriéndose a Escandón por su valor, acierto y honradez.<sup>61</sup>

Fuenclara había encargado de hacer un reconocimiento en la costa de Tamaulipas a Escandón, procurando, sobre todo, inquirir si el puerto

58 Id. de id. id. id. Testimonio citado, fols. 361 v.º a 362 v.º

59 *Introducción del Conde de Revillagigedo al Marqués de las Amarillas...*, en "Instrucciones que los Virreyes de Nueva España dejaron", pág. 37; A. gen. de Indias. México. Leg. 1.346. Testimonio de la pacificación... de Nuevo León, fol. 20.

60 Orozco y Berra: *Apuntes para la historia de la Geografía en México*, págs. 249-250.

61 Riva Palacio, V.: *México a través de los siglos*, II, pág. 797.

de Santander se podía hacer capaz para recibir toda clase de embarcaciones. Pacificada la Sierra Gorda, Escandón penetró en dicha comarca, en marzo de 1746, realizando un viaje desde el río Bravo hasta el de Tampico, de cuyo resultado dio cuenta a Fuenclara, acompañando el mapa del terreno recorrido y agregando, más tarde, una propuesta para fundar allí, a su costa, cierto número de poblaciones, siempre que a los colonos se dieran ciertas franquicias. Esta propuesta no fue resuelta y admitida por la Junta hasta 1749.<sup>62</sup>

Escandón desempeñó siempre puntualmente las expediciones que se le encargaron y se granjeó “uno de los lugares más distinguidos entre los vasallos fieles y varones ilustres de la nación de España”, como dice Fray Vicente de Santa María, que resume muy bien la labor del ilustre hijo de la Montaña.<sup>63</sup>

“Su condición de estadista ofrece —escribe Rafael López—... variadas facetas en consonancia con su ancho campo de acción. Es el primero en catequizar a los indios, facilitándoles la vida en las misiones para que fuesen bautizados. Es incansable en la conducción de ganados y semillas, para el desarrollo pecuario y agrícola, los mejores estímulos de la reducción. Con la perspectiva de la ilusión minera, entretiene la impaciencia de los exigentes, y, con las realidades de su equidad y material beneficio, hace que las parcialidades se multipliquen a la orilla de los ríos... Es un administrador que consulta necesidades continuas y que las resuelve hábilmente... Desdeñó la inútil crueldad... Su idea primitiva nunca fue la de conquistar por la violencia y hacer la guerra a los indios, sino ocupar y abrigar el terreno con pobladores, para que, como consecuencia forzosa, se redujesen aquéllos...”. El mismo decía: “...puse el más especial cuidado en que todo lo venciera el arte, por lo que tuvo poco ejercicio la espada...”.<sup>64</sup>

No es, pues, de admirar que, con tales cualidades y la noticia de sus acertadas medidas y grandes éxitos, tuvieran tan favorable acogida las expediciones a Sierra Gorda de Escandón en el ánimo del Conde de Fuenclara “cuyo carácter, como sabe toda la Nación —dice Santa María— era la sencillez y la verdad” y que se siguiera, en la Corte de

62 Orozco y Berra, M.: *Apuntes para la historia de la Geografía en México*, págs. 250 y 251.

63 Santa María, V. de: *Relación histórica de Nuevo Santander*, en León “Bibliografía...”, V., págs. 508 a 510.

64 López, R.: *Introducción a la Relación histórica del Nuevo Santander*, de Fray Vicente de Santa María, págs. XIII y XIV.



México, igual justo concepto "en todos los sugetos imparciales y de verdadera ilustración...".<sup>65</sup>

En tiempo de Fuenclara (18 de enero de 1743) se pagaron a Don Francisco Maldonado Zapata, por sí y como apoderado de su hermana D.<sup>a</sup> María Isabel de Zapata, viuda de Don Martín de Alday, Gobernador y Capitán General que fue de Nueva Vizcaya, 1.124 pesos, 4 tomines y 5 granos, a cuenta de los 11.124 pesos, 4 tomines y 5 granos que dicho gobernador gastó, de su propio caudal, en la pacificación de los indios Cocoyames, Acodames y Anzoes, cumplimentando la Real Cédula de 3 de mayo de 1722, que el Conde de Fuenclara puso en ejecución. Y en 10 de enero de 1744, se pagaron también, por su orden, al mismo señor, mil pesos, a cuenta del mismo crédito.<sup>66</sup>

En 1745 se comenzó a formar la población de Palmillas, con seis familias de españoles y mestizos, procedentes de Guadalcázar; a ellas se agregaron, luego, otras de San Luis y de Tula.<sup>67</sup>

En Texas no se había hecho nada desde la expedición del Marqués de San Miguel de Aguayo, de 1719 a 1722.<sup>68</sup>

Hacia 1744, en una de sus apostólicas correrías buscando a los indios que habían huido de las misiones, el franciscano Fray Mariano Francisco de los Dolores y Viana, fue a parar a una gran ranchería en que se reunían indios Mayeyes, Yojuanes, Deadoses, Vidais y otros, con los que procuró insinuarse, dándoles tabaco, dulces y chucherías de las que gustaban las mujeres indias. Luego les invitó a que fueran a verle en su misión de San Antonio, para que conocieran por sí mismos las grandes ventajas de vivir en ella, no sólo espirituales, por el conocimiento de la verdadera religión, sino temporales, manteniendo sus personas sin el riesgo y trabajo con que andaban todo el año. Pasó el tiempo y no se verificaba la prometida visita, aunque le comunicaban con otros buenas esperanzas y él les enviaba regalillos. Por fin, el 2 de junio de 1745, se le presentaron diez y siete representantes de las cuatro naciones citadas, diciéndole que deseaban reducirse a misión, pero bajo

65 Santa María, Vicente de: *Relación histórica del Nuevo Santander*, en León "Bibliografía...", V., pág. 512.

66 A. gen. de Indias. Escribanía de Cámara del Consejo. Leg. 245. Cuaderno 2.º de la Residencia del Conde de Fuenclara, fols. 68 v.º a 71 v.º

67 Prieto, A.: *Historia... de Tamaulipas*, pág. 143.

68 Bolton, Herbert E.: *Guide to the Materials for the History of the United States in the Principal Archives of Mexico*, pág. 478; León: "Bibliografía...", V, págs. 506, y VI., pág. 416.



la condición de que se fundase en sus tierras. Fray Mariano les despidió con buenas palabras y comunicó el asunto al Comisario Visitador, Fray Francisco Xavier Ortiz.<sup>69</sup>

La Providencia pareció facilitar la empresa, pues, hallándose el P. Ortiz de visita en la misión de San Antonio Valero, llegaron cuatro indios de las dichas naciones, solicitando se fundara para ellos una misión; el P. Ortiz y el P. Mariano dieron cuenta de ello a Don Toribio de Urrutia, Capitán del Presidio de San Antonio de Béjar, presentándole a los indios: el capitán advirtió a éstos que, si querían se les pusiera en misión, debían sujetarse a los religiosos, asistir a la Doctrina, obedecer a los españoles y trabajar en el campo para mantenerse, como veían se hacía en San Antonio. Condescendieron ellos a todo y el capitán les prometió, en nombre del Rey, que les ampararía contra todos sus enemigos. El 29 de junio volvieron los indios a ver a Fray Mariano, diciéndole que otros indios, a solicitud suya, querían también hacerse cristianos; nuevamente le visitaron a principios de octubre y entonces él decidió acompañarles, para inspeccionar sus tierras y dar cuenta de todo al Virrey. Partió el 22 de noviembre, pero fueron tales las crecidas de los ríos, que sólo pudieron pasarlos, en compañía de los enviados, algunos indios de la misión y cinco soldados, los mejores nadadores que el Capitán Urrutia le había dado para su resguardo. Llegaron felizmente al río de los Brazos de Dios, donde esperaban varias naciones de las dichas y les dijeron que el agua que había allí no era suficiente para el establecimiento de una población, porque se agotaba; además faltaban la piedra, la madera y otras cosas necesarias. Propusieron que se estableciera la misión deseada junto al río San Xavier, de aguas permanentes y en un valle, con buena provisión de maderas, abundante en piedra, pescado y caza y espaciosos campos, y con la ventaja de que allí se agregarían otras naciones de indios que citaban.<sup>70</sup>

Fray Mariano deseaba complacer a los indios y, al mismo tiempo veía el peligro de que no se colonizara ese territorio fronterizo a la Luisiana, ya que Francia abastecía de armas a los indígenas de Texas y podía intentar, si sobrevenía algún conflicto entre las dos Coronas, apo-

69 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.353. Testimonio de los autos... sobre que se funden nuevas misiones... en Texas, fols. 1 a 6 v.º Fray Mariano de los Dolores a Fray F. Ortiz, San Antonio, 12 de junio de 1745; Arricivita *Crónica...*, págs. 320-323.

70 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.353. Certificación o escrito de Fray Mariano. San Antonio de Béjar, 13 de diciembre de 1745, en Testimonio citado, fols. 6 a 11.

derarse de él, perdiéndose el fruto de los trabajos y de los gastos de los españoles durante tantos años. El Capitán Urrutia hizo la correspondiente información, comprobando que el lugar de San Javier era muy a propósito para establecer una misión, pero era preciso se pusiera allí un presidio, a lo menos de 50 hombres; con él se facilitaría el camino recto al Real Presidio de los Adais.<sup>71</sup>

Recibidos los autos en México y consultado por el Virrey, el Fiscal reconoció la importancia de poblar y fortificar la provincia de Texas, en la que convenía se fundaran nuevas misiones: propuso que el presidio del Sacramento, de la provincia de Coahuila, que ya no era necesario, se cambiara al río de San Javier; también podrían suprimirse los presidios de Serralvo y Boca de Leones, por ser ya superfluos, ahorrándose así 7.930 pesos anuales, que podían emplearse en las cuatro o seis misiones que se fundaran, debiendo soldados y vecinos procurar no dar "escándalos a los recién convertidos con sus malas costumbres" ni maltratarlos. El Auditor de Guerra, también consultado, hizo observar que el cambio de presidios requería detenido estudio y convenía saber la opinión del General Don Juan Antonio del Castillo y Ceballos, que había residido doce años en Texas como capitán de la Bahía y Gobernador de la provincia. Este dio su informe disminuyendo la importancia de las naciones indias que deseaban reducirse, cuyo número era pequeño, y la riqueza del valle de San Javier, donde la saca de agua era "quando no imposible, mui difícil"; advertía que las armas de fuego no las facilitaban los franceses, sino los Texas; que el lugar era contiguo a los Apaches y no eran bastantes para la defensa del futuro presidio los soldados que se llevaran del Sacramento; que era muy dudosa la sumisión de dichos indios, porque vivían en las ensenadas e islotes de la costa, desde el río de la Trinidad al de las Sabinas, de la abundancia del pescado y del maíz que robaban a los Texas y eran de genio sumamente "bárbaro y orgulloso", que no se habían podido reducir ni a comunicación pacífica, aunque los misioneros lo intentaban desde hacía veinticinco años; no creía prudente disminuir la guarnición de los Adais, por ser fronteriza a la Luisiana, ni suprimir los presidios de Serralvo y Boca de Leones, porque estaban en continua lucha con los indios rebeldes de su jurisdicción, ni llevar el presidio del Sacramento a San Javier, porque

---

71 Id. de id. id. id. Dicho escrito e información de Urrutia, 14 y 16 de diciembre de 1745, en dicho testimonio, fols. 11 a 18 v.º

la provincia de Coahuila quedaría al descubierto; proponía, en fin, que podría asentarse a los indios deseosos de reducción no en San Javier, sino en San Pedro de Navidachos, primer pueblo de los Texas.<sup>72</sup>

Mientras en México se trataba la cuestión, Fray Mariano había ido a ver, por fin, el valle de San Javier, donde los indios le recibieron muy bien y él, para mantenerles en su propósito, planeó un esbozo de misión y formó una iglesia, de treinta varas de larga por seis de ancha, con sus habitaciones anejas y un patio en su centro, para que se acogiera allí la gente en caso de invasión, todo rodeado de una estacada, en cuya obra le ayudaron los indios. El lugar era mejor tierra que la de San Antonio, tenía bastante agua, mucha caza de cíbolos, venados y pavos, muchos peces y plantas de las que gustaba comer a los indios; los campos mantenían pastos "tan verdes y hermosos, como si fuera primavera"; faltaba la pita y el zacate (grama muy crecida) para construir, pero sobraba la piedra y la madera; el frío era extremado y la nieve abundaba mucho. Pocos días antes que él habían visitado aquel punto unos franceses, no siendo la primera visita que hacían: llevaban fusiles, pólvora, balas, bermellón y abalorios para ofrecer a los indios. Escribió desde San Javier dando estas noticias y agregando que, por los Apaches, no se podía establecer misión sin presidio, que tuviera buena guarnición; había sembrado batatas y dado éstas bastante cosecha para nueva siembra.<sup>73</sup>

El informe dado por Don Melchor de Mediavilla y Azcona, que había sido Gobernador y Capitán General de Texas, fue más favorable que el de Castillo: parecíanle los indios de San Javier de genio dócil y laborioso, recibíanle, al pasar por allí, con cariño y le acompañaban; el río de ese nombre tenía bastante agua para fertilizar las tierras y recibía dos más pequeños, que se llamaban Santa Rosa y río del Venado; el paraje era el más a propósito para reunir a los indios en misión, porque allí acudían más de cuarenta naciones de indios.<sup>74</sup>

Hízose la fundación de la misión de San Javier, por el empeño que pusieron en ello los religiosos del Colegio de San Fernando de México, ya en tiempos del primer Conde de Revillagigedo, pero pronto se vio

72 Id. de id. id. id. Dicho testimonio, fols. 24 a 40 v.º

73 Id. de id. id. id. Fray Mariano de los Dolores a Fray Benito Fernández de Santa Ana. San Javier, 19 de enero de 1746, en dicho testimonio, fols. 40 v.º a 44.

74 Id. de id. id. id. Informe de Mediavilla a petición de Fray Alonso Giraldo de Terreros, Hacienda de Galera y Apasco, 28 de junio de 1746, en testimonio citado, fols. 49 a 58.



atacada por los Apaches, como previó el General Castillo, al que se acusó de haber querido desfigurar la cuestión.<sup>75</sup>

En el mismo año 1744 inició el P. Juan Miguel Menchero sus gestiones para el restablecimiento de las misiones del Río de la Junta, en el Nuevo México, lo que se llevó a cabo también en los años del sucesor del Conde de Fuenclara.<sup>76</sup>

En mayo de 1744, dos franciscanos de las misiones de Nuevo México entraron en las tierras de los indios de Navajoo, donde redujeron al cristianismo más de 5.000 infieles; comunicaron esto al Gobernador de la provincia, Don Joaquín Codallos y Rabal,<sup>77</sup> diciéndole que quedaban allí catequizando a los indios; túvose esta noticia por "maravilloso suceso", empezando por dudar fuese cierta. Los franciscanos eran Fray Carlos Delgado y Fray José Irigoyen. Parecióle al Conde de Fuenclara que los informes de la conversión venían faltos de justificantes y ordenó a Codallos que instruyese el expediente necesario, en vista de su carta (Santa Fe, 16 de junio de 1744), relatando al Virrey el éxito de la predicación. La tierra de los Navajos estaba a 60 leguas de Santa Fe; calculaba el Gobernador que tenía, de N. a S., más de 60 leguas, y, de E. a O., unas 90, en las que se incluían muchas poblaciones con abundante ganado mayor y menor, muchas sementeras de maíz y algunas de trigo, y estaba regada por un importante río. Fray Carlos Delgado pedía (San Agustín de la Isleta, 18 junio 1744) tres o cuatro misioneros más para enseñar la Doctrina.<sup>78</sup>

Ante el favorable informe del Fiscal, el Virrey mandó al Gobernador de Nuevo México que hiciera la información correspondiente y que uno o dos misioneros pasaran al país de Navajoo para cerciorarse de la buena voluntad de los indios. En cumplimiento de esa orden, el Custodio de las Misiones de Nuevo México, Fray Francisco Sánchez, mandó a Fray Carlos Delgado y a sus compañeros Fray José Irigoyen y Fray Pedro Ignacio del Pino visitar a los Navajos, por carta datada en Santa Fe el 5 de abril de 1745; los tres religiosos ejecutaron el mandato el 21 de abril, y el 11 de mayo compareció, en Santa Fe, Fray

75 Id. de id. id. id. Testimonio citado, fols. 59 a 69 v.º

76 Id. de id. id. Leg. 1.347. Testimonio de autos... a instancia del P. Menchero. Cunderno 2.º, fols. 1 a 6 v.º

77 Gobernó Nuevo México de 1743 a 1749. Bolton, ob. cit., pág. 473; Bloom: *The Governors of New Mexico*, pág. 155.

78 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.341. Testimonio sobre misión en los Navajos, folios 1 a 3 v.º, anejo a carta de Güemes al Rey, México, 24 de febrero de 1747.



Delgado, declarando que los Navajos seguían firmes en su propósito de convertirse, como un año antes, cuando les predicó el Evangelio. El país era abundante en agua, leña y pastos; las misiones podían fundarse en las vegas del río Grande; él había explicado a aquellas gentes los mandamientos de la Ley de Dios y los artículos de la Fe y había bautizado a un cacique, a su mujer y cinco hijos; convenía que se enviaran allí cuatro religiosos y, con ellos, algunos soldados para defenderles de los ataques de los Chaguacanas. El P. Irigoyen declaró que, en el Navajoo, se cosechaba trigo, maíz y legumbres.<sup>79</sup>

Llegados los datos pedidos a la capital, tras nuevo informe fiscal y parecer del Auditor, que hallaron poco documentadas las declaraciones de los misioneros, se solicitó por el Virrey, atendiendo sus consejos, el parecer del P. Juan Miguel Menchero, que había sido Custodio del Nuevo México y que lo dio (Hospicio de Santa Bárbara, 20 de noviembre de 1745) bastante completo, rogando se enviasen más misioneros de los pedidos, porque, además de los Navajos, también deseaban acogerse de nuevo a la religión católica los Moquis, que, durante tantos años, habían permanecido en rebeldía. Adjuntó a su carta nota de los géneros que se necesitaban para el establecimiento de cuatro misiones entre los Navajos: el buen padre no olvidaba, junto a la instalación completa de cuatro iglesias, los instrumentos de trabajo, aperos de labranza, 200 ovejas con 16 carneros padres, 80 vacas con 4 toros padres, 32 bueyes para cuatro yuntas en cada misión, y abalorios, granates, cascabeles y rosarios con que seducir el afán infantil de adornos de aquellos hombres sumidos en la ignorancia. Por su recomendación, se pidió informe al Correo Felipe Romero, que dio curiosas noticias del Navajoo.<sup>80</sup>

El P. del Pino escribió que, aunque los Navajos eran “de linda índole, afables, leales, y seguros y sencillos” y sus tierras admirables, con mucha leña, y pastos, no podían fundarse en ellas misiones, por ser escasos los manantiales de agua. El río Grande, que atravesaba el país, era, ciertamente, muy hermoso y llevaba mucha agua, pero, a causa de tener su cauce como encajado entre mesas, carecía de vegas; hacia Poniente se creía existían hermosos valles, en los que podrían fundarse ciudades, pero debía hacerse la obra por entero, porque si no, mejor era no comenzar nada y que los indios continuaran viviendo en sus oscuri-

---

79 Id. de id. id. id. Testimonio citado, fols. 7 a 17.

80 Id. de id. id. id. Dicho testimonio, fols. 17 a 42 v.º

dades, si, después de adquirida la luz, por falta de hombre, la perdieran. <sup>81</sup>

La Real Cédula (San Lorenzo, 23 de noviembre de 1745) que mandaba al Conde de Fuenclara que concurriera por todos los medios posibles a la reducción de los Navajos, fue obedecida por Güemes, en cuyo virreinato se llevó a cabo, por el P. Menchero, la preparada evangelización, que no fue definitiva, a causa de desertar los Navajos a los pocos años, recayendo en la barbarie. <sup>82</sup>

A la vez que la conversión de éstos, se trataba de atraer nuevamente al redil del catolicismo a los Moquis: en 1742, el infatigable P. Delgado catequizó a un grupo de Moquis y volvió otras dos veces, una con el P. Irigoyen, y otra con el P. del Pino, bautizando y casando cristianamente a más de 400 indios, que les acompañaron al dejar el país; en 1745 se le presentó en la misión de San Agustín de la Isleta, un cacique moqui pidiéndole volviera y así lo hizo, en septiembre del mismo año, con los P.P. Irigoyen y Juan José Toledo, acompañándoles el Cabo Comandante Don Isidro Sánchez Bañares Tagle. En el pueblo de Aguatubí les salieron a recibir todos los caciques y gran multitud de indios, con sumo regocijo; de allí los llevaron a Gualpe, donde también fueron recibidos con vivas demostraciones de cariño, lo mismo que en los demás pueblos del país, siendo obsequiados con una espléndida comida, aunque compuesta de frutas arregladas a su usanza. Volvieron con una relación de la tierra visitada, acompañada de un mapa. Los indios les seguían a bandadas para oír su predicación y recibir sus regalos: repartieron entre ellos listones en cantidad de unas mil varas, muchos rosarios, aretes, cuentas, relicarios y cruces de Jerusalén, agujas y monteras de es-carlata, hilo y tabaco. Los indios Coninas, que habitaban parte de la Sierra Azul “aquella que, por su riqueza, es apetecida por los que solicitan más oro terrestre que celeste”, les dijeron que, en la falda de esa sierra, en su parte de Poniente, vivían personas blancas “vestidas a la moda de españoles, que tienen mucho ganado mayor y menor, varios pertrechos de grna., piezas de Artillería, Monteros, Bombas, Mosquetes y Armamentos de Asero...”, pero fue falsa tal noticia. <sup>83</sup>

<sup>81</sup> Id. de id. id. id. Fr. Pino a Fr. Menchero. Acoma, 13 de junio de 1745, en test. cit., fols. 35 v.º a 39.

<sup>82</sup> Id. de id. id. id. Dicho testimonio, fols. 69 y 70.

<sup>83</sup> Id. de id. id. id. Testimonio sobre la fundación de misiones entre los Navajos, folios 85 a 118.

También en 1745 fue fundado Dangú, dependiente del pueblo de Tasquillo, en el Real de Zimapán.<sup>84</sup>

Realizáronse, bajo el gobierno de Fuenclara, diversos viajes de descubrimiento y exploración.

La pacificación de la provincia del Moqui había estado encomendada, en siglos anteriores, a los franciscanos, hasta la sublevación de 1680. Una Real Cédula de Felipe V (Buen Retiro, 19 de julio de 1741), atendiendo indicaciones del Obispo de Durango y del Gobernador del Presidio de Janos, mandó que pasaran jesuitas a evangelizar a los Moquis, aunque se opusieran los franciscanos. Fue ésta una de las que tuvo Fuenclara que cumplimentar y la obedeció en 15 de diciembre de 1742, pidiendo al Fiscal que le pusiera en atecedentes de la cuestión. Bedoya aconsejó (15 enero 1743) que se procediera, lo antes posible, a enviar tres jesuitas, que debían encaminarse al Paso del Río del Norte, donde el gobernador les daría los soldados necesarios para que, en línea recta y sin tocar en Santa Fe, les llevaran al país de los Moquinos, ya que ese camino era el "más fácil, breue y seguro". Consultado a su vez, el Asesor General, Dr. Andreu, se conformó con la respuesta fiscal.<sup>85</sup>

La Compañía de Jesús mandó al P. Ignacio Keller, que había ya explorado el país en 1736 y 1737, que volviera a hacerlo. Salió de su misión de Santa María de Suamea, en la Pimería, en septiembre de 1743, acompañado de una escolta y con víveres para cuatro meses: pasó el Gila y se internó a través de países desconocidos, donde fue mal recibido por los salvajes. Asaltada una noche la caravana, se empeñó una escaramuza, en la que se perdieron parte de las caballerías y murió un soldado, cosa que amedrentó a los demás, haciéndoles retroceder a Suamea.<sup>86</sup>

Pero los franciscanos no se conformaron con la decisión real y Fray Menchero, Custodio del Nuevo México, reclamó, diciendo que se perjudicaba a su Orden encomendando a los jesuitas la evangelización de los Moquis. Sin embargo, Fuenclara decretó (19 de julio de 1743) que se hiciera como pedía el Fiscal y así se comunicó al P. Mechero y al Prepósito General de la Compañía. Mendoza, Gobernador de Nuevo

---

84 Rivera Cambas, M.: *México Pintoresco*, II, pág. 198.

85 A. gen. de Indias, México. Leg. 1.345. Testimonio de los autos formados en virtud de la Real Cédula sobre... que se entregue... la Provincia del Moqui a los jesuitas.

86 Orozco: ob. cit., págs. 231 y 232.

México, había comunicado la entrada del P. Delgado en la Moquilandia en 1742.<sup>87</sup>

Ordenes semejantes a las del P. Keller había recibido el P. Jacobo Sedelmayer,<sup>88</sup> misionero de Tubutama. Desde 1737 avanzó hacia el N., reconociendo el territorio, viaje que repitió en 1743, visitando las tribus del río Colorado, predicándoles el Evangelio, dándoles reglas para mejorar su condición social e indagando la mejor manera de penetrar en el Moqui. Convirtió una ranchería de habitantes de las orillas del Gila, compuesta de 60 habitantes, que se agregó al pueblo de Tubutama, y otra de 100, que se juntó al de Santa Teresa. En septiembre de 1743 hizo un viaje de 133 leguas, agregando nuevas familias al cristianismo. En noviembre del mismo año fue otro viaje tan dilatado como peligroso, guiado por los indios de los pueblos que había visitado anteriormente. Llegó a un pueblo cerca del Gila, muy poblado de Pimas y Cocomaricopas, hallándolos totalmente desnudos: a persuasión suya, sembraron algodón para cubrirse más adelante; las mujeres usaban ciertas enaguas de corteza de sauce. De allí pasó a la confluencia del Gila con el río de la Asunción, donde fue muy bien recibido.<sup>89</sup> En 1744, en el mes de octubre, salió nuevamente de Tubutama y acabó, en noviembre, un viaje más fructuoso que el anterior: fueron observadas en él las tribus de los Págagos, Cocomaricopas y Pimas, y quedó recorrido el curso del río Colorado, viendo que era navegable en una buena parte, y el Gila en casi toda, con las corrientes que lo forman, los ríos Azul y de la Asunción, y el terreno por donde pasa. Lograronse también muchas noticias del Moqui, dadas por los indios, pero no se pudo penetrar allí, porque los indios que, al principio, se habían ofrecido a servir de guías, se negaron luego resueltamente, poniendo obstáculos insuperables. Predicó en todas partes, pero hubo de volverse por haber enfermado algunos de su comitiva. Sedelmayer formó planos y diarios de sus expediciones, remitidos a sus superiores.<sup>90</sup>

Las contestaciones que se levantaron entre jesuitas y franciscanos

---

87 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.345. Testimonio citado sobre la conveniencia de entregar la Provincia del Moqui a los jesuitas.

88 Nacido el 6 de enero de 1703, ingresó en la Compañía el 7 de septiembre de 1722. *Catalogus Personarum et officiorum Provinciae Mexicanae Societatis Jesu*, en León, "Bibliografía...", IV, pág. 115.

89 Ortega, José: *Historia del Nayarit*, págs. 438 a 440.

90 Orozco y Berra, M.: *Apuntes para la historia de la Geografía en México*, páginas 232 y 233; Ortega, J.: *Historia del Nayarit*, págs. 441 a 445.



motivaron una nueva Real Cédula (San Lorenzo, 25 de noviembre de 1745) diciendo que las anteriores se debieron a la información equivocada del Obispo de Durango y que, antes de procederse a nada, debían los prelados de Guadalajara y de Durango informarse de la verdad por personas fidedignas. Al recibirla en México el nuevo Virrey Güemes escribió al Rey que creía más conveniente que la conversión de los Moquis quedase al cuidado de los franciscanos.<sup>91</sup>

Otra Real Cédula, dada en el Buen Retiro el 13 de noviembre de 1744, pidió un informe detallado acerca de las misiones de California y Sonora, a fin de promover su adelanto, y mandaba que se registraran escrupulosamente ambas costas del mar de Cortés hasta su reunión en el Colorado, con objeto de comprobar si California era isla o península, cuestión en la que todavía había dudas; debía buscarse lugar a propósito para fundar una villa de españoles. Para informar sobre la materia de modo cumplido, ninguno pareció mejor que el P. Sedelmayer y sus superiores le ordenaron que se presentara en la capital del Virreinato, lo que hizo en 1745. El P. Escobar, Provincial en Nueva España de la Compañía de Jesús, con las noticias que le dio Sedelmayer, redactó el informe pedido y, en carta a Fuenc Lara (México, 30 de noviembre de 1745) reclamó contra la adjudicación de la provincia del Moqui a los franciscanos, cuando la ley 32, título 15, libro 1, de la Recopilación de Indias, prohibía que misioneros de distintas órdenes operaran en el mismo territorio. A esta prohibición había faltado el P. Delgado; decía que hacía presente todo a S. E. con la libertad y firmeza que le daba el interés por el bien de las almas y el servicio de Dios, contra los malos seglares que se interesaban en esas regiones sólo por las riquezas de ellas.<sup>92</sup>

La exploración de la costa de Sonora quedó a cargo de Sedelmayer, que salió de México en la primavera de 1746. Llegado a Tubutama, dispuso el viaje, que fue uno de los más difíciles y prolongados a lo largo de la playa, recorriendo 102 leguas, desde Caborca hasta muy al Norte, teniendo el sentimiento de que tanto trabajo no fuera fructuoso para el intento principal, pues la esterilidad de la tierra y la falta de agua hacían imposible el establecer población alguna, y el litoral no presen-

91 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.345. Testimonio citado sobre la conveniencia de entregar la Provincia del Moqui a los jesuitas.

92 Orozco: ob. cit., pág. 233, y Bandelier, A. y F.: *Historical documents...*, III, páginas 417 y 420.

taba puerto o ensenada segura para abrigo de embarcaciones. La costa quedó así diseñada en los mapas y diario formado por el infatigable jesuita. <sup>93</sup>

Con objeto de cumplir cuanto había mandado la Corte para seguridad de los establecimientos de California y de buscar lugares a propósito para fijar presidios en buenos puertos y fundar nuevas misiones, se mandó por el P. Escobar al austríaco P. Fernando Consag que reconociera la costa occidental del interior del golfo de California. <sup>94</sup>

Hacia muchos años que se meditaba este viaje de registro con el fin de concluir la conversión de los californios, pero no se pudo hacer hasta 1746, y fue el P. Juan Antonio Baltasar, Visitador General de las Misiones, quien encargó de ello al P. Consag, con objeto de luego informar al Rey de las oportunidades que ofrecieran las costas para finalizar la conquista. A la expedición contribuyeron las misiones inmediatas, proveyendo de víveres, canoas, marineros y algunos indios californios y yaquis; el Capitán Don Bernardo Rodríguez de Larrea, Comandante del Real Presidio de Loreto, cooperó también activamente, facilitando todo, prestando una buena canoa y la necesaria escolta de soldados. <sup>95</sup>

Dejó el P. Consag su misión de San Ignacio y se reunieron cuatro canoas, en las que se embarcó todo el menaje de la expedición, que se hizo a la vela desde el puerto de San Carlos, no muy distante de San Ignacio, el 9 de junio de 1746. "Esperando a que subiese la marea —escribe Consag— salimos cerca de la 11, y entramos sobre tarde en la ensenada de la SSma. Trinidad, que es placer de perlas...". <sup>96</sup>

El 11 salieron por la mañana para San Juan Bautista y, a poco, a las 9, hubieron de acogerse tras un arrecife, en un pequeño abrigo, para guardarse del violento Norte, que sopló ese día y parte de la noche. El "Diario" es interesantísimo y detalla todos los accidentes costeros. <sup>97</sup>

El 20 llegaron a la bahía que Consag llamó de los Angeles, a los 30° de latitud, dando de comer y agua a las indias y dulces a los niños: los padres habían huido. <sup>98</sup>

Navegaba a vista de tierra, desembarcando frecuentemente para

<sup>93</sup> Orozco: ob. cit., pág. 233; Ortega: ob. cit., pág. 447.

<sup>94</sup> Ortega: ob. cit., págs. 459 a 461.

<sup>95</sup> A. gen. de Indias. Guadalajara. Leg. 135. Derrotero del viaje de descubrimiento que hizo el P. Consag.

<sup>96</sup> Id. de id. id. id. Dicho derrotero; Orozco: ob. cit., pág. 234; Ortega: ob. cit., p. 479.

<sup>97</sup> Id. de id. id. id. Dicho derrotero; Orozco: ob. cit., pág. 234.

<sup>98</sup> Id. de id. id. id. El mismo derrotero.

hacer sus reconocimientos y, aunque encontró las costas pobladas de indios, ninguna de sus tribus llegó a hostilizarle.<sup>99</sup>

El 29 llegó a la bahía que llamó de San Luis Gonzaga, a los 31° de latitud N.: observó allí, fuera del agua, unas conchas muy hermosas, semejantes a las de las perlas legítimas; la bahía era un puerto muy capaz para toda clase de embarcaciones; un canal angosto lo dividía en otro puerto y ambos eran muy seguros de los vientos. Abundaba el pescado, pero el agua no era potable, por ser muy salobre; a distancia de seis leguas la había buena, pero escasa, y esta falta les hizo marchar de allí pasando a una playa blanca entre dos cerros, a modo de media luna, a la que llamaron de San Sebastián.<sup>100</sup>

El 30, antes de amanecer, vieron “vna lumbre, que bajaba de la sierra”, fueron temprano por agua a ella, la hallaron y a las 11 continuaron su viaje. Encontraron gente que vivía en rancherías; su idioma se entendía difícilmente y daban indicios de ser muy peleones “lo que confirmó la acción de uno de ellos, que flechaba su arco para disparar al Padre Consag una saeta a traición, lo que se le embarazó con cautela y disimulo”. Tratáronlos con mucha suavidad, regalándoles, además de la comida, con algunas chucherías, en cambio de unas plumas, que se ponían en la cabeza por adorno y dieron como agasajo “aunque falso, porque siempre mostraron ánimo de querer pelear, lamiendo las flechas, señal entre ellos de venir a las manos y a las armas”; bajaron los exploradores que envió el P. Consag, acercándose a las canoas, y los indios les desafiaron con sus brincos y alaridos. Un mozo cristiano, de genio alegre, tomó un trapo en las manos e imitando ridículamente los gestos de los salvajes, les impulsó a enviar uno de los suyos con aviso de que querían pelear, que su gente era mucha y que tenían preparada una emboscada: respondiéndoles que se les daría gusto y, acto seguido, salieron seis soldados y veintiséis flecheros indios dispuestos a pelear; esto les llenó de espanto y huyeron, pero lo españoles, persiguiéndoles, cogieron algunos de ellos. En esa ranchería vieron un perro “el primero que se vio entre los californios antes de tener Padres Misioneros”.<sup>101</sup>

El 1.º de julio pusieron en libertad a los prisioneros, excepto a dos, para que los llevasen al aguaje, que era un arroyo, al que llamaron de

99 Riva Palacio: *México a través de los siglos*, II, pág. 803.

100 Villaseñor y Sánchez, José Antonio: *Theatro Americano*, II, libro V, cap. XXXIV, páginas 276-278.

101 Id. id. id. ob. cit., II, lib. y cap. cit., págs. 278 a 281.

San Estanislao y se detuvieron junto a él hasta el mediodía. El 5 vieron muchos carneros y cabras montesas: llamaron al lugar Santa Isabel, donde encontraron una fuente de agua hirviendo y que despedía "hedor sulfúreo"; lograron hablar con los indios en idioma cochimí, aunque con gran dificultad, y fueron los últimos gentiles con quienes se habló. <sup>102</sup>

El 6 de julio salieron quince hombres para explorar la tierra y buscar mejor y más abundante agua, logrando llenar bien las vasijas, pero volvieron diciendo que la tierra era estéril y el agua escasa. El 9 fundearon en un lugar abrigado, al que llamaron San Fermín y, cuando creció la marea, siguieron la marcha hasta la ensenada de San Felipe de Jesús, donde terminaba la costa, casi recta, que empezó en la bahía de San Luis Gonzaga. Desde allí torcía la costa hacia el N. E., hasta la desembocadura del río Colorado. Para aprovechar el viento favorable que soplabá, dejaron el reconocimiento de dicha ensenada para el regreso: había allí agua, pero tan hedionda y desagradable, que producía en los que la bebían efectos semejantes a los que produce el "mal de loanda" o escorbuto. <sup>103</sup>

El 14 llegaron a la desembocadura del Colorado y, en los días siguientes, fueron subiendo por el río hasta el 25, en que se dio por terminada la expedición. La fuerza de la corriente les impidió navegar por el río, por lo que se contentaron con reconocer las islas de la boca, practicando todas las operaciones necesarias para demostrar que estaban junto a Sonora y, por consiguiente, que California estaba unida a la tierra firme. Casi agotados los víveres, enferma parte de la tripulación y, bien logrado el objeto principal, se volvió el P. Consag a su misión e informó al Rey y al Consejo de Indias del resultado de su viaje, es decir que California era indudablemente una península unida al continente americano. Y terminaba el Diario de su viaje diciendo: "Quiera Dios y su Santísima Madre, conquistadora de estas Misiones, que todas estas diligencias, practicadas a fin de su mayor Gloria, salvación de las Almas y extensión de los Reales Dominios, tengan el éxito que deseamos de ver logrado dicho fin y con ventajas que le hagan más feliz y glorioso". <sup>104</sup>

<sup>102</sup> Id. id. id., ob. cit., II, lib. y cap. cit., págs. 281 a 285; A. gen. de Indias, Guadalajara. Leg. 135. Derrotero citado.

<sup>103</sup> Id. id. id., II, lib. y cap. cit., págs. 285 a 287; Orozco y Berra: ob. cit., pág. 234.

<sup>104</sup> Id. id. id., ob. cit., II, lib. y cap. cit., págs. 288 a 294; Orozco: ob. cit., páginas 234 y 235; Ortega: ob. cit., pág. 479; A. gen. de Indias. Guadalajara. Leg. 135. Derrotero del viaje de descubrimiento de la costa oriental de California.



El Marqués del Castillo de Aisa, en el tiempo que fue Capitán General y Presidente de la Audiencia de Guadalajara, se preocupó de descubrir las islas de las costas del Mar del Sur, puertos, placeres de perlas y minerales de la provincia de Sonora, y propuso al Rey poblar el archipiélago de las Marías con los reos y familias que perturbaran la tranquilidad pública del Reino de Nueva Galicia. <sup>105</sup>

Una Real Cédula de 1.º de diciembre de 1741 dispuso, con motivo de representaciones hechas por algunos gobernadores de la Isla Española de que se enviaran a ella algunas familias para poblarla y defenderla de ataques enemigos y de la propuesta del Consejo de llevar anualmente a Santo Domingo 50 familias, compuestas cada una de cinco personas, que se remitieran anualmente al Presidente y Oficiales Reales de dicha isla, además del situado ordinario, 16.000 pesos para la manutención de dichas familias pobladoras, que debían pasar desde Canarias. Fuenclara trató de cumplimentar esta orden, pero como aún no había pasado a Santo Domingo ninguna de esas familias, el Fiscal aconsejó que no se enviase dinero hasta que se tuviera noticia del arribo, y con este dictamen se conformó el Virrey. <sup>106</sup>

<sup>105</sup> A. gen. de Indias. Guadalajara. Leg. 135. El Marqués del Castillo de Aisa al Rey Guadalajara, 21 de enero de 1743.

<sup>106</sup> Id. de id. México. Duplicados del Virrey. Leg. 1.336. Fuenclara al Rey. México, 28 de febrero de 1743.

The first of these was the establishment of the first public school in the city, in 1630. This was the first of a long series of schools which have since been founded in the city, and which have been the means of educating the children of the city. The second was the establishment of the first public library in the city, in 1630. This was the first of a long series of libraries which have since been founded in the city, and which have been the means of educating the children of the city. The third was the establishment of the first public hospital in the city, in 1630. This was the first of a long series of hospitals which have since been founded in the city, and which have been the means of educating the children of the city.

The fourth was the establishment of the first public workhouse in the city, in 1630. This was the first of a long series of workhouses which have since been founded in the city, and which have been the means of educating the children of the city. The fifth was the establishment of the first public almshouse in the city, in 1630. This was the first of a long series of almshouses which have since been founded in the city, and which have been the means of educating the children of the city. The sixth was the establishment of the first public prison in the city, in 1630. This was the first of a long series of prisons which have since been founded in the city, and which have been the means of educating the children of the city.

The seventh was the establishment of the first public school for the deaf and dumb in the city, in 1630. This was the first of a long series of schools for the deaf and dumb which have since been founded in the city, and which have been the means of educating the children of the city. The eighth was the establishment of the first public school for the blind in the city, in 1630. This was the first of a long series of schools for the blind which have since been founded in the city, and which have been the means of educating the children of the city.

## XIX

### LA CULTURA MEJICANA EN LA EPOCA DE FUENCLARA

Fue uno de los objetos más constantes de los Monarcas españoles el impulsar, por todos los medios posibles, la educación intelectual y moral de los habitantes del Nuevo Mundo. Al mismo tiempo que se organizaba toda la complicada máquina administrativa, se procuraba establecer la cultura, que comenzó con las escuelas misionales y tuvo su exponente más alto en las Universidades creadas a imagen y semejanza de las de nuestra península.

Numerosísimas fueron las disposiciones soberanas que se preocuparon de la instrucción de los indios y entre ellas está la que imponía, a cada colono que tuviese indios a su servicio, la obligación de enseñarles, no sólo la Doctrina Cristiana, sino a leer y escribir. Ya se ha visto, en las fundaciones hechas por Escandón, que los propietarios de ranchos, en que servían indios, enseñaban a los hijos de éstos, tales el Capitán Fernández de la Rama y Don José Miranda. Ya se vio también que los misioneros eran maestros de los recién convertidos en toda la extensión de la palabra, dedicándose abnegadamente, no sólo a su educación intelectual, moral y religiosa, sino a enseñarles las artes agrícolas e industriales y a vivir en sociedad.

Las Instrucciones dadas a Fuenclara dedicaban especialísimo interés a esta función educadora, diciendo, entre otras cosas:

“Por quanto se tiene ordenado, por las Leyes del Título vigésimo tercio del Libro primero de la Recopilación, a los Arzobispos y Obispos de las Indias, que funden, sustenten y conserven los Colegios y Semi-

narios que dispone el Santo Concilio de Trento y mandado a los Virreyes que pongan especial cuydado en favorecerlos y en dar el auxilio necesario para que así se execute, dexando el gobierno y administración a los Prelados, advirtiéndoles, quando se ofrezca, lo conveniente para que lo executen, y avisándome de ello para, en su vista, tomar la providencia que pareciere a propósito, y está asimismo mandado, que en los tales Colegios y Seminarios se pongan mis Reales Armas, para que se reconozca el Patronato universal que, por derecho y Autoridad Apostólica, me pertenece de todas las Iglesias de mis Dominios de las Indias, os encargo tengáis mui presentes, así estas leyes, como la décimatercia del mismo Título y Libro, en la que se previene que los Virreyes de la Nueva España presenten los Colegiales para el Colegio de San Pedro y San Pablo, que ahora se llama de San Ildefonso, por ser de mi Real Patronato, a fin de que estudien Artes y Theología; y, en la siguiente Ley, que los mismos Virreyes hagan guardar las Ordenanzas dadas para el Colegio de Niños pobres mestizos de México, que se denomina de San Juan de Letrán, para que en él se enseñe la Doctrina Christiana y buenas costumbres, por lo que tendréis particular cuidado en darme cuenta del estado en que se halla este Colegio, y de si, los que en él asisten, se aprovechan de lo que se les enseña; y haréis reconocer los Niños mestizos que en él huviere, para que, en caso de aver alguna falta o descuido, se remedie; y también haréis que se tomen cuentas, a los que las debieren dar, de las rentas del referido Colegio, de su distribución y con qué órdenes, y que se cobren los alcanzes y se gasten en lo más necesario y provechoso, en conformidad de lo que tengo mandado por la Ley décima tercia, Título quarto del Libro primero de la Recopilación, y me avisaréis de lo que executéis en este asunto".<sup>1</sup>

La fundación de una misión llevaba consigo el establecimiento de una escuela, si no es que ya existía antes en la hacienda o rancho que servía de base para la creación de dicho embrión de villa futura. Los franciscanos tenían, en sus conventos, un gran patio para doctrinar a niños y adultos, e igualmente se preocupaban, cada una con sus notas distintivas, de la enseñanza, las demás órdenes religiosas. El Colegio de San Francisco, de México, fundado por Fray Pedro de Gante, era, no sólo catequesis, sino escuela de primeras letras y de artes bellas e indus-

<sup>1</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 515. Instrucción del Consejo de Indias al Conde de Fuencalara. Madrid 31 de enero de 1742, fols. 72 y 73.



triales, en que se enseñaba a los indios un oficio o se les perfeccionaba en el que tuvieran.<sup>2</sup>

Enfrente del de San Francisco se alzaba el de San Juan de Letrán o Colegio Casa de Recogimiento de Niños, dirigido por tres teólogos, que turnaban en el rectorado, y destinado exclusivamente a mestizos, para enseñarles la Doctrina Cristiana y las buenas costumbres. Los agustinos tenían el colegio de Cristo, con doce colegiales, que usaban manto morado y beca verde, muy decaído ya a mediados del siglo XVIII. Los jesuitas poseían muchos, siendo el principal el de San Ildefonso, cuyos colegiales llevaban traje talar, manto leonado y beca morada, cambiados, en el XVIII, en manto azul oscuro y beca roja (para bachilleres y filósofos), azul (para gramáticos) o verde (para los que disfrutaban de beca de gracia) y con rosca en la extremidad a imitación de la Universidad de Salamanca: este Colegio fue una concentración de los distintos seminarios de jesuitas de la capital. Durante los años (1727 a 1742) en que fue Rector de San Ildefonso el P. Cristóbal Escobar y Llamas, al que ya he citado varias veces, se inauguró la magnífica fachada del Colegio, que ostenta sobre la portada principal un relieve de San Ildefonso y las armas de España; también se inauguró entonces la capilla y el salón "general", con los retratos de los alumnos ilustres; el edificio se terminó en 1749 y costó 400.000 pesos.<sup>3</sup> La fiesta más solemne celebrada por el Colegio era la de su titular (23 de enero), asistiendo a la solemne misa el Virrey y la Audiencia y, en ella, al ofertorio, el Rector del Colegio presentaba una vela al Virrey, en reconocimiento del Real Patronato. Los dominicos tenían el Colegio de Portaceli, cuyo Regente de Estudios era, por entonces, el P. Juan Mansilla; los mercedarios, el de San Ramón, colegio de juristas; además estaba el de San Gregorio, de indios.<sup>4</sup> Había un Oidor que tenía a su cargo la vigilancia de hospitales y colegios.<sup>5</sup>

Sobre estos colegios estaba la Universidad de México, fundada por Carlos I "para servir a Dios Nuestro Señor y desterrar de las Indias las tinieblas de la ignorancia", en 1551, y dotada por él con mil pesos de oro de minas anuales, y con los mismos privilegios y franquicias que

<sup>2</sup> Valle-Arizpe, Artemio de: *La Muy Noble y Leal Ciudad de México* (según la obra de Ramírez de Aparicio, Manuel *Los conventos suprimidos en México*), págs. 132-139.

<sup>3</sup> Baxter, S.: *La arquitectura hispano-colonial en México*, pág. 114.

<sup>4</sup> Valle Arizpe: Ob. cit., págs. 243-263; A. gen. de Indias. México. Leg. 1.344. Testimonio sobre... Echavarrí, fol. 15.

<sup>5</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 541. Diario... en 1743, fol. 2 v.º

la Universidad de Salamanca. Enseñábase allí Teología, Leyes y Medicina: en 1742 figura, por primera vez, la cátedra de *Eximio Suárez*, y, en 1745, la de Astrología, bajo el nombre de Matemáticas.<sup>6</sup> Los alumnos más aprovechados de los colegios asistían a las clases de la Universidad y seguían sus cursos. En la fiesta de S. Luis Gonzaga, los colegiales de San Ildefonso llevaban procesionalmente la imagen de este santo a la Universidad; por su parte, los doctores de ésta celebraban la fiesta de la Inmaculada Concepción en la hermosa capilla del Colegio de San Francisco. Como en otras universidades de aquellos felices tiempos no faltaba el buen humor y la gracia para motejarse los estudiantes entre sí: a los del Colegio de San Ildefonso, se les llamaba *cocheros*; a los gregorianos, *sopilotes*; a los seminaristas, *mulas*; y a los lateranenses, *conejos*.<sup>7</sup>

Las Constituciones de la Universidad habían dispuesto una serie de ceremonias pomposas para la concesión del título de Doctor: el adorno de la casa y de la calle en que vivía el graduado; el paseo solemne de éste, seguido de una vistosa comitiva; la misa del Espíritu Santo y la disertación del investido, en la catedral; la imposición de las insignias por el Decano, y el refresco del claustro universitario, seguido del banquete dado por el padrino, con lo que se acababa el festejo.<sup>8</sup>

Al ser nombrado Virrey de Nueva España el Conde de Fuenclara, ejercía el cargo de Rector de la Universidad de México Don José de Elizalde e Hita, Doctor y prebendado de la Catedral, electo el 9 de noviembre de 1740, para suceder a Don Juan Manuel de Careaga;<sup>9</sup> pocos días después de su entrada en la capital del Virreinato, la Real Universidad eligió Rector al Doctor Don Manuel de Urtusaustegui, Racionero de la Catedral y Examinador Sinodal del Arzobispado.<sup>10</sup>

Una Real Cédula de 26 de septiembre de 1741 desaprobó la forma en que se hizo la elección de Rector en 1740.<sup>11</sup>

La enseñanza de las niñas estaba confiada a las religiosas. "Los Conventos de Niñas —escribía Thomas Gage en 1625, y las cosas no

6 Flores, F. A.: *Historia de la Medicina en México*, II, pág. 39.

7 Valle Arizpe, A. del: Ob. cit., págs. 139, 174 a 182 y 243 a 263.

8 Valle Arizpe: *Del tiempo pasado*, págs. 276 a 283.

9 A. gen. de Indias. México. Leg. 776. El Duque de la Conquista al Rey. México, 3 de marzo de 1741; "Mercurio de México", noviembre de 1740, en León: *Bibliografía*, II, pág. 934.

10 *Mercurio...*, noviembre de 1742, en León: Ob. cit., II, pág. 936.

11 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.687. El Rector al Rey. México 3 noviembre 1742.

habían cambiado desde aquel tiempo— tienen quartos muy adornados, que están divididos con verjas de madera, para la separación de los dos sexos. Todos los habitantes de nacimiento honrado hacen criar sus hijas en estos lugares y la educación que allí se les da consiste en hacer toda especie de dulces y obras de aguja, en perfeccionarse en la Música, que está muy en auge en México y en representar comedias, lo que hacen en las iglesias y en las fiestas clásicas...”.<sup>12</sup>

Uno de los colegios más famosos de niñas era el de Santa Rosa, de Querétaro, fundado a expensas de Don José Velázquez de Lorea.<sup>13</sup>

Existía, en México, un Colegio de Niñas Recogidas, sobre el cual la Instrucción citada advertía al Conde de Fuenclara:

“Respecto de estar... mandado... que, en cada vn año y, por su turno, visiten el Virrey y vn Oidor, el que él nombrare, el Colegio de las Niñas recogidas de México, y que dispongan que no les falte la Doctrina y tengan el recogimiento necesario, cuidando de que haya personas que miren por ellas, y que se críen en toda virtud y ocupen en lo que convenga para el servicio de Dios y su bien y aprovechamiento, y que sepan en qué y cómo se gasta la limosna que se da a la Casa y la tengan por mui encomendada, ayudándola y favoreciéndola en lo que hubiere lugar, y que esto mismo se entienda en las demás que se fundaren en esta calidad; se os encarga el cumplimiento de lo expresado en la citada Ley, sin omitir cosa alguna de las que conduzcan al mejor régimen y vtilidad del Colegio...”.<sup>14</sup>

También se habla en la Instrucción de que, en la capital del Virreinato, había un Colegio de Niñas Huérfanas de Belhem “sin saberse por quién se fundó y dotó, ni con qué licencias, o, si es o no, del Real Patronato”; se mandaba al Virrey que se informara del origen de dicho Colegio, “de sus rentas y limosnas y si se distribuyen en el fin para que fueron destinadas y que dé cuenta de todo con la mayor individualidad y especificación...”.<sup>15</sup>

El Colegio de Niñas de la Paz, era llamado, comúnmente, *Las Vizcaínas*, porque se debió a ser costeadado por tres mercaderes vizcaínos de México en 1732: Don Ambrosio Meave, Don Francisco Echeveste y

<sup>12</sup> *Historia general de los viajes*, tomo XXI, pág. 333.

<sup>13</sup> Artículo Velázquez, del tomo X del *Diccionario de... la República Mexicana*, de García Icazbalceta.

<sup>14</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 515. Instrucción del Consejo de Indias al Conde de Fuenclara. Madrid 31 de enero de 1742, fol. 74.

<sup>15</sup> Id. de id. id. id. La misma Instrucción, fols. 175 v.º y 176.



Don Juan Aldaco, porque les impresionó el abandono de unas niñas que vieron mal vestidas y hablando "deshonestamente". La primera piedra se puso en 1734; la escuela se dedicó a San Ignacio de Loyola y así se la llamó.<sup>16</sup>

El Colegio fundado por el primer Virrey, Don Antonio de Mendoza, en el barrio de indios de Santiago de Tlaltelolco, subsistía todavía en esta época, pero, falto de ayuda de costa, sólo servía para enseñar a los niños indios del barrio a leer y escribir, sin que se les diera de comer ni habitaran en él, como en tiempo de su fundación, aunque, según la repetida Instrucción, tenían "rentas para su manutención". El Consejo deseaba saber las causas de que no subsistiera el Colegio en la forma y con las constituciones como se erigió, cuáles eran las estancias y haciendas que le donó el Virrey Mendoza, y, si éstas se conservaban, quién las gozaba y por qué causa no se aplicaban para la manutención "de los niños Colegiales, que debían educarse y mantenerse en dho. Colegio"; por ello se pedía al Virrey que se informara de lo que hubiera sucedido en esto y diera noticia al Consejo.<sup>17</sup>

Fuenclara representó al Rey que sería digno de su Real piedad el conceder a la Compañía de Jesús todo el número posible de religiosos para que se emplearan en la conversión de los indios gentiles y para proveer sus Colegios de Maestros, que instruyeran en las facultades que en ellos se cursaban —cartas de 12 de mayo y 25 de junio de 1744.<sup>18</sup>

Los que terminaban la carrera de Derecho debían ser examinados y admitidos por la Real Audiencia para ejercer la profesión de Abogado.<sup>19</sup>

De igual manera que en España, la imprenta había progresado en México hasta la publicación de periódicos, aunque de modo intermitente: a la "Gaceta de México", cuyos números vieron la luz de 1728 a 1739, sucedió el "Mercurio de México", de 1740 a 1742, ambos dirigidos por el cronista oficial Sahagún de Arévalo.<sup>20</sup>

Una Real Cédula de 25 de abril de 1742 dispuso que, en lo sucesivo, no se imprimiese libro alguno de historias y materias pertenecientes a las Indias, que llevaran licencia del Consejo de Castilla, pero no la del de

16 Baxter, S.: *La arquitectura hispano-colonial en México*, pág. 116.

17 A. gen. de Indias. México. Leg. 515. Instrucción del Consejo de Indias al Conde de Fuenclara. Madrid 31 de enero de 1742, fols. 176 v.º a 178 v.º

18 Id. de id. Guadalajara. Leg. 135. Fuenclara al Rey. México 25 de junio de 1744.

19 Id. de id. id. México. Leg. 541. Diario de la primera sala de la Audiencia de Nueva España en 1743, fols. 28 y 29; Leg. 1655. Diario... en 1745, fol. 76 v.º

20 León: *Bibliografía mexicana del siglo XVIII*, II.



Indias, como era necesario; prohibía también el uso de libros que no llevaran la licencia del segundo. Fuenclara encontró esta cédula al llegar y la cumplimentó el 13 de diciembre de 1742; el 14 de febrero de 1743 nombró, para el cargo de registrar y reconocer los libros al Licenciado Don Gabriel de Ribera, presbítero y dueño de librería e imprenta en la capital del Virreinato, el cual aceptó la designación, al comunicársele, el 22 de febrero.<sup>21</sup>

Con tales elementos de cultura, el movimiento intelectual era intenso y seguía, en general, las directrices de la metrópoli. "Las ciudades americanas —escribe Alcázar— bajo virreyes inteligentes, van cuajando su capitalidad, formando núcleos de gentes cultas que se capacitan para futuras funciones... Las ciudades americanas conocen una vida y un ambiente cultural no inferiores a los de la propia metrópoli, y esto demuestra, una vez más, que España llevaba a América lo que ella misma era, y siempre bastante más que cualquiera nación colonizadora de la época".<sup>22</sup>

En la poesía de la primera mitad del siglo XVIII dominaba el gusto decadente del anterior, aunque pasando poco a poco a la tradición clásica; ya he puesto algunos ejemplos de la forma conceptuosa de las composiciones, tanto en la literatura oficial, que tiende a la solemnidad, como en esos trozos debidos a la musa popular, satírica.

En la documentación oficial, especialmente en los relatos de visitas de comisarios y misioneros, se hallan excelentes modelos de literatura geográfica en su aspecto físico, económico y humano, y, en las consultas o informes que se dirigían al Virrey o a S. M. Católica, aparecen relatos históricos de una realidad viva y, muchas veces, de un encanto sin igual.

En la oratoria sagrada encontramos los nombres de Don Bartolomé de Hita, Don José de Elizalde, Don José González del Pinal, Don Ignacio de Castro, Don Juan de Dios Lozano, Don José Fernández Palos, Don Francisco Villegas, Don Ildefonso Moreno, Don Francisco Villena, Don Juan José de Eguiara, Don Francisco Antonio de la Peña, Don Lorenzo Sempertegui, Don Fernando Ortiz Cortés y Don Santiago Velázquez Lorea, del Clero secular; los dominicos Fray Antonio Casimiro Montenegro y Fray Miguel Rodríguez; los franciscanos Fray Miguel Curiel, Fray Francisco Abreu, Fray Matías Rubín, Fray Manuel Mercado y Fray José López; los descalzos de San Diego Fray Gabriel Leganés y

<sup>21</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 1.336, doc. 19. Fuenclara al Rey. México 28 de febrero de 1743.

<sup>22</sup> Alcázar Molina, C.: *Los Virreinos en el siglo XVIII*, pág. XI.

Fray Antonio Cano; los agustinos Antonio Beltrán, José Infante y Juan Crisóstomo Martínez; los carmelitas Juan de la Santísima Trinidad y Fernando de Santa María; los mercedarios José González, Antonio Muñoz, Juan de Bocanegra y Miguel Picazo; los jesuitas Antonio de Salas, José Carrillo y Juan Francisco López y el capuchino de Propaganda Fide Lorenzo Vélez.<sup>23</sup>

De entre estos nombres hay algunos relevantes. El Doctor Don José Mariano Gregorio de Elizalde Hita y Parra, mereció que la ciudad de México elevara una representación al Rey, en 1732, pidiéndole que le honrara y tuviera presente en las vacantes que hubiera.<sup>24</sup> Fue Rector de la Universidad de México dos veces. Nacido en México en 1700, murió el 9 de octubre de 1756.<sup>25</sup> Predicó muchas veces ante la Corte virreinal, pero su sermón más famoso fue el pronunciado en las solemnes exequias del gran Ministro de Felipe V, Don José del Campillo y Cossío.<sup>26</sup> En la fiesta de la Asunción de la Virgen del mismo año 1743, predicó otro notable sermón, también merecedor de la imprenta como el anterior y titulado, en la ampulosa manera de la época "Gloria de México en la mayor exaltación y manifestación de la mayor gloria de María Santísima, Señora Nuestra, en su triunphante Asumpción a los Cielos, en cuyo Misterio se venera Titular de la Sta. Iglesia Metropolitana de dicha Ciudad", panegírico dicho ante el Virrey y la Corte, como el anterior.<sup>27</sup>

Don Bartolomé Felipe de Hita y Parra fue calificador del Santo Oficio y Decano de las Facultades de Teología y Filosofía de la Universidad de México: su sermón más notable fue el predicado el día de Nuestra Señora de Guadalupe, en su Santuario, el 12 de diciembre de 1743, ante el Virrey y la Corte.<sup>28</sup>

El Doctor Don Juan José de Eguiara y Eguren, nació en México en febrero de 1696 y murió en la misma capital el 29 de enero de 1763, habiendo sido Rector de la Universidad y desempeñado otras dignidades. El jueves 4 de abril de 1743 predicó ante el Virrey y la Corte, en la Capilla Real, sobre la conversión de la Magdalena; otro sermón suyo, que mereció

<sup>23</sup> A. gen. de Indias. México. Legs. 541, 542, 1.654 y 1.655. Diario de la 1.<sup>a</sup> Sala de 1742 a 1746.

<sup>24</sup> Id. de id. id. Leg. 731. México al Rey. México 31 de marzo de 1732.

<sup>25</sup> Beristain: *Biblioteca...*, pág. 454.

<sup>26</sup> Toribio Medina, J.: *La imprenta en México*, IV, pág. 545.

<sup>27</sup> Id. id. id.: Ob. cit., IV, pág. 546.

<sup>28</sup> Id. id. id.: Ob. cit., IV, pág. 547.

los honores de la imprenta, fue sobre San Miguel (29 de septiembre de 1750). Pero su obra más importante fue la "Bibliotheca Mexicana".<sup>29</sup>

Don Fernando Ortiz Cortés, nacido en 1692 en el Real de Minas de Pachuca, y muerto en abril de 1767, fue Canónigo de la Metropolitana y Rector de la Universidad. "Su memoria —dice Beristain— será eterna en México por la fundación que hizo del hospital de pobres y otros beneficios públicos, entre los cuales no fueron los menores la donación que hizo de su biblioteca al Colegio Seminario y la dotación que dejó de 8.000 pesos para una licenciatura al mismo colegio...". De él se conoce el sermón panegírico que, sobre el martirio de San Pedro, pronunció, el 29 de junio de 1743, ante la Real Audiencia y la Nobilísima Ciudad, en la Catedral de México y que hizo imprimir, el mismo año, su sobrino Don José Antonio de Humarán, Regidor perpetuo y Alcalde Ordinario de la capital, dedicándolo a la Condesa de Fuenclara.<sup>30</sup>

En la familia Velázquez hubo tres figuras que se ilustraron en las letras y fueron tres hijos del primer Juez de la Acordada, Don Miguel, y hermanos del martillo de malhechores Don José, también, como él, naturales de Querétaro: Don Agustín, Don Rodrigo y Don Santiago Velázquez de Lorea. De éste último, Doctor y Maestro, Vicario General de Mechoacán, y Catedrático de Filosofía en la Universidad de México, queda "José dormido o el sueño de José: elogio del Santísimo Esposo de María", impreso en Madrid en 1743.<sup>31</sup>

Entre los historiadores, además de Eguirara, con su obra biobibliográfica, ocupa un lugar distinguido el Licenciado Don Juan Sahagún de Arévalo y Ladrón de Guevara, cronista general del Reino de Nueva España, más periodista que historiador, con las publicaciones de la "Gaceta" y el "Mercurio", de México. Pero andaba tan escaso de papel, dice el historiador Mota Padilla, que tuvo que suspender la salida de sus periódicos varias veces; la última, definitivamente, en diciembre de 1742. Murió en México el 28 de enero de 1761 y fue sepultado en el Hospital

<sup>29</sup> Millares Carlos, Agustín: *Noticia biográfica de D. José de Eguirara y Eguren*, en "Boletín Bibliográfico Mexicano" de 31 de marzo de 1944, págs. II a IV; León, N.: *Bibliografía mexicana del siglo XVIII*, I, págs. 213-214; A. gen. de Indias. México. Leg. 541. Diario de la primera Sala de la Audiencia de Nueva España en 1743, fol. 21 v.º

<sup>30</sup> Toribio Medtña, J.: *La Imprenta en México*, IV, pág. 536; Beristain, ob. cit., II, página 366.

<sup>31</sup> Id. id. id.: Ob. cit., IV, pág. 367; Beristain: Ob. cit., III, pág. 258; García Icazbalceta: *Diccionario...*, art. Velázquez.

de Jesús.<sup>32</sup> De sus "Noticias de Europa y de la Nueva España" se valió, en gran parte, el P. Pedro Murillo, S. J.<sup>33</sup>

El primer Marqués de Torre Campo, Don José Toribio de Cossío y Campo, escribió la historia de la sublevación de la provincia de Tzendales, que él pacificó, en 1712.<sup>34</sup>

Fray Francisco de San José escribió la "Historia de la primitiva y milagrosa imagen de Nuestra Señora de Guadalupe", impresa en Madrid en 1743, que reproduce, "en elegante lenguaje, lo que anteriormente se había escrito, y da a entender que la imagen venerada en México no es original, sino derivada de la de Extremadura...".<sup>34 bis</sup>

En el campo de la poesía, las obras que han llegado hasta nosotros son, en su mayor parte, anónimas y hay, entre otros, tres nombres que se han salvado de este naufragio general de los años del gobierno de Fuenclara: Cabrera Quintero, Dávalos y el cacique Patricio Antonio López.

Don Cayetano Cabrera Quintero, natural de México, Capellán Maestro de Pajes del Arzobispo Virrey, murió después de 1774. De él se conservan "Julio Maximino Vero, bajo cuyos heroicos hechos y altas prendas symbolizó el estudio las del Excelentísimo Señor... Conde de Fuenclara", en versos latinos y castellanos; y "El nuevo Ulises", ambas escritas con ocasión de la llegada del Virrey en 1742 e impresas en 1743.<sup>35</sup>

Don José Dávalos, de la casa de los Condes de Miravalles y natural de México, fue Regidor y Alcalde Ordinario de su ciudad natal y persona de grandes talentos y actividad, a quien los virreyes encargaron importantes comisiones. Nacido en 1683, falleció en 1755, habiendo escrito "Canción heroica de los triunfos del Católico Rey de las Españas, Felipe V, dedicada al Virrey Duque de Linares", impresa en México en 1714.<sup>36</sup>

El anticuario e intérprete Don Patricio Antonio López, cacique indio, originario de Antequera, en el valle de Oaxaca, fue un hombre

32 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.336, doc. 17. Fuenclara al Rey. México 28 de febrero de 1743; Agüeros de la Portilla, A.: *El periodismo en México durante la dominación española*, en "Anales del Museo Nacional de Arqueología, II, pág. 404.

33 Beristain: Ob. cit., I, pág. 104.

34 Id. id. id., I, pág. 401.

34 bis Rivera Cambas, M.: *México Pintoresco...*, II, pág. 315.

35 Beristain: Ob. cit., I, pág. 231; Toribio Medina, J.: *La imprenta en México*, IV, págs. 525-526.

36 Beristain: Ob. cit., I, pág. 423.



curioso y erudito, que reunió una copiosa biblioteca y se dice que escribía sus artículos bajo el seudónimo de *F. Antonius ab Asencione*. Su única obra conocida es "Triumphos aclamados contra Vandoleros por la Real Justicia... o famosos hechos y elogios justos del Capitán Miguel Velázquez Lorea", impresa en Puebla en 1723.<sup>37</sup>

Del Arzobispo Obispo de Puebla, Don Domingo Pantaleón Alvarez de Abreu se sabe que escribió muchos "Edictos", "Ordenanzas" y "Cartas Pastorales", que están llenas "de prudencia y zelo".<sup>38</sup>

En la Estadística ocupa un lugar muy destacado Don José Antonio de Villaseñor y Sánchez. Nacido en México, fue colegial de San Ildefonso, Oficial de la Contaduría de Tributos, Contador General de Azogues y Cosmógrafo de Nueva España. "Fue poeta regular, matemático hábil, historiador exacto y zeloso buen patriota" (Beristain). Escribió: "Informe a la Audiencia Gobernadora de la Nueva España sobre rebaja del precio del azogue que solicitan los mineros" (México, 1742); "Observación del cometa que apareció en el hemisferio de México en los meses de febrero y marzo de 1742" (México, 1742); "Theatro Americano, Descripción general de los Reinos y Provincias de la Nueva España" (México, 1746-1748); "Romance lírico en elogio de Fernando VI, Rey de España" (Salamanca, 1749); "Matemático cómputo de los Astros" (México, 1756); "Kalendarios y pronósticos lunarios para México", en varios años; y "Mapa geográfico de la Provincia de la Compañía de Jesús de la Nueva España", delineado en México en 1751 y grabado en Roma.<sup>39</sup>

En 1741 expidió Felipe V (Buen Retiro, 19 de julio) una Real Cédula, génesis del "Theatro Americano", la gran obra de Villaseñor, mandando que se reunieran todas las noticias posibles sobre los pueblos de los Virreinos de América.<sup>40</sup>

Al llegar a México el Conde de Fuenclara, encontró, en la Secretaría del Virreinato, esta Real Cédula entre otras y la obedeció. Puso especial empeño en cumplirla, para lo cual, el mismo día del obedeci-

37 Leduc y Lara: *Diccionario...*, art. López (Patricio); León, N.: *Bibliografía mexicana...*, IV, pág. 163.

38 Beristain: Ob. cit., I, págs 5 y 6.

39 Beristain: Ob. cit., III, págs. 319-320; Leduc y Lara: *Diccionario...*, art. Villaseñor.

40 Villaseñor: *Theatro Americano*, I, págs. 17 y 18, en Trens, Manuel B.: *Apuntes para la historia de la estadística en México*, publicado en "Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía", tomo 42, págs. 486-487.

miento (22 de diciembre de 1742) dio comisión al Cronista General del Reino, Don Juan Sahagún de Arévalo, y al Contador Mayor de la Real Contaduría de Reales Azogues, Don José Antonio de Villaseñor y Sánchez, "para que, como prácticos y de mucha trascendencia en este Rey., corriesen con el cargo de despachar las Cordilleras a todas las Jurisdicciones de él y, a este fin, se imprimieron exemplares de la Real Cédula referida, preuiniéndoles hiciesen su Dirección y fuesen recogiendo las resultas de esta providencia, viniendo y concordando los informes que hicieren las Justicias, pa. sacar de todo un extracto de los puntos esenciales y más circunstanciados que conuengan, para hacer a V. M. —escribía el Conde— el informe que se sirue mandar, el que no puede dexar de padecer alguna demora por la dilatada extensión de las Prouincias a donde deuen llegar estos impulsos y practicarlos con las particularidades preuenidas, de donde han de tener regreso a poder de los dos sugetos nominados, quienes, luego que los tengan recogidos, cumplirán con la aduertencia hecha en el cometimiento, de donde se ha de deriuar la ordinación de las noticias con mi cuidado y examen, para pasarlas a V. M...".<sup>41</sup>

El Virrey despachó un ejemplar de la Real Cédula a cada uno de los Alcaldes, con el despacho o carta-orden siguiente, para que realizaran la labor con estricta sujeción a las instrucciones recibidas:

"Y, por mí, vista y obedezida, para su más exacto y puntual cumplimiento, por el presente mando a todos los Gobernadores, Alcaldes Mayores y Justicias del distrito de esta Governación que, en inteligencia de lo qe. S. M. ordena en su Rl. Cédula inzerta, practiquen las diligencias nezesarias, y tomen las más seguras noticias que importen al fin que se solizita e inquiere, formando, para este efecto, Autos y Relaciones, y, concluidos, los remitirán, acompañados con Informe expresivo de todo lo en ellos contenido, enterados de que, para la mejor expedición de este grave asunto, e dado comisión en forma al Lizenziado Don Juan Franzco. Sahagún de Arévalo Ladrón de Guebara, Presbítero de este Arzobispado y Choronista Gral. de estos Reynos, etc., y al Contador Don Joseph Sánchez Villaseñor, para que dirijan los Despachos que se libren a las Jurisdicciones de esta Governación, y que, recogidas las diligencias que produjeren, las vaian examinando, y sacando de todas

---

<sup>41</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 1.336, doc. 17. Fuenclara al Rey. México 28 de febrero de 1743.

vn extracto comprehensivo de todo quanto dhas. Justizias informaren. México, 4 Enero de 1743. El Conde de Fuenc Lara". 42

Por haberse separado del encargo Sahagún, por no tener bastante dinero para costear los gastos que se originaban en asunto de tal envergadura, continuó sólo en la labor estadística el Contador General de los Azogues "erogando de su bolsa todo lo necesario". 43

Villaseñor procedió a recoger los datos para su obra con prontitud, celo y eficacia, formando "cordilleras" 44 para la conducción de los despachos, que se le entregaron por orden del Virrey para los Alcaldes Mayores, el 4 de enero de 1743, enviándolos con una carta instructiva que redactó e hizo imprimir con fecha de 6 de marzo del mismo "para que, instruidos de lo que solicitaba, no dudasen en la formación de su informe, cuías cordilleras —dice— despaché con correos a mi costa, y recogí los recibos correspondientes y, quando discurrí que en todo el resto de dho. año de quarenta y tres, hubiesen cumplido con el tenor de dho. despacho, haciendo los informes en los ocho meses que tubieron de hueco para comensar a escribir en el año pasado de quarenta y quatro y feneser en él la obra, he experimentado que no sólo en dicho tiempo no los remitieron, sino que, hasta aora han faltado a este cumplimiento muchas jurisdicciones...". No obstante, como llegaron, poco a poco, algunas y Villaseñor poseía una noticia general del Virreinato y muchas particulares de antemano, no quiso demorar el comienzo de su obra, que era tan difícil, dada la enorme extensión del país y sus muchas poblaciones, comprimiéndose en lo posible y poniendo en ella lo más necesario y útil y omitiendo "muchas prolixidades". 45

El Rey acusó recibo de la carta de Fuenc Lara, diciendo que tanto él como el Consejo de Indias aprobaban cuanto había hecho en este asunto y que se esperaban las noticias que resultarían de las acertadas providencias que había tomado. 46 Recibida esta nueva Real Cédula en México, Fuenc Lara hizo (19 de junio de 1745) que se obedeciera y se

42 Id. de id. id. Leg. 1.352. Documentos anejos a la representación de Villaseñor al Virrey. México 3 de diciembre de 1754.

43 Id. de id. id. Lo mismo.

44 Enviar por cordillera es un modismo adverbial mejicano del modo de conducir a un reo, entregándose al juez pedáneo del tránsito con pliego dirigido a la autoridad competente; se dice lo mismo de la remisión de oficios.

45 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.338. Informe de Villaseñor a Fuenc Lara. México 3 de julio de 1745.

46 Id. de id. id. Real Cédula a Fuenc Lara. Buen Retiro 31 de diciembre de 1744.



pasara a Villaseñor, a fin de que informara del estado en que tenía su obra, con estas frases, altamente elogiosas de su laboriosidad:

“Obedesimto. México, diez y nueve de Junio de mill setecientos quarenta y cinco.

“Vista y obedesida esta Real Cédula, sáquese testimonio de ella y pase a Dn. Joseph Sánchez de Villaseñor, para que me informe el estado en que tiene la obra en las Provincias, con sus nombres y demás circunstancias prevenidas, pues, aunque me consta que la tiene adelantada, por el especial celo, aplicación y trabajo con que se ha dedicado a esta importancia, conviene saber a punto fixo su estado para dar quenta a su Magd. El Conde de Fuenclara”.<sup>47</sup>

Dos semanas después, Villaseñor presentó al Virrey un largo informe de los trabajos que le había costado hacer su obra, por las largas distancias de donde debían venirle los datos y la falta de respuesta de muchos de los Alcaldes; decía que no hubiera podido adelantar en ella si no se hubiera fatigado en su buen deseo de cumplir con su mandato y en obediencia de las órdenes del Rey “como quien siegamente desea servirle” y que había distribuido su obra en dos tomos de a folio, que contenían todas las provincias de los seis obispados de la gobernación de Nueva España, en que se incluían más de doscientas Alcaldías Mayores y las provincias internas del Rosario; Culiacán, Chametla, Maloya, Copala, Sinaloa, Ostimuri, Sonora, Nuevo México, Parral, Nuevo Reino de León, Nueva Extremadura y provincias de Texas, con todos sus presidios, hasta las riberas del *Río de la Palisada* o Mississipí. Aunque se había limitado lo posible para hacer la materia comprensiva, se habían hecho necesarios dos tomos, el primero de los cuales estaba terminado ya, aunque no impreso, por esperar las órdenes de S. E.; en cuanto al segundo, le faltaba gran parte del Obispado de Oaxaca y algunas jurisdicciones del de Guadalajara para concluirse; para ello, suplicaba al que providenciara se le enviaran rápidamente las respuestas que le faltaban, pues varias de sus cartas no habían surtido el efecto que él deseaba. “En este estado, Señor Exmo. —escribía— está la obra que, con ciega obediencia, estoi fenesiendo, de mandato de V. E. en cumplimiento del de S. M., la qual quisiera yo tener perfectamte. concluida airosamente, pero haviéndome sido presiso atender a el empleo en que

---

47 Id. de id. id. Obedecimiento anejo a la Real Cédula de 31 de diciembre de 1744.



sirvió a S. M. en ínterin para mi manutención, con el qual aún he costeado lo necesario a la descripción...".<sup>48</sup>

El 9 de julio de 1745 ordenó Fuenclara que se le entregara el tomo primero que se decía acabado; el 28 del mismo mes declaró Villaseñor que estaba pronto a cumplir lo mandado. Este primer tomo del "Theatro Americano" no se imprimió hasta el año siguiente, en México; dedicado al Rey de España, Felipe V, aunque no está exento de defectos, llenó un importante vacío.<sup>49</sup>

En la Residencia de Fuenclara se encuentra una partida que nos hace saber el coste de la impresión del primer tomo de la obra: en 10 de febrero de 1746 se pagaron 2.000 pesos a Villaseñor para los gastos de la impresión.<sup>50</sup>

Este primer tomo fue presentado al nuevo Virrey, Don Juan Francisco Güemes, por Villaseñor, inmediatamente que tomó posesión del Virreinato: fue ésta de las obras de Fuenclara que no se hicieron en ninguno de los otros virreinos y que dieron más nombre a su sucesor que a él, ya que el Conde, con su actividad, los trabajos que dejó comenzados y, sobre todo, su magnífica obra financiera, fue un verdadero precursor y preparó las vías del primer Conde de Revillagigedo, como Fernando VI hizo, en España, con Carlos III.<sup>51</sup>

Según el "Theatro Americano, Descripción General de los Reynos y Provincias de la Nueva España y sus Jurisdicciones", como se titulaba la obra de Villaseñor, había en México una población de 50.000 familias de españoles, eupeos y criollos; otras 40.000 de mestizos, mulatos y negros, etc., y 8.000 de indios, que habitaban en sus barrios. Se consumían entre ellos anualmente al pie de dos millones de arrobas de harina; 150 a 160.000 fanegas de maíz; 300.000 carneros; 15.500 entre bueyes y toros, y de 24 a 25.000 cerdos. En esta cuenta no entran muchas casas religiosas, que mataban los carneros que venían de sus haciendas, ni tampoco las becerras que servían de regalo a los particulares, poniéndose sólo lo que se mataba en el rastro.<sup>52</sup>

Del aspecto que entonces tenían las ciudades coloniales puede for-

48 Id. de id. id. Informe de Villaseñor a Fuenclara. Toribio Medina, J.: *La imprenta en México*, V, págs. 41-42; Trens: Ob. cit., en Boletín citado, tomo 42, pág. 487.

49 Id. de id. id. Nota al margen del mismo informe.

50 Id. de id. id. Escribanía de Cámara del Consejo. Leg. 245. Cuaderno 2.º de la Residencia de Fuenclara, fol. 73 v.º

51 Id. de id. id. México. Leg. 1.339. Güemes al Rey. México 2 de agosto de 1746.

52 Cavo: *Los tres siglos de México*, Libro Undécimo, año 1746, pág. 137.

farme idea por las antiguas y bellas casas que aún se conservan en México, Puebla, Querétaro y Veracruz. Son todas ellas construcciones regulares y simétricas, más o menos ornadas, según la fortuna o el capricho de sus dueños, con puertas monumentales, patios decorados con buen gusto, empleo frecuente de azulejos, riqueza de detalles y profusión de magnificencias. "On eût vainement cherché à la fin du XVIIIe. siècle —escribe Desdevises du Désert, con admirable justicia— un pareil développement de l'art dans les colonies françaises, anglaises ou portugaises d'Amérique".<sup>53</sup>

El siglo XVIII fue el mejor de la arquitectura en México,<sup>54</sup> la época más espléndida del curioso barroco mejicano, en que la opulenta nobleza colonial empleaba sus caudales en la construcción de palacios para su residencia o en magníficos conventos e iglesias, en los que se observan influencias moriscas y el empleo de azulejos y de antepechos calados. Edificios típicos del barroco de Nueva España fueron los que levantaron los misioneros en Texas, Nuevo México, Arizona y California, de gusto sencillo, risueño y pintoresco, que ha sido llamado estilo Misiones, siendo sus mejores construcciones las de California, de piedra y ladrillo en su mayoría, a que puede añadirse, en lo civil las haciendas mejicanas.<sup>55</sup> También hay que incluir, entre las grandes obras, los acueductos y calzadas que hizo construir el Conde de Fuenclara y que detallaré en el capítulo referente a obras públicas.

Desde comienzos del siglo XVIII, bajo la protección del Duque de Linares, se empezó a conocer en México el teatro musical italiano. Existía, en el Palacio Real, un pequeño teatro de la Corte, pero, además, había otro fuera de Palacio, al que sucedió otro de madera, y, en 1725, se inauguró un tercero, situado entre el callejón del Espíritu Santo y la antigua calle de la *Azequia*. A él vino un grupo de actores, cantantes y músicos extranjeros entre 1742 y 1743, actuando con las notabilidades de la época: el español Esteban Vela y los mejicanos Ana María de Castro y Diego de Asís Franco.<sup>56</sup>

Por Real Cédula de 12 de mayo de 1703 se concedió al Mayordomo del Hospital Real de los Naturales de México la administración del

<sup>53</sup> Desdevises du Désert: *Richesse et civilisation*, en "Revue Hispanique", LXXIII, pág. 469.

<sup>54</sup> Romero de Terreros, Manuel: *La Casa Colonial*, pág. 164.

<sup>55</sup> Solá, Miguel: *Historia del Arte hispano-americano*, págs. 43 a 45.

<sup>56</sup> Monterde, F.: *Bibliografía del teatro en México*, pág. XL.

Coliseo, disposición del teatro, nombramiento de autor y formación anual de la Compañía que actuara allí. Otra Real Cédula (31 de diciembre de 1741) nombró Mayordomo del dicho Hospital a Don José de Cárdenas, estableciendo, a la vez, reglas para la mejor administración de sus rentas y la del Coliseo. Cárdenas tuvo, por tanto, en virtud de la primera disposición real, la misión de conducir de España, a costa del Hospital, los comediantes. Amigo íntimo del Oidor Echávarri, Cárdenas había sido separado de su administración por el Marqués de Casafuerte, por "justas, graves causas", entre ellas porque el Coliseo rentaba 1.200 pesos menos de lo que producía cuando él se encargó de la Mayordomía. Repuesto en ella en 1741, sólo se posesionó en 1744. Pero nuevamente su gestión no estuvo exenta de reproches. La arrendataria del Coliseo, Ana María de Castro, pagaba más de 9.000 pesos al año; de ellos, 3.000 pagaderos al Hospital Real; mil y pico para pagar a Cárdenas, en seis años, los gastos de conducción (6.101) de músicos y cómicos de España; y 5.000 al arrendatario antecesor suyo, por el trapaso privado que le hizo cuando no había terminado su plazo de arrendamiento. El 25 de octubre de 1745, estando para formarse la compañía de cómicos, Cárdenas pidió que le concediesen varias facultades, entre otras jurisdicción para que los cómicos le estuviesen subordinados; el Fiscal, ante la disyuntiva de arrendar el Coliseo o que corriese con él Cárdenas, aconsejó, como más beneficioso para el Hospital que, si bien convenía conceder al Mayordomo las facultades que pedía, parecía más conveniente solicitar persona que arrendase el Coliseo, dando nueve pregones en busca de postores, y que, en caso de no presentarse ninguno o que sus posturas no fuesen proporcionadas "a la vtilidad que, en aquella actualidad, interesaba al Hospital del producto del Coliseo, entrase el Mayordomo en la administrazn. de éste...". El Real Acuerdo, ante el cual se llevaron los autos en voto consultivo, decidió que el Mayordomo tuviese en el Coliseo facultad y potestad económica "con calidad de dar qta. al Virrey dentro de veinte y quatro horas, en caso de hauer de poner a algún cómico en prisión..." (21 de enero de 1746). Al presentar Cárdenas su petición, la Compañía del Coliseo estaba en plena descomposición: decíase que dos actrices, Ana María de Castro y su sobrina María Josefa, se retiraban de las tablas, no quedando otra hábil que Josefa Ordóñez, que Cárdenas había traído de España. Lamentábase el Mayordomo, diciendo que necesitaba cinco o seis mujeres más y que, para



hallarlas, se requería bastante tiempo; y, cuando las hallara, hacía falta habilitarlas, y enseñarlas a cantar tan bien o mejor que las que trabajaban a la sazón. Para este fin, había llevado un músico, compositor italiano, con objeto de que “puedan salir a las tablas a ejercer los muchos papeles de Música y representación que se les han de repartir...”. Acordado el pregón para el arriendo del Coliseo por nueve días seguidos, a partir del 7 de diciembre de 1745, hízose en el puente del Real Palacio, a las once de la mañana, y ni en ese día ni en los siguientes hubo postor.<sup>57</sup>

El 24 de enero de 1746 se comunicó a Cárdenas que el Virrey había decretado, dos días antes, que se conformaba con el parecer del Real Acuerdo, encargando al Mayordomo de la administración del Coliseo y formación de la Compañía: él contestó haciendo presente lo avanzado del tiempo para lograrlo, pues era cortísimo espacio el de dos meses que faltaban para Pascua de Resurrección, en que le era forzoso buscar mujeres que se capacitaran para representar, ya que no tenía otra de quien echar mano que de Josefa Ordóñez, a la que había llevado de España en 1743, en compañía de la diestra música y graciosa, afamada en España, Petronila Ordóñez, su hermana “que falleció en la Mar”.<sup>58</sup>

En 1742, Cárdenas, que, además de Mayordomo o Administrador del Hospital, era Contador honorario del Real Tribunal de Cuentas, hizo contratar, con permiso de S. M., varias notabilidades en Cádiz, entre ellas a José Ordóñez e Isabel Gamarra, su mujer, con sus hijas Vicenta y Josefa, ésta casada luego, siendo dama de teatro de gran reputación, con el célebre Panseco. Este, llamado Juan Gregorio, era milanés, músico de los batallones de Marina y profesor de flauta y violín. También estaban, entre dichas notabilidades, José Pisoni, igualmente milanés, violinista y maestro de danza; Juan Bautista Arestin y Andrés Preibus, tocadores de violín, flauta y óboe; el Maestro Ignacio Jerusalem, también italiano, que llegó a ser maestro de capilla de la Catedral; Francisco Rueda y Petronila Ordóñez, su mujer, él violinista y ella famosa actriz y excelente cantarina, ambos del teatro de Barcelona. “Es de presumirse —dice Campos— que estos artistas nos trajeron algunos cantos de su país, los que, pasando a través de nuestras propias inspiraciones, dejaron,

---

<sup>57</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 1.346. Testimonio de los autos sobre nombramiento de D. José de Cárdenas como Mayordomo del Hospital, fols. 71-75, 105 a 110, 127 a 136. Leg. 1.338. Fuenclara al Rey. México 27 de febrero de 1744.

<sup>58</sup> Id. de id. id. Dicho testimonio, fols. 136 a 140.



en las canciones mexicanas, la huella del italianismo que en ellas se descubre".<sup>59</sup>

En ese mismo año 1742 formó Ana María de Castro una compañía completa, siendo ella la primera dama y Diego Francisco de Asís el galán. La Castro gustaba de vestir con elegancia y el público la aplaudía y admiraba con entusiasmo. El Oidor Chávarri decía de ella, en consulta al Duque de la Conquista: "Es aclamada su viveza en representar, lo bien sentido del verso, consonancia de sus palabrras, la retórica y viveza de sus acciones, la dulzura y armonía de su voz cuando canta".<sup>60</sup>

Junto a las artes musicales florecían las industriales: la orfebrería había adquirido tal importancia que, al gran número de talleres reunidos en ella, debía su nombre una de las principales calles de la ciudad, la de la Platería, en la que se podía ver —dice Gage— "en menos de una hora el valor de muchos millones en oro, plata, perlas y piedras preciosas".<sup>61</sup>

Trabajábase primorosamente el hierro en el pueblo de Amozoc, cuyas espuelas eran justamente ponderadas; sus frenos no hacían sangrar la boca de las bestias y llevaban incrustadas finas labores de plata.<sup>62</sup>

Las carrozas alcanzaron su mayor lujo en el siglo XVIII, aunque las vidrieras no fueron introducidas hasta 1756, por el Virrey Marqués de las Amarillas.<sup>63</sup> En el siglo XVII se decía que México contaba con 15.000 coches, muchos de ellos suntuosos, empleados principalmente para pasear por la hermosa Alameda "cuyos árboles forman calles impenetrables al Sol, viéndose regularmente más de dos mil coches". Habíase hecho proverbial que, en México, existían cuatro cosas buenas: las mujeres, los vestidos, los coches y las calles; desplegándose en los coches un lujo de adorno superior al de Europa.<sup>64</sup>

Es de suponer que tras la decadencia del reinado de Carlos II habría vuelto a renacer el lujo en la Corte virreinal, que nunca llegó a decaer, ni siquiera en el aspecto administrativo, como la de España, pues de entonces es el gobierno del Marqués de Mancera, uno de los más inteli-

59 Campos, R. M.: *El folklore y la música mexicana*, pág. 107; González Obregón, L.: *México Viejo*, pág. 345.

60 González Obregón: Ob. cit., págs. 344-45.

61 *Historia general de los viajes*, tomo XXI, págs. 330 a 332.

62 Valle Arizpe: *Del tiempo pasado*, págs. 313-314.

63 Romero de Terreros: *La Casa Colonial*, pág. 180.

64 *Historia general de los viajes*, tomo XXI, págs. 330-332.

gentes y grandes virreyes de Nueva España y, aunque no se volviera al fausto de la primera mitad del siglo anterior, había allí la suficiente magnificencia para que todo paseo de la ciudad tuviera un sector especial destinado a la circulación de carruajes.

## XX

### LA BENEFICENCIA Y LAS OBRAS PUBLICAS

Del mismo modo que en la instrucción, en los establecimientos sanitarios y de beneficencia del México virreinal no se hizo más que obras a imagen y semejanza de las de la metrópoli.

Ya se ha visto que existían colegios que eran, al mismo tiempo, asilos de huérfanos y la copiosa y ejemplar legislación de Indias disponía, en su Ley primera, Título 4.º, Libro 1.º, que se encargara a los virreyes que, en todos los pueblos de españoles e indios de sus provincias se fundaran hospitales, para que tuvieran en donde curarse los enfermos pobres y se ejercitara la caridad cristiana, y, en las Leyes 3.ª y 10.ª del mismo Título y Libro, que el Virrey visitara algunas veces los hospitales de México y procurara que los oidores, por su turno, hicieran lo mismo, cuando él no lo pudiera hacer, y vieran la cura, servicio y hospitalidad que se hacía a los enfermos, el estado en que se hallaba el edificio, la limosna que se recogía y en qué forma y por qué manos se distribuía. Al recordar a Fuenclara estas leyes, la Instrucción decía: "...espero que lo ejecutaréis con celo y caridad, por lo mucho que se interesa en ello el servicio de Dios...".<sup>1</sup>

La misma Instrucción recordaba que, por las leyes 23.ª, 25.ª y 26.ª del Título 16.º, del Libro 1.º de la Recopilación, se mandó que, de los diezmos de cada Catedral, se sacaran, de cuatro partes, dos para el Prelado y Cabildo, y de las otras dos se hicieran nueve partes, siendo

---

<sup>1</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 515. Instrucción... a Fuenclara, 31 de enero de 1742, fols. 74 v.º y 75.

las dos novenas de ellas para la Real Hacienda, tres para la fábrica de la Catedral y Hospital de su Parroquia, y las cuatro restantes se entregarían al Mayordomo del Cabildo, para salarios de Dignidades y oficios, y lo mismo se haría en las parroquias, gastándose tres de las siete novenas partes en la fábrica de la iglesia parroquial y en el hospital que había de haber en el distrito de cada una "de forma que el vn noveno y medio sea para la fábrica y el otro para el Hospital...".<sup>2</sup>

Y decía, en fin: "En quanto al Hospital del Amor de Dios, que fundó y hizo a su costa en México Dn. fr. Juan de Zumárraga, Arzobispo que fue de aquella Sta. Iglesia, para que en él se acogiesen los pobres y llagados del mal venéreo, y es del Real Patronato, cuya administración se dejó a los Arzobispos que, en adelante, fuesen de aquella Santa Iglesia con la obligación de que diesen cuenta de la Administración y rentas de él, sin que por ello llevasen ni hubiesen interés alguno, y conviniendo que las Leyes que hablan de esto tengan el debido efecto, y el Consejo la entera noticia de las rentas y averes con que se halla, así este Hospital como el Real de los Indios de la misma Ciudad y de cómo se distribuye y administra, y si, por la Administración del del Amor de Dios se lleva algo, y de qué se componen sus rentas y su importe; se informará de todo el Sr. Virrey con especial cuidado, y dará cuenta, con la mayor individualidad y distinción, por lo que conviene que en el Consejo se tenga entera noticia, para los casos que se ofrezcan y se puede providenciar lo que estubiere más acertado y correspondiente al servicio de Dios y del Rey".<sup>3</sup>

La Audiencia designaba anualmente un Juez de Hospitales y Colegios. En 1745 lo era el Oidor Marqués de Altamira, confirmado en 1746 por el Virrey, a causa de hallarse encargado del inventario de Don José de Cárdenas.<sup>4</sup>

Ya he hablado, en el capítulo anterior del nombramiento de éste para ejercer el cargo de Mayordomo del Hospital Real de Indios, en propiedad, por Real Cédula de 31 de diciembre de 1741<sup>5</sup> en la que, a la vez, se establecían reglas para la mejor administración del Hospital, de sus rentas, la del Coliseo y la asistencia, curación y cuidado de los

<sup>2</sup> Id. de id. id. La misma Instrucción, fols. 167 y 168, Noticias reservadas.

<sup>3</sup> Id. de id. id. Noticias reservadas a Fuenclara, fols. 178 v.º y 179.

<sup>4</sup> Id. de id. id. Leg. 542. Diario de... la primera Sala... en 1746, fol. 3.

<sup>5</sup> Id. de id. id. Leg. 1.986. Real Decreto de nombramiento. Buen Retiro 31 de diciembre de 1741.



indios enfermos. Estas reglas fueron: 1.<sup>a</sup> que el Administrador o Mayordomo rindiese cuentas cada seis meses y que el residuo del caudal que quedase se pusiese en un arca de tres llaves, que debían estar en poder del Virrey, del Oidor de turno y del Administrador del Hospital; 2.<sup>a</sup> que se diese cuenta, anualmente, al Consejo y Cámara de Indias del caudal existente, para que se emplease en fincas seguras y minorase a los indios la contribución; 3.<sup>a</sup> que cesase cualquier arrendamiento celebrado, de la impresión de cartillas, y que ésta corriese, en adelante, a cargo del Hospital; 4.<sup>a</sup> que, fenecido el arrendamiento existente del Medio Real, se recaudase y cobrase por el Mayordomo, sustituyendo personas que lo practicasen con la ayuda de costa que se les señalara; 5.<sup>a</sup> que se observase la Real Cédula de 12 de mayo de 1703, en que S. M. concedió, al Mayordomo del Hospital, la administración del Coliseo, disposición de teatro, nombramiento de autor y formación anual de la Compañía; 6.<sup>a</sup> que se fabricase iglesia con la capacidad y decencia correspondientes al Hospital; 7.<sup>a</sup> que, conforme a la Ley Real de Indias, diese cuenta el Mayordomo, cada seis meses, al Virrey, y no al Tribunal de ellas ni al Oidor de turno; 8.<sup>a</sup> que, conforme a la misma Ley, el Virrey en persona, y, por su imposibilidad, el Oidor de turno, visitase el referido Hospital, y que no se alternase el turno anual de la subdelegación en manera alguna; 9.<sup>a</sup> que los salarios de médico y cirujano fuesen los mismos que gozaran los que lo eran en otros hospitales, sin exceso de éstos y que, así asignados, no pudiesen alterarse sin nueva Real Orden que lo prescribiese; y 10.<sup>a</sup> que se exonerase a los religiosos de la asistencia al hospital, iglesia y sacristía, como lo solicitó la religión en 1730, y que el Mayordomo tuviese el cuidado de proveer de sirvientes seculares para la asistencia del Hospital, regalo y curación de los enfermos.<sup>6</sup>

Doña María de Rivera, a quien se había prorrogado el privilegio de imprimir cartillas desde 1737, recurrió contra esta Real Cédula en la parte que ella le tocaba y, teniendo en cuenta la razón que le asistía contra la tercera de las reglas establecidas por ella, se pidió fuese mantenida en el privilegio, con gran beneficio del Hospital, hasta que se cumpliera la prórroga. El Marqués de Altamira, en su informe sobre la gestión de Cárdenas, que había querido quedarse con la dicha impresión, decía: "Para las fantásticas vtilidades que se figuró de la impresión

<sup>6</sup> Id. de id. id. Leg. 1.346. Testimonio adjunto a la carta de Güemes al Rey, de México 25 de abril de 1749, fols. 81 a 93.

de cartillas y, a fin de hazerla de quenta del Real Hospital, dexó compradas, en Cadis, quatrocientas resmas de papel, y la letra de Imprenta para dichas cartillas", pero los ingleses apresaron el barco que transportaba el papel y la letra y, si el Hospital hubiera pagado los 1.159 pesos de su coste los hubiera perdido "según quería —dice el mismo Juez de Hospitales— entonces Cárdenas, quien tendrá que cobrarlos ahora de los Ingleses".<sup>7</sup>

Pese a la Real Cédula de 1741, Cárdenas no se posesionó de la mayordomía en propiedad hasta el 11 de septiembre de 1744, y la Audiencia, que se había mostrado remisa en cumplir lo dispuesto por el Rey, aprovechó la primera ocasión que se le presentó para atacar a una persona que consideraba indeseable para tal cargo. Habiendo presentado el Mayordomo un escrito (25 de octubre de 1745) pidiendo que se le concedieran varios privilegios sobre los cómicos del Coliseo, la petición se pasó al Fiscal, que aconsejó se concedieran los privilegios solicitados, con ciertas limitaciones. Cuando se le entregaron los autos, a su petición, el Mayordomo redactó una difusa representación en quince capítulos, con estilo muy "imperioso", en la que, fundándose en la dicha Real Cédula, ponderaba la confianza que el Rey tenía en sus servicios en el Hospital. Pero a esto, en largo dictamen, el Marqués de Altamira contestó exponiendo los vicios de "obrepción y subrepción" con que el Mayordomo alcanzó la Real Cédula de 1741, y el mal estado en que había tenido el Hospital cuando lo tuvo a su cargo interinamente; en otro segundo y más largo dictamen cotejó la administración de Cárdenas con la del eclesiástico Don Luis Antonio de Torres, manifestando los gastos excesivos del primero y la regularidad y moderación del segundo; advertía los defectos de las cuentas presentadas por Cárdenas, le acusaba de malversación en las compras y de faltar a la verdad afirmando que encontró 7.000 pesos escasos de renta, pues el día de su ingreso en la Mayordomía, había una renta de 16.451 pesos y dos reales.<sup>8</sup>

Ante este informe, el Virrey decretó (18 de enero de 1746) que el expediente pasara al Real Acuerdo por voto consultivo. En la sesión celebrada el 21 de enero se emitió el parecer unánime de que el Mayordomo recurriera ante el Rey para hacer la renuncia que presentaba de su cargo, pero que siguiera con la administración del Coliseo, con lo

7 Id. de íd. íd. Güemes al Rey, México 25 de abril de 1749, y fols. 132 y 133 del Testimonio adjunto a la carta.

8 Id. de íd. íd. Testimonio citado adjunto a la carta de Güemes, fols. 71 a 136.

cual se conformó Fuenclara. Cárdenas se excusó de formar la Compañía por la brevedad del tiempo y presentó un escrito defendiéndose de las acusaciones del Marqués de Altamira. Fuenclara decretó que pasara el asunto al Oidor Don Fernando Dávila de Madrid, el cual contestó que el escrito de Cárdenas debía ser informado por los señores que asistieron al Acuerdo del 21 de enero para que, por voto consultivo, informaran al Virrey de lo que les pareciese. El 5 de mayo resolvió el Real Acuerdo que no había lugar a la declaración ni al traslado pedidos por Cárdenas, pero que se diera a éste el testimonio que pidiera, para que se evitaran las confusiones que podía producir el cotejo solicitado por el Mayordomo, con cuyo voto se conformó el Virrey, por decreto del día siguiente.<sup>9</sup>

Para asistencia y curación de los enfermos contaba el Hospital Real de Indios con una botica; ocho salas de enfermería bastante amplias, de las que una por separado se dedicó a los hidrófobos; piezas para convalecientes; cocina, despensa, dos roperías, un baño, etc.; y con un personal compuesto de cinco capellanes, dos médicos, dos cirujanos y varios practicantes y enfermeros, que tenían vivienda en el mismo edificio. En 1730 lo asistían 20 religiosos hipólitos, bajo cuyo cuidado estuvo hasta que, por Real Cédula de 31 de diciembre de 1741, fueron sustituidos por el Administrador o Mayordomo.<sup>10</sup>

Había, además, en el mismo Hospital, una Congregación llamada de la Caridad, compuesta de 32 indios, que se ocupaban en barrer, limpiar y fregar enfermerías, camas y dependencias del benéfico establecimiento, turnándose de ocho en ocho, sin cobrar nada.<sup>11</sup>

En 30 de enero de 1743 comunicó Fuenclara al Rey que el Hospital Real de San Miguel, situado en la ciudad de Guadalajara, se había trasladado de local, porque, siendo el único que había en las provincias de Nueva Galicia y Nueva Vizcaya, era tan grande la afluencia de enfermos que, en 1735, habían entrado más de 18.000, y era preciso hacerlo mayor y concederle mayores rentas: estaba servido por religiosos bethlemitas.<sup>12</sup>

9 Id. de id. id. Dicho testimonio, fols. 136 a 141.

10 González Obregón, L.: *México Viejo*, pág. 79.

11 A. gen. de Indias. México. Leg. 569. Representación de Cárdenas al Rey, pidiendo se releve a estos indios de la paga de tributo, confirmandose la exención de que gozaban, porque si se les pagara su trabajo, el Hospital habría de desembolsar 850 pesos anuales, año 1750.

12 Id. de id. id. Leg. 1.336, doc. 10. Fuenclara al Rey. México 30 de enero de 1743.



Cirujano Mayor del Hospital de México era Don Beltrán Beaumont, sobrino de Don Blas Beaumont, Cirujano y Sangrador de Felipe V.<sup>13</sup> Una Real Orden de 2 de mayo de 1745 mandó al Virrey que se le diera la ayuda de costa o el aumento de sueldo proporcionado.<sup>14</sup>

Fue la salubridad pública, tanto moral como física, una de las grandes preocupaciones del Conde de Fuenclara y, si, para conservar y aumentar la primera, procuró la propagación de la fe católica y del Evangelio y "la extirpación de los pecados públicos" de la embriaguez, el juego y el robo, haciendo destruir las chozas "y burdeles q. servían de asylo a las liviandades y refugio a los fazinerosos", dando todo su apoyo al Teniente Coronel Don José Velázquez contra los famosos salteadores de caminos, en lo relativo a la segunda, sus desvelos fueron constantes y notorios.<sup>15</sup>

Panes, que pondera el natural muy pacífico y afable del Conde, dice que era muy cuidadoso del aseo, limpieza y bienestar de la ciudad, estimulando, con sus buenos modos, a los vecinos para que concurriesen a estas obras útiles.<sup>16</sup>

Había en México un eterno problema de salubridad y seguridad: el del desagüe.

De los antiguos canales o *acalotes* de los indios habían quedado, como restos, muchas acequias: las había cercando como fosos a los templos, a los palacios, a las casas, a las huertas y a los jardines, paralelas a las calzadas y como límites del recinto amurallado.

Pero las principales acequias que permanecieron más de dos siglos, sirviendo para el desagüe de la ciudad colonial, fueron siete. Tenían su desagüe en el lago de Tetzaco, donde había siete compuertas, que era costumbre abrir por las mañanas, para efectuar el desagüe de la ciudad, e impedir, por las tardes, que metiesen en ésta el agua de la laguna los vientos nortes que solían soplar. El número y nombre de las acequias subsistían aún en 1748, pero no su longitud, pues de 16.616 varas que tenían en su totalidad en 1637, había pasado a 22.363 en dicha fecha.<sup>17</sup>

<sup>13</sup> A. H. de P. Madrid. Prot. 16.125, de 1743, de Bernardino Bringas, fol. 420.

<sup>14</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 1.687. Real Orden de 2 de mayo de 1745.

<sup>15</sup> Id. de id. id. Escribanía de Cámara del Consejo. Leg. 245. Cuaderno 6.º de la Residencia del Conde de Fuenclara, fol. 84 v.º

<sup>16</sup> Rivera: *Los gobernantes de México*, I, pág. 357.

<sup>17</sup> "Memoria administrativa y económica que la Junta directiva del Desagüe y saneamiento de la ciudad de México presenta a la Secretaría de Gobernación. 1893-1903", páginas 171-172.





Diseño del interior de la iglesia  
del Hospital Real de Indios  
de México  
(A. G. I., México, 779).

De todas esas acequias, la de Mexicaltzingo y la Real fueron las más concurridas por el tráfico de las canoas, y por ellas era activísimo el comercio de los pueblos indígenas del Sur. Pero, mientras el canal de la Vega, conectado con esta acequias, corría, desde los pintorescos pueblecitos de Itztacalco, Chalco y Xochimilco, alegre, gozoso, en medio de hermosos campos sembrados de flores y de legumbres, cuajado de canoas y de chalupas henchidas de mercancías e impulsadas por los remos de los indios, al penetrar a la ciudad, por las citadas acequias, todas aquellas pequeñas embarcaciones, tripuladas por sus dueños, que ensordecían con sus gritos al pregonar sus efectos, ocultaban las aguas pesadas, negras y cenagosas, que hacían difícil la navegación y envenenaban el aire con sus pestilentes miasmas. Todavía a mediados del siglo XVIII, el Virrey, con su séquito de pajes y caballeros, se embarcaba en el costado Sur de Palacio para ir a las representaciones del Coliseo. Este tráfico bullicioso y constante; los residuos de los caños de las habitaciones grandes y pequeñas, que había de uno y otro lado de las acequias, entre las que se contaban muchas casas de vecindad; la multitud de desperdicios, hojas, cáscaras de fruta, etc., procedentes de las canoas; las basuras que los vecinos arrojaban desde balcones y ventanas, contribuían al continuo atascamiento de las acequias, que, fuera de las horas en que se veían cubiertas por las canoas, presentaban el aspecto más repugnante y el foco propicio de las enfermedades que azotaron a Nueva España.<sup>18</sup>

Algunos virreyes, preocupados, con razón, resolvieron cegar y cegaron estas acequias; otros se contentaron con mandar hacer la limpia de ellas cada año o dos, durante los meses de febrero a abril, o sea en el tiempo seco, pero estas limpias eran muy costosas y, por tanto, no se hacían en muchos años: molestas, onerosas e ineficaces para el buen curso de las aguas en las acequias y para el estado sanitario de la ciudad, hicieron pensar en su remedio a dos de los virreyes, uno de los cuales fue el Conde de Fuenc Lara, que expidió, al efecto, disposiciones que, desgraciadamente, no se cumplieron del todo y que, por lo tanto, no resolvieron el problema.<sup>19</sup>

Fuenc Lara, en decreto de 3 de mayo de 1743, publicado por bando el día 13 del mismo mes y año, ordenó que la capital se dividiera en

---

<sup>18</sup> Id., págs. 177-178.

<sup>19</sup> Id., págs. 178-181.

cuatro cuarteles, cuya limpieza se remataría en otros tantos asentistas, que se obligarían cada uno: 1.º a mantener tres carros, que recogerían diariamente las basuras; 2.º a quitar los muladares que había por todas partes en la ciudad; 3.º a nivelar y empedrar las calles; 4.º a que el desagüe de las casas no fuera como el que existía hasta entonces, sino por medio de un albañal, construido de piedra de Chiluca o de Tenayuca, cuyo cañón, de una sesma <sup>20</sup> de ancho, se hallaría cubierto junto a la pared en una vara, sin que su gordo desigualase el empedrado. Prevenía el mismo decreto que ninguna persona o comunidad desaguara los lugares *necesarios e inmundos* en las calles y, a fin de evitarlo, se construirían atarjeas para ello, y las que hubiere hechas se taparían, obligándose a los vecinos a que, por dentro de las casas o conventos, hiciesen su limpia en tiempo oportuno, como se había practicado antes, pena de la multa de 500 pesos, e igualmente se ordenó que los dueños de zahurdas no las pudiesen tener dentro del recinto de la ciudad, pues atascaban los caños con las inmundicias que de ellas provenían, producían molestias con los olores que desprendían, y los insectos que criaban los cerdos invadían las casas vecinas. <sup>21</sup>

Para el cuidado del Desagüe nombró Fuenclara (30 de diciembre de 1742) Superintendente al Oidor Don Domingo Fernando de Trespalacios y Escandón, quien tuvo a su cuidado muchos años ese ramo, hasta el 7 de abril de 1764, en que dejó de desempeñar aquel cargo, por haber tenido que irse a España, pues fue nombrado Ministro del Consejo de Indias. El P. Juan de la Santísima Trinidad, carmelita descalzo, Definidor de su Orden, decía que, en todos los negocios de gravedad del tiempo del Conde de Fuenclara y sus sucesores "parece que no haúía otro Señor Ministro de quien hechar mano sino de él", <sup>22</sup> y Don Manuel de Cosuela que oyó decir, varias veces, en Palacio, a Fuenclara "que sería difícil encontrar otro Ministro que desempeñase más cavalmente los encargos que se le haúían cometido" que Trespalacios, y que él acompañó al Virrey en una visita al Desagüe de Huehuetoca y vio el extraordinario trabajo que Trespalacios tomó "en mirar, rexistrar y especular las bastas obras de aquella Fábrica, sin perdonar diligencia ni fatiga". <sup>23</sup>

<sup>20</sup> Sexta parte de la vara.

<sup>21</sup> Memoria citada, pág. 181, con cita de "Bandos de 1743 a 1788" del Archivo Municipal de México.

<sup>22</sup> A. H. N. Consejos. Leg. 21.461. Autos de la residencia de Trespalacios, Cuaderno 2.º, fols. 54 y v.º

<sup>23</sup> Id. id. id. id. id. Dicho Cuaderno, fols. 95 y 96.



Trespalcios se distinguió mucho por el celo que desplegó, durante su administración, por el Desagüe, principalmente en el arreglo de la parte económica, logrando su eficacia y su honradez que los impuestos destinados a este ramo se cobraran con puntualidad, se destinaran a su objeto sin distraerlos para otros fines, y se hiciera una liquidación, por los oficiales reales, de los fondos respectivos, con objeto de averiguar, con exactitud, qué cantidades había percibido el desagüe, cuáles se le adeudaban y si existía un saldo a su favor o en su contra. Resultado de la investigación hecha fue que existía una deuda de 308.603 pesos, 2 tomines, 8 granos, a favor de la Real Hacienda en 1743; pero, practicadas las liquidaciones escrupulosamente, quedó reducida la deuda a 305.469 pesos y 6 granos. Fue tal el orden y la economía que Trespalcios estableció en los gastos que, al dejar el cargo, en 1764, el ramo del Desagüe, en vez de déficit, tenía, a su favor, una existencia de 171.247 pesos y un grano y medio.<sup>24</sup>

El 21 de enero de 1743 pasó Trespalcios a reconocer de "vista de ojos" el Desagüe y encontró "en el más deplorable estado el sitio de el Río y Albarradones", cuya compostura era obligación de los hacenderos y dueños de tierras y pueblos, que gozaban mercedes de agua en la presa real y que las poseían con esa condición precisa, según se mandó en la Real Ejecutoria de 4 de diciembre de 1587, quedando, desde entonces, no sólo obligados esos dueños, sino responsables de los daños y perjuicios que se causasen en adelante al común y a los particulares. Y, por su descuido, estaban los pueblos comarcanos y la capital expuestos a una evidente inundación, sin que dichos hacenderos anhelaran otra cosa que hacer opulentas y ricas sus haciendas, hasta llegar a impedir el libre tráfico y comercio de la capital con la tierra de dentro por inundarse, con las aguas de los riegos, el vnico camino real que por este paraje ay". El 24 de enero, hallándose en Quautitlán, mandó Trespalcios que, para evitar daños como los ocurridos en septiembre de 1742, "por rotura de albarradones", que se hiciera saber a todos los hacenderos que hiciesen todas las obras necesarias para impedir esos destrozos, cada uno en la parte que tenía obligación y, si el 21 de marzo no las habían hecho, se les impondría una multa de 300 pesos y se haría la obra a su costa.

---

<sup>24</sup> "Memoria histórica, técnica y administrativa de las obras del desagüe del valle de México. 1449-1900", publicada por orden de la Junta directiva del mismo desagüe vol. I, pág. 214.

Asistieron todos al reparto de varas y el Virrey aprobó lo hecho por Trespalacios con su decreto de 16 de febrero de 1743.<sup>25</sup>

A instancias de Trespalacios se asignó sueldo al Superintendente, que antes no lo gozaba, con grave perjuicio de las personas que desempeñaban el empleo, pues en las visitas y trabajo gastaba dinero y tiempo, sin lograr sino que, una u otra vez, les librasen pequeñas cantidades para ayuda de costa. En espera de la resolución real, se le señaló, por orden de 7 de enero de 1743, expedida por Fuenclara, la cantidad de 1.000 pesos anuales, hasta que, recibida la Real Cédula de 28 de noviembre de 1749, en que el Soberano dejaba a voluntad del Virrey la asignación del sueldo, y, en vista del comportamiento de Trespalacios, se le aumentó el salario a 1.200 pesos.<sup>26</sup>

Trespalacios procedía en todo guiado por la justicia y el cumplimiento de su deber. En 8 de enero de 1743, un tal Don Cristóbal Francisco Molero de Escalante, natural de Sevilla y vecino de México, profesor de Matemáticas, presentó al Virrey una solicitud, en la que, después de reseñar las obras hechas en Huehuetoca hasta entonces, de la muletilla de rebajar el mérito de ellas y de encarecer las sumas gastadas, proponía que se abrieran a tajo las *ocho mil varas* que restaban de socavones y se comprometía él a ejecutarlo, con la condición de que se suprimiera el Guarda Mayor y, en su lugar, se le nombrara *Ingeniero del Real Desagüe*, agregando que, por haber sido *indoctos*, en su mayoría, los guardas mayores, no se había logrado remedio eficaz. Solicitaba, por último, que se desechase la proposición de Don Miguel Custodio Durán, que se comprometía, por 20.000 pesos, a practicar, en el Real Desagüe, una obra que no necesitaría reparaciones en muchos años, y, con 5.600 pesos más, a hacer la limpia general y a concluir el palacio de Huehuetoca, que, poco antes, se había comenzado a edificar, con objeto de que se hospedaran allí los virreyes en las visitas, así como los altos funcionarios, y para que sirviese de almacén de herramientas y materiales.<sup>27</sup>

El 17 de febrero de 1743, Fuenclara decretó, sobre estas proposiciones de Durán (al que llama Maestro Joseph Durán) y Molero, que el reconocimiento y examen de ellas requiría "tiempo, prolixas consideraciones, y su efectución crecidos gastos"; que, por lo adelantado de la

<sup>25</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 1.657. Testimonio presentado al Virrey por Trespalacios sobre las obras y reparos hechos en el Real Desagüe de Huehuetoca, fols. 30 y 31.

<sup>26</sup> "Memoria histórica, técnica y administrativa...", citada, vol. I, págs. 214 y 215.

<sup>27</sup> Id. id. id., pág. 215.

estación, no se podían hacer esas diligencias sin peligro de exponer a la capital a una inundación, y que se procediera como tenía propuesto Trespalcios, pasándose "sin perder instante de tiempo" a la limpia general del Desagüe, para lo que mandaba se entregaran 6.000 pesos a Don Fernando Ruilova, Guarda Mayor de él, con destino a los gastos de dicha limpia.<sup>28</sup>

En Marzo de 1743, Trespalcios pronunció auto, para que, tanto Durán como Molero manifestaran, en exposición clara y razonada, sus planes, el tiempo que emplearían en sus ejecución y que, además, Molero expresara el coste de su proyecto; fijándoles, para ello, un plazo de cuarenta días. Esta cuestión, que no resolvió nada, duró hasta el virreinato de Güemes.<sup>29</sup>

El 26 de marzo de 1743, pasó Trespalcios a ver la obra que se estaba haciendo en el Desagüe por cuenta de S. M. y los hacenderos no habían hecho aún nada, siendo el más reacio el Doctor Don Francisco Ximénez Caro, Canónigo de la Catedral de México, que se excusaba diciendo que el Juzgado Eclesiástico no le había comunicado la providencia del Superintendente. En su consulta al Virrey (México, 16 de abril de 1743), Trespalcios decía que no había por qué pedir "venia, auxilio ni patrocinio, ni recado político al Juez Eclesiástico, porque para nada le ha menester ni debe reconocerse", ya que la ejecutoria de 1587 no decía tal cosa. Todos los eclesiásticos, desde el Señor Arzobispo, habían contribuido siempre a obra tan del Real Servicio y bien universal, sin que se hubiera necesitado de recurso alguno al Juez Eclesiástico, y menos se necesitaba en este caso en que se trataba de una hacienda pensionada con una real pensión; que lo que el canónigo quería era no cumplir el contrato con S. M. y que se le diera el agua y, con tal de lograr hacerse rico y opulento, no le importaba "que México se anegue, que los Indios se aoguen, que el Rey pierda vasallos, que el Reyno se aniquile, que todo se vuelva desdichas y aflicciones como las pasadas...". Siempre se habían ejecutado fielmente las órdenes de componer las roturas. En consecuencia, pedía que se obligara al canónigo a hacer su parte de obra o que se hiciera ésta por su cuenta, porque, si no se remediaba pronto, ni el Virrey, ni el Superintendente ni nadie podría remediar el que hubiera roturas en el río y ocurrieran los daños del pasado año

<sup>28</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 1.657. Testimonio citado sobre obras en el Real Desagüe, fols. 29 y 30.

<sup>29</sup> "Memoria histórica, técnica y administrativa...", vol. I, págs. 215 y 216.



de 1742, volviendo las canoas a andar por México “que, entonces, yo aseguro —decía— que clérigos y frailes no dexarán de levantar el grito, como en las inundaciones, contra el Señor Virrey y Señores Ministros”.<sup>30</sup>

El canónigo logró que pasara el tiempo y que el Arzobispo interviniera, en su favor, cerca del Virrey, que, tras consulta al Real Acuerdo, dispuso que el Superintendente procediera como fuera derecho. El canónigo realizó parte de las obras, pero no todo lo que debía; su administrador se insolentó con el Guarda Mayor y se le amenazó con que, si reincidía, sería enviado, por cinco años, a un presidio de Africa.<sup>31</sup>

Del 23 al 26 de agosto visitó nuevamente Trespalacios el Desagüe: halló el camino intransitable en varios puntos, por culpa de los hacenderos, que, o no hacían las obras de reparación o levantaban el borde de sus haciendas, para que el agua se vertiera en el camino real. La lluvia dificultó bastante también la visita y el Superintendente hubo de ser, en algunos parajes pantanosos, pasado en hombros de indios. El 8 de septiembre informó de su visita al Conde de Fuenclara, opinando que debía reunirse a los interesados en el agua, que los peritos reconocieran los gastos y éste se repartieran entre los dichos interesados. Requerido por el Virrey, el Fiscal aprobó lo hecho por Trespalacios y, como éste había caído enfermo, decretó S. E.:

“El Sr. Don Domingo Trespalacios dará providencia para que el Guarda Mayor repare el daño que oy se está experimentando en el Real Desagüe, ínterin que, recuperado dho. Señor, pueda pasar a providenciar se execute lo por mí resuelto, con el zelo y vigilancia que, de su buena conducta, tengo experimentado”.<sup>32</sup>

El 21 de octubre del mismo año, Trespalacios nombró, para el reconocimiento del Desagüe, a Don Miguel de Espinosa, Maestro Mayor de la obra del Real Palacio, y a los Maestros José Durán y José Quesada. El 23 de octubre hicieron el reconocimiento y calcularon que el coste de las obras sería de 2.300 pesos. Se comenzó a trabajar, pero ya el 22 de febrero de 1744 se hallaban las obras paradas, por no haber —según declaró el Maestro Durán— “ningún dinero, así para comprar materiales, como para pagar a los oficiales”, debiéndoseles a éstos y a Durán dos semanas de su trabajo. Y era que varios hacenderos, entre

<sup>30</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 1.657. Testimonio citado, fols. 31 a 36.

<sup>31</sup> Id. de id. id. id. Testimonio citado, fols. 36 a 45 v.º

<sup>32</sup> Id. de id. id. id. Testimonio citado, fols. 49 a 61.



ellos Caro, no habían abonado toda la cantidad con que debían contribuir a las obras, según declaró el Guarda Mayor.<sup>33</sup>

En ese año de 1743, en el mes de abril, hizo el Conde de Fuenclara una visita al Real Desagüe de Huehuetoca; también realizó otra, en compañía del Guarda Mayor, el Escribano del Real Desagüe, Don Francisco Manuel de Covarrubias.<sup>34</sup>

Es muy interesante el encontrar, en este expediente, los precios de jornales y de algunos utensilios, datos preciosos para la vida de la clase trabajadora mejicana en aquella lejana época: los oficiales de carpintero cobraban cinco reales de jornal; el Maestro, dos pesos; el sobrestante, 12 reales; los indios obreros, 2 reales, y los muchachos, 1 ó 1 y  $\frac{1}{2}$ , según la edad o la clase de trabajo; un cubo costaba 8 reales y  $\frac{1}{2}$ ; y un azadón, 14. También es curioso saber la composición de las comidas de los trabajadores; he aquí la minuta:

#### EL JUEVES

Chocolate y pan .....	16 reales
Carne de puerco .....	13 "
Jamón .....	12 "
Clavos y pimienta .....	12 "
Dos libras de manteca —para almorzar—. .....	14 "
Huevos y pan .....	16 "
Azafrán .....	13 "
Pan para comer .....	10 "
Manteca para la cena .....	12 "
Velas y canela .....	13 y $\frac{1}{2}$ "

#### EL VIERNES

Chocolate y pan .....	15 "
Nueve libras de pescado .....	114 "
Frijoles, habas y arroz .....	14 "
Leche .....	12 "

33 Id. de id. id. id. Testimonio citado, fols. 61 a 80; Leg. 1.339, doc. 1. Trespalacios a Fuenclara. México, 5 de marzo de 1746.

34 Boletín del Archivo de la Nación, vol. XVII, pág. 273. Real Desagüe, vol. 12, expedientes 5 y 10.

Carne de puerco .....	11 ½ "
Azafrán, canela, aceitunas, chiles .....	15 "
Huevos, manteca y pan .....	16 "
Pasas, almendras y clavo .....	13 "
Para capirotada, <sup>35</sup> pan y queso .....	14 "
Cuatro libras de azúcar .....	14 "
Pan para comer .....	150 "
Para la tarde, chocolate y pan .....	15 "
Para cenar, frijoles, camarón y huevos...	13 "
Chile y azafrán .....	12 "
Pan .....	16 "

## EL SÁBADO

Hay xitomates y, además de otras cosas iguales a los días anteriores .....	13 "
Dos cuartillos de aceite .....	210 "
Tres cargas de carbón .....	212 "
Pan .....	54 "
Tres docenas de gallinas .....	910 "
Dos carneros .....	510 "
Vara y media de manta .....	13 "

## EL DOMINGO

Seis botellas de vino blanco .....	656 "	(a 1 peso y un real
Pan francés .....	150 "	cada una)
Un carnero .....	214 "	

Hay también cuatro longanizas, chorizos y jabón. <sup>36</sup>

Reanudado el trabajo, la obra se hallaba perfectamente terminada, según declaró el Maestro Espinosa de los Monteros, con el cañón y y cortinas de la Fuente Real, el 16 de mayo de 1744, habiendo costado 1.600 pesos. <sup>37</sup>

<sup>35</sup> "Especie de guisado, que se hace con hierbas, huevos, ajos y otros adherentes, y sirve para cubrir y rebozar con él otros manjares". Barcia, R.: *Diccionario general etimológico de la Lengua Española*, I.

<sup>36</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 1.657. Testimonio sobre obras en el Real Desagüe, folios 86 a 104.

<sup>37</sup> Id. de id. id. id. Dicho testimonio, fol. 108.

Para la mejor marcha de estos trabajos, creó el Conde de Fuenclara, en 1743, la Secretaría y Oficina de Despachos, Providencias y Archivo del Real Desagüe, de la que fue Escribano Don José de Gorráez y Beaumont.<sup>38</sup>

La última visita de Trespalacios al Desagüe durante el Gobierno de Fuenclara, se realizó el 26 y 27 de enero de 1746, viendo los reparos que convenía hacer. También reconoció, a caballo y en forlón, la calzada de Zumpango, el 29 de enero, y la de San Cristóbal el 22 de febrero. Y, una vez terminada esta visita, dirigió al Virrey un informe, recordando lo que había hecho desde su nombramiento, en 30 de diciembre de 1742, el deplorable estado en que encontró las construcciones del Real Desagüe y que "vaxo la poderosa mano de V. E. —decía— yo he restablecido su antiguo establecimiento", haciendo cumplir a todos los hacenderos sus obligaciones, que habían olvidado. Acababa diciendo que el Juez del Desagüe tenía que reconocer cuatro veces al año, los ojos de agua, describía los pueblos y leguas recorridos, visita por visita, y exponía que no había recibido ayuda de costa alguna en todo el tiempo que llevaba desempeñando el cargo y solicitaba se le concediera.<sup>39</sup>

Al mismo tiempo que Trespalacios le informaba, el Conde de Fuenclara se preocupaba de su recompensa, y, tres días antes de la fecha en que le presentaba el informe (2 de marzo de 1746), comunicaba a Madrid la aplicación con que el Superintendente había cumplido su encargo, no obstante lo cual no le había concedido la ayuda de costa de 1.500 pesos que le había pedido; suplicaba al Rey que le concediera 1.000, y hacía presente que lo había nombrado "por ser activo y diligente", añadiendo:

"Este Ministro, a costa de una grande fatiga y del celo y empeño con que se encargó de este cuidado, ha hecho y practicado frecuentemente las visitas con que se ha instruydo ocularmente de los conductos, terreno y de todo el distrito que le pertenece, por cuyas diligencias ha reconducido tan importante obra, así en lo formal como en lo material, pues, a fuerza de grande desvelo, se ha enterado de las Reales disposiciones expedidas por V. M. en el asunto, Autos, Papeles y demás Instrumentos que ay executados con los dueños de Haciendas, que gozan en los riegos las aguas de las Lagunas, haciéndoles cumplir las obliga-

---

38 Volumen 11. Exp. 9 del Ramo de Desagüe en "Boletín del Archivo de la Nación", vol. XVII, pág. 259.

39 A. gen. de Indias, México. Leg. 1.339, doc. 1. Visita de Trespalacios al Desagüe e informe. México, 5 de marzo de 1746.

ciones que, por omisión, estaban suspensas, precisándoles a lo literal de ellas, y a los demás que concierne a la conservación del Desagüe, reformando todo quanto el abuso tenía invertido, sobre que ha formado varios autos, cortando grandes diferencias ...y venciendo muchas dificultades que se ofrecieron en este arreglamiento...”.

El Conde decía que había ayudado en todo a Trespalacios, y, aunque no le había parecido conveniente otorgarle la ayuda de 1.500 pesos, creía justo que se le asistiera con 1.000 “para que se costee en el tiempo que durare la Comisión y que los gocen los oydores que le succedieren en ella...”, porque tenían que dejar su casa y viajar con arreglo a su rango y sin que el cargo les fuera gravoso, y más “quando la frecuencia de los viajes que ha hecho, diligencia y actividad que ha puesto, han sido medio eficaz para que, presentemente, se halle el Desagüe en establecimiento tan útil que remueve el recelo de que las aguas, por copiosas que sean, ynunden la ciudad, si bien es indispensable una vigilancia intermitible, sin perder de vista esta obra, juzgándole acreedor, por el trabajo que ha impendido en ella y gastos que ha hecho a la remuneración de (2.000) pesos por vna vez, para que los compense...”. No sólo le juzgaba acreedor de la ayuda que proponía, sino de que el Rey se dignara “dispensarle los efectos de su Real Clemencia, mandando hacer lo que sea más de su Real Agrado”.

A su carta unía el Virrey una representación en la que Trespalacios hablaba de su visita al Desagüe los días 26 y 27 de enero y 2 de febrero de 1746, así como de la reconstrucción que se había hecho de la calzada de San Cristóbal y de las obras hechas en el Desagüe en 1743 y 1744.<sup>40</sup>

Un decreto de la Audiencia Gobernadora, de 24 de octubre de 1742, había encargado al Oidor Don Francisco Antonio de Echávarri de la construcción de una atarjea para la provisión de agua del Santuario de Guadalupe, encargo que confirmó en el mismo año el Conde de Fuenclara. En virtud de ello, se practicó cuanto fue conveniente, pues el agua que llevaba el río, que pasa cerca del Santuario, era gruesa y poco útil “al beneficio de la salud”. Mediante su cuidado, se puso la obra en estado de dar cuenta al Virrey, en 26 de septiembre de 1743, de su adelanto. Consideróse aneja la limpia del río, como que, de sus raudales, en tiempo de lluvias, podía resultar grave daño a la atarjea y a sus arcos y, habiendo consultado Echávarri sobre este punto con el Conde

---

40 Id. de id. id. id. Fuenclara al Rey. México, 2 de marzo de 1746.



de Fuenclara, le encomendó también las diligencias sobre la limpia del río y la construcción del camino de Vallejo. En su conformidad, se limpió y reparó el río todos los años, sin que en ninguno se experimentase ruina, tanto porque las aguas no fueron muy copiosas, como porque el Desagüe de Huehuetoca, gracias al cuidado de Trespalacios, estaba sin atascos y con los bordes convenientes y con la proporción necesaria para recibir el crecido caudal de aguas que iban a dar a él. La obra hecha en tiempo de Fuenclara fue la destajada del puente del camino real de Vallejo, donde se construyó un cañón de once varas de largo y cinco de ancho, habilitándose el puente "con quatro vimbaletes, para el paso de los caminantes, y se abrió cimientó para otro cañón, con doze varas de largo, tres de ancho y cinco de hondo, quedando compuesto un pedazo de dicho camino...".<sup>41</sup>

Ante la representación de 26 de septiembre de 1743, Fuenclara encomendó a Echávarri, en 14 de octubre del mismo año, la ejecución de todas las providencias que proponía para mejorar el curso de los ríos de aquel paraje, según lo que convenía para la mejor disposición de la dicha atarjea. Pero Echávarri, durante cinco años, no hizo más que un reconocimiento y mandó que se ahondase el río y se calculase lo que costaría el arreglo del camino de Vallejo.<sup>42</sup>

Fuenclara pasó, en 1746, a visitar la obra, acompañado de su Secretario, Don Francisco Fernández Molinillo, de varios oidores, alcaldes de Corte, contadores y otras muchas personas de distinción, pasando por el camino "sin peligro ni incomodidad", tanto la estufa del Virrey como los forlones de los señores de su séquito y llegando hasta la toma o cepa de agua inmediata al pueblo de Tlalnepantla. Vio el acueducto que conducía el agua desde el río de Tlalnepantla hasta Guadalupe: el río estaba contenido y el camino habilitado en beneficio común, así de viajeros como del comercio. Echávarri había hecho también talar el bosque de Tenayuca, que servía de refugio de gente de mal vivir. La longitud de la obra era de 9.025 varas, de las cuales eran 2.000 atarjea y las restantes de arquería, componiéndose ésta de 1.522 arcos; era, en conjunto, según decía el mismo Echávarri, una obra hermosa, sólida, concisa y permanente.<sup>43</sup>

<sup>41</sup> Id. de id. id. Leg. 1.657. Echávarri al Rey. México, 24 de septiembre de 1748; y Leg. 1.344. Güemes al Rey. México, 22 de marzo de 1748.

<sup>42</sup> Id. de id. id. Leg. 1.344. Güemes al Rey. México, 22 de marzo de 1748.

<sup>43</sup> Id. de id. id. Leg. 1.657. Echávarri al Rey. México, 24 de septiembre de 1748.

En 1744 se extravió el agua de la alberca de Chapultepec, yéndose por los cimientos y costó mucho de componer. <sup>44</sup> La Instrucción no había olvidado este importante asunto, diciendo al Conde:

“También se os encarga zeléis y veléis sobre que el Corregidor y Cabildo Secular procuren tener bien reparados y limpios los arcos por donde se conduce el agua desde Chapultepec a México, pues no cuidándose de que se limpien cada año de la yerba y raíces de las plantas que, con la humedad, se crían en sus paredes, las arruinan, siendo gasto mui crecido el que se necesita para hacer de nuevo cada vno, y mui corto el que se tendrá, disponiendo el Corregidor y Ciudad que algunos de los Gobernadores indios de los Pueblos inmediatos se encarguen de arrancar la yerba y ramajo antes que las raíces puedan perjudicar, y de avisar de las roturas que se fueren causando, para su prompto reparo, dando a los referidos Gobernadores la porción que pareciere proporcionada cada año al corto trabajo que, en esto, tendrán los Indios, que se dedicaren para ello, cuidando que a éstos entreguen los Gobernadores Indios lo que se les asigne por dha. limpieza, sin quedarse ellos con cosa alguna”. <sup>45</sup>

En consecuencia de lo que se le encomendaba y de la avería sufrida, el Conde de Fuenclara comisionó, en el mismo año 1744, al Corregidor diputado de Arquerías para que hiciera restaurar los arcos que conducían el agua a la capital, obra en la que se consumieron grandes caudales y que se terminó en pocos años, comenzando desde Chapultepec hasta la caja del agua, <sup>46</sup> debiéndose principalmente su reconstrucción al cuidado del Virrey, y quedando “alegrados sus conductos”. <sup>47</sup>

Cuando el agua de Chapultepec empezó a ser insuficiente para la capital, se hizo traer, por Don Martín Enríquez, la de Santa Fe y, por el Virrey Marqués de Falces se trató de traerla de las fuentes de Acuecuexcatl cercanas a Coyoacán, pero el proyecto no pudo llevarse a cabo, aunque se hicieron gastos considerables. La arquería, que existió hasta 1889, fue empezada, en 1603, por el Marqués de Montesclaros y concluída por el de Guadalcázar, en 1620; en los mil arcos que tuvo se

<sup>44</sup> Rivera Cambas, M.: *México Pintoresco*, I, pág. 305.

<sup>45</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 515: Instrucción del Consejo al Conde de Fuenclara. Buen Retiro, 31 de enero de 1742.

<sup>46</sup> Cappa, R.: *Estudios críticos*, IV, pág. 221.

<sup>47</sup> A. gen. de Indias. Escribanía de Cámara del Consejo. Leg. 245. Cuad. 1.º de la Residencia de Fuenclara, fol. 108 v.º

gastaron 150.000 pesos.<sup>48</sup> La Residencia de Fuenclara decía sobre la restauración que, por su orden, se hizo de esta arquería: “En la misma forma es manifiesto y patente que al cuidado de dho. exmo. Sr. deue oy esta Ciudad y sus moradores el que las arquerías por donde se conduce el agua se hallen, la vna (que es la prinzipl. de la Tlaxpana) nuevamente construyda...”.<sup>49</sup> En el arco que estaba casi enfrente de la iglesia de San Cosme había una lápida con esta inscripción:

Reynando en las Es-  
pañas la Cathólica  
Mag. del Rey  
ntro. Señor D. Felipe V  
el animoso que Dios guar-  
de, Governando esta Nue-  
va España el Excmo. Sr. Conde  
de Fuenclara, siendo supe-  
rintendente Juez, Conserva-  
dor de propios de la No-  
bilísima Ciudad de México el Se-  
ñor Don Domingo Trespalacios  
y Escandón, Cavall.º del Orden  
de Santiago se reedificaron estos  
setenta y siete arcos, los cuaren-  
ta y dos al Oriente y los trein-  
ta y cinco al Poniente.  
Año de 1745.

“Este acueducto —escribe Marroquí— utilísimo para proveer de agua a la ciudad, monumental por su estructura y extensión, era, en sí mismo, feo, estorbo y, por los derrames accidentales que le eran frecuentes, mantenía a sus lados charcos y lodo repugnantes a la vista y al olfato”. Se le destruyó, por esto, entre 1852 y 1899.<sup>50</sup> Baxter dice que esta “bella fuente” de la Tlaxpana fue “innecesariamente destruida

<sup>48</sup> Rivera Cambas, M.: *México Pintoresco*, I, pág. 326.

<sup>49</sup> A. gen. de Indias. Escribanía de Cámara del Consejo. Leg. 245. Cuaderno 1.º de la Residencia de Fuenclara, fol. 108 v.º

<sup>50</sup> Marroquí, J. M.: *La ciudad de México*, II, pág. 360.



en 1899, junto con el acueducto" de San Cosme, por orden del arquitecto de la ciudad.<sup>51</sup> *¡Sic transit gloria mundi!*

El Regidor diputado de arquerías, Don José Dávalos, fue el comisionado para la reedificación del acueducto de Chapultepec, haciéndose el gasto de la sisa del vino, aguardiente y vinagre que entraba en la ciudad y estaba destinado a ese fin, produciendo 150.000 pesos anuales.<sup>52</sup>

Parece que los mejicanos se mostraban reacios para dar dinero con destino a la canalización y del mismo achaque debieron padecer los vevinos de Oaxaca en 1745, pues el memorial que presentaron excusándose, les mereció una amonestación de Fuenclara.<sup>53</sup>

En tiempo de este Virrey se remató el asiento de cañerías y se concluyeron dos ramos de agua, el uno que iba hasta el barrio de San Pablo desde la Caja de Agua de San Juan y el otro que iba por la calle de Mesones a los Barrios de Curtidores, de la Merced y el Hornillo, para que los pobres que vivían en ellos tuvieran fácil provisión de agua; hizo también que se construyesen nuevas fuentes para el abasto público, corriendo con esta obra los Regidores Don Juan de la Peña, en el primero de dichos ramos y, en el segundo, Dn José de Movellán. Y, para que no faltase abundancia de agua, hizo componer la llamada Alberca Chica, de Chapultepec, con el mayor esmero, sin haber escaseado su personal asistencia a muchas de estas obras, a las cuales no sólo se debieron "los copiosos y abundantes raudales de gua" que gozó la capital, sino que, en los años siguientes, hubiera entrada fácil a ella y que estuviera bien abastecida de alimentos. Aunque se gastó mucho, no se despilfarró el dinero, procurando Fuenclara el ahorro y que Trespalacios hiciera que se rindieran cuentas de los gastos, tanto del ramo de Propios como del de Sisa y de Policía por el Corregidor y los Regidores, a cuyo cargo estaban. Su cuidado por el abastecimiento de agua llegó a tal punto que, cuando, en 1744, el Asentista de Cañerías participó al Juez Veedor de Aguas, Regidor Don Juan de Baeza, que había bajado, por las filtraciones y escapes, el agua en la dicha Alberca Chica de Chapultepec, noticioso el Virrey pasó instantánea y personalmente a reconocerla, con los Maestros que nombró, haciendo se tomaran las disposiciones pertinentes para acabar con tales derrames, que eran en manifiesto daño de la mitad de la ciudad. Y, habiendo enfermado Baeza, nombró Fuen-

51 Baxter, S.: *La arquitectura hispano-colonial en México*, pág. 128.

52 Rivera: *Los gobernantes de México*, I, pág. 360.

53 Cappa: ob. cit., IV, pág. 226.



clara, para sustituirle en el cuidado de las aguas, al Regidor Don Juan Antonio Humarán, que continuó en la dirección de la obra, la cual era visitada a diario por el Virrey con objeto de vigilar su marcha. Aunque los cuatro Maestros de Arquitectura trabajaban bien y la llevaban muy adelantada, hizo el Conde, para mayor seguridad y firmeza de esta restauración, que pasase de Veracruz a México el ingeniero Don Félix Prospero, bajo cuya dirección se acabó la obra.<sup>54</sup>

Visitando Fuenclara la reedificación de la arquería de agua que se llevaba de Santa Fe, cuyos trabajos estaban, a la sazón, a cargo del Regidor Don Felipe Cayetano de Medina y, por enfermedad de éste y nombramiento del Virrey, hecho entre tres regidores que le propuso la Nobilísima Ciudad, Don José Antonio Dávalos,<sup>54 bis</sup> dispuso que éste, como Superintendente que le nombró de la referida fábrica, fuese, como los que le sucedieran en sus funciones, Juez Veedor de Aguas.<sup>55</sup>

En la conducción de agua de Guadalupe, que fue —como escribe el Marqués de San Francisco— “obra de buen gusto y adecuada a su objeto”, hay la siguiente inscripción:

Se comenzó esta  
magnífica conducción  
a 22 de Junio de 1743 en el reinado  
del S. D. Phelipe V...<sup>56</sup>

He hablado del arreglo de los acueductos y de las nuevas fuentes y conducciones de agua que se hicieron por su cuidado. Pero el buen Conde, que, como escribe Arróniz, puso “el mayor empeño en la compostura de los empedrados y aseo de las calles de la ciudad”<sup>57</sup> no se limitó a esto, pareciendo que, antes que el Rey Don Carlos de Nápoles, luego III de España, padeció de la enfermedad de la piedra, es decir que fue gran constructor.

“Se dedicó con tan vigilante y cuidadoso empeño a reparar y reedi-

<sup>54</sup> A. gen. de Indias. Escribaaia de Cámara del Consejo. Leg. 245. cuaderno 1.º de la Residencia de Fuenclara, fols. 135 v.º a 136.

<sup>54 bis</sup> D. José Antonio Dávalos Bracamonte, Caballero de Santiago, nació en 1685 y murió el 13 de febrero de 1755. Martínez Cossío, L.: *Los caballeros de las órdenes militares en México*, pág. 83.

<sup>55</sup> Id. de id. id. id. El mismo Cuaderno, fols. 136 y v.º.

<sup>56</sup> Se terminó la obra en 1751. Romero de Terreros, M.: *Los acueductos de México*, en “Anales del Museo Nacional de Arqueología”, tomo III, 4.ª época, págs. 138 y 139.

<sup>57</sup> Arróniz, M.: *Manual de Historia y Cronología de México*, pág. 358.

ficar las obras públicas, que patentemente lo manifiestan las calles de esta capital, las que hizo se nibelassen sus empedrados, se empedrasen las que no lo estaban, y se limpiasen todas, encomendando por cuarteles esta diligencia a quatro de los Regidores de esta Novilísima Ciudad, quienes diariamente venían a darle quenta del estado en que se hallauan, y así que se pusieron dhas. calles en el pie arriba referido, mandó se hiciese visita de su estado y, con efecto, se hizo con asistencia del Señor Juez de Propios Dn. Domingo de Trespalacios y Escandón, y de los Comisarios destinados a este efecto, y se halló estar dhas. calles empedradas, limpias, sin los hoyos y embarazos que afeaban la hermosura de esta Capital, por lo que les dio las gracias, encargándoles continuasen con yqual cuidado tan ymportante encargo...". Así, por su "grande esmero, vigilancia y cuidado se le deuio la compostura total de las calles de esta Ciudad...".<sup>58</sup>

Así cumplió, a la vez, con una de las órdenes que se le daban en la tantas veces citada Instrucción y que decía :

"Pondréis especial atención en el reparo y seguridad de los caminos y de todas las obras públicas, que considerareis necesarias y convenientes en todas las ciudades y pueblos principales de vuestro distrito, para que cada día se aumenten y ennoblezcan más y tendréis también la misma atención en saber dónde son necesarias puentes para el tragino y comercio; y, pareciéndoos que conviene su fábrica y que son inescusables, dispondréis se fábriquen y reparen las que lo necesitaren, arreglándoos, para su repartimiento y fábrica, a lo prevenido en las Leyes séptima, del Título décimoquinto, y primera del Título décimo sexto, del Libro quarto de la Recopilación, y cuidaréis asimismo del desagüe de la Laguna de la Ciudad de México y que se cobre, de cada quartillo de vino, un quartillo de plata para hacerle, hasta que la obra se acabe y panga en perfección y que mi Real Hacienda se reintegre de lo que tubiere suplido para este efecto, arreglándoos a lo prevenido en la Ley octava del referido Título décimo quinto del Libro quarto...".<sup>59</sup>

A todo atendió Fuenclara: ya se ha visto los cuidados que pasó por la cuestión del Desagüe de Huehuetoca, por la conducción de aguas a México y por la limpieza y buen estado de las calles; tampoco se olvidó

<sup>58</sup> A. gen. de Indias. Escribanía de Cámara del Consejo. Leg. 245. Cuaderno 1.º de la Residencia de Fuenclara, fols. 107 v.º y 108.

<sup>59</sup> Id. de id. México. Leg. 515. Instrucción del Consejo de Indias al Conde de Fuenclara. Buen Retiro, 31 de enero de 1742, fols. 102 y v.º

de los caminos y demás obras públicas, ya que al reparo de los primeros le movía otra de las órdenes contenidas en la misma Instrucción, que revela el poco conocimiento que se tenía en Madrid del importe de esos trabajos, creyéndolos de escaso coste, pues decía así:

"Hallándose, como se hallan, las calzadas de las entradas de México, especialmente la que llaman de la Piedad, descompuestas y, en tiempo de aguas, intransitables algunas de ellas, y conviniendo mucho su reparo, composición y conservación, se os encarga dispongáis que la citada de la Piedad se terraplene todos los años en tiempo de seca, precisando a la Ciudad a que se dedique sugeto para este efecto, asignándole de los Propios lo que pareciere justo por su trabajo o sacando esta obra al pregón, para ver quién se obliga, por menos precio y coste, a tenerla transitable y corriente, lo que, sin duda, importará poco dinero, por cuyo medio se evitarán los inconvenientes que suelen acaecer en tiempo de aguas y que, por descuido, sea preciso gastar en un año, para su composición, más que en muchos para tener reparada la calzada, y que quede corriente, siendo también muy útil se componga la que llaman de San Antón, que ha muchos años que está abandonada, sin embargo de ser la más necesaria para entrar sin rodeo y sin riesgo en México, lo que se podrá executar a poca costa, dedicando, para ello, y haciendo trabajar a los muchos mulatos, negros, vagabundos y otras castas que regularmente hay en las Cárceles por delitos que no merecen pena de muerte, sino de obrage, Ingenio o Panadería, con lo que sirven al público, ganarán la comida y no estarán pereciendo en las Cárceles, sirviéndoles, al mismo tiempo, de pena y castigo para la enmienda".<sup>60</sup>

He aquí una bastante antigua práctica de redención de penas por el trabajo, que se efectuaba en México en cumplimiento de las reales disposiciones. Conociase por obraje el lugar en que se fabricaban paños u otras cosas para el uso común, y por ingenio la finca que comprendía, además de una plantación de caña de azúcar, todos los departamentos en que se efectuaban las operaciones para beneficiar el azúcar.

Para evitar los desórdenes que ocurrían en los barrios de la capital, el Conde de Fuenclara hizo que muchos delincuentes de color quebrado fuesen enviados a obrajes.<sup>61</sup> Pero los dueños de éstos, como los de trapiches o pequeños ingenios de azúcar y los de ingenios recibían a estos

60 Id. de id. id. id. La misma Instrucción, fols. 143 v.º a 145.

61 Rivera, M.: *Los Gobernantes de México*, I, pág. 360.



trabajadores forzosos con gran repugnancia y, después de pagar el precio en que se veían precisados a comprarlos, solían darles libertad para no tener que sufrirlos <sup>62</sup> y se quejaban con frecuencia de que se les enviara semejante clase de obreros.

"...El Exmo. Sr. Conde de Fuenclara... —escribía, en 1748, el Licenciado Don José Francisco de Cuevas, Abogado de la Real Audiencia— que, resucitó el cuydado de los mayores, como Príncipe benéfico, o con el zelo que manifiestan sus obras, que, por grandes y por muchas, no permiten palabras ni tiempo a su relación, con el logro, juzgado en más de dos siglos imposible, del Nivel y la Limpieza de las Calles, que cogió la fama por supuesto, para publicar al Orbe por las demás impresas de los Mexicanos en su corazón agradecido; o con superior influxo, que después nos manifestó el acasso, dispuso que se construyese esta Calzada (la de San Cristóbal) y la de San Antonio Abad, muchos años antes destruída absolutamente...". <sup>63</sup>

A poco más de seis leguas de la capital se encuentra el pueblecillo de San Cristóbal Ecatepec, que tomó su nombre de un cerro que ventea continuamente, en cuya falda está la población. Hasta allí llegan las vertientes del rumbo de Pachuca, contenidas por una calzada que, por orden del Virrey Marqués de Montesclaros, construyó Fray Jerónimo de Zárate, en cuatro meses, con dos mil peones; esa calzada tenía diez y ocho varas de ancho y dos compuertas por las que, en tiempo de seco, desaguaba la laguna para hallarse dispuesta a recibir, en tiempo de lluvias, las avenidas que en ella entraban. <sup>64</sup>

Al comenzar su gobierno el Conde de Fuenclara, encontrábase la calzada de San Cristóbal toda destruida y con inminente peligro, si no se efectuaba su reconstrucción a tiempo, de que, por su mal estado, sobreviniera alguna inundación perjudicial a la ciudad. Fuenclara pasó personalmente a reconocerla, realizóse su arreglo por ser "antemural de las aguas del Norte" y fue muy costoso, por estar rota por varias partes y arruinada desde el principio hasta el fin. Así se consiguió atajar a las aguas que iban de la laguna de Zumpango, del Desagüe de Huehuetoca y de otros derrames, evitando que se juntaran con las que se recogían

<sup>62</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 1.339. Testimonio adjunto a la carta de Güemes al Rey. (México, 12 de agosto de 1746), fols. 43 y 44.

<sup>63</sup> Cuevas, J. F.: *Extracto de los autos de diligencias y reconocimientos de los ríos, lagunas, vertientes y desagües...*, págs. 58 y 59.

<sup>64</sup> Rivera Cambas, M.: *México Pintoresco...*, II, pág. 526.



de la de Tezcucó e inundaran la capital. El Virrey volvió a visitarla al enterarse de su finalización y dio repetidas gracias al Prior y Cónsules que habían dirigido la obra, así como al Superintendente Trespalacios, a cuyo esmero y diligencia se debió, en gran parte el afortunado remate de la reconstrucción.<sup>65</sup>

Con justicia escribió Cuevas las frases laudatorias de Fuenc Lara que he citado más arriba, añadiendo: "...Celebróse entonces lo magnífico y a hora se aplaude lo necesario, así por que inundadas con la copia... de las lluvias, a su tiempo, en el año pasado las demás hubo sólo estas entradas que diesen camino para México al tragino, y al abasto, de que sin ellas carecería totalmente, como porque sin la de San Christóval, se hubiera anegado la Ciudad, sus calles y plazas sin remedio...".<sup>66</sup>

Otra calzada reconstruida por orden del Virrey aragonés fue la del Sur de la ciudad,<sup>67</sup> conocida bajo el nombre de San Antonio Abad, que se hallaba "totalmente arruinada, destrozada, quebrada e yntransitable" y que hizo se construyese de nuevo, lo que consiguió "venciendo con gran zagacidad las dificultades que para su logro se ofrecieron". De esta obra obtuvo grandes ventajas el comercio mejicano, pues los que entraban y salían en la capital consiguieron así tener menos camino que transitar y se libraron de innumerables paradas en su tránsito, a causa de los atolladeros que en ella había. La construcción de esta *deseada* calzada se hizo desde su puente hasta el paraje llamado Ladrillera, acudiendo el Virrey a visitar las obras diariamente, alegrándose de los progresos del trabajo y mostrando la intención de continuarla hasta el puente que llamaban de Ocholoposco,<sup>67 bis</sup> empedrándola de nuevo, "con pretilles y en buena disposición para que no se paren las Aguas en tiempo de llubias y esto en una distancia que coje más de legua y media a la salida de esta ciudad...".<sup>68</sup>

Para estas obras de embellecimiento y saneamiento de la capital y sus alrededores "con el mayor esmero, que es público y notorio", dio Fuenc Lara, al principio de su gobierno, providencias para que se limpiasen y empedrasen las calles de la capital, disponiendo que el Corregidor y

65 A. gen. de Indias. Escribanía de Cámara del Consejo. Leg. 245. Cuaderno 1.º de la Residencia de Fuenc Lara, fols. 107 v.º, 109 y 135; Cuaderno 2.º, fol. 70, y 6.º, fol. 85 v.º

66 Cuevas: ob. cit., pág. 59.

67 Andrade, José María: *Diccionario Mexicano...*, art. Cebrián.

67 bis A. gen. de Indias. Escribanía de Cámara del Consejo. Leg. 245. Cuaderno 1.º de la Residencia del Conde de Fuenc Lara, fols. 109 v.º y 135.

68 A. H. N. Consejos. Leg. 21.461. Cuaderno 2.º, fol. 156 v.º

Regidores Diputados de Policía, cuyo número aumentó, añadiendo uno a los tres que componían la Junta con el Corregidor vigilaran atentamente su cumplimiento; ordenó también que se cuidase cada uno del cuartel o barrio que se le asignó, haciendo que esta limpia y adorno se llevara a efecto por subasta ante el Juez Superintendente Trespalacios y cuatro arquitectos y con el mayor ahorro que fue posible, verificándose en las mismas condiciones la compostura de puentes y calzadas y la limpieza de acequias. Mandó Su Excelencia a los dichos Jueces de Policía que las ejecutasen cada uno en su jurisdicción y que se le diese cuenta de la marcha de los trabajos.<sup>69</sup>

Encargó también al Prior y Cónsules que se abriese la nueva calzada de la Candelaria y que se hiciesen cuatro puentes desde la garita de San Lázaro hasta la calzada de San Antonio Abad; que se reconstruyese la calzada que va del barrio de Santiago a la villa de Tacuba y al pueblo de Azcapotzalco, que estaba deteriorada y en la que hubo que hacer de nuevo dos puentes y de ello se encargó el Superintendente,<sup>70</sup> y el llamado camino de Vallejo, con el puente que en él se fabricó y el de Mexicaltzingo.<sup>71</sup> Visitó también Fuenclara las calzadas de la Piedad y de Chapultepec, haciendo fuesen compuestas por el cuidado del Corregidor y de los regidores de la Junta de Policía: la calzada que llamaban del Santuario de la Piedad no se empedró "por el mucho costo que había de tener la conducción de la piedra en mulas, por no haberla en el territorio, y estar éste muy distante de los embarcaderos".<sup>72</sup> En fin, se abrió, por su orden, la nueva calzada desde el puente que llamaban de la Mariscala hasta el palacio de Chapultepec, con su parte de arquería para el tráfico común. Para el arreglo de todos estos caminos públicos, hubo que reconstruir o hacer enteramente nuevos sesenta puentes, entre ellos el "famoso y célebre que llaman vulgarmente de la Viga". Y la Residencia del Conde dice: "...tanto benefició a la causa pública con impedir las aguas de Tescuco, Zumpango y Sn. Christóval para que no inundasen a esta Ciudad, como en aver regado sus varrios y arrabales con las de Santa Fee y Chapultepec. Y aunque los testigos y Secretarios no declarasen ni certificasen estas obras, son tan públicas, profiqyas y prove-

69 A. gen. de Indias. Escribanía de Cámara del Consejo. Leg. 245. Cuaderno 1.º de la Residencia de Fuenclara, fol. 134 v.º

70 Id. de id. Id. id. Dicho cuaderno, fols. 135 y v.º

71 A. H. N. Consejos. Leg. 21.641. Residencia de Trespalacios, cuaderno 2.º, fol. 13.

72 Id. de id. Id. id. Dicha residencia, el mismo cuaderno, fols. 156 v.º y 157.

chosas a los Pobres, y a los Ricos, que ellas mismas vocean y manifiestan el mérito de el Exmo. Sor. Reçidençiado y califican la acertada conducta de su pacífico Gobierno...". 73

Cuevas habla también de la reedificación de la Pila Real en 1744 por orden del Conde, que la dispuso prudentemente "nivelando las vocas, para que los interesados, a proporción gozen la agua que les toca, sin falta y sin demasía...". 74

La calzada de San Antonio Abad era muy útil a los que iban a México de las partes de Chalco. 75

El gasto de las obras de los alrededores de México se hacía de los Propios de la ciudad, 76 que eran, en aquellos años, los siguientes: 19.800 pesos que rentaban los cajones de la plaza Mayor de la capital, que es lo que se llamaba el Parián y que estaba entre las casas del Cabildo y la Catedral, en forma de alcaicería, compuesta de ciento cuarenta y quatro tiendas de mercaderes, en cuyo centro se hallaban los puestos portátiles que llamaban Baratillo; 8.500 pesos, que daban las casas y tiendas de la calle de la Monterilla, y San Bernardo; 150 pesos, que se sacaban de las casas bajas del Rastro de San Antonio Abad, que habían valido de 5 a 6.000 pesos, y las del Hornillo; 1.500, que pagaba el arrendatario de la Carnicería Mayor; 900 que daba el remate del Fiel Contraste de la Ciudad, de pesos, varas y medidas; 1.000, el del campo; 1.300, en que se remataba la Plaza Mayor; 1.000 que valía la Corredería Mayor de la Lonja, y 50 que pagaba el pregonero. A esto se debía añadir lo que importaban las mercedes de agua. De este fondo de Propios se pagaban: los sueldos de los regidores y ministros, que montaban 10.000 pesos; el rédito de varios censos, que ascendía a 7.664 pesos, 7 tomines y 6 granos; las propinas anuales, que subían a 3.400 pesos; y 3.000 pesos que se daban al contratista de la compostura de las cañerías, por el arreglo de éstas. El sobrante se destinaba a obras públicas y a gastos del Ayuntamiento. 77

Estas rentas de Propios de la ciudad se manejaban por una Diputación o mesa especial, con intervención de un Juez, que fue Don Do-

73 A. gen. de Indias. Escribanía de Cámara del Consejo. Cuaderno 1.º de la Residencia de Fuenc Lara, fols. 135 y v.º; 2.º, fol. 71; y 6.º, fol. 85.

74 Cuevas: ob. cit., pág. 66.

75 Cavo: *Los tres siglos de Méjico*, libro undécimo, pág. 137.

76 Lorenzana: *Historia de Nueva España*, fol. 33, citado por Cavo: ob. cit., pág. 137.

77 Cavo: ob. cit., libro undécimo, pág. 137; Rivera: *Los gobernantes de México*, I, página 360.



mingo de Trespalacios, pero sus rentas, con ser cuantiosas, no bastaban para las obras extraordinarias, pues en la reconstrucción de las calzadas de Guadalupe y de San Antonio Abad, ayudó, para la primera, el Real Tribunal del Consulado, y, para la segunda, se tomaron varios arbitrios por el Conde de Fuenclara.<sup>78</sup>

El Palacio Real de México había quedado destruido en gran parte en el incendio que sufrió con ocasión del tumulto de 1692 bajo el virreinato del Conde de Galve. Este mismo Virrey comenzó las obras de su restauración y duraban todavía cuando llegó el Conde de Fuenclara, que las impulsó con su actividad, empleándose en ellas, bajo su gobierno, la cantidad de 99.551 pesos, 3 tomines y 7 granos, siendo, según Alamán, el virreinato en que más se gastó en esas obras desde el Conde de Galve hasta 1789.<sup>79</sup> Fuenclara no se limitó a restaurar el Palacio, sino que comenzó a efectuar los trabajos necesarios para la ampliación de la parte del mismo que estaba destinada a su vivienda, ya que la existente a la sazón resultaba insuficiente, pero una Real Cédula le ordenó que suspendiera tales obras. No tardó mucho en llegar a México otra Real Orden autorizando al Virrey para que pudiera gastar lo que hiciera falta en la necesaria ampliación, que se prosiguió en tiempo del primer Conde de Revillagigedo.<sup>80</sup>

También se atendió a las obras públicas en las provincias, aun a las más lejanas. En Campeche, el Gobernador Salcedo, además de las fortificaciones de que hablé en otro capítulo, hizo enlosar las calles, que estaban muy maltratadas con las corrientes de agua, y recomponerlas; en las Casas Capitulares del Ayuntamiento hizo fabricar un gran balcón, que las adornaba de manera muy elegante;<sup>81</sup> en Guadalajara, Echeverz procuró el arreglo, aseo y limpieza de las calles y que estuviesen compuestos los caminos; hizo construir un puente en el barranco de Huentitlan y su camino, bajando en persona varias veces a visitar la marcha de las obras y enterarse de si los trabajadores estaban satisfechos; tam-

78 *Instrucciones del Conde de Revillagigedo al Marqués de las Amarillas*, en "Instrucciones que los Virreyes de Nueva España dejaron a sus sucesores", pág. 21 núms. 84 y 85.

79 Alamán, L.: *Disertaciones sobre la historia de la República mexicana desde la época de la conquista... hasta la independencia*, III, pág. 101.

80 *Instrucciones del Conde de Revillagigedo al Marqués de las Amarillas*, en "Instrucciones...", pág. 13, núm. 42.

81 A. H. N. Consejos. Consejo de Indias. Leg. 20.743, núm. 1. Residencia de D. Manuel de Salcedo y Sierra Alta, cuaderno 3.º, fols. 28 y 34.



bién dispuso, y se realizó, la construcción de otro puente en Aguas Calientes, y la saca de agua de Nochistán, y fomentó la obra del Real Palacio de Guadalajara.<sup>82</sup>

---

<sup>82</sup> Id. id. id. id. id. Leg. 21.003, núm. 3. Residencia de D. Fermín de Echeverz, Cuaderno 1.º, fols. 36, 40 v.º y 60.



## XXI

### EL FIN DEL GOBIERNO DE FUENCLARA

A pesar de su acertado gobierno, del interés mostrado por el progreso del Virreinato, de las grandes obras que se realizaban bajo su impulso, del aumento de las rentas de la Real Hacienda, del desarrollo de las misiones y de las nuevas fundaciones que, florecían gracias a la afortunada elección de Escandón para dirigirlas, el Gobierno de la metrópoli no apreciaba, como debía, la gestión íntegra, activa e inteligente del Conde de Fuenclara, y éste, quizá ya desde el fallecimiento de Campillo (11 de abril de 1743), se encontraba menos libres en sus movimientos, lamentando quizá haber aceptado las funciones gubernamentales para tratar con una persona que se mostraba con él asaz áspero: el Marqués de la Ensenada, de cuyas relaciones con el Conde de Fuenclara ya he hablado varias veces. Mostraba el omnipotente Ministro su incomprensión hacia el Conde Virrey, se quejaba sin motivo de la escasez de los envíos de dinero a España, faltando a sabiendas a la verdad y, en las pequeñas cuestiones, tomaba partido a favor de los que le eran contrarios.

Tal sucedió con una cuestión suscitada por el Alcalde Mayor de Puebla, Don Miguel Román de Castilla y Lugo. Habiendo pasado éste a México, usaba, en su carruaje, cuatro mulas de tiros largos, y el Virrey le prohibió que usara coche en estas condiciones, ya que a él no le estaba permitido usar más que carruaje tirado por seis mulas. Román remitió al Rey, en 1744, una representación, quejándose de esta prohibición, que decía era en perjuicio de las exenciones que gozaban los oficiales de su

grado, y suplicando se ordenara al Virrey que no le impidiera ese distintivo, y S. M. falló en favor del Alcalde.<sup>1</sup>

Tampoco se le atendió en su parecer de enviar destinado a otra parte al casquivano oidor Don Francisco Antonio de Echávarri; su sucesor Güemes logró que, por una Real Orden (Buen Retiro, 8 de enero de 1749) se "concediera" a este alto funcionario la primera plaza de oidor que vacara en la Chancillería de Valladolid o de Granada, con antigüedad desde el día de su nombramiento, y se mandó a Echávarri que se embarcara en la primera ocasión para servir su nuevo destino, pero él debió hacer buena la fórmula de "se acata, pero no se cumple", pues no se movió de México.<sup>2</sup>

Dando un paso más en su animadversión hacia Fuenclara, Ensenada trató de quitarle el Virreinato, procurando desacreditarle primero. ¡Cuántas y cuántas veces se podrían repetir las divinas palabras: "El que se crea inocente que tire la primera piedra"!

Pero antes de iniciar una averiguación sobre los métodos de gobierno del Conde y una acción directa, dio un toque de atención por medio de una carta dirigida a Molinillo, bajo la forma de orden, redactada en los siguientes términos:

"El fin que tuvo el Rey para embiar a V. S. con el Conde de Fuenclara fue únicamente para que, como tan práctico del Gobierno de esse Reyno, pudiese, con su experiencia, celo y actividad, instruir al Conde y ayudarle para asegurar, con sus aciertos, el mejor servicio del Rey, de tal manera que el Conde y V. S. fuesen como vna sola Persona, pero, infiriendo S. M. del silencio de V. S. y de hechos que se reconocen en las providencias de ese Reyno, o que V. S. no es el que era, lo que no cree S. M., o que son inútiles los influxos y persuasiones de V. S. en el ánimo del Conde: Manda el Rey a V. S. que, en respuesta de esta orden avise reservadamente lo que aya en un assumpto, que lo hace tanto más grave y importante, la evidencia de dudar o no creer el Conde, según lo que ha escripto a Dn. Rodrigo de Torres, poder asistir su esquadra con caudales, quando ningunos remite a España, quando ai parece que sólo se piensa en gastos ociosos y viciosos, y quando debiendo esos

<sup>1</sup> A. gen. de Indias, México. Leg. 1.687. Indice de cartas y expedientes, año 1744; Rivera: *Los Gobernantes de México*, I, pág. 363; Fisher, L. E.: *Viceregal Administration in the Spanish American Colonies*, pág. 86.

<sup>2</sup> Id. de id. id. Leg. 384. Real Orden concediendo a Echávarri una plaza de Oidor en Valladolid o Granada, Buen Retiro, 8 de enero de 1749.



vasallos, como más interesados, imitar a éstos en contribuir para sostener la Guerra, o no lo hacen, o los caudales se disipan y consumen con suma prodigalidad y desvarato".<sup>3</sup>

¿Puede ofenderse más en menos líneas a un hombre como Fuenclara, que será acusado por algún historiador mejicano de no haberse preocupado especialmente más que de enviar dinero a España y que ya se ha visto fue el que más remitió entre varios virreyes antecesores y sucesores suyos? ¿Qué gastos *ociosos* y *viciosos* eran los del Virreinato? ¿Las fundaciones de misiones? ¿Las grandes obras públicas? Tal vez los únicos informes contrarios a Fuenclara fueran las quejas de la escuadra por no recibir todo el dinero que pedía, a pesar de que él había hecho que se le abonaran todos los atrasos. ¿Qué podía hacer más? ¿Dónde estaba la *disipación* de caudales con *prodigalidad* y *desbarato*?

Ignoro si fueran ciertas las noticias que, según Ensenada, llegaron a España criticando el gobierno del Conde, pues, por más vueltas que he dado a los legajos de cartas de particulares en el Archivo de Indias no he podido encontrar ninguna que se refiera a tales denuncias; así sólo puedo referirme al que podría llamar libelo de Ensenada contra Fuenclara y que se redactó y envió a México en mayo de 1744.

La averiguación se inició con cartas escritas a Don Pedro Navarro de Isla, Inquisidor Decano del Tribunal del Santo Oficio de México; a Don Francisco Navarajo, Canónigo y Maestre Escuela de la Santa Iglesia de la misma capital; a Don Fernando Dávila, Oidor de la Audiencia de México; a Don Antonio Andreu, Fiscal de la misma, y a Don Francisco Fernández Molinillo, Secretario del Virreinato: encargábaseles que informaran reservadamente "sre. los puntos qe. se citan y expresan acerca del desordenado Govno. del Conde de Fuenclara...".

El cuestionario que debían contestar era éste:

Si era cierto que los familiares del Virrey se mezclaban en los asuntos del gobierno, de lo que obtenían grandes utilidades.

Si los asuntos del Real servicio y la recaudación de tributos merecían la primera atención o si ésta se aplicaba a los negocios de particulares en los que el empeño o el interés podían ser agentes determinantes.

Si los dictámenes de algunos sujetos facilitaban cerca del Virrey la resolución de los negocios y quiénes eran éstos, y si figuraban entre ellos Don Sebastián Calvo de la Puerta, Don Juan Crisóstomo de Ba-

---

3 Id. de id. id. Leg. 1.505. Ensenada a Molinillo. El Pardo, 28 de enero de 1744.

arroeta, Don Manuel de Cosuela y Don Jacinto Martínez, informando sobre la conducta de ellos.

“Si el Virrey se mezcla en las materias de Justicia que debe determinar esa Rl. Audiencia y si, con sugerencias en unas o autoridad para otras, solicita o dispone sus resoluciones.

“Si en esa Caxa de Cruzada y otras de Rl. Hacienda hai algún descubierto de caudales y si se ha solicitado su reintegro.

“Si el Juego que regularmte. se ha permitido por los Virreyes en ese Palacio es actualmte. con la moderación que en otros tiempos.

“Si el Rdo. Arzobispo de essa Metropolitana es tratado por el Virrey con la consideración, ceremonial y términos debidos a su representación, dignidad y carácter.

“Que igualmte. informe V. S. todo lo que sea digno de la noticia de S. M. sobre lo que se note o experimente en el actual régimen y gobierno de esse Reyno: en inteligencia de que de su informe o silencio será V. S. responsable a Dios y a S. M. y en la de que quanto avisare quedará religiosamte. reservado en S. M. y en mí, sin que xamás se trascienda su contexto y también quiere S. M. reserue V. S. en sí esta orden, sin que por persona alguna llegue nunca a saberse se halla con ella.

“La respuesta la dirigirá V. S. a S. M. por mi mano en la primera embarcación que salga de Veracruz y repetirá dupdos. de ella en todas las que succesivamente vinieren hasta adquirir noticia de que alguna de las que la condugeren ha llegado con felicidad a estos Reynos. Dios ge. Aranjuez, 25 de Mayo de 1744”.<sup>4</sup>

Con igual fecha escribió Ensenada a Molinillo que se tenía noticia de que se experimentaba falta de administración de Justicia en el gobierno de México, parcialidades, abandono de los negcios públicos y atención marcada a los particulares; pedíale que informara sobre el valimiento que tenían cerca del Virrey, Calvo, Ubilla, Barroeta, Cosuela y Martínez de Aguirre, apuntando que el primero “a la sombra del favor que debe al Virrey, se aprovecha por agente o facilitador de muchos negocios de crecidos intereses”; que Cosuela tenía mucha parte para concurrir o cubrir algunos de los fraudes y comercio ilícito que se practica en Veracruz”; que, en el Palacio, se practicaba un “continuo escandaloso Juego”; que el Virrey se había separado de “oir los dictámenes de los Ministros que, al ingreso en ese Reyno, buscó para facilitar el

4 Id. de íd. íd. íd. Carta de Ensenada a los citados. Aranjuez, 25 de mayo de 1744.

mayor acierto en sus resoluciones y providencias” y que, en fin, se experimentaba un desorden universal en el gobierno de Fuenc Lara. “Aunque la circunstancia de carecerse de formal justificación del todo o parte de lo referido —continuaba la carta— ha movido al Rey a sus pender la resolución conveniente a su Rl. servicio y que cortase o detuviese tan funestos perjuicios, han hecho tanta impresión en la Justicia y recto piadoso ánimo de S. M. estas noticias que he resuelto que, por los conductos más seguros, imparciales y secretos, se averigüe luego lo cierto o incierto de ellas”.

Repetía lo mismo que a los demás informantes sobre el secreto de la información y avisábale de que se le enviaba por conducto del Inquisidor Decano para que le llegara “con la mayor seguridad y reserva”.<sup>5</sup>

La carta de Ensenada a los Inquisidores de México les mandaba que ninguno de los cuatro personajes a los que se enviaba el pliego supiera que los otros habían recibido uno igual. Llegaron el 9 de septiembre de 1744 y la Inquisición mejicana acusó recibo de ellos a Ensenada el 22 del mismo mes, habiéndolos entregado inmediatamente, el día de su recibo, a Molinillo, Andreu y Dávila.<sup>6</sup>

El primero en contestar al informe fue Don Francisco Rodríguez Navarajo, diciendo que el Virrey no tenía “la correspondiente prudencia y espera en lo que no sale agradable...”, que Martínez de Aguirre gozaba de gran confianza en el Real Palacio y se lamentaba por algunos “su especial liberalidad” y que era público el juego en Palacio.<sup>7</sup>

El informante que más se ensañó con el Conde de Fuenc Lara fue el Inquisidor Decano, Don Pedro Navarro de Isla. Ya me he referido a él en otro capítulo. No obstante, aunque aseguraba que, al principio de su gobierno, se “conzibió mucho terror” al Conde, “temiendo cada vno que repentinamente no caiese sobre él algún daño o pesadumbre”, debido a lo imprevisto de su cólera, reconocía que su carácter produjo sus malos efectos “más en palabras que en obras”, que poseía excelentes dotes de gobierno, que procuraba refrenar la fogosidad de su espíritu mediante la consulta con los asesores que había elegido con insuperable acierto: Don Fernando Dávila, el Marqués de Altamira y Don Antonio Andreu, teniendo en los tres “sujetos mui literatos, prudentes y des-

5 Id. de id. id. id. Ensenada a Molinillo. Aranjuez, 25 de mayo de 1744.

6 Id. de id. id. id. La Inquisición de México a Ensenada. México, 25 de septiembre de 1744.

7 Id. de id. id. id. Rodríguez Navarajo a Ensenada. México, 25 de septiembre de 1744



interesados" y que había mostrado buen "zelo en bastantes cosas y negocios, y promouiendo la rrazón y Justizia y composizi3n entre partes discordes, procurando estinguir quanto antes el fuego amenazado o enzendido con maña y arte". Suponía en la servidumbre del Virrey "gana de ser ricos" y que, para ello, ganada la gracia de su señor, se mezclaban en los negocios, especialmente el Mayordomo Don Manuel Fernández, que creía era el que gozaba de mayor estimaci3n y confianza, como criado antiguo, cerca del Conde "por cui a raz3n, las Jentes de este país, que no acostumbran a tratar, así los negocios de grazia, como los de Justizia, sino por el medio de los agasaxos y gratificaznes., se han balido de su persona, y él a solizitado las más vezes que ha podido el ser interlocutor o mediador con su amo en los negociados secretos, de que a sacado buenas vtilidades, y fueran más si su industria y entendimiento fuera maior, pero no es capaz de buena direcci3n ni de dirigir a su amo, quien no será fázil que tome consejo de D. Manl. cuyas costumbres no son escandolsas, pero se le a notado de Temerario y fázil en ablar mal de todos aquellos a quienes su amo a mirado o mira con displizencia o tenido por desafectos. Los demás domésticos y familiares no an allado en su amo otra disposizon. favorable que acomodarles en algunos oficios y empleos que le vacan y puede proveer...". Alababa el cuidado del Conde en la mejor administraci3n de la Hacienda. Decía que el Virrey protegía a Calvo, cosa a todas luces falsa. Que Berrueta, Cosuela y Martínez de Aguirre tenían "franco y abierto el gauinete del Virrey, con las llaues de las gratificaznes. y regalías que le han hecho desde que llegó a este Reyno..", sobre todo el último, por su genio demasiadamente liberal y abierto, y modo atractibo...". Que Fuenclara se metía en los asuntos judiciales para favorecer a sus amigos, entre ellos al Marqués de Salvatierra, aunque decía que no podía asegurar que las sentencias favorables a éste se debieran enteramente a la influencia y autoridad del Virrey. Según él, Fuenclara mostraba siempre "con palabras y acciones" su voluntad de que la resoluci3n fuera favorable a la parte por quien estaba empeñado; de ello podían dar cuenta los oidores, pues, en estando el Virrey "teñido" de pasi3n, o empeñado, en cuanto observaba que alguno de ellos se inclinaba a votar contra su deseo, se alteraba y dejaba "correr su violento natural", con palabras tan pesadas, inmoderadas y sensibles", que los abochornaba y angustiaba: ellos dirían lo mismo, a no ser que lo ocultaran por afecto o el favor que debían al Virrey; si decían más sería porque a ellos les inclinaría "la aversi3n



y desafecto", abultando los hechos demasiado y añadiéndoles "más malizia de la que pueden tener". ¿No sería este el caso del señor Decano del Santo Oficio? En lo relativo al juego, decía que, en tiempo de los anteriores virreyes, se había jugado, en sus habitaciones, a la cascarella y al revesino moderadamente, por las noches, aunque el Marqués de Casafuerte también permitió el juego de envite llamado de albures. Pero Fuenclara comenzó invitando a la gente, sin excluir oidores y alcaldes, al juego de cascarella, en sus habitaciones, por la noche "mostrándose mui plazerero y afable a los concurrentes", acudiendo tantos, que se formaban hasta ocho mesas de juego y jugándose también al revesino y a la piachanga. Así se mantuvo el juego en los cuatro o cinco primeros meses de su gobierno. Más tarde se jugó también a albures en las tardes encapotadas y que amenazaban lluvia, avisando el Virrey a los asistentes por medio de sus alabarderos; por fin, señaló por días fijos de juego las dos noches de los dos días de acuerdos de cada semana, lunes y jueves, a cuyas noches se había llegado a llamar acuerdos extraordinarios. Después de decir que se perdían grandes cantidades en el juego, añadía que le parecía no era juicio temerario el creer que el Virrey había percibido la mayor parte de los 6.000 pesos que los tocineros gastaron para obtener la revocación de un bando que les perjudicaba, reiteraba que la conducta de Fuenclara, desde hacía un año, era "tolerable" y lo sería más, si desterrara el juego de envite de sus habitaciones y, en fin, si procuraba reprimir, en la Audiencia, "aquellas promptitudes y vuezas que suele gastar con los oidores...".<sup>8</sup>

El informe de Dávila fue menos duro y comenzaba expresando sus temores por decir la verdad: "...Espero de la piedad de V. Ea. que, sacadas las notizias del informe, haga sepultarle, de modo que nunca pueda llegarse a tenderse la mano de él, porque, llegado a sauerse, se me pueden preparar pesadumbres y persecuciones por el actual Virrey, Sucesores y aun de la propia Audiencia, que acaben presto conmigo o me obliguen a retirar del Rl. Seruo. sin tener al siguiente día con qué comer...". Informaba luego que el Conde de Fuenclara "tiene unas potencias claras y viuas en lo comprehensivo de qualquiera materia, su razonamiento y alcances y celo, en lo exterior, conozido de la administración de Justicia, azia todo género de Juezes, con tedio, al parecer, de lo contrario. Se ven algunas prouidencias suyas buenas y otras no corres-

---

. 8 Id. de id. id. id. Navarro de Isla a Ensenada. México, 8 de noviembre de 1744.

ponden, y, procurando en los más asuntos cubrirse (como dize a cada paso claramente) da vista al Fiscal y, expuesto su parecer y el del Asesor Genl., los lleva por voto consultivo a el Acuerdo... Y lo que por mí asta aquí tengo visto y notado, en muchas, es vn eficaz y demasiado esfuerzo en persuadir su voluntad a los oydores votantes y, a veces, con displicencia y aun enojo contra alguno o algunos que sienten lo contrario y van fundando sus razones. Y no lo digo por mí, pues antes le he merecido el no replicarme, aunque sea desentir contrario al suyo, si no es en una tan sola ocasión, ni jamás abládome sobre negocio de Justicia familiar suyo...". Ignoraba si las costumbres del Mayordomo del Conde eran buenas o malas, pero se le suponía de toda la confianza de su amo; los demás familiares del Virrey eran todos "mui atentos y cortesanos con todos". Veía al Virrey muy solícito en el aumento de la Real Hacienda. Negaba que Calvo fuera persona grata a Fuenclara; Barroeta y Cosuela habían acompañado al Conde al principio de su gobierno en la visita a las Comunidades religiosas. Martínez de Aguirre era el de mayor confianza del Virrey, que tenía también buena amistad con el Conde de San Pedro del Alamo —que le preparó las habitaciones y el menaje correspondiente cuando llegó, con motivo de ser su mujer, la Marquesa de San Miguel de Aguayo, hija de aragonés—, que le visitaba con frecuencia, como "cortejante" y familiar suyo, pero sin meterse en los asuntos del gobierno, porque, siendo acaudalado, no tenía miras interesadas, a pesar de haberle hecho diversos obsequios; y con el Marqués de Salvatierra, aragonés, por el cual se empeñaba Fuenclara, dejándose llevar algo de su pasión "con bastante nota en público" para lograr que los pleitos que tenía se resolviesen a su favor. En las materias de justicia, el Virrey intervenía, especialmente si se trataba de un pobre, de una viuda u otra miserable persona, para que se resolviese pronto y sin dilaciones, una vez averiguada la verdad; lo mismo hacía para quitar de raíz algún amancebamiento o estorbar otros excesos; en todo ello había dado el Conde "muy buenas y ajustadas providencias, con cono-zido celo y lo mismo en lo que mira al bien del público de esta Ciudad". Que en el Superior Gobierno del Virreinato había muchos pleitos en los que sólo debieran entender los jueces ordinarios, pero esto no era novedad introducida por Fuenclara sino que era muy anterior y Dávila lo había conocido bajo el gobierno de los anteriores virreyes; no obstante, el Conde había abocado a sí, algunos de los pleitos pendientes en la Audiencia "de mano y authoridad propia, sin observar, para la declara-

ción, de si le toca o no, aquellos requisitos de las leyes que preuienen deber oyr a la Auda., por medio de sus representaciones, que no puede ignorar, quando en otros negocios así lo practica...". Que, en las votaciones, a veces, el Conde no decía nada, pero otras, iba ya tan inclinado a favor de una parte, que se manifestaba sin reparo y quitaba a los oidores la libertad que debían tener en la buena administración de Justicia. <sup>9</sup>

El informe de Andreu era muy ponderado. "Reconozco —decía— regulares los procedimientos, porte y conducta de este Virrey, pues aunqe. estoi informado que, en algunos negocios y dependencias, se hayan practicado con Su Exa. algunos obsequios, pero también me hallo en la inteligencia de que siempre han sido obsequiados los Virreyes". Era sabido que el Mayordomo de Fuenclara se mezcló, al principio, en muchas negociaciones y aún se mezclaba, pero Andreu ignoraba si eso le producía alguna utilidad; sus costumbres no parecían muy conformes al puesto que ocupaba "si bien, en este particular, considero ignorante a su Amo". Era manifesto el celo del Conde por la Real Hacienda "sin que, en su perjuicio, haya reconocido aplique su atención a negocios particulares, en que el empeño o interés puedan ser agentes para su determinación". Desmentía la protección de Calvo por el Virrey, pero reconocía que éste apreciaba a Cosuela, Barroeta y Martínez de Aguirre, de los que nada podía decirse que les hiciera desmerecer de tal estimación. Si el Virrey intervenía alguna vez en los asuntos de Justicia con demasía, estaba autorizado por las amplias facultades que tenía y lo mismo en los recursos que tomó para la recaudación de tributos. Prudentemente, en lo relativo a su actuación en el Real Acuerdo, se limitaba a decir: "Y, si con sugeriones en vnas y authoridad para otras, solicita o dispone las resoluciones en los negocios, que se resuelven en la Rl. Audiencia, no es fácil, en este punto, poder formar seguro concepto, pues, aunque es bastante continua la asistencia de Su Exa. a la Audiencia, también es cierto hallarse en la inteligencia de ser combeniente su presencia...". Justificaba el que hubiera algún descubierto en alguno de los ramos de la Hacienda por los "acrecentados gastos" de la guerra, "estando en la inteligencia de que, para ello, precedieron muchas Rs. órdenes, que así lo facilitaban, mirando la seguridad de estos Dominios, dirigidas en tiempo de los Virreyes antecesores del Conde de Fuenclara, y así, en todos estos tiempos, pareze haverse valido el Gobierno de los

<sup>9</sup> Id. de id. id. id. Dávila al Rey. México, 25 de noviembre de 1744.



referidos caudales...". Finalmente, sobre el juego, decía: "...si es por el que mira al que se avía tolerado en los Cuarteles, se halla justamente quitado por este Cavallero, quedando sólo el del Cuerpo de Guardia, con la moderación que en otros tiempos y, si por lo respectivo al que siempre se ha permitido en sus Antecámaras, se conserva en la misma conformidad, teniendo sólo de nuevo el que, en algunos días de la semana, que, regularmente, son las noches de los Lunes y Jueves, se juegan Albures..."<sup>10</sup>

Molinillo contestó, a su vez, a la tormentosa averiguación, diciendo, en primer lugar, que carecía de fundamento la noticia de que Calvo tuviera influjo cerca del Virrey: había concurrido a jugar algunas veces en Palacio, pero hacía tiempo que dejó de ir, deseando el Virrey que así lo hiciera.

"Desde que llegó el Virrey a este Reyno —continuaba— ha tratado quasi siempre con los mismos Ministros Togados que comenzó: pues por lo que mira a los que no lo son, no se ha ceñido a tomar su Dictamen sino en materias propias del encargo de cada uno y no he observado en esto variación digna de nota, porque, aunque a alguno comunicó al principio con intimidad, no creo que fuese asuntos de gobierno, ni pretendía valerse de su confianza para el acierto de las resoluciones y providencias, porque no lo estimaba necesario y nunca concordarían en las máximas y en el genio.

"Dn. Manuel de Cosuela ha sido uno de los que cortejaban al Virrey estando en México, de donde se ausentó diez meses ha para vaxar a la Veracruz al manejo y despacho de sus dependencias de Comercio, que es la carrera que sigue. Es sugeto de viueza, presume de sabido, no ha dado, con su porte, ocasión de censura, y le estima el Virrey; pero esta protección no juzgo que le haya servido para concurrir o cubrir algunos de los fraudes y comercio ilícito que se practica en Veracruz, ni he oído caso determinado que lo haga sospechar, sino lo contrario, porque Dn. Franco. de Alarcón, Oficial Rl. de estas Caxas, vigila, con especial atención, sobre su conducta, por la común opinión de que las más de sus correspondencias son con franceses.

"Dn. Joseph de Vbilla es Arcediano de la Sta. Iglesia de México y Subdelegado gl. de Cruzada, cuyas operaciones y porte no corresponden a su Estado, Dignidad y Empleo. Juega con el Virrey, quien no le tiene afección y no influye cosa alguna en los negocios. Es cierto que hay

---

<sup>10</sup> Id. de id. id. id. Andreu al Rey. México, 24 de noviembre de 1744.



antiguos descubiertos de caudales en la Caja de Cruzada, pero este ramo se administra con total independencia e inhibición del Virrey y no le toca su recaudación, porque todo lo que pertenece a él lo dirige el Comisario de Cruzada de Madrid.

"Dn. Juan Chrisóstomo de Barroeta es Regente del Tribunal de cuentas y asiste con continuación en Palacio, donde es vno de los que juegan, pero ni sus influxos y persuaciones producen en el gobierno ningún efecto.

"Dn. Jacinto Martínez es vn mercader o negociante de México de buenas prendas, asiste mucho en Palacio y juega con el Virrey, quien le manifiesta más aprecio y confianza que la que conuiene, porq. lo separa el público y se opone a la circunspección que pide la superioridad del empleo. Tiene el Asiento de Naipes, que se le remató en tpo. del Duque de la Conquista, y, con otros socios, el de Alcaualas de la Puebla, en el presente Gobierno, pero no se le hizo ninguna equidad, ni intervino paso irregular ni indecente, porque subió asta cantidad crecida e inesperada. Una v otra gracia pide al Virrey y suele concedérsela, creyendo que no le ha valido la priuanza un peso, y puede ser que le haya costado algunos la aplicación al Juego. No es sujeto perjudicial ni tiene cooperación su consejo en las materias de gobierno..."

Deshacía las malévolas denuncias sobre las relaciones del Virrey con el Arzobispo y anunciaba el deseo de Fuenc Lara de renunciar a su alto cargo y regresar a España, diciendo:

"Con motivo de haberme leído el mismo Virrey vna carta que, de puño propio, le escribe V. E., y reciuió en el vltimo Aiso, que llegó a este Puerto el día 19 del mes pasado, tratando sobre sus puntos y del estado y atraso de su Casa, me dixo que, en la actual ocasión de estos Nauíos estaua en ánimo de pedir a V. E. propusiese al Rey que se dignase nombrarle sucesor para restituirse a España...". En consecuencia recomendaba se atendiera esta petición de Fuenc Lara y aseguraba que cumplía con la obligación que se le había impuesto y no había omitido ante Dios y el Rey el obrar conforme a su conciencia en el informe que enviaba.<sup>11</sup>

Antes de que estas respuestas informativas llegaran a Madrid, Ensenada había escrito a Fuenc Lara una carta que, pese a sus protestas de amistad, no dejaba de ser motivo serio de disgusto para el Conde, aun-

<sup>11</sup> Id. de id. id. id. Molinillo a Ensenada. Veracruz, 26 de noviembre de 1744.

que le anunciaba que el Rey, reconociendo sus grandes servicios, le había aumentado el sueldo de Virrey, de cuya gracia se le adjuntaban los despachos correspondientes, pero, como hemos visto, la averiguación, que le anunciaba como posible, sobre las denuncias recibidas contra su gobierno, para el caso en que el Rey llegara a enterarse de las noticias llegadas de Nueva España, habíase realizado ya; parecía que el Ministro avisaba confidencial y amistosamente al Virrey de la trama movida en contra suya, cuando, en realidad, ya el golpe, que podía haber sido de fatales consecuencias, había sido asestado ya. La carta de Ensenada a Fuenclara decía así:

“Exmo. Sor.    +

“Mui Sor. mío: Aunque el justo y debido concepto que tengo formado de la rectitud, prudencia y recomendables prendas que adornan a V. E., el conocimiento de que los superiores, y más siendo del alto carácter de V. E. producen, con las acertadas resoluciones y administración de la Justicia tantos émulos y aun enemigos, quantos comúnmente desean no sujetarse a aquel yugo o presumen que las prerrogativas que tienen, o con que se consideran, debe exceptuarles y eximirles de él, o amando la libertad y sugerencias de su genio, apetecen vivir sin freno, y la experiencia de la facilidad con que, de esos Reynos de América, se escriben dictérios, se abultan excesos y se atribuyen delitos contra los que los gobiernan, me han detenido y aun asegurado en formar el juicio que induce lo que referiré a V. E. y me han hecho suspender la diligencia que, por la obligación de Ministro, y satisfacción a la confianza con que debo corresponder a la piedad del Rey, mientras S. M. se dignare mantenerme a sus pies, con este carácter, pudiera practicar. No he querido dexar de advertir de ello, confidencialmente, a V. E., como amigo que desea sus aciertos, la conservación y aumento de la buena opinión que se le debe y excusar a V. E. las sensibles resultas que, de darse asenso, o de continuar los informes y quejas, habría de experimentar, bien fuese en la determinación, conseqüente a lo primero, o en la averiguación, que, por lo segundo, podría mandar hacerse, si, como queda en la mía, llegase a la noticia del Rey.

“Han llegado a mis manos varias cartas y representaciones, con súplicas de que las pase a las de S. M. unas sin firmas, y otras con la de personas, que, por sus circunstancias o Ministerio, son, o deben ser fidedignas.

“En unas y otras se contexta en que, en ese Palacio, permite y aun atrae V. E. un inmoderado Juego, en que se atraviesan cantidades tan crecidas que han producido quebranto grande a algunas familias y la ruina de otras, de que, no sólo resultan a V. E. excesivas ganancias por la suerte de él, sino una muy segura, y no pequeña, de lo que, con título de baraxas se dexa por los concurrentes.

Que entre éstos hai algunos, que no són de aquellas calidades, representación y común fama que deben tener los que, a vista de ese numeroso Pueblo y aun reyno, merezcan a V. E. la apreciable y particular distinción de familiaridad.

“Entre otros señalan a un Dn. Jacinto Martínez, Mercader de esa Ciudad, a cuyo cargo está el Asiento de Neypes del Reyno y el de Alacavalas de la Puebla, por aquel exercicio poco recomendable para merecer a V. E. singular aprecio, y, por los últimos encargos o comisiones, si no sospechoso, a lo menos muy mal visto y mucho más quando se avisa también que se mezclan sus súplicas y empeño para con V. E. en algunos negocios.

“Conforman todas las noticias en que en la familia de V. E. se observa y nota un desenfreno grande de codicia (de que puedo asegurar a V. E. he visto yo un testimonio evidente) y que procuran satisfacerla, mezclándose en agencias de negocios, ofreciendo, tanto en los de Justicia como en los de gracia, las favorables resoluciones, admitiendo regalos por la diligencia a facilitarlas, y con mucho aumentos quando aseguran el logro.

“El más distinguido en esta nota y malos procedimientos es un Dn. Manuel Hernández, que suponen Mayordomo de V. E., por cuya mano se afirma se introducen indignas negociaciones, anticipando noticias y ofertas, que corrompen las materias de Justicia y hacen desestimables y de mala nota las de gracia, por la que aun ascienden a deponer resultan a V. E. considerables obsequios, señalando, entre algunos de éstos, el de unas perlas, de crecido valor, y que este asunto se murmura con petulancia y ningún recato acia la opinión y elevada representación de V. E.

“Se avisa también que la continua asistencia de V. E. a la Audiencia, no practicada por sus antecesores con tanta frecuencia, aunque en muchos se alaba por celo y natural aplicación de V. E., en otros se nota o atribuye a deseo de facilitar la resolución de algunos negocios, manifestando también el reparo que se les ofrece de que la presencia de la



autoridad de V. E. pueda sofocar la libertad con que deben votar los Ministros las materias de Justicia.

“Hablan de otras muchas particularidades que, aunque dignas de reparo y remedio, comparadas con las referidas, hacen menos eco.

• “Repito a V. E. que me pareciera faltar a la amistad que le profeso, al deseo de sus lucimientos y a solicitar se califique el concepto en que he procurado imponer al Rey de las circunstancias de V. E., manifestado bien en la piedad que le ha merecido, concediendo a V. E. el aumento de sueldo, de que le van en esta ocasión los despachos, si no advirtiese a V. E. de todo lo que dexo expuesto, así para que, si alguna circunstancia de las referidas que miran a V. E. necesitare de alguna moderación la aplique V. E. con el disimulo y prudencia que sabrá proporcionar, como para que, con recato o con autoridad para el exemplo, remedie V. E. los vicios de su familia, separando y aun castigando a los que los ayan cometido, con lo que conseguirá V. E. el descargo de su conciencia, la notoriedad de su rectitud, asegurar la fama que le es tan debida y evitar el riesgo de que, continuando los informes, bien sean producidos en todo o en la maor. parte de la emulación, de la envidia o del amor a la novedad, y pudiendo venir quizás por mano que, sin pasar por la mía, lleguen a las de S. M. y más quando sé que algunos Ministros del Consejo se hallan con algunas de las referidas noticias, tenga yo el disgusto de que V. E. hubiese de experimentar alguna sensible consecuencia y el principal sinsabor de que, en el delicado recto ánimo del Rey quedase una impresión tan perjudicial a V. E. a quien, por el afecto que le profeso, no puedo evitar la mortificación de leer esta carta, por apartarle de las que, con su noticia, sabrá V. E. excusarse.

“Esta expresión queda reservada en mí y en el que escribe esta carta, de quien no dudo puede tener V. E. igual confianza a la que yo hago de él en que sea partícipe de este aviso.

“Franquéeme V. E. los de sus órdenes, asegurando de que le serviré con particular gusto. Dios ge...”.<sup>12</sup>

Al criticar la amistad del Virrey con el opulento comerciante Martínez de Aguirre ¿olvidábase Ensenada de que él mismo había pasado oscuramente su juventud en un comercio de Cádiz? ¿Y que de allí le había sacado el gran Don José Patiño, adivinando sus talentos y hacién-

---

<sup>12</sup> Id. de id. id. id. Borrador de carta de Ensenada a Fuenclara, Aranjuez, mayo 1745.



dole entrar en la administración pública? ¿No era este proceder una ingratitud al Ministro, portándose mal con su sobrino político?

Como había dicho a Molinillo, Fuenc Lara escribió a Ensenada el 25 de noviembre de 1744, limitándose a decirle el mal estado de su salud e insinuando privadamente su deseo de que hablase con el Rey para que le nombrase un sucesor en el Virreinato; no lo hizo de oficio porque no se creyera en la Corte que hacía su petición por otros motivos menos urgentes y hasta confiando en mejorar de salud.

La Inquisición de México, en carta de 2 de diciembre de 1744, remitió a la de Madrid las respuestas en que se informaba sobre Fuenc Lara, recibándose el pliego en la capital de España el 15 de junio de 1745: el capellán Don Luis de Velasco y Santelices lo remitió el mismo día al Marqués de la Ensenada para que lo pusiera en manos de S. M.<sup>13</sup>

La Real Cédula que aumentaba el sueldo a Fuenc Lara se expidió en Aranjuez a 1.º de mayo de 1745, "atendiendo a la integridad, conducta y desinterés", con que desempeñaba sus cargos. Se le asignaba el de 40.000 pesos anuales por todo el tiempo que rigiera el Virreinato; se advertía que este aumento era sólo a título personal, sin que pudiera servir de precedente a ninguno de sus sucesores; se le dispensaba del pago de la media anata acostumbrada; y se entendería por los Oficiales Reales de las Cajas de México que, si se había satisfecho la ayuda de costa a los virreyes anteriores Marqueses de Casafuerte y de Valero desde el día que tomaron posesión del Virreinato, debía practicarse lo mismo con el aumento de sueldo concedido a Fuenc Lara.<sup>14</sup> Esta última cláusula motivó que el Conde solicitara que se otorgara el aumento desde el día en que se posesionó del Virreinato, y una nueva Real Cédula (Aranjuez, 20 de junio de 1746) "en atenzn. al zelo y acierto" con que ejercía su cargo, accedió a su solicitud, declarando nuevamente que esta gracia real no debía servir de precedente y que se eximía al agraciado del pago del derecho de la media anata.<sup>15</sup>

Esto prueba mejor que nada que, a pesar de las falsedades e insidias del Inquisidor Decano, de las reticencias y murmuraciones de Dávila (recusable, en fin de cuentas, como persona interesada en la Audien-

<sup>13</sup> Id. de id. id. id. D. Luis de Velasco a Ensenada. Madrid, 15 de junio de 1745.

<sup>14</sup> Id. de id. id. id. Real Cédula a los Oficiales Reales de las Cajas de México, Aranjuez, 1.º de mayo de 1745.

<sup>15</sup> Id. de id. id. id. Real Cédula a los Oficiales Reales de México. Aranjuez, 20 de junio de 1746.

cia) y de las denuncias anónimas, si las hubo, el ponderado informe del Fiscal Andreu y la veracidad, franqueza y lealtad del Secretario del Virreinato, se impusieron en los Reales Consejos y se apreció, en su justo valor, la magnífica obra misional y constructora del Conde de Fuenclara.

El 4 de marzo de 1745 escribió nuevamente el Virrey a Ensenada su deseo de dejar sus altas funciones en los términos siguientes:

+

“Exmo. Sor.

“Amigo y Mui Sor. mío: Por el duplicado adjunto de la que escriuí a V. E. en 25 de Noviembre pasado, nerá V. E. lo que decía de mi salud, contentándome, por entonces, con la insinuación que le hacía privadamente para que me facilitase el consuelo de que los Reyes me nombrasen subcesor para estos empleos, por no resolverme, en aquella ocasión, a pedirlo de oficio, porque no se creyera otros motivos menos urgentes y alguna facilidad en esta pretensión, pero, respecto a que, desde aquel día a el de oy no he tenido vno bueno, sino que antes bien me ha sobrevenido el nuevo accidente de sangre de espaldas con bastantes evacuaciones y que, según me dicen los Médicos, estoy amagado del de Idropesía, me veo precisado a escribir a V. E. la adjunta de oficio, para que pueda mostrarla a los Amos, de cuja clemencia no dudo que, viendo el deplorable estado de mi salud, me concedan el vnico consuelo que deseo, facilitándoseme restituir a sus Ps. y pensar a lo que más nos importa, con alguna quietud, lo que, en medio de los cuidados de este difícil, crítico Gobierno, en la situación presente, no es posible conseguirlo. Yo espero merecer a V. E. me proteja para el logro de esta justa pretensión...”. Hablaba sobre diversos asuntos pendientes y al pie escribía, de su puño y letra: “Sor. Exmo. no escribo de mi Mano pr. no permitírmelo mi cabeza ni fluxión a los ojos. V. E. perdone”.<sup>16</sup>

En la carta de oficio, adjunta a la particular anterior, pequeña y tamaño de oficio, decía:

Exmo. Sor.

+

“Mui Sor. mío: Desde que llegué a esta Ciudad, reconocí el perjuicio que causaba en mi salud, así la variedad de este clima como sus

<sup>16</sup> Id. de id. id. id. Fuenclara a Ensenada. México, 4 de marzo de 1745.

alimentos, lo que creía podría vencer, haciéndome a vno y otro, pero a ido en aumento, de manera que hace más de tres meses no tengo vn día de salud y vltimamente me ha sobrevenido vn accidente el que puede, con la mayor facilidad, según me dicen los Médicos, pasar a vna Idropesía. Esto me tiene con el susto que V. E. puede considerar, y demás, estando para cumplir los 60 años este Mes de Abril, por lo que no puedo dejar de valirme del favor que devo a V. E., pidiéndole me ponga a los Ps. de los Amos, con el rendimiento que devo, haciéndoles presente el deplorable estado de mi salud, para que, con summa piedad y clemencia, atendiendo a mis cortos servicios, me hagan la particular honrra de embiar, quanto antes, sugeto que me subceda en estos empleos, para que yo tenga el consuelo de poderme restituir a sus Ps. y lograr morir en la quietud de mi Casa, para poder cumplir con algunas obligaciones de conciencia que, desde aquí, no me es tan fácil. Espero merecer a los Amos esta gracia por medio de la protección de V. E...".<sup>17</sup>

La poca salud de Fuenclara era cosa cierta y todos los historiadores mejicanos hablan de que fue la causa de su renuncia: Riva Palacio;<sup>18</sup> Cossío, que dice se hizo querer por su natural bondadoso,<sup>19</sup> y Rivera que renunció al gobierno por su quebrantada salud, pues los médicos le prescribieron tranquilidad y le anunciaron que viviría poco.<sup>20</sup>

Seguramente la falta del calor y cariño de su esposa y de su hija influyó mucho en la decadencia de sus fuerzas y de su salud. Y es que la gloria y los honores son mucho en la vida de un hombre, pero no todo; además se toman su revancha y a los mimados por ellos les cobran largamente la fortuna que les han dado, con intereses acumulados: ya hundiéndoles repentinamente o minando poco a poco y destruyendo, al fin, la salud. Este fue el caso de Fuenclara, al cabo de tantos viajes, tantas preocupaciones gubernamentales, disgustos, desconocimiento de servicios y de tantos años separado del seno de su familia.

Las cartas del Virrey llegaron a Madrid en junio de 1745 e, inmediatamente, Ensenada dio cuenta al Rey de sus deseos, contestando a Fuenclara, en nombre de S. M., que, atendiendo "a su distinguido mérito y a las vrgentes razones en que funda su instancia, queda S. M., sin embargo de las dificultades que ofrece la actual Guerra y constitución

17 Id. de id. id. id. Del mismo al mismo. México, 4 de marzo de 1745.

18 Riva Palacio, V.: *México a través de los siglos*, II, pág. 272.

19 Cossío, D. A.: *Historia de Nuevo León*, III, pág. 114.

20 Rivera: *Los gobernantes de México*, I, pág. 363.



de las cosas, en elegir, con la brevedad que fuere posible" persona que sucediera al Virrey y que, entonces, le permitiría volver a España.<sup>21</sup>

Pocos días después se acordó nombrar sucesor en el Virreinato al Teniente General Don Juan Francisco Güemes y Horcasitas, que, a la sazón, era Capitán General de la Isla de Cuba y Plaza de la Habana.. Ensenada lo comunicó a Fuenclara, a la vez que le participaba que el Rey le concedía licencia para volverse a España y le rogaba que mantuviese secretamente el nombramiento "hasta que sea de su Rl. agrado mandar que, por el Consejo de Indias se despachen los correspondientes" al nuevo Virrey. Debía esperar su llegada en México, disponiéndolo todo para que tomara inmediatamente posesión, comunicándole las órdenes que hubiera, instruyéndole en cuanto fuera conveniente al servicio del Rey y al mejor régimen y gobierno de Nueva España, entregándole las instrucciones que se le habían dado a él cuando salió de la metrópoli e informándole de las personas que pudieran servirle de ayuda en el desempeño de su cargo.<sup>22</sup>

A esta segunda carta unión Ensenada otra particular suya, casi efectiva, en que le decía:

"Sor. Exmo. A mí como no me pareció deber con una carta particular de V. E. executar su encargo de proponer al Rey le embiase sucesor, así también me pareció preciso dar cuenta a S. M. de la de oficio, en que, con tan justos motivos, le pide luego, pues sin salud nada ay bueno en este Mundo.

"Yo deseo mui de veras que los accidentes que padecía no continuasen y que con la más perfecta se cumpla a V. E. el de restituirse a su casa y créame V. E. su más fiel apasionado...".<sup>23</sup>

Al Capitán General de Cuba notificó su nombramiento con una curiosa y expresiva esquela, que pinta de cuerpo entero, en la intimidad, al gran Marqués, con su afán de ingresos para la Hacienda, que debían servir a sus proyectos geniales, con su amor al Comercio y hasta con sus gustos; envióse además a Güemes otra larga carta de oficio, en la que se le decía que, si bien S. M. quería que el nuevo Virrey de Nueva España oyera "los prudentes, acertados dictámenes" de Don Francisco Fernández Molinillo "para asegurar el acierto en los principios de su

---

<sup>21</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 1.505. Ensenada a Fuenclara. Aranjuez, 15 de junio de 1745.

<sup>22</sup> Id. de id. id. id. Del mismo al mismo. Aranjuez, ... de junio de 1745.

<sup>23</sup> Id. de id. id. id. De id. a id. Buen Retiro, 23 de junio de 1745.



Gobierno" y que le hiciera permanecer en México todo el tiempo que considerare necesario, no era su intención causar a este Ministro la menor involuntaria detención, pues, por su quebrantada salud, deseaba regresar pronto a España. Sólo se hacía a Güemes la advertencia de que le retuviera "por si no le conviniera o gustare venir en compañía del Conde de Fuenclara, para cuyo caso se remite a V. E. la citada orden ostensible, la qual y ésta manifestará V. E. al mismo Molinillo, cuyo particular mérito y conducta se hace digno de la consideración que debe a S. M., y, para quando determine venir a España le facilitará V. E. todas las disposiciones y providencias que necesitare y le pidiere". La adjunta a que se refiere no tiene desperdicio y estaba concebida en estos términos:

Quando el Rey destinó a Dn. Franco. Fernz. Molinillo, que era Oficial Mayor de la Secretaría del Despacho de Indias, para Secretario de Cámara y del Virreynato de Nueva España, confiriéndole plaza de Ministro del Consejo de Indias, fue con la idea de que, con sus talentos y acreditada conducta, y las dilatadas experiencias que adquirió de los negocios de aquel Reyno en el tiempo que lo gobernó el Marqués de Casa-fuerte, pudiese influir en el ánimo del Conde de Fuenclara las más acertadas resoluciones y hallar el Conde en él los dictámenes más seguros y fundados y más imparciales, que los que podría adquirir de otros Ministros o personas establecidas en aquel Reyno, como ha sucedido, oyéndole el Conde y correspondiendo él al encargo que se le confió.

"Oy considera S. M. igualmente importante que aquel Ministro instruya a V. E. de todo lo que, con su observación y práctica, comprendiere conveniente a su Rl. Servicio y que inspire a V. E. las ideas y resoluciones que sus conocidos talentos y experiencias le sabrán sugerir y habrán demostrado útiles, y me manda decir a V. E. le oiga y adopte sus pensamientos y dictámenes a la ejecución oportuna, pues comprende S. M. este por muy seguro medio para que V. E. afianze el acierto en los principios de su gobierno, inquiriendo reservadamente del mismo Molinillo el juicio o experiencia que tuviere de los Ministros de esa Ciudad y Reyno...".<sup>24</sup>

Debía pasar más de un año después de estas órdenes hasta el momento de cesar Fuenclara en el gobierno de Nueva España; la Real Cédula admitiéndole la renuncia, en que S. M. declaraba hallarse muy satisfecho de sus servicios y del distinguido zelo, con que os habéis

---

24 Id. de id. id. id. Ensenada a Güemes. Aranjuez, 21 de junio de 1745.

dedicado al desempeño de esos empleos y de mi confianza" y queriendo manifestárselo, le relevaba del cargo, permitiéndole volver a España cuando llegara su sucesor, se expidió el 23 de noviembre de 1745: podía hacer su viaje en cualquiera de los navíos de la Armada, en la forma y tiempo que tuviera por conveniente y se le permitía que pudiera dar su residencia por Procurador o Apoderado que dejara en México.<sup>25</sup>

En 1745 había decaído tanto la fiesta del Pendón, que se celebraba el día de San Hipólito, 13 de agosto, en conmemoración de la conquista de la ciudad de México por Hernán Cortés, sacándose el pendón Real la víspera y el día del Santo Mártir, acompañándolo el Virrey, la Audiencia, el Tribunal de Cuentas y los Oficiales Reales, que esa decadencia motivó un curioso y largo expediente. El Tribunal de Cuentas pretendía que el Virrey mandara a la Nobilísima Ciudad de México que le invitase a la fiesta del Pendón Real, pero, en vista del parecer que le dio el Oidor Trespalcios, el Conde despreció la pretensión del Tribunal, negándose a dar dicha orden, por su decreto del 4 de agosto de 1745. Por eso, el Tribunal de Cuentas no quiso asistir en este año a la fiesta, como había hecho hasta entonces, excusándose con que no se le había invitado a la procesión por el Alférez Real, según costumbre. Don Miguel de Berrio y Zaldívar, que era uno de los Contadores del Tribunal de la Contaduría Mayor de Cuentas de México, faltó, como sus demás compañeros, a la fiesta, pero se dejó ver públicamente en su coche, con las cortinas descorridas, llevando capa y gorro, en el momento en que iba a entrar en la iglesia el Real Estandarte. La Ciudad de México elevó entonces un memorial al Consejo de Indias, relatando lo ocurrido y pidiendo se ordenara que el Tribunal de Cuentas asistiera los dos días mencionados a acompañar al Pendón y que se reprendiese y multase a Berrio. Visto el memorial, el Consejo de Indias acordó (10 de enero de 1748) que se expidiera Real Cédula al Virrey, ordenándole que se hiciese observar inviolablemente la costumbre de que el Tribunal de Cuentas asistiese a las funciones en que salía el Real Estandarte y que, constando, por testimonio, la irreverencia y desatención de Berrio, se le impusiese y exigiese la multa de 500 pesos. Berrio entregó la multa, pero, seguidamente solicitó que se le devolviera, excusando su encuentro con el cortejo, que decía fue involuntario, pero el Consejo resolvió que, puesto que Barrio había salido de paseo, no tuvo motivo que le impidiera acudir

<sup>25</sup> Id. de id. id. id. Cédula del Rey a Fuenclara. San Lorenzo el Real, 23 de noviembre de 1745.

a la función y que, por tanto, no había lugar a la devolución pedida (3 de marzo de 1750): así se comunicó al interesado, que, seguramente, hubo de conformarse con tan alta decisión.<sup>26</sup>

Parece que el Tribunal de Cuentas era entonces el que gustaba de crear dificultades al Virrey: después de su petición de que el Conde de Fuenc Lara mandara que se le enviara invitación para la fiesta del Pendón, escribió al Rey quejándose de que el Virrey le mandaba por auto y no por billete, como disponía la ley 67, título 1.º, libro 8.º de la Recopilación de Indias y suplicaba a S. M. se dignara tomar la providencia que fuera más de su Real agrado, para que se le guardara este fuero, como se hacía con las demás Audiencias, por estar declarado en la ley 38.ª del citado libro serlo también dicho Tribunal.<sup>27</sup>

Todos los historiadores mejicanos hablan de lo que se estimaba en Nueva España al Conde de Fuenc Lara. El P. Andrés Cavo, criado bajo su gobierno<sup>28</sup> dice que "por sus partidas fue muy querido de los mejicanos";<sup>29</sup> Rivera refiere que, en el momento de cesar en el gobierno de Nueva España "por sus hechos seguía muy querido de los mexicanos";<sup>30</sup> Alamán que "fue muy estimado en Méjico y regresó a España con general sentimiento de los habitantes";<sup>31</sup> José María Andrade que México floreció bajo su suave gobierno y que esto no cabe dudarlo "pues que la separación de este Virrey fue sentida por los mexicanos".<sup>32</sup>

El 6 de junio de 1746 arribó al puerto de Veracruz el nuevo Virrey "el electo", Gobernador, Capitán General y Presidente de la Real Audiencia de Nueva España, Don Juan Francisco de Güemes y Horcasitas, desembarcado aquella misma tarde. La noticia de su llegada se tuvo en México a las cuatro de la tarde del domingo 12 del mismo mes, a la vez que se recibían cuatro cajones de pliegos del Real Servicio, llegados en los navíos de guerra que habían conducido a Güemes desde La Habana. La Real Audiencia encargó el mismo día a Don Pedro Núñez de Villavicencio, Contador interino de Reales Tributos, que, investido del cargo de Comisario de ella, pasara a cumplimentar al ilustre recién llega-

26 Id. de id. id. Leg. 731. Expediente de D. Miguel de Berrio sobre devolución de multa, años 1748 a 1750.

27 Id. de id. id. Leg. 1.921. El Tribunal de Cuentas al Rey. México, 10 de marzo 1746.

28 Nació en Guadalajara de México en 1739, ingresó en la Compañía de Jesús y murió después de 1794.

29 Cavo: *Los tres siglos de Méjico*, pág. 137.

30 Rivera: *Los gobernantes de México*, I, pág. 363.

31 Alamán, L.: *Disertaciones...*, III, pág. 59.

32 Andrade, J. M.: *Diccionario Universal de Historia...*, III, págs. 387-388.



do, en su nombre, entregándole la acostumbrada Real Provisión para que las Justicias y demás personas a quienes se intimara, le franquearan cuanto necesitara de carruaje para la conducción de Su Excelencia "pagándoles sus justos precios de los reales con q., a este fin, contribuyen la Rl. Audiencia y la Rl. Sala del Crimen".<sup>33</sup>

En la mañana del 14 de junio, el Conde de Fuenclara pasó a residir en las casas del Cabildo, dejando desocupado el Palacio Real para que se hicieran en la vivienda las obras de reparo y adorno convenientes al alojamiento del Virrey electo. La Audiencia le envió un atento recado, por medio de su Portero José de Santillán, pidiéndole su venia para pasar a cumplimentarle y, habiéndola él concedido, se avisó a la Real Sala del Crimen, al Tribunal de Cuentas, a los Oficiales Reales y al Contador de Alcabalas para que pasaran a incorporarse con la Audiencia en la Sala del Acuerdo para el cortés fin propuesto. Una vez reunidos, salieron de ella con la etiqueta correspondiente, yendo los señores más antiguos en la estufa<sup>34</sup> de Su Excelencia, que la prestó a petición de la Audiencia, dirigiéndose en forma procesional y cubriendo la carrera parte de la Compañía de Infantería del Palacio Real, en el momento del paso de la comitiva. Así llegaron al Ayuntamiento, donde montaba la guardia una escuadra de la misma Infantería del Palacio Real, que custodiaba la persona del Conde de Fuenclara, quien, en la sala principal de las habitaciones que el Cabildo había preparado para su alojamiento, recibió a la Audiencia y a los Tribunales, cumplimentándole, en nombre de todos, el Oidor Decano Don Francisco Antonio de Echávarri. Acabado este acto, se volvieron, en la misma forma, al Palacio Real y Sala de Acuerdo, de donde había salido "y por ser más de las onze y hauerse ocupado la mañana en los referidos precisos cumplimientos no se despachó cosa alguna...".<sup>35</sup>

Dos días más tarde, fiesta de tabla, por ser la octava del Corpus Christi, Fuenclara asistió a la misa y procesión que se celebró en la catedral, con la Audiencia y demás tribunales y anduvo la procesión en la forma de costumbre.<sup>36</sup>

---

33 A. gen. de Indias. México. Leg. 542. Diario de la primera Sala de la Audiencia en 1746.

34 Especie de carroza.

35 A. gen. de Indias. México. Leg. 542. Diario de la primera Sala de la Audiencia en 1746, martes 14 de junio.

36 Id. de id. id. id. Diarios de la primera y de la segunda Salas de la Audiencia de Nueva España en 1746.



El miércoles 29 de junio, día de San Pedro Apóstol, también fiesta de tabla en la catedral, sólo asistió a la solemne función el elemento oficial, pero no el Virrey: la procesión anduvo alrededor de la iglesia y, cuando acabó, todo, fueron la Audiencia, los Tribunales, los Oficiales Reales y el Ayuntamiento a cumplimentar al Conde de Fuenc Lara en su residencia de las casas del Cabildo.<sup>37</sup>

El día 5 de julio por la tarde, un martes, salió el Conde de Fuenc Lara de la capital de lo que podía considerar había sido su reino, para no volver más. La Audiencia, la Sala del Crimen, el Tribunal de Cuentas, la Real Caja y la Nobilísima Ciudad fueron a buscarle a las Casas del Cabildo, donde había residido veinticinco días y, en la debida formación, fueron a acompañarle hasta el Santuario de Guadalupe. Al pasar la comitiva por delante del Palacio Real, la Infantería que estaba allí de guardia presentó armas y se hicieron las salvas de ordenanza con los pedreros, repicando las campanas de todas las iglesias de México. Fuenc Lara hizo oración ante la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, en unión de los que le habían acompañado y que se despidieron de él en la casa donde se le había dispuesto alojamiento; hecha la despedida de Su Excelencia en Guadalupe, se volvieron los acompañantes, con capas, como particulares, cada uno separadamente. En el Santuario, el Cabildo cumplimentó al Conde Virrey por medio de dos Comisarios, que lo fueron el Canónigo Don Luis de Torres, el Racionero Don Manuel Roxo y el Secretario de Cabildo.<sup>38</sup>

Güemes, después de las acostumbradas fiestas en Veracruz y de la marcha y paradas reglamentarias, llegó a Otumba el 7 de julio, encontrándose allí con el Conde de Fuenc Lara, que le entregó el mando, mediando entre ambos las cortesías corrientes.<sup>39</sup>

El Secretario Molinillo, cumpliendo lo que se le ordenaba desde Madrid, salió a encontrar al nuevo Virrey al pueblo de Apa, distante tres jornadas de la capital, para hablarle de la situación de las cosas del Reino y de la ciudad, de los altos funcionarios y demás materias de gobierno; le acompañó a México y conferenció largamente con él hasta el 5 de agosto, en que se despidió; con objeto de acompañar a España al Conde de Fuenc Lara, como era su deseo.<sup>40</sup>

37 Id. de id. id. id. Diario de la primera Sala... en 1746.

38 Id. de id. id. id. Diarios de la primera y segunda Salas de la Audiencia de Nueva España... en 1746.

39 Id. de id. id. Leg. 1.506. Güemes a Ensenada. México, 16 de julio de 1746.

40 Id. de id. id. id. Del mismo al mismo. México, 4 de agosto de 1746.

Una Real Cédula de 10 de abril de 1745 había comunicado a Fuenclara que, por conceder permiso a Don Francisco Fernández Molinillo para volver a España, nombraba para sustituirle, cuando cesara, en la Secretaría de Cámara y del Virreinato, al Oidor Don Domingo de Trespalacios, con las mismas facultades, no gozando más sueldo que el de Oidor y concediéndole permiso para que sólo asistiera a la Audiencia en los días que le pareciera o que se lo permitieran sus obligaciones de Secretario;<sup>41</sup> comunicóse lo mismo a Molinillo,<sup>42</sup> pero debió quizá desistirse de esto, pues nada aparece de esta sucesión de Molinillo en el momento de su partida para España.

---

<sup>41</sup> A. H. N. Códices, 184. *Cedulario Indico*, de Ayala, tomo XI, fols. 118 v.º a 119 v.º, El Pardo, 10 de abril de 1745.

<sup>42</sup> Id. id. id. id. De id. id. fol. 120, Aranjuez, 22 de abril de 1745.

## XXII

### LA VUELTA A LA PATRIA

Había terminado el reinado en México del Conde de Fuenclara, que continuó su camino hacia Veracruz, donde diversas circunstancias iban a retenerle por algunos días.

Varios de los servidores que con él fueron a México desde España se quedaron en América, tal ese Don Baltasar Berzaval, nombrado, en 1745, Subteniente de la Compañía de Caballería de la Guardia del Real Palacio de México y la persona del Virrey.<sup>1</sup> Pertenecía, probablemente, a una familia de infanzones de Aragón y quizá era hijo de otro Don Baltasar Berzabal, citado, en 1728, como procurador a pleitos de D.<sup>a</sup> María Hipólita Cebrián, hija del Conde de Fuenclara, el cual era Procurador de número de la Real Audiencia de Zaragoza.<sup>2</sup> Llegó, en 1742; a México, como paje del Conde de Fuenclara, contando sólo diez y siete años, y su señor le nombró Alférez de la Guardia de Caballería adscrita a su persona y al Palacio Real; ascendió a Teniente y era Capitán de Infantería de la misma Guardia al volverse el Conde a España. En este empleo permaneció algunos años y, habiéndose retirado, obtuvo varias comisiones y alcaldías mayores. Habiendo ido a tomar una residencia en Zacatecas, casó allí con Doña Juana Duarte, viuda de Don Rafael Garay. Murió siendo Corregidor de Oaxaca. Su hijo menor, Don Diego, Sargento Mayor del Batallón de Guanajuato, murió

---

<sup>1</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 2.424. Nombramiento hecho en El Pardo a 14 de febrero de 1745.

<sup>2</sup> A. H. N. Consejos. Leg. 18.126. Información, fols. 49 v.º y 51.

en 1810 defendiendo la causa del Rey y la de España durante la rebelión de Hidalgo. <sup>3</sup>

También quedaron en México el Mayordomo Don Manuel Fernández y los familiares Don Esteban de Arria y Don Manuel Ferrón, uno de sus gentileshombres; el Subteniente de la Guardia del Palacio Real Don José de Arria, y su antiguo Caballerizo Don Bernardo del Arenal y Carrión, que había jurado el cargo de Alcalde Mayor de Tepeaca, por nombramiento real, en el Real Acuerdo, en 19 de julio de 1745. <sup>4</sup>

En el breve tiempo de su entrevista, en Otumba, en la tarde del 7 de julio de 1746, con su sucesor Don Juan Franciscó de Güemes, y, en cumplimiento de lo que se le había ordenado en la Real Orden de 23 de noviembre de 1745, entrególe Fuenclara el original de dicha orden y todas las que había recibido durante su gobierno, así como las instrucciones secretas que se le dieron en Madrid cuando emprendió su viaje a México, y le informó del estado en que quedaba el Reino de Nueva España, de cuanto había practicado para el Real Servicio y lo que tenía pensado hacer en los diversos negocios pendientes “con mucha claridad y fundado conocimiento”, para que se impusiese de ello; dióle también informes utilísimos sobre las cualidades de los Ministros y de las principales personas de la capital, concurriendo a ello, “con igual zelo”, la acreditada experiencia de Fernández de Molinillo, que había salido a recibir al nuevo Virrey en Apa, una jornada antes. <sup>5</sup>

Desde Otumba, luego de entregar allí el mando a Güemes, de simbólica manera, con el bastón, continuó el Conde su viaje a Cholula, donde permaneció hasta que se le avisó que estaban habilitados para sus viaje marítimo los dos bajeles de guerra del Rey “La Reina” y “El Dragón” —en el segundo de éstos había llegado Güemes desde La Habana—: entonces volvió a reanudar su marcha hacia Veracruz. <sup>6</sup>

Después de su partida, llegó a México una carta para él de Triviño, en que se le daba a entender la novedad que causó en Madrid el que no hubiese hecho publicar la Real Cédula de 31 de julio de 1745, en que se mandaban observar las leyes que prohibían los juegos de suerte y envite. No se le pudo entregar por haber salido ya, no sólo de la capital

<sup>3</sup> Alamán, L.: *Historia de Méjico*, I, Apéndice documental, doc. núm. 17, pág. 51.

<sup>4</sup> A. gen. de Indias. Escribanía de Cámara del Consejo. Leg. 245. Cuaderno 1.º de la Residencia del Conde de Fuenclara, fols. 58 y 140.

<sup>5</sup> Id. de id. México. Leg. 1.506. Güemes a Ensenada. México, 16 de julio de 1746.

<sup>6</sup> Id. de id. id. Leg. 1.341. Güemes a Triviño. México, 28 de abril de 1747.



sino de Veracruz. <sup>7</sup> El Consejo de Indias acordó y así se mandó cumplir por Real Cédula de 28 de octubre de 1746, que se cobraran 1.000 pesos de multa del Fiscal, Don Pedro de Bedoya, por el parecer que dio al Virrey de que suspendiese la ejecución de la Real Cédula prohibitiva. Pero esta orden posterior (Madrid, 28 de mayo de 1748) dispuso que se le restituyera esa cantidad. <sup>8</sup>

Habíase mandado a Don Andrés Reggio (Aranjuez, 21 de junio de 1745) el nombramiento que se había hecho en Don Juan Francisco Güemes para el Virreinato de México y el modo como había de conducirle a él y de regresar de allí con el Conde de Fuenclara. “Si el Conde —decía la orden— quisiere embarcarse con su familia en Veracruz para pasar a ese puerto de la Havana en los dos Navíos, prevendrá V. S. al Comandante le transporte, con la distinción debida a su representación y carácter”. Pero nada decía de que se reconociera a Güemes ni a Fuenclara como almirantes o jefes de la escuadra.<sup>9</sup>

Güemes había hecho su viaje en el navío de guerra “La Reina”, mandado por Don Juan de la Colina, y escoltado por el también navío de Guerra “El Dragón”, que iba bajo las órdenes de Don Manuel de Paz. <sup>10</sup>

El 1.º de agosto de 1746 escribió el nuevo Virrey a Don Manuel de Paz que saliera de Veracruz, con el Conde de Fuenclara, el 20 de agosto. El 13 de agosto una orden de Güemes previno al Gobernador y Oficiales Reales del puerto de Veracruz que, conforme a la Ley Real de Indias, hiciesen saber a los dos comandantes de los dos buques de guerra llegados con él, que el bajel que eligiera el Conde de Fuenclara para el viaje debería ser la nave capitana e ir el otro y los registros que fuesen subordinados a él, y a todos a disposición de dicho señor, obedeciendo sus órdenes, como S. M. lo había mandado. <sup>11</sup>

Hacíase esto en cumplimiento de la Ley Undécima, Libro III, Título III, de los Virreyes y Presidentes, la cual disponía que, siempre que éstos se embarcasen para el Perú o Nueva España o cuando volvieran a Europa, después de cesar en sus cargos, fueran de generales en el

7 Id. de id. id. id. De id. a id. México, 28 de abril de 1747.

8 Id. de id. id. Leg. 731. Expediente sobre la multa impuesta a Berrio.

9 Id. de id. id. Leg. 1.506. Ensenada a Reggio. Aranjuez, 21 de junio de 1745.

10 Id. de id. id. Güemes a Ensenada. México, 4 de agosto de 1746.

11 Id. de id. id. De id. a id. México, 25 de enero de 1747 y testimonio adjunto.

navío que eligieran para hacer su viaje y los demás estarían a sus órdenes. <sup>12</sup>

El 20 de agosto contestó, desde el puerto de Veracruz, el comandante de "El Dragón", Don Manuel de Paz, a los Oficiales Reales:

“Que las mismas leyes citadas previenen que los señores Virreyes se han de embarcar en las naos Capitanas, lo que, en esta ocasión, no se verifica y que quando el Rey estableció la nueva planta de Marina el año de mil setecientos dies y siete, no incluyó, en sus reales ordenanzas ni vn solo artículo de las leyes de Indias, que quedaron, en esta parte, sin vso, como lo testifica el no hauer seguido desde entonces la recidencia y otros pasos que se practicaban con los anteriores Generales de flotas, Galeones y Azogues, que lo eran sólo por virtud de vn Contracto oneroso con Su Magestad.

“No hay quien pueda ygnorar que la voluntad del Rey es que los Generales y Capitanes de su Armada sean responsables de ella, y los Thesoreros que transportaren, y no los Señores Virrêyes, como se comprueba con tantos que han sido transportados en los nauíos de Guerra desde el señor Príncipe de Santo Bono, sin que ninguno aya gozado el mando de los vaxeles del Rey, ni lleuado éstos más ynsignia que la que a correspondido a el grado de el oficial de Marina que a tenido la comisión, aunque sí todos los honores, determinado el respectable carácter de los señores Virreyes.

“Es cierto está concluido el Despacho y, en él, conciderado este Nauío por Capitana, lo que corrobora la orden con que me hallo del Exclentísimo Señor Virrey presente, de la que paso copia a manos de vuestas mercedes, en la que, según vuestas mercedes verán, me manda me vaya, a lo sumo, el día veinte, y sobre todo lo que me ordena mi Comandante General en el capítulo tercero de la Instrucción de viage, que es como se sigue: “Si el Excelentísimo Señor Conde de Fuenclara, Virrey que ha sido de aquel Reyno, determinare ...embarcarse en estos vajeles para venirse a este Puerto, no se alterará la Antigüedad de vuesa merced aunque Su Excelencia elija el Nauío la Reyna para su embarco, y qualquiera de los dos deuerá transportarle con la distinción correspondiente a su carácter y circunstancias”. Por el referido capítulo quedo

---

12 Id. de id. id. id. Testimonio adjunto a la carta de Güemes de 25 de enero de 1747.

obligado a responder de los dos Nauíos y el thesorero que conducen desde este Puerto al de la Hauana".<sup>13</sup>

Los Oficiales Reales de Veracruz remitieron a Güemes esta carta, diciéndole que Don Juan Antonio de la Colina no les había contestado nada por escrito (Veracruz, 23 de agosto de 1746). El Virrey les contestó, el 31 del mismo mes, que, a pesar de lo que decía Paz, las leyes de Indias seguían en su vigor, según constaba en los Reales Despachos de 24 de julio de 1737 y 14 de enero de 1740, "sin que pueda abrigarse con ningún Capítulo de Instrucción que le haya dado su Comandante General... a más de lo qual, el referido Paz y otros oficiales de maior graduación, que hay se hallasen, están a mis órdenes y obligados a ovedecerlas y cumplirlas, por lo que me a sido de alguna displicencia su capricho, de que puede tener, en lo venidero, arrepentimiento sin que le aproveche...".<sup>14</sup>

Esta carta del Virrey no debió ya llegar a manos de Paz, por haber zarpado la pequeña escuadra.

Molinillo habíase ya reunido con el Conde de Fuenclara. Efectivamente era su intención acompañarle en su viaje de regreso a España y Güemes, viéndole resuelto a ello y teniendo en cuenta que no era intención de S. M. "causar a este Minro. la menor involuntaria detención" en América, facilitó todas las disposiciones y providencias que necesitó "por el mérito y recomendaciones tan particulares" que tenía para ser atendido.<sup>15</sup>

El 21 de agosto escribió el Gobernador de Veracruz, Don Antonio de Salas, con los Oficiales Reales, a Paz; y, al día siguiente, los mismos Oficiales instaron a dicho jefe marino para que se hiciera a la vela cuanto antes, en vista de que el tiempo era favorable. Paz contestó el 30 de agosto, desde San Juan de Ulúa con la misma impertinencia si no mayor, que, en una de las cartas, le decían que el Conde de Fuenclara tuviera "el alto dominio sobre estos Nauíos" y en la de "ayer u oy todo lo contrario, que me hacen responsable de las demoras, vicible falta de justicia en pretender que sólo sea Comandante para lo grauoso". Decía que el 29 no pudieron salir los navíos y el 30 era el único día en

<sup>13</sup> Id. de id. id. id. Copia de carta de Paz a los Oficiales Reales de Veracruz, Dragón, 20 de agosto de 1746, en dicho Testimonio.

<sup>14</sup> Id. de id. id. id. Copias de las cartas contenidas en dicho Testimonio adjunto a la carta de Güemes de 25 de enero de 1747.

<sup>15</sup> Id. de id. id. id. Güemes a Ensenada. México, 4 de agosto de 1746.

que podían haberlo hecho, a no haber concurrido dos circunstancias dignas de la mayor atención “la primera, el hauer sido este día la opocición de la luna, en cuio caso hasta la Nación más Bárbara que se halla en el puerto, no lo dexa hasta sauer sus efectos; el segundo motiuo, porque el Excelentísimo Señor Conde de Fuenclara nos tiene prevenido que desea se haga mañana una junta de pilotos y otros sugetos experimentados y que, sobre ella, se determine la salida para su maior satisfacción y consuelo, por ser este tiempo el más crítico de el año para emprender qualesquiera viage en estos mares, y siendo vna proposición muy regular y aconstumbrada, e condescendido en ella, como también mis compañeros, los que igualmente deuemos venerar en quanto el Excelentísimo Señor Conde de Fuenclara nos ordenare, tanto por lo que nos deuemos a nosotros mismos como por lo que vuestas mercedes me han hecho sauer por su papel ya citado y copia adjunta...”.<sup>16</sup>

El 31 de agosto contestaron Salas y los Oficiales Reales a Paz que si le escribieron haciéndole responsable de la demora en la partida fue porque él se negó a entregar el mando a Fuenclara, según constaba por sus papeles; insistían en que el tiempo había sido favorable desde el día 29, pero que no contestaban a este punto para que no se dijera que no entendían de cosas de mar; que el Virrey les estrechaba a encargar a Paz que saliera de Veracruz cuando el tiempo lo permitiera “si por no hacerlo —terminaban— o por no hauerlo hecho ayer, se malogran los importantes efectos del seruicio del Rey, a que puedan aspirar las intenciones de Su Excelencia, vuesa merced responderá adonde le puedan hacer cargo de ello, pues, por sus mismos papeles que hemos remitido y remitiremos al señor Virrey, verá el Rey y sus ministros que vuesa merced, por su voluntad, es el comandante y el responsable...”. Y el mismo día comunicaban al Virrey estos dimes y diretes, añadiendo: “...De público sauemos que oy se hizo Junta en orden a la salida, con temores del Equinocio y lunaciones, en precencia de el Excelentísimo Señor Conde de Fuenclara y del Señor Don Francisco Fernández Mollinillo, que no quicieron dar dictamen en el assumpto; sauemos que fue en la plasa, sin noticia de mi Governador, y que, haviéndose tenido por presisa la acistencia del deputado del Comercio de España por el interés que tiene en los nauíos, se desestimó o no hizo caso de la de oficiales reales, como si no fuesen aquí partes muy formales por la real Hacen-

<sup>16</sup> Id. de id. id. id. Paz al Gobernador y Oficiales de Veracruz. San Juan de Ulúa, 31 de agosto de 1746, en Testimonio citado, fols. 7 v.º a 9 v.º



da... Hemos oydo decir que la maior parte de la Junta determinó la salida al primer buen tiempo, éste se turbó y con algunas ligeras turbonadas y esperamos ver cómo amanece mañana...".<sup>17</sup>

El 7 de septiembre contestó el Virrey a esta carta, declarándose "enterado de todo y de las extravagantes razones en que Don Manuel de Paz funda la satisfacción", aprobando todo lo hecho por el Gobernador y Oficiales Reales de Veracruz y ordenándoles que, si Paz perseveraba "en su terquedad y capricho", entregaran la carta que les adjuntaba a Don Juan de la Colina, a fin de que éste pusiera en práctica la orden que le enviaba.<sup>18</sup>

Pero Paz no estaba ya allí. Embarcado el Conde de Fuenc Lara en el bajel de guerra "La Reina", la pequeña escuadra zarpó de Veracruz para La Habana el 2 de septiembre.<sup>19</sup>

Güemes quedó muy descontento del proceder de Paz, que lo hubiera pasado mal, de haberle alcanzado los rayos de la ira virreinal, si ésta hubiera tenido a su disposición los modernísimos medios de localizar al desobediente. El Virrey desahogó su sentimiento en su carta al Marqués de la Ensenada, en la que, hablándole del asunto decía:

"Intimada la mía a Dn. Manuel de Paz, en lugar de cumplirla, la volvió controversia, hasta llegar a poner, por escrito, ser insubsistente la Ley, con otros despropósitos, que comprenderá V. E. articuló y consta del Testimonio adjunto, que a haverme alcanzado el tiempo, le hago quedar en el Reyno, para corregir su poca obediencia, que fue tanta, que el Gallardete que puso luego que llegó al Puerto, lo llevó a su salida, sin guardar el decoro y atención que S. M. manda se observe con los Virreyes de las Indias, que vienen a ellas y vuelven a Europa, cuyo obsequio y cumplimiento totalmente abandonó, y en el mismo hecho, la orden con que le incité para que cumpliese tan expreso mandato, dexando exemplar pernicioso, que puede, en lo sucesivo, ceder en desatención de la authoridad y esplendor con que quiere el Rey se veneren, acaten y respeten los que acaban de servir los empleos de Virrey, en quienes quiere se mantenga la imagen y representación de su Real Persona...".<sup>20</sup>

17 Id. de id. id. id. Salas a Güemes. Veracruz, 31 de agosto de 1746, en Testimonio citado; fols. 16 a 18.

18 Id. de id. id. id. Güemes a Salas. México, 7 de septiembre de 1746, en dicho Testimonio, fols. 18 y 19.

19 Id. de id. id. Leg. 1.341. Güemes a Triviño. México, 28 de abril de 1747.

20 Id. de id. id. Leg. 1.506. Güemes a Ensenada. México, 25 de enero de 1747.

Por orden de Fuenclara se había reunido en la Caja Real de Veracruz un millón de pesos. Al llegar a este puerto, con su sucesor Güemes, los navíos de la Armada Real "El Dragón" y "La Reina", los Oficiales Reales de la Caja de Veracruz abrieron en ellos registro de plata y frutos, en virtud de comunicación y mandato de ambos Virreyes, ordenándoles el Conde de Fuenclara que remitiesen en ellos a S. M. el millón de pesos referido, con algún dinero más que restaba en las Cajas de lo remitido de Guatemala, en conformidad de cuyas órdenes, embarcaron por mitad, en ambos navíos, "en moneda doble del cuño mexicano", la cantidad de 1.084.861 pesos. Envióse este dinero, por orden de los Virreyes, al Gobernador y Oficiales Reales de La Habana para que lo guardaran allí hasta que hubiera ocasión propicia de enviarlo a España. También por disposición de ambos virreyes se enviaron en dichos buques 2.676 quintales y 51 libras de cobre labrado en 5.086 planchas.<sup>21</sup>

El viaje de Fuenclara de Veracruz a La Habana debió ser feliz y nada dicen acerca de él los documentos: en la capital de Cuba iba a verse obligado a permanecer varios meses.

El Consejo de Indias se preocupaba, entretanto, de la residencia que se había de tomar al Conde, conforme a lo legislado. Ensenada escribía el 2 de septiembre al Conde del Montijo que, al tiempo de aprobar el Rey los sujetos nombrados para tomar las residencias al Marqués de Villagarcía y al Conde de Fuenclara, Virreyes que habían sido del Perú y de Nueva España, había resuelto S. M. que Montijo, como Presidente del Consejo de Indias, propusiera sujetos que tomaran también las residencias a Don José Manso, Don Juan Francisco de Güemes y Don Domingo Ortiz de Rozas, de los gobiernos de Chile, La Habana y Buenos Aires "para evitar que, por la detención, no puedan satisfacer los cargos que se les puedan hacer y el Real Erario o algunas personas que tengan que demandar contra ellos, experimenten el daño de no ser indemnizados...".<sup>22</sup>

Al mismo tiempo se dirigía por el Rey una Real Cédula a la Audiencia de México, diciéndole que, por otra de 23 de noviembre de 1745, se concedió a Fuenclara que, en cuanto llegara su sucesor, pudiera restituirse a España, dispensándole la gracia de dar su residencia por Procurador y que, antes de marcharse, dejara la fianza de su residencia;

---

<sup>21</sup> Id. de id. id. Leg. 1.921. Los Oficiales Reales de Veracruz al Rey. Veracruz, 8 de agosto de 1746.

<sup>22</sup> Id. de id. id. Leg. 1.505. Ensenada a Montijo. Buen Retiro, 2 de septiembre de 1746.

si se había marchado ya, la Audiencia debía proceder a embargar los bienes que hubiera dejado en la Nueva España.<sup>23</sup>

El 10 del mismo mes de septiembre una consulta del Consejo, cumplimentando su acuerdo del 26 de agosto, nos dice que, por Real Decreto de 5 de junio de 1746 previno S. M. al mismo Consejo de Indias que había concedido al Virrey de Nueva España, Conde de Fuenclara, licencia para restituirse a España y que por Real Cédula de 23 de noviembre de 1745 se le había mandado al Conde que, luego que llegara su sucesor a aquellas provincias y tomase posesión del Virreinato, pudiera realizar su viaje a España, dispensándole también la gracia de que pudiera dar su residencia por Procurador o Apoderado que dejase nombrado en aquellas provincias. Que convenía pusiera su fianza y que se le escribiera carta por la vía reservada "o por donde V. M. fuere servido", para cuando llegara a España, encargándole "con las expresiones y cláusulas que parezcan más suaves y decorosas" que, en el caso de que no hubiera dejado la fianza, se ofreciera voluntariamente y por sí mismo a depositar, de los bienes que tuviere, todo lo correspondiente a la cantidad que debiera haber dado para su residencia, pues, por este oportuno medio, evitaría cualquiera otra providencia que pudiera causar publicidad y nota. La carta al Virrey debía hacerse por triplicado, enviándolas al Presidente de la Casa de la Contratación de las Indias y a los Intendentes de Marina de las costas de Galicia y de Cantabria, a fin de que se las entregaran, según el puerto a que llegare de España, haciendo que se pusieran en sus manos, a bordo de los navíos en que viniera y antes de desembarcar de ellos; al mismo tiempo que se les adjuntaba la carta destinada al Conde de Fuenclara, se prevendría a los tres altos funcionarios citados, a quienes se instruiría del contenido de las cartas que, si el dicho Virrey les expresaba que había dejado afianzada su residencia, le dejaran usar libremente de los caudales y efectos que trajere; pero que, si de su relación resultare lo contrario o voluntariamente, por sí mismo, no depositare luego la fianza, pasaran a embargarle la cantidad o el valor correspondiente a que quedara asegurado el importe de dicha fianza, teniendo reservada en sí esta orden, sin que nadie llegara a enterarse de ella y ejecutándola de modo que se evitara todo ruido y publicidad.<sup>24</sup>

<sup>23</sup> Id. de id. Indiferente, Leg. 8. Copia de la Real Cédula. Buen Retiro, 2 de septiembre de 1746.

<sup>24</sup> Id. de id. id., doc. 36. El Consejo de Indias al Rey. Madrid, 10 de septiembre 1746.



El 25 de septiembre, Montijo comunicó al Rey que había nombrado, para tomar la residencia a Fuenclara al Marqués de Altamira y, en caso de falta o imposibilidad de éste, a Don Fernando Dávila de Madrid, y, por falta de ambos, a Don Luis Fernández de Madrid, todos ellos Oidores de la Audiencia de México.<sup>25</sup>

Al día siguiente, el Consejo de Indias representó a S. M., en cumplimiento del acuerdo del 22 de septiembre, que la fianza que debían depositar los Virreyes de Nueva España y del Perú, por su Residencia, debía ser "hasta en la cantidad de cien mil pesos, pues, aunque no se puede determinar ni señalar a punto fijo, por ignorarse los cargos que podrán resultar contra ellos y sus dependientes, parece esta cantidad suficiente y proporcionada, no sólo para las resultas de sus Residencias, sino también para la seguridad de las demandas particulares, que se les puedan poner en las capitales expresadas".<sup>26</sup>

El 11 de octubre de 1746 contestó, desde Cádiz, Don Alejo de Rubalcava, que cumpliría lo que se le ordenaba si llegaban allí alguno de los dichos Virreyes.<sup>27</sup>

El Marqués de la Ensenada había comunicado a Fuenclara la gracia que el Rey le había concedido de que se le abonara el aumento de sueldo desde el día en que tomó posesión del Virreinato, con una política carta, que, probablemente el interesado debió recibir en La Habana y a la que contestó, el 15 de diciembre desde la misma ciudad, donde aguardaba ocasión oportuna de volver a España. Recordando cuanto debía al Rey Animoso, escribía a Ensenada la sentida carta de pésame que va a continuación:

+

"Exmo. Sr.

"Mui Sor. mío: Con el arrivo a este Puerto de vn Aviso que salió del Ferrol el día 7 de Spbre. ha recibido este Governador la carta de V. E. de 24 de Agto. que ha confirmado la fatal noticia de la muerte del Rey (que por las Colonias de Inglaterra havíamos savido anteceden-temente) succedida el día 9 de Jullio. Explicar yo mi justo dolor de tal pérdida para la Monarquía, no es posible, pues es correspondiente al

<sup>25</sup> Id. de id. México. Leg. 1.505. Montijo al Rey. Madrid, 25 de septiembre de 1746.

<sup>26</sup> Id. de id. Indiferente. Leg. 8, doc. 37. El Consejo de Indias al Rey. Madrid, 26 de septiembre de 1746.

<sup>27</sup> Id. de id. México. Leg. 1.505. Rubalcava a Ensenada. Cádiz, 11 de octubre de 1746.



afecto de vn buen vasallo y reconocimiento a las honrras y confianza que he debido a S. M. Así espero que V. E. me fauorezca haciendo a nros. nuevos Monarchas esta expresión como la de que sólo podemos tener consuelo en esta desgracia con la fortuna que Dios nos concede dándonos unos Monarchas tan benignos como sus Mags., en quienes por sus esclarecidas y relevantes virtudes, podemos asegurarnos de vn acertado Govno. y administrasn. de Justa. pa. consuelo de su vasallos...". <sup>28</sup>

Carta de pésame y, a la vez, de excelente política para tener de su parte al nuevo Soberano.

A la vez que ésta, escribió, en la misma fecha y al mismo Ministro:

+

"Exmo. Señor.

"Mui Sor. mío: respecto de la duda de si parte de estos Navíos, o el Todo deberá pasar a Espa. luego o bien si las circunstancias del tpo., podrán dilatarlo, en cuyo caso me veré imposibilitado de restituirme a los Ps. de los Reyes con la breuedd. que deso. y poder lograr la quietud de mi Casa, de que tanto necesita mi salud, y qe. save V. E. el estímulo principal para pedir a la clemencia del Rey nombrase sucesor pa. el Virreynato de México y así, fiado en el Favor que devo a V. E., espero me ponga a los Ps. del Rey y suplicándole me haga la honrra de mandar al Comandante de esta Sqa. me dé un Navío de Guerra de S. M. para que me transporte a esos Reynos, en la Primavera o Verano, pues con él se podrá lleuar tambn. algn. Caudl. de S. M. y de este Comercio de la Hava. con lo ql. lograré el consuelo que tanto anhele de ponerme a los Ps. de sus Mags. y oveda. de V. E...". Adjuntó a esta última carta una esquelita, escrita de su puño y letra, para que atendiera más su ruego, en que le decía:

"Amo. y Sor. Espero merezer a V. E. me fazilite el Navío q. pido en la ynclusa, ps. el aver experimentado lo q. es la Mar en el Ynvierno me hase desear executar mi viaje en la Primavera o Verano, y quedo como spre. a lo dispn. de V. E...". <sup>29</sup>

A mediados de mayo de 1747 continuaba aún en La Habana, y escribía nuevamente a Ensenada que, por falta del navío pedido, se

<sup>28</sup> Id. de id. id. id. Ensenada a Fuenclara. Aranjuez, 20 de junio de 1746; Fuenclara a Ensenada. La Habana, 15 de diciembre de 1746.

<sup>29</sup> Id. de id. id. id. Fuenclara a Ensenada. Habana, 15 de diciembre de 1746.

mantenía allí, pero que no quería dejar de repetirse a la disposición del poderoso Ministro, al mismo tiempo que le recordaba la importancia con que esperaba se le proporcionara ocasión de pasar a España.<sup>30</sup>

No debía tardar muchos días en embarcarse, y, lo mismo que para salir de España con destino a México, iba a realizar su regreso a bordo de un buque francés, aunque al principio había proyectado hacerlo en el "Invencible", nave capitana de la escuadra, mandada por Don Benito Antonio Spínola y ya había embarcado en ella, bajo partida de registro, su numeroso equipaje.

Componíase éste de trece cofres de ropas del Conde y de su servidumbre o familia y cuarenta y ocho fardos y cajones, en los que se incluían seis baúles y dos cajones con un rótulo que decía "Virrey" y numerados 1, 2, 4, 5, 6, 7, 9 y 10: Contenían éstos la vajilla preciosa usada por Fuenclara, fabricada en parte de plata quintada labrada, la cual pesaba 1.656 marcos, y parte (la contenida en el baúl número 7) en oro, que pesaba 99 marcos. Todo este bagaje se trasladó, el 9 de junio de 1747, a la fragata francesa "El Camello", del Rey Cristianísimo, que navegaba bajo el mando del Capitán Pedro Payade y que iba a emprender la travesía del Atlántico con rumbo a Pasajes o a Santoña. Muy prudentemente, el Conde se proveyó, al embarcar, en La Habana, de dos certificaciones del Gobernador y Capitán General de La Habana, Don Francisco Cagigal de la Vega, Mariscal de Campo, y de los Oficiales Reales, en que se detallaba su equipaje, pero no que en él transportaba tabaco y chocolate, para que no se creyera hacía contrabando. Llevaba también 30.000 pesos en 7.500 doblones de oro.<sup>31</sup>

Quizá el deseo de llegar antes a España o la mayor seguridad que parecía ofrecer el viaje a bordo de un buque extranjero le movió a preferir el "Camello" al "Invencible".

Sea como quiera, el viaje parece haberse realizado felizmente y, desde luego, mucho más rápidamente que el de ida desde España.

La guerra entre España y la Gran Bretaña continuaba y los buques británicos, más ligeros y veloces que los españoles, estorbaban cuanto podían la carrera de las Indias y las comunicaciones entre el Imperio Español y la metrópoli. "Debido a esto —dice Casariego— los navíos sueltos que venían de las Indias tenían que navegar bajo la pesadumbre

30 Id. de id. id. id. Del mismo al mismo, Habana, 13 de mayo de 1747.

31 Id. de id. id. id. Fuenclara a Ensenada. Lúcar, 18 de julio de 1747 y certificaciones adjuntas, fechadas en Habana a 9 de junio de 1747.

constante de esa amenaza y más de una vez, al borde ya de la península, hubieron de encontrar la salvación de los correos y los caudales que transportaban en los puertos artillados de la costa norteña”.

“En ese caso —continúa el mismo— se hallaba una fragata que navegaba por el Cantábrico... Traía a su bordo... al Conde de Fuenclara..., de amable carácter, pero de inflexible rigidez en sus funciones administrativas, ya que en su gobierno había descollado por la justa severidad en mantener las buenas costumbres y desterrar la pasión del juego y de la embriaguez que corroían a la sociedad indiana...”

“El Conde de Fuenclara, libre ya de las preocupaciones del Gobierno... gozaba divisoando las costas de la Patria y pensando en el recibimiento que habían de tributarle en la Corte... Sentíase, además, enfermo y necesitaba reposar. Mas como el hombre propone y es Dios El que dispone, sus bellos pensamientos de homenajes y de bien ganado descanso se vieron truncados por la presencia de dos navíos ingleses que navegaban sobre su fragata amenazándola con la doble fila de sus dos puentes, dentados de cañones. El comandante de la fragata, que conocía su inferioridad artillera, trató de ganar la costa, en demanda de refugio, pero los ingleses cargaron lona y se dispusieron a darle caza antes de que pudiera acogerse al puerto. Lejos, muy lejos, se divisaba la esbelta y alba torre de la capilla de la Blanca y los macizos muros de los fuertes de la Atalaya y de Castiel. Luarca, con las fauces de su concha abiertas sobre el mar, ofrecía el seguro amparo... Pero, ¿le daría tiempo de protegerse en ella?

“La carrera de tres buques de airoso aparejo y blancas velas sobre un mar encalmado y con el fondo imponente de aquel paisaje debía de ser, sin duda, un bello y emotivo espectáculo. Chirriarían las vergas bajo las amplias alas de las velas y el viento, sutil, pulsaría con dedos invisibles los cordajes de las altas arboladuras. Se inclinarían los pesados cascos sobre rieles de espuma alborozada, como monstruos jadeantes. De pronto, una nubecilla blanca, seguida de un estampido bronco que rompería el silencio quieto y solemne de las aguas marinas, retumbaría en las combres de la Atalaya. Empezaba el cañoneo. Ya estaban, perseguido y perseguidor a media milla de la playa, casi en la embocadura de la concha. La distancia era cada vez más corta. A cada disparo de la fragata española podían responder los navíos ingleses con seis y de mayor calibre. Pero desde la tierra se abría un fuego cerrado sobre ellos. Entonces el aspecto de la lucha cambió por completo y los britá-



nicos se vieron precisados a orzar para librarse de aquella granizada. Ya no podían pensar ni en la presa ni en el desembarco. Varias balas que cayeron sobre sus cubiertas les acabaron de convencer de ello. Los artilleros del litoral tiraban a desarbolar y pronto hubieron de apreciar con júbilo que el enemigo se retiraba con visibles averías en el velamen. La partida estaba ganada y la fragata pudo fondear tranquilamente y enviar sus botes a tierra".<sup>32</sup>

Perdónesenos que, en vez de resumir brevemente el suceso, hayamos preferido copiar lo escrito, de manera fácil y sugestiva, por la pluma de Casariego, que ha sabido evocar admirablemente cómo debió ocurrir la llegada a Luarca, impensada, del Conde de Fuenclara.

La fragata había llegado cerca de las costas españolas, cuando, efectivamente, hubo de emprender veloz carrera y refugiarse en el puerto más próximo, perseguida por una escuadra inglesa. Cuando se metía en la concha del Oprimido, los proyectiles enemigos causaron un incendio en ella; afortunadamente, la cercanía de la tierra evitó que el siniestro adquiriera grandes proporciones.<sup>33</sup>

"El Virrey Conde de Fuenclara —sigue diciendo Casariego— desembarcó en Luarca. El azar le había deparado, para este caso, un providencial compañero de viaje: su amigo el oidor de la Audiencia de Méjico Ilmo. Sr. D. Adolfo de Avella-Fuertes, hidalgo luarqués con solar en la cercana aldea de Canero, que regresaba de Nueva España para pasar de capitán general a Manila. Ambos fueron recibidos por las autoridades de la villa y debieron de ser alojados con otros pasajeros de categoría, en el magnífico palacio del marqués de Ferrera o en las casonas blasonadas del muelle."<sup>34</sup>

Es posible que todo esto sucediera como lo describe el ilustre periodista y escritor, pero Fuenclara no lo ha dejado anotado en su correspondencia, con su acostumbrada parquedad informativa. Ni aun sabemos por él de Don Jacinto (y no Adolfo) Avella Fuertes, que, desde luego, no era Oidor de la Audiencia de México, pero que hospedó al Conde en su casa del lugar de Llamas, a dos leguas del puerto de Luarca.<sup>35</sup>

<sup>32</sup> Casariego, Jesús Evaristo: *Tradiciones españolas. El ataque de los navíos ingleses y la muerte del Virrey Fuenclara en Luarca*, en "El Alcázar", Madrid, 20 de marzo de 1943.

<sup>33</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 1.505. Testimonio adjunto a la carta de Colosía a Ensenada. Luarca, 28 de agosto de 1747.

<sup>34</sup> Casariego, art. citado.

<sup>35</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 1.505. Colosía a Ensenada. Luarca, 20 de julio y 28 de agosto de 1747.



El primer cuidado del Conde, después de desembarcar, fue escribir a su mujer por medio del Marqués de la Ensenada, al que dirigió dos cartas. En la primera le decía que, no habiendo posta en aquel puerto, enviaba su carta, con los pliegos de oficio y otros que le habían dado en La Habana, así Oficiales Reales como su Gobernador y otros, con un propio al Regente de Oviedo, para que despachara extraordinario con unos y otros al Marqués de la Ensenada, terminando con estas palabras: "...Espero que V. E. me haga el gran favor de enviar el Incluso pliego a mi muger, pues a más de sacarla del cuidado, en qe. supongo estará le encargo me envíe luego el Carruage que nezesito a la Barca de Valencia...". En la segunda advertía que había traído tabaco y chocolate, que se olvidaron de anotar en La Habana y que eran para regalar a diversas personalidades.<sup>36</sup>

En Luarca le esperaban a Fuenclara nuevos cuidados. Desempeñaba allí el cargo de Comisario de Marina y Juez de Arribadas de Indias, del Principado de Asturias, Don José Antonio de Colosía Mier y Noriega, que no se atrevía a dar un paso sin consultar con el Marqués de la Ensenada. Buena parte de sus dudas sobre el modo de proceder se debían, naturalmente, a que nunca había recibido, en los límites de su jurisdicción, a un personaje de tanta categoría, según confiesa el mismo.<sup>37</sup>

El Conde se retiró a la casa de Don Jacinto Avella Fuertes, en la aldea de Llamas. Casariego dice que Avella le ofreció, para reponer su delicada salud, su casa de la aldea de Canero, donde los aires puros, la vida tranquila y amable del lugar tonificarían al cansado Virrey; que éste aceptó y que enfermó allí tan gravemente que falleció. En prueba de esto, dice que aún se muestra "en la casona de Llamas, de los Avella-Fuertes, en Canero, la maciza cama española de alto dosel, con pilares torneados, donde expiró cristianamente un Virrey del Imperio...".<sup>38</sup>

Pero, aunque la tradición luarquesa diga esto, los documentos del Archivo de Indias, del de Protocolos de Madrid y del Marqués de Castelar y hasta la misma "Gaceta de Madrid" nos hacen saber que vivió aún varios años.

Llevó consigo a Llamas todo el caudal y efectos que traía, conviniéndose entre el Juez de Marina y el Administrador de Rentas que fuese depositario de ellos el señor de Avella-Fuertes, en cuya casa se

<sup>36</sup> Id. de id. id. id. Fuenclara a Ensenada. Luarca, 18 de julio de 1747.

<sup>37</sup> Id. de id. id. id. Colosía a Ensenada. Luarca, 20 de julio y 28 de agosto de 1747.

<sup>38</sup> Casariego, art. citado.

hospedaba. "Oy me a dho. S. E. —escribía Colosía— que está para marchar a la Corte y q. a de llebar consigo todos aquellos efectos y caudales; le respondí q. lo suspendiese asta q. dando parte a V. E. se dinase dar las orns. correspondientes, a que dijo bolbiese la orn. de V. E. En estos términos, no discurrí otro que el de proponerle el reconocimto. de la cantidad y cualidad y su peso, y, rrespecto a vno y otro q. afianzase el satisfazerlos a S. M. No sé si combrendrá en ello, pero, en el caso de que lo aga, espero q. V. E. me lo tenga a bien, rrespecto a que mi ynclinación a este cavo. produzirán poco efecto para embarazarle su gusto.

"También le dije que todo aqullo. q. fuese preciso para el serbicio de la persona de S. E. podía serbirse de ello, pero no sólo esto quiere, sino el todo, y berdaderamte. como aquí no ay exemplar'es con yguales personas de la graduazón. de S. E. no sé si acaso se la falta a ella y sea rreparable a V. E., de quien espero adbertirme porq. asta tanto, a excepón. de lo q. sea preciso para su uso y distinzón. no me resolberé.

"También a benido en compañía de Su Exa. —acababa diciendo— Dn. Jph. Manso, de quien asta aora no se am bisto baúles ni otra cosa, supongo q. acaso estarán con los de los franzeses, pr. causa de la confusión con q. se procuraron salbar. de enemigos...".<sup>39</sup>

He aquí cómo un hombre que había ejercido en América la autoridad soberana se veía reducido, al llegar a España, a los mismos inconvenientes y molestias que un navegante particular cualquiera. Todo el mundo era igual ante la ley, verdadera y ejemplar democracia sin nombre de tal y ante la cual debían callarse muchas críticas contra el antiguo régimen, sobre todo cuando esas críticas vienen de parte de quienes amparan injusticias e ilegalidades y establecen situaciones irritantes de privilegio.

Fuenclara escribió el mismo día a Ensenada. No se desataba en invectivas contra Colosía ni se quejaba airadamente contra él, pero refería que, aunque le prometió pasaría a verle por la mañana temprano, el Comisario de Marina no compareció hasta las tres dadas de la tarde, prometiéndole que despacharía, la misma noche, un extraordinario a la Corte. Confiaba en que el Ministro aprobaría el que se llevara todo el equipaje a Madrid, dejando afianzados los derechos que S. M. determinara pagara todo cuanto había traído de América.<sup>40</sup>

39 A. gen. de Indias. México. Leg. 1.505. Colosía a Ensenada. Luarda, 20 de julio 1747.

40 Id. de id. id. id. Fuenclara a Ensenada. Llamas, 20 de julio de 1747.

Ensenada no lo aprobó y, aunque, al fin, se entregó al Conde todo cuanto había traído, se le molestó inútilmente, reteniendo, en virtud de las órdenes del Ministro, parte del bagaje del Virrey.

El 22 se convino con el capitán del "Camello" y el Cónsul de Francia en hacer el inventario de los efectos del barco y se comenzó, al día siguiente, el examen de fardos y baúles por los de los oficiales. El Conde insistía cerca de Colosía en marcharse, pero él le contestaba siempre que esperaba las órdenes de Ensenada y que, de momento, podía utilizar lo que fuera de su exclusivo servicio.<sup>41</sup>

El 27 de julio entregó Colosía a Fuenclara la carta del Marqués de la Ensenada de 3 de octubre de 1746, en que le decía que S. M., por representación del Consejo de Indias, había resuelto que, en el caso de que el Conde no hubiera afianzado en México los cargos que podían resultar de la residencia que debía dar de los empleos del Virrey y Capitán General de Nueva España, los afanzara inmediatamente en el lugar de su desembarco, depositando la cantidad de 100.000 pesos, según la orden de Ensenada al Intendente Don Bernardino Freyre, a pesar de que, en México, a los albaceas del Duque de la Conquista, para permitirles sacar todos los caudales y efectos que dejó el Duque, sólo se les mandó dar de fianza 30.000 pesos. Tampoco se quejó Fuenclara de este nuevo desfavor ministerial: pasó inmediatamente a otorgar la obligación que se le exigía y escribió a Ensenada diciéndole: "...estimaré que V. E. participe al Rey nro. Sor. mi promptitud en obdecer sus Rs. orns...". Pero, en una esquelita autógrafa, adjunta al despacho oficial, expresaba algo del descontento profundo que debía experimentar al ver pagados de ese modo sus grandes servicios, al escribir que el Consejo de Indias, pese a lo hecho con el Duque de la Conquista, igualaba ahora en opulencia el Virreinato de Nueva España al del Perú" pero no me ha parecido detenerme en nada —decía— porq. no se atribuya a nimiedad u otros fines. Escribí a V. E. con el primer Propio q. despaché, sobre la manutn. de los honores de los empleos en q. serví al Sor. Infante, pidiendo el Tren de Cavalleriza q. gozé, fiado en la fineza de V. E., solamte. así no quisiera q. V. E. lo remitiese al Sor. Villarias, porq. este Cavallero nunca me ha sido favorable, sin q. yo aya comprendido el motivo, y así más satisfecho estaré de perder el goze del Tren de Cavalleriza pr. mano de V. E. q. lograrlo pr. la suya...". Encontraba falta

---

41 Id. de id. id. id. Colosía a Ensenada. Luarda, 23 de julio de 1747.



una litera para ponerse en camino, por lo que creía que no podría hacerlo hasta el 4 ó 5 del mes siguiente.<sup>42</sup>

El 31 de julio participó Colosía a la Corte lo que Fuenclara le había contestado en vista de la orden sobre afianzar su residencia<sup>43</sup> y el 2 de agosto le contestaaba Ensenada que "en caso de insistir el Conde en venir a la Corte, con el caudal y efectos que ha traído, practique Vmd. en este asunto lo que estuviere prevenido por Leyes para semexantes casos, no impidiendo, en ninguno, que pueda traer el equipaje preciso para su comodidad y decencia y se dedicará Vm. a hacer vn prolixo examen de todo el caudal y efectos que se ha sacado del Navío el Camello, enviando noticia puntual de todo y sugetos a quien pertenece, como también de lo que se aya cogido de contrabando, almacenándolo en parage seguro hasta la resolución de S. M...".<sup>44</sup>

El 2 de agosto, el Conde de Fuenclara salió, por fin de Llamas con su séquito y parte de su equipaje (lo preciso para su uso personal): ocho cajas de tabaco, dos de pastillas de ámbar, un cajón o baúl de chocolate, siete baúles de ropa blanca y de color, un estuche de camino y los 7.500 doblones que traía registrados; todo lo demás, incluso su vajilla preciosa, quedó depositado en casa de los Avella, esperando, para su reconocimiento y pago de derechos la resolución que se esperaba del Marqués de la Ensenada. Pidió el Conde a Colosía despacho del equipaje que se llevaba y, aunque dicho Comisario le previno abonase los derechos para S. M. de los efectos que se llevaba, no quiso que se le arreglasen ni satisfacerlos, sólo accedió a afianzarlos hasta tanto que el Rey resolviera lo conveniente a ese particular. Diósele el despacho pedido y, al notificarlo a Madrid, Colosía refería que se continuaba sacando algunos pertrechos y clavazón del navío, quedando ya aseguradas cinco de las seis áncoras que traía, con la mayor parte de sus cables, pero no había esperanza de salvar ninguno de los demás efectos que conducía, a causa de la mucha agua que tenían encima.<sup>45</sup>

Aprobóse por la Corte todo lo hecho por Colosía y se le avisó para su inteligencia, no ofreciéndose nada que añadir a lo que se le había prevenido hiciera con lo que Fuenclara trajo de América;<sup>46</sup> pocos días

42 Id. de id. id. id. Fuenclara a Ensenada. Llamas, 28 de julio de 1747.

43 Id. de id. id. id. Colosía a Ensenada. Lúcar, 31 de julio de 1747.

44 Id. de id. id. id. Ensenada a Colosía. Madrid, 2 de agosto de 1747.

45 Id. de id. id. id. Colosía a Ensenada. Lúcar, 7 de agosto de 1747.

46 Id. de id. id. id. Ensenada a Colosía. Madrid, 9 de agosto de 1747.



después se le avisó que el Rey había declarado libre el pago de derechos la preciosa vajilla de plata labrada traída por el Conde.<sup>47</sup>

El 27 de agosto se hizo el reconocimiento de los efectos del que fue Virrey de Nueva España, depositados en casa de Don Jacinto Avella. El inventario que se formó de ellos comprendía: 35 libros de oro y 33 libras y 8 onzas de plata, en un baúl; 22 libras y 11 onzas de oro, y 443 libras y 6 onzas de plata, en otro; 1.912 libras de tabaco; 1.250 libras de chocolate; 130 libras de vainilla; tres urnas de peltre, que formaban parte del oratorio del Conde; un cajón con 50 libras de medicinas, entre las que figuraban pepitas de San Ignacio, *Cobalonga*, pideras de culebra “y otras menudencias” sin valor; una imagen de Jesús Crucificado, en una cruz de plata; una petaca de cuero con diez y siete piezas de tela de China; una mesita de porcelana; un gabinete de concha, embutido en nácar, con cerradura y llaves de plata; otra petaca con veinte piezas de tela de China y seis mazos de abanicos; la vajilla de plata y el collar de oro de la orden de San Genaro; dos cajones de tabaco destinados a la Infanta Luisa Isabel, y un cajón con pastillas de olor, que era también para la misma Madame Infanta.<sup>48</sup>

Este inventario, tan curioso, nos da a conocer, aunque muy poco, el gusto del Conde por los objetos de valor y de arte: es como si se hubiera alzado levemente una punta de ese velo impenetrable que nos oculta su vida íntima. Entre ellos hay varios que harían la felicidad de muchas damas de todos los tiempos: esas piezas de tela de China, esos abanicos —que no se describen, pero que, indudablemente, serían preciosos por el material y el primoroso trabajo— y esos encantadores gabinete y baulito de concha, nácar y plata, ¡todo ello procedente, con seguridad, de Manila y llevado a México en la nunca bien ponderada nao de Acapulco!

Había, además, en ese equipaje virreinal, láminas, marcos de talla y un espejo de madera, cobre y vidrio. La correspondencia entablada sobre el pago de derechos fue interminable. En octubre, al fin, Don Jacinto Avella pagó, en nombre del Conde de Fuenc Lara, 97.228 reales de derechos y 841 de Almirantazgo; el 24 estaba ya concluida la entrega

47 Id. de id. id. id. De id. a id. Madrid, 16 de agosto de 1747.

48 Id. de id. id. id. Colosía a Ensenada. Luarca, 28 de agosto de 1747 y testimonio adjunto.

de caudales y efectos pertenecientes al que había sido Virrey de Nueva España.<sup>49</sup>

Previamente se había enviado, de Madrid, a Colosía, presupuesto de los derechos que debía pagar Fuenclara, exceptuándole de abonar nada por la plata labrada; advertíase al Comisario de Marina que sólo debían pagar el 1 % de avisos los caudales que fueran de puro comercio y que, por lo tanto, estaban exentos de este gravamen los del Conde Virrey.<sup>50</sup>

---

49 Id. de id. id. id. Colosía a Ensenada. Avilés, 24 de octubre de 1747.

50 Id. de id. id. id. Ensenada a Colosía. Madrid, 13 de septiembre de 1747.

## XXIII

### EL JUICIO DE RESIDENCIA

Al mismo tiempo que se terminaba el enojoso asunto del pago de derechos, se iniciaba el expediente de Residencia de los tres años, ocho meses y seis días que el Conde de Fuenclara sirvió los empleos de Virrey, Gobernador y Capitán General y Presidente de la Real Audiencia de Nueva España, contados desde 3 de noviembre de 1742 hasta 9 de julio de 1746, en que su sucesor, Don Juan Francisco Güemes, tomó posesión del Virreinato.<sup>1</sup>

Una Provisión Real de Fernando VI (Buen Retiro, 2 de septiembre de 1747) ordenó al Marqués de Altamira y, en caso de no poder éste, a Don Fernando Dávila de Madrid, y, por falta de ambos, a Don Luis Fernández de Madrid, todos tres Oidores de la Audiencia de México, que tomara residencia al Conde de Fuenclara y a los que, por su ausencia o legítimo impedimento, hubieren servido sus empleos en México. Debía tomarse la residencia en el término de seis meses, contados desde el día de la publicación de la residencia en adelante, y también debía tomarse a sus secretarios y criados. Comprendía la residencia muchos puntos: Cómo y de qué manera había ejercido sus cargos; cómo había hecho las visitas de las tierras y demás cosas que se le habían encomendado; cómo había guardado y administrado lo que estuvo a su cargo y las instrucciones, ordenanzas, provisiones y Reales Cédulas; sobre la administración de Hacienda; sobre la conversión y buen tratamiento de los indios; sobre la religión; sobre si había recibido dádivas o cohechos y

<sup>1</sup> A. gen. de Indias. Escribanía de Cámara del Consejo. Leg. 245. Cuaderno 1.º de la Residencia del Conde de Fuenclara, cubierta.

sobre el modo de proceder con los piratas. Se exceptuaba del juicio de residencia a Don Francisco Fernández Molinillo, que había ejercido el empleo de Secretario de Cámara del Virreinato, por haberse declarado en la Real Cédula de Felipe V que le nombró (23 de abril de 1742) que ese auto destino no estaba sujeto a dicho juicio de residencia.<sup>2</sup>

El 7 de octubre de 1747, el Consejo de Indias dio cuenta a S. M. de cuanto había ocurrido con motivo de las fianzas que debía haber dado el Conde de Fuenclara para la residencia del Virreinato de Nueva España, que había servido, siendo de dictamen que el Conde había cumplido enteramente con la fianza que su apoderado había presentado en México.<sup>3</sup>

En su sesión del 23 de octubre, el Consejo trató de lo que se había hecho con relación a lo dispuesto el 10 de septiembre sobre la dicha fianza, pasando el Intendente de Marina Don Bernardino Freyre a su Subdelegado Don José de Colosía la orden que tenía para el caso de desembarcar allí el Virrey saliente de Nueva España; que éste, en cumplimiento de la orden, había otorgado obligación de los 100.000 pesos que se le exigían para descargo de las resultas de su residencia, al entregarle dicho Subdelegado, en propia mano, el pliego cerrado que incluía la mencionada Real Orden, a pesar de haber dejado apoderado en México para responder a todas las demandas y cargos relativos a los empleos que ocupó; además, el Conde declaró que estaba pronto a obligarse, con su persona y bienes, a la satisfacción de los cargos que pudieran resultar de su residencia. Estando para verse en el Consejo este expediente, se recibió en él una carta de la Audiencia de México de 4 de mayo de 1747, en que daba cuenta del recibo de la Real Cédula de 2 de septiembre de 1746 y que, por haberse ausentado de aquellas provincias el Conde cuando se recibió allí, mandó que los dos escribanos de Cámara certificasen si había afianzado su residencia al tiempo de su partida e hiciesen presentes los ejemplos que hubiese de los anteriores virreyes y quienes eran los apoderados que había dejado para el referido efecto; en su cumplimiento hicieron constar que Fuenclara no había otorgado fianza alguna. En vista de que a otros virreyes anteriores no se había exigido más que 40.000 pesos de fianza, la Audiencia proveyó auto para que se notificara a los apoderados del Conde de Fuenclara que, en el plazo de dos días, depositaran la fianza de las resultas de la residencia

2 Id. de id. id. id. Cuaderno 1.º de la misma Residencia, fols. 1 a 3.

3 Id. de id. Indiferente. Leg. 8, doc. 3. El Consejo de Indias a S. M., Madrid, 7 de octubre de 1747.



que debía dar; aunque los dichos apoderados se allanaron a depositar los 40.000 pesos, considerando la Audiencia que no tenía autoridad para ello ni podían ser adaptables los ejemplos alegados, mandó que se volviese a notificar al Apoderado del Conde que, dentro del plazo perentorio de tres días, afianzase las resultas de la residencia y que en el caso de excusarse a ello, y en el de no manifestar los caudales que pudiese haber pertenecientes al Conde de Fuenclara, se procediese a la averiguación de ellos por el Ministro que nombrase el Virrey gobernante y que los que existiesen se embargasen y depositasen en un Banco de plata. A lo cual respondió el Apoderado que la misma resolución de no estimarse por la Audiencia la acostumbrada exhibición o fianza de 40.000 pesos, que antes admitió y se aprobó por suficiente y el no haber otra regla fija para semejantes fianzas y el haberse ésta practicado por la misma Audiencia y aprobado por Real Cédula en el Virreinato del Duque de la Conquista, inducía al Conde de Fuenclara tan ofensivo concepto, que pudieran no calificarse de suficiente fianza todos los mayores capitales de las provincias de Nueva España, por ser posibles muchos millones de resultas en un Gobierno de tan inmensos dominios y sus considerables incidencias, lo que evidenciaba patente y notoria imposibilidad para la nueva fianza que se le intimó, pues aunque fueran indefinidas las de juzgado y sentenciado y otras, regularmente se circunscribían a lo litigado o a otros términos prudenciales que la discreción proporcionaba, aunque fueran excesivos, y que, pasando de cinco millones al año el manejo de los Oficiales Reales de las Cajas de México, que, en su ejercicio en sólo veinte años excedía de cien millones de pesos, no afianzaban más que la incomparable cantidad de 30.000; todo esto mostraba la imposibilidad moral y física del Apoderado para depositar la fianza que últimamente se le exigía; por cuyas razones pidió se reformase la providencia tomada por la Audiencia, y que, de no admitírsele la acostumbrada fianza de 40.000 pesos que tenía ofrecida, se le diese por libre. En su relación de esto, la Audiencia concluía expresando que, sin embargo de lo expuesto por el Apoderado del Conde de Fuenclara y, conformándose literalmente con lo mandado por la citada Real Cédula de 2 de septiembre de 1746, determinó que, sin perjuicio de la fianza ofrecida de 40.000 pesos, se practicasen las diligencias anteriormente prevenidas por el Ministro que nombrase el Virrey y que, habiendo elegido a Don Ambrosio Melgarejo, Alcalde del Crimen de la misma Audiencia, se le remitió el expediente para su evacuación y cumplimiento. El Virrey

Güemes, en carta de 6 de mayo de 1747, hizo presente que, habiéndose observado, por única regla fija, la de afianzar los virreyes de aquellas provincias las resultas de sus residencias con 40.000 pesos, había determinado la Audiencia de México que, no obstante la fianza de la misma cantidad ofrecida por los apoderados del Conde de Fuenclara, y de haber expuesto éstos la imposibilidad de darse y aun de admitirse una fianza indefinida, sin estimar aquélla, se procediera a la pública averiguación y secuestro de los bienes del mismo Conde: con este motivo, Güemes observaba que, alterada ya la única regla fija, estimada por dicha Audiencia y aprobada por Reales Cédulas, en lo que se refería a fianzas de residencias de virreyes, quedaban los empleos de éstos expuestos "a los sonrojos del arbitrio que padece ahora el Conde de Fuenclara y no puede remediar por su ausencia sobrevenida antes que llegase la última Real Cédula citada", por lo que pedía se tomara la providencia conveniente, para que sirviera de regla en lo sucesivo. A su vez, enterado el Conde de Fuenclara de todo lo practicado por la Audiencia de México, había representado también difusamente con autos lo mismo que se ha expresado, suplicando que se declarara "aver cumplido, en quanto ha podido y debido ser de su obligación, con la fianza ofrecida por sus apoderados hasta en cantidad de quarenta mil pesos, por ser igual a las demás que se han admitido a los Virreyes sus antecesores, y por ser muy suficientes para las resultas y cargas que puedan salir en su Residencia, mandando se admita llanamente por medio de su regular constitución o por el de depósito, como se tiene ofrecido, y que, admitida que sea, se levante y cancele la obligación y seguro que por el propio Conde se otorgó y prestó al tiempo de su desembarco en el Puerto de Luarca, y que, quando a lo referido no haya lugar, se declare y mande que, subsistiendo sólo la interposición y otorgamiento de esta última, como constituida en estos Reynos, se sobresea enteramente por la Real Audiencia de México en los Autos y diligencias sobre la prestación de otra distinta, general ni particular fianza en aquellas Provincias, alzándose y quitándose en qualquiera de los dos casos, todos los sequestros o embargos que se hayan hecho o se executaren en los bienes y efectos que le sean pertenecientes al enunciado Conde de Fuenclara...". El Consejo de Indias, en vista de todo esto y de que las fianzas dadas por los anteriores Virreyes habían sido siempre de 40.000 pesos y de que la averiguación para embargar bienes a Fuenclara era "acción muy escandalosa y de poco honor y estimación a la persona del expresado Conde,

que acababa de cesar en el Gobierno de aquellas Provincias, y de la que le resultan bastantes rezelos a su sucesor por injuriar y vulnerar la autoridad y respeto del empleo tan recomendable de Virrey", acordó aconsejar a S. M. que se podía declarar que el Conde de Fuenc Lara ha cumplido arreglado a las Leyes, afianzando, por medio de su apoderado, la Residencia que debe dar, con la cantidad de los quarenta mil pesos, que ha sido estilo y práctica en que antecesores, y se ha estimado por legítima y suficiente por aquella Audiencia, y como tal se ha aprobado siempre, mandándola que la admita y que se desembarguen qualesquiera otros bienes y efectos que se hubieren embargado pertenecientes al propio Conde" y que se reprendiera a la Audiencia por el exceso con que había procedido en este asunto, pues, aunque en la Real Cédula de 2 de septiembre de 1746 se le mandaban embargar bienes, sólo era para el caso de que no hubiera el Conde de Fuenc Lara depositado la fianza y aunque éste no lo había hecho antes de ausentarse de Nueva España "valía lo mismo que si las huviese dado el prompto allanamiento que su apoderado hizo de depositar, desde luego, los quarenta mil pesos". En cuanto a lo que el Conde pedía que se cancelara la obligación que había otorgado al desembarcar en Luarca, le parecía al Consejo que no había que hacer nada ni tenía inconveniente en que subsistiese como se hallaba, porque, no siendo escritura formal de fianza ni depósito efectivo de la cantidad señalada de 100.000 pesos, sino sólo un instrumento en que se obligaba, con su persona y bienes, a responder con la cantidad expresada, en nada le perjudicaba.<sup>4</sup>

¿Quién había movido a la Audiencia de México a proceder de ese modo con el Conde de Fuenc Lara? Tal vez no será aventurado ni juicio temerario el pensar que el golpe venía del inquieto Don Francisco Antonio de Echávarri, a la sazón Oidor Decano de tan alto tribunal, que tal vez quería vengarse de quien le había formado merecido expediente por su conducta que, piadosamente, podemos calificar de ligera y aun de poco acorde con su alta dignidad, pero que, en realidad, nada hizo en contra suya, más que proponer la conveniencia de su traslado a otra Audiencia. Menos mal que, para parar el golpe, estaban, entre los componentes del Consejo de Indias, un antiguo corresponsal de Fuenc Lara: Don Tomás Geraldino, y, sobre todo, el que había sido modelo de secretarios, el discreto, inteligente y fidelísimo Don Francisco Fernández de

---

4 Id. de id. id. id. Consejo de 23 de octubre de 1747.



Molinillo, cuya mano parece verse en la resolución final del Consejo de Indias.

Conformándose con lo propuesto por el Consejo y en vista de la representación de 6 de mayo de 1747, que le envió Güemes, Fernando VI, por Despacho Real de 29 de octubre del mismo año, se dignó declarar que Fuenclara había cumplido, con arreglo a las leyes y reales órdenes expedidas, con la fianza de 40.000 pesos ofrecida por medio de su apoderado para la residencia que debía dar.<sup>5</sup>

En México, el 17 de junio de 1748, el Marqués de Altamira pasó la comisión que le había encargado la Real Cédula de 2 de septiembre del año anterior, de tomar la residencia al Conde de Fuenclara, al segundo designado, Don Fernando Dávila, porque él tenía impedimento para tomarla, a causa de haber sido Auditor General de Guerra durante todo el tiempo que gobernó Fuenclara y, además, por haberle nombrado éste uno de los apoderados para su dicha residencia. El 26 de junio, el Fiscal aceptó la excusa del Marqués y propuso se pasara la comisión de residencia a Dávila. A su vez, éste comunicó (1.º de julio) que se hallaba también "con el embarazo legal de haver sido, en todo el tiempo del Gobierno de dho. Exmo. Virrey, su Asesor del Juzgado General de los Indios de esta Nueva España" y pidió que se pasara la Real Cédula de comisión al tercer oidor designado.<sup>6</sup>

El 5 de julio, el Oidor y Caballero de Calatrava, Don Luis Manuel Fernández de Madrid, recibió la Real Cédula "estando en pie, destocado, la besó y puso sobre su cabeza, obedeciéndola con el respeto y veneración debida a carta de Nuestro Rey" y dijo que, aunque podía excusarse por su enfermedad, para evitar el perjuicio que la dilación podía ocasionar a la cosa pública y al Conde de Fuenclara, aceptaba la comisión que le confiaba S. M. y nombraba Escribano de Cámara para el juicio de residencia a Don Juan Francisco de Castro. Este certificó (8 de julio) que Fernández de Madrid había estado gravemente enfermo, teniendo impedidos el brazo y pie derechos, a consecuencia de un ataque de hemiplejía, pero que ahora ya podía moverlos, aunque con trabajo, y estaba bien de la cabeza. El 9 de julio, Fernández de Madrid nombró Alguacil Mayor de la Residencia a Don Pedro de Gondoxa, e Intérprete a Don Patricio López, pues habían de declarar indios en la correspondiente

5 Id. de id. México. Leg. 1.344. Güemes al Rey. México, 12 de julio de 1748.

6 Id. de id. Escribanía de Cámara del Consejo de Indias. Leg. 245. Cuaderno 1.º de la Residencia del Conde de Fuenclara, fols. 7 a 10.



información, y ambos aceptaron. Solicitó Fernández de Madrid que, puesto que había precedentes de ello, se le permitiera firmar con estampilla, por no hallarse con bastantes fuerzas, a causa de su dolencia, para firmar más de quinientos edictos que se debían fijar en las jurisdicciones de Nueva España donde era preciso anunciar el juicio de residencia y se le concedió. También mandó que se pusiera testimonio, a continuación del auto en que se lo ordenaba, de los reales títulos con que S. M. nombró al Conde su Virrey, Gobernador, Capitán General de la Nueva España y Presidente de su Real Audiencia, poniendo a continuación certificación del día de su entrada y juramento hasta el en que acabó el Gobierno.<sup>7</sup>

Al día siguiente, el Marqués de Altamira declaró, en su casa, que tanto él como los otros apoderados (que eran Don Antonio Andreu y Ferraz, del Consejo de S. M. y Fiscal en la Real Sala del Crimen de México; el Doctor Don José Codallos Rabal, prebendado de la Catedral de México;<sup>8</sup> el Conde de San Pedro del Alamo y Don Francisco de Echeveste) habían designado su Procurador, para todo cuanto se refiriera a la residencia, a Baltasar de Vidaurre,<sup>9</sup> Procurador de número de la Audiencia. Este declaró, el 11 de julio, que no exhibía el poder que le dio Fuenclara por estar presentado en el Real Acuerdo para la fianza de los 40.000 pesos, y que presentaría lista de los familiares y demás Ministros que asistieron a S. E. y continuaban en México.<sup>10</sup>

Hiciéronse una serie de autos y requerimientos a diversas autoridades, para que acudieran con sus respuestas a la residencia.<sup>11</sup>

El 15 de julio de 1748, el General Don Francisco de Echeveste presentó los 40.000 pesos de la fianza y entregó 4.000 al Escribano Real Don Ignacio García de Castro, que los depositó, al otro día, en manos del Teniente de Capitán Don Simón de Vidaurre.<sup>12</sup>

Pocos días antes de cesar en el mando, había otorgado Fuenclara poder (México, 22 junio 1746) al Marqués de Altamira, a Don Antonio Andreu, a Don José Codallos, al Conde de San Pedro del Alamo y Don

7 Id. de id. id. id. Cuaderno 1.º, citado, fols. 12 a 17.

8 El canónigo aragonés Codallos murió en México el 9 de octubre de 1757, a los 68 años. Castro Santa Ana, J. M.: *Diario de sucesos notables*, en "Documentos para la Historia de México", V, pág. 43.

9 Nacido en 1701. A. H. N. Consejos. Leg. 21.461, cuad. 2.º, fol. 144.

10 A. gen. de Indias. Escribanía de Cámara, Leg. 245. Cuaderno 1.º citado, fols. 30-31.

11 Id. de id. id. id. Dicho Cuaderno, fols. 33 a 42.

12 Id. de id. id. id. Dicho Cuaderno, fols. 42 v.º a 46.

Francisco de Echeveste, todos los cuales designaron Procurador, el 2 de marzo de 1747, a Vidaurre.<sup>13</sup>

De los familiares que llegaron a México con el Conde quedaban en Nueva España su Mayordomo Don Manuel Fernández, el Caballerizo Don Bernardo del Arenal, los Criados Mayores y gentileshombres Don Manuel Ferrón y Don Manuel Ruiz Cano, los Oficiales de Secretaría Don Ignacio Ferrer y Don Bartolomé Ranero; y los Oficiales de la Guardia Don José Velasco, Don Baltasar Berzaval, Don José Díaz Lavandero y Don José de Arria.<sup>14</sup>

El 17 de julio, Echeveste hizo el depósito de la fianza de 40.000 pesos y se ordenó desembarcar los bienes del Conde de Fuenclara que se hubieren embargado para responder de la residencia.<sup>15</sup>

Se dio cuenta al Virrey de la publicación de ésta y se expidió un auto para que se publicaran en México los edictos en castellano y en mejicano; fijáronse en numerosos lugares anunciando la residencia y se dieron treinta días de plazo para demandas y peticiones. La publicación de la residencia se hizo solemnemente en México el 27 de julio, después de haber dado las nueve de la mañana. Estando en la casa de Don Luis Manuel Fernández de Madrid, al que acompañaban comisarios, alguaciles y otros funcionarios, precedidos por los clarineros y timbaleros de la ciudad, montados todos a caballo, se publicó dicha residencia por el pregonero Agustín José Rendón, indio ladino, en altas e inteligibles voces, leyendo el edicto en los idiomas castellano y mejicano, y ambos ejemplares del edicto se fijaron en la puerta de la casa del Juez de Residencia. Después se publicaron y fijaron también en las puertas del palacio del Virrey y del Arzobispo, en las de la Inquisición y en otros cinco puntos importantes de la capital, siempre con el mismo aparato e igual comitiva, determinándose la publicación cerca de las dos de la tarde y yéndose a dar cuenta a dicho Juez de Residencia, Don Luis Manuel Fernández de Madrid, de que el edicto quedaba publicado.<sup>16</sup>

El 29 de julio se publicó otro auto, ordenando que se formara un interrogatorio: éste se redactó al día siguiente.<sup>17</sup>

<sup>13</sup> Id. de id. id. id. El mismo Cuaderno, fols. 47 v.º a 55.

<sup>14</sup> Id. de id. id. id. Dicho Cuaderno, fols. 58 a 63 v.º

<sup>15</sup> Id. de id. id. id. Dicho Cuaderno, fols. 59 a 61.

<sup>16</sup> Id. de id. id. id. Dicho Cuaderno, fols. 65 a 75.

<sup>17</sup> Id. de id. id. id. Dicho Cuaderno, fols. 77 a 91.

Todas las certificaciones que se presentaron en los meses de julio a noviembre de 1748 contestaban a dicho interrogatorio.

Resultaba de ellas que Fuenclara no proveyó, en el tiempo que fue Virrey, oficio en ninguna persona deudora a la Real Hacienda, ni lo confirió a ningún pariente suyo ni de sus Ministros; <sup>18</sup> que no concedió título de Ciudad o Villa a ningún Lugar ni Pueblo, ni dio permiso para que los oficios concejiles o de Cabildo se sirvieran por tenientes, ni dio legitimación alguna para hijos nacidos fuera de matrimonio o para sucesiones; <sup>19</sup> que dio "prompta y expedita prouida. a quantos negocios ocurrieron contenciosos entre partes, conociendo precisamente sólo de los que le tocaban, y remitiendo los demás a sus respectivos Juzgados y Tribunales, embiando los de mera Justizia a la Rl. Auda. y deuiniéndosele a su gran vigilancia el que se obseruasen los rs. Aranzeles"; <sup>20</sup> que, para la observación de éstos "hizo que la Rl. Junta destinada a este fin formase a cada uno sus respectiuos, en cuio asumpto viuía mui vigilante, a fin de que los Minros. subalternos no se excediesen en los dros. que les estauan señalados, e hizo el que pa. que los negocios tubieran más prompto expediente estubiesen, como se vio los de su superior Govno. abiertos todo el día, para que por este medio, las partes que solizitasen Justicia la encontrasen luego, como repetidas veces se experimentó"; <sup>21</sup> que no dio pase a breve ni bula perjudiciales al Real Patronato, y los que admitió iban acompañados de Real Cédula expedida por el Consejo de Indias; además, si concedió licencia a clérigos, religiosos o seculares, para volver a España, precedía la de sus superiores y un prolijo examen de no ser deudores a la Real Hacienda; tampoco concedió licencia para nuevas fundaciones sin previa de S. M.; <sup>22</sup> cumplimentó todas las Reales órdenes, aun las que encontró sin ejecutar y las entregó a su sucesor; <sup>23</sup> que cuidó con "grande esmero" de las obras públicas; <sup>24</sup> que concedió prórroga de oficio a varios funcionarios; <sup>25</sup> que hizo se abonasen siempre los derechos correspondientes por sus empleos y no dio licencia a los soldados de la Guardia del Palacio Real, ni a sus criados y dependientes

18 Id. de id. id. id. Dicho Cuaderno, fol. 96, certificación de 9 de agosto de 1748.

19 Id. de id. id. id. Dicho Cuaderno, fol. 96 v.º certificación de id. fecha.

20 Id. de id. id. id. Dicho Cuaderno, fol. 98 v.º Certificación de 12 de agosto de 1748, del Escribano Martínez de Soria, como las anteriores.

21 Id. de id. id. id. Dicho Cuaderno, fols. 99 a 100 v.º, certificación de 13 agosto 1748.

22 Id. de id. id. id. Dicho Cuaderno, fols. 102 a 103 v.º Certificación de igual fecha.

23 Id. de id. id. id. Dicho Cuaderno, fols. 104 v.º a 106. Id. de id.

24 Id. de id. id. id. Dicho Cuaderno, fols. 111 v.º a 112. Certificación de 22-VIII-1748.

25 Id. de id. id. id. Dicho Cuaderno, fols. 112 y 112 v.º

para que tuviesen pulperías u otros negocios; <sup>26</sup> que cuidó del puntual despacho de los asuntos, vigiló la asistencia diaria de oidores y subalternos, no faltó a las sesiones del Real Acuerdo más que veintitrés veces y eso por indisposición de su salud y notorias ocupaciones, pero no por eso estorbó el curso del despacho diario, sino que avisaba a los oidores y al Fiscal para que, a la hora acostumbrada, procedieran al despacho ordinario; tampoco faltó más que a veintiséis fiestas de Tabla, por los mismos motivos y no dificultó la jurisdicción de la Audiencia, ni alteró ni suspendió la ejecución de lo resuelto por ésta, <sup>27</sup> etc., etc.

Hiciéronse a Fuenclara dos cargos, de que ya he hablado: 1.º el haber mandado, contra las disposiciones que lo prohibían, que todos los caudales de bienes de difuntos, se ingresaran, por las urgencias del Real Servicio, en las Cajas de la Real Hacienda, aunque ya se habían devuelto a dichas Cajas de Difuntos, en su totalidad, los 140.000 pesos sacados, en 6 de junio de 1746; 2.º que estando resuelto por las Leyes, 24, 34 y 35 del título 16, Libro Nono de la Recopilación de Indias, y por la 1.ª, 6.ª, 13, 34 y 35 del referido Libro y Título 17 que las compras de bastimentos y demás cosas necesarias para las Armadas se hicieran en las partes donde pareciese haber quien se quisiera "obligar a darlo por junto", el Conde, faltando a lo dispuesto, encargó al Arrendatario de las Alcabalas de Puebla, Don Blas Clavijero, y al Capitán Don Jacinto Martínez de Aguirre de esa compra para Veracruz y para la Escuadra de La Habana y Presidios de Barlovento. <sup>28</sup>

El Procurador Don Baltasar de Vidaurre, después de obtener una certificación de los Contadores Ordenadores del Tribunal y Real Audiencia de Cuentas de Nueva España de que, por haber estado encargado Clavijero de compras, se hicieron grandes economías a la Hacienda: en total 53.728 pesos, un tomín y seis granos, además de que, en tiempo de otros virreyes, a partir de 1651, hubo muchas personas que tuvieron el mismo encargo de proveer a la compra de viveres, rebatió, con un largo razonamiento, muy jurídico y muy del tiempo, los dos cargos dichos. <sup>29</sup>

Decía, sobre el primero, que estaba justificado por las urgencias de

<sup>26</sup> Id. de id. id. id. Dicho Cuaderno, fols. 112 v.º a 114.

<sup>27</sup> Id. de id. id. id. Dicho Cuaderno, fols. 116 a 119.

<sup>28</sup> Id. de id. id. id. Cuaderno 6.º de la misma Residencia, fols. 1 a 5 v.º México 1 de octubre de 1748.

<sup>29</sup> Id. de id. id. id. El mismo Cuaderno, fols. 13 a 22.



la guerra y que el Conde había obrado así porque la necesidad pública carece de toda ley, y que no se le podía hacer cargo de ello, ya que no lo hizo en virtud de sus facultades ordinarias, sino en virtud del superior poder que le confirió la Real Cédula de 6 de diciembre de 1739, reiterada por Real Orden de 23 de junio de 1743, de usar de todos los caudales disponibles para la defensa de los dominios españoles; que en los libros sagrados se leía que diversos Reyes de Judá tomaron los tesoros de la Casa de Dios para defenderse de los infieles, y que la Santa Sede autorizaba a los Soberanos a tomar parte de los bienes eclesiásticos en la guerra contra infieles y herejes, y si esto era así “¿quién habrá que dude que el Exmo. Sor. Recidenciado obró con acierto, prudencia y cristiandad, valiéndose del caudal de bienes de Difuntos, en virtud de la citada Real Cédula, para resistir con premeditado acuerdo a las puntas del enemigo? Ninguno discurro que imaginará vituperar esta providencia, antes sí alabarla como piadosa y necesaria, y como que no se dirigía a perjudicar a los interezados en estos efectos, pues se practicó con la calidad del reintegro y se hizo éste con la promptitud que consta del mismo cargo.”<sup>30</sup>

Combatía el segundo cargo con otro difuso razonamiento, compuestos de cinco especiales “reflexas”: 1.<sup>a</sup> que las leyes sobre el asunto no se referían directamente a los Virreyes, sino a los Veedores de la Real Armada de la carrera de las Indias y al General Almirante, a los que se prescribía el modo de hacer las compras de bastimentos y víveres en Sevilla y sus disposiciones eran imposibles de practicar en América; 2.<sup>a</sup> que Fuenclara cumplió exactamente con la ley 22, título 17, que encargaba a Presidentes y Oidores de Audiencias, Gobernadores y Justicias de los puertos de América a donde llegaban flotas y armadas, que las proveyeran de bastimentos que necesitaren “a justos y moderados precios”, por tanto hizo lo que debía dando el encargo a Clavijero; 3.<sup>a</sup> que esta decisión, como las demás, iban encaminadas a lograr el mayor ahorro y utilidad de la Real Hacienda, desde 1744 a 1746, en que resultó beneficiada en la cantidad de 53.728 pesos, un tomín y 6 granos y debiéndose este ahorro a la acertada dirección de S. E. “está tan lexos de ser culpado, que, antes, por este servicio, es digno de que se le den muchas gracias y se le remunere y atienda por la innata Rl. Clemencia de S. Magd.”; 4.<sup>a</sup> que, habiendo los Oficiales Reales de Veracruz hecho cierta regulación de esos gastos, presentándola a Fuenclara, y

30 Id. de id. id. Dicho Cuaderno, fols. 58 v.º a 62 v.º

ofrecídose el Arrendatario de las Alcabalas de Puebla a comprar, con el producto de ellas, los víveres, no sólo se logró con ello la excesiva utilidad dicha, sino el beneficio de que los víveres estuvieran siempre frescos y bien acondicionados; y 5.<sup>a</sup> que Fuenclara no hizo sino seguir ejemplos anteriores desde 1651, habiéndose encargado por los Virreyes, sus predecesores, a diversos sujetos, hasta el número de veintisiete, de esas compras, por tanto no podía considerarse delito en él lo que en otros no fue ni aun leve culpa. Por tanto quedaban rebatidos los dos cargos y se deducía que obró en todo con “desvelo, integridad, aplicación, celo y desinterés...”.<sup>31</sup>

El Procurador decía seguidamente que, de donde podían haber dimanado los cargos que se procuraron averiguar contra el Virrey, dimanaban los mayores elogios de él, pues de la prolija averiguación y pesquisa secreta, así como de las muchas certificaciones de los Oficios de Cámara de la Audiencia, del Superior Gobierno, del Tribunal de Cuentas, de todas las Cajas Reales del Reino y de los demás Tribunales, no se había descubierto ninguna culpa contra el Conde” y por esto digo con verdad que, con ellas, se han acrisolado los realzados méritos y agradables servicios de S. Exa., pues, aviendo pasado por el fuego de tan ardiente escrutinio, han salido tan indemnes y purificados como consta del proseso...”.<sup>32</sup>

Enumeraba luego prolija, aunque compendiosamente, cuanto Fuenclara había hecho en todos los diversos aspectos de su gobierno, según las numerosas certificaciones que se habían presentado y hacía finalmente una recapitulación de su alegato.<sup>33</sup>

El Juicio de Residencia del Conde de Fuenclara y sus subordinados se pronunció en México en 17 de diciembre de 1748 y comprendió dos partes. La primera decía que, de la sumaria y pesquisa secreta, que se recibió, a tenor del Interrogatorio de cuarenta y seis preguntas, examinándose setenta y ocho testigos, Ministros de todos los tribunales, Capitulares de los Cabildos eclesiástico y secular, Prelados de las Religiones y otras personas que tuvieron relación con el Conde durante su gobierno, habiéndose enviado siete despachos de Cordillera a todas las jurisdicciones del Virreinato para que en ellas se conociesen y publicasen los edictos; pese a la carta del Oidor Calvo de la Puerta denunciando

31 Id. de id. id. id. El mismo Cuaderno, fols. 63 a 67 v.º

32 Id. de id. id. id. Dicho Cuaderno, fols. 67 v.º y 68.

33 Id. de id. id. id. Dicho Cuaderno, fols. 68 a 76.

a S. M. hechos perjudiciales al Conde y que no pudo probar, debiendo reconocer su honorabilidad, resultaba que no eran admisibles ninguno de los cargos hechos. Era evidente que Fuenc Lara tuvo urgente motivo para sacar de la Caja del Juzgado de Difuntos los 140.000 pesos y por ello el Juez falló: "Devo declarar y declaro hauer satisfecho plenísimamente este cargo y no proceder contra S. Exa.". En cuanto al segundo cargo decía: "...Devo asimismo Declarar y Declaro por satisfecho este cargo y que no debe proceder contra el Exmo. Sor. Residenciado". (Era, como ya se ha dicho, referente a las compras de víveres para armadas y presidios). También declaraba "no hauer resultado contra S. Exa. en todo el tiempo de esta Residencia, Quexa, Querella, Capítulo ni la más ligera Demanda". Exponía a continuación la obra gubernamental de Fuenc Lara, su "notorio desvelo" por la propagación de la fe; su "eficaz zelo" en la recta administración de Justicia; mostrándose "prompto" en el despacho de los negocios; solícito en el castigo de los delitos; su buena correspondencia con Ministros y Prelados; que "zeló la libertad y buen tratamto. de los Indios" y la buena administración de la Hacienda, aumentando sus ingresos, haciendo economías y dejando, además de tener satisfechos todos los descubiertos, llenas las Cajas Reales de México, todo altamente elogioso "del proclamado, ajustado, prudente, acertado, feliz Gobierno de S. Exa.", que no había hecho vejación ni agravio a comunidad ni persona alguna. "Por todo lo qual y demás que del Proceso resulta: devo Declarar y Declaro *hauer concurrido* en S. Exa. todas las partes y prerrogativas de un perfecto Virrey, Governador, Capitán Genl. y Presidente de esta Rl. Auda. y hauer desempeñado con rectitud, destinterés, zelo y actiuidad la Rl. confianza de S. M. y que, por ello, es acreedor y digno de q. su Rl. magnificencia le regracie, remunerere y atienda, ocupándole en mayores puestos y dignidades.

"Declaro asimismo —añadía— no hauer resultado, en todo el tpo. de esta Residencia, cargo, capítulo, querella, demanda ni queja contra alguno de los Secretarios, Asesores, Familiares, Criados ni otros Dependientes de dho. Exmo. Sor. ni hauer dado nota ni escándalo alguno, por lo que los juzgo dignos de la Rl. atención de S. M., para quanto fuere de su Rl. agrado. Y respecto a no hauer huido Quexa, Querella, ni Demanda alguna contra el Sor. Dn. Franco. Fernz. Molinillo, Secretario que fue del Virreynato, que no se ha comprendido en este Juicio; pa. que así conste al Exmo. Sor. Virrey de este Reyno, se ponga, por



el presente Escrivo. de Cámara certificazn. de ello, q, con consulta se pase a S. Exa. en conformidad de lo que me prebino en su carta de diez y seis del pasado Julio.

“Y a consecuencia de todo lo expuesto, absuelbo y doi por libre a dicho Excelentísimo Señor Residenciado Conde de Fuenclara de las costas y salarios de esta Residencia. Y mando que el Depositario de los Quarenta mil pesos, Don Francisco de Echeueste, se los entregue libremente. Y en consideración a la notoriedad de no hauer efectos algunos de donde costear los Derechos de el Relator y Escrivano de Cámara de el Real y Supremo Consejo, y los vrgentes, indispensables testimonios que han intervenido en esta Residencia; por mandarlos pagar de otros efectos de su Real agrado...”.<sup>34</sup>

La segunda parte de la Residencia se refería a los dos cargos que vinieron contra Fuenclara del Real y Supremo Consejo de Indias. Eran éstos: el primero, que debiendo, por su cargo, corregir y castigar a los jugadores de suerte y envite, cuidando de que no hubiese casas ni tablares donde se jugase, no sólo los permitió, sino que, con su mal “exemplo” dio lugar a que los hubiera, por haber usado de ellos en su mismo Palacio, cuya noticia motivó la Real Cédula prohibitiva de tales juegos de 31 de julio de 1745. El segundo era que, habiendo recibido esta Real Cédula, no sólo no la cumplimentó, sino que procuró ocultarla con el pretexto de ser perjudicial a la Real Hacienda “precisándole sólo a manifestarla la consideración de ser general y comunicada a todas las Audiencias, Arzobispos y Obispos, pero dando órdenes a los Presidentes de Guadalajara y Goathemala, para que, en el caso de haver recibido dhas. Reales Cédulas suspendiesen la ejecución, sin hacer novedad hasta nueva orden...”. Estos cargos fueron enviados, con fecha 16 de noviembre de 1746, por Don José Borrull, Fiscal del Supremo Consejo de Indias por lo que tocaba a Nueva España, a Don Antonio de Salazar, Secretario de Cámara de S. M., que fue quien los remitió, desde Madrid (2 de septiembre de 1747) a México, junto con la copia de la carta del Virrey, sobre la Real Cédula prohibitiva, de fecha 28 de febrero de 1746.<sup>35</sup>

Para la instrucción que se ordenó por el Consejo, se formó un interrogatorio, en el cual la tercera pregunta era sobre si estaba permitido el juego llamado vulgarmente de Albures, y la cuarta sobre si el Virrey

<sup>34</sup> Id. de id. id. id. Dicho Cuaderno, fols. 77 a 89 v.º

<sup>35</sup> Id. de id. id. id. Cuaderno 7.º de la Residencia del Conde de Fuenclara, fols. 1 y 2.



lo permitió en su Palacio. Examináronse once estigos, todos ellos personas de categoría y que habían asistido a las veladas virreinales en que se jugaba: declararon que siempre habían visto jugar a los Albures públicamente, por haber costumbre de ello. Tanta era ésta que siempre que se recibía, en las jurisdicciones, nuevo Alcalde Mayor, a que concurrían todos los vecinos, la celebridad se reducía a jugar a los Albures, persiguiendo al posesionado "con sacarle las varajas" y lo mismo se hacía en la capital "a vista ciencia y paciencia de los Exmos. Señores Virreyes y de las Justicias y Ministros en las elecciones de Prior y Cónsules y en las funciones más célebres de Baptismos, Casamentos y Misas cantadas de las principales familias de esta Ciudad...", sin el más mínimo reparo, por la envejecida costumbre, practicándose lo mismo en todo el Reino, especialmente en los lugares de la tierra adentro. Jugábase, en el Real Palacio, moderadamente y no se oyó decir que se hubiera arruinado nadie allí; desde luego no se dio el caso, ocurrido en 1711, en la Villa de León, en que se apostó, a un solo albur, el valor de 500 mulas y de más de 700 caballos, valorado todo en más de 7.000 pesos. El Conde Virrey permitió el juego, además, no por su voluntad, sino a ruego de varios sujetos principales; pero, enterado, por varios informes que recibió, de los graves excesos que se cometían en los jacaes de la plaza mayor, donde se jugaba a los Parados, y, en el cuartel de Infantería, jugando al Boliche, prohibió uno y otro. A fines de 1744, habiéndole escrito la Condesa María Teresa, su mujer, que los envidiosos, que tenía en la Corte, hacían correr especies injuriosas contra él en Madrid con motivo de exageradas ganancias y pérdidas en el juego, hizo que cesara este entretenimiento en Palacio.<sup>36</sup>

En vista de las favorables declaraciones de los testigos, Vidaurre representó (México, 9 de diciembre de 1748) que los cargos sobre el juego hechos a Fuenclara no eran legítimos y debía absolversele de ellos. "Fue su celo tan notorio —dice— y tan eficaz el deseo de extirpar los delitos y de evitar los excesos en el juego, que no omitió diligencia que pudiese conducir a su mejor arreglamiento: porque no sólo destruyó de raíz el de Boliche, que siempre se avía mantenido en los quarteles del Rl. Palacio, arrancando de simientos el Jacal que lo ocultaba, sino que exterminó el que llamaban de los Parados, y procuró arreglar los de

---

<sup>36</sup> Id. de id. id. id. Dicho Cuaderno, fols. 14 a 23. Interrogatorio y declaración de don Simón de Vidaurre, Alcalde Ordinario de México en 1745.

Naypes conteniendo sus excesos...". Aunque el juego se prohibiese, estaba permitido y tolerado, en virtud del Asiento de Naipes que Martínez de Aguirre tenía pactado con la Real Hacienda, y "siendo esto así y que las condiciones estaban confirmadas y mandadas guardar, cumplir y ejecutar, no podía S. Exa. ni debía extinguir los referidos Tablajes, sin contravenir, no sólo a las citadas condiciones, sino a la inveterada y quaci immemorial costumbre que las sobstenían en pie, a vista, ciencia y paciencia de sus predecesores y de los Ministros y Justicias, que las devieran, muchos años antes, aver extinguido, a no estar pactadas en los remates de el asiento y confirmadas por el Rl. y Supremo Consejo,

"Y lo mismo sin disputa vbiera practicado S. Exa. —proseguía— sino se vbiera hallado con las manos ligadas, pues en las demás materias que las tuvo expeditas es constante, público y notorio el celo y actividad con que procedió..." y, después de enumerar cuanto había hecho para mejorar las costumbres y perseguir a los malhechores, acababa diciendo: "...de todo lo que se colige clarísimamente que aviendo sido S. Exa. tan eficaz y diligente en la extirpación de todo género de delicto y de pecado, no es *verosímil vbiese perdonado ni disimulado los que se podían cometer en las casas y tablajes públicos de juegos de Albures que siempre se avían mantenido en esta Capital con licencias de los Asentistas, si no le vbiesen contenido las condiciones y ordenanzas del Asiento, y su confirmación, porque quien arrazó tantas chozas, xacales, y Burdeles como las que quedan relacionadas, sin aver perdonado las del Bolichi y Parados, que eran muy pingües a el Sargento mayor y Asentista, con más facilidad vbiera destruido veinte y tantas casas que eran las de los Juegos, mayormente quando de su permanencia no le resultava la menor vtilidad ni provecho a S. Exa...*".<sup>37</sup>

El Juez de Residencia declaró también absuelto a Fuenclara de los dos cargos venidos del Consejo de Indias, diciendo del primero de ellos que "la Diversión que hubo en el Rl. Palacio, después de celebrados los Acuerdos y para desahogar S. Exa. su infatigable tarea, fue honesta, prudente y arreglada, propia de su gran discreción y para ebitar los excesos que en otros juegos particulares pudiera hacer...". La sentencia definitiva por esto se pronunció, como la referente a los dos cargos de la primera parte de la Residencia, en México, a 17 de diciembre de 1748, estando el Juez Don Luis Manuel Fernández de Madrid, haciendo au-

37 Id. de id. id. id. Dicho Cuaderno, fols. 159 a 176.

diencia en la Sala de su Juzgado, que estaba en la casa de su Posada, siendo testigos Don Pedro de Gondoxa, Alguacil Mayor que fue de esta Residencia; Antonio Francisco Caballero y el Escribano de S. M. Don Ignacio García de Castro. <sup>38</sup>

El mismo día 17 se comunicó la sentencia a Vidaurre, y, al día siguiente al Asesor de Fuenc Lara, Don Antonio Andreu; a sus antiguos familiares, Don Manuel Ruiz Cano, a la sazón Contador del Real Tribunal y Audiencia de Cuentas, y Don Manuel Ferrón; a los oficiales del ejército, Don José Blasco, Capitán de la Guardia de Alabarderos del Real Palacio; Don Baltasar Berzaval; Don José Díaz Lavandero, Capitán de la Compañía de Caballos del Real Palacio; Don José de Arria, Subteniente de la misma Compañía; y, en fin, a Don Ignacio Ferrer, Oficial Mayor de la Secretaría del Virreinato del Conde, y Don Bartolomé Ranero, Oficial de la misma Secretaría. <sup>39</sup>

La tasación de los gastos del juicio de Residencia que, hasta tanto que lo mandara pagar el Rey, se pagaron de la cantidad que tenía depositada el Conde de Fuenc Lara, subió a 6.326 pesos, tres tomines y seis granos, hízose el 18 de diciembre de 1748 y el Procurador se conformó con ella. <sup>40</sup>

El 21 de diciembre remitió Güemes a Ensenada un testimonio por el que constaba que, en la residencia tomada a Fuenc Lara, no resultó queja, demanda ni agravio contra el Secretario Don Francisco Fernández Molinillo y, como éste no había sido comprendido en dicho juicio no se le incluyó en la residencia, conforme a lo mandado por S. M. en la Real Cédula de comisión "aunque muchos de los testigos que fueron examinados en la sumaria y pesquisa secreta, absolviendo la pregunta quarenta y quatro, expresaron la acreditada conducta de dho. Sr., su gran desinterez y que se negó a resivir, aun aquellas cosas lícitas de que lo pudo hazer sin perjuicio de su consiencia ni de otro tercero alguno, la promptitud del despacho en la Secretaría del Virreynato de su cargo y atención a todo lo que condujo a subvenir las asistencias de los Presidios internos y externos y negocios de gravedad que ocurrieron en beneficio de la Rl. Hazienda y su buen manejo...". <sup>41</sup>

38 Id. de id. id. id. Dicho Cuaderno, fols. 178 a 180.

39 Id. de id. id. Cuaderno 6.º de la misma Residencia, fols. 89 v.º a 91.

40 Id. de id. id. id. Dicho Cuaderno, fols. 92 a 100.

41 Id. de id. México. Leg. 1.505. Testimonio adjunto a la carta de Güemes a Ensenada de México de 21 de diciembre de 1748.



El 4 de junio de 1749, el Consejo, en Sala de Justicia, pronunció sentencia en la Residencia del Conde de Fuenclara. Declarábase en ella que, vistos los autos de la Residencia tomada por el Oidor Fernández de Madrid y la sentencia pronunciada en 17 de diciembre de 1748, se confirmaba éste en todos sus términos, absolviendo al Conde de cuantos cargos se le habían hecho. "Y en consideración —añadía— a que Dn. Sebastián Calbo de la Puerta no ha pedido cosa alguna contra el Virrey, sin embargo de havérsele mandado que, dentro de sesenta días, lo hiciese de los cargos que resultaban de su carta escrita al Consejo en cinco de Henero de quarenta y seis, en conformidad de lo prevenido en la citada Instrucción de diez y siete de Diciembre de dho. año, y que antes bien depuso el conzepto que había formado contra el Virrey, con el práctico conocimiento que tomó de su buena conducta y recto proceder. Y, en atención también a lo que representó el Juez de residencia en carta de veinte y cinco de Septiembre de setzos. quarenta y ocho, y lo que expuso el Sor. Fiscal, declaramos no haver havido justo motivo para proseguir las diligencias prevenidas en la citada instrucción y que devemos aprobar, como aprobamos, la conducta del expresado Juez de residencia, y apercibimos al referido Dn. Sebastián Calbo de la Puerta que, en adelante, se abstenga de hacer semejantes ligeras representaciones. Y en consecuencia de todo, también declaramos al Virrey Conde de Fuenclara por bueno, íntegro y fiel Ministro, digno de que S. M. le atienda, correspondiente a el esmero, aplicación y zelo con que ha servido este empleo, por lo que no hacemos condenación de costas...".<sup>42</sup>

<sup>42</sup> Id. de id. Escribanía de Cámara del Consejo de Indias. Leg. 1.194. Sentencia. Madrid, 4 de junio de 1749.



## XXIV

### EL FIN DE UNA VIDA CUMPLIDA

Había llegado para el Conde de Fuenclara la hora del merecido descanso, pero, al cabo de tantos viajes y preocupaciones y de tantos años de apartamiento del cariño y cuidados familiares, su salud estaba fatalmente resentida y no llegó ni aun a los setenta años de vida en un siglo en que era muy corriente, entre las gentes de su clase, pasar de los ochenta, en ese amable ambiente del chocolate, del polvito de rapé y del cadencioso minué.

Su situación económica había mejorado, pero, sin embargo, no debía ser muy espléndida cuando le movía a escribir a Ensenada en los términos siguientes:

+

“Exmo. Sr.

“Muy Sr. mío: Por el fauor de V. Ex. se siruió S. M. aumentarme el sueldo de Virrey de la nueva España desde 28.000 pos. que tenía asignados, hasta el de 40.000, no explicando desde el día qe. se devía entender este aumento; pr. lo que sólo le perciví desde el día de la gracia, suplicando a S. M. nuevamte. declarase debía entenderse desde el día que tomé posesón. de aquellos empleos, lo que se siruió S. M. mandar pr. Cédula de 20 de junio de 1746, la que llegó a Méjico después de mi partida de aquel Reyno, y aunqe. mi Apoderado ha hecho varias instancias al Virrey actual para qe. mandase satisfacer dho. crédito, supone necesita nueva orden de V. Ex. y huiendo sido el móvil prin-

cipal para qe. yo lograse este alivio V. Ex., no dudo deverle mande a dho. Virrey satisfacerme sin dilación este crédito, haziéndose cargo V. Ex. de lo que necesitará este socorro quien se halla, como yo, con dilatada familia, sin destino ni sueldo para aiuda de manutención y que acuerde el honor de mi Persona en los empleos y encargos, que consta a V. Ex. he sabido desempeñar con pureza y conducta, como lo califica los terms. en qe., sin exemplar, ha salido mi Resida.

“Espero merezer a la fineza de V. Ex. no sólo este gusto, sino el de continuarme su estimable protección...”.<sup>1</sup>

Pero, en vez de abonársele ese aumento, el Contador Don Joaquín Ruiz de Porras, proponía, un año más tarde, al Marqués de la Ensenada, que se mandara restituir al Conde o a sus herederos, lo que hubiere percibido de más en los años de su gobierno en México. Resultaba de esa comunicación que, en 1746, se le pagaron 40.017 pesos de a ocho reales: 20.017, por su sueldo de los seis primeros meses del mismo año, y los otros 20.000 por los seis meses de sueldo que, por la Ley 72, Título 3.º, Libro 3 de la Recopilación de Indias, estaba concedido a los Virreyes de Nueva España y del Perú, para su regreso a Castilla; el Contador añadía que, en 1743, sólo cobró 27.500 pesos, equivalentes a 20.000 ducados de plata, que se le señalaron en la Real Cédula de 31 de enero de 1742, con arreglo al sueldo que habían gozado sus antecesores; no tenía noticia de que se le hubiera aumentado este sueldo y de ahí que pidiera al Ministro dispusiera que el Conde o sus herederos entregaran, en la Tesorería General, los 12.517 pesos que hubo de exceso en su sueldo del año 1746, así como cualquier otra cantidad que, por dicho motivo, hubiera podido percibir de más en los años de 1744 y 1745. Hasta dos años después no se contestó a dicha comunicación, cuando ya Fuenclara había fallecido, diciendo que lo que percibió de más el Conde fue por gracia especial de S. M.<sup>2</sup>

¿Había cobrado ya lo que se le debía por sus Embajadas?

Probablemente sí, aunque parece no lo cobró durante su estancia en México, puesto que una Real Cédula, fechada en Aranjuez a 6 de abril de 1748, mandó, a los Oficiales Reales de Veracruz, que se pagaran, al Conde de Fuenclara, los 23.839 pesos y 6 reales de vellón, que se le

---

<sup>1</sup> A. gen. de Indias. México. Leg. 1.505. Fuenclara a Ensenada. Madrid, 8 de octubre de 1749.

<sup>2</sup> Id. de id. id. id. Ruiz de Porras a Ensenada. Madrid, 8 de noviembre de 1750, y respuesta. San Lorenzo, 11 de noviembre de 1752.

debían del sueldo de Embajador en las Cortes de Viena y Nápoles “de qualesquiera caudales q. hubiere, o entraren en esas Cajas”.<sup>3</sup> El cobro debió pronto hacerse efectivo, pues ni el Conde presentó sobre ello reclamación alguna ni alude para nada, en su testamento, a que le se adeude eso. <sup>3</sup>

Habitaba el Conde de Fuenc Lara, en estos últimos años, en su gran casa de Madrid, en la calle de Hortaleza, esquina a la de San Miguel (hoy desaparecida) y de la Reina, en la parroquia de San Ginés, en su anejo San Luis, casa que lindaba, “por las espaldas”, con la casa del Mayorazgo de Don Francisco de Salazar. El Conde y su mujer habían comprado esta casa-palacio a los herederos de Don Enrique Enríquez de Guzmán, por escritura de 6 de febrero de 1750, otorgada en Madrid ante el Escribano de S. M. Antonio Carrasco. En esta casa hicieron los Condes construir cocheras, caballerizas, granero, pajar y habitaciones para la servidumbre, ampliando más la finca con la adquisición, de Don Lorenzo de Urquía y su mujer, de un sitio en la calle de la Reina, por escritura otorgada, en 11 de marzo de 1752, ante Joaquín Becerreiro y Quiroga, también en la Villa y Corte, y con la de otro, en la calle de las Infantas, comprado a la Venerable Orden Tercera, de Madrid, por escritura ante el Escribano de Número Francisco Blas Domínguez. <sup>4</sup>

El arreglo de su casa, el cuidado de sus asuntos familiares y el cumplimiento de los deberes sociales debían ser las grandes ocupaciones de su vida, regular, sencilla y sobria.

En 14 de noviembre de 1749, los Conde de Fuenc Lara compraron la Villa de Alfarrasí, en el Reino de Valencia, la cual se vendió, a instancia de diferentes acreedores y en rebeldía de su último poseedor Don Luis Ruiz de Liori, en virtud de ejecutoria de la Audiencia de Valencia, haciendo la compra, en nombre de los Condes, el presbítero Don Agustín de Navarrete, que tomó posesión de ella el 23 de noviembre del mismo año. <sup>5</sup> Y el 5 de diciembre de 1749, compraron al Cabildo de la Metropolitana de Zaragoza la parte que tenía en su Lugar de Albesa, por escritura ante Domingo Andrés, Notario de Zaragoza. <sup>6</sup>

<sup>3</sup> Id. de id. id. id. Leg. 1.498. Real Cédula de S. M. a los Oficiales Reales de Veracruz. Aranjuez, 6 de abril de 1748.

<sup>4</sup> A. H. de P. Madrid. Protocolo de Eugenio Paris, año 1751, tomo II, fols. 1.083 y v.º Fundación de Mayorazgo por los Condes de Fuenc Lara.

<sup>5</sup> Id. de id. id. Dicho Protocolo, fols. 1.082 y v.º

<sup>6</sup> Id. id. id. id., fols. 1.082 v.º y 1.083.



El 23 de septiembre de 1750 se cubrió, en presencia del Rey, como Grande de España de 1.<sup>a</sup> clase, el Marqués de Castelar, siendo su padrino su cuñado el Conde de Fuenclara.<sup>7</sup>

En 1751, el Conde Don Pedro y su mujer solicitaron del Rey Fernando VI facultad para fundar un Mayorazgo, y S. M., accediendo a su súplica, les otorgó esa gracia por Real Cédula fechada en Aranjuez a 8 de junio de 1751.<sup>8</sup>

En virtud de ella, los Condes de Fuenclara fundaron el Mayorazgo por escritura otorgada en Madrid, ante Eugenio París, el 22 de julio de 1751. Declaraban heredera de este Mayorazgo a su única hija, María Hipólita y, en caso de que ésta falleciere sin dejar sucesión, nombraban heredero de la mitad a su sobrino Don Juan Cebrián y Salvador de Esplugas, natural de Alcorisa, o a sus descendientes, o, a falta de esta descendencia, a su sobrino Don Dionisio Sánchez Muñoz la Cueva y Cebrián, o la posteridad legítima de su tío Don Dionisio Cebrián, hermano de su abuelo Don Juan Francisco. En cuanto a la otra mitad del Mayorazgo, en caso de morir sin descendencia su hija María Hipólita, designaban heredero a su hermano Don Lucas Fernando Patiño, Marqués de Castelar, y a su descendencia. Si se acabara toda esta descendencia, querían que las rentas del Mayorazgo pasaran a ser propiedad del Hospital Real y General de Nuestra Señora de Gracia, de Zaragoza, para que se fundara una casa de niños expósitos o para beneficio de los pobres enfermos que se asistían allí. El Mayorazgo quedaba constituido por la Villa de Alfarrasí, en el Reino de Valencia, con su jurisdicción civil y criminal, alta, baja "mero misto Imperio, señorío, vasallaje y las rentas" de ella; la mitad del Lugar de Albeta, con las mismas jurisdicciones y rentas; las casas que poseían y habitaban en Madrid en las calles de Hortaleza e Infantes y cuantas propiedades adquirieran durante su vida. La hija de los Condes y su esposo Don Antonio Félix de Silva aprobaron y aceptaron la fundación del Mayorazgo en el mismo día.<sup>9</sup>

En 26 de agosto del mismo año 1751 hizo el Conde su testamento.

Este último año de su vida se pasó en discusiones con su cuñado, el Marqués de Castelar, sobre la herencia de su suegra, la Marquesa

---

<sup>7</sup> "Gaceta de Madrid", 6 de octubre de 1750.

<sup>8</sup> A. H. N. Consejos. Leg. 18.106, núm. 21. Consulta del Consejo sobre fundación del Mayorazgo de Fuenclara. Madrid 2 de junio de 1751.

<sup>9</sup> A. H. de P. Madrid. Protocolo de Eugenio París, 1751, tomo II, fols. 1.081 v.º a 1.084.



viuda. La Condesa de Fuenclara, según dirá ella más adelante, impulsada por su marido, pretendía que se le dieran 35.500 ducados de vellón, que decía había gastado de más de lo que le correspondía su hermano el Marqués de Castelar. Fundábase en que su madre, la Marquesa Doña Hipólita, dejó en su testamento, herederos de todos sus bienes libres, por partes iguales, a sus hijos el Marqués de Castelar y la Condesa de Fuenclara. Una carta del Marqués de Castelar a Don Angel Campioni nos hace saber que su hermana la de Fuenclara le pedía la mitad de las 18.000 libras de la dote que recibió de su madre y que él estaba conforme en que Campioni fuera árbitro entre su hermana y él. La Condesa de Fuenclara tuvo de dote 29.000 ducados, pero sólo recibió 27.272 ducados líquidos.<sup>10</sup>

Pocos meses después, la Condesa escribía a Campioni que ella había cedido en conciencia cuanto había podido, rebajando de los gastos de boda de su hermano y que éste había estado mantenido nueve años en casa de sus padres después de casarse.<sup>11</sup>

La salud del Conde empeoraba. En abril de 1752 se creyó en un fatal desenlace. Su mujer escribía a Campioni: "...el sábado último tube al Conde a la muerte, de una opresión de pecho, de que pudo gracias a Ds. libertarse; queda dos bezes sangrado y yo también en cama, por lo que no me dilato como quisiera...".<sup>12</sup>

El 19 de mayo, los Licenciados Don Joaquín de Zúñiga y Don José Ruiz de Ozenda, en Madrid, dictaminaron que la Condesa de Fuenclara tenía derecho, no sólo a las 9.000 libras, mitad de las 18.000 del resto de la dote de su madre, sino también a 245.500 reales, mitad de los 491.000 que tenía precibidos su hermano el Marqués.<sup>13</sup>

El 30 del mismo mes murió Don Miguel Vicente Cebrián, Obispo de Córdoba.<sup>14</sup> En una postdata escribía la Condesa a su hombre de negocios: "...állome con la pena de aber muerto el Sr. Obispo de Córdoba, mi Ho., que me tiene sin consuelo su pérdida...".<sup>15</sup>

Algo más de dos meses después, el 6 de agosto de 1752, a eso de las

10 Archivo del Marqués de Castelar, Leg. 203. Diversas notas sueltas y carta del Marqués de Castelar a Campioni. Zaragoza, 2 de noviembre de 1751.

11 Id. id. La Condesa de Fuenclara a Campioni. Madrid, 24 de marzo de 1752.

12 Id. id. La misma al mismo. Madrid, 25 de abril de 1752.

13 Id. id. Dictamen de Zúñiga y de Ruiz Ozenda. Madrid, 19 de mayo de 1752.

14 Gams: *Series Episcoporum*, pág. 30.

15 A. del Marqués de Castelar. Leg. 203. La Condesa de Fuenclara a Campioni. Madrid, 14 de junio de 1752.

diez y media de la noche, el Conde de Fuenclara pasó “de esta presente vida a la eterna...”. Su yerno Don Antonio de Silva y Ligne declaró su fallecimiento y que tenía hecho testamento el año anterior; el Notario Eugenio París declaró y dio fe de haberlo visto muerto en su cama en una de las salas del cuarto principal de su casa, sin amortajar, y el criado Francisco Aznar atestiguó lo mismo ante el Teniente de Corregidor.<sup>16</sup>

En la misma noche se abrió y leyó el testamento. Después de las invocaciones acostumbradas, Fuenclara decía, con admirable espíritu cristiano: “...hallándome, como me hallo, por la misericordia de Dios, sano del cuerpo, en mi entero juicio y cumplida memoria, de que le doy infinitas gracias, atendiendo abundancias que su liberal mano me concede, habiendo honrado mi persona con los expresados títulos que, al tiempo que me condecoran, me estimulan a vna acordada prevención para el día de mi residencia ante el tribunal de la divina Justicia, y creyendo, ante todas cosas, como real y verdaderamente creo y confieso el alto y profundo Misterio de la Augusta y Beatísima Trinidad, Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, tres Personas distintas y una sola esencia, de vn Dios verdadero y en todo aquello que, por Artículos y Sacramentos, tiene, enseña y cree y confiesa nuestra Santa Madre Iglesia Cathólica, Apostólica, Romana, baxo de cuya fee y creencia he vivido y protesto vivir y morir, como cathólico y fiel christiano, y temiéndome la muerte natural a toda criatura viviente, que debemos velar con el descargo de la Conciencia y bien del Alma, he deliverado hazer mi Testamento y vltima disposición...”. Mandaba que su cuerpo fuera sepultado en la iglesia de Montserrat, del Hospital de Aragón, de Madrid, en la capilla de Nuestra Señora del Pilar “lo más próximo que pueda ser a los pies de esta Santa Imagen”, y que se entregara la cantidad de 7.500 reales de vellón “por vía de limosna”, para la Real Congregación establecida en ella, y de la que él era congregante. Su corazón se enviaría al enterramiento de su Casa en la Capilla de Nuestra Señora del Pilar, de Zaragoza, donde estaban enterrados sus padres; mandando que “el día del entierro de mi Corazón en dha. Capilla, sea con un oficio de Difuntos y Misa, sin convite ni pompa, sino sólo con la asistencia del Reverendo Cavildo y su clero”. Si moría en Zaragoza o dentro del

---

<sup>16</sup> A. H. de P. Madrid. Protocolo de Eugenio París, año 1752, fols. 1.168 a 1.170 v.º Declaraciones de Silva, París y Aznar.

Reino de Aragón, disponía que se le enterrase en dicha Capilla del Pilar de Zaragoza.

Además de los funerales y sufragios de su entierro, mandaba que se celebraran por su alma 4.000 misas, con la limosna cada una de cuatro reales vellón y 500, con la limosna de siete reales y medio de vellón cada una; y 250, también con la limosna de siete reales y medio de vellón cada una: éstas últimas deberían ser dichas en la capilla de la Virgen del Portillo, de Zaragoza. Declaraba que tenía fundados, en Zaragoza, varios aniversarios, en el Pilar, Santa Engracia y San Pedro Nolasco, por su alma, la de su mujer, hijos, padres y otros parientes.<sup>17</sup>

Legaba a la Redención de cautivos, 7.500 reales de vellón, por una vez.

Al Real Hospital de Nuestra Señora de Gracia, de Zaragoza, mil pesos de a quince reales de vellón, por una vez.

A su hermana Sor Manuela Cebrián, Religiosa dominica en el convento de Santa Inés, de Zaragoza, mandaba que se le aumentara el violario que su padre le dejó de cien libras jaquesas a ciento treinta anuales y que, además, se le pagasen, después de él muerto, 100 libras jaquesas por una vez; también aumentaba de 40 a 60 libras jaquesas el violario de su hermana Sor María Antonia, monja capuchina del Convento de Zaragoza, y a la Comunidad de éste, después de su muerte, legaba 80 libras por una sola vez, para que le encomendaran a Dios.

Al Colegio de San Pedro Nolasco, de Zaragoza, del que era Patrono por haberlo fundado su tío el Arzobispo Don Juan Cebrián, mil pesos de a quince reales vellón por una vez, "para el retablo del Altar mayor de la nueva Iglesia que se está fabricando, con obligación de que ponga las Armas de mi Casa de Zebrián, en dha. Iglesia y retablo maior, como lo están en el resto del Colegio, para memoria de dho. Patronato"; si no lo hicieren así, mandaba que los mil pesos dichos fueran para el Hospital de Nuestra Señora de Gracia, de Zaragoza.

Dejaba una renta de diez reales de vellón diarios a Don Pedro Ruiz de Loyzaga, por lo bien que le había servido, además de los cinco que daba a su mujer D.<sup>a</sup> María Bernal; si ésta enviudaba, se le daría una renta de ocho reales diarios. Además, mandaba que no se le pidiera a Loyzaga más cuentas que la que llevaba en su libro "y está pasada por mí, casi todos los meses, previniendo que, de la plata que traxe de Mé-

17 Id. id. de id. id. Testamento del Conde de Fuenclara, fols. 1.175 a 1.179 v.º



gico, he deshecho muchas piezas, para los gastos de hechura de otras, y así no se le podrá pedir a dho. Dn. Pedro Ruiz de Loyzaga más que la que dixere está en ser...”.

Confirmaba a Don Juan Bernal el legado de cien libras que su padre le dejó por sus largos servicios, disponiendo que, si moría, fuera ese legado de 40 libras jaquesas anuales para su mujer D.<sup>a</sup> María Sánchez, y mandaba que a la hija de éstos, D.<sup>a</sup> Isabel, se le dieran 40 libras jaquesas por meses.

A su prima, Sor Jerónima de Jesús María, Religiosa profesa en el Convento de Carmelitas Descalzas, de Zaragoza, de San José, legaba cien reales de plata anuales, pagaderos, la mitad, para San Juan de junio, y la otra mitad para Navidad; y a su sobrina Sor María Luisa, hija de su primo Don Juan Cebrián y monja en el Convento de Mirambel, un violario —que le pagaba desde su profesión— de diez libras jaquesas anuales, que, a su muerte, pasaría a su hermana Sor Jerónima, religiosa en el mismo Convento.

A los criados y criadas mayores de su Casa, al tiempo de su muerte, mandaba se les dieran los correspondientes lutos y seis meses de ración, queriendo que entraran en ese número los dos Ayudas de Cámara de su persona; a las mozas de Cámara, tres meses de ración, y a la gente de librea, dos meses de la suya.<sup>18</sup>

Encargaba a su hija y yerno que mantuvieran, en su Casa, por Secretario o Contador, a Don Francisco Aznar “por su buena ley y estar enterado de los papeles del Archivo. Y en el caso que, por algún motivo, no se mantuviere en la Casa, el día que le cesare la ración, mando se le den tres mil Reales de vellón, para que pueda buscar su conveniencia”. Si su ayuda de Cámara, José Esteban, que le servía hacía algunos años, no continuaba al servicio de su yerno o de su nieto, se le daría una renta de tres reales de vellón diarios, durante su vida, además de lo que le señalaba como a los otros criados.<sup>19</sup>

Mandaba que se pagaran todas las deudas que dejara al tiempo de su muerte.<sup>20</sup>

“Item declaro —decía, a continuación— que, por quanto tengo arrendados los Lugares de Luceni, Boquiñén, Maleján, Haciendas de Perales, de Aliaga, la torre de Zaragoza y la villa de Albesa, quiero

<sup>18</sup> Id. id. de id. id. El mismo testamento, fols. 1.179 v.º a 1.184.

<sup>19</sup> Id. id. de id. id. Dicho testamento, fol. 1.184 y v.º

<sup>20</sup> Id. id. de id. id. Dicho testamento, fol. 1.184 v.º



y es mi voluntad que mi Heredero mantenga dhos. Arrendamientos, durante el tiempo por el que estuvieren hechos, como así mismo dexo a fauor de mi Heredero las Vistretas <sup>21</sup> de trigo, zebada, Mular, y Carros y demás que constare por los Arrendamientos de dhos. Lugares y Haciendas, que deban restituir los Arrendadores, pero, por quanto la Exma. S.<sup>a</sup> mi S.<sup>a</sup> D.<sup>a</sup> María Theresa Patiño, Condesa de Fuenclara, mi muy cara Muger, ha de gozar la viudedad, así en estos Lugares como en dhas. Haciendas, mando y quiero mantenga en sí dhas. Vistretas, durante su Viudedad, como lo que estuvieren debiendo los Vasallos, para que pueda administrar u arrendar dhos. Lugares y Haciendas con maior facilidad, con dhas. Vistretas, como asimismo declaro que el Arrendador de Mallexan paga adelantado, y así ni la Exma. S.<sup>a</sup> Condesa de Fuenclara, mi Muger, ni mi heredera han de poder pedir a dho. Arrendador la cantidad que me tuviere adelantada". <sup>22</sup>

Dejaba el Toisón de Oro, "guarnecido de Diamantes y rubíes", a su yerno Don Antonio de Silva; una sortija, con "un diamante brillante grande", a su "muy caro nieto Dn. Jayme de Silva"; a su hermano, el Obispo de Córdoba, "en señal del amor que le tengo", la salvilla y bernegal <sup>23</sup> de "oro maior de las que se encontraren". <sup>24</sup>

Sobre el Niño Jesús del P. Molina que pertenecía a la familia decía: "Idem declaro que vn Niño Jesús de Nápoles de la Pasión, que fue del Venerable Pe. Molina, del Orden de N.<sup>a</sup> S.<sup>a</sup> de la Merced y que se tiene por cierto le habló, y oy lo tiene, durante su vida, en su poder, mi Hermano el Obispo de Córdoba, por haverlo así dispuesto mi Padre y Señor, al tiempo que lo vinculó en su testamento a mi fauor y el de mis sucesores por Maiorazgo regular, encargo a mi Heredero tenga particular cuidado, después de los largos días de mi Hermano, de reco-brarlo, y que se tenga en Casa, con la veneración que corresponde, en el Oratorio, ya que no puede executarse lo que mi Padre y Señor dispuso en su Testamento, por haverse trasladado mi Casa a esta Corte.

<sup>21</sup> Bistreta, del lemosín *Bestret*, catalán *Bestreta*, dinero anticipado, forma femenina de *bestret*, adelantado, participio pasivo de *bestrer* y *bestraurer*, pagar anticipadamente. *Barcia: Diccionario General Etimológico de la Lengua Española*.

<sup>22</sup> A. H. de P. Madrid. Protocolo de Eugenio París, año 1752, testamento del Conde de Fuenclara, fols. 1.184 v.º y 1.185.

<sup>23</sup> Especie de "taza para beber, ancha de boca y de figura ondeada. Los hay de plata, de cristal y de barro". *Barcia: ob. cit.*, *El Diccionario de la Academia* dice que por *bernegal* se entiende "el fabricado de plata u oro".

<sup>24</sup> A. H. de P. Madrid. Protocolo de Eugenio París, año 1752, testamento dicho, folios 1.185 y v.º

Y asimismo declaro q. vna Pintura en tabla, con sus Puertas con los Misterios de la Resurrección, pintura original de Roma, y en el dorso de las Puertas de vn Ecce Homo en la vna y en la otra de rodillas los retratos del Vizecanzeller Dn. Antonio Augustín, y D.<sup>a</sup> Aldonza Albanel, su Muger, que también le tiene mi Hermano, después de sus días se recobre, pues también lo vinculó mi Padre y Señor y se tenga con todo cuidado, como Alaja vinculada".<sup>25</sup>

Por su particular devoción a Nuestra Señora de Nieva había empezado a hacerle una fiesta el día 8 de septiembre de todos los años en la Iglesia Parroquial de Luceni y mandaba que se siguiera haciendo por su heredero, empleando en su gasto alrededor de cien reales de plata, para que guardara la Santa Imagen las cosechas y aquellos campos de toda tempestad y piedra "como ya lo he experimentado yo, después que le hago esta fiesta".<sup>26</sup>

También a favor de su pueblo natal era la siguiente cláusula:

"Item declaro, cómo no encontrando capellán idóneo, que sirviese la Capellanía nutual, que fundaron mis Abuelos, los Illes. Señores Dn. Gaspar Augustín y Reus, y la señora D.<sup>a</sup> Vitoria Martínez de Marzilla Ram de Montoro, Coniuges, del Lugar de Luceni, como consta de la escritura hecha en la ciudad de Zaragoza, a diez y seys de Setiembre del Año mil seiscientos y sesenta, ante Franco. Sánchez del Castellar, Notario del Número de dha. Ciudad, por su poca renta, y, considerando la falta que haze en dho. Lugar el Capellán para consuelo de aquellos Vasallos, me obligué a darle todos los Años veynte libras jaquesas más de lo que ya tenían obligación los Señores de Luceni, a darle, como consta por escritura que otorgué en esta Villa de Madrid, a nueve de Febrero del presente Año de mil setecientos cinquenta y vno, ante Joaquín Bezerreyro y Quiroga, Escrivano del Rey Nro. Sor. residente en su Corte y Provincia; Por lo que mando a mi Heredero o Herederos lo executen así. Y respecto de que he mandado fabricar vna Casa para que sirva de havitación al Capellán de dho. Lugar de Luceni, mantengan el Capellán que es o fuere de dha. Capellanía en la poseson. pacífica de dha. Casa, que he fabricado a mis expensas, bien que ha de ser de la obligación del Capellán o Capellanes mantener su edificio".<sup>27</sup>

Pagadas todas las mandas, declaraba a su esposa usufructuaria uni-

<sup>25</sup> Id. id. de id. id. Dicho testamento, fols. 1.185 v.º y 1.186.

<sup>26</sup> Id. id. de id. id. Dicho testamento, fol. 1.186.

<sup>27</sup> Id. id. de id. id. Dicho testamento, fols. 1.186 a 1.187.

versal de todas sus rentas, mientras permaneciera viuda, con la condición de alimentar a sus hijos, o dándoles 3.000 ducados de vellón al año.<sup>28</sup>

Mandaba que una memoria o papel que se encontraría empezando por las palabras Jesús, María y José, y que dejaba en poder del P. Nicolás Gallo, de la Casa del Salvador, de Madrid, se debía considerar como parte de su testamento y no debería leerse en público, sino sólo en presencia de la Condesa, de sus hijos, del Alcalde de Casa y Corte Don Pedro Ric y del P. Gallo, protocolizándose con su testamento y quedando unida a él.<sup>29</sup>

Nombraba sus albaceas a su mujer, su hija, su yerno, su hermano Don Miguel, al Alcalde de Casa y Corte Don Pedro Ric y al P. Nicolás Gallo, previniendo que debían prevalecer siempre los dictámenes de su hermano, de Ric y del P. Gallo a los de los demás albaceas y ese cargo de albacea les duraría todo el tiempo que fuese necesario para el cumplimiento del testamento.<sup>30</sup>

Del remanente que quedara de todos sus bienes, libres, derechos y acciones, que le tocaban de cualquier manera, dejaba, instituía y nombraba por su única y universal heredera a su "muy cara y amada Hija" María Hipólita para que lo tenga y goze, junto con las Escrivanías de Valencia, y censos de Onda y Guadasuar, en que, desde luego, ha de entrar en el goze, por no haver viudedad en dho. Reyno de Valencia, entendiéndose, como es mi voluntad y declaro que el goze de dhas. Escrivanías y dhos. censos es, a más de los tres mil Ducados, que su Madre debe darla de alimentos o bien mantenerla de Casa y Mesa, en virtud de su Capitulación Matrimonial".<sup>31</sup>

Mandaba que se dieran a su mujer todas las joyas que tuviere al tiempo de su fallecimiento "a excepción del collar y pendientes de perlas, que traxe de Méjico, pues bien sabe que éstas le dixe se las prestaba y no daba, con que, aunque por nuestra capitulación matrimonial, quando contraximos nuestro Matrimonio, se pactó que las joyas habían de ser del sobreviviente, como consta de dha. Capitulación matrimonial, no puede incluirse en esta cláusula, sino las joyas de su uso propio, que yo le huviere dado durante él, y no las prestadas, y, mucho menos, quando sabe que, quando partí para Méjico, le di el toysón guarnecido de

28 Id. íd. de íd. íd. Dicho testamento, fols. 1.187 y 1.188.

29 Id. íd. de íd. íd. Dicho testamento, fols. 1.188 v.º y 1.189.

30 Id. íd. de íd. íd. Dicho testamento, fols. 1.189 y 1.190.

31 Id. íd. de íd. íd. Dicho testamento, fols. 1.190 y v.º



Diamantes brillantes, para que se hiziese vn aderezo, y que valía más de diez mil Pesos, como lo executó, con que queda bastante mejorada en esta parte". Reservaba este collar y pendientes a la señora que contrajera matrimonio con su nieto Jaime, a la que deberían ser entregados, en nombre de su abuelo, al día siguiente de la boda; entretanto se serviría de dichas alhajas su hija María Hipólita.<sup>32</sup>

Si, por algún motivo, la Condesa viuda se apartara de sus hijos, quería Don Pedro que se le diera la mitad de la plata que tuviera él a su fallecimiento, doce mulas, dos coches (uno para su persona y otro de cámara), dos tiros de guarniciones, con todo el menaje de casa que tuviera en vida del Conde "así de Imbierno como de Verano".<sup>33</sup>

Recomendaba se cumpliera en todos sus términos la escritura fundacional del Mayorazgo en cabeza de su hija "sin inovación ni alteración alguna y, en caso necesario, la doy aquí por inserta e incorporada, como si lo fuese a la letra, con la Real facultad que comprende, por ser así mi última y postrimera voluntad". Revocaba y anulaba cualesquiera testamentos o codicilos, poderes u otras disposiciones que hubiera otorgado antes, por escrito o de palabra, de cualquier forma, ninguna de las cuales quería que valiera, salvo lo expresado en este su último testamento, que había firmado en Madrid el 24 de agosto de 1751, y entregado, dos días después, cerrado y sellado, al Escribano de Madrid, Eugenio París.<sup>34</sup>

La memoria aneja al testamento, de que se habla más arriba, contenía los siguientes legados: A la Virgen del Pilar, de Zaragoza, mil pesos; al Hospital de Misericordia, de la misma ciudad, 500 pesos "de limosna"; a la Virgen del Portillo, de la misma, 500 pesos; a Don José Portugués "que se le continúen las cien fanegas de zebada al año, durante los de su vida, y el relox de oro de vso"; a Don Juan Bernal, 200 pesos; a Don Jerónimo Sánchez, 100 pesos; al Marqués de Lazán "pr. vía de regalo, y en muestra de mi cariño, el Bernegal de oro maior q. se encontrare de los que dexo"; a la Parroquia de San Felipe, de Zaragoza, que era la de su casa en dicha ciudad, 400 pesos para el culto; a Don José Alastuey, 200 pesos; a Nuestra Señora de Portacoeli, de Madrid, y lo que dispusieren los P.P. Menores, 500 pesos; al mismo Convento, para los gastos de beatificación del Venerable Francisco Ca-

32 Id. íd. de íd. íd. Dicho testamento, fols. 1.190 v.º y 1.191.

33 Id. íd. de íd. íd. Dicho testamento, fol. 1.191.

34 Id. íd. de íd. íd. Dicho testamento, fols. 1.191 y 1.192.



racciolo, 250 pesos; a la Congregación de San Nicolás de Bari, sita en el Monasterio de San Basilio, de Madrid, de la que era congregante, 200 pesos; a la Casa del Salvador, de Madrid, y a la disposición del P. Don Nicolás Gallo, o, en su defecto, del Prepósito de ella, 500 pesos; y al Prepósito de los P.P. Agonizantes, de la Casa de Madrid, para culto de San Camilo, 250 pesos. Mandaba se dijera quinientas misas por su alma "con la limosna de tres Reales cada vna", en Madrid, a disposición de sus testamentarios. Decía luego que lo que dejaba a Doña María Bernal, en el caso de quedarse viuda, sería 12 reales en vez de ocho, y, a D.<sup>a</sup> María Sánchez, mujer de Don Juan Bernal, 50 libras jaquesas anuales en vez de 40. Legaba, en fin, al Convento de Nuestra Señora de Atocha, 250 pesos. Declaraba luego que tenía, en México, 12.500 pesos fuertes, depositados en poder de la Compañía de Jesús, de las provincias de México y California, por cuyo depósito se le pagaba el 4 y  $\frac{1}{2}$  % anual: este depósito lo había hecho por diez años, pero había escrito que se lo entregaran cuanto antes, a cuya petición se le respondió favorablemente por el P. Casati y por su Apoderado Don Francisco Echeveste y quería que, cuando ese dinero llegara a España, se invirtiera en buenas fincas para aumento del Mayorazgo que habían fundado él y su mujer. Dejaba también en poder de Don Esteban Drouilhet, vecino de Madrid, unos 20.000 pesos, y, en Cádiz, en el tesoro que trajo el navío "El Soberbio", 8.700 pesos y pico, y de todo ello daría cuenta la Casa de Antonio Butler y Compañía. Deseaba que estas cantidades sirvieran para sus funerales y cumplimiento de las mandas que hacía por una vez, más no las vitalicias, que debería pagar su mujer. También quería que sus herederos entregaran, en México, para la obra de Nuestra Señora de Guadalupe, mil pesos fuertes, y otros mil al Penitenciario de la Catedral de México para que los repartiera a pobres vergonzantes o alguno de los Hospitales de la misma ciudad, debiendo dar 200 de ellos al Colegio de Niñas *de las Mochas*, y 100 al Convento de las Capuchinas de Indias o *Caricas*, fundado por el Marqués de Valero. Esta memoria llevaba la fecha de 28 de junio de 1752.<sup>35</sup>

Otro papel adjunto, escrito en Madrid a 29 de junio de 1752, repartía las 500 misas que debían celebrarse en dos días: 100 en el Colegio de Atocha; 60, en los Basilio; 50, en cada una de las iglesias de San

---

35 Id. id. de id. id. Dicho testamento, fols. 1.193 a 1.197.

Luis, Porta Coeli, San Cayetano, Agonizantes, Capuchinos de la Paciencia, y Afligidos, y 40 en el Salvador de Misioneros.

Declaraba, a continuación, que, por haberse casado su hija estando él fuera de España, se hizo la capitulación matrimonial en 25 de febrero de 1737, ante José de la Plaza, Escribano de provincia de la Corte, y no tuvieron presente el declarar la hacían según los antiguos fueros de Aragón y, por consecuencia, no señalaron viudedad a Don Antonio Félix de Silva; aunque él lo haría con sumo gusto, no creía tener facultades para ello y creía debía pedirse a S. M. facultad para obligar todas sus casas y Estados a que, en el caso de morir su hija antes que su marido Don Antonio, debería éste gozar, sobre todos los dichos bienes, una viudedad de 3.000 ducados de vellón mientras se mantuviera viudo. Advertía que, aunque, en dicha capitulación matrimonial, ofreció Don Antonio dar carta de pago del importe de su dote, no había cumplido aún con este requisito, a pesar de que los gastos de boda, el menaje que se le había puesto en su cuarto y lo que tenía percibido de la merced dotal de su hija de los 10.000 ducados que S. M. le daba importaba mucho más de lo que se graduó el dote; convenía, pues, que otorgara esa carta de pago "con la maor. brebedad".<sup>36</sup>

Como había dispuesto, se le enterró en la iglesia de Montserrat, de la plazuela de Antón Martín.<sup>37</sup>

El 8 de agosto de 1752, en Madrid, los albaceas del fallecido Conde de Fuenclara, es decir, su viuda, hija, yerno, Don Pedro Ric y Egea y el presbítero Don Nicolás Gallo otorgaron poder a Don Pedro Ruiz de Loizaga, de la misma manera que lo había tenido del Conde Don Pedro.<sup>38</sup>

El 14 de agosto tomó posesión de su herencia, alhajas y Mayorazgo la hija del Conde, D.<sup>a</sup> María Hipólita, y el 18 otorgó el Conde consorte de Fuenclara poder para tomar posesión a favor de Don Baltasar Aguirre y de otros.<sup>39</sup>

La "Gaceta de Madrid" daba cuenta del fallecimiento de Fuenclara

36 Id. id. de id. id. Dicho testamento, papel adjunto a él, fols. 1.199 a 1.201.

37 A. H. N. Ordenes, Leg. 4.455. Encomiendas de Alcántara. Nota puesta al principio del Informe de la Mesada que debía pagar el Conde de Fuenclara por el título de Comendador.

38 A. H. de P. Madrid. Protocolo de Eugenio París, Testamento del Conde, anejos, folios 1.214 y 1.215.

39 Id. id. de id. id. Dicho testamento. Anejos, fols. 1.241 y v.º

diciendo que había desempeñado "su experiencia, zelo y amor al Real Servicio los encargos y confianzas que mereció...".<sup>40</sup>

También en Madrid, a 26 de septiembre de 1752, la Condesa viuda de Fuenc Lara otorgó poder para cobrar al Excmo. Sr. Don José Miranda y Ponce de León, Duque de Losada y Sumiller de Corps de S. M. el Rey de las Dos Sicilias. Dice allí que "entre las rentas que gozó y poseyó" su difunto esposo "fue vna Pensión perpetua de dos mil Ducados Napolitanos a el año, que gozaba por merced", que le hizo, en atención a sus servicios, el Rey de las Dos Sicilias, por Real Cédula de 1.º de julio de 1738, situados sobre las plazas y castillos de los Reinos de Nápoles y Sicilia y de los Presidios de Toscana, cuya merced le concedió para que, a su muerte, la gozase su mujer y después sus herederos. Para cobrar esa pensión nombraba la Condesa al Duque de Losada.<sup>41</sup>

A fines del mes de octubre, la Condesa viuda escribió a Campioni una carta que aclara la intervención de su marido en la cuestión económica que tenía con su hermano el Marqués de Castelar. Dice en ella que está conforme con que no se hable más de la parte del dote y que se llegue a un arreglo con su hermano. "...Yo quedo convenida en los quarenta mill Ducados de gastos de boda porque así lo firmé, que higuamente lo quedo en lo de la yeguada, y que cedo la parte de Dote que mi Padre recibió, que es quanto puedo hazer humanamente para que, con firmeza, quede ajustado todo; si esto no le pareciese bien, determinará lo que fuese servido, pues yo no puedo más absolutamente, de lo que espero se haga cargo, pues la misma razón de tener Hijos será la que le mueva a mantener su derecho y siempre tendré el consuelo de haber echo, por mi parte, quanto o más de lo que e podido y que no es culpa mía si él no quiere mantener lo que firmó, sin duda porque sus Abogados se lo aconsejarán así, y crea Vm. que el ceder la parte de Dote lo hago porque faltó el Conde (que esté en el Cielo), pues, durante su vida, no abría podido, pues, aunque no quería parecer en esta dependencia, fue quien quiso se ablaste en ella con el mismo fin que e dicho y fue quien la manejó y quien en nada me permitió ceder, y así se ve que apenas puedo lo manifiesto, que es quanto puedo decir a Vm. por última resolución en este asunto...".<sup>42</sup>

---

<sup>40</sup> Gaceta de Madrid, 15 de agosto de 1752.

<sup>41</sup> A. H. de P. Madrid. Protocolo de Eugenio París, año 1752, fols. 1.340 y 1.341.

<sup>42</sup> A. del Marqués de Castelar. Leg. 203. La Condesa viuda de Fuenc Lara a Campioni, Vicálvaro, 24 de octubre de 1752.



El título de Fuenclara lo heredó María Hipólita, que fue dama de honor de la Reina María Amalia y que parece debió morir a fines del año 1762 ó comienzos de 1763, ya que, en este año, ostentaba el título su hijo Don Jaime. El Conde viudo de Fuenclara, Don Antonio de Silva y Fernández de Híjar, llevaba los títulos de Gentilhombre de Cámara de S. M., Teniente General de sus Ejércitos, Duque de AreMBERG, Conde de Eril y Grande de España de 1.<sup>a</sup> clase.<sup>43</sup> Volvió a casarse con Doña María Cayetana Roger de Eril y Moncayo, Condesa de Eril y Baronesa de San Antolín.<sup>44</sup>

En 1763, la Condesa viuda D.<sup>a</sup> María Teresa presentó al Rey un memorial, exponiendo que, a causa del matrimonio de su nieto Don Jaime con D.<sup>a</sup> María del Pilar Fernández de Miranda y Villasís, se le habían ocasionado muchos gastos, que ascendían a 500.000 reales, los cuales debía satisfacer en el plazo de un año, del caudal de un crédito que pertenecía a su hipo político el Conde de Fuenclara en Flandes, lo que no se había verificado por las dilaciones que, en aquellos tribunales, se habían tocado. Los acreedores la estrechaban y ella no podía satisfacerles más que tomando dinero a censo redimible sobre sus casas de la calle de Hortaleza y accesorias de la calle de la Reina; redimiría ese censo, que sería de 500.000 reales, en cuanto cobrara la herencia. La casa sobre la que iba a pesar el censo era la de su vivienda, que formaba parte del Mayorazgo fundado por la Condesa y su marido, que daba a las calles de San Miguel y de la Reina, que estaba valorada en 1.265.000 reales de vellón y rentaba 30.000. Las casas accesorias, situadas en la calle de la Reina, salían a la de las Infantas y servían de cocheras, caballerizas, graneros y habitaciones de varios criados: estaban valoradas en 98.500 reales. Hízose la información por orden del Rey, fechada en Aranjuez el 22 de abril de 1763, y la Real Cédula consiguiente se expidió en Madrid a 10 de junio del mismo año.<sup>45</sup>

La herencia del Conde Virrey se desmoronaba.

El 22 de abril de 1779 murió, en Madrid, a los 63 años de edad, el Conde viudo de Fuenclara, siendo Caballero Gran Cruz de la Real y distinguida Orden Española de Carlos III y de la de San Genaro y

---

43 A. H. N. Consejos. Leg. 4.978. Testimonio de autos sobre petición de la Condesa de poner censo, fols. 43 a 45.

44 A. H. N. Consejos. Leg. 6.861, núm. 2.

45 Id. id. id. id. id. Real Cédula citada y testimonio adjunto.



Gobernador del cuarto del Infante don Luis. <sup>46</sup> De su primer matrimonio con D.<sup>a</sup> María Hipólita Cebrián sólo dejaba un hijo, el Conde Don Jaime, pues la niña María Teresa, nacida en 1741, había fallecido en la infancia. <sup>47</sup>

La Condesa viuda de Fuenclara sobrevivió largos años a su esposo el Conde Virrey y usufructuó y regentó la casa desde 1761 a 1767. <sup>48</sup> Falleció, al fin, en Zaragoza, en el Monasterio de Religiosas Bernardas de Santa Lucía, a donde se había retirado, en calidad de seglar, desde 1765, el 2 de septiembre de 1785, a los 86 años, ocho meses y doce días de su edad. <sup>49</sup>

Por el matrimonio de su nieta, D.<sup>a</sup> María del Rosario, hija del Conde Don Jaime, con el Conde de Gerena, pasó el título de Fuenclara a los Bucareli, y de éstos, por el enlace de la tataranieta del Conde Virrey, D.<sup>a</sup> María del Pilar Bucareli y Silva, con Don Juan Bautista de Queralt, a la casa condal de Santa Coloma. <sup>50</sup>

Esta Condesa de Fuenclara fue la última en llevar, entre sus apellidos, el de Cebrián que, a su fallecimiento, se perdió definitivamente en la descendencia del que, más que ningún otro de dicha familia, lo enalteció y honró con sus dignidades, virtudes y altas dotes de gobernante.

---

<sup>46</sup> Gaceta de Madrid, 30 de abril de 1779.

<sup>47</sup> A. H. N. Consejos. Leg. 24.434. Libro 69, fol. 34.

<sup>48</sup> Id. id. id. id. Prueba de testigos a instancia de la Condesa de Fuenclara, viuda de Gerena, fol. 6 v.º

<sup>49</sup> Gaceta de Madrid, 20 de septiembre de 1785.

<sup>50</sup> A. H. N. Consejos. Leg. 24.434. Pieza 19. García Carraffa: *Enciclopedia Genealógica*, apellido Bucareli, tomo XIX, pág. 105.



## F U E N T E S

## I

## IMPRESAS

En la segunda parte de *El Conde de Fuenclara*, las fuentes impresas consultadas han sido pocas, debido a la escasez de ellas, pero casi todas con fruto; son las siguientes:

Arricivita, P. Fr. Juan Domingo: *Crónica seráfica y apostólica del Colegio de Propaganda Fide de la Santa Cruz de Querétaro* (México, 1792).

Castro Santa-Anna, José Manuel de: *Diario de sucesos notables* (1752-1754), publicado en el tomo IV de *Documentos para la historia de México* (México, 1854) y 1754-1756, publicado en el tomo V.

*Condiciones del Real Asiento y Fábrica de la Pólvara de este Reyno, Provincias de Goathemala, y las demás, que en quanto a Guerra, y Hacienda están sujetas a este Superior Gobierno, Aprobadas, establecidas y mandadas observar por el Excmo. Señor D. Pedro Cebrián y Augustín, Conde de Fuenclara... para el tiempo de los diez años porque se remató a D. Domingo de Vértiz, corrientes desde el día catorce de Henero de mil setecientos, quarenta, y tres años...*

Cuevas, José Francisco de: *Extracto de los autos de diligencias y reconocimientos de los ríos, lagunas, vertientes, y desagües de la capital México, y su valle: de los caminos para su comunicación, y su comercio: de los daños que se vieron... todo por disposición del Excmo. Señor D. Juan Francisco de Huemez, y Horcasitas... Lo escribió de su mandato el licdo. D. ..., Abogado de la... Real Audiencia...* (México, 1748).

*Gaceta de Madrid*, años 1742 a 1789.

*Gaceta de México y noticias de Nueva España*, reimpresa en *Bibliografía mexicana del siglo XVIII*, tomo II, por Nicolás León.

Gamboa, Francisco Xavier: *Comentarios a las Ordenanzas de Minas* (Madrid, 1761).

Gómez, José: *Diario curioso de México*, publicado en el tomo 7.º de *Documentos para la historia de México* (México, 1854).

Güemes y Horcasitas, Juan Francisco de: *Remate del Asiento de Pulque Blanco*, publicado por Nicolás de León en *Bibliografía mexicana del siglo XVIII*, III, pág. 1.213.

*Instrucciones que los Virreyes de Nueva España dejaron a sus sucesores* (México, Imprenta Imperial, 1867).

Labbat, Jean-Baptiste: *Nouveau voyage aux îles de l'Amérique (Antilles) 1693-1705* (París, 1722).

La Fuente y Bravo de Hoyos, Francisco José de la: *Diario Sagrado y Profano de todo el año* (México, 1761).

Maniau, Joaquín: *Compendio de la Historia de la Real Hacienda de Nueva España*, escrita en 1794, publicada, con notas e ilustraciones por Alberto M. Carreño (México, 1914).

*Mercurio de México*, publicado por Nicolás León en *Bibliografía mexicana del siglo XVIII*, tomo II.

Villa-Señor y Sánchez, José Antonio: *Theatro Americano, Descripción general de los Reynos y Provincias de la Nueva-España y sus jurisdicciones: dedícala al Rey Nuestro Señor el Señor D. Phelipe Quinto, Monarca de las Españas...*, I (México, 1746); II, Segunda Parte (México, 1748).

## II

### FUENTES DOCUMENTALES

Las principales de ellas, copiosas e interesantes, superando en cantidad y calidad a las de la primera parte, proceden del Archivo General de Indias y especialmente de su Sección de México. Van citadas a lo largo de todo lo anteriormente expuesto. La correspondencia oficial por antonomasia la constituyen los documentos contenidos en los duplicados del Virrey, despachos o cartas dirigidas por éste al Rey, principalmente en los legajos 1.336 a 1.344. Luego está la correspondencia de Fuenclara con los Ministros especialmente encargados del despacho de los asuntos de Indias, documentos también contenidos, en buena parte, en los mismos legajos citados: abarca los múltiples aspectos de la labor gubernativa del Virrey, que he procurado distribuir en capítulos según las materias afines. Las cartas y expedientes del Virrey están contenidas en los lega-



jos 508 a 510; las del Presidente y Oidores de la Audiencia en los legajos 538 a 542. Para el capítulo del viaje de Madrid a Veracruz, los legajos 515 a 1.505 han suministrado la mayor parte de la documentación; algo también el 447 de la Sección Indiferente General. El II (México a la llegada de Fuenclara) se ha nutrido de los legajos de México 508, 515, 540, 541, 821, 1.256, 1.338, 1.354, 1.505 y 1.921. El III (El recibimiento del Virrey y los comienzos del Gobierno) de los legajos 508, 515, 539, 540, 1.337, 1.354, 1.355, 1.506 y 2.446 de México, y 245 de la Escribanía de Cámara del Consejo, todo ello del Archivo General de Indias; además, de los legajos 28, 32 y 454 de la Sección de Universidades, del A. H. N. El IV (El asunto Boturini), del tomo I de la Colección Boturini de la Real Academia de la Historia y de los legajos de México números 515, 1.337, 1.338 y 1.344. El V (El Ejército y la defensa del Virreinato) tiene su fuente documental en el legajo 245 de la Escribanía de Cámara del Consejo de Indias; en los legajos 509, 510, 515, 568, 541, 1.336, 1.337, 1.338, 1.505, 1.970, 2.320, 2.424 y 2.446 de México, todos del A. gen. de Indias; del 20.743 y 21.003 de la Sección de Consejos del A. H. N., y del Oficio 16 de 1745, de Mateo Díaz Menéndez Valdés, del A. H. de P. de Sevilla. El VI (Viajes de Anson y Relaciones con Filipinas) del mismo citado legajo 245 de la Escribanía de Cámara del Consejo; de los números 1.336 a 1.339, 1.505 y 2.446 de México, del A. gen. de Indias, y del 21.003 de Consejos, del A. H. N. El VII (La defensa de la frontera septentrional) del legajo 135 de Guadalajara; 1.341, 1.342, 1.347, 1.349, 1.350, 1.352, 1.353, 1.505 y 1.921 de México, del A. gen. de Indias, y del 2.320 de la Sección de Estado, del A. H. N. El VIII (Entrada solemne del Virrey y la vida de la Corte virreinal), del citado 245 de la Escribanía de Cámara del Consejo; de los legajos 539, 540, 541, 1.337, 1.338, 1.340, 1.346, 1.354, 1.505 y 1.655 de México, del A. gen. de Indias; y del 21.461 de Consejos, del A. H. N. El capítulo IX (La Administración pública), del citado 245 de la Escribanía de Cámara del Consejo; del 88, de Guadalajara; de los 509, 515, 541, 821, 1.336 a 1.339, 1.347 y 1.505 de México, del A. gen. de Indias; y del 6.806 B., de Consejos, del A. H. N. El X (La Hacienda), del 245 de la Escribanía de Cámara del Consejo, de Títulos de Castilla, letra T; y de los de México 508, 509, 515, 541, 1.336, 1.337, 1.338, 1.339, 1.344, 1.346, 1.505, 1.654, 1.655, 1.921 y 2.446 y del "Cedulario Indico", de Ayala, XIII, del A. H. N. El XI

(La Minería), del 21.003 de Consejos del A. H. N.; del 28 de Indiferente General; 135, de Guadalajara; y 515, 1.336, 1.338, 1.339, 1.345, 1.505 y 1.921 de México. El XII (El Comercio), de los legajos 8 y 28 del Indiferente; el 245, de la Escribanía de Cámara del Consejo; 509, 510, 541, 1.336, 1.338, 1.339, 1.340, 1.341 y 1.505 de México, del A. gen. de Indias; y del Oficio 16 de 1745, de Mateo Díaz Menéndez Valdés, del A. H. de P. Sevilla. El XIII (El orden público y la administración de Justicia), se ha nutrido del legajo 245 de la Escribanía de Cámara del Consejo; y de los 515, 541, 1.336, 1.339 a 1.341, 1.506 y 1.656 de México. Para el capítulo XIV (El motín de Puebla) me he documentado en los legajos de México 1.338, 1.342, 1.505 y 1.921 del A. gen. de Indias; y del Protocolo 16.125 de 1743, de Bernardino Bringas, del A. H. de P. de Madrid. Para el XV (La Iglesia y Fuenclara), del legajo 245 de la Escribanía de Cámara del Consejo, y de los legajos 509, 515, 541, 542, 1.336 a 1.339, 1.351, 1.354, 1.505, 1.655 y 1.921 de México, del A. gen. de Indias. El XVI (La situación de los indios bajo el gobierno de Fuenclara) ha tenido como fuentes documentales el legajo 88 de Guadalajara; los 515, 541, 1.342, 1.344, 1.347, 1.505 y 1.657 de México, del A. gen. de Indias; y el 21.461 de Consejos, del A. H. N. El XVII (Las Misiones) el 245 de la Escribanía de Cámara del Consejo; el 135, de Guadalajara; y los 515, 508, 1.338, 1.341, 1.342, 1.344 y 1.347 de México. El XVIII (Las nuevas fundaciones y los viajes de descubrimiento), del 245 de la Escribanía de Cámara del Consejo; del 135, de Guadalajara; y de los 1.336, 1.341, 1.342, 1.345, 1.346, 1.347 y 1.353 de México. El XIX (La cultura mejicana en la época de Fuenclara) del citado 245 de la Escribanía de Cámara del Consejo; del 135, de Guadalajara; y de los 515, 541, 542, 731, 776, 1.336, 1.338, 1.339, 1.344, 1.346, 1.352, 1.654, 1.655, 1.687 de México. El XX (La beneficencia y las obras públicas) ha tomado su documentación del 245 de la Escribanía de Cámara del Consejo; y de los 515, 541, 542, 569, 1.336, 1.339, 1.344, 1.346, 1.657, 1.687 y 1.986 de México, del A. gen. de Indias; del Protocolo 16.125 de 1743 de Bernardino Bringas, del A. H. de P. de Madrid, y de los legajos 20.743, 21.003 y 21.461 de Consejos del A. H. N. El XXI (El fin del gobierno de Fuenclara) de los legajos 542, 384, 731, 1.506, 1.505, 1.687 y 1.921 de México y del "Cedulario Indico", de Ayala, tomo XI. El XXII (La vuelta a la Patria) de los legajos 245 de la Escribanía de Cámara del Consejo; 731, 1.341, 1.505, 1.506, 1.920

y 2.424 de México, del A. gen. de Indias; y del 18.126 de Consejos, del A. H. N. El XXIII (El juicio de la residencia) del 245 y 1.194 de la Escribanía de Cámara del Consejo; del 8 de Indiferente General; de los 1.344 y 1.505 de México. En fin, el XXIV y último (El fin de una vida cumplida) de los legajos 1.498 y 1.505, de México, del A. gen. de Indias; del Protocolo de Eugenio París, año 1751, tomo II, del A. H. de P. de Madrid; y de los legajos 4.978, 18.106 y 24.434 de Consejos, y 4.455 de Encomiendas de la Sección de Ordenes (Alcántara) del A. H. N.; y del legajo 203 del Archivo particular del Marqués de Castelar, que me fue amablemente abierto por su Archivero Don Florentino Zamora.





## BIBLIOGRAFIA.—OBRAS IMPRESAS CONSULTADAS

Gracias a la gentileza de su hijo y buen amigo mío, D. José Manuel, he podido consultar la obra inédita de D. Cristóbal Espejo de Hinojosa *Evolución histórico-política de Filipinas*, documentadísima y de gran valor histórico, particularmente en el capítulo de las relaciones con Filipinas.

### — IMPRESOS —

- AGÜEROS DE LA PORTILLA, A.: *El periodismo en México durante la dominación española*, en "Anales del Museo Nacional de Arqueología", II.
- AGUIRRE CINTA, Rafael: *Lecciones de Historia General de Guatemala* (Guatemala, 1899).
- ALAMAN, Lucas: *Disertaciones sobre la historia de la República mexicana desde la época de la conquista que los españoles hicieron a fines del siglo XV y principios del XVI de las islas y continente americanos hasta la independencia* (Méjico, 1844 - 1849).
- *Historia de Méjico* (Méjico, 1849).
- ALCAZAR Y MOLINA, Cayetano: *Historia del Correo en América*.
- ALCAZAR Y MOLINA, Cayetano: *Los Virreynatos en el siglo XVIII* (Barcelona, 1945).
- ALCEDO, Antonio de: *Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales* (Madrid, 1786).
- ALESSIO ROBLES, Vito: *Acapulco en la historia y en la leyenda* (México, 1932).
- ALSEDY Y HERRERA, Dionisio: *Piraterías y agresiones de los ingleses y de otros pueblos de Europa en la América Española desde el siglo XVI al XVIII* (Madrid, 1883).
- ALVAREZ, Juan: *Valores aproximados de algunas monedas hispano-americanas* (1497-1771). (Buenos Aires, 1917).
- ANCONA, Eligio: *Historia de Yucatán* (Barcelona, 1889).
- ANGULO E INIGUEZ, Diego: *Historia del Arte Hispanoamericano*, tomo I (Barcelona, 1945).
- ANTEQUERA, José María: *Historia de la Legislación*.
- *Apuntes históricos sobre la organización y los uniformes del Ejército colonial*, en "Boletín del Archivo General de la Nación", tomo XI, 4.
- ARRONIZ, Marcos: *Manual de biografía mejicana* (Paris, 1857).
- BANDELIER, Adolph F. A. and Fanny R. Bandelier: *Historical Documents relating to New Mexico, Nueva Vizcaya and Approaches Thereto, to 1773, collected by*, vol. III (Washington, 1937).
- BARCIA, Roque: *Primer Diccionario General Etimológico de la Lengua Española* (Madrid, 1880-1883).
- BARRIO, Francisco de: *Ordenanzas de gremios de la Nueva España*. Compendio publicado por la Secretaria de Gobernación (México, 1920).
- BAXTER, Silvestre: *La arquitectura hispano-colonial en México* (México, 1934).
- BENAVIDES, Antonio: *Historia de las órdenes de Caballería y de las condecoraciones españolas* (Madrid, 1864).
- BERISTAIN DE SOUZA, José Mariano: *Biblioteca hispano-americana septentrional o Catálogo y noticia de los literatos, que o nacidos, o educados, o florecientes en la América Septentrional Española, han dado a luz algún escrito, o lo han dexado preparado para la prensa* (México, 1816-1819-1821), tres tomos.
- BERMUDEZ PLATA, Cristóbal: *Cartagena de Indias en el ataque de los ingleses, año 1741. Discurso de recepción en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras* (Sevilla, 1931).
- BOLTON, Herbert E.: *Guide to the Material for the History of the United States in the Principal Archives of Mexico* (Washington, 1913).
- BOTURINI BENADUCI, Lorenzo: *Idea de una nueva Historia General de la América Septentrional...* (Madrid, 1745).
- BUZETA, Manuel: *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de las islas Filipinas* (Madrid, 1861).
- CALDERON QUIJANO, José Antonio: *Belice* (Sevilla, 1944).
- CAMPOS, Rubén M.: *El folklore y la música mexicana* (Investigación acerca de la cultura musical en México, 1521-1925) México, 1928).
- CANGA - ARGÜELLES, José de: *Diccionario de Hacienda para el uso de la suprema dirección de ella* (Londres, 1827-1828).

- CAPPA, Ricardo: *Estudios críticos acerca de la dominación española en América* (Madrid, 1890).
- CASARIEGO, Jesús Evaristo: *Tradiciones españolas. El ataque de los navíos ingleses y la muerte del Virrey Fuenclara en Luarca*, en "El Alcázar" de Madrid, 20 de marzo de 1943.
- CASTILLO, Gerónimo: *Diccionario histórico, biográfico y monumental de Yucatán Mérida*, 1866).
- *Catalogus Personarum et officiorum Provinciae Mexicanae Societatis Jesu*, en León Bibliografía mexicana del siglo XVIII", tomo IV.
- CAVO, Andrés: *Los tres siglos de Méjico*.
- CLAVIJERO, Francisco: *Historia antigua de Méjico* (Londres, 1826).
- COSSIO, David D.: *Historia de Nuevo León*.
- CUEVAS, Mariano: *Historia de la Iglesia en México* (México, 1926).
- CHABOT, Frederick C.: *With the Makers of San Antonio*, traducido bajo el título de *Los poderosos Aguayos* y publicado en "Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía", VII, 4.ª época, págs. 127-141.
- CHAPMAN, Charles E.: *Catalogue of Materials in the Archivo General de Indias for the History of the Pacific Coast and the American Southwest* (University of California Press, Berkeley, 1919).
- DESDEVISES DU DEZERT, G.: *L'Espagne de l'ancien Régime. Richesse et civilisation*, en "Revue Hispanique", tomo LXXIII, 1928.
- *Les Institutions de l'Espagne au XVIIIe. siècle*, en "Revue Hispanique", tomo LXX (París, 1927).
- *Vice-Rois et Capitaines-généraux des Indes espagnoles à la fin du XVIIIe. siècle*, en *Revue Historique*, tomos CXXV y CXXVI.
- *Diccionario geográfico, estadístico, histórico, biográfico, de industria y comercio de la República Mexicana*, escrito en parte y arreglado en otra por el general José María Pérez Hernández (México, 1874).
- *Dictionary of National Biography*, vol. XLII (Londres, 1895).
- *Diccionario universal de Historia y Geografía... con noticias históricas geográficas, estadísticas y biográficas, sobre las Américas en general y especialmente sobre la República mexicana*, por D. Lucas Alamán, D. Joaquín García Icazbalceta, D. Manuel Orozco, D. Joaquín Velázquez de León y otros (México, 1853).
- *Dominación española en México, La* (Polemica sostenida por los periódicos "Diario Oficial" y "La Colonia Española"), tomo II (México, 1878).
- FISHER, Lillian Estelle: *Viceregal Administration in the Spanish American Colonies* (University of California Press, Berkeley, California, 1926).
- FLORES, Francisco A.: *Historia de la medicina en México* (México, 1886).
- FUENTES Y GUZMAN, Francisco Antonio de: *Historia de Guatemala*, escrita en el siglo XVII, publicada, con notas e ilustraciones, por Justo Zaragoza (Madrid, 1883).
- GAMS, Pio Bonifacio: *Series Episcoporum* (Ratisbona, 1873).
- GARCIA DE ARBOLEYA, José: *España y Méjico* (Habana, 1862).
- GARLAND JAYNE, Kigsley: *British Honduras*, artículo de la "Encyclopaedia Britannica", tomo IV (Cambridge, 1910).
- GONZALEZ OBREGON, Luis: *México Viejo 1521-1821*, (México, 1945).
- HANNAY, David: *Anson*, artículo en la "Encyclopaedia Britannica", tomo II (Cambridge, 1910).
- *Historia general de los viajes o Nueva colección de todas las relaciones de los que se han hecho por Mar, y Tierra, y se han publicado hasta ahora en diferentes Lenguas de todas las Naciones conocidas*. Obra traducida del Inglés al Francés por el Abate Antonio Francisco Prévost, y al Castellano por D. Miguel Terracina, tomo 18.º (Madrid, 1778); tomo 19.º (Madrid, 1779).
- HUMBOLDT, Alejandro de: *Essai politique sur le royaume de la Nouvelle Espagne* (París, 1811).
- *Iconografía de gobernantes de la Nueva España*, tomada de la colección que se conserva en el Salón de Cabildos del Palacio Municipal de la Ciudad de México. Editada por Eusebio Gómez de la Puente (México, 1921).
- IGUINIZ, Juan B.: *Los Marqueses de Ulupa*, en "Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística", año 1929, tomo 41, pág. 57.
- LANZ, Manuel A.: *Compendio de historia de Campeche* (Campeche, 1905).
- LEDUC, (Alberto), LARA PARDO (Luis) y ROUMAGNAC (Carlos): *Diccionario de*

- Geografía, Historia y Biografía Mexicanas* (París, 1910).
- LEON, Nicolás: *Bibliografía mexicana del siglo XVIII* (México, 1902-1903).
- LERDO DE TEJADA, Miguel M.: *Apuntes históricos de la heroica ciudad de Veracruz* (México, 1850).
- LUMMIS, Charles F.: *Los exploradores españoles del siglo XVI*.
- LUNA, Antonio de: *El Derecho y la Hispanidad*, en "Ya", 12 de octubre de 1941.
- MALTE-BRUN, Conrado: *Geografía Universal* (Barcelona, 1875).
- MARMOLEJO, Lucio: *Efemérides guanajuatenses*, tomo I (Guanajuato, 1883).
- MARROQUI, José María: *La Ciudad de México* (México, 1900).
- MARTINEZ COSSIO, Leopoldo: *Los caballeros de las órdenes militares en México* (México, 1946).
- *Memoria administrativa y económica que la Junta directiva del Desagüe y saneamiento de la ciudad de México presenta a la Secretaría de Gobernación, 1893-1903*.
- *Memoria histórica, técnica y administrativa de las obras del desagüe del Valle de México 1449-1903*, publicada por orden de la Junta directiva del mismo desagüe.
- MILLARES CARLOS, Agustín: *Noticia biográfica de D. José de Eguiara y Eguren*, en "Boletín bibliográfico mexicano" de 31 de marzo de 1944.
- MONTERDE, Francisco: *Bibliografía del teatro en México*.
- MONTERO y VIDAL, José: *Historia General de Filipinas* (Madrid, 1887).
- MORERI, Louis: *Le Grand Dictionnaire historique* (París, 1759).
- MOTA PADILLA, Matías de la: *Historia de la conquista de la provincia de la Nueva Galicia*, escrita en 1742, publicada por la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística (México, 1870).
- *Nobleza colonial*, La, por E. O. G. en "Boletín del Archivo General de la Nación", tomo XIV.
- OCARANZA: *Capítulos de la historia franciscana*.
- OROZCO y BERRA, Manuel: *Apuntes para la historia de la Geografía en México* (México, 1881).
- ORTEGA, José: *Historia del Nayarit* (México, 1887).
- ORTEGA y PEREZ GALLARDO, Ricardo: *Historia genealógica de las familias más antiguas de México* (México, 1908).
- ORTEGA y RUBIO, Juan: *Historia de América*.
- PEÑAFIEL, A.: *Ciudades coloniales*.
- PEREYRA, Carlos: *Historia de la América española*, tomo III (México) (Madrid, 1924).
- PEREZ HERNANDEZ, José María: *Diccionario geográfico...* (V. Diccionario).
- PEREZ VERDIA, Lucas: *Historia particular del Estado de Jalisco* (Guadalajara, 1910).
- PIJOAN, José: *Otra gran renuncia*, en "La Vanguardia", de Barcelona, 16 febrero de 1934.
- PRIETO, Alejandro: *Historia, geografía y estadística del Estado de Tamaulipas* (México, 1873).
- RAMIREZ, J. F.: *Noticias históricas y estadísticas de Durango*, en "Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística", tomo V.
- RANGEL, Nicolás: *Historia del toreo en México*. Epoca colonial (México, 1924).
- RIVA PALACIO, Vicente: *México a través de los siglos*.
- RIVERA, Agustín: *Principios críticos sobre el Virreinato de la Nueva España* (Lagos, 1887).
- RIVERA CAMBAS, Manuel: *Los gobernantes de México* (México, 1872).
- *México pintoresco, artístico y monumental* (México, 1880-1883).
- RODRIGUEZ VILLA, Antonio: *Patiño y Campillo*.
- ROMERO DE TERREROS Y VINENT, Manuel (Marqués de San Francisco): *Ex antiquis. Bocetos de la vida social en la nueva España* (Guadalajara de la Nueva Galicia, 1919).
- *La Casa colonial*.
- *Los acueductos de México*, en "Anales del Museo de Arqueología, Historia y Etнологía", III.
- *Los Corregidores de México*, en los mismos "Anales", I, 1922.
- SABAU Y BLANCO, José: *Tablas cronológicas de la historia universal de España*, tomo XXII.
- SAN VICENTE, Juan Manuel: *Exacta descripción de la magnífica corte mexicana*, publicada en 1768 y reimpresa en "Anales de Museo de Arqueología de México", tomo V, año 1913.
- SANTA MARIA, Fray Vicente de: *Relación histórica de la colonia del Nuevo Santander*, con una "Introducción" de R.



- López, en León, Nicolás: *Bibliografía mexicana del siglo XVIII*, tomo V.
- SOLA, Miguel: *Historia del Arte hispano-americano*. (Barcelona, 1935).
- SOLORZANO PEREIRA, Juan: *Política indiana*. (Madrid, 1647).
- TIENDA DE CUERVO, José: *Estado general de las fundaciones hechas por don José de Escandón en la Colonia del Nuevo Santander, Costa del Seno Mexicano. Documentos originales que contienen la inspección de la provincia efectuada por el capitán de Dragones...* Publicaciones del Archivo General de la Nación, XIV.
- TORIBIO MEDINA, José: *Biblioteca hispano-americana (1493-1810)*, tomo IV. (Santiago de Chile, 1901), VI (Santiago de Chile, 1902).
- *La imprenta en México (1539-1821)*, tomo IV (Santiago de Chile, MCMVIII).
- TORRE REVELLO, José: *Biografía de Baturini*, en "Boletín del Archivo General de la Nación, tomo VII, 1936.
- TRENS, Manuel B.: *Apuntes para la historia de la estadística en México*, en "Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía, tomo 42.
- VIÑAS MEY, Carmelo: *El régimen jurídico y de responsabilidad en la América Indiana*, en "Revista de las Españas, agosto de 1928, año III, núm. 24.
- VALLE ARIZPE, Artemio del: *Del tiempo pasado*.
- *La muy noble y leal ciudad de México, según relatos de antaño y de hogaño*. (México, 1924).
- *Libro de Estampas*.
- *Virreyes y Virreinas de la Nueva España* (Segunda serie).
- VERA FORTINO, Hipólito: *Catecismo geográfico-estadístico de la Iglesia mexicana* (Amecameca, 1881).
- VERGARA MARTIN, Gabriel María: *Algunos refranes, modismos y cantares geográficos que se emplean en América española o que se refieren a ella*.



## INDICE DE NOMBRES \*

- Abiqui, rancho de: 481.  
 Abrantes, Duque de: 259.  
 Abreu, Fray Francisco: 557.  
 Acapulco: 105, 124, 141, 142, 148, 149, 150, 151, 152, 153, 248, 336, 337.  
 Acoclames, indios: 172, 498.  
 Acoma, misión de: 481.  
 Aculco, San Jerónimo de: 307, 309, 332, 358, 361, 362.  
 Adais, presidio de: 106, 168, 178, 538.  
 Aguacatlán: 491, 492.  
 Aguas Calientes: 237.  
 Aguatubi, pueblo de: 542.  
 Aguilar, José de: 372.  
 Aguirre, José Francisco de: 206, 217, 224, 234, 241, 261, 444, 445.  
 Aisa, Gabriel de: 135.  
 Alameda, rancho de la: 481.  
 Alarcón, Manuel José Cosme: 374.  
 Alarcón y Ocaña, Francisco: 232, 347.  
 Alastuey, José: 674.  
 Alborno, vid. Pérez de Alborno.  
 Alborno de Ortigosa, Miguel: 320.  
 Albuquerque: 169, 481.  
 Aldaco, Manuel de: 128, 266, 294, 303, 304, 305, 556.  
 Alday, Martín de: 172, 536.  
 Alexandro, Matías: 477.  
 Alonso, Gaspar: 477.  
 Alonso, Mateo: 477.  
 Altamira, Marqués de: 59, 195, 200, 203, 207, 222, 238, 286, 320, 333, 362, 435, 466, 495, 511, 512, 514, 527, 573, 574, 575, 634, 645, 650, 651.  
 Altamirano y Velasco, Ana: 58.  
 Alvarez, Antonio: 358.  
 Alvarez de Abreu, Domingo Pantaleón, Arzobispo de Puebla: 389, 431, 448, 561.  
 Alvarez de Ulate, Francisco: 217.  
 Amarillas, Marqués de: 58, 437, 569.  
 Amatlán, ranchería de: 478.  
 Amendula, José María: 492, 524.  
 Andabulo, Lorenzo: 487.  
 Andrés, Domingo: 665.  
 Andreu y Ferraz, Antonio: 183, 195, 203, 217, 251, 269, 302, 333, 360, 362, 363, 380, 426, 427, 435, 496, 515, 543, 603, 605, 609, 651, 661.  
 Animas, río de las: 164.  
 Ansón, Jorge: 137, 139, 140, 143, 144, 146, 153, 337.  
 Anzoes, indios: 536.  
 Apaches, Faraones: 177.  
 Apaches Gileños, indios: 169, 171, 172, 466.  
 Aparicio del Manzano, Juan: 237.  
 Apresa Moctezuma, Felipe de: 522.  
 Aráuz, Antonio de: 398.  
 Arenal y Carrión, Bernardo del: 23, 25, 28, 218, 224, 626, 652.  
 Arestin, Juan Bautista: 568.  
 Arévalo, Isidro de: Obispo de Nueva Cáceres: 146.  
 Arias, Lorenzo Cayetano: 375.  
 Ariburu Arechaga, Sebastián de: 259.  
 Aristorena y Lanz, Tomás de: 221.  
 Artiaga, Antonio Basilio de: 394.

---

\* Los nombres propios de personas y lugares de más frecuente repetición, tales como los del virrey conde de Fuenclara, México, Veracruz, y otros semejantes, no han sido incluidos, por razones obvias, en este índice.

- Archederra, Fray Juan de, Obispo de Nueva Segovia: 154.  
 Arria, Esteban: 626.  
 Arria, José de: 104, 626, 652, 661.  
 Arrinda, Lorenzo de: 408.  
 Arroyos, Juan José de: 494.  
 Arroyo Zarco, misión de: 492.  
 Asís, Diego Francisco de: 569.  
 Astudillo, Simón de: 374.  
 Atrisco, pueblo de: 481.  
 Atrisco, Duque de: 259.  
 Autlán, provincia de: 279.  
 Avalos, provincia de: 279.  
 Avella-Fuertes, Jacinto de: 638, 639, 643.  
 Avendaño, José Manuel de: 250, 333, 362.  
 Aya, Adrián del: 73.  
 Ayutla, rancharía de: 478.  
 Azcárraga, Domingo de: 228, 229.  
 Aziburu, Sebastián de: 212, 259, 319.  
 Azlor Virto de Vera, José Ramón: 157, 158.  
 Aznar, Francisco: 668, 670.  
 Babosariguanes, indios: 480.  
 Baena, Gaspar: 487.  
 Baeza, Juan de: 231, 590.  
 Bahía de Espíritu Santo, Presidio de la: 106, 158, 168.  
 Baisboda: 480.  
 Balbases, Marquesa de los: 260.  
 Balis: 114.  
 Baltasar, P. Juan Antonio: 546.  
 Barbadillo Victoria, Francisco: 157, 462, 463, 507, 508.  
 Barberá, Fray Felipe: 439, 440.  
 Barlovento, presidios de: 119, 127, 133.  
 Barnett: 149, 150.  
 Barquín de Montecuesta, Narciso: 509, 511.  
 Barragán de Burgos, José: 135.  
 Barranco, Pedro: 465.  
 Barrio Junco y Expriella, Pedro del: 511.  
 Barrera, Cayetano de la: 486, 487, 490, 492, 494, 496.  
 Barroeta, Juan Crisóstomo de: 213, 250, 362, 604, 609.  
 Barrueta, Francisco Javier de: 229, 333.  
 Batavia: 140, 149.  
 Bayona: 18, 19, 21, 22, 24, 26, 28, 32.  
 Beaumont, Beltrán: 576.  
 Beaumont, Blas: 576.  
 Becerreiro y Quiroga, Joaquín: 665.  
 Bedoya y Osorio, Pedro de: 62, 183, 203, 241, 306, 333, 362, 381, 383, 384, 415, 513, 543, 627.  
 Beica, Juan Antonio de: 278, 279.  
 Belaunzarán, Juan Bautista: 176.  
 Belize o Belice: 108, 112, 113, 115, 116.  
 Beltrán, Fray Antonio: 206, 558.  
 Belzunce, Marqués de: 428.  
 Benavides, Antonio de: 46, 107, 110, 113, 115, 123, 125.  
 Benedicto XIV: 265, 297, 389, 425, 426, 436, 439, 503.  
 Benítez Murillo, Francisco: 174, 176, 299.  
 Bermúdez, Antonio: 145.  
 Bermúdez Pimentel, Gregorio Francisco: 213, 237.  
 Bernal, Juan: 670, 674, 675.  
 Bernal, Manuela: 307.  
 Bernal, María: 669, 675.  
 Bernal de Huidobro, Manuel: 238, 239, 464.  
 Bertonico, Fray Antonio: 503.  
 Berrio y Zaldívar, Miguel de: 217, 620.  
 Berroterán, José de: 175, 176, 466, 499.  
 Bertel, Nicolás: 106.

- Berzábal, Baltasar: 104, 625, 652, 661.  
 Bisi: 83.  
 Blancas, Martín de: 228.  
 Blasco, José: 661.  
 Blondel: 33.  
 Bobariques, indios: 480.  
 Bocanegra, Juan de: 558.  
 Bolio y Solís, Juan: 111.  
 Boneo, Justo: 179.  
 Borda, Francisco de la: 292.  
 Borde, José de la: 292, 295, 296, 297, 313.  
 Borongán: 143.  
 Borrull, José: 658.  
 Boturini Benaduci, Lorenzo: 73, 74, 75, 76, 77, 78, 79, 80, 81, 82, 83, 84, 85, 86, 88, 89, 90, 91, 92, 93, 94, 95, 96, 97, 98, 99, 245, 428.  
 Bourg, Wifredo de: 74.  
 Bournonville, Duque de: 260.  
 Bravo, río: 160.  
 Bravo, Jaime: 148.  
 Brazo de Dios: 165.  
 Brethous, León: 18, 19, 21, 22, 23, 25, 29, 30, 34, 338.  
 Bucareli y Silva, María del Pilar: 679.  
 Bueno de la Borbolla, Vicente: 394.  
 Burgos, José de: 229.  
 Bustamante, Francisco Antonio de: 394.  
 Caballero, Francisco: 279.  
 Caballero, Antonio Francisco: 661.  
 Caballero, Pedro Miguel: 515, 516.  
 Caballero Castilla, José: 448.  
 Caballero, Juan Antonio: 228, 238.  
 Cabeza de Vaca, Fray Lucas: 489, 496.  
 Cabeza de Vaca, Fray Antonio: 465.  
 Cabezas, indios: 480.  
 Caborca: 545.  
 Cabrera Quintero, Cayetano: 184, 560.  
 Cagigal de la Vega, Francisco: 636.  
 Calvo de la Puerta, Sebastián: 226, 227, 228, 435, 603, 604, 606, 608, 609, 656.  
 Camargo, villa de: 160.  
 Campeche: 110, 111, 112, 114, 123.  
 Campillo, José del: 1, 2, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 25, 27, 29, 30, 31, 32, 33, 47, 66, 103, 130, 142, 194, 195, 342, 528, 558, 601.  
 Campioni, Angel: 667, 677.  
 Campo y Zarate, Clemente del: 61, 183, 200, 203, 205.  
 Campoflorido (Príncipe de): 116.  
 Campuzano, Jerónimo: 398.  
 Canabal, José: 403.  
 Canero, Francisco: 231.  
 Cano, Juan Francisco del: 521.  
 Cano, Fray Antonio: 194, 558.  
 Cárdenas, José de: 207, 567, 572, 573, 574, 575.  
 Careaga, Juan Manuel: 554.  
 Carlos III: 313.  
 Carlos V: 38.  
 Carlos VI de Austria, Emperador de Alemania: 9.  
 Cartagena de Indias: 11.  
 Carvaial, Luis de: 506.  
 Carvajal y de Lancáster, José de: 268.  
 Carvallido, Juan: 48.  
 Carragal, Simón de: 357.  
 Carragal, José Alberto: 357, 358.  
 Carrasco, Antonio: 665.  
 Carrera, Manuel de la: 502.  
 Carrillo Moreno, Juan: 226, 227, 228.  
 Carrillo, P. José: 204, 558.



- Carrillo, Gerardo: 299.  
 Carrión, Villa de: 363.  
 Carrisal de la Peña, misión de: 482.  
 Casafuerte, Marqués de: 12, 14, 153, 172, 228, 334, 358, 484, 498, 508, 567, 607, 615.  
 Casas, Manuel de las: 18, 22, 23, 25, 27, 29, 30, 31, 32, 33.  
 Casaubon, François: 25, 26, 27, 28, 29, 30, 31, 32, 33.  
 Castañeda, Isidro de: 240.  
 Castaño, Fray José: 518.  
 Castelar, Marqués de: 666, 667, 677.  
 Castillo y Ceballos, Juan Antonio del: 178, 538.  
 Castillo de Aisa, Marqués del: 135, 226, 238, 288, 298, 299, 386, 511, 549.  
 Casuro, Francisco: 234.  
 Castro, Fray José de: 443, 444.  
 Castro, Ignacio de: 204, 557.  
 Castro, Juan Francisco de: 63, 650.  
 Castro, Juan de: 432.  
 Castro, Ana María de: 567, 569.  
 Cavite: 141, 150, 152.  
 Cazal Bermúdez, Domingo: 230.  
 Cebrián, Sor Manuela: 669.  
 Cebrián, Sor María Antonia: 669.  
 Cebrián, María Honólita: 625, 666, 678, 679.  
 Cebrián, Miguel Vicente, Obispo de Córdoba: 667.  
 Cebrián Agustín, Pedro (Conde de Fuenclara): 44.  
 Cebrián y Salvador de Esplugas, Juan: 666.  
 Cerro Gordo (presidio de): 171, 175, 176, 332, 356, 498.  
 Cerro Prieto, ranchería de: 488, 493, 495, 516.  
 Cíbolos, indios: 498.  
 Cimatanejo, puerto de: 141.  
 Clavijero, Blas: 283, 654.  
 Clemente XI: 265.  
 Clemente XII: 265.  
 Coahuila: 106, 155, 157, 160, 313, 480, 498, 512, 527, 534, 538.  
 Coahuila, presidio de San Francisco de: 106.  
 Coahuileños, indios: 172.  
 Cobián, Ildefonso: 359.  
 Cococha: 480.  
 Cocomaricopas, indios: 544.  
 Cocoyames, indios: 172, 536.  
 Cochiti, misión de: 481.  
 Codallos y Rabal, Joaquín de: 75, 82, 83, 168, 177, 540, 651.  
 Colcingo, paraje de: 356.  
 Colina, Juan de la: 627, 628.  
 Colorado, río: 161, 164.  
 Colosía Mier y Noriega, José Antonio: 639, 640, 641, 642, 644, 646.  
 Comanches, indios: 173, 177.  
 Comayagua: 111.  
 Concepción, pueblo de: 508.  
 Conchos, río: 160.  
 Conchos (presidio de): 171, 173, 175, 176, 466, 480, 498, 499.  
 Coninas, indios: 542.  
 Conquista, Duque de la: 15, 24, 43, 123, 153, 178, 179, 238, 239, 250, 340, 357, 360, 426, 464, 569, 647.  
 Consag, P. Fernando: 546, 547, 548.  
 Carrisal de la Peña, misión de: 482.  
 Cortés, Esteban: 123, 341.  
 Cortillas, Joaquín Antonio: 77.  
 Cosiguriachi: 172.  
 Cosío y Campa, José de: 177.  
 Costa, Pedro Matías de: 106.  
 Covarrubias, Francisco Manuel de: 583.  
 Cosuela, Manuel de: 213, 435, 578, 604, 606, 608, 609.



- Croix, Carlos Francisco de (Marqués de Croix): 101.  
 Cruz, Juan de la: 459.  
 Cruzat y Góngora, Gervasio: 471.  
 Cuatepec, lugar de: 52, 418.  
 Cuautla, lugar de: 52, 332, 363, 418.  
 Cuba, presidios de: 126, 128.  
 Cubero y Ramírez de Arellano, Fray José, Obispo de Chiapas: 432.  
 Cucurpes: 480.  
 Cuernavaca: 52, 296, 297, 363, 420.  
 Cuesta, Juan de la: 520.  
 Cumaná, presidios de: 126, 128.  
 Cumplido, Francisco: 191.  
 Cumplido, José: 356.  
 Curazao: 109.  
 Curiel, Fray Miguel: 206, 557.  
 Custodio Durán, Miguel: 580, 582.  
 Chacón, José: 410, 411.  
 Chaguacanas, indios: 541.  
 Chama, rancho de: 481.  
 Chalco: 332, 358, 577.  
 Challoner-Ogle, el Caballero: 11.  
 Chapulhuacán, misión de: 488, 489.  
 Chartered, Company: 109.  
 Chapultepec: 55, 71, 210, 383, 588, 590.  
 Chavarría, Fray Francisco: 433.  
 Chavero, José Antonio: 332.  
 Chaves, José de: 518.  
 Chaves, Juan de: 393.  
 Chaves, Jerónimo de: 518, 519.  
 Chichicapa: 290.  
 Chichimecos, indios: 486, 511.  
 Chihuahua: 155, 171, 173, 174, 175, 290, 465, 498, 499.  
 Chimalhuacán: 332.  
 Chinarras: 480.  
 Chinchilla, Manuel de: 272, 273, 276, 366.  
 Chinipas: 480.  
 Cholomes, indios: 498.  
 Cholula: 51, 222.  
 Dávalos, José: 560, 590, 591.  
 Dávalos Espinosa, Antonio: 48, 231, 235.  
 Dangú, pueblo de: 543.  
 Dávila, Fernando: 60, 190, 195, 203, 206, 222, 238, 269, 302, 311, 426, 427, 450, 575, 603, 605, 607, 608, 634, 645, 650.  
 Dávila, Pedro: 368.  
 Deadoses, indios: 536.  
 Decourt: 120.  
 Delgado, Tomás: 307.  
 Delgado, Fray Carlos: 482, 483, 540, 544, 545.  
 Díaz de Celis, José: 232, 272.  
 Díaz Lavandero, José: 652, 661.  
 Díaz Maldonado, José: 477, 485, 492, 493, 516, 530, 531.  
 Díez Navarro, Luis: 122.  
 Díez de Rivera, Vicente: 111.  
 Dimpster, Guillermo: 341.  
 Dolores, Mariano Francisco de los: 178.  
 Dolores y Viana, Fray Mariano Francisco de los: 536, 537, 539.  
 Domínguez, Fray Ildefonso: 491.  
 Domínguez, Francisco Blas: 665.  
 Domínguez de Mendoza, Joaquín: 364.  
 Drouilhet, Etienne: 25, 27, 32.  
 Duarte, Juana: 625.  
 Durán, Francisco: 390, 407.  
 Durango: 155, 173, 280, 313, 426, 432.  
 Ecoras: 480.  
 Echávarri, Francisco Antonio de: 57, 183, 190, 195, 200, 203, 205, 206, 234, 286, 311, 333, 362, 428, 436, 567, 586, 587, 602, 622, 649.  
 Echeveste, Francisco de: 316, 320, 555, 651, 652.

- Echeverz González y Subiza, Fermín de: 135, 151, 228, 233, 237, 598.  
 Echevarría, Ignacio de: 407.  
 Egúarás y Fernández de Híjar, Pedro de (Marqués de Salvatierra): 214.  
 El Cajón: 177.  
 El Callao: 138.  
 El Cardonal: 290.  
 El Ferrol: 19.  
 El Fresnillo: 290.  
 Eguiara y Eguren, Juan José: 194, 557, 558.  
 Elizacochea Dorre y Echevarría, Martín: 432.  
 Elizalde Hita y Parra, José Mariano Gregorio de: 195, 204, 554, 557, 558.  
 El Mezquital: 290.  
 Emeres: 480.  
 El Pasaje, presidio de: 171, 173, 175.  
 El Paso: 168, 169.  
 Ensenada, Marqués de: 121, 124, 125, 129, 132, 150, 191, 194, 195, 240, 254, 263, 324, 334, 346, 348, 349, 426, 429, 433, 601, 602, 603, 604, 605, 612, 615, 617, 632, 634, 635, 639, 640, 641, 642, 661.  
 Enriquez, Pedro Manuel: 184, 241.  
 Enriquez, Martín: 588.  
 Enriquez de Guzmán, Enrique: 665.  
 Escanela: 490, 91, 97.  
 Escandón, José: 155, 159, 453, 464, 470, 475, 476, 477, 484, 485, 486, 488, 489, 490, 491, 492, 493, 494, 495, 496, 497, 505, 512, 513, 516, 518, 519, 520, 521, 522, 523, 524, 525, 527, 528, 529, 530, 531, 534, 535, 601.  
 Escandón, Francisco de: 518, 519.  
 Escobar y Llamas, P. Cristóbal: 545, 553.  
 Espinosa de los Monteros, Miguel de: 582, 584.  
 Espíritu Santo, (cabo de): 143, 166.  
 Espíritu Santo, Bahía: 527.  
 Esteban, José: 670.  
 Estrada, Pedro de: 121, 287, 340.  
 Espropusco, ranchería de: 486.  
 Erazun, Juan Benito: 114.  
 Fabri, José: 297.  
 Falces, Marqués de: 588.  
 Faraones, indios: 169.  
 Felipe II: 40, 390.  
 Felipe IV: 461.  
 Felipe V, Rey de España: 9, 10, 11, 59, 63, 67, 173, 178, 201, 207, 211, 214, 225, 357, 499, 501, 543, 646.  
 Feringán Cortés, Felipe: 105.  
 Fernández Diego Antonio: 242.  
 Fernández, Manuel: 626, 652.  
 Fernández de Córdoba, Aniceto: 190.  
 Fernández de Córdoba, José: 363, 448, 449.  
 Fernández de Córdoba, Luis: 293.  
 Fernández de Heredia, Alonso: 122.  
 Fernández de Madrid, Luis Manuel: 60, 190, 195, 200, 203, 205, 242, 311, 634, 645, 650, 651, 652, 660, 661.  
 Fernández de Miranda y Villasis, M.<sup>a</sup> del Pilar: 678.  
 Fernández Molinillo, Francisco: 15, 16, 17, 20, 21, 23, 26, 29, 33, 34, 48, 131, 188, 204, 235, 268, 269, 277, 293, 295, 302, 346, 427, 431, 587, 602, 603, 605, 610, 615, 618, 619, 623, 624, 626, 630, 646, 649, 661.  
 Fernández Molinillo, Gabriel: 103, 191, 252, 257.  
 Fernández Pacheco, Felipe: 225, 333, 362.

- Fernández Palos, José: 557.  
 Fernández Patiño, Lucas (Marqués de Castelar): 666.  
 Fernández de la Rama, Gaspar: 453, 476, 477, 478, 490, 492, 493, 495, 515, 520, 527, 528, 551.  
 Fernández de Ubiarco, Juan: 300.  
 Fernández de Veitia, Mariano: 237.  
 Fernández - Veitia y Linaje, José: 61, 206, 231, 297.  
 Fernando VI: 443, 666.  
 Ferrer, Ignacio: 652, 661.  
 Ferrón, Manuel: 626, 652, 661.  
 Figueroa, Antonio: 109.  
 Fleury, el Cardenal: 10.  
 Flores, Jerónimo: 298.  
 Flores, Diego: 375.  
 Flores Moreno, José: 391.  
 Flores Mogoyón, Juan Ignacio: 508.  
 Fogueras, Fray Juan: 439.  
 Fonseca Enríquez, Nicolás de: 194.  
 Francisco, Pancho: 489, 518.  
 Franquis, Carlos de: 179.  
 Freyre, Bernardino: 641, 646.  
 Fronteras: 168, 169.  
 Fuenterrabía: 28.  
 Fuentes, Juana Eligia de: 307.  
 Galisteo, misión de: 481.  
 Galve, Conde de: 598.  
 Gálvez, Nicolás de: 527.  
 Gallo, Nicolás: 673, 675, 676.  
 Gallo, presidio de: 171, 173, 175, 176, 498.  
 Gallo de Pardiñas, Juan Eusebio: 105, 153.  
 Gamarra, Isabel: 568.  
 Gándara, Diego dela: 90.  
 Gante, Fray Pedro de: 552.  
 Garay, Rafael: 625.  
 Garcés, Julián: 387.  
 García, Fray José: 485.  
 García de Castro, Ignacio: 651, 661.  
 García de Castro y Cueto, M.<sup>a</sup> Gertrudis: 43.  
 García de los Cobos Pintado, Mateo: 305, 306, 308.  
 García Mendieta, Baltasar: 217, 231, 235.  
 Gavidia, Diego: 372.  
 Gavilanes, indios: 498.  
 Gil, Domingo: 299, 300.  
 Gila, río: 161, 164, 466, 499, 543, 544.  
 Gilas, indios: 169.  
 Giliapa, ranchería de: 486, 517.  
 Gilitipa, ranchería de: 487.  
 Gilitla, misión de: 489, 496.  
 Giménez, Lorenzo: 492.  
 Girón, Juan Francisco: 190.  
 Geraldino, Tomás: 10, 11, 649.  
 Gloria, punta de la: 157.  
 Gómez de Angulo, Diego Felipe; Obispo de Antequera: 432.  
 Gómez de Bustamante, Manuel: 140.  
 Gómez de Ibarburu, Benito: 250, 251.  
 Gómez de Parada, Juan; Obispo de Guadalajara: 432.  
 Gómez de Rucoba, Nicolás: 400.  
 Gondoxa, Pedro de: 650, 661.  
 González, Fray José: 206, 558.  
 González, Juan Manuel: 371.  
 González de Arnáez, Andrea: 191.  
 González Calderón, José: 231, 234.  
 González de la Cueva, Nicolás: 311.  
 González de la Cueva, Diego: 312.  
 González Díaz de Córdoba y Lavandero, José: 103.  
 González de la Herrán, Diego: 177.  
 González Quijano, Antonio: 146.  
 González del Pinal, José: 206, 557.



- González Ramírez de Zárate, Agustín: 433.  
 González de Santa Cruz, Antonio Agustín: 404, 405.  
 Gorostiaga, Manuel: 48.  
 Gorráez y Beaumont, José de: 193, 585.  
 Grado, Juan Antonio de: 493.  
 Gran Bretaña: 101.  
 Granada de Nicaragua: 121.  
 Grangent, Lucas: 121, 287.  
 Gran Quivira: 158.  
 Grande, río: 168.  
 Grenier, Caballero: 179, 180.  
 Guadalajara: 60, 61, 237, 238.  
 Guadalcázar: 290.  
 Guadalupe: 55.  
 Guainamota, pueblo de: 151.  
 Gualpe, pueblo de: 542.  
 Guanaja (o Boaca), isla de: 111, 121.  
 Guanajuato: 285, 290, 291, 313.  
 Guasteca: 156.  
 Guatemala: 108, 111, 112, 113, 114, 115, 277.  
 Güemes y Horcasitas, Juan Francisco de: 57, 58, 59, 60, 61, 112, 115, 127, 155, 234, 277, 305, 311, 328, 375, 382, 385, 415, 450, 463, 484, 542, 545, 565, 602, 619, 621, 623, 626, 629, 632, 645, 648, 650, 661.  
 Guerrero, Diego: 487.  
 Guerrero de Ardila, Gabriel: 507, 511.  
 Guevara, Bartolomé de: 449.  
 Guevavi: 169.  
 Guillén de Aguilar, Gaspar: 135.  
 Guinea, Ignacio: 501.  
 Gutiérrez, Cristóbal: 298, 299.  
 Gutiérrez de Rubalcava, Alejo: 324, 325.  
 Gutiérrez de la Vega, Juan Antonio: 105.  
 Habana, plaza de la: 126.  
 Haddock, el Almirante: 11.  
 Hayacapa: 363.  
 Heres, Fray José de: 516.  
 Hernán Cortés: 49, 51.  
 Hernández, Miguel: 372.  
 Hernández, Andrés: 487.  
 Herrera, José Antonio de: 347, 459.  
 Hidalgo Veguellina, Manuel Nicolás: 401.  
 Hita, Bartolomé de: 206, 557, 558.  
 Hita y Salazar, José de: 413, 414.  
 Honduras: 109, 113, 114, 119, 122.  
 Horrallos: 480.  
 Hoyos, Luis de: 432.  
 Huergo, José: 29, 33, 34, 48, 66, 103, 195.  
 Huejotingo, población de: 51, 413.  
 Humarán, Juan Antonio de: 217, 224, 231, 234, 591.  
 Hurtado, Miguel: 359.  
 Hurtado de Mendoza, Gaspar: 203, 212, 217, 224, 231.  
 Ibarra, Pedro de: 441.  
 Idoyaga, José de: 175.  
 Iglesias, Agustín de: 217, 231.  
 Imbonaga, ranchería de: 478.  
 Infante, José: 558.  
 Iriarte, Manuel Martín de: 228, 229.  
 Irigoyen, Pedro Angel de: 228.  
 Irigoyen, Fray José de: 482, 540, 541, 542.  
 Irusta, José de: 358, 361.  
 Isasi, Pedro Salvador de: 407, 411.  
 Iturbide, Juan Esteban de: 258.  
 Itztacalco, Pueblo de: 577.  
 Izaguirre, Manuela de: 441.  
 Jalapa: 49, 73, 117, 156, 298, 323, 324, 326, 444.  
 Jalisco: 480.  
 Jamaica: 108, 110, 115, 118, 119, 121, 122, 123, 137, 287, 338, 340, 341, 439.



- Janambres, indios: 524, 527.  
 Janos: 168, 169.  
 Jaral de Berrio, Marqués de: 313.  
 Jasso: 290.  
 Jaumabé: 513, 523, 524, 526.  
 Jaúregui y Urutia, José Antonio de: 508, 511.  
 Jerusalem, Ignacio: 568.  
 Jesús María, Sor Jerónima de: 670.  
 Juchipila: 290.  
 Jiménez de los Cobos, Pedro: 243.  
 Jiménez de los Cobos y Flores, Pedro: 243.  
 Jonacatepec: 332, 358.  
 Jonas, nación: 484, 485, 491.  
 Jongo, Santiago de; ranchería: 490.  
 Jorge II: 120.  
 Junta de los ríos, misión de: 482, 498, 499.  
  
 Keene, Ministro inglés en Madrid: 10, 11.  
 Keller, P. Ignacio: 543, 544.  
 Kidd, Dandy: 138.  
  
 Ladrón de Guevara, Juan: 243.  
 Ladrón de Guevara, Antonio: 463, 509, 510, 511.  
 La Guaira: 116, 118, 203.  
 Laguna, misión de: 481.  
 Laguna, presidio de: 133.  
 Laguna, Marqués de la: 171.  
 Lagunillas, misión de: 521.  
 Langa, Domingo: 34.  
 Lángara, Juan de: 349.  
 Landa, Diego de: 491.  
 Landa, P. José Francisco de: 496.  
 La Nopalera, misión de: 534.  
 La Mobila: 19, 179.  
 Lanteri, Francisco: 232.  
 Larburu, Pedro de: 527.  
 La Rochela: 26.  
 Larralde, Francisco Ignacio: 511.  
 Larrondo, Pedro de: 66, 103, 230.  
  
 Leganés, Fray Gabriel: 206, 557.  
 Legg, Ricardo: 138.  
 Leizola, Juan Bautista de: 175.  
 Lemus, José de: 375, 380.  
 León, Fray Miguel de: 488.  
 León de Nicaragua: 121.  
 Lexier, Luis: 139.  
 Liaño, Pedro Manuel de: 286.  
 Linares, Duque de: 38, 39, 463.  
 López, Patricio Antonio: 93, 199, 418, 451, 560, 650.  
 López, Fray José: 465.  
 López, Fray José: 194, 557.  
 López, Gregorio: 428.  
 López, Fray Juan Francisco: 194, 558.  
 López de Adán, Francisco: 59, 183, 190, 195, 200, 203, 205.  
 López de Landa, Nicolás: 305.  
 López Matoso, Antonio: 232, 233, 234.  
 López Pintado, Manuel: 321.  
 Losada, P. José Francisco de: 453.  
 Los Valles, villa de: 156.  
 Lovera Zaga de Bugueiro, Juan: 232.  
 Lozano, Juan de Dios: 557.  
 Lugo, Miguel Esteban: 207, 231, 234.  
 Luis I: 59.  
 Luisiana: 26, 155, 156, 164, 166, 179, 180.  
 Luna y Arellano, José Pedro de: 43, 204.  
 Luque Galisteo: 205, 217, 231.  
  
 Llanos, Cristóbal de: 358, 360.  
 Llosa y Heredia, Lucas de: 115.  
  
 Macao: 140, 146.  
 Madariaga, Juan de: 150.  
 Magos Bárcena y Cornejo, Antonio: 307, 308.  
 Maldonado Zapata, Francisco: 536.

- Malila, ranchería de: 490.  
 Malo Manrique, Pedro: 43.  
 Malo de Villavicencio, Pedro: 43,  
 51, 52, 53, 66, 134, 183, 190,  
 195, 200, 203, 204, 230, 231, 233,  
 234, 286, 436, 510.  
 Malpaís: 357.  
 Manciforte, Simón: 77.  
 Manila: 140, 150, 151, 154.  
 Manrique, Francisco: 356.  
 Mansilla, P. Juan: 553.  
 Manso y Velasco, Luis: 141.  
 Manso de Velasco, José: 150, 632.  
 Manzós, sierra de los: 169.  
 Mapimi, presidio de: 171, 174, 176,  
 498.  
 María Teresa de Austria: 9, 12.  
 Martín, Nicolás: 491.  
 Martín, Lucas: 477.  
 Martínez, Cristóbal: 516.  
 Martínez, Fray Juan Crisóstomo:  
 194, 558.  
 Martínez de Aguirre, Jacinto:  
 210, 213, 283, 314, 316, 320, 384,  
 435, 604, 605, 606, 608, 609, 654,  
 660.  
 Martínez de Lejazar y Anieto,  
 Juan: 221.  
 Martínez de Soria, Juan: 107.  
 Martinica: 109.  
 Masaguera, isla de: 111, 121.  
 Masserano, Príncipe de: 260.  
 Matanchel, puerto de: 149, 150,  
 152.  
 Mateos, Domingo: 319.  
 Mathews, Almirante: 120.  
 Matos Coronado, Francisco Pa-  
 blo, Arzobispo de Valladolid de  
 Mechoacán: 205, 431.  
 Mazapil: 161.  
 Mayeyes, indios: 536.  
 Meave, Ambrosio: 555.  
 Mecos, indios: 476.  
 Mediavilla y Azcona, Melchor de:  
 539.  
 Medina, Félix Cayetano de: 591.  
 Medina y Sarabia, Felipe Cayeta-  
 no de: 261.  
 Meléndez, Fernando: 400.  
 Melgarejo de Santaella, Ambro-  
 sio Eugenio: 366, 381, 647.  
 Melo, P. José Luciano: 497.  
 Menchero, Fray Juan Miguel:  
 474, 475, 480, 482, 540, 541, 543.  
 Mendoza, Antonio de: 556.  
 Mendoza, Gaspar Domingo de:  
 168, 482, 483, 543.  
 Mercado, Fray Manuel: 557.  
 Mérida: 113.  
 Mesa Alta, misión de: 492.  
 Mesía de la Cerda y Vargas, Jo-  
 sé: 365, 383.  
 Mexicaltzingo, lugar de: 52, 418,  
 577.  
 Mier, villa de: 160.  
 Mier y Torre, Francisco: 157,  
 462, 507, 508.  
 Mier Casso y Estrada, Francisco:  
 390.  
 Milán: 16.  
 Miranda, Fray José Antonio de:  
 482.  
 Miranda, José de: 487, 517, 551.  
 Miranda y Ponce de León, José,  
 (Duque de Losada y Sumiller):  
 677.  
 Miranda, Ignacio José de: 85, 86.  
 Miravalles, Conde de: 358.  
 Mississippi: 26.  
 Mitchell, Mateo: 138.  
 Mizieses Altamirano, Juan Joa-  
 quín: 50.  
 Mitla: 242.  
 Moctezuma, Duque de: 259.  
 Molero de Escalante, Cristóbal  
 Francisco: 380.  
 Molinillo, Francisco Fernández:  
 (vid. Fernández Molinillo).  
 Monge, Martín: 449.  
 Monte Alberne, misión de: 523.

- Monte de las Cruces: 356.  
 Montenegro, Fray Antonio Casimiro: 206, 557.  
 Montero, Jerónimo: 143, 144, 145, 146.  
 Montero, Miguel de: 114.  
 Montesclaros, Marqués de: 588, 594.  
 Montiano, Manuel: 123.  
 Montijo, Conde de: 632, 634.  
 Montúfar, Manuel de: 448, 449.  
 Moqui: 164, 482, 483, 543, 544.  
 Moquis, indios: 169, 541, 542, 545.  
 Morales, Manuel de: 501.  
 Moreno, Francisco: 114.  
 Moreno y Castro, Alonso Franciscó: 83.  
 Moreno, Ildefonso: 194, 557.  
 Mosquitos, costa de los: 109.  
 Movellán, José: 217, 231, 235, 590.  
 Muñoz, Juan: 530.  
 Muñoz, Fray Antonio: 204, 558.  
 Muñoz, Cristóbal: 103.  
 Muñoz de la Mora, P. Cristóbal: 491.  
 Muñoz de Ribera, Miguel: 449.  
 Muñoz de Torres, Pablo: 502.  
 Murciano de la Cruz, Fray Thomas: 482.  
 Murillo, P. Pedro: 560.  
 Murray, John: 138.  
 Nabosoto: 165.  
 Nacodoches: 166.  
 Nambé, misión de: 481.  
 Namiquipa: 465, 499.  
 Nápoles: 11, 16.  
 Natagees, indios: 169.  
 Natchez: 155, 178, 179.  
 Navajoo, país de: 540.  
 Navajos, indios: 169, 472, 540, 541, 542.  
 Navarijo, Francisco: 603.  
 Navarijo, Diego: 492.  
 Navarrete, Fray Pedro: 439, 483.  
 Navarro, Luis: 103.  
 Navarro de Isla, Pedro: 433, 434, 603, 605.  
 Navarro, Lorenzo: 448.  
 Nayaritas, indios: 480.  
 Nazas, río de: 175.  
 Nebra, Juan Domingo: 143.  
 Neira y Quiroga, José de: 171.  
 Nilo, Nicolás: 477.  
 Niño Jesús, Fray Francisco del: 429.  
 Norzogaray, Casimiro: 103.  
 Norris, Ricardo: 138.  
 Nuestra Sra. de las Calvas, misión de: 482.  
 Nuestra Señora de Guadalupe del Paso, misión de: 482.  
 Nuestra Sra. de los Dolores, misión de: 534.  
 Nuestra Sra. de la Luz de Tancoyol: 519.  
 Nuestra Sra. del Socorro, misión de: 482.  
 Nuestra Sra. de la Soledad del Embudo: 481.  
 Nueva España: 9, 12, 13, 16, 34, 37, 47, 59, 66, 67, 69, 81, 95, 97, 101, 107, 112, 121, 143, 152, 157, 179, 240, 243, 247, 249, 250, 256, 275, 286, 287, 291, 301, 313, 321, 322, 326, 340, 424.  
 Nueva Galicia: 237, 369.  
 Nueva Filipinas: 177.  
 Nuevo México: 106, 155, 164, 168, 169, 177.  
 Nueva Orleans: 178.  
 Nueva Querétaro: 357.  
 Nuevo Reino de León: 106, 155, 160, 461.  
 Nuevo Santander: 155.  
 Nueva Vizcaya: 106, 169, 174.  
 Núñez Márquez Marmolexo, Juan: 372.  
 Núñez de Villavicencio, Pedro: 232, 276, 621.



- Oaxaca: 285, 309, 336, 426.  
 Oca y Lemus, José de: 358, 380.  
 Ochoa de Heribe, Juan José: 84.  
 Ogle, Sir Chaloner: 118.  
 Oglethorpe, Eduard James: 122.  
 Ojeda, Miguel de: 371.  
 Ojo Caliente: 481, 482.  
 Olavide, Bernardo: 119.  
 Oraybi, indios: 482.  
 Ordóñez, Josefa: 567.  
 Ordóñez, Petronila: 568.  
 Orizaba: 117, 119.  
 Ortega, Juan de: 175.  
 Ortiga, Atanasio: 224.  
 Ortiz, Fray Francisco Xavier: 537.  
 Ortiz Cortés, Fernando: 199, 557, 559.  
 Ortiz de Rozas, Domingo: 632.  
 Ortiz de Velasco, Fray José: 485.  
 Osorio, José: 235.  
 Osornio, José Joaquín de: 381.  
 Otomites, indios: 530.  
 Otumba, ciudad de: 51, 52, 57, 64.  
 Olvera, Antonio de: 491, 493.  
 Pabón, Juan: 139.  
 Pacheco, Lorenzo: 449.  
 Pachuca, Real de Minas de: 307, 308.  
 Padilla, Pedro: 61, 195, 200, 203, 228, 238, 269.  
 Padilla y Estrada, José de: vid. Marqués de Santa Fe de Guadalupe.  
 Págagos, indios: 544.  
 Paita, ciudad de: 139.  
 Palacios, Vicente: 390.  
 Palafox y Mendoza, Juan de: 387, 400, 401, 403, 410.  
 Palmillas, misión de: 522, 524, 536.  
 Palo Clavado: 177.  
 Panuco, puerto de: 156.  
 Panzacola, San Miguel de: 105, 133, 382.  
 Papagayos, punta de los: 157.  
 Pardo de Figueroa, Fray Pedro: 425, 426.  
 Pardo de Nájera, Isidro Nicolás: 225, 231, 232, 250, 302.  
 París, Eugenio: 666, 668, 674.  
 Parra, Rosa de la: 98.  
 Parral: 172.  
 Pasco: 285.  
 Paso del Río, presidio de: 106.  
 Pastla, ranchería de: 488.  
 Patiño Rosales, José: 75, 101, 194, 334.  
 Patzcuaro, ciudad de: 441.  
 Payade, Pedro: 636.  
 Paz, Manuel de: 627, 628, 631.  
 Pecos, misión de: 481.  
 Pecuries, misión de: 481.  
 Pegueros, Diego: 375.  
 Peinado Valenzuela, Nicolás: 278.  
 Penagos, Nicolás: 250.  
 Penignán, misión de: 521.  
 Peña, Julián de la: 139.  
 Peña, Juan de la: 217, 231, 590.  
 Peña, Felipe Antonio de la: 357.  
 Peña, Francisco Antonio Anselmo de la: 194, 557.  
 Peñalosa, Diego: 114.  
 Perelada, Fray Jaime de: 503.  
 Perfecto, Juan: 502.  
 Pérez de Albornoz, Ignacio: 305, 306, 308, 309, 310, 311.  
 Pérez de Arce, Ignacio: 148, 149.  
 Pérez Cano, Juan: 212, 357, 363, 364.  
 Pérez Delgado, Alonso: 273.  
 Pérez de Mezquía, Fray Pedro: 477, 478, 496, 515, 518, 519.  
 Pérez de Tagle y Sánchez de Tagle, Luisa: 59.  
 Perote: 49, 119.  
 Perusquia, Vicente Xavier: 476, 478, 492, 493, 497, 516.  
 Petén: 108.



- Picazo, Fray Miguel: 194, 558.  
 Picazo, Nicolás: 83.  
 Piganiol de la Force: 33.  
 Pimas, indios: 169, 544.  
 Pimetel, José: 443.  
 Pino, Fray Pedro Ignacio: 474, 482, 483, 540, 541, 542.  
 Pisoni, José: 568.  
 Pisones, indios: 523.  
 Plaza, José de la: 676.  
 Pomar, Jerónimo: 341.  
 Port-Louis: 26.  
 Portobelo: 11.  
 Portugués, José: 674.  
 Potosí: 290.  
 Prados, Sebastián: 345.  
 Preibus, Andrés: 568.  
 Price, Carlos: 123, 341.  
 Prosperí, Félix: 591.  
 Puebla de los Angeles: 50, 51, 70, 83, 219, 222, 234, 243, 283, 336, 387, 391, 392, 394.  
 Puerto Cabello: 118.  
 Puerto Rico, presidios de: 126, 128.  
 Pura y Limpia Concepción, Castillo de: 121.  
 Purificación, Pueblo de: 508.  
 Purísima Cocepción del Valle del Maíz, Misión de: 522.  
 Queralt, Juan Bautista de: 679.  
 Quesada, José: 582.  
 Quintana, Vicente de, Teniente de Navío: 67.  
 Raso, Pedro: 369.  
 Ramírez, Damián: 400.  
 Ramírez de Arellano, Andrés: 517.  
 Ranero, Bartolomé: 652, 661.  
 Rasteau, Pablo: 340.  
 Rasteau, Elías Nicolás: 340.  
 Real de los Asientos: 291.  
 Real del Mezquital: 298, 299, 300.  
 Real de Minas: 291.  
 Realejo, puerto del: 122.  
 Reales de Minas de San José: 172.  
 Reborato y Solar, Domingo: 300, 301, 303, 304.  
 Rebequi, Vicente: 275.  
 Reggio, Andrés: 114, 235, 349, 627.  
 Reinosa, villa de: 160.  
 Rendón, Agustín José: 652.  
 Revilla, villa de: 160.  
 Revillagigedo, Conde de (vid. Güemes y Horcasitas, Juan Francisco de): 152, 191, 277, 315, 437, 443, 539.  
 Reyna, Fray José de: 487, 488.  
 Reyes, Salvador de los: 374.  
 Reymundo de Puebla, José: 221.  
 Reynke, Enrique, Notario Imperial: 75.  
 Ribera, Gabriel de: 226, 557.  
 Ric y Egea, Pedro: 673, 676.  
 Rigaud, Pedro, Marqués de Vaudreuil: 179.  
 Río de Oro: 481.  
 Riofrio, paraje de: 356.  
 Ríos, José Luis de los: 272.  
 Ríos Calvillo, Antonio de los: 529.  
 Río Terán, Manuel del: 495.  
 Rivas Cacho, Manuel: 128, 266.  
 Rivera, María de: 573.  
 Rivera, Pedro de: 14.  
 Rivera y Santa Cruz, Tomás de: 112, 113, 153.  
 Roatán, isla de: 111, 112, 121, 341.  
 Rodríguez, Isidro: 305.  
 Rodríguez, Fray Miguel: 557.  
 Rodríguez, Esteban: 147.  
 Rodríguez, Tomás: 225, 251.  
 Rodríguez, Juan Angel, Arzobispo de Manila: 142.  
 Rodríguez de Albuérne, Juan Antonio (vid. Altamira, Marqués de).

- Rodríguez de Albuérne, Juana: 207.  
 Rodríguez de Berdosido, Pablo Francisco: 150, 151.  
 Rodríguez Franco, José: 277.  
 Rodríguez de Larrea, Bernardo: 546.  
 Rodríguez de la Torre, Mariano: 482.  
 Robles, Antonio de: 102.  
 Rodezno, Juan: 280.  
 Roger de Eril y Moncayo, María Cayetana: 678.  
 Rojas y Abreu, Antonio de: 74, 80, 83, 84, 85, 87, 366.  
 Roldán, Gertrudis: 444.  
 Román de Castilla y Lugo, Miguel: 389, 390, 391, 392, 393, 394, 396, 397, 398, 400, 404, 405, 406, 407, 410, 412, 413, 414, 415, 601.  
 Romero, Francisco: 477, 492, 516, 530.  
 Romero de Terreros, Pedro (Conde de Regla): 292.  
 Romo y Ocán, Diego: 406.  
 Roxo, Manuel: 623.  
 Rubín, Fray Matías: 204, 557.  
 Rubín de Celis, Juan: 128, 266, 319.  
 Rubín de Celis, Alonso Victores: 170, 482.  
 Rubio, Gaspar: 517.  
 Rubio, José Joaquín: 516.  
 Rubio, José: 359.  
 Rueda, Francisco: 568.  
 Ruilova, Fernando: 581.  
 Ruiz Cano, Manuel: 229, 277, 278, 652, 661.  
 Ruiz de Liori, Luis: 665.  
 Ruiz de Loyzaga, Pedro: 669, 670, 676.  
 Ruiz de Ozenda, José: 667.  
 Ruvacalvar, Alejo de: 21, 634.  
 Sáenz, Basilio: 374.  
 Sáenz de Enciso, Guillermo: 50, 51.  
 Sáenz de Pedroso, Manuel: 383.  
 Sabinas, río: 165.  
 Sacramento, presidio del: 538.  
 Sahagún de Arévalo y Ladrón de Guevara, Juan: 559, 562.  
 Salas, P. Antonio de: 206.  
 Salas, José de: 407.  
 Salas, Antonio de: 107, 117, 124, 125, 233, 558.  
 Salazar, Francisco de: 665.  
 Salazar, Antonio de: 658.  
 Salcedo y Sierra Alta, Manuel de: 109, 110, 112, 598.  
 Salinas, Juan José de: 453.  
 Salineros, indios: 169.  
 Samal, isla de: 143.  
 San Agustín, presidio de: 106.  
 San Agustín, Sor Ana de: 429.  
 San Agustín: 122, 126, 483.  
 San Agustín de la Isleta: 481, 542.  
 San Agustín de Tancoyol, rancharía de: 490.  
 San Antonio Amatlán, rancharía de: 490.  
 San Antonio de los Llanos: 508.  
 San Antonio de Béjar, presidio de: 106, 158, 166, 178, 537.  
 San Antonio de la Isleta: 482.  
 San Antonio de Tula, Misión de: 522.  
 San Antonio Valero, Misión de: 537.  
 San Antonio Zenecú, Misión de: 482.  
 San Bernardino de las Rusias: 526, 530, 532.  
 San Buenaventura de Nadadores, Misión de: 498.  
 San Cristóbal Ecatepec, lugar de: 52, 53, 594.  
 San Cristóbal de Gualleguas: 508.

- San Cristóbal de La Habana: 115.
- San Gregorio de Serralvo o Cerralvo: 511.
- Sánchez, Fray Francisco: 540.
- Sánchez, Jerónimo: 674.
- Sánchez Cornejo, José: 223.
- Sánchez Bañares Tagle, Isidro: 542.
- Sánchez Leñero, Gabriel: 135.
- Sánchez Manchego, Juan: 151.
- Sánchez-Morcillo y Aramburu, José: 397.
- Sánchez Muñoz la Cueva y Cebrián, Dionisio: 666.
- Sánchez de Tagle, Pedro Anselmo: 432, 433.
- Sánchez de Tagle, Francisco Antonio: 48, 303, 304, 305, 319, 320, 361, 460.
- Sánchez de Villaseñor, José: 297, 480.
- Sandenis, Luis de: 178.
- Sandoval, Manuel de: 178.
- Sandoval, Juan Pedro: 374.
- Sandoval, Antonio de: 442.
- Sandoval, Francisca Tomasa: 442.
- Sandoval, Félix: 93.
- San Felipe, misión de: 481.
- San Felipe de Bacalar: 111, 114.
- San Felipe de Jesús de los Gamotes, misión de: 521.
- San Francisco de Campeche: 110.
- San Hipólito, presidio de: 171.
- San Ildefonso, misión de: 481.
- San Jerónimo de Thaos: 155.
- San José, Sor María Teresa de: 443, 444.
- San José, Fray Francisco: 560.
- San José de Ataquines, misión de: 521.
- San José de Fuenclara: 517.
- San José del Llano, misión de: 534.
- San José de Valero, misión de: 492.
- San José Vizarrón, misión de: 484, 485, 494.
- San Juan Bautista, presidio de: 106.
- San Juan de los Caballeros, misión de: 481.
- San Juan de Nicaragua, río de: 121, 122.
- San Juan Bautista del Jaumabé, misión de: 523.
- San Juan Bautista Pacula, misión de: 486.
- San Juan Pisquintla, ranchería de: 490.
- San Juan Bautista de Sichú: 492.
- San Juan de Tetla, misión de: 521.
- San Lorenzo del Jaumabé, misión de: 523.
- San Lorenzo, misión de: 482.
- San Luis: 536.
- San Mateo de Valparaíso, Conde de: 226, 227, 313.
- San Martín de Zapotitlán: 448.
- San Miguel de Aguayo, Marqués de: 313, 536.
- San Miguel de Concá: 477, 517.
- San Miguel de Las Palmas, misión de: 534.
- San Miguelito, misión de: 491, 494.
- San Nicolás Conca, ranchería de: 490.
- San Pablo de Nuevo México: 480.
- San Pedro del Alamo, Conde de: 126, 128, 173, 174, 213, 214, 248, 266, 608, 651.
- San Pedro Guadalcázar: 290.
- San Pedro Tolimán, misión de: 484, 493, 494, 516.
- San Xavier, río de: 164.
- Santa Ana, misión de: 481.
- Santa Bárbara, misión de: 524.



- Santa Catalina Mártir de Río-Verde, misión de: 524.  
 Santa Catalina de Río Verde: 480.  
 Santa Clara, misión de: 523.  
 Santa Cruz de la Cañada: 481.  
 Santa Fe: 155, 168.  
 Santa Fe: 481, 540.  
 Santa Fe, presidio de: 106.  
 Santa Fe de Guardiola, Marqués de: 237, 242.  
 Santa María de Ahuatlán, misión de: 534.  
 Santa María, Fray Fernando de: 204, 558.  
 Santa María, Fray Vicente de: 159, 166, 460.  
 Santa María Conspora: 480.  
 Santa María Mecatlán, ranchería de: 486, 487.  
 Santa María de Suamea, misión de: 543.  
 Santa María del Agua Landa, misión de: 518.  
 Santa María de Parras, villa de: 498.  
 Santander, río: 160, 161.  
 Santa Rosa, misión de: 534.  
 Santa Rosa, presidio de: 106.  
 Santa Rosa, rancho de: 481, 498, 499.  
 Santiago, Diego de: 411.  
 Santiago de Monclova: 498.  
 Santiago del Saltillo: 498.  
 Santiago de Tlaltelolco, pueblo de: 419.  
 Santillán, José de: 622.  
 Santísima Trinidad, Fray Juan de la: 194, 206, 558, 578.  
 Santo Domingo, misión de: 481, 534.  
 Santo Domingo, presidios de: 126, 128.  
 Santo Domingo Soriano, misión de: 485, 486, 494.  
 Santo Tomás de Soyapilca, ranhería de: 490.  
 Sarabia y Cortés, Pedro de: 463, 508.  
 Sarca, Haciendas de la: 175.  
 Sayas, Francisco de: 406.  
 Sedelmayer, P. Jacobo: 544, 545.  
 Segura, Nicolás de: 385.  
 Sempertegui, Lorenzo: 50, 557.  
 Serralvo o Cerralvo, Marqués de: 168, 260.  
 Sforza Palavicino, Alejandro (Conde de Sforza): 77.  
 Sierpe, Fray José de la: 518.  
 Sicilia: 16.  
 Silva, Antonio Félix de: 666, 676.  
 Silva, Felipe Narciso de: 237, 238.  
 Silva y Ligne, Antonio de: 668.  
 Sinaloa: 82, 150, 155, 238, 239, 464, 480.  
 Sisimbres, indios: 172, 498.  
 Solórzano, Ignacio: 305, 306, 307, 308, 309, 310, 311.  
 Sombrete: 311.  
 Somodevilla, Zenón (vid. Enseñada, Marqués de):  
 Sonora: 82, 106, 150, 155, 169, 285, 466, 480, 499, 545, 548.  
 Sondrio: 74.  
 Soroa, José: 316, 320.  
 Soto la Marina: 484.  
 Spínola, Benito Antonio de: 114, 345, 349, 636.  
 Suárez, Juan Facundo: 236.  
 Suárez de San Martín, González: 256.  
 Suárez Peredo Vivero, José Diego: 44.  
 Sumas, indios: 169.  
 Tabasco: 115.  
 Tagle, Francisco de: 128, 266.  
 Tamiagual: 459.  
 Tampico, misión de: 531, 532.  
 Tampico, puerto de: 156.  
 Tampococho, ranchería de: 488.



- Tamaulipas: 155, 157, 160, 511.  
 Tancama, ranchería de: 490, 497.  
 Tanos, indios: 482.  
 Taos, misión de: 481.  
 Taos de las Bocas, rancho de: 481.  
 Tarahumara: 480.  
 Tarahumaras, indios: 466.  
 Tasquillo, pueblo de: 543.  
 Taxco: 290, 293, 296, 297.  
 Tecali, 459.  
 Tecubatia: 480.  
 Teitiqui: 291.  
 Tehuacán de las Granadas: 448.  
 Tehuilotepic: 293.  
 Téllez, Miguel Antonio: 368.  
 Teloloapan: 293.  
 Temascaltepec: 272, 286, 290.  
 Tempis, P. Antonio: 503.  
 Tenochtitlán: 55.  
 Tenorio de la Banda, José: 448.  
 Teopati: 480.  
 Teoxocmulco: 290.  
 Tepehuanes: 480.  
 Teposcolula: 278.  
 Tesuque, misión de: 481.  
 Tetela del Volcán, lugar de: 52, 290, 418.  
 Teutila: 242.  
 Texas: 106, 155, 157, 158, 163, 164, 166, 177, 178, 480, 512, 527, 536, 537, 538.  
 Tiguas, indios: 482.  
 Tilaco, valle de: 489, 493, 534.  
 Tineo, Felipe: 195, 200, 203, 207, 217, 366.  
 Tinián, Isla de: 139.  
 Tlacolula: 242.  
 Tlalmanalco Tlayacapa, lugar de: 52, 418.  
 Tlalpujuna: 290, 293.  
 Tlaxcala: 49, 50, 51, 70, 77, 83, 388.  
 Toca, Francisco de: 309.  
 Tobosos: 171, 173.  
 Toledo, Fray Juan de: 482, 542.  
 Tomatlán: 147.  
 Toribio de Cossío y Campo, José: 560.  
 Toro, Manuel Eusebio de: 398, 405.  
 Torre, Lorenzo Felipe de la: 288.  
 Torre, Gaspar de la: 142, 143, 148, 149, 150.  
 Torres, Sebastián de: 91.  
 Torres, Rodrigo de: 114, 118, 126, 127, 129, 130, 132, 248, 346.  
 Torres, P. Luis Antonio de: 574, 623.  
 Torres Vázquez Quaupoltoche, Diego de: 442, 443, 444.  
 Tostepec: 459.  
 Tovar, Francisco Javier de: 338.  
 Traslallo, Francisco: 90.  
 Tratado de Asiento: 9, 10.  
 Trejo, Fray Lucas de: 489.  
 Trelawney, Edward: 123.  
 Trespalacios y Escandón, Domingo: 61, 183, 195, 200, 203, 205, 206, 207, 217, 224, 333, 362, 460, 463, 578, 579, 580, 581, 582, 585, 586, 590, 595, 596, 598, 624.  
 Trespalos: 332.  
 Trinidad, arroyo de la: 165.  
 Tripas Blancas, indios: 498.  
 Triviño, Fernando: 13, 93, 228, 258, 385, 428, 432, 626.  
 Trujillo: 111.  
 Trujillo, Miguel: 307, 308.  
 Tubutama, pueblo de: 544, 545.  
 Tula: 536.  
 Tzichú: 290.  
 Ulúa, San Juan de: 46, 104, 107, 108, 117, 263, 341, 372, 629.  
 Uluapa, Marqués de: 217, 230, 231.  
 Urdíñola el Viejo: 160.  
 Urizar, Manuel: 223.  
 Urizar y Silva, Juan de: 223.  
 Urquía, Lorenzo de: 665.  
 Urtasa, Francisco: 332, 361, 364.

- Urtusaustegui Echegoyán, Manuel: 48, 184, 554.  
 Urriola, Miguel de: 413.  
 Urrutia, Toribio de: 178, 537, 538.  
 Urrutia, Fernando de: 228, 229.  
 Utila, isla de: 111.  
 Valbuena, Manuel de: 402.  
 Valbuena, Cristóbal de: 402.  
 Valbuena, Juan de: 61, 85.  
 Valbuena, Fray José de: 439, 440.  
 Valdés, María: 492.  
 Valcárcel Fomento y Vaquerizo, Domingo: 58, 84, 85, 89, 90, 91, 93, 183, 195, 200, 203, 205, 233, 269, 270, 309, 387, 391, 407, 408, 409, 410, 411, 412, 413, 414, 415, 428, 438.  
 Valdivieso Eguiarreta, Bernardo: 48.  
 Valero, Marqués de: 39, 358, 360, 362, 367, 508, 615.  
 Valiente, Juan: 225.  
 Valle, Miguel del: 371.  
 Valle de San Juan, Marqués del: 403, 405.  
 Valle de Orizaba, Conde del: 313.  
 Valle de San Bartolomé, presidio de: 171, 175.  
 Valparaíso: 138.  
 Vargas, Dámaso de: 358.  
 Vargas, Juan de: 406.  
 Vega, Miguel de: 403, 404.  
 Veitia, Juan de: 394, 400.  
 Velarde Cossío, José; Marqués de Torrecampo: 466.  
 Velasco, José: 102, 279, 652.  
 Velasco, Fray Juan Antonio de: 486.  
 Velasco y Santelices, Luis de: 615.  
 Velázquez, Miguel: 358.  
 Velázquez Lorea, José: 49, 333, 334, 362, 368, 369, 371, 374, 375, 376, 377, 378, 380, 381, 555.  
 Velázquez Lorea, Santiago: 557, 559.  
 Velázquez Lorea, Miguel: 367.  
 Vélez, P. Lorenzo: 206, 503, 558.  
 Venegas, Simón Joaquín: 390.  
 Ventura Gallo, Miguel: 433.  
 Vera, Juan de: 122.  
 Verdugo, Teresa: 295.  
 Vernon, El Almirante: 11, 46, 116, 118, 125, 137.  
 Vértiz, Domingo de: 258.  
 Vértiz, Juan Miguel de: 331, 357.  
 Vértiz, José Marcos de: 332, 357, 358, 359, 361, 363, 364.  
 Veytia, Mariano: 91, 183, 190.  
 Vicuña, Miguel de: 121.  
 Vidsais, indios: 536.  
 Vidaurre, José: 231.  
 Vidaurre, Simón de: 211, 234.  
 Vidaurre, Baltasar de: 651, 654, 659, 661.  
 Vildósola, Agustín de: 239, 240, 464.  
 Villagarcía, Marqués de: 632.  
 Villapiente, Marqueses de: 358.  
 Villar del Aguila y Buenavista, Marqueses de: 358.  
 Villa-Rocha, Marquesa de: 207.  
 Villa Sánchez, Juan: 387.  
 Villaseñor y Sánchez, José Antonio de: 386, 561, 562, 563, 564, 565.  
 Villavicencio, Micaela de: 43.  
 Villegas, Manuel de: 208, 271, 272, 275, 286, 333, 362, 363.  
 Villena, Francisco: 206, 557.  
 Vizarrón y Eguiarreta, Juan Antonio; Arzobispo de México: 64, 238, 426, 428, 439.  
 Walpole, Roberto: 10.  
 Wallis o Wallace: 109.  
 Wallix, el río: 110.  
 Wasser, Lionel: 41.  
 Wintuisen, Tomás Felipe de: 178.  
 Xacula, ranchería de: 486.  
 Xalpa, misión de: 489.

- Xalpán, Santiago de, misión de: 489, 490, 494, 496, 497, 513, 517, 519, 520.  
Xemes, misión de: 481.  
Xiltapán, rancharía de: 486.  
Xilotepec: 307.  
Ximénez, Jacinto: 222.  
Ximénez Caro, Francisco: 581.  
Ximénez de Cárrega, Andrés: 126, 248.  
Xochimilco, pueblo de: 577.  
Xochitepec: 332.  
Xonacatepec, lugar de: 52, 418.
- Yaquis: 239, 464.  
Yanguitlán: 278.  
Yantepec: 332, 358, 363.  
Yojuanes, indios: 536.  
Yucatán: 108, 110, 113, 277.  
Yumas, indios: 479.
- Zabala, Martín de: 506.  
Zabala, San Martín de: 461.
- Zacatecas: 279, 285, 293, 311, 313, 480, 526, 625.  
Zaldivar, Matías de: 478, 493, 495, 519, 520.  
Zambos Mosquitos, indios: 112, 113, 115.  
Zamora, Manuel: 138.  
Zamorátegui, Bernardo: 345.  
Zapata, María Isabel de: 536.  
Zárate, Fray Jerónimo de: 594.  
Zárate, Francisco: 507.  
Zía, misión de: 481.  
Zimpán, misión de: 484, 486, 489, 494, 517, 542.  
Zultepec: 290.  
Zumas, indios: 177, 465, 466, 499.  
Zuñi, misión de: 481.  
Zúñiga, Joaquín de: 667.  
Zúñiga, Juan de: 487.  
Zúñiga, Atanasio de: 231.  
Zuñis, indios: 169.  
Zúpide y Acuña, Francisco de: 229, 232, 277.





## INDICE GENERAL

	<i>Págs.</i>
I DE MADRID A VERACRUZ .....	9
II MÉXICO A LA LLEGADA DEL CONDE DE FUENCLARA .....	37
III EL RECIBIMIENTO DEL VIRREY EN LA CAPITAL Y LOS COMIENZOS DE SU GOBIERNO .....	55
IV EL ASUNTO BOTURINI O LA DEVOCIÓN INDISCRETA .....	73
V EL EJÉRCITO Y LA DEFENSA DEL VIRREINATO .....	101
VI EL VIAJE DE ANSON Y LAS RELACIONES CON FILIPINAS.	137
VII LA DEFENSA DE LA FRONTERA SEPTENTRIONAL .....	155
VIII LA ENTRADA SOLEMNE DEL VIRREY Y LA VIDA DE LA CORTE VIRREINAL .....	183
IX LA ADMINISTRACIÓN PÚBLICA .....	215
X LA HACIENDA .....	245
XI LA MINERÍA .....	285
XII EL COMERCIO .....	313
XIII EL ORDEN PÚBLICO Y LA ADMINISTRACIÓN DE JUSTICIA.	351
XIV EL MOTÍN DE PUEBLA .....	387
XV LA IGLESIA Y FUENCLARA .....	417
XVI LA SITUACIÓN DE LOS INDIOS BAJO EL GOBIERNO DE FUENCLARA .....	447
XVII LAS MISIONES .....	470
XVIII LAS NUEVAS FUNDACIONES Y LOS VIAJES DE DECUBRI- MIENTO .....	505
XIX LA CULTURA MEJICANA EN LA ÉPOCA DE FUENCLARA ...	551
XX LA BENEFICENCIA Y LAS OBRAS PÚBLICAS .....	571
XXI EL FIN DEL GOBIERNO DE FUENCLARA .....	601
XXII LA VUELTA A LA PATRIA .....	625
XXIII EL JUICIO DE RESIDENCIA .....	645
XXIV EL FIN DE UNA VIDA CUMPLIDA .....	663
FUENTES .....	681
BIBLIOGRAFÍA .....	687
INDICE DE NOMBRES .....	691
INDICE GENERAL .....	711



ESTE LIBRO TERMINÓ DE IMPRIMIRSE EN LA  
IMPRESA DEL CONSEJO SUPERIOR DE INVE-  
STIGACIONES CIENTÍFICAS DE SEVILLA, EL DÍA  
12 DE OCTUBRE DE 1966, FIESTA DE LA  
HISPANIDAD  
LAUS DEO

12 de octubre de 1900, Fiestas de la  
Revolución Civil de Sevilla, a las  
10 de la noche, en el teatro de  
la Comedia.

LALLS DEO



# PUBLICACIONES

## DE LA

### ESCUELA DE ESTUDIOS HISPANO-AMERICANOS

#### OBRAS PUBLICADAS:

- 1 *Anuario de Estudios Americanos*. Vol. I.—Sevilla, 1944.—XII+844 págs., 17 láms. 24×17 cms.—1.500 grs.—AGOTADO.
- 2 Pérez-Embid, Florentino: *El Almirantazgo de Castilla hasta las Capitulaciones de Santa Fe*.—Sevilla, 1944.—XVI+186 págs., 5 ilust., 14×17 cms.; rústica, con sobrecubierta.—360 grs.—AGOTADO.
- 3 Giménez Fernández, Manuel: *Las Bulas Alejandrinas de 1493 referentes a las Indias*.—Sevilla, 1944.—XVI+258 págs., 5 ilust., 24×17 cms.; rústica, con sobrecubierta.—450 grs.—AGOTADO.
- 4 *Memoria de Gobierno de José Fernández de Abascal y Sousa, Virrey del Perú*. Edición de Vicente Rodríguez Casado y José Antonio Calderón Quijano. Estudio preliminar de Vicente Rodríguez Casado.—Sevilla, 1944. Dos tomos CLII+495 y 584 págs., 15 láms., 20×13 cms. Tela, con sobrecubierta.—1.750 grs.—AGOTADO.
- 5 Calderón Quijano, José Antonio: *Belice. 1663-1821*.—Sevilla, 1944.—XIV+504 págs., 32 láms., 20×16 cms.; tela, con sobrecubierta.—850 grs.—AGOTADO.
- 6 Carro, O. P., Venancio D.: *La Teología y los teólogos-juristas españoles ante la Conquista de América*.—Madrid, 1944.—2 tomos. 453 y 473 págs., 22×16 cms.; tela, con sobrecubierta.—1.250 grs.—AGOTADO.
- 7 Rumeu de Armas, Antonio: *Colón en Barcelona*.—Sevilla, 1944.—XII+86 págs. 24×17 cms. 170 grs.—AGOTADO.
- 8 Jos, Emiliano: *Investigaciones sobre la vida y obras iniciales de D. Fernando Colón*.—Sevilla, 1945.—XVIII+164 págs., 6 ilust., 24×17 cms.—330 grs.—AGOTADO.
- 9 *Anuario de Estudios Americanos*. Vol. II.—Sevilla, 1945.—XVIII+936 págs., 24×17 cms.—1.790 grs.—AGOTADO.
- 10 Bayle, S. J., Constantino: *El protector de indios*.—Sevilla, 1945.—VIII+176 págs., 24×17 cms.—325 grs.—AGOTADO.
- 11 Gutiérrez de Arce, Manuel: *La colonización danesa en las Islas Virgenes*.—Sevilla, 1945.—VIII+161 págs., 6 láms. 24×17 cms.; 275 grs.—AGOTADO.
- 12 Lohmann Villena, Guillermo: *El arte dramático en Lima durante el Virreinato*. Madrid, 1945.—XX+647 págs., 22×16 cms.; tela, con sobrecubierta; 1.050 grs. AGOTADO.
- 13 Alonso Getino, O. P., P. Luis: *Influencia de los dominicos en las Leyes Nuevas*. Sevilla, 1945.—VIII+94 págs., 24×17 cms.; 170 grs.—AGOTADO.
- 14 *Las Leyes Nuevas, 1542-1543*. Reproducción fotográfica. Transcripción y notas de Antonio Muro Orejón.—Sevilla.—XXI+26 págs., 24×17 cms.—AGOTADO.
- 15 Céspedes del Castillo, Guillermo: *La avería en el comercio de Indias*.—Sevilla, 1945. VIII+187 págs., 8 láms., 24×17 cms.; 300 grs.—AGOTADO.
- 16 Matilla Tascón, Antonio: *Los viajes de Julián Gutiérrez al Golfo de Urabá*. Sevilla, 1945.—VII+84 págs., 4 láms., 24×17 cms.; 195 grs.—AGOTADO.
- 17 Palacio Atard, Vicente: *El Tercer Pacto de Familia*.—Sevilla, 1945.—XVII+377 páginas; 8 láms., 22×16 cms.; tela, con sobrecubierta.—600 grs.—AGOTADO.
- 18 Múzquiz de Miguel, José Luis: *El Conde de Chinchón, Virrey del Perú*.—Sevilla, 1945.—334 págs., 16 láms., 22×16 cms.; tela, con sobrecubierta; 650 grs.—AGOTADO.
- 19 Pérez Embid, Florentino: *Los descubrimientos en el Atlántico hasta el tratado de Tordesillas*.—Sevilla, 1948.—370 págs., 35 láms., 22×16 cms.; tela, con sobrecubierta; 760 grs.—AGOTADO.

- 20 Portillo y Díez de Sollano, Alvaro del: *Descubrimientos y expediciones en las costas de California*.—Madrid, 1947.—540 págs., 57 láms., 22×16 cms.; tela, con sobrecubierta; 900 grs.—AGOTADO.
- 21 *Memoria de gobierno de Manuel Amat y Junient, Virrey del Perú*. Edición y estudio preliminar de Vicente Rodríguez Casado y Florentino Pérez-Embid.—Sevilla, 1947. XCII+845 págs., 12 láms., 20×13 cms.; tela, con sobrecubierta; 800 grs.—AGOTADO.
- 22 Ayala, F. Javier de: *Ideas políticas de Juan de Solórzano*.—Sevilla, 1946.—XIII+583 págs., 22×16 cms.; tela, con sobrecubierta; 1.080 grs.—AGOTADO.
- 23 Lohmann Villena, Guillermo: *El Conde de Lemos, Virrey del Perú*.—Madrid, 1946. XVIII+472 págs., 11 láms.; 22×16 cms., tela, con sobrecubierta; 800 grs.—AGOTADO.
- 24 Arregui, Domingo Lázaro de: *Descripción de la Nueva Galicia*. Edición y estudio de François Chevalier.—LXXI+161 págs., 4 láms., 24×17 cms.; 490 grs.—AGOTADO.
- 25 Agia, Fr. Miguel de: *Servidumbres personales de indios*. Edición y estudio preliminar de F. Javier de Ayala.—Sevilla, 1946.—LII+141 págs., 24×17 cms.; 450 grs.—AGOTADO.
- 26 *Memoria de gobierno de Joaquín de la Pezuela, Virrey del Perú*. Edición y Prólogo de Vicente Rodríguez Casado y Guillermo Lohmann Villena.—Sevilla, 1947.—XLVI+912 págs., 3 láms., 20×13 cms.; tela, con sobrecubierta; 850 grs.—AGOTADO.
- 27 Rodríguez Casado, Vicente; Pérez-Embid, Florentino: *Construcciones del Virrey Amat*.—Sevilla, 1949.—XII+307 págs., 58 láms., 22×16 cms.; 500 grs.—AGOTADO.
- 28 Schafer, Ernesto: *El Consejo Real y Supremo de las Indias en la administración colonial*.—Sevilla. Centro de Estudios de Historia de América (I tomo) y E. E. H. A. (II tomo), 1935 y 1947.—XVIII+434 y XV+680 págs., 5 láms., 25×17 cms.; tela, con sobrecubierta; 2.500 grs.—AGOTADO.
- 29 Rumazu, José: *La región amazónica del Ecuador en el siglo XVI*.—Sevilla, 1945. XII+268 págs., 12 láms., 24×17 cms.; 500 grs.—AGOTADO.
- 30 Palacio Atard, Vicente: *Areche y Guirior: Observaciones sobre el fracaso de una visita al Perú*.—Sevilla, 1946.—VIII+106 págs., 5 láms., 24×17 cms.; 200 gramos.—AGOTADO.
- 31 *Anuario de Estudios Americanos*. Vol. III.—Sevilla, 1946.—XVI+1.306 págs., 50 láminas, 24×17 cms.; 2.300 grs.—AGOTADO.
- 32 Herráez S. de Escariche, Julia: *Don Pedro Zapata de Mendoza, gobernador de Cartagena de Indias*.—Sevilla, 1946.—VIII+137 págs., 6 láms., 24×17 cms.; 250 grs.—AGOTADO.
- 33 Giménez Fernández, Manuel: *Las doctrinas populistas en la independencia de Hispanoamérica*.—Sevilla, 1947.—VIII+156 págs., 24×17 cms.; 300 grs.—AGOTADO.
- 34 Céspedes del Castillo, Guillermo: *Lima y Buenos Aires. Repercusiones económicas y políticas de la creación del Virreinato del Plata*.—Sevilla, 1947.—VIII+214 págs., 6 láms., 24×17 cms.; 400 grs.—AGOTADO.
- 35 Rumen de Armas, Antonio: *Los viajes de John Hawkins a América (1562-1595)*.—Sevilla, 1947.—XX+486 págs., 26 láms., 22×16 cms.; tela, con sobrecubierta; 650 grs.—AGOTADO.
- 36 Angulo Iñiguez, Diego: *El Gótico y el Renacimiento en las Antillas. Arquitectura, escultura, pintura, azulejos, orfebrería*.—Sevilla, 1947.—VIII+101 págs., 81 ilust., 24×17 cms.; 200 grs.—AGOTADO.
- 37 Díaz Vento, Fernando: *Las campañas militares del virrey Abascal*.—Sevilla, 1948. XIII+416 págs., 22×16 cms.; tela, con sobrecubierta; 500 grs.—AGOTADO.
- 38 *Anuario de Estudios Americanos*. Vol. IV.—Sevilla, 1947.—XVIII+804 págs., 44 láminas e ilust., 24×17 cms.; 1.500 grs.—AGOTADO.
- 39 *Estudios Americanos*. Vol. I, núms. 1, 2, 3 y 4.—Sevilla, 1949. 842 págs.; 25×17 cms.—AGOTADO.
- 40 Díaz de Iraola, Gonzalo: *La vuelta al mundo de la expedición de la vacuna*. Prólogo de Gregorio Marañón.—Sevilla, 1948.—XVI+102 págs., 20 láms.; 24×17 cms.; rústica, con sobrecubierta; 300 grs.—AGOTADO.
- 41 Gil Munilla, Octavio: *Malvinas. El conflicto anglo-español de 1770*.—Sevilla, 1948. VIII+154 págs.; 24×17 cms.; 257 grs.—AGOTADO.

- 42 Leturia, S. J., Pedro de: *La Encíclica de Pío VII (30 de enero de 1816) sobre la Revolución Hispanoamericana*.—Sevilla, 1948.—VIII+93 págs., 24×17 cms.; 195 gramos.—AGOTADO.
- 43 Giménez Fernández, Manuel: *Hernán Cortés y su revolución comunera en la Nueva España*.—VII+144 págs., 24×17 cms.; 295 grs.—AGOTADO.
- 44 *Anuario de Estudios Americanos*. Vol. V.—Sevilla, 1948.—XVI+280 págs., 25 láms. 24×17 cms.; 1.450 grs.—AGOTADO.
- 45 Cascajo Romero, Juan: *El Pleito de la curación de la lepra en el Hospital de San Lázaro de Lima*.—Sevilla, 1948.—VIII+118 págs., 6 láms.; 24×17 cms.; 200 grs. AGOTADO.
- 46 Borregán, Alonso: *Crónica de la conquista del Perú*. Edición y prólogo de Rafael Loredó.—Sevilla, 1949.—124 págs.; 24×17 cms.; 200 grs.—AGOTADO.
- 47 Molina Argüello, Carlos: *El Gobernador de Nicaragua en el siglo XVI*.—Sevilla, 1949.—XII+256 págs.; 22×16 cms.; 400 grs.—Col. *Dos Colores*.—AGOTADO.
- 48 Trujillo, Diego de: *Relación del descubrimiento del Reyno del Perú*. Prólogo y notas de Raúl Porras Barrenechea.—Sevilla, 1948.—XIV+124 págs.; 24×17 cms.; 210 grs.—AGOTADO.
- 49 Santa Cruz, Alonso de: *Crónica de los Reyes Católicos*. (Inédita hasta ahora). Publicación de Juan de Mata Carriazo.—Sevilla, 1951.—2 vols. de CCC+367 págs. el tomo I, y X+646, el II; 22×16 cms.; 1.750 grs.—600 pesetas.
- 50 Lohmann Villena, Guillermo: *Las minas de Huancavelica en los siglos XVI y XVII*.—Sevilla, 1949.—XVII+466 págs., 9 láms.; 22×16 cms.; 750 grs.; rústica, con sobrecubierta.—AGOTADO.
- 51 *Catálogo de documentos de la Serción novena del Archivo General de Indias*. Dirigido por Cristóbal Bermúdez Plata: Tomo I.—Sevilla, 1949.—822 págs. 1.450 gramos.—AGOTADO.
- 52 Herráez, S. de Escariche, Julia: *Beneficencia de España en Indias*.—Sevilla, 1947.—II+182 págs., 4 láms.; 22×16 cms.; 300 grs.—AGOTADO.
- 53 Jos, Emiliano: *Ciencia y osadía sobre Lope de Aguirre el Peregrino*.—Sevilla, 1950.—XII+168 págs., 7 láms., 22×16 cms.; 300 grs.—AGOTADO.
- 54 Gil Munilla, Octavio: *El Río de la Plata en la Política Internacional. Génesis del Virreinato*.—Sevilla, 1949.—XIV+464 págs., 8 láms.; 22×16 cms.; 700 grs.; rústica, con sobrecubierta.—AGOTADO.
- 55 Marco Dorta, Enrique: *Cartagena de Indias*.—Sevilla, 1951.—XXIV+326 págs.: 8 láminas, 170 figuras; 32×22 cms.; 1.550 grs.; tela con sobrecubierta.—AGOTADO.
- 56 Pulido Rubio, José: *El Piloto Mayor de la Casa de la Contratación de Sevilla*.—Sevilla, 1950.—VIII+948 págs.; 22×16 cms.; rústica, con sobrecubierta.—AGOTADO.
- 57 Carvajal y Robles, Rodrigo: *Fiestas de Lima*. Edición y prólogo de Francisco López Estrada.—Sevilla, 1950.—XXIV+198 págs., 2 láms.; 22×16 cms.; 350 grs.; rústica, con sobrecubierta.—AGOTADO.
- 58 Pérez-EmbId, Florentino: *Diego de Ordás, compañero de Cortés y explorador del Orinoco*.—Sevilla, 1950.—156 págs., 5 láms.; 22×16 cms.; 225 grs.—Col. *Dos Colores*. AGOTADO.
- 59 *Estudios Americanos*. (Vol. II, núms. 5, 6 y 7).—Sevilla, 1950.—AGOTADO.
- 60 Calderón Quijano, José Antonio: *Fortificaciones en Nueva España*.—Sevilla, 1953.—XXXVIII+338 págs., 183 figuras; 34×24 cms.; 2.000 grs.; tela, con sobrecubierta.—900 pesetas.
- 61 *Anuario de Estudios Americanos*. Vol. VI.—Sevilla, 1949.—XIV+875 págs.; 24×17 centímetros. 1.120 grs.—AGOTADO.
- 62 *Estudios Americanos*. Vol. III (núms. 8, 9, 10 y 11).—Sevilla, 1951.—25+17 cms. AGOTADO.
- 63 Gueinide, Martín: *Fueguinos*. Traducción de la obra *Urmenschen im Feuerland*, por Diego Bermúdez Camacho.—Sevilla, 1951.—X+400 págs., 48 láms.; 22×16 cms.; 600 gramos.—360 pesetas.
- 64 *Anuario de Estudios Americanos*. Vol. VII.—Sevilla, 1950.—XVI+608 págs., 8 láms.; 24×17 cms.; 900 grs.—900 pesetas.



- 65 Muro Orejón, Antonio: *Cristóbal Colón. El original de la capitulación de 1492 y sus copias contemporáneas*.—Sevilla, 1951.—12 págs., 8 fotograbados; 24×17 cms.; 65 grs.—AGOTADO.
- 66 Marco Dorta, Enrique: *Fuentes para la Historia del Arte Hispano-Americano*.—Sevilla, 1951.—XXIII+730 págs.; 24×17 cms.; 700 grs.—AGOTADO.
- 67 Morales Padrón, Francisco: *Jamaica Española*.—Sevilla, 1952.—XXXII+504 págs., 22 láms., 1 mapa; 22×17 cms.; 650 grs.; tela, con sobrecubierta.—600 pesetas.
- 68 Porras Troconis, Gabriel: *Historia de la Cultura en el Nuevo Reino de Granada*.—Sevilla, 1952.—X+652 págs., 22×16 cms.; 700 grs.—AGOTADO.
- 69 *Estudios Americanos*. Vol. IV (núms. 12, 13, 14 y 15).—Sevilla, 1952.—25×17 cms. AGOTADO.
- 70 Mariluz Urquijo, José María: *Ensayo sobre los juicios de residencia indianos*.—Sevilla, 1952.—XX+520 págs.; 22×16 cms.; 400 grs.—Col. *Dos Colores*.—120 pesetas.
- 71 Giménez Fernández, Manuel: *Bartolomé de las Casas. Tomo I: El Plan Cisneros-Las Casas para la reformatión de las Indias*.—Sevilla, 1955.—XXIV+776 págs., 30 láms., 22×16 cms.; 1.350 grs.; tela, con sobrecubierta [vid. núm. 121].—AGOTADO.
- 72 *Anuario de Estudios Americanos*. Vol. VIII.—Sevilla, 1951.—XII+658 págs.; 24×17 centímetros; 980 grs.—900 pesetas.
- 73 *Estudios Americanos*, Vol. V (núms. 16, 17, 18, 19 y 20).—Sevilla, 1953.
- 74 *Estudios Americanos*, Vol. VI (núms. 21, 22, 23, 24, 25, 26 y 27).—Sevilla, 1953.
- 75 Armas Medina, Fernando de: *Cristianización del Perú*.—Sevilla, 1953.—XXVIII+640 páginas, 14 fotograbados y mapas; 1.000 grs.; tela, con sobrecubierta.—600 pesetas.
- 76 León Pinelo, Antonio: *El Gran Canciller de las Indias*. Edición, estudio y notas de Guillermo Lohmann Villena.—Sevilla, 1954.—CLXXIV+232 págs., 22×16 cms.; rústica, con sobrecubierta; 500 grs.—360 pesetas.
- 77 *Anuario de Estudios Americanos*. Vol. IX.—Sevilla, 1952.—XVI+780 págs., 5 láminas y gráficos.—24×17 cms.; 1.050.—AGOTADO.
- 78 Peñalver Simó, Patricio: *Modernidad tradicional en el pensamiento de Jovellanos*.—Sevilla, 1953.—XXXII+168 págs.; 20×13 cms.; 210 grs.—Col. *Mar Adentro*.—AGOTADO.
- 79 Elías de Tejada, Francisco: *Las doctrinas políticas de Raimundo de Fariás Brito*.—Sevilla, 1953.—196 págs.; 20×13 cms.; 200 grs.—Col. *Mar Adentro*.—120 pesetas.
- 80 López Núñez, Carlos: *Horizonte doctrinal de la Sociología Hispano-Americana*.—Sevilla, 1953.—164 págs.; 20×13 cms.; 165 grs.; Col. *Mar Adentro*.—120 pesetas.
- 81 *Estudios Americanos*, Vol. VII (núms. 28, 29, 30, 31 y 32).—Sevilla, 1954.
- 82 Tobar, Balthasar de: *Compendio Bulario Indico*. (Tomo I) Edición y estudio de Manuel Gutiérrez de Arce.—Sevilla, 1945.—LIII+558 págs.; 18×25 cms.; 1.050 grs.; tela, con sobrecubierta.—600 pesetas.
- 83 Larrea, Juan Ignacio: *La Santa Sede y el Ecuador*.—Sevilla, 1954.—LIII+176 págs.; 18×25 cms.; 225 grs.—Col. *Dos Colores*.—120 pesetas.
- 84 Gil Munilla, Ladislao: *Descubrimiento del Maraón*.—Sevilla, 1954.—XVI+392 páginas, 13 láms.; 16×22 cms.; 600 grs.; rústica, con sobrecubierta.—300 pesetas.
- 85 Asís Garrote, Agustín: *Bartolomé Herrera*.—Sevilla, 1954.—148 págs.; 20×13 cms.; 200 grs.—Col. *Mar Adentro*.—120 pesetas.
- 86 Vila Selma, José: *Procedimiento y técnicas en Rómulo Gallegos*.—Sevilla, 1954.—196 págs.; 20×13 cms.; 200 grs.—Col. *Mar Adentro*.—120 pesetas.
- 87 Tejado Fernández, Manuel: *Aspecto de la vida social en Cartagena de Indias durante el seiscientos*.—Sevilla, 1954.—348 págs.; 22×16 cms.; 500 grs.—300 pesetas.
- 88 *Anuario de Estudios Americanos*. Vol. X.—Sevilla, 1953.—739 págs., 9 láms.; 1.050 gramos.—900 pesetas.
- 89 *Estudios Americanos*. Vol. VIII. (Núms. 33-34, 35-36, 37, 38 y 39).—Sevilla, 1954.
- 90 Rodríguez Casado, Vicente: *De la Monarquía Española del Barroco*.—Sevilla, 1955.—180 págs.; 20×13 cms.; 180 grs.—Col. *Mar Adentro*.—AGOTADO.
- 91 Morales Padrón, Francisco: *El comercio canario-americano en los siglos XVI, XVII y XVIII*.—Sevilla, 1955.—XX+432 págs., 26 láms.; 22×16 cms.; 645 grs.; rústica, con sobrecubierta.—360 pesetas.
- 92 Levillier, Roberto: *Los Incas*.—Sevilla, 1956.—260 págs. y un mapa plegable; 22×16 cms.; 360 grs.—Col. *Dos Colores*.—200 pesetas.



- 93 Morales Padrón, Francisco: *Fisonomía de la Conquista Indiana*.—Sevilla, 1955.—XII+182 págs.; 20×13 cms.; 200 grs.—Col. *Mar Adentro*.—AGOTADO.
- 94 Asís Garrote, Agustín: *Ideas sociopolíticas en Alonso de Polo (El Tostado)*.—Sevilla, 1955.—160 págs.; 20×13 cms.; 180 grs.—Col. *Mar Adentro*.—120 pesetas.
- 95 Rodrí, José Ramón: *Memoria del sitio del Callao*. Edición, estudio preliminar y notas de Vicente Rodríguez Casado y Guillermo Lohmann Villena.—Sevilla, 1955. XXX+344 págs.; 20×13 cms.; 500 grs.—360 pesetas.
- 96 Elías de Tejada, Francisco: *El pensamiento político de los fundadores de Nueva Granada*.—Sevilla, 1955.—XII+262 págs.; 20×13 cms.; 275 grs.; Col. *Mar Adentro*. 120 pesetas.
- 97 *Estudios Americanos*. Vol. IX. (Núms. 40-41, 42, 43-44 y 45).—Sevilla, 1955.
- 98 *Estudios Americanos*. Vol. X. (Núms. 46, 47, 48, 49 y 50-51).—Sevilla, 1955.
- 99 Muro Orejón, Antonio: *Cedulario Americano del siglo XVIII*.—Sevilla, 1956.—XCVI+834 págs.; 24×17 cms.; 1.300 grs.; rústica, con sobrecubierta.—720 pesetas.
- 100 Morales Padrón, Francisco: *Rebelión contra la Compañía de Caracas*.—Sevilla, 1955.—146 págs.; 12 láms.; 25×18 cms.; rústica, con sobrecubierta; 250 grs.—120 ptas.
- 101 *Estudios Americanos*. Vol. XI. (Núms. 52, 53, 54, 55, 56).—Sevilla, 1956.
- 102 *Anuario de Estudios Americanos*. Vol. XI, Sevilla, 1954.—24×17 cms.—820 págs., 50 láms.—900 pesetas.
- 103 *Estudios Americanos*. Vol. XII. (Núms. 57-58, 59, 60, 61, 62, 63).—Sevilla, 1956.
- 104 *Anuario de Estudios Americanos*. Vol. XII.—Sevilla, 1955.—989 págs., 28 láms.; 24×17 cms.—900 pesetas.
- 105 *Estudios Americanos*. Vol. XIII. (Núms. 64-65, 66, 67-68, 69-70).—Sevilla, 1957.—
- 106 Arcila Fariás, Eduardo: *El Régimen de la Encomienda en Venezuela*.—Sevilla, 1957.—378 págs.; 22×16 cms.; 500 grs.—Col. *Dos Colores*.—AGOTADO.
- 107 Acevedo, Edberto Oscar: *El ciclo histórico de la Revolución de Mayo*.—Sevilla, 1957.—378 págs.; 20×13 cms.; 300 grs.—Col. *Mar Adentro*.—120 pesetas.
- 108 Alvar, Manuel: *La poesía de Delmira Agustini*.—Sevilla, 1958.—VII+113 págs.; 4 ilust.; 20×13 cms.—Col. *Mar Adentro*.—AGOTADO.
- 109 *Estudios Americanos*. Vol. XIV. (Núms. 71-72, 73-74, 75).—Sevilla, 1957.
- 110 *Estudios Americanos*. Vol. XV. (Núms. 76-77, 78-79, 80-81).—Sevilla, 1958.
- 111 Muro Orejón, Antonio: *Ordenanzas Reales para el buen regimiento y tratamiento de los Yndios. (Las Leyes de 1512-1513)*.—Edición y estudio.—Sevilla, 1959. 85 págs.; 32 láms.; 24×17 cms.; rústica.—AGOTADO.
- 112 Rubio Merino, Pedro: *Don Diego Camacho y Avila, Arzobispo de Manila y de Guadalajara de México. (1695-1712)*.—Sevilla, 1958.—XVIII+651 págs.; 7 ilust.; 16+22 cms.—300 pesetas.
- 113 *Anuario de Estudios Americanos*. Vol. XIII.—Sevilla, 1956.—604 págs.; 24×17 cms., AGOTADO.
- 114 *Estudios Americanos*. Vol. XVI. (Núms. 82-83, 84-85, 86-87).—Sevilla, 1958.
- 115 *Anuario de Estudios Americanos*. Vol. XIV.—Sevilla, 1957.—636 págs.—24×17 cms. Ilustraciones. 1.000 grs.—AGOTADO.
- 116 Coulthard, G. R.: *Raza y Color en la Literatura Antillana*.—Sevilla, 1959. VIII+175 páginas; 20×13 cms.; 190 grs.—Col. *Mar Adentro*.—120 pesetas.
- 117 Díaz-Trechuelo, María Lourdes: *Arquitectura Española en Filipinas*.—Sevilla, 1959. 193 láms.; 24×17 cms.; 1.500 grs.—900 pesetas.
- 118 Navarro García, Luis: *Intendencias en Indias*.—Sevilla, 1959.—226 págs.—19 mapas, 22×16 cms.; 350 grs.—Col. *Dos Colores*.—240 pesetas.
- 119 Collantes de Terán, Juan: *Las novelas de Ricardo Güiraldes*.—Sevilla, 1959.—XV+209 páginas; 20×13 cms.—Col. *Mar Adentro*.—AGOTADO.
- 120 *Anuario de Estudios Americanos*. Vol. XV. Sevilla, 1958.—769 págs., 24×17 cms. Ilustraciones.—900 pesetas.
- 121 Giménez Fernández, Manuel: *Bartolomé de las Casas. Tomo II: Política Inicial de Carlos I en Indias*.—Sevilla, 1960.—1.352 págs.; 23 láms.; 31 fotoc.; 25×18 cms.; 1.700 grs. [vid. núm. 71].—900 pesetas.
- 122 Romero Gómez, Manuel: *La Constitución Británica*.—Sevilla, 1960.—144 páginas; 20×13 cms.; 55 grs.—Col. *Mar Adentro*.—120 pesetas.
- 123 *Estudios Americanos*. Vol. XVII. (Núms. 90-91, 92-93, 94-95, 96-97, 98-99).—Sevilla, 1959.

- 124 Muro Orejón, Antonio: *Ordenanzas Reales del Consejo de las Indias*.—Sevilla, 1957, 3 págs.+56 fotograbados; 24×17 cms.; 100 grs.—120 pesetas.
- 125 *Estudios Americanos*. Vol. XIX (núms. 100, 101, 102). *Índice*.—Sevilla, 1960.
- 126 *Anuario de Estudios Americanos*. Vol. XVI.—Sevilla, 1959.—743 págs.; 24×17 cms. Ilustraciones.—900 pesetas.
- 127 Ruiz, Helena: *La búsqueda de Eldorado por Guayana*.—Sevilla, 1959.—XIV+166 páginas+18 láms.; 24×17 cms.; 350 grs.—120 pesetas.
- 128 Real, José Joaquín: *Las Ferias de Jalapa*.—Sevilla, 1959.—XII+148 págs.+9 láminas, 24×17 cms.; 300 grs.—120 pesetas.
- 129 Lohmann Villena, Guillermo: *Las relaciones de los virreyes del Perú*.—Sevilla, 1959, 218 págs.; 24×17 cms.; 300 grs.—180 pesetas.
- 130 Muro Orejón, Antonio: *Las Leyes Nuevas*.—Sevilla, 1961.—59 págs. Reproducciones facsimilares, transcripción y estudio.—24×17 cms.; 150 grs.—120 pesetas.
- 131 *Estudios Americanos*. Vol. XX. (Núms. 103, 104, 105).—Sevilla, 1960.
- 132 Pedro Borges: *Los conquistadores espirituales de América*.—Sevilla, 1961.—189 págs.; 20×13 cms.; 200 grs.—Col. *Mar Adentro*.—120 pesetas.
- 133 *Estudios Americanos*. Vol. XXI. (Núms. 106, 107, 108).—Sevilla, 1961.
- 134 *Anuario de Estudios Americanos*. Vol. XVII.—Sevilla, 1960.—810 págs.; 24×17 cms. Ilustraciones.—900 pesetas.
- 135 *Anuario de Estudios Americanos*. Vol. XVIII.—Sevilla, 1961.—819 págs., 24×17 cms. Ilustraciones.—900 pesetas.
- 136 Rodríguez del Valle, Mariana: *El Castillo de San Felipe del Golfo Dulce*.—Sevilla, 1968.—103 págs.+28 láms.—24×17 cms.; 250 grs.—120 pesetas.
- 137 Campo Lacasa, Cristina: *La Iglesia en Puerto Rico en el siglo XVIII*.—Sevilla, 1962.—127 págs.+20 láms.; 24×17 cms.; 250 grs.—120 pesetas.
- 138 Luque Alcaide, Elisa: *La Sociedad Económica de Guatemala*.—Sevilla, 1962.—226 págs.; 22×16 cms.; 350 grs.—Col. *Dos Colores*.—180 pesetas.
- 139 *Estudios Americanos*. Vol. XXII (en prensa).—Sevilla, 1962.
- 140 Cordoncillo Samada, José María: *Historia de la Real Lotería en Nueva España (1770-1821)*.—Sevilla, 1962.—139 págs.+14 láms.; 24×17 cms.; 350 grs.—120 pesetas.
- 141 Muro Orejón, Antonio: (*Antonio de León Pinelo*). "Libros Reales de Gobierno y Gracia". *Contribución al conocimiento de los Cedularios del Archivo de Indias (1492-1650)*. Estudio y edición.—Sevilla, 1962.—64 págs.—Reproducción facsimilar. 24×17 cms.; 150 grs.—120 pesetas.
- 142 Calderón Quijano, José Antonio y Navarro García, Luis: *Biblioteca Nacional de París. Museo Británico. Public Record Office. Guía de Documentos, mapas y planos españoles y americanos*.—Sevilla, 1962.—70 págs.; 24×17 cms.; 100 grs.—120 pesetas.
- 143 *Anuario de Estudios Americanos*. Vol. XIX.—Sevilla, 1962.—878 págs. 24×17 cms. Ilustraciones. 1.400 grs.—900 pesetas.
- 144 Calderón Quijano, J. A.: *El Banco de San Carlos y las Comunidades de indios de Nueva España*.—Sevilla, 1963.—24×17 cms.; 144 págs.; 250 grs.—120 pesetas.
- 145 Markman, Sidney David: *San Cristóbal de Las Casas*.—Sevilla, 1963, 24×17, 115 páginas. Ilustraciones. 250 grs.—180 pesetas.
- 146 Pikasa, Otto: *Don Gabriel José de Zuloaga Gobernador de Venezuela*. Sevilla, 1963, 24×17; 195 págs.; 250 grs.—120 pesetas.
- 147 Muro Orejón, Antonio, Pérez Embid, Florentino, y Morales Padrón, Francisco: *Pleitos Colombinos*.—Sevilla, 1964. XXXI-555 págs. 25×50×18 cms., 1.600 grs., 950 pesetas.
- 148 Navarro García, Luis: *Don José de Gálvez y la Comandancia General de las Provincias Internas del Norte de Nueva España*.—Sevilla, 1964.—24×17 cms.; IX+602 páginas; 133 ilustr.; 1.100 grs.—720 pesetas.
- 149 Córdova Bello, Eleazar: *Compañías holandesas de Navegación*.—Sevilla, 1965. 24×16 cms.; VII+303 págs.; 2 ilustr.; 500 grs.—300 pesetas.
- 150 Muro Orejón, Antonio: *Los capítulos de corregidores de 1500*.—Sevilla, 1963, 28 págs. 16 fotograbados; 24×17 cms.; 120 grs.—120 pesetas.
- 151 *Anuario de Estudios Americanos*.—Vol. XX.—Sevilla, 1963.—24×17 cms.; 862 págs.; 1.300 grs.—900 pesetas.
- 152 Rodríguez Macías, Juana: *El Correo en Puerto Rico*.—Sevilla, 1964, 94 págs., 24×17 cms.; 175 grs.—100 pesetas.

- 153 Mariscal Romero, Pilar: *Los Bancos de Rescate de Plasas*.—Sevilla, 1964.—85 págs., 1 láma.; 24×17 cms.; 175 grs.—100 pesetas.
- 154 Lohmann Villena, Guillermo: *Las defensas militares de Lima y Callao hasta 1746*. Sevilla, 1964, 217 págs.; 32 láms.; 24×17 cms.; 400 grs.—240 pesetas.
- 155 Pajarón Parody, Concepción: *El Gobierno en Filipinas de don Fernando Manuel de Bustamante y Bustillo (1717-1719)*.—Sevilla, 1964, 131 págs., 4 láms., 24×17 cms., 225 grs.—100 pesetas.
- 156 Morales Padrón, Francisco, y Llavador Mira, José: *Mapas, Planos y Dibujos sobre Venezuela existentes en el Archivo General de Indias (Primera serie)*.—Sevilla, 1964.—86 págs.; 38 láms.; 24×17 cms.; 250 grs.—120 pesetas.
- 157 *Índice del Anuario Estudios Americanos*.—Sevilla, 1964.—24×17 cms.; 136 págs.; 200 grs.—100 pesetas.
- 158 Díaz-Trechuelo Spinola, Lourdes: *La Real Compañía de Filipinas*.—Sevilla, 1965. 24×17 cms.; XLX+366 págs.; 13 ilustr.—360 pesetas.
- 159 Deustua Pimentel, Carlos: *Las Intendencias en el Perú (1790-1796)*.—Sevilla, 1965. 22×16 cms.; XXVIII+263 págs.; 300 grs.—CoL Dos Colores.—240 pesetas.
160. *Anuario de Estudios Americanos*.—Vol. XXI. Sevilla, 1964.—24×17 cms.; 907 págs.; 1.400 grs.—900 pesetas.
- 161 Garrido Conde, María Teresa: *La creación del virreinato de Nueva Granada (1717-1723)*. Sevilla, 1965.—24×17 cms.; 120 págs.; 1 láma.; 200 grs.—100 pesetas.
- 162 Navarro García, Luis: *Las provincias internas en el siglo XIX*. Sevilla, 1965.—24×17 cms.; 133 págs.; 12 láms.; 240 grs.—120 pesetas.
- 163 Morales Padrón, Francisco, y Llavador Mira, José: *Mapas, Planos y Dibujos sobre Venezuela existentes en el Archivo General de Indias. (Segunda serie)*.—Sevilla, 1965. 24×17 cms.; 75 págs.; 36 láms.; 250 grs.—120 pesetas.
- 164 *Anuario de Estudios Americanos*. Vol. XXII, Sevilla, 1965. 24×17 cms. 900 pesetas.
- 165 Gómez Aparicio, Josefina: *Pérdida de la isla de Trinidad*. Sevilla, 1966. 24×17 cms. 230 páginas. 2 láminas. 120 pesetas.
- 166 Cuello Martinell, María Angeles: *La renta de los naipes en Nueva España*. Sevilla, 1966. 24×17 cms. 105 págs. 100 pesetas.
- 167 Tobar, Balthasar: *Compendio del Bulario Indico (Tomo II)*. Estudio y edición de Manuel Cutiérrer de Arce. Sevilla, 1966. 17×24 cms. 435 págs. 350 pesetas.
- 168 Navarro García, Luis: *La Sublevación Yaqui de 1740*. Sevilla, 1966. 24×17 cms. 159 págs. 1 lámina. 120 pesetas.
- 169 Vila Vilar, Enriqueta: *Los rusos en América*. Sevilla, 1966. 24×17 cms. 9 láminas. 104 págs. 120 pesetas.
- 170 Lohmann Villena, Guillermo: *Juan de Matienzo*. Autor del "Gobierno del Perú". (Su personalidad y su obra). Sevilla, 1966. 24×17 cms. 120 págs. 120 pesetas.
- 171 Rodríguez Baena, María Luisa: *La Sociedad Económica de Amigos del País de Manila en el siglo XVIII*. Sevilla, 1966. 22×16 cms.; XIV+216 págs.; 300 grs. Colección Dos Colores. 250 pesetas.

## COLECCION "MAR ADENTRO"

### Títulos publicados:

- Patricio Peñalver Simó: *Modernidad tradicional en el pensamiento de Jovellanos*.  
 Francisco Elías de Tejada: *Las doctrinas políticas de Farias Brito*.  
 Carlos López Núñez: *Horizonte doctrinal de la Sociología Hispano-Americana*.  
 Agustín de Asís Garrote: *Bartolomé Herrera*.  
 José Vila Selma: *Rómulo Gallegos*.  
 Vicente Rodríguez Casado: *De la Monarquía Española del Barroco*.  
 Francisco Morales Padrón: *Fisonomía de la Conquista Indiana*.  
 Agustín de Asís: *Ideas sociopolíticas del Tostado*.  
 Francisco Elías de Tejada: *El pensamiento político de los fundadores de Nueva Granada*.  
 Edberto Oscar Acevedo: *El Ciclo Histórico de la Revolución de Mayo*.  
 Manuel Alvar: *La poesía de Delmira Agustini*.  
 G. R. Coulthard: *Raza y Color en la Literatura Antillana*.

Juan Collantes de Terán: *Las novelas de Ricardo Güiraldes*.  
Manuel Romero Gómez: *La Constitución Británica*.  
Pedro Borges: *Los conquistadores espirituales de América*.

#### COLECCION "DOS COLORES"

##### *Títulos publicados:*

- 1 Rodríguez Casado, Vicente, y Pérez-Embid, Florentino: *Construcciones del Virrey Amat*.
- 2 Molina Argüello, Carlos: *El Gobernador de Nicaragua*.
- 3 Pérez-Embid, Florentino: *Diego de Ordás, compañero de Cortés y explorador del Orinoco*.
- 4 Mariluz Urquijo, José María: *Ensayo sobre los juicios de residencia indios*.
- 5 Larrea, Juan Ignacio: *La Santa Sede y el Ecuador*.
- 6 Levillier, Roberto: *Los Incas*.
- 7 Arcila Farias, Eduardo: *El régimen de la Encomienda en Venezuela*.
- 8 Navarro García, Luis: *Intendencias en Indias*.
- 9 Luque Alcaide, Elisa: *La Sociedad Económica de Guatemala*.
- 10 Deustua Pimentel, Carlos: *Las Intendencias en el Perú (1790-1796)*.
- 11 Rodríguez Baena, María Luisa: *La Sociedad Económica de Amigos del País de Manila en el siglo XVIII*.

##### DISTRIBUCION EXCLUSIVA:

Librería Científica Medinaceli, Duque de Medinaceli, 4.—Madrid.

ESCUELA DE ESTUDIOS  
HISPANO-AMERICANOS  
BIBLIOTECA





